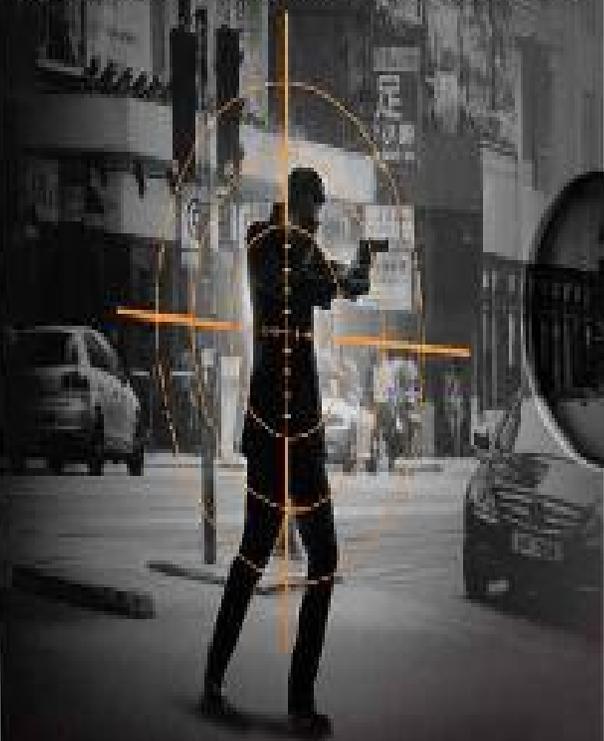


COLECCIÓN COMPLETA MAX CORNELL

LOS MEJORES THRILLERS DE ACCIÓN EN ESPAÑOL



ADRIÁN Y MIGUEL
ARAGÓN

EMBOSCADA

ADRIÁN Y MIGUEL
ARAGÓN

SUPREMACÍA

ADRIÁN Y MIGUEL
ARAGÓN

SECUESTRO

ADRIÁN Y MIGUEL
ARAGÓN

AMENAZA

ADRIÁN Y MIGUEL
ARAGÓN

ENCUBIERTO

ADRIÁN Y MIGUEL
ARAGÓN

HACKER

ADRIÁN Y MIGUEL
ARAGÓN

Colección Completa Max Cornell

Adrián y Miguel Aragón

Edición Amazon Kindle

Copyright © 2019 Adrián Aragón

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Consultores de publicación y marketing

Lama Jabr y José Higa

Sídney, Australia

www.autopublicamos.com



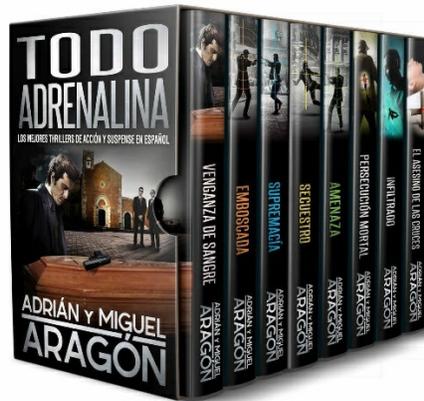
DESCÁRGALA
GRATIS

Oferta Limitada

Suscríbese a nuestra lista de correo para obtener una copia gratis de *Mercenarios*: Dos historias policíacas y de suspense y mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Adrián y Miguel Aragón. Haga clic [AQUÍ](#)

Últimas publicaciones de los autores:

Todo Adrenalina: Los mejores *thrillers* de acción y suspense en español



Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Contenido

[Emboscada](#)

[Supremacía](#)

[Secuestro](#)

[Amenaza](#)

[Encubierto](#)

[Hacker](#)

[Nota de los autores](#)

[Otras obras de Adrián y Miguel Aragón](#)

Emboscada

Capítulo 1

Nadie llamaba nunca a la puerta. Porque no podían. El portero tenía instrucciones estrictas de no dejar pasar a los desconocidos. Instrucciones que cumplía con escrupulosidad británica. James, pues ese era el nombre del encargado de la portería, había servido en la Gran Guerra sin desobedecer una orden jamás. Se preciaba de haber sido un buen soldado entonces y de seguir siéndolo aún después de abandonar el Ejército. Y por añadidura, Max le gustaba. Lo prefería por encima del matrimonio del segundo piso, una pareja pagada de sí misma que actuaba como si hubiesen dibujado uno a uno los retratos de la reina en sus billetes. También lo prefería por encima de la señorita de la planta primera, aunque ella fuera tan atractiva como una estrella de cine y tan discreta como una doncella. Una inquilina ejemplar, sin duda. James era un profesional y trataba a todos los propietarios con respeto. Pero reconocía en Max las huellas del Ejército de Su Majestad. Los hombres que habían vestido uniforme no se libraban nunca del apresto. Él mismo lucía sus galas de portero con orgullo marcial, peinaba hacia atrás su pelo cano y se afeitaba cada día como si alguien fuese a pasar revista.

Maximilian Cornell jamás llamaba James a su portero. Lo llamaba «mi cabo» porque James había llegado a ese rango antes de que un tiro le inutilizara la mano izquierda. La herida lo relegó a retaguardia primero y a casa después. Para él fue un golpe. Le habría gustado servir hasta el último día. Max, por su parte, llegó a teniente a los veinticinco años, pero se cuidaba mucho de airear esos detalles. De todas formas, al excabo James le gustaba el exteniente Max. Así que cumplía sus instrucciones como si de verdad fueran órdenes y nunca dejaba pasar a los desconocidos. En cuanto a los conocidos, todos los que importaban vivían lo bastante lejos del distrito de Mayfair como para que dejarse caer por allí fuera una opción.

Sin embargo, alguien había golpeado la puerta. Tres golpes rápidos que reflejaban urgencia. La llamada no se repitió. Un hecho mucho más extraño de lo que parecía a simple vista.

Max leía a la luz del crepúsculo londinense. El apartamento en Mount Street era caro, pero podía permitírselo. Lo que no podía permitirse eran plantas bajas o segundos pisos a los que jamás llegaba el sol. La vida y sus propias decisiones le habían deparado cuanta oscuridad podía soportar. Así que ahora buscaba luz. Habría sido más sencillo encontrarla en un país soleado, pero había crecido en Londres, y allí se forjó la personalidad del joven Max. Y aunque no quedase nada de la persona que una vez fuera, le gustaba recorrer los escenarios en los que había crecido. A veces se sentía como un fantasma, pero había descubierto que era mejor vagar por lugares a los que tenía aprecio verdadero.

Dejó el libro suavemente cerrado sobre el sofá y se dirigió a la entrada. No guardaba armas en casa. No las necesitaba. Su entrenamiento militar y su conocimiento de las artes marciales, que cultivaba a diario, lo convertían en un instrumento de precisión capaz de reducir a cualquier enemigo. Y al otro lado de la puerta debía de haber un enemigo. No cabía otra explicación.

La moqueta de color beige amortiguó el sonido de sus pasos, ya de por sí sigilosos. Se cuidó mucho de utilizar la mirilla. Por eso recurrió a la cámara que había instalado en su lugar. Jamás creyó que necesitaría usarla. Error. El monitor situado junto a la puerta del salón, a salvo de cualquier disparo que pudiera realizarse desde el descansillo, en el exterior, le devolvió un espacio vacío.

Quien hubiera llamado se había ido. Max abrió la puerta y encontró una nota adhesiva pegada bajo la cámara.

—¿Coordenadas?

Deseó gritar el nombre de la única persona capaz de colarse en un edificio

residencial equipado con circuito cerrado de televisión sin el menor contratiempo, llamar a la puerta de un mercenario de élite, dejarle un póliz en ella y largarse. Deseó gritar ese nombre y añadir un florido insulto. Pero Max no juraba y tampoco habría sido prudente perturbar el atardecer con el nombre de Nefilim.

Las coordenadas escritas en el pedazo de papel amarillo condujeron a Max hasta el White Horse, un *pub* moderno en la planta baja de un edificio igualmente moderno en Shoreditch, al otro extremo de la ciudad. El diseñador había pintado de negro la fachada, sobre la que destacaban unas letras de aire victoriano en latón dorado. El interior tampoco defraudaba: sofás oscuros, panelado de madera que imitaba al ébano y una barra iluminada apenas por unos halógenos diminutos. Desde luego, Nefilim sabía cómo hacerlo sentir incómodo. Afortunadamente se había preocupado de ubicar el lugar en Internet antes de salir de casa, así que no destacó demasiado al abrir la puerta. Sí, era más alto que la mayoría de los presentes y sí, vestía mejor que todos ellos; pero al menos no había escogido un traje, sino un pantalón informal y una camisa que llevaba remangada bajo los codos. Pidió una pinta rubia al camarero, que le sirvió la más cara, e ignoró al grupo de universitarias que había comenzado a cotorrear desde que entrara. Por supuesto, los hombres del local se pusieron a la defensiva. Un ambiente perfectamente hostil para un encuentro inesperado.

Uno de los parroquianos salió de las sombras. Los músculos de Max se tensaron bajo la camisa, pero no hizo ningún movimiento evidente. Se sirvió de su visión periférica y del panorama deforme que se reflejaba en el surtidor de cerveza para vigilar los avances del desconocido. Como la mayoría de los presentes, vestía de oscuro, pero se tocaba con un sombrero tipo fedora y se ocultaba tras unas gafas de sol del todo innecesarias en aquel local donde la

poca luz de la ciudad no se dignaba a atravesar las cristaleras tintadas. Cuatro chicos que habían estado discutiendo, animados, callaron de repente. Las chicas detuvieron sus risitas. Había algo inquietante en aquel hombre y Max no era el único en percibirlo. Abrió y cerró los dedos de la mano izquierda mientras alzaba la pinta con la derecha. Se giró para encarar a su oponente y se encontró con una dentadura tan blanca que casi relucía en aquel antro.

—¿Nefilim? ¿Qué haces vestido de Elton John?

Su amigo indicó al barman que subiera la música y se acomodó en un taburete junto a Max. En pocos segundos el *pub* se llenó de los acordes de alguna canción de moda que Max no era capaz de reconocer; Nefilim acercó el asiento al de su amigo. Todavía sonreía.

—Juraría que se te ha erizado el espinazo, como a los gatos. Veo que no has perdido práctica.

—Hace tiempo que no sé de la agencia, pero eso no significa que haya permanecido ocioso.

—De hecho —dijo Nefilim, quien no podía ocultar su satisfacción mientras hablaba—, has permanecido absolutamente ocioso. No has hecho nada desde el último trabajo. Y lo entiendo, créeme. Por eso me alegra que sigas en forma. Lo que no me hace ninguna gracia es que intentes engañarme.

—No intento engañarte.

Max dio un trago a su cerveza. Uno muy largo y muy lento. Mientras lo hacía, examinaba a su contacto por encima del borde del vaso. Los cuatro muchachos habían vuelto a su conversación, y las estudiantes, a su minucioso análisis de Maximilian. Detestaba sentirse como un objeto. Entornó los párpados antes de seguir hablando. La música tampoco ayudaba a que se relajara.

—Me has sacado de mi casa para decirme que me espías. De acuerdo. Entonces sabrás que he estado ocupado en un asunto que ambos conocemos.

No, no trabajo para nadie. Los dos sabemos también que no lo necesito. La SCLI siempre me pagó bien. Tú te ocupabas de eso.

—Hablando de la agencia, ¿no te interesa saber a qué nos dedicamos?

Max negó con la cabeza. No iba a molestarse en contestar a una pregunta para la que no hacía falta más respuesta.

—Pues a nosotros sí nos interesas tú. De hecho, te necesitamos, Max. Ha ocurrido algo...

Max no quería seguir escuchando. Se centró en la letra de la cancioncilla absurda que sonaba a todo volumen, pero el sistema de sonido era de una calidad tan mala que no había manera de distinguir unas palabras de otras. Se abrió la puerta del local y entró una pareja. Dos chicos cortados por el mismo patrón que todos los que había dentro, incluido Nefilim. Como si quisieran fundirse con las paredes del *pub*. Hicieron un gesto al camarero, que asintió. Debían de ser habituales.

—Ya sabes lo que voy a contestarte, así que no tiene mucho sentido que empieces una historia que no vas a terminar.

—Déjame empezar al menos. —Nefilim ya no sonreía—. Por los viejos tiempos.

—Viejos no significa buenos.

—Es en Hong Kong.

—No me interesa Hong Kong. Ni me interesaría Oriente Medio ni América del Sur. Ya conozco todos esos lugares. He viajado mucho. No te entiendo, Nefilim. Creí que las cosas habían quedado claras. No. —Max sacudió la cabeza como si quisiera apartar un mosquito que revoloteara delante de sus ojos o a un espíritu que anidara en su interior—. No quiero saber nada de Hong Kong.

—Están desapareciendo chicas. Muchas chicas. Universitarias. Como esas de ahí. Seguro que te has fijado.

Nefilim las señaló sin ningún disimulo y, aunque el sonido infernal de la música ahogó sus voces, Max vio sus gestos. Si hubiera habido un poco más de luz, seguramente habría percibido cómo se ruborizaban. Niñas estúpidas que se creían que lo sabían todo, que actuaban como si estuvieran de vuelta, pero que se les enrojecía hasta la raíz del pelo si dos desconocidos se fijaban en ellas. Las chicas juntaron sus cabezas. Debían de estar decidiendo a cuál de ellas señalaban esos hombres en realidad.

—Desaparecen y nadie lo denuncia. Todavía no sabemos por qué. China no se caracteriza por cuidar de sus mujeres, pero la escala de estas desapariciones es superior a cualquier tipo de actuación organizada con la que nos hayamos enfrentado antes.

—Te he dicho que no. —El único motivo por el que Max estaba tan nervioso como las chiquillas a las que aparentaba despreciar era que sabía que Nefilim lo manipulaba. La agencia conocía a sus agentes y conocía a sus mercenarios. Test, pruebas, cuestionarios... Cuando Max los pasó no estaba en su mejor momento, no se cubrió lo suficiente. La muerte de Arcángel le hizo bajar sus defensas y en aquel momento todavía no lo había superado. Por eso les dio mucha más información de la que le habrían sonsacado en circunstancias normales. Y Nefilim se aprovechaba de ello.

Pero Max no iba a permitírselo. Se levantó con tanta fuerza que el taburete de madera sobre el que estaba sentado se cayó. La música, por supuesto, amortiguó el sonido. Sacó unos pocos billetes del bolsillo. Los llevaba sujetos con un clip de acero. Las chicas miraron el taburete caído, el dinero impecablemente doblado y los músculos de Max bajo la camisa. No hubo risas, sino una admiración generalizada que se extendió al grupo de muchachos vecino. Los únicos que no se enteraron de que Max estaba intentando pagar la cuenta fueron los dos chicos gais del fondo.

—Te pagaremos bien, Max.

—Estos son billetes de cien. No me hace falta vuestro dinero. Y no sé qué me ofende más, que me lo ofrezcas o que lo hagas sabiendo que lo voy a rechazar.

Nefilim dudó antes de decir la verdad. Max lo notó en un ligero temblor de la sonrisa, que no había borrado del todo de aquella cara de comercial. Comercial antiterrorista de altos vuelos, pero comercial. O especialista en recursos humanos. De todas formas la agencia no le habría dado un despacho, puesto que tampoco tenía oficinas. Él solo se dedicaba a reclutar a los mejores. Como un *headhunter* que buscara especialistas en desestabilizar redes mafiosas y grupos armados.

—Es Katty, Max.

Max no lo oyó, así que Nefilim se levantó también, con un movimiento más medido, y acercó su boca a la oreja del mercenario.

—Es Katty, Max. También ha desaparecido.

Max se aferró a la barra. No porque fuera a caerse, sino porque temía que, de no hacerlo, no sería capaz de contener la furia. Nefilim lo había arrastrado hasta un agujero más oscuro que el cráter de un volcán apagado, mareado con datos periféricos, ofendido ofreciéndole dinero y, solo cuando por fin estaba a punto de perderlo, le había dicho la verdad.

—¿La hija de Arcángel? ¿Estás aquí perdiendo el tiempo cuando la hija de Arcángel está desaparecida?

La sonrisa de Nefilim por fin había desaparecido, pero Max sospechaba que en realidad seguía sonriendo en su interior. El muy canalla había jugado bien sus cartas: lo puso en alerta con el ambiente del local, le mostró a las frágiles víctimas, lo hizo tensarse como una cuerda de violín y por fin había soltado la bomba.

—Vamos, te daré todos los detalles.

Capítulo 2

Trataba de recordar el rostro de Mei mientras accedía al servidor de correo que ella misma había habilitado en el abismo más oscuro de la Internet profunda. Podía repetir los rasgos que componían su rostro: el pelo oscuro y muy liso; los ojos negros, apenas rasgados; la nariz pequeña, como un botón; y los labios de seda, siempre brillantes por el bálsamo. Sin embargo, todas esas características no le devolvían una imagen clara, sino una mezcla de sentimientos. Hacía demasiado que no la veía. No se daba cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo hasta que circunstancias como aquella se lo recordaban sin piedad.

Max confiaba en Mei, en su inmensa capacidad para moverse entre cables, circuitos y tecnología avanzada. Asociaba la figura menuda de su compañera oriental a momentos de tensión y a necesidad de información. Ella fue la única mujer que había accedido al entrenamiento que todos recordaban como el Averno. Y lo había hecho por méritos propios. Unos nervios de acero y una capacidad de análisis que el propio Max envidiaba eran sus rasgos principales. Pero eso no debía engañar a nadie. Su fortaleza física igualaba a la de sus compañeros masculinos a pesar de su aspecto delicado. Por eso el grupo nunca dudaba a la hora de ponerse en sus manos. Mediante sistemas de localización y sensores que solo ella manejaba con soltura, los había guiado a través de los parajes más hostiles. Y siempre los sacó de ellos con vida. Las selvas sudamericanas, los desiertos africanos y alguna misión bajo el agua no habían sido capaces de derrotar su ingenio ni de dejarla sin recursos.

El sistema de encriptación de correo que Mei configuró para sus comunicaciones internas no se llevaba bien con el *hardware* de Max, así que establecer una conexión segura le llevó más tiempo del que había deseado. Dejó el salón y se acercó a la cocina, donde el hervidor de té le avisaba de

que ya podía verter el agua caliente sobre su infusión predilecta. No podía evitar ser mucho más inglés que americano, aunque su herencia se dividiera al cincuenta por ciento entre ambos países. Cuando se permitía bromear solía decir que Inglaterra representaba el imperio y América las colonias. Algunos de sus interlocutores, sobre todo si eran estadounidenses, no lo llevaban del todo bien.

La cocina estaba dominada por un gran ventanal desde el que entraba el sol de la mañana. A lo lejos se veían las copas de los árboles más altos de Hyde Park. No tardaría en echar de menos el césped siempre verde y hasta los gritos emocionados de los turistas.

Cuando volvió al salón la pantalla de su portátil le reservaba una pequeña sorpresa: no se había conectado al correo, pero Mei le había dejado una nota en el escritorio. Lo esperaba en Hong Kong. Él sabía dónde. El cuadro de diálogo desapareció de la pantalla en cuanto él pulsó una tecla cualquiera.

—Cada vez nos parecemos más a esos mercenarios del cine, Mei. Nos estamos convirtiendo en caricaturas de nosotros mismos.

Y aunque el motivo por el que iban a verse no era precisamente feliz, sí deseaba mirarla a la cara una vez más. Así ella se convertiría en una persona de nuevo y quizá eso le devolviera a él una parte de su humanidad.

Ponerse en contacto con Dylan resultó mucho más sencillo. Una llamada perdida que el otro contestó enseguida, una conversación corta, sin compromisos, y la promesa de verse esa misma semana.

A Adam no pudo encontrarlo. Su mejor amigo se preciaba de ser el mejor espía vivo del planeta, así que Max tuvo que conformarse con dejar la información convenientemente dispersa en puntos estratégicos. Adam la encontraría, montaría el puzle y se reuniría con los demás.

Para el final de la mañana Max había descubierto dos cosas: que el té se le quedó frío sobre la mesa baja del comedor y que reunir un comando de

operaciones no se olvidaba nunca.

—Como montar en bicicleta —se dijo—. Pero mucho menos inocente y mucho más mortífero.

Esa noche se acostó pensando en lo que siempre había querido ser cuando era pequeño: un servidor de su patria, un hombre en el que los ciudadanos de su país pudiesen confiar. Un adalid del bien. Sin embargo, había pasado por el Averno y eso lo convirtió en el hombre adulto que era ahora: un mercenario que vendía sus servicios al mejor postor. Aunque en esa ocasión no trabajaba por dinero, sino por lealtad. No podía dejar que Katty desapareciera sin más. Katty no. La hija de Arcángel no.

Su vuelo de British Airways salía a las 20:40 del aeropuerto de Heathrow. Imaginaba que la casualidad no habría querido que Dylan o Adam tomaran el mismo avión que él, pero de todos modos se mantuvo alerta. Cada vez que veía a un hombre solitario al que le faltara la compañía de un maletín negro se fijaba por si se tratase de alguno de sus amigos. Los hombres de negocios parecían vestir uniformes: trajes discretos, zapatos brillantes pero cómodos, maletín oscuro.

Max se miró en el reflejo de un escaparate de Whittard. Su parecido con ellos era meramente superficial. Él nunca llevaba corbata y su calzado destacaba por la calidad de la piel. Además, su chaqueta de corte impecable no lucía ni una sola arruga. La dependienta de la tienda de café y té más conocida de Inglaterra lo miraba apreciativamente. Max se marchó en dirección a su puerta de embarque. Compró una novela ligera. Si no quería dormirse durante el vuelo debía mantenerse entretenido. Aterrizaría a las cinco de la tarde del día siguiente, tras doce horas.

Acudió a la llamada de los pasajeros que viajaban en clase *business* con la mitad de su atención puesta en el mundo exterior y la otra mitad preparándose para entrar en uno de los estados de semiconciencia que

Arcángel les había enseñado a provocar. Se trataba de un estado de meditación profunda similar al utilizado por los monjes budistas más avanzados. A Max le había costado una gran cantidad de tiempo dominarlo.

—No le entiendo, Arcángel. ¿Cómo es posible que la ausencia de conciencia me ayude a ser más consciente?

Pero su mentor solo le contestaba con acertijos incomprensibles.

—Nada de lo que ves existe con mayor entidad que aquello que no percibes con tus sentidos. Debes deshacerte de tu percepción de la realidad para percibirla tal y como es. Desnuda, sin disfraces.

En ocasiones Max pensaba que habría preferido no desprenderse de sus antiguas creencias acerca del mundo. Otras, agradecía las enseñanzas de Arcángel. La mayoría de las veces Max pensaba, con total honestidad, que saber era mejor que ignorar.

Ocupó su asiento, que mantuvo en posición rigurosamente vertical, y esperó a que el aparato se pusiera en movimiento y las auxiliares de vuelo pasaran por el suplicio de dar las instrucciones de seguridad. Nunca nadie en el mundo ha repetido algo tantas veces para que, de todos modos, ni un solo pasajero prestara atención. Cuando el espectáculo terminó, Max se aseguró de ser el primero en solicitar los servicios de una auxiliar.

—Por favor, no me sirva comida ni me ofrezca bebidas. Necesito que nadie me moleste durante el vuelo. Tampoco tomaré café.

La azafata congeló su sonrisa mientras asentía muy despacio.

—Por favor, comuníquesele a sus compañeras.

—¿Está seguro, caballero? —preguntó la chica con una voz dulce, entrenada para satisfacer a clientes peculiares como aquel.

—Completamente. Es importante.

—Descuide, entonces. Pero si necesita algo, no dude en pulsar este botón. Cualquiera de nosotras se acercará a atenderlo.

No era la primera vez que la tripulación de un vuelo comercial lo trataba como a un cliente malcriado. Solían disculparse tras el aterrizaje, cuando por fin aceptaban que el hombre castaño y alto se había levantado sin pronunciar una palabra más que el saludo de despedida. En alguna ocasión había cazado al vuelo conversaciones en las que los tripulantes se preguntaban si sería humano. El propio Max también se lo preguntaba.

El asiento era cómodo, pero no lo bastante amplio para adoptar la posición del loto, así que colocó las manos en *dhyana mudra*: la izquierda sobre la derecha y el pulgar izquierdo sobre el derecho. Un cuenco de vacío que devolvía la tranquilidad al cuerpo y a la mente. Inhaló una bocanada de aire por la nariz y lo expulsó muy despacio por la boca.

Durante los primeros minutos de la meditación, Arcángel se lo había advertido en innumerables ocasiones, la mente jugaba malas pasadas al iniciado.

—El cerebro está acostumbrado a imponer su voluntad. Es un órgano inquieto, impaciente, ávido de novedades y actividad. Cuando meditáis con los ojos entornados lo priváis del sentido más peligroso: la vista. El cerebro interpreta el mundo a través de los ojos. Si le arrebatáis la visión, tratará de aferrarse al resto de vuestros sentidos.

Max oía con claridad cómo una mujer a su izquierda tecleaba frenéticamente en su ordenador portátil. Delante de él un hombre pasaba las páginas del periódico, pero no leía en realidad. A su espalda alguien escuchaba música a través de unos auriculares. Max oía una canción pop, lejos, pero la oía. También sentía la vibración del avión, el tintineo de los carritos de bebidas, el grifo del aseo.

Inspiró una vez más y recitó mentalmente el mantra que apagaba uno a uno todos los sentidos. Poco a poco los sonidos enmudecieron, su asiento se aisló del resto del aparato.

—Cuando hayáis dejado fuera de vosotros el mundo en el que ahora vivís, vuestra mente jugará todavía en vuestra contra. Porque ya habéis visto, habéis oído, habéis sentido. Por eso recordaréis. Y esos recuerdos os asaltarán con la intención de quebrar vuestra concentración. El cerebro, no lo olvidéis, necesita información, porque si no la obtiene, se ve obligado a pensar, a conocer. Y, de manera instintiva, todos sabemos que la realidad es más dura que lo que percibimos de ella.

Max estaba preparado para recordar el encuentro con Nefilim, que había sucedido algunos días atrás. También podría afrontar el recuerdo de la muerte de Arcángel, que siempre lo abrumaba cuando buscaba su vacío espiritual. Había sucedido durante una misión en Oriente Medio. Buscaban al cabecilla de una célula especialmente virulenta de extremistas islámicos. No se trataba de un grupo grande, pero actuaban como profesionales. Desde que terminara la Guerra Fría, al menos en lo que concernía a la opinión pública, no se hablaba del modo en que Rusia entrenaba comandos paramilitares y los lanzaba en las zonas de influencia americana. Claro que tampoco se hablaba de cómo Estados Unidos controlaba a los señores de la guerra y obtenía valiosa información a través de traficantes de armas de moralidad en absoluto dudosa: eran escoria. *Quid pro quo*.

Max detestaba ese tipo de acciones. El Ejército de su país, en el que se había enrolado por sentimientos de patriotismo puro, enviaba a hombres como él a realizar un trabajo sucio de cuyo objetivo nunca informaban en profundidad. Su unidad y él mismo pretendían no conocerlo, pero siempre se trataba de dinero. En aquella ocasión, la cédula extremista había hecho demasiado daño a algunos de los puntos de suministro más importantes de la cadena de abastecimiento de algo que no podía llamarse frente americano, pero que de hecho lo era. Efectivamente, estaba compuesto por militares estadounidenses como él mismo, que debían eliminar al enemigo y restaurar

las comunicaciones.

Max, Dylan y Adam formaban el comando de tierra. Una unidad aérea les cubría desde arriba. Jamás comprendió de qué manera una operación sencilla se convirtió en una carnicería. Jamás entendió por qué el cuerpo muerto, acribillado, de Arcángel se encontraba en medio del campo de batalla. La sangre de docenas de agujeros de bala empapaba su traje de camuflaje. Su mentor se había convertido en un saco desinflado, húmedo, irreconocible. Max no se permitió ni un solo gesto de flaqueza. Se limitó a recoger mentalmente los detalles de la escena.

Sí, aquel era el recuerdo más perturbador que conservaba: la sangre de los muertos salpicándole las venas hinchadas del cuello, el viento del desierto pegándole la arena a la piel húmeda, el sol abrasador y la ira que lo enceguecía. Cuando recobró la calma se prometió encontrar al culpable. Y a ello se había dedicado desde entonces por mucho que Nefilim se empeñara en que llevaba meses sin hacer nada, encerrado en su ático de Mayfair.

Estaba preparado para que su mente lo devolviera al calor de aquel día aciago, pero el cerebro de Max era tan inteligente como su dueño y lo golpeó con un arma que no había utilizado hasta entonces: la propia Katty.

Fue él el encargado de comunicarle la muerte de su padre. Mei, la siempre dispuesta y encantadora Mei, la genio de las comunicaciones y los sistemas informáticos se había ofrecido a acompañarlo. Todos lo habían hecho. Al fin y al cabo, Arcángel los entrenó a todos ellos. Eran su equipo de élite; los que, al menos aparentemente, no se habían roto bajo su mano de hierro. Pero Max se negó. Él era el líder y a quien correspondía hablar con una criatura que apenas había traspasado la adolescencia. Una niña a la que veía como su hija.

La respiración de Max se aceleró mientras su cerebro deslizaba en la zona consciente el rostro redondo de Katty. Era una chiquilla, sí, pero de todos modos no lloró. Ni una sola lágrima. Tampoco pidió explicaciones. Nada.

Esperó a que Max encontrara las palabras.

—Yo quería a tu padre como si fuera el mío —había dicho Max, sin darse cuenta de que esa sola frase ya desvelaba la noticia.

Katty no necesitó más. Solo asintió con la cabeza, en completo silencio. El pelo liso, oscuro como el de Arcángel, se deslizó sobre sus hombros, pero no le ocultó la cara. Ni una sola lágrima surcó sus mejillas. Por algún motivo, aquella reacción asustó a Max como nada lo había asustado hasta ese momento.

El miedo descompuso lo poco que quedaba de su estado de concentración. Deshizo el cuenco de vacío que había formado con las manos y abrió los ojos. La falsa realidad del avión lo abatió con la misma eficacia que un comando enemigo. Allí estaba la mujer que escribía, el hombre que no leía el periódico, la persona que escuchaba música. Incluso el carrito de las bebidas, que no había llegado todavía a su asiento. Cuando por fin lo hizo, Max se dirigió a la auxiliar. No era la misma que lo atendió con anterioridad y él lo agradeció.

—*Whisky*, por favor.

La mujer, rubia en este caso, también le sonrió como si le hubieran estirado los labios de manera artificial. A Max le dio igual. Podía irse al infierno si quería. Así le haría compañía.

Capítulo 3

Max se dirigió a la sala de recogida de equipajes sin prisa. La mayor parte de los viajeros eran más bajos que él, incluso los europeos y americanos, así que no encontraba dificultad alguna en leer los carteles que daban la bienvenida a la ciudad. Todas las señales estaban escritas en inglés y cantonés, así que se dedicó a refrescar el idioma en su memoria. Le ayudaba escuchar las conversaciones de la gente que lo adelantaba, con prisa, como si sus maletas fueran a salir antes cuanto más corrieran. Parecía mentira lo que un vuelo largo podía hacer para amargar el humor de la mayoría de las personas. Muchas de esas conversaciones estaban plagadas de quejas absurdas.

Las terminales de llegadas de los aeropuertos se diferenciaban de las de salidas en tres detalles de cierta importancia: carecían de comercios, había más aseos públicos y el diseño era mucho más desagradable. Así, Max y el resto de pasajeros transitaron por corredores asépticos mal pintados de blanco, atravesaron puertas que se mantenían abiertas gracias a soportes de metal sin atractivo y desembocaron, por fin, en una gran sala abarrotada de gente que, como ellos, buscaba la cinta por donde aparecerían sus pertenencias. Ni la travesía ni la espera mejoraron el estado de ánimo de los presentes. Tampoco el de Max, que solo quería salir de allí y respirar un poco de aire fresco.

Los habían encerrado en un espacio desolado, sin asientos. En todos los aeropuertos sucedía lo mismo: los arquitectos e ingenieros parecían creer que esa vez las cosas funcionarían con la eficacia necesaria para que los viajeros, agotados tras vuelos larguísimos, no tuvieran que permanecer en pie durante demasiado tiempo. Sin embargo, nunca era así; maletas, mochilas y cajas de todo tipo tardaban tanto en aparecer que la gente se sentaba en los bordes de las cintas transportadoras. Allí se gestaba el incipiente desastre. Los primeros

en caer eran los adolescentes, como atestiguaba el grupo amontonado junto a la rampa por donde debían bajar las maletas. Extrañamente, los ancianos aguantaban de pie y sin quejarse mucho más tiempo. En cualquier caso, pronto unas personas tropezaban con otras y, más tarde o más temprano, surgían discusiones que no hacían sino crispas todavía más el ambiente.

Max prefería esperar su turno alejado de la multitud. Nada aceleraría el proceso y, además, tras los atentados del 11-S en Nueva York nadie se arriesgaba a robar el equipaje de un desconocido. Así que se mantenía a unos metros y observaba a los demás. Su entrenamiento lo había dotado de una perspicacia superior a la media. Por eso, sobre todo en momentos en los que su cerebro le fallaba, como durante aquel vuelo, se dedicaba a averiguar en qué consistían las debilidades de los demás.

Los adolescentes estaban aburridos. Uno de ellos, despechado, prestaba mucha atención a una chica que no le interesaba en absoluto. Se leía perfectamente en su lenguaje corporal. La mayor parte de los presentes mostraban signos de cansancio extremo e impaciencia. Un matrimonio con un niño pequeño se mantenía cogido de la mano. Podría haber parecido un gesto encantador, pero Max se fijó en que la mano de ella se crispaba alrededor de la de él, laxa. Alguien había tenido una aventura durante sus vacaciones en Inglaterra.

De repente algo llamó su atención. Alguien permanecía demasiado quieto. No lo veía bien porque, fuera quien fuera, se hallaba en el lugar exacto en que podía percibirlo con su visión periférica, pero no enfocarlo. Para verlo con claridad debía girarse. Decidió ignorarlo y seguir alejado de la cinta transportadora. Igual que el resto de los presentes, las doce horas de vuelo le habían pasado factura. O eso podía pretender. Nadie allí sabía que se encontraba en plena forma y que unos pocos estiramientos le habían devuelto la circulación y la elasticidad a sus músculos; así que paseó y simuló que

hacía ejercicios para desentumecer el cuello. Apenas unos movimientos discretos que ampliaran su campo de visión sin hacerle parecer un loco. En un entorno en el que sacaba casi una cabeza a todos los nativos, una secuencia de gestos extraños le haría parecer un monstruo. Pensó en Godzilla, aunque aquel reptil gigante había arrasado Tokio, no Hong Kong.

El truco no dio resultado. No fue capaz de ver a nadie sospechoso entre la multitud. Decidió no darle importancia. Fueron muchas horas de viaje, el alcohol no ayudaba a su serenidad y los recuerdos tampoco le habían hecho ningún bien.

La cinta se puso en marcha con un sonido ahogado de motor demasiado viejo. Como impelidos por una fuerza extraña, todos los presentes se encaminaron hacia ella a la vez. Casi parecían una marabunta, o una multitud de zombis de esos que seguían tan de moda. Todos menos uno. De nuevo, una figura misteriosa se mantenía en pie justo donde Max perdía la capacidad de enfocar la vista. Calculó que todavía faltaban al menos quince minutos para que todas las maletas bajaran por la rampa, que ahora parecía un lugar de peregrinaje sagrado, y se dirigió al cuarto de baño más cercano.

Dentro no había mucho sitio donde esconderse: apenas tres cubículos. Al menos todos ellos estaban vacíos. Se encerró en el primero, trepó hasta el segundo y esperó en el fondo, pegado a la pared que lindaba con el primer retrete. Sostuvo la puerta abierta con dos dedos. Si alguien lo perseguía se detendría junto a la puerta cerrada. Entonces Max tendría su oportunidad.

Enseguida se oyeron pasos. Aunque estuviera en un baño de hombres, no podía descartar que su enemigo fuera una mujer. Los profesionales no se paraban en detalles como los muñequitos que adornaban las puertas de los aseos públicos. Max redujo el ritmo de su respiración y se mantuvo atento al sonido de los pasos del extraño. Fuera quien fuera, se tomaba su tiempo. Además, no se dirigía a los cubículos, sino a los lavabos. Si abría el grifo,

Max no podría confiar en su oído. Cerró los ojos y se preparó para lo peor.

Efectivamente, el desconocido abrió el grifo más cercano a la puerta con un golpe seco. Luego hizo lo mismo con el segundo y por fin con el tercero. Se aseguró así de que Max no pudiera localizarlo. Pero Max no había pasado por un entrenamiento de élite para perder los nervios en una situación como aquella. No cuando tenía ante sí la misión más importante de su vida. Saltó fuera del retrete, la pierna derecha por delante en un movimiento de karate básico pero muy efectivo. Llegó hasta la pared de enfrente y, ayudado por la energía cinética que él mismo había puesto en marcha, dio cuatro zancadas en un arco que lo llevó, por la pared, hasta la entrada del baño.

—Muy espectacular, Max. Pero innecesario.

Frente a él, junto al lavabo más alejado, un hombre vestido con vaqueros y camisa hawaiana le observaba, divertido. Había cruzado los brazos sobre el pecho y se le veía completamente relajado. Lucía un peinado juvenil, con el flequillo cubriéndole un ojo. Su piel lucía más bronceada de lo que Max recordaba, pero no cabía ninguna duda: se trataba de Adam, su mejor amigo.

—Hijo de... ¿Qué haces aquí? Podía haberte dado una paliza.

—Creo que los dos sabemos que no. El movimiento más inteligente es el que estabas a punto de hacer: salir ahí fuera y tratar de confundirte con la multitud. Aunque iba a resultarte un poco difícil, grandullón. Pareces Gulliver en Liliput. Veo que estás en forma.

—Ven aquí, pedazo de fanfarrón.

Max se adelantó con los brazos abiertos, dispuesto a saludar a su amigo con un fuerte abrazo. No sabía que se alegraría tanto de verlo. Llevaba demasiado tiempo sumido en la amargura, rodeado de hipótesis cada una más negra que la anterior acerca de la muerte de Arcángel. Y la desaparición de Katty no había hecho más que sumarse a la lista de preocupaciones que lo acosaban. Pero allí estaba el rubio espía, que debía de haberse colado en el

aeropuerto gracias a su astucia innata.

—¿Cómo has entrado aquí? No venías en mi vuelo.

Adam sonrió de oreja a oreja, con una sonrisa cálida, sincera, que Max agradeció. Era la primera que veía desde que se encontrara con Nefilim. Sentaba bien saber que los amigos también se alegraban de verlo a uno.

—¿Estás seguro? Porque yo juraría que una compañera me ha dicho que había un tipo muy raro en *business*. Uno que le pidió que no lo molestaran en absoluto, pero que luego se ha bebido no sé cuántas botellitas de *whisky*. Juraría que eras tú.

—¿Has viajado con la tripulación? No me lo puedo creer, Adam. Si ibas a tomar el mismo vuelo que yo... —Max se interrumpió así mismo al caer en la cuenta de lo que su amigo pretendía: si entraba en el país con una identidad falsa, nadie sabría que no había abandonado su paradero anterior. Ni amigos ni, por supuesto, enemigos. Eso le daba una ventaja al grupo—. ¿Y cómo debo llamarte?

—Adam está bien. Es un nombre común. Pero no te extrañes al oír mi apellido. Por cierto, tengo aquí tu equipaje.

Max soltó una carcajada. Era cierto, bajo el tercer lavabo se encontraba su maleta. Su amigo era un auténtico profesional, y él lo sabía. Pero aun así no dejaba de sorprenderlo.

—¿Tienes dinero para las tasas?

Los dos salieron del lavabo con un intervalo de tres minutos entre ambos y pasaron por inmigración separados. No se encontraron hasta llegar al *parking*. Aquella zona del aeropuerto era mucho más impresionante que los corredores mal pintados del interior. Enormes cristaleras surcadas por vigas de metal dejaban pasar la luz del atardecer. En poco menos de una hora habría anochecido en Hong Kong, aunque eso no quería decir que la luz fuese a desaparecer.

Adam guio a Max hasta la zona más apartada del aparcamiento. Más allá de los coches de lujo que esperaban a los hombres de negocios y los autobuses que realizaban los traslados entre el aeropuerto y los hoteles de mayor renombre aparcaban los turismos de los trabajadores. Todavía más lejos aguardaba el vehículo que los llevaría hasta el punto de encuentro.

—¿No había un coche con peor aspecto? —preguntó Max.

La verdad era que se trataba de un turismo antiguo cuya carrocería, en otros tiempos blanca, amarilleaba allá donde no se encontraba cubierta de óxido.

—Mis zapatos valen más que ese trasto.

—Pues sí que te has vuelto exigente, Maximilian —contestó Adam con sorna—. Verás cuando veas al conductor.

Ni el tiempo, ni la vida en Londres, ni el dinero habían convertido a Max en un hombre remilgado. De hecho, jamás habría dicho nada sobre el coche, pero sospechaba que aquella tartana destartada pretendía ser una provocación y decidió no decepcionar a su compañero.

—¿Es ciego? —preguntó mientras se agachaba para mirar por la ventanilla. El cristal había pasado por mejores momentos, pero se veía el interior. Lo que no se distinguía era al chófer, encapuchado bajo una sudadera oscura.

Max abrió por fin la portezuela.

—Sal de ahí, Dylan. ¿Es que os creéis que podéis engañarme? ¿En serio? ¿Vosotros dos?

Dylan salió del coche.

—Sí que has tardado, jefe. Casi me aso ahí dentro con la capucha puesta.

Los dos se dieron la mano con cierta renuencia antes de abrazarse como hermanos que hacía tiempo que no se veían. Los dos vivían en Londres, pero procuraban mantenerse alejados. No resultaba conveniente que los

relacionaran. Podía interferir con misiones futuras, como aquella.

—Hace mucho tiempo, chicos.

—Ojalá fuera más —dijo Dylan.

—Sí, tío. Cuando encontré tu primer mensaje me alegré. Hace mucho que no trabajamos juntos —añadió Adam—. Pero cuando tuve toda la información... Es una putada que le haya pasado esto a Katty. Primero lo de Arcángel y ahora...

Al ver cómo el gesto de Max se volvía más sombrío, Adam se calló. Todos apreciaban a su instructor. Habían pasado juntos por el entrenamiento de combate con él. Les había enseñado todo lo que sabían. Y luego sacó lo mejor de cada uno de ellos. El Averno había sido una auténtica pesadilla. Los rompió en mil pedazos antes de volver a componerlos, pero ahora los cuatro eran más fuertes. Y en todo el cuarteto, Max era quien había creado un vínculo más estrecho con Arcángel. Adam lo sabía, y lo respetaba.

—¿En serio me vais a meter en esta cafetera? —preguntó Max para aligerar la presión.

—Completamente en serio.

—Pues vamos allá.

La carretera estaba flanqueada por edificios en construcción, nuevos hoteles, seguramente, para satisfacer las necesidades de los más de cuarenta y cinco millones de pasajeros que aterrizaban allí al año. Luego las líneas de asfalto se perdían en curvas y rectas frente a las cuales se erguían, azules y hermosas, debido a la luz del atardecer, las colinas de la isla de Lantau. Se trataba de un paisaje espectacular que el ser humano se empeñaba en erosionar. Los hombres compraban y vendían todo aquello a lo que se pudiera poner un precio, y el espacio en Hong Kong era valioso.

Cuando llegaron al distrito de Wan Chai, en la isla de Hong Kong, una media hora después, casi era noche cerrada, pero los neones azules y rosados

de la ciudad iluminaban las calles con la misma intensidad que el sol. La contaminación lumínica ocultaba la negrura del cielo, pero ponía de manifiesto la oscuridad del alma humana. Chicas jóvenes caminaban por las calles, solas o en parejas, y desaparecían en locales señalizados con farolillos rojos, como en las novelas clásicas. Y eso que la zona que Mei había escogido para establecer su base de operaciones era un área industrial donde los negocios más prósperos se dedicaban a arreglar coches, y los edificios más altos, moles de cemento salpicadas de diminutas ventanas, no albergaban viviendas, sino almacenes y trasteros. Mientras la parte más turística de la isla abundaba en parques, zonas verdes y parterres de flora subtropical, en Wan Chai solo se veía cemento.

Dylan condujo el destartado coche hasta uno de los talleres, cuya puerta de acero abrió con un mando aparentemente normal.

—Seguro que eso no es lo que parece.

—Insensible a inhibidores de frecuencia y trabaja en una longitud de onda diferente. No te diré que es imposible clonarlo porque mientras Mei esté viva nada es imposible, pero hace falta ser ella para conseguirlo.

—Porque es ella quien lo ha fabricado.

—Tú lo has dicho —contestó Adam desde el asiento trasero.

—¿Cómo está?

—Ahora la verás tú mismo, compañero. Pero diría que como siempre. Aunque, ya sabes, no se te ocurra mencionar lo buena que está o tendrás que batirte en duelo con ella. Yo todavía conservo una cicatriz de la última vez.

—Y te lo mereces —dijo Max y rio. Todavía no podía creerse que fueran a estar juntos los cuatro.

El taller era amplio. Algunos coches con tan mal aspecto como el que los había conducido hasta el lugar se amontonaban cerca de la entrada, pero la zona trasera estaba vacía. Había una puerta que seguramente se abriría con el

mismo mando. Dylan aparcó de tal manera que el vehículo pudiera huir por cualquiera de las dos entradas si se daba el caso. Los viejos hábitos seguían vigentes.

—El edificio está vacío.

—Como el cerebro de este —dijo Adam señalando al conductor—. Cuando dices que no repararemos en gastos, nos lo tomamos en serio. Habríamos escogido uno más pequeño y más fácil de vigilar, pero Mei se ha encargado de sellar la entrada principal. Ahora solo se puede acceder por aquí abajo. Los pisos superiores están controlados mediante un sistema de seguridad inviolable. Yo no me preocuparía.

Max estuvo de acuerdo. Nunca hasta ese momento había dudado de las decisiones de su equipo, y esa no iba a ser la primera vez. Sus amigos lo condujeron a un montacargas.

—Blindado, por supuesto.

—Por supuesto.

Capítulo 4

La puerta se abrió a una habitación completamente a oscuras. Max supuso que se trataba de otra broma, pero la tensión que percibió en sus compañeros le hizo cambiar de idea.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Ni idea —contestó Dylan.

Adam les pidió que callaran y aguzó el oído. En principio, el montacargas daba acceso a un corredor iluminado de forma permanente por luces de posición. Aquella negrura no era normal.

De repente una sirena se disparó y luces rojas, parecidas a las de la policía o a las de las alarmas de los edificios oficiales, emitieron haces irregulares, mareantes.

—¿Qué coño está pasando? —gritó Max.

—Vaya, caballero británico. Sí que hace falta poco para que pierda usted sus modales ingleses.

La voz de Mei sonaba metálica a través del sistema de megafonía. La siguió una risa que imitaba la de los villanos del cine. El sentido del humor de su experta en comunicaciones no siempre era del gusto del resto del equipo.

—Apaga estas luces, mujer cruel. Vas a volvernos locos a todos.

Dylan era el único de los tres que seguía en tensión. Max conocía el motivo. Su experto en armamento y mecánica no se llevaba bien con ese tipo de bromas. Si el Averno convirtió al propio Max en un ser mucho más cínico, a Dylan lo había afectado en su sentido de la realidad. Las largas privaciones de estímulos externos lo volvieron hipersensible. Cada uno de ellos salió de allí con una secuela personal. No parecía propio de Mei pasar eso por alto.

—Vamos, colega. No es nada.

—Lo sé, lo sé —contestó el otro—. Cuando tenga oportunidad pienso

vengarme. Odio que nos haga esto.

Si los corredores del aeropuerto le habían parecido a Max decadentes y desabridos, el recorrido hasta la zona del edificio que los chicos acondicionaron como vivienda y base de operaciones superaba el aire deprimente con creces. Al menos la terminal estaba bien iluminada; con luces fluorescentes que hacían que todos parecieran cadáveres andantes, pero menos da una piedra. Las luces de posición que Mei había vuelto a conectar no iluminaban. Al contrario, hacían que la oscuridad resultara más evidente. Parecía el escenario perfecto para una historia de terror llena de adolescentes que nunca terminaban bien. Al menos el lugar solo olía a cerrado. Podría haber sido mucho peor. En un área industrial donde abundaban los trasteros de alquiler, las empresas de distribución y los talleres, las ratas y las cucarachas eran las reinas del cotarro. Al parecer aquel apartamento se encontraba libre de unas y de otras, lo que no dejaba de ser una verdadera suerte.

Por fin llegaron a una segunda puerta, esta vez de madera. Un sonido metálico les indicó que Mei les había franqueado la entrada. El contraste de la luz interior con la penumbra exterior los hizo parpadear varias veces. Como les había enseñado la experiencia, esa primera habitación estaba vacía. Así cualquiera que consiguiera entrar se encontraría completamente al descubierto y a merced de la morena menuda y letal que siempre permanecía en la base. Mei apareció por la tercera puerta. Vestía una camisa de cuadros blancos y negros y unos vaqueros ceñidos con botas de militar. Y, en su caso, de militar quería decir del Ejército profesional de China. Max nunca la había visto con otro calzado. Se recogía la melena lisa y oscura en un moño improvisado con palillos baratos de los que regalaban los restaurantes que servían comida a domicilio. El flequillo hacía resaltar la risa que no había desaparecido del fondo de sus ojos. No tenía muchas oportunidades de pillar a sus compañeros fuera de juego y no se arrepentía de haber aprovechado esa última.

—Buenas tardes, Max. Perdona la broma.

Max sabía que la mujer no lo sentía en absoluto.

—No me pidas disculpas a mí, pequeño monstruo de crueldad. Habla con Dylan.

—Dylan no volverá a llamarme tía buena nunca más, ¿verdad que no? — contestó ella con una sonrisa. En realidad sí le preocupaba haber apretado demasiado las tuercas a su amigo.

—Eres la mujer más fea, horrorosa y desagradable que ha pisado el planeta, Mei. Y pase lo que pase, jamás cambiaré de opinión al respecto.

—Veo que has entendido perfectamente lo que pretendía, Dylan. Mientras todo siga así, vamos a llevarnos muy bien.

—Bien —intervino Adam—. Veo que nada ha cambiado en estos meses, así que ¿por qué no pasamos dentro y nos dedicamos a lo que de verdad importa?

Dentro se encontraba el centro de control de Mei; un panel con varias pantallas de ordenador conectadas al sistema de seguridad del edificio y a las dos entradas del taller que les servía como tapadera. Además, un par de ordenadores con sistemas de ventilación tan potentes que su sonido resultaba molesto estaban conectados a la Internet profunda y a la superficial. Mei nunca dejaba un cabo suelto. También había pinchado los sistemas de comunicación de alguna institución. Max no supo identificar cuál de un solo vistazo. Pero si ella lo había hecho, seguro que tenía sentido y utilidad.

Pasaron a una tercera habitación: el salón. Max dejó su equipaje en una esquina.

—Ese sofá tiene una pinta estupenda, pero si vuelvo a sentarme, me quedaré anquilosado para siempre.

—Deja de quejarte y dame un abrazo, caballero inglés. Seguro que a estos dos los has sobado en el aeropuerto.

Max aceptó la propuesta de Mei. Siempre le sorprendía la dureza de sus músculos, tan elásticos y poderosos como los de cualquiera de los tres hombres del equipo. Sin que Max lo viera venir, la mujer, que apenas le llegaba al pecho, introdujo una pierna entre las suyas y lo desestabilizó. Los dos fueron a caer precisamente en el sofá mientras Dylan y Adam se sentaban en los sillones.

—Ahora coge un par de palillos, he pedido tu plato favorito. Y... — añadió antes de que los otros dos tuvieran oportunidad de quejarse— también los vuestros. Tenemos mucho de que hablar y no se habla bien con el estómago vacío.

—¿Hay cerveza?

—En la nevera. Puedes traer para todos. Menos para Max. Los capilares de tus ojos dicen que ya has bebido más de lo que los demás podemos soportar.

Max no protestó. No solo porque lo que decía su experta en comunicaciones era cierto, sino porque necesitaba al menos tres litros de agua para recuperar su nivel normal de hidratación.

Cuando todos estuvieron alrededor de la mesa con un cartón de comida china en una mano y los palillos de rigor en la otra, Dylan comenzó el turno de preguntas.

—¿Nefilim?

Max les contó su encuentro con pelos y señales.

—¿Cómo se ha enterado él de que han secuestrado a la chica?

—No hace falta ser muy listo —intervino Mei—. La SCLI la tenía bajo vigilancia, al contrario que nosotros. Yo ni siquiera sabía que vivía en Hong Kong. Este es mi reino, pero no me lo comunicaron.

—Sí —dijo Adam—. ¿Qué hacía aquí? Se supone que podía estudiar en cualquier lugar del mundo. Desde luego, las universidades americanas y

européas no la habrían rechazado. No, siendo hija de su padre.

—Llamadme histérica —aventuró Mei—, pero quizá ese fuera el motivo, precisamente. Su padre muere...

Max acusó la mención una vez más. En lugar de meterse en la boca los fideos que llevaba un rato ordenando con los palillos volvió a dejarlos en el envase.

—No podemos trabajar así, Max. —Adam se disculpó con Mei por interrumpirla con un gesto de la mano—. A todos nos duele la muerte de Arcángel, pero es algo con lo que tenemos que vivir si queremos encontrar a su hija. Si cada vez que lo mencionamos tú tuerces el gesto... Necesitamos un poco de espacio emocional aquí.

Max asintió. Sus amigos no necesitaron más para saber que podían seguir discutiendo el asunto. Se conocían lo suficiente. Las vidas de los unos habían dependido de los otros las veces necesarias para saber cuándo un asunto estaba zanjado.

—De acuerdo —continuó Mei—. El padre de la chica muere y ella sabe que, vaya donde vaya, todos le recordarán que era un gran hombre. Todo el mundo lo mencionará, aunque un poco de tapadillo. Al fin y al cabo, Arcángel no se dedicaba a salvar gatitos que no sabían bajar de los árboles.

Max dio un bocado a su plato para demostrar que podía con aquello. Porque podía.

—No parece descabellado que buscara un sitio en el cual poder escapar de todo eso. Arcángel no tenía contactos aquí. Hong Kong es uno de los centros económicos y financieros más importantes del mundo. Su universidad cuenta con programas decentes... No creo que haya que buscarle tres pies al gato.

—¿Y la SCLI la vigilaba porque...?

—Bueno, Adam, su padre murió en una operación del Ejército americano.

Pero, hasta donde sabemos, él no tenía por qué estar allí. Quizá ellos mismos lo enviaron de manera paralela. No parece descabellado. Yo diría que vigilar a la familia y a personas cercanas a Arcángel podría formar parte de un dispositivo más amplio. Quizá nosotros no seamos los únicos que queramos averiguar lo que pasó.

—A mí me vigilan —dijo Max—. Nefilim me lo dejó muy claro. Al menos vigilan mis movimientos físicos. No sabría decir si también tienen constancia de lo que hago en redes.

—Por lo que yo sé, no, Max.

—¿A vosotros os monitorizan?

—Conmigo lo intentan —se adelantó Adam—, pero no siempre lo consiguen.

—A mí me siguen. O me seguían, pero llevo una vida tan aburrida que creo que lo dejaron. Han debido de darme por perdido.

—¿Mei?

—Supongo que sí, pero tampoco he prestado atención. Nosotros cuatro formamos parte de sus efectivos más valiosos. Están pagando el alquiler de este edificio junto con todos los elementos de seguridad que se me ha ocurrido pedir. Y, créeme, he sido muy creativa a la hora de montar el tinglado de ahí fuera.

—De acuerdo. Si creemos que Katty eligió Hong Kong por motivos de salud mental y asumimos que la SCLI nos vigila por lo que ocurrió con Arcángel, ¿qué posibilidades hay respecto al secuestro? ¿Quién se la ha podido llevar?

El salón se quedó en silencio. Solo se oían los sonidos de los dientes masticando y las gargantas tragando. Ninguno de los cuatro tenía la menor idea de quién podría estar interesado en secuestrar a la hija de un muerto. Para chantajear a alguien el primer requisito era que ese alguien estuviera con vida.

—Tenemos que pensar que no buscaban a Katty.

Dylan asintió.

—Secuestraron a una chica cualquiera, occidental, universitaria, guapa y a la que probablemente veían sola a menudo.

Max comenzó a atar cabos dentro de su cabeza: tenía sentido que Katty no hubiera hecho demasiadas amigas. En Hong Kong casi todo el mundo hablaba inglés, y más en el ambiente estudiantil, pero ella no dominaba el cantonés, el idioma más hablado de la ciudad. Por tanto, podría comunicarse en clase y en el campus, pero salir por ahí supondría un esfuerzo extra. Uno que una huérfana reciente en un país extranjero quizá no estuviera dispuesta a hacer. Si todas sus relaciones se limitaban al ámbito académico, probablemente ninguna de ellas fuera demasiado profunda. Las relaciones superficiales solían circunscribirse a las aulas, tal vez la cafetería. Entonces era probable que Katty caminara sin compañía a menudo, que saliera y regresara sola a casa. Eso la convertía en una presa fácil para cualquier persona con intenciones poco claras.

—A lo mejor no ha sido un secuestro.

Max se sorprendió de haber dicho esas palabras en voz alta. No hacía ni media hora que le habían pedido que superara la muerte del padre para comenzar a esbozar una hipótesis de trabajo, y ya estaba hablando de la muerte de la hija.

Sus compañeros dejaron los restos de comida sobre la mesa, como si alguien hubiera pulsado un botón que los ponía en funcionamiento a la vez.

—Pensadlo —añadió Max—. Si no la retienen para pedir un rescate, y no debe de ser así porque no tiene familia, y además Nefilim no ha mencionado nada al respecto; quizá quien la ha hecho desaparecer sea un violador o un asesino. Puede que Katty tuviera mala suerte y que un ladrón terminara cometiendo un crimen más grave de lo esperado. Que la matara por error, por

accidente, por ponerse nervioso.

—Pero la SCLI...

—Sí, Mei. Nuestra organización nos ha dado todos estos medios, nos ha reunido aquí y ni por un momento han mencionado la posibilidad de que Katty haya muerto.

—Dicho así... —dijo Dylan.

—Efectivamente —continuó Max—. Suena más que sospechoso. La sensación que tengo ahora mismo, si ponemos los pocos datos que tenemos sobre la mesa, es que Nefilim y la maldita SCLI saben más de lo que nos han dicho.

—Pues si tienes razón —intervino Adam—, eso solo puede significar una cosa.

—Es una trampa —dijeron todos al unísono.

Un silencio sepulcral siguió a aquella frase. Cuantas más vueltas le daban, más seguros estaban todos ellos de que los habían engañado. La SCLI los había llevado a Hong Kong con un pretexto falso. Pero en realidad la organización buscaba algo diferente.

—Una cosa. —Fue Adam quien rompió el silencio una vez más—. ¿Nos importa que sea una trampa? Es decir, sigue siendo Katty. Sigue siendo la hija de Arcángel. Viva o muerta...

—Tiene razón, Max. Tu compatriota el rubio tiene toda la razón. Sea o no una trampa, hay que encontrar a Katty.

—Katty es el cebo. También hay que encontrar lo que sea que esconden detrás del cebo. No pueden salirse con la suya.

Max los observó uno a uno. Mei se había sentado en el sofá con las piernas cruzadas y las botas militares puestas. Siempre estaba dispuesta para la acción. Adam se atusaba el flequillo rubio. Bajo su apariencia juvenil se escondía una determinación de acero. Dylan, con su modo de hablar, como si

nada le importara, estaba tan comprometido como cualquiera de los otros. Y aunque parecían esperar que él diera su opinión, como líder, la verdad era que ya la conocían: por supuesto que buscarían a Katty. Pero no solo la buscarían. La encontrarían y llegarían hasta el fondo de ese asunto.

—¿A quién no le gusta desayunar con una buena trampa de dimensiones internacionales? Si quisiera rutina y seguridad, me habría quedado en Mayfair.

No hubo bromas ni risas, ni expresiones de ánimo. Al fin y al cabo, en ese salón no se estaba rodando una película de sobremesa, se estaba preparando una misión potencialmente peligrosa. Por tanto, en lugar de felicitarse por una lealtad que todos conocían de antemano, porque les había salvado la vida en varias ocasiones, comenzaron a trabajar.

Katty había sido vista por última vez saliendo del campus, así que visitarían la zona por la mañana. Max hablaría con el decano de la facultad de la chica si daba con él. Mei habilitaría un sistema de escucha indetectable para que todos estuvieran al tanto de la conversación. Dependiendo de la reacción de las autoridades universitarias decidirían su próximo paso. La maquinaria se había puesto en funcionamiento y nadie sería capaz de detenerla.

El *jet lag* podría haberle jugado a Max una mala pasada, pero el día estuvo lleno de altibajos y no había conseguido relajarse ni dormir durante el vuelo, así que no tuvo ningún problema en acostarse tan pronto como el grupo hubo establecido la estrategia del día siguiente. Antes de dormirse dedicó un último pensamiento a Arcángel.

—Pisa tierra, Max.

Eso le habría dicho su mentor si hubiera estado presente. Le habría aconsejado que no pensara en el pasado ni en lo inevitable. Los muertos iban a seguir muertos por mucho que él se dedicara a echarlos de menos, así que se despidió en la intimidad de su cuarto, como no había podido hacer hasta ese

momento, y luego focalizó toda su energía en conciliar el sueño. Si Katty estaba viva, merecía que le diera lo mejor de sí mismo; y para eso Max necesitaba descansar.

Capítulo 5

Mei lo había puesto al corriente de los últimos movimientos conocidos de Katty. La verdad era que no había demasiado que contar. Fue vista por última vez en la universidad. Se comportaba como una estudiante aplicada. Quizá no un modelo de conducta, pero sí era una chica completamente normal. Una fotografía de Arcángel lo identificaría como persona legitimada para interesarse por la desaparición.

Max esperaba salir del cuartel general sin mayores aspavientos, pero no había contado con las precauciones de Dylan. Uno no se convertía en experto en armamento sin llevar consigo o encargarse de todo un arsenal, y ya que disponía de él, le gustaba usarlo... o procurar que otros lo utilizaran.

—Vas muy elegante, jefe, pero te falta un accesorio vital.

Max se miró el traje oscuro, de nuevo sin corbata. Lo había elegido, a pesar del color, para impresionar al decano. Necesitaba imponer una imagen seria, de pariente apenado pero con recursos. Alguien a quien hubiera que consolar, pero también tomar en serio. Llevaba uno de sus relojes caros, el menos ostentoso. Suponía que un académico de alto rango lo reconocería. Los hombres dedicados a la docencia que escogían ramas administrativas destacaban por su apego a lo material. Menos voraces que los corredores de bolsa o los empresarios, ocultaban su ambición en instituciones públicas de prestigio. Sin embargo, todos hablaban el mismo lenguaje: el del dinero. Max lo sabía a ciencia cierta. Aquella no era la primera vez que tenía que vérselas con un espécimen semejante.

—¿A qué te refieres?

Dylan mostraba una sonrisa cargada de ironía. Se echó las manos a la espalda, de donde sacó una pistola que podría haber pasado desapercibida de no ser por su enorme silenciador.

—¿Qué demonios es eso y dónde quieres que lo lleve? —Max exageró el tono de incredulidad, pero la verdad era que la propuesta de Dylan era un tanto excesiva—. Me reúno con un maestro, Dylan, no con un miembro de la *yakuza* japonesa de incógnito.

Adam asentía mientras miraba el arma. Max se dio cuenta de que no lo apoyaría. Estaba encantado con el juguetito. Mei se había cruzado de brazos y adelantaba un pie en dirección a Dylan. El típico gesto que demostraba bien a las claras dónde se centraba su interés.

—No voy a recorrer Hong Kong a plena luz del día con eso en el bolsillo.

—No hables de esta pequeña como si fuera cualquier cosa. Se trata de una BT-VP9. Tecnología suiza a su entera disposición, caballero. El silenciador viene de serie. Los señores Brügger & Thomet dicen que es para veterinarios y policías, pero yo digo que a ti te vendrá de perlas. Por si acaso.

—¿Veterinarios?

—Pistola anestésica con cargador extraíble y capacidad para cinco cartuchos más uno. Dispara un calibre 9 mm y tiene miras abiertas. No ajustables, eso sí. Nadie es perfecto. He escogido munición subsónica para que, llegado el caso, no montes un escándalo. Cerrojo manual y sin arco en el guardamonte. Suiza confía en tu puntería, Max.

—No voy a...

Dylan comenzó a desenroscar el silenciador.

—Lo entiendo. Pero sin esto de aquí se convierte en una pistolita muy útil y fácil de ocultar. Además, no lleva balas de verdad, así que nadie podrá acusarte de nada en el caso de que la descubran.

—Estamos en territorio enemigo, Max —dijo Mei—. Hasta donde sabemos, la gente de la universidad puede estar implicada. Ha habido varios secuestros, Nefilim te lo dijo, y he comprobado que es cierto. Sin embargo, nadie habla de ellos. No está de más que vayas preparado. De hecho, tengo

algo más para ti.

Max se sentía como si alguien lo hubiera introducido en una de esas malditas películas de espías. En concreto, en la parte en el que el protagonista abre una puerta secreta y aparece un flamante laboratorio lleno de todo tipo de dispositivos.

Mei le mostró un reloj exactamente igual al que ya llevaba.

—¿Cómo sabías que elegiría este?

—¿El Cartier? Porque es discreto, caro y no es japonés. Pero el que he manipulado, además de todo eso, incorpora un comunicador que te mantendrá en contacto con nosotros en todo momento. Ellos llevan la versión barata.

—Sí —dijo Adam—. Parece que hay amigos de primera y de segunda.

Mei no hizo caso al sarcasmo y continuó con las explicaciones.

—GPS integrado e indetectable. Ya sé —dijo cuando vio que Max iba a interrumpirla—. Ya sé que vas a una universidad y que crees que somos unos exagerados, pero antes o después necesitaremos este equipo. Cuando desaparece una serie de chiquillas no suelen reaparecer en elegantes clubs de campo. Así que ve familiarizándote con el equipo.

Max no se tenía por un hombre especialmente sensible, pero tenía que reconocer que todas aquellas preocupaciones le parecían enternecedoras. Y por mucho que se quejara, estaba de acuerdo en que también resultaban razonables.

Se ajustó el reloj, que Mei se había ocupado de usar durante un tiempo para que la pulsera de piel no se viera rígida, sino ligeramente usada, y se colocó una sobaquera que quedaba por completo oculta bajo la chaqueta.

La Universidad de Hong Kong tenía el tamaño de una ciudad pequeña. Albergaba edificios de docenas de plantas. Moles enormes construidas con el mismo criterio estético que las autopistas que comunicaban la isla: ninguno. El

perímetro del campus se extendía en hectáreas de terreno en el que los altos edificios compartían espacios con bloques de dos o tres plantas, patios cerrados adornados por esculturas millonarias y galerías que conectaban unos módulos con otros. La complejidad del trazado urbanístico era tal que Max apenas se cruzó con algún que otro grupo de estudiantes.

—Esto es un laberinto, jefe.

La voz de Adam le llegó directa al receptor que llevaba en el oído. El mejor espía vivo del planeta también había tenido algo que decir antes de que salieran de casa. En concreto, se había empeñado en acudir a la reunión con él. Solo que desde la sombra. Así alcanzarían una perspectiva más completa del lugar y de los acontecimientos.

Max no contestó. En ese preciso momento un grupo de chicas se cruzó con él. Las oyó cuchichear en cantonés y captó alguna palabra al vuelo. Comprendió que decían «extranjero», como era de esperar. También dijeron «alto». Si Max ya destacaba por su altura en Londres, en Hong Kong la diferencia se hacía todavía más evidente. También oyó que lo llamaban «guapo».

Trató de no prestar atención. Estaba cansado de ese tipo de comentarios. El mundo caminaba por unos derroteros que no le gustaban en absoluto. Cuando él tenía veinte años no miraba a las madres de sus amigos más que como a madres. alguna de ellas era más guapa o tenía un aspecto más juvenil, como la señora Winchester, que llevaba siempre el pelo suelto. Pero a él jamás se le habría ocurrido decirlo en voz alta. Ahora las estudiantes no tenían el menor cuidado o discreción alguna. Niñas apenas —o al menos eso le parecían a él— que se sonrojaban y lanzaban grititos agudos acerca del guapo extranjero.

—Podría ser su padre —murmuró.

—No sé qué has dicho, jefe —contestó la voz de Adam en su oído—. Si

era importante, repítelo. A partir de ahora no voy a poder hablar o delataré mi posición.

—No pasa nada, Adam.

Un segundo grupo de chiquillas se acercaba a Max. Compartían el pelo oscuro de Mei, aunque solo una llevaba el flequillo recto como ella. Vestían vaqueros ajustados y camisetas de media manga. Una de ellas completaba su atuendo con una americana roja y zapatos de tacón alto. A simple vista parecía mayor que las otras, aunque llevaba los mismos libros de texto. Clavó sus ojos almendrados en los verdes de Max, ajena a la diferencia de edad y a los principios del hombre, mitad inglés, mitad americano, que apartó la mirada.

—Podría ser su padre —dijo de nuevo. Y esta vez la voz de Adam no contestó al otro lado del comunicador.

El decano de la facultad en la que Katty se había matriculado era un hombre delgado que parecía mucho más joven de lo que Max vio en las fotos que Mei le mostró antes de salir de la base, por la mañana. Tenía el pelo completamente blanco, pero ni una sola arruga surcaba su rostro sereno e impasible, al estilo oriental. Dio la mano a Max cuando este se la tendió y le ofreció un asiento frente al escritorio de su despacho.

—Bienvenido, señor Cornell.

—Gracias por recibirme —repuso Max.

—La verdad es que su visita me sorprende. Tengo la costumbre de examinar la agenda del día siguiente cada noche antes de irme y habría jurado que su nombre no figuraba en ella ayer.

Max dio mentalmente las gracias a Mei por pensar en todo. Sin duda, un hombre como Zhao no lo habría recibido sin una cita previa, y, desde luego, Max no había concertado esa cita. Pero allí estaba el señor decano, con una gran sospecha, pero ninguna certeza.

—No conozco su manera de trabajar, señor Zhao...

—Decano.

Max inclinó la cabeza a modo de asentimiento y disculpa. Las cosas no empezaban bien con quien debía ser su primer aliado.

—Lo siento, decano Zhao. Estoy aquí por mi sobrina. Katherine Lavigne.

Por algún motivo, la tensión que mantenía el hombre se relajó un tanto. Max pensó que aquel hombre de aspecto elegante y pulcro escondía mucho más de lo que mostraba a simple vista.

—Comprenda que no conozco a todos los estudiantes por su nombre, señor Cornell.

El decano descolgó el teléfono y se dirigió a su secretaria en cantonés. Le pidió el expediente de Katty, impreso. Antes de colgar preguntó a Max si deseaba un té. Él contestó, también en cantonés. Valoró la posibilidad de ocultar su conocimiento del idioma. Le pareció poco probable que su interlocutor fuera a revelar nada de importancia a la empleada. En cambio, si Max actuaba de manera natural, terminaría de ganarse su confianza.

—Traíganos té, por favor, señorita Yang. A ambos. Siento mucho — continuó el decano, dirigiéndose a Max— mis anteriores modales. La universidad está pasando por un periodo de crisis. Hemos recibido visitas de periodistas sin escrúpulos y la policía también ha pasado por aquí. Algunos de mis rivales aprovechan esta circunstancia para tratar de medrar. Es una situación incómoda, pero no debí dejar que le afectara. Espero que acepte mis disculpas.

La secretaria del decano Zhao entró con la discreción de una brisa agradable. Depositó la bandeja con el té en el escritorio de su jefe sin que las tazas tintinearan ni una sola vez. También dejó una carpeta de cartulina frente al decano, lista para que la leyera con solo levantar la tapa. Max ardía en deseos de conocer la información que contenía, pero se contuvo. Esperó a que

el té le fuera servido y que el primer sorbo fuera degustado. Solo entonces el decano tomó en sus manos los papeles.

—Katherine Lavigne es una estudiante brillante. No tanto como los primeros de su promoción, pero ha estado obteniendo mejores calificaciones que cualquiera de nuestros alumnos extranjeros.

—Siempre ha sido una chica excepcional —dijo Max, a falta de algo mejor que añadir.

—Sin embargo, la han echado de menos en sus clases estas últimas semanas. Debe un trabajo de Física Teórica y no ha aparecido en el laboratorio de Astrofísica. Según su expediente, esto es extraño en ella.

Max carraspeó. Le exasperaba la sensación de estar perdiendo el tiempo. Estaba claro que Zhao tenía mucho que perder con el asunto de la desaparición, pero lo necesitaba en su equipo. Si optaba por una aproximación diplomática, perdería días que no tenía, que Katty no tenía.

—En realidad, Katty no es mi sobrina —confesó al fin—. Alguien muy cercano a ella me ha contratado para averiguar dónde está. —Eso se acercaba lo bastante a la verdad—. Hace tiempo que no sabemos nada de ella. El último lugar donde se la vio es el campus. Por eso estoy aquí. Necesito toda la información que pueda darme.

El decano había recuperado el aspecto de roca impenetrable con el que lo recibió. Hasta el té se había enfriado por la hostilidad que de repente se respiraba en el ambiente.

—Sabemos que no es la única estudiante que ha desaparecido. Y sabemos que sus periodistas no han venido hasta aquí preguntando por las chicas porque no hay ninguna denuncia al respecto. No me importa en qué esté usted metido, decano Zhao. No meteré las narices ahí, pero no voy a sacarlas de aquello que he venido a buscar.

Se hizo un silencio entre ambos. Zhao miraba la pantalla de su ordenador.

Había juntado los dedos de ambas manos en una mala imitación de villano cinematográfico. Max sabía que se estaba jugando la implicación de un colaborador importante y decidió presionar un poco más:

—Si solucionamos esto, puede que juegue a su favor, decano. Pocas cosas elevan tanto la reputación de un hombre y de la institución que representa como la colaboración en la salvación de una chiquilla indefensa. Le repito que no sé en qué está metido y que no me importa. Pero puede que si usted me ayuda a mí, yo pueda ayudarlo a usted.

Zhao no parecía ya tan joven como al principio cuando contestó a Max.

—No sé quién es usted, pero ha conseguido infiltrarse en mi sistema informático y colar una cita que no existía en mi agenda. El sentido común me dice que será mejor que trabaje a su lado. No me conviene tener enemigos capaces de lo que usted es capaz.

Max suspiró de alivio. Ahora podían hablar sin tapujos. Esta vez fue él quien extendió la mano y esperó a que el otro se la estrechara.

—Dígame en qué puedo ayudarle, señor Cornell. Estoy a su disposición.

—Necesito información. Nombres, historiales y todo lo que pueda decirme acerca de las estudiantes desaparecidas. También necesito reconstruir los movimientos de Katty.

Capítulo 6

Max consiguió toda la información que había solicitado y mucho más que eso. Lo que fuera que preocupase al elegante y engreído decano Zhao debía de suponer una amenaza real para su posición. Así que se había plegado a las necesidades de Max esperando que tuviera razón y que resolver la desaparición de Katty, y con suerte la de las demás, lo exonerase de esas otras responsabilidades. Como consecuencia, el grupo de Max se había infiltrado en la universidad.

Resultaba repugnante que las personas responsables de grandes instituciones estuvieran más preocupadas por sí mismas que por el bienestar de las personas a su cargo, pero así era tanto en la universidad como en otros ámbitos de la vida. Puesto que al exsoldado le convenía que así fuera, decidió no darle más importancia al hecho... al menos por el momento.

Totalmente en contra de su costumbre, Max no llevaba traje. Ni siquiera un pantalón de vestir y una camisa informal. Muy al contrario, su nuevo papel como vigilante de seguridad le obligaba a enfundarse en un uniforme de talla especial. A través de una serie de contactos, Zhao consiguió que lo contrataran en la compañía que se encargaba de la vigilancia de las instalaciones universitarias. Por supuesto, la empresa no disponía de uniformes para musculosos hombres europeos de 1,89 m de altura. Obtener un permiso de trabajo había resultado mucho más sencillo que encontrar un atuendo que no le dejara los tobillos al descubierto. Con la camisa tuvo un poco más de suerte. Aunque las mangas le quedaban tan pegadas que se marcaban todos sus músculos, los empleados de seguridad de Hong Kong tendían al sobrepeso, así que embutió sus pectorales en una prenda de poliéster barato que le recordaba a su época de recluta. Odiaba cada una de las prendas del uniforme.

Adam y Dylan, por su parte, aprovecharon su aspecto juvenil para hacerse

pasar por doctorandos. Acudían a algunas clases del último curso y pretendían reunirse con sus directores de tesis ficticios. Al menos ese había sido el plan. Dylan, el experto en armamento más letal que podía encontrarse si se disponía del dinero suficiente, se integró perfectamente en el modo de vida estudiantil. Adam no lo tuvo mucho más difícil. Su pelo claro y su sonrisa fácil lo convirtieron en un alumno muy popular entre las chicas, lo que quería decir que todos los chicos lo querían en su grupo de amigos para que las atrajera hacia ellos. Además, tenía una memoria de elefante, uno de sus rasgos más característicos. Eso le granjeó el respeto de sus compañeros, con los que salía a beber después de las clases. En menos de una semana habían cubierto la totalidad del perímetro en el que Katty se movía mientras estudiaba. Mei, en paralelo, los mantenía bajo una estrecha vigilancia a distancia. Siempre los tenía localizados mediante sus GPS.

La universidad estaba rodeada por un gran parque y por una zona que no se diferenciaba demasiado de las áreas universitarias europeas: bares que servían alcohol barato, restaurantes donde se podía comer a bajo precio, tiendas que vendían toda suerte de productos de urgencia, librerías, cines y algunos clubs. Las luces de Hong Kong siempre estaban encendidas en aquel distrito, aunque no en todas sus calles. Doblando las esquinas adecuadas, el mundo se volvía un poco más oscuro. Bastaban unos pocos metros para dejar las atracciones más luminosas y adentrarse en ambientes en los que dominaba la sordidez. Dylan y Adam no tardaron en descubrirlo.

El grupo de estudiantes con los que comían los invitaron a salir el jueves por la noche. En principio el plan era claro: tomar algo rápido acompañado de mucha cerveza y acercarse a un club. Allí los tres muchachos y los dos extranjeros se encontrarían con las chicas. Adam sonreía a Bao, un chico desgarbado de pelo crespo que se adornaba con un aro en la ceja. Aparte de ese detalle, pasaba por un estudiante perfecto, y lo era. Pero ser bueno en los

estudios no estaba reñido con la diversión. Por eso también quería acercarse al local en el que sabía que encontraría a sus compañeras de clase.

—Adam, tío, a Kumiko le gustas y a mí me gusta su amiga Plum. Si tú vienes, podré hablar con ella sin que parezca que la persigo. —Bao hizo lo posible para no sonar desesperado—. Parece que van a ir al club el jueves. Al menos eso nos han dicho.

Dylan, siempre dispuesto a pasar una noche de juerga, se reía de su amigo. A Adam le encantaba su trabajo. Disfrutaba confundiendo con el entorno, pero los postadolescentes le sacaban de quicio. De todos modos aceptaron la invitación. No les quedaba otro remedio si pretendían conocer el círculo que rodeaba a Katty. Aunque ella no se hubiera relacionado demasiado, alguien de la zona podría haber reparado en la solitaria chica blanca. La misión de los dos era rastrear en busca de algo que les pareciera extraño. Cualquier cosa.

Y lo encontraron ese mismo jueves. Porque sí, el grupo de cinco, Bao, Xian, Yan, Adam y Dylan acudieron a un restaurante barato para universitarios. Un local con mesas pequeñas y muy juntas donde tomaron una cena rápida que regaron con cerveza excesiva, incluso para los cánones del propio Dylan, pero luego no fueron a bailar. En lugar de dirigirse a la calle en la que neones de colores estridentes anunciaban DJs residentes y cocteles a mitad de precio para estudiantes, el larguirucho Bao los condujo a través de calles salpicadas de tiendas cerradas a aquella hora y bares de mala muerte.

—Tío —dijo Adam—, ¿a qué clase de club nos llevas?

Bao no contestó. Le dio una patada a una botella y se encogió de hombros. Fue Xian el que tomó la palabra.

—Al final Plum no sale esta noche. Nos hemos enterado justo antes de salir de la residencia. Parece que mañana tiene examen de Cuántica. A Bao no le gusta bailar, así que...

—¡Con música no! —intervino Yan. El chico estaba tan borracho que su

inglés sonaba más ininteligible que si hubiera hablado cantonés.

Los receptores de Adam y Dylan recibieron al mismo tiempo la advertencia de Mei: se alejaban demasiado. El sistema informático de su compañera no localizaba ningún coche de Policía en las inmediaciones.

—¿Adónde nos llevas, tío? —preguntó Dylan—. Yo por una chica hago lo que sea, pero este sitio...

—No seas... —Bao pronunció algo semejante a *nuoruo*.

—No sé lo que es *nuoruo*.

—Te está llamando gallina, pero no le hagas caso. Está frustrado por lo de Plum. Vamos a ver a otras chicas. No sabía que se lo podía permitir, y menos después de tanta cerveza, pero...

Adam y Dylan cruzaron sus miradas un momento. Aquellos estudiantes, chicos que sacaban buenas notas, se habían emborrachado como estibadores irlandeses y ahora los llevaban a un burdel. Estaba claro por las pocas palabras que habían dicho; que a Bao no le gustaba bailar con música y que iban a ver a «otras chicas». Luego, la mención al dinero...

—Yo tengo novia, chicos —aventuró Adam. Os acompaño, pero nada más.

—No pasa nada, colega. —Xian era el que mejor inglés hablaba y le gustaba decir frases que había oído en películas, como «colega»—. Nosotros nunca nos vamos con ninguna. Nos tomamos unas cervezas y ya está.

—Callaos ya —dijo Bao—. Casi hemos llegado.

El lugar al que casi habían llegado era un callejón sucio y mal iluminado. Por algún motivo la calma que se respiraba en la calle no parecía real. Varias puertas mostraban ideogramas chinos sin la correspondiente traducción al inglés. Desde luego, aquel no era lugar para turistas. Mei y Max, que se libraba esa noche de su ficticio trabajo de vigilante, no quitaban ojo de las pantallas.

—La policía ha identificado algunos locales relacionados con drogas en

esa zona, chicos. Andaos con cuidado. No me extrañaría que todavía hubiera por ahí fumaderos de opio.

Mientras Mei hablaba, Bao llamaba a una de esas puertas de mal aspecto. Alguien hizo una pregunta sin que la hoja se abriera y el chico contestó veloz. Luego sonaron hasta tres cerrojos y, de pronto, una luz anaranjada se derramó sobre el asfalto. A un lado de la entrada el suelo se veía oscurecido. Quizá alguno de los parroquianos no había llegado al baño.

Un hombre más bajo que los dos extranjeros, corpulento, vestido de negro y tocado con una coleta al estilo *yakuza* le hizo una pregunta a Bao. El chaval los miró y se encogió de hombros. Dylan le sonrió con su medio mueca de niño inofensivo. Adam se miró la punta de los zapatos como si le hubiera dado un ataque de timidez, como los que no sentía desde los quince años. Al fin los dejaron pasar.

El interior del local no se parecía mucho a lo que un europeo habría esperado. Nada de luces brillantes y espejos. Sonaba música pop cantada en chino por mujeres de voz muy aguda. Una barra similar a la del lugar donde habían cenado y bebido hacía un rato ocupaba casi toda la pared del fondo excepto un hueco cubierto por una cortina de plástico. A Adam le pareció una cortina de ducha. La iluminación corría por cuenta de unas pocas bombillas peladas colocadas aquí y allá en el techo. Junto a otra pared recubierta por paneles de terciopelo granate y dividida en cubículos mediante biombos había pequeñas mesas redondas y taburetes. En cada reservado había una chica. Algunas de ellas acompañadas por hombres. No hablaban. Sobre las mesas había una copa, nunca dos. Los hombres bebían de vez en cuando. Las muchachas sonreían. Parecían demasiado jóvenes para estar allí. Uno de los clientes terminó su copa, tomó a la chica que lo acompañaba de la mano y la hizo desaparecer tras la cortina de ducha.

Por su parte, los estudiantes se dirigieron a la barra y pidieron cinco

botellas de la cerveza más barata. Les cobraron por cada una tres veces lo que habían pagado en el sitio de la cena.

—¿Y ahora qué?

Yan, el más borracho, el que había dicho que Bao no bailaba con música, empezó a reírse. Xian lo acompañó mientras el propio Bao hundía la cabeza entre los hombros como una tortuga.

—Contesta a tus amigos, Bao, ¿qué pasa ahora?

Mei, desde el cuartel general, se hacía una idea de lo que estaba pasando.

—Creo que ahora os quedáis a mirar, chicos. Es lo que pasa cuando sales con los becados empollones. Eso sí, quedaos con todo lo que podáis. Puede que no sea la noche más divertida de vuestra vida, pero quizá saquemos algo en claro de todo esto.

La descripción que Adam y Dylan les dieron en cuanto pudieron deshacerse de sus nuevos amigos todavía rondaba en la cabeza de Max la noche siguiente, durante su guardia. Caminaba en los límites del campus en busca de algún lugar por el que un supuesto secuestrador pudiese entrar, agredir a su víctima y llevársela sin ser visto. El sistema de seguridad no pecaba por defecto de calidad, pero el recinto presentaba demasiadas esquinas y puntos ciegos. Un estudio concienzudo del terreno por parte de las personas interesadas seguro que habría dado resultados.

Los compañeros guardias de Max no hablaban inglés. De hecho, no hicieron ningún esfuerzo por comunicarse con él hasta que no demostró su habilidad con el cantonés. Que les llevara cervezas el segundo día de trabajo también le había ayudado a limar asperezas.

Le asignaron a un hombre bastante dicharachero para hacer las rondas con él. Se llamaba Cheng y a Max le caía bien porque era franco y decía exactamente lo que pensaba sin importarle quien estuviera escuchando. Quizá

por eso no había ascendido a supervisor a pesar de llevar mucho más tiempo que sus compañeros en la empresa.

—Te voy a decir una cosa, amigo inglés. —Cheng siempre iniciaba así sus discursos. A Max no le importaba porque, una vez que empezaba, Cheng podía hablar él solo durante minutos y minutos. Y como siempre terminaba sus frases del mismo modo en que las comenzaba, Max siempre sabía cuándo le tocaba contestar—. Nosotros no somos tontos. Lo parecemos por culpa de esta ropa ridícula, por las gorras que nos dejan las orejas fuera y los zapatos de goma, pero no somos nada tontos, no, señor. Aquí desaparecen chicas desde siempre. Y también sabemos que a ti te ha contratado el decano para encontrar a las ricas. Ricas desaparecen pocas, ¿sabes? La mayoría de las que salen un día y ya no vuelven más son becas.

Parecía que el decano se había dado prisa en hacer correr el rumor de que estaba embarcado en una buena causa a favor de sus estudiantes. Y parecía que a Cheng y los demás no les desagradaba la idea.

—Las chicas pobres no le importan a nadie. Les dan las becas para que se sientan en deuda. Y solo se las dan a las chicas listas, para que la devuelvan trabajando para el Gobierno. ¿Cuántas te crees que salen luego a Europa o a América? Yo te lo diré: ninguna.

Max sospechaba que esa afirmación era fruto de los prejuicios del propio Cheng, pero lo dejó continuar.

—Si le importaran a alguien te habrían llamado hace meses. Porque hace meses que esos camiones aparecen y desaparecen. Y cada vez que entra uno por la antigua zona de carga, alguna de esas estudiantes tan listas ya no vuelve a clase.

—¿Qué zona de descarga?

Cheng se rio, mostrando una encía con tantos huecos como dientes.

—Este es un sitio muy grande, amigo inglés. Y se han hecho muchas

reformas. Pero yo lo conozco desde hace años. A decir verdad, cuando me contrataron por primera vez esto ya era un laberinto. Pero, créeme, ha empeorado con los años. Ahora tenemos un muelle de carga cerca de la zona principal de restauración, pero antes había varias. Una de ellas se inhabilitó hace un año. Fue cuando los decanos echaron a un montón de vigilantes. A Cheng no le dan el puesto que se merece, pero tampoco lo despiden. Ventajas de ser como una mascota, amigo inglés. Ser una mascota tiene esas ventajas.

—¿Dónde está ese muelle de carga?

—Pues eso es lo más curioso, ¿sabes? Trasladaron el restaurante principal a la zona más cercana a las residencias de estudiantes y colocaron una biblioteca auxiliar donde antes estaban los comedores. —Cheng se rascó por debajo de la gorra como si tratara de entender algo. Max lo escuchaba, más que interesado—. Para mí no tenía sentido, porque en aquella zona no ha quedado nada más que la propia biblioteca. Pero lo que pasó, pasó. La mayoría de los chicos estudian cerca de la cafetería y las chicas escogen la biblioteca nueva.

—La que está cerca de el antiguo muelle de carga.

—Sí, la que hicieron en los comedores. Yo creo que es para que las dejen estudiar en paz. La mayoría de ellos son unos vagos y solo van a molestar a las muchachas. Aunque algunas... Algunas son como son y luego pasa lo que pasa.

A la cabeza de Max regresó la imagen de la estudiante con americana roja y zapatos de tacón que le había clavado la mirada. Se sintió mal, como si hubiera tenido un mal pensamiento, aunque en realidad no era así.

—No saben lo que hacen. Son jóvenes —dijo. Pero Cheng tenía una opinión mucho más extrema.

—En mi época las chicas ayudaban a sus madres. Mi hermana siempre ha sido mucho más lista que yo. Tiene una peluquería y todo, pero no andaba por ahí, bailando hasta las tantas y bebiendo con chicos. Si mi hermana hubiera

estudiado aquí se habría quedado en la biblioteca central y les habría quitado las ganas de molestar a los muchachos.

Max estaba confuso: Cheng acusaba a las chicas de ser demasiado lanzadas y, a la vez, de ser miedosas e incapaces de enfrentarse a sus compañeros.

—¿Me llevas a esa zona de carga, Cheng?

—¿Para tu investigación secreta?

—Si te lo digo, no será tan secreta, amigo.

Cheng rio con ganas y se palmeó los muslos con las manos.

—Pues claro que te llevo, hombre. Claro que sí. Así verás que allí no ha quedado ni una garita ni una cámara. Nada. Lo que pase en esa zona no lo sabe nadie.

Mei susurraba en el oído de Max. A medias divertida y a medias indignada.

—Tu amigo les echa la culpa de sus propios secuestros a las chicas. Pero a la vez culpa a quien hizo la renovación del campus. Creo que está como una cabra.

Max estaba de acuerdo, pero no era el momento de demostrarlo. Si se ponía a hablar solo, Cheng pensaría que el que había perdido la cabeza era él.

Su compañero siguió refiriéndose a la serie de sinsentidos que se habían cometido en el campus, en cuanto a seguridad y organización, mientras lo conducía por pasadizos extraños entre edificios. Max estaba seguro de que ningún estudiante conocía esas rutas rápidas que ahorraban minutos en los trayectos entre un sitio y otro. Cuando llegaron a la biblioteca nueva, Max comprendió perfectamente a qué se refería Cheng.

—¿Lo ves, amigo inglés?

Claro que lo veía. La biblioteca relucía como una bombilla en medio de la oscuridad. Se trataba del único edificio iluminado de la zona. Solo había un

camino alumbrado de salida, pero había residencias en todas direcciones, de modo que las estudiantes (desde allí se veía el interior, y el número de chicas era muy superior al de chicos) tomarían rutas oscuras para regresar a sus habitaciones. Así se convertían en víctimas fáciles para cualquiera que pasara por allí. Y, por si fuera poco, lo único que separaba el interior del campus del exterior era un portón metálico sin vigilancia alguna.

De hecho, un camión entró por él y se detuvo a pocos metros. Un grupo de hombres se bajó de la parte de atrás y rodeó el edificio de la biblioteca. Cheng se puso nervioso.

—No he traído el transmisor, amigo inglés —dijo—. Mejor me voy a avisar de que algo raro pasa.

—Un valiente tu colega —dijo Adam en el receptor. Al parecer los había estado siguiendo.

—¿Dónde estás? —contestó Max cuando se quedó solo.

—No me verás hasta que no quiera verte, jefe. Ya sabes cómo va esto.

Max estaba a punto de perder la paciencia. Iba a ordenar a Adam que le diera su posición cuando algo sucedió justo delante de él. De no ser por sus extraordinarios reflejos no habría podido reaccionar.

Una estudiante salió de la biblioteca. Caminaba sola. Tres hombres salieron de la oscuridad y se acercaron a ella. Ni siquiera esperaron a que desapareciera en la zona mal iluminada. Un cuarto se unió al grupo. Este último era más alto que los demás y mostraba un pelo rubio más que conocido para Max. En cuanto vio a su amigo corrió a ayudarlo. Serían dos contra tres, pero ellos estaban entrenados, y bien entrenados. Con lo que no contó fue con lo que pasó a continuación. Tanto la estudiante como Adam se desplomaron sin que los otros los tocaran. Luego los hombres de negro se acercaron, los recogieron y los metieron en el camión. Cuando salieron del campus ni siquiera cerraron la puerta.

—Mei, ¿me oyes?

La mujer contestó de inmediato.

—¿Qué tipo de pregunta es esa? Claro que te oigo. Este sistema lo he configurado yo, es como mi hijo.

—Bien, pues activa el GPS de Adam y ayúdame a seguirlo. Alguien le ha tumbado y se lo ha llevado de aquí. También han secuestrado a una chica.

—Oído, jefe —dijo Mei—. Al fin un poco de acción.

Capítulo 7

Mei enlazó las manos e hizo crujir los nudillos. No había nada en el mundo de lo que estuviera más segura que de su capacidad a la hora de montar dispositivos de vigilancia. Si algo tenía un cable, un botón o algún tipo de chip, ese algo se plegaba a sus deseos como si lo hubiera hechizado. Se cogió el pelo con las manos, hizo un moño alto, lo fijó con un par de palillos limpios y se aseguró de que Max la oía.

—¿Preparado para una carrera?

—Estoy en tus manos.

Esas palabras eran música en los oídos de Mei y estaba dispuesta a acompañarla con su propia letra. La pantalla central de su puesto de control le mostraba tres puntos rojos parpadeantes. Configuró el de Max para verlo de color azul y desactivó el de Dylan, cuya posición no necesitaba de momento.

Adam se alejaba en línea recta y Max lo seguía a velocidad de crucero. Corría, estaba claro por cómo se movía la señal que lo representaba, pero no tan rápido como para desfondarse. Era un tipo listo el jefe, no se agotaría nada más empezar. Claro que tampoco cabía sorprenderse por eso. Habían trabajado juntos el tiempo y las veces suficientes como para conocer los puntos fuertes de cada uno. Max destacaba, entre otras cosas, por saber dosificar sus fuerzas. Al menos hasta que perdía el control de sí mismo. Cuando eso pasaba... Bueno, era mejor no encontrarse cerca.

—Bien, sigue por donde vas. Yo te aviso cuando tengas que desviarte. Te lleva bastante ventaja, pero en algún momento girará. Entonces lo atajaremos. Esto sería mucho más fácil si supiéramos dónde van, pero ya me conoces: no voy a quejarme de lo que no tengo, sino a dar gracias por aquello que poseo. Y en este caso, no es poco.

Max no contestó. Necesitaba controlar su respiración y la ropa que llevaba

puesta no le hacía ningún favor. Los malditos zapatos de goma iban a hacerle heridas si la carrera no terminaba pronto. Por lo demás, conocía a Mei. Trabajaba mejor hablando. Y se merecía un poco de tiempo para ella después de una semana entera metida en aquel taller sin hacer nada más que algún chiste malo. Era su turno y no sería Max quien se lo aguara.

—De hecho, las señales de tráfico podrían ayudarme a predecir el futuro. Pero no te preocupes, no arriesgaré a nuestro querido chico rubio, no, señor. Me limitaré a ir por detrás... Max, gira a la izquierda en la próxima. Confírmame que ves una tienda mal iluminada. El tercer ideograma parpadea y el cuarto está apagado.

Parecía mentira cómo el tono distendido con el que Mei parloteaba se convertía en uno mucho más marcial. No necesitaba ni siquiera marcarlo con palabras. Max sabía a la perfección qué órdenes seguir y qué frases ignorar.

—Confirmado.

Mei sonrió para sí misma. La conexión del GPS con la pantalla en la que veía una versión oficialmente inexistente de Google Earth era perfecta. Le encantaba ser una de las cinco o seis personas con acceso a ese tipo de tecnología. Y la única capaz de estimar con menos de dos segundos de margen la velocidad a la que corría Maximilian Cornell cuando el éxito de una misión dependía de ello. Introdujo el tercer parámetro en el ordenador antes de hacer la siguiente indicación.

—Vas a pasar junto a un semáforo en ámbar en tres, dos...

—Uno, Mei. Perfecto.

—El camión ha vuelto a girar a la izquierda y va mucho más despacio. Puede que sea por el tráfico, así que no pierdas el ritmo. Sigue recto dos calles y gira a la izquierda en la tienda del escaparate roto.

Max corría por una zona que no habría esperado encontrar cerca de un campus universitario como el de Hong Kong. Se parecía mucho más a un

barrio depauperado de las afueras. En realidad no había ni un solo escaparate en buenas condiciones. Los cristales de todos ellos se veían opacos tanto debido a la acción de los años como a la suciedad. Sin embargo Max reconoció el que Mei mencionaba porque no tenía cristal alguno. Ni opaco ni sucio ni cubierto de publicidad amarillenta. De hecho, el interior de la tienda quedaba oculto tras una pared de ladrillo visto levantada de mala manera dentro del escaparate.

—Es un área preciosa, ¿eh? Pues todavía te queda un trecho. El camión ha vuelto a acelerar. Y ahora gira a la derecha. Sigue recto. Vas a encontrar una zona verde. No es exactamente un parque y hay un enorme cartel de prohibido. Sáltalo, no hay nadie en la zona. Tampoco veo perros, pero no respondo.

—Lo veo. No tiene buena pinta.

—Estamos de acuerdo. Salta la verja y avanza unos trescientos metros.

Por primera vez en toda la semana Max agradeció llevar zapatos de plástico barato. Fuera lo que fuera aquella zona verde, no era un parque. Bajo sus pies notaba maleza y un suelo húmedo y reblandecido. Los mosquitos que se le pegaban a la piel del rostro, sudorosa, y que se le metían en la nariz no le preocupaban tanto como lo que pudiera arrastrarse por aquella especie de pantano imposible que sobrevivía en medio de la ciudad. Y con los dos giros que Mei le había indicado volvía a estar de cara al campus.

—Salta ahora, a la derecha.

Mei era increíble. Justo en el momento en el que habló apareció a la derecha de Max un claro entre dos árboles. Se encaramó a la verja de metal que lo separaba del asfalto y volvió a encontrarse en la civilización. Esas cosas solo pasaban en urbes gigantes como aquellas.

—Ahora sigue recto. Te vas a encontrar un grupo de borrachos, sigue en esa dirección. El camión está callejeando. Parece que no sabe a dónde va.

Max vio a los vagabundos de los que su colega le advirtió. Hombres que

se habían dejado la dignidad atrás hacía tiempo. Incluso con la poca luz que se filtraba de las ventanas de los pisos más altos se veían sus expresiones ausentes, como idiotizadas. En ocasiones Max se preguntaba qué habría sido de él si no hubiera tenido la suerte de conocer a Arcángel, el hombre al que le debía un conocimiento más profundo de sí mismo y de la realidad.

—Pisa tierra, Max —dijo.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó Mei—. El camión se mueve de nuevo. Estás a punto de llegar a un bar con mejor pinta que el resto. Pásalo de largo y gira hacia la izquierda, y luego la segunda calle a la derecha. Luego recto.

—Recibido.

—Es una de las peores zonas de la ciudad, Max. No tiene sentido que les estén llevando por ahí. Es decir... Querrán a la chica para algo y... bueno, lo más lógico es que quieran deshacerse de Adam. Pero ese no es buen sitio para dejar un cadáver. Lo suyo sería deshacerse de él en la bahía.

Max pensó en el pantano que había dejado atrás. No parecía una zona transitada y seguro que allí vivían alimañas suficientes como para acabar con un cadáver en poco tiempo.

—Tampoco es lugar para llevar a una chica... Se paran, Max. Estás muy cerca. Si haces un pequeño *sprint* los encontrarás en menos de tres minutos.

Max aumentó la velocidad tanto como pudo mientras escuchaba las últimas indicaciones de Mei. Por lo visto el camión había aparcado en un callejón sin salida. Las instrucciones de su oficial de comunicaciones fueron tan precisas que se encontró con la parte de atrás del tráiler, que se iba.

—¿Mei?

—De vacío, jefe. Adam y la estudiante están ahí dentro. Los han metido en el edificio del fondo.

—¿Cuántos se han ido en el camión?

—El conductor y otro. No he visto a nadie más, pero podrían estar dentro.

—¿Dylan, estás ahí? —preguntó Max a su amigo. Afortunadamente el sistema de Mei mantenía comunicado a todo el grupo.

—No estoy cerca. Los chicos sí han salido a bailar hoy. No podía dejarlos.

—Así que estoy solo.

Max se pegó a una de las paredes del callejón. Una vez en él parecía mentira que un camión hubiera cabido allí. Desde luego, el conductor debía de ser un experto. Si el distrito parecía salido de una película de desastres nucleares, aquel lugar en concreto se llevaba la palma. No había aceras y en el centro de la calzada no quedaba asfalto. La humedad del país supuraba y formaba charcos de agua tan sucia que ni siquiera reflejaba la luz. Con aquella visibilidad Max no podía asegurarlo, pero no parecía que hubiera ningún tipo de vigilancia electrónica. De todos modos, no había mucho que pudiera hacer excepto acercarse al final del callejón y encomendarse a su suerte y a sus años de experiencia.

Se movió como si solo llevara el equipo de vigilante; es decir, las manos vacías. El resultado de su acción no se hizo esperar. Tres individuos salieron del edificio del fondo, el que Mei había identificado como el lugar en el que metieron a Adam. Ninguno de ellos parecía armado, pero Max no podía jugársela. Su amigo y la chica habían caído en el acto, víctimas de algún dardo tranquilizante. Él no podía permitir que algo así le sucediera.

Se abrochó la chaqueta del uniforme para que sus enemigos tuvieran menos posibilidades de agarrarlo y se lanzó a por el más cercano. Cuando ya casi estaba encima de él se dio cuenta de su gran error de cálculo: el hombre llevaba un arma de pequeño calibre en la mano, tan pegada a su cuerpo que Max no la había visto. Se tiró al suelo en el momento en el que el otro lo apuntaba. La bala pasó por encima de su cabeza y él aterrizó sobre el pecho, que sonó como un saco de arena contra el piso. El hombre lo apuntó a

bocajarro, pero Max fue más rápido: se dio la vuelta y en el mismo movimiento le arrebató la pistola. El hombre se desestabilizó y cayó sobre Max, que le fracturó la tráquea con un movimiento del pulgar.

Los otros dos ya se le echaban encima sin darle tiempo a incorporarse. Enredó sus piernas en uno de ellos y lo hizo caer también. Fue a dar con la cabeza en el suelo y Max no necesitó emplear ni un solo movimiento en rematarlo.

—Mala suerte —dijo.

El tercero echó a correr. Max se levantó con premura pero sin precipitación. Se desabrochó la chaqueta y buscó en la sobaquera. Allí estaba la bendita BT-VP9 de fabricación suiza. Se tomó su tiempo para enroscar el silenciador que llevaba en el bolsillo. Cuando el huído llegó a la calle perpendicular al callejón su figura se recortó contra la escasa luz, que allí era un poco mejor que en el callejón, ofreciendo un blanco perfecto a Max. No dudó; con el peso de su cuerpo repartido entre ambos pies y el arma sujeta con las dos manos disparó su dardo tranquilizante y vio cómo el tercer hombre se desplomaba igual como lo había hecho Adam poco tiempo antes.

Se dirigió hacia el cuerpo caído. Todavía no sabía lo que iba a hacer con él, pero dejarlo a la vista de cualquiera no era el mejor plan. Con cada paso sentía la ampolla que uno de los malditos zapatos de goma le había hecho en un talón.

—¿Mei?

—¿Todo bien, Max?

—Dos bajas y un tercero sedado. Necesito saber qué pinta tiene la zona. Y que me mandes a Dylan para ayudarme con los cuerpos.

—Te lo mando en la limusina.

—Supongo que esa es la tartana en la que fueron a buscarme al aeropuerto.

—No, Max. Una limusina es un tipo de vehículo de lujo con muy pocas

posibilidades de que nadie lo pare en una ciudad como esta. De momento tu área está vacía. Yo escondería los cuerpos mientras llegan los refuerzos.

Max lo hizo así. Detestaba esa parte del trabajo por muy necesaria que fuera. Prefería no matar, aunque supiera cómo hacerlo.

Una vez retirados los cadáveres, entró en el edificio. El interior no desmentía el aspecto exterior. Tampoco había más gente a la espera. No había que ser muy listo para darse cuenta de que aquello no tenía ningún sentido. Alguien se tomó la molestia de sedar y secuestrar a una estudiante y a un hombre, los habían trasladado en un camión hasta un callejón inmundo, los ataron y dejaron en un edificio que se tenía en pie por puro efecto de la casualidad.

Max se aseguró de que su amigo y la chica estaban bien. Ambos respiraban con normalidad y tenían el pulso firme. Por lo que parecía, el efecto del sedante tardaría en disiparse, así que él se tomó su tiempo para inspeccionar el lugar. Comenzó por el piso superior, pero no tardó más de cinco minutos en comprobar que el tejado tenía más agujeros que tejas. Las plantas intermedias no ofrecían la menor posibilidad a ningún tipo de escondrijo, así que solo quedaba la planta baja.

—Esto es una pocilga.

—Tranquilo, Max. Ya tienes el transporte prácticamente en la puerta.

—No me refiero a eso, Mei. ¿Tú has visto dónde estoy?

—Solo por fuera. No tiene buena pinta.

—Pues por dentro no es mejor. No entiendo por qué alguien vendría aquí por una chica.

—Puede que sea un punto intermedio —adivinó Mei—. Un camión del tipo que usaban llamaría mucho la atención en el Centro.

Max oyó el ruido de un vehículo en la calle.

—¡Mierda, Mei! Creo que tienes razón.

Buscó entre los cuerpos fríos y recuperó el arma con la que habían estado a punto de volarle la cabeza. Había dos posibilidades, que el coche que frenó afuera lo condujera Dylan o que se tratara del segundo transporte de los secuestradores. Deseaba que se tratara de lo primero, pero se temía que había más posibilidades de lo segundo. Sin pensárselo dos veces tomó la pistola y salió a la calle. Sin cobertura. Si algo había aprendido en los dos Ejércitos en los que sirvió era que el factor sorpresa ganaba más batallas que algunas tácticas diseñadas sobre el papel. Y, de todos modos, tampoco es que dispusiera de un plan mejor.

Con el arma por delante se plantó ante el parabrisas de un Toyota último modelo de color negro. Aquello, desde luego, no era una limusina. Como si sucediera todo a cámara lenta, vio que el conductor cerraba con fuerza su portezuela, que había abierto solo a medias, se aferraba al volante y le arrancaba a las ruedas del coche un chirrido digno del mejor cine de acción. Max se alegró de no tener que disparar. En la boca del callejón, la limusina blanca de Dylan estuvo a punto de chocar con el otro vehículo que huía a todo gas. Había faltado muy poco.

Dylan salió del coche con cara de pocos amigos.

—¿Alguna sorpresa más, Mei?

—No hay nadie en la zona.

—¿Y de dónde ha salido ese?... Espera.

Ahora que el callejón estaba más iluminado gracias a los faros de la limusina, Max vio que una persiana metálica estaba abierta.

—Hijo de... No ha sido culpa tuya, Mei. Tenían un garaje justo aquí. Es imposible que los hubieras visto.

—De todas formas, tendré que mejorar esto. Si no puedes fiarte de la tecnología de defensa, ya no puedes fiarte de nada.

—Dejemos las bromas para después. Dylan, sácale una foto a la chica y

envíasela a Mei. Mei, busca la dirección. La dejaremos en su casa. Luego nos vamos a la bahía a dejar la carga.

—Eso no será necesario, Max. Dejad a la chica y la limusina en la dirección que le he dado a Dylan. Alguien se ocupará de lo demás.

—Tenemos un pasajero más. Quiero que se venga con nosotros. Con todo lo que ha pasado esta noche, toda la información que nos dé será poca.

—Te dije que la VP9 era perfecta.

—Sí —coincidió Max—. Me alegro de haberla llevado encima.

Capítulo 8

El tercer atacante resultó llamarse Wung Tang. O al menos eso era lo que decían los papeles que Max había encontrado en su cartera. Junto a su identificación también hallaron varias tarjetas con direcciones de Hong Kong.

—Todos estos sitios están en lugares muy muy caros. Mirad esto.

Mei les mostró un plano de Hong Kong en el que había señalado los lugares indicados por las tarjetas. Luego cambió la vista a satélite y les mostró los edificios. Uno de ellos era, sin lugar a dudas, donde habían dejado a la chica secuestrada. Todavía estaba adormilada cuando llamaron al timbre. La pobre iba a necesitar una buena terapia, pero no parecía que a sus padres tuviera que preocuparles el dinero.

—¿Crees que son los domicilios de las próximas víctimas?

—No tengo la menor idea, la verdad. Desde que hemos empezado con todo esto tengo la sensación de que nos están llevando de la boca, como a los caballos. Pero desde el principio, de verdad: primero la actitud extraña del decano, que no tuvo el menor inconveniente en cambiarla. Luego el paseo del otro día con esos chavales. Hoy Cheng me lleva hasta el muelle de carga justo en el momento en que aparece el camión. No sé.

—Te entiendo, Max. La verdad es que parece una especie de conspiración. Si no fuera por lo de Adam... No creo que lo esperaran ahí.

Adam estaba dándose una ducha. Había despertado poco después de que llegaran al puesto de control con un enorme dolor de cabeza, mucha sed y un cabreo de mil demonios. Al mejor espía vivo del planeta no se le desactivaba con un dardo tranquilizante. Se sentía más humillado que otra cosa. Max sospechaba que por eso tardaba tanto en bajar. En el Ejército nadie tardaba tanto tiempo en ducharse, y todos ellos conservaban algunos hábitos militares. De hecho, muchos más de lo que podía considerarse normal: la barba rasurada

a la perfección en ellos, las botas de Mei, una cierta obsesión con tener controladas las entradas y salidas de los lugares en los que se encontraban... Estaba seguro de que Adam se retrasaba para no tener que enfrentarse a un supuesto juicio de valor. Parecía mentira que a esas alturas no supiera que ninguno de ellos le recriminaría lo ocurrido; ¿cómo iba a predecir lo que sucedería? El equipo estaba compuesto por buenos profesionales, no por adivinos.

—Sí, Adam ha tenido suerte. Si llega a encontrarse con otro tipo de gente, no estaría para contarlo.

—Pero estoy.

El rubio apareció con el pelo húmedo y un rictus de enfado que no terminaba de desaparecer de su rostro.

—Os he oído, y la verdad, que no me hayan matado tampoco tiene mucho sentido. Si no me esperaban, lo lógico habría sido que me dispararan. Uno no secuestra a una segunda víctima, ¿para qué? El único motivo que se me ocurre es que de verdad no supieran qué hacer conmigo.

—No te entiendo, Adam —dijo Mei.

—Supongamos que me dedico a secuestrar chicas jóvenes para mantener un negocio de trata. Nadie ha dicho que se trate de esto, pero si ponemos encima de la mesa todo lo que hemos visto estos días... En fin, si asumimos que lo de los chavales es tan raro que podría formar parte de la trampa...

—Sigue, Adam. Cualquier teoría es mejor que no tener ninguna.

—Bien, pues imaginemos que es así como consigo a las mujeres que luego obligo a prostituirse. Si ese es mi negocio y un hombre se cuele en mitad de mi operación, me lo cargo. No me lo pienso. Me lo quito de en medio en el primer momento. Incluso aunque no quiera dejar su cuerpo en un campus universitario: le disparo, lo meto muerto en el camión y luego me deshago de él. Porque lo único que da un elemento ajeno son problemas. Y un traficante de

mujeres no quiere problemas.

—Tiene sentido.

—Así que creo que sí, que nos están conduciendo a alguna parte y que no, no les sorprendió verme allí. Creo que alguien les avisó de que yo estaba siguiendo a Max.

Ninguno contestó a eso. No había mucha gente que supiera que el equipo se había reunido de nuevo. Nefilim, por supuesto. El decano sabía del propio Max, pero no parecía probable que lo relacionara con los dos nuevos doctorandos. Mei se había encargado de hacer todos los trámites necesarios sin que llamara la atención.

—Es una acusación muy fea, Adam.

—¿Qué te crees, que no lo sé? Pero no se me ocurre otra cosa.

—El único que puede contestarnos está en la otra habitación y no tiene pinta de que vaya a despertar hasta mañana —intervino Mei—. Propongo que nos acostemos. Esta noche no vamos a poder hacer nada más excepto volvernos locos.

—Secundo la moción —dijo Dylan.

—A mí lo que me hayan inyectado me ha hecho polvo. Necesito descansar. Y tú también lo necesitas, Max. No es por poner el dedo en la llaga, pero has estado a punto de morir hoy.

—Me quedo aquí un rato, chicos. No os preocupéis.

Max vio cómo las únicas personas por las que todavía sentía algo le daban las buenas noches y desaparecían tras la puerta que separaba el salón del pasillo que conducía a las habitaciones individuales. Cruzó las manos sobre la nuca y se echó hacia atrás sobre el respaldo del sofá. Estaba muy claro que esa noche no dormiría. El problema no era que hubiera estado a punto de morir, sino que había matado a dos hombres y no sabía para qué.

Se levantó del sofá. Llevaba puesta su ropa de entrenamiento, así que

decidió aprovechar el momento. Aquel edificio estaba lleno de escaleras y era completamente seguro gracias al celo con el que Mei hacía su trabajo, así que decidió cansar su cuerpo para ver si así conseguía rendir a su mente. Se puso la capucha de la sudadera y atravesó la puerta que daba a la escalera de emergencia. Más de cincuenta pisos hacia arriba. Nada que no hubiera hecho antes un buen puñado de veces.

Tomó aire y empezó la escalada.

Tal y como había estado pensando, el problema eran esos dos muertos y el significado de haberlos matado. Porque sí, lo hacía por Katty, para encontrar a Katty, pero ¿y si ni siquiera había desaparecido? Lamentablemente Adam tenía toda la razón. Si alguien se había tomado tantas molestias para tenderles una trampa, se trataba de alguien que los conocía bien. Si había sido la propia agencia...

—Entonces Nefilim ya puede emplear todos sus recursos en esconderse.
—Saludó a la cámara del descansillo porque estaba seguro de que Mei lo observaba desde su cuarto. Se alegró de no llevar el emisor encima. Podía verlo, pero al menos no podía oírlo.

No se sentía en absoluto orgulloso de su estado de ánimo, de su ira, de su confusión. No comprendía cómo había llegado hasta allí. Se recordaba de niño, en Londres, asistiendo a los desfiles del jubileo. Le encantaban los uniformes, disfrutaba como nunca al ver el paso marcial de la infantería, de los caballos. Siempre que podía acudía a un cambio de guardia. A pesar de los turistas escandalosos y de los *flashes* de las cámaras. Le gustaba ver a los soldados. Se decía que estaban allí para protegerlo a él. Desde que tuvo uso de razón había querido formar parte del Ejército, lucir uno de esos uniformes. Cuando caminaba por el Pall Mall admiraba la estatua de sir Winston Churchill, pero se cuadraba ante la de Patton. Su padre le revolvía el pelo y reía.

Quizá riera porque pensaba que se trataba de una fiebre pasajera, una cosa de niño. Pero de hecho, Max se alistó primero en el Ejército de Su Majestad y luego en el de Estados Unidos. En ambos casos lo hizo convencido y feliz. Y en ambos casos sus padres se habían sentido orgullosos de que su único hijo fuera un patriota auténtico capaz de entregar su vida para proteger a su país. A sus dos países.

Arcángel había cambiado eso. Arcángel lo entrenó y lo convirtió en un ser humano mejor, menos idealista, menos puro, menos soñador.

—Pisa tierra, Max. Pisa la maldita tierra.

Max ni siquiera se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta. Aquel era el lema de vida que su mentor, su maestro, el hombre más importante de su vida, con permiso de su propio padre, le había inculcado a sangre y fuego. Pisa tierra y déjate de ideales en los que solo crees tú.

Max subía escaleras e ignoraba el dolor de la ampolla que le hizo el zapato del uniforme. ¿Qué era aquella pequeña herida en comparación con todo lo que había sufrido en el Averno? Quizá el escozor le molestaba, quizá no pudiera sacárselo de la cabeza porque se trataba de un dolor sin sentido. Arcángel lo había sometido a todo tipo de torturas físicas y psicológicas. Algunas noches todavía se levantaba empapado en sudor por culpa de las pesadillas. Algunas mañanas se sorprendía tomando un desayuno mucho más copioso de lo que necesitaba porque sentía toda el hambre pasada durante aquellas jornadas de frío y carencias de alimento.

—Dejad de escuchar las mentiras que os dice vuestra mente. Dejad de hacer caso a la debilidad de vuestro cuerpo.

Arcángel había sido cruel hasta extremos enfermizos, pero lo fue por un motivo. Los había convertido a todos ellos, y a él más que a ninguno, en hombres y mujeres perfectamente entrenados para la guerra. Las cuatro personas que ocupaban el edificio aquella noche se conocían a la perfección.

Sabían dónde estaban sus límites, sus fortalezas, sus debilidades y las de sus compañeros. Arcángel se encargó de mostrarles que siempre podían caminar un paso más si encontraban la motivación adecuada.

Y luego había muerto.

Cuando llegaba a esa parte, el cerebro de Max colapsaba. Arcángel no debió haber estado allí. No había ningún motivo para que se encontrara en aquel lugar precisamente en aquel momento.

—Pisa tierra, Max, o te vas a volver loco. Ahora no estás aquí para resolver la muerte de Arcángel. Estás aquí para encontrar a su hija desaparecida. Y eso es lo que vas a hacer. Pisa tierra y no escuches a Adam, a Mei ni a Dylan. Trata esto como lo que te han dicho que es. Porque si empiezas a fabular, entonces nada será real. Pisa tierra.

Perdió la cuenta de las veces que había subido y bajado las escaleras. Sudaba, estaba físicamente agotado, pero la cabeza seguía funcionándole a mil por hora. De todos modos se dio una ducha rápida y se metió en la cama. Dio tantas vueltas como escaleras había subido con anterioridad, hasta que cayó en uno de esos estados de duermevela en los que no conseguía descansar. Se trataba precisamente de lo contrario a pisar tierra. La cabeza mezclaba la realidad con los girones del sueño y creaba monstruos.

Soñó, o recordó, en algunos momentos no estaba seguro, con uno de los ejercicios del Averno. Arcángel los había extenuado. Llovía y los cuatro habían corrido por el barro cargando unos con otros. Si resbalaban, si dejaban caer al compañero, los azotaba. Como resultado caían más a menudo, soltaban la carga más veces. Medio dormido, en el estado de duermevela en que se hallaba, el cuerpo de Max se agitaba bajo los golpes de vara soñados o recordados. Sentía la piel de su espalda desgarrarse, pero eso no le importaba. Sus compañeros habían terminado ya. Mei había llevado a Dylan hasta el lugar designado. Allí, junto al propio Arcángel, estaba también Adam.

Ninguno de los cuatro estaba manchado de barro. Todos lo miraban con el ceño fruncido y gesto de decepción.

—Pisa tierra, Max. Termina lo que has empezado.

Pero si Adam también estaba allí, ¿a quién llevaba él a cuevas? Confuso, asustado, dejó caer su carga. Cuando el cuerpo tocó el suelo, él mismo sintió el golpe en la espalda. Pero notaba también la tensión en los brazos y el cansancio en las piernas. El cuerpo embarrado se dio la vuelta y Max, llorando como un niño, se vio a sí mismo, inerte, enlodado como si no fuera una persona real, sino una figura de cerámica que alguien trataba de moldear a su antojo.

—Pisa tierra, Max —gritaba Arcángel desde la meta—. Recoge ese despojo y deshazte de él. Sé un hombre.

Pero Max no se sentía con fuerzas para seguir las órdenes. No podía deshacerse de sí mismo. ¿Cómo?

—Ese de ahí abajo no eres tú, son tus debilidades. Cógelo y no cargues más con él. Tus compañeros lo han conseguido.

De nuevo miró al frente y allí estaban los tres, esta vez con sus uniformes de entrenamiento, cubiertos de barro hasta el último pelo de la cabeza. Como si alguien los hubiera modelado también a ellos desde cero. Así que Max sacó fuerza de donde no la tenía, se aferró a la imagen de sí mismo que yacía en el suelo y la levantó. Colocó a su otro yo sobre el hombro y gimió de dolor porque también tenía verdugones en los hombros. Entonces, a medias soñando y a medias recordando, supo lo que tenía que hacer: levantó el cuerpo del Maximilian Cornell del pasado, lo alzó por encima de la cabeza del Maximilian del presente y lo lanzó tan lejos como le permitieron sus mermadas fuerzas.

Entonces despertó y descubrió que necesitaba una ducha mucho más de lo que la había necesitado por la mañana. Cuando salió del baño le pareció que

la base estaba más silenciosa de lo que debería. Solo Mei esperaba en el salón con una taza de café recién hecho.

—¿De dónde has sacado eso en la tierra del té?

—De una tienda. Esto es China, no el desierto. También hay cafeteras Nespresso.

—Veo que no he sido el único que ha pasado mala noche.

—No vamos a fingir que no sé lo que hiciste, porque lo sé. Podrías haber hablado conmigo. O con cualquiera de los chicos. A estas alturas no deberíamos tener que decírtelo.

Max se dio cuenta de que Mei estaba realmente ofendida. Y no sin razón. Se suponía que eran amigos. Habían pasado por demasiado. La pérdida de Arcángel los afectaba a todos. Debería haber confiado en ellos, pero a veces Max no sabía gestionar sus emociones.

—Veo que te arrepientes, jefe. A veces tu cara es tan transparente como la de un niño. Así que, para que veas que soy una mujer comprensiva y que sabe perdonar, tengo una sorpresa para ti.

—No sé si debo tener miedo. Pero me alegro de que me perdones.

—No te pongas tierno y escucha.

—Escucho.

—Adivina quién se ha despertado bien temprano y lleva soltando maldiciones en perfecto cantonés desde hace más de dos horas.

A Max le brillaron los ojos de anticipación. No le gustaba matar y no era amigo de la tortura, pero le encantaban los interrogatorios. El tipo de duelo más mental que físico en el que nadie había logrado derrotarle todavía. Sonrió.

—¿Té o café?

—Té, por supuesto —contestó Max—. El café es una bebida de gente sin civilizar.

Capítulo 9

Tan pronto como reparó en el gesto de Mei, Max reprimió su alegría. Por un momento había olvidado lo sucedido entre ambos en el Averno. Sí, los dos salieron fortalecidos de aquel entrenamiento tan exigente que apenas se reconocieron a sí mismos cuando lo terminaron. Igual sucedió con Dylan y Adam. Los cuatro discípulos de Arcángel habían pasado por aquello. Sin embargo, entre su encargada de comunicaciones y él las cosas se habían puesto... intensas, por decirlo de un modo suave.

Mei se giró y se perdió pasillo adelante. Sus botas militares se aplastaban contra el suelo con fuerza, como si quisiera darle algún tipo de mensaje. Aunque no era necesario.

—Ahora mismo te caliento esa agua sucia que os gusta tanto a los de tu país.

Su voz sonaba calmada, pero Max la conocía bien y notaba cierta tensión en los hombros. La siguió hasta la cocina. Allí, se paró en el umbral. Por algún motivo le parecía que debía dejarle espacio. Pocas veces se levantaba entre sus compañeros ese tipo de muro, así que Max no tenía la experiencia que lo ayudara a derribarlo.

Mei se movía con gracia. A pesar de su calzado rudo y de su ropa más cómoda que estética, había algo en ella inequívocamente elegante. A veces a Max le costaba creer que aquel cuerpo de apariencia frágil encerrase la fuerza, la determinación y el coraje que caracterizaban a Mei.

De hecho, esas cualidades ya estaban en ella cuando Arcángel los obligó a enfrentarse. Lo hacía constantemente. Enfrentaba a los mejores amigos en competiciones de todo tipo: físicas, mentales, intelectuales... Nada era suficiente para su mentor. El objetivo era que los cuatro se comportaran como uno solo. Para eso debían destruirse uno a otro y construirse juntos.

La tarea de descomponer la fortaleza mental de Mei había correspondido a Max. Y cuando lo logró, la alegría por haberlo conseguido se disipó en un instante. Al principio ninguno de ellos se lo tomó demasiado en serio. Ni siquiera cuando se dieron cuenta de que estaban encerrados, solos, sin ventilación, sin comida ni agua. Arcángel los había acostumbrado a entrenamientos extenuantes. Suponían que se trataba de una prueba de resistencia física. Max recordaba las primeras palabras que intercambiaron antes de saber de qué iba todo aquello.

—Ganaré yo, Mei. Tengo más masa muscular. Y tú estás tan flaca que no hay reservas de grasa corporal que puedan ayudarte.

Ella lo había fulminado con la mirada.

—Si supieras lo que he pasado para estar así, no dirías estupideces.

Max no supo qué contestar. No había querido ofenderla. Desde su punto de vista, solo había hecho una broma estúpida. Mei enseguida cambió el tono del discurso y le dedicó una sonrisa maliciosa.

—Mi cuerpo también necesita menos recursos para seguir funcionando, grandullón. No des nada por sentado.

Conversaron sobre tonterías durante un rato más mientras la habitación se calentaba y consumían poco a poco el oxígeno del interior. Mei fue la primera en darse cuenta de lo que sucedía. De inmediato adoptó la postura del loto y controló su respiración. Max la imitó, no sin antes quitarse la camisa, que dejó al descubierto un torso esculpido por horas de entrenamiento y servicio militar. Entonces la voz de Arcángel los sacó de su estado meditativo.

—Sois tan lentos que me da vergüenza que forméis parte de mi equipo.

Podía ser que tuviera razón, pero no eran tan tontos como para contestar, así que esperaron las instrucciones.

—Quiero vuestros secretos.

Max, todavía en silencio, alzó la cabeza, pero no dijo nada. Él no tenía

secretos. De hecho, siempre recibía las mayores burlas por su personalidad demasiado recta, por su necesidad de hacer el bien, de actuar siempre según lo que creía correcto. En definitiva, era esa creencia en la virtud de la raza humana lo que lo había llevado a alistarse. No, Max no tenía secretos, así que aquella prueba era, de inicio, injusta. Porque solo podía haber un ganador. Mei continuaba con la mirada fija en el suelo. Max se preguntó qué terrible secreto guardaba su compañera y amiga. También se preguntó si podría seguir llamándola amiga en caso de obtener de ella esos secretos. O por el contrario: si no lograba pasar la prueba, ¿querría continuar su entrenamiento junto con Mei?

—No tenéis más que treinta minutos de aire. Podrían haber sido más, pero lo habéis desperdiciado. La habitación no se abrirá hasta que no oiga una confesión.

Max esperaba que Mei mostrara algún tipo de debilidad, sin embargo, no lo hizo. Pasaron veinte minutos en silencio, uno frente a otro. Al principio apenas se movían, hasta que Max se arrastró junto a una pared y apoyó la espalda. Entonces Mei se abrazó la cintura. Eso le recordó dos cosas a la vez. Por un lado, las muchas ocasiones en las que había visto a compañeras de clase tratando de ocultar su cuerpo en la piscina del colegio. Lo hacían mayormente aquellas que tenían sobrepeso. Los otros chicos las insultaban o se reían de ellas, y las pobres se encogían cuanto podían. Casi siempre sin resultado. Por otro lado, recordó la frase inicial de Mei: «Si supieras lo que he pasado para estar así, no dirías estupideces».

Jamás se le habría pasado por la cabeza que la fibrosa y musculada Mei, capaz de soportar los entrenamientos físicos con la misma entereza que cualquier hombre, hubiera sido una niña gorda. A Max le daban náuseas solo de pensar que debía utilizar eso contra ella, pero lo hizo. Y no fue en absoluto delicado.

—¿Vas a respirar todo el aire de la habitación igual como te comías toda la comida de la nevera?

Mei respiró hondo y le clavó una mirada acerada. Había perdido por completo el color, lo que quería decir que Max había acertado.

—Ese es tu secreto. No hace falta que lo digas: es evidente.

Mei tragó saliva, pero se mantuvo fuerte.

—Estrías en los bíceps, en los muslos y en el abdomen. Todos lo hemos visto en las duchas, ¿crees que no lo comentamos?

Por fin, Mei cedió. Apenas faltaban cinco minutos para que se terminara el aire de la habitación y Max empezaba a sentirse mareado por la falta de oxígeno.

—No es cierto.

—¿Qué? ¿Que no eras capaz de dejar de comer? ¿Que eras una foca sin disciplina? Claro que es cierto —continuó Max con una mueca de desprecio que no sentía. De hecho, le hacía más daño a él que a Mei—. Lo que no entiendo es por qué crees que es un secreto. Todas las mujeres sois un manojo de vanidad. Al principio creímos que tú eras distinta, pero pronto nos dimos cuenta de que no.

Max sabía que usar el plural, que referirse a todos los miembros del grupo, minaría aun más las defensas de Mei. Detestaba tener que hacerlo, pero era necesario. Si ella no confesaba, los dos morirían. Arcángel era capaz de dejarlos allí.

—Dylan fue el primero en notarlo.

—Cuando salgamos de aquí...

—¿Es eso una confesión, Mei? ¿Eras una cría gorda sin autocontrol? ¿Te alistaste en busca de disciplina? ¿Te maltrataron los demás reclutas porque los retrasabas? ¿Eras tú la recluta «Patosa», como en *La chaqueta metálica*? Seguro que tampoco sabías montar y desmontar tu fusil de asalto.

—Estaba gorda, sí. Pero ni aquellos idiotas ni tú tenéis la menor idea de por qué. Ahora vamos a salir de aquí. Luego...

En aquel momento la habitación se llenó de aire fresco. Seguían encerrados, pero podían respirar. Su instructor no los dejó salir. Mei había rendido su última defensa, pero había que reconstruirla de modo que fuera útil al equipo. Los otros tres pasaron por experiencias parecidas a su debido tiempo. Ninguno salió ileso.

Allí, en el presente, apoyado en el quicio de la puerta de la cocina, le parecía imposible que alguna vez hubiera sido capaz de hacer algo tan ruin a alguien que le importaba. Si lo pensaba con detenimiento, le parecía todavía más inverosímil que la relación de confianza absoluta entre ellos se hubiera hecho de aquella forma.

Mei se giró. Sujetaba una taza de té muy caliente. Humeaba, incluso.

—No seré yo quien te diga cómo hacer tu trabajo, jefe —dijo ella mientras le tendía la bebida—, pero ¿sabes ya lo que le vas a preguntar a ese hombre?

—Le preguntaré por Katty, claro.

Mei asintió. Sí, al final del interrogatorio sí, claro, pero ¿cómo vas a llegar hasta ahí? Tienes que controlarte. Si le presionas demasiado al principio...

—Sé lo que quieres decir. Ven conmigo. Conoces tan bien como yo el procedimiento.

Mei negó con la cabeza.

—Estaremos en contacto, pero yo estaré fuera. Así podré comprobar al instante si lo que te dice es cierto. La técnica del poli bueno y el poli malo está demasiado vista. Ese hombre necesita que lo asustes. Sin paños calientes. De acuerdo entonces. Vamos allá.

Wung estaba exactamente tal como lo habían dejado la noche anterior. Con

peor color, ojeras y las arrugas marcadas por efecto del cansancio. Max notó que el prisionero entornaba los ojos rasgados en señal de odio. Un gesto que hacía que su cara pareciera marcada por dos hendiduras negras. Los labios, muy finos, mostraban signos de deshidratación. Mei había dispuesto una pequeña mesa de jardín frente a la silla donde lo ataron. Sobre ella dejó Max un maletín negro que la misma Mei le proporcionó. En su más que precipitado viaje, no había previsto que necesitaría de todo el material, pero se podía confiar en su equipo hasta en el último detalle.

—Buenos días —dijo en perfecto cantonés—. Me gustaría hablar un momento con usted.

—*Caonimagebi! Zazhong!* —contestó Wung.

—Esas son palabras muy feas. Mi madre siempre ha sido una mujer discreta y encantadora. De todas formas, señor Wung, ocurre algo muy curioso con los idiomas. Por algún motivo, los insultos en lenguas no nativas no suelen ofender del mismo modo que en el idioma de uno.

Max utilizó su mejor acento de caballero y sus modales más refinados. Mientras lo hacía, no miraba a su rehén, sino que sacaba pequeños instrumentos y los disponía sobre la mesa, a modo de exposición. Cuando terminó, retiró el maletín y se encaró con Wung.

—¡Hijo de puta! —gritó el hombre—. No me asustas en absoluto con este numerito.

—Esto —dijo Max mostrando lo que parecía un simple trozo de madera—, no voy a explicarte lo que es. Tu país es pionero en la invención y uso de los métodos de tortura más avanzados. Así que seguro que sabes lo que se puede hacer con ello cuando se convierte en astillas.

—Te crees muy ingenioso, ¿verdad?

—No, en absoluto —contestó Max. Cuando se dio la vuelta para coger otra cosa de la mesa, Wung le escupió, sin acertarle.

—Sí, torturar y escupir es muy propio de los chinos.

—Hijo de p...

Pero Wung no pudo terminar la frase. Max le chistó como si se tratara de un perro.

—¡Chist! Tranquilo, chico. Ya sé que crees que si repites muchas veces esa grosería, yo me pondré nervioso y cometeré un error. Ahórratelo. Tienes un acento inglés tan espantoso que cada vez que abres la boca parece que estás contando un chiste. A partir de ahora procura hablar solo cuando te pregunten, señor Wung. ¿Entendido?

El prisionero no contestó. Por supuesto, estaba probando la resistencia de Max, y él lo sabía. Podían pasar horas antes de que confesara si estaba bien entrenado, pero Max sospechaba que en realidad no pertenecía al grupo que lo había organizado todo. Al menos no al núcleo duro. Si no, no habría sido tan sencillo pillarlo.

—Muy bien, no quieres cooperar.

—Ni quiero ni voy a cooperar.

Max se rio de manera exagerada, como si de verdad Wung hubiera contado un chiste. Para terminar de poner color a su interpretación, aplaudió.

—Mucho mejor así, mi querido amigo. Muchísimo mejor así. Yo pregunto y tú contestas. Vamos a intentarlo con una pregunta un poquito más interesante:

—¿Por qué habéis secuestrado a esa chica en la universidad?

Mientras preguntaba, Max se acercaba a Wung. Sostenía un martillo de bola inusualmente brillante. Parecía que lo hubieran pulido. Lo sujetaba con una mano y se daba pequeños golpecitos en la palma de la otra, como si lo estuviera probando. Ya que el prisionero no despegaba los labios, Max alzó el brazo y lo descargó en dirección a su cara. Acompañó al gesto, brutal, con un grito de artes marciales. El martillo se detuvo a milímetros de la nariz de Wung, que también gritó, pero de terror. A los pocos segundos, Max detectó un

ligero olor a amoníaco. El hombre se había orinado en los pantalones.

—Siento mucho que hayas tenido este pequeño accidente. De verdad que lo siento.

Wung tenía los ojos cerrados y había dejado caer la cabeza hacia delante.

—¡Wung!

El tono de voz de Max estaba cargado de amenaza y el rehén lo percibió sin lugar a dudas. Abrió los ojos, con las pupilas dilatadas por el terror.

—Querido amigo Wung —siguió Max, ahora con una amabilidad pasmosa—. Cuando alguien ofrece sus disculpas, los modales obligan al ofendido a aceptarlas. Sé que has pasado por un momento desagradable y reconozco que ha sido por mi culpa. Te ruego que me perdones.

—Vete a la mierda —susurró el prisionero.

Max detestaba esa parte de su trabajo. Había supuesto que quizá se trataría de un interrogatorio corto, pero parecía que aquel hombre tenía una voluntad mejor forjada de lo que aparentaba. El mercenario escenificó un suspiro de aburrimiento y tomó un revólver de encima de la mesa.

—¿Ruleta rusa o me dices por qué habéis secuestrado a esa chica? De paso, también me vendría bien saber para quién trabajas.

En esa ocasión Wung contestó sin pensarlo.

—Claro que sí. Seguro que está descargada. Me has engañado con ese martillo, pero...

—¡Chist! Respuesta equivocada, perrito bonito. No te he preguntado eso.

De dos zancadas se plantó detrás de la silla y encañonó a Wung. Presionó el arma contra la cabeza del hombre, que, sin poder evitarlo, tuvo un escalofrío.

—Así que no estás tan seguro de que no tenga balas, ¿eh? ¿Me dices por qué secuestrasteis a esa pobre universitaria?

—No voy a decirte nada, ¿me oyes? ¡Nada!

Aquello era un avance. Los tipos verdaderamente duros se mantenían en silencio. Lo que revelaba las debilidades de una persona eran sus palabras, la información que daban sin percatarse de ello. Como le había pasado a Mei en el Averno.

Max quitó el seguro al revólver y apretó el gatillo. Se oyó un pequeño sonido metálico, pero no pasó nada más. Wung, sin embargo, temblaba como una hoja.

—Parece que esta vez te has librado.

—Te he dicho que no estaba cargada. Lo sabía.

Max se alegraba de que siguiera hablando. Su tono era mucho menos firme que al principio de su «conversación». También más agudo. Estaba perdiendo el control poco a poco. No obstante, todavía quedaba resistencia que vencer, así que Max se empleó a fondo. Volvió a colocarse a la vista de su rehén. Dejó el revólver en su regazo y se dirigió a la mesa. Se puso unos guantes de látex haciendo muchos aspavientos. El prisionero miraba al arma y a su torturador de hito en hito.

—Perdona toda esta parafernalia. Los amigos no deberían tomar precauciones, pero no nos conocemos desde hace mucho, ¿verdad?

Max sonreía como un lunático. Esperaba que Mei no hubiera instalado cámaras ocultas en esa habitación y que solo lo estuviera escuchando a través del comunicador. Ya se sentía lo bastante violento por tener que actuar como un sicópata. Si no fuera por Katty y su desaparición, jamás se comportaría de esa manera.

Se acercó de nuevo a la silla, cogió el arma y no escatimó en gestos de asco.

—Hueles como una alcantarilla, amigo mío. Espero que comprendas lo de los guantes.

Max se dio cuenta de que Wung estaba juntando saliva para escupirle, pero

atajó su movimiento. Con una mano fuerte como una tenaza le sujetó la mandíbula inferior, apretó y lo obligó a abrir la boca. Casi inmediatamente le introdujo el cañón del revólver entre los dientes. Cuando habló, le gritó a pocos milímetros del oído. Estaba tan cerca que olía el champú que el hombre había usado para lavarse el pelo el día anterior. Pero mezclado con el olor del miedo.

—¿Sigues creyendo que no tiene balas? ¿Eh? ¿Lo crees? ¿Por qué os llevasteis a la estudiante?

No dejó que Wung contestara. Disparó una vez, dos, hasta cuatro veces. Ya solo quedaba una posibilidad. Si el revólver estaba cargado, la bala se dispararía en el momento en que Max volviera a apretar el gatillo.

Wung había cerrado los ojos una vez más.

—¡Abre los ojos!

El hombre, visiblemente asustado, los abrió. No quedaba mucho de su aparente fortaleza de espíritu y Max estaba dispuesto a terminar con ella.

—¿Por qué os llevasteis a la chica? ¿Para quién trabajas?

Con el cañón del arma en la boca, Wung no podía articular las palabras, pero sí hizo una serie de sonidos que indicaban que, por fin, deseaba hablar.

—Alguien compra chicas jóvenes y sanas.

A Max la respuesta le sentó como una patada en la boca del estómago. El rehén, por su parte, parecía lo bastante asustado como para estar diciendo la verdad. Cornell aguantó el asco que sentía y continuó con su trabajo. Por muy incómodo que se encontrara con la situación, debía de estar haciéndolo bien. Mei no le había dado ninguna indicación por el comunicador, todavía.

—¿Para qué? ¿Quién?

—Ya sabe lo que dicen de nosotros: torturamos, escupimos y traficamos con órganos.

A Max le sorprendió que el hombre tuviera fuerzas para el sarcasmo. Al

menos había empezado a confesar. Aunque no estaba siendo tan específico como convendría.

—¿Secuestran a las estudiantes para extirparles los órganos?

—Eso he dicho, sí. No conozco a los clientes. No hay... no somos un supermercado, ya te lo imaginarás. Pero a veces recibimos pedidos. Yo no estoy muy alto en la cadena.

Esa parte podría ser cierta. Por lo general, los jefes de ese tipo de organizaciones no realizaban tareas de campo tan burdas como secuestros y transportes.

—Puede que no lo estés —repuso Max—, pero sí sabrás quién te contrata y para quién trabajas. Quién se pone en contacto contigo. Quiero un nombre.

Wung negó con la cabeza.

—Si hablo, me matarán.

—Si no hablas —Max le susurró estas palabras al oído—, te mataré yo.

Wung todavía se lo pensó un momento. Se pasó la lengua por los labios resecaos. Los tenía tan cuarteados, y la boca tan seca por el miedo, que casi se oía cómo raspaba. Por fin, tomó aire por la boca y dijo un nombre.

—Qidi Wu. Ella es la mujer que se pone en contacto conmigo. Luego yo busco a los chicos del camión. Ellos no son siempre los mismos.

—¿Dónde encuentro a la señora Wu?

Una extraña sonrisa tensó la boca maltrecha de Wung.

—En cualquier sitio. O en ninguno.

Max le apuntó de nuevo con el revólver.

—Un número de teléfono bastará. Y mi amigo, el de la bala única, y tú tendréis una interesantísima conversación. No me sirves muerto, pero tal y como te estás portando ahora, tampoco me vales para nada. Y si te he encontrado a ti, encontraré a otros.

Mei escogió justo ese momento para hacer acto de presencia a través del

transmisor.

—Está mintiendo, Max. Tiene más miedo de los otros que de ti. Pero he encontrado cierta información que puede hacer que cambie de idea. Su familia vive en un barrio humilde al sur, se llama Sham Shui Po. Aquello es horrible, pero tienen una dirección. También tengo el nombre de su mujer y el de sus dos hijas.

—¿Sabes, Wung? —A Max se le revolvían las tripas de pensar en lo que estaba a punto de hacer. Se recordó que había un motivo para ello: encontrar a Katty—. Si no empiezas a decirme lo que de verdad quiero oír, vamos a tener un pequeño problema. Tengo la sospecha de que eso del tráfico de órganos es una estupidez. También creo que la señora Qidi Wu no existe. O, al menos, no es quien dices que es. Así que voy a intentar convencerte de que me cuentes la verdad por las buenas. Una vez más, solo una vez más.

Wung había recuperado parte de su entereza. A pesar del cansancio, parecía querer erguirse en la silla. O a lo mejor no era la fuerza de su voluntad lo que lo mantenía derecho, sino la necesidad de apartar su nariz del charco de orina que empapaba sus pantalones. En cualquier caso, no dijo nada.

—Hablemos del barrio de Sham Shui Po. Te preguntarás de qué me suena.

Max observó que Wung se ponía tenso una vez más. La verdad era que el hombre le parecía, hasta cierto punto, admirable. Estaba pasando por un momento que pocos podrían soportar y conseguía aparentar fortaleza.

—He leído en las noticias —continuó el exsoldado— que se trata de un barrio pobre. De hecho, el reportaje que vi hablaba de personas que viven en los techos de los edificios, esperando que el Gobierno les conceda una vivienda digna. Parece que la gente se hacina en las terrazas. Construyen chabolas con materiales de derribo y viven como ratas, entre desconocidos.

—No entiendo —dijo Wung. Pero a Max le parecía evidente que sí entendía.

—Verás, amigo. Para que los indigentes puedan construir esos chamizos en lo alto de las viviendas de la gente, tiene que haber gente que disponga de viviendas, ¿no? Pues no te lo vas a creer, pero he encontrado un templo taoísta en la calle Yu Chao, y justo en frente vive una encantadora mujer con dos niñas.

—Hijo de puta —dijo Wung una vez más. Max se preparó para dar el siguiente paso.

—Ya hemos hablado de lo poco apropiado que resulta ese insulto para referirte a mi madre. Pero te lo voy a pasar por alto porque, en este momento, tengo una bonita historia que contarte.

—Deja a mi familia en paz, cabrón.

—Siempre me he preguntado —dijo Max con sarcasmo— por qué los extranjeros que aprenden inglés no se ocupan más de su acento que de aprender palabras soeces. Quizá luego me lo puedas contar. Ahora me toca hablar a mí.

Se acercó a la mesa y cogió un rollo de cinta americana. Necesitaba que Wung le prestara toda su atención. Necesitaba que de verdad creyera que él era capaz de hacer con su mujer y con sus hijas siquiera una pequeña parte de lo que iba a decir a continuación. Así que lo amordazó. Luego volvió a meter todo el instrumental en el maletín. En esa ocasión dejó que el prisionero viera los instrumentos de dentista, los alicates, las pinzas, unos cables pelados... Toda la parafernalia que jamás había necesitado. Por lo general, bastaba mostrarla y aplicar un poco de presión psicológica.

En cuanto lo hubo recogido todo, dejó el maletín en el suelo y se sentó sobre la mesa como un profesor de secundaria que disfrutara enseñando a sus alumnos.

—No sé si has oído hablar de Abu Ghraib.

La respiración de Wung se hizo más pesada.

—Ya sabes, esa prisión que mis excompañeros de la Policía militar destinada en Irak hicieron tan famosa...

Las pupilas del rehén se dilataron de miedo. Incluso a Max se le erizaba el pelo de la nuca al recordar las atrocidades que el Ejército había cometido entonces. De todos modos, continuó.

—Veo que no te suena... ¿Y Guantánamo? Has tenido que oír hablar de Guantánamo. Verás...

Wung hizo un ruido gutural. Max sabía que era demasiado pronto para cortar con aquella fase, pero estaba dispuesto a arriesgarse. Él mismo no quería seguir. Prefería no recordar lo que habían hecho sus compatriotas y antiguos camaradas. Aunque él no hubiera estado presente en ninguno de los dos emplazamientos, sentía aquellos comportamientos como manchas personales.

—Habéis encontrado una lista de direcciones en mi cartera, lo sé. No son lo que parecen. Nada en esta historia es lo que parece. No toquéis a mi familia. Ellos no saben nada.

—Un poco más despacio, amigo Wung. ¿Qué son esas mansiones?

—No son las direcciones de futuras víctimas, eso te lo puedo asegurar.

Max se sintió aliviado de que aquello estuviera a punto de terminar.

—Qué sabes de la chica extranjera que desapareció hace poco en la misma universidad. Se llama Katty. Os la llevasteis vosotros, ¿a dónde?

—No está aquí. Y puedes matar a mi familia entera si quieres. No está aquí y no podrás encontrarla. Nunca.

Max dejó de lado el teatro y el sarcasmo. Volvió a tapar la boca del preso con cinta y retomó su discurso.

—Pues yo te digo lo que hicimos en Guantánamo con aprobación de nuestros superiores y del Gobierno. A veces apilábamos a los presos unos sobre otros y nos tirábamos sobre sus piernas. A veces les rebozábamos las

caras con heces, ¿qué te parece? O los sacábamos a pasear a cuatro patas con collares de perro y bozales, ¿te parece que a tu hija pequeña le vendría bien un poco de aire fresco? También puedo hacer que se beban su propia orina. Sí, creo que empezaré por ahí. Y no van a tener tiempo de hacer el equipaje, ¿sabes? Creo que van a estar desnudas hasta que tú hables, ¿crees que es buena idea? ¡Cables! Me había olvidado de que la electricidad es una buenísima conductora de la verdad.

Wung parpadeaba, sudaba como nunca hasta ese momento, pero Max no podía parar. En ese momento ni siquiera quería parar. Siguió hablando, recitando atrocidades leídas en prensa y en informes confidenciales a los que había tenido acceso. Cuanto más hablaba, menos era capaz de parar. Ni siquiera se dio cuenta de que Wung perdía el conocimiento. Fue Mei quien lo detuvo. Entró de golpe en la habitación y encendió todas las luces.

—¡Eh! ¡Ya, vale!

Max se detuvo en mitad de una frase. No sabía lo que estaba diciendo. Literalmente. En ese momento las palabras salían solas de su boca. Se fijó en que Wung estaba inclinado sobre sí mismo, sin conocimiento.

—Pisa tierra, Max. No vas a sacar nada más de este hombre. Al menos no así. Y tenemos un problema.

De vuelta en el salón común, después de haberse refrescado el rostro en el lavabo, Max se encontraba un poco más sereno.

—No he querido interrumpirte, jefe —dijo Mei—. Iba bien. Has estado muy cerca de conseguirlo. Creo que ese tipo no sabe más de lo que te ha dicho, en realidad.

—¿Qué ha pasado?

—Dylan y Adam. Hace horas que los he perdido. Sus localizadores han dejado de emitir.

—Mierda, Mei.

—Sí —contestó ella—. Mierda. Lo que sí que tengo es la última localización. Los GPS se desactivaron en una de las mansiones de la lista. Tengo la dirección y tenemos el equipo necesario para ir a buscarlos. Ya sabes cómo se las gasta Dylan. Disponemos de un arsenal completo.

Max trataba de pensar. Debían moverse con rapidez. Decidió que iría solo, pero bien armado. Alguien debía quedarse en el centro de operaciones, disponer de Wung, que ya no les servía para nada, y controlar las comunicaciones.

—Tú te quedas.

Mei sonrió con picardía.

—Sabía que dirías eso. Odio quedarme aquí como si fuera incapaz de enfrentarme a la acción, lo sabes. Pero no discutiré. Hay que encontrar a esos dos y aquí queda trabajo por hacer.

—Eres la mejor —dijo Max. Y lo sentía de verdad con todo su corazón.

—¿Qué te llevas?

—Lo básico. No sé a dónde me dirijo exactamente, pero esto sigue siendo un núcleo urbano. Necesito mi cuchillo de guerra, por supuesto. Y una semiautomática ligera que no llame la atención.

—Necesitas algo más pequeño y más eficiente. Además, necesitas poder apuntar. Con una *semi* armarías un estropicio, y queremos a los nuestros con vida.

Max asintió. Sabía que su juicio estaba nublado por la ira y que el criterio de Mei sería más acertado en ese momento.

—Llévate esto. —Mei le tendió una pistola negra, pequeña.

—¿En serio? ¿Me das una Walther PPK con calibre 0,32 ACP? ¿Quién soy, James Bond?

—Te llevas dos, con silenciadores. Son ligeras, precisas y fáciles de

ocultar. Tú mismo has dicho que no sabes exactamente a dónde vas.

—Cuando encuentre a Dylan me matará él mismo por llevar esto. Dice que son armas de mujer... y no le falta razón.

—Si te mata se las verá conmigo, así que por eso no te preocupes. Y, jefe, una cosa.

—Dime, Mei.

—Mantente en contacto en todo momento. Nuestros localizadores no son fáciles de detectar ni de inhabilitar. Ve con cuidado porque nos enfrentamos a un profesional. O a varios.

—Sí. Cada vez está más claro que todo esto es una trampa. Si no fuera por Katty...

Mei asintió con un gesto de la cabeza.

—Pero es por Katty. Todos queremos encontrarla.

Los compañeros se abrazaron antes de que Max desapareciera en dirección al garaje. La propia Mei lo guiaría por las calles de aquella endemoniada ciudad. Al menos hasta el punto donde sus compañeros habían desaparecido. Lo que ocurriera luego... ya se vería.

Capítulo 10

Si tenía que ponerse al volante de un vehículo, Max lo hacía, pero no era lo que más le gustaba en el mundo. Era un buen conductor, poseía una vista excelente y reflejos de tenista, aunque desconfiaba de todos los demás conductores. En una ciudad como Hong Kong, la tensión se disparaba. En una sola calle se concentraban tantos coches como en una pequeña ciudad europea, lo que significaba el triple de infracciones, el triple de energía negativa... Y Max no estaba para tonterías.

—Max, respira hondo y déjame a mí —lo tranquilizó Mei a través del comunicador—. Tú preocúpate de no exceder el límite de velocidad. Lo último que necesitamos es que te detengan y encuentren las armas. Mira al frente, no sonrías y, por Dios, no discutas con nadie. Yo me conectaré a los sistemas de tráfico y buscaré la ruta menos congestionada. Ya me conoces. Solo necesitas un poco de paciencia extra. Recuerda que no les servirás de nada si no consigues llegar hasta ellos.

Para Mei era fácil de decir. Ella no estaba sentada en una chatarra de coche, rodeada por personas malhumoradas que parecían tomarse cada semáforo en rojo como una afrenta personal. Max detestaba a las personas que se quejaban por nada, que no sabían apreciar las cosas sencillas de la vida. Todo ese tiempo perdido en enfados absurdos al volante le exasperaba sin remedio. De todos modos, Max hizo lo que su compañera le sugería: tomó aire y trató de no pensar en lo absolutamente extraño que era que Dylan y Adam hubieran desaparecido. Dos de los hombres mejor preparados que conocía, a los que era imposible tomar por sorpresa. Algo debía de haberles sucedido para que la comunicación se hubiera cortado de una forma tan definitiva. Algo que no podía ser fruto del azar, sino que alguien había preparado concienzudamente. De eso estaba seguro.

Absorto en sus pensamientos, no se dio cuenta de que el semáforo había cambiado a verde y, de repente, docenas de cláxones ensordecedores le increpaban para que se moviera. A duras penas mantuvo la calma y no contestó. Se limitó a ponerse en movimiento, despacio. De hecho, para seguir molestando a aquellos energúmenos que perdían los modales al volante, condujo un poco más despacio de lo debido.

—Gira en la siguiente calle. Allí el embotellamiento es menor.

Max agradeció el sonido de una voz amiga. Cuando comenzaba a perderse en sus pensamientos, nada bueno solía pasar. Por eso el consejo favorito de su mentor siempre era el famoso «pisa tierra». Y él lo intentaba, pero a veces parecía que estaba más allá de sus posibilidades.

Al llegar a la esquina señalada, giró. No se habría sorprendido más si se hubiera encontrado con un circo de tres pistas que bloqueara la calzada. En su lugar, lo que vio fueron tres filas de automóviles completamente detenidas, como si alguien las hubiera plantado allí y no fueran a moverse jamás.

—¿Mei? ¿Dónde me has metido?

—Respira, jefe. Serán diez segundos.

Más que respirar, Max resopló. Desde su posición, al inicio de la calle, solo se veían tubos de escape y luces de posición rojas. Aquello no avanzaba ni un milímetro. Estaba a punto de perder la paciencia cuando los vehículos comenzaron a moverse. Los conductores a su derecha y a su izquierda parecían tan sorprendidos como él, pero no se quejaron. Poco a poco, en menos de un minuto, de hecho, el tráfico se hizo mucho más fluido.

—¿Qué zona de la ciudad has colapsado con esto Mei? —Max estaba seguro de que su experta en comunicaciones había sido la responsable de aquel movimiento tan poco común. No había más que echar un vistazo a los rostros de los demás conductores para darse cuenta de que los tiempos de espera en ese punto concreto de la ciudad nunca eran tan reducidos.

—No preguntes, jefe. Ahora solo tienes que seguir las indicaciones hacia el sur. No creo que vuelvas a tener problemas. Conoces los caracteres, ¿verdad? Voy a dejarte un momento. No quiero que nadie rastree mis movimientos, así que volveré a poner las cosas en su sitio en el tráfico. Cuando llegues a destino, avísame. No deberías tardar más de diez minutos. Yo tardaré todavía menos en borrar mis huellas informáticas, pero no te molestaré mientras conduces. Estaré a la escucha.

—Entendido, Mei. Gracias.

Con las calles despejadas parecía más sencillo mantener la calma. La ciudad incluso parecía menos hostil, más humana, menos llena de grandes bloques de cemento. Una vez más, Arcángel tenía razón: la energía que los rodeaba afectaba a la suya propia si se lo permitían. Y Max lo había permitido. Se prometió en silencio que no volvería a dejar que sucediera. Sus amigos lo necesitaban centrado. Katty lo necesitaba centrado. Si permitía que cualquier acontecimiento externo lo sacara de sus casillas, pondría toda la misión en peligro. Y eso era algo que no se podía permitir.

Hong Kong era una ciudad luminosa, sí. Incluso de noche. Se debía a los cientos de neones que anunciaban todo tipo de empresas, productos y servicios. El centro de la urbe escondía sus miserias a plena luz. Los transeúntes, sobre todo los extranjeros como él, quedaban deslumbrados por los fluorescentes de colores chillones: rosas, amarillos, verdes, azules y rojos que parpadeaban con cadencias rítmicas, hipnóticas, y obligaban a apartar la vista de los rincones oscuros y polvorientos.

En las zonas de dinero, a las que Max se dirigía, esas luces baratas desaparecían. En su lugar se levantaban setos podados y altos muros. Las personas que vivían allí sabían que ninguna luz estridente engañaría a una mirada experta que supiera lo que buscaba. Por ejemplo, la mirada de Max.

—Aquí estoy, Mei, ¿ves lo mismo que yo? —preguntó en cuanto hubo aparcado el coche.

A pesar de que no habían permanecido en contacto, Mei contestó de manera casi instantánea, tal y como prometió que haría.

—Ladrillo visto de estilo europeo coronado por alambre de espinos. La verja es de metal. Todo el perímetro está vigilado por un circuito cerrado de televisión. No sé si parece un campo de concentración o un internado para señoritas. Tampoco sé cuál de las dos cosas me daría más miedo.

—¿Sabemos de quién es la casa?

—Sabemos a qué nombre está registrada, Max. Lo sabemos desde que tenemos la lista de direcciones, ¿por quién me tomas? Pero no creo que esa información sea de relevancia, la verdad.

—No te ofendas, Mei. Ya sabes que me pongo pesado con los protocolos; ¿estás con el circuito de televisión?

—No me ofendo, tranquilo. Para las cámaras necesito cinco minutos.

—¿Cinco minutos? Solías hacerlo en sesenta segundos. —A Max le gustaba soltar una pequeña pulla de vez en cuando. Sobre todo en momentos de tensión. Para relajar el ambiente, aunque en aquel momento se temía que su preocupación resultaba evidente, con o sin bromas.

—Hay que grabar la imagen antes de pinchar el bucle, y en este barrio no hay cámaras de tráfico que pueda usar, así que tengo que colarme en el mismo sistema al que intentamos engañar y usar las suyas propias; ¿te das cuenta de que eso conlleva ciertos riesgos? Será un bucle corto. Esperemos que no pase nadie por la calle y nos estropee la toma, porque no creo que la seguridad de ese sitio me dejará pasar dos veces. Ni siquiera yo soy tan buena.

—Yo diría que no hay de qué preocuparse, Mei. Esto está totalmente muerto.

Max se entretuvo en hacer algunos ejercicios mientras esperaba tras el

volante. Por muy hábil que fuera su compañera y amiga, nada le libraría de tener que correr. Y eso como poco. Con toda probabilidad, el jardín de la casa estaría sembrado de trampas. Así que se dedicó a calentar las articulaciones y los músculos de brazos y piernas. Parecía mentira lo que algunas contracciones estáticas podían hacer por uno. Cuando Arcángel les había hablado de ese tipo de precauciones, todos se rieron de él: ¿quiénes se creía que eran?, ¿un grupo de ancianos? Sin embargo, como en tantas otras cosas, aquello funcionaba.

—Listo, jefe. Acércate a la puerta como si fuera tu casa. En cuanto estés cerca la abriré.

Así lo hizo Max. Salió del coche, metió las manos en los bolsillos y hasta se permitió silbar mientras caminaba. Un poco de teatro nunca estaba de más. Por si acaso. La calle se encontraba desierta. La flanqueaban imponentes muros de estilos diferentes tras los que se veían puntas de cipreses y castaños de indias. También palmeras. Quienquiera que viviera allí estaba preocupado por hacer ostentación de su dinero, sí, pero también por ocultar en qué lo gastaba. Una combinación muy inquietante. Los nuevos ricos preferían que sus carísimas aficiones fueran evidentes. Allí había gato encerrado.

Max se detuvo junto a la puerta que le interesaba. Una mole de metal que le habría sido imposible mover si no hubiera sido por el sonido metálico que revelaba que Mei la acababa de desbloquear. Si había una mujer perfecta en todos los sentidos, esa era su experta en tecnología y comunicaciones.

—Ahora entra y no te separes de la verja. Necesitamos saber qué te espera ahí dentro, así que voy a echar un vistazo.

—No entiendo por qué susurras, Mei —se burló Max—. A ti no te oyen.

—Calla y haz un barrido del espacio que tienes delante. Espero que lleves las gafas puestas.

Max las llevaba. No era la primera vez que lo sacaban de un apuro. La

misma Mei las había diseñado, aunque la tecnología que incorporaban no era exactamente de su propiedad. Pero no sería él quien le echara en cara cierto tipo de licencias con la propiedad ajena. Con ellas puestas, Max le ofreció a Mei una panorámica del jardín interior. Aunque para él no era más que un pozo de oscuridad en el que se destacaban algunas sombras más profundas, ella recibía una imagen mucho más clara. Sobre todo en lo que se refería a dispositivos de seguridad.

—Sensores de movimiento —dijo Mei. Todavía susurraba.

—Pan comido, entonces. Solo tienes que decirme dónde están.

—No tanto, Max.

—Vamos, hemos hecho esto docenas de veces. ¿No te acuerdas de Colombia? Aquel narco había sembrado toda la casa. Estuviste perfecta, tan precisa como siempre.

—Sí, pero aquellos tipos no habían diseñado un sistema dinámico, jefe. — Mei sonaba más preocupada de lo que a Max le habría gustado.

—¿Cómo que dinámico? —preguntó.

—Es una suerte que no veas esto, porque parece una feria navideña. Los sensores tienen... tres, he visto tres configuraciones distintas en un minuto. Eso quiere decir que los infrarrojos cambian de trayectoria cada veinte segundos. Si vas a hacer esto, no puedes dudar ni un segundo, Max. Tienes que fiarte de mí.

—¿Y cuándo no me he fiado?

Lo dijo con ligereza, pero era cierto que en su corazón siempre pesaría el recuerdo de aquella confesión arrancada a traición en el Averno. En algún momento a ella podían cruzársele los cables y dejarlo vendido en una situación tan cruda como aquella.

—Bueno, pues no empieces a desconfiar ahora. Voy a configurar una segunda pantalla aquí. En la principal veré los infrarrojos que tienes que

evitar. Con la otra obtendré una vista cenital del perímetro. Algo me dice que esto no es lo único que nos encontraremos. Mantente alerta.

—Estoy listo, Mei.

—De acuerdo. Si llevas la chaqueta puesta, es hora de dejarla en la hierba. Ajusta las sobaqueras y da gracias por no llevar un arma más grande. No podríamos moverte por este entramado.

Max miró alrededor. Él seguía viendo sombras nada más. Quizá un poco más definidas ahora que las pupilas se le habían acostumbrado a la oscuridad. En cualquier caso, que no llevara armas de mayor tamaño se debía en gran medida a que Dylan no estuvo presente para convencerlo, y no estaba muy seguro de que eso fuera algo de lo que debía alegrarse. Por supuesto, no confió ninguno de esos pensamientos a Mei.

—Avanza nueve metros y detente. El primer haz está a la altura del tobillo en paralelo con uno a la altura de tus hombros. Así que agáchate y levanta bien los pies. Pero no te entretengas.

Max caminó como si aquello no fuera con él. Bajo sus pies sonaba gravilla. Esperaba no tener que realizar ninguna acrobacia.

—¿No voy demasiado al descubierto por este camino?

—No te preocupes por eso todavía. De momento bastará con que avancemos.

—Nueve metros, Mei.

—Inclínate hacia delante y levanta los pies en el siguiente paso. Que no supere el medio metro. Tienes otro haz a la altura de la cadera.

Max se movió tal como le indicaban.

—Ahora da un paso muy pequeño a tu derecha, arrastra los pies, diez centímetros máximo, y quédate muy quieto. Saltamos a la segunda configuración.

Max obedeció. Se sentía como una marioneta manejada a control remoto.

Y un poco estúpido además, porque él seguía sin ver absolutamente nada. Si Mei no hubiera sido la profesional que era, podría haberse entretenido en hacerle practicar aquellos movimientos absurdos para nada...

—Ahora, Max, no te muevas. No osciles siquiera porque los hilos de luz están tan cerrados que podrían detectar hasta un suspiro.

Max no hizo nada. Aquellos veinte segundos se le hicieron eternos. Se alegró de haber hecho su pequeño calentamiento. Hacía falta mucha menos tensión para provocar un calambre que, en esa situación, habría sido desastroso.

—Pasamos a la tercera. Y más me vale recordar lo que viene después, porque la tercera y la primera son como los negativos de una fotografía.

—¿Y no podrías desactivar esto, Mei? Estás consiguiendo que me ponga muy nervioso.

—No puedo, jefe. Las cámaras son una cosa, pero este sistema... Se darían cuenta.

—Pues sácame de aquí cuanto antes.

—Gira despacio a tu izquierda. Pivota, no pierdas el ancla del pie derecho y agáchate. El haz pasará a unos sesenta centímetros del suelo.

Max estaba en cuclillas.

—Ahora no te levantes. Avanza dos metros. Estás en un túnel de luz roja. Al menos eso es lo que veo yo.

—Yo lo veo todo negro, Mei.

—Vale, cuando yo te diga, salta. Tres, dos, uno, ¡ya!

Max saltó como si le fuera la vida en ello.

—Ahora corre hacia tu izquierda.

Max corrió.

—Más rápido, jefe. Corre y trepa a la escultura.

—¡No veo ninguna escultura!

—Está justo ahí, delante de ti. Corre.

—No lo entiendo. ¿No había tres configuraciones? ¿Esto no era como un árbol de Navidad? ¿Es que ha desaparecido todo de repente?

—He conseguido cortocircuitarlo. Solo por un momento. Creerán que ha sido una bajada de tensión, pero tienes que llegar a esa estatua. ¿No la ves?

A Max le pareció que una mancha más clara se dibujaba ante él. Esa debía de ser la escultura que Mei mencionaba. Saltó hacia ella en el último momento. Una vez sujeto a la cintura de aquella especie de ninfa desnuda, de estilo romano, hasta él sintió el cambio en la energía estática.

—Esperemos que no salgan a revisar el jardín —dijo Mei.

Max sentía los latidos de su corazón. No se había alterado demasiado, lo que estaba muy bien, porque seguramente lo peor vendría a continuación.

—¿Qué me espera ahora, compañera?

—Al parecer nada.

—¿Quieres decir que eso era todo lo que había para proteger... lo que sea que estaba protegiendo?

—Eso parece, jefe.

—¿Puedo bajar de aquí, entonces?

Max no esperó confirmación. Descendió del pedestal por el lado en el que no se veían más haces de luz.

—El edificio está justo delante de ti, a unos treinta metros. No camines demasiado aprisa, Max. Nadie va a plantar minas en su propio césped, pero a mí también me parece raro que no haya más seguridad.

Justo en ese momento, cuando Max ya había recorrido un tercio del camino, oyó un zumbido que provenía de algún lugar por encima y a la derecha de su cabeza.

—Maldita sea, Max. No te muevas. Es un dron. No hables. Deja que vea de qué tipo...

Max no solo no habló, sino que se preparó para lo peor. Tomó una bocanada de aire y, muy despacio, trasladó todo el peso de su cuerpo a la pierna izquierda. Subió el pie derecho hasta su rodilla y lo apoyó por encima de la articulación. El yoga servía para mucho más que relajarse. Practicado con regularidad, si se añadían las técnicas aprendidas en el Averno, también ayudaba a bajar la temperatura corporal. En esa ocasión, Max no podía esperar a que Mei realizara sus comprobaciones. Si el dron detectaba movimiento, lo encontraría tan quieto que no lo distinguiría. Si reaccionaba al calor, sucedería lo mismo gracias a sus técnicas aprendidas y practicadas con disciplina durante años. Solo temía que fuera una cámara simple que retransmitiera imagen. Aunque en aquellas condiciones y dada la indumentaria de Max, solo recibiría una mancha negra de oscuridad.

El zumbido se mantuvo un buen rato sobre su cabeza, pero Max no lo oía. Centrado en un estado próximo al zen, solo se concentraba en respirar de manera muy leve y en mantener lentos los latidos de su corazón. No había nada más que pudiera hacer y, por tanto, ponía en ello toda su atención.

Mei lo sacó de su trance, de nuevo con un susurro.

—Se ha ido, Max. Casi te he perdido a ti también en mi sistema. Siempre consigues sorprenderme.

Max tardó en contestar. Volver a un estado pleno de conciencia después de un momento tan profundo de concentración no resultaba tan sencillo como Mei parecía creer.

—¿Estás bien, jefe?

—Dame un momento, Mei. Estoy helado y, si te digo la verdad, me siento un poco torpe.

—No soy yo la que tiene que darte el tiempo, Max. Dylan y Adam... Siguen sin dar señales.

—Lo sé, lo sé.

—El jardín parece libre de trampas, pero hay dos guardias frente a la puerta principal. De lo que haya dentro de la casa no puedo adelantarte nada.

Max lamentó no haber llevado consigo su arma tranquilizante. No le gustaba matar si no era absolutamente necesario.

—Puedes acercarte en diagonal y noquear a uno.

Sonaba más sencillo de lo que era. Max debía moverse con absoluta rapidez si quería evitar que alguno de los dos individuos diera la voz de alarma.

Tal como había sugerido Mei, él se acercó a la casa, pero no a la altura de la puerta, sino en una zona mal iluminada. En cuanto tuvo contacto visual con los dos hombres extrajo una de las armas de la sobaquera y la empuñó por el cañón. Se lanzó sobre el primero de los vigilantes y lo noqueó sin problemas, pero el segundo no se dejó sorprender. Max se encontró con un fusil de asalto apuntándole a la cara. Ni siquiera se le ocurrió un chiste malo para distraerlo. Además, el irritante zumbido del dron se hizo patente en ese mismo instante. Estaba perdido. Seguramente el vigilante pondría al enemigo sobre aviso.

El aparato se acercó a los dos hombres y los escaneó. Primero a Max, luego al soldado. Este bajó el arma para permitir un mejor reconocimiento facial. En ese momento, el dron se le echó encima, atacando a los ojos. El hombre, sorprendido, soltó el fusil para apartar el artefacto de su cara. Entonces Max aprovechó para dejarlo también sin sentido.

—Gracias, Mei. Siempre puedo contar contigo.

—Un placer, jefe. Pero entra ahí dentro cuanto antes. Tengo que dejar suelto este cacharro o nos descubrirán. No me explico cómo hemos sido capaces de llegar tan lejos.

Max abrió la puerta y se introdujo en un recibidor bien iluminado. El único motivo por el que la luz interior no se filtraba hasta el jardín eran unas cortinas espesas que mantenían aislados ambos espacios.

—¿Tienes el plano?

—La duda ofende, Max. El edificio tiene dos pisos, pero se extiende mucho más de lo que parece a simple vista. Es enorme, Max. Y no detecto más personas que a ti. Aunque...

Max no necesitó oír el resto de la frase. Los ladridos sonaban en riguroso directo, se acercaban desde uno de los corredores y no parecían pertenecer precisamente a perros de aguas. Se trataba de sonidos graves. Max imaginaba al menos dos bocas llenas de dientes afilados, dos ejemplares de perros entrenados para eliminar intrusos.

—Dame una salida, Mei, ahora.

—¡A tu izquierda! Tiene que haber una puerta pequeña, parece que da a un acceso de servicio.

A la izquierda de Max solo había más cortinajes pesados en los que no era capaz de distinguir una apertura por la cual meterse. Los perros sonaban cada vez más cerca, así que Max tiró del tejido con toda su fuerza. No sucedió nada. Por debajo de los ladridos oyó un pequeño desgarrón. Miró por encima del hombro mientras se colgaba de las cortinas en un segundo intento de desgarrarlas. Cedieron un poco más, pero no lo suficiente. A su espalda, dos enormes ejemplares de mastín de color negro se le acercaban como toros de lidia dispuestos a hundir sus dientes amarillos en cualquier extremidad de Max. El antiguo soldado y ahora mercenario hizo un tercer intento. Saltó, se enganchó a la tela de las cortinas y tiró de ella hacia abajo con toda la fuerza de la que fue capaz. En esa ocasión, por fin, la tela cedió y dejó al descubierto la puerta que Mei había mencionado. Max la abrió sin problemas y la cerró tras de sí. Se apoyó para evitar que los canes la abrieran al chocar contra ella por efecto de la inercia y se mantuvo así, en tensión, hasta que un clic le indicó que nadie podría reabrir esa entrada. Ni los perros, ni él mismo.

—Mei, tenemos un problema.

Capítulo 11

—¿Lo tenemos? —preguntó Mei con una gran dosis de sarcasmo.

—No estoy seguro de que este sea un buen momento para bromear.

—No bromeo, jefe. Llevamos teniendo un problema desde que Nefilim nos metió en esto. Pero al menos ahora tengo un rastro de Adam y Dylan.

—¿Sabes que estoy atrapado aquí?

—Me hago una idea —dijo Mei—. Pero ya nos ocuparemos de eso después. Ahora tienes que avanzar. Cuando toque retroceder... Bueno, ya veremos lo que pasa.

De nuevo, desde la posición de Mei en la base las cosas parecían más sencillas de lo que en realidad eran. La oscuridad allí era impenetrable. Si en el exterior Max solo veía negrura, dentro no veía nada en absoluto. Le daba lo mismo tener los ojos abiertos que cerrados. Tanteó el suelo, que le pareció firme. Alzó un brazo, por si el techo fuera muy bajo. No lo era, puesto que ni siquiera llegó a rozarlo con la punta de los dedos. Buscó entonces una de las dos paredes: era de cemento. Nada de piedra ni de tierra, aquello era una construcción humana y no parecía antigua.

—Dependo de ti al cien por ciento, Mei. Otra vez.

—No es que me sorprenda, Max, pero ¿qué pasa exactamente?

—Usa la visión de las gafas.

—Se te han estropeado, jefe. La pantalla está negra.

—Las gafas funcionan a la perfección. A eso me refiero. Lo que ves en tu pantalla es lo que veo yo.

Mei no contestó. Un silencio solo interrumpido por el lejanísimo sonido de un teclado se hizo entre ambos.

—De acuerdo, no tengo un plano completo, pero podemos dibujar uno a medida que avanzas. Tienes que proyectar tu voz hacia delante y a los lados.

Esto funciona como...

—¿Como un sonar?

—Algo parecido. Aunque yo procuraría no gritar mucho, no sabemos lo que espera más adelante. Excepto que sigo recibiendo la señal de los comunicadores de Dylan y Adam.

—Nos estamos metiendo de cabeza en una trampa.

—Así es, pero eso ya lo sabíamos cuando empezamos.

Mei tenía razón. Como tantas otras veces en tantas otras cosas. A veces le parecía que todo el mundo tenía una visión más amplia y completa de las cosas que él mismo. Quizá porque él siempre estaba en primera línea. Pero bueno, por eso trabajaban en equipo, para que unos suplieran las necesidades de los otros.

Max caminó mucho más despacio de lo que le habría gustado. El mapa que trazaban gracias al sonido reverberado de su voz y sus movimientos les servía en parte. Aquel sótano era mucho más grande de lo que habían previsto y estaba construido en forma de laberinto. Pronto Max pudo dejar de ir tentando el techo y el suelo, pues el sonido devolvía una altura constante. Pero el camino a seguir no estaba tan claro. En ocasiones debían volver atrás porque llegaban a callejones sin salida, con toda la frustración que eso suponía para ambos.

—Espero que tú sepas dónde estamos, Mei, porque yo me siento como una peonza. ¿Sigues recibiendo la señal de los nuestros?

—Alta y clara, jefe. Esto es un laberinto clásico. No sé quién nos ha metido aquí, pero tienen un sentido del humor muy retorcido. Si no estuviera muerto...

—Yo también lo he pensado —contestó Max mientras seguía adelante—. Esto parece una de sus pruebas de confianza. Si Arcángel no hubiera fallecido, esto podría haber sido idea suya. Piénsalo. Dylan y Adam estarían esperando a

que los encontráramos. Tendrían que confiar en su sangre fría y en nuestra habilidad. Tú tendrías que guiarme y yo tendría que tener fe ciega en ti. Después de aquello...

—No hace falta que lo menciones, Max. Y sí, tienes razón. El que haya diseñado esto sabe dónde golpear. Cuando lo encuentres, hazle una caricia de mi parte. Ojalá pudiera estar ahí.

—Pues yo me alegro de que no estés —repuso Max mientras giraba en la oscuridad. Parecía que el pasillo era más recto—. Sin nadie que manejara tu equipo desde fuera los dos podríamos haber muerto dando vueltas en este infierno.

—La señal es más fuerte ahora, Max. Mucho más. Parece que estás muy cerca.

Max entendió de inmediato por qué la voz de Mei se había teñido de urgencia. Ante él la oscuridad parecía menos densa. A ras del suelo se veía una rendija de luz azulada. Muy poca cosa, pero lo suficiente como para saber que habían llegado al final del camino. O, al menos, al final de esa etapa.

—Hay una puerta, Mei. Tienen que estar detrás.

Mei tardó en contestar y, cuando lo hizo, obsequió a Max una lección de prudencia.

—En realidad no lo sabemos. Podrían ser solo los transmisores. O podríamos haber estado siguiendo una señal repetida desde algún tipo de dispositivo. Lo único que sabemos con seguridad es que nos han traído hasta aquí a propósito. En cuanto a lo que haya ahí dentro...

Max sabía que su amiga y compañera tenía razón, pero eso no quería decir que fuera a hacerle caso. De todos modos, se acercó a la puerta con sigilo. Quería saber todo lo posible sobre lo que encontraría al otro lado antes de entrar. De cerca, la hoja de madera parecía común. Contaba con un picaporte completamente normal, y al acoplar el oído a la tabla no percibió ningún

sonido. Absolutamente nada, ni una sola pista.

—Mei, voy a entrar.

No dejó que la mujer contestara. Sin esperar más, propinó una estruendosa patada en la hoja de madera, que se abrió como si hubiera sido de papel y se estrelló contra la pared.

A primera vista Max no vio nada en la habitación. Solo una pantalla que emitía ruido estático, de ahí la luz azul que salía por debajo de la puerta. Sin embargo, el mercenario no se dio por vencido. Impulsado por la adrenalina y el deseo de encontrar a sus amigos, se adentró en la habitación. En cuanto cruzó el umbral, una persiana de metal bajó con un ruido monstruoso. Max estaba encerrado.

—¿Max? —preguntó Mei, preocupada—. ¿Jefe, estás bien? ¿Están ellos ahí? La señal es más fuerte que nunca.

—Estoy bien, Mei, pero solo. Y encerrado.

De la televisión salió el sonido de una risa baja, como si alguien hubiera contado un buen chiste y otra persona tratara de aguantarse las carcajadas. Max, que hasta entonces se había dedicado a escudriñar la oscuridad, fijó su atención en la pantalla. Las interferencias dieron paso a la silueta de un hombre. Estaba a contraluz y pixelada. Fuera quien fuera, se había tomado muchas molestias para que no lo reconocieran.

—Muchas felicidades, señor Cornell —dijo una voz masculina desde el televisor. Tenía acento inglés y sonaba grave. Max deseó poder pedirle a Mei que la grabara, pero no podía. Solo le quedaba confiar en que lo hiciera por iniciativa propia.

—Veo que es usted tan eficiente como me habían dicho. Llegar hasta aquí no era tarea fácil y, sin embargo, aquí está. No me queda más remedio que aplaudir su determinación e ingenio. A partir de ahora no dudaré de los exmilitares adiestrados en dos Ejércitos.

—¿Quién es usted? —preguntó Max—. ¿Dónde están mis compañeros?
La voz hizo una pausa.

—Verá, Cornell. Llevo unos años siguiendo sus movimientos, ¿sabe? Sé lo de Colombia, Madagascar, Nepal, Afganistán y Noruega. También me han hablado de algunas operaciones en Moscú. Todo muy impresionante. Comprendo que lo de mi humilde morada le habrá parecido una yincana en comparación. Considérelo un capricho mío.

—Le he preguntado dónde están mis amigos —insistió Max.

—Reconozco que mi primera invitación fue poco ortodoxa.

En ese momento la pantalla se partió en dos, como en algunos programas de noticias. En una mitad se veía la silueta del hombre. En la otra apareció una imagen de Katty. Parecía retransmitida en directo. La calidad era pésima, pero no cabía duda: aquella era la hija de Arcángel y el motivo de que él estuviera encerrado en ese sótano inmundo en ese momento. No pudo evitar acercarse al televisor. Sí, era Katty. La habían golpeado, estaba amordazada y medio desnuda.

Max perdió de inmediato el control sobre sí mismo.

—Hijo de puta, malnacido, ¿dónde tienes a Katty? Dime ahora mismo dónde está.

Se preparó para destrozar el televisor a puñetazos, pero la pantalla volvió a cambiar. En esa ocasión se partió en tres: la silueta ocupaba una pequeña porción, mientras que sus dos amigos, aparentemente vivos, llenaban las otras dos. Ambos parecían bien. Desde luego, los habían encerrado. Ninguna de las dos habitaciones que el desconocido le permitía ver mostraba detalles identificativos. Por lo que Max sabía, podían estar allí mismo o en la otra punta de la ciudad; incluso del país.

—Verá, señor Cornell. Me tiene muy intrigado. Sé que está en contacto directo con su experta en comunicaciones y sistemas informáticos, y que por

eso ha llegado hasta aquí sin mayores problemas. De hecho, yo mismo he desviado las señales de los emisores de sus compañeros para atraerle a la celda en la que se encuentra. Si pregunta usted a la señorita Mei, le confirmará que ahora las dos señales le llegan desde puntos muy distantes.

—Dice la verdad, Max. Tengo dos señales —dijo Mei por el comunicador—. Las dos relativamente cerca de ti, una al este y otra al oeste, creo que en una planta superior del edificio. Quizá dos.

—Veo por su gesto —continuó el hombre pixelado— que ya ha comprobado que lo que digo es cierto. Ahora se debe de estar preguntando cuál es mi juego.

Max no contestó. No estaba dispuesto a darle esa satisfacción a aquel desconocido. Bastante le había ofrecido ya al perder los nervios un momento antes.

—Tiene cinco minutos, Cornell, ni uno más.

—Cinco minutos para qué —ladró Max.

—Para salvarlos, por supuesto. Ha venido usted a Hong Kong a salvar a alguien, y esto es todo lo que obtendrá. Después de esos cinco minutos, la casa explotará. De la chica ya puede despedirse.

Max iba a contestar, pero la pantalla se quedó en negro y luego apareció un contador de tiempo. Los segundos empezaron a correr.

—¿Mei, los tienes?

—Los tengo, jefe. Pero es imposible que llegues a ambos. Hay que volver por el laberinto. Eso te quitará al menos tres minutos. Puedes llegar hasta Dylan, pero Adam...

—De acuerdo —dijo Max—. Llévame hasta la puerta de arriba. Rápido. Ya pensaremos luego lo que hacemos.

Afortunadamente la compenetración de Mei y Max era perfecta. Además, contaban con el mapa trazado en la ida, así que la oscuridad no los retrasó

demasiado. La comunicación entre ambos se limitó a señalar los giros y las direcciones. Pasaron exactamente tres minutos hasta que Max se volvió a encontrar tras la entrada que el desconocido había cerrado de manera electrónica.

—¿Mei?

—El circuito no aparece en mi escáner. Vas a tener que romperla.

Max no se hizo de rogar. Una nueva patada hizo crujir la madera. Un segundo golpe la astilló en la parte de las bisagras. A la tercera, la hoja saltó por los aires. Max esperaba que los mastines hubieran regresado, pero no fue así. La gran estancia seguía tal y como la había encontrado a la ida.

—Sube por la escalera central y corre hasta el final del pasillo —dijo Mei.

A Max le sorprendió que su tono fuera el mismo que si le hubiera estado dictando la lista de la compra. Lo agradeció. Lo último que necesitaba era que alguien añadiera más tensión a la situación, de por sí nefasta. Mientras ella continuaba desgranando indicaciones, él subía por unas escaleras de mármol pulido que parecían haber sido limpiadas ese mismo día.

—Está en la última habitación de la izquierda. O eso espero. La señal de su transmisor viene de ahí. Cuando llegues, no llates, Max. Derriba la puerta y agárralo. Sea quien sea ese tipo, me permite rastrear a los chicos, pero no puedo hablar con ellos.

Max llegó al final del corredor y estrelló su hombro contra la puerta. Dentro, Dylan se quedó paralizado, algo más que extraño en él.

—Hay una ventana en la pared de enfrente, fuera, en el pasillo. Saltad ya.

—Adam. Dime dónde está Adam —exigió Max.

—Saltad ya o moriréis ahí. Los dos.

Dylan se llevó las manos a la cabeza. El transmisor se había conectado de nuevo. Las palabras de Mei lo sacaron de su *shock*. Ni siquiera preguntó qué

pasaba. Cuando su compañera decía algo, los demás obedecían. Eso los había salvado en ocasiones anteriores y también lo haría en esa. Sin embargo vio cómo Max se debatía entre saber lo que debía hacer y su deseo de buscar al tercer hombre. Dylan tomó entonces una decisión.

—Vamos, jefe. Al pasillo. Deben de tener a Adam en una habitación al otro lado.

Salió primero, pero no corrió pasillo adelante, sino que se quedó detrás y esperó a que Max saliera. Cuando lo tuvo delante de sí lo hizo caer. Max, sorprendido, no opuso resistencia. Tampoco lo hizo cuando Dylan le cogió la cabeza y lo golpeó contra el suelo.

Si Max no hubiera perdido el conocimiento, no se habría dejado bajar ventana abajo. Afortunadamente, Dylan era un hombre corpulento, tan bien entrenado y con tanta experiencia como él. Lo cargó a la espalda y corrió tanto como le permitieron las piernas. Apenas lo suficiente para salir con vida de la explosión. El edificio estalló en pedazos y la onda expansiva los hizo caer y los propulsó varios metros. A su espalda se había desatado un infierno. Cuando Max despertara, se desataría otro.

Capítulo 12

Max sabía que estaba tumbado, pues sentía el peso de su cuerpo en la espalda, la cabeza, la cadera y las piernas. Sin embargo no sabía dónde estaba ni cuánto tiempo llevaba allí. A su alrededor todo era oscuro. Tenía la sensación de que llevaba toda la vida sumido en la más absoluta oscuridad. En la nebulosa de la inconsciencia, sentía que la cabeza le latía como si se la hubiera golpeado, aunque no recordaba cómo había sucedido. Quiso abrir los ojos, pero no le respondieron.

—Estoy dormido —balbuceó.

Y cuando lo hizo sintió los labios resecos. Tanto que en el semisueño provocado por el golpe de Dylan apareció un vaso de agua en mitad de la nada. Max alzó la mano para alcanzarlo y bebió como si en ello le fuera la vida. Pero el líquido no calmaba su sed. Bebía y bebía, pero ni una gota llegaba a su estómago. Hasta que se hartó y tiró el vaso, que no chocó contra ninguna pared, sino que se perdió en el vacío. Ver cómo el perfil de vidrio transparente se hundía en la nada le provocó un espasmo, y tras ese impulso eléctrico se hizo la luz en mitad de su sueño inconsciente. Frente a él flotaban los rostros de tres personas a las que apreciaba, pero cuyos nombres no podía recordar. Uno era un hombre mayor que él, cuando lo miraba, sentía que hacía tiempo que lo había perdido. Otro era el rostro de un hombre de pelo claro, más joven. Junto a ellos se dibujaba una faz femenina que le transmitía una enorme angustia. De alguna manera, sabía que los dos hombres habían muerto, pero que la chica seguía con vida y debía salvarla.

Max respiró hondo, todavía en un estado de duermevela, y recordó lo que le parecieron unas palabras mágicas salvadoras: «Pisa tierra». De inmediato se tranquilizó. Los rostros flotantes desaparecieron igual que había hecho el vaso, en la oscuridad. Pero eso ya no lo asustó porque comprendía que esa

oscuridad era su propia mente jugándole una mala pasada, como tantas veces en ocasiones anteriores.

Entonces sí pudo abrir los ojos y despertar.

Tal como sintió mientras permanecía inconsciente, estaba tumbado. Alguien lo había llevado hasta su propia cama en la base. A su alrededor Dylan y Mei lo miraban. Llenos de preocupación. Ahora que era completamente dueño de sus pensamientos comprendía que había visto los rostros de Arcángel, Katty y Adam. Y eso lo puso furioso.

—¿Qué me hiciste, Dylan?

Max trató de gritar, pero llevaba varias horas inconsciente y la voz le salió quebrada. Dylan, por su parte, no parecía tener muchas ganas de discutir.

—Escapamos de milagro, jefe. Si no te hubiera noqueado, habríamos muerto los tres. Yo también quería salvarlo, pero habría sido imposible.

Max se incorporó sobre los hombros. La cabeza le daba vueltas. Si se hubiera levantado de golpe, lo más probable es que hubiera vomitado.

—Solo es imposible lo que no se intenta, Dylan. Hemos dejado morir a uno de los nuestros. Adam no lo habría permitido.

—La casa explotó menos de treinta segundos después de que saliéramos de allí. Si nos hubiéramos quedado dentro, habríamos estallado con ella. No me siento orgulloso, pero vinimos aquí con una misión y no estamos siquiera cerca de cumplirla. Katty sigue desaparecida y Adam ha muerto, ¿qué crees que pasará con la hija de Arcángel si nosotros morimos también?

Max sabía que su compañero tenía razón, pero no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Ellos cuatro eran un equipo. Además compartían una amistad sólida. Los amigos no se abandonan. Así no. Deseaba decirle a Dylan que era culpa suya que Adam hubiera muerto, pero la verdad era que se sentía culpable él también por no haber averiguado en qué trampa se estaban metiendo. Veía el mismo sentimiento en los rasgos duros de Mei, que dejaban

translucir ira, pero que escondían congoja.

—¿Cómo llegasteis allí, Dylan? ¿Qué demonios pasó? No conozco a dos personas mejor preparadas que vosotros. ¿Cómo es posible que os redujeran y os encerraran?

Dylan se relajó un tanto al ver que Max seguía con la conversación.

—Salimos temprano, como habíamos acordado. Queríamos visitar todas las localizaciones de esa maldita lista. Las dos primeras direcciones correspondían a dos mansiones del mismo barrio. Ya sabes a lo que me refiero: circuito cerrado de televisión, altos muros, etc. La tercera fue en la que nos encontraste.

—¿Qué diferenciaba esta de las otras dos? ¿Cómo entrasteis?

Dylan se tomó su tiempo para contestar. A Max ni siquiera se le ocurrió que estuviera preparando una mentira. Conociéndolo, solo quería dar una respuesta lo más precisa posible.

—El muro exterior tenía aspecto de fortaleza o prisión. Eso fue lo primero que nos llamó la atención. En las otras dos las paredes tenían algunos elementos decorativos, como relieves y ese tipo de cosas. En esta, tú la viste, el alambre de espino y la puerta metálica sin reja, sin nada que aliviara el efecto carcelario, parecía que se ocultara algo. Además, vigilamos cada dirección durante un buen rato. A las otras dos se acercaron repartidores y empleados. También salieron vehículos en algún momento. No parecían nada más que lo que eran: casas de gente muy rica. En la tercera casa no hubo movimiento. La calle tampoco mostraba actividad. Era demasiado sospechoso para no acercarse.

—Así que fuisteis los dos juntos hasta el muro, ¿no?

—Primero rodeamos el perímetro. Aunque no hubiera mucha gente en la calle, no queríamos que nadie nos sorprendiera trepando.

Max se dijo que él había sido mucho menos prudente. Claro que él iba de

noche y le acuciaba la urgencia de encontrar a sus amigos.

—Encontramos lo que parecía una puerta de servicio. Forzarla resultó mucho más fácil de lo esperado. Ese fue nuestro error.

—Os esperaban dentro.

—En cuanto atravesamos el umbral nos dispararon dardos tranquilizantes. Cuando desperté ya estaba en la habitación en la que me encontraste. No me habían quitado el transmisor, así que supuse que habían preparado algún tipo de trampa. Pero no pude romperlo. Mei es demasiado buena en su trabajo.

—A veces eso es una maldición —dijo la mujer.

Max intentó tranquilizarla.

—Nada de esto es culpa tuya —dijo—. De no ser por ti ni siquiera los habríamos encontrado. Ahora podríamos ser dos y no tres. Dylan —continuó, dirigiéndose a su amigo—, ¿no viste a nadie? ¿Nada que pueda ayudarnos a decidir nuestro próximo paso?

Dylan negó con la cabeza.

—En eso quizá pueda ayudaros yo.

Un deje de alivio sonó en la voz de Mei ahora que tenía algo parecido a una buena noticia que compartir con ellos dos.

—El reconocimiento de voz no me dio ningún dato.

—No puede ser —intervino Max—. Entiendo que no obtuvieras nada del reconocimiento facial por el contraluz y el pixelado, pero la voz se oía perfectamente. Quien fuera no utilizó ni siquiera un distorsionador simple.

Mei asintió. A Max le pareció que en su gesto, mezclada con la frustración, se leía cierta admiración por quien había desarrollado aquel sistema que los estaba volviendo locos.

—Fue mucho más inteligente. Utilizó la voz de una persona, pero de alguien que no está fichado ni consta en ningún registro.

—Así que el acento inglés y la voz grave no pertenecen a nuestro hombre.

Y no tenemos ni la menor idea de con quién hablé.

—Al contrario. Sabemos perfectamente con quién hablaste.

—No entiendo nada, Mei. El tiempo se nos echa encima, no tenemos tiempo para esto...

—La voz era grabada.

—No puede ser —interrumpió Max una vez más—. Tuvimos una conversación.

—En realidad no. Él no contestó a ninguna de las preguntas que le hiciste. Se limitó a pausar la grabación cuando tú hablabas, nada más.

El mercenario y exmilitar se sentía estúpido. En primer lugar porque no se había dado cuenta de que hablaba con una grabación. Pero también porque no comprendía a dónde quería llegar la persona que se había tomado tantas molestias para tratar de matarlo.

—¿Y dices que sabes a quién pertenece la voz?

—No te enfades, Max, pero si tuvieras la oportunidad de oír la conversación con atención, como hice yo después de que llegaraís, tú también lo sabrías.

—De acuerdo, dispara.

—Se trata de un actor de doblaje.

—¿De un qué?

Max no daba crédito.

—Uno de esos actores que doblan las voces de los actores.

—En Inglaterra no se doblan las películas y ese tío tenía un acento perfecto.

—Te aseguro que es él. Ha trabajado en varios países de habla hispana. Incluso ha protagonizado alguna película propia. Tiene página en Wikipedia, y...

—Entonces podrá decirnos quién lo contrató.

Mei suspiró.

—En realidad eso no importa.

—¿Disculpa?

Max volvía a perder los nervios y veía que Dylan tampoco parecía muy tranquilo con todos aquellos rodeos.

—No importa, porque cuando grabé la conversación no me di cuenta, pero resulta que la señal no procedía de la casa. Igual que las señales de los transmisores, la lanzaban desde un repetidor. Me ha llevado toda la noche, pero he encontrado el punto de origen desde el que emitieron la grabación.

—¿Y qué estamos haciendo aquí? Dylan, tenemos que prepararnos e ir allí. Si confían tanto en su propia habilidad como parece, no nos esperarán.

El rostro de Dylan se ensombreció.

—Me temo que yo no puedo ir a ninguna parte, jefe. La explosión...

Dylan relató cómo la onda expansiva que los hizo volar una buena decena de metros no lo había dejado precisamente ileso. En la caída se rompió la tibia y el peroné de la pierna derecha. Tenía una luxación en la muñeca izquierda y había sido capaz de conducir hasta la base solo gracias a su fuerza de voluntad. Mientras lo contaba mostraba la escayola y los vendajes a Max, cada vez más hundido.

—¿Te ha visto un médico?

—Me ha visto Mei. No hay especialista del que me fie más. Todavía recuerdo el entablillado de urgencia que le hizo a Adam en Nicaragua. Y esos puntos de alta costura que se hizo ella misma en el muslo después de lo de Nepal... No, no necesito a ningún médico titulado mientras la tenga a ella.

—Además —intervino Mei—, esta vez no vamos a hacer las cosas a lo loco. Desde que supimos que Katty había desaparecido nos hemos portado como adolescentes en lugar de como profesionales. Tenemos el lugar y tenemos la tecnología para inspeccionarlo a fondo antes de hacer una incursión

sobre el terreno. No vamos a arriesgarnos sin motivo.

—No hay tiempo para eso, Mei.

—No hay tiempo para perder a nadie más. Ni hay tiempo para que se burlen de nosotros como si fuéramos colegiales. Max, has visto lo que soy capaz de hacer en directo y sin tiempo de reacción. Dame un par de horas y te devolveré un informe completo sobre ese lugar. Nada de moverse a ciegas.

Max no tenía más remedio que darle la razón. Se habían movido con pocos datos y espoleados por la prisa. Ellos no eran así. Jamás enfrentaron así una misión. Debían volver a sus antiguos métodos. Solo siendo ellos mismos, sin dejarse influenciar por manipulaciones exteriores, lograrían dar con Katty y, ahora también, vengar a Adam.

Mei cumplió su promesa en el tiempo acordado. La dirección desde donde se había emitido la grabación que Max confundió con una conversación real resultó estar ubicada en un conocido núcleo de concentración de negocios relacionados con el sexo. La visión del satélite les mostró *sex shops*, entradas oscuras que presagiaban el tipo de mercancía que se encontraría en el interior, clubs de bailarinas exóticas y estriptís... Todo lo que el consumidor pudiera desear se anunciaba con neones y fotografías de vulgaridad sonrojante.

Los tres decidieron que Max debía vestirse para la ocasión. Porque, si bien los alrededores del lugar que visitarían tenían un lamentable aire a suburbio, el hecho era que su destino final albergaba un local de lujo. El satélite hackeado por Mei les mostró vehículos caros que aparcaban en la puerta y dejaban a clientes cuyos atuendos y modales revelaban grandes cantidades de dinero. De modo que Max debía ofrecer su mejor aspecto de caballero inglés. Por mucho que aquel tipo de negocio le repugnara.

En esa ocasión Dylan no insistió en que llevara armas de gran calibre. Al contrario, se hallaría en un ambiente donde todos sus movimientos serían

vigilados. Seguramente personalidades importantes visitaban el establecimiento. No parecía probable que lo dejaran atravesar sus puertas si portaba armas de fuego. A ninguno de los tres les hacía la menor gracia arriesgarse tanto, pero no existía otro modo de acercarse al hombre que los había puesto en jaque.

Max se vistió con la mayor elegancia. Un traje gris marengo con una finísima raya diplomática se ceñía a sus caderas, mientras que sus zapatos relucían. Se peinó hacia atrás para dejar que el verde de sus ojos destacara y, por primera vez en semanas, remató el atuendo con gemelos de platino y una corbata de la seda más pura. Se perfumó muy ligeramente y esperó a que la limusina de alquiler anunciara su llegada. Aparecería en aquel tugurio con ínfulas con el aspecto de un rey.

Ya en el coche probó si las conexiones con la base funcionaban. Mei había adaptado un carísimo Rolex de oro que, a pesar de albergar un sistema de comunicación infalible junto a su maquinaria, seguía dando la hora con precisión. De todos modos se sentía desnudo sin un arma de fuego. Si algo sucedía, solo podría ocultarse o correr. Y ni siquiera tenía a Dylan consigo.

—¿Me oís, chicos? —susurró. No se fiaba de nadie, ni mucho menos del conductor anónimo que le había abierto la puerta con total profesionalidad.

—Alto y claro, jefe. Todo lo que suceda esta noche quedará registrado.

Max no contestó. Se estiró las mangas de la camisa y esperó, pacientemente, a que el vehículo llegara a su destino.

Capítulo 13

El interior del local se encontraba sin duda a la altura de las expectativas que habían creado sus visitantes. Junto a la entrada principal, una jovencísima asistente enfundada en un vestido muy ceñido, probablemente de firma, sonrió a Max mientras le cambiaba su abrigo por una ficha. A juzgar por gestos como aquel, habían hecho bien en no ocultar armas bajo la ropa.

El recibidor desprendía cierto aire decadente, como de Europa en el siglo XIX. Las paredes recubiertas con ricas telas y tapices de colores dorados estaban salpicadas de apliques que apenas iluminaban. Por el contrario, emitían una luz rosada que contribuía a crear una atmósfera de ocultación y deseos contenidos. En aquella estancia, los visitantes no habían perdido todavía su pátina de civilización. Dos vigilantes de seguridad, vestidos de esmoquin, conseguían que las apariencias se mantuvieran intactas.

Max observó que el número de su ficha contaba dos dígitos, lo que quería decir que el local atendía en ese momento a más de dos docenas de hombres. No había visto ninguna prenda femenina tras la escultural muchacha que lo recibió.

La siguiente habitación, más lejos de la puerta de entrada y por tanto de la calle, guardaba varias sorpresas para Max. Él no solía frecuentar ese tipo de locales. No lo había hecho mientras servía en el Ejército británico ni en el estadounidense. Tampoco lo necesitó jamás. Era un tipo alto, de ojos verdes, musculado, atractivo y distante. Más que suficiente para que las mujeres se sintieran atraídas por él. Pero, sobre todo, no estaba cómodo con el concepto de comprar personas. Por eso se sentía asqueado, por una parte, y fuera de lugar, por otra. Tenía que obligarse a observar. Si no lo hacía, podía pasar por alto algún detalle de importancia que le ayudara a llegar hasta el secuestrador de Katty. Debía recordarse que ese era el motivo de que se encontrara en un

lugar como aquel, contra todos sus principios.

De modo que se mantuvo alerta mientras por delante de él desfilaban camareras tan pulcramente vestidas como la chica del *hall*. Le llamó la atención que todas se cubrieran mucho más de lo que había esperado. Al contrario que en los establecimientos de baja estofa que atestaban la callejuela por la que había llegado, allí las mujeres, todas aparentemente muy jóvenes, no tenían nada de vulgar. Las camareras se conducían con cortesía y los clientes no se propasaban. Resultaba evidente su ánimo lúbrico, sin embargo. Aunque trataban de controlarse, sus gestos y el brillo obscuro de sus ojos lo revelaban, pero no sus maneras, que permanecían contenidas. Todo en los clientes era tan falso como en las empleadas. Como una especie de cabaret de cinismo y depravación. Max se fijó en una pareja de hombres de negocios. Se notaba que habían bebido de más. No eran capaces de mantenerse erguidos en sus asientos y de vez en cuando elevaban demasiado el tono de sus voces. Uno de ellos, el más alto y grueso, se había desabrochado la corbata y hacía gestos a una de las camareras. La muchacha sonrió como si no pasara nada. Se trataba de una chica bonita, podría ser perfectamente una de las estudiantes desaparecidas. Sin que los dos clientes ebrios lo notaran, hizo una inclinación de cabeza, pero no se acercó. Al mercenario no se le escapó que había alertado con un gesto a uno de los miembros del equipo de seguridad. Aquel borracho se había buscado un problema.

Otra de las cosas que sorprendió a Max fue que en el local no había intercambio de dinero. La bebida pasaba de la barra a las mesas y los reservados, pero no se veían monedas ni billetes. Hasta cierto punto, todo aquel lujo decadente parecía la puesta en escena de una reunión de amigos o de antiguos alumnos. Todos se comportaban según un papel determinado y Max no sabía con seguridad cuál le correspondía a él. Trató de adaptarse con rapidez. No podía permitirse ni una sola grieta en su máscara.

No había llegado todavía a la barra, situada al fondo de la amplia habitación, cuando notó que una mujer se dirigía hacia él. De origen japonés, llevaba el pelo peinado según costumbres tradicionales, con moños y adornos de colores brillantes. Sin embargo su atuendo era moderno, completamente occidental y muy elegante: una camisa blanca con el cuello levantado realzaba el tono nacarado de su piel, mientras, un fajín de color rojo le ceñía la cintura y una falda lápiz le marcaba las piernas desde la cadera hasta los tobillos. Se movía con sutil elegancia felina sobre unos altísimos tacones de aguja, pero ni aun así le llegaba a Max más arriba del pecho.

—Buenas tardes, señor Connor —dijo, pues ese era el nombre falso que escogieron para la ocasión. No había dejado de sonreír en ningún momento, sin embargo, Max no percibió cordialidad en sus ojos, sino una calculadora frialdad. No debía dejarse engañar por ella.

—Buenas tardes, *miss* Onaka. Muchas gracias por recibirme a pesar de lo apresurado de mi anuncio. Me alegra mucho que haya encontrado unos minutos para mí. Me han hablado muy bien de su establecimiento y no quería dejar de visitarlo antes de volver a mi país.

Max sabía cómo explotar su ascendencia británica. Inclino apenas la barbilla, en una reverencia más sugerida que real.

—Sus referencias le avalan. Pero acompañeme a mi despacho, por favor. No me gusta tratar temas delicados en el salón principal. Mis amistades saben apreciar mi discreción y estoy segura de que usted comprenderá los motivos.

Mei se encargó de preparar un personaje falso para Max. Incluso lo había adornado con contactos. No fue difícil identificar a un par de hombres importantes de los campos de la política y las grandes finanzas gracias al hackeo que la propia Mei había realizado en el sistema informático del burdel y en sus cámaras de seguridad. A Max se le escapaba por completo el motivo por el que hombres tan poderosos necesitaran reafirmar su poder poseyendo a

mujeres indefensas, pero prefirió no pensar en ello.

Siguió a *miss* Onaka, la directora del burdel, por un corto pasillo de decoración muy sobria. Nada que ver con los rojos y dorados ostentosos de las zonas públicas. Estaba claro que una cosa era el oropel de cara al público menos importante, otra el trato realmente refinado que se dispensaba a los clientes vip. Max Connor formaba parte de este último grupo. Pronto llegaron al despacho, que permaneció cerrado hasta que ella dejó que un dispositivo oculto leyera su huella dactilar.

—Pase, señor Connor. Estaré encantada de atender hasta el último y más nimio de sus deseos.

Con toda aquella parafernalia, Max habría esperado que la mujer realizara una pequeña e íntima ceremonia del té, o algo similar, pero no fue así. En cambio, se sentó ante un gran escritorio de cristal, cruzó las piernas y activó una tableta integrada en el mismo vidrio del que estaba hecha la mesa. Sin duda, algo que impresionaría a más de uno de sus clientes. Max, en cambio, estaba acostumbrado a desarrollos tecnológicos mucho más complejos que un teclado digital. La *miss* se dio cuenta de que su truco de salón no había hecho mella en su nuevo cliente.

—Le envían clientes que tienen una gran reputación y gustos... especiales —dijo.

Max asintió. Obsequió a su anfitriona con una sonrisa tan falsa como la que ella mostraba.

—Estoy seguro de que los conoce mejor que yo, *miss* Onaka. Los hombres comentamos nuestras aficiones de manera superficial, pero las mujeres saben extraer de nosotros hasta nuestros más recónditos secretos.

Lo que Max no dijo fue que, por supuesto, no había nada de extraordinario en conocer los secretos de los hombres cuando las mujeres con quienes los practicaban estaban completamente a su merced. No había nada de íntimo en

aquello.

—Querrá conocer a nuestras especialistas, entonces.

La mujer no se andaba con rodeos y Max no estaba en absoluto seguro de que eso le gustara. Mei, Dylan y él habían averiguado una gran cantidad de cosas, pero nada concreto respecto a las preferencias sexuales de los clientes. Si se apresuraba a la hora de dar una respuesta, podría destapar su disfraz. Se recomendó prudencia y siguió con la representación.

Afortunadamente, una llamada telefónica interrumpió la conversación en ese punto. La directora cogió el teléfono sin despegar los labios, señal de que muy pocas personas disponían de ese número.

—¿Está solucionado? —preguntó.

Max no pudo oír lo que decían al otro lado, por supuesto.

—Ya sabes lo que hay que hacer —dijo *miss* Onaka. Y colgó sin despedirse.

Max no hizo ninguna referencia a aquellas dos frases, pues ni siquiera se podían considerar una conversación. Sin embargo, la mujer sí las mencionó.

—Siento mucho que haya tenido que presenciar ese horrible espectáculo en el salón común, señor Connor. Y siento aún más que haya tenido que asistir a esta llamada. Ambos estaban relacionados, pero puedo asegurarle que no volverá a ser testigo de ningún incidente semejante. Mi establecimiento se precia de ser, como decía antes, muy discreto. No nos gustan los hombres que desconocen términos como cortesía, modales o elegancia. Debo decir que usted no parece pertenecer a esa clase.

—Me alegra que sea de esa opinión.

Max decidió seguir manteniendo un perfil bajo, fiándose todo a su apariencia y a su impecable acento británico, que jamás le había fallado en ocasiones similares. Sobre todo porque no estaba seguro de si había percibido un deje de amenaza en el tono de la *miss*. Al fin y al cabo, no parecía muy

normal que le diera todas aquellas explicaciones a un cliente nuevo, por muy escogidas que fueran sus referencias.

—En cuanto a lo que estábamos hablando, creo que sé lo que está buscando. Dentro de poco le presentaré a seis de mis mejores empleadas. Pero antes de que vengan me gustaría hablarle de las normas que rigen en esta casa.

—Por supuesto —contestó Max—. No me gustaría incurrir en ninguna incorrección.

A Max se le atragantó una náusea en la garganta. No entendía, ni quería entender, que aquella mujer considerara que había una forma legítima de proceder a la venta o alquiler de otras personas. A medida que *miss* Onaka le explicaba todo lo relativo a las palabras de seguridad y a la obligatoriedad de no dejar moratones o marca en el cuerpo de las chicas, Max se ponía más y más enfermo. Al parecer podía realizar cualquier tipo de práctica e incluso infligirles dolor, siempre y cuando no quedara ningún recuerdo visible de todo ello. Lo único que importaba es que su ganado estuviera siempre listo para el siguiente cliente. La impresión de elegancia que *miss* Onaka le había transmitido cuando se encontraron se transformó en asco. No es que fuera una mujer fría y calculadora, es que se trataba de un monstruo.

Cómo se las apañó para mantener la compostura mientras pensaba que quizá Katty estuviera en un sitio como aquel o quizá incluso allí mismo, es algo que Max no sabía. Pero lo hizo. Mantuvo un rictus de interés y una sonrisa de medio lado al más puro estilo canalla. Luego coronó su actuación con una última frase:

—Estoy deseando ver qué tiene para mí, *miss*.

Como si en vez de una frase común y corriente Max hubiera lanzado un hechizo, una puerta oculta a la espalda de la directora se abrió de par en par.

La primera en entrar fue una joven pelirroja que, para sorpresa del mercenario, carecía de pecas en la cara, el cuello o el escote. Su piel lechosa

era perfectamente blanca. La chica se movía con gracia aprendida y sonreía como si estar allí fuera lo mejor que le había pasado en su vida. Lo miró directamente a los ojos con fiereza. A pesar del pelo rojo, sus rasgos eran orientales. Debía de ser la mujer, si es que se les podía llamar mujeres a aquella edad tan temprana, más extrañamente atractiva que él había visto.

En cuanto se dio cuenta de lo que había pensado se abofeteó mentalmente. La que se paseaba delante era casi una chiquilla. No podía mirarla con otros ojos.

Sin esperar a que Max se pronunciara sobre la primera chica, una segunda entró en escena. En esta ocasión tenía el pelo liso y negro y grandes pechos. Al menos más grandes que la media de mujeres orientales. Los pezones se le marcaban a través de una blusa de colegiala que acentuaba su aire infantil. También miró a Max a los ojos, pero, en lugar de retarlo con la mirada, se sonrojó. Su sonrisa era dulce y tímida. A Max le dio miedo preguntarse cómo aquella chiquilla había terminado en un sitio así.

En tercer lugar entró una chica tan delgada y espigada que parecía un chico. Llevaba el pelo negro muy corto y una oreja llena de pendientes. Caminaba con una displicencia que parecía querer decir que nada de todo aquello tenía que ver con ella. A Max le pareció la más joven de todas. Quizá por su ausencia de curvas o porque fue la única que no le dedicó ni una sola mirada.

—Muchos de nuestros clientes sienten predilección por Xing. Les recuerda a sus hijos menores, pero le aseguro, señor Connor, que es una chica. Todavía no ha llegado a su pleno desarrollo, pero es mayor de edad. En este establecimiento no se incumple ninguna ley.

Max asintió. Temía que si hablaba, su voz delataría el profundo disgusto que sentía ante todo aquello. De hecho, se detestaba a sí mismo. Porque odiaba ese lugar y todo lo que implicaba, pero las chicas lo atraían sin que

podiera evitarlo. Como ese segundo sentimiento le beneficiaba, por mucho que lo odiara, tragó saliva de manera ostentosa. Seguro que a la *miss* le complacía ver que su cliente se sentía arrebatado por la mercancía.

La cuarta chica llevaba el pelo negro muy rizado y largo, recogido en dos coletas adornadas con lazos. Parecía uno de esos dibujos animados sin rasgos, con los ojos muy grandes y redondos. Se había pintado los labios de rojo, a juego con unas bailarinas que la hacían parecer verdaderamente una niña. Max empezaba a pensar que los clientes que habían escogido al azar, de entre los que vieron en las cámaras, eran los más degenerados. La chica lo miró solo un momento. Se veía que no era capaz de afectar indiferencia, como la morena de pelo corto, Xing, ni rebeldía como la pelirroja. Su candor tampoco era fingido. Max decidió en ese instante que la escogería a ella.

—No necesito ver a ninguna más, *miss* Onaka.

La mujer sonrió. No había dejado de hacerlo durante toda la entrevista, pero cada una de sus sonrisas mostraba un matiz distinto. En este caso había una mezcla de satisfacción por el deber cumplido, y de desprecio por el hombre que elegía a la criatura más débil para desfogar en ella sus más bajos instintos. Sin duda, eso era lo que ella pensaba de Max.

—Li, lleva al señor Connor a tu habitación —dijo la directora. Luego, dirigiéndose a Max, añadió—: No se preocupe por nada. Una camarera le traerá de vuelta cuando termine. Hablaremos entonces.

Ni siquiera en el momento de realizar la transacción se hablaba de dinero en ese sitio. Como si la suciedad del negocio estuviera en los billetes y no en la venta de personas.

Max siguió a la chica por un pasillo mucho más luminoso que el que conducía desde el salón común al despacho de la *miss*. Se detuvo junto a una puerta de color blanco, la abrió con solo manipular el picaporte y pasó primero. Luego la sostuvo abierta para que pasara él.

La habitación no parecía extraordinaria. Una gran cama sobre la que pendía un dosel de gasa ocupaba la mayor parte del espacio. Una de las paredes estaba cubierta por lo que parecía un armario, aunque tenía muy poco fondo para guardar ropa. Recordando las reglas acerca de dejar o no dejar marcas, Max dejó de lado las elucubraciones sobre lo que podría contener.

—Eres una chica muy guapa, Li. ¿Es ese tu verdadero nombre?

—La chica cerró la puerta. Se movía imitando los gestos de una niña pequeña. A Max le dio un escalofrío al pensar en lo que otros hombres le pedirían que hiciera y qué pensarían esos mismos hombres mientras tanto, o en quién.

—Es el nombre que me ha puesto mamá Onaka —dijo ella. Quiso parecer coqueta, pero a Max le dio la sensación de que estaba a punto de llorar. La pobre criatura debía de haberlo pasado muy mal entre esas cuatro paredes. Y él iba a aprovecharse de su dolor. No para explotarla sexualmente, no. Él estaba allí por una buena causa, pero de todos modos...

—¿No tienes familia fuera de aquí? Ven —dijo Max—. Deja que vea esa cara tan bonita.

Le cogió el mentón con una mano y con la otra le acercó disimuladamente el reloj. Necesitaba que Mei intentara un reconocimiento facial.

—Mi familia es mamá Onaka.

Max asintió. No quería tocarla, pero verla allí tan frágil lo conmovía de un modo del que no se sentía en absoluto orgulloso.

—¿Y el señor Wung Tang? ¿También es tu familia?

Un gesto de pavor cambió por completo el rostro de la chica. De repente fue como si Max hubiera mencionado al mismo diablo.

—Por favor, señor Connor, déjeme salir un momento. No me encuentro bien. Volveré enseguida. No se lo diga a *miss*... mamá Onaka. Enseguida estaré aquí.

En cuanto la chica se fue, Max se comunicó con Dylan y Mei a través del transmisor del Rolex.

—No vas a creerlo, Max.

—¿Sabes quién es la chica?

—Su rostro aparece en la base de datos de la Policía de Hong Kong. Fue secuestrada hace poquísimas semanas —dijo Mei.

—Y hay más —añadió Dylan—. Era compañera de Katty. Estudiaban juntas.

—Tienes que averiguar todo lo que puedas, jefe. Nunca hemos estado más cerca de encontrar lo que estamos buscando.

—No es la única, Max. También hay denuncias por la desaparición de las otras tres.

—¿Sabemos algo de Onaka?

—No está fichada, Max. Todos sus registros están limpios. Es natural de Japón y el local aparece registrado como club exclusivo para caballeros. El resto tendrás que averiguarlo tú.

Capítulo 14

Li no terminaba de volver y Max cada vez estaba más nervioso. No podía evitarlo. No quería abusar del transmisor, por si le sorprendían. No sería la primera vez que un prostíbulo de altos vuelos espiaba a sus clientes mediante algún sistema de vigilancia oculto. Así que estaba allí, sin querer sentarse en la cama, esperando a una muchacha de quien no conocía la edad. Al menos estaba en la universidad, así que *miss* Onaka no había mentido en cuanto a los años que tenía.

Sin nada más que hacer, dispuesto a obtener el resto de la información que necesitaba, Max se entretuvo abriendo el armario estrecho que le había llamado la atención en primer lugar. En cuanto tuvo ante sí lo que guardaba deseó no haberlo sabido: esposas, fustas, varas flexibles, látigos y una larga serie de accesorios sexuales con aspecto de proporcionar mucho más dolor que placer se exhibían ante sus ojos. También había mordazas, pelotas de goma, velas y cintas con las que, suponía Max, los clientes tapan los ojos de las chicas.

Max cerró el armario. Así que aquellas prácticas eran las que podían realizarse sin problemas siempre que no dejaran marcas. Le recordaron a un episodio que creía olvidado y que había sucedido durante su etapa de instrucción en el Ejército de Su Majestad. Uno de sus compañeros no era tan ágil como los demás. Sus padres lo obligaron a alistarse, avergonzados por sus escasas capacidades físicas e intelectuales. Las mismas que lo habían llevado a ser el más lento en carrera, el más torpe en los circuitos físicos y un lastre, en definitiva, para sus compañeros. Se llamaba Charles Rickon y siempre se las arreglaba para que su grupo fuera castigado. Hasta que los demás se hartaron y lo castigaron a él. Quizá lo habían visto en alguna película antigua o quizá se tratara de una tradición militar. Max siempre se mantuvo al

margen de ese tipo de cosas. En cualquier caso, una noche se acercaron todos al catre de Charles. Llevaban pastillas de jabón envueltas en varios pares de calcetines. Uno de ellos le tapó la boca. Cuatro más lo inmovilizaron bajo las mantas. Max imaginaba que, además de no poder gritar, el pobre muchacho habría tenido dificultades para respirar. Quizá la lluvia de golpes lo había asustado menos que la falta de aire. Una paliza que nunca pudo denunciar porque no le quedaron marcas.

Así trataban a aquellas chicas. Por lo mismo podía estar pasando Katty en aquel momento. Max se llevó las manos a la cabeza. Sería una estupidez salir de allí y ponerse a buscar cuarto por cuarto. Lo único que conseguiría sería delatar su posición. Sin embargo no podía apartar la imagen de la hija de Arcángel de su cabeza. Aquel desalmado de la pantalla la había secuestrado, le había amoratado el labio, la había encerrado...

Por fin, Max no lo soportó más y salió. Abrió la puerta de la habitación más próxima de una patada. Estaba vacía. Respiraba con fuerza, casi como un toro de lidia. Pero al menos no sentía la necesidad de gritar. Se acercó a la siguiente puerta blanca, de un color tan lleno de pureza, tan inocente, y también la reventó. Allí sí encontró a una pareja. Ella yacía bocabajo esposada al cabecero de la cama. Él estaba desnudo sobre ella, le sujetaba el pelo con tanta fuerza que la espalda de la muchacha se arqueaba de manera escalofriante. Max leyó un grito de ayuda en sus ojos, pero no podía hacer nada. Debía encontrar a Katty. Aun así se dirigió al depravado:

—Esa chica es víctima de un secuestro. Si le vuelve a poner una mano encima, irá a la cárcel, bastardo.

Max no se paró a ver si su amenaza surtía efecto. Continuó golpeando puertas y encontrando a postadolescentes, casi niñas, en brazos de pervertidos mucho mayores y más ricos que ellas. Cuantas más habitaciones veía, menos entendía lo que sucedía. La seguridad en el burdel no era tanta. No parecía que

las chicas no pudieran huir; ¿qué las retenía allí?, ¿por qué no escapaban? Recordó al hombre de la pantalla, aquel cobarde que escondía sus rasgos tras una silueta y su voz tras un actor. Debía de amenazarlas con algo. Con algo lo bastante importante como para que chicas universitarias con todo el futuro por delante no quisieran regresar a sus casas.

De repente lo comprendió, resultaba tan evidente que se sintió estúpido por no haberlo visto antes. Solo había un motivo posible para que esas chicas estuvieran allí, inmobilizadas pero sin grilletes: las amenazaban con la deshonra sobre sus familias. Si lo pensaba, tenía sentido: todas ellas estudiaban en universidades caras, todas provenían de buenas familias. El tipo de la pantalla había creado un negocio redondo. Ahora más que nunca a Max le sobraban los motivos para dar con él y desenmascararlo.

Pero no iba a ser tan fácil como decirlo. Como debió suponer de no haber estado tan ocupado perdiendo la cabeza y los nervios, alguien dio la voz de alarma. No era extraño, puesto que a su espalda quedaba un río de puertas destrizadas, hombres en paños menores y chiquillas abusadas. Así que por el otro lado del pasillo se acercaban dos hombres tan altos y musculosos como él mismo. Max debería haberse preocupado, pero se alegró. Por lo general huía de la pelea en su vida normal. La cuestión es que aquello no era su vida normal y, además, necesitaba golpear algo sobre lo que pudiera verter su odio. Unas hojas de madera no eran suficientes para recibir la fuerza desatada del asco y la rabia que sentía.

Se plantó en mitad del corredor. Que quisiera dar rienda suelta a su ira no quería decir que hubiera perdido la noción de cómo enfrentarse a dos enemigos formidables. Atrasó el pie izquierdo, bajó su centro de gravedad y colocó los brazos a la altura de su barbilla con los cantos de las manos a modo de defensa.

Sus enemigos no portaban armas de fuego. Por lo visto, no estaban

permitidas en el establecimiento. Uno de ellos sacó una porra. El otro solo contaba con sus manos. Por la pose que adoptó, Max dedujo que lo atacaría con algún tipo de arte marcial. El de la porra se movió en primer lugar. Para sorpresa de Max, no le atacó al tren superior, sino que hizo un barrido con las piernas. Habría sido un buen golpe si no se estuviera midiendo con un experto. Max, por su parte, dio un salto vertical y cayó con todas sus fuerzas encima del fémur de su oponente. El chasquido del hueso resultó muy elocuente. Casi tanto como el grito de dolor del hombre.

«Eso por la tibia de Dylan y por los gritos ahogados de las chicas», pensó Max mientras recuperaba su posición. «Y por los golpes de Katty, por el miedo que estará pasando, por la muerte de Adam».

El segundo hombre fue mucho más prudente. Ese era el efecto que tenía el ver cómo a tu compañero le partían la pierna como si fuera una cerilla. La mayor parte de los combates contra dos personas se ganaban cuando el primero era vencido. Arcángel se lo había enseñado a Max. Ver cómo perdían su ventaja numérica afectaba a la moral del enemigo, los ponía nerviosos y hacía que cometieran errores. Max no tenía prisa, dejaría que el otro se precipitara.

Ambos se midieron como cobras que sacan sus cabezas de un cesto. Se observaron, amagaron, retrocedieron y avanzaron dando pequeños pasos bien coordinados. Como esperaba Max, su adversario fue el primero en lanzar un ataque. El mercenario esquivó rápidamente y acertó a su enemigo con una patada en el pecho. El otro perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, pero no le dio tiempo al mercenario a echarse sobre él. Se puso en pie de inmediato y devolvió el golpe. Max lo recibió en la nariz. Un golpe seco dado con la palma de la mano en la zona donde se une con la muñeca. Un maldito golpe maestro que lo aturdió.

Sin embargo el mareo no le impidió esquivar un segundo golpe dirigido a

su cuello. Se agachó y atacó a las rodillas del otro, que acusó la fuerza de Max y no pudo mantener el equilibrio. En esa ocasión Max sí se puso a horcajadas sobre él. Más calmado después de un poco de ejercicio físico, se inclinó sobre su enemigo. Un olor muy diferente de todos los perfumes e inciensos que inundaban el local lo golpeó. Entonces se dio cuenta de que no sería allí donde encontraría a Katty, ni al hombre de la pantalla. Se alegró de la pelea. Acababa de hallar la pista más valiosa de toda la investigación y lo había hecho por pura casualidad.

—Gracias, amigo —dijo—. Ahora ya sé a dónde tengo que ir.

Pero, una vez más, las cosas no iban a resultar tan sencillas. De donde habían salido los dos matones, salieron otros dos. Dos tipos mal encarados que, esta vez sí, llevaban armas. Al menos uno le apuntaba con una semiautomática a la que no se había molestado en colocar ni siquiera un silenciador. Max no iba a permitir que un disparo lo frenara ahora que por fin tenía claro a dónde dirigir a su equipo, así que, de nuevo, hizo lo que le había metido en aquel lío: tiró abajo la puerta más cercana.

Por suerte, la habitación estaba vacía. Frente a la puerta unas cortinas ligeras tapaban una ventana que daba a la calle. Lo único que tenía que hacer era saltar y correr. En cuanto estuviera fuera avisaría a los suyos, que ahora mismo debían de estar más que preocupados. El reloj solo les estaba transmitiendo golpes.

Una bala se estrelló contra el marco de la puerta, astillándolo, y siguió su recorrido hasta perderse más allá del cristal de la ventana, que se hizo añicos.

«Al menos ya sé que hay cristal y no una pared. Vamos allá», se dijo Max. Con dos zancadas y un salto atravesó el vano.

Con lo que no había contado era con el desnivel entre ambas calles. El callejón inmundo lleno de burdeles por el que había entrado estaba en la planta baja, pero el otro lado del edificio, por donde Max saltó, estaba

construido sobre un terraplén con una inclinación de treinta grados. Aunque trató de corregir su aterrizaje, durante el salto no pudo evitar lesionarse.

Se maldijo por su falta de previsión. Magullado y dolorido, miró atrás. La noche lo ocultaba del pistolero, que escudriñaba la oscuridad en su busca. Al menos no saltarían para buscarlo, así que podía escabullirse sin ser visto hasta un lugar donde pudiera usar el comunicador.

No tardó demasiado en alejarse, a pesar de que no había salido, ni mucho menos, bien parado de la caída. Cuando bajara su nivel de adrenalina el tobillo y el hombro derecho iban a darle muchos problemas. Razón de más para no detenerse.

—¿Mei? ¿Dylan?

—¿Qué demonios ha pasado, jefe? Mei ya estaba lista para salir en tu busca. Hemos oído...

—No hay tiempo. Creo que sé lo que está pasando. Hay que ir a los muelles.

—¿Quién te lo ha dicho? No hemos oído nada.

—Han estado a punto de matarme, pero no lo han conseguido. Uno de los tipos que han mandado... bueno, olía a combustible de carguero y a mar.

—¿Y por eso crees que...?

—Necesito que me mandes la ubicación del muelle más cercano. No me vale cualquiera. Tiene que ser uno de donde zarpen cargueros de gran tamaño.

—Lo recibirás enseguida —aseguró Mei.

—Gracias. No hay tiempo para que discutamos. A Katty la ha secuestrado una red de trata de mujeres. Es prostitución a nivel internacional, estoy seguro. Creo que los tipos que me han atacado no debían estar en el burdel. Creo que venían a llevarse a algunas chicas. Creo que quieren sacarlas del país y creo que Katty está entre ellas.

—No puedes ir solo, Max. Otra vez no. Esto se está convirtiendo...

Max cortó la comunicación en ese momento. Ya había dicho dos veces seguidas que no tenían tiempo para discutir. No iba a perder el poco que le quedaba en decirlo una tercera. Rezando para que no le fallara la pierna herida, buscó una calle secundaria pero transitada en la que pudiera encontrar un medio de transporte. En eso sí que tuvo suerte. Un repartidor estaba aparcando su ciclomotor en el mejor momento para el mercenario y el peor para sí mismo.

Aquel vehículo era lento hasta la exasperación, pero era mejor que ir andando. Por una vez no tuvo cuidado en evitar policías ni en cumplir con las normas de tráfico. Algo le decía que debía darse prisa, y hacía mucho tiempo que había aprendido a escuchar a su instinto.

Los neones de Hong Kong se convertían a su paso en líneas indistintas de luz. Más que por la escasa velocidad del ciclomotor, porque Max no tenía ojos para nada que no fuera mirar al frente. Nunca había estado más centrado. Nunca había pisado tierra de un modo más firme. Ni en la más arriesgada de las misiones. Por fin, una señal en cantonés e inglés señaló el desvío al recinto portuario. Se bajó de la moto, que dejó tirada de cualquier manera, y buscó un lugar por donde saltar la valla. No entraba en sus planes enfrentarse a más vigilantes, guardias de seguridad o esbirros de ningún tipo. A partir de ese momento el sigilo sería su mejor arma... Sobre todo porque no contaba con ninguna otra. Salvo su inseparable cuchillo de guerra.

Capítulo 15

Algunos paisajes urbanos siempre le habían parecido inquietantes a Max. Los muelles, sembrados de pilas de contenedores, los veía como metáforas de las ciudades a las que pertenecían. Al fin y al cabo, esos contenedores de colores no eran más que cajas, igual que los pisos y apartamentos que se amontonaban, llenos de muebles en lugar de cargamento. Esas ideas lo apenaban y por eso prefería no ahondar demasiado en ellas, pero allí, a esas horas de la madrugada, con nada ni nadie que lo distrajera de sus pensamientos, le dolía menos recurrir a su filosofía de vida que a lo que de verdad lo llevó a esa zona de la ciudad: encontrar a Katty.

Por un momento había temido equivocarse, pero el olor a combustible del lugar era exactamente el mismo que desprendía la ropa del hombre al que derribó en el burdel. Así que el tipo de la pantalla tenía una red de prostitución y utilizaba el puerto como punto de contrabando de personas. Era repugnante.

El tobillo y el hombro comenzaban a molestar a Max por encima de lo que había previsto. El viaje en ciclomotor hizo que se enfriara y ahora sentía pequeños pinchazos. La cosa iría a peor en poco tiempo. Una vez más, los sermones de Mei y la preocupación de Dylan tenían su razón de ser. No debía haber ido solo. Para empezar, un solo hombre no podía cubrir toda la extensión del muelle. En segundo lugar, malherido como estaba, no podría hacer mucho más que observar lo que ocurría. Y eso si lograba encontrar algún tipo de actividad.

Por el momento allí solo había calles y más calles de contenedores, alguno de ellos oxidado, la mayoría usados una y mil veces. La otra analogía que se le ocurría a Max en lugares como aquel tenía que ver con los grandes desguaces que se encontraban en las afueras de las ciudades en Estados

Unidos. Enormes cementerios de metal con coches que mostraban su interior desgarrado. Al menos los muelles de Hong Kong parecían ordenados.

Siguió caminando a pesar del dolor, con todo el sigilo del que fue capaz. La desesperación por no encontrar nada ni a nadie empezaba a hacer mella en él, cuando de pronto oyó ruido. No resultaba fácil saber de dónde llegaba exactamente, pues la reverberación confundía el origen de los sonidos, así que extremó las precauciones. Pegó su cuerpo dolorido a uno de los contenedores y se deslizó junto a él, como una sombra más. Trató de ocultar su camisa blanca con la chaqueta. No podía permitirse destacar en la oscuridad.

Cuando asomó la cabeza vio a un grupo de hombres muy ocupados en cargar un barco cercano. No parecía demasiado grande. El equipo estaba formado por personas de varias nacionalidades. Entre ellos hablaban en inglés con varios acentos, y no se preocupaban de ser sigilosos. Por su actitud y desparpajo se veía que se sentían a salvo. En los alrededores no rondaba ningún tipo de autoridad portuaria que los interrumpiera.

Max contó hasta siete hombres, más el operario de la grúa. Por lo menos ocho trabajadores pululaban por allí. Y estaba seguro de que no se trataba de meros estibadores. Armas de calibre medio se marcaban bajo las camisetas oscuras de algunos de ellos. Otros llevaban sobaqueras al descubierto. No había gran cosa que él pudiera hacer, y menos estando herido. Echó mucho de menos a Mei y a Dylan a su lado. Tampoco podía comunicarse a través del transmisor por miedo a hacer un ruido que alertara a los trabajadores. A lo único que podía dedicarse era a esperar.

Pero Max no era un hombre que se sintiera cómodo esperando, de modo que volvió sobre sus pasos. Buscaba un modo de completar su visión de la situación. Su plan consistía en rodear la escena. Le pareció que uno de aquellos tipos, más alto que los demás, quizá holandés, cojeaba un poco. Si sus ojos no lo habían engañado, podría tener una oportunidad.

Más en silencio que nunca, como un gato a la caza del ratón más succulento, Max rodeó al grupo de trabajadores. Esperaba que el operario de la grúa estuviera demasiado ocupado para detectar el movimiento de un extraño en medio de tanta actividad, pero de todos modos escogió moverse junto a los contenedores más oscuros y en las sombras más densas.

Cuando llegaba a su destino, justo en frente de donde había estado antes, la suerte se puso de su parte. El holandés, que en efecto cojeaba, se separó de los demás. Max no podía creerlo. Después de una noche en la que un desastre había sucedido al siguiente, aquello le parecía un milagro. Además, el hombre, completamente ajeno a la presencia del excombatiente, se dirigía directo a él.

Max retrocedió, se escondió entre dos contenedores y esperó a su presa. El holandés, por su parte, escogió detenerse precisamente al lado del escondite. Los ratones, al menos, tenían el instinto lo bastante desarrollado como para no caer de cabeza en la trampa de los gatos. Ajeno a lo que estaba a punto de pasarle, el hombre se bajó la cremallera de los pantalones y se dedicó a aliviarse. Cuando Max oyó el repiqueteo de la orina contra el metal, supo que su momento había llegado.

Se quitó los zapatos para que las suelas no rechinaran con alguna piedrecilla inoportuna. Se acercó a su víctima por la espalda y realizó uno de los movimientos más efectivos y silenciosos que conocía. Estranguló al holandés para que no pudiera gritar. A pesar de su fortaleza, el hombre no pudo hacer nada cuando Max aplicó presión sobre su nuez de Adán y la desplazó hacia un lado. Murió en el acto.

Max lo arrastró lejos del charco de orín. El hombro apenas le permitía hacerlo. El esfuerzo de reducirlo ya le había provocado sudores, pero no podía permitirse otra cosa ahora que estaba allí. Usando el mismo sigilo que hasta entonces, se puso las ropas del cadáver, que todavía estaban calientes y olían a sudor. Desafortunadamente, aquel era uno de los pocos trabajadores

desarmados del grupo, así que Max debía enfrentarse a lo que pasara a continuación sin la seguridad extra que le habría proporcionado un arma de fuego.

—¡Eh! ¡Hans! —Así descubrió Max que su nuevo nombre era Hans—. Sube a cubierta, que ya has descansado bastante. Solo nos quedan dos contenedores.

Max asintió con la cabeza gacha. No tener que ocultar su cojera le proporcionó cierto alivio. Subió abordo por una rampa regular. Esperaba encontrar el barco mucho más lleno, pero no fue así. A su espalda alguien le gritó de nuevo.

—¡Holandés! —Max no se giró. No quería mostrar su rostro salvo que fuera estrictamente necesario.

—¿Estás sordo o qué?

Quien se dirigía a él le dio un fuerte golpe en el hombro herido y Max vio las estrellas.

—Aquí te dejo esto. En cuanto metan el último contenedor, vete al depósito y pinta las bisagras. Ya sabes, como siempre.

Por supuesto, Max no tenía ni la menor idea de lo que le estaban hablando, pero empezaba a vislumbrar algo. Cogió el cubo de pintura negra y la brocha que habían dejado en el suelo, junto a él, y se dirigió a la parte de popa. Allí terminó de entender lo que pasaba. Existía un motivo por el que los grandes cubos metálicos no estaban a la vista en cubierta. La parte trasera del barco escondía un doble fondo tan grande que el cargamento al completo quedaba enteramente oculto a miradas indiscretas... o a las autoridades. Solo podía haber una razón para mantenerlo todo tan escondido: las chicas estaban allí.

Asqueado, Max hizo un supremo esfuerzo de voluntad y esperó a que los trabajadores de a bordo terminaran de colocar el último cargamento en su sitio. Cuando estuvo solo llevó a cabo la tarea encomendada. No podía dejar

que un cabo suelto como aquel lo delatara. Pero tampoco debía demorarse. Si lo que él creía era cierto, las chicas que estaban a punto de salir del país corrían el peligro de morir asfixiadas en aquellas latas gigantes en las que no corría el aire. Y lo peor era que Katty podía formar parte de aquel horrendo contrabando.

En cuanto terminó con la pintura y se aseguró que ni un solo desconchón quedaba al descubierto, se coló en el falso depósito. Estaba seguro de que nadie lo buscaría allí. Olía tanto a pintura que resultaba mareante. Además no había luz. Afortunadamente su Rolex no servía solo como comunicador. También incorporaba una linterna en miniatura. Y algo que quizá le sirviera en un futuro inmediato: un pequeño láser.

Mientras ideaba la manera de salir de allí ileso y de salvar a las chicas, notó que el ruido en cubierta se intensificaba. Además se encendieron los motores del barco, que empezó a moverse. Si hasta entonces se sentía vulnerable por no haber atendido a las recomendaciones de Mei, ahora empezaba a creer que todo estaba perdido. No conocía el número de tripulantes del barco, no tenía más arma que su cuchillo, la pierna y el hombro lo martirizaban con estallidos de dolor y además se alejaba de la costa. Imposible recibir ningún tipo de ayuda en mar abierto.

«Pisa tierra, Max», se dijo. «De sitios peores has salido».

Entonces lo oyó. De ningún modo podía asegurar que fuera el hombre de la pantalla... ¿o sí? En cualquier caso, se trataba de alguien que desplegaba grandes dosis de autoridad. Tenía acento inglés y la voz grave, muy parecida a la que oyera en aquella grabación. A Max le parecía que aquello había sucedido hacía semanas, y no pasaban ni cuarenta y ocho horas de ello. Estaba agotado, pero la sensación de que su enemigo estaba justo al otro lado de una simple plancha de metal lo espoleó de tal manera que dejó de sentir dolor. Sin embargo, el barco continuaba en movimiento. Tenía que hacer algo.

Se dirigió al fondo del compartimento secreto y comprobó si el comunicador seguía en funcionamiento.

—¿Mei?

Por primera vez desde que se habían embarcado en aquella misión no obtuvo una respuesta inmediata.

—¿Mei? ¿Dylan?

De nuevo, nada. No sabía qué pensar. Jamás habían trabajado de manera aislada. Se dirigía a su puesto de escucha junto a la salida cuando el transmisor hizo un ruido, una interferencia. Volvió a tratar de comunicarse.

—¿Mei?

—Nos había parecido oírte, jefe —dijo ella—. No estamos en la base. No esperarías que nos quedásemos a recibir la noticia de tu muerte.

Max sonrió, aunque nadie podía verlo en aquel agujero flotante. Desde luego, no era el momento para alegrarse, pero de todos modos era una buena noticia que los suyos le siguieran la pista.

—¿Sabéis dónde estoy?

—Según mis datos, en el mar de la China Meridional. Dime que no estás en un barco, Max, maldita sea. No tenemos el equipo para sacarte de un barco.

—Tranquila, Mei. Vosotros no, pero la Guardia Costera sí.

—Nosotros no trabajamos con las autoridades, ya lo sabes. Tendríamos demasiado que ocultar.

—En este caso será mejor llamarlos, hazme caso. Aquí hay demasiada comida para nuestros platos. Esto es un asunto gordo. Además, creo que nuestro amigo, el asesino de Adam, está aquí. Yo estoy herido, no puedo encargarme de todo. Trataré de obtener información, pero necesito cobertura, y tú misma has dicho que no cuento con la vuestra, así que...

—De acuerdo, Max —intervino Dylan—. Pero te recuerdo que no hagas ninguna locura. La Policía china no tendrá la menor indulgencia si hay muertes

de por medio.

Max pensó en el desafortunado incidente con el holandés por el que se estaba haciendo pasar, pero no lo mencionó. Tampoco merecía la pena preocuparlos más de lo debido.

—Vosotros llamad y dirigidlos hacia mi posición. Yo trataré de no meterme en más líos.

—Lo peor, Max, es que los tres sabemos que eso no es cierto.

Sin contestar, el jefe del grupo cortó la comunicación. Prefería no seguir mintiendo a sus mejores amigos. A los únicos amigos que le quedaban.

Capítulo 16

Mei tenía toda la razón. No iba a quedarse esperando a que fueran a salvarlo. Y mucho menos cuando Katty podría estar en ese mismo barco y el desconocido de la pantalla que le había hecho escoger entre sus amigos también. Pero antes de ocuparse de él tenía un trabajo pendiente dentro de aquel depósito oculto. Lo bueno, quizá lo único bueno de que aquella operación de trata de mujeres se realizara en la más absoluta clandestinidad era que nadie querría llamar la atención sobre la ubicación de los contenedores, así que nadie se acercaría a la popa del barco. Eso le daba a Max cierta libertad de movimientos. De todos modos, actuó con el máximo cuidado.

Lo primero que hizo fue buscar las puertas del contenedor más cercano. Eran fáciles de distinguir porque cuatro barras de acero templado las recorrían de arriba abajo. Además, varios cierres de presión las mantenían bien sujetas. De hecho, esos cierres eran su mayor preocupación, puesto que no dejaban que el aire se renovara. La esperanza de Max estribaba en que el destino del barco estuviera cerca. De otro modo las chicas estaban condenadas a una horrible muerte por asfixia.

No le costó dar con la cara del cubo que andaba buscando. La linterna del reloj le sirvió además para recibir otra buena noticia: los contenedores no estaban cerrados con barras horizontales, como solía pasar con las mercancías valiosas, por ejemplo, elementos electrónicos o textiles de firma fabricados en China. Los secuestradores se habían limitado a soldar dos hembrillas gruesas al cuerpo metálico del cubo y a colocar un candado grueso.

Max se alegró porque eso facilitaba su tarea, pero también sintió un acceso de cólera; ¿es que aquellos energúmenos no valoraban en absoluto la vida de las chicas? La respuesta era que no, por supuesto. En primer lugar, arriesgaban

su seguridad encerrándolas en compartimentos estancos en los que pronto empezaría a faltarles el aire. Y en segundo lugar, ni siquiera las protegían como inversión. Para ellos las estudiantes no eran personas, solo carne de segunda o tercera categoría con la que satisfacer los instintos más bajos de hombres tan rastreros como ellos mismos. En circunstancias como aquella, a Max le daba vergüenza llamarse hombre.

Apartó de su cabeza unos pensamientos que no le aportaban nada positivo, al contrario, lo alteraban cuando más necesitaba llegar a un estado de paz que le permitiera realizar un trabajo de precisión.

Se quitó el carísimo reloj y lo manipuló para tener acceso al pequeñísimo láser que Mei había incorporado. Todavía le sorprendía de lo que esa mujer era capaz. No sabía si el artefacto le serviría para abrir los cuatro contenedores, pero sí estaba seguro de que podría con el primer candado. Con solo un poco más de suerte encontraría algo dentro para forzar los demás cierres.

Max se puso manos a la obra. El haz del láser era mínimo. Estaba diseñado para forzar determinados tipos de cierres electrónicos, no candados metálicos de gran grosor. Además, la oscuridad añadía un punto de dificultad. El reloj no soportaba que la linterna y el láser funcionaran a la vez, así que Max se veía obligado a trabajar a oscuras. En más de una ocasión estuvo tentado de emprenderla a patadas contra el maldito candado. Afortunadamente, su mantra, «pisa tierra», sí sirvió en esa ocasión. No podía dejar que su temperamento lo traicionara cuando estaba tan cerca de salvar a Katty.

Cada pocos segundos Max trataba de manipular el cierre de metal para ver si conseguía forzarlo. Tuvo que repetir la operación una y otra vez hasta que por fin cedió. El corazón le latía a mayor velocidad que si hubiera participado en una carrera. Por mucho que sospechara, en realidad no sabía qué encontraría allí dentro.

Abrió los cierres a presión que mantenían las puertas selladas. Solo hicieron un chasquido cada uno, pero a Max le pareció que sonaba tan alto como una multitud enfervorecida en un partido de fútbol americano. Esperó oír pasos que se acercaran al compartimento, pero no sucedió nada, por lo tanto, abrió una de las hojas de metal.

Dentro solo había montañas de cajas. Alumbró con la linterna. No podía creérselo, pero era cierto: pilas y pilas de cajas que, según parecía, contenían lámparas de dinamo. Preso, una vez más, de la frustración, dio una patada a la que tenía más cerca. La torre se desmoronó encima de Max, duplicando el dolor del hombro, que ya había forzado más que suficiente. La sorpresa llegó cuando levantó la vista y vio que, detrás de las lámparas, una segunda puerta daba paso a un segundo fondo falso.

Respiró hondo y pensó con la cabeza por una vez. Sacó una de aquellas lámparas de su envoltorio. Estaban diseñadas para acampadas y cosas de ese tipo, así que funcionaban mediante una dinamo, como su propio nombre indicaba. Max solo tenía que girar una manivela para generar luz. No mucha, pero sí la suficiente para ver dónde estaba y qué estaba haciendo. Con la linterna en la mano se aproximó a la puerta. Allí no había candado, tan solo un cerrojo simple, un pasador como los de los aseos públicos. No tenía nada más que correrlo para comprobar, esta vez de verdad, si sus sospechas eran ciertas.

Al otro lado de la portezuela el espectáculo era dantesco. Al menos diez cuerpos de mujer se amontonaban unos sobre otros. El hedor resultaba insoportable. Max no sabía cuánto tiempo llevaban allí dentro. No debía der ser mucho, pero las pobres chicas habían sido drogadas. Eso hizo que al menos una de ellas perdiera el control de los esfínteres. De ahí el hedor.

A pesar del pudor que lo embargó, Max necesitaba verles los rostros para asegurarse de si alguna de ellas era Katty. No sabía por dónde empezar. No

quería hacerles más daño del que habían recibido ya. Todas presentaban señales de golpes y moraduras: ¿qué había pasado con las estrictas reglas del burdel? ¿O es que aquellas chicas se consideraban piezas de desecho? Quizá ya eran demasiado conocidas a ojos de los degenerados que buscaban chicas tan jóvenes que parecieran niñas. A lo mejor el paso siguiente era dejarlas en manos de bestias aún más brutales.

Cuanto más pensaba en ello, más crecía la ira en el interior de Max. Necesitaba controlarla para no echar a perder todo el plan. Todavía le quedaban cuatro contenedores más que abrir, así que más le valía mantener la calma. Buscó, a la luz de la dinamo, la cintura de la chica que coronaba aquella colina de miembros indistintos y la levantó con tanta delicadeza como pudo, teniendo en cuenta su hombro lesionado. La sacó de aquel cuchitril y la tendió de lado en la parte más amplia del contenedor. Así, si las drogas que le habían suministrado le provocaban alguna reacción, no moriría ahogada en su propio vómito.

Repitió la operación con las nueve chicas restantes. Para cuando dejó a la última junto a las demás, estaba agotado. El tobillo le mordía de dolor y el hombro no se quedaba atrás. Lo positivo era que todas las chicas estaban vivas. Lo negativo, que ninguna de ellas era Katty. De hecho, todas parecían locales. Sus párpados rasgados y su cabello oscuro así lo revelaban. Allí, tendidas en línea, parecían pequeñas muñecas magulladas con las que ya nadie quisiera jugar.

Tapando la luz de la linterna con su torso musculado, Max buscó la entrada del siguiente contenedor para realizar la misma operación. Solo que en esa ocasión no usaría el láser del reloj, sino algunas horquillas encontradas en el pelo de las chicas. Con el pulso alterado por su estado de ánimo y el cansancio le llevaría algo de tiempo, pero menos que la primera vez.

De nuevo, el segundo bloque de metal encerraba mercancía completamente

anodina. Balones de fútbol y baloncesto de imitación que terminarían en bazares europeos. Productos de segunda que se venderían diez o doce veces más caros de lo que había costado fabricarlos. Tras esos juguetes se encontraba la puerta secreta, y tras la puerta, una segunda remesa de chicas jóvenes, drogadas, tratadas como meros pedazos de carne. Una vez más, Max las trasladó para colocarlas en una posición más cómoda y segura. Resoplaba cuando terminó. Katty tampoco estaba en ese grupo.

No la encontró en el tercer contenedor, ni en el cuarto. La hija de Arcángel tampoco estaba en el quinto. Max apoyó la espalda contra la pared más alejada de la entrada del recinto oculto y se permitió un minuto de descanso.

Hasta el momento había salvado de morir ahogadas a cincuenta mujeres que yacían como muertas en vida y cuyo destino era incierto. El barco seguía avanzando, él se sentía tan cansado que ni siquiera estaba seguro de poder enfrentarse al hombre de la pantalla, si es que era él quien daba las órdenes en cubierta.

—Vamos, Max —susurró—. Esto no puede quedar así. Se lo debes a Arcángel. Y a Adam. Pero sobre todo, a Katty. Ella tiene que estar viva y tú no puedes rendirte.

Valoró sus alternativas reales y dedicó unos segundos a escoger el mejor plan. Lo primero, sin duda, era recuperarse. Para eso tendría que recurrir, una vez más, a las enseñanzas de su maestro.

—Sois energía —les decía a menudo una vez pasada la peor parte del entrenamiento—. La materia, vuestro cuerpo, solo es maleable porque en realidad está compuesta de energía. Este conocimiento es esencial. Porque la energía no se cansa, no se agota, es infinita. La fuente de la que surge toda energía siempre tiene más y es nuestra responsabilidad ser capaces de obtenerla y usarla. Con sabiduría y respeto seréis capaces de reparar los daños que sufra la carcasa que en realidad es vuestro cuerpo. Solo

necesitaréis entrar en contacto con vuestro yo más profundo.

A Max siempre le había hecho mucha gracia que Arcángel dijera «solo» para referirse a algunas de las técnicas más complejas de las disciplinas que les enseñaba. Como si conectar con su identidad verdadera, que era una identidad compartida con todo el planeta y las personas que lo habitaban, fuera tan sencillo.

De todos modos, si no lo intentaba, no le quedaban muchas más alternativas, así que cruzó las piernas a pesar del dolor del tobillo, que le pedía quedar estirado y no flexionado en la posición del loto, y comenzó el ritual.

Su cabeza no mostraba la menor disposición a obedecer sus órdenes, así que se sumergió en el flujo de pensamientos caóticos que le abrumaban: el paradero de Katty, la muerte de Adam, la sed de venganza, el asco por los hombres que habían maltratado a las chicas que le rodeaban, el propio dolor. Fluir con la frustración y el deseo hizo que los percibiera como lo que eran: emociones que le distraían y no partes reales de sí mismo. Así comenzaban los procesos de autocuración. Primero debía aislar los elementos externos que lo comprometían. Después debía bucear en su propia luz interior, un foco de energía tan potente que bañaba hasta la última fibra de su cuerpo. Se vio a sí mismo rodeado de un halo de fuerza y sintió cómo los músculos doloridos recuperaban su elasticidad. Su respiración se hizo más pausada y la temperatura de su cuerpo bajó. Se redujeron también sus latidos, hasta que casi podría haber pasado por un cadáver.

Quedaba la parte más difícil, aquella contra la que Arcángel los prevenía cada vez.

—Anclaos siempre al mundo real. Sobre todo tú, Max: pisa tierra. No dejes que el bienestar te arranque de ahí. Recuerda siempre que se te ha dado un cuerpo para un propósito determinado. No es decisión tuya cuándo dejar de

usarlo. Conectar con el yo puede convertirlos en almas solitarias que no deseen reencontrarse con el contacto de otros nunca más. Impedid que eso suceda.

Max era el más proclive de los cuatro a perderse en ese mundo de paz porque era el que más tribulaciones tenía de todos ellos. Pero nunca se dejaba engatusar por las falsas promesas de una felicidad plena. Su entrenamiento en el Averno le había provocado grandes dosis de sufrimiento, pero también tres amigos por los que siempre estaba dispuesto a volver. Y así lo hizo aquella vez. Trajo a su mente el rostro de Adam, fallecido; también el de Dylan y el de Mei. Inmediatamente se sintió más fuerte que nunca. Porque conectar con la energía universal significaba conectar con ellos.

Comprobó que el tobillo y el hombro apenas lo molestaban. No habían curado del todo porque la sesión fue muy corta, pero estaba listo para dar el siguiente paso. Puesto que el barco seguía su rumbo desconocido y no sabía si la Guardia Costera llegaría antes de que el buque entrara en aguas internacionales, se dispuso a salir de su escondite.

Echó un último vistazo a las chicas, se aseguró de que seguían respirando y emprendió el camino hacia la plancha de madera, lo único que le separaba del maldito desconocido de la pantalla.

Capítulo 17

Encontró la cubierta del barco completamente vacía, desierta. No se oía ni un ruido. Toda la tripulación había desaparecido como por ensalmo.

Aquello no tenía el menor sentido. La noche le devolvía el brillo caprichoso de las olas del mar, negro bajo el reflejo inconsistente de la luna. El barco seguía navegando, pues. El sonido del motor seguía presente y ningún mafioso dejaría su mercancía vagando sola en mitad del mar, así que, ¿dónde se habían metido?

Max avanzó unos pasos y de repente quedó completamente deslumbrado por dos grandes focos que arrojaban su fría luz sobre él. Cerró los ojos y se tapó la cara con el brazo. Agradeció que el hombro no reaccionara con un espasmo de dolor. Esperó un momento a que sus pupilas se acostumbraran al exceso de luz. Le pareció que ante él se alzaba una especie de construcción metálica que no estaba allí cuando subió a bordo. O al menos no creía haberla visto. Quizá no lo habían molestado mientras sacaba a las chicas de sus tumbas flotantes porque estaban construyendo aquella especie de andamio. Pero, si era así, eso quería decir que sabían que estaba allí, que esperaban que hiciera un movimiento en falso como el que efectivamente había realizado.

—Mi más que estimado señor Cornell —dijo una voz tan parecida a la de la pantalla que podría haber pertenecido a la misma persona—. No sabe cómo me alegro de verle aquí, en mi humilde buque mercante. Si no me equivoco, ya ha conocido a mis lindas tripulantes. Pero me temo que no ha encontrado a la que buscaba, ¿verdad?

—¡Hijo de puta!

Una risa precedió al siguiente comentario del desconocido.

—Eso no está nada bien para un invitado, me temo. ¿Qué era lo que le dijo usted a mi empleado, Wung? ¡Ah, sí! Ahora lo recuerdo: mi madre siempre fue

una mujer muy discreta, de modo que le agradecería que no la trajera a colación en esta conversación nuestra. O me verá obligado a hacer algo que no deseo.

Mientras el hombre hablaba, una docena de figuras vestidas de negro rodeaban a Max en cubierta. Aquello no tenía buena pinta. Dejó que el hombre hablara mientras analizaba el lugar en que se encontraban. No había gran cosa que pudiera servirle en caso de pelea. Si era más rápido que los doce y lograba adentrarse en el laberinto de contenedores que ocupaban la parte de popa, quizá tuviera una oportunidad. Esperaba que Mei y Dylan lo estuvieran escuchando todo por el transmisor. Lo único que le quedaba en ese momento era obtener una confesión acerca de los secuestros y quizá alguna pista de Katty.

—Veo que guarda silencio. Ya le dije en nuestro anterior encuentro que he seguido sus movimientos, Cornell. Sé lo que está pensando. Está valorando sus alternativas con el ojo clínico de un exmilitar que ha servido en dos Ejércitos antes de dedicarse a negocios más... digamos, privados. Este es mi barco, Maximilian. Permítame que use su nombre de pila. Estamos, como quien dice, en mi reino. No tiene usted escapatoria. Pero le admiro por no rendirse, eso tengo que admitirlo.

Max trató de ganar tiempo.

—Su voz...

El desconocido, al parecer, cayó en la trampa.

—La grabación de la mansión pertenecía a un actor. Lo comprobamos. Pero sonaba exactamente igual que ahora.

—Es que solo me rodeo de los profesionales más cualificados, querido amigo. Como los doce hombres que le rodean. Han probado su valía en circunstancias mucho más comprometidas que esta.

—Veo —siguió Max— que no se deja distraer.

—Me gustan los juegos, señor Cornell, por eso sigue usted con vida. Tengo una última propuesta que hacerle, pero ya llegaremos a eso. Creo que antes desea usted hacerme un par de preguntas.

No iba a ponérselo más fácil que aquello, así que Max lanzó la primera de ellas. Terminara el asunto como terminara, al menos quedaría una grabación que identificaría como culpable al dueño de esa maldita voz. Si tan solo pudiera verle la cara...

—¿Ha secuestrado usted a las chicas que he encontrado encerradas?

El hombre hizo un sonido con la boca, una especie de chasquido de fastidio.

—¿De verdad es eso lo que quieres saber? Me decepcionas, Max. Me decepcionas tanto que a partir de ahora se acabaron los formalismos.

—Eso no contesta a mi pregunta —le dijo el mercenario para provocarlo. A lo mejor sacar de sus casillas al hombre que podía acabar con él con una sola orden no era buena idea, pero tampoco sabía qué más hacer.

—Estoy muy ocupado para ir personalmente al campus a hacer lo que empleados cualificados y bien entrenados pueden hacer por mí, pero yo di la orden, sí. Y antes de que me aburras con más cuestiones absolutamente anodinas, te diré que lo hice por dinero; ¿qué otro motivo podría haber? Los hombres ricos pagan mucho dinero por disponer de los cuerpos de chicas jóvenes. Esto, supongo que lo sabes, por cierto, no es algo exclusivo de China. El mío, Max, es un negocio internacional de explotación. Mis compatriotas son los primeros en catar la mercancía... ¿Cómo decirlo?... La ponen a punto para que los europeos como tú solo tengáis que disfrutar del trabajo bien hecho. Aunque la partida con la que te has encontrado hoy va directa a Estados Unidos. Allí no les importa que la fruta tenga algunos golpes.

—No habrían llegado vivas tan lejos. No en esas condiciones.

El hombre rio, esta vez con auténtico desparpajo.

—¿Es que crees que íbamos a llevarlas hasta allí en barco? No, querido. El transporte por tierra no es solo mucho más barato, sino que incluso genera beneficios. Esas chicas iban a pagar su billete a la tierra de la libertad haciendo lo que mejor saben hacer. Pero dejémonos de tonterías, Cornell. Los dos sabemos que hay una pregunta cuya respuesta te preocupa mucho más que lo que te acabo de contar.

Por mucho que Max se avergonzara de ello, el hombre tenía razón. Lo que les pasaba a esas chicas era terrible, pero él estaba allí por una estudiante muy concreta.

—¿Tienes a Katty?

Un sonido de palmadas muy lentas, humillantes y cargadas de sarcasmo llegó hasta Max. El hombre desconocido sabía exactamente lo que hacía y se tomaba su tiempo para dar donde más dolía.

—Claro que tengo a la hija de tu mentor. Y hasta estoy dispuesto a entregártela sana y salva.

Max miró alrededor, como si esperara verla aparecer en cualquier momento. Por supuesto, no fue así.

—Está en mi camarote y... bueno, en realidad ha sufrido algún que otro encontronazo con el puño de alguno de los chicos, nada que no solucionen unos puntos de sutura y un poco de descanso.

Max notaba cómo la ira se apoderaba de la parte de su cerebro capaz de razonar. Ya había visto en la pantalla el sufrimiento de Katty, pero oírsele decir era más de lo que podía soportar.

—Te la entregaré si me atrapas, Cornell.

—No dudes de que lo haré, cabrón. Seas quien seas.

—Bueno, yo no estaría tan seguro.

En ese momento los doce hombres de negro comenzaron a cerrar el círculo. Max no iba a dejar que tomaran la iniciativa, así que se lanzó sobre

uno de ellos, al azar, y lo derribó. No fue capaz de noquearlo, pero al menos salió del círculo donde lo habían encerrado.

Lo que parecía una buena idea se reveló como un movimiento poco inteligente. Las vallas llovieron sobre él ahora que sus enemigos no se arriesgaban a dar a ninguno de sus compañeros. Max salió del círculo iluminado por los dos focos. No era mucho, pero al menos dejaba de ser un blanco evidente.

En su inspección anterior había descubierto una gruesa maroma. No supo qué demonios hacer con ella hasta que vio que estaba dispuesta en forma de volcán y que era lo suficientemente grande como para cobijarlo en su interior. Logró introducirse por la apertura superior. Reforzada por el agua salada y la brea, la cuerda soportaba bien el impacto de las balas. Afortunadamente solo eran de medio calibre. La montaña de soga tenía varias capas, pero no aguantaría para siempre, así que Max hizo lo único que se le ocurrió. Con todas sus fuerzas empujó el esparto que lo cubría hasta tumbarlo. Si se daban cuenta de lo que pretendía antes de que tuviera oportunidad de intentarlo, estaba perdido, así que se dio tanta prisa como pudo. No sabía a qué distancia exacta estaban los tiradores, pero sí la dirección desde donde le llegaban las balas, así que rodó en ese sentido. Si no chocaba con ellos, se quedaría sin escudo.

No llevaba demasiada velocidad, pero su movimiento pilló desprevenido al hombre más adelantado, que perdió el equilibrio. Los tiros cesaron. Eficientes o no, aquel pequeño ejército no parecía dispuesto a lastimar a uno de los suyos. Max aprovechó esa debilidad para salir de su envoltura improvisada. Su oponente había tenido una mala suerte proverbial en la caída. Por el aspecto flácido de su muñeca parecía que se la había roto. Max reptó hacia él y atacó el foco del dolor. El hombre gritó, incapaz de defenderse.

Ahora que había conseguido esa pequeña ventaja, el mercenario usó al

hombre de negro como escudo humano. Lo sostuvo delante de sí mismo con un brazo mientras con el otro lo obligaba a disparar. No creía que fuera a acertar, pero el fuego de cobertura serviría exactamente para eso: cubrirle. Reculó arrastrando consigo al desafortunado hasta que se topó con la borda. Entonces le arrancó el arma y, con un solo movimiento, preciso e imparable, lo tiró al mar.

Ahora estaba libre para disparar con mayor precisión, pero también había quedado completamente expuesto. Restaban once enemigos que matar.

Se puso a cubierto tras un montón de aparejos que alguien había tenido a bien olvidar en medio de la cubierta. Cerró los ojos un momento y procuró sentir los cambios de energía. No hubo suerte. Quizá en otras circunstancias. Quizá si el objetivo que perseguía no hubiera sido tan importante para él a nivel personal. Pero, tal y como estaban las cosas, debía guiarse por sus cinco sentidos. Decidió fiarse primero de la vista.

Sacó la cabeza de su escondite. Lo hizo a ras del suelo para que los otros tuvieran más dificultad para verlo. A la vez agitó la montaña de instrumentos. Eso le sirvió para advertir el destello de un par de disparos aislados. Ya había localizado a dos. Ahora solo tenía que ser rápido y preciso. Algo que, según Arcángel, solo Adam era capaz de conseguir.

—Pero Adam está muerto, Max. Pisa tierra, concéntrate y dispara. Puedes hacerlo.

Respiró hondo y visualizó los lugares en los que acababa de ver la detonación de las balas antes de salir de los cañones de las armas. Los fijó en su cerebro con una segunda inhalación y, mientras exhalaba, se irguió completamente.

El primer disparo dio en la diana y otro tirador cayó. Max no estaba en condiciones de saber si había muerto, pero desde luego no podría dispararle de inmediato. Apuntó al segundo, disparó y volvió a esconderse tras los

aparejos. No estuvo seguro de si le había dado o no hasta que alguien gritó en mandarín. Quedaban nueve en pie y Max debía moverse. Se había expuesto completamente.

Esperó. No recordaba que la cubierta ofreciera ningún otro parapeto. Además, que los nueve supieran su ubicación y que estaba a cubierto solo quería decir una cosa: irían a por él. Muy bien, pues él los esperaría bien preparado. Agarró una barra. No sabía por qué demonios siempre había barras en los barcos, pero el hecho es que le venía muy bien que así fuera. Cerró los ojos por segunda vez. En ese caso no se trataba de percibir energías, sino de aguzar el oído. Algo para lo que también se había entrenado y que le salvó la vida en más de una ocasión.

La experiencia dio sus frutos. De los nueve adversarios restantes, dos caminaban por delante de los demás y se acercaban por su derecha. Así, con los ojos cerrados, controlando su respiración, los sonidos a su alrededor le daban pistas tan claras como un dispositivo GPS. Cuando el primero estuvo lo suficientemente cerca, Max dejó su escondite. No lo golpeó con la barra de metal en la cabeza, al contrario: la utilizó como ariete y se la encajó en el estómago. El hombre, sorprendido, se dobló sobre sí mismo y caminó dos pasos tambaleantes hacia atrás, con lo que desestabilizó a su compañero. Dos derribados, siete en pie. A Max no le gustaba lo que estaba a punto de hacer, pero no tenía otro remedio que hacerlo: descargó la barra tres veces sobre las piernas de los dos hombres, que ya no supondrían ningún problema para él. Mientras se retorcían de dolor, no opusieron ninguna resistencia cuando les quitó las armas. Una pistola de pequeño calibre y una semiautomática. Max tiró la pistola lo bastante lejos para que ninguno de los caídos pudiera cogerla si se recuperaban y lanzó una ráfaga con el fusil en la dirección desde la que se acercaban otros tres. Disparó a las rodillas. De nuevo, años de combate e instrucción sirvieron para bajar a cuatro el número de enemigos activos.

Uno de ellos pilló a Max completamente por sorpresa. Quizá por ser menos jugador de equipo que los otros no se había unido a la estrategia común. Habría trepado a los contenedores de popa y ahora saltaba sobre Max como una araña que hubiera estado esperando pacientemente a que la mosca cayera en sus redes. Ambos rodaron por el suelo. Con cierto sentido del humor que el exsoldado no esperaba encontrar en sí mismo en una situación como aquella, Max se dijo que le había llegado el turno al tacto. Esquivó dos puñetazos que se dirigían sin piedad hacia su mentón y, una vez más, escogió pelear con los ojos cerrados. El otro hombre estaba tan pegado a él que podía notar cómo los músculos de su cuerpo se tensaban antes de que lanzara sus golpes. Él solo tenía que esquivarlos y esperar a que el cansancio hiciera mella en el otro. Los tres hombres restantes no dispararían mientras...

Pero Max se equivocaba. Al parecer uno de esos tres restantes estaba cansado de ver cómo caían uno a uno, así que se arriesgó a herir a su compañero. Eso cambiaba las reglas del juego. Las cambiaba de manera radical.

Al límite de su humanidad y de su capacidad de raciocinio, Max utilizó al cuarto hombre como escudo. Esta vez a sabiendas de que aquello no se saldaría con un chapuzón. El hombre iba a morir. Lo único que Max podía decir en su favor era que no sería él el brazo ejecutor. La segunda bala les pasó a ambos rozando, la tercera acertó al pobre hombre en el pecho. El peso muerto del enemigo era más manejable que un hombre aterrado pidiendo por favor que no lo mataran, así que Max se lo cargó a la espalda y corrió hacia unas cajas que no había visto antes. Cuando las alcanzó, las utilizó a modo de trinchera, pero no había nadie a tiro. Aquello iba a convertirse en un enfrentamiento entre francotiradores.

Trató de repetir el truco de distraerlos con un ruido para que delataran su posición, pero no dio resultado. Al parecer no eran tan estúpidos como había

imaginado.

Pasaron unos minutos sin que hubiera más movimiento que el balanceo del barco al ritmo de las olas. Él se quedaba sin ideas. Restaban tres adversarios armados a los que no había podido localizar. Cualquier error le costaría muy caro.

Entonces uno de los tres cometió su propia equivocación. Max no daba crédito a lo que estaba viendo. El hombre había cogido a una de las estudiantes drogadas. La sujetaba por el pelo. Incluso, adormecida por la acción de lo que le habían suministrado, la chica se quejaba de dolor. Era cierto que él estaba allí por la hija de Arcángel, pero no iba a consentir que usaran a las pobres muchachas de aquella forma. Esta vez no dudó. Confió en su puntería y en la justicia divina, si es que la había: se levantó, apuntó a la cabeza del monstruo que lo amenazaba de aquella manera y de un solo disparo le voló la tapa de los sesos. La sangre y las esquirlas de cráneo salpicaron a la chica. Quizá vomitara cuando se despertara, pero seguro que le gustaba saber que, por una vez, estaba cubierta por una sangre que no era la suya propia.

Quedaban dos y ninguno de ellos había disparado a pesar de que Max se exponía por completo. Era como lanzar una moneda al aire y esperar a que pasara lo mejor, pero se lo jugó todo a que no llevaban armas. Solo había una manera de comprobarlo. Se trataba de un riesgo que lo dejaba completamente vendido, pero mejor eso que a otro se le ocurriera jugar con la vida de las chicas.

Salió de detrás de su parapeto.

No sucedió nada.

—Muy bien. Parece que somos dos contra uno y que uno, yo, está armado.

Tal como Max había previsto, uno de ellos creyó que el sonido de su propia voz lo distraería de otros ruidos, así que trató de coger el arma de uno de sus compañeros caídos. No pudo. El mercenario hizo honor a los altísimos

honorarios que les cobraba a sus clientes. Cornell corrió hacia su posición y le clavó el cañón de la semiautomática en la espalda. El segundo hombre se escondía junto a él. No iba a matarlos a sangre fría, no era su estilo. Los escoltó hasta la borda y los obligó a saltar.

Ya solo quedaban el desconocido de la pantalla y él.

Capítulo 18

Si algo había aprendido en las pocas semanas que llevaba en Hong Kong era que aquel desconocido tenía la manía de controlarlo absolutamente todo a distancia, así que de seguro habría visto todo lo que sucedía en la cubierta de su barco. Eso quería decir que solo podía estar en la parte de proa, a cubierto tras alguno de los contenedores que sí se permitía mostrar en aduanas. De modo que hacia allí se dirigió Max.

A mitad de camino se le ocurrió que sería buena idea acabar con los focos. Así eliminaba una posible ventaja de su adversario. Disparó en su dirección. Le acertó a uno, pero la semiautomática se quedó sin munición antes de poder darle al otro. De todos modos siguió hacia los contenedores. Tenía que atraparlo. No creía que fuera a entregarle a Katty por las buenas, pero de todos modos deseaba ponerle las manos encima y demostrarle el destino que corrían quienes se atrevían a hacer daño a sus amigos.

—Vaya, Maximilian. Parece que mis hombres no han estado a la altura, ¿verdad?

—No te engañes —contestó—. Hay pocas cosas que puedan desviarme de mis objetivos. Y una de ellas no es un grupo de hombres armados. Si de verdad has espiado mis movimientos, deberías saberlo.

El eco y la reverberación que producían los contenedores impedían que Max pudiera reconocer el lugar exacto del que provenía la voz del hombre. Lo único que tenía claro era que se movía. Así que él hizo lo propio. Avanzaba hasta una esquina, examinaba el terreno y continuaba andando. Antes o después el otro daría un paso en falso. Entonces sería suyo.

—Todavía no me has preguntado quién soy, Max Cornell. ¿No te interesa saber quién te ha estado poniendo las cosas tan difíciles?

—Nos definen nuestros actos. No necesito tu nombre. Me basta saber que

eres un cobarde, una mera sabandija que secuestra mujeres y que manda a sicarios para que le hagan el trabajo sucio.

—¡Vaya! ¿Ahora resulta que tienes principios? Yo pensaba que los mercenarios se vendían al mejor postor. Hasta puede que te haya contratado alguna vez, ¿qué te parece?

A Max le daban arcadas solo de pensarlo, pero se cuidó mucho de decirlo. Mientras hablaba, trataba de permanecer alerta, aunque en aquel laberinto de metal el sonido rebotaba de tal manera que sus esfuerzos resultaban inútiles.

—Me parece que no es así. Conozco personalmente a todos mis clientes.

—¿Eso crees?

—No lo creo —dijo Max disgustado—. Lo sé.

—¿Y también sabes por qué murió tu querido maestro? Porque yo sí lo sé.

La mención de Arcángel disparó todas las señales de alarma de Max. Sabía que había muchas probabilidades de que el desconocido estuviera usando ese tema como estratagema para desestabilizarlo. Deseó no ser tan previsible en ese aspecto, pero lo era. No sabía cómo controlar sus impulsos cuando se trataba de su mentor. Hizo lo único que podía hacer: no contestó.

—Veo que no dices nada. Muy bien, seré yo el que hable. Verás, os mandaron a aquella misión en medio de la nada por un motivo muy poco patriótico, Maximilian Cornell.

Max estaba al corriente de que el Ejército americano no siempre actuaba movido por motivos loables. Esa había sido la lección más dura que aprendió en el Averno: que sus ideales quedaban en papel mojado ante la ambición de quienes ostentaban el poder. Aquel hombrecillo miserable no le estaba diciendo nada que no supiera ya.

—Sí, sí. También sé que ese es uno de los motivos por los que dejaste el Ejército. Tu querido Arcángel te enseñó de qué pasta estaba hecho el alto mando. Lo que no te contó nunca fue que él no era distinto.

—Puedes decir lo que quieras, miserable cobarde. Una alimaña como tú no empañará la memoria de un hombre como él.

—¿Estás seguro?

Max permaneció en silencio. No podía darle a aquel hombre más munición de la que ya tenía.

—¿Y no te has preguntado nunca qué hacía allí cuando llegasteis? ¿Por qué se encontraría Arcángel en una zona de fuego cruzado?

Efectivamente, para eso no tenía respuesta. Trató de calmarse; se dijo que cualquier cosa que saliera de la boca de aquella bestia con aspecto humano sería mentira, pero le dio detalles que no admitían réplica.

—Lo encontrasteis en una zona de conflicto vestido de civil. No llevaba ni un solo distintivo militar. Maximilian, ¿no es verdad? Incluso tuvisteis dificultades para expatriar el cadáver porque tampoco llevaba documentación de tipo alguno. Si no hubiera sido por la identificación que hizo su hija todavía estaríais en Oriente Medio con un cuerpo pudriéndose al sol.

—Cierra esa boca, bastardo.

Max no aguantaría mucho más. Si el otro añadía una sola palabra, no respondería de sus actos. Con o sin Katty de por medio. Una nube de ira roja como el atardecer le nublabla la mente.

—La SCLI tiene las manos manchadas, Cornell, y no podrá seguir protegiendo a sus «cachorros» durante mucho más tiempo.

Max perdió completamente el dominio de sí mismo y se olvidó de cubrirse. En la siguiente esquina no miró antes de salir al corredor flanqueado por contenedores que parecían infinitos. Vio el estallido de las balas, pero ya era demasiado tarde. Su enemigo le había disparado y él recibió dos balas en el hombro. Ni siquiera las sintió. Enceguecido por las emociones, espoleado por el odio al ver el nombre de su mentor arrastrado por el fango, Max salió corriendo.

No oyó la hélice de un helicóptero que salió de la nada y lo iluminó todo, incluido al hombre al que perseguía, como en una mala película de acción. Todo se volvió sombras y luces de alto contraste. A Max le pareció que las cosas sucedían a cámara lenta. El desconocido se apresuraba hacia una escalerilla que alguien le había tirado desde el aparato y él no podía seguirlo tan rápido como quería, sentía las piernas pesadas y la cabeza pesada, como si estuviera dentro de una de las muchas pesadillas que le aquejaban. De todos modos corrió. Corrió en pos de aquel secuestrador, proxeneta y asesino, porque si lo dejaba escapar no podría volver a mirarse en un espejo durante el resto de su vida.

El desconocido ya había alcanzado la escalerilla de mano cuando Max se arrojó sobre él. La fuerza de su caída hizo que se soltara y los dos rodaron juntos por el suelo. Mientras forcejeaban, Max extrajo su cuchillo de guerra de la vaina donde lo llevaba siempre, en la pierna. Solo cuando el hombre sintió el frío acero en su cuello dejó de luchar.

—¿Quién eres? ¿Por qué todo esto? ¿Por qué con Katty?

—No lo entiendes, Cornell —contestó el hombre—. Se trata de justicia. Solo la muerte del discípulo del traidor Arcángel equilibrará las cosas.

Esas fueron sus últimas palabras. Tras pronunciarlas trató de liberarse, pero no lo consiguió. El cuchillo le seccionó la yugular y murió allí, desangrado.

Max no pudo soportar la tensión tampoco. Aquello no había sido una misión ni aquel día había durado veinticuatro horas. Agotado, luchó por no perder la conciencia, pero una nebulosa se lo llevó consigo y se desvaneció.

No tardó en despertar. Le dolían todos los músculos del cuerpo y sentía la cabeza floja, como si no le perteneciera. Alguien le estaba refrescando la frente, pero, aunque abrió los ojos, no podía distinguir los rasgos de su salvador. El cerebro no quería terminar de despertar de aquel paréntesis. Si lo

hacía, tendría que asumir que todo lo sucedido ese día y el anterior era cierto. En cambio, si permanecía inconsciente, podría fingir que la desaparición de Katty no había sucedido, que Adam seguía con vida y que no había cincuenta mujeres drogadas en un barco rumbo a ninguna parte, una de ellas bañada con los sesos de un hombre que intentó matarla.

—Vamos, jefe, vuelve. Esto no ha terminado.

La voz le resultaba muy familiar y extrañamente reconfortante. A lo mejor, aunque abriera los ojos no se encontraría en medio de un escenario de pesadilla. Logró enfocar la vista, pero lo que vio no lo tranquilizó, al contrario.

Sobre su rostro se dibujaban los rasgos inconfundiblemente británicos de Adam, sus ojos azules y su pelo rubio de esnob, con un peinado perfecto a pesar de todo lo sucedido.

—¿Me he muerto? —se oyó decir—. He muerto y te han enviado a buscarme.

—No, Max. No te has muerto, pero por muy poco. Casi no llego a tiempo.

—¿De verdad eres Adam? —Le costaba creer que no estuviera teniendo uno de esos sueños extraños que lo habían atormentado durante las pasadas semanas: aquel en el que sus compañeros aparecían cubiertos de barro primero, y limpios después; o aquel otro en el que un vaso de agua desaparecía en la nada seguido de los rostros a quienes él más quería.

—Soy yo, compañero. Me entenece tu reacción, pero no deja de ser ofensivo que de verdad creyeras que había muerto.

Max apretó el brazo de su amigo para terminar de creerse que era real. Lo que sintió bajo la presión de sus dedos fue un brazo humano de carne y hueso. Al parecer Adam lo había vuelto a hacer. Desapareció sin avisarles, les hizo creer que no volverían a verlo.

—Ahora estoy muy cansado, colega. Pero cuando me recupere vas a tener

que vértelas conmigo.

—Estoy cansado de decirte que soy el mejor espía sobre la faz de la Tierra. ¿Cómo se sostendría eso si no fuera capaz de fingir mi propia muerte? ¿Cómo iba a tenerte vigilado de otra manera? Me habrías delatado. Siento el engaño, Max. De verdad lo siento.

En su expresión se leía que de verdad lamentaba haber tenido que mentir.

—Debíamos usar tu rabia. Solo si tú creías que yo había muerto, este indeseable también lo pensaría. Y solo así cometería el error que al final cometió.

—¿Teníamos? —preguntó el herido—. ¿Dylan y Mei lo sabían?

Max se sentía rematadamente estúpido. Claro que lo sabían. Por eso no hubo pausa en el desarrollo de los acontecimientos. Los tres eran personas acostumbradas a la cercanía de la muerte, pero ¿cómo no se dio cuenta de que se lo habían tomado con demasiada naturalidad?

—Desde lo de Arcángel no has sido el mismo, Max. No te ofendas, pero nos preocupas. Y, tal y como te has portado, reconoce que teníamos razones para tenerte bajo vigilancia.

—No voy a discutir contigo ahora, Adam. Me alegro demasiado de que estés vivo. Pero acabas de mencionar a Arcángel, y es por él por lo que estamos aquí. Esa basura humana me dijo que Katty estaba en su camarote. Ayúdame a levantarme y vamos a buscarla. Con todo lo que ha pasado tiene que estar aterrada.

—Es una chica fuerte.

—También yo soy un hombre fuerte, y mírame. Ella es solo una chiquilla.

—No he venido a discutir. Encontrémosla y desaparezcamos. La Guardia Costera debe de estar al caer y no parece buena idea que nos encuentren.

El cuerpo de Max se negó a responder al principio. Había perdido mucha sangre por las dos heridas del hombro, pero no tenía ninguna otra lesión grave.

Se forzó a ponerse en pie. Quería a sus amigos, pero no iba a dejar que otro encontrara a Katty después de lo que había luchado para llegar hasta allí.

Adam y él avanzaron mucho más despacio que si el rubio recién regresado de la muerte hubiera realizado la inspección del navío en solitario, pero ninguno de los dos lo comentó. El camarote del capitán se encontraba justo debajo del puente de mando y la puerta estaba cerrada.

—Katty, soy Max.

No hubo respuesta.

—Adam, hay que tirar la puerta abajo.

—Jefe —contestó el otro—, creo que estás adquiriendo muy malos hábitos. Si no te importa, prefiero forzar la cerradura. Tú mismo has dicho que estará asustada. Tampoco sabemos en qué lugar del camarote se encuentra. Seguro que no quieres impresionarla todavía más o caer encima de ella. Apóyate en esa pared de ahí y déjame hacer mi magia.

Una vez más Adam tenía razón. Aunque en esa ocasión Max no se sintió culpable. Estaba malherido, cansado y demasiado tenso para pensar con claridad. Lo que sí sabía era que no podía esperar nada concreto de aquel camarote. Después de haber visto a las mujeres golpeadas, amontonadas como piezas de carne sacadas del matadero...

Pero Katty estaba relativamente bien. Yacía atada de pies y manos y amordazada con cinta americana. Igual que ellos habían hecho con Wung. Cuando los vio se echó hacia atrás, pero enseguida reconoció a Adam y su expresión de horror se dulcificó. Max se tranquilizó cuando vio que no le habían inyectado ningún tipo de sustancia. Tampoco presentaba, al menos a simple vista, más hematomas que lo que le había visto en el momento de la grabación.

Adam se acercó y le desató los pies. Le dio un pequeño masaje en los tobillos antes de liberar también sus manos. Ella misma se frotó las muñecas

para reactivar la circulación. Luego se quitó la cinta americana de la boca. Tenía los labios destrozados, pero no era por eso por lo que lloraba, sino de agradecimiento. Se abrazó a Adam y comenzó a sollozar como una niña pequeña. Luego se soltó y fue hasta Max, que la miraba como si verla viva fuera el mayor de los milagros. Quiso abrazarlo también, pero el hombre se desplomó. Ahora que todo se había arreglado, por fin podía dejar que su cuerpo y su mente descansaran en la inconsciencia.

Epílogo

Habían pasado varias semanas, lucía un sol precioso y los cinco amigos habían salido a dar un paseo. La propia Katty escogió un gran centro comercial para inaugurar su nueva vida. Se le habían borrado los golpes de la cara. Los del alma tardarían un poco más en cicatrizar, pero también lo harían. Se la veía feliz, como a una estudiante universitaria que se hubiera tomado la tarde libre para ir de compras. Los demás le echaban una mirada furtiva de vez en cuando, para asegurarse de que todo iba tan bien como parecía, pero no encontraban motivos para seguir preocupados.

La pierna de Dylan también se había curado. El único que arrastraba una lesión un poco más grave era Max, que llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo. También fruncía el ceño más a menudo que los demás y miraba a todas partes con la sospecha de que las cámaras de seguridad del centro comercial los vigilaban exclusivamente a ellos.

Adam y Dylan discutían sobre armamento. Procuraban dejar claro cada pocas frases que se referían a réplicas usadas en *paintball*, así, si alguien espiaba su conversación, no sabría que siempre hablaban de armas reales.

—Alcance y precisión, compañero. Eso es lo que necesitas. Por lo tanto, siempre es mejor un arma más grande y con el cañón más largo.

—Eres un obseso del tamaño, Dylan. Déjame que te lo diga y no te ofendas. Lo que de verdad funciona en todos los aspectos es un arma ligera y fácil de ocultar.

—¿Y qué crees que vas a conseguir contra un enemigo si llevas una pistola de juguete?

—¿Y qué crees que hará la policía si te descubre con un pistolón tipo Clint Eastwood?

—Estamos hablando de disparar con munición de pintura, Adam, deja a la

policía fuera de esto y asume que, como siempre, te equivocas. El experto en armamento soy yo.

Adam suspiró, cansado de mantener siempre la misma discusión estéril.

—¿Sabes una cosa? Voy a darte la razón, pero no porque la tengas, amigo mío, sino porque estoy harto. Por muchas veces que te demuestre las cosas, sigues empeñado en lo mismo.

Max los seguía y no podía evitar sonreír al oír su conversación. Seguían tratándose como si nada hubiera pasado. Deseaba que para él fuera tan fácil dejar las cosas atrás, pero ahora en su cabeza no solo estaba la imagen de Arcángel muerto, sino el de todas esas personas inocentes, anónimas, que veían sus vidas trucadas por mafias de todo tipo. En esa ocasión había sido trata de personas, pero los señores de la guerra, los traficantes de drogas... Todos ellos ejercían sus oficios sin pensar en las consecuencias. Y luego estaban las personas como Katty, cuya única culpa era la de ser hija de su padre.

La buscó con la mirada y la encontró ante el escaparate de una tienda de ropa. Los maniquís llevaban faldas muy cortas y tops por encima del ombligo. Ninguno de ellos tenía rostro, solo unos óvalos a modo de cabeza, coronados por pelucas estridentes. Le recordaron al desfile de estudiantes disfrazadas de niñas pequeñas. La explotación sexual que no había visto hasta entonces se encontraba en todas partes. Y allí estaba la criatura que habían ido a salvar, que estuvo a punto de caer en una de esas redes de prostitución, admirando la ropa que los responsables de esas redes hacían llevar a sus esclavas sexuales.

Mei se dio cuenta de que Max se había separado del grupo y dejó a los otros dos enzarzados en su conversación sin fin.

—Eh, jefe, ¿todo bien?

Max la miró con agradecimiento. La verdad era que no, nada estaba bien. Pero no necesitaba decirlo para que Mei lo entendiera. Siguieron caminando

al ritmo de Katty, que se paraba en todas las tiendas, como si no hubiera ido de compras en toda su vida. Quizá, pensaba Max, veía las cosas de manera distinta después de la experiencia vivida.

Así, entre conversaciones intrascendentes y silencios cómplices, llegaron a una gran tienda de electrodomésticos. El escaparate estaba lleno de televisores. Todos ellos emitían el mismo programa en pantallas de todos los tamaños y todas las resoluciones. Max se puso tenso y Mei lo cogió del brazo. Resultaba extraño verla en el papel de cuidadora con su flequillo tan recto, sus palillos de comer sujetándole el moño y sus botas del Ejército chino que parecían ser lo único que sujetaba al suelo aquel cuerpo tan delgado que en realidad escondía una fuerza inusitada.

—Salimos de esa con vida, Max. Déjalo ir.

—Como me digas que pise tierra... No he estado más cerca de la tierra... ¡Del barro! En toda mi vida. He tenido más realidad en unas semanas que en el resto de mi vida. Y tú sabes por lo que he pasado.

—Sí, lo sé. Todos lo sabemos.

Todos lo sabían y todos se apoyaban. Por eso estaban allí, en aquel centro comercial donde todo era de cartón piedra. Falso, como lo de fuera, pero por lo menos inofensivo. Cuando dejaron atrás las pantallas de televisión, Max hizo una última pregunta.

—¿Recuerdas lo que dijo?

—Palabra por palabra, jefe —contestó Mei.

—Me refiero a lo último que dijo.

Mei asintió. El reloj había transmitido todo lo ocurrido aquella noche. De hecho, existían archivos de audio que podrían reproducir en el futuro si alguna vez resultaba necesario.

—Me preocupa Nefilim y me preocupa la SCLI. Todo esto ha sido demasiado extraño.

—Estamos de acuerdo en que alguien nos tendió una trampa, Max, pero no fueron ellos.

—¿Estás segura?

—A estas alturas no estoy segura ni de mi nombre, pero creo que en esto tengo razón. Nos necesitan con vida. Les solucionamos su trabajo sucio. ¿Por qué querrían deshacerse de nosotros?

En ese momento Katty se acercó a ellos dos y les gritó a Dylan y a Adam, que se habían adelantado.

—¿Y si vamos al cine? —propuso la chica.

Adam fue el primero en contestar, engolando la voz como uno de esos personajes con falso acento inglés que solían aparecer en películas americanas.

—El abuelo Max se dormirá en mitad de la película, querida. Me temo que ya no está para estos trotes.

—Y roncará tan alto que no nos dejará verla a los demás —añadió Dylan—. No creas que esa narizota la tiene de adorno.

—Pero... —intervino Mei, conciliadora— podemos elegir una cortita de dibujos animados.

—Sois todos muy graciosos, ¿lo sabíais? Pero estoy estupendamente y soy más joven que vosotros. Vamos al cine, Katty, a ver una de James Bond. Me encantan las películas de espías creídos que tienen un equipo formado por un experto en armamento, una fan absoluta de las comunicaciones y un tipo que desaparece a mitad de la trama y no aparece hasta el final. No hay quien se las crea, pero me encantan.

Los cinco rieron ante la ocurrencia, él el primero, pero eso no quería decir que no tuviera muy presente que su objetivo seguía siendo descubrir los motivos de la muerte de Arcángel y desvelar la identidad del desconocido que había tratado de matarlo.

Supremacía

Max Cornell thrillers de acción nº 2

Capítulo 1

Habría sido más sencillo entrar en las catacumbas si no acabaran de volver a abrirlas al público. Llevaban cerradas un par de años al menos, por obras. Durante ese periodo la vigilancia seguramente había sido mucho más relajada. Pero se habían vuelto a convertir en una nueva atracción turística, lo que quería decir que de nuevo habían contratado guardas y que mantenían un perímetro asegurado. Por otro lado, K sabía cómo escoger los escenarios. Quería verlo, ni más ni menos que un cementerio subterráneo construido con huesos humanos. Una auténtica delicia. Max, o Blake, como lo conocían en la Sociedad de Atón, caminaba alrededor del recinto exterior como cualquier turista rezagado. Con su altura y su porte elegante de caballero inglés no resultaba en absoluto sospechoso. A ello ayudaba que le gustara vestir bien y que llevara una gran mochila de piel. Ningún viandante se fijaría en él salvo para admirar su elegancia natural. Max no era un hombre vanidoso, pero en ese momento se alegraba de que su físico jugara a su favor. En otros países, pasar desapercibido no resultaba tan sencillo. Allí, su aspecto le permitía observar sin resultar sospechoso.

Las famosas catacumbas de París se encontraban en un pequeño recinto formado por un jardín poblado por árboles frondosos, cuyas ramas se prolongaban por encima de las aceras de la ciudad, y un palacete de fachada amarilla tan típicamente francés que parecía que lo hubieran diseñado para turistas. Por supuesto, el perímetro estaba vigilado por un circuito cerrado de televisión, tal como él había previsto. Max lamentó sobremanera haber renunciado a la cobertura que solía proporcionarle Mei, su fiel amiga, compañera y miembro vital de su equipo. Ella era la experta en comunicaciones. Pero en esa ocasión tenía que dejarla fuera de todo. K era un hombre peligroso cuando le dabas la razón; así que convenía no ponerse en

situación de ver lo que pasaba cuando le llevaban la contraria. Afortunadamente, los sistemas de CCTV de las atracciones turísticas podían inhabilitarse con rapidez y de modo seguro. Para eso servían los punteros láser de alta potencia. Eso y un poco de ingenio. Lo que Max estaba a punto de hacer podía encontrarse en cualquier tutorial de internet.

Identificó el punto de acceso más conveniente: un muro de altura media protegido con alambre de espino. Si todo salía bien saltaría por allí solo un poco más tarde. Dio una vuelta más al parque y decidió que trabajaría en una de las cámaras de la fachada principal. Su objetivo era desviar la atención de la zona que realmente le interesaba. Cruzó la calle y simuló alejarse por entre una de las muchas avenidas arboladas que poblaban la Ciudad de la Luz. Cuando se encontró lo bastante lejos sacó una cazadora de un brillante color verde y una gorra de visera de un amarillo canario imposible de ignorar. Volvió al semáforo en un momento en el que estaba en rojo para los peatones. Se apoyó en el poste metálico y sacó el puntero láser. Apuntó a la cámara de seguridad y esperó.

La reacción desde el interior no tardó en llegar. A los pocos minutos un vigilante de seguridad abrió la puerta. Max dejó que viera bien su atuendo extravagante y, aprovechando que el vigilante apartaba la mirada para coger su comunicador, se perdió entre los árboles, se deshizo de la gorra y la cazadora y emergió a la orilla de la calzada vestido con su discreta ropa oscura. Su maniobra había dado resultado. Un segundo guarda se había reunido con el primero. Max apretó el paso hasta el punto de entrada escogido. La mochila, ahora casi vacía, contenía una manta de algodón y poliéster. Nada demasiado complicado. La tiró para que cayera sobre el alambre y procuró no engancharse la ropa cuando, por fin, traspasó esa última barrera.

Debía acudir a su cita, pero no podía revelar todos sus recursos. K sospechaba de él, estaba seguro. El maldito K había descubierto que había un

traidor entre sus filas y desconfiaba de su más reciente aliado, Max, a quien él conocía como Blake Wheeler. Si no ¿por qué iba a obligarle a realizar acciones más propias de alguien con algún tipo de entrenamiento? Su tapadera, el inexistente señor Wheeler, era un político con ambiciones. Resultaba más que sospechoso que le obligaran a inutilizar cámaras y allanar propiedades privadas. Por fortuna, todo lo que había hecho hasta el momento se reducía a poner en práctica algunos consejos de guerrilla urbana tomados de páginas web con demasiadas ínfulas. Así que podía justificarlo.

Una vez burladas las cámaras, la seguridad en el interior brillaba por su ausencia. Cruzó la entrada que separaba el romántico exterior parisino de sus más macabras entrañas y entró en el edificio principal. Los edificios de administración siempre resultaban ligeramente inquietantes tras la hora del cierre y aquel no era menos. Los pasos de Max resonaban cuando por lo general él se movía muy sigilosamente; el brillo de los muebles parecía extraño y los sonidos amortiguados del exterior amenazadores. Pero muy pronto Max dejó atrás las dependencias de la taquilla y se encontró en uno de esos lugares cuyo atractivo no comprendía. Las catacumbas de París, un laberinto de corredores, monumentos construidos bajo la tierra y calles identificadas con placas azules, como las de los bulevares más famosos. La humedad hacía que el suelo brillara a la luz de la linterna de Max. A él le parecía que la tierra llorara. Algunas de las paredes de aquella ciudad de sombras eran de cemento, pero otras estaban recubiertas de suelo a techo con tibias, peronés, fémures y calaveras. No terminaba de explicarse qué tipo de personas habrían construido un monumento funerario semejante. Allí no era posible llorar a familiar alguno.

Max no se consideraba un tipo asustadizo, pero el silencio y el eco allí abajo no le devolvían más que el sonido de sus propios pasos. Había cumplido misiones en los lugares más recónditos del mundo, se las había visto

con personas despiadadas, pero nunca hasta ese momento se había encontrado rodeado de tal cantidad de cadáveres. El hecho de que los huesos se amontonaran sin orden, que los cráneos no se correspondieran con los cúbitos y radios más próximos a ellos, provocaba en Max cierto sentido de irrealidad. La sensación se acentuó cuando oyó su nombre falso.

—¡Querido Blake! Sabía que me encontrarías.

La voz de K llegaba desde alguna parte, pero Max no sabía identificar desde dónde. Los recovecos y la reverberación lo confundían. No le gustaba nada el sentimiento de indefensión que le sobrevenía cuando no lograba controlar lo que sucedía en su entorno, y esa era una de esas escasas ocasiones. Sin embargo, la confusión no duró mucho tiempo. Pronto, una luz de linterna, similar a la que llevaba él mismo, iluminó uno de los pasillos. Las sombras de los huesos temblaron un momento, como si el propio K las animara con su sola presencia. Había algo malvado en aquel personaje. No solo por la elección de escenario, sino por su desparpajo, por cierta crueldad en su modo de desenvolverse. Era frío. Una de las personas más frías que Max había conocido en su ya larga carrera de mercenario a sueldo.

Si Max tenía aspecto de noble inglés, elegante y educado, K lo superaba. De edad indeterminada, caminaba con seguridad allá donde fuera. Incluso en aquel laberinto de techos demasiado bajos. Había algo en él, una dura autoridad que disgustaba a Max, pero no dejó que sus sentimientos translucieran. Por el contrario, debía mostrarse encantado de verle al fin. Su plan era contarle que había descubierto al traidor y así alejar las sospechas de él mismo. No tenía otro remedio si quería salir de allí con vida.

—Tengo una sorpresa para ti, Blake. Estoy seguro de que sabrás apreciarla en lo que vale.

Las cejas de K, ni blancas ni grises, ensombrecían sus ojos, que incluso en aquella oscuridad apenas interrumpida por los haces de las linternas, se veían

más azules de lo que parecía posible. El hombre que lo había reclutado para la Sociedad de Atón sonrió y la escasa luz se reflejó en su colmillo de oro. También lo hacía, aunque de forma mucho más sutil, en su cráneo lampiño. Max jamás había sido un hombre inseguro, pero no se encontraba en la mejor de las situaciones.

—Ya te he hablado de que entre nosotros hay un traidor.

—Lo sé —se adelantó Max. Su única salida era darle un nombre antes de que K dijera el suyo. No debía ponerse en la tesitura de tener que defenderse.

Nuevos pasos se oyeron en la semioscuridad. Provenían del mismo corredor del que había salido K. Pero había algo extraño en esos pasos. Los de K habían sonado seguros. El grupo que se acercaba... estaba compuesto por dos tipos de personas. Dos de ellas más grandes, de mayor envergadura que la tercera. Sí, había dos pares de pasos casi simétricos y otros muy débiles, así como si dos personas estuvieran arrastrando a otra en contra de su voluntad.... Pero Max no tuvo que imaginarlo durante mucho tiempo. Dos de sus esbirros habituales, dos tipos enormes y rudos, arrastraban un cuerpo. Cada uno de ellos lo sujetaba por debajo de una axila. Quienquiera que fuera aquella persona, no podía siquiera sostener recta la cabeza. En un gesto de crueldad totalmente innecesario, ambos hombres lo arrojaron al húmedo suelo. El prisionero ni siquiera realizó el acto reflejo de adelantar las manos. Cayó como un peso muerto.

—Aquí la tienes, Blake.

Max lo miraba, pero así, con el rostro fuera de la vista, no reconocía al traidor.

—Levantadle la cabeza, muchachos. Wheeler no sabe a quién le he traído.

Uno de los dos gorilas se inclinó y agarró al caído del pelo. Lo alzó sin contemplaciones hasta que oyó un gemido. K alumbró el rostro magullado y entonces Max la reconoció sin lugar a duda: era Solange. —¿La hija del

primer ministro nos ha vendido?

—Así es, Wheeler. Solange Dufort es nuestra rata. Por eso te he citado en estas alcantarillas. Aquí es donde viven las ratas y aquí es donde deben morir.

Solange Dufort no era una mujer atractiva. Usaba unas gafas que hacían que sus ojos parecieran demasiado pequeños, siempre llevaba el pelo oscuro y lacio atado en un moño tirante y jamás usaba maquillaje. Sin embargo era una mujer inteligente y divertida. No hacía mucho que la conocía. Aunque siempre le había parecido que había algo misterioso y no del todo limpio en ella, eso no justificaba un ensañamiento como el que Max estaba presenciando en este momento. Lo que Max tenía ante sí no era Solange Dufort, sino un despojo maltratado y sanguinolento. Quien hubiera hecho eso a otro ser humano no podía considerarse que pertenecía a la misma especie.

Max no sabía cómo saldría del atolladero. Procuraba que su rostro no desvelara sus sentimientos. En pocos segundos tendría que huir, pero también quería salvarla. Por mucho que trataba de dar con una salida que les conviniera a los dos, no conseguía encontrarla. Tampoco tenía un tercer nombre que usar como arma arrojadiza para que K se lanzara en su busca como un perro de presa, que era lo que parecía en ese momento.

Sin que supiera cómo, uno de los dos matones de K se había adelantado en su dirección. Llevaba un arma de pequeño calibre, pero no le apuntaba con ella. Al contrario, le tendía la culata. Max la cogió, sin comprender todavía lo que estaba pasando.

—Ahora, Blake —ordenó K— demuéstreme tu lealtad. Dispara a esta rata.

Capítulo 2

—Jefe, más vale que te muevas de donde estás sentado. Si te quedas ahí toda la noche no voy a poder identificar a nadie.

Max detestaba las reuniones formales como aquella. Se encontraba en un lujoso hotel de París, un viernes por la noche, vestido con un esmoquin a medida y sentía que perdía el tiempo una vez más. Llevaban ya cuatro meses en Francia sin ningún resultado. Nefilim no había comenzado a presionarles todavía, pero lo haría tarde o temprano. La SCLI era paciente, pero su paciencia distaba mucho de ser infinita. El equipo de Max nunca había tardado tanto tiempo en completar una misión... Y la que se traían entre manos ni siquiera había empezado.

Parecía un hecho paradójico si se tenía en cuenta que los escenarios en los que se habían movido en el pasado eran mucho más hostiles: jungla, desierto, sabana, el hielo de Siberia... En esa ocasión se encontraban en medio de la civilización. Quizá era que los cuatro se habían acostumbrado demasiado a desenvolverse lejos del asfalto y de las zonas que se tenían por más civilizadas.

No, no le gustaba aquel lugar lleno en su mayoría de hombres con trajes tan caros como el suyo que se sonreían con la boca pero no con los ojos. Sin embargo Mei tenía razón. Era una suerte que pudiera comunicarse con ella a través de las gafas. Además, el dispositivo registraría todo lo que pasara. Así podrían analizarlo más tarde, en su cuartel general, con la ayuda de Dylan y Adam. Siguiendo los consejos de su compañera y amiga dobló el programa de conferencias y se levantó. No necesitaba hablar con nadie, en realidad. Bastaba con que sonriera e hiciera un gesto de asentimiento de vez en cuando. A eso podía comprometerse.

—Muy bien, Max. Gracias por esta nueva perspectiva del salón. Veamos

qué tenemos aquí...

En ocasiones el sentido del humor de Mei podía ser un tanto molesto, pero no esa vez. Mientras ella hablara, él no tendría la tentación de salir corriendo ni de morirse del sueño. La pequeña broma de su experta en informática, que hablaba como si estuviera radiando un serial radiofónico, le mantendría alerta. Además, su discurso llamaría la atención de Max hacia cualquier elemento en el que necesitara fijarse. Mei era muy buena analizando escenarios y aquella fiesta, o conferencia o lo que fuera, era, a fin de cuentas, un escenario.

—A nuestra derecha vemos un estupendo juego de sofá y sillones Luis XV, no confundir jamás con los sillones de estilo posterior a Luis XVI, ni con los anteriores a Luis XIV. En un país con tantos reyes llamados Luis, lo más importante es distinguir el mobiliario. Este sofá en concreto se encuentra adornado por un alto cargo del gobierno alemán. No, no se trata del canciller, sino de su ministro de Asuntos Exteriores. El ministro lleva un esmoquin negro con pajarita blanca muy a tono con las canas de su cabeza.

Max simuló una tos y se llevó la mano a la boca para poder hablar sin llamar la atención.

—Si sigues así me echaré a reír y jamás terminaremos con esto.

—No te quejes, jefe —contestó Mei—. Ya sé cuánto te gusta rodearte de políticos corruptos, mentirosos profesionales y gentuza similar. En realidad, aunque lo digo en broma, creo que lo más interesante de esta habitación son los muebles. En fin, los tapices tampoco están mal. ¿Sabías que durante la Edad Media los artesanos debían bordar un error en sus obras? Había una superstición al respecto. Si realizaban un tapiz perfecto, Dios los castigaría por soberbios.

—¿Y se puede saber a qué viene eso?

—Pues viene a que el ministro de Economía de Polonia está justo enfrente de ti. Si te fijas, su cabeza coincide justo con la de uno de esos ciervos

tejidos. Le salen unos cuernos preciosos.

Max deseó que hubiera catering para poder fingir que se atragantaba con un canapé. Pero no lo había, así que tuvo que conformarse con volver a toser. En esa ocasión algunas cabezas se volvieron en su dirección. Como Mei lo estaba viendo todo, confió en su sentido común y decidió no volver a reprenderla. Bastante tenía con ser el hombre de la garganta irritada como para encima convertirse en el hombre que hablaba solo. Necesitaba ganarse el respeto y la confianza de aquella gente.

—Estás en un lugar precioso. De hecho, pensé que esta misión se me haría corta. No tenemos muchas oportunidades de trabajar en lugares así. Mira a tu alrededor, el edificio, sus columnas, los espejos con marcos labrados. No sé cómo lo vives tú en directo, jefe, pero desde mi pantalla parece una pecera de lujo llena de pirañas y peces carroñeros. Disculpa que sea tan honesta, pero es que no termino de entender ese amor por el poder. De hecho, yo misma tengo más poder que ellos. Podría transferir sus fortunas a donde quisiera, pero no voy alardeando de ello.

—Bueno, un poco sí que estás alardeando.

—No es lo mismo, Max. Míralos. Están tan pagados de sí mismos... Se mueven como grandes globos llenos de helio. O como sapos hinchados. Tienes a la ministra de Interior de España, a dos delegados italianos...

—No me lo recuerdes. Se supone que yo estoy aquí como representante del gobierno inglés. Y ni siquiera es el partido al que voté. Esta es probablemente la tapadera más indigna tras la que he tenido que esconderme. Así que procura ayudarme, no deprimirme más.

—Atento, Max. Creo que he oído algo.

Max giró sobre sí mismo. Efectivamente, Mei no se equivocaba. Mei casi nunca se equivocaba, de hecho. Klaus Fablet hizo su aparición estelar justo en ese momento.

—Parece imposible que este tipo pueda ser un paranoico neonazi.

Sí que lo parecía. Fablet vestía el mismo esmoquin que todos sus invitados. El afeitado de su barba rivalizaba en apurado con su calva natural que, lejos de hacerle parecer un anciano decrepito, le daba cierta prestancia. Los ojos azules bajo las cejas pobladas se veían inteligentes, calculadores. Había algo en él que recordaba a los monjes ascetas. Un algo de contención, de sensatez. Nada que ver con los retratos de los obsesos con el poder a los que Max o Mei podían estar acostumbrados.

—Tienes que reconocer, jefe, que sabe cómo atraer la atención del público. Mírale. Ha elegido un lugar que carece de escenario, pero de todos modos está en un plano más alto, de superioridad absoluta. Reconoce que tiene un poco de *showman*.

Y así era. Se mantenía allí, sobre las escaleras que daban acceso al salón donde tendría lugar la conferencia, en completo silencio. Cualquiera otro habría pedido atención o se habría hecho anunciar. Él no. Él se quedó allí, esperando a que su sola presencia hiciera el efecto requerido. Las personas que se encontraban más cerca de él, todas ellas miembros de la clase dirigente de sus países, callaron al verle. Y así empezó el efecto dominó que sumió la sala en el más absoluto silencio. El efecto se derramó sobre el salón como una cascada. El silencio de un grupo se extendía hasta el siguiente, y luego al más próximo a este último. Así hasta que todas las conversaciones cesaron y apenas se oían las respiraciones de los asistentes. Max se cuidó mucho de toser en ese momento. Claro, que tampoco hacía falta: Mei no estaba bromeando. También ella había quedado impresionada. Solo entonces alzó Fablet la voz, que los dirigió como el flautista de Hamelín.

—Bienvenidos a todos, amigos y miembros de la Sociedad de Atón. Una vez más, nos reunimos para debatir el lamentable estado en que se encuentran tanto las sociedades a las que pertenecemos como aquellas que dependen de

nuestro éxito para sobrevivir. Una vez más, trataremos de encontrar las soluciones a problemas que, por separado, sin duda nos superarían pero que, unidos, podremos solventar.

—¿Y este es el mismo hombre que busca la pureza de la raza? Ya sé que ahora mismo no puedes hablar, jefe, pero no puedo creérmelo. Es repugnante cómo habla de salvar a la humanidad cuando lo que en realidad busca es exterminar a la mayoría. A estas alturas tendrían que implantarnos a todos una especie de chip para reconocer a este tipo de farsantes cuando los encontremos por la calle. Es una auténtica vergüenza que tipos como él tengan tanto dinero y tanta repercusión.

—Y por eso, os agradezco vuestra presencia y os exhorto a trasladar a vuestros gobiernos la intensidad de nuestros esfuerzos. La unión de los pueblos es la clave para el éxito de nuestra sociedad y nuestra economía. Pero no diré más. Para eso están aquí nuestros expertos.

—Supongo —intervino Mei de nuevo— que eso es el equivalente a decir que lo que en realidad busca es una nación única donde llevar a cabo su esterilización masiva para crear una raza pura. En momentos como este, Max, me alegro mucho de no ser tú. Y creo que tú te alegras de no mandarme a actos como ese. Te aseguro que le habría pateado la boca según hablaba. Su falta de escrúpulos me parece más que indignante.

Él la comprendía a la perfección. Sabiendo como sabía lo que Klaus Fablet se proponía, el propio Max debía hacer uso de todo su autocontrol para no saltarle encima en ese mismo momento. Si la mitad de lo que el manifiesto que la SCLI había interceptado era cierto, el mundo tenía ante sí a uno de los grandes villanos de la historia. Heredero directo del Nacionalsocialismo y de toda la parafernalia que había llevado a Adolf Hitler a ostentar el poder en Alemania a mediados del siglo XX. Max se preguntaba cuántos de los allí presentes conocerían los motivos reales de su presencia en ese salón. Algunos

de ellos, estaba seguro, debían de haber sido informados de que la Sociedad Atón no era más que una tapadera. Sin embargo, el equipo de Max todavía no había encontrado ninguna evidencia. Otros, los más inocentes, llevarían el mensaje a sus cámaras de representantes, a sus consejos de administración... y así propagarían un virus letal. Al menos se revelaba letal a medio plazo.

—Cerca de Fablet, Max —Mei interrumpió sus pensamientos con esa frase —. ¿Quién es?

—En este momento todo el mundo está cerca de Fablet.

—El joven más que apuesto que le mira con admiración. Hace mucho que no veo un ejemplar de tu género tan... digamos atractivo, que soy una señorita.

—¿Tú también, Mei?

El tono de su compañera hacía pensar a Max que en realidad no hablaba en serio, aunque tampoco le habría sorprendido que así fuera. Edmond Fablet, hijo de Klaus, hacía estragos entre las mujeres allá donde iba. Quizá se debiera a su aspecto deportivo, a su pelo rubio oscuro o a sus ojos; azules, como los de su padre, pero sin la frialdad que caracterizaba los de aquel. Iba acompañado por una joven de aspecto inteligente que parecía esconder un ingenio agudo y muy del gusto francés. Se trataba de una chica más interesante que guapa.

—No me digas que tengo competencia.

—Eso me temo. Me planteaba acercarme a Edmond, trabar amistad con él. Sabemos cuánto le gustan los deportes. Podría entrarle por ese lado.

—Tengo delante de mí los archivos del padre y del hijo. Con esto a la vista, diría que tienes más oportunidades si te acercas directamente al padre. Valora la inteligencia por encima de todas las cosas. De hecho, me atrevo a afirmar que es lo único que valora de las personas, si es que valora algo de ellas. No se le conocen relaciones cercanas, amigos, familia... nada. Es como una roca en mitad de un océano. Ataca a su vanidad intelectual. Creo que es tu

mejor opción. O, como decimos a tus espaldas cuando no estás, como ahora, hazte el listo. Te encanta y se te da bien. A Fablet padre también le gustará.

Max se encontraba todavía lo bastante alejado de los Fablet para hacer inventario de sus posibilidades. Había algo cierto y que no le daba muy buena espina: el hijo miraba al padre con verdadera devoción, pero el padre no parecía corresponder esos sentimientos. Puesto que era al padre a quien pretendía llegar, haría caso a Mei.

—Pues parece que tenías razón en cuando Edmond, jefe.

A Max no le hizo falta negar ni confirmar. Delante de sus ojos, y a la vista de Mei, gracias al dispositivo oculto en las gafas, la hija del primer ministro Francés, Solange Dufort, besó al joven Fablet en los labios como si llevaran viéndose una vida entera. Por la reacción de él, parecía que la cosa iba en serio.

—Vaya, vaya —murmuró Max antes de ocupar un asiento en la sala de conferencias, rodeado de toda aquella gente que nada tenía que ver con él. Desde su posición parecían filas de muñecos vestidos de negro sin más propósito que el de mirar hacia delante.

Capítulo 3

La conferencia había resultado ser un auténtico fiasco. Cuatro ponentes parlotearon durante casi 90 minutos para que un turno de preguntas, evidentemente pactadas, ocupara la media hora siguiente. Pero lo peor no había sido soportar la perorata de aquellos pedantes. Lo peor era que Max sentía que habían vuelto a perder el tiempo. No había tenido ni la menor oportunidad de acercarse a K. Aquel hombre era más escurridizo que un monarca. Max tenía la impresión de que lo estaba probando. Personas con un expediente mucho menos brillante que el del inexistente Blake Wheeler ya habían tenido la oportunidad de ver a K. Max empezaba a pensar que nunca lo conseguiría cuando oyó su nombre. Se dio la vuelta, ocultando su sorpresa.

Frente a él se encontró a una Solange Dufort tan sonriente como una bailarina salida del pincel de Degas. El moño tirante no parecía molestarle en absoluto y su atuendo, absolutamente impecable, delataba el mucho tiempo que pasaba cuidando de su imagen. Aunque luego tratara de impresionar con su personalidad e inteligencia. Caminaba del brazo de Edmond Fablet en su dirección. La verdad es que no hacían en absoluto mala pareja. Había sido la voz de él la que llamara la atención de Max.

—Señor Wheeler, por favor.

—Sí, soy yo.

Edmond sonrió con franqueza.

—Lo sé, lo sé. Mi nombre es Edmond Fablet.

El hombre extendió la mano para estrechar la de Max.

—Mi padre me ha pedido que le invite a pasar un rato más con nosotros. En un ambiente algo más privado. Es decir, si nuestra charla no le ha aburrido más de lo que pueda soportar. Algunas de estas conferencias parecen mucho más interesantes sobre el papel de lo que luego son en la vida real.

Max ignoró la expresión de regocijo de Mei, al otro lado del transmisor.

—No me he aburrido en absoluto. Conozco decenas de personas que darían casi cualquier cosa por ser invitados a una de estas conferencias. Así que no seré yo quien rechace una invitación a prolongarla.

De hecho, Max no mentía. Para empezar, los otros tres miembros de su equipo habrían querido estar con él para no tener que recibir la información en diferido o de segunda mano. Nefilim también habría asistido gustoso. Y posiblemente algunos mandamases de la SCLI. En cuanto a la segunda parte de la afirmación, si esa charla más privada incluía la posibilidad de hablar por fin con el escurridizo K, toda la noche habría merecido la pena. Max no era una persona que soliera vender la piel del oso antes de cazarlo, pero poco a poco nacía en él cierto entusiasmo. Quizá por fin hubiera algo que celebrar.

—Venga conmigo, por favor. Y permítame presentarle a mi amiga Solange.

—Buenas noches, Blake.

Edmond arqueó las cejas en señal de sorpresa.

—¿Ya os conocíais?

—Brevemente —contestó Max—. La señorita Dufort no puede huir de su popularidad como hija del primer ministro, me temo. Y confieso que yo estoy en Francia por puro interés personal. Necesito contactos. Una carrera política no se construye de la nada.

Edmond ensanchó todavía más su sonrisa. Sus labios dejaron ver una dentadura blanca y perfecta. Se le formaron hoyuelos en las mejillas y sus ojos azules brillaron con perspicacia. Seguro que Mei estaba encantada frente a sus pantallas en el centro de operaciones.

—Ya veo por qué mi padre quiere conocerle. Le gustan las personas francas y directas, como usted, señor Wheeler. Aunque no sé hasta qué punto ese carácter va a ayudarle en política. Dicen de sus compatriotas que son sibilinos como serpientes. Sobre todo los cargos públicos. Usted no parece de

esos. Por cierto, tiene un acento francés impecable.

—Muchas gracias... por todo —contestó Max. Por algún motivo Fablet hijo le resultaba simpático—. Me gustaría basar mi campaña en una imagen de honestidad. Parece que será más fácil de lo que esperaba.

—Pero dejad de perder el tiempo en mitad del pasillo —intervino Solange—. Ya sabes lo mucho que se impacienta tu padre. Querrá empezar enseguida con la segunda parte del acto.

—Solange tiene razón, señor Wheeler. Permita que le muestre el camino.

La pareja abrió camino delante de Max, que se sintió escoltado. Como si un chambelán fuera a salir de alguna esquina oscura para pronunciar su nombre falso con voz engolada. Afortunadamente, no fue así.

Al contrario que la gran sala preparada para reuniones y congresos que el hotel había habilitado para la conferencia, el salón a donde Edmond y Solange condujeron a quienes ellos conocían como Blake Wheeler; es decir, a Max, era un lugar mucho más íntimo y con cierto sabor añejo. Max anotó mentalmente mencionar a K, si finalmente lograba hablar con él en algún momento, que aquella estancia oscura le recordaba al Club Diógenes tal como Sir Arthur Conan Doyle lo describía en sus novelas de Sherlock Holmes. Estaba convencido de que la comparación le gustaría. Los sillones de orejas, los sofás *Chester* de piel... No había nada verdaderamente francés en la decoración. De alguna manera, todo estaba dispuesto de un modo demasiado rígido, casi marcial. Max se fijó en que la moqueta no mostraba señal de desgaste cerca de las patas de los sillones, ni del sofá. Como si los muebles no se movieran nunca. O como si siempre regresaran al mismo lugar exacto después de su uso. Aquello revelaba un carácter férreo y un cierto desorden del comportamiento: demasiada necesidad de control. Cabía la posibilidad de

que el personal al servicio de la familia Fablet sufriera los caprichos de un tirano. Bajo la expresión fría e inteligente de K podía latir el corazón de una persona por demás autoritaria. Solo ese tipo de personalidades mantenía los espacios tan impolutos como aquel. Max buscó a Klaus Fablet con la mirada. Su propio aspecto también era impecable. El corte de su traje de chaqueta de dos piezas revelaba una factura cara. Seguramente se lo había hecho a medida. Lo mismo que la camisa, cuyos puños cerraba con gemelos de oro. Empezaba a comprender por qué resultaba tan difícil infiltrarse en su organización. K, pues así se hacía llamar, no era un hombre que dejara nada al azar.

—Veo que es usted muy observador, señor Wheeler ¿Le gusta nuestro pequeño cuartel general? Aquí es donde nos reunimos los más íntimos para comentar cómo van las cosas y preparar nuestros siguientes movimientos. Nos gusta la austeridad, pero también preferimos trabajar cómodos.

—Entonces me siento muy honrado de estar aquí. No lo esperaba —de nuevo, Max no mentía. Al menos no en el cincuenta por ciento de su afirmación. El asunto de sentirse honrado era otra cosa completamente distinta—. Por otra parte, señor Fablet, me siento un poco como en casa. Este salón tiene mucho de británico.

—K, por favor. Me gusta que mis amigos me llamen K.

Fablet sonrió, pero su sonrisa no mostró ni un ápice de la calidez que sí tenía la de su hijo.

—De acuerdo, K. Yo prefiero que me llame Blake.

—Deseo concedido. Toma asiento, por favor. Verás que los demás ya se han distribuido por todas partes. No hay lugares asignados y yo, personalmente, prefiero caminar cuando hablo.

K no esperó a que Max escogiera un sillón para continuar con su discurso, así que Max no se sentó. Si lo que Edmond había dicho era cierto, a Fablet le gustaban los hombres de carácter firme. Demostraría que el suyo lo era

permaneciendo de pie. O, lo que era lo mismo, dejando de seguir una instrucción directa en casa de su anfitrión. De todas formas, no pareció que a nadie le importara. Todos escuchaban al líder como si los hubiera hipnotizado. Se veía que los asistentes a ese *petit comité* formaban parte del núcleo duro de la organización. Gente genuinamente convencida de... lo que fuera. Ninguno abrió la boca durante el pequeño discurso que a Max le pareció que no tenía nada de improvisado. Hasta que, por fin, K hizo la pregunta de rigor.

—Bien, creo que esto resume bastante bien nuestras últimas dos horas ¿qué os ha parecido a vosotros la conferencia?

Alguien que Max no lograba reconocer, pero que hablaba con un acento francés muy forzado, tomó la palabra. Quizá provenía de Europa del Este. No, no le había visto con anterioridad. Se trataba de un hombre de tez muy morena y ojos oscuros. Tenía mucho más aspecto de estibador que de líder político. Claro, que la Sociedad de Atón tenía miembros en todos los estratos sociales. Aquel hombre debía de pertenecer al mundo de la empresa.

—Una pérdida de tiempo, K. Llevamos meses lanzando el sedal, pero los peces no pican. Sigo viendo las mismas caras en las conferencias una y otra vez. Gente que no nos interesa, gente que hemos rechazado o curiosos. No soy el único que cree que estamos perdiendo el tiempo aquí.

A Max le pareció que el comentario era demasiado revelador para hacerlo delante de, al menos, un desconocido, él mismo. Se preguntó si habría otros nuevos miembros de la Sociedad de Atón allí o si él sería el único.

—No hables en este tono, Boris. Nuestro amigo Blake podría malinterpretar tus palabras.

Allí estaba la más que reconocida capacidad diplomática de K. Por una parte lo tranquilizaba a él, por otra parte ponía en su sitio al renegado y en tercer lugar dejaba claro quién era el macho alfa en aquella reunión.

—Si está aquí es porque tú te fías de él —contestó el tal Boris—. Por

tanto, creo que puedo expresarme con libertad. Y sospecho que no soy el único que comparte estos pensamientos. Europa ya nos ha dado todo lo que podía darnos. Tenemos que cruzar el océano. Necesitamos otro tipo de apoyos. Vamos demasiado despacio, K. Demasiado para conseguir nuestros objetivos en esta vida. Recuerda que el tiempo pasa... y juega en nuestra contra.

K mantenía la mirada fija en Max, que se la devolvía, imperturbable.

—Blake, no tienes ni la menor idea de lo que estamos hablando ¿verdad?

—La verdad es que no.

—Lo que sí sabrás —comenzó K— es que la Sociedad de Atón se creó con unos objetivos muy claros. Queríamos invertir en investigación. Deseamos ayudar a que la ciencia y la tecnología se desarrollen hasta su máximo potencial. Creemos en una especie humana más competitiva, mejor. Confiamos en la capacidad creativa del ser humano que, en combinación con unos conocimientos científicos cada día más amplios, podrá hacer del mundo un lugar mejor. Porque hará del ser humano una especie mejor.

—He leído los estatutos, sí —concordó Max—. Me parece una labor no solo necesaria, sino encomiable. De otro modo no estaría con ustedes en este momento.

—Esa es, lamentablemente, una respuesta que oímos a menudo. Y digo lamentablemente, sí. Porque al principio muchos quieren formar parte de nuestro grupo, muchos nos apoyan. Al menos en el plano teórico. Los problemas aparecen en el momento en el que hablamos de las implicaciones prácticas de nuestro proyecto. Si no fuera por la ciencia no habría prótesis de titanio que ayudaran a caminar a aquellos a quienes les falta una pierna, por ejemplo. Incluso las dentaduras postizas, algo tan simple, son implantes que modifican el cuerpo humano para que funcione mejor. Las gafas, las lentillas. Existen docenas de aparatos más o menos complejos que mejoran la calidad de vida de las personas.

—Marcapasos, por ejemplo —apuntó Max.

—Exacto. Algo tan pequeño y simple como un marcapasos puede salvar la vida de una persona. Y se lleva junto al corazón, ni más ni menos. El corazón... —K hizo una pausa excesivamente dramática antes de continuar—. El corazón es el órgano al que más canciones, poemas y hasta óperas se han dedicado. Quizá por eso nadie encuentra ningún impedimento moral a la hora de mantenerlo en movimiento. Existen también las bombas de insulina, que permiten a las personas diabéticas vivir una vida plena y completamente normal. Sin embargo, Blake, todas esas personas que admiten marcapasos, prótesis y bombas, se niegan a ir un paso más allá en la búsqueda de la perfección humana. Nosotros pertenecemos a un grupo diferente, de mentalidad más abierta.

Max sintió un escalofrío. Se alegraba más de lo que podía confesar de que Mei estuviera grabando todo aquel discurso a través de sus gafas. Después lo revisaría con cuidado. No estaba seguro de que, con la excitación del momento, estuviera captando todos los matices de la expresión de K, pero le parecía advertir cierta dosis de sicopatía en el discurso. O al menos de misantropía. En cuanto al resto de asistentes, a ninguno parecía alterarle lo más mínimo el curso de los acontecimientos. De nuevo, Max sintió que estaban sometiéndolo a algún tipo de prueba.

—Sí, esas mismas personas que no dudan en atornillarse un diente artificial a la mandíbula o que se injertan pelo o piel, o Botox, ponen el grito en el cielo cuando se habla de mayores avances. ¿Imaginas, Blake, cuerpos humanos insensibles al dolor?

—Eso sería peligroso, el dolor nos advierte del peligro.

—No insultes mi inteligencia. Hablo de un sistema de transmisión nerviosa que no emitiera señales de dolor hasta que el peligro fuera real. Cada vez que lo he planteado en un comité las negativas se han multiplicado. Todos piensan

en las aplicaciones militares de algo así, pero ¿qué pasa con las personas que sufren de fibromialgia? ¿Qué pasaría con todos esos niños que sufren arañazos o pequeños golpes? El dolor, cuando no evita males mayores, solo produce miedo, y el miedo produce parálisis y la parálisis impide el avance. Dime, Blake ¿no te gustaría dejar de sentir dolor? ¿No te gustaría duplicar tu fuerza? Cuando hago estas preguntas en modo abstracto la respuesta siempre es que sí. Cuando hablamos en términos prácticos, la cosa se complica. Pero no estamos aquí para hablar del pasado, sino de ti, de tu propia opción personal.

Max, horrorizado por las implicaciones de lo que K estaba diciendo, no contestó enseguida. De hecho, por mucho que le disgustara la idea, recordaba con viveza una época de su vida en la que le habría gustado ser un ejemplar más eficiente de su especie. En el Averno, cuando Arcángel los entrenaba a él, a Mei, a Adam y a Dylan. Los tormentos físicos y mentales que había sufrido durante aquel tiempo le hicieron desear más de una vez una resistencia mucho mayor. No podía negarlo. Además, estaba convencido de que de la respuesta que diera en ese momento dependería el futuro de su relación con K y con la Sociedad de Atón. Optó, como siempre, por devolver a aquel loco una buena mezcla de verdad y un poco de manipulación. Cualquier buena mentira contenía una parte de verdad.

—Tengo la impresión de que no estoy aquí por azar, K. Disculpe mi franqueza y que sea tan directo. Por favor, no se ofenda. Creo que no invita a estas reuniones a personas a las que no haya investigado previamente con profundidad.

—No me ofende en absoluto. Al contrario, me decepcionaría que no hubieras supuesto de qué manera trabajamos.

—Bien, pues siendo así, estoy seguro de que sabe que me entreno tanto física como mentalmente para dar lo mejor de mí en cada situación. Mis aspiraciones políticas me exigen estar en plena forma. Si quiere que le diga la

verdad, K, me gustaría poder dedicarme en cuerpo y alma a mi profesión, a mi carrera. Si algún tipo de avance técnico pudiera ayudarme a ahorrar tiempo y esfuerzo, sin duda lo aceptaría. Me encantaría tener un cuerpo físicamente perfecto, sano, capaz de trabajar durante largas jornadas, sin necesidad de invertir dos horas diarias en su entrenamiento. De hecho, cuanto más lo pienso, más me seduce la idea.

K aplaudió. Un poco sin venir a cuento. Acompañó su aplauso de una sonrisa todavía más fría y tensa que la anterior. Por entre los labios se filtró un reflejo. Parecía que K era una de esas personas que se había colocado un diente; o al menos una funda dental de oro. Max se preguntó si habría hecho algo más con su cuerpo, aunque no lo parecía. En cualquier caso, su expresión de júbilo, absolutamente teatral, le inquietó más que tranquilizarle.

—¿Lo ves, Boris? Nuestras redes no siempre regresan vacías.

El tal Boris respondió con lo que apenas pareció un gruñido. Debía de ser algún tipo de código, porque la reunión se dio por finalizada en ese momento y sin que mediaran más intercambios dialécticos.

—No os entretendré más. Edmond, por favor, lleva a nuestros invitados al comedor de la séptima planta. He pedido que lo preparen para todos. Blake y yo subiremos en un momento.

Ahora que todos desfilaban ante él como los jueces de un juicio que acabara de concluir, Max contó que, además de los Fablet, Solange y él mismo, en el salón había otras seis personas. Un total de diez. Procuró mirarlos a todos para que sus imágenes quedaran registradas en la grabación y que Mei pudiera analizarlas en el campamento base. El hecho de que todos acataran las órdenes de K sin ningún tipo de filtro lo tenía fascinado. Él conocía la disciplina militar y lo importante de la obediencia debida. Pero aquellas personas eran civiles. Su comportamiento, por tanto, resultaba de lo más extraño.

K cerró la puerta detrás del último y Max tomó la decisión de acabar con su actitud reactiva. Pasó al ataque con una simple pregunta.

—¿La Sociedad de Atón posee todo el hotel? —preguntó. No era la cuestión más brillante en la historia de los diálogos, pero tampoco lo pretendía. Su único objetivo era mostrar a Fablet el carácter proactivo de su nuevo acólito. Si quería lograr algo, Max debía diferenciarse del resto de componentes de la Sociedad de Atón.

—Yo también estoy seguro de que has hecho los deberes antes de decidirte a venir. Sé que le has dicho a mi hijo que estás en París porque necesitas contactos. Eres muy joven para ser candidato por el partido conservador británico. Lo sabes, yo lo sé y tus posibles electores lo saben. De modo, que tu presencia aquí bien se debe a otros menesteres, o bien responde a una inversión a muy largo plazo.

—No ha contestado a mi pregunta.

—No suelo contestar preguntas cuya respuesta conocen las partes involucradas en la conversación —dijo Fablet seriamente.

Max asintió. Era demasiado pronto para forzar más las cosas.

—Creo que lo que has dicho antes, cuando te he preguntado acerca del futuro de nuestra especie, era cierto. Me precio de saber reconocer a los mentirosos. Si me hubieras mentido no estaríamos hablando en este momento. Y podrías seguir asistiendo a todas las conferencias de la Sociedad. Sé que llevas detrás de nosotros al menos cuatro meses. Y no creas que no admiro tu paciencia y tu perseverancia. Pero si me hubieras mentido...

—Sin embargo no lo he hecho. No acostumbro a mentir cuando me juego algo importante. No soy amigo de los faroles ni buen jugador de póker. De hecho, no soy buen jugador en absoluto. Uno de mis mayores defectos es que me lo tomo todo demasiado en serio. Sobre todo a mí mismo. O eso es lo que dicen quienes se precian de conocerme.

—La Sociedad de Atón, que soy yo, quiere ayudarte en tu carrera. Aquí valoramos la ambición, la dedicación y, por encima de todas las cosas, la seriedad. Uno nunca se lo toma demasiado en serio cuando conoce cuáles son sus objetivos. No diré que no haya que relajarse de vez en cuando, pero el trabajo es el valor máximo que rige mi vida. Necesitamos a gente con tu amplitud de miras colocada en puestos relevantes en todo el mundo. Inglaterra se nos resiste, pero contigo de nuestro lado estoy seguro de que eso cambiará. Sin embargo no puedo darte la jefatura de tu país. Ya te he dicho que es de dominio público que no estás preparado. Y no podemos permitirnos dar ni un solo paso en falso.

—Usted mismo lo ha dicho: soy demasiado joven para eso. Tony Blair accedió al cargo a los 44 y solo duró diez. Yo aspiro a más. Cuando sea el momento. No tengo prisa. En cambio tengo un objetivo claro. Y es que Gran Bretaña forme parte de un mundo nuevo... y mejor.

—Me gusta que estemos de acuerdo en esto.

—¿Cuál es su propuesta?

K sonrió y su rostro de afeitado apuradísimo se convirtió en el de un perro de presa. De nuevo, el reflejo dorado de su funda dental le hizo parecer un ser oscuro.

—Ministerio de Salud. Nuestro plan a largo plazo necesita influencia en el área de sanidad.

—Me parece correcto. ¿Puede usted conseguirme esa cartera?

—Puedo conseguir mucho más que eso. La cuestión es qué precio estás dispuesto a pagar a cambio.

Max se cuidó mucho de sonreír. Aunque, desde luego, esa noche sí que había dado varios pasos de gigante en el desarrollo de su misión.

Capítulo 4

Al contrario que en misiones anteriores, el cuartel general o base de operaciones del equipo de Max estaba en un piso grande y bonito del centro de la ciudad. Nada de garajes, trasteros, viejos almacenes o casonas desvencijadas. En esta ocasión se escondían a plena luz, donde nadie los buscaría. Se trataba de un edificio perfectamente respetable con suelos de parquet y techos altos. Un lugar perfecto para tres empresarios de diferentes lugares del mundo que lo habían alquilado para montar un espacio de *coworking*. La coartada perfecta para llenarlo todo de ordenadores, cableado especial y un sistema de vigilancia perimetral. Max no formaba parte de la tapadera porque se suponía que él se encontraba en París como miembro del partido en el gobierno, un miembro un poco díscolo de la ejecutiva que prefería alquilar su propio espacio personal. Se suponía que eso ayudaba a darle una imagen moderna que atraería electores de una franja de edad menor a los típicos conservadores británicos. Al menos a su debido tiempo. En conclusión, los cuatro compartían espacio sin levantar sospechas.

Allí se dirigió Max después de la más que completa noche que había tenido en compañía de los Fablet y de su en absoluto transparente Sociedad de Atón. No eran familia, pero sí se trataban unos a otros como si lo fueran. Se cubrían las espaldas, se conocían y podían confiar los unos en los otros.

Mei tomaba comida china directamente de la caja de cartón del restaurante. Dylan había pedido pizza y Adam devoraba un plato de pasta cuando Max abrió la puerta.

—Como siempre, yo no como esta noche —dijo Max con sorna.

—Pensábamos que cenarías con tus nuevos amigos. Ya sabes, esa gente tan sofisticada y fina con la que has pasado la velada. De hecho, creíamos que ya no volverías a relacionarte con mortales como nosotros.

—No me toméis el pelo, por favor. Habéis visto exactamente lo mismo que yo. Si llego a quedarme a cenar allí habría muerto de un cólico. Jamás me había visto entre unas fieras de ese calibre. Decidme que me habéis guardado algo de comida.

—Hay pizza de sobra —dijo Dylan como toda respuesta.

—Y ensalada china. Aunque no sé por qué la llaman china. No se parece en nada a lo que tomamos en mi país —añadió Mei—. Ve a cambiarte y comentamos la jugada. Por fin tenemos algo bueno que contarle a Nefilim. Aunque no sé si él se emocionará tanto como nosotros. Es decir, por fin tú tienes algo bueno que darle. Ya sabemos que la plebe no tiene derecho a comunicarse con él.

Max no contestó, se dirigió a su cuarto. Que la placa de la puerta dijera que allí había oficinas en alquiler no se correspondía estrictamente con la realidad. Al menos no después de la reforma que el equipo había llevado a cabo. El estómago le rugía de hambre y, aunque le gustaba la ropa elegante, se sentía incómodo con aquel atuendo tan formal. Necesitaba cambiarse de ropa de inmediato. Así dejaría de sentirse como si le hubieran obligado a hacer algo que no quería. Aunque, por otra parte, eso era exactamente lo que había pasado.

Escogió una camiseta de algodón y un pantalón de chándal oscuro y se tomó el tiempo necesario para darse una ducha rápida. El agua corriente siempre le aclaraba las ideas. Y necesitaba un poco de relax para darle sentido a lo que había sucedido. Aquella misión se les estaba resintiendo con tanta saña que no quería meter la pata ni en el más mínimo detalle.

—¿A ninguno de vosotros le ha parecido sospechosa tanta confianza de repente?— preguntó cuando regresó al salón—. El tal K ha pasado de una frialdad casi patológica a una manera de tratarme tan familiar que casi me he mareado.

—Mi programa de reconocimiento emocional no ha detectado nada raro. Aunque confieso que es un tipo siniestro.

—Fablet se ha tragado todo lo que le he dicho.

—No sabría decirte, jefe —intervino Adam—. Yo creo que todo va bien. Nos ha tenido siguiendo su pista como sabuesos, pero la paciencia ha dado fruto. Y tú lo has hecho bien, como siempre. Ahora solo hay que tener cuidado y no dejarlo escapar.

—Si os digo la verdad, no sé exactamente qué buscamos.

Max se encogió de hombros y se inclinó sobre la caja de pizza. No solía comer comida basura. Le parecía una estupidez anular el efecto de su entrenamiento con hábitos alimentarios de ese tipo, pero tampoco le iba a poner pegas. No dejaba de ser cierto que no había avisado de que cenaría con los chicos.

—Una excusa, Max. Siempre se trata de eso —contestó Dylan.

Su compañero no solía ponerse profundo. Su experto en armamento era un hombre más bien dicharachero, pero llevaban cuatro meses atrapados en la ciudad y él era una persona de acción.

—Hasta ahora nuestras misiones siempre han consistido en sospechas que debíamos confirmar o desmentir. Si se confirmaban, las sospechas servían de excusa para detener a alguien o desmantelar un proyecto. Disculpa la amargura, Max. Igual es que me estoy haciendo viejo, pero no creo que esta vez sea diferente.

—Sea como sea —Mei tomó la palabra— necesitamos saber qué se proponen en realidad. Me refiero a la Sociedad de Atón. Es decir, el manifiesto no es lo bastante claro. Lo he leído como treinta veces y no consigo descubrir de qué habla en realidad. La conversación de hoy apunta en una dirección muy poco esperanzadora, pero hasta que no sepamos lo que en realidad se proponen no podemos actuar. Ni siquiera tenemos una orden clara.

Observar, informar y esperar. Eso es todo.

Max no dijo nada. Miró un momento la pantalla de su teléfono móvil y comprobó que efectivamente, era más tarde de lo que suponía. Cuando se reunía con sus compañeros el tiempo volaba. Iba a guardar el aparato cuando algo llamó su atención. Algo que a priori era imposible pero que, sin duda alguna, estaba pasando.

—Acaba de llegarme un correo electrónico.

Mei abrió los ojos como platos. En cualquier otro contexto esa afirmación habría sido absolutamente rutinaria, pero Max Cornell no tenía un correo electrónico a disposición del público en general. Ella se encargaba de proteger las comunicaciones del grupo y, más que las de nadie, las de su líder. No había nadie en el mundo capaz de desarticular el sistema creado por Mei. O no lo había habido hasta ese momento. Sintió que se le encogía el estómago. Lo único que la hacía sentir a salvo, además de sus compañeros, era la certeza de que era la número uno en su profesión.

—¿Me tomas el pelo? —dijo. No creía ni por asomo que se tratara de una broma, pero más valía comprobarlo. Al fin y al cabo, ella se había estado haciendo la graciosa durante toda la transmisión de la conferencia de los Fablet.

Max le tendió el aparato, un móvil de última generación con algunas funciones extra de las que carecían los terminales de venta en el mercado. Sin pronunciar una palabra y sin que pareciera que su gesto ocultaba una última broma. Aquello no tenía buena pinta. Mei examinó la pantalla, los ajustes y la configuración de seguridad. Quien hubiera entrado en el sistema era muy bueno. Ni siquiera constaba que se hubiera producido una brecha.

—¿A quién le has dado esta dirección? ¿Quién es Akenatón?

Los tres hombres notaron que Mei estaba perdiendo la calma a pasos agigantados. Algo muy poco habitual en ella.

—Mei, por favor —intervino Adam—. Mira su cara. Es evidente que no tiene ni la menor idea.

Mei apagó el teléfono con una vehemencia que no escondía sino rabia, y se dirigió a lo que ella llamaba su torre de control. La montaba del mismo modo en todas sus bases de operaciones: CPUs, ordenadores portátiles, discos duros externos y varias pantallas independientes con las que controlaba el sistema de seguridad del edificio y, prácticamente, cualquier cosa que afectara a la red de comunicación de su célula. Sus botas del ejército chino, que jamás se quitaba, sonaron como pequeñas granadas de mano con cada paso que daba. Si hubiera habido algo contundente que pisar, Mei lo habría destrozado.

—Deja que compruebe algo aquí. Vosotros —añadió dirigiéndose a Dylan y Adam— ¿habéis recibido algo en vuestras bandejas de entrada?

—Nada.

—Yo tampoco.

Mei no necesitó darse la vuelta para saber que ni siquiera habían mirado.

—Comprobadlo.

Max les hizo un gesto de asentimiento. Más porque Mei tenía razón en estar alarmada que por otra cosa. Aquello no había pasado jamás. Y debían encontrar de inmediato al tal Akenatón. Adam y Dylan echaron un vistazo a sus respectivos móviles y negaron con la cabeza. Luego repitieron en voz alta lo que ya habían dicho: no habían recibido ningún mensaje.

—Bien, pues vamos a averiguar quién es este Akenatón y qué demonios quiere de ti, Max. Y, cuando lo averigüemos, voy a tener una conversación muy seria con él. Espero que a nadie se le ocurra llevarme la contraria en esto, porque estoy muy cerca de perder el control. Quedáis avisados.

Mei se puso a teclear como si le fuera la vida en ello. Por lo general, nada se le resistía más de unos pocos segundos, pero un resoplido hizo ver a sus compañeros que aquello no era cualquier cosa. Ninguno de los tres tenía la

menor duda de que Mei lo resolvería. Hasta cierto punto resultaba gracioso que ella se preocupara mucho más que el resto del equipo. Max supuso que a Dylan le ocurriría lo mismo si un buen día se encontrara con que sus armas, siempre en perfecto estado, se encasquillaran. Los cuatro eran perfeccionistas hasta el extremo.

—IP encriptada. No sé de dónde ha salido el mensaje. De la identidad de este tío ya podemos olvidarnos.

—¿Has detectado algún virus? —preguntó Max, más sorprendido por el hecho de que alguien hubiera abierto una brecha en el sistema de Mei que preocupado por el contenido de su teléfono. De todas formas, no guardaba en él nada irremplazable ni comprometedor.

Mei se dio la vuelta y miró a los tres alternativamente.

—El maldito mensaje es un virus en sí mismo. Si hubiera querido destruir nuestro sistema lo habría hecho. Esto está muy por encima de nada de lo que yo haya visto hasta ahora. Y no hace falta que os diga que no me hace ni la más mínima gracia. Quien sea, mejora con creces los niveles de seguridad, conocimiento y cara dura de cualquier entidad pública o privada con la que nos hayamos visto las caras.

—¿Crees que ha podido ser la Sociedad de Atón? ¿Fablet o alguien de su organización?

—Tendría sentido. Akenatón fue el faraón que más profundamente transformó la sociedad egipcia. Eliminó el panteón, ya sabéis, los dioses con aspecto de animal. Y los sustituyó por un dios único, Atón, el dios Sol. A parte de eso, el mensaje podría ser de cualquiera. Lo curioso es que de verdad parece un mensaje. No ha dañado nuestros sistemas ni ha tratado de introducirse en ningún sitio más allá de la bandeja de entrada de Max.

—Entonces ¿podemos abrirlo?

—Tal y como está no nos sirve de nada. Puede que sea información, puede

que sea un ataque que se active al abrirlo... Aunque creo que no se trata de esto último. Ya he dicho que, tal y como está configurado, este correo no necesita nada más que llegar para hacerse con el sistema receptor. Mi opinión es que lo abramos. Pero puedes fiarte de ello tanto como de lanzar una moneda al aire. No te voy a engañar.

Max solo había visto a Mei tan nerviosa y tan pálida en una época muy remota de sus vidas. Por un momento se asustó de lo que aquello pudiera significar.

—Ábrelo, entonces. No será la primera vez que nos encontramos en una situación límite.

—No, jefe. Pero sí es la primera en que la culpa es mía. Y maldita la gracia que me hace.

Mei pulsó el botón de abrir y una única frase llenó toda la pantalla: «Estás en la senda».

En la oficina de *coworking* que servía de tapadera al equipo nadie dijo nada.

Solange Dufort había abandonado la cama para ir al baño. Estaba acostumbrada a los lujos, aunque su vida no siempre había sido la de la hija de un primer ministro. Sin embargo su familia nunca había pasado necesidades y en la casa de su infancia había dos enormes aseos. Nada que ver con el lugar en el que se encontraba, que era tan grande como un apartamento pequeño. El retrete se encontraba separado del lavabo y una enorme bañera antigua que se sostenía sobre garras doradas de león dominaba la estancia. Los suelos de mármol desprendían calor en invierno y un agradable frescor en verano. La grifería parecía de oro, las toallas eran del algodón egipcio, cómo no, más delicado que sus manos hubieran tocado jamás y una extensa colección de carísimos perfumes masculinos cubría toda una pared. Sí, Solange estaba

acostumbrada a los lujos y de todos modos aquello le parecía un nivel de ostentación absurdo.

En cualquier caso no tenía ojos para nada de eso. El reflejo de la pantalla de su portátil sobre el cristal de sus gafas de eterna estudiante le daba una expresión astuta que no concordaba con su aspecto anodino. Sonrió para sí misma antes de cerrar el dispositivo y se miró en el espejo un momento, luego regresaría a la cama. La primera parte de su misión personal acababa de terminar con éxito. Ahora se merecía un rato de descanso.

—¿Solange?

Dejó las gafas junto al lavabo, se refrescó manos, rostro y cuello y volvió a sonreír. La verdad era que estaba más guapa que nunca. Posiblemente porque se sentía satisfecha consigo misma.

—¿Estás bien, cariño?

Solange cerró el grifo.

—Sí. Me dolía un poco la garganta y he ido a ver... A veces me molestan las anginas, pero estoy bien. De hecho, hacía mucho que no me sentía tan bien, ¿sabes? A lo mejor es culpa tuya.

Abrió la puerta que conducía al dormitorio. Desde luego, los Fablet no se privaban de nada. Paredes tapizadas, cama con dosel, mobiliario ecléctico y alfombras tan gruesas que, cuando Solange las pisaba con los pies descalzos, le parecía que caminaba sobre la nieve. Procuró mantener su atención fija en el rostro de Edmond. Le encantaba el tono oscuro de su pelo rubio, pero lo mejor de él eran sus ojos. Mientras caminaba hacia él le pareció que uno de ellos brillaba de manera especial. Quizá de deseo. No estaba acostumbrada a que los hombres cayeran a sus pies como este lo había hecho. Se trataba, como la satisfacción por haberse colado en el sistema de Mei, de una sensación nueva y refrescante que pensaba apurar hasta sus últimas consecuencias.

Cuando llegó a la cama se sentó junto a él y le acarició la mejilla. Tanto él

como su padre apuraban el máximo su afeitado. Pero a esa hora la barba rascaba un poco. Lo justo para resultar absolutamente excitante.

—¿Y tú, estás bien? —le pregunto.

—Claro que sí. Solo necesito un beso.

Solange le besó. Quizá el motivo que le había llevado hasta Edmond no fuera estrictamente amoroso, pero el hombre le gustaba. Le gustaba mucho, de hecho.

—Necesitamos dormir. Si hoy ha sido un día largo, no te imaginas lo que nos espera mañana.

Solange le dio un último beso y se tendió, dispuesta a caer en brazos de Morfeo. Sin embargo el sueño se resistía a aparecer. Edmond en cambio enseguida empezó a respirar de manera acompasada, lo que revelaba que él sí se había dormido. Ella se incorporó ligeramente sobre la almohada y se cruzó de brazos. Atractivo o no, había algo extraño en el hombre que descansaba a su lado. Claro, que ella no era nadie para sospechar. Al fin y al cabo él dormía con la conciencia tranquila y ella estaba allí, contemplando la habitación absolutamente incapaz de conciliar el sueño. De todos modos no se vino abajo. Todo iba bien. Todo iba exactamente como debía ir.

Capítulo 5

Por la mañana Mei encontró a Max en el único lugar de dónde tenía potestad para echarlo, aunque no lo hizo. Si se había levantado antes que nadie para visionar las grabaciones de la noche anterior debía de tener un buen motivo, así que decidió comprobar si podía echarle una mano. Además, ella había pasado una noche horrible. Al principio tardó en dormirse por culpa del asunto del e-mail fantasma. Cuando por fin se le cerraron los ojos se despertó en mitad de horribles pesadillas. Detestaba la ineficacia. La suya por encima de todas.

—¿Qué buscas? —preguntó. Hacía tiempo que la necesidad de darse los buenos días y otros formalismos similares había pasado.

—Nada en concreto. Algo, cualquier cosa inusual. Hay café en la cocina.

Mei suspiró con impaciencia y su flequillo recto revoloteó por un momento.

—Todo lo que sucedió anoche fue raro, me temo. Y, por cierto, a estas alturas ya deberías saber que solo bebo té. Pero no pasa nada. Ahora me hago una taza.

—En eso tienes razón.

—¿En que todo fue raro o en lo del té?

—En las dos. Es un poco pronto para estar tan graciosa, Mei.

Max cruzó las manos en la nuca y se echó hacia atrás, lo que permitió a Mei una visión completa de la pantalla. La grabación aparecía detenida en el momento exacto en que Solange Dufort besaba a Edmond Fablet.

—De todo lo que se me había ocurrido que podrías estar analizando, esa escena es, probablemente, lo último.

—Es inteligente, divertida y sospecho que oculta otras virtudes, pero no. Entre nosotros no hay nada, me temo. Pero mira a Fablet: es el típico príncipe

encantador. Hasta tú dijiste ayer que te parecía atractivo. Reconozco que lo que voy a decir está lleno de prejuicios, que es machista y todo lo que quieras, pero ¿no te parece raro que Edmond no salga con alguna modelo perfecta y descerebrada?

—Tienes razón, jefe. Hay un montón de implicaciones erróneas en eso que has dicho. Pero entiendo por dónde vas. De todas formas tú mismo has dicho que es inteligente y divertida. No todos los hombres buscan mujeres objeto.

—Lo sé, lo sé.

—Si no me equivoco —añadió Mei— ha estado presente en la mayoría de los actos de la Sociedad de Atón a los que has acudido. ¿No es un poco raro vincularse así con un grupo privado? ¿Qué pensará su padre al respecto? Me refiero a que este tipo de actividad podría influir muy negativamente en la carrera política de Dufort ¿no?

—Imagino que, como primer ministro, no le hará mucha gracia. Lo mejor del caso es que la Sociedad no aparece en prensa, así que, esté de acuerdo o no con las actividades de su hija, estas no afectan a su reputación.

—¿No aparece en prensa nunca?

—Nunca. Las invitaciones a las conferencias llegan mediante lista de correo, eso ya lo sabes porque tú nos introdujiste. He buscado en todos los periódicos de tirada nacional y local, pero la Sociedad de Atón no aparece ni en noticias, ni en notas de prensa ni como anunciante. Cero cobertura.

—¿Crees que el padre está implicado? ¿Que por eso no hay publicidad?

Max se dio la vuelta y Mei notó que tenía los ojos enrojecidos. Quizá no había madrugado más que el resto, sino que no se había acostado.

—La verdad es que creo que no. Creo que algún magnate de la prensa pertenece a la Sociedad.

—¿Y por qué ese interés en su hija? Yo creo que me ocultas algo, Cornell. Va a resultar que tienes un pequeño corazoncito, después de todo.

—Te puedo asegurar que no.

Sin embargo, había un episodio muy cercano en el tiempo que desmentía las palabras de Max, aunque no le apetecía contarlo. Las relaciones personales no eran su fuerte y siempre terminaba por sentirse incómodo.

Había sucedido apenas tres semanas antes. Salía de una de las aburridas conferencias organizadas por los Fablet, en otro lujoso hotel reservado íntegramente para el evento. Max solía quitarse las gafas al terminar los eventos. Hasta él necesitaba un poco de intimidad de vez en cuando, a pesar de que la relación con sus compañeros fuera tan estrecha que casi podían leerse las mentes unos a otros. Eso había hecho aquel día. Se despidió discretamente de Mei, metió las gafas en su funda y recogió su gabardina del guardarropa. Ya estaba en la calle cuando oyó que una voz femenina pronunciaba su nombre falso con un inconfundible acento francés, muy ligero, pero de todos modos atractivo.

—¿Señor Wheeler? ¿Blake Wheeler?

Max se dio la vuelta para encontrarse con el rostro sonriente de Solange Dufort. Ella no se había quitado sus gafas, posiblemente porque las necesitaba para ver, aunque nunca estaba de más sospechar lo peor para que nada lo tomara por sorpresa. Sus ojos castaños eran bonitos e inteligentes. Max la había observado a lo largo de varios eventos. Le gustaba su forma sobria de vestir, nada ostentosa. Y respetaba que no llevara maquillaje. Mei tampoco lo usaba.

—¿Señorita Dufort! ¿A qué debo el placer? —Max recordaba que su reacción había sido un poco sobreactuada. La verdad era que a esas alturas esperaba haber terminado ya con la mascarada, al menos aquel día.

Ella había sonreído todavía más, encantada, en apariencia, por el hecho de que él recordara quién era. Por supuesto, no se trataba de ninguna proeza. Pocas mujeres asistían a las convocatorias de la Sociedad de Atón y ninguna

otra era hija del primer ministro, pero Max no le dio importancia a esa pequeña muestra de coqueteo. En muchas ocasiones las relaciones sociales consistían en intercalar modales, flirteo e información falsa o al menos manipulada.

—Es usted la única persona menor de cincuenta años que acude a estos actos. Creo que las personas de nuestra edad deberíamos solidarizarnos unas con otras. Ese sería el primer paso para llegar a entendernos. Luego solo tendríamos que establecer unas bases para asociarnos y derrocar a los señores que ostentan el poder: unos vejesterios anticuados que entienden el futuro como una continuación inamovible de un pasado que a ellos les parece glorioso.

Al terminar Solange hizo el gesto de dispararse en la sien con el dedo y sacó la lengua, simulando una muerte por hastío absolutamente hilarante. Max se rio con ganas. Nunca había hablado con la hija de Dufort, pero le cayó bien de inmediato. En realidad Max no había verbalizado nunca aquella idea, pero compartía el pensamiento de que el mundo marchaba mucho peor de lo que debería porque quienes lo gobernaban seguían pensando en términos obsoletos. Curiosamente, no parecía ser el caso de la Sociedad de Atón. No, ellos abogaban a todas luces por un modo de progreso quizá incluso demasiado avanzado.

—Podemos solidarizarnos el uno con el otro delante de una cena tardía, si quiere.

—Siempre que nos tuteemos. No veo cómo empezar una revolución si nos llamamos de usted.

Ella también rio con fluidez. A Max no le apetecía mucho renunciar a su rato de intimidad, pero Solange no era la peor alternativa posible ni mucho menos, así que disfrutó de la compañía. Aunque ello implicara que no podía bajar la guardia durante un par de horas más. Si hacía falta, luego saldría a

correr para compensar. El ejercicio siempre le ayudaba a relajarse.

—Muy bien, Solange.

—De acuerdo, Blake.

Ambos tendieron la mano hacia el otro a la vez, con la solemnidad afectada de dos niños pequeños jugando a ser hombres de negocios. Desde luego, había química entre ellos, una simpatía espontánea que no parecía esconder nada más por ninguna de las partes.

—Nada de bonitos restaurantes con encanto, por favor —dijo ella—. La mayoría son trampas para turistas, la comida es horrible, el servicio deja mucho que desear y además son carísimos.

A Max le sorprendió que le preocupara el precio. Le gustó que una mujer como Solange viviera con los pies en la tierra.

—Si estuviéramos en Londres —dijo Max— sugeriría un *fish & chips* estupendo, pero este no es mi terreno. Para ser sincero, iba a meterme en cualquier sitio.

—Entonces deja que te lleve a mi lugar favorito.

Max no había aceptado todavía cuando un coche de gran tamaño, oscuro, con los cristales tintados aparcó justo delante de ellos. Por entrenamiento y experiencia sabía que nada bueno podía salir de aquel tipo de vehículo, así que, sin pretenderlo, se puso tenso. Solange lo notó.

—Es Olivier. Chófer y guardaespaldas. Está conmigo desde que mi padre aceptó el cargo, pero lo paga mi familia. Me negué a emplear dinero público en esto.

Max asintió, más tranquilo.

—Olivier —dijo ella una vez se acomodaron en la parte de atrás del coche —a *Pierre's*, por favor.

—*Oui, mademoiselle* Dufort.

El trayecto apenas duró quince minutos. La conversación languideció

durante ese cuarto de hora. Por algún motivo ambos dejaron que su vista se perdiera en las calles empedradas de la ciudad y la luz dorada de las farolas. Cuando llegaron, el aspecto del local no decepcionó a Max. Se trataba de un restaurante pequeño y muy moderno. Más que francés, el estilo recordaba a algunos locales de pescadores que Max había visto en Noruega, aunque refinados. Los colores turquesas, blancos y grises le daban al ambiente una cierta frialdad atenuada por velas encendidas en cada mesa. Lo mejor era que todo parecía más eficiente que simplemente bonito. Se veía que a su nueva amiga le gustaba que cada cosa sirviera a un propósito. Quizá por eso no llevaba maquillaje. No parecía una mujer a la que le gustara aparentar. Había cierta autenticidad en ella que cautivaba.

—Aquí sirven el mejor pescado de París. Te lo aseguro. Pierre en realidad es español, se llama Pedro y cocina al estilo andaluz.

—Un bar noruego regentado por un español en el centro de París. No está nada mal.

—No lo está —convino Solange—. Te recomiendo el cazón adobado. El adobo es especialmente suave. Nada que ver con esos platos que saben solo a vinagre.

Regaron la cena con un vino de Rioja tan impropio de la capital de Francia como todo lo demás, pero muy rico. Un tinto joven que, sorprendentemente, maridaba bien con el pescado. Las especias del adobo habrían matado la delicadeza de un vino blanco. La velada transcurrió de un modo tan relajado que Max bajó la guardia.

—¿Qué buscas en la Sociedad de Atón, Blake?

La pregunta le pilló totalmente desprevenido. Conocía la respuesta que correspondía a su personaje, pero no supo dar con ella en un primer momento. Optó por no decir nada. Y eso le dio un par de segundos para darse cuenta de que no se había equivocado con Solange: era una mujer directa y honesta.

Aunque los motivos para cenar con él no estuvieran directamente relacionados con el placer de su compañía y sí con el interés que, al parecer ambos, mantenían en la Sociedad de Atón.

—Algo tienes que buscar —insistió.

Solange todavía sonreía, pero la simpatía de sus ojos había dado paso a una inteligencia más fría, en absoluto inofensiva.

Max por fin reaccionó como se suponía que debía hacerlo. Se sentía un poco estúpido por su torpeza inicial. Estaba acostumbrado a que las mujeres que intentaban embaucarle tuvieran un aspecto más... espectacular. Anotó mentalmente no volver a caer en ese tipo de prejuicio. Una persona de su profesión no podía permitírselo.

—Contactos. Soy demasiado joven para que me tomen en serio en Londres. Necesito apoyo internacional, algo que ofrecer para entrar en las listas del partido. Mi familia ha dado a luz a algunos de los tarambanas más notables de la alta sociedad británica. Un legado que no pedí, pero del que no puedo desvincularme con facilidad. Necesito la influencia de los Fablet para introducirme con fuerza en este juego.

—¿Y estás seguro de que no puedes encontrar esos contactos en otra parte? ¿De alguien menos oscuro? Seguro que no se te escapa el hecho de que no se sabe nada de la Sociedad. No parece el mejor modo de empezar una carrera política ¿qué pasará cuando se investiguen los fondos con los que hayas financiado tu campaña? Aliarte con Fablet parece poco conveniente.

Max estaba perfectamente seguro de que Solange se le estaba insinuando. De un modo total y absolutamente materialista, eso sí. Prácticamente acababa de ofrecerle el apoyo que pudiera obtener de su padre a cambio de ¿qué, exactamente? No quería ofender a Solange ni la quería como enemiga. Pero tampoco podía comprometer su misión por el capricho de una niña rica. Y aquello parecía tener mucho de capricho.

—Preferiría que las personas que me apoyen lo hagan porque creen en mi programa y en los valores que represento y no por otros... intereses. Sean los que sean.

Solange se echó hacia atrás en su silla y apuró el poco vino que quedaba en su copa. No parecía especialmente afectada por la negativa que acababa de recibir.

—No esperaba menos, Blake. No esperaba menos. Dime una cosa, ahora que tenemos un poco de tiempo.

—Tú dirás —contestó Max, envarado.

—¿En qué consiste exactamente ese programa? Porque, verás, he hecho un poco de investigación, no mucha. Y es verdad que tu familia aparece en algunas publicaciones, como el Times, pero no he encontrado nada que te relacione con política.

Max rio. Cuando estaba preparado para actuar, podía comportarse como un buen actor y eso fue lo que hizo.

—No tiene ningún sentido exponerme a la crítica antes de saber con qué apoyos efectivos cuento. Lo que no termino de entender, y perdona que me ría, es por qué te interesa tanto todo este asunto. Se diría que tienes intereses personales en el parlamento inglés... O en la Sociedad de Atón.

—Soy una mujer curiosa. Siento mucho si te he hecho sentir incómodo. Mi padre me reprende a menudo por esta manía mía de meterme donde no me llaman. Desde que era pequeña. Lo bueno es que siempre he conocido los secretos de todos los que me rodeaban. Lo malo es que, cuando se enteraban, solía quedarme sin amigos. Y eso que jamás he revelado nada. Ni una palabra de mis averiguaciones. En toda mi vida.

—Ya veo. Estamos ante un mal hábito y nada más ¿no?

—Así es, Blake. Te doy mi palabra.

El resto de la noche resultó incómodo para Max que, a la hora de la

despedida, decidió caminar hasta el edificio donde se alojaba su equipo. Necesitaba que el aire fresco de la noche le despejara. Al final la cena había sido tan tensa como cruzar un campo de minas.

Solange por su parte dejó que Olivier la condujera a casa. No había avanzado demasiado en lo que creía que sabía, pero estaba razonablemente contenta.

Mientras Max rememoraba aquella noche tres semanas atrás, Solange salía ya de su coche. Las hijas de personas tan ocupadas como su padre debían madrugar mucho más que los mercenarios a sueldo de organizaciones internacionales para conseguir lo que se proponían. Antes de subir las escaleras del Hotel Matignon se dirigió a su chófer.

—Los datos sobre Wheeler fueron de mucha ayuda. Gracias, Olivier.

—*De rien.*

—Ojalá estuviera tan segura de los demás como lo estoy de ti. Este trabajo es agotador.

Olivier sonrió y asintió levemente. Solange le había cobrado mucho aprecio. Un sentimiento mutuo.

Henri Dufort esperaba a su hija frente a la segunda taza de café solo del día. Desayunaba de manera frugal, pero no perdonaba la cafeína. No por los efectos que pudiera tener sobre su organismo, sino porque le encantaba el sabor. Por duro que se presentara su día, el olor del café recién hecho siempre le recordaba a los desayunos en familia. Eso le daba fuerza para dedicarse a enmendar todo lo que estaba mal en su país y en Europa: necesitaba que las familias pudieran desayunar café en sus casas.

Solange se acercó a él y cogió un cruasán esponjoso, recién hecho, de una cesta repleta de ellos. A ella también le gustaban los desayunos familiares. Compartía muchas inquietudes con su padre. Muchas más de las que él creía.

—*Bon jour, papa.* ¿Sabe el servicio que tus desayunos son un auténtico desperdicio? Nunca tomas nada. Jamás, desde que te conozco. Y lo peor es que luego vengo yo y como por los dos. Mi médico me va a reñir por culpa de los niveles de azúcar. Que sepas que pienso responsabilizarte directamente.

—Lo saben, *cheri.* Pero creo que de todos modos cocinan todo esto para tomárselo ellos mismos. No les culpo. Todo tiene un aspecto estupendo, pero ya sabes que mi estómago no da señales de vida hasta las doce del mediodía. En cuanto a ti... Si no quieres, no tienes por qué comértelos. Me niego a que me hagas responsable de tus errores, pequeña aprendiz de política.

—Eres imposible.

Dufort se quitó las gafas, que solo empleaba en la intimidad y para leer la letra diminuta de los periódicos de la mañana, y se frotó el lugar de la nariz donde le habían dejado una marca.

—Son las siete de la mañana. Has cruzado toda la ciudad. Algo me dice que no lo has hecho para recordarme que mis hábitos alimenticios son abominables. Ni para hablarme de los tuyos, me temo.

Solange tragó el pedazo de cruasán que había estado saboreando con delectación.

—Ya no te engaño ¿verdad? Te conoces todos los trucos de tu hija.

Henri se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Supongo que te refieres a trucos como el de hacerte la inocente y adularme, como estás haciendo ahora. Algo he ido aprendiendo con el paso de los años, sí.

Solange cambió el gesto. Adoraba a su padre. Los dos se habían entendido bien desde siempre. Al contrario que otras hijas de matrimonios comprometidos con sus carreras, ella no echaba en cara a su padre sus largas ausencias ni a su madre las horas extra invertidas en el laboratorio en el que trabajaba. Habría preferido pasar más tiempo con ellos, pero agradecía la

independencia de la que había disfrutado y la confianza que ambos depositaban en su hija. Además, estaba orgullosa de sus padres. La primera dama francesa era una bióloga prestigiosa que había ayudado a reconstruir todo lo que el anterior gobierno había echado por tierra en cuanto a investigación. Y su padre defendía los principios en los que creía. No, a Solange no le importaba en absoluto renunciar a un poco de su tiempo.

—DGSE.

—*Cheri*, gobierno un país. No es como si fuera el CEO de unos grandes almacenes. No puedes venir aquí a pedirme acceso al Departamento de Inteligencia como si me pidieras un avión privado para ir a un concierto con tus amigas.

—Sabes que no te lo pediría si no fuera importante. Además, tengo mi propio dinero. Puedo alquilar un avión por mí misma. En cambio esto es muy diferente.

—La Dirección General de Seguridad Exterior no es...

—Ya sé quiénes son, sé a lo que se dedican y por eso sé que sólo ellos tienen algo que necesito.

Henri iba a protestar, pero Solange se lo impidió.

—Papá. Te lo pido porque lo necesito. Sabes que lo usaré en beneficio del país y sabes que lo obtendré de una manera o de otra. Preferiría no tener que actuar a tus espaldas. Y también preferiría que no me preguntaras para qué lo voy a usar.

Henri asintió.

—A veces desearía que te parecieras un poco menos a tu madre y a mí. Entre los dos hemos formado un cóctel genético que ya no sé cómo manejar.

—Pues yo no —dijo Solange—. Estoy muy orgullosa de pertenecer a una familia de luchadores justos y honestos. Francia es mejor desde que tú estás al mando. Y yo te ayudaré a que sea mejor todavía. Alguien debe dar ejemplo.

—Ya sabes con quien tienes que hablar. Haré una llamada para que no te pongan problemas. Solo se discreta y no nos pongas en peligro... Ni a nosotros ni a nadie.

—Sabes que no lo haré.

Padre e hija se despidieron con un beso. De nuevo tras los cristales tintados de su coche, también la pequeña de los Dufort llamó por teléfono.

—¿Edmond?

Pero su recién estrenado amante la despidió sin demasiada ceremonia. Al parecer también él se había reunido con su padre.

Capítulo 6

La reunión de la familia Fablet no era ni mucho menos tan distendida como la de los Dufort. Edmond adoraba a Klaus, pero no conseguía sentirse cómodo en su presencia. Jamás había establecido con él la relación cordial que habría deseado. Fablet padre era tan exigente con su hijo como lo era consigo mismo. Lo había sido en su infancia, durante su adolescencia y su rigidez se había prolongado hasta la vida adulta de Edmond.

—Por última vez, padre: sí, he revisado las listas de asistentes, he comprobado todos los pormenores. No necesitas tratarme como a una de tus secretarias.

—No lo hago, Edmond. Pero deberías comprender que esto es importante. Lo es absolutamente.

—Lo sé, papá. Y no solo porque me lo hayas repetido una docena de veces, sino porque llevo años en este proyecto. Sé diferenciar lo importante de lo que no lo es.

Los camareros del restaurante donde desayunaban estaban acostumbrados a aquellas conversaciones llenas de silencios que solían terminar con un portazo o alguna palabra un poco más alta que la otra. La mayoría esperaban en silencio, alejados detrás de la barra. Allí, se dedicaban a sacar brillo a las copas y los cubiertos hasta que el padre o el hijo les pedían un poco más de leche o de azúcar. El sueldo era bueno. Todo lo demás, no.

—A veces... —empezó Edmond. Dejó la frase a medias porque uno de los mozos le estaba sirviendo un huevo pasado por agua.

—¿Qué pasa?

—Nada. En realidad no pasa nada. Es solo que todos los recuerdos que tengo de ti son como este. Exactamente igual que este momento. Un decorado exquisito, sirvientes, una mesa entre los dos y un montón de obligaciones que

reparar. ¿Te das cuenta de que me tratas igual que a cualquiera? O incluso peor. Jamás he tenido la sensación de ser tu hijo, de pertenecer a tu familia.

—No sé qué quieres decir, Edmond. Ni entiendo que tengas que decirlo precisamente ahora. Ahora más que nunca te necesito de mi lado. Tenemos que estar juntos y trabajar unidos. Te he llevado conmigo a todas partes, conoces cuál será mi legado. Deberías dejar de decir tonterías y centrarte en lo que nos interesa.

—Nunca hemos estado unidos. Esto es lo que de verdad me afecta a mí. Juntos sí, claro. Jamás me has dejado alejarme de ti. Pero ¿unidos? ¿Qué unidad puede haber cuando nunca hemos tenido un hogar? No sé nada de mi madre, nunca...

—Edmond, haz el favor de callar.

—¿Por qué? ¿Qué tengo que hacer? ¿Cuándo voy a ser digno de que me trates mejor que a tu mayordomo? Arnaud sabe más de ti, te conoce mejor que yo. ¿Qué hace él para merecerlo? Dímelo y lo haré.

—Acabo de decírtelo: calla. He sido el mejor padre que he podido ser. ¿O es que crees que es fácil criar a un hijo? Lo he hecho lo mejor que he podido. Siento que te ofenda comer en restaurantes que abren dos horas antes en exclusiva para nosotros. Siento mucho que seas incapaz de apreciar que te reservo todo mi tiempo libre. Siento tu incapacidad para ver más allá de tu dolor de niño abandonado, pero la pérdida de tu madre fue algo que también me sucedió a mí. De hecho, tú eras tan pequeño que no te pasó en absoluto. Eso que dices que echas de menos es una creencia falsa. ¿Tienes idea de cuántos hijos viven traumatizados por culpa de madres inadecuadas? Pues tú no eres uno de ellos.

Edmond observaba a su padre mientras hablaba. La frialdad de sus palabras asomaba a sus ojos azules y a su gesto imperturbable. Edmond no parecía capaz de conectar con el ser humano debajo de la capa de autoridad

que con la que se cubría Klaus. A veces, como en ese momento, dudaba de que hubiera un ser humano allí en absoluto. Y sin embargo todo lo que decía tenía sentido. Él no echaba de menos una madre, sino la idea de una. Y su padre se había esforzado. Le había dado todo lo que necesitaba excepto... Pero no, no iba a dejar que lo manipularan así otra vez. Edmond sabía lo que su padre estaba haciendo: tratar de que se sintiera culpable. Pues bien, en esa ocasión no se lo iba a permitir.

—Me voy, padre. Todo está listo. Hasta el último detalle. Como eso es lo que de verdad importa, entiendo que te da igual lo que haga el resto del día. Que me quede, que me vaya o lo que se me ocurra.

—¿Vas a ver a Solange? —preguntó Klaus. Al pronunciar el nombre hizo una especie de mueca que dejó al descubierto su colmillo dorado. Parecía que el simple nombre le diera asco.

—La verdad es que no creo sea asunto tuyo.

—Me enteraré de todas formas.

Edmond hundió la cabeza entre los hombros.

—Lo sé, padre. Lo sé.

En cuanto su hijo salió por la puerta K realizó su propia llamada telefónica. Su mano derecha, Arnaud Lécuyer, a quien su hijo acababa de referirse como lacayo, había encontrado una pequeña fuga en el cortafuegos del sistema. Debía darle carta blanca para solucionarlo y eso hizo. Si había alguien en quien se pudiera confiar era Arnaud.

Mientras tanto, Max revisaba una y otra vez la grabación. Mei lo había dejado por imposible. Dylan había visto las imágenes con y sin sonido. Adam por su parte había salido.

—Dejadlo ya. Hay que pensar fuera de la caja.

Max estaba tan cansado que le faltó poco para iniciar una discusión seria con Mei. Odiaba darse por vencido. Jamás lo había hecho y esa no iba a ser la primera vez. Pero, cuando estaba a punto de contestar, su móvil volvió a vibrar. Algo le dijo que no se trataba de un mensaje corriente.

—Mei...

Ella se levantó como accionada por un resorte.

—¿Otro correo?

Max asintió con un gesto.

—¿Akenatón?

—Sólo dice una palabra: transhumanismo.

Capítulo 7

Solange se alegraba de que su relación con Edmond se encontrara en sus comienzos. Se trataba de un hombre guapo, agradable... En definitiva, le gustaba mucho. Pero necesitaba todo el tiempo libre que pudiera conseguir y eso se acabaría en cuanto la relación madurara un poco. Y sentía que de verdad podían tener un futuro juntos, aunque si la mitad de lo que había descubierto era cierto, ese futuro esperaba detrás de un muro muy grueso construido con explicaciones pendientes. Explicaciones que ella estaba dispuesta a escuchar porque podía sentir que, por mucho éxito que cosechara entre las mujeres, había en él cierta dependencia. Algo profundo que provenía de la infancia, seguramente. Trataba de ocultarla, pero no siempre con éxito. En cualquier caso, esa mañana, el padre de su amante le había llamado con urgencia, de modo que ella podía dedicarse a lo que realmente le interesaba.

El equipo al que su padre, el primer ministro, le había dado acceso, se revelaba más que útil. Solange era una mujer de recursos, pero ella sola no habría logrado traspasar los sistemas de seguridad de K. Los códigos de encriptado sobrepasaban con mucho la complejidad que ella manejaba con soltura. Así que dejó que el software desarrollado con dinero público realizara la mayor parte del trabajo sucio. Al fin y al cabo, aunque se tratara de una misión individual y no del todo legítima, su objetivo era poner a salvo a sus ciudadanos y, si sus sospechas resultaban ser ciertas, no solo a ellos, sino a los habitantes de todo el planeta.

Le encantaba París. Le gustaban los barrios más modernos, con su trazado de calles geométrico. Le gustaban las callejas serpenteantes del Barrio Latino, las historias que se agazapaban tras cada esquina. Incluso disfrutaba del paisaje, un poco soso, que se veía desde su habitación: los edificios de enfrente, la floristería de toda la vida, una *patisserie* donde hacían el mejor

chocolate de la ciudad. Todo lo que había convertido su ciudad en un icono a nivel mundial desaparecería si alguien no ponía remedio cuanto antes.

—Alguien no. Yo.

En el momento en el que dijo esas palabras un pitido de alarma le indicó que el software de la inteligencia francesa había dado por fin con la tecla adecuada. Solange no se molestó en guardar la configuración. Sabía que su intrusión sería detectada de inmediato y que más pronto que tarde la expulsarían del sistema, así que buscó los archivos que necesitaba. Sospechaba que K era más metódico que creativo, así que se coló en el directorio principal. Tal como esperaba, todas las carpetas estaban ordenadas según el alfabeto. Tampoco se sorprendió cuando encontró una rotulada «EDM1».

—Aquí, estás, amiguita—susurró, como si tuviera miedo de que alguien la oyera, aunque se encontraba sola en su habitación.

EDM1 no contenía demasiados documentos, así que Solange no tentó a la suerte. Los copió todos y los descargó en su propio ordenador. En el momento en que ejecutaba la orden de copiar, el sistema la informó de que intentaban expulsarla de la red.

—Un momento, solo un momento, maldita sea.

No podía hacer nada más que morderse los labios. Si realizaba algún tipo de acción perdería la copia. Prefería que los últimos archivos estuvieran corruptos que perderlos todos.

De repente, sin previo aviso, la pantalla se oscureció.

Solange se obligó a no pulsar ninguna tecla. Desde el centro de control de la red de K no habían tenido tiempo de contraatacar. Estaba segura de eso. Solo la habían expulsado. Solo eso. Así que lo que debía hacer era dar tiempo al portátil para que se reiniciara. Luego comprobaría qué documentos había conseguido copiar y si la información tenía o no algún valor.

Afortunadamente, no tuvo que esperar demasiado.

La carpeta con aquel nombre tan revelador, EDM1, se mostraba en amarillo sobre azul, llamativa como un pedazo de carbón sobre un campo nevado. El primero de los archivos que abrió no le dijo nada. Solo vio un montón de números semejantes a especificaciones técnicas de algún tipo que no sabía a qué podían corresponder. Para ella carecían absolutamente de sentido. En el segundo tuvo más suerte. Si es que aquel descubrimiento tenía algo de afortunado. Ni en sus peores pesadillas habría imaginado algo así. La impresión hizo que se llevara ambas manos a la boca y ahogara un grito de horror.

Tenía que llamar a Wheeler. Tenía que verlo en persona aunque eso supusiera revelar su identidad. Le escribió un e-mail apresurado y lo citó en el primer lugar público que le vino a la cabeza. Luego corrió al baño. Necesitaba darse una ducha muy larga y muy caliente. Necesitaba lavarse a conciencia. Aunque sospechaba que ni siquiera así se quitaría de encima la sensación de estar sucia.

Mientras Solange dejaba que al agua casi hirviendo le enrojeciera la piel, K recibía una llamada que lo ponía sobre aviso de lo ocurrido.

—¿Estás seguro de que han robado esos archivos y no otros?

—Completamente, señor. Lo siento, señor.

—¿Es posible que la transferencia no se haya completado?

—Es poco probable, señor.

—De acuerdo. Adelantaremos nuestros planes, entonces.

—Sí, señor.

Cuando colgó el teléfono a K le temblaban las aletas de la nariz de pura ira. Tomó aire, se irguió en una postura marcial y se obligó a pensar en el único matiz positivo de todo el asunto: al menos sus subordinados le habían

avisado sin dudar. Habría sido mucho peor que le ocultaran esa brecha en la seguridad.

—Soy un líder justo —dijo en voz alta—. Y la lealtad es mi recompensa.

Capítulo 8

Max pasó entre dos esculturas de metal. Una de ellas pertenecía a un caballo rampante. La otra a un hipopótamo ridículamente pequeño. Había dado un par de vueltas al enorme edificio del Museo D'Orsay, pero quien le hubiera citado no se había dejado ver en el exterior. El Quai Anatole France no era sitio para reunirse. Demasiado tráfico, muchos turistas y la tentación de empujar al Sena a un interlocutor incómodo parecían tres buenas razones para evitarlo. Por su parte, la calle paralela, la Rue de Lille, albergaba un enorme punto de aparcamiento de bicicletas eléctricas. Al menos cincuenta de ellas se alineaban esperando al buen ecologista que no tuviera miedo de enfrentar el tráfico enloquecido de París. Se trataba de una calle demasiado estrecha, por otra parte, y no había en ella cafetería o café alguno donde mantener una reunión discreta. Así que a Max solo le quedaba probar en el interior.

Pagó su entrada a una cajera con cara de pocos amigos y deambuló entre los turistas, simulando interesarse por las pinturas cuando en realidad observaba a los transeúntes. Sin grandes resultados, a decir verdad. Algunas familias con carritos de bebé, estudiantes de arte que no alborotaban, algún hombre mayor que se acercaba tanto a los carteles de los cuadros que casi los tocaba con la nariz... Dylan, Adam y Mei permanecían conectados por el sistema de comunicación que los había sacado de más de un lío en el pasado. Mei era la única que recibía las imágenes de los tres y los mantenía informados. Aunque hasta ese momento no tenía mucho de qué informarles.

—Nadie parece sospechoso, jefe. Dylan está en el piso de arriba, justo en frente del gran reloj. Adam ha dado ya tres vueltas en los salones adjuntos y tú tienes cubierta la galería principal. Si todos esos no son turistas genuinos, entonces es que alguien es mucho más listo que nosotros. Y me cuesta creerlo, la verdad.

Max no dijo nada. Una galería de arte no parecía el mejor lugar para hablar solo. Se limitó a asentir con la cabeza para que Mei viera cómo la imagen oscilaba y lo interpretara como un gesto de acuerdo.

—También puede que te hayan delatado. Sé que parece una locura. Demasiadas molestias para encontrarte y mantener el anonimato, pero cosas más raras se han visto.

Max negó de nuevo con la cabeza. Era cierto que existía esa posibilidad, pero no estaba dispuesto a aceptarla todavía. De momento daría una vuelta más y aprovecharía para contemplar la belleza de aquella antigua estación de tren convertida en museo. Muchos de los que visitaban la ciudad hacían enormes colas para entrar en el Louvre. Algunos menos acudían a ese edificio tan regio por fuera y tan bien acondicionado por dentro, con su artesanado dorado y sus grandes columnas. Max no podía dejar de preguntarse si lo estaban siguiendo. Identificó las cámaras de seguridad. Por supuesto, a nadie se le ocurriría la idea de no instalar un circuito cerrado de televisión en el lugar. El dinero que representaban todas esas obras de arte no era precisamente insignificante. ¿Y si la persona que lo había citado allí se había dado cuenta de ello y había decidido no acudir? Quizá lo habían visto y se lo habían pensado dos veces. Elegante y refinado como era, Max no podía ocultar su gran altura y su musculatura. Algunas personas se sentían amenazadas, aunque sus modales fueran exquisitos.

Buscó con la vista un cartel que señalara la salida para indicar que ese sería su próximo movimiento. Treinta minutos eran más que suficientes. Quienquiera que fuera quien le había llamado no había aparecido y tampoco parecía probable que fuera a hacerlo.

—Dylan, Adam —dijo Mei—. Max va a salir. Ya sé que no hace falta que os lo recuerde, pero de todos modos os lo diré. No os conocéis de nada, no os reunáis en el exterior. Por lo que sabemos esto podría ser una trampa. Os

sugiero que salgáis en intervalos de cinco minutos el primero y ocho el segundo.

Max fue el primero en abandonar el edificio. Se dirigió despacio, a pie, hacia el puente de madera que conducía a la orilla opuesta. La Pasarela Léopold Sédar Senghor, una superficie de tablonos que parecía imitar al famoso Pont des Arts, pero que carecía del encanto de aquel. Mucho más moderna, menos turistas lo visitaban precisamente por ese motivo. Caminaba en sentido contrario a la mayor parte de los visitantes, que abandonaban por esa vía los jardines de las Tullerías. Ellos subían desde el muelle, mientras que él pretendía pasear con aire distraído por la orilla del río. Necesitaba un lugar tranquilo para hacer la llamada de teléfono que debía hacer. Un lugar abierto, lejos de sistemas de vigilancia y donde su presencia no fuera detectada. No podía arriesgarse a que las sospechas de Mei fueran ciertas. Si alguien le había tendido una trampa, su única posibilidad consistía en ser más rápido.

Su idea era llamar a K. Tenía que tener mucho cuidado con sus palabras. Tanto con el contenido como con el modo de expresarse. El tono era, de hecho, fundamental. Su objetivo era establecer que había un traidor, sí, pero que no se trataba de él mismo. Necesitaría de sus nervios de acero para lograrlo. Cualquier paso en falso podría hacer que pareciera desesperado por inculpar a alguien; lo que, por otra parte, era la verdad.

Se apoyó contra el talud de piedra del muelle y adoptó una postura muy casual, con una pierna en el suelo y la otra apoyada en la pared. Como si estuviera llamando a algún amigo o familiar que se hubiera retrasado. Un grupo de chicas que pasó frente a él se rio sin venir a cuento. Eran americanas. Le pareció que una de ellas le preguntaba a la otra si no era un modelo famoso. Dio un nombre que Max no conocía. La moda no era un asunto en el que tuviera el menor interés. Tras el primer tono, la voz de K sonó como si le

hubiera estado esperando y Max se olvidó del grupo de turistas.

—Buenas tardes, Blake. No te imaginas cuánto me alegra oírte. Precisamente esperaba poder hablar contigo.

Max no supo qué contestar. Afortunadamente —o quizá no tanto, eso estaba por ver— el propio K tenía un mensaje muy claro que darle y no permitió que Max intercalara ni una sola palabra. Una actitud muy propia del mayor de los Fablet, por otra parte.

—En dos horas te veré en las catacumbas. Dentro, por supuesto. Y no trates de entrar antes de que cierren. La seguridad se relaja justo después. No te preocupes por cómo encontrarme. Yo te encontraré a ti siempre que no te alejes demasiado de la ruta turística.

La comunicación se cortó, de nuevo sin posibilidad para Max de decir nada. Así pues, K sabía algo y quería decírselo a Max. El lugar no auguraba nada bueno. Las catacumbas... En fin, no se trataba del lugar más agradable de la ciudad y sí de un sitio donde ocultar un cadáver resultaría tan sencillo como perder una aguja en un pajar. Además ¿por qué le encargaría que burlara el sistema de seguridad? Se suponía que Blake Wheeler era un aspirante a político, no un terrorista.

—Jefe, no te preocupes.

Max se sobresaltó. Cuando se concentraba tendía a olvidar que casi nunca se encontraba solo. Aunque la llamada había terminado se puso el teléfono junto a la oreja. Así podría hablar con su compañera sin despertar sospechas.

—No pinta nada bien, Mei.

—Tampoco es tan malo. Desde mi punto de vista, puede que solo quiera probar tu lealtad. Si de verdad quisiera matarte creo que ahora no estaríamos hablando. K tiene los efectivos suficientes para acabar contigo a distancia incluso aunque Adam y Dylan no se hayan alejado de ti más que lo imprescindible. Tal y como estás ahora, un francotirador entrenado podría

abatirte sin problema desde varios puntos. Mira la orilla opuesta, Max.

Efectivamente, al otro lado del río había varios edificios. Desde allí no distinguía si se trataba de viviendas u oficinas. En cualquier caso, todos ellos tenían ventanas y tejados abuhardillados donde un tirador profesional podría apostarse, dispararle y desaparecer. Pero nada de eso había sucedido.

—Creo que Mei tiene razón, jefe —la voz de Dylan sonaba tranquilizadora a través del transmisor—. Lo sé porque yo podría hacerlo. Y ya sabes que soy el mejor en lo mío, pero seguro que el segundo o el tercero podrían acertarte en la cabeza sin mucho margen de error.

—¿Sabéis que nada de lo que estáis diciendo me tranquiliza? Empiezo a sentirme como uno de esos patos de goma en las casetas de feria.

—Yo estoy con ellos —añadió Adam—. No sé lo que K quiere de ti, pero sea lo que sea no implica que dejes de respirar. Por lo que sabemos de él, no suele dejar cabos sueltos. Si supiera quién eres o lo que pretendes...

—De acuerdo —concedió Max—. Pero me ha citado en dos horas. Eso es después del cierre de las catacumbas. Estará anocheciendo. Por algún motivo sabe que podré colarme en un edificio protegido. Aunque la seguridad sea mínima como él mismo ha dicho. Blake Wheeler es un chupatintas. ¿No os parece sospechoso?

—Jefe —comenzó Mei—, no te lo tomes a pecho, pero no tienes aspecto de chupatintas. Mi opinión sigue siendo que te está probando. Quiere saber hasta dónde eres capaz de llegar. Estamos muy cerca de entrar en el círculo más íntimo de esta organización.

—Ojalá tengáis razón —dijo Max—. Voy a prepararme.

Capítulo 9

Nada podría haberle preparado para el espectáculo que le esperaba en las catacumbas.

Solange Dufort era Akenaton. La propia hija del primer ministro francés, a quien había tratado y de hecho rechazado como posible apoyo financiero para su falsa carrera política. Ella era la persona que les había estado dando claves. Pequeñas pistas que ellos no habían sabido interpretar, por otra parte. Y ahora tenía algo realmente importante. El ensañamiento con el que la habían tratado así lo demostraba. Max tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para contener el deseo de disparar a K con el arma que habían puesto en sus manos. Si lo hacía, Solange moriría y probablemente él mismo también. De eso se encargarían los dos esbirros que la sujetaban. Debía pensar. Tenía que encontrar la manera de sacarlos vivos de allí. A ambos.

—Ahora, Blake —ordenó K— demuéstreme tu lealtad. Dispara a esta rata.

—No lo entiendo —murmuró Max. Si podía simular que todo aquello lo había aturdido al menos ganaría algo de tiempo. Lo necesitaba.

—No hay nada que entender, Wheeler. Solo tienes que hacer lo que te he pedido. Somos socios. Yo cubro tu espalda y tú cubres la mía.

Max apretó el gatillo. Incluso en esas circunstancias, con tan poca luz y en un entorno en el que la bala podría rebotar y provocar una desgracia, estaba seguro de sus habilidades. No en vano había pasado por los entrenamientos más duros y había combatido en el ejército. Se aseguró de que el disparo pasara tan cerca de Solange que K lo confundiera con un error provocado por los nervios.

Una risa malévola se escapó de la garganta de K. Aquello le divertía de verdad.

—Veo que te gusta jugar tanto como a mí, querido Blake. ¿Sabías que en la

época dorada de la Alemania de Hitler ya se practicaba ese jueguito?

Max no sabía de qué demonios estaba hablando aquel demente. Él no jugaba. Solo necesitaba ¡tiempo! Al menos la locura de K le había comprado un poco.

—Sí —continuó el anciano—. Ponían a los judíos en fila. Ellos también eran ratas, aunque no tenían la culpa ¿sabes? Ellos habían nacido así. En cambio, esta señorita hija de papá ha escogido su destino. Pero no quiero desviarme del tema. Como te decía, los oficiales ponían en fila a las ratas judías y disparaban contra ellas. Algunas morían, otras no. Cuando ya solo quedaban unas pocas, hacían lo que has hecho tú hace un momento.

—No sé a qué se refiere, K —Max imprimió a su voz un tono lastimero. Sabía que muchos hombres que desarrollaban su trabajo en salones y despachos se ponían muy nerviosos cuando se les confrontaba con la realidad y siguió jugando el papel de que era uno de ellos.

—¡Claro que sí! —repuso K—. Disparas muy cerca y ella se muere de terror porque cree que la vas a matar. Pero no, su tortura comienza de nuevo cuando se da cuenta de que sigue viva.

De nuevo la carcajada seca, sonora, llena de maldad, arrancó una cacofonía de ecos en los pasadizos cubiertos por tibias y calaveras. A Max no le hacía gracia lo que acababa de oír, pero confiaba en que Solange supiera que no trataba de torturarla, sino de encontrar una salida. Además, había ganado unos pocos segundos. De forma totalmente involuntaria, eso sí.

Max volvió a disparar. Por algún motivo K no se rio tanto tiempo ni tan alto en esa ocasión. Al contrario, a Max le pareció que su expresión se tornaba impaciente. Y así se confirmó en cuanto el lugar quedó de nuevo en silencio.

—Ya es suficiente, Blake. Quiero que esta traidora muera aquí, en este mismo momento. Nadie aprecia más que yo un detalle macabro, pero me gusta que mis órdenes se cumplan. Y no te molestes en fingir que no sabías que

recibirías órdenes de mí. Las carteras de ministeriales no se venden a cambio de aire. Este es el precio que debes pagar.

Si se hubiera tratado de Mei, Max habría disparado sin dudarlo. Le habría dado en algún lugar que no comprometiera su vida y habría confiado en la capacidad de ella de ralentizar los latidos de su corazón y la velocidad de su respiración. Todos ellos habían sido entrenados en esas técnicas tiempo atrás. Pero no sabía nada de Solange. No tenía ni idea del alcance de las lesiones que ya había soportado, para empezar. El aspecto que presentaba le hacía pensar que una sola gota de sangre que perdiera a partir de entonces acabaría con su vida.

—No creo que quieras que estos esbirros tuyos me maten, Klaus.

La voz de Solange resultó apenas perceptible, pero de todos modos llamó la atención de K. Tanto por el hecho de que se atrevió a hablar como por el tono de firmeza que empleó, muy poco acorde con alguien que acababa de recibir una paliza semejante.

—¿Te atreves a desafiarme? Debo reconocer —dijo el anciano en un tono tan frío como el azul de sus ojos— que no te faltan agallas. Pero eres tan fea como estúpida. Estás muerta. No tienes nada con lo que amenazarme.

—Lo sé todo sobre Edmond.

K echó un rápido vistazo a Max, que hizo ver que no se daba cuenta.

—Y por eso estás aquí, rata deslenguada.

—Pero si me matas no seré la única persona en saberlo.

K se tomó un segundo de más para contestar. Los dos matones, grandes como castillos, no sabían qué hacer. Pensar, por lo visto, no era su fuerte. Max, por su parte, necesitaba saber qué secreto era ese. Seguramente se trataba de lo que Solange había querido contarle y por eso le había citado en el museo.

—Es un truco muy viejo, señorita Dufort. Pero no tan viejo como yo.

—Puedes creerme o no creerme, monstruo, pero si me matas ahora ese secreto se hará público. Tienes mi palabra. Hasta ahora siempre he mantenido en secreto los resultados de mis averiguaciones. Desde que era pequeña. Pero creo que ya va siendo hora de cambiar.

Max vio como las venas del cuello de K se hinchaban. Si hubiera sido un hombre tan inteligente y observador como pretendía se habría dado cuenta de que Solange mentía. No había un dispositivo que fuera a desvelar el gran secreto. Resultaba evidente por el modo en que se hacía la valiente. La arrogancia era el disfraz más habitual para el miedo. Pero había algo más en esa frase, un código para que él lo comprendiera. Aquella noche, en el restaurante, Solange no le ofrecía dinero. Intentaba decirle que había descubierto su tapadera. Y que no se preocupara, que se llevaría su identidad con ella a la tumba si era necesario.

—No sé qué secreto es ese, ni quiero saberlo. Pero si es tan importante como parece, quizá no sea buena idea matarla. Enciérrela y gane un poco de tiempo. Seguro que dispone de los medios para investigar si esa historia es cierta —intervino Max—. Sea lo que sea lo que ha tramado, se habrá servido de algún tipo de tecnología y nadie en todo el mundo tiene acceso a tecnología más avanzada que usted .

Esperaba que su corto discurso sirviera para salvar la vida de la mujer al mismo tiempo que dejaba constancia de su lealtad inquebrantable. Tener que comportarse como un cobarde pusilánime le daba náuseas, pero no había nada más que pudiera hacer. Al menos no en ese momento.

—Sé que miente, Wheeler. Las ratas hacen lo que sea para salvar la vida. Son las primeras en abandonar el barco, se camuflan en las alcantarillas... Pero lo que hacen por encima de todas las cosas es mentir. Está en su naturaleza. Como la transmisión de enfermedades. Pero no habría llegado donde estoy si no hubiera dejado que la prudencia guiara mis pasos. De modo

que te haré caso. Sabía que hacía bien en pedirte que vinieras, Blake. Por un momento lo he dudado, pero ahora me doy cuenta de que tu sensatez nos ha ahorrado cierta incertidumbre. Te doy las gracias por ello.

Con un solo gesto transmitió a sus esbirros la orden de llevarse a la prisionera. Max respiró, aliviado. No sabía durante cuánto tiempo Solange estaría a salvo, pero al menos había salido de allí.

—De nada, K.

—Tú vendrás conmigo. Si soy honesto contigo, me ha gustado mucho tu actitud de hoy. Sigo creyendo que esa rata de alcantarilla nos engaña, pero si no es así, habrá sido tu juego de tortura psicológica lo que haya salvado la reputación de mi organización. Así que creo que es justo que te muestre en qué consiste la Sociedad de Atón, ya que la acabas de salvar de ser expuesta a la opinión pública antes de estar preparada para ello.

Capítulo 10

Klaus Fablet no utilizó la salida habitual de las catacumbas. Por supuesto, el hombre que le había citado allí conocía un camino alternativo. Aquel por el que había entrado y que quizá hasta había construido él mismo. Parecía una locura pensarlo siquiera pero ¿por qué no? Aquel hombre alquilaba hoteles como quien alquilaba habitaciones. No había ningún motivo para pensar que la Sociedad de Atón no tuviera más ramificaciones de las que su equipo había visto hasta ese momento. De ser así, su poder se convertía en algo simplemente incalculable. La única esperanza de Max era... solo eso: esperanza. No había nada en lo que basarse.

Trató de poner toda su atención en lo que estaba haciendo. K no podía sorprenderle con la guardia baja. Por el momento no requería demasiado de él, ni siquiera atención. El hombre se limitaba a avanzar según una dirección aparentemente aleatoria. La luz no resultaba en absoluto suficiente para que Max se fijara en detalles distintivos del camino. De momento no había nada que temer. Pero en algún momento hablaría. Y en ese instante Max debía dar lo mejor de sí mismo. No podía permitirse un bloqueo como el que acababa de suceder. Para ello, se dijo, necesitaba restablecer el contacto con su equipo.

Caminaron un buen rato. Más de una hora, sin que Fablet dijera nada. Max trataba de memorizar el camino por si alguna vez volvía a necesitarlo. Utilizaba todas las reglas y trucos de memoria que conocía, pero sin mucho éxito. Finalmente, cuando pensaba que aquello era una especie de broma, que terminaría enfrentándose a él en el lugar más remoto de las catacumbas y que su intención era dejar que su cadáver se pudriera en la oscuridad, llegaron a lo que parecía el final del camino.

—Un coche nos espera fuera.

Frente a ellos solo había una pared de cemento en la que se abría una

puerta de acero macizo. Max ni siquiera se había dado cuenta de cuándo la composición de los muros había cambiado. Tan ocupado estaba con sus pensamientos. Debía recordar los consejos de su maestro, Arcángel: pisar tierra. Cuando dejaba que su cerebro consciente perdiera el control de la situación pasaban cosas como aquella. Ahora no sabía dónde estaba. No con total seguridad al menos. Delante de él, veía las dos hojas de acero en las que no se veía cadena, candado o cerradura algunos. Supuso que se abrían y cerraban con algún tipo de sistema hidráulico.

Sin embargo no era así. Con inusual fuerza y sin esfuerzo aparente, K empujó la puerta, que se abrió ante ellos sin un chirrido. Debían de usarla más a menudo de lo que su aspecto sugería. Max echó un último vistazo antes de seguir a K camino del vehículo que, en efecto, los esperaba junto a la acera, un poco más adelante.

La puerta se cerró también sin estridencias. El sistema hidráulico funcionaba para evitar que las hojas golpearan al cerrarse. Incluso con la iluminación de las farolas, a Max le pareció que eran demasiado pesadas para que un hombre de la edad de K las moviera con aquella facilidad. Atribuyó su percepción errónea al cansancio y al estrés. Desde que había salido del Averno no se manejaba bien en espacios pequeños, oscuros y cerrados. Ni siquiera lo había pensado mientras estuvo en las catacumbas, pero así era. Sus recuerdos enterrados siempre llegaban para atormentarle en el peor momento. Por eso no había podido hacer nada para ayudar a Solange.

Una vez fuera Max decidió que no podía seguir en aquella actitud pusilánime. Se descolgó la mochila de los hombros. A nadie le había llamado la atención que la llevara. Políticos disfrazados de asaltantes de edificios. No era normal, o no debía de haberlo sido, pero a K no le llamaba la atención. Puesto que nadie le había confiscado sus pertenencias, Max metió la mano dentro de la bolsa y hurgó hasta encontrar lo que estaba buscando: el par de

gafas que le devolverían la comunicación con Mei y los suyos.

—¿Te pones las gafas ahora, Wheeler?

Max sonrió y se encogió de hombros como si hubiera sido un escolar pillado en falta.

—Lo reconozco, me duele la cabeza si me las quito durante mucho tiempo.

K asintió con gesto afable. Habría resultado casi humano de no ser por el brillo del colmillo de oro, que relucía cada vez que Fablet abría la boca.

—Sí, recuerdo lo que dijiste en la última reunión. También yo quiero ofrecer siempre la mejor visión de mí mismo, pero a veces hay que ceder a los caprichos de la naturaleza y la edad. ¿Has probado las lentillas?

—Lamentablemente —Max decidió seguirle el juego para ver hasta dónde le llevaba—, mis ojos son demasiado sensibles. Todas las que he probado me han provocado algún tipo de llaga. No puedo usarlas. De ahí las gafas. Me alegra que no lo considere una vanidad superficial.

—No lo es. El ser humano ha nacido con un cerebro que se mantiene joven y en forma durante mucho más tiempo que la carcasa que lo contiene. Es normal que queramos que se mantenga a la altura o, al menos, que lo parezca.

Max sospechaba que se dirigían a la mansión Fablet. Una casa a la que el adjetivo señorial se le quedaba pequeño. Se sabía que K no llevaba allí a nadie que no gozara de su absoluta confianza. Este descubrimiento le dio la seguridad necesaria para hacer la siguiente pregunta sin alterarse en absoluto, a pesar de su delicadeza.

—¿Qué habría podido hacer Solange con esa información?

K le dedicó una mirada helada. Max se apresuró a corregir su error.

—No sé de qué se tratará. Pero solo hay una manera de conseguir que algo se haga público. Y es enviar la información, se trate de lo que se trate, a alguien que supiera lo que hacer con ella. Es decir, que tendrá contactos.

K se relajó un tanto, aunque no lo suficiente como para que Max se sintiera

a salvo.

—Creemos que intentaba acceder a una célula itinerante. Por lo que sabemos, esta especie de comando podría tener algún contacto a su vez con un agente libre de una asociación de carácter internacional. De momento no tenemos ninguna prueba al respecto. Solo son sospechas.

—Así que Solange podría haber tratado de enviar esa información tan importante a unos mercenarios. No acostumbro a verme envuelto en este tipo de tramas, K. Todo esto es completamente ajeno para mí. No sé cómo procesar toda esta información.

Max sabía que estaba quedando como un idiota, repitiendo todo lo que decía K, pero era la única manera que tenía de hacer llegar a Mei sus sospechas. Al ponerse las gafas había deshabilitado la función de receptor. Solamente podía emitir. No quería que ningún sonido, ni el más mínimo, alertara a K de lo que estaba pasando. Sólo podía confiar en que Mei comprendiera, como siempre hacía, lo que necesitaba de ella.

Capítulo 11

Muy lejos de allí, en las falsas oficinas de *coworking* que el equipo había montado como tapadera, Mei le había comprendido a la perfección.

—Dylan, Adam dijo— el jefe está en apuros. Parece que alguien ha secuestrado a Solange Dufort. También parece que ella pudo enviarnos un archivo con información relevante. Por lo que sabemos, Solange y Akenaton son la misma persona.

Los dos hombres asintieron

—¿Qué necesitas que hagamos? —apuntó Adam.

—Me encantaría poder hacer algún chiste, pero seré clara y concisa. La única manera que tenéis de ayudar en este momento es quedaros quietos y en silencio. Voy a meterme en el equipo de Max. Si Akenaton le ha enviado algo lo habrá hecho como las veces anteriores. Eso quiere decir que Max tiene el mensaje consigo, en el móvil. Por lo que oigo a través del transmisor no está en peligro. Pero si me meto en su portátil y disparo una de esas alarmas que siempre pone esperando que no me dé cuenta, su teléfono se convertirá en un árbol de Navidad. Y no queremos que eso pase.

Dylan sabía que en realidad todo aquel discurso era una broma no demasiado sutil que rebelaba hasta qué punto Mei los tenía siempre controlados. También sabía que le hacía sentirse mejor. Sobre todo después de descubrir que la persona que había irrumpido en su propia red inviolable de seguridad había sido la mosquita muerta de la hija del primer ministro. A todos ellos les había pillado por sorpresa, pero a ella más que a nadie.

—Imagino —dijo el mismo Dylan— que habrá una manera de anular esa seguridad.

—Imaginas bien —continuó Mei—. Pero esta especie de juegucitos que os traéis para demostrar que en algún momento sabréis más que yo no son de

mucha ayuda en este momento.

—Pues ponte a ello —intervino Dylan—. No hay mucho tiempo que perder.

Mientras tanto, el paseo en coche les había llevado, como Max había sospechado, hasta la mansión Fablet. El recorrido duró poco tiempo, unos diez minutos. Max calculó una distancia de dos kilómetros aproximadamente. La mansión era imponente. Él había visto fotografías durante las etapas previas de su investigación. Incluso había accedido a algunos vídeos de la parcela. Aquel edificio estaba un paso por delante de lo que significaba la palabra opulencia. La verja de entrada daba paso a un camino asfaltado en el que cabían sin preocupaciones dos coches de buen tamaño. Aunque el tejado del último piso se veía desde la entrada, el vehículo recorrió un buen trecho hasta que llegaron al jardín delantero. Allí, una gran fuente de la que manaban varios chorros de agua estaba rodeada de parterres plantados según criterio estrictamente geométricos, al estilo de Versalles.

Max se cuidó mucho de no hacer ningún comentario. Imaginaba que Mei estaría absorta en la manipulación de su portátil, pero eso no impedía que las gafas retransmitieran lo que él veía en las pantallas del centro de control. Dylan y Adam estarían viendo lo mismo que él. Si había algo que mereciera la pena ser registrado, ellos lo harían.

—Bienvenido a mi humilde morada, Wheeler. No tengo tiempo de mostrarte todo lo que contiene, pero verás lo que sin duda es mi bien máspreciado —se le veía tan orgulloso como a un padre presentando en sociedad a un bebé recién nacido.

—Es un auténtico honor —contestó Max, asqueado por aquella falta de modestia. Detestaba a las personas que se valoraban a ellos mismos y a los demás por lo que poseían y no por sus cualidades. La educación de Max había

sido muy estricta. Lo que uno tenía dependía muchas veces de la suerte. Lo que uno era dependía exclusivamente de uno mismo.

Tal como había avanzado, K no se adentró en la mansión, sino que giró a la derecha por un minúsculo pasillo muy cercano a la puerta principal. Unos pocos metros más adelante Max se encontró frente a la puerta sin disimular de un ascensor corriente. Se parecía en todo a un elevador normal, excepto por el hecho de que el botón de llamada se reemplazaba por un dispositivo de lectura del iris. K acercó el ojo a dicho dispositivo y las puertas se abrieron. Dentro tampoco había un cuadro de mandos. Ni siquiera otro dispositivo. Una vez dentro de aquella caja de Faraday hermética solo había una dirección posible: hacia abajo. En lo profundo de la tierra, como las catacumbas.

Allá fueron, con un movimiento tan sutil que Max no notó que el ascensor se movía hasta que llegaron al final del trayecto.

—Lo que estás a punto de ver, Blake, es el secreto mejor guardado de la última década. Me parece vulgar advertirte de que no mucha gente tiene el honor de llegar hasta aquí. Y sería mucho más vulgar todavía amenazarte con lo que te sucedería si revelaras la existencia de este centro. Así que solo te diré que confío en ti. De otra manera jamás habrías venido conmigo. Además, es posible que nunca hubieras salido de las catacumbas.

—Lo entiendo, K.

K sonrió y toda la cara se le llenó de arrugas. Cualquier otro hombre de su edad habría parecido un dechado de afabilidad. Pero el acerado brillo azul de los ojos de Fablet en combinación con la sombra que sus pobladas cejas blancas proyectaban en sus párpados imposibilitaban a su rostro para expresar emociones verdaderamente humanas. Por un momento Max pensó que se encontraba en compañía de una inteligencia artificial, un mero robot animado por la maldad y la ambición.

Avisado como estaba por las palabras de K, no esperaba lo que vio

cuando las puertas deslizantes del ascensor se abrieron ante él. Una enorme sala diáfana presidida por enormes pantallas llenas de gráficos y datos.

—Conozco a alguien que sería feliz aquí dentro —dijo Max. Esperaba que Mei levantara la cabeza de su portátil para ver aquello. Era cierto que lo disfrutaría porque la tecnología era su pasión, pero no lo era menos que ella entendería a la perfección lo que estaba pasando ahí dentro.

K le palmeó la espalda. Su arrogancia era tan extrema que no le extrañaba ese tipo de expresiones de admiración. Desde su punto de vista todo el mundo debía adorarle. A él, todo lo que hacía y todo lo que pensaba.

Max se fijó en una especie de reloj analógico. Extraño si se tenía en cuenta que toda la tecnología de la habitación era absolutamente digital. No solo las enormes pantallas, sino todos los ordenadores individuales alineados como en una universidad estadounidense, en arco frente a los monitores generales. Ese reloj analógico mostraba cuatro ceros. Fuera lo que fuera lo que se preparaba allí, todavía no había empezado.

—¿Qué están haciendo aquí, K? —preguntó Max afectando cierto desinterés. Como si preguntara únicamente por cortesía.

—Vamos a lanzar un misil, querido futuro ministro Wheeler.

En ese preciso momento los números del reloj cambiaron. Ya no se veían cuatro ceros, sino un cinco, un nueve, otro cinco, y los dígitos del nueve al cero que cambiaban cada segundo. Se trataba de una cuenta atrás de tan solo una hora. Max trató de sonar tan casual como pudo.

—¿Contra un objetivo concreto? No sabía que sus planes estuvieran tan avanzados, K.

—¿Te suena la SEJM?

Max hizo de tripas corazón y sonrió. Se suponía que su nombre era Blake Wheeler. Interpretaba a un político cegado por su propia ansia de poder cuyo único interés era ascender dentro de su propio partido. Por eso había fallado

un disparo a bocajarro.

—Saber a qué corresponden esas siglas forma parte de mi profesión, por supuesto. El SEJM es la cámara baja polaca, en Varsovia. ¿Van a volar el parlamento polaco?

—Fuera ha amanecido —contestó K como si eso tuviera algún sentido—. Dentro de una hora dará comienzo una sesión plenaria en Varsovia. Este es el principio de nuestra guerra, Wheeler. Y no es más que un gesto poético, un homenaje, comenzarla invadiendo Prusia. ¿No ve el arte que subyace en toda la operación?

Max sabía que uno de los primeros movimientos de Adolf Hitler a su llegada al poder fue invadir Polonia. Incapaz de contestar nada que no le delatara, Max agradeció que precisamente en ese momento alguien apareciera con un maletín de dimensiones considerables. El hombre que lo llevaba se acercó a ellos.

—Tiene una llamada de su hijo, señor.

—Lleva el teléfono a mi despacho. Tú —dijo K dirigiéndose a Max— ven conmigo. Hay una sala de espera. Te servirán algo si lo deseas. Me temo que ninguno de los dos hemos comido nada desde ayer. Si mi servicio es tan eficiente como creo, es probable que ya haya un desayuno esperando.

Max, una vez más, siguió a K por sus dominios. Tenía la impresión de que lo trataba como a uno de sus cachorros. En cualquier caso, ya tenía toda la información que necesitaban para desenmascararle. Nefilim podía darse por satisfecho. Ahora solo tenía que averiguar el modo de salvar a los diputados polacos, a Solange y salir de allí con vida. Era mucho más fácil de decir que de hacer, desde luego.

Capítulo 12

K dejó a Max ante un opulento buffet de desayuno. Tal como había esperado, su servicio doméstico tenía la capacidad de atender a sus necesidades incluso antes de que él mismo las conociera. Aquello le satisfacía sobremanera. En cuanto el ayudante que había trasladado el teléfono por satélite le dejó solo, K puso el manos libres.

—¿Padre?

—Sí, Edmond, soy yo. Me has llamado a un número peligroso. Espero que hayas tomado las precauciones necesarias.

—Sí, padre. Todas las precauciones. Te empeñas en tratarme como si fuera un inepto.

K suspiró. Debía contenerse. Sospechaba para qué le había llamado su hijo y, de tener razón, no le convenía excitarle con peleas domésticas.

—Padre te llamo porque no veo a Solange desde ayer.

Allí estaba, directo y sin pestañear. Al menos en eso Edmond sí había salido a él.

—Lo imaginaba. Siento mucho tener que darte esta noticia, hijo, pero me temo que no vas a volver a verla.

Al otro lado de la línea solo se oía silencio. Si conocía a Edmond la mitad de bien que a su servicio, el chico estaría haciendo ejercicios de respiración para controlar sus emociones. Cuando por fin habló sonó mucho más sereno de lo que K esperaba.

—¿Qué es eso tan terrible que ha hecho, padre?

—No me gusta que me hables en ese tono.

Era cierto. Edmond le desagradaba por su debilidad, pero tampoco podía consentir que le hablara con esa ausencia de respeto... o de temor. Para K ambos eran lo mismo.

—Bueno, yo creo que no va a gustarme lo que estás a punto de decirme, así que eso nos deja en tablas, supongo. Dime qué ha hecho Solange ¿por qué ha desaparecido?

K sonrió en la soledad de su despacho. Desde luego, Edmond había encontrado algo de personalidad después de todo. Lástima que la fuente de la que provenía estuviera tan cerca de agotarse.

—Te ha traicionado, hijo mío. A ti y por tanto a mí mismo.

De nuevo silencio. K lo aprovechó para repetir una lección mil veces explicada.

—Nuestra familia lucha por un fin superior. Y ese fin justifica que nos deshagamos cuanto antes de nuestros enemigos. Cuanto antes y sin remordimientos. Sé que no te gustará oír esto, pero tú mismo la convertiste en mi objetivo.

—No te atrevas a culparme de tus decisiones, padre —dijo Edmond al fin. Su voz ya no sonaba tan altanera ni tan segura. K sintió una punzada de decepción al notarlo.

—Fuiste tú quien me puso sobre aviso el otro día. Recuerda por un momento nuestra conversación y dime si tú no habrías hecho lo mismo. Me advertiste de que te gustaba pero que era muy curiosa. Me hablaste de las preguntas que te hacía. Tú no te diste cuenta entonces, pero yo sí. Intentaba sonsacarte.

—Nos estábamos conociendo, padre. Todo el mundo hace muchas preguntas cuando está empezando una relación.

—Sin embargo —K continuó como si en lugar de narrar el oscuro destino de Solange le estuviera contando a su hijo un cuento de hadas— tus palabras me alertaron y le puse vigilancia. No tardamos mucho en detectar algunos comportamientos extraños. Ayer mismo entró en nuestro sistema.

—¡Nadie puede entrar en nuestro sistema! Me lo has dicho mil veces. Es

perfecto.

K asintió como si su hijo pudiera ver sus gestos mientras hablaba, aunque estaban en habitaciones distintas en la mansión.

—Puedes si cuentas con las herramientas del servicio de inteligencia francés. Piénsalo. Además, ella ni siquiera lo negó.

—A veces creo que estás loco, padre. Todos los que no piensan como tú... O ni siquiera eso. Todos aquellos de los que crees que no piensan como tú se convierten en tus enemigos.

K tenía una cantidad limitada de paciencia. Por lo general era muy capaz de estirarla, pero perdía completamente el control cuando se mencionaba la locura. Y Edmond lo sabía, así que esa maldita palabra solo podía querer decir una cosa: le estaba retando. Y Klaus Fablet no era una persona a la que retar en vano.

—Escúchame, Edmond Fablet. Yo te he dado ese nombre. Me debes todo lo que eres y no consentiré que me insultes. Solange Dufort era una traidora, una rata peor que todas las demás alimañas de las que debemos deshacernos. Recuerda esto que estoy a punto de decirte, porque no lo repetiré. Si haces que considere necesario volver a decírtelo, entenderé que has tomado la decisión de no seguir vivo. ¿Lo entiendes?

K no esperó a que Edmond contestara. Siguió adelante con su monólogo casi sin respirar. «La familia tiene una obligación por aquellos que formaron parte de ella antes que nosotros. Tu abuelo dio su vida por una causa mayor que él mismo. Fueron las ratas rusas, los sucios americanos, los cobardes ingleses, los engreídos franceses y todos los demás países insignificantes que se unieron a ellos en la Gran Guerra los que mantienen una deuda con nosotros. Y se la vamos a cobrar. Tú y yo vamos a saldar lo que nos deben por la vida de tu abuelo y por la caída del Reich. Ninguna mujer francesa impedirá que mi plan se lleve a cabo.»

K no podía asegurar que Edmond hubiera oído todo su discurso. En cualquier caso lo conocía. De lo que sí estaba completamente seguro era de que había oído el comienzo. No le gustaba amenazar en vano. Cualquiera que hubiera permanecido a su lado el tiempo suficiente sabía eso y Edmond lo sabía mejor que nadie. De manera que esa conversación no volvería a tener lugar.

Mientras K hablaba por teléfono con Edmond, Max aprovechó el tiempo para perder su propia paciencia y volver a recuperarla. Había tratado de comunicarse con Mei en cuanto se quedó solo, pero aquel sótano no tenía cobertura, por supuesto. Por eso el propio K había usado aquel armatoste vía satélite para hablar con el exterior. Eso solo quería decir una cosa: ningún miembro de su equipo había visto las grandes pantallas ni sabía nada del lanzamiento que impactaría contra la cámara baja polaca en Varsovia. Max estaba solo en eso y no contaba con más ayuda que su propio ingenio, lo que no le había servido nada unas horas antes y no tenía mucho aspecto de ir a servirle a posteriori.

Una vez comprobado que todo lo que podía hacer era esperar y enfrentarse a las cosas tal y como sucedieran, Max echó un vistazo al buffet del desayuno. Era cierto que no había tomado nada desde el mediodía del día anterior. Quizá por eso su cerebro no funcionaba como era debido. Necesitaba azúcar. Un poco de proteína tampoco les iría mal a sus músculos. Así que se hizo un sándwich de pavo con huevo y se tomó un zumo de naranja. Sobre la mesa había un exprimidor eléctrico de última generación que le hizo mucho más sencillo el trabajo. Para cuando K terminó su conversación había pasado la mitad de la hora que separaba a los parlamentarios polacos de la muerte. Max no estaba más cerca de una solución que treinta minutos antes, pero su cuerpo sí se encontraba mejor, presto para la acción.

Mei, mientras tanto, había dado con el archivo encriptado que Akenaton, es decir, Solange Dufort, había enviado a Max. Solo tenía que descifrarlo para saber a qué se estaban enfrentando.

Capítulo 13

K obligó a Max a pasar los veinte minutos siguientes charlando de nimiedades en aquella pequeña sala, ambos rodeados de comida. El reto de Max consistía en parecer tranquilo. Estaba preparado para ello, pero no sabía cuánto lo soportaría. Al fin y al cabo, por muy entrenado que estuviera, por mucho que hubiera participado en todo tipo de acciones armadas, era un ser humano. Y sabía que faltaban apenas diez minutos para que un edificio lleno de personas inocentes volara por los aires. De todos modos aguantó. Mantuvo una serenidad solo aparente y se las apañó para introducir en el monólogo de K algunas afirmaciones que hacían que pareciera que de verdad estaban teniendo una conversación.

Max había hecho lo más difícil: había llegado al centro neurálgico del programa. Estaba a punto de ver su primera acción a gran escala. Una declaración de guerra en toda regla. Por tanto, que le contara cómo había conseguido el dinero, la infraestructura y los contactos carecía de importancia. Si lo que estaba a punto de suceder tenía éxito, la Sociedad de Atón quedaría expuesta al mundo en menos de diez minutos. Si no lo tenía, tampoco había manera humana de que Blake Wheeler saliera de allí. Claro que K estaba seguro de eso porque no conocía al verdadero hombre que se ocultaba tras la pantomima de Wheeler.

Aprovechando la arrogancia de K y la ventaja que le otorgaba su disfraz, Max ni siquiera preguntó. Solo tuvo que escuchar.

—He esperado mucho tiempo a que llegara este día, Wheeler. Han sido años, muchos años de paciencia y trabajo duro. ¿Tienes idea de lo obtusas que son la mayoría de las personas? Todos ahí fuera quieren ser jóvenes para siempre. Todos aquellos que tienen incluso un mínimo de poder se creen especiales. Pero, ¿lo son de verdad? En cuanto le das una posición de poder a

un hombre se cree superior a sus semejantes. Pero no es tan fácil —K negaba con la cabeza mientras hablaba. Aprovechó su propio silencio para dar un sorbo a la taza de té que rellenaba cada poco—. No es tan fácil en absoluto. Lleva su tiempo separar la paja del grano.

«La mayoría de los políticos, de los empresarios y los militares no están hechos para liderar, sino para seguir al líder. En cambio, hay algo diferente en ti. ¿Recuerdas aquella pequeña conversación tras nuestra conferencia? Muy pocos se deciden a hablar con la claridad con la que tú lo hiciste. En ocasiones no conseguimos dar con ninguna persona lo suficientemente involucrada en meses. Pero al final siempre aparece alguien. Alguien bien situado o alguien con el suficiente carisma y con bastante hambre para abrirse paso hasta donde haga falta. Tú, Blake, te encuentras en este segundo grupo.»

—Pero la acción de hoy —intervino Max— en Varsovia. ¿Ya cuentan con los partidarios suficientes? Es arriesgado ponerse a la vista de esta manera. La mayoría de los gobiernos democráticos condenará el lanzamiento. Eso si no lo hacen todos. Si su red de contactos no es segura, si no es lo bastante amplia...

K sonrió. Parecía que las palabras de Max le hicieran especialmente feliz.

—Me gusta que te preocupes por los detalles. La verdad es que no eres el primero en señalarlo. Tiendo a rodearme de personas excepcionalmente competentes y veo que tú también cumples con esa norma. Verás. Mientras hablábamos mis agentes de incógnito han tenido tiempo de confirmar que, efectivamente, la señorita Dufort envió un archivo bajo el nombre de Akenaton. No sabemos quién es el destinatario. Lo que sí sabemos es que el archivo en cuestión estaba encriptado. Es muy poco probable que quien lo haya recibido sea capaz de leer su contenido hasta dentro de unas horas. Para entonces, nada de lo que diga esa transmisión tendrá importancia.

Alguien llamó a la puerta con una educación exquisita. Tres golpes secos, ni demasiado altos ni demasiado bajos. El sonido perfecto para llamar la

atención sin resultar estridente.

—Adelante —dijo K.

Arnaud, su lugarteniente, entró en la habitación donde esperaban. Se movía con un aire marcial que a Max le resultaba más que sobradamente conocido. Lo había visto en varias ocasiones antes de esa. En primer lugar, en la academia, durante su instrucción. Todos los grupos de reclutas contaban con un ejemplar que se alistaba no para defender a la patria, sino para proteger a sus compatriotas. Esos ya eran lo bastante peligrosos. Pero el tipo al que Arnaud pertenecía era todavía peor. Se trataba de los chicos que accedían al ejército para poder llevar un arma a la vista en cualquier ocasión; para poder usarla en cualquier situación también. Sin miedo a las represalias. Hombres que querían ser soldados para matar con impunidad. Hombres que, en combate abierto, eran impredecibles. Max había llegado a ver a uno que se volvía contra sus propios compañeros cuando no había cerca un enemigo declarado contra el que luchar.

Pues bien, un sujeto de esa calaña era el segundo de K por supuesto, no cabía sorpresa alguna. Los fanáticos atraían fanáticos. Arnaud se inclinó sobre su jefe y susurró algo en su oído. K se levantó en cuanto su subordinado recuperó su postura erguida. Max le imitó.

—Parece que las cosas han dado un giro inesperado. Debemos volver a la sala de control.

Cuando llegaron a la enorme habitación llena de ordenadores, los monitores ya no mostraban gráficos ni datos. Se veía una panorámica del parlamento polaco. El reloj se había detenido. Max contuvo un suspiro de alivio. Miró a K por el rabillo del ojo y no supo qué pensar cuando vio su amplia sonrisa. Por una vez la sombra de sus cejas no le hacía parecer siniestro, sino absolutamente feliz.

Entonces la imagen de las pantallas cambió. Primero el edificio quedó

iluminado con una luz que parecía bajar del cielo. Y así era. Pronto, desde uno de los laterales se vio el morro de un helicóptero, luego sus hélices y por fin la puerta. De ella salió una maltrecha Solange Dufort que apenas podía tenerse en pie debido al aire desplazado por las aspas. El helicóptero desapareció de plano, pero la luz se intensificó. Unos focos situados frente a la mujer y que sin duda la cegaban, recortaban en negro su frágil figura, que alzaba los brazos para mostrar que no llevaba nada. En una de ellas se veía en cambio un pequeño cuadernillo. Debía de ser su pasaporte.

Solange se acercaba a los focos, situados en la entrada principal del edificio. La perspectiva de la imagen cambió. Ya no se veía una panorámica del edificio, sino que la imagen había pasado a primera persona. Como si la propia Solange llevara la cámara implantada en alguna parte. Max no podía verle la cara, así que supuso que la llevaría en unas gafas similares a las suyas. Mei no podía ser la única persona del mundo que conociera ese tipo de dispositivos. Esta nueva cámara también retransmitía sonido. Por eso desde aquella sala tan similar a la que la NASA tenía en Cabo Cañaveral, se oyó todo lo que Solange gritaba en perfecto inglés a las personas que la iluminaban y probablemente la apuntaban con armas del ejército o la policía polacas.

—Desalojen la cámara, por favor. Soy la hija del primer ministro francés. Un misil está apuntando a este lugar en este momento. Deben salir de aquí.

Ningún movimiento se produjo ante ella, así que Solange, con la voz estrangulada por las lágrimas, siguió avanzando y gritando, todavía en inglés. Esperaba que alguien hablara el idioma.

—Hay un misil apuntando a este edificio. Por favor, desalojen todo esto o morirán. ¡Por favor! Gritaba.

Solange caminaba despacio para que nadie la tomara por una terrorista. Tenía mucho cuidado de mantener siempre las dos manos a la vista. A veces tropezaba. La paliza de la noche anterior la había dejado en muy mal estado.

Cuanto más se acercaba al arco de seguridad desde donde la iluminaban los focos, más alto gritaba y más temblaba.

—Váyanse todos de aquí, por favor. No miento. No estoy mintiendo.

Max habría esperado que abrieran fuego contra ella, pero seguramente eso era imposible. Puesto que desde donde estaban, los polacos veían el rostro de Solange, magullado o no. Habrían avisado al primer ministro, se habría confirmado su identidad. De hecho, era posible que se hubiera dado la voz de alarma respecto a su desaparición. Por eso no disparaban.

Junto a Max, K disfrutaba como si estuviera viendo una comedia en el cine. Estaba tramando algo, sin duda, y Max no alcanzaba a saber el qué. Solo sabía que le había engañado. Había dicho que encerraría a Solange hasta averiguar... O no. En realidad no había dicho nada. Sólo había hecho un gesto a sus matones. Como durante los últimos dos días, a Max no le quedaba más que esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Hacía mucho que no se sentía tan impotente.

Mientras tanto, Solange continuaba con su avance. Los policías, o el ejército, o ambos, quienes fueran aquellos que la iluminaban y apuntaban, le permitieron pasar por debajo del arco de seguridad. El detector de metales se disparó. Un pitido intermitente, desagradable como el chirrido de un grillo, sonó tan alto en la sala que tuvieron que bajar el volumen. Ahora la voz de Solange, que seguía repitiendo sus advertencias, sonaba mucho más lejos. La mujer pasó muy cerca de uno de los militares que asistían a su desfile de una única persona. A Max le pareció que el hombre se echaba atrás de puro terror. ¿Qué era lo que estaban viendo? ¿Qué llevaba Solange en el rostro además de las gafas? ¿O es que no llevaba unas gafas? ¿Le habrían realizado algún tipo de cirugía carnícora? Las preguntas se agolpaban en la cabeza de Max, que no encontraba cómo formularlas.

Solange dejó atrás a los encargados de seguridad y entró en el edificio.

Pasó un segundo detector de metales, que también sonó como si alguien hubiera acertado en el tiro al plato de una feria. Nadie aparecía en el campo de visión de Solange. Ahora, detrás del sonido de la alarma, Max solo oía sollozos y una nariz que moqueaba. Frente a la mujer se abría una puerta enorme de madera oscura. Hacia ella se dirigió.

Al otro lado el hemiciclo ocupaba una estancia sobria. Sin adornos en las paredes. Apenas la bandera del país en la zona de presidencia. Todos los asientos estaban ocupados. Debía de tratarse un tema importante, porque ningún diputado había faltado a la reunión. Las dos filas ocupadas por taquígrafos también estaban llenas. El tapizado verde de los asientos apenas se veía bajo las chaquetas negras y azules marino. Hombres y mujeres giraron la cabeza hacia Solange. Algunos de ellos se llevaron las manos a la boca para ahogar un grito. La mujer comenzó su advertencia de nuevo.

—Un misil está apuntando hacia aquí en este mom...

La cámara dejó de retransmitir. Las pantallas se volvieron negras de repente. Y luego retomaron la imagen panorámica del exterior. Algunas ventanas del edificio habían estallado, pero eso era lo de menos. Los alrededores se llenaban de ambulancias y policías. Una explosión hizo que el arco de seguridad por el que Solange había pasado hacía unos minutos volara por los aires. El fuego se extendía dentro del edificio y había llegado a los tejados. El parlamento polaco parecía una gran antorcha.

En una mano K mostraba un cubo con un botón rojo. Si Max no hubiera estado tan seguro de que ese era precisamente el control mediante el que se había activado la carga explosiva que había acabado con la vida de los parlamentarios polacos y con la de Solange, le habría parecido ridículo.

En la sala de ordenadores, frente a ellos, comenzaron los aplausos. Aquel grupo de mujeres y hombres que sin duda debían de pertenecer alguna comunidad científica estaban celebrando un ataque terrorista que había matado

al menos a 450 personas. Todas ellas civiles. Max, impasible, estiró sus labios a modo de sonrisa. Se sentía como si la piel de la cara fuera a estallarle en cualquier momento. Quería acabar con K con sus propias manos, pero aquel no era el momento. Tenía que asegurarse de salir de allí. La venganza vendría después. Y sería una venganza en toda regla.

Por su parte, Edmond lloraba. No lo había hecho treinta minutos antes, mientras hablaba con su padre. Ya entonces sabía lo que iba a pasar. No creía que Solange fuera una traidora. De hecho, estaba convencido de que su padre la utilizaba para uno de sus ejercicios educativos. Aquellas atrocidades le convertían en un hombre más fuerte. Se lo había dicho muchas veces. Que no debía encariñarse, que no debía confiar.

Pero Solange era una chica inteligente, graciosa, divertida. No se conocían desde hacía demasiado, pero en el mes que llevaban juntos lo habían pasado bien. Ella no perseguía a su padre, ni la influencia que Edmond pudiera tener. ¿Para qué iba a necesitarla si era la hija del primer ministro? Edmond sabía que entre los dos había surgido algo verdadero. Y también sabía que su padre había acabado con ello. Le había enviado el código para asistir a la retransmisión en directo y Edmond, como un buen hijo, como el hijo obediente que era, la había visto. Segundo a segundo.

Igual que Max, Fablet junior había visto los rostros horrorizados de quienes se habían encontrado con el rostro deformado de Solange. Él no sabía qué le había hecho su padre, pero podía imaginárselo. También sabía por qué nadie relacionaría jamás a la Sociedad de Atón con aquel atentado. Una serie de pequeños repetidores se habían usado para llevar la señal hasta el lugar indicado. Personas. No hacía falta una gran tecnología para realizar una pequeña hazaña como aquella. Solo se necesitaban personas convencidas. Verdaderos creyentes que desearan formar parte de la auténtica raza superior.

Una red de ellas, una cadena de personas dispuestas a apretar un botón rojo a una hora y momento determinados. Varias por cada punto, para que no hubiera posibilidad de error. Todos los que habían participado esa noche en la matanza de Varsovia tendrían un lugar reservado en el nuevo paraíso de la Sociedad.

Edmond sabía que había varias personas en cada eslabón porque él mismo sujetaba uno de aquellos cubos equipados con un botón rojo, pero no lo había pulsado. Él no había pulsado el botón pero la mujer de la que se estaba enamorando había muerto de todos modos. Jamás debió haber creído que podría derrotar a su padre. Nadie sería jamás capaz de conseguirlo porque su padre estaba loco y todos los demás se comportaban como personas cuerdas.

Edmond lloraba mientras pensaba y eso no le permitía ordenar sus ideas con claridad. Pasaba de la odiosa imagen de su padre al rostro de Solange. Ella había sabido comunicarse con él, llegar a su corazón. Eso la diferenciaba de su padre, cuya sangre llegaba hasta las extremidades de su cuerpo gracias a algún mecanismo artificial. Era imposible que ese hombre tuviera un corazón propio.

Edmond buscó algo de beber en su habitación pero no encontró nada. Ni siquiera ese consuelo le quedaba. Mantenerse sobrio sin embargo jugó en su favor. El peor momento de la tristeza llegó, lo derribó y pasó. Y tener la cabeza despejada cuando lo hizo le sirvió para desarrollar su propio plan.

Porque si el enemigo era quien atacaba a la familia, entonces el enemigo era su padre, Klaus Fablet. Él había matado a Solange cuando Solange se había convertido, en tan poco tiempo, en su única familia real.

Capítulo 14

Dylan sospechaba que, de seguir así, terminaría desgastando las suelas de los zapatos sin necesidad de salir de la habitación. Ni estando prisionero, y lo habían capturado en lugares inmundos más de una vez, se había sentido tan atrapado. Cierto que todos ellos eran adultos experimentados, pero ninguno desaparecía sin dejar rastro durante tanto tiempo. Excepto Adam, claro, pero eso tenía explicación. En otras ocasiones sus habilidades habían resultado ser imprescindibles; decisivas, incluso. Pero esa misión le dejaba tan poco margen de actuación que se estaba volviendo loco.

Había caminado arriba y abajo por la oficina de *coworking* tantas veces que conocía el número de pasos exacto que separaba cada pared de la otra, cada puesto de trabajo del contiguo. Por lo general, dedicar su mente a tareas rutinarias y absurdas lo tranquilizaba. Por algún motivo esa noche no estaba funcionando. Habían mandado a Max, o más bien lo habían dejado ir, a una cita con un loco megalómano en unas catacumbas. Dylan no era un tipo asustadizo. No habría llegado a donde estaba de otro modo. Pero sabía reconocer el peligro y la idea de dejar solo a su amigo en una situación así había sido absurda. No, París no era Camboya, ni Honduras, ni Afganistán. Pero eso no la convertía en un lugar más seguro.

—Líbreme Dios de las aguas mansas —dijo en un susurro— que de las turbias ya me libro yo. Se detuvo y escudriñó la ciudad a través de la ventana.

Amanecía y la contaminación se asentaba sobre los edificios como una gasa. Peligrosa o no, París era hermosa. También misteriosa. Max salió de las catacumbas y luego al dirigirse hacia la mansión Fablet volvieron a perder la conexión. Dylan regresó al espacio de trabajo de Mei. La mujer no había dejado de teclear, resoplar y jurar en perfecto cantonés. Lo que significaba que su trabajo no iba bien en absoluto.

El hecho era que no. Mei no perdía la paciencia a menudo, pero estaba tan preocupada como su compañero. La única ventaja que tenía sobre él era que al menos ella disponía de una ocupación. Por lo general, comprendía de manera casi intuitiva cómo funcionaba cualquier tipo de sistema. La seguridad tampoco solía darle problemas. No se había encontrado, hasta ese momento, con un modelo de encriptado que se le resistiera con tanta tozudez. La Sociedad de Atón sabía protegerse. Eso estaba claro.

Tras varias horas pegándose con descifradores de claves, lo único que se le había ocurrido fue que al no haber podido descargar un paquete entero de información, desencriptarla fuera imposible. Para que eso sucediera toda la encriptación y su desmantelamiento dependería de una cadena de bloques. Una idea ingeniosa y muy útil que había convertido el mercado de criptomoneda en un entorno mucho más seguro pero que a ella le estaba provocando un verdadero dolor de cabeza.

Y además su compañero atronaba con sus pisadas de mastodonte. Mei no iba a decirle nada. Todos estaban sometidos a una gran tensión. Además, ella debería ser capaz de sustraerse a las interferencias del entorno. Resopló una vez más, estiró los dedos de las manos hasta que hizo crujir los nudillos y se enfrentó a la maldita pantalla del ordenador desde otro ángulo. Olvidaría la cadena de bloques. Sólo había que darle una pequeña vuelta al modo de abordar el asunto. ¿Quiénes desarrollaban sistemas de encriptación tan complejos? En teoría personas que no deseaban ser encontradas. Claro, que eso no era del todo cierto. En realidad, los expertos como ella solían trabajar para otras personas. Eran esos terceros quienes no deseaban ser encontrados. Ellos, los amantes de los circuitos y los bytes deseaban compartir su trabajo. Deseaban admiración.

—Y en la necesidad de reconocimiento se encuentra su debilidad — murmuró—. Ahora ya sé lo que tengo que buscar, encanto. Ya te tengo.

Tras esa frase, que no distrajo a Dylan de sus paseos, regresó al teclado con fuerzas renovadas y una sonrisa maliciosa en el rostro. Estaba tan segura de sí misma que toda tensión desapareció de sus hombros. Era una cuestión de muy poco tiempo. Muy, muy poco tiempo.

La puerta de la oficina se abrió con suavidad. Ninguna de las alarmas de Mei había sonado, así que ni ella ni Dylan se alteraron. Solo echaron un vistazo, a medias esperanzado, por si quien llegaba era Max. Pero no, no era así. Adam regresaba de su partida particular de búsqueda. Y no parecía que trajera muy buenas noticias.

—No me miréis así —dijo—. No está por ninguna parte. No sabemos nada de él. Tampoco a Fablet padre. El hijo está localizado en la mansión de la familia, pero de K no se sabe nada. Ni de sus esbirros. Por vuestras caras deduzco que el sistema informático de seguimiento tampoco ha dado señal.

Mei negó con la cabeza.

—No desde que lo perdimos esta mañana.

Mei sabía que muy pocas personas podrían salir airosas de un combate cuerpo a cuerpo con Max, pero estaban hablando de la Sociedad de Atón. No resultaba inverosímil pensar que lo hubieran sedado con un dardo tranquilizador y después lo hubieran encerrado en una cámara sellada. Aunque a ella no se le ocurría cuál podía ser el objetivo de ninguna de las dos cosas.

Mei respiró hondo y mantuvo la serenidad.

—Ahora no puedo permitirme ceder a mis emociones. Ahora lo único que tengo es una misión. Y vosotros también. Tal y como yo lo veo, pueden suceder dos cosas. Que Max vuelva, la más probable si nos basamos en nuestra propia experiencia. O que no regrese. El resultado en ambos casos es el mismo: debemos llevar a cabo nuestro trabajo.

Dylan asentía, pero también se pasaba las manos por la cabeza con desesperación. Los otros dos comprendían que aquel no era su ambiente.

Dylan se desenvolvía mucho mejor en campo abierto. Las ciudades, para él, no suponían más que campos de recreo.

—¿Qué trabajo, Mei? K también ha desaparecido y él era nuestro objetivo principal. Si no reaparece, tendremos que admitir que hemos perdido a nuestro mejor recurso y que hemos fracasado.

Mei sonrió antes de contestar

—Tenéis muy poca fe en mí, chicos. Justo cuando Adam ha abierto la puerta he dado con la manera de descifrar el maldito código. Acercaos aquí y echad un vistazo a esto.

La pantalla, que hasta ese momento no había mostrado más que un cuadro de diálogo de lo más frustrante, se encontraba llena de datos. Mei pulsó un par de teclas y encontraron un directorio de aspecto simple. Como el de cualquier ordenador personal. Por fin tenían acceso a la documentación de la Sociedad de Atón. Por fin Fablet mostraba una debilidad evidente.

—¿Y qué es lo que hemos encontrado? —preguntó Adam. Casi siempre se comportaba como un perfecto caballero, pero en esa ocasión le traicionó la expectación.

—No estoy segura. Hay planos, muchos planos. Pero no de edificios. La mayor parte de ellos parecen de robótica. También hay documentación de todo tipo, pero creo que la clave de lo que buscamos está en esos planos. La mayoría están guardados en la misma carpeta. He sacado mis propias conclusiones, pero prefiero no deciros nada. Echad un vistazo. Si los tres llegamos al mismo resultado...

Mei cedió su silla a sus compañeros. Dylan prefirió quedarse de pie, inclinado sobre el hombro de su compañero. Mei se dirigió a la pequeña cocina americana y puso el hervidor en marcha para hacerse un té. Claro que estaba preocupada. Pero la experiencia le había enseñado que la preocupación no solucionaba los problemas.

Cuando el agua alcanzó el estado de ebullición la vertió en una taza de color oscuro y regresó a su puesto de trabajo. No hacía falta mucha perspicacia para darse cuenta de que sus compañeros habían deducido exactamente lo mismo que ella. Se podía leer perfectamente en sus rostros.

Estaba a punto de hablar cuando Adam levantó la mano para pedirle silencio.

—Es una alerta —dijo.

—¿Me haces callar por una alerta de móvil? —replicó ella, incrédula.

Mei le instó a que revisara la alerta con un gesto de la mano. Le apreciaba, pero no podía soportar que se pusiera tan petulante. Sí, tal y como había dicho tan solo un momento antes, Adam era un gran espía. Pero también tenía una dosis de esnobismo y autoestima muy superiores a lo que Mei habría tolerado en cualquier otra persona. Claro, que a ellos les unía una larga historia en común.

Además, la alerta en cuestión estaba consiguiendo que el gesto de Adam se demudara todavía más.

—Ha habido un atentado —dijo—. En Polonia. Ha sido espantoso. Os ahorraré los detalles. Nadie debería conocerlos en cualquier caso. Estas cosas son inhumanas.

—No quiero que volváis a acusarme de carecer de sentimientos —intervino Mei— pero, ¿cómo nos afecta un atentado en Polonia?

—Solange Dufort lo ha llevado a cabo y ha fallecido en el intento. Al estilo *kamikaze*.

Dylan fue el primero en reaccionar en esa ocasión. Aquello no tenía ni el más mínimo sentido. Solange Dufort no era ninguna terrorista suicida.

—¿Nos tomas el pelo? —dijo. Estaba claro que su capacidad de comunicación no era su habilidad más destacable. Al menos no en estados de tensión—. Quiero decir —continuó Dylan—, que esa mujer era la hija del

primer ministro francés. Lo que nos cuentas no tiene ninguna lógica.

—No —dijo Mei. Y dio un sorbo a su taza de té. Un poco para ganar tiempo, pero también porque la noticia le había provocado un profundo escalofrío. Si los Fablet habían accedido a la hija de un político de primer nivel ¿por qué no a Max? ¿Sería él el siguiente?

Los tres se tomaron un momento antes de discutir el siguiente paso. En situaciones como aquella, haber pasado por un entrenamiento común y habiendo sido tan duro como el Averno, tenía sus ventajas. Los tres utilizaban las mismas técnicas para procesar la información. Además, también se habían cubierto las espaldas unos a otros en muchas ocasiones y conocían sus fortalezas y debilidades.

Mei devolvió la taza a la cocina. Lavarla con meticulosidad, secarla hasta que no quedó sobre ella ni una gota de humedad y colocarla en perfecto orden dentro del armario la ayudó a ordenar sus emociones y a elaborar un embrión de estrategia.

Dylan se sentó sobre uno de los escritorios y se entretuvo en relajar cada uno de los músculos de su cuerpo. Uno a uno. Reconocer su presencia física le ayudaba a detener el flujo de pensamientos desordenados que le había tenido tan alterado.

Adam cerró los ojos y repasó mentalmente lo que había realizado ese día, desde que se levantó de la cama. Como sus dos compañeros, utilizaba un método que mantuviera su mente limpia de interferencias, para poder utilizar todo su potencial en la solución del problema que tenían ante ellos.

—Estamos de acuerdo en que el atentado y la muerte de Solange han sido obra de la Sociedad de Atón y por tanto de K ¿verdad? —preguntó Mei. Aunque estaba segura de que no era necesario.

—Ninguna otra persona u organización tendría motivos para perpetrar un acto semejante. Han tenido que ser ellos —Dylan fue el segundo en hablar.

—Completamente de acuerdo —sentenció Adam.

—Bien —continuó Mei—. En ese caso debemos usar toda la información de la que disponemos. Puede que no sea mucha, pero es importante. Adam —dijo dirigiéndose a su compañero— has dicho que habías podido localizar a Edmond.

—Correcto —contestó él—. Si nada ha cambiado, y eso es algo que puedo comprobar en segundos, el chico se encuentra en la mansión Fablet. El único problema es que no resulta sencillo infiltrarse allí. Conocéis la complejidad de su sistema de seguridad. Y, bueno, no quiero volver sobre el tema, pero el hecho es que nos falta Max.

—Un hecho muy relevante —añadió Dylan.

—Todavía no hemos hablado de lo que hemos descubierto en esos archivos —dijo Mei, señalando a su ordenador.

—No, pero... —Adam la interrumpió, presa de la confusión. Dylan en cambio esbozó un tímido intento de sonrisa. Creyó comprender cuáles eran las intuiciones de su amiga y compañera. Una de las mujeres más inteligentes que había conocido. Si su idea se confirmaba, tendría que comprarse un sombrero para quitárselo ante ella.

—Lo que tenemos ahí son los planos y los datos de acceso a un... ¿dispositivo? ¿Sí? ¿Se puede considerar un dispositivo?

Adam levantó las palmas de las manos. No entendía nada.

—No estoy muy seguro de que hayamos visto lo mismo, Mei. Yo no lo llamaría dispositivo.

La mujer sonrió, mostrando una dentadura primorosamente blanca y un brillo en la mirada que indicaba que estaba segura de haber encontrado una solución que les permitiera infiltrarse en la mansión Fablet.

—Adam, hemos visto muchas cosas, pero entre ellas había un dispositivo de comunicación tipo cámara ¿has visto eso?

—He visto...

—El problema —interrumpió Dylan— es cómo vas a comunicarte a través de él. En principio no tiene conexión con el exterior. O no que nosotros hayamos visto.

—Piensa un poco —dijo Mei—. Nadie desarrollaría ni mucho menos fabricaría un elemento así si no tuviera muchas más utilidades que las aparentes. Y no hablemos ya de su implantación. Estoy segura de que esa... cámara, como tú la llamas, incorpora un canal de conexión con, al menos, una persona. Lo único que hay que hacer es encontrar ese canal y colonizarlo.

Adam por fin cayó en la cuenta de lo que sus dos compañeros insinuaban.

—Vale, por fin os entiendo. Pero, Mei, decir que lo único que hay que hacer es eso ¿no es demasiado optimista?

Mei sonrió de nuevo. A Adam le pareció que se la veía demasiado feliz. Un poco como a una niña en un parque de atracciones.

—He estado toda la noche... ¿cómo decirlo? De copas con el diseñador de ese sistema. Porque algo me dice que el encriptador es el mismo que ha construido el canal de comunicación. Fablet no parece una persona muy dada a confiar en los demás.

—¿De copas?—preguntó Adam.

—Prácticamente he tenido que meterme en su cabeza para descifrar ese código. No es que haya salido con él, o con ella. Más bien al revés. Me he metido en él... o en ella. Lo bueno, es que una vez que conoces cómo funciona la mente de una persona, puedes aplicar ese conocimiento una y otra vez. Seguro que ha recurrido a elementos similares. Y, aunque no fuera así, aunque no lo hubiera hecho de manera consciente, hay algo en cada uno de nosotros que define nuestra forma de trabajar. Como una firma involuntaria.

—Y tú conoces esa firma involuntaria —dijo Adam.

—Así es.

—¿Y si el canal no existe o no lo ha creado la misma persona que diseñó el código de encriptación?—porfió Adam una última vez.

—En ese caso—dijo Mei, volviendo a tomar posesión de su asiento frente a la pantalla— nada de lo que estoy a punto de hacer tendrá la menor importancia. Pero tampoco es que dispongamos de muchas más opciones.

Así, sin dar opción a ninguno de sus compañeros a interrumpirla, buscó los planos de los que habían estado hablando y toda la documentación disponible relacionada con los mismos. A su espalda, Dylan y Adam conversaban. Seguramente trazaban algún tipo de estrategia. Debían disponer de una por si aquella locura funcionaba. Mei dejó de oírles en el momento exacto en que comenzó a teclear. Había presumido de conocer a la persona a la que se enfrentaba, pero eso no quería decir que la tarea que se presentaba ante ella fuera ni mucho menos sencilla. Pero lo lograría. Lograría infiltrarse en la mansión Fablet. Y, una vez dentro, llevarían a cabo su misión.

Capítulo 15

Edmond, que había comenzado la mañana con una falsa sensación de triunfo surgida del caos causado por su padre, había accedido al fin al alcohol que había buscado en primer término. Le gustara o no era un Fablet. El privilegio asociado a ese apellido le garantizaba asistencia ininterrumpida. Una cohorte de criados y doncellas prestos a cumplir hasta su último deseo, siempre que no contradijera el mandato de Klaus, el Fablet padre. Pedir varias botellas del mejor bourbon para celebrar el éxito del atentado en Polonia no contravenía en absoluto instrucción alguna del cabeza de familia, así que Edmond no tardó en emborracharse. Y, aunque en primera instancia se dijo que bebía para celebrar su plan de ataque contra K, en realidad lo hacía para atenuar el dolor por la muerte de Solange.

Ni siquiera recordaba cómo la había conocido. Probablemente acompañara al primer ministro en una de aquellas sesiones de conferencias organizadas por la Sociedad de Atón. No tenía noción del momento en que se había fijado en ella. La había visto coquetear con otros hombres. Con Blake Wheeler, por ejemplo. Estaba seguro de que ambos habían flirteado. Pero en algún momento ella había elegido concederle su atención. Klaus le había advertido de que sus intenciones no eran sinceras. No hacía falta, claro, Edmond no era tonto. Seguro que los primeros encuentros estaban animados por propósitos que nada tenían que ver con los sentimientos. Pero las cosas habían cambiado de manera natural. Ninguna otra cosa explicaba que él se sintiera tan a salvo con ella.

A pesar de todas las prevenciones paternas, se había enamorado. Y a pesar de todas las esperanzas depositadas en aquella mujer tan diferente de las demás, ella había traicionado a la familia y su padre se había visto obligado a... ¿Hacerla explotar en mil pedazos? Aquello nada tenía que ver con que

Solange pagara por su traición. Aquello estaba preparado de antemano, seguro. No le eran ajenos los métodos expeditivos de su padre, pero el asesinato de Solange sobrepasaba cualquier límite. Por eso no conseguía conciliar lo que había visto con lo que le habían explicado ni mucho menos con lo que intuía.

No hacía mucho había tenido una conversación con su padre y le había dicho que todo lo que recordaba de él eran situaciones frías hilvanadas unas a otras por obligaciones. Y en parte esa afirmación se correspondía con la verdad, pero no del todo. En la historia de Fablet padre y Fablet hijo había habido muchos otros intercambios. Episodios que, vistos desde la perspectiva de la bomba en Polonia, cobraban un sentido completamente nuevo a la par que siniestro.

Klaus le había arrebatado a su hijo todo aquello por lo que este había desarrollado algún tipo de sentimiento. Personas, animales, cosas. Edmond podía arrancar de los más antiguos recuerdos de su infancia una lista de niñeras y profesoras particulares. Todas ellas mujeres de trato seco, amigas de la disciplina, incapaces de abrazar al niño o de premiarle por sus logros. Todas ellas propensas a los castigos más severos como reacción a las faltas más leves. La que más tiempo mantuvo su puesto fue Frau Scheck, una mujerona alemana con ojeras tan oscuras como todos sus vestidos. Cumplía a la perfección todas las exigencias de Fablet padre. Se trataba de un ejemplar ario de pura cepa, amante del deporte y de las ciencias. Jamás puso la mano encima a Edmond. Le inspiraba un temor tan reverencial que no le hacía ninguna falta. Sin embargo cometió el error de llamarle monstruo. El chiquillo acudió lloroso al padre porque no entendía el insulto. El padre jamás se lo explicó, pero Frau Scheck desapareció de escena. Por eso Edmond no se dio cuenta de que el despido de Frau Bunge no entraba en la misma categoría. Frau Bunge le permitía llamarla Helena y le daba dulces a escondidas. Fue la

primera persona que le hizo un regalo el día de su cumpleaños. Edmond no sabía cómo se había enterado de la fecha. Jamás había conocido a una persona tan agradable; pero antes de que se acostumbrara a su presencia, su padre se libró de ella. Trató de pedirle explicaciones, pero se encontró con el mismo muro de hielo formado por las mismas palabras que se repetirían de entonces en adelante:

—Nos debemos a nuestra familia, Edmond. No somos nadie sin nuestra familia y debemos defenderla de extraños.

Así aprendió Edmond que familia significaba soledad.

Después de la niñera desapareció un precioso Pastor Alemán que el propio Klaus había comprado para proteger la casa y al que sacrificó cuando comprobó que jugaba con su hijo. Ningún guardián servía a su propósito si no se mostraba fiero siempre. O eso dijo a Edmond antes de ordenar que le descerrajaran un tiro en la cabeza. Tras el perro, los dos Fablet, el padre y el hijo, permanecieron siempre solos. Uno al lado del otro en completo aislamiento. Hasta la aparición de Solange.

Su padre se lo había robado todo y ni aún así era capaz de revolverse contra él. Por eso seguía bebiendo. No importaban las ganas que tuviera de acabar con los lazos que los unían. No podía traicionarle. Al fin y al cabo se trataba de su padre. Un monstruo, él sí lo era, al que de todas maneras amaba.

Edmond estaba sumido en esa espiral de pensamientos y emociones cuando sintió una vibración dolorosamente familiar detrás de su ojo derecho. Siempre le sucedía cuando su padre se comunicaba con él. Suspiró, se tapó la cara con las manos y esperó a oír la voz del hombre que había convertido su vida en un infierno.

—¿Edmond Fablet?

En efecto, aquella era una voz y sonaba dentro de su cabeza, pero no se trataba de la conocida voz de su padre. Ni mucho menos. Edmond se levantó

de un salto y miró alrededor. Ciertamente, la voz venía de su interior, no de fuera, pero nadie más tenía acceso a ese canal de comunicación, así que debía de haberse confundido. El alcohol, probablemente.

—¿Edmond?

De nuevo se dirigían a él en tono de pregunta. Dejó el vaso, todavía a medias, sobre la mesita del comedor y fue al cuarto de baño. Evitó recordar las veces que Solange y él habían compartido la bañera. Ahora necesitaba comprobar que no se estaba volviendo loco. Encendió todas las luces: la del techo, la del armario y subió la persiana todo lo que daba de sí. Entonces acercó su rostro al espejo del lavabo tanto como fue capaz. Contuvo el aliento para que el cristal no se empañara y clavó la mirada en su ojo derecho. Si todo iba bien... Pero no, ningún reflejo extraño mostraba el piloto apenas perceptible que indicaba que el canal de comunicación estaba abierto.

Regresó al saloncito, rellenó el vaso con bourbon caliente y no añadió hielo. Se preguntó si el poder que su padre ejercía sobre él era tan grande que lo imaginaba hurgando entre sus pensamientos.

Se detestaba cuando entraba en bucles autocompasivos como ese. Se odiaba con tanta pasión que la distancia entre su ventana y la calle se le antojaba incluso atractiva. Pero no se engañaba. No deseaba morir. Igual que no encontraba valor suficiente para enfrentarse a su padre, no lo hallaba para renunciar a la vida. Aunque fuera una vida lamentable.

Una vez más, el hormigueo en la cabeza lo sacó de sus pensamientos. Pero esa vez no iba a prestarle atención, así que agarró el vaso con fuerza, inclinó la cabeza hacia atrás y tragó todo su contenido de una vez. El estómago le respondió con una arcada. No era un hombre acostumbrado a la bebida.

—Edmond, contesta, por favor.

¿Qué era aquello? ¿Solange? La voz anterior había sido la de un hombre. No la de su padre, pero sí una voz masculina. Ahora en cambio una voz de

mujer se colaba en su mente.

—¿Solange? —preguntó sin pensarlo, sin darse cuenta siquiera de que pronunciaba las palabras en voz alta. Deseaba tanto que fuera ella que no le importaba perder la cordura. De hecho, de todas las cosas que había perdido, la razón no ocupaba, ni de lejos, uno de los primeros lugares.

—No soy Solange, Edmond. Lo siento. Sé lo que le ha pasado. Lo siento mucho.

Edmond volvió al baño, abrió el grifo de agua fría y metió la cabeza debajo. Lo hizo todo tan rápido que su cuerpo, que no ingería más alcohol que un par de copas de vino en los actos oficiales, se rebeló. Con el pelo chorreando, sacó la cabeza de debajo del chorro y se inclinó sobre el inodoro. Vomitó todo lo que había bebido y se sintió miserable. Patético.

Esperó que la voz de aquella mujer se burlara. Si podía comunicarse, también podía ver lo mismo que él, así que lo lógico era esperar que lo pusiera en ridículo. Tampoco era que Edmond se lo hubiera puesto demasiado difícil, la verdad. Pero la conversación no siguió. Él aprovechó para accionar la cisterna y terminar de enjuagarse la cara y el pelo. El agua fría lo ayudó a refrescarse. De vuelta en la habitación, la sola visión de la botella de bourbon le produjo otra arcada. Le colocó el tapón y la alejó tanto como pudo de sí mismo. Entonces la voz volvió a hablar.

—¿Estás mejor? Siento lo que ha pasado. No era mi intención.

—¿Quién eres? —Edmond no se sentía mejor en absoluto, pero tampoco estaba dispuesto a que la intrusa obtuviera más información sobre él y sus debilidades de la que ya tenía. No hablaba su padre, pero tampoco tenía ninguna garantía de que no se tratara de una de sus crueles pruebas.

—Mi nombre es Mei.

—No conozco a ninguna Mei. No sé quién eres ni cómo has llegado hasta ahí, pero no deberías ponerte cómoda.

—Edmond, escucha. Si yo estuviera en tu lugar tampoco me fiaría, pero piensa. Si quisiera... no sé, hacerte daño, podría haberme hecho pasar por Solange. No ha sido así. Y el motivo es que yo... bueno, por decirlo alguna manera yo estoy con los buenos.

Edmond no sabía qué hacer. No podía simplemente dejar de escuchar. Su padre no había incorporado esa posibilidad al ojo biónico con el que había sustituido el que había perdido... Tampoco recordaba con precisión cuándo o cómo había perdido ese ojo.

—No hay buenos ni malos, Mei, seas quien seas. Lo único que yo veo ahora mismo es a una intrusa dentro de mi cabeza.

Mei hizo una pausa antes de arriesgarse. No tenía tiempo que perder. Aunque había estado en lo cierto y el dispositivo de Fablet permitía una conexión directa con Edmond, parecía que él no estaba muy por la labor de colaborar. No había espacio para la sutileza.

—Yo diría que los buenos no hacen estallar a mujeres dentro de edificios.

Edmond gimió.

—¿Edmond? —preguntó Mei, asustada por la posibilidad de haberlo perdido completamente debido a su falta de tacto. A su lado, Adam negaba con la cabeza y Dylan se mordía los labios. No, a ninguno le gustaba su táctica, pero los dos habían estado de acuerdo en cederle el puesto cuando Edmond no había reaccionado a la voz del propio Adam.

—No, los buenos no realizan actos terroristas. Los buenos reivindican sus derechos ¿no es así? Pero eso es lo que dicen los terroristas que hacen. Al final se trata de una cuestión de puntos de vista.

La intuición de Mei la llevó un paso más allá. Había algo en el tono de Edmond que desmentía el sentido de sus palabras. Quería que lo convencieran.

—Nosotros no entendemos de reivindicaciones individuales. Tu padre ha matado a la hija del primer ministro francés de una manera abominable. No

estamos seguros de lo que persigue, pero nos ha dejado muy claro el camino que tomará para obtenerlo. Y no pensamos permitirlo. No podemos dejar que el mundo se venga abajo por los delirios de un loco.

Sonaba como música en sus oídos: alguien además de él mismo que creía que su padre era un loco. Uno peligroso, además. Cuanto más dejaba hablar a la mujer más se convencía de que debía ayudarla. Excepto por el hecho de que esa ayuda suponía actuar en contra de lo que le habían enseñado desde niño. Nadie podía rebelarse hasta ese punto contra lo que había conformado su identidad. Aunque ¿qué identidad era esa?

Como si Edmond y ella se encontraran a solas en una sala de baile, Mei supo cuál era el siguiente paso. No se trataba de un ritual de cortejo, ni de colarse en la cabeza de un loco de la informática. Se trataba de ser absolutamente honesta. El valor de la verdad absoluta la había quebrado una vez, mucho tiempo atrás. Y ahora le servía para obtener lo que necesitaba de Edmond. Y esperaba que también para ayudarlo. Max... había sido Max, durante su entrenamiento en el Averno, el que había usado el secreto que la convertía en una persona vulnerable para luego ayudarla a crecer como una persona nueva y fuerte. Mei no habría llegado a ser quien era sin pasar por ese trauma. No había muchas garantías de que Edmond soportara pasar por lo mismo, pero ella debía intentarlo.

—Edmond, entiendo que no quieras traicionar a tu padre. Ningún hijo desea causar el mal a los de su propia sangre. Pero hay algo que debes saber. Sobre tu padre y sobre ti. Sobre el lugar del que provienes

Edmond comprendía que si callaba le sería revelado un secreto que cambiaría su vida por completo. Lo sentía. Pero ¿y si ese secreto le abría una manera nueva de entender a su padre? No dijo nada. No impidió que Mei le contara la verdad que sí lo definía como persona.

—Klaus Fablet no es tu padre, Edmond. Él te creó, pero no es tu padre.

Fablet te diseñó con ayuda de un equipo de ingenieros.

Aquello no tenía ningún sentido.

—No soy una máquina. Tendrás que esforzarte un poco más.

Sentía lo que decía, pero también sentía que había algo de verdad en las palabras de esa desconocida que decía llamarse Mei.

—No, no eres totalmente una máquina. Un grupo de genetistas expertos diseñaron una combinación genética de la que procede tu parte humana. Pero hay algunos elementos biónicos en ti. Por ejemplo, este canal de comunicación. Solange...

—¡No hables de Solange!

—Solange nos hizo llegar documentación robada a la Sociedad de Atón, a tu padre... Es de ahí de donde hemos obtenido toda esta información. Podemos transmitírtela si quieres.

Edmond lloraba. Tantos años de disciplina férrea para evitar las lágrimas y en las últimas veinticuatro horas había llorado más que en los últimos treinta años. El dolor en cambio no evitó la transmisión de datos ni que su tendencia analítica natural, si es que era natural, los procesara de inmediato.

—Así que, en realidad, no es que Fablet no sea mi padre. Es que ni siquiera soy humano.

—Eres humano, Edmond —contestó Mei—. Si no lo creyera así no te pediría ayuda. Si no lo fueras no confiaría en que tu sentido moral se decantará del lado del bien, de nuestro lado.

—¿Sabes, Mei? No tengo ni idea de quién eres. No me sorprende, claro ¿cómo iba a sorprenderme si hasta hace un momento ni siquiera sabía quién era yo? Pero tú tampoco sabes quién soy. Me siento como si fuera el resultado de un batido de ingeniería genética.

—No lo eres.

—La cuestión es que da lo mismo. Sea quien sea; haya salido de donde

haya salido, no puedo enfrentarme a mi padre... a Fablet. Hace unas horas estaba convencido de poder traicionarle, pero no soy capaz. Sigo creyendo en él, en lo que me enseñó, en el valor de la familia.

—No tienes que luchar contra él, Edmond —insistió Mei—. Solo necesitamos saber qué se propone. Y por qué. A veces, conocer los motivos de las personas nos ayuda a prever sus acciones. Eso es lo único que te pido.

Edmond suspiró.

—Tú misma le has llamado loco, así que no creo que conocer sus motivaciones os ayude, pero está bien. Os lo contaré. Y, si puedo, me uniré a vosotros. Pero no cuentes con ello. Me temo que mi padre no permitió que me implantaran lo mejor de la especie humana.

Mei no añadió nada. Ahora que Edmond estaba preparado para hablar solo les quedaba, a ella y a sus amigos, escuchar y aprender todo lo que pudiera serles de ayuda. Silenció su micrófono para que nada interrumpiera la narración de Edmond y le prestó toda su atención.

Capítulo 16

El propio K, henchido todavía de orgullo y satisfacción por el éxito de su atentado, acompañó a Max hasta la puerta de su casa. A éste le pareció un tanto precipitado, pero tenía tantas ganas de salir de allí que no puso pega alguna.

—Ha sido una noche muy larga Wheeler. Pero también mucho más satisfactoria de lo que me habría atrevido a aventurar cuando nos encontramos en las catacumbas. ¿No te parece que eso sucedió hace días? Cuesta creer que fue tan solo anoche. En otros tiempos no habría contado con los avances tecnológicos necesarios que me han permitido hoy trasladar a la señorita Dufort hasta mi objetivo ¿te das cuenta? ¡Y todavía hay personas que desconfían de la ciencia! Muchas más de las que tú y yo imaginamos. Pero ¿sabes una cosa? En realidad el éxito de ese pequeño artefacto no es, ni de lejos, lo mejor que nos ha deparado la noche. Lo que realmente me alegra, lo que de verdad hace que por fin crea en las posibilidades reales de llevar a cabo mi proyecto, es que cuento con tu apoyo. No estaba del todo seguro de ti, ahora puedo confesártelo.

Fablet miraba a Max con la insistencia de un gato que aguardara la salida de un ratón de su madriguera. Su cráneo brillante, sus cejas grises, sus dientes relucientes... Max estaba tan cansado que le parecía encontrarse ante un villano de novela. Recurrió a lo poco que quedaba de su fuerza de voluntad para contestar. Llevaba toda la noche conteniendo el deseo de darle a aquel hombre una paliza. La tensión acumulada le había agotado. Prefería correr o levantar pesas durante horas antes que tener que controlar sus impulsos. Ese había sido siempre su punto más débil. No podía dejar que le venciera en ese momento.

—Me alegro de que sus dudas se hayan despejado—contestó. Esperaba

que con esas pocas palabras fuera suficiente.

—También yo, querido Wheeler. También yo. La gente que insiste tanto como tú suele perseguir objetivos poco compatibles con los míos. Pero te he estado observando a lo largo de la noche. Has presenciado mi pequeño espectáculo de fuegos artificiales y puedo asegurar que lo has disfrutado tanto como yo. Se te ve cansado, sin embargo. Por eso voy a dejar que te marches. Descansa y ven a verme esta noche. Hay mucho que debo contarte. Mucho más de lo que esperas, puedes estar seguro.

El camino hasta la salida se le hizo a Max muy largo; pero, más que por la distancia, por la imposibilidad de librarse del discurso de Fablet. Cuando por fin llegaron a la puerta principal un hombre vestido de oscuro se la abrió, solícito. No parecía parte del servicio doméstico.

—Uno de mis hombres te llevará hasta tu casa, si lo deseas.

Max rehusó.

—Hasta la cancela entonces, es un camino muy largo por un camino de tierra pisada. Precioso para que lo disfruten las visitas, pero poco práctico para caminar.

—Hasta la cancela, pues. Luego caminaré. Como ha dicho, K, ha sido una noche emocionante. Necesito pasear y pensar sobre ello.

—No le des muchas vueltas o llegarás a conclusiones precipitadas. Cuando nos veamos esta noche te daré todos los datos que te faltan. Y entonces nos pondremos a trabajar en serio. Y nadie, Blake, podrá pararnos. Eso te lo aseguro.

Fablet le tendió la mano a Max, que se la estrechó con fuerza. Le pareció, no obstante, que el apretón de K era más fuerte de lo que correspondía a un hombre de su edad. Lo achacó a su cansancio y volvió a despedirse.

Se bajó del coche cuando el vehículo alcanzó la verja exterior del jardín, esperó a que se deslizara y le permitiera la salida y caminó un trecho largo a

buen paso. Cuando llegaban a su altura, los taxis disminuían la velocidad, pero Max no tenía la intención de subir en uno. Afortunadamente, el mismo atuendo oscuro y cómodo que le había permitido saltar el muro que aislaba el recinto de las catacumbas del resto de París, le serviría para desahogarse. Caminó a paso más vivo durante otro puñado de metros. Necesitaba calentar los músculos. Cuanto más aprisa caminaba con más ansiedad le pedía su cuerpo echar a correr. Debía tener cuidado con el tráfico si no quería ser víctima de un atropello. Estiró el cuello y los brazos como último prolegómeno y comenzó a trotar. No había muchos peatones en esa zona de la ciudad. Probablemente porque la mayoría se movían en coches con chófer como el que Fablet le había ofrecido.

El mero nombre de Fablet hizo que se le disparara la adrenalina. No sabía cómo se las había apañado para no golpearle, para no darle una paliza de muerte aquella noche. Lo había convertido en cómplice de un atentado terrorista y de un asesinato a sangre fría. Lo había mantenido bajo vigilancia y bajo presión, pero Max no había cedido. Arcángel, su maestro, se habría sentido orgulloso. Él mismo en cambio sentía tanta furia que estaba a punto de explotar. Por eso se desfondaba en una carrera similar a tantas otras en entornos mucho más hostiles: había corrido en Brasil, había necesitado perseguir a un camión en Hong Kong, en el desierto... pero en ninguno de esos lugares el enemigo se mostraba tan insidioso como en el centro de Europa, en uno de los corazones mundiales del arte. Cuanto más lo pensaba, menos control ejercía sobre sí mismo.

—Pisa tierra —jadeó.

No sirvió de mucho esa primera vez, pero lo repitió una segunda, y una tercera. Como un mantra. Hasta que fue capaz de ordenar a sus piernas que moderaran la velocidad y a sus pulmones que regularan su respiración. Y a su cerebro, su parte más rebelde, a enfrentarse con la realidad. Una realidad

cruel que le enseñaba que en las personas anidaba el mal, un mal gratuito y carente de motivos.

Cuando se sintió con fuerza suficiente y cuando creyó que se había alejado lo bastante de la mansión Fablet, reconectó el dispositivo de comunicación. No lo había hecho hasta entonces, pero ya era hora de dar señales de vida. La voz de Mei llegó de inmediato. Aunque la mujer intentaba sonar distendida, Max distinguió perfectamente la preocupación en su tono.

—¿Una noche movida, jefe?

—Ni te lo imaginas.

—¿Con Fablet?

—Correcto —contestó Max. Era un alivio poder comportarse como le dictaban sus impulsos. Sin necesidad de falsas formalidades ni nada parecido.

—Entonces estás al tanto de lo ocurrido en Polonia.

—Lo estoy. ¿Tenéis algo más?

—Tenemos mucho más, Max. ¿Te lo contamos desde aquí?

Max echó un vistazo alrededor. Una pequeña plaza con un quiosco central lo esperaba complaciente unos pasos más adelante. Pidió a su equipo que esperara, compró un café para llevar y un periódico y se sentó en un banco bajo un frondoso árbol. Una vez se aseguró de que tenía todo el aspecto de un turista ocioso dio luz verde a los suyos para continuar.

Fablet no deseaba deshacerse tan pronto de Wheeler. Todo lo que le había dicho en la despedida se correspondía estrictamente con la verdad. Precisamente por eso le había importunado tanto el aviso. Por segunda vez alguien se colaba en su sistema en muy poco tiempo. Demasiado poco tiempo para su gusto. Además, en este segundo caso no se trataba de cualquier sistema, no. Se trataba del prototipo.

De todos modos espía la salida de Wheeler de la finca antes de acudir a su

despacho. No solicitó que nadie le siguiera porque estaba completamente seguro de su lealtad. Lo que le preocupaba ahora era algo que le había pillado completamente desprevenido ¿Edmond traicionándolo? No lo había adiestrado durante toda una vida para que unos estúpidos sentimientos lo pusieran en su contra. Y sin embargo allí estaban la pista de audio y la de vídeo demostrándole cuan equivocado estaba.

Presenció con una mueca de disgusto la película muda que mostraba a su hijo tratando de emborracharse. No, no había hecho falta diseñar el cuerpo para que no tolerara el alcohol. Se trataba más bien de una cuestión de hábito. Los Fablet practicaban la disciplina. Actuar de espaldas a las normas traía sus consecuencias. Asistió con asco a las lágrimas de Edmond. Cierta orgullo paterno se despertó en él cuando su hijo habló de los valores familiares y del poder del propio Fablet, pero todo aquello se desmoronó como un castillo de naipes en cuanto supo que aquella mujer, y quienquiera que estuviera con ella, había transferido a su hijo los archivos que explicaban lo que era exactamente. La tal Mei era inteligente. Una vez más, la última de muchas a lo largo de los treinta años que había compartido con su hijo, deseó que sus expertos genetistas hubieran podido extirpar la humanidad de su pequeño experimento. Pero no, eso no era posible. Pudieron hacerlo más fuerte, más resistente, más rápido y con los años le implantaron un ojo biónico. Podían añadir elementos a la materia humana, pero no podían despojarla de aquello que, en definitiva la convertía en humana.

—Muy bien, hijo mío. Veamos pues qué les has contado.

Fablet subió el volumen de la grabación y se dispuso a escuchar su propia historia de labios de su traidor hijo.

Mi padre nunca tuvo muchos amigos. No sé esto porque me lo haya dicho. A fin de cuentas se aprende tanto de las personas por lo que dicen como por lo que callan, y jamás en toda mi vida me ha hablado de ninguno.

A la única persona a la que se refería con algún tipo de afecto era a su madre, mi abuela. Ella era checa, vivía en una aldea. Por lo que sé cayó prendada del ideario nazi. Parece ridículo ahora que sabemos cómo el ejército de Hitler trató a... en fin, a todos los que no formaban parte de esa supuesta raza aria. Pero mi abuela no lo encontraba ilógico. He leído que pasaba con cierta frecuencia. Sobre todo en personas inteligentes y sin escrúpulos: que preferían unirse al invasor y atesorar así alguna oportunidad de sobrevivir. Aunque en realidad, el caso de mi abuela es paradigmático. Ella abrazó la ideología nacionalsocialista por sí misma, por lo que significaba.

Supongo que ayudó que se enamorara de un oficial nazi. A veces me pregunto si abrazó la línea de pensamiento del Partido debido a la influencia de mi abuelo o si se enamoró de mi abuelo influenciada por la línea de pensamiento del Partido. En cualquier caso ambos se encontraron y mantuvieron una relación. Mi padre nunca habla de sentimientos más que para condenarlos, así que desconozco la naturaleza de dicha relación.

A Klaus Fablet le daba náuseas asistir al desgranamiento de la historia más íntima de su familia, pero se tenía por un hombre duro. Y lo era. Entornó sus acerados ojos azules y se concentró en la voz de Edmond. Le costaba asumir que un proyecto en el que había invertido tanto dinero, tiempo y esfuerzo fuera a terminar de un modo tan absurdo, tan alejado de sus predicciones, de sus planes pero, sobre todo, de lo que dictaba su voluntad.

He visto fotografías de la época. Creo que mi padre las conserva porque el parecido con mi abuelo resulta evidente. Son en blanco y negro, por supuesto, pero los ojos de mi abuelo parecen casi transparentes. El gesto tenso de los labios cuando intenta sonreír es exactamente el mismo en ambos. Son como dos gotas de agua. Si mi abuelo hubiera sobrevivido al atentado...

—¿Un atentado? —preguntaba la mujer desde el otro lado de la comunicación.

—A eso me refería antes cuando hablaba de perspectiva, Mei. Mi padre habla de la muerte mi abuelo como de la consecuencia de un atentado. Vosotros seguramente lo consideraréis una acción de guerra completamente justificada. Da igual. Sea como fuere, cuando sucedió, mi abuela ya estaba embarazada de mi padre. Casada no. Los oficiales nazis no se casaban con aldeanas checas por mucho que estas abrazaran su ideología. Creo que ella pensaba que en algún momento mi abuelo dejaría a su mujer. Si es que la tenía. Mi padre nunca me ha hablado de esto. Creo que él evita pensar que toda su cruzada parte del deseo de una madre soltera y un hijo bastardo.

Fablet dio un golpe sobre la mesa y la madera se resquebrajó. En ese momento odiaba a su hijo con toda su alma. ¿Cómo se atrevía a llamarle bastardo? Bastardos eran los hijos de padre desconocido. El suyo había llevado galones alemanes en el uniforme y había sido abatido por un comando terrorista. Empezaba a comprender, al fin, que todo su esfuerzo había sido vano. No podía confiar en nadie, ni siquiera en su propia sangre. El germen de la traición siempre había anidado en su hijo. Siempre.

A pesar de que ya sabía lo que debía hacer, continuó escuchando. Lo hizo por amor propio. No podía dejar que las mentiras que estaba oyendo lo debilitaran. Al contrario, saldría fortalecido de esa prueba, una más de entre todas las que había soportado desde el momento de un nacimiento.

En realidad mi padre me ha transmitido en buena medida su admiración por mi abuela. Debía de ser una mujer de carácter. No solo proclamó su ideología y su relación ilegítima, sino que hizo todo lo posible por salvar a mi abuelo. Lo recogió tras el accidente y lo acogió bajo su propio techo. Sin ayuda de nadie porque nadie deseaba ayudar al enemigo, limpió sus heridas, le cosió las más profundas y aplicó todo lo que sabía en cuanto a

ungüentos y emplastos. Pero ella no era médica y la sabiduría popular poco podía hacer contra la sepsis provocada por la metralla incrustada en su cuerpo. La gangrena consumió el cuerpo de mi abuelo. Por fin, cuando murió, imagino que en medio de una terrible agonía porque en la aldea no habría analgésicos ni calmantes, mi abuela lo enterró en el jardín trasero. Bajo un manzano.

Así que mi padre creció comiendo manzanas abonadas con el cuerpo del suyo. Disculpa si me pongo muy lírico. Manzanas envenenadas, además, por el discurso pronazi y anticapitalista de mi abuela, que le insufló un insaciable deseo de venganza. Imagino que uno de los motivos por los que mi padre nunca tuvo demasiados amigos fue ese ¿qué niño checo iba a querer jugar con un aliado del enemigo? Creo que en casa de mi padre siempre desearon que Hitler ganara la guerra. Cuando la derrota se hizo evidente... Bueno, solo quedaba el rencor.

—¿Lo que intentas decirnos —intervino aquella harpía desconocida para K— es que tu padre ha atentado contra el parlamento polaco para vengarse de los aliados? ¿Y la Sociedad de Atón está metida en esto? Perdona, pero resulta muy difícil de creer.

—Sí, incluso a mí me ha sonado extraño mientras hablaba, pero el hecho es que es verdad. Mi padre desea devolver el mundo a una realidad que, de hecho, nunca sucedió. Él cree en la supremacía de la raza. Aunque, ahora que conozco mi origen, no sé muy bien a qué raza se refiere. Quizá desee crear un nuevo tipo de ser humano. De todas formas, claro que los miembros de la Sociedad de Atón le apoyan. Al menos aquellos que llegan a los puestos más importantes de nuestra jerarquía. No creeríais lo que esperan conseguir, lo que mi padre les ha prometido.

Fablet temió que su hijo, que aquel engendro, porque no estaba dispuesto a llamarlo hijo nunca más, desvelara su verdadero secreto. Afortunadamente la

mujer le interrumpió y recondujo la conversación por derroteros que a ella le parecían más importantes.

—Perdona, Edmond —dijo Mei—, entonces tu padre tiene más objetivos civiles en su agenda.

—Claro que sí: Gran Bretaña, Austria, la propia Francia, Estados Unidos... con el tiempo. Todas las potencias y pequeños países aliados que no se alinearon con el Eje. Todos ellos están en el punto de vista de nuestra familia. El calendario, además, es bastante ajustado. Ahora que ha empezado, no se detendrá.

La grabación seguía con un detalle exhaustivo de los planes de K a corto y medio plazo. Todo lo que le había confiado a Edmond se encontraba ahora en manos de aquel grupo, tenía que ser un grupo. Así que tenía dos opciones, acelerar el proceso o desaparecer durante una temporada.

—No me rendiré —gritó, a solas, en su despacho. Solo la mesa quebrada le oyó—. No ahora que ha empezado. Todo eso —dijo dirigiéndose a la pantalla ya muda de su televisor— no son más que manipulaciones de la verdad. Patrañas. ¿Dónde está el respeto que te enseñé? ¿En qué te has convertido, Edmond?

Pero Fablet no era un hombre al que las emociones pudieran controlar durante mucho tiempo. Pronto se repuso de aquella pequeña crisis. Se estiró el traje de chaqueta y llamó a Arnaud. En él sí podía confiar. Y lo necesitaba para seguir con el plan. Había que llevar a cabo un pequeño rodeo, cierto. Nada que no se solucionara en unas horas.

Arnaud ni siquiera prestó atención a la mesa destrozada, escuchó con total devoción a K. Asintió sin ninguna duda a todo lo que le fue ordenado y comenzó con los preparativos de aquella desafortunada nueva etapa del camino.

Capítulo 17

—¿Max?

Él no contestó. Trataba de pensar tan rápido como podía. Su equipo había descifrado el código, había descubierto el modo de infiltrarse en el cuartel enemigo y se había puesto en contacto nada más y nada menos que con Fablet hijo. Lo que acababa de oír le había hecho saltar todas las alarmas.

—¿Jefe, estás ahí? —repitió Mei.

—Os he oído, chicos. Pero me temo que tenemos un pequeño problema.

—De hecho —Dylan se permitió bromear, ya iba siendo hora, al menos desde su punto de vista—, tenemos un problema muy grande. Fablet va a atentar contra todo el mundo. Esto es un ataque a gran escala.

—Sí, pero antes de eso va a matar a su hijo.

Se hizo un silencio al otro lado del transmisor.

—Pensadlo. Si lo he entendido bien, os habéis colado en su cerebro a través de un canal de comunicación que Fablet creó para tener acceso a su visión y a sus comunicaciones. Por lo que sabemos, ese canal no es en vivo. Si no, Fablet se habría vuelto loco.

—Jefe, Fablet está completamente loco.

—Sí, Adam. Pero ya sabes a lo que me refiero. No se puede vivir con tanta información llegando al cerebro de manera constante. Nosotros hemos visto a K tan operativo como una persona normal.

Max alzó el periódico para que le tapara la cara. Le dio la sensación de que el dueño del quiosco le ponía mala cara. Luego siguió hablando.

—Eso me lleva a pensar que deben de tener un servidor donde los archivos creados por el ojo biónico de Edmond se descargan. Seguramente no desea saber todo lo que hace su hijo, sino tenerle controlado en determinados momentos. Esta noche debería ser uno de sus momentos. Al fin y al cabo ha

asesinado a su amante a sangre fría.

—Tiene sentido, Max —concedió Mei.

—Además, me pareció que me despedía muy precipitadamente.

—De hecho, tiene más que sentido. Si Fablet protegía sus archivos más o menos comunes y Solange no pudo extraerlos todos, seguramente el canal de comunicación con Edmond estaría igualmente cubierto —Mei comprendía por fin todas las consecuencias de su brillante idea.

—No me malinterpretéis —dijo Adam— pero la vida de Edmond me preocupa mucho menos que la de toda la gente amenazada por Fablet.

Max lo comprendía. De hecho estaba completamente de acuerdo. La vida de una persona no podía compararse con las vidas de cientos de miles y con lo que sucedería tras los primeros atentados. Una situación de guerra a nivel global no era beneficiosa para nadie.

—Necesitamos a Edmond. Nos ayudará a desenmascarar la Sociedad de Atón. Si muere, Fablet tendrá vía libre. Además, la frustración por saber que lo han traicionado le hará actuar más rápido.

—Lo más inteligente sería que...

—Sí, Mei, lo más inteligente sería que emprendiera una retirada táctica, pero ya sabemos que, por muy inteligente que sea, en la cabeza manda la megalomanía. No se echará atrás. Vosotros no le habéis visto esta noche. Yo sí.

—¿Nos reunimos en la mansión Fablet, entonces? —preguntó Adam.

—En las catacumbas —contestó Max—. No sé cómo lo ha conseguido, pero me arriesgo a la opción de que ambos lugares están conectados. Hay algunos indicios: aparición de los esbirros de K trayendo y llevándose a Solange por un camino diferente al que salí con él, la corta distancia que hicimos en auto... El acceso a la mansión está más que vigilado y nos conviene ser tan sigilosos como podamos.

En la oficina de *coworking* desde donde hablaban, Dylan, Adam y Mei sintieron la corriente eléctrica que les erizaba el vello cada vez que entraban en combate.

Dylan se avergonzaba hasta cierto punto por aquella excitación involuntaria. Sin embargo, por primera vez durante aquella misión, podía aportar algo realmente valioso. Hasta ese momento había estado encerrado o vigilando perímetros en los que ya sabían de antemano que nada sucedería. Lo más emocionante que había hecho había sido acudir a aquel museo en el que nadie se presentó. Pero ahora tenía la oportunidad de escoger armas.

—Catacumbas —dijo en voz alta— necesitaremos silenciadores si no queremos que nos exploten los tímpanos. Calibre medio y munición de sobra.

—Lo siento, Dylan —dijo Mei en broma. Sabía cuánto le gustaban a su compañero las armas de gran calibre. Si por él fuera acudirían a cada misión con rifles de asalto para usar de mondadientes y misiles tierra-tierra como poco.

—Tal y como están las cosas, esto es una fiesta para mí. Os advierto desde ya que llevaremos chalecos. A ninguno nos gustan, pero los espacios pequeños los carga el diablo.

—¿Por la probabilidad de rebote de las balas?

—Muy bien visto, Adam.

—Lleva uno de sobra —añadió Mei.

—Para Max, sí. No soy idiota.

Ni Mei pensaba que Dylan lo fuera, pero estaba distraída. Aunque la perspectiva de entrar en acción la excitaba tanto como a los otros dos, no podía quitarse de la cabeza el hecho de que ella sí había pensado en la posibilidad de estar convirtiendo a Edmond en un objetivo de su padre. Lo había pensado, había valorado las consecuencias y había optado por arriesgar esa vida. No sabía en qué la convertía eso exactamente, pero estaba segura de

que en nada bueno. De todas formas, lo único que podía hacer era dar lo mejor de sí para intentar salvarlo. Lo peor, en todo caso, era que sabía que ninguno de sus compañeros la cuestionaría y, por tanto, no tendría la oportunidad de explicarse. Como muchas otras cosas, eso tendría que solucionarlo a solas con su propia conciencia.

Adam no parecía demasiado preocupado por lo que se les venía encima. De hecho ni siquiera daba la impresión de que en realidad le interesara. Cuando dijo en voz alta lo que tenía en mente quedó claro el motivo.

—No vamos a colarnos en las catacumbas, chicos. No hay ninguna necesidad. Si lo hacemos y levantamos algún tipo de sospecha les pondremos sobre aviso. Creo que lo mejor es que entremos como cualquier otro turista.

—Hay arcos de seguridad. Siempre los hay —dijo Dylan.

—Y personal que los maneja. Iremos vestidos como personal de mantenimiento. Puedo conseguir que un contacto nos franquee el acceso. Cuando nuestras bolsas activen el detector de metales, nos dejarán pasar.

—¿Y de dónde vas a sacar esos trajes para que los tengamos a tiempo? —preguntó Mei, más por alejarse de sus propios pensamientos que por dudar de la capacidad de Adam.

—Quince minutos y estoy aquí con una furgoneta.

En la mansión Fablet las cosas sucedían en otro tono y a otro ritmo. K había iniciado ya su propia maniobra de evasión y se dirigía hacia la suite de su hijo. Pasillo adelante se movía con la elegancia fría que lo caracterizaba: la espalda erguida y el paso firme. La vista al frente, como un halcón y cierto aire militar que usaba cuando quería honrar la memoria de su padre. Llegó a la puerta tras la que Edmond no lo esperaba y no llamó. Por el contrario, se abalanzó sobre ella de tal manera que llegó al interior dando un traspié. Fablet hijo jamás lo había visto tropezar. A pesar de los acontecimientos de las

últimas veinticuatro horas, su primera reacción fue impedir que cayera.

—Hijo tenemos que irnos. Enseguida. Me he equivocado. —Edmond, que pocas horas antes creía no poder sobrepasar su estado de confusión, se encontraba todavía más perdido.

—Tú nunca te equivocas, padre ¿de qué hablas?

—Solange, no era ella la traidora. Yo no... Lo siento, Edmond. Lo siento tanto, hijo mío.

Edmond, tras asegurarse de que K estaba a salvo, de pie, se separó de él. Una cosa era que le sorprendiera y otra cosa que se comportara como un completo extraño. Su padre jamás actuaría así.

—¿A qué viene esto, padre? ¿Qué buscas?

—Hijo, date prisa —El gesto de angustia de K resultaba absolutamente convincente. Incluso la frialdad azul de sus ojos de herencia alemana se había empañado por una lágrima furtiva—. Viene tras de mí. Jamás lo habría imaginado, pero Arnaud...

En ese momento su lugarteniente irrumpió también en la habitación de Edmond. Empuñaba una pistola pequeña. Edmond no recordaba haber visto nunca un arma en sus manos.

—¿Has traído contigo a tu esbirro porque soy el siguiente? —Por un momento el hijo recuperó el sentimiento de rabia que le había provocado el asesinato de Solange.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? —La voz de K sonó desgarrada. Como si de verdad albergara algún sentimiento hacia su hijo.

Sin mediar palabra, Arnaud apuntó al hijo, pero erró el disparo. K, por su parte, se volvió de inmediato y le descerrajó un tiro que le acertó de lleno en el pecho. El cuerpo sin vida de Arnaud se desplomó sobre la alfombra.

—¡Padre! —Edmond miraba el cuerpo tendido del que hasta entonces había sido la mano derecha de la familia y el brazo tembloroso de K. Ni

siquiera sabía que fuera capaz de temblar.

—Yo nunca te pondría en peligro, Edmond. Esto era lo que trataba de decirte. Arnaud se ha descubierto a sí mismo ante Wheeler. Creía que Blake era el traidor y ha tratado de darle información confidencial. Por supuesto, Blake me ha informado de inmediato. Habría venido antes, pero necesitaba enviar lejos a este... traidor. Debe de haberse dado cuenta de que planeaba huir y no me ha obedecido. No puedo imaginarme cuantas veces habrá actuado en mi contra a mis espaldas. Ni lo mucho que habrá conspirado para que nuestra relación jamás haya sido la de un padre y un hijo.

Edmond sabía que Arnaud no había entrado al servicio de su padre hasta quince años antes, pero deseaba creer que K lo amaba. Lo deseaba por encima de su propia seguridad personal.

—Pero ¿por qué debemos irnos? Ya has acabado con él.

—¿Quién sabe cuántas ratas más viven en nuestra casa y comen de nuestra mesa, hijo?

En eso tenía que darle la razón.

—¿Vendrás conmigo?

—¿A dónde? —Edmond se sentía tan desdichado como feliz. Había deseado que su padre lo tratara de ese modo durante toda su vida. De alguna manera, la muerte de Solange servía a un propósito mayor.

—De momento saldremos por las catacumbas. He excavado un pasadizo secreto que nos sacará de aquí. Ahora mismo no me fío ni de los camareros ni de los limpiadores. Si Arnaud ha sido capaz... Así que ponte algo más cómodo. No te hará falta nada más que lo puesto. La única ventaja de tener una doble vida es que siempre he estado preparado para huir si se demostraba necesario.

Edmond obedeció. No podía evitar preguntarse como actuaría su padre si se enteraba de lo que le había contado a esa mujer, esa Mei que lo había

convencido para que desvelara los secretos de la familia. Ahora se arrepentía de haber retratado a Klaus como a un monstruo sociópata. Ojalá, se dijo, lo hubiera sabido antes.

Salió de la casa tras él, deseoso de conocer al nuevo Klaus, al que por fin lo trataría como a un hijo.

K llevó a su hijo hasta la entrada del pasadizo y abrió las planchas de acero que le servían de puertas con toda facilidad. Edmond estaba acostumbrado a esas exhibiciones de fuerza. Le constaba que su padre se cuidaba mucho. Debía hacerlo para soportar las maratones de encuentros diplomáticos en los que consistía su vida durante la mayor parte del tiempo. En la mansión, en todas las viviendas de lujo que habían ocupado a lo largo de los años, siempre había habido un gimnasio bien surtido. Aunque él mismo lo visitaba de vez en cuando, el auténtico fanático del ejercicio era su padre.

Ya dentro del corredor, K guio a Edmond, a diferencia de éste, Fablet junior sí deseaba mantener una conversación larga y profunda con su padre. El cabeza de familia no se hizo esperar.

—¿Tienes idea de cuándo construí este pasadizo? —K no dejó que su hijo contestara, y Edmond tampoco lo intentó. Conocía demasiado bien la retórica de su padre como para suponer que aquella pregunta esperaba una respuesta.

—En el momento en el que compramos la mansión para la Sociedad de Atón contraté a un arquitecto y un ingeniero adeptos a la causa. Entre los dos encontraron el mejor trazado. A ellos les importaba mucho menos mi seguridad que su bolsillo, así que no me importó pagarles con generosidad. En realidad pocas personas se han preocupado de mí más que yo mismo. Los demás han tratado de engañarme o se han unido a mí mientras creían que les era útil. Luego han desaparecido. Muchos dirían que este tipo de pensamientos me convierte en un paranoico. ¿Tú crees que soy un paranoico, hijo mío?

Edmond negó con la cabeza, pero su padre caminaba delante de él, así que

no vio su gesto.

—Te he hecho una pregunta, Edmond. Ya sabes lo poco que me gusta que no me contestes cuando te hablo.

—No, padre. Después de lo que ha pasado con Arnaud no creo que seas un paranoico. En absoluto.

K carraspeó y Edmond se dio cuenta de su error. Tal como se había expresado, parecía que sí hubiera creído en la paranoia de su padre con anterioridad. Se puso en tensión, esperando la reprimenda. Sin embargo esta no se produjo.

—Ese tipo de torpezas harán que jamás alcances un cargo público relevante, hijo mío. Tienes que aprender a pensar antes de hablar. De otra manera ofenderás a muchas más gente de la que halagues y nuestro objetivo es, precisamente, atraer a más adeptos, no espantarlos. Estoy seguro de que lo que querías decir es que la traición de Arnaud no ha hecho más que confirmar tus sospechas de que todas mis precauciones respondían a motivos fundados.

—Sí, eso quería decir —afirmó Edmond, aliviado.

—Pues la próxima vez di eso. Porque mentir, incluso cuando no se hace a propósito, siempre juega en contra del mentiroso. Arnaud debía de estar muy seguro de sí mismo. A decir verdad no tengo la menor idea de por qué ha cedido a un impulso tan absurdo como el de pasar información precisamente hoy. Creo que el espectáculo de esa mujer volando por el aire en mil pedazos ha resquebrajado su armadura.

—Padre, yo...

—Sí, sí, perdona. Estabas enamorado de ella y ha muerto por mi culpa. Es verdad que un poco paranoico sí que me he puesto a veces. Esa muchacha te quería, sin duda, y yo la convertí en una bomba humana de relojería. En fin, tampoco es que lo hiciera yo con mis propias manos. Yo casi nunca hago nada. Así es más fácil declarar que no soy culpable de algo. Lo entiendes, ¿verdad?

—Pero has matado a Arnaud. Por mí.

—Sí, he disparado a Arnaud por tu culpa. En cualquier juicio se entendería que el responsable último has sido tú. ¿Qué padre no haría lo que fuera por su único hijo?

A Edmond aquel discurso empezaba a sonarle mucho menos amable de lo que las palabras deberían transmitir. Algo no marchaba bien.

—Para un momento y escucha.

Edmond obedeció. Estaba programado, o así se sentía, para seguir las instrucciones de Klaus hasta las últimas consecuencias. Al principio no supo por qué le había pedido que se detuviera. A los pocos segundos, en cambio, oyó unos pasos. Sonaban lejos, pero se acercaban poco a poco.

—Nos siguen, padre.

—Sí, eso quería comprobar. No pasa nada, no te preocupes. Todo esto ha sido cuidadosamente planeado, así que no tienes nada por lo que asustarte. Además, también sabes lo mucho que me molestan los cobardes. ¿Te puedo preguntar una cosa?

—Claro, padre.

—Esta noche, ¿has pulsado el botón que condenaba a Solange?

Edmond quería mentir, pero acababa de oír como su padre decía que las mentiras siempre se volvían en contra del mentiroso. Por otra parte, por mucho que todas las señales indicaran la dirección contraria, deseaba creer que aquel paseo por las entrañas de París le dirigía a una nueva relación con su padre. Así que dijo la verdad.

—No, no pude.

—Lo imaginaba. Y no creas que te considero un cobarde por ello. En parte me decepciona tu desobediencia, pero ahora que los dos sabemos que ella era inocente, me alegra que no contribuyeras a su muerte.

Caminaron unos minutos en silencio. Los pasos detrás de ellos sonaban

cada vez más cerca.

—Padre...

—Por amor de Dios, Edmond ¿de verdad vas a avisarme de que nos siguen? ¿De verdad he creado un imbécil manifiesto de este calibre? ¡Claro que nos siguen! Nos sigue Arnaud ¿En qué mundo crees que dispararía a mi sirviente más leal para salvar a un hijo que me ha vendido a una desconocida? ¿Puedes explicármelo, por favor?

Edmond ni siquiera se quedó paralizado. Aquella versión de su padre se correspondía mucho más con su padre que la que llevaba viendo durante las últimas dos horas. Corrió hacia delante, trató de adelantarlo. Suponía que K no lo asesinaría con sus propias manos y que por tanto tenía más posibilidades de salir bien de aquella si lo adelantaba. Arnaud no dudaría en abrirle la cabeza.

Pero K, como su hijo sabía perfectamente, era ágil y fuerte, de modo que lo interceptó sin mayor esfuerzo. Edmond, imposibilitado para huir, se dejó caer en el suelo. Klaus tenía razón: era un imbécil, carecía de talento, perspicacia y personalidad.

—Mátame, padre. Mátame ahora.

—Ni lo sueñes. Ahora te levantarás de ahí. Yo te he creado, yo he dispuesto de tu vida y dispondré de tu muerte cuando así lo considere. Pero te aseguro que no vas a morir en un pasillo para que cualquier turista despistado te encuentre y nuestros planes queden al descubierto. Voy a cambiar el mundo, Edmond. Habría querido hacerlo contigo, pero nunca una creación se ha revelado tan inútil como tú.

—Nunca me quisiste. Lo que dijo esa mujer, Mei, era cierto.

—Arnaud, cierra la boca de este estúpido. Si tengo que seguir oyendo sus tonterías me va a dar un infarto.

Arnaud, siempre preparado para cumplir las órdenes de su amo, amordazó a Edmond y lo obligó a levantarse y a seguir a su padre. Ahora caminaban en

una hilera de tres personas. El hijo sospechaba que no tardarían demasiado tiempo en convertirse en dos y casi lo agradecía.

—Nunca se trató de amor filial, sino de transmitir un legado. He oído la historia que le has contado a esa intrusa. No has entendido nada. Te lo he contado cientos de veces y te las has apañado para no entender nada. Yo no te quiero igual que no quise nunca a mi padre. Si lo piensas tiene cierta lógica puesto que nunca lo conocí. Sin embargo yo no sería lo que soy sin él, sin lo que él cedió de sí mismo para crearme. La contribución de mi madre fue mayor. Ella me llevó en su vientre, me trajo al mundo, me crió y me dio mis primeros conocimientos. Entre ellos el de los motivos que animaron a mi padre, a tu abuelo, a hacer del mundo un lugar nuevo. Yo adopté sus creencias como propias por respeto. No quiero vengar su muerte, pequeño estúpido corto de miras. Lo que quiero es honrar su memoria, terminar la obra que él y los suyos comenzaron ¿Cómo es posible que no hayas sabido ver eso? ¿Cómo es posible que estés tan ciego?

Edmond se ahogaba. La mordaza le obligaba a respirar solo por la nariz, pero las lágrimas que amenazaban con avergonzarle todavía más le estaban congestionando.

—Me cuesta creer que tu única reacción vaya a ser llorar como un chiquillo ¿Tienes idea de cuántas lágrimas derramó esa rata tuya, la hija del primer ministro? Ni una sola. Y te puedo asegurar que no lo pasó bien. Para cuando mis ingenieros acabaron con ella su sistema nervioso había sobrepasado con creces el umbral del dolor. Ella sí era una adulta, una persona hecha y derecha.

Sin venir a cuento, Fablet padre se detuvo en un recodo del camino. Edmond lo imitó, pero Arnaud le obligó a seguir caminando. A punta de pistola le guio hasta una pequeña cueva y le indicó con un gesto que se pegara a la pared del fondo. Las pequeñas bombillas de tungsteno que iluminaban el

camino no dejaban ver gran cosa, pero a Edmond le pareció que unos cables recorrían el techo y las paredes. No hacía falta mucha imaginación para adivinar lo que estaba a punto de pasar.

Ante sus ojos, K extrajo un interruptor del bolsillo de su chaqueta. Se parecía tanto al que él mismo debía haber usado para matar a Solange que incluso podría tratarse del mismo. Lo agitó ante sus ojos, a cierta distancia.

—Mentiría si te dijera que había esperado no usar esto. Siempre supe que lo necesitaría. Te puedo confesar al fin que hace años que dejé de confiar en tus capacidades. Debes concederme en cambio mi empeño por ayudarte a ser mejor. No lo he conseguido. Pero no te mataré. Ya te he dicho que no soy un asesino. Voy a pulsar este botón y del azar dependerá que vivas o mueras. Y, si vives, del azar dependerá por cuánto tiempo lo hagas.

Edmond encontró un resquicio de coraje que no sabía que tenía y se irguió. Arnaud le había amordazado, pero no le había atado. Así que hizo lo único que podía hacer para comunicarle a su padre la opinión que tenía de él. Alzó la mano derecha, la cerró en un puño y alzó el dedo corazón en un gesto universal.

—Un bonito último gesto final —dijo K. Y pulsó el botón rojo. Efectivamente, era el mismo que Edmond no había sido capaz de usar.

Una gran cantidad de rocas y polvo se desprendieron del techo alrededor de Edmond. El corredor se llenó de polvo y de pequeñas piedras que rodaban en todas direcciones. El sonido dejó momentáneamente sordos a Fablet y a Arnaud. Ninguno de los dos se molestó en comprobar si el tercer hombre había fallecido. Se dispusieron a abandonar las catacumbas por el mismo lugar por el que habían llegado a ellas, pero no se encontraban solos allí abajo.

Capítulo 18

Entrar en las catacumbas fue tan fácil como Adam había previsto. Nada de despistar a vigilantes de seguridad aficionados con trucos de colegio. Bastó que los cuatro se colocaran los monos de trabajo de la empresa de mantenimiento. Max los esperaba cerca del lugar. Lamentablemente, ya lo conocía demasiado. Se disfrazaron en la parte trasera de la furgoneta y escondieron las armas en sobaqueras y cinturones. Así, su contacto en el interior no tendría que explicar la presencia de objetos peligrosos en los escáneres. Bastaría con que los revisara de manera personal con el escáner de mano.

—Cuando consigues este tipo de cosas, Adam, haces que me sienta completamente expuesta —dijo Mei.

—¿Qué quiere decir eso? —Adam había perdido toda su elegancia al enfundarse el mono de poliéster, demasiado holgado y con manchas de alguna sustancia indeterminada. Un disfraz perfecto. Nadie sospecharía de ellos.

—Siempre hay alguien, en cualquier institución o lugar público, dispuesto a dejarse sobornar. Reconoce que no es precisamente tranquilizador —prosiguió Mei.

Adam asintió con la cabeza, pero fue Max quien contestó.

—Tienes toda la razón, Mei. Solo podemos confiar en que la mayor parte de las personas no son megalómanos dispuestos a convertir el mundo en un lugar habitado por seres mitad hombres y mitad máquinas.

—Lo peor de K no es eso, jefe —intervino Dylan—. Tal como yo lo veo el transhumanismo no está tan mal. Hay gente que se inserta bombas de morfina para soportar dolores crónicos y cosas así. Se podría mejorar mucho la calidad de vida de las personas. El motivo por el que debemos deshacernos de K es que... bueno, si lo he entendido bien, antes de empezar con su plan

maestro quiere terminar con una gran parte de la población mundial ¿no es así?

—Pero no se lo permitiremos —cerró Max— ¿Todos listos? No podemos perder más tiempo. Fablet es rápido. Sea lo que sea lo que haya planeado ya habrá empezado a ejecutarlo.

Los cuatro bajaron de la furgoneta como un solo hombre. Como no había señal en las catacumbas Mei acompañó esta vez a sus compañeros. Llevaba las botas del ejército chino que jamás se quitaba y el pelo oculto bajo una gorra negra de trabajo. Solo Max ocultaba su rostro bajo unas gafas de sol. No usaron la puerta general del público, sino una lateral, de acceso para el personal. Dentro, unos funcionarios con cara de pocos amigos les hicieron perder un tiempo precioso comprobando unas listas en las que, merced a las buenas prácticas de Adam, el grupo sí figuraba. Uno de los hombres, bajito y rechoncho, cogió el escáner manual mientras otro pedía a Mei que se ocupara de pasar las bolsas por el automático. Pasaron el control sin problemas y obtuvieron unas pegatinas que los identificaban como visitantes provisionales, sin nombres. Gracias a ellas podían moverse con total libertad por el recinto y por el interior de las catacumbas.

Buscaron un aseo y se quitaron los monos de trabajo. Con cuidado, pegaron las pegatinas en un lugar visible de sus ropas oscuras y se dispusieron a recorrer aquellos pasadizos subterráneos llenos de huesos más antiguos que el miedo.

—Llegaremos a una especie de plaza con un mausoleo.

Mei puso un gesto extraño ante esa pequeña descripción hecha por Max.

—Yo tampoco sabía que aquí dentro había mausoleos, pero los hay. Y plazas, y las calles tienen nombres. Cuando llegemos a esa plaza veremos que los turistas deben ir a la derecha. Nosotros tomaremos el camino contrario, hacia la izquierda. Cuando vine esto estaba cerrado, pero noté que el camino más transitado no era el que tomé con Fablet. Así que eso es lo que

debemos hacer. Las armas las ocultaremos hasta que perdamos de vista a la multitud.

—Entendido, jefe —contestaron al unísono.

Caminaron por entre una multitud de orientales que más que hacer fotos parecían ocultarse detrás de sus objetivos carísimos y de las pantallas de sus teléfonos móviles. A Max se le ocurrió que, si de verdad alguno de ellos hubiera visto o sufrido la muerte de cerca, no la fotografiarían con aquella superficialidad. No tardaron en llegar a la plaza con el mausoleo y separarse del grupo. Sus atuendos oscuros los ayudaron a pasar desapercibidos. Tomaron el sendero de la izquierda, sin señalar, al contrario que la mayoría de los callejones por los que habían pasado. Se encontraba desierto.

—Sigamos por aquí. Más adelante esto se convierte en un laberinto, pero Fablet ha instalado una pequeña red eléctrica. Creo recordar que solo girábamos a la izquierda.

Así lo hicieron. Escogieron la izquierda cada vez que se encontraban en una bifurcación. Caminaban sin demasiado cuidado por ocultarse. Al fin y al cabo no había motivo para que nadie los esperara allí abajo. Fablet confiaba en Max, a quien él conocía como Blake Wheeler, y no tenía la menor idea de que Mei conociera la existencia de las catacumbas. Sin embargo, una desagradable sorpresa los esperaba en una especie de claro más abierto que el resto. Confiados, se adentraron en él. Al contrario que en encrucijadas anteriores, allí se abrían al menos cinco túneles. Max no estaba seguro de cuál los llevaría a la Mansión Fablet, así que se detuvo.

De repente, unos focos de gran potencia los cegaron y una ráfaga de disparos se estrelló en el suelo, junto a sus pies. Los cuatro retrocedieron al unísono. Los niveles de adrenalina se pusieron muy por encima de lo normal.

—¿Por qué está esto aquí, jefe? —preguntó Dylan.

—Pensadlo —contestó Mei—. ¿Qué es lo que sabemos de Fablet? Es un

absoluto paranoico. Vive en una fortaleza, protege su información con unos estándares de seguridad simplemente inalcanzables para el resto.

—Exacto —concedió Max—. Si hubierais visto el centro de mando que tiene instalado en su salón lo comprenderíais. Allí abajo la comunicación con el exterior está completamente controlada por él. Tiene un teléfono vía satélite que se usaba en la guerra fría. Por eso no pude comunicarme con vosotros. Este pequeño despliegue es muy propio de personas como él, en realidad.

—Bueno, afortunadamente para nosotros —dijo Dylan— me encanta venir bien preparado.

Metió las manos dentro del chaleco antibalas y sacó dos pequeños cartuchos, minúsculos.

—¿Gas lacrimógeno?

—Más bien somnífero. Necesito que vosotros os carguéis los focos. Luego llenaré ese agujero de gas somnífero. El efecto es prácticamente inmediato, pero se trata de un compuesto muy volátil. Desaparece en unos cuarenta segundos.

—Espero que no nos hagais dormir a nosotros, Dylan.

—Y yo espero que tengáis buena puntería. Contad hasta tres después de apagar el último foco y luego contened la respiración cincuenta segundos —dijo el experto en armas.

—¿No eran cuarenta? —porfió Adam.

—Por si acaso.

En cuanto los tiradores se mostraron comenzaron los disparos. Afortunadamente el objetivo del equipo no era el enemigo sino los focos. La luz era tan potente que hería las retinas. Por supuesto, la oscuridad lo cubrió todo en un momento. Luego los tres se pusieron a cubierto y Dylan hizo su parte.

No se oyó ni una tos. Aunque la reverberación de las andanadas de

disparos no había dejado a Max y a los suyos en el mejor estado para distinguir sonidos sutiles. Un minuto después, Dylan fue el primero en probar si su plan había sido eficaz. Caminó a oscuras unos pocos pasos en dirección a los túneles. Nadie le disparó. La luz allí era exigua ahora que los focos no funcionaban, pero suficiente para hacer blanco si alguno de los tiradores enemigos hubiera quedado con vida.

—Todo despejado, chicos.

—Por el tercer túnel, equipo. Estamos cerca del lugar donde vi a Solange por última vez.

Con una sincronización que solo se consigue tras muchas horas de entrenamiento y trabajo conjunto, los cuatro se adentraron en el camino que Max había señalado. Mucho más prudentes después del primer encontronazo, se movían al trote. Si caían en otra trampa en un lugar como aquel morirían como ratones en fila india.

Pero nadie más les esperaba allí, ni en la salida del túnel. Entonces, cuando ya estaban convencidos de que saldrían de allí a tiempo para detener a Fablet oyeron la detonación. Alguien había colocado explosivos allí abajo y los había hecho estallar, pero ¿qué clase de enfermo ponía una bomba en un subterráneo?

—Hacia allí, chicos. Hacia el sonido.

Ninguno de los otros tres cuestionó la orden. Corrieron como si se encontraran en zona de guerra. Y efectivamente, allí se encontraban. No tardaron en identificar el lugar del que había provenido la explosión. El polvo no se había asentado todavía sobre el suelo. Desde la izquierda, la dirección en la que Max ubicaba la Mansión Fablet, se acercaba lo que parecía una tropa de asalto.

—Nos encargamos nosotros, Max. Si ellos vienen de allí, Fablet ha debido de entrar antes. Ha debido de huir por la derecha.

Tenía sentido. Ellos se habían entretenido demasiado, habían sido demasiado lentos. La persecución solo tendría éxito si tres de ellos se quedaban allí, como estrategia de contención. Fablet se encontraría sin más protección que la que pudiera prestarse a sí mismo. Era un hombre mayor. Por muy en forma que estuviera, Max podría reducirle.

Los cuatro se acercaron al cruce de caminos para tomar posiciones. Mei, Adam y Dylan sorprenderían a los mercenarios enemigos y cubrirían la retirada de Max. Pero cuando se acercaban al montón de escombros al que llegaban o del que partían los tres caminos, el propio Max creyó percibir un destello de color rojo.

—¿Qué demonios es eso?

Mei fue la primera en verlo.

—¿Un láser enterrado por la explosión?

—No tiene sentido ¿por qué iba nadie a detonar una bomba para deshacerse de un láser? Fablet usaría un arma así, si la tuviera en su poder.

—¡Edmond! —adivinó la propia Mei.

Así que Max había acertado a la hora de prever los movimientos de K; Fablet padre había asesinado a su propio hijo. Lo había sepultado bajo una avalancha controlada de rocas, calaveras, tibias y escombros. No se podía caer más bajo. No se podía ser más despreciable.

—Jefe, creo que no está muerto —apuntó Adam.

—No, no lo está —añadió Dylan— el haz de luz parpadea. Diría que es morse para S.O.S. Está pidiendo ayuda.

Max tenía muy claro lo que debía hacer: encontraría a Fablet mientras su equipo se encargaba del ejército que se les venía encima. Si la luz salía de la montaña de escombros el aire también tendría una vía de entrada. Iba a salir corriendo en busca de su objetivo cuando algo inesperado sucedió. La carrera de los mercenarios hizo temblar el corredor. Las paredes y el techo más

cercanos a la prisión de roca de Edmond temblaron. Algunas piedras y huesos más se desprendieron. El haz de luz roja desapareció de la vista.

—¡Maldita sea! —gritó Max. Los otros tres ya se habían apostado en las posiciones óptimas para contener al enemigo. Ahora él debía escoger: perseguir al padre o salvar la vida del hijo. Si el padre escapaba el mundo no estaría seguro. Si el hijo moría, en la conciencia de Max quedaría haber dejado morir a un inocente. Se preguntó qué habría hecho Arcángel de haberse encontrado en su situación. La respuesta resultaba evidente: “pisa tierra, Max. Toma la decisión más beneficiosa para el bien común. De nada servirá salvar una única vida si la libertad del padre hará que esa misma vida y muchas otras estén en peligro”.

—Voy por K vosotros, daos prisa. A Edmond no debe de quedarle demasiado aire ahí dentro.

—Entendido, jefe. Nos ocupamos.

Antes de salir corriendo en pos de Fablet, Max echó un último vistazo a la montaña de roca. Confiaba en los suyos. Estaban casi programados para confiar. ¿No era aquello otra manera de transhumanismo? ¿La reprogramación cerebral? ¿Manipular tanto los mecanismos de acción y reacción no era lo mismo que tratar a los seres humanos como máquinas? ¿Y no les había salvado ello la vida en muchas ocasiones a los cuatro? Max se detestaba por empezar a comprender las intenciones de Fablet y de toda la Sociedad de Atón, así que se centró en las palabras de Dylan: lo malo no era querer que la especie humana fuera la mejor versión de sí misma. Lo malo eran los asesinatos masivos que llegarían antes de esa evolución.

Comprobó que, efectivamente, su equipo se había cubierto las espaldas y que se encontraban listos para defender su posición.

Adam, Dylan y Mei, por su parte, no tenían ni un pensamiento para Max. Ya estaban completamente concentrados en lo que se les avecinaba por

delante.

—Armas de bajo calibre y con silenciador. Vamos a tener que ser muy precisos, chicos —dijo Mei.

Mientras Max se alejaba, sin mirar atrás, Adam hizo el primer disparo. Uno de los enemigos cayó y la formación de la escuadra sufrió un pequeño desorden.

—Lo bueno es que somos precisos y que el silenciador no delatará nuestra posición.

—Hilera del centro para mí —dijo Mei y también disparó.

Entre los tres se las apañaron para derribar a un buen puñado de mercenarios de la Sociedad de Atón. Hasta que los otros se dieron cuenta de que se dirigían a un matadero y retrocedieron corredor arriba. Su siguiente movimiento fue apagar las bombillas que habían iluminado su llegada.

—Me temo —comenzó Adam— que este es el fin de nuestra posición de superioridad.

Algo le golpeó la cabeza. Llegaba desde un lado. En concreto desde la posición de Dylan.

—Nuestra amiga de comunicaciones no es la única que tiene aparatitos deslumbrantes. Ponte eso. Parecen gafas de piscina pero te aseguro que no lo son.

Mei, que también había recibido unas, ya se las había puesto.

—¿Visión nocturna? —preguntó.

—Mucho mejor. En el puente tienes un botoncito minúsculo.

Adam lo encontró sin problema y lo pulsó.

—¡Visión térmica!

—Así es, amigos míos. Ahora, paciencia.

Pero no hubo mucho espacio para la paciencia. El estruendo de varias ráfagas de disparos y los brillantes estallidos de las semiautomáticas los

obligaron a cambiar de plan.

Mei conocía de sobra su capacidad para concentrarse ante una pantalla. Podía dejar fuera toda interferencia exterior. También se había entrenado para poder hacer lo mismo en cualquier contexto. En combate, sobre todo, su estado de alerta se intensificaba. Sin embargo el nivel de ruido de los fusiles de asalto del enemigo se multiplicaba en el laberinto de corredores de las catacumbas. Imaginó que sus dos compañeros estarían haciendo lo mismo que ella; es decir, arrancar pequeños trozos de tela de su ropa para fabricar tapones para los oídos. No los aislarían por completo, pero al menos evitarían que la reverberación y el eco los volvieran locos.

La visión térmica de aquellas gafas minúsculas, como de piscina, que Dylan les había entregado no era perfecta pero resultaba más que suficiente para identificar las posiciones de todo el mundo. Por su parte, el enemigo solo dispondría de una visión estroboscópica de la situación. Y eso gracias a la luz engañosa del estallido de sus propios disparos. Eso los ayudaría, a ellos tres, a ocultar sus posiciones durante más tiempo.

Aunque debían moverse con rapidez y tomar un buen puñado de decisiones individuales por segundo que no pusieran en peligro al equipo, Mei confiaba en la experiencia común. Decidió quedarse en retaguardia y ofrecer fuego de cobertura. Era la más capaz de los tres de mantener un estado de calma suficiente para apuntar y disparar. Por tanto, también era la que más bajas causaría con un desperdicio menor de munición.

Se levantó unos segundos para evaluar la situación. Aprovechó un momento en que no había disparos. Ya había un número considerable de cuerpos tendidos en el suelo. Sus colores, verdes y azules, mostraban que se trataba de cadáveres más o menos recientes. La rapidez con que la vida y el calor se escapaba de los cuerpos no dejaba de sorprender a Mei. Igual que seguía sorprendiéndola, esta vez de manera positiva, la capacidad de reacción

de sus compañeros. Ambos se arrastraban, en absoluto sigilo, en dirección a las líneas enemigas. Si les conocía en lo más mínimo, creía poder adivinar lo que iban a hacer. Su misión estaba clara: distraer al grueso de los tiradores contrarios.

Mei disparó tres tiros sin apuntar. Uno a cada extremo del frente. No esperaba matar a nadie, solo atraer hacia ella el siguiente ataque. Un movimiento reflejo, al que ningún soldado podía sustraerse, los obligaría a disparar en su dirección. Tras la última bala Mei se tiró al suelo y rodó hacia la derecha. Debía convencerles de que los tres permanecían en sus posiciones mientras sus dos compañeros seguían con su propio modo de ofensiva.

Mei era ágil, rápida y estaba motivada, así que, cuando volvió a disparar lo hizo desde muy cerca del lugar donde Edmond estaba emparedado. Frente a ella un caos de estallidos, luces intermitentes y el estruendo apenas mitigado por los tapones improvisados hacía que el techo desprendiera arenilla y alguna piedra. Si aquel escuadrón de estúpidos no se movía, Dylan y Adam no necesitarían esforzarse mucho. Con toda probabilidad conseguirían que las catacumbas se desplomaran sobre sus propias cabezas.

Volvió a rodar sobre sí misma; en esa ocasión para ocupar la teórica posición de Dylan. Disparó con más calma. Debía causar alguna baja real para que el enemigo no descubriera su maniobra. Al detenerse para apuntar vio que sus amigos y compañeros ya habían alcanzado la primera línea de cadáveres. Allí, casi totalmente al descubierto, trabajaron en equipo para formar una especie de muro de contención con tres cuerpos. Eso les serviría como primer parapeto.

Efectivamente, Dylan y Adam habían concebido el mismo plan a la vez. No resultaba extraño si se tenía en cuenta que los dos habían recibido el mismo entrenamiento y que por tanto eran capaces de analizar los posibles usos de los recursos disponibles. La idea era alcanzar a los primeros caídos y

formar un murete lo bastante ancho como para permitirles cubrirse a ambos. No podía sobrepasar los dos cuerpos de altura. De otra manera, incluso los destellos estroboscópicos provocados por los rifles de asalto los delataría. Una vez montada esa pequeña defensa, solo debían moverla poco a poco hacia adelante.

Ambos sabían que Mei comprendería sus intenciones en cuanto los viera reptar en dirección a las líneas enemigas. La misión de la mujer consistía pues en causar bajas estratégicas. Debía mantener la atención centrada en ella misma y matar a hombres cuyo cadáver no constituyera un obstáculo para el avance de ellos dos. Así, el enemigo no percibiría una línea de cuerpos que se les acercaba, sino que creería que nuevos miembros de sus filas habían caído.

Los tres trabajaron en perfecta sincronía. De hecho, la estrategia salió tan bien que Dylan y Adam no tardaron más de treinta minutos en alcanzar la distancia cuerpo a cuerpo. En un ejercicio de combate que bien podía tenerse por guerra sucia, atacaron a las rodillas de los primeros adversarios que encontraron.

Los mercenarios, entrenados con eficiencia, no supieron leer la estrategia del equipo de Max. No comprendieron con la rapidez suficiente por qué sus compañeros caían junto a ellos si no se oían disparos de ningún tipo. Mei había cesado su fuego de cobertura cuando vio las primeras manchas de color caer como muñecas rotas. Ahora se trataba más que nunca de una cuestión de tiempo. El enemigo no dispararía entre sus propias filas. Si lo hacía había más posibilidades de morir bajo fuego amigo que de acertar al objetivo real. Mientras Dylan y Adam terminaban su tarea de caballo de Troya, ella se dedicó a inspeccionar el montón de escombros del que tendrían que sacar a Edmond cuando aquello terminara.

No sería una tarea fácil: con el tipo de visión cambiado a nocturna, Mei dedujo que no podían quitar las rocas de la base porque el resto podría

desplomarse sobre el hombre ya emparedado. Tampoco podrían trepar por el mismo motivo. Tendrían que formar una especie de pirámide humana y empezar por la parte de arriba. También tendrían que tener suerte. El techo, sobre todo después de la exhibición de disparos a discreción, podría derrumbarse en cualquier momento.

Del frente enemigo sólo quedaban gemidos. Volvió a cambiar el modo de visión de aquellas gafitas. Cuando vio que sus dos amigos se levantaban y que bajo ellos la masa de color pasaba del rojo al violeta contuvo el aliento. Sin duda, Dylan conservaba más gas somnífero. Y no había mejor momento para usarlo que aquel. Como había hecho antes, contó hasta cincuenta y luego respiró hondo. Oía raro, pero podía deberse al polvo desprendido o a la pólvora. La sangre fresca también despedía un olor peculiar.

—¿Todo bien, chicos?

—Perfecto, Mei ¿y tú? ¿Te han herido?

—Ni un rasguño.

—Pues ven aquí y ayúdanos a atar a este grupo. Quizá se desangren antes de recuperar el conocimiento, pero no podemos arriesgarnos —dijo Adam.

La situación de Edmond empezaba a ser de extrema urgencia, pero Mei sabía que la petición de Adam estaba avalada por la lógica. Si los caídos se alzaban y los sorprendían tratando de llevar a cabo su labor de rescate, no habrían adelantado nada.

—No me digas que también has traído bridas —dijo Mei. Se dirigía a Dylan.

—Está bien, no te lo diré. Pero ven aquí y coge unas pocas. Calculamos que hay unos quince cuerpos con vida. Cinco para cada uno.

—Perfecto. Creo que sé cómo podemos sacar a Edmond de ahí dentro sin arriesgar demasiado su vida.

—Eso si todavía no ha muerto —apuntó Dylan con pesimismo.

—Esperemos que no.

Mei les estaba indicando cuál era exactamente su idea cuando a su espalda sonaron varios nuevos disparos.

—¿En serio? —Adam parecía más molesto que preocupado. Como si le hubieran interrumpido durante el té de las cinco.

—No llegan desde el exterior, sino desde donde veníamos nosotros —dijo Mei— ¿Cuánto dura ese somnífero Dylan?

—Lo suficiente, pero no mucho más.

—Vale. Pues nada de estrategias ni inteligencia militar, chicos. Coged esos rifles y dadles caña. Edmond no tiene tiempo para que nos andemos con remilgos.

Mei sonrió cuando vio cómo las manchas de luz amarillas que representaban los brazos de sus compañeros rebuscaban algo a la altura de sus caderas y luego subían hasta los oídos. También ellos se habían fabricado tapones. Resultaba más que reconfortante ver cómo seguían actuando con ese tipo de sincronía.

Luego, los tres se colocaron en línea y abrieron un fuego tan denso que los disparos que recibían en contra se detuvieron casi en seco. Mei miró hacia arriba. La estabilidad de las catacumbas peligraba, pero no había marcha atrás. O salían de allí los cuatro, ellos tres más Edmond, o no saldría ninguno. Por lo menos, de eso estaba segura, a Max no le perseguiría ningún esbirro más.

Adam y Dylan manejaban pensamientos similares y, de la misma forma, continuaron con aquella acción tan poco sutil pero tan efectiva. La luz de las ráfagas no permitía que las gafas realizaran plenamente su función, pero de todos modos vieron que los enemigos caían uno tras otro. Dylan mantenía un ojo en el suelo, por si los otros tenían la misma idea que ellos, pero no fue así. Él fue el primero en detener los disparos. Mei lo siguió. Adam fue el último.

Incluso con el polvo en suspensión las gafas les devolvieron un espectáculo de colores fríos extendidos al nivel del suelo. Habían sobrevivido. Ahora solo les faltaba saber si Edmond habría aguantado allí, en su tumba de roca viva y huesos muertos.

Abandonaron las armas y montaron la pirámide humana que Mei había sugerido. El techo de las catacumbas no era muy alto, así que bastó con que ella se subiera a los hombros de uno de sus compañeros. Quitó unas pocas piedras pequeñas de la parte más alta del montón de escombros.

—Parece que aguanta.

Capítulo 19

Max no sabía qué le perturbaba más, si dejar a Edmond a su suerte, sin poder ayudarlo, o abandonar a sus compañeros en un momento de combate abierto que de ningún modo podían eludir. Nunca terminaba de acostumbrarse a ese tipo de encrucijadas, por mucho que tuviera que tomar decisiones a menudo. Algunas, incluso más difíciles que aquella.

Poco a poco fue dejando atrás el sonido de los pasos acompasados, casi marciales, del enemigo que se acercaba. A medida que se alejaba se dio cuenta de que la soledad no le beneficiaba en absoluto. Con cada uno de sus pasos se hacía más y más consciente de que no conocía el lugar en el que se encontraba en absoluto. Si hallar el camino en dirección a la Mansión Fablet había requerido de un gran esfuerzo de memoria y orientación, lo que pretendía ahora era casi imposible.

Con la luz escasa de una linterna que servía más para delatar su posición que para mostrarle el camino, Max se movía más por intuición que otra cosa. Las paredes y gran parte del techo seguían estando formadas por antiguos cadáveres. La impresión que tuvo la primera vez que había entrado allí se hizo más patente: no podía estar bien escoger huesos de diferentes personas para crear estructuras regulares. Había algo mucho más macabro en esa manipulación intencionada que en el uso simple del esqueleto humano. Él no era una persona supersticiosa, pero no podía dejar de preguntarse si las almas o los espíritus sentirían de alguna manera ese tipo de profanación de los cuerpos que una vez habían habitado.

En cualquier caso, aquel era el menor de sus problemas. En lo que debía concentrarse era en el hecho de que perseguía a un hombre que conocía como la palma de la mano aquellos pasadizos, túneles y corredores. Sabiendo de qué pasta estaba hecho Fablet, lo raro era que no hubiera construido un

corredor propio que lo sacara de allí para emerger en el otro extremo de París. Sea como fuere, K le llevaba una ventaja que Max no veía cómo podía recuperar. Sus propios pasos le distraían del resto de sonidos. La culpa era del eco y la reverberación, que lo confundían.

Max y su equipo se habían visto envueltos en misiones que habían requerido de habilidades tales como el sentido de la orientación. En muchas ocasiones, la mayoría, los laberintos eran naturales. Toda la jungla podía considerarse un laberinto. El desierto, esa inmensidad de arena sin referencias estáticas, podía resultar muy peligroso sin el entrenamiento adecuado. Pero tanto él como los otros tres contaban con ese entrenamiento y con experiencia más que suficiente para superar esas pruebas. En otras ocasiones el ingenio los había salvado de perderse en lugares cerrados; como había ocurrido en Hong Kong, cuando estuvo a punto de perder a Adam. Pero Max no recordaba habérselas visto con un entorno tan hostil como las catacumbas.

Es decir, si exceptuaba la etapa del Averno, claro. Aquello había sido mucho peor. Y sin embargo ¿lo había sido realmente? Existía una diferencia crucial entre el viaje a las tinieblas que realizara durante la peor etapa de su formación con Arcángel y lo que estaba haciendo en este momento concreto. Los motivos también eran absolutamente diferentes.

Las pruebas en las que tanto su cuerpo como su alma se habían templado perseguían un objetivo muy determinado: cada una de ellas se dirigía a encontrarse a sí mismo, a su verdadero yo. Cuando Max había accedido a realizar esa parte de su entrenamiento, lo había hecho pensando que ya era todo un hombre. Sin embargo todavía quedaban ideales absurdos en él. En algunos aspectos, Arcángel y su dureza le habían mostrado que todavía era un chiquillo jugando a ser un hombre. Pero ese crío había desaparecido para siempre. Allí, en las catacumbas, en cambio, el hombre en que finalmente se había convertido no podía estar seguro de seguir cuerdo. De hecho, cada paso que le

llevaba más adentro en aquel laberinto de fémures, tibias, cúbitos y calaveras lo acercaba más al peligroso momento en que perdería la cabeza.

No quería preguntarse por qué estaba allí. No quería reducir su misión a una serie de cuestiones prosaicas. Sabía que su objetivo final era salvar a la humanidad de los delirios de Klaus Fablet. Sin embargo, el transhumanismo también constituía una forma de salvación. Evitar el sufrimiento, alargar los años de vida, aumentar su calidad ¿no era eso mejor que morir en la agonía de la enfermedad? A fin de cuentas Max no había mentido cuando dijo que su camino para convertirse en la mejor versión de sí mismo no había sido lo bastante duro. Sí, era verdad: habría deseado que se lo pusieran más fácil. Un poco más de inteligencia, un poco más de resistencia. Quizá necesitar menos horas de sueño o una cantidad menor de alimento. Todos esos progresos serían sin duda beneficiosos.

Max se detuvo y sacudió la cabeza.

—Pisa tierra, Cornell, maldita sea.

Pronunciar esas dos palabras le devolvió un poco de serenidad. Aquel era el mantra que le sacaba siempre, o casi siempre, de sus bucles mentales. Detestaba más que nada en el mundo encontrarse bajo tierra. Los lugares oscuros y cerrados no le dejan pensar con claridad. Pero precisamente por eso debía tratar de mantenerse alerta. Si hubiera sabido que la mayor parte de esa misión se iba a desarrollar en bunkers y pasadizos subterráneos le habría pedido un pago mucho más sustancioso a Nefilim. De hecho, anotó mentalmente exigirle esa compensación extra cuando terminara.

Pensar en lo que haría cuando se encontrara fuera de allí lo ayudó a disipar un poco de la niebla mental que lo envolvía desde hacía un rato. A veces le daba la sensación de que todo lo conseguido a nivel individual durante su entrenamiento en el Averno había servido para perjudicarlo más de lo que le había ayudado. Por ejemplo, en ese momento se dio cuenta de que el

desorden de sus pensamientos lo había llevado a olvidarse de las precauciones más básicas cuando se exploraba terreno desconocido: no había marcado sus pasos y no tenía ni la menor idea de dónde se encontraba.

Se detuvo. Dirigió el exiguo haz de luz de la linterna hacia delante y a los lados. No podía asegurar que hubiera pasado antes por aquel lugar concreto, pero algo en las entrañas le decía que sí. Eso solo significaba que llevaba un buen rato dando vueltas en círculos; es decir, que Fablet se encontraba más lejos de su alcance y que Edmond se hallaba más cerca de su muerte. Trató de controlar el torbellino en el que sus pensamientos querían sumergirle, pero notaba que estaba perdiendo la batalla. Al fin y al cabo estar perdido en ese laberinto no era muy diferente de estar perdido en su propia vida. En ambos casos su labor se limitaba en emplear sus mejores facultades para llevar a cabo una serie de acciones que lo llevarían a un destino incierto. Allí dentro, en la oscuridad, rodeado de esqueletos que ahora parecían reírse de él con sus mejillas descarnadas y sus mandíbulas desnudas, encontrar a Fablet parecía una quimera. Fuera, cuando la misión terminara, fuera cual fuera su final, tampoco le esperaba nada concreto a lo que poder aferrarse.

Y en ambos casos sus movimientos se correspondían con instrucciones ajenas: desenmascara al malvado, salva la estructura del mundo tal y como la conocemos, sé un buen inquilino, paga tus deudas, no decepciones a tus superiores, no falles a tu país. Cuanto más lo pensaba, y precisamente por eso no quería pensarlo, más se daba cuenta de que todas sus decisiones le venían impuestas bien por impulsos propios, incontrolados, o bien por terceras personas. Aquel laberinto subterráneo, claustrofóbico, se estaba convirtiendo a pasos agigantados en un reflejo dolorosamente fiel de lo que era toda su vida en general.

Se puso de nuevo en marcha. Con o sin laberinto, con o sin obstáculos que todavía no sabía cómo superar, lo cierto era que Fablet no podía quedar

suelto. Y sí, cada uno de esos nuevos pasos, cada opción a la hora de enfilear un nuevo corredor, despertaba en él nuevas preguntas. Pero trató de ignorarlas lo mejor posible. Porque, de todos modos, las respuestas no aparecían, así que lo único que le quedaba era el martirio de la duda. Max decidió que podía vivir con esa incertidumbre, pero que no podría hacerlo con la certeza de que K había escapado por su exagerada e incontrolable tendencia a tener momentos de introspección cuando, sencillamente, no podía permitírselos. Detestaba esa pulsión tan clara, con la que se identificaba desde siempre: la necesidad externa de continuar a toda costa, de terminar la misión encomendada. Y por otra parte la necesidad íntima de detenerse a sacudirse los pensamientos tóxicos. Ambas, en realidad, confluían en un punto clave. Cuanto antes lo alcanzara Max, antes podría resolver el problema que lo acuciaba.

Mei, Dylan y Adam son absolutamente diferentes a él en ese respecto. No hay más que verlos. Su arrojo a la hora de actuar, su capacidad para concentrarse de manera casi inmediata. Ninguno de ellos parece estar sujeto al tipo de traba mental que a él lo hace retorcerse internamente. Adam siempre estaba seguro de sí mismo. A veces incluso demasiado. O quizá solo fanfarroneara como manera de restar tensión a algunas situaciones. En cualquier caso, se podía confiar en él al cien por cien. Jamás había dejado de cumplir una promesa. Dylan, más básico, más pegado a la realidad, era, quizá, el pilar más sólido del equipo. Se trataba del menos imaginativo, pero precisamente por eso lo necesitaban. Cuando los otros tenían ideas descabelladas, él era el primero en ver sus grietas. Se trataba de un hombre pragmático, capaz de realizar esfuerzos sobrehumanos si se necesitaba. Max tampoco lo había visto dudar jamás. Y Mei... Mei tenía aquella apariencia de frágil muñeca oriental que en realidad ocultaba a una mujer físicamente superior a la mayoría de los hombres y emocionalmente estable por encima de

cualquier expectativa.

En momentos como aquel Max se preguntaba cómo era posible que un hombre con sus carencias, con sus problemas de control de ira, fuera el líder de un grupo formado por unos profesionales como los suyos. Tenía mucha suerte. Muchísima.

Mientras pensaba en ellos, se dio cuenta de que, a lo lejos, las detonaciones de su batalla particular, que se habían detenido durante un momento, habían vuelto a comenzar. Eso quería decir que sus compañeros no habían terminado todavía con el enemigo; o al menos no en su totalidad. Así que todavía no habían dado comienzo a la tarea de liberar a Edmond. Las posibilidades de salir con vida de Fablet hijo disminuían por momentos. En cuanto se dio cuenta de que ya era imposible que esa parte de la misión terminara como a él le hubiera gustado, decidió que la otra debía hacerlo. Encontraría al padre costara lo que costara y no le permitiría convertir el planeta en un laboratorio gigante que pudiera repoblar con sus especímenes creados en tubos de ensayo. A partir de ese momento la caza y captura de Fablet padre se convirtió en un asunto de carácter absolutamente personal para Max Cornell. Deseó con toda su alma ver la cara que ponía cuando supiera que el bueno de Blake Wheeler era otro traidor y que a él no podría enviarlo a explotar a ningún país europeo.

Como si ese pequeño viraje en sus sentimientos y en sus pensamientos le hubiera convertido en una persona nueva, Max notó que sus sentidos se agudizaban. El fragor de la batalla de sus compañeros quedó relegado a un segundo plano. Fue sustituido por un sonido diferente que Max no había percibido hasta entonces: ruido de pasos. Se detuvo y se obligó a repetir su mantra personal una vez más.

—Pisa tierra, Max. Pisa tierra.

Luego se mantuvo en silencio. Al principio le molestaban hasta el ruido de

su propia respiración y los latidos del corazón, pero luego su concentración alcanzó cotas más altas y volvió a oír los mismos pasos. No se lanzó tras ellos de inmediato. De hecho había algo en el sonido que no terminaba de cuadrarle. No se trataba del movimiento de un par de pies. Al contrario, si Max estaba en lo cierto, se hallaba ante al menos dos enemigos. Aunque, para ser sincero, no le parecía que aquellas dos personas caminaran con especial firmeza o seguridad. En cualquier caso, trató de ubicar la dirección desde donde llegaba el sonido original. No resultaba fácil debido a los ecos. De todos modos decidió guiarse por el sonido más claro. El eco tendía a disolverse en el aire porque no era más que un reflejo. Así que Max buscó una frecuencia que sonara sólida.

Le habría gustado correr. Su cuerpo se encontraba tan tenso que necesitaba una buena sesión de actividad física. Pero si se lanzaba a una carrera desbocada no solo corría peligro de tener un accidente en alguna de las curvas cerradas de las catacumbas. Lo que de verdad le preocupaba era que perdería el origen del sonido de pasos con el sonido de los suyos propios. Y eso ni podía ni quería permitírselo. Así que se movía siguiendo una suerte de sigilo y pasos muy largos para cubrir la mayor parte de terreno posible. De todos modos le parecía que estaba perdiendo el tiempo.

La única esperanza que albergaba era que Fablet o su acompañante, fuera quien fuera, estuviera herido, perdido o ambas cosas a la vez. Los pasos no parecían dirigirse a ningún lugar en concreto. Al contrario, avanzaban en un sentido y luego giraban o se daban la vuelta de manera aparentemente aleatoria. Así que, o K se había perdido, o la dificultad de aquel laberinto era muy superior a la que se había temido.

Pasaron unos minutos preciosos en los que Max estuvo a punto de volver a perder los pasos y la cabeza. No parecía que fuera capaz de acercarse a ellos. Se encontraba incluso más desorientado que al principio. Aunque al menos

esta vez había ido dejando marcas y sabía por dónde regresar. Darse cuenta de que al menos eso sí había logrado tenerlo en cuenta le animó. Definitivamente empezaba a sentirse como si volviera a ser él mismo.

Y entonces, sin que le diera tiempo a preparar un plan de ataque, la linterna iluminó a dos personas que marchaban delante de él. La apagó de inmediato y echó cuerpo a tierra para evitar un disparo. Era imposible que Fablet y la otra persona no le hubieran visto. Contuvo la respiración y hasta cerró los ojos para evitar que lo delataran mediante algún brillo. Sin embargo no pasó nada. Ni disparos, ni la voz socarrona de Fablet dirigiéndose a él con la superioridad con la que acostumbraba a comunicarse.

Esperó. No iba a caer en la trampa de delatar su posición por un problema de impaciencia. Contó hasta ciento veinte segundos, pero no sucedió nada. Sin embargo las personas debían de estar allí. Se habían parado, porque los pasos tampoco se oían.

—Ha tenido que ser un espíritu, cariño. Esto está lleno de muertos —dijo una voz de mujer en perfecto inglés con acento británico.

—Vamos, Mildred. Los espíritus no existen. Deja de decir tonterías. Si te portas como una niña pequeña no me servirás de ayuda. Tenemos que encontrar el camino de vuelta o el autocar se marchará sin nosotros —contestó una voz de hombre.

La mujer resopló, pero no se movió ni un ápice de donde estaba. Max no podía creerse que tuviera tan mala suerte. Había dado con una pareja de turistas extraviados. Por lo menos eran ingleses, así que podría comunicarse con ellos en su propio idioma. Dio gracias por conservar su parche de visitante profesional temporal. Así aquellos señores no se asustarían de él cuando apareciera ante sus atónitas miradas.

Se levantó sin hacer ruido y confió en que la oscuridad casi absoluta disimulara el polvo que seguramente le cubría por completo después de haber

estado tumbado. Una vez en pie volvió a encender la linterna y los buscó con el pobre haz de luz. La mujer dio un pequeño grito cuando la luz la iluminó. Desde luego, se trataba de una ciudadana británica sin el menor margen de error. Vestía una falda azul pastel hasta el tobillo, zapatillas blancas con calcetines, una blusa floreada y una chaqueta de punto le cubría los hombros. De uno de ellos colgaba una bolsa de tela con una efigie de la reina. Max echó un vistazo al hombre. Otro ejemplar clásico nacido en el imperio: pantalón corto, sandalias de tiras negras con calcetines y camisa de manga larga enrollada hasta los codos.

—Buenos días, señores. Llevo un rato buscándolos. Les echábamos de menos en la ruta marcada.

—¡Oh! —la mujer pareció sentirse aliviada por el acento inglés de Max y sin embargo indignada por el contenido de sus palabras.

—Disculpe, joven, pero no nos habríamos extraviado si este endemoniado lugar —aprovechó para santiguarse— no estuviera tan mal señalizado. Necesitaba un aseo, comprende. Y me pareció ver un cartel, pero no lo era. Claro, que para cuando nos dimos cuenta ya nos habíamos perdido.

Max estaba seguro de que antes de llegar a los túneles había una señal que indicaba que no había aseos allí abajo, pero no tenía la menor intención de discutir con una pareja de jubilados acostumbrados, según dejaba translucir su actitud, a tener siempre razón. No podía perder más tiempo del absolutamente necesario. De hecho, se había planteado no ayudarles. Hasta que cayó en la cuenta de que el sonido de su caminar errático podría volver a confundirle. Por eso iba a devolverlos a la ruta y luego regresaría a buscar a Fablet. Si de algo había servido aquel rato desesperante entre tinieblas era para que se familiarizara con el lugar.

—Tiene toda la razón, señora. Estamos cambiando el sistema de placas señalizadoras y ahora mismo no se puede uno fiar de lo que ve. Si me

acompañan yo les acompañaré a la entrada.

—Eso no está bien ¿sabe, joven? Podríamos habernos quedado aquí para siempre. Y convendrá conmigo en que no es un lugar muy acogedor— apuntó el marido.

—De nuevo, tienen ustedes razón. Si me acompañan les indicaré donde pueden poner una reclamación. A los trabajadores nos ayudan todos estos comentarios.

—No me fío, Charles —dijo la mujer—. Este joven habla en inglés, diría que de Kent. ¿Qué hace trabajando aquí abajo? ¿Por qué se empeña en que le acompañemos? Yo creo que nos quiere secuestrar. Estoy segura de ello. Tenemos que escapar, Charles.

En esta ocasión fue el marido el que resopló de impaciencia. Y eso alegró a Max, que de verdad no podía perder más tiempo del imprescindible con aquel desgraciado incidente. Necesitaba sacarlos de allí cuanto antes. No solo porque podrían confundirle. Sino por una posibilidad aún más perturbadora: si él los había encontrado, Fablet también podría dar con ellos. Y eso los colocaba en una situación de verdadero peligro.

—Estará estudiando francés, Mildred. No seas desconfiada. A lo mejor preferías que nos encontrara uno de esos franceses que no saben ni una palabra de nuestro idioma. Este chico está haciendo su trabajo y lo vamos a acompañar. Sabe dónde está la salida ¿verdad, hijo? Me duelen las piernas de tanto dar vueltas en la oscuridad.

—Claro que sí, caballero —contestó Max—. Solo síganme. En fin... sigan el haz de luz. No es mucho pero la mantendré visible. Intentaré no caminar muy rápido.

La señora volvió a indignarse.

—Jovencito, aquí donde nos ve hemos caminado por todo tipo de terrenos y durante muchas horas. Le pareceremos dos vejestorios perdidos, una carga,

pero ya le gustaría a usted haber estado en la mitad de los sitios que hemos visitados. No te atrevas a ofendernos con esa condescendencia.

—Mildred, haz el favor. Yo mismo le he dicho que me duelen las piernas. No hace falta ponerse así por todo.

—No hay problema, señor. Ustedes caminen a su ritmo y yo me adaptaré. Ahora hay que ir a la izquierda un buen trecho y luego a la derecha.

—Nosotros hemos dado muchas vueltas —interrumpió la mujer.

—Seguramente habrán dado un rodeo considerable. Nosotros usaremos una ruta un poco más recta. No se preocupen. Los pondré a salvo.

La mujer refunfuñó durante todo el camino. Incluso cuando las luces que señalaban el camino turístico aparecieron frente a ellos y Max les indicó que desde ahí ya podían seguir solos, Mildred le increpó por dejarlos a su suerte. Podrían, dijo, caerse, fracturarse un tobillo. O peor, la cadera. Max se limitó a mostrarles el camino y a indicarles dónde podían dejar sus quejas y comentarios. En el edificio principal iban a divertirse un buen rato. Max no creía que tuvieran a ningún joven de impecable acento inglés en plantilla. Pero eso sería problema de la administración de las catacumbas. Su objetivo principal en ese momento era encontrar a Fablet, que tenía a su favor incluso a las circunstancias más aleatorias.

Regresó al lugar donde había encontrado a los ancianos. Evitó la encrucijada donde había dejado a sus compañeros. No quería volver a enfrentarse a ningún dilema. Tal y como él lo veía, podrían haber ganado la batalla y liberado a Edmond o... podrían no haberlo rescatado. Esto segundo era lo más probable. No barajaba la posibilidad de que la lucha se hubiera dirimido en su contra porque en ese caso el sonido de botas de estilo militar habría inundado los corredores y no era así.

Cuando identificó el lugar más alejado al que había llegado durante su búsqueda volvió a realizar la pequeña maniobra de relajación que había

practicado con anterioridad. Una vez más el sonido de sus pulmones al hincharse y deshincharse se interpuso entre sus sentidos y él. Luego fue el bombeo de sangre por parte de su corazón. Luego nada: la escasa vida que latía en las catacumbas quedó expuesta a la capacidad de percepción de Maximilian Cornell.

Capítulo 20

La torre humana siempre contaba con Mei en la parte más alta. Los dos hombres se turnaban para sostenerla. El motivo era menos el cansancio que la necesidad de mantener la resistencia de los tres a niveles óptimos durante más tiempo. No sabían lo que se encontrarían allí dentro, si tendrían que transportar a Edmond hasta un hospital o directamente al depósito.

Poco a poco lograron bajar las piedras de la parte más alta, la que rozaba con el techo. Afortunadamente no lo sostenían. Las viejas catacumbas resultaron más resistentes de lo que cualquiera de los tres habría supuesto. La tarea de amontonar los escombros en otro lugar tampoco resultó fácil. En cuanto abrieron un hueco para asegurar el paso de aire, Mei, Adam y Dylan interrumpieron su trabajo en la pared desplomada. Debían encargarse de los caídos. Muchos de ellos habían muerto, pero otros no. Desde luego, los tres estuvieron de acuerdo en que no había tiempo para separar a los cadáveres de los mercenarios con vida. Lo que hicieron fue transportar todos los cuerpos a una zona alejada de donde la bomba detonada por Fablet había hecho explosión. La mayoría presentaba heridas profundas en las corvas, así que les practicaron torniquetes de emergencia por encima de la rodilla. Lo hicieron de forma indiscriminada. La policía francesa se llevaría una sorpresa cuando los encontrara así, pero aquello era mucho más rápido y, probablemente, salvaría a más personas. Para el equipo de Max, el enemigo dejaba de serlo en el momento en el que estaba vencido.

Tardaron mucho más tiempo del que les habría gustado en realizar esas pocas acciones de seguridad, pero cuando terminaron se encontraron que ya tenían un espacio despejado lo bastante amplio para depositar los escombros que debían desplazar. No pondrían en peligro a ningún caído ni ningún resto arqueológico. Entonces se pusieron a trabajar.

Mei se subió una vez más sobre los hombros de Dylan. Cada piedra que quitaba soltaba una parte de polvo y arenilla que en ocasiones caía hacia el exterior y otras veces hacia el interior, sobre Edmond. Cuando esto sucedía Mei se mordía el labio inferior como una niña de colegio. Aquello nada tenía que ver con otras misiones de rescate que había llevado a cabo. No tenían equipo ni más recursos que sus manos y su ingenio. Jamás se les habría ocurrido, a ninguno de los tres, que deshacer un puzle resultara tan trabajoso como montarlo. Pero allí estaban.

Incluso aunque se cubrieron narices y bocas con camisas de sus enemigos rasgadas a tal efecto, el polvo no les permitía respirar con normalidad y el calor se fue haciendo más intenso cuando se suponía que bajo tierra la temperatura debía descender algunos grados.

—Es por el ejercicio intenso, chicos. Cuanta más prisa nos demos, más nos deshidrataremos y menos capaces seremos de prestar a Edmond ayuda efectiva después—dijo Mei.

—Esto es una trampa lo mires por donde lo mires —añadió Adam.

—Piensa —dijo Dylan— que al menos nosotros podemos salir al aire libre por nuestro propio pie. Puede que Edmond no tenga tanta suerte.

Pasaban el rato hablando sobre Edmond y sobre los detalles que les mantenían ocupados porque pensar en Max implicaba comentar la posibilidad de que no hubiera encontrado a Fablet. En ese caso todos sus esfuerzos serían en vano. Había una alternativa incluso peor: que Max sí hubiera encontrado a K, pero que el encuentro se hubiera resuelto en su contra.

La pila de escombros disminuía. Pronto, los tres podrían empezar a desmontarla desde el suelo, en pie y sin necesitar subirse unos encima de otros. Las buenas noticias eran que no parecía que se hubiera dado ningún desprendimiento al interior. Las malas, que Edmond no respondía a sus llamadas. Vivo o muerto, por lo menos se encontraba inconsciente.

Apartaron las últimas rocas y huesos con la misma energía que si no hubieran estado trabajando durante cuarenta minutos largos. Por fin, vieron el cuerpo de Edmond. No se movía en absoluto.

—No pinta bien —dijo Dylan.

—No, no pinta bien, pero habrá que comprobarlo.

Los tres sabían que la peor idea en caso de traumatismo es mover a la víctima, así que se acercaron al cuerpo sin movilizarlo. Mei posó una oreja en la espalda para tratar de encontrarle la respiración. No oyó nada.

—Chicos no respiréis. No hagáis nada. Os quiero como estatuas. Mientras hablaba cambiaba el modo de sus gafas de visión nocturna a térmica. Sus manos se veían de un intenso color rojo en el centro que variaba al naranja y el amarillo en los dedos. Por lo visto tenía algunos problemas de circulación.

—Su temperatura no es alta, pero tampoco está en hipotermia. Sin embargo —se detuvo mientras volvía a acercar la oreja a la espalda del caído— no parece que respire. Intentadlo vosotros.

Tanto Adam como Dylan hicieron la misma prueba que su compañera. Los dos obtuvieron el mismo resultado.

—Si no le damos la vuelta...

—¿De verdad quieres correr ese riesgo, Mei? —preguntó Dylan.

—De hecho no. No quiero correr ningún riesgo en absoluto, pero no parece que haya sufrido ningún golpe. En realidad, salvo las piedras más pequeñas, no le ha caído nada encima. Seguramente ha perdido la conciencia por falta de aire. Y en ese caso lo peor que podemos hacer es no tratar de abrirle las vías respiratorias.

—Tiene razón, Dylan —dijo Adam. Sin duda estaba recordando una vez, en Sudamérica, mucho tiempo atrás. Si Mei no le hubiera practicado la RCP... prefería no pensarlo. Adam no se llevaba bien con la idea de la muerte. Y sospechaba hasta el infinito de aquellos que decían no tenerle miedo.

—De acuerdo. Haremos esto con mucho cuidado. Dylan, pásame el silenciador de tu arma. Adam, también necesitaré el tuyo. Usaré los tres con un par de bridas para inmovilizarle el cuello. No parece que lo tenga roto, pero es mejor no arriesgar.

Los dos hombres se miraron a la vez. No rieron porque no se trataba de una situación que propiciara la risa, precisamente, pero sí sonrieron amparados por la oscuridad. Mei era una líder natural. En situaciones como aquella las ideas se le ocurrían más rápido que a los demás y no tenía el menor pudor en dar órdenes. Pero lo mejor era que ellos dos tampoco encontraban ningún problema en seguir esas órdenes. Quizá por eso el grupo funcionaba como un mecanismo perfectamente engrasado. Porque todos ellos tenían la voluntad y la capacidad de adoptar el rol que fuera necesario.

El aspecto del cuello de Edmond con los tres silenciadores sujetos con bridas era muy extraño, pero también tranquilizador. Tal y como estaba, con el torso en decúbito prono, completamente girado hacia abajo, y las piernas de lado, el movimiento correcto pasaba por que dos de ellos sujetaran el tren superior mientras el tercero hacía que la cadera girara en concordancia. Los tres se pusieron en movimiento al unísono.

—Hay que cortar las bridas. Adam —dijo Mei—. Tú estás más cerca. La posición de la cabeza así es demasiado forzada.

—Traeré otro par de camisas para colocárselas bajo la nuca. No hace falta que lo digas —se adelantó Dylan.

Mei esperó a que el cuerpo estuviera listo y luego colocó las manos en la posición indicada, cuatro dedos por debajo del esternón. Aunque antes palpó las costillas para comprobar que no hubiera huesos rotos. No parecía que fuera así.

Expulsó el aire que pudiera quedar en los pulmones y procedió a practicar el boca a boca.

Cuando se veía en el cine o en televisión la maniobra parecía muy simple, pero en la realidad hacía falta mucha fuerza para practicar la extracción de aire. A los pocos minutos Mei sudaba incluso más que durante las tareas de desescombros. Estaba a punto de darse por vencida. Edmond no daba muestras de respirar por sí mismo por mucho que ella lo intentara.

Fue Dylan quien la animó a seguir.

—Miradle, chicos: le está subiendo la temperatura.

En efecto, tanto Mei como Adam tuvieron que admitir que el espectro de color que les devolvían las cámaras térmicas había variado y mostraba un aumento en la temperatura corporal de Edmond.

—No te conozco de nada —susurró Mei— pero te juro que te voy a sacar de aquí.

Le llevó más tiempo del que había calculado. Incluso tuvo que ceder su puesto como reanimadora a Adam, que también rompió a sudar por el esfuerzo. Pero por fin, una tos clásica sacudió el pecho de Edmond, que trató de incorporarse. Inmediatamente sufrió un ligero mareo que lo devolvió al suelo.

—Edmond Fablet —anunció Adam—, ha sido usted devuelto al mundo de los vivos.

—Y ahora tenemos que decidir qué hacemos con él.

Capítulo 21

Relajación, atención, ceder el control y paciencia. Esos eran los cuatro pilares a los que Max debía recurrir para encontrar a Fablet allí abajo. Para seguirlo y, en último lugar, para detenerlo. Gracias a los dos primeros no le costó averiguar el lugar exacto en el que se encontraba del subsuelo de París. En realidad resultaba sencillo. Tal como establecían las antiguas leyes, toda la energía estaba conectada. Por tanto, el sonido se filtraba a través del sonido de la tierra. Así recibió los ruidos del tráfico y de las personas de la superficie.

La cesión del control era el paso que más costaba a Max. Acostumbrado a dar y recibir órdenes, ponerse a disposición del universo no siempre le resultaba igualmente fácil. Sin embargo eso era lo que debía hacer. Acceder a la realidad de manera sistemática era sencillo, dentro de unos límites. La realidad no se ocultaba. Podía estar más cerca o más lejos y aparecer antes o después, pero siempre se mostraba porque era de naturaleza franca. Fablet en cambio pretendía pasar inadvertido. De nada servía la voluntad propia según los estudios de Max. La voluntad entorpecía el encuentro con voluntades contrarias. Por eso la técnica de ceder el control consistía en que esa otra voluntad se manifestara en todo su esplendor. Así el buscador podría seguirla.

La paciencia era necesaria para intentar una y otra vez el paso previo. El cerebro, Max lo sabía con exactitud, tendía a querer controlarlo todo. Por eso Cornell empleó cierta cantidad de tiempo extra en alcanzar el estado meditativo adecuado. Solo entonces lo vio. Fablet estaba a punto de salir al exterior por un pasadizo que solo él conocía. Lo acompañaba un sirviente, Arnaud, si la visión era correcta. Ambos estaban tan cerca de escapar que habían dejado de lado las precauciones más básicas.

Max hizo una última respiración profunda para asegurarse de que había

dado con la ubicación correcta de su enemigo. Ahora que lo tenía, no dejaría nada al nerviosismo ni al azar.

Salió de su estado zen despacio y con cuidado. Navegar entre dos planos de energía requería cierto tipo de disposición y no se podía optar por regresar al estado inicial a la ligera. Pero Max ya no tenía prisa. También se había liberado de cualquier estado de confusión. Tampoco necesitaba, de eso se había encargado K, disimular sus pasos. Una vez se encontrara en plena forma, podría moverse con total libertad. El factor sorpresa estaba de su parte, todos sus sentidos habían despertado a la vez y las catacumbas habían dejado de parecerle un entorno hostil. La hostilidad, por fin encontró ese pedazo de sabiduría, se encontraba en el interior, no en los oscuros pasillos donde las gentes de París habían guardado sus cadáveres durante siglos.

Abrió los ojos y le pareció que incluso veía más luz. Las esquinas, las curvas, los lugares donde unos túneles se abrían sobre otros, resultaban evidentes para él. Orientó su brújula mental en la dirección que necesitaba tomar y empezó la carrera que su cuerpo le había pedido apenas unos minutos antes. Solo que su cuerpo ya no mandaba. Ahora se trataba de un objetivo superior y Max lo alcanzaría. Se movía con agilidad felina y fiereza de animal selvático. Si minutos antes se había encontrado perdido, en este momento se sentía como el amo y señor de las catacumbas.

Entonces los vio. A ambos. Fablet y Arnaud de espaldas a él se encontraban muy cerca de la salida. Apenas a unos pocos pasos. Max ni siquiera se preocupó por el hecho de que quizá solo unos pocos segundos habían marcado la diferencia entre el éxito y el fracaso de su misión. Ya estaba allí y sabía exactamente lo que debía hacer.

Arnaud fue el primero en darse cuenta. Quizá era menos fanfarrón que su jefe y por eso se mantenía alerta, siquiera de manera parcial. Se giró. Empuñaba un arma. Todo sucedió como a cámara lenta ante la mirada

incrédula de K, que vio como su mejor hombre, el más leal, caía a sus pies. Max disparó más rápido y el tiro fue certero: acertó en la garganta. La sangre manó, abundante y Arnaud se convirtió en un mero recuerdo del poder de K.

Pero Max no esperaba lo que sucedería a continuación.

K no huyó ni trató de dispararle. Tampoco se preocupó de su lugarteniente. Tan solo se quitó la chaqueta y se puso en posición de ataque con la pretensión de entrar en un combate cuerpo a cuerpo con Max. Éste le veía acercarse. Su visión energética no se había perdido por completo y le mostraba que algo extraño sucedía frente a él, pero no sabía decir qué exactamente. Fuera como fuese, Fablet se movía con la agilidad de un hombre mucho más joven. En su cara se dibujaba una sonrisa absolutamente diabólica.

—Blake Wheeler, maldito traidor inglés. Debí haberlo supuesto ¿verdad?

Por un momento Max se había olvidado de que Fablet no le conocía por su verdadero nombre. Recordaba un momento no muy lejano en el que había albergado sentimientos de venganza relacionados con ello. Pero todo eso había quedado atrás. Ahora su cabeza solo contemplaba la misión y el objetivo.

—Mi nombre es Max Cornell, señor Fablet. Y nunca he traicionado a nadie.

—Claro, claro, claro que no ¿verdad? Eres un ciudadano ejemplar, un modelo de conducta.

K, cada vez estaba más cerca de Max. Su avance era imponente y él lo sabía.

—¿Te quedas ahí a pie firme esperando a que llegue a tu posición? No temas pegar a un viejo, Wheeler... Cornell. Este viejo tiene muchas sorpresas que enseñar a un jovencito engreído como tú.

En efecto, K escogió ese momento para dar un salto lateral y colocarse a la espalda de Max. Este era rápido y trató de evitar el golpe que le llegó a

continuación, directo hacia la base del cerebro. K pretendía dejarlo inconsciente, pero no iba a resultarle tan fácil. El mercenario rodó sobre sí mismo. Su idea era levantarse unos metros más atrás y prepararse para lanzar su propio ataque, pero Fablet tenía la agilidad de una persona muchos años más joven. Eso era lo que no cuadraba.

—No, Cornell. No soy un viejo. Nací hace mucho tiempo, pero me he mantenido joven gracias a la ideología que no solo difundo, sino que practico.

En ese momento K volvió a saltar. Habría aterrizado sobre el pecho desprotegido de Max si éste no hubiera dispuesto de unos reflejos dignos de un gato. Detuvo el ataque con las manos desnudas y aprovechó el impulso de su adversario para hacerlo rotar en el aire. K terminó estrellándose contra una de las paredes, pero eso no le detuvo. Enseguida se levantó, igual que Max, atónito por el desperfecto que el impacto del cuerpo de K había hecho en la pared.

Por lo visto aquello no iba a ser sencillo.

—Efectivamente, querido Blake... Max. Disculpa que me cueste utilizar tu nombre. Si hubieras sido sincero desde el principio no nos encontraríamos así. Pero, como iba diciendo, en efecto, si estás pensando que no soy un anciano típico, no me queda más que darte la razón.

Entonces K se quitó la camisa y Max vio que, de hecho, había muy poco de humano en él. Desde la muñeca hasta la clavícula, los brazos de K se habían fabricado de metal. Max prefería no pensar en el dolor que ese hombre habría tenido que soportar en el postoperatorio. En la agonía de aprender a usarlos, en lo que tuvo que ser esperar a que tejido orgánico y metálico se hicieran compatibles.

—¡Dios! —dijo sin pretenderlo.

—Veo que estás impresionado, Max. Pero deja que te corrija. Dios no ha tenido nada que ver en esto.

K se lanzó hacia Max. Además de cambiar su cuerpo para convertirlo en algo prácticamente indestructible, Fablet había aprendido técnicas avanzadas de combate. Nada en su gesto revelaba cual sería su movimiento cuando su cuerpo colidiera por fin el de su enemigo. Max solo lo averiguó cuando recibió un golpe aéreo en la parte trasera de la rodilla. No consiguió que la doblara y se la destrozara contra el suelo porque la dirección de K era muy forzada, pero le dio una idea de la fuerza sobrehumana que tenía.

—Somos mejores que hombres comunes, Max. Tú eres un ejemplar perfecto, pero ni te imaginas lo mucho que el transhumanismo puede hacer por ti.

—No me lo imagino y no quiero imaginarlo. Veo perfectamente lo que ha hecho por ti.

Fablet se rio. Fue una carcajada sonora. Se mofaba de Max.

—Tengo casi cuarenta años más que tú y estoy a punto de darte la paliza de tu vida, Cornell. Yo diría que no estás en posición de juzgar lo que soy.

—Eres un loco, un megalómano y un asesino. Y por eso voy a capturarte.

Max se arrepintió de haber dicho eso en cuanto las palabras salieron de su boca. Era demasiada información. Ahora Fablet sabía que Max no trataría de asestarle ningún golpe mortal y por tanto podía trabajar mejor sus defensas. De todos modos, las artes marciales escondían variaciones muy efectivas de los golpes más mortíferos que no terminaban con la vida del oponente. Solo con su dignidad. Y Max conocía la mayoría de ellas. Solo cabía esperar que Fablet no.

Ninguno de los dos le dio una oportunidad al otro. Ambos saltaron y atacaron a las extremidades primero. K había calculado que su golpe inicial haría más daño a Max y ver que su enemigo se movía con total soltura le provocó una gran frustración. Max contaba con ello. Modificado o no, K necesitaba siempre encontrarse bajo control. También necesitaba que sus

acciones fueran precisas. Lo contrario lo desestabilizaba. Aquella necesidad absoluta de dirigirlo todo era la que lo había llevado a portarse con Solange de un modo tan extremo. Por eso Max simulaba que la pierna no le dolía, aunque en realidad apenas lo sostenía.

Pero así se aseguraba de que K lanzara hacia ella sus ataques. La consideraba su punto más débil. Que Max lo utilizara para desestabilizarle a él le pilló totalmente desprevenido. Una vez más hizo un desastre en la pared en la que se estrelló.

Max no quería matarle, pero estaba claro que no iba a vencerle en una pelea cuerpo a cuerpo, así que sacó su arma.

—No la usarás, Cornell. Acabas de decir que me quieres con vida.

Max no contestó. Cuando Fablet se incorporó para volver a atacarle hizo dos disparos, uno por rodilla.

El primero lo falló. Vio como la bala destellaba al estrellarse en la pared a la espalda de K. El segundo dio de lleno en la diana, pero Fablet no pareció notarlo. Max deseó con todas sus fuerzas que se debiera a un exceso de adrenalina. En combate, y Max sabía mucho de combates, la adrenalina inhibe la señal de dolor.

Pero Fablet apoyó el pie en tierra y siguió avanzando. Como si nada.

—Pobre Max Cornell que creía que convertiría al viejete en un jubilado en silla de ruedas. Siento mucho haberte causado semejante decepción, pero mis piernas son como mis brazos.

Cuando terminó de hablar dirigió un golpe maestro al cuello de Max, pero este lo esquivó.

Si piernas y brazos eran irrompibles, solo quedaban dos puntos clave para detener a Fablet. Era peligroso, pero debía intentarlo.

Max se tiró al suelo y rodó para buscar un ángulo de tiro favorable. Desde abajo disparó a la zona lumbar. Luego esperó un par de segundos. Tal como

había esperado, el cuerpo de Fablet se desmoronaba. Decidió pues no disparar por segunda vez.

—Ahora me dejarás taponar esa herida o morirás.

—Moriré entonces, Cornell. Y crearé un mártir para la causa.

—Tú no tienes una causa, maldita sea. Solo un plan delirante para acabar con la humanidad.

Max estaba a punto de cometer la locura de lanzarse sobre Fablet. Sabía que, si le daba alcance con sus brazos, acabaría con él sin problemas. Podría aplastarle la cabeza con las manos, o asfixiarle como quien corta un junco sueco. De todos modos Max habría saltado, de no ser porque perdió el conocimiento.

Capítulo 22

—¿Dónde está Klaus Fablet?

Esas fueron las primeras palabras de Max cuando despertó. No tomó en cuenta el hecho de estar en una habitación iluminada por la luz del sol que entraba a raudales. No preguntó por sí mismo, ni lo que había pasado ni cómo había llegado hasta allí.

—Tranquilo, jefe. Está a buen recaudo. Sé que no tengo autorización para hacer lo que he hecho y que os he obligado a redefinir vuestro sistema de seguridad informática. Sé que nos he puesto en peligro, pero me he metido en tu ordenador y se lo he entregado a Nefilim.

Max tardó un momento en procesar toda esa información.

—Fablet está con el SCLI —no era una pregunta, aunque sin duda buscaba confirmación.

—Así es —contestó Mei.

—Nefilim...

—Se lo llevaron de las catacumbas, pero no le hemos visto.

—¿Cuándo ha pasado todo eso, Mei? ¿Adam, Dylan? ¿Os habéis vuelto locos?

—Estabas a punto de suicidarte, Max. Teníamos que hacer algo —empezó Dylan—. Llegamos a tiempo de ver el último agarrón, pero tú estabas tan centrado que no nos viste. Cuando cayó, parecía que te ibas a tirar sobre él. Te habría matado. Así que usamos mis últimos cartuchos de gas somnífero. No fue una jugada limpia, pero te salvó la vida.

—Yo —continuó Adam— le taponé la herida mientras Mei se encargaba de localizar a tu contacto.

—No fue fácil. Casi perdemos a K.

—Alguien vino a recogerlo, lo estabilizaron y se lo llevaron. Nosotros te

trajimos en un taxi.

Max quería asesinarlos a todos con sus propias manos. El resultado final había sido bueno, pero ¿los métodos? Habían quebrado la confianza de su único contacto con el SCLI, le habían mantenido inconsciente...

—¿Y cómo sabéis que ha sido el SCLI?

Mei le tendió su tablet. No se trataba de un dispositivo móvil normal, por supuesto. De hecho, ella ni siquiera debía poder consultar su contenido. Pero lo que vio en ella tranquilizó a Max. Nefilim había contactado con él y... en fin, parecía que ambos estaban de acuerdo en que aquello no podía volver a repetirse. Ya hablarían de las consecuencias en otro momento.

—¿Y Edmond?

—Bueno, jefe —empezó Dylan—. Parece que es una cuestión de «pon un transhumano en tu vida». Lo sacamos de aquella montaña de escombros y, cuando nos aseguramos de que estaba bien, también lo maniatamos. Se lo llevaron junto con el padre.

—¿Sobrevivió? —a Max le parecía casi imposible.

—La verdad es que da un poco de pena —dijo Adam—. Parecía un buen chico.

—Cómplice de atrocidades que no podemos ni imaginar. Se fue con su padre a pesar de contarnos todo lo que nos contó. A mí no me da ninguna pena, la verdad. Si lo que necesita es un siquiatra, eso es lo que va a obtener en el lugar donde los han encerrado a los dos —contestó Max. Una cosa era que no hubiera querido abandonarle a su suerte en las catacumbas y otra muy distinta que lo quisiera en la calle. El cerebro de la operación era Klaus, pero Edmond entrañaba otro peligro: su personalidad era tan manipulable que su padre podría obligarle a hacer cualquier cosa. Ni siquiera la muerte de la mujer a la que supuestamente amaba había conseguido apartarle de él.

—Alta seguridad, Max —dijo Dylan.

—Así que hemos terminado la misión conmigo inconsciente ¿no?

—Más o menos, jefe. En realidad tú ya lo habías hecho todo cuando llegamos. Solo impedimos que cometieras un error.

—Te necesitamos, Max. Este es un equipo de cuatro.

Los chicos y Mei salieron de la habitación, que no era otra que la suya propia, el piso que habían alquilado en París mientras se hacía pasar por un político. En cuanto se quedó solo no tardó en levantarse de la cama. Estaba seguro de que Nefilim no iba a perder la oportunidad de echarle en cara la intromisión de Mei, pero Max estaba dispuesto a defenderla. No solo le habían salvado la vida, sino que también habían entregado el objetivo a la SCLI. Podían quejarse cuanto quisieran, pero todo había terminado como debía ser.

De todas formas, el teléfono sonó. Un mensaje, no una llamada. No era esa la forma en que su contacto se comunicaba con él habitualmente, pero el texto del mensaje era muy claro: «Tardarás en saber de nosotros. Voy a tener que trabajar muy duro para que vuelvan a recuperar la confianza en ti. Buen trabajo. N».

Una vez más, las cosas volvían a su cauce. Y esta vez se encontraba en el corazón de Europa. Quizá se tomará unos días para conocer París. Ahora que, tal y como le habían informado, disponía de tiempo suficiente para usarlo como mejor le pareciera.

Secuestro

Capítulo 1

¡Costa Rica es un paraíso! Así lo decía la publicidad, así se veía en los folletos y en las fotografías. De hecho, Naveen Jarrah, originario de Irán, que conocía la mayor parte del planeta por cuestiones de trabajo, jamás encontró un lugar cuya realidad se correspondiera de manera tan precisa con lo que se decía de él. Sin embargo, el país presentaba un ligero problema para Naveen: el aburrimiento.

Había visitado las plantaciones de café, había probado la infusión y la había disfrutado. Los demás hacían lo posible por no mirarlo con insistencia, pero su aspecto no resultaba muy popular. Su tez morena, los grandes ojos almendrados y de espesas pestañas negras, el pelo largo y ondulado, tan negro como la noche, y la nariz aguileña delataban su origen árabe. Y los árabes no estaban de moda precisamente.

Renunció a pasar un día entero en un parque de turismo de aventura. Si las familias con niños lo veían trepar, deslizarse, saltar y rodar por el suelo con su destreza militar, su escondite quedaría al descubierto. Por eso se encerró en el hotel más exclusivo de bahía Papagayo. Un Four Seasons en donde nadie lo miraba. Todas las grandes fortunas ocultaban secretos oscuros, y ninguna de ellas deseaba que los suyos salieran a la luz, de modo que los buenos modales y la frialdad hacían las veces de escudo protector para todos los huéspedes.

Naveen entrenaba a diario en el gimnasio del hotel. Estuviera o no de vacaciones, su cuerpo era su herramienta de trabajo y debía mantenerlo a punto. Habría preferido correr al aire libre, pero, de nuevo, se lo impedía su deseo de no llamar la atención. Cuando terminaba su sesión de fuerza se dirigía a la piscina. Nadar lo relajaba. El problema era que llevaba dos semanas allí. No podía relajarse más. Necesitaba algún tipo de aliciente.

Había intentado leer, pero él era un hombre de acción. Se entretuvo

recorriendo las instalaciones, buscando puntos flacos en la seguridad del perímetro del hotel. Eran tantos que, durante las primeras dos horas de su pequeño juego particular, ideó al menos diez maneras de asaltar el edificio. Por supuesto, no se le ocurriría llevar a cabo ninguna de ellas.

Estuvo a punto de perder absolutamente la paciencia cuando reparó en la mujer oriental.

Había pasado tanto tiempo obsesionado con lo penosa de su situación que no se daba cuenta de que no era el único huésped solitario, y por tanto, sospechoso, de aquel hotel de lujo.

De inmediato abandonó el estudio del edificio y se dedicó a averiguar qué hacía allí sola aquella mujer. A simple vista parecía frágil. Su pequeña estatura y delgadez casi extrema daban esa impresión. Pero la realidad era muy distinta. Desde la distancia, Naveen se fijó en que los brazos de la mujercita no presentaban las mismas formas suaves y redondeadas de las esposas o las amantes de hombres ricos. Los hombros bien torneados, los bíceps fibrosos y unos tríceps bien definidos quedaban disimulados por blusas y vestidos vaporosos, pero estaban ahí.

El iraní continuó con su ejercicio de deducción. Aquella mujer no era japonesa. Sus movimientos resultaban demasiado bruscos. Tampoco provenía de Corea. Sin duda era de nacionalidad china. El flequillo recto sobre sus ojos rasgados hablaba de cierta adecuación a los valores tradicionales y familiares, pero... viajaba sola.

Había dos cosas que llamaban la atención de Naveen. En primer lugar, no haberse encontrado con ella en el gimnasio o la piscina. Su forma física, incluso bajo la ropa extrafemenina que llevaba, requería de un mantenimiento tan exigente como el que él mismo practicaba. En segundo lugar, el hecho de que llevase a cabo rituales de seguridad que para él eran mucho más que familiares.

Cada vez que entraba en una habitación, la mujer trataba de identificar las salidas más cercanas, localizaba las cámaras de seguridad y se colocaba de manera que ninguna de ellas pudiera tomar una imagen de su cara. Contaba a las personas que había en cada estancia y siempre se mantenía de espaldas a una pared. Así nadie podría tomarla por sorpresa. Fuera quien fuera, conocía las claves básicas de su trabajo, sin embargo, era torpe. Cualquier compañero de profesión, como él mismo, se daría cuenta de a qué se dedicaba. Un asesino a sueldo pierde todo su valor cuando es reconocido.

De todas formas, a Naveen le parecía una mujer atractiva. No había muchas en su profesión. Y eran todavía menos las que no lo pusieran nervioso. Cuando se trataba de acercarse a ellas, siempre estaba tenso. No por la relación personal o por inseguridad, sino porque nunca sabía si el interés en él era genuino o se debía a alguna misión. Dado que la mujer china ni siquiera parecía haberse fijado en su presencia, ese detalle quedaba fuera de la ecuación para él.

Tardó otro par de días en abordarla. Durante el primero se aseguró de que todo lo que había deducido fuese cierto. Y lo era. La mujer seguía a un empresario estadounidense. Era buena. Al menos lo suficiente para que aquel yanqui estúpido no se diera cuenta de que llevaba una lapa pegada a él las veinticuatro horas. Si el hombre salía del hotel, la mujer desaparecía tras él. El segundo día, el desaparecido fue el estadounidense. Cuando Naveen no lo vio en el bufé del desayuno supo exactamente lo que había sucedido. Y eso le hizo decidirse. Si iba a aburrirse en un hotel hasta que el peligro pasara en Europa, mejor hacerlo acompañado.

El bar del Four Seasons era un local amplio en donde abundaban la luz indirecta y las maderas nobles. El tono de voz de los huéspedes se mantenía siempre en niveles de exquisita cortesía, y la música ambiente sonaba a un volumen perfecto. Por una parte evitaba los ruidos desagradables, y por otra

permitía conversaciones casuales.

La mujer que le interesaba se había sentado en una mesa para cuatro, de espaldas a la pared. Dominaba toda la superficie del bar y tenía una buena vista de las grandes cristaleras que mostraban el paisaje exterior. Un jardín de plantas exuberantes. Una especie de miniatura de lo que se podía encontrar en cualquier parte del país: grandes hojas verdes, flores de vistosos colores y pájaros igualmente coloridos.

—¿Te importa que me siente contigo? —preguntó en un inglés perfecto. Suponía que su compañera dominaría varios idiomas, pero el inglés le pareció la opción menos evidente. Al fin y al cabo, se trataba de la lengua internacional por excelencia.

Ella entornó los ojos, dio un sorbo a su bebida anaranjada a través de una elegante pajita que también le sirvió para removerla antes de contestar.

—Adelante.

Naveen sonrió y los ojos le brillaron. Ella lo inspeccionó de arriba abajo. De nuevo, una buena práctica, pero llevada a cabo de una manera un poco torpe. Se cuidaría mucho de decírselo, no obstante.

—Mi nombre es Naveen. Sonará raro, pero me mandan desde los Emiratos. Al parecer, el café arábigo ya no es suficiente.

Sonrió como sabía que hacían los comerciales. Mostró así unos dientes blancos perfectos que obtuvieron inmediatamente la recompensa esperada: una sonrisa de aquella mujer morena tan contradictoria.

—Yo soy asesina a sueldo.

Naveen se rio demasiado alto para el local en el que estaban. Uno de los huéspedes levantó la mirada del periódico que leía. Una edición internacional del *Times*. Desde luego, la mujer tenía coraje. Esconderse a plena luz era una táctica tan buena como otra cualquiera. Además, se lo había dicho con un tono de absoluta frivolidad.

—Espero que eso sea rotundamente falso. Me temo que un vendedor de café no pueda estar a la altura de una sicaria internacional.

—Supongo que eso depende del vendedor de café.

La mujer no le quitaba los ojos de encima. Eso era buena señal. Naveen estaba acostumbrado a llamar la atención, y le gustaba. Además, que ella no se diera cuenta de su doble juego le añadía a la situación cierto interés extra.

—¿Qué estás bebiendo? Te invito otro.

—Solo es zumo de naranja. Pero acepto tu invitación.

Naveen no llamó al camarero. Prefirió acercarse a la barra para dar oportunidad a la desconocida de admirar su musculatura y su elegancia. Pidió la bebida y se dispuso a volver a la mesa. Pero para entonces la mujer ya no estaba allí. Se había levantado y se dirigía a una de las salidas. Aquello sí que le pilló completamente desprevenido.

No gritó para detenerla. Se dio cuenta de que, de hecho, ella no le había dado su nombre. De todas formas, apretó el paso y la alcanzó ya cerca de la puerta.

—¿A ti te parece que esta es manera de terminar una conversación?

Ella le clavó los ojos rasgados en los suyos, con forma de almendra, y se pasó la lengua por los labios antes de continuar.

—Diría que es una buena manera de empezarla, Naveen.

A él le gustó el giro que tomaban los acontecimientos.

—Me llamo Mei.

Capítulo 2

—Encantado de conocerte, Mei. Por un momento he pensado que huías de mí.

Mei sonrió.

—No creo que ninguna mujer haya huido nunca de ti.

Él descartó de un plumazo la imagen de algunos objetivos a los que tuvo que liquidar en el pasado. No todos habían sido hombres. Algunas de esas mujeres habrían agradecido, de hecho, la oportunidad de escapar.

—Eres muy amable.

—¿Sabes? —Mei volvió a la carga—. Llevo dos semanas aquí. Casi nunca trabajo sola. En realidad somos un equipo. Y ya pensaba que este viaje iba a ser un fracaso absoluto. Pero aquí estás. Se puede decir que soy una chica con suerte.

—Pues creo que yo puedo decir lo mismo.

—¿Qué eres una chica?

—No. Que tengo mucha suerte.

Naveen se dobló sobre sí mismo y trató de besar a Mei, pero ella alzó la mano y lo detuvo.

—Lo siento mucho, pero no. Tengo una reputación que mantener. Vengo a este hotel con cierta frecuencia y no puedo permitir que haya rumores. Los costarricenses son muy discretos, pero no se puede decir lo mismo de todos los huéspedes.

Mei acompañó su discurso con un encogimiento de hombros y una nueva sonrisa.

—Lo entiendo.

De hecho, él lo entendía. Una mujer como ella no podía permitirse ninguna debilidad. Al menos ninguna que conociera. Le caía bien y le habría gustado hablarle de sus torpezas en cuanto a la seguridad. Quizá lo hiciera si

finalmente intimaban lo suficiente.

—Estoy en la 67. Subiré en ascensor. Tú puedes beberte el zumo de naranja. Tómate tu tiempo. Unos cinco o diez minutos bastarán. Quiero ponerme cómoda.

Naveen no acostumbraba a encontrarse con mujeres tan francas, pero lo agradeció. Al final ambos se parecían más de lo que él supuso. Extendió la mano para estrechar la de ella como si acabasen de realizar una transacción de negocios. Al fin y al cabo, aquello era lo que acababa de suceder en realidad.

Mei caminó con gracia hacia los ascensores. Llevaba unas sandalias de tacón alto que se quitó en cuanto las puertas se cerraron, dejando a su objetivo en el bar. Detestaba ese tipo de disfraces. Le parecía humillante tener que fingir que era menos hábil o menos inteligente que un hombre, pero la misión mandaba. Llevaba dos semanas fingiendo torpeza para llegar al momento exacto en el que se encontraba. Los hombres como Naveen ni siquiera pensaban en la posibilidad de que una mujer pudiera ser más inteligente que ellos. En fin, no era culpa suya. Sonrió tanto que casi le dolían los músculos de las mejillas.

Cuando llegó a su cuarto comprobó que lo más importante estaba preparado exactamente en el lugar preciso. De un vistazo aprobó lo que veía y se quitó el vestido ligero por encima de la cabeza. Lo hizo una bola y lo tiró en el armario. En el baño la esperaban sus botas del Ejército chino, unos pantalones ceñidos pero cómodos, y una camiseta de tirantes. Se recogió la larga melena en una cola de caballo que enrolló en un rodete para que Naveen Jarrah no pudiera utilizar su pelo en contra suya. Luego volvió a la habitación. Le llevó mucho menos de diez minutos retirar todo lo que no necesitaba de en medio. En realidad, si lo hubiera hecho un poco más despacio ya tendría la maleta preparada para abandonar el hotel en cuanto acabara con su misión.

—Lástima que tenga que quedarme un poco más. Odio estar de vacaciones

—pensó en voz alta.

Empleó el tiempo que le sobró en realizar dos tipos de ejercicios: calentamiento para sus músculos, que había seguido entrenando en su propio cuarto para que el otro asesino no la descubriera, y meditación para limpiar su mente de distracciones. Tal como le informó al hombre, hacía tiempo que no trabajaba sola. Estaba encantada de acabar con el periodo de calma que había supuesto trabajar con Max. Ser su experta en comunicación tenía muchas ventajas, pero echaba de menos la acción.

Comprobó de nuevo que todo estaba en su sitio y apagó las luces. Las cortinas opacas no ofrecían una oscuridad total, pero él se desorientaría lo suficiente. Se colocó frente a la puerta y esperó. La llamada con los nudillos no se hizo aguardar.

—Está abierto —contestó.

A continuación Naveen se adentró en la penumbra con paso confiado. Su entrenamiento lo puso en guardia de inmediato, pero no pudo esquivar la primera patada de Mei, directa a su barbilla. Un chorro de sangre salpicó la pared.

—Lo siento —dijo ella—. De verdad que lo siento. Tienes unos dientes preciosos.

No detuvo su ataque mientras hablaba. Al contrario. Su segunda patada se dirigió al pecho del objetivo, que se dobló sobre sí mismo igual como había hecho al tratar de besarla unos minutos antes. El aire escapó de sus pulmones con un quejido, pero la fuerza de Mei no fue suficiente para derribarlo. Por eso ella entrelazó las manos y lo golpeó en la nuca.

Entonces sí, Jarrah cayó sobre sus propias manos, extendidas en un movimiento reflejo.

Mei saltó sobre su espalda, esquivando la zancadilla con que él trató de defenderse. Ella no esperaba menos. Naveen era uno de los asesinos mejor

pagados de la profesión. Esas cosas no pasaban por casualidad. Estaba bien entrenado, tenía buena capacidad de reacción y mucha más fuerza que una mujer que no alcanzaba el metro sesenta de estatura.

No se sentó sobre su espalda, sino que se puso de rodillas sobre él. Las botas añadían algunos kilos más de peso. Agarró los rizos negros de Jarrah con una mano mientras le inyectaba un sedante con la otra. Mei no se relajó hasta que el cuerpo de su oponente no estuvo completamente relajado. La pelea le había sabido a muy poco.

—Tres años como informática y me ventilo el primer trabajo de campo en dos minutos y medio. No hay derecho —dijo.

Ni siquiera llegó a sudar, pero se pasó el antebrazo por la frente de todos modos. El trabajo pesado no había hecho más que empezar.

En primer lugar levantó el cuerpo de Jarrah y lo tendió sobre la cama. Después sacó las esposas y dejó al descubierto los soportes de metal cromado que hizo instalar en el suelo, junto a las esquinas.

—Es increíble hasta qué punto los hoteles de lujo cuentan con dispositivos para las «necesidades especiales» de sus clientes. Al parecer, esposar personas a la cama de manera segura no era una práctica tan extraña como cabría esperar. A Mei ni siquiera se le había ocurrido que aquellas barras estarían allí. Iba a instalar unas ella misma, pero no fue necesario. Esposó a Naveen a las argollas que coronaban cada uno de los barrotes y se puso unos auriculares.

—Jefe, esto está listo. Ahora solo hay que limpiar y darle el toque final, pero por aquí está todo bajo control.

—¿Tú estás bien? —contestó Max al otro lado.

—Esperaba que opusiera más resistencia, la verdad. Si este es el nivel medio de los profesionales mejor cualificados, estamos perdiendo dinero trabajando para la SCLI.

A través de los auriculares Mei oyó una risa sofocada.

—A veces te pones muy insoportable.

—Tengo mis gastos, Max. La tecnología no es barata.

—Los dos sabemos que tienes más dinero del que puedes gastar. Y también sabemos que no compras tecnología. Conoces métodos alternativos mucho más rentables para estar a la última.

—*Touché*, jefe. De todas formas tengo que dejarte. Jarrah ha tenido un problemilla con su dentadura impecable y tengo que arreglar esto. Adiós jefe.

—Ten cuidado. Puede que lo hayas reducido, pero Jarrah es peligroso.

Mei desconectó la transmisión y encendió las luces del cuarto. Deseaba por encima de cualquier cosa abrir las cortinas y dejar entrar los sonidos de los pájaros, pero el deber primaba antes que el placer. Sacó un neceser de la maleta. Cualquiera lo habría tomado por una inmensa bolsa de maquillaje. La mayoría de las huéspedes del Four Seasons llevaban una tan grande como esa o más. Solo que la de Mei no contenía cosméticos, sino otra clase de productos químicos.

—Esto termina con todo rastro orgánico, así que asunto resuelto —se dijo en voz alta. No había muchas probabilidades de que Jarrah se hubiera despertado todavía, pero quería que oyera todos los pormenores de lo que iba a ocurrir. El éxito de la misión dependía en buena medida de ello.

—Y después de la pared, vamos a ver cómo nos deshacemos de una vez y para siempre de esa cosa que tenemos en la cama. Parece que los insectos del trópico sí son tan grandes como se dice... Aunque su picadura no sea mortal.

Contra todo pronóstico, cuando Mei se colocó a los pies de la cama, Naveen sí se había despertado. Y mostraba la boca maltrecha en una ensangrentada sonrisa.

—Pagarás por esto, Mei. Pagarás por todo esto.

Capítulo 3

Max se alegró de ver a James, su portero, todavía en su puesto. Era casi la una, y a esa hora el antiguo cabo del Ejército de Su Majestad solía salir a tomar un almuerzo ligero. Por lo que le había contado en varias ocasiones, le gustaba pasear por Hyde Park incluso cuando llovía. Pero no ese día. Ese día se encontraba en su puesto. Cuando Max estuvo lo bastante cerca se dio cuenta de que no se encontraba de buen humor. En absoluto, la arruga que le partía la frente en dos fragmentos casi simétricos se veía más profunda que de costumbre. Algo había turbado la paz de su portero. Vería si podía mejorar el estado de las cosas con un poco de conversación trivial. Max sabía que le caía bien al hombre y también él disfrutaba de la compañía del anciano.

—Buenas tardes, mi cabo.

—No tan buenas, señor Cornell. No tan buenas.

Por lo general James era algo más reservado, así que lo que hubiera sucedido debía de ser grave.

—¿Qué ha ocurrido?

—James resopló.

—Disculpe, señor Cornell, que se lo diga tan claramente, pero a veces no sé en qué país vive usted. Hablan de ellos todos los periódicos y está en la televisión. Y no me diga que no ve la tele, porque me consta que las noticias también se ven en Internet. Que yo no lo use no significa que no conozca su existencia.

Max disimuló una sonrisa. Desde luego, James estaba mucho más enfadado de lo que parecía a simple vista.

—Vivo en Inglaterra, mi cabo, pero no siempre me entero de lo que pasa. Ya sabe que soy...

—¡No me tome el pelo, señor! Puede que sea su portero nada más, pero sé

perfectamente cuando se burlan de mí. Es imposible que no sepa lo que está pasando.

—De verdad que si no me da algún detalle, yo no...

—¡St Giles' Cripplegate! Esa iglesia sobrevivió a los dos incendios de Londres, a los bombardeos alemanes, y ahora quieren tirarla. No me diga que no se ha enterado de eso, señor Cornell, porque le perderé el respeto que le tengo, que ambos sabemos que es mucho.

Max conocía el caso. De hecho, lo conocía mucho mejor de lo que le hubiera gustado. Además comprendía perfectamente el punto de vista del anciano. El hombre había combatido en la Segunda Guerra Mundial y había sobrevivido. Lo mismo que aquella bonita iglesia sobre la que se cernía la última fase de una trama urbanística de altos vuelos.

—Ahora sé de lo que habla, mi cabo. Y entiendo su indignación. Se trata de un edificio histórico.

—Se trata de la memoria, señor Cornell. Poco a poco están acabando con quienes somos. No seré yo quien hable mal del progreso. El progreso nos ha traído mejor salud. Si me hubieran disparado hoy en lugar de hace sesenta años, quizá hubiera recuperado mi mano. Y eso es porque avanzamos. Pero...

—El hombre sacudió su anciana cabeza en un gesto de desesperación—. Esto no está bien. Destrozan la ciudad. La llenan de rascacielos, destruyen aquello que somos, señor Cornell. Y lograrán que olvidemos que Su Majestad confeccionaba vendas durante la guerra y que esa iglesia es como el espíritu de nuestra nación: sólida. No se puede permitir.

—Estoy de acuerdo, mi cabo. No se puede permitir. Pero es la hora del almuerzo y creo que le vendría bien darse su paseo diario por el parque.

—Yo también lo creo, señor Cornell. Yo también. Porque si no uno de estos días lo habrán convertido en un edificio de oficinas o en un aparcamiento.

—No creo que eso suceda pronto.

El portero se inclinó a modo de despedida y desapareció en su cubículo. A Max le dio tiempo de oír cómo refunfuñaba antes de meterse en el ascensor que lo llevaba hasta el último piso.

Max debía prepararse para abordar un avión, pero decidió tomarse su tiempo. En cualquier caso, era un hombre organizado: siempre tenía una maleta lista al fondo del armario. Con su trabajo más le valía estar preparado para cualquier eventualidad.

Se quitó los zapatos y dejó la americana en una silla del comedor. Encendió la televisión y buscó el canal de noticias. En ese momento había una pausa publicitaria y la pantalla se llenó con el plano de unos dúplex de lujo. A este le siguió una reproducción renderizada del exterior de un edificio moderno, con exterior de cristal y zonas verdes. Estaba a punto de apagar el televisor cuando se dio cuenta de que aquello no era un anuncio, sino parte de un reportaje. La locutora no hablaba en ese momento y una melodía sugerente llenaba el vacío. Por eso la confusión.

Las imágenes del nuevo conjunto residencial dieron paso a un plató televisivo. Se trataba de un programa de entrevistas de cierto rigor. Max no pudo evitar sentarse en el borde de su sofá blanco. Más interesado de lo que él mismo sospechaba, se inclinó hacia adelante con las manos sobre las rodillas. Visto desde fuera parecía un gato a la caza de un ratón.

—Entonces, señor Dziejic, el hecho de que su socio no haya acudido al programa no tiene nada que ver con las acusaciones que se han vertido contra él de manera individual.

La cámara enfocaba al tal Dziejic, y bajo su rostro se leía su nombre y cargo: Bartosz Dziejic, magnate de la construcción, relacionado con el escándalo de las concesiones del terreno ocupado por St Giles' Cripplegate. Pálido como la sal, había perdido buena parte del pelo, hecho que pretendía

disimular peinando el resto de tal manera que cubriera su ostentosa calva. De alguna manera a Max le recordaba a los villanos de las películas en blanco y negro que veía de pequeño.

—Ambos hemos oído las declaraciones de muchos ciudadanos británicos que comparan nuestro proyecto con una invasión de tropas alemanas. Se trata de un discurso manipulador que no tiene ninguna relación con la realidad. Tanto mi socio, Bastian Schmidt, como yo mismo hemos participado de primera mano en el diseño de este proyecto, que beneficiará a la ciudad de Londres y a todos sus habitantes. Y no solo creando puestos de trabajo en un momento en el que el paro es una de las mayores preocupaciones de esos mismos ciudadanos.

Mientras Dziedzic declaraba, el programa emitió algunas imágenes de archivo en las que se veía a Schmidt, un hombre de negocios de origen alemán. Al contrario que su socio, conservaba todo el pelo, de un elegante color gris que parecía teñido para conferirse un halo de mayor seriedad.

Aquellos eran los dos hombres que consiguieron irritar a su portero hasta límites que él no había conocido antes. Dos constructores venidos a más a los que no les importaba en absoluto que su actividad destruyera una de las zonas más emblemáticas de la ciudad.

—Conocemos toda la publicidad que sus empresas han lanzado para legitimar el proyecto, pero lo cierto es que han elegido un enclave histórico tan representativo que no resulta extraño que levante suspicacias.

—En ese mismo lugar se alza su famoso Barbican Centre, un edificio de estilo brutalista. Una mole de hormigón cuyo parecido con las edificaciones popularizadas por el Gobierno de la antigua Unión Soviética es apabullante. Nuestra propuesta es moderna y equilibrada.

La presentadora asentía con aparente amabilidad, pero Max notó que también a ella le crispaba la prepotencia de aquellos dos hombres que creían

que el dinero podía conseguir cualquier cosa. Incluso ocultar episodios de la historia.

—Sin embargo, señor Dziedzic, no estamos aquí para discutir la belleza de su propuesta arquitectónica.

—Estoy de acuerdo —repuso el entrevistado.

—Ni siquiera para valorar las repercusiones económicas del proyecto sobre la zona. Sean estas positivas, como usted afirma, o negativas, como sostienen algunos estudios independientes.

—Permítame aclarar...

Pero la presentadora no dejó que el hombre continuara hablando. De hecho, a Max le pareció que alguien había silenciado su micrófono.

—Estamos aquí para aclarar si es cierto que están tratando de infringir la ley para conseguir una recalificación urbanística de terreno histórico. Porque, de ser así, este caso podría abrir una importante brecha en la economía de su grupo económico y del *holding* que dirige su socio. El señor Bastian Schmidt y usted han construido edificios similares en enclaves céntricos de París, Madrid, Praga y Varsovia. Los Gobiernos de Francia, España, la República Checa y Polonia lo permitieron debido a la flexibilidad de sus leyes, ¿cree usted que podrán salirse con la suya también en Inglaterra?

—No si yo puedo evitarlo —contestó Max, ya en pie sobre su tupida alfombra, tan blanca como el sofá.

Entonces Max apagó el televisor y se dedicó, por fin, a ultimar los detalles de su viaje.

Capítulo 4

La maleta que siempre tenía lista lo esperaba en el lugar de costumbre, al fondo del armario. El tipo de preparación que necesitaba era distinto. La logística no era algo en lo que un hombre como él invirtiera mucho tiempo. Sobre todo porque con el paso de los años había logrado automatizar la mayor parte de sus procesos y casi ni necesitaba pensar en lo que hacía. Pero sí que debía planear lo que haría una vez aterrizase en San Petersburgo.

Extrajo de la caja fuerte la documentación que Mei había conseguido acerca de su objetivo: Oleg Ajmátov. Si en algo se podía confiar en Mei, eso eran las comunicaciones. Se manejaba mejor que cualquiera de los otros tres, era un hecho. En cuanto a Ajmátov, se trataba de un asesino a sueldo; el mejor del mundo si se podía hacer caso a los informes extraídos de los sistemas en los que Mei se había infiltrado. Tanto la CIA como el FBI lo identificaban como el brazo ejecutor de algunos de los atentados —siempre silenciados para el gran público— más sangrientos de los últimos años. La vida profesional de uno de los suyos no solía ser muy larga, pero Ajmátov era bueno. Muy bueno. Mei había descryptado un informe acerca de su intervención en la localización y captura de Osama bin Laden. Algo que jamás saldría a la luz. La población mundial debía creer que los Gobiernos eran «los buenos», y «los buenos» jamás usaban los métodos ni los recursos de «los malos».

El propio Max había pensado así cuando se alistó en el Ejército inglés. Era apenas un muchacho cuando lo hizo. Un crío lleno de inseguridades y deseos de convertir el mundo en un lugar mejor. Su doble nacionalidad le permitió formar parte también del Ejército norteamericano. Allí conoció a su mentor y también se quebró su juvenil espíritu optimista. Por eso, cuando leyó que Ajmátov había intervenido en la Operación Lanza de Neptuno como agente

de campo de los SEAL ni siquiera se sorprendió.

Sin embargo, saber ese tipo de cosas era importante. Sobre todo para prepararse. En primer lugar para enfrentarse a él cuando lo encontrara. Eso no sería fácil, y cuando diera con él resultaría mucho más difícil reducirlo.

Estados Unidos no era el único país que había identificado y utilizado las habilidades de Ajmátov. Al parecer, Oleg logró confirmar la no existencia de armas de destrucción masiva, pero al Gobierno de Tony Blair no le pareció buena idea hacer caso de esos informes. Alemania también había servido a Mei como fuente de información acerca de Ajmátov, aunque lo que encontraron en el sistema del servicio de inteligencia alemán no era nada que ya no supieran. Más crímenes, mejores sueldos.

Mei les había informado de que Ajmátov siempre volvía a San Petersburgo cuando acababa con un encargo. A Max le parecía extraño que así fuera. Los soldados de fortuna debían evitar, por encima de todas las cosas, la consolidación de rutinas que facilitasen su localización. El problema en el caso de su objetivo era que sus padres eran muy mayores. La pareja vivía en una casa a las afueras de la ciudad. Sin duda adquirida con el dinero del hijo. Muchos familiares y amigos repudiaban a los miembros de la familia que escogían profesiones problemáticas como la suya, pero los padres de Ajmátov no eran de esos. El padre había servido en el Ejército de la Unión Soviética y, al parecer, perdió varios dedos de los pies por congelación. No había mucho más que añadir. De niña, la madre fue prisionera de los nazis. Cuando las personas conocen el mal absoluto, suele importarles poco de qué manera los suyos consiguen prosperar.

Así que Max no podía fiar el éxito de su misión a la buena voluntad de unos padres y sus principios. Solo contaba con que Ajmátov fuera tan sentimental como parecía sobre el papel. Esa era su única baza para lograr atraparlo.

Pero el informe tampoco le daba muchos más datos a los que agarrarse. Sabía dónde bebía Ajmátov y con quién. Sabía quién lo buscaba para alquilar sus servicios, pero no convenía llamar a puertas que estaban mejor cerradas. Por eso tenía que tomar un vuelo a pesar de que volar no le gustaba en absoluto, y tenía que hacer un trabajo sobre el terreno que quizá no sirviera de nada. A lo mejor el propio Ajmátov había falsificado sus informes. Que volviera a su casa tras cada misión no parecía un *modus operandi* digno de un mercenario de su altura.

Destruyó la documentación concienzudamente. Tenía la memoria suficiente para recordar todas las direcciones que había leído y, además, no convenía dejar pistas acerca de sus actividades. Nadie entraba en su piso, pero los cabos sueltos lo ponían nervioso.

Cuando los papeles quedaron reducidos a una montaña de cenizas, y la montaña, a pasta de papel, Max se dedicó a buscar un billete de avión para la mañana siguiente. Cuanto antes terminase con aquella parte de la misión, mejor. Necesitaría también alojamiento. En cuanto tecleó sus términos de búsqueda, Internet le asaeteó con ventanas emergentes que hablaban de los dos constructores venidos a más. Eso le pasaba por usar páginas web corrientes en lugar de realizar sus transacciones a través del sistema de seguridad que Mei le instaló. De todas formas el daño ya estaba hecho. Por lo que se veía en la pantalla, daba la sensación de que todos los medios de comunicación disponían de las mismas imágenes de archivo. Max se entretuvo leyendo algunas noticias, aunque la mayoría no eran más que refritos de las biografías de ambos precedidas de titulares sensacionalistas que sólo buscaban clics.

Al parecer Bastian Schmidt, el socio alemán, había descubierto su vocación mientras paseaba de niño de la mano de su padre por las calles de su Fráncfort natal. Allí miraba los edificios con asombro. Su padre le comunicó que solo los arquitectos se hacían famosos, y él preguntó los motivos. El padre

le explicó que lo que importaba en el mundo eran las grandes ideas, pero el niño no estaba de acuerdo. La mayor parte de las páginas web recogían las declaraciones de un Bastian ya canoso que reclamaba la fama para los «auténticos trabajadores, los que levantan las obras que otros se limitan a imaginar. La imaginación es un arma poderosa, pero la acción es lo que permanece», decía.

Por su parte, Dziedzic sí estudió Arquitectura, pero no por la fama ni por el reconocimiento público. De hecho, excepto por la aparición en la televisión británica que Max acababa de ver, no había concedido muchas entrevistas. Su familia era harina de otro costal. Su madre hablaba largo y tendido con cualquiera que le propusiera estampar su rostro en un periódico. Por eso se sabía que mientras otros niños disfrutaban destruyendo juguetes, Dziedzic levantaba torres con piezas de madera. Incluso llegó a construir su pequeña ciudad de rascacielos en su habitación.

Otros artículos, menos amables, hablaban de los escándalos que la presentadora había mencionado solo por encima. Al parecer, la sociedad Schmidt-Dziedzic había logrado derruir el madrileño Barrio de las Letras, donde descansaban los restos de Miguel de Cervantes, que habían sido trasladados a un mausoleo memorial como compensación. La sociedad creada al efecto para custodiar las reliquias se embolsaba mucho dinero en entradas y regalos, uno de los muchos negocios colaterales que surgían por donde el alemán y el polaco pasaban. En París se ofrecieron para hacer una reforma integral en el palacete que daba acceso a las catacumbas, y también habían restaurado el interior. Como contraprestación, los dos socios vieron cómo los terrenos ocupados por el famoso Centro Pompidou se recalificaban para uso residencial. Así, una de las atracciones turísticas emblemáticas de la ciudad se convirtió en una urbanización vertical de apartamentos de lujo. Algo similar a lo que pretendían hacer con el Barbican Centre y St Giles' Cripplegate.

Max había cambiado mucho en los últimos años. Tanto como para no reconocerse en el muchacho que pretendía salvar el mundo. Pero de todos modos no podía soportar a aquellos que se creían con el poder de adueñarse de todo. Y aquellos dos empresarios pertenecían a esa clase de personas. Así que, más allá de la misión que le encomendaron, para Max aquello era una cuestión personal. Tan personal como lo era para James, el portero. O para la presentadora que había contenido a duras penas la ira que sentía.

Logró a comprar un billete de avión y reservar un hotel en el centro de San Petersburgo. Tenía una larga tarde por delante y se encontraba demasiado disperso para nada más. Trató de contactar con Dylan, pero no hubo suerte. Parecía que, por el momento, Mei había sido la única en completar su misión. Adam tampoco respondió a su llamada.

Capítulo 5

De todas las cosas que Dylan había hecho a partir de conocer a Max y al resto del equipo, conducir una limusina con los cristales tintados por el centro de Delhi era, sin lugar a duda, la más extraña. No solo porque llevaba uniforme de chófer y gorra de plato, sino porque, además, debía terminar sus frases con la palabra «señor», algo que se prometió no volver a hacer en cuanto abandonó el Ejército. Sin embargo, allí estaba, tieso, al volante de aquel vehículo ridículo y concebido únicamente para aparentar. El tráfico de aquella ciudad era la representación más exacta del infierno que él había vivido jamás. Y ya contaba en su haber con algunas experiencias extremas de las que le resultó difícil salir con vida.

En el asiento trasero, su jefe, André Feraud, se dedicaba a su segunda actividad favorita: hablar por teléfono con alguien muy rico a quien pretendía empobrecer para su propio beneficio. Le había pedido que lo llevara a la exposición de joyería y piedras preciosas más importante de la India. Allí se concentraban diseñadores, fabricantes, compradores, vendedores e inversores. Estos últimos representaban el mayor interés de André. Sobre todo aquellos a quienes no les importaba ni lo más mínimo la joyería. Y es que los negocios soterrados del no tan impecable caballero francés que había alquilado la limusina marchaban tan bien como su carrera de mercenario, mucho menos conocida en aquellas latitudes.

Dylan estuvo a punto de atropellar a una chiquilla de grandes ojos negros, pero frenó a tiempo. Detrás, el señor Feraud le increpó, pero él no hizo caso. En las dos semanas que llevaba sirviendo como conductor había aprendido que los chóferes estaban para manejar el volante, pero también para recibir insultos. Todo lo que pasaba en la carretera era culpa suya. Desde un cambio inoportuno de disco hasta aquella riada de gente que ocupaba ambos lados de

la calzada en aquel momento.

—¿Es que no sabe conducir? Esto es ridículo. El señor Feraud tiene una reunión importante a la que no debe faltar.

El que se dirigía a Dylan era el secretario. Su posición en la escala jerárquica era superior a la del chófer, pero no lo bastante como para no reconocer su existencia. De todas formas, Dylan optó por permanecer en silencio. Aunque se permitió señalar la luna delantera para que aquel hombrecillo repelente viera lo que estaba sucediendo.

La multitud se disolvió de la misma extraña manera en que se concentró y Dylan pudo continuar en dirección al centro de negocios. El secretario le increpaba para que lo hiciera a mayor velocidad, pero no estaba dispuesto a arriesgar la vida de ninguna persona ni el éxito de su misión.

Finalmente el edificio en donde se celebraba la feria apareció frente a ellos. Una muchedumbre inabarcable separaba la entrada principal de la limusina, pero Dylan conocía la entrada para personas VIP. También sabía que debía aparcar a pleno sol. Se esperaba de él que no saliera del vehículo y que estuviera listo para arrancar en cuanto su cliente reapareciera unas horas más tarde.

Cuando lo hizo, el secretario no estaba con él, lo que suponía una gran mejora en las expectativas de Dylan. Podría haberse encargado de los dos hombres, pero uno solo resultaría más sencillo.

Feraud entregó una tarjeta de visita a su chófer. Aunque en realidad el gesto no fue tan personal como para considerarlo una entrega. El francés mostró el cartoncito de color blanco y Dylan lo recogió. Se evitaba así que ambos tuvieran que cruzar palabra. El cliente ocupó su sitio en el asiento trasero, Dylan echó un vistazo a la dirección, escrita en inglés, como si le interesara y se sentó ante el volante una vez más.

Arrancó con suavidad y pulsó el elevavinas que lo separaría

definitivamente de Feraud. El hombre no hizo ninguna observación. Se trataba de una práctica habitual que los clientes agradecían. No pareció hacerle tanta gracia que la luna trasera y las ventanillas laterales se cubrieran de una gruesa lámina de plomo, indetectable desde el exterior. Dylan se preguntaba si, dado el cambio de circunstancias, el hombre le dirigiría la palabra. No tuvo que esperar mucho tiempo para esperar una respuesta.

—Imagino que su intención no es llevarme a la dirección que le he dado, ¿verdad? —dijo en un inglés en el que casi no se notaba el acento francés.

—No, no es esa mi intención.

A Dylan le sentó estupendamente no añadir la palabra «señor» al final de esa frase. Estaba más que harto del papel que le había tocado interpretar. A través del espejo retrovisor creyó distinguir cierto gesto de repulsión en «su invitado», como si hubiera estado a punto de recordarle que debía cumplir con ese formalismo, al menos mientras estuvieran en el coche.

—Y dicen de la flema inglesa —susurró.

—¿Tiene usted alguna idea de quién soy?

—Alguna tengo, sí. Sé que no compras ni vendes joyería y sé de dónde provienen la mayoría de tus ingresos. Sé que estás en negociaciones con el Gobierno de Israel, pero que también hablas con Palestina. Y sé que no te importa remangarte para hacer las cosas bien.

—Entonces sabrás que mi equipo ya está siguiendo la señal de GPS de mi móvil, que te perseguirán, te alcanzarán y no te tocarán ni un pelo de la ropa porque eso es algo que me reservaré para mí mismo.

Como si nada sucediera en el interior de la limusina, Dylan conducía con total tranquilidad. Los persiguieran o no, y sospechaba que lo harían, nadie podía moverse más rápido por aquellas calles. Otra cosa sería cuando llegase a las afueras.

—No esperaba menos.

Como la conversación había terminado y Dylan necesitaba replantearse si su plan funcionaría, selló la luna intermedia con el mismo plomo. Un pequeño ajuste en el vehículo que nadie había notado. Sus habilidades mecánicas eran tan valiosas como las de Mei en comunicaciones. Lástima que pocas veces tuviera la ocasión de usarlas. Max solía recurrir a su conocimiento en armamento y a su puntería, así que la misión suponía un cambio agradable. No diría que se trataba de unas vacaciones, pero le andaba cerca.

La parte de atrás se llenó de un gas sedante que durmió a su invitado casi instantáneamente. Dylan vio cómo se desplomaba sobre sus documentos mediante una pequeña cámara de seguridad. Nada complicado. Dejó que respirara el gas durante unos minutos más, hasta que llegaron a los límites de Delhi, entonces abrió las ventanillas laterales. Cuando estuvo seguro de que el ambiente había quedado despejado, detuvo el vehículo en un arcén, ató de pies y manos a su objetivo y se deshizo del móvil.

Le habría gustado disponer de un vehículo de repuesto, pero lo más probable era que lo hubiera perdido, así que se entretuvo en cambiar la placa de la matrícula antes de seguir adelante.

Condujo un par de horas hasta llegar a las afueras de Hapur, donde había establecido su piso franco. Dejó la limusina en un cobertizo y metió al francés, todavía inconsciente, en la casa. No pensaba dejar nada al azar, así que lo ató a una silla de metal y lo encadenó a una argolla que pendía del techo. Si se trataba de un profesional hábil, podría doblar la silla, pero no había mucho que pudiera hacer contra las cadenas y los candados. Salvo que se tratara de un descendiente de Houdini.

Luego cogió unas tijeras roñosas de la cocina y se puso unos guantes de látex. Habría sido más efectivo desnudarlo antes de atarlo, pero primaba la seguridad. Le quitó los zapatos y los calcetines primero, para poder inspeccionar sin trabas el espacio entre los dedos de los pies. Como no

encontró nada, le quitó los pantalones. Se deshacía de los jirones de ropa sin mirarlos dos veces, pero examinaba cada centímetro de piel de su objetivo con la precisión de un cirujano. En tercer lugar le quitó la americana, la camisa, el reloj y los calzoncillos. Completamente desnudo, un mercenario tenía el mismo aspecto vulnerable que cualquier hombre de la calle. Pero Dylan no se dejaría engañar. Aquel ejemplar de ser humano era peligroso.

Antes de pasar a la parte más comprometida de la anatomía del francés, Dylan repasó su cuero cabelludo y el interior de sus orejas. Allí tampoco había nada, así que se enfrentó a lo que menos gracia le hacía de todo el proceso.

—Voy a abrirte la boca y voy a mirar dentro. Lo más probable es que sigas dormido, pero si me muerdes, te juro que te mato aquí mismo.

Feraud no contestó.

Dylan metió el dedo índice de la mano izquierda entre los labios flácidos del otro hombre. Repasó la cavidad bucal completa con la misma escrupulosidad que el resto del cuerpo. Al acercarse a la garganta el prisionero tuvo un reflejo de vómito. Afortunadamente se quedó en eso. El olor habría resultado inaguantable en un sitio como aquel, cerrado y sin ventilación.

Cuando le pareció que ya no había peligro, volvió a intentarlo. Encontró lo que buscaba en el hueco dejado por una muela del juicio. Lo extrajo con toda la delicadeza de la que fue capaz teniendo en cuenta su falta de instrumental y de pericia. Aquel era el transmisor que delataba su posición, y no el teléfono móvil.

Dylan todavía se estaba felicitando por su perspicacia cuando de pronto saltó la primera alarma. Tal como esperaba, su amigo francés había llevado consigo cierto tipo de compañía. Afortunadamente, Dylan era experto en ofrecer bienvenidas a la altura de los acontecimientos.

Capítulo 6

No despierto del todo, Feraud sonrió de medio lado. Si hubiera estado en pleno uso de sus facultades, su mueca de desprecio habría sido insoportable.

—Parece que hasta aquí ha llegado tu pequeña excursión.

—Siento muchísimo disentir. En realidad, aquí es donde empieza. Ya he visto a ese equipo de operaciones especiales que viene a salvarte, pero me temo que no voy a poder permitírselo. Lo que no entiendo es por qué estás en la lista de mejores profesionales si dejas que sean otros los que hagan tu trabajo. ¿Quieres un vaso de agua?

Pareció que el francés se encogía de hombros, así que Dylan lo tomó como un sí y llenó una taza de loza con el contenido no del todo transparente de una botella.

—Hay personas que son muy buenas tocando un instrumento. Como tú con la mecánica. Me ha impresionado la modificación de la limusina. Espero que no te importe que la utilice en el futuro.

—No creo que eso vaya a ser posible.

—En fin, como te decía, hay personas que tocan bien un instrumento y con ellas se forma una orquesta. Yo dirijo esa orquesta. Y soy el mejor.

—Verás, a veces conviene hacerse un verdadero maestro del instrumento que sea. Por ejemplo, la mecánica. No hay que subestimar el poder de una alarma a distancia.

El rostro del francés reflejó sorpresa y cierta alarma que su máscara de caballero educado no pudo ocultar.

—Sí, ahora mismo están a unos diez kilómetros. Tiempo más que suficiente para pulsar este botón de aquí.

Dylan señaló un aparato electrónico similar al mando de un garaje. De hecho, se trataba de un aparato muy similar. Cuando lo activó, un ruido

insoponible invadió la habitación. Un chirrido alto y profundo, como si la tierra se estuviera abriendo bajo sus pies y en lugar de arena y piedra estuviese hecha de metal.

En realidad eso era lo que estaba pasando. Del suelo emergían chapas de metal. No eran muy gruesas, pero sí completamente opacas. Cuando los cuatro lados de la casa estuvieron cubiertos Dylan usó su acento más amable para explicar lo que había pasado.

—Somos vulnerables a balas de todo tipo, pero tus hombres no nos verán, así que no creo que se arriesguen a disparar a ciegas. He encontrado tu pequeño transmisor. —Dylan se lo mostró y lo sumergió en la taza de loza. Una pequeña chispa señaló la muerte del aparato—. Y ahora estoy completamente seguro de que, aunque conocen nuestra posición, no cometerán la imprudencia de disparar. Y si estás pensando en gas para hacerme salir o para sedarme como he hecho contigo me temo que también tengo malas noticias.

—Las planchas con que has cubierto las paredes encajan con la cubierta, así que esto es hermético.

—Efectivamente.

Feraud hablaba con el mismo aplomo que tendría si llevara puesto un esmoquin. No parecía que hallarse encadenado a una silla y completamente desnudo hiciera la menor mella en él. O eso pensaba Dylan. Como si le leyera el pensamiento, el francés continuó con la conversación como si no pasase absolutamente nada.

—Creo que este es un buen momento para que te presentes. Reconozco que me has sorprendido, y me gustaría saber para quién trabajas.

Dylan no se rio. Le gustaba aquella pantomima, así que le siguió el juego y contestó como si se encontrasen en una reunión de la alta sociedad en lugar de en un horno a las afueras de Hapur. Se recordó que debía darse prisa en salir

de allí si no quería poner en peligro la misión. La deshidratación no era precisamente una broma.

—Trabajo para los buenos, que son los que me pagan. Siempre trabajamos para los buenos porque siempre trabajamos para quienes nos pagan.

—En ese caso... —El francés se aclaró la garganta y ese fue el único signo de debilidad que se permitió—... Déjame que te ofrezca una paga mejor. De hecho, me gustaría que pasaras a formar parte de mi equipo. Hace mucho tiempo que no me encuentro con un hombre de tus características.

Dylan sonrió, asintiendo con la cabeza. Afuera sonaba el motor de varios vehículos. Parecían furgonetas en su mayoría.

—No voy a negar que se trata de una proposición interesante, pero hace ya tiempo que me establecí por mi cuenta y me gusta mi vida tal y como está.

—Pues es una decepción. Podríamos hacer muchas cosas juntos.

Feraud miraba hacia las paredes. Esperaba que su equipo hiciese algo, pero sabía que Dylan había cubierto, literalmente, cualquier eventualidad.

—Ahora voy a bajarte de ahí y te voy a dar un poco de ropa. Nada elegante, me temo. Ropa cómoda, zapatos cómodos y resistentes. Tenemos que salir de aquí cuanto antes y me gustaría que caminaras vestido. Espero que no intentes nada.

Dylan no se entretuvo pidiendo al otro hombre su palabra. ¿De qué serviría? El francés diría que se portaría bien, él no le creería, en algún momento habría una escaramuza y las cosas se resolverían a favor de uno de los dos. Ese era el único punto flaco de todo el plan. Y se resolvería si a Dylan no le importase que el otro se moviera desnudo, pero le gustaban las cosas bien hechas. Así que abrió los candados, soltó las cadenas y permitió que Feraud se levantara de la silla. Cogió de nuevo las tijeras oxidadas y cortó primero las ligaduras de los pies. Lo hizo en tensión. Al primer movimiento del otro estaba dispuesto a clavarle las tijeras y provocarle una

septicemia con el óxido.

Feraud no reaccionó. Se mantuvo quieto y obediente hasta que Dylan le desató las manos. Entonces se dio la vuelta y le asestó un golpe de karate en un hombro.

Dylan ni siquiera lo bloqueó. Como todos en el equipo, había pasado por el Averno, el entrenamiento más duro de su vida tanto a nivel físico como mental. El hombro le palpitaba, pero afortunadamente no era zurdo, así que propinó a su objetivo un potente gancho de izquierda. Perdido el efecto sorpresa, Feraud se rindió.

—¿Y esa ropa de *sport*?

Dylan miró las tijeras que todavía sostenía con la mano izquierda.

—¿En serio?

—No soy estúpido. Estoy desnudo, acabo de golpearte con fuerza y no parece ni que te haya picado un mosquito. Dame esa ropa. Así cuando vuelva a intentar algo al menos llevaré zapatos.

Dylan señaló una bolsa en el suelo y el otro se dirigió a ella.

Mientras Feraud se vestía, Dylan le mostró una pequeña pistola.

—No es grande, pero puede matarte.

—Sabes que intentaré escapar.

—Y tú sabes que dispararé.

—Parece —anunció el francés— que por fin hemos llegado a un acuerdo.

La casa contaba con un pasadizo subterráneo. Una trampa de madera, lo que parecía el acceso a un sótano común, era la entrada. Dylan obligó al prisionero a que descendiera y él bajó detrás. Una vez en la oscuridad, el francés cumplió su palabra y echó a correr. Dylan ni se inmutó. A los pocos segundos dejó de oír los pasos del otro. Cuando encendió la pequeña linterna que llevaba en uno de los bolsillos del pantalón se encontró el rostro de su enemigo prácticamente encima de él.

El francés lo derribó de un cabezazo en la barbilla, pero Dylan no había llegado hasta allí por casualidad. Se incorporó con rapidez, aunque no tanta como para no recibir una patada en la cintura mientras lo hacía. Esa sí le hizo jaderar. Consciente de su ventaja, Feraud volvió a abalanzarse, aunque con menos suerte esta vez. Dylan lo esquivó.

Ambos estaban de pie, uno frente a otro. Dylan sujetaba la linterna con la mano izquierda y la pistola con la derecha. No quería hacerlo, pero la misión no podía quedar a medias. Disparó. La detonación amenazó con dejarle sordo. El cuerpo del francés tardó unos segundos en desplomarse. Antes de cerrar los ojos los clavó en Dylan, sorprendido. No había creído que el inglés fuese capaz de disparar.

Como ya no necesitaba el arma, la devolvió al bolsillo trasero del pantalón. Cargó el cuerpo inerte de su objetivo en el hombro menos maltratado y emprendió el camino trazado semanas antes. Se preguntaba si a los demás les habrían puesto las cosas un poco más fáciles que a él. No era que esperase un paseo. Al fin y al cabo, sus objetivos eran competencia directa, no hermanitas de la caridad. Pero de todos modos...

Capítulo 7

Siete semanas antes Max había salido a correr como cada mañana. Lo hacía temprano, cuando el tráfico era menos denso y no necesitaba parar en los pasos de cebra. Corría hasta Hyde Park, donde disfrutaba del aire libre en un estado de soledad muy poco frecuente en Londres. Le gustaba sentir el aire frío de la madrugada en el rostro y casi nunca se abrigaba. Sabía que eso beneficiaba a sus pulmones y trabajaba su resistencia. Regresaba caminando y en ocasiones compraba algo para desayunar. Había una panadería cercana que vendía bollos dulces y salados. Lo atendía una mujer casi anciana que decía preparar ella misma todo lo que servía. Max lo dudaba, pero de todos modos los bollos eran buenos. Siempre paraba allí y llevaba algo para James. El hombre lo agradecía de corazón. Quizá porque los pequeños detalles de Max no escondían ningún tipo de condescendencia, al contrario que las actitudes de ciertos vecinos.

De hecho, esa mañana se cruzó con la propietaria de la primera planta. Una mujer de su edad, atractiva, que le dedicó una mueca de disgusto. La diferencia entre ambos era más que evidente. Mientras él vestía una camiseta sudada y zapatillas manchadas de barro, ella lucía impecable de la cabeza a los pies.

—Mi cabo, ¿usted cree que me odia porque huelo mal, porque como empanadas para desayunar o porque acaparo toda su atención?

James rio en voz muy baja, como si no le estuviese permitido.

—Yo creo que la tendría mucho más contenta si la invitara a salir. La he sorprendido más de una vez observándole cuando usted no mira. Eso es lo que pasa, señor Cornell. Aunque seguramente las empanadas no ayudan. Sus vecinos son muy refinados para estas cosas.

—En ese caso es imposible que la invite a salir, ¿sabe? Absolutamente

imposible.

—Pues no veo por qué. Es una mujer muy guapa, es rica, educada, amable... casi siempre.

—Sí, pero usted ha dado antes en el clavo: no le gustan las empanadas. Además, con toda probabilidad no cenaría conmigo en un *pub*. Y a mí me encanta la comida tradicional. Un buen pastel de carne, cerveza negra, ensalada de col...

—Hace años que no se sirve buena comida de *pub* en Londres, señor Cornell. Ahora lo congelan todo y lo recalientan. Por eso como sándwiches y latas de sopa. Si voy a tomar comida falsa, al menos que no me saquen un ojo de la cara por ella. De todas formas, no creo que lo que la señorita Miller coma o deje de comer sea motivo para que usted no salga con ella. Al menos podría intentarlo.

—Me temo que estoy muy ocupado para esas cosas.

James se cruzó de brazos.

—No sé, señor Cornell, yo le veo entrar y salir a menudo, y siempre solo. Eso de que está ocupado no termino de creerlo del todo.

—Mi cabo...

James pareció darse cuenta de que se había excedido, pero no se disculpó directamente. En cambio mostró a Max que, a pesar de meterse donde no le llamaban, seguía siendo un profesional eficiente.

—Alguien le ha dejado una nota esta mañana. No tiene sobre, solo es un papel doblado. De todos modos no tiene que preocuparse de nada, porque no lo he leído. Sabe que puede confiar en mí para eso. Bueno, para eso y para lo que haga falta. No he faltado a mi deber ni una sola vez en toda mi carrera. Ni en la militar ni en esta.

No era habitual que alguien se acercase a ver a Max. Aunque cuando lo

hacían, James se ocupaba de mantenerlos alejados de su puerta. Era uno de los acuerdos a los que había llegado con el portero, y este cumplía sus instrucciones con absoluto cuidado.

—Ya sé que vuelvo a cometer una indiscreción, señor Cornell, pero se trataba de un hombre muy terco. Porfió conmigo durante minutos antes de decidirse a irse. Un joven muy amable, pero terco como una mula. Cuando por fin se fue me quedé mirando la puerta, esperando que volviera en cualquier momento.

—¿Y no le habías visto antes?

James arqueó las cejas en un gesto de sorpresa genuina.

—La verdad es que me acordaría porque no es que usted reciba muchas visitas. Así que no, no le he visto antes.

—¿Y qué aspecto tenía?

James se encogió de hombros.

—No sabría decirle. Llevaba sombrero, gafas de sol y una especie de pañuelo al cuello. La verdad es que parecía un artista o algo similar. También llevaba guantes. Su acento, eso sí, sonaba más británico que el mío.

—Muchas gracias, mi cabo. Seguro que era importante.

James desapareció tras la puerta del pequeño piso que formaba parte de su salario y salió con un papel doblado en dos, tal como había dicho. No repitió que no había leído el contenido. La relación entre los dos hombres se basaba en la confianza y el respeto mutuos. No tenía nada que demostrar a Max.

—Gracias.

Ya en el ascensor Max arrugó el papel en el puño. En ese momento lo último que necesitaba era un visitante misterioso que apareciera cubierto como un espía de opereta para tomarle el pelo a su portero. Estaba seguro de quién era la persona que le había dejado aquella nota. Nefilim siempre aparecía en el momento más inoportuno. Por ejemplo, aquel, cuando él estaba

más inmerso que nunca en la investigación de lo que le había sucedido a Arcángel.

Ni podía ni quería quitarse aquel tema de la cabeza. Así que cuando llegó a su casa arrugó más el papel y lo tiró a la basura. No confiaba demasiado en que ignorar el problema fuera a solucionarlo, pero al menos sí que lo aplazaría.

Su siguiente paso fue meterse en la ducha. Así al menos se relajaría. Apartaría a Nefilim y a la SCLI de su cabeza y podría continuar con lo que verdaderamente le importaba.

Capítulo 8

Dejó correr el agua sobre su cabeza. Estaba tan caliente que cualquier otra persona no lo habría resistido. Para él resultaba reconfortante. Incluso en pleno verano se duchaba con el agua casi hirviendo. Se concentraba en resistir el calor y apartaba así de su mente todo lo demás. De esa manera el día se le hacía más llevadero. Aunque sospechaba que esa mañana las cosas no iban a ir como él quería. Había aumentado la presión del agua hasta el máximo permitido por la grifería, y el chorro le hacía daño en los hombros. Las gotas le pinchaban como alfileres, pero ni siquiera así se quitaba la nota de la cabeza.

De buenas a primeras el agua dejó de correr. Max resopló, con fastidio. No había visto ninguna furgoneta de mantenimiento ni ningún aviso. Aquello solo podían ser malas noticias. Agitó la cabeza para sacudirse del pelo la humedad y se envolvió la cintura con una toalla.

El telefonillo que comunicaba su piso con la portería estaba en la cocina y Max dejó un resto de huellas mojadas a su paso. Por muy seguro que estuviera de que el mensaje que se había negado a leer y el corte del suministro estaban relacionados debía comprobarlo antes. Llamó a James, pero nadie contestó.

En ese mismo momento le vibró la muñeca. No solía quitarse el *Apple Watch* hasta que se ponía su reloj de pulsera de vestir. Aquel era uno de los pequeños detalles que lo mantenían atado a la tierra: saber siempre qué hora era, controlar al máximo su entorno... llevaba el reloj para controlar su actividad física. Sin embargo, en esa ocasión le sirvió para recibir un mensaje poco tranquilizador: «Si los mensajes no se leen, a veces lo paga el mensajero», decía.

—Perfecto —pronunció en voz alta.

Cualquier otra persona se habría apresurado, pero Max no era un ser

humano cualquiera. Nadie que se dedicara a su profesión actuaba siguiendo precisamente el instinto. Sabía que quien fuera que amenazaba a James no cumpliría lo que insinuaba. Al menos no de inmediato. Si le habían retenido era porque esperaban que Max hiciera algo. En concreto, que leyera la maldita nota. Si James resultaba herido a corto plazo, Max no seguiría con el juego. Estaba claro que lo conocían, si no, no habrían recurrido al chantaje. Solo alguien que lo hubiera espiado sabría que la relación de los dos hombres era más personal que profesional.

Max no recuperó la nota todavía. Decidido a enfrentarse a esa situación con la mayor calma posible, se dirigió a su cuarto y se vistió. No perdió el tiempo en detalles, pero tampoco se dio más prisa de la habitual. Quizá lo estuvieran observando en ese momento. De ser así les llevaría ventaja mostrando una actitud calmada, incluso indolente. Sabía por propia experiencia que sus adversarios se ponían nerviosos cuando no obtenían de él la reacción que esperaban.

Ya completamente vestido regresó a la cocina y extrajo la nota arrugada del cubo de la basura. Examinó la letra con detenimiento, aunque no había nada que averiguar: el propio James la había escrito. Lo único interesante era el mensaje en sí: una dirección y una hora. Miró el reloj: todavía llegaría a tiempo. Solo necesitaba sacar de su escondite un arma de pequeño calibre. No pensaba presentarse desarmado a aquella cita.

Ya listo cruzó el comedor de dos zancadas y se plantó en la puerta de entrada. Cuando la abrió alguien le mostraba una radiante sonrisa de dientes blanquísimos.

—Buenos días, querido Max.

Max no contestó. Por supuesto, aquella manera absurda de plantear reuniones solo podía ser de Nefilim, su contacto en la SCLI. Él le había dejado el mensaje y también impidió que James contestase al

intercomunicador.

—Siento mucho molestarte en tu casa, pero tenía la impresión de que no ibas a venir al lugar que te había propuesto.

—¿Y qué te ha hecho pensar algo así? —preguntó Max con sorna al tiempo que permitía la entrada a su viejo conocido.

Nefilim continuaba sonriendo.

—Un localizador GPS de última generación. No te vigilamos en tu propia casa, pero conocemos el plano. Por cierto, no has tirado la nota en el contenedor de papel, sino en le de basura orgánica.

—¿Y dónde habéis colocado el dispositivo?

Un brillo de satisfacción animó la mirada del visitante inesperado.

—A tu experta en comunicaciones le encantará. Hemos desarrollado un material fluido capaz de transportar este tipo de tecnología de manera temporal.

Max se cruzó de brazos mientras el otro caminaba por su casa como si la conociera desde siempre, cuando en realidad nunca había estado dentro.

—¿Un fluido? ¿Quieres decir la tinta?

—Efectivamente. A las pocas horas el localizador se disuelve.

A Max se le ocurrieron una docena de utilidades para un dispositivo indetectable de esas características. Tendría que hablarle a Mei de ello. Seguro que encontraría el modo de utilizarlo en alguna de sus misiones.

—Entiendo —dijo Max— que James está perfectamente.

—Lo está.

—¿Y cómo has conseguido que deje su puesto?

—Le he dado una orden directa. La verdad es que es un hueso duro de roer. No quería hacer nada peligroso, así que he llamado a algunos veteranos de la Gran Guerra. Un par con mayor graduación que él. Seguro que no quieres que te cuente los detalles, pero incluyen un merecido homenaje.

—Cuando quieres, Nefilim, puedes ser una persona realmente rastrera.

El agente cambió su sonrisa por un gesto severo. Max y él tenían una relación distendida, pero no eran amigos. Aquel tipo de comentarios lo incomodaba.

—He venido porque me envía la SCLI, como supondrás.

Max asintió.

—Por supuesto.

—En esta ocasión se trata de algo que a simple vista puede parecer pequeño, pero hay muchos intereses en juego. Se trata de este hombre.

El contacto de la SCLI sacó del bolsillo interior de su chaqueta una fotografía de estudio. Nada de una imagen robada, como de costumbre. No, la agencia no tuvo que esforzarse ni lo más mínimo para obtener esa imagen. Se trataba de un retrato que se había visto casi en cada esquina de la ciudad de Londres.

—¿Un político local? —preguntó Max sorprendido—. Esto se aleja mucho de vuestro rango de acción habitual. Ni siquiera es el alcalde.

—Lo sabemos. Se trata del concejal de Urbanismo. Un hombre humilde y, a pesar de su profesión, honesto. Está a punto de meterse en algo mucho más grande de lo que imagina.

—¿Va a derribar los estadios de fútbol?

Nefilim sonrió de medio lado, pero la sonrisa solo se vio en sus labios, no llegó a sus ojos.

—Va a oponerse a un cambio en el plan urbanístico.

Max se había sentado en un sillón de piel blanco, en frente del gran sofá que ocupaba su invitado forzoso. Inclino la cabeza y entornó los ojos. Observó la expresión de Nefilim, pero no había nada en ella que indicara que le estaba mintiendo, así que lo dejó seguir hablando.

—Existen personas y organizaciones interesadas en cambiar el estado

actual de las cosas a todos los niveles. Sé que el trazado de las calles de una ciudad no parece algo determinante, pero es un primer paso para algo mucho más grande.

Max asintió. Lo que Nefilim estaba describiendo parecía más bien insignificante.

—Te conozco. Sé lo que estás pensando. Así que te daré un par de datos más. Hay dos empresarios especialmente interesados en un proyecto que desean llevar acabo aquí, en Londres. No quieren encontrar ningún obstáculo en su camino, así que van a contratar a una de las cuatro personas más peligrosas de tu profesión, Cornell.

—Dudo mucho que ningún miembro de mi equipo se preste al tipo de ejecución sumaria que describes.

Nefilim negó con la cabeza.

—No me refiero a vosotros.

Se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó un puñado de instantáneas que fue dejando sobre la mesa de centro a medida que recitaba toda una serie de datos muy bien aprendidos.

—Este —dijo señalando el rostro en dos dimensiones de un hombre de rasgos árabes— es Naveen Jarrah. Se ha convertido en un imprescindible de la inteligencia rusa. Los rusos no han abandonado sus costumbres, como sabes. No es espía, sino mercenario. Sin embargo, conoce mejor que nadie la situación en Oriente Medio. Entre otras cosas porque colaboró en persona en varias campañas de desestabilización de Gobiernos durante la Primavera Árabe. En este momento se encuentra con paradero desconocido.

Max conocía al hombre de la fotografía. Era su obligación estar al tanto de lo que pasaba en el negocio. Tampoco le sorprendió lo que oyó a continuación.

—Este otro es André Feraud. De nacionalidad francesa. Ha pasado los últimos cinco años infiltrado en Sudamérica. Ahora se encuentra en la India,

atendiendo la mitad legal de su negocio. No sabemos cuánto tiempo pasará allí, pero cuando regrese será más rico y, con toda probabilidad, menos accesible. Ya sabes lo que quiero decir.

Max asintió.

—Este es Jaime Peñafiel.

—Lo conozco personalmente —contestó Max—. Es madrileño. Letal. Trabajamos juntos en Camboya hace unos años. Me habría gustado tenerlo en el equipo, pero su temperamento lo hace impredecible.

—Oleg Ajmátov es el cuarto.

—De acuerdo, lo entiendo. Dos empresarios quieren matar a un concejal de ayuntamiento y van a contratar a la persona más peligrosa que puedan encontrar. No sé qué es lo que no me estás contando, pero no me importa. Lo que me fastidia —dijo Max— es que me tomes por tonto. ¿Qué es lo que necesitas?

—Estos cuatro asesinos tienen que desaparecer. Sé —añadió Nefilim al prever la negativa de Max— que solo trabajáis en equipo y que os estoy pidiendo algo muy poco habitual. Pero necesito que os deshagáis de ellos simultáneamente. Si no se correrá la voz y escaparán. No podemos permitirnos que cualquier persona con dinero crea que tiene acceso a este tipo de asesinos a sueldo. Esa es la verdad del caso. Se trata de una cuestión de seguridad.

—Siempre se trata de una cuestión de seguridad, Nefilim —dijo Max.

—Me alegra que lo entiendas.

Capítulo 9

A Adam no le gustaba Madrid. Las ciudades estadounidenses, incluso las más pequeñas, tenían amplias carreteras y mucho sitio para aparcar. En la capital española todo era pequeño y sucio. Desde las aceras plagadas de colillas hasta los aparcamientos atestados de coches. Llevaba allí mucho más tiempo del que le habría gustado, la mayor parte trabajando para una compañía de seguridad que no trataba bien a sus empleados. Incluso tratándose de un trabajo falso, las molestias que le ocasionaba no compensaban los beneficios. Adam se preguntaba cómo lo soportaban los empleados reales, los que debían regresar a su puesto cada día para ganarse la vida. No tenía una respuesta adecuada para ello, así que lo apartó de su cabeza y se centró en lo que le mostraban las cámaras «extra» que había colocado en el palco y la sala VIP del estadio Santiago Bernabéu. Para tener acceso a ese lugar era para lo que se había hecho pasar por experto en seguridad privada.

No conocía a ningún compañero de profesión, de su profesión verdadera, menos discreto que el tal Jaime Peñafiel. No se explicaba cómo había ido a parar a una lista de asesinos letales. Allí estaba, vestido como si acabara de cerrar un negocio millonario, sentado a medias en su asiento acolchado, comiendo pipas y gritando improperios en dirección al césped como si nada le importara más allá del partido. Claro que un encuentro entre el Real Madrid y el Barcelona era en España tan importante como la final de la Super Bowl en su país. O al menos eso parecía: la zona de la ciudad donde se levantaba el campo estaba completamente rodeada de policías y las medidas de seguridad en el resto de Madrid se habían triplicado. Los delincuentes locales debían de estar maldiciendo su suerte, pero todo aquel despliegue era algo muy positivo para él.

Durante el descanso, Peñafiel dejó la grada y pidió una copa en el bar de

la zona VIP. Se la sirvió una camarera rubia, delgada y muy bonita, que sonrió sin mostrar los dientes. El tal Jaime ni siquiera le dio las gracias. Solo por eso ya no le habría caído bien. Adam vio que el hombre se codeaba con empresarios y personalidades varias. Algunos parecían políticos, pero se alejaba de los pocos periodistas acreditados que pululaban por la sala. Tampoco bebió en exceso. De hecho, tras diez minutos de esparcimiento regresó a su sitio, expectante. Aquel hombre era un verdadero fan del fútbol. Además, tampoco era tan impulsivo y descerebrado como Adam había creído en un primer momento.

Adam seguía el partido por radio y televisión. No le interesaba lo más mínimo el resultado, por supuesto. Ni siquiera conocía el reglamento, pero necesitaba estar informado de todo lo que sucedía en el campo para sincronizar su propia actuación con los acontecimientos. El partido estaba caldeado. Los jugadores de ambos equipos hacían honor a la rivalidad ancestral que los separaba y el árbitro había pitado ya varias faltas. Algunas discutibles. Un penalti a favor del Barcelona había encendido los ánimos en la grada durante los primeros minutos de la primera mitad. Un tal Piqué lo había fallado, con el consiguiente jolgorio entre los aficionados locales. Un central blanco y dos laterales azulgranas habían visto ya tarjetas amarillas. La crispación, como no podía ser de otro modo, se apoderó del graderío, donde menudeaban los insultos. Jaime Peñafiel vivía el enfrentamiento cegado por la pasión y arrebatado por la ira. No era consciente de nada que sucediera más allá del césped.

La pantalla mostró a Adam una caída aparatosa. La radio la describió como agresión. Si las cosas iban a irseles a los vigilantes del campo de las manos en algún momento, era en ese. El rugido de las decenas de miles de espectadores era ensordecedor. Un jugador más bajo que el resto, con el número 10 en amarillo sobre azul y rojo a la espalda, estaba tendido en la

hierba. Su tobillo había adoptado un ángulo extraño. El realizador acercó la cámara: un hueso había perforado la carne y sobresalía a través de la media. El comentarista hacía hincapié en la gravedad de la lesión. Algo así no se había visto desde décadas atrás. Adam esperó, pero no hubo tarjeta roja. Salió de su cuarto de vigilancia con el casco de antidisturbios cubriéndole la cara mientras una nube de jugadores rodeaba al árbitro.

Cuando llegó a las inmediaciones del campo la batalla no había comenzado, pero se fraguaba a gran velocidad. Quienes se reunieron en la explanada frente al estadio gritaban como hordas enfervorecidas. Los vendedores de bufandas conmemorativas y frutos secos desmontaban sus puestos a toda prisa en previsión de lo que estaba a punto de pasar. Algunas personas abandonaban ya el edificio. Adam buscó la salida de la zona VIP. Sería la que Peñafiel emplearía.

—¡Eh! ¿Dónde vas? —le gritó un agente.

Adam no contestó. Sabía por experiencia que, en esas situaciones, nadie disponía de tiempo para controlar a los demás. Si se comportaba como si supiera lo que estaba haciendo no tendría ningún problema. De hecho, así fue. El agente que le había interpelado hizo amago de seguirle, pero se lo pensó mejor. Seguramente concluyó que bastante tenía con lo que estaba a punto de suceder. No era de extrañar: había mucho más a lo que prestar atención que a un compañero despistado. Adam no tuvo más contratiempos. Se colocó cerca de la salida y localizó el coche patrulla más cercano. No le costaría robarlo cuando llegara el momento.

Los primeros en abandonar el campo por ese lado fueron los periodistas. Adam habría dicho que su obligación era quedarse hasta el final para informar, pero parecía que les interesaba más salir ilesos. Si lo que se decía de la prensa deportiva española era cierto habría historias al día siguiente, fueran verdaderas o falsas. Los empresarios y directivos de otros clubes les

siguieron de cerca. Peñafiel iba entre ellos, con cara de pocos amigos. Cada pocos pasos también le daba una patada al suelo. En cuanto Adam lo identificó se dirigió a él sin dudarle. Cuando estuvo lo bastante cerca gritó su nombre.

Peñafiel no desconfió. Adam se había hecho con un uniforme policial auténtico y su acento español era perfecto.

—Por aquí.

Le cogió del brazo y caminó por delante de él. Usó el escudo como si de verdad tuviera que proteger a su objetivo. Lo levantó para que la parte superior quedase por encima de su cabeza y caminó con brío. En realidad todo el mundo a su alrededor estaba ocupado con otras cosas, pero Peñafiel no se dio cuenta. Seguía murmurando acerca de lo sucedido en el campo. Adam no daba crédito.

De alguna manera, un aficionado del Barcelona se las había apañado para llegar a donde ellos estaban y pudo oír los insultos de Peñafiel. Sin pensarlo dos veces se abalanzó sobre él. Gritaba, por supuesto.

—¡Imbécil! ¡Habéis lesionado al mejor jugador del mundo!

Adam se interpuso entre el agresor y Peñafiel. De no haberlo hecho con rapidez su supuesto protegido podría haber descargado su ira sobre el otro, un pobre hombre que no sabía con quién iba a enfrentarse en realidad.

—Gracias, agente —dijo Peñafiel sorprendido.

—No hay de qué. Suba a ese coche. Le sacaré de aquí.

Peñafiel se detuvo en seco. Por fin los efectos del fútbol se disipaban y comenzaba a darse cuenta de que lo que pasaba no era del todo normal.

—No hace falta. Mi coche está en el aparcamiento.

Adam valoró la posibilidad de intentar convencerlo. Podía decirle que el acceso al *parking* estaba bloqueado, que la policía había acordonado la zona... Pero lo cierto era que se encontraba ante un hombre de recursos, y le valía más anularlo cuanto antes. Lo que hizo fue usar la porra y golpearlo en la

sien. Lo hizo con rapidez y contundencia. Todavía confuso por el uniforme, Peñafiel no vio venir el golpe y se desplomó como un saco de patatas. Adam le esposó las manos a la espalda, lo levantó con esfuerzo y lo metió en la parte de atrás del coche patrulla.

Conectó las luces, pero no la sirena. No pretendía causar más confusión, sino salir de allí cuanto antes. Había tanta gente corriendo de un lado a otro, huyendo de los golpes de uno y otro bando y de las cargas policiales que nadie le prestó atención. Al menos no hasta que se acercó al único punto de acceso, donde se había puesto un control de emergencia.

—¿Tienes sitio para más ahí detrás? Nos han dejado a unos ultras a nosotros. Por no oírles estamos a punto de soltarlos —le preguntó otro agente.

—Es un VIP.

El otro echó un vistazo, pero no pudo distinguir nada más allá del traje oscuro de Peñafiel.

—¿Le han agredido?

—Para nada, no. Había bebido de más. Tengo que llevarlo a que se despeje y luego a su casa, ya sabes.

—Nos hacen trabajar de niñeras para esta gentuza, tío. Y luego el trabajo de verdad sin hacer.

Adam asintió, pero no dijo nada más. Hasta el momento se las había apañado bien, pero no quería abusar de su buena suerte.

—Venga, pasa —terminó el otro—. A ver si acabamos pronto hoy. Aunque esto tiene mala pinta. Si puedes llama para pedir un par de vehículos.

Adam dio las gracias y siguió conduciendo. Unas calles más abajo apagó las luces. La Castellana y el Paseo del Prado estaban colapsados, pero él no tenía ninguna prisa. Lo más difícil ya estaba hecho. Un par de semáforos más no supondrían ninguna diferencia.

De vez en cuando miraba por el retrovisor. No tanto para comprobar el

tráfico como para asegurarse del estado de su objetivo. Estaba seguro de que Peñafiel había despertado. No le golpeó con la fuerza suficiente para mantenerlo inconsciente tanto tiempo, ni él era una dama sin entrenamiento. Debía de estar planeando cómo escaparía, en qué momento Adam sería más vulnerable. Eso es lo que habría hecho él de haberse encontrado en la situación contraria. Para eso estaban entrenados.

—¡Eh! —le gritó impaciente—. Sé que estás despierto.

—Perfecto, porque yo sé quién eres tú.

Peñafiel se incorporó con toda la dignidad que le permitían las manos a la espalda. Ahora que se le había pasado el frenesí del campo parecía lo que era: un tipo peligroso y dispuesto a todo. Adam se alegró de haber obtenido una visión realista de las cosas. No estaba en su carácter confiarse, pero la actitud chulesca del otro le había despertado todas las alertas.

—No sé que quieres de mí, pero no vas a conseguirlo.

—No quiero nada de ti —dijo Adam. Y hasta cierto punto aquello era cierto.

—¿Ni siquiera a Arcángel?

Adam se atragantó. Clavó la vista en la carretera antes de contestar, en un tono tan neutro como pudo.

—Arcángel está muerto.

Peñafiel sonrió en el espejo retrovisor.

—Claro —añadió—. Pero puede que yo sepa algo acerca de quién lo mató y por qué lo mató. A lo mejor a tu jefe, el inglés, le interesa lo que tengo que decirle.

Capítulo 10

En Carabanchel los faros del coche patrulla no llamaban la atención. Cada noche los vehículos oficiales se paraban en aquellas calles habitadas por familias obreras y transitadas por gamberros y delincuentes de poca monta. Los bajos edificios de tres o cuatro plantas y fachadas de ladrillo alternaban portales con bazares chinos y carteles de conciertos de música caribeña. Grupos de chicos se reunían cada pocos metros.

Adam paró el coche en la parte trasera de la antigua Fundación Goikochea-Isusi, un edificio abandonado rodeado de un jardín descuidado en donde los desaprensivos tiraban basura y algunas almas caritativas alimentaban una colonia de gatos callejeros. Los servicios de limpieza del ayuntamiento segaban las malas hierbas una vez al año, en verano, pero esa noche todavía estaban altas. Adam abrió el candado que mantenía la valla cerrada. Había sustituido el original la primera semana de su misión. Ahora disponía de un sótano húmedo, sórdido, pero absolutamente insonorizado. El lugar perfecto para averiguar si lo que Peñafiel había dicho tenía algo de cierto.

Aunque era probable que alguno de los muchachos descarriados del barrio le estuviesen observando, nadie se atrevería a interrumpirlo. Todavía llevaba puesto el uniforme de antidisturbios. Poco importaba que obligase a caminar a un hombre que vestía mocasines de piel y traje caro. Al contrario, con toda probabilidad el aspecto de su objetivo le ayudaría. Seguramente quien los estuviese mirando creería que se trataba de algún mafioso venido a más.

Adam también había forzado una puerta metálica, oxidada por completo, que daba acceso a la planta baja. Cuando empujó a Peñafiel para que entrase se oyó un bufido seguido de un maullido lastimero. Un gato blanco y negro, con el pelaje sucio, salió corriendo.

—¡Shhhhhhh! ¡Pipo! ¿Dónde vas? —dijo Adam.

—¿Le has puesto nombre a ese bicho?

Adam no contestó. Detestaba a la gente que no respetaba a los animales. No podía evitarlo. Los prefería antes que a muchas personas. Incluso a gatos sarnosos llenos de pulgas.

Allí no había luz, pero del techo del sótano al que finalmente llegaron colgaba una bombilla pelada.

—Veo que me has traído al Ritz —continuó el rehén—. No esperaba menos.

Adam le dio una fuerte patada en las corvas y el otro cayó de rodillas. Con las manos en la espalda le costó no estrellarse de cara contra el suelo, pero ocurrió.

—Podemos hacer esto más o menos fácil.

Peñafiel no se levantó. Parecía que no quería causarse a sí mismo más problemas de los que ya tenía. Sin embargo, no sonaba como un hombre vencido. Ni mucho menos.

—Yo estoy más que dispuesto a colaborar. Creí que había quedado claro con mi confesión.

—Levántate —ordenó Adam.

—Sé quiénes sois y no tengo intención de morir en este estercolero. Me levantaré, iré hasta esa silla que has puesto ahí y tú me esposas si quieres.

A Adam no le gustaba que le tomasen la delantera de ese modo, pero tampoco le extrañaba que así fuese. Al fin y al cabo trataba con un profesional como él. No debía de ser la primera vez que se encontraba en una situación como aquella.

—Gran plan —dijo sin que la frustración se transluciera en su tono—. A qué esperas. Muévete.

El otro hizo exactamente lo que había anunciado. Se incorporó sin

movimientos bruscos y se sentó. Incluso dejó las manos detrás del respaldo.

—No te importará que fije las esposas a la silla.

Peñafiel se encogió de hombros. No dijo nada hasta que oyó el clic del metal.

—Ahora que ya está todo claro, te agradeceré que cojas el teléfono y llames a tu jefe. Lo que tengo que decir se lo diré a él.

—Así que este era tu gran golpe de efecto, ¿no? Has estado jugando conmigo al buen chico para traerme hasta este punto y que me sienta ¿qué? ¿Engañado?, ¿frustrado? ¿Esperas que cometa algún error? ¿Cuentas con que mi ego sea más grande que mi cerebro?

El otro volvió a encogerse de hombros. Desde luego, el juego no se le daba mal en absoluto. Sabía que no saldría de allí con vida y su única arma consistía en desestabilizar al enemigo. Seguramente esperaba algún tipo de resistencia. Los hombres que trabajaban en aquel negocio tendían a ponerse nerviosos si no conseguían lo que buscaban a la primera. Por eso él mismo, Dylan, Mei y Max eran mejores que los demás. No necesitaban obtener el premio a la primera. Ellos sabían lidiar con imprevistos. Por ejemplo, con un objetivo testarudo que se creía más listo que ellos.

Adam caminó hasta el fondo de la habitación. Quizá su prisionero había visto el pequeño armario metálico y no le dio importancia. A partir de entonces no tendría más remedio que concedérsela. Sacó un pequeño estuche de su interior. Contenía instrumental quirúrgico y una ampolla de líquido transparente. Cuando volvió a colocarse frente a Peñafiel la pantomima continuó su curso.

—¿Pentotal sódico?

Jaime apenas pudo terminar de pronunciar el nombre del medicamento. Se ahogaba en un ataque de risa. Adam suspiró, afectando aburrimiento, y le inyectó el suero. Lo hizo sin ningún miramiento, pero el otro evitó quejarse.

—Muy bien —escupió Peñafiel—. Ya me has puesto tu suero de la verdad. Haz las preguntas que quieras, pero no esperes que te conteste.

—Veamos... —Adam empezaba a disfrutar de la situación. Casi le daba pena el hombre, tan convencido de tener la sartén por el mango—. ¿Dónde guardas tu documentación falsa?

Peñafiel no contestó de inmediato. La pregunta le pilló tan desprevenido que boqueó.

—No tengo documentos falsos —dijo al fin.

Adam colocó las manos tras la espalda, como un siquiatra preocupado o un catedrático que se dirigiese a una audiencia entregada.

—Pues entonces vas a tener un problema.

El preso se agitó en la silla. Por fin comenzaba a entender que algo no iba del todo como él había esperado.

—¿De qué me estás hablando?

Adam carraspeó. Le encantaba tomarse su tiempo. Disfrutaba esos pocos segundos en los que la víctima era consciente de su condición, de que no tenía la menor oportunidad.

—Necesitas un pasaporte falso porque necesitas salir de España con un nombre que no sea el tuyo. Necesitamos que todo el mundo siga creyendo que estás aquí. Pero tú tienes que volar a Londres enseguida.

Peñafiel no era tonto. Comprendía perfectamente que perder los nervios le serviría de tan poco como pretender que aquello no le importaba.

—¿Por qué tengo que ir a Londres?

—Creo —empezó Adam— que los dos sabemos que no te he inyectado suero de la verdad. No se me ocurriría. Para empezar porque también yo he recibido adiestramiento para resistirme a él. Resulta ligeramente ofensivo que de verdad creyeras que lo usaría contigo.

—¿Qué mierda me has metido en el cuerpo?

—Creo que has dado con el término adecuado —siguió Adam—. Se trata de una mierda bastante potente. Te matará en unas catorce horas.

Peñañiel trató de romper las esposas, pero solo consiguió herirse las muñecas.

—¿Por qué me matas, tío? ¿Por qué? ¿Quién te ha contratado?

Adam estaba disfrutando como nunca. De todos los miembros de su equipo él era quien más oportunidades tenía de trabajar solo. Pero por lo general únicamente investigaba y averiguaba. Casi se había olvidado de lo satisfactorio que era medirse con otra persona.

—No te estoy matando. Al contrario. Los dos estamos muy de acuerdo en que la persona con la que tienes que hablar es Cornell. Pero tenemos algunas diferencias en cuanto al método. Yo no creo que el teléfono sea el medio adecuado en este caso. Si de verdad sabes algo sobre la muerte de Arcángel vas a tener que hablar con él cara a cara.

—¿Me has envenenado para obligarme a viajar?

En esa ocasión fue Adam quien se encogió de hombros.

—Verás, podría haberte drogado y fletado un avión privado, pero es caro y complejo. Con esta pequeña inyección me aseguro de que vengas conmigo de buen grado. Una vez en Londres te alojarás en un sitio un poco más cómodo que este, aunque no demasiado. Y cuando estés seguro y a salvo te inyectaremos el antídoto. Luego podrás hablar con Cornell todo el tiempo que quieras.

—Hijo de...

Adam levantó una mano pidiendo silencio y el otro obedeció.

—Deja a mi madre fuera de esto y confírmame, por favor, que has comprendido en qué situación te encuentras.

—Lo he comprendido, créeme. Ahora necesito que me sueltes.

Adam no se movió de su sitio.

—Tengo catorce horas, ¿me sueltas o qué?

—Claro, claro. Solo un par de preguntas.

—¿En serio? —dijo el otro, desesperado.

—¿Qué ocurrirá si me sucede algo?

—Que muero.

—¿Y si te escapas?

—Que me muero. No hace falta nada de esto. No soy idiota. Sé cuando he perdido.

—Ya —contestó Adam—. Pero tienes que admitir que es divertido...

Cuando finalmente Adam lo soltó Peñafiel salió corriendo.

—Estaré de vuelta en dos horas. Quizá menos.

—No hará falta —repuso Adam—. Te espero en el aeropuerto. Así perderemos menos tiempo. Si me das tu nombre falso ahora podré ir sacando los billetes.

Capítulo 11

Más o menos al mismo tiempo que Mei aterrizaba en Costa Rica, Dylan lo hacía en la India, Adam en Madrid, y Max, por su parte, llegaba a San Petersburgo. Un vuelo directo de Aeroflot que no había durado más de tres horas y cuarto. Tiempo más que suficiente para que se familiarizara con las carreteras que le llevarían a casa de los padres de Ajmátov. En realidad, el trayecto era corto. Podría haber tomado un taxi, pero prefería no dejar más testigos de los necesarios. Un coche de alquiler cumplía de sobra con todo lo que necesitaba, y además le permitía reconocer el terreno de forma más cercana.

La chica que lo atendió en la ventanilla de la agencia de alquiler le dedicó una sonrisa fría, profesional. Cuando Max le dio los buenos días en ruso, ella se limitó a pedirle el pasaporte.

—¿Maximilian Cornell?

—Sí.

—¿Para cuántos días quiere el coche?

—Una semana. Lo devolveré en alguna oficina de la ciudad, probablemente.

La chica hablaba sin levantar la vista de la pantalla del ordenador. Por su tono, parecía que todo lo que Max decía la molestaba profundamente. Sus dedos se movían con rapidez sobre el teclado.

—Es más caro.

Max no soportaba los malos modales. Se planteó la posibilidad de cambiar de compañía, pero había pagado por adelantado, y además nada le garantizaba que fuera a recibir un trato diferente en la ventanilla de al lado. Echó un vistazo por el rabillo del ojo y terminó de convencerse. La empleada de la competencia tampoco parecía especialmente entusiasmada con su

trabajo. Al menos ambas despachaban a los clientes con eficiencia.

—Lo sé.

—No hay ofertas —añadió la encargada—. Nunca hay ofertas en el aeropuerto. Luego no podrá reclamar.

—Me hago cargo, no se preocupe.

Por fin la mujer levantó la mirada y volvió a dedicarle a Max una de sus sonrisas congeladas. Tenía ojos azules, casi transparentes. Casi parecía un robot.

—Se está imprimiendo el contrato nuevo. El que tenía preparado no contemplaba la devolución en otra oficina.

Lo dijo como si tener que usar la impresora fuese una afrenta personal. Aquel no era el comienzo de misión que a Max le apetecía. Se obligó a seguir siendo educado a pesar de que lo que de verdad deseaba se alejaba mucho de comportarse como un caballero. Le habría gustado ver la reacción de Mei, la impaciente, en una situación como aquella.

El empleado del *parking* era mucho más amable. Al menos parecía humano. Dio los buenos días a Max, lo felicitó por su acento impecable y repasó los pequeños desperfectos del coche con él. El día mejoraba. Lo hizo todavía más cuando Max salió al exterior. Aunque aquella parte del país se destacaba por su altísimo porcentaje de días lluviosos, en aquel momento el cielo había dado una tregua. El tráfico a la salida del aeropuerto era ligero, lo que dio a Max tiempo para acostumbrarse a las señales escritas en alfabeto cirílico. Le gustaba la grafía rusa. Le recordaba a antiguas misiones, cuando Arcángel todavía estaba vivo.

La autopista de doble sentido estaba flanqueada por grandes farolas. Como en muchos países europeos, la infraestructura alrededor de los puntos de llegada resultaba espectacular. Allí, el contraste entre el asfalto y los prados verdes salpicados de árboles de follaje oscuro ofrecía un bonito espectáculo.

Pero la vía de cuatro carriles pronto dio paso a una carretera de segundo orden. A los lados menudeaban edificios de ladrillo, muy similares a los de protección oficial que llenaban los barrios más pobres de Londres. En las afueras de San Petersburgo eran más altos, de diez o doce plantas. También se habían construido con mayor sobriedad, sin balcones. Quizá fueren herederos del sistema comunista.

Los feos edificios dieron paso a un espeso bosque de abedules de tronco blanco. La carretera lo cortaba en dos. Algunos corredores populares hacían ejercicio en los arcenes. El tráfico disminuía cuanto más se alejaba Max en esa dirección. Un centro comercial de una sola planta dio paso a la siguiente zona urbanizada. Allí los bloques de viviendas eran más bajos y estaban rodeados de hileras de árboles y franjas de césped. No debía de ser difícil de mantener en un lugar tan lluvioso como ese. El verdor daba a la zona, sin duda sórdida, un aire más luminoso.

Por fin los módulos cuadrados desaparecieron de los lados de la carretera. En su lugar aparecieron terrenos vallados cuya intimidad quedaba protegida por altos setos y verjas de metal. Max no necesitó consultar un mapa para girar a la izquierda primero y a la derecha después. Si el tráfico había ido disminuyendo a lo largo del camino, allí desapareció por completo. El único vehículo en movimiento era el suyo. Ni siquiera había coches aparcados. Posiblemente porque sus propietarios los protegían de miradas curiosas en garajes privados.

Max se detuvo ante el número de casa que las investigaciones de Mei le proporcionaron. Los mismos dos dígitos colgaban frente a dos entradas distintas. Las casas a las que pertenecían no podían ser más distintas. Las fachadas de ambas eran de madera. La más alejada estaba pintada de verde y lucía un artesonado antiguo en la parte superior. La pintura se había desgastado y hasta desprendido en algunas zonas. La casita debió haber sido

bella hacía ya demasiado tiempo. En el frente, una pequeña torre con el tejado apuntado se sostenía en precario equilibrio sobre un porche principal en el que se deslizaban unas planchas de metal oxidado que se habían desprendido de la cubierta. Espesas cortinas ocultaban el interior. En realidad, más que una vivienda parecía la guarida de una bruja.

La casa de al lado estaba pintada de un naranja cálido y nada estridente, y el tejado, en perfecto estado, era de teja. El camino de entrada estaba asfaltado, y el jardín, perfectamente cuidado. Sospechaba que la casa correcta era aquella. Había calculado que la madre de Oleg tendría unos ochenta y ocho años. El padre sería aún mayor, quizá noventa y uno. No parecía probable que ninguno de los dos fuese capaz de mantener la casa en el estado impecable en que se encontraba. Excepto que su hijo les pagase la vivienda y también a alguien que los ayudase. No parecía descabellado.

Max se decidió a llamar al timbre de la segunda casa. Esperaba que alguien le hablara a través del portero automático. Lo que sucedió, por el contrario, fue que la puerta corredera se abrió. También lo hizo la de la vivienda, para dejar paso a un hombre joven, de pelo muy negro y tez muy clara. Se trataba de un tipo achaparrado y fibroso. Max dedujo que sería el ayudante de los señores Ajmátov. Tal vez fuese enfermero. Parecía decidido y nada fácil de asustar, pero nada más.

—Buenos días.

—¿En qué puedo ayudarle? Los señores no pueden atenderle en este momento.

—Siento mucho oír eso —repuso Max en el tono más amable que encontró, sin resultar servil o empalagoso—. Soy amigo de Oleg. Estaba buscándolo.

El enfermero miró a Max de arriba abajo. No parecía en absoluto convencido.

—Tampoco está en casa.

—¿De verdad que no puedo ver a sus padres? Oleg me ha hablado tanto de ellos que me daría mucha pena irme sin saludarlos.

Como si hubiera estado esperando la frase para hacer su entrada, una mujer apareció en la puerta de la casa. Tenía el pelo completamente blanco y luchaba por permanecer erguida. Max se dio cuenta de que en su vida normal llevaba un andador. A pesar de su voluntad de hierro, no podía evitar que los ojos se le fuesen hacia la pared. También tenía una mano preparada, por si perdía el equilibrio. Sin embargo, allí estaba, poniendo un pie delante del otro con lentitud, pero con determinación. La madre de Oleg, sin duda, salía a defender a su pequeño. Se trataba de una mujer de carácter, dura. Debía serlo. Llevaba el peso de una vida difícil a sus espaldas. Tal y como Max lo veía, las madres como aquella solo daban al mundo dos tipos posibles de hijos: alfeñiques que huían de ellas en cuanto podían o tipos que reconocían el valor de aquellas mujeres capaces de todo por los suyos. Oleg pertenecía al segundo grupo.

Mientras la mujer se acercaba a la entrada, Max pensó que le habría gustado conocer al padre. Si no había salido también debió de ser porque su estado no se lo permitía. Noventa años eran muchos años. Se preguntó si la anciana señora Ajmátov se tomaría como una afrenta personal que fuera a su encuentro. Verla luchar contra su equilibrio, contra su debilidad evidente, le afectaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Max respetaba mucho a las personas con valor y con valores. Aunque esos valores no fueran los mismos que los suyos.

La madre de Oleg hizo un gesto a su enfermero. No necesitó pronunciar palabra alguna para que el hombrecillo la entendiera. Max creyó que le había pedido ayuda, pero el enfermero desapareció dentro de la casa. No sin antes echar a su jefa una mirada de preocupación. La admiración de Max aumentaba

por momentos. Cuando los dos se encontraron cara a cara extendió la mano para estrechársela, pero ella no le devolvió el gesto. Tampoco le sonrió. Igual que la chica de la empresa de alquiler de coches, fue directamente al grano.

—Oleg no está en casa. Hace años que no lo vemos. Es un mal hijo.

Cuando dijo esto último alzó una ceja y un conato de sonrisa cínica se asomó a la comisura arrugada de sus labios.

—Me sorprende mucho que me diga eso, señora. Oleg siempre me habló muy bien de sus padres. Hablaba de usted y de su marido constantemente. De cómo trabajaba para comprarles esta casa.

—Mi hijo jamás nos ha comprado nada —interrumpió la señora Ajmátov—. Nuestra casa es esa de enfrente, la verde. ¿La ve? Si fuera por Oleg viviríamos ahí, como cerdos. Nos habrían comido las ratas.

Era evidente que la mujer mentía. Si no hubiera sido porque Max necesitaba encontrar a su objetivo, el juegucito le habría resultado gracioso. Ella descubrió que él mentía, pero en lugar de tratar de librarse de él, lo trató como si fuera tonto. Tal como él la trató a ella al hacerse pasar por amigo de su hijo. Sin duda, se las veía con una mujer de armas tomar. A Mei le habría caído bien. Una pena haberla conocido en esas circunstancias.

—Entonces —dijo Max—, imagino que no sabrán ustedes dónde puedo encontrarlo.

—Por lo que yo sé podría estar en cualquier sitio. Si son amigos sabrá que viaja mucho por trabajo. Es vendedor de armarios. Visita muchos hoteles. Pruebe en alguno. Aunque ahora que lo miro bien, creo que usted también vende muebles. ¿Me equivoco? —La mujer no le dejó contestar—. No, no me equivoco. Los vendedores tienen todo ese aire encantador. Cuando hablas con ellos parece que van a regalarte un palacio y al final te encuentras con una caja de pino en medio de la habitación. Nadie quiere una caja de pino en casa, amigo de Oleg.

Max dio un paso atrás. Nunca nadie, desde que se trabajaba para la SCLI, había estado tan cerca de decir en voz alta a qué se dedicaba en realidad. La señora Ajmátov era una mujer peligrosa. Estaba claro que no convenía enfrentarse a ella. Ahora que lo pensaba, quizá el padre de su objetivo no se había quedado dentro porque no pudiera salir. A lo mejor le apuntaba con algún tipo de rifle. Allí no había nadie. Si querían matarlo, nada se lo impedía.

—No se preocupe, caballero. No quiero armarios de ningún tipo. Ni de los de Oleg ni de los suyos.

—Ni se me pasa por la cabeza, señora Ajmátov.

—Claro que no. Lárguese de aquí, sea quien sea. Y procure no volver.

Max no contestó. Los ancianos no eran una amenaza para él, pero estaba claro que Oleg no se encontraba en la casa y que no obtendría información de ellos. Además, Mei le había dado un perfecto plan B.

Capítulo 12

Porque fue Mei quien había rastreado las costumbres de los cuatro sicarios. Curiosamente, los otros tres eran mucho menos predecibles que Oleg. Mei no solo había encontrado la casa de sus padres sin dificultad, sino que también dio con el lugar al que acudía para reunirse con antiguos vecinos y compañeros de colegio. Una vez más, no parecía una buena idea. Sin embargo, si sus amigos de la infancia estaban cortados por el mismo patrón que sus padres, sacarles cualquier tipo de información no sería fácil. Por eso Max había empleado un periodo de tiempo similar al de sus compañeros en San Petersburgo. Necesitaba convertirse en parte del paisaje. Algo que no había sucedido. La desconfianza hacia los extranjeros formaba parte del ADN del país. Por lo tanto, Max decidió que optaría por un método más expeditivo.

El *pub* al que se dirigía estaba cerca de la casa de los padres de Oleg. El interior del local era oscuro. Las paredes estaban cubiertas casi por completo de fotografías antiguas, en blanco y negro. Muchas de ellas, de críos que jugaban al fútbol con camisetas de la antigua Unión Soviética. Nadie se volvió hacia la puerta cuando Max la abrió para entrar. Tampoco pareció que le prestaran atención alguna cuando se acercó a la barra y pidió una jarra de cerveza. Se sentó en un taburete y simuló concentrarse en su bebida. En realidad, inspeccionaba a la concurrencia. Necesitaba identificar a alguno de los conocidos de Ajmátov. Mei le había conseguido algunas fotografías que él memorizó.

En un primer momento no reconoció a ninguno de los presentes. Bien era cierto que la penumbra del local no ofrecía muchas oportunidades. Tampoco deseaba llamar la atención, así que solo lanzaba miradas de soslayo aquí y allá.

Hasta que le pareció que el perfil de uno de los parroquianos se ajustaba

al de una de las fotografías aprendidas ya de memoria. Había tenido ocasión de verlo porque estaba jugando al billar. Eso quería decir que pasaba junto a las luces que iluminaban al tapete. Muchas veces Max solo podía ver su espalda, pero otras se le mostraba de frente. Cuando lo reconoció procuró no delatar ninguna emoción. De hecho, no hizo nada hasta que vio que el otro dejaba el taco sobre la mesa de billar y se dirigía al baño. Entonces Max dejó su taburete y lo siguió.

El aseo era pequeño. Constaba de un urinario y un cubículo. Afortunadamente, el amigo de Oleg se había detenido en el primer compartimento. Max le pidió permiso para pasar y, mientras el otro se apartaba para dejarle sitio, lo cogió por la muñeca y le hizo una llave simple pero muy efectiva. Al segundo siguiente el hombre tenía la cara aplastada contra los azulejos no demasiado limpios del retrete.

—Oleg Ajmátov.

El hombre hizo un ruido gutural, medio queja y medio risa.

—No lo repetiré.

—Puedes romperme el brazo si quieres. Y luego el resto de los huesos. No pienso abrir la boca.

Max forzó la llave y el hombre emitió un quejido. No se estaba haciendo el duro. No iba a simular que no le dolía.

—¿Dónde está?

El otro hombre volvió a quejarse y a reírse.

—Mira, tío. No sé dónde está. Oleg no nos deja un cuadrante con sus turnos de curro, ¿sabes?

Max estaba muy tentado de romperle el brazo a aquel hombre, pero su intuición le decía que no le había mentado. No sabía dónde estaba Ajmátov. Podía romperle hasta la última falange y no obtendría nada más de lo que ya tenía.

—Tengo que hablar con alguien que sepa dónde está. Es importante.

—Sal ahí y pregunta —dijo el otro—. No creo que nadie te diga nada, pero siempre puedes probar.

Max tampoco creía que nadie le fuera a dar la más mínima información, pero tampoco tenía muchas más opciones.

Salieron juntos del baño y entonces sí, todos dejaron lo que estaban haciendo y se les quedaron mirando con ojos como platos. Antes de que Max hiciera ninguna pregunta, los hombres comenzaron a abandonar el local. Los primeros fueron los jugadores de billar. Dejaron las bolas en la posición en la que se encontraban y salieron. El resto de los bebedores salió a continuación. Sin que mediara palabra, despacio, sin bravatas ni tonterías. Solo se fueron y dejaron a Max con un palmo de narices.

—Así están las cosas —dijo el amigo de Oleg al que Max había reconocido—. No te preocupes, no le diré a mi colega que me has retorcido el brazo.

Max estuvo a punto de decir que «su colega» no le daba ningún miedo, pero prefirió quedarse callado y analizar el siguiente paso. Mientras lo hacía, el otro abandonó el bar del mismo modo que todos los demás.

No todos se habían ido. Quedaban el camarero y tres hombres solitarios, uno de ellos en la barra y otros dos en mesas separadas. Max suponía que si habían permanecido en sus sitios era porque sus vasos estaban todavía demasiado llenos. No parecían personas muy dadas a pagar algo y dejarlo atrás. El barrio, por otra parte, no era de ricos precisamente.

Aunque estaba bastante seguro de que ninguno de ellos hablaría con él, dejó caer la pregunta y luego volvió a su lugar en la barra. Tal como había previsto, los tres bebedores se fueron uno a uno a medida que terminaron sus cervezas.

Frustrado, enfadado y aburrido, también apuró la suya. Luego pidió otra. Y

una tercera después. A esa le siguió la cuarta y una quinta. Cuando pidió la sexta, el camarero sirvió dos.

—¿Sabes una cosa? Si te quedas aquí mucho tiempo más no va a venir nadie. Y esta suele ser la mejor noche, así que no me estás haciendo ningún favor. Por mucho que bebas, no bebes más que veinte obreros al salir del trabajo.

—Pues dame la información que necesito —contestó Max. La verdad era que no estaba para tonterías.

—Oleg jugaba de crío con la mayoría de los tipos que se han ido. Nadie va a decirte dónde está. No sabemos qué hace exactamente, pero no somos tontos. Eso, por una parte. Por otra, deberías saber que aquí nos cuidamos. Siempre hay algún imbécil, pero la mayoría de nosotros nos cuidamos. Y luego, en tercer lugar, está Maya. Si estás aquí has debido de conocerla. Es la madre de Oleg. Nos gusta esa mujer. Incluso si alguno de nosotros quisiera que a Oleg se lo comieran los peces, ninguno querría que Maya tuviese el menor motivo de preocupación.

—Puede que no me creas, pero precisamente eso sí que lo entiendo.

—¿La conoces? —El camarero, un tipo fornido con una gran barba negra y poblada, sonrió de oreja a oreja cuando hizo la pregunta. En otras circunstancias a Max le habría caído bien. Era el tipo de hombre capaz de decir las cosas claras en la cara sin ofenderte. Una cualidad poco común que Max valoraba tanto como el valor o la lealtad. Solo las personas honestas sabían decir la verdad de esa manera.

—Pasé por su casa hace unos días. Fue un encuentro... peculiar. Creo que su marido me apuntaba con un rifle desde dentro. Ella es una mujer formidable.

—Lo es. Cuando alguno de nosotros necesitaba algo, de críos, no acudía a su madre, sino a la de Oleg. Muchos nos emborrachamos por primera vez en

su casa. Por eso abrí este local. Ella solía decir que no se puede evitar que los críos hagan tonterías. Lo único que se puede hacer es vigilarles de cerca para que no les pase nada malo cuando las hagan. Ahora los chavales del barrio se beben aquí sus cervezas. Así sus padres saben dónde los encontrarán cuando no lleguen a casa a su hora.

A Max no le sorprendió la historia. Maya Ajmátov era una mujer fuerte a los ochenta y ocho años y debía de haber sido toda una mujer a los cuarenta o a los cincuenta. Seguro que a los setenta todavía daba miedo. Pero no importaba lo mucho que disfrutara escuchando esas historias. Había ido allí a por Oleg y debía encontrarlo.

—Imagino que sabes que voy armado —dijo.

El camarero le mostró las palmas de las manos en gesto de paz.

—No suelo pensar en lo que la gente lleva en sus bolsillos. Pero si eso es una amenaza, puedes ahorrártela. Podrías encañonarme y mi respuesta sería la misma que te han dado todos los demás. No sabemos dónde está Oleg y no vamos a empezar una pelea por él. Si aquí hay jaleo hoy será porque lo empiezas tú. Seguro que puedes escapar de un calabozo de segunda en un barrio ruso de las afueras, pero sospecho que no quieres emplear tus recursos en eso.

El hombre tenía razón, así que Max no sacó la pistola. No tenía sentido hacerlo y, tal como había dicho el otro, no le gustaba desperdiciar sus recursos.

—Nos vemos otro día entonces.

—Que no sea pronto —dijo el camarero—. No puedo permitirme perder a mis clientes.

Capítulo 13

Max condujo de vuelta hasta el aeropuerto. Una vez que dejó el coche en el *parking* se dirigió al piso de arriba. En la ventanilla no encontró a la asistente antipática. En su lugar había una mujer mayor, entrada en carnes, que hablaba con los clientes como si se tratara de primos segundos o ahijados.

—Veo, por la ficha, que ha decidido dejar el coche aquí después de todo. Es una suerte, ¿sabe? Así se ahorrará un buen pellizco. Si me lo permite —dijo sin apenas tomar aire—, le aconsejo que se de una vuelta por el *duty free*. Hay unas cosas preciosas. Seguro que encuentra algo bonito para su mujer. Y como el dinero ya lo había dado por gastado, será como comprar algo gratis.

A la mujer se le encendían las mejillas cuando hablaba. Tenía cierta semejanza con Papá Noel, pero era muy agradable. Max le agradeció sinceramente su ayuda. Pero aquel fue el único momento de relax que pudo permitirse. En cuanto despacharon el papeleo buscó una esquina solitaria y llamó a Mei. En Costa Rica debía de estar amaneciendo, así que su experta de seguro ya se encontraría en el gimnasio. Si había alguien en el mundo que respetase al máximo sus rutinas, esa era Mei.

La voz jadeante al otro lado de la línea le confirmó que sus cálculos eran correctos.

—¿Todo bien, jefe? No me digas que ya te has encargado de lo tuyo. Si es eso, olvídate, lo mío ya está liquidado, así que gano yo.

Max sonrió para sí mismo. No importaba en qué lío estuvieran metidos o qué clase de misión les hubieran encomendado. Mei y su tendencia a hacer chistes cuando no correspondía siempre le alegraban el día.

—Más bien, todo lo contrario. Este es el ejemplo más claro que he visto nunca de la ley del silencio. Nadie ha abierto la boca.

—¿Entonces te rindes?

—No es una partida de ajedrez, Mei, no me rindo. Necesito tu ayuda. Tienes que darme un nuevo destino. Es verdad que Ajmátov no está trabajando, pero no ha vuelto a casa.

—No te ofendas, jefe, pero...

Max sabía lo que venía a continuación, así que la interrumpió.

—No, no me han tomado el pelo. No está aquí y necesito saber dónde está.

Max no necesitaba explicarle a Mei lo fundamental de que los cuatro trabajos se ejecutasen al unísono. Si empezaban a caer mercenarios como moscas, el resto se replegaría y encontrar a Oleg sería prácticamente imposible. La única manera de evitarlo era que todo sucediera de forma casi simultánea. Parecería un golpe orquestado, pero nadie sabría quién lo organizó.

—Estoy en ello mientras hablamos, Max. No debimos dejarnos engañar.

—Sí, yo también lo he pensado. Que vuelva a su casa no es más que un cebo. Lo más probable es que alguien le haya avisado. No sabrán dónde está, pero eso no quiere decir que no puedan comunicarse con él. De todas formas, tendrías que haber estado aquí. Su madre te habría encantado. La conocí el primer día.

—¿Te invitó a vodka con pastas?

—Más bien me asustó.

Max espiaba a las personas que pululaban por el aeropuerto por si alguna de ellas se le acercaba demasiado. El sistema de protección de Ajmátov era bueno. Muy bueno, incluso, así que no descartaría que también hubiesen previsto un dispositivo de seguimiento. No parecía que ese fuese el caso. La terminal de salidas mostraba la misma actividad frenética que la de cualquier otro aeropuerto.

—Pues sí que debe de ser una buena pieza, para asustarte, jefe.

—Tú lo has dicho.

—Jefe, vas a tener que darme más tiempo.

—El que necesites, pero date prisa.

Capítulo 14

El vuelo de vuelta resultó mucho más largo que el de ida. No por su duración, que evidentemente no varió más que por cuestión de minutos, sino porque Max se encontraba tenso. De otro modo habría tratado de relajarse, pero dado el estado mental en que se encontraba, habría resultado un esfuerzo inútil. No le gustaba cometer errores y estaba claro que había subestimado a Ajmátov y sus capacidades. Gracias a Mei localizó el barrio en el que parecía más probable que se hubiera ocultado. Irónicamente, ese barrio se encontraba en Londres. El ruso ni siquiera había salido de casa y él cruzó toda Europa para quedar en evidencia. No, Max no estaba en absoluto acostumbrado a esas cotas de ineficacia.

Heathrow tenía la misma apariencia de siempre. Uno de los aeropuertos con más tráfico del continente siempre se encontraba lleno de gente. Salidas, llegadas, parientes ansiosos, enamorados expectantes... Por lo general Max no prestaría la menor atención, pero aquel era un día excepcional. Seguía sin quitarse de la cabeza la posibilidad de que su objetivo lo estuviera vigilando. Por eso se las había apañado para salir al último del avión. Además se entretuvo un buen rato en un aseo de caballeros para dar tiempo a todos sus compañeros de vuelo a llegar a la recogida de equipajes. Si después de todas esas precauciones alguien caminaba detrás de él no cabría más explicación que el espionaje. Como no había facturado nada, Max pasó por la aduana prácticamente solo.

Comenzó a sentirse más tranquilo cuando vio que nadie lo seguía. Al parecer todos los demás pasajeros visitaban Londres por turismo y esperaban pacientemente a que salieran sus maletas. Los viajeros de negocios preferían ir con equipaje de cabina y habían abandonado el avión primero. La sorpresa lo esperaba al otro lado de la puerta corredera de cristal translúcido. Allí,

entre la multitud expectante, un chófer con gorra de plato mostraba un cartel con su nombre impreso en grandes letras mayúsculas.

Max consideró la posibilidad de ignorarlo, pero el hombre no se lo permitió. Quien lo hubiera enviado allí le dio instrucciones claras. En cuanto reparó en la presencia de Max echó un vistazo a la parte de atrás de su cartel y lo saludó directamente.

—¿Señor Cornell?

No tenía sentido negarlo. Sin duda, lo que el chófer había mirado, aunque fuera de soslayo, era una fotografía suya. Le seguiría hasta algún lugar donde pudiera deshacerse de él sin llamar la atención. Allí, en plena zona de llegadas, había demasiado público.

—¿No tiene equipaje, señor?

—No.

—Es de los que viajan ligeros, ¿eh?

El hombre sonreía y parecía sincero. Max lo examinó. Más allá de unos brazos firmes, quizá porque sus demás clientes sí solían llevar equipajes que él debía levantar a menudo, no parecía especialmente en forma. A priori, enviar a un asesino sin preparación física a enfrentarse con él no parecía una decisión propia de un hombre que controlaba su entorno de una manera tan férrea como Ajmátov.

—Sígueme, señor Cornell, por favor. Su amigo lo está esperando en el coche.

—Claro. Detrás de usted.

El chófer, un tipo moreno de piel cetrina y tan alto como el mismo Max, volvió a sonreír. Hizo caso al gesto invitador de su cliente, que le pedía que abriera camino, y avanzó con brío por entre el variopinto público que poblaba el aeropuerto. Ahora que tenía plena libertad para observarlo, Max se dio cuenta de que las mangas del uniforme le quedaban un poco cortas y de que el

fondillo de los pantalones se veía desgastado, lo mismo que la chaqueta a la altura de los codos. Un desgaste propio del uso. Aquello, pues, no era un disfraz.

Cuando llegaron al *parking* de visitas Max se puso en tensión una vez más. Allí había mucha menos gente y también menos cámaras de seguridad. Sin embargo, el chófer no hizo el menor intento de detenerse ni realizó ningún movimiento extraño. Se limitó a llevarlo hasta un vehículo oscuro y grande, una limusina Mercedes-Benz. Cuando Max estuvo lo bastante cerca le abrió la puerta trasera.

—Buenos días, Max —dijo una voz más que conocida desde dentro del vehículo.

—¿Adam? —contestó Max mientras tomaba asiento—. ¿Tienes idea de todo lo que ha pasado por mi cabeza desde que he visto al chófer en la terminal?

Max iba a hacer un chiste al respecto, pero el gesto serio de Adam lo detuvo. Su compañero y amigo solía ser un hombre más bien alegre. Incluso en combate encontraba el momento de sacar a relucir el lado más americano de su carácter. Algo realmente serio pasaba.

—Tengo a mi objetivo —comenzó Adam. Y aquello ya no sonaba nada bien. El plan no era secuestrar a aquellos hombres, precisamente. De hecho, llevarlos a Londres se encontraba en las antípodas de lo que Nefilim les había encargado.

—Supongo que esperas que te pregunte por qué lo tienes, ¿no? ¿Has hablado con Mei? ¿Me estáis gastando alguna especie de broma que no llego a comprender? Yo no he podido dar con el mío. Todavía. Por eso he vuelto. Me planteaba deshacerme de tu conductor hace un momento y ya me conoces cuando estoy en tensión. No quiero ser desagradable, Adam, pero te agradecería que fueses breve.

Adam asintió antes de comenzar a hablar.

—Sí, he hablado con Mei. Todos hemos llevado a cabo nuestra parte de la misión. Excepto yo, que he tenido que viajar acompañado. Créeme, no ha sido una decisión fácil ni un viaje agradable, pero cuando te explique los motivos lo comprenderás.

—Adam...

—Lo sé, que sea breve. Pero no hay una manera sencilla de decirte esto.

—Entonces escoge la simple.

Tras los vidrios del vehículo, el paisaje de las afueras de Londres cambiaba con rapidez. Las autopistas que giraban sobre sí mismas para facilitar el cambio de sentido a los conductores despistados, y los prados, pronto dieron paso a las primeras casas bajas. Barrios residenciales donde se vivía en calma, sin sobresaltos, que a su vez fueron sustituidas por calles comerciales cuyo aspecto delataba que habían pasado por épocas más prósperas. En aquellas calles, la limusina llamaba más la atención que los fuegos artificiales a medianoche.

—Mencionó a Arcángel.

Max carraspeó. No dijo nada, pero de todos modos se aclaró la garganta. Adam le dio tiempo para hablar, pero no obtuvo más que silencio, así que le contó el resto de la historia.

—Así que solo dijo su nombre.

—Eso es. Pero está claro que sabe algo. Me conoces, Max.

—Y tú me conoces a mí. Ya sabes lo que va a pasar ahora.

Adam asintió, de nuevo en silencio. Precisamente porque conocía a su jefe había trasladado a su prisionero a una zona cercana al lugar donde Max tendría que trabajar en las próximas horas. Sabía que le daría prioridad al asunto de Arcángel. Él mismo lo habría hecho, en lugar de deshacerse de su objetivo como requerían sus órdenes. Adam se preguntaba si aquello no les

traería más problemas que otra cosa.

Max quería tomar la decisión correcta. Quería localizar a Ajmátov primero y ocuparse del asunto de Arcángel después, pero supo desde que oyó el nombre de su mentor que eso no sucedería. Todas las fibras de su cuerpo le pedían hacer una visita de presentación que le dejara claro al tal Jaime Peñafiel que no toleraría información falsa, ni que comerciaría con ella más allá de sus propias normas. Necesitaba conocer hasta el último detalle que pudiera contarle y lo necesitaba entonces, sin esperar. Justo en el peor momento posible. Con la tensión acumulada por lo de San Petersburgo, las horas de vuelo y toda la misión en vilo... No, no era una buena idea enfrentarse a las noticias sobre Arcángel enseguida, pero Max no esperaría.

—No servirá de nada que te diga que pises tierra, ¿verdad, jefe?

—Ese no es el problema, Adam —dijo Max—. Tengo los pies más en el suelo que nunca.

La conversación terminó ahí. No había nada más que decir. Adam sabía que Max vería a Peñafiel antes de nada. Max sabía que, por mucho que el deber debía ser su prioridad, Arcángel era su debilidad... Las palabras sobraban. Tocaba prepararse para los hechos y sus consecuencias, fuesen las que fuesen.

Las tiendecitas de comestibles regentadas por emigrantes pakistaníes volaban tras la ventanilla de la limusina. Cada pocas puertas aparecía un local de apuestas o una tienda de ropa de segunda mano, locales polvorientos con algunas bombillas fundidas y publicidad de eventos que habían caducado hacía mucho. Más espaciados estaban los comercios pertenecientes a franquicias y los supermercados. Max trataba de concentrarse en el paisaje, pero los nudillos se le habían puesto blancos por la ansiedad. Cuando el chófer se detuvo por fin, en el asiento de atrás se podía cortar el ambiente con un cuchillo.

Ni Adam ni Max esperaron a que el conductor saliera y les abriera la puertecilla. Adam señaló un portal que parecía haber sido desahuciado por las autoridades. El lugar perfecto, sin duda, para ocultar a alguien. Los edificios colindantes, todos de tres plantas, también parecían vacíos. En aquel ambiente la ropa bien cortada de Max y el aspecto cuidado de Adam no pasaban desapercibidos. Afortunadamente, nadie estaba dispuesto a meterse donde no lo llamaban. Eso era algo que compartían todos los distritos de la ciudad.

Adam abrió el candado oxidado que les dio acceso al interior. Tal como auguraban la fachada desconchada y las ventanas clausuradas por planchas de aglomerado, adentro no se veía nada. El olor a humedad, por su parte, invadió las fosas nasales de Max.

—Está en el primer piso.

—¿No hay sótano?

—Créeme, no quieres pisar el sótano. Los pisos superiores no son mejores, pero al menos reciben algo de ventilación. De todas formas, no te preocupes, lo insonoricé.

Las escaleras de acceso crujían tanto que Max se arriesgó a sujetarse de la barandilla. Tan pronto como puso la mano sobre ella la retiró con una mueca de asco. Ahora comprendía lo que su amigo había querido decir. Las ratas convirtieron el lugar en suyo y habían dejado restos de su presencia en todas partes. La humedad no era lo peor.

Por fin llegaron a la puerta del primer piso, cerrada con otro candado simple pero fuerte. Adam lo abrió también. Luego le dio las llaves de ambos a Max. Sospechaba que las necesitaría mucho más. O que, al menos, querría tenerlas cerca.

Adentro, los paneles de aglomerado dejaban pasar muy poca luz, pero una bombilla pelada que colgaba de un cable más que precario los salvaba de la oscuridad total. Al menos, pensó Max, no parpadeaba. El hombre que tenía

información sobre la muerte de Arcángel estaba allí, atado a una silla. Adam había fijado la silla al suelo, de manera que el prisionero no podía volcarla para escapar. Se trataba de un mueble metálico, y Adam había empleado esposas para evitar cualquier posibilidad de huida. Al parecer, Jaime Peñafiel era un hombre con el que se debían tomar todo tipo de precauciones.

—Buen trabajo.

—Lo sé.

Max sonrió. El humor no le acompañaba, pero la arrogancia de Adam siempre le hacía gracia, sobre todo porque siempre estaba justificada. No en vano en el grupo se referían a él, medio en broma, medio en serio, como «el mejor espía del mundo».

El hombre de la silla no parecía vencido, aunque sí cansado. Max no había preguntado cuánto tiempo llevaba allí, pero debían de ser varias horas. Quizá un par de días. No estaba seguro de cuándo había regresado su amigo americano.

—Tengo que mear —dijo.

—Yo no empezaría con ese tono, ¿sabes? —dijo Adam. Max notó su voz teñida de hastío. Por lo visto Peñafiel no era un prisionero modelo—. Este de aquí es Max. Me habías preguntado por él. La falta de modales no suele impresionarle.

—No es falta de modales, compañero. Es que tengo que mear.

—Arcángel —dijo Max—. Todo lo demás no me interesa.

—Déjame mear y te cuento lo que quieras. He venido aquí para eso.

Max procuró mantener la calma. Sabía que sus palabras tendrían mucho más efecto si las decía en un tono frío y distante.

—Voy a ser muy claro. Mucho, porque no tengo tiempo que perder y parece que tú tampoco. —Adam cruzó los brazos y se dispuso a escuchar lo que su jefe tenía que decir. Así sabría cuál era su papel—. Sabes algo sobre la

muerte de Arcángel. Algo que yo no sé y que quiero saber. Parece que crees que eso te otorga algún tipo de ventaja. El hecho es que no. Tal y como yo lo veo, si tú lo sabes, alguien más estará informado. Y de la misma manera que te hemos encontrado a ti, encontraremos a ese alguien más. Por tanto, no parece que estés en posición de negociar. No obstante, te dejaremos ir al baño. Porque prefiero que tengamos una conversación distendida. Y para no oír nada que no se refiera exclusivamente a Arcángel.

Adam desapareció a la espalda de Max y volvió a aparecer con una cuña de plástico en la mano. Se acercó al prisionero sin que este hubiera abierto la boca para aceptar o negar lo que acababa de oír. Era un tipo listo. Por supuesto que lo era. Uno no sobrevivía en esa profesión comportándose como un imbécil.

—Ya sabes cómo va esto.

Terminado el trámite, la conversación siguió su rumbo.

—Oriente Medio, la Primavera Árabe... No hace falta que os diga quién está metido en todos esos jaleos.

—No, no hace falta —interrumpió Adam.

—El Ejército americano jamás debió aparecer allí, pero tendéis a meteros donde no os llaman mucho más a menudo de lo recomendable. Arcángel no era el tipo al que parece que adoráis.

Max cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro. No tenía intención de permitir que el prisionero siguiese por aquellos derroteros. El hombre se dio cuenta de que se metía en terreno pantanoso y cambió la orientación de su discurso.

—Se dice que había entrado en contacto con el Gobierno ruso. No digo que fuera un traidor. Eso, ni lo sé ni me interesa. Lo que sí sé es que se relacionaba con una persona concreta. Ese es el nombre que tengo para darte.

El hombre esperaba una respuesta, claro, pero tanto Adam como Max

optaron por quedarse callados.

—Necesito saber que me soltarás.

De nuevo, todo lo que el prisionero obtuvo fue silencio.

—Me mataréis, ¿no? Diga lo que diga.

—Haz la prueba —contestó Adam al fin.

El prisionero torció la boca en un remedo de sonrisa. No era un hombre feo, pero las emociones que bullían en su interior le deformaban el rostro. La bombilla solitaria del techo tampoco contribuía a que ofreciera lo mejor de sí.

—No les creí. A los que decían que el tal Arcángel os había vuelto locos a todos. No se sobrevive en nuestro negocio estando loco. Pero parece que tenían razón.

—Estamos esperando —dijo Max.

—Espera un momento, jefe. Creo que ya sé lo que pasa.

Adam volvió a la esquina de donde había sacado la cuña. Regresó con una jeringuilla.

—Yo siempre cumplo mi palabra. Ya hemos hablado de esto.

El preso suspiró, aliviado.

—Ajmátov.

Adam y Max se quedaron congelados. Evitaron mirarse para no dar pistas a Peñafiel de que aquella información era, más bien, una auténtica bomba de relojería.

Capítulo 15

Max conocía los peligros de involucrarse de manera personal en una misión. Sin embargo, conocerlos no significaba lo mismo que ser capaz de evitarlos. Tras la pobre confesión del tercer mercenario, capturar a Ajmátov ya no formaba parte del encargo de Nefilim y la SCLI. Si el ruso sabía algo acerca de la muerte de Arcángel, la prioridad era obtener esa información. Max se prometió a sí mismo desentrañar ese misterio y, hasta el momento, no había avanzado ni un solo paso.

Para realizar algún tipo de progreso en la senda de su investigación personal debía ser capaz, no obstante, de llevar a cabo la misión oficial. No le quedaba otro remedio. De ello dependía además el pago que los cuatro miembros del equipo recibirían. Las misiones no se pagaban según el porcentaje terminado. Era todo o nada. Por eso, Max había dejado de lado su aspecto cuidado habitual. No necesitaba disfrazarse para convencer a la persona con la que debía entrevistarse, pero sí rebajar la calidad de su ropa. La gente que vestía trajes caros no buscaba pisos en zonas como aquella y eso era precisamente lo que Max debía hacer. El resultado era un Max que se sentía incómodo dentro de un jersey oscuro con mezcla de poliéster y que calzaba unos zapatos de piel falsa. Se sentía barato e incómodo. No tuvo más que pensar en Arcángel para remediarlo. O al menos, para quitarse el tema de la cabeza.

—Pisa tierra —se dijo. La frase no funcionaba siempre, pero en muchas ocasiones, y aquella resultó ser una de ellas, sí.

Y salió a la calle.

Adam había encontrado el agujero donde tenía prisionero a su objetivo en una dirección muy cercana a la de Alessandro, el arrendador con quien Max debía entrevistarse. Según los informes que recopilaron, Alessandro Mutti

alquilaba pisos por mucho más dinero del que valían a inmigrantes con empleos en negro y sin papeles. Gente que pagaría lo que le pidieran por miedo a una denuncia que supusiera una deportación. Un hombre encantador.

Al menos, dadas las distancias, ni siquiera era necesario que Max tomase el metro para acudir a su cita. Un paseo de unos treinta minutos le despejaría la mente y lo llevaría hasta la zona de Seven Sisters, donde Mei había localizado a una persona sospechosa cuya descripción correspondía con la de Ajmátov.

El trayecto entre Manor House y el piso de alquiler que Max fingiría contratar no se diferenciaba demasiado de cualquier otro en un barrio entre las zonas dos y tres del metro. No se podía decir que se encontrara en las afueras, pero tampoco se trataba del Centro. Los locales que respondían al nombre de sastrerías mostraban los escaparates polvorientos, proliferaban los e7-Eleven, donde se vendía de todo, desde caramelos y tartas de cumpleaños hasta licores baratos y tabaco. Algunos restaurantes con aspiraciones alegraban un poco el panorama, pero la suciedad de los talleres mecánicos les ganaba el terreno poco a poco. No se sabía si se trataba de zonas acomodadas venidas a menos o áreas pobres que trataban de salir de la zona de la desesperación.

Los demás transeúntes mostraban el mismo aspecto desaliñado que Max había conseguido, muy a su pesar, gracias a sus ropas baratas. Por mucho que tratasen de arreglarse, los abrigos demasiado usados y los zapatos de varias temporadas atrás delataban la escasez de recursos de los vecinos e incluso de los trabajadores que llegaban cada día de otros distritos.

Cuando llamó al timbre del tal Alessandro lo hizo teniendo una idea muy clara de lo que esperaba encontrar, pero la realidad superó con creces sus expectativas. Para empezar, su futuro casero ni siquiera dejó que Max se identificase a través del portero automático. Se limitó a pulsar el botón de

apertura, de modo que cualquiera podría haber llegado hasta él sin mayor problema.

La puerta del piso también estaba abierta de par en par. Una voz cascada pero llena de vida, incluso dicharachera, se alzó de la nada cuando los pasos de Max se detuvieron en el umbral.

—Pasa, hombre, pasa. Te estaba esperando. Este piso es perfecto, pero la calefacción no está puesta y me estoy pelando de frío, así que cuanto antes acabemos, mejor.

Alessandro echó un primer vistazo a Max y pareció concluir que la visita sería corta, lo quisiera él o no. Desde luego, no era ese el tipo de inquilinos que solían dirigirse a él.

Max se guio por el sonido y encontró al hombrecillo en el salón de la casa. Seguramente aquella era la mejor habitación del piso, por eso lo esperaba ahí. Desde luego, se trataba de un cuarto amplio y luminoso, pero Max estaba más interesado en la persona con la que debía tratar que con la casa en sí.

—Alessandro Mutti.

—Philipp Mitchell.

Tras la parca presentación, en la que Max había usado, por supuesto, un nombre falso que no estaba registrado en ninguna parte, Alessandro metió ambas manos en los bolsillos de una gabardina de color beige. Se trataba de una prenda muy limpia pero arrugada, y como dos tallas más grande de lo que le correspondía. De esa guisa, como si aquello no fuera con él, se dispuso a hacer el recorrido oficial. El inexistente Philipp lo siguió sin perder detalle sobre cómo se expresaba y cómo se movía. La personalidad de la gente que se ganaba la vida tratando con el público, con cualquier clase de público, se reflejaba en la forma, no en el contenido.

—Mire, joven. —Alessandro no era mucho mayor que Max, pero así inició su discurso, señal de que necesitaba colocarse en posición de

superioridad. Las personas que se comportaban así, por lo general no se sentían demasiado seguras. Max podría utilizar eso a su favor—. El piso es exactamente lo que ve. Tiene el salón, que es la mejor habitación, la más grande y con vistas a la calle principal. A pesar de eso, no es ruidoso. Aquí no hay *pubs* y los comercios locales cierran pronto. El tráfico tampoco es demasiado pesado. —El hombre abrió dos puertas de manera casi simultánea—. Estas son las dos habitaciones. Una de ellas es la principal, la más grande, claro. Como ves —dijo extendiendo el brazo—, la moqueta está en perfecto estado, pero no hay muebles. Eso no va a bajar el precio del alquiler. Ya lo he ajustado todo lo posible. Seguro que te imaginas que mis clientes habituales no son millonarios. Así que, si quiero ganarme la vida, tengo que vender barato. No me queda otro remedio.

—Ese no es un problema. Tengo mis propias cosas.

—La cocina está por aquí —dijo Alessandro dándole la espalda a Max. Se perdió por un pasillo mucho más largo de lo que cabía esperar. Antes de llegar al final señaló una puerta en un lado—. Y ese es el baño. Luego puedes verlo. Tiene retrete, lavabo y ducha. Nada de bañera. Ya sabe cómo son esas cosas en estos edificios. Además, bañarse es negativo para el medio ambiente, y todo lo demás. Una buena ducha para despertarse por la mañana y una para relajarse por la noche. No hace falta más.

Max asintió, aunque el hombrecillo, cuya gabardina revoloteaba a su espalda, no podía verlo.

—Aquí —dijo cuando por fin se detuvo—. Tiene todos los electrodomésticos. Todos funcionan y verá que está bastante limpio.

Max hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Bastante limpio resultaba exagerado para describir el estado de aquella cocina demasiado usada, pero no estaba allí para hacer un buen negocio. Más bien al contrario. Por cómo se comportaba el casero, quedaba claro que convenía, para las verdaderas

intenciones de Max, que se dejara estafar. Así la necesidad de sentirse superior de Alessandro lo llevaría a fiarse de Max. De ese modo resultaba mucho más probable que obtuviera la información que esperaba sonsacarle.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Es perfecto, la verdad. Justo lo que buscaba. El precio parece alto, pero...

—Alto ahí, alto ahí... —interrumpió el casero—. Ya te he dicho que eso no es negociable. El piso está en una zona perfecta, cerca del supermercado, del metro y de varias líneas de autobús. Las habitaciones son amplias y está completamente equipado. Además, no eres el único interesado. De hecho, si no me confirmas que te lo quedas entre hoy y mañana es muy posible que lo pierdas.

—¡Oh! —exclamó Max—. No me malinterprete. Se me hace un poco alto, pero no excesivo. Había pensado gastar un poco menos, pero esto es lo que necesito. Usaré una habitación para mí y otra para trabajar. Por eso no hay ningún problema.

—¿Y tienes el dinero para la fianza y todo lo demás? Las palabras son muy bonitas, pero se las lleva el viento. Yo no formalizo ningún contrato si no veo el dinero. Y cuando digo ver, me refiero a ver. Nada de cheques ni pago con tarjeta, ni PayPal. Yo no soy un banco.

Max se dio unos golpecitos en el pecho con los dedos.

—Lo he traído todo, por si acaso. Me gustaría instalarme cuanto antes. Además de por trabajo, he escogido esta zona por un amigo. Él vive por aquí. Quizá lo conozca. Está de alquiler y es ruso. Sería mucha casualidad, claro. Londres es grande y hay cientos de arrendadores y una gran comunidad rusa, pero... No sé, sería gracioso.

Mientras hablaba, como si lo que estuviera diciendo no tuviera el menor interés para él, Max extrajo de su chaqueta barata un sobre abultado. Contenía

una buena cantidad de billetes. Se lo tendió al italiano, que lo tomó para empezar a contarlos de inmediato. Max no dejó de hablar en ningún momento.

—¡Oh, sí! Cuéntelo, claro. Está todo bien, pero entiendo que tiene que comprobarlo. En cuanto a mi amigo, se llama Vladislav, ¿le suena?

Vladislav era el nombre que, según las averiguaciones de Mei, Ajmátov usaba durante su estancia en Londres.

Alessandro se tomó su tiempo antes de contestar. Pasaba los billetes de veinte y cincuenta libras muy despacio, los tocaba con la yema del dedo pulgar, comprobando su autenticidad. Realizó toda la operación dos veces.

—No conozco a ningún ruso.

—¡Oh...!

—A ninguno con ese nombre —continuó Alessandro—. Pero sí conozco a un Alexei. Me alquiló un piso muy parecido a este, unas calles al este. Un tipo alto, fuerte... Un tipo que no regateó el precio, ¿sabe? Justo como tú. Pero no, no se llama Vladislav, así que supongo que no será tu amigo.

Max se dio cuenta de que Alessandro no era tan tonto como parecía. Al fin y al cabo, sobrevivir como casero en las zonas dos y tres de la capital no era una tarea para idiotas, precisamente.

—Alexei es su segundo nombre —aventuró Max—. No se me había ocurrido que pudiera usarlo para nada oficial.

Alessandro asintió.

—Claro que no. Los segundos nombres no se usan casi nunca, ¿verdad? Me imagino que querrás su dirección, su teléfono... esas cosas. Mira, por lo general esta información es confidencial, pero ¿quién soy yo para impedir que dos viejos amigos vuelvan a reunirse?

El hombre trató de desaparecer camino del salón, pero Max lo siguió de cerca.

—No voy a escaparme. No sé con quién crees que estás hablando, pero no

soy imbécil. —Alessandro hablaba mucho más rápido que antes y gesticulaba con las manos, al más puro estilo italiano—. Alexei o Vladislav, a mí me da igual como se llame él o como te llames tú. En el salón tengo un maletín con un iPad. Te doy los datos, y tu amigo, si es que es tu amigo, y tú os olvidáis de mí.

Efectivamente, en el sofá del salón descansaba un maletín muy gastado. Max dejó que Alessandro lo abriera. No creía que tuviera un arma, y si la tenía, no creía que fuera a atacarlo. El instinto de supervivencia del hombre parecía lo bastante sólido como para no intentar nada contra alguien unos veinte centímetros más alto que él y mucho más en forma.

Cuando terminó de rebuscar entre los múltiples papeles que guardaba, Alessandro sacó su iPad y se puso a toquetear la pantalla.

—En realidad, señor Mutti, prefiero que nos acerquemos. Ha pasado mucho tiempo desde que Vlad y yo nos vimos y quizá no me reconozca. Por eso creo que es mejor idea que se acerque a su casa conmigo. A usted seguro que lo conoce y no pondrá ningún reparo a su visita.

Alessandro resopló.

—¿Sabes que estuve a punto de no alquilarle el piso a ese ruso? —Max negó con la cabeza—. Pues a punto estuve. No me dio buena espina. Como tú. La gente que no regatea en el precio es porque tiene prisa, y la gente que tiene prisa suele tener algo que esconder. Pero ¿quién le dice que no a un tipo que mide lo mismo que un armario ropero? No sé cuánto tiempo hace que no ves a tu amigo, pero deja que te diga una cosa: el tipo es más alto que tú, para empezar. Y creo que os entrenáis en el mismo gimnasio.

—Siento las molestias, señor Mutti, pero necesito su ayuda.

—Sientes las molestias, sientes las molestias. —De repente la gabardina de Alessandro parecía todavía más grande alrededor del hombrecillo asustado—. Supongo que el piso no vas a alquilarlo, ¿no?

—Pues —empezó Max— ahora que lo pienso, la verdad es que no es tan perfecto como me había parecido al principio. Pero puede quedarse con el dinero que ha contado. Por las molestias. No me gustaría que se fuera usted pensando que ha perdido del todo la tarde.

—Algo es algo —dijo el casero a regañadientes—. Vamos, sígueme. No tardaremos ni diez minutos en llegar a casa de tu «amigo».

Max sonrió para sí mismo. Al pobre Alessandro le habría valido más ser un poco menos inteligente. Así no se habría dado cuenta de lo que ocurría y, por lo menos, no habría sentido el miedo que le hacía parecer un personaje de comedia. En cualquier caso, se trataba de un hombre que no se dejaba amedrentar. Y eso, según el código de Max, merecía al menos cierto respeto.

—Le sigo, señor Mutti. No se preocupe por nada. Tiene mi palabra.

Capítulo 16

De vuelta en la calle, Max se tomó unos minutos para pensar en que él jamás había vivido en un barrio como Manor House, Whitechapel, Hackney... Sus padres, sin ser ricos, siempre se mantuvieron en una posición acomodada. Luego vino el Ejército y después una vida como mercenario en la que cada misión estaba tan bien pagada que no debía preocuparse por nada. Sin embargo, otras familias no tenían tanta suerte como la suya.

Aquellas calles no destacaban por su peligrosidad ni pertenecían a la zona más pobre de la ciudad. Pero de todos modos se veían deterioradas, descuidadas. Los comercios carecían de gracia y las personas que caminaban por las aceras mostraban un aire cansado.

Era cierto que la mente de Max estaba ocupada en gran medida por la necesidad de esclarecer los acontecimientos que rodeaban la muerte de Arcángel, pero eso no lo convertía en una persona ciega. La realidad era que esos magnates de la construcción empeñados en destruir un edificio histórico bien podían emplear sus múltiples recursos para impulsar zonas como aquella por la que seguía a Alessandro, al que, por otra parte, notaba más que inquieto.

Como si supiera que los pensamientos de Max habían reparado en él, Mutti se aclaró la garganta antes de hacer una pregunta que, por lo visto, llevaba rondándole la cabeza desde que salieron de la casa.

—¿De verdad vas a pagarme los dos meses de fianza y el de alquiler? No quiero sonar desconfiado ni desagradecido, pero es mucho dinero por un piso en el que no va a entrar siquiera, ¿sabe?

Max fingió que se lo pensaba y el casero se encogió de hombros como si hubiera estado esperando precisamente esa reacción.

—Usted es un hombre de negocios, Alessandro, ¿cuánto cree que valen sus

servicios?

El otro dio un respingo.

—Ni lo sé ni me importa. Jamás me he metido en los asuntos de mis inquilinos y no voy a empezar justo ahora. Ya sé que parezco tonto, pero eso no quiere decir que lo sea. No, señor.

Max se rio con discreción. Desde luego, aquel hombre podía ser muchas cosas: imprudente, por ejemplo, pero tonto no era un adjetivo que se le pudiera aplicar.

—Son servicios muy valiosos, ya se lo digo yo. Por eso creo que es justo que reciba usted un pago acorde con ellos. Pero si no está de acuerdo, siempre puede devolverme el sobre.

Mutti también fingió que sopesaba la posibilidad. Por supuesto, se quedó con el dinero.

—Creo que tienes razón, Philip. Me quedo los dos meses por mis servicios y el tercero por la peligrosidad. Esta de aquí, por cierto —dijo señalando un edificio exactamente igual al resto— es la casa de tu amigo.

Habían llegado a una calle tranquila, sin comercios. Un típico rincón londinense con el asfalto cuarteado y antiguas viviendas unifamiliares reconvertidas en edificios de apartamentos. Los pisos superiores contaban con grandes ventanales en forma de arco, y delante de cada portal había un pequeño recuadro de cemento; antiguos jardines ocupados ahora por cubos de basura y juguetes rotos. Aun así, se trataba de una zona mejor que la que Max fingió querer alquilar.

—Su amigo del alma se ha dejado la puerta abierta. Este no es un vecindario problemático, pero más le valdría andarse con cuidado.

Mientras Alessandro se dirigía a la entrada principal, Max buscó una alternativa menos evidente. Aquellos edificios solían tener también un pequeño patio trasero con salida a la cocina o a un pasillo. No era una opción

muy segura, pero al menos sorprendería a Ajmátov si este decidía escapar.

Rodeó la casa y, efectivamente, encontró el jardín. Lo separaba de la calle un murete que saltó sin dificultad. Allí no había dónde esconderse. Si las fachadas delanteras estaban presididas por elementos desechados, las traseras se parecían más a vertederos. Solo algunos vecinos se habían molestado en plantar un poco de césped y colocar sillas baratas de jardín. Ajmátov no era uno de esos, así que su patio se parecía más a un vertedero. Neumáticos inservibles y cajas de madera desvencijada salpicaban los pocos metros de los que disponía. Así que Max se acercó a la pared, buscando la única protección posible.

Ya junto al ladrillo visto se acercó con sigilo hasta la puerta. Igual que la principal, se encontraba abierta. La empujó con la mano estirada, procurando no ponerse al descubierto. Desde el interior solo llegaba la voz firme aunque no especialmente alegre de Mutti, que llamaba a su inquilino.

—¡Eh! —decía—. Te has dejado la puerta abierta. No es por nada, pero pensaba que eras más listo. —Hizo una pausa—. Aunque ya veo que aquí no hay nada que robar. No has metido ni un mueble, ¿eh? No es que me importe, claro. A mí me da igual.

Max se dio cuenta de inmediato de que algo pasaba. Solo había dos motivos para que Ajmátov no contestase a su casero. O bien no estaba en casa, o bien los estaba esperando. Si la opción acertada era la primera, Alessandro se encontraba en apuros.

Un único disparo, seguido del sonido de un cuerpo al desplomarse, confirmó la teoría de Max.

Ahora ya no podía quedarse allí. Alguien, como Max sospechó desde que entrase en contacto con el entorno del ruso en San Petersburgo, había estado siguiéndolo y avisado a su objetivo de que iban a por él. Si aquello era cierto, Ajmátov sabía cuál era su posición, así que debía moverse. Miró hacia arriba.

La ventana del primer piso estaba alta, pero aquellos edificios distaban mucho de mantenerse en perfecto estado. La suela de goma de sus zapatos de saldo le ayudaría a trepar, pero tendría que quitarse la chaqueta.

Saltó y logró agarrarse del borde de los ladrillos usando apenas la yema de los dedos. Si el informador de Ajmátov lo estaba viendo, el otro estaría subiendo al piso superior por la escalera. No tenía muchas posibilidades de ser más rápido que él, pero debía intentarlo. Igual que debía recordarse que la muerte de su enemigo no era su objetivo final. Lo necesitaba vivo. Para Nefilim y para sí mismo.

Tensó los músculos de los brazos y la espalda y se aseguró de que tenía bien apoyadas las puntas de los pies. Si lograba saltar lo suficiente alcanzaría el alféizar. Respiró hondo y se impulsó con toda su fuerza. La camisa de poliéster se desgarró y los pantalones casi siguieron el mismo camino, pero consiguió colgarse del poyete de la ventana. El resto resultó mucho más fácil. Las dominadas formaban parte de su entrenamiento habitual.

Cuando asomó la cabeza por el cristal no vio al ruso, sino a una pareja de mujeres que se tapaban con la sábana hasta la barbilla. Sin duda habían oído el disparo. Max rompió el cristal con un codo, lo que le hizo otro desgarrón a la camisa, esta vez en la manga, y se encaramó a la ventana sin esfuerzo. Se puso un dedo en los labios pidiendo silencio a las mujeres y salió de allí. Nadie más debía sufrir las consecuencias de aquella misión.

Ajmátov ya había tirado la puerta principal y se encontraba en el pasillo. Lo esperaba con un arma de pequeño calibre que no dudó en disparar. Max rodó sobre sí mismo en dirección a su atacante. El corredor era demasiado estrecho para hacer otra cosa.

El segundo disparo le acertó en el muslo. Max sintió cómo la bala le atravesaba la piel y se adentraba en el cuádriceps. Afortunadamente no tocó hueso, sino que salió por la parte de atrás de la pierna para ir a estrellarse

contra el suelo de madera desgastada. La adrenalina hizo su trabajo, impidiéndole sentir más dolor del que podía soportar.

El ruso no se dejó impresionar por la exhibición de fuerza y autocontrol de Max. También él estaba curtido en el combate cuerpo a cuerpo y también había recibido heridas de bala a lo largo de su carrera. Disparó una tercera vez, pero falló.

Entonces Max aprovechó la única oportunidad que se le presentaría.

Perdía mucha sangre y sabía que no podía confiar en su pierna derecha, así que se impulsó con la izquierda y se abalanzó sobre su oponente. Ajmátov lo esperó a pie firme. Ambos conocían las ventajas de emplear la fuerza del enemigo en provecho propio. En el último momento se apartó y Max estuvo a punto de caer al suelo, pero la estrechez del pasillo lo evitó. En cambio se apoyó en la pared y esquivó el golpe con el que el ruso pretendió noquearlo, que se estrelló contra el yeso.

Docenas de fragmentos amarillentos volaron ante los ojos de Max, que devolvió el golpe. Pretendía acertar en el plexo solar para dejar al otro sin respiración el tiempo suficiente para inmovilizarlo, pero Ajmátov conservaba una ligera ventaja y detuvo el avance de Max. Con las dos manos sujetó el puño de Max y, esta vez sí, lo hizo caer al suelo.

Max resoplaba, pero sabía que no podría librarse de aquella trampa. La ayuda externa con la que Ajmátov contaba había marcado la diferencia. Si Mei no hubiera estado en Costa Rica, ella habría sido su segundo par de ojos, pero Max estaba solo y el ruso no. Por eso ahora él yacía en el suelo con el antebrazo retorcido de manera más que dolorosa.

—¿Qué coño quieres? —preguntó Ajmátov—. ¿Por qué me buscas?

Max no contestó. Si el otro tenía algún interés en obtener una respuesta, eso le daba al menos cierto tiempo. Aquella no era la manera en la que esperaba hacer sus preguntas, pero bien valía la pena probar.

—Arcángel —dijo entre dientes.

Ajmátov parpadeó, confuso.

—Está muerto.

—Eso ya lo sé —masculló Max.

En ese momento las sirenas de la Policía interrumpieron la conversación. Las mujeres de la habitación contigua habían encontrado el coraje de hacer una llamada de teléfono. Max esperaba que el ruso le rompiera el brazo al menos, pero no lo hizo. Lo soltó y salió corriendo. Él calculó el tiempo del que disponía. No era mucho. De todos modos decidió bajar las escaleras y buscar el cuerpo de Alessandro. Quizá su maletín contuviera algún dato útil para encontrar al ruso una segunda vez.

El efecto de la adrenalina comenzaba a disiparse y la cantidad de sangre que había perdido delataría sus pasos. Entró de nuevo en la habitación. Las dos mujeres, ya lo bastante horrorizadas, descompusieron aún más el gesto cuando vieron el aspecto de Max. Pero a él no le interesaban ni el horror de ellas ni la pinta que tenía. Agarró una de las sábanas y se la ató al muslo alrededor de la herida. Era una solución tan llamativa como incómoda, pero al menos le permitiría moverse sin dejar un rastro que cualquiera pudiese seguir.

Tan rápido como pudo bajó la escalera principal y se metió en el piso de abajo, el del ruso. Allí, en el salón, que también era la habitación más espaciosa de la casa, yacía el cuerpo de Alessandro. Una bala mucho más certera que las dirigidas a él mismo le había atravesado la nuez de adán. El hombre todavía tenía los ojos abiertos. Max no se molestó en cerrarlos. Cogió su maletín y salió por la puerta de atrás.

Saltar el muro que lo separaba de la calle le supuso mucho más esfuerzo que hacía unos minutos, pero lo logró. Luego se mantuvo en callejones secundarios para evitar a los agentes, que llegaron en dos coches patrulla tan iluminados que parecían una feria para críos. Por supuesto que no lo vieron.

Aunque las chicas pronto informarían de que había un hombre herido en las inmediaciones.

Por fortuna Max sabía a quién recurrir. Incluso sin Mei localizable, su red de contactos era lo bastante extensa como para procurarse un médico de urgencia. No necesitaba transporte. Usaría el piso franco de Adam. Ni quería ni debía aparecer con aquel aspecto en su casa de Myfair.

Capítulo 17

Max se aferraba al maletín como si aquel trozo de cuero cosido y demasiado usado contuviese el sentido de su propia vida. Y hasta cierto punto, así era. Si Alessandro conservaba datos de sus clientes, aunque fueran falsos, él dispondría de algo que darle a Mei para que siguiera buscando. Por lo general, incluso cuando una persona se esforzara al máximo para ocultar algo, cualquier cosa dejaba trazas. El subconsciente era un enemigo perverso y Mei sabía cómo descifrar esas pistas involuntarias. Por eso a Max se le quedaban los nudillos blancos de apretar el asa. Si quería averiguar algo nuevo sobre la muerte de Arcángel no podía dejar escapar a Ajmátov. La misión encomendada por la SCLI hacía tiempo que había pasado a un segundo lugar.

No conocía aquella zona de Londres, pero se esforzó por mantenerse oculto en callejuelas secundarias donde la iluminación hubiera visto tiempos mejores. Agradeció lo pronto que llegaba la noche en aquella época del año y lo poco dados que eran los ingleses a pasar en la calle más tiempo del estrictamente necesario. Aun así, a pesar de todas sus precauciones, se cruzó con un grupo de borrachos. Tres críos jóvenes.

Max se examinó mentalmente. Sabía que cojeaba. El dolor por el impacto de bala en el muslo no le daba tregua. Perdía sangre, la notaba correr pierna abajo a pesar de su chapucero vendaje de urgencia. En resumen, se encontraba lo bastante despierto para reconocer el peligro de los tres chicos que se acercaban a él por la acera, pero demasiado débil para defenderse de ellos si les daba por atacarlo. Optó por asustarlos. Si algo recordaba de sí mismo y de sus amigos a aquella edad era que solían sentirse muy gallitos... hasta que alguien cacareaba más alto que ellos. Sin que mediara amenaza por parte de los chavales, Max empezó a gritar a diestro y siniestro.

—¡Te mato, cabrón! ¡Te mato!

Los chicos, que hasta entonces bromeaban entre ellos, apretaron el paso cuando llegaron a la altura de Max. Tal como él supuso, no se atrevieron a nada. Tampoco cambiaron de acera. Por orgullo probablemente.

Siguió andando. A cada rato soltaba un improprio, hasta que estuvo seguro de que los chavales habían desaparecido. Un poco más adelante encontró un pequeño parque. Apenas un rectángulo de césped con más calma que hierba. Más que suficiente para él, que se sentó en uno de los bancos desvencijados y extrajo el móvil del segundo bolsillo interior de la chaqueta. Afortunadamente, el aparato estaba intacto tras la pelea.

La llamada fue corta. Max no tenía tiempo ni energía para perderla en explicaciones y la persona con la que habló tampoco las necesitaba. Dio una dirección y pidió una camilla. Allá donde iba no había más que una silla y una bombilla pelada. Luego colgó y valoró sus posibilidades. Podía llegar hasta el piso franco de Adam tal como estaba, pero perdería más sangre y, con ella, la capacidad de analizar el contenido del maletín. Podía recolocar el vendaje, hacer un pequeño torniquete y aplicar sus conocimientos de reiki. Eso lo expondría, pues necesitaba concentrarse durante la práctica.

Decidió empezar por vendarse mejor. La sábana que les quitó a aquellas pobres mujeres estaba empapada. Sabía que no debía retirar el tapón. Al menos en teoría. La verdad era que no parecía que allí hubiera ningún tapón. Cuando deshizo el nudo la sangre no salió más rápido. La suerte quiso que la tela del pantalón se pegase a la herida. Por eso no se había desangrado aún.

Hizo girones la sábana y buscó dentro del maletín, con cuidado de no manchar de sangre la documentación. Esto último, por supuesto, no lo consiguió. Lo que sí logró fue encontrar un bolígrafo que le ayudara a apretar el torniquete. No se anduvo con chiquitas. Su médico de urgencia particular lo vería en poco tiempo. Debía conservar la mayor parte de su sangre dentro de las venas. Apretó tanto que no tardó en sentir el resto de la pierna adormilada.

Aquello no iba a funcionar. Necesitaba convencer a su cuerpo de que no debía desperdiciar más sangre. Había empleado el reiki en otras ocasiones, pero nunca con una hemorragia, y mucho menos de esas características. Para terminar de poner las cosas más difíciles, debía aplicar la energía sobre sí mismo, en plena noche, en un parque de las afueras de Londres que olía a excremento y meados de perro. Aquellas no eran, desde ningún punto de vista, las mejores condiciones para llevar a cabo una sesión.

Decidió encomendarse al carácter de los habitantes de las grandes ciudades, conocidos por no prestar la menor atención a lo que hacían sus semejantes. Quizá ese egoísmo tan propio de los tiempos que corrían jugara a su favor en esa ocasión.

Max cerró los ojos y respiró hondo. Sacó de su cabeza el dolor del disparo en primer lugar. Luego ignoró el entumecimiento de la pierna y los demás estímulos que llegaban tanto de su entorno como de su propio cuerpo. Hasta que entró en un estado de conciencia que le permitió reconocerse a sí mismo como un ser formado de energía. Lo que veía en ese estado era una especie de red de autopistas que llevaban impulsos de un lado a otro de su cuerpo. Muchos más de los que le habrían gustado eran de color rojo. Buscó el latido más desacompañado y se concentró en él. Debía convencer a la energía desequilibrada de que volviera a su cauce.

Empleó en ello varios minutos, en los que solo consiguió un equilibrio precario y parcial. Debía tener mucho cuidado si quería seguir despierto y entero para llegar a casa. Lo que había hecho era como poner una tirita a alguien a quien hubieran amputado un brazo. Sin embargo, debía servir para eliminar parte de la presión del torniquete y que Max pudiese andar. Como no tenía más remedio que hacer la prueba, deshizo las dos últimas vueltas que le había dado al bolígrafo y se levantó.

La pierna lo sostuvo y Max, débil pero consciente del peligro, se acercó a

la única fuente del parque para refrescarse. Estaba teniendo sudores fríos y no podía permitirse más debilidades. Creyó que no sería capaz de pulsar el grifo con la suficiente fuerza, pero logró, por fin, que del mismo saliese un chorro de agua. Se lavó la cara, bebió un par de sorbos y se incorporó. El camino hasta el piso de Adam prometía resultar penoso.

Y lo fue. Aunque Max no estaba seguro de quién sufría más, si él mismo o las personas con las que se cruzaba. Para ahorrar energía había dejado de gritar, pero eso no evitaba que la gente se cambiase de acera cuando vislumbraban su figura a lo lejos. Al paso por una de las múltiples salas de apuestas echó una mirada de reojo a su propio reflejo. Aquello le bastó para comprender por qué le rehuían. Tenía todo el aspecto de un muerto viviente y se movía con la falta de coordinación de uno de ellos. Casi dio gracias por no atraer más atención que esa. Aunque no dejara de llamar la atención, nadie se ofreció a echarle una mano.

El piso en el que Adam había mantenido a su objetivo ya no estaba lejos, aunque a Max cada paso le costaba lo mismo que caminar un kilómetro en el desierto. Tenía sed y empezaba a ver borroso. Más que por el agotamiento, por la pérdida de sangre. Ese asunto había quedado solucionado. Al menos de momento. Los últimos metros resultaron un auténtico suplicio que Max superó solo a fuerza de voluntad. También gracias a su carácter fue capaz de abrir el candado y de dejar la llave donde le dijo al doctor que la encontraría. Subir las escaleras hasta el primer piso acabó con la poca energía que le quedaba. Una vez arriba ni siquiera fue capaz de llegar hasta la silla, se desplomó como un fardo.

Sin embargo, Max no había perdido la conciencia. Por eso se sobresaltó cuando oyó ruido en la planta baja. Hacía mucho tiempo que no echaba tanto de menos a sus amigos. Mucho tiempo desde que se había sentido tan expuesto. Los ojos se le querían cerrar, pero los mantuvo abiertos. Si Ajmátov

o alguno de sus secuaces lo siguió no podría hacer nada, pero al menos lo miraría a la cara mientras lo mataba.

Unos pasos rápidos y firmes se acercaban por las escaleras. Max gimió. Las botas pesadas de quien fuera que había entrado en la casa se detuvieron junto a su cuerpo tendido. Ahora solo quedaba saber si le pisarían la cabeza hasta matarlo o si le ayudarían a sobrevivir.

—¡Joder, Cornell! Estás peor de lo que me habías dicho. Toma esto —dijo el médico mientras le metía una pastilla en la boca—. No te preocupes, no te atontará, pero te quitará el dolor. Al menos la peor parte.

Capítulo 18

—Ya sabes cómo va esto, Max, así que no te lo voy a explicar con mucho detalle. De momento me vas a ayudar a subirte a la camilla. Las ruedas están bloqueadas, así que no hay peligro de que se mueva.

Max trató de incorporarse. Pensó que la ausencia de dolor se lo pondría más fácil, pero el hecho de que no le doliera no había devuelto la energía a su cuerpo maltrecho. Al parecer solo podía comprometerse a no ser un peso muerto.

—Tranquilo, colega. Tú tranquilo. Cuando yo te diga, pásame la mano por el hombro y apóyate en la pierna buena. Esa mierda que te has hecho en el muslo está muy bien, pero hay que quitártela ya. Y seguro que ya te lo imaginabas, pero vas a necesitar una transfusión.

—¿Hace falta que hables tanto?

El médico, un hombre de más de cincuenta años que aparentaba al menos diez menos, soltó una carcajada.

—Los tipos como tú no dejáis de sorprenderme. Ahora mismo no es que tu vida dependa de mí, claro. Podrías llamar a alguien más, supongo. Pero bueno, yo diría que si estoy aquí es por algo. Y tú, ahí, tirado en el suelo, con menos sangre dentro del cuerpo que fuera, todavía te pones borde.

—Lo siento mucho —dijo Max esbozando una sonrisa—. Serías tan amable de cerrar la boca. Me duele la cabeza.

—¡Qué va! No te duele nada. A ver, siéntate si puedes. Y pásame los brazos por el cuello, que te voy a levantar. Recuerda, el peso del cuerpo en la pierna buena. En cuanto estés de pie te apoyas en la camilla y yo te coloco.

La maniobra fue rápida y eficaz a pesar del tamaño de Max. Uno no se convertía en médico de sicarios sin las habilidades necesarias para prestar los mejores servicios.

Una vez tumbado en la camilla, lejos del olor a orín de rata que impregnaba el suelo de la habitación, Max se dio cuenta de que él mismo no debía de oler mucho mejor que el cuarto. Si hubiera conservado algo de fuerza se habría avergonzado.

—Ahora a lo nuestro —dijo Charles, el doctor—. Te transfundo primero y hablamos de negocios después.

—Veo —bromeó Max— que te tomas muy en serio el juramento hipocrático.

—Y que sepas que en tu caso estoy haciendo una excepción porque veo que vas a sobrevivir. Si no, te habría pedido la transferencia antes.

—¿Nada que ver con nuestra larga relación laboral? Me rompes el corazón.

El médico, que manipulaba una serie de tubos de goma y bolsas de sangre, sonrió.

—No te ofendas, querido Max, pero las largas relaciones como la nuestra se terminan de la noche a la mañana. Por ejemplo, esta en concreto habría acabado si el que te disparó en el muslo te hubiera acertado unos centímetros más arriba y a la izquierda. Conociendo tus amistades, diría que esa es la zona a la que apuntaba. Claro que tú no ofrecías un blanco fácil. ¿Corrías hacia él?

—Impecable técnica forense, Charles. Estoy impresionado.

—Dame ese brazo y calla.

Max le tendió el brazo izquierdo y no se enteró de en qué momento la aguja penetraba en su piel. Hasta ese punto funcionaba el analgésico que Charles le había metido en la boca.

—Esto va a tardar un rato. Estarías mejor si te durmiera, pero ya me imagino que me vas a decir que no.

—Efectivamente, nada de sedantes.

—Cuando he llegado agarrabas ese maletín como si fuera un corazón que

necesitaras para un trasplante. ¿Te lo paso?

Max no se había olvidado exactamente del maletín, pero tampoco quiso llamar demasiado la atención sobre él. Claro que su cuerpo a medias inconsciente se había encargado de dar la voz de alarma.

—Si te digo que no es nada, ¿me creerás?

—Claro, Max. Yo siempre creo a mis pacientes. Los pacientes no mienten nunca. No se drogan, no beben alcohol, las venéreas les caen del cielo y las balas se les incrustan en las piernas porque pasaban por allí. Si tú me dices que no es nada, pues no es nada.

—Cuando te haces el listo de esa manera —dijo Max—, juro que te daría una paliza.

—Afortunadamente para ambos, solo me pongo así de chulo cuando tú estás así de hecho polvo —contestó Charles. ¿Te acerco el maletín o no? Prometo no mirar. Y eso sí sabes que es cierto.

Max no tenía más remedio que rendirse a la evidencia: Charles tenía razón y él deseaba comprobar lo que escondía el maletín. Por eso asintió con la cabeza y extendió el otro brazo.

—Saca lo que haya. Creo que son papeles y un iPad.

El médico comprobó que la transfusión seguía su curso de la manera adecuada y luego abrió el maletín. Sacó un buen puñado de papeles, muchos de ellos manchados con la sangre del propio Max.

—Vas a tener que conformarte con esto —dijo—, aquí no hay iPads, ni móviles ni nada más que esos papeles.

Max les echó un vistazo rápido. Todos ellos eran plantillas de contrato en blanco y formularios de confirmación de visita. Toda la información que podía sacar de ellos era la de su propio ADN, impreso por todas partes. Ajmátov, en mejor forma y más rápido, debía de haberse llevado el iPad. Por supuesto. Aquel hombre empezaba a atragantársele. Max no estaba acostumbrado a que

una sola persona se le adelantase de aquella manera.

—Lo siento, colega.

—¿Cuánto tiempo tengo que estar aquí?

—La transfusión tardará al menos cincuenta minutos más. Ni uno menos si quieres mantenerte en pie el tiempo suficiente para darle lo suyo al tipo que te ha hecho esto. Eso es lo que quieres, ¿no?

Max no contestó, solo emitió un gruñido que mostraba la magnitud de su ira.

—Luego tengo que cerrarte esa herida como Dios manda o estarás en las mismas dentro de pocas horas.

Max echó un vistazo al muslo. Solo vio un vendaje mucho más profesional que el que él mismo había practicado. Más limpio también.

—Empieza con la herida. No tengo tiempo que perder.

—Eso va a doler, Max. No son unos puntos. Tengo que coserte por dentro.

—Cauteriza.

Charles dio un paso atrás.

—Tío, me llamas porque soy médico, no un matasanos de la Primera Guerra Mundial.

—Pero puedes cauterizar el orificio de entrada y el de salida, ¿no?

—Si tú puedes pagarme, yo hago lo que quieras. Pero no me pidas responsabilidades.

—Dame el móvil, por favor. Tendrás el dinero en menos de lo que tardas en preparar el instrumental.

—No he cogido tu móvil.

—Pues estará en la chaqueta.

—La llevas puesta. Para ponerte las agujas te he cortado la manga. Siento mucho las prisas, pero mi prioridad no era tu ropa...

Max se tanteó el bolsillo. Efectivamente, su teléfono seguía donde lo dejó.

No lo utilizó para hacer una llamada, sino para acceder a sus cuentas en el extranjero. Mei se había encargado de que las finanzas de cada uno se encontraran a buen recaudo.

—Puedes comprobar tu saldo en las Caimán, Charles. Verás un ligero incremento.

—No demasiado ligero, espero.

—No, no demasiado.

La intervención no fue larga, pero sí dolorosa. Los analgésicos amortiguaron la mayor parte del dolor, pero el cuerpo de Max acusaba el cansancio y el esfuerzo. Sin duda, tal como había sugerido Charles, lo mejor habría sido permitirle que lo sedara. Pero Max tendía a no fiarse de nadie. Y eso incluía a su médico.

Cuando terminó de cauterizar, un procedimiento mucho menos bárbaro de lo que sus palabras habían dejado entrever, Charles respiró aliviado. La herida era limpia y eso tenía sus ventajas.

—Me imagino que ahora querrás salir corriendo de aquí.

Max sonrió. Tenía el rostro bañado en sudor, pero de todas maneras era capaz de encontrarle gracia al asunto.

—Corriendo, precisamente no. Pero sí necesito salir de aquí cuanto antes.

—Por supuesto.

—¿Has seguido investigando?

—No sé a qué te refieres —dijo Charles encogiéndose de hombros—. Sanidad paró mi proyecto y a mí no se me ocurriría emplear el dinero que me gano limpiamente en pisos asquerosos de Marylebone en llevar a cabo una investigación absolutamente ilegal.

—Claro que no, Charles. Por supuesto.

—Pero tengo una especie de aspirina que servirá para bajarte la inflamación de la pierna, devolverá tus pulsaciones a la normalidad y te dará

la energía que necesitas para aguantar las próximas... doce horas. Luego tendrás que descansar.

Max mostró la palma de la mano sin mostrar el menor atisbo de duda.

—Cuando digo que tendrás que descansar, me refiero a que no podrás evitarlo. Más te vale estar cerca de un sitio blando, porque te caerás redondo.

—Lo entiendo. Esto me va a dar un chute épico y la bajada será igualmente épica.

—Es una forma de decirlo, sí.

Charles le dio a Max la cápsula, y este se la tomó sin agua siquiera.

—Date un momento para bajar de la camilla. Cuenta hasta sesenta, eso debería bastar. Yo voy a recoger esto. Si quieres me desharé del maletín. No parece muy sensato dejarlo por ahí con tus huellas por todas partes.

Max asintió y, sesenta segundos después, se levantó de la camilla como nuevo.

—Lo sé —se adelantó el médico al ver que su paciente iba a decir algo—, te sientes mejor que nunca. Tienes doce horas. Luego dormirás, no sé cuánto tiempo. Depende de lo que tu cuerpo tarde en recuperar todas las sinapsis. Después, si quieres, me llamas y me lo cuentas.

—Trato hecho.

Charles abandonó el edificio por la puerta delantera con una camilla plegable a la espalda y lo que parecía una caja de herramientas en una mano. Afuera debía de esperarlo algo como una furgoneta de mantenimiento o algún tipo de vehículo similar.

Max hizo unos estiramientos y algunas sentadillas. Se encontraba en plena forma. Incluso le daba la impresión de que sus sentidos se habían agudizado. La pierna no le dolía y pensaba con total claridad. Charles se superaba en cada ocasión.

Estaba a punto de bajar a la calle cuando le pareció oír algo en la planta

baja.

Capítulo 19

No era que se hubiera olvidado de Ajmátov, sino que, de algún modo, dejó en segundo plano la posibilidad de que le hubiera seguido también hasta allí. La transfusión de sangre y la cauterización de la herida duraron algo más de una hora. Tiempo más que suficiente para que el ruso apareciera por sorpresa y la larga relación de médico y paciente, como el propio doctor había dicho, terminara de repente. Sin embargo, Ajmátov no apareció. Había dejado al médico hacer su trabajo, al parecer, agazapado entre las sombras. El único motivo que se le ocurría a Max era que Charles añadiera a su sobresueldo los honorarios de tratar al ruso. ¿Por qué no? Si los mercenarios vendían sus habilidades al mejor postor, los médicos tenían el mismo derecho a hacer lo propio.

Como fuera, Max debía pensar con rapidez. No sabía cuánto había oído el ruso de lo que pasó ahí arriba, pero cabía la posibilidad de que lo supiera todo. Desde el estado inicial de debilidad de Max hasta su recuperación casi mágica gracias a la pastilla desarrollada por Charles de manera totalmente ilegítima. Además, lo lógico era suponer que no se habría desecho de su arma. La urgencia hizo que el cerebro de Max, sobreestimulado, trabajase incluso más rápido de lo habitual, aunque sin demasiados resultados. Y mientras él no encontraba una solución para salir de aquella ratonera, los pasos de Ajmátov sonaban más y más cerca escaleras arriba. Hasta que su cabeza rapada al uno y sus ojos de un gris tormenta aparecieron al otro lado de la puerta. Tal como Max supuso, empuñaba un arma corta con ambas manos. Parecía que, en aquella ocasión, el ruso no estaba dispuesto a perder a su presa. Max lo entendía: él habría hecho exactamente lo mismo.

Max levantó ambas manos por encima de la cabeza. No podía volver a enfrentarse al otro totalmente desarmado, así que el único recurso que le

quedaba era hablar con él. No tenía muchas esperanzas de que la estrategia funcionase, pero tampoco había mucho más que pudiera hacer. Cuando Ajmátov pisó el charco de sangre que Max dejó en el suelo, sonrió.

—Así que por eso te rindes —dijo señalando la gran mancha que a la luz de la única bombilla del cuarto parecía negra—. ¿No ha funcionado la droga de diseño de Charles?

Max no contestó. En cambio hizo ver que le temblaban las piernas y bajó un poco los brazos, como si estuviera mucho más cansado de lo que en realidad estaba.

—Pues me alegro —siguió Ajmátov—. Porque así no tendré que matarte directamente. Podré preguntarte por qué has ido a molestar a mis padres a mi casa. He estado echando un vistazo y no tiene mucho sentido, ¿sabes? Túmbate en el suelo, bocabajo. Las manos en la espalda. Y no intentes nada, Cornell. Voy a seguir apuntándote.

Max volvió a pegar la cabeza en aquel suelo nauseabundo y obedeció sin oponer ningún tipo de resistencia. Ajmátov cometería un error y él lo aprovecharía, pero para que eso sucediera necesitaba paciencia.

El ruso guardó el arma en la parte de atrás del pantalón y no dudó en recoger los jirones de sábana que sirvieron para contener la hemorragia de Max. La sangre seca los hacía más difíciles de manipular, pero también más fuertes. Probó la resistencia con un par de tirones bruscos y decidió que bastaría. De todos modos no tenía otra cosa.

Ató las muñecas de Max con fuerza y luego lo ayudó a levantarse. La silla en la que su delator —aunque él no lo sabía— se había sentado era la misma que sostenía ahora los huesos de su víctima.

—Esto va a doler un poco —dijo—, pero mucho menos que el disparo y mucho menos que lo que te ha hecho Charles.

Sin más preámbulo, el ruso levantó los brazos de Max hasta que casi

formaron un ángulo recto con su espalda. Si se hubiese tratado de otra persona se los habría dislocado, pero Max estaba entrenado y en forma. El dolor, en cambio, sí fue intenso. Al final de la maniobra Max estaba sentado en la silla, con las muñecas atadas a la espalda por encima del respaldo.

—Abre los brazos si quieres. Mi intención no es torturarte, solo quiero hablar contigo.

Max admitió la sugerencia y abrió los codos, eso le permitió que los brazos se deslizaran hacia abajo. La nueva posición, aunque incómoda, era mucho más soportable. Además le permitía manipular los nudos con que Ajmátov lo inmovilizó. Si la conversación del ruso era lo bastante larga Max tendría una oportunidad.

—En condiciones normales habría otra silla aquí y yo me sentaría frente a ti, pero el escenario no lo he elegido yo.

Parecía que Ajmátov era de los que se tomaba su tiempo. Correspondía a Max alargarlo tanto como fuera necesario para deshacerse de las ligaduras.

—Puedes creerme que yo tampoco.

Ajmátov alzó una ceja. Mostrar la sorpresa que le producía la respuesta de Max era un signo más de que estaba confiado.

—No quiero ponerme desagradable, pero a pesar de lo extraordinaria de esta situación me gustaría que las reglas del juego fueran las de costumbre. Ya sabes, yo hago una pregunta, tú respondes... Cuantas menos respuestas falsas me des, menos sufrirás y menos me cansaré yo. Ese tipo de cosas.

Max no contestó. Ajmátov parecía disfrutar con el sonido de su propia voz. Además no le había hecho una pregunta directa. No necesitaba provocarlo. De momento no.

—Veo que nos entendemos. ¿Nos entendemos, Cornell?

—Creo que sí.

La interpretación de Max debía de resultar muy convincente, porque el

ruso siguió hablando como si de verdad su prisionero fuera un civil cualquiera.

—Hace tiempo que no trabajamos para frentes opuestos, tú y yo. De hecho, he estado investigando un poco y, por lo que he averiguado, hace un tiempo que tú no trabajas para nadie. Viajas, pero parece que lo haces más por placer o por algún motivo personal que por trabajo. ¿Me equivoco?

Max negó con la cabeza. Ajmátov se dio la vuelta. Quizá poseyera una red de contactos fiel y de un sistema de seguimiento infalible, pero tenía un problema muy común entre los miembros de su profesión. Quizá porque su trabajo los obligaba a mantener en secreto sus éxitos, no perdían oportunidad de presumir de ellos. El ego y la soberbia guiaban en esos momentos las acciones del ruso. Incluso se dio la vuelta mientras seguía hablado, como si Max no le importase.

—Y de todas formas has volado a Rusia, has molestado a mis padres, dos ancianos indefensos, y has puesto a mis amigos de la infancia en una situación muy incómoda. Ellos son personas amables, ¿sabes? Y les obligaste a ser descorteses contigo. Ahora tienes una noción muy equivocada de cómo es la gente de Rusia.

Mientras Ajmátov caminaba hacia la puerta, Max examinó el nudo con el que le sujetó las muñecas. Un trabajo sólido pero apresurado. No se había tomado la molestia de hacer un nudo doble o corredizo, así que Max solo necesitaba tiempo y paciencia para deshacerlo.

—Dime, Cornell, ¿qué te parecieron mis amigos?

Al hacer la pregunta, Ajmátov se volvió y clavó la mirada en Max, que se la sostuvo sin dudarle. Una cosa era fingirse vencido y otra muy diferente perder la dignidad.

—Me parecieron leales e inteligentes. Tú madre me pareció una mujer formidable. Fuerte, segura de sí misma... No es frecuente encontrar mujeres

como ella de su generación.

Ajmátov sonrió.

—No te he preguntado por mi madre, pero sé que has sido sincero, así que no habrá represalias... esta vez. Pero, por favor, procura seguir las reglas. Ambos sabemos cómo terminará esto si no.

Max estaba seguro de cómo Ajmátov esperaba que terminase, respetara él las reglas o no.

—¿Por qué me buscas, Cornell?

Max no encontró ningún motivo para mentir.

—Necesito respuestas y, hasta donde sé, solo tú puedes dárme las.

Ajmátov enlazó las manos tras la espalda, como si necesitara algún tipo de concentración para dilucidar si lo que Max había dicho era cierto. Se permitió, una vez más, el lujo de dar la espalda a su prisionero.

—Respuestas... —murmuró—. Estamos en un piso franco donde alguien de tu equipo ha mantenido sujeto a esa misma silla a alguien que os ha dado mi nombre.

Max mantuvo el silencio. Le corroía la curiosidad acerca de los detalles del sistema de espionaje del ruso, pero necesitaba que siguiera hablando. El nudo empezaba a aflojarse, pero no podía arriesgarse a tirar de él y que no se soltara. Eso arruinaría todas sus posibilidades de vender a su enemigo.

—Y pretendes que crea —continuó Ajmátov— que solo buscas una pequeña charla... como esta.

Max no cayó en la trampa. La frase encerraba la intención de que hablara, pero no se había formulado ninguna pregunta. Ajmátov seguía mirando a la pared, como si un precioso paisaje montañoso se extendiese ante su vista en lugar de unas planchas de aglomerado carcomido.

Cuando por fin habló, su tono revelaba que la situación le resultaba, como poco, divertida. Max supuso que él también llevaba un tiempo sin trabajar. La

mayor parte de sus colegas de profesión disfrutaban de los periodos sin misiones. Otros, y Ajmátov parecía pertenecer a este segundo grupo, necesitaban el reto, la confrontación, la adrenalina.

Capítulo 20

—Vamos, Cornell —dijo—, dime por qué querías hablar conmigo.

Max había conseguido aflojar las sábanas lo suficiente como para liberar sus manos. Sentía los hombros y los brazos entumecidos por la postura forzada en la silla. Los movió apenas para reactivar la circulación. En contra de lo que esperaba, no sintió el hormigueo acostumbrado. Seguro que era algo que debía agradecer a la droga de Charles. No había pasado mucho más de media hora desde que se la suministró, así que todavía le quedaban once y media para probar hasta qué punto los efectos que el médico describió eran exactos. Dado lo que estaba en juego, esperaba que el doctor no compartiera con Ajmátov problemas de ego.

—Necesito detalles acerca de una misión —dijo Max con las manos ya liberadas y el cuerpo en tensión.

—Necesitaría una versión extendida de...

El ruso no tuvo tiempo de terminar la frase. Max se abalanzó sobre él con toda la intensidad de la que fue capaz. En cualquier otro caso la fuerza del impacto habría derribado y paralizado a su oponente, pero Ajmátov no era un hombre cualquiera. El efecto sorpresa jugaba a favor de Max, pero los reflejos del ruso no tardaron en ponerse de manifiesto.

Antes de que Max pudiese hacer presa con las piernas e inmovilizarlo, Ajmátov se revolvió debajo de él. Consiguió darse la vuelta. De ese modo no podía acceder a la pistola, que colocó en el cinturón, a su espalda, pero Max tampoco tendría acceso a ella.

Ajmátov trataba de alcanzar la garganta de Max. Si lo lograba, podría bloquearle la nuez de Adán y, de hecho, matarlo utilizando para ello la sola ayuda de su dedo pulgar. Pero Max conocía esa técnica. Con su oponente tumbado de espaldas debajo de él, lo más sencillo era aplastarle los testículos

con la rodilla. Un golpe bajo, sin duda, pero aquello no era un *ring* oficial, sino un piso nauseabundo en Marylebone. Levantó pues la pierna que el ruso le había agujereado. Ajmátov se adelantó al movimiento y desestabilizó a Max con un potente golpe de cadera. Las tornas cambiaron en menos de tres segundos.

De espaldas en el suelo, Max entornaba los ojos. La situación no era ni por asomo la de hacía un momento: Ajmátov llevaba un arma encima y no dudaría en usarla. De hecho, se llevó la mano a la parte de atrás del cinturón y forcejeó con el cierre de la pistolera.

Max gruñó como un perro rabioso. Levantó los muslos e hizo que el ruso cayera sobre él. Agradecía a la Providencia que el cierre de Ajmátov se hubiera atascado. Lo más probable era que se hubiera deformado por el golpe. El ruso no esperaba el movimiento y lanzó los brazos hacia adelante para evitar el impacto directo de su cabeza. De inmediato volvió a levantar la frente. Iba a embestir a Max. Pero Cornell volvió la cabeza y el ruso impactó sobre la madera medio podrida del suelo. El piso crujió y de su interior salió un sonido de «piececitos» que huían despavoridos. Ratas, por supuesto.

Ajmátov no salió siquiera aturdido del golpe. Por el contrario, haber fallado renovó su ira y su frustración. Con una mano tomó la camisa de Max y con la otra se preparó para molerlo a puñetazos. Pero esa camisa era barata y ya había pasado por demasiado. El ruso se quedó con un fragmento de tela en la mano cerrada mientras Max se incorporaba y le acertaba un golpe directo a la mandíbula.

Ajmátov debería haber caído de espaldas, pero estaba de rodillas. Eso ayudó a que se mantuviera más o menos firme. Su ropa también era de mejor calidad que la de Max, así que este tuvo más suerte cuando intentó replicar la acción de su enemigo. Cogió al ruso de la pechera de un polo de Fred Perry y encadenó un par de ganchos de izquierda que convirtieron el ojo derecho de

Ajmátov en un volcán enrojecido. Si sobrevivía, pronto se pondría negro.

El ruso encajaba bien los golpes, pero Max los encadenaba como una apisonadora. Ni en sus mejores tiempos se había encontrado tan bien. Tenía la impresión de que, aunque hubiera estado golpeando una pared de cemento, no se habría sentido más dolorido ni más cansado que en ese momento.

Cuando el rostro del ruso ya no era reconocible, y vio que los nudillos se le habían manchado de sangre ajena tanto como propia, dejó de pegarle. Ajmátov se desmadejó sobre el suelo, como un trapo. Pero Max no iba a cometer el error que le dio aquella oportunidad. En primer lugar utilizó las mismas ataduras de las que se había desecho para inmovilizar las manos del caído. Lo sentó en la silla, que no se había movido de su sitio gracias a las fijaciones que Adam colocó. A continuación le quitó el cinturón y los pantalones. La cabeza del vencido caía sobre su pecho, lánguida pero con vida. Max oía la respiración trabajosa.

Hizo tiras los vaqueros de marca de Ajmátov y le ató con ellos los tobillos. Usó un nudo corredizo doble. Si el prisionero tiraba de las improvisadas cuerdas solo conseguiría apretarlas más.

Sorprendentemente, el teléfono móvil de Max seguía en su sitio después del espectáculo circense de la pelea. Pensó en llamar a Charles, pero hacerlo sería ponerlo en un compromiso. En realidad, las lesiones del ruso se limitaban a unas pocas contusiones que podía tratar él mismo con vendajes de compresión y antiséptico, de modo que llamó a un servicio de transporte tan privado como el médico. Dio, en clave, la información que necesitaban y dedicó el tiempo de la espera a observar a Ajmátov.

Aquel era el hombre que tenía la información que necesitaba para desentrañar el misterio de la muerte de Arcángel. Su fallecimiento lo perseguía como un fantasma terco desde el mismo día en que vio su cadáver. Su mentor no debió estar en aquel lugar. No había ningún motivo para que se

encontrara allí. Al menos Max ya era capaz de afrontar el recuerdo nítido de esa muerte. Parecía que cada día que pasaba lo recordaba con mayor claridad.

El viento abrasador del desierto, la arena que los golpeaba en cada centímetro expuesto de piel, el cansancio de semanas de búsqueda. Dylan, Adam y él formaban el exiguo comando de tierra. Apenas una célula, aunque se suponía que debía de ser suficiente para atrapar a su objetivo, el cabecilla de un grupo similar al suyo. Pero la misión, en apariencia sencilla, se había convertido en un auténtico infierno. El tiroteo todavía reverberaba en su cabeza. Y cuando el polvo del desierto se asentó y el sonido de las detonaciones desapareció, la imagen del cuerpo muerto de Arcángel pasó a ocuparlo todo en la cabeza de Max. Muerto en un lugar en el que no debía estar.

Pero el misterio estaba a punto de resolverse gracias a Ajmátov. Más le valía al ruso darle información precisa y veraz, porque Max no perdería el tiempo con discursos grandilocuentes. No en esa ocasión. Ni quería ni podía permitirse que las cosas se quedasen como estaban. Encontraría al culpable último de la muerte de su mentor y lo haría pagar por ello. En cuanto a la misión que cumplía para Nefilim... Bien, ya vería qué hacer al respecto cuando hubiera solucionado lo verdaderamente importante.

Capítulo 21

Los contactos de Max instalaron a Ajmátov en un lugar seguro. El precio de la estancia en el particular «hotel» al que lo habían llevado incluía el tratamiento de sus lesiones. Nada tan sofisticado como lo que Charles procuró al propio Max, pero sí lo suficiente como para que se recuperase y sirviese a los propósitos de Cornell. Si iba a hablar con él para extraerle información le convenía encontrarlo lúcido y dispuesto. El ruso podía ser un sicópata que hubiera encontrado su profesión ideal, pero también era una persona. Y las personas tendían a mostrarse más receptivas si se mostraba cierta cortesía..., aunque fuese la mínima imprescindible. De rebajar sus condiciones de bienestar ya se encargaría Max cuando llegase el momento.

En cuanto a él mismo, se había dado una ducha larga y reconfortante en un hotel de verdad. Disponer del dinero suficiente solía ser garantía de acceso a los mejores establecimientos. También a hoteles de primera categoría. Incluso si la apariencia del huésped se asemejaba más a la de un vagabundo sin hogar que a la de una persona respetable. Claro que en esos casos la entrada se realizaba bajo cuerda, con la connivencia de algún empleado con pocos escrúpulos y por un acceso vetado al público.

Así había accedido a su *suite* favorita del Marriott de Park Street, justo al lado de su casa.

No había descansado porque, a pesar de la pelea y de las emociones, el cuerpo no se lo pedía. Lo que sí necesitó fue quitarse el olor a humedad y excrementos urbanos, los restos de sangre propia y ajena y los pocos jirones de ropa que todavía lo cubrían. Afortunadamente, el servicio de transporte que había contratado era de los que no hacía preguntas. Lo que quería decir que pertenecía al grupo de los que sabían más de lo que aparentaban.

En el mismo momento en que salía de la ducha un botones le llevó el traje

a medida que había pedido a su sastre. El acuerdo que mantenía con él incluía tener dos siempre disponibles. Por lo general Max solo los necesitaba muy de tarde en tarde, en ocasiones de urgencia como aquella.

Un pequeño paseo lo separaba de su ático. No le apetecía lo más mínimo meterse en casa. La energía proporcionada por aquella droga le exigía más actividad física, pero debía tener en cuenta sus obligaciones. Dado que, al menos oficialmente, no sería capaz de hallar a Ajmátov, tenía que poner en marcha una tapadera que consiguiera que sus amigos y compañeros no desconfiasen de él. Adam ya se encontraba en Londres. Mei y Dylan no tardarían en regresar, si es que no lo habían hecho ya. Para personas con recursos como los suyos una noche parecía tener muchas más de veinticuatro horas.

En la portería, como siempre, James lo esperaba con una sonrisa discreta y la mejor de las disposiciones. A Max le habría encantado que ese hombre formase parte de su propia familia. Verlo tras un día como aquel, o tras una noche como aquella, más bien, era como regresar al hogar.

—Buenos días, teniente —saludó el portero—. No le he visto salir —añadió con tono pícaro.

—Es que no he salido hoy —contestó Max con un guiño. No le gustaba mentirle, pero era necesario sostener las suposiciones del viejo cabo. Si él creía que había pasado la noche con una mujer, bien estaba. Mucho mejor, en cualquier caso, que confesarle la verdad.

—Ya veo... No seré yo quien me meta donde no me llaman.

—Hoy se lo agradezco, cabo. Necesito subir y descansar. Cuanto antes.

Una sombra de preocupación oscureció el gesto, por lo demás jovial, de James.

—Pues tiene visita, teniente. Su amigo, el del otro día. Le he dejado subir porque tenía la llave del ascensor.

Max frunció el ceño.

—No se crea que me ha engañado. Le he obligado a abrir la puerta para comprobar que eran auténticas. Aquí no va a venir nadie a enseñar una llave cualquiera y esperar que yo le crea. Le habría seguido hasta su apartamento, pero que fuera capaz de abrir el ascensor me ha parecido prueba suficiente.

—Claro que sí, cabo. No se preocupe. Me he olvidado de que hoy vendría, eso es todo.

James pareció aliviado, aunque no del todo.

—¿Seguro?

—Claro. Yo le di las llaves. Últimamente me olvidaría hasta de la cabeza si no la llevara pegada al cuello. Buena idea lo de obligarle a probar que abrían, por cierto. No todo el mundo se toma tan en serio su trabajo, James. No me cansaré de decirle lo mucho que valoro su compromiso.

—Es como usted dice, teniente: un trabajo. Las cosas, o se hacen bien o no se hacen.

—Espero que mi amigo le haya tratado a usted con la deferencia que merece.

Max sabía que James no pondría en evidencia a sus visitas. Sospechaba que Nefilim habría sido amable, de todas formas. Siempre lo era. Trabajaba en una posición a medio camino entre lo ejecutivo y lo político. Siempre cuidaba sus formas. No debía haber hecho esa pregunta. Pero estaba enfadado y la cabeza le iba más rápido de lo habitual.

—Ha sido muy correcto, teniente.

—Le dejo entonces, mi cabo. Tengo que subir a atender a las visitas.

—Claro, señor. Por mí no se preocupe.

Max no estaba preocupado por James, pero sí sentía cierta preocupación. Nefilim no aparecía por cualquier motivo. Apenas lo veía el tiempo suficiente para que le transmitiera los términos de una misión. Durante el transcurso de

los encargos todo el contacto que tenía con él se limitaba a alguna esporádica llamada telefónica a través de líneas fantasmas y dispositivos encriptados. Debía de tener un motivo muy poderoso para presentarse así.

Una vez dentro del ascensor, Max se observó en el espejo. Aunque seguía sintiéndose como si desprendiera electricidad, lo cierto era que James no notó nada extraño en él. Y la imagen reflejada tampoco le devolvía ningún rasgo excepcional. Era el Max de siempre, con un extra de energía. Nefilim contaba con un nivel mayor de perspicacia que su portero, pero la droga de Charles no había provocado que a Max se le dilatasen las pupilas, ni ninguno de los demás efectos físicos evidentes.

Nefilim no salió a la puerta a recibirlo. Max estaba seguro de que sabía de su llegada. Disponía de un sistema privado de vigilancia que seguro que su contacto con la SCLI no tardó en encontrar. Sin embargo, su personalidad un tanto arrogante le impedía portarse como las personas más mundanas. Con Nefilim todo estaba revestido siempre de una pátina de artificio.

—Buenos días, cariño —casi gritó Max una vez que hubo cerrado la puerta del ático a su espalda. Al menos no parecía que nadie hubiera fumado allí dentro. No le constaba que Nefilim fuese fumador, pero uno ya no podía estar seguro de nada.

—Buenos días, Cornell —contestó una voz seca desde el salón.

—Supongo que te habrás servido mi mejor *whisky*, ¿no?

Max suponía bien. En la sala de estar, repantigado en uno de los sillones tapizados de blanco, lo esperaba Nefilim, vestido de punta en blanco como siempre que se encontraban. Apoyaba la palma de la mano izquierda sobre el brazo del sillón mientras que con la otra hacía girar un enorme pedazo de hielo irregular en el interior de una copa llena de un líquido ambarino. Le faltaban un sombrero borsalino y un gato de angora para componer la imagen perfecta de un villano. Una idea curiosa si se tenía en cuenta que ambos pertenecían al

mismo bando.

—No voy a fingir que vengo en son de paz, Max. Me caes bien, tenemos una relación profesional seria y cordial y quiero que siga así, pero tenemos que hablar muy seriamente.

—¿Y te parece bien que me ponga cómodo en mi propia casa o vas a obligarme a sentarme sin más?

—Puedes hacer lo que te plazca. No seré yo el imbécil que se meta en una pelea contigo en tu propia casa. Tal y como están las cosas, serías capaz de matarme y llamar a Scotland Yard para que lo solucionaran. ¿Es que te has vuelto loco?

Max se quitó la chaqueta nueva. La habría colgado en una de las perchas de madera noble que guardaba en el armario de los trajes, pero Nefilim se habría sentido ofendido. Sus nervios resultaban evidentes. Si no fuera porque tenía algo importante que ocultar, Max habría jugado con esa ventaja. Pero dados los indicios, decidió dejar la chaqueta en el respaldo de una silla y tomar una botella de agua mineral de la pequeña nevera disimulada en uno de los paneles de la *boiserie*. Le apetecía el alcohol, pero Charles no le había hablado de las interacciones de su droga y tampoco le hacía mucha gracia exponerse a una reacción inesperada.

—De acuerdo, Nefilim, ¿qué ha pasado? ¿Por qué te has sentido con derecho a falsificar las llaves de mi ascensor privado?

Capítulo 22

Nefilim dejó su bebida en la mesa de centro. Durante la ausencia de Max incluso se había tomado la molestia de buscar los posavasos. Intruso o no, no se podía negar que el hombre tenía modales y que los mostraba cuando era necesario.

—Trataré de hacer un resumen preciso de lo que ha sucedido estas últimas semanas. Como comprenderás, nada de lo ocurrido ha aparecido en la prensa común. No lo encontrarás en los periódicos ni en televisión. En gran medida gracias a mi esfuerzo y a los recursos de la SCLI, para quien te recuerdo amablemente que trabajas.

Max asintió. Tenía una sospecha bastante acertada de lo que Nefilim estaba a punto de decirle. La verdad es que no le faltaba razón.

—Bien, me gustaría decir que corren rumores de lo que ha sucedido, pero la verdad es que no se trata de rumores. Varios agentes independientes se han puesto en contacto con sus enlaces para informar de personas desaparecidas. Naveen Jarrah ha desaparecido en Costa Rica. Casi de manera simultánea lo ha hecho André Feraud, pero en la India. ¿Te va sonando de algo?

Max continuó en silencio. Hasta el momento las desapariciones de las que Nefilim hablaba entraban dentro de la lógica de la operación que les había encargado. De hecho, él mismo les dio los nombres.

—De acuerdo, no contestas. Asumiré que aceptas estas desapariciones como atribuibles a tu equipo. La cuarta desaparición milagrosa y casi simultánea sucedió en Madrid. Hasta el momento no se han encontrado los cadáveres de ninguno de estos... profesionales. Pero todo el mundo cree que han muerto.

—¿Todo el mundo, Nefilim? ¿Quiénes son todo el mundo?

Aquello tenía gracia. La SCLI jamás había dado a Max ni una sola pista de

quiénes eran sus clientes finales. Mei había tratado de rastrearlos, pero ni siquiera ella fue capaz de dar con una pista válida. Los cuatro miembros del equipo suponían que la SCLI vendía sus servicios a Gobiernos escogidos según sus recursos económicos. Nefilim ponía demasiado empeño en no comprometer a nadie. Las corporaciones privadas no necesitaban ese tipo de protección.

—No es el momento para que te pases de listo, Max. Tenías una misión muy simple que llevar a cabo. Se trataba de cuatro personas que debías eliminar sin llamar la atención.

—¿Y no es eso lo que acabas de describir?

—Por supuesto, disculpa que me haya olvidado de un cuarto detalle insignificante. ¿Podrías explicarme por qué mi gente ha tenido que pasar detrás de ti con un equipo completo de limpieza por todo el noreste de la ciudad? ¡De esta ciudad! Quitar de en medio, en el idioma que yo hablo, no significa regar de cadáveres Seven Sisters y abrir un piso franco en Marylebone.

—Un cadáver, Nefilim. Y no fue obra mía.

Ahora mismo hay dos mujeres decidiendo si van a tomar amablemente nuestra «indemnización» o si van a hacer una llamada de teléfono a *The Sun* para airear todo el asunto.

Max sabía que aquello no era cierto. La SCLI disponía de métodos muy persuasivos para que la pareja mantuviera la boca bien cerrada. El dinero, por supuesto, iría acompañado de una sutil pero evidente amenaza. Max imaginaba a algún subordinado de Nefilim mostrando fotografías de sus familias en momentos supuestamente íntimos. Habrían tenido que tomarlas esa misma mañana, claro. La cuestión no era esa. La verdadera cuestión era que Nefilim trataba de acorralarlo echándole en cara que estaba cumpliendo con su propia misión.

—Sabemos que tú no mataste a Alessandro. Imaginamos que es obra de Ajmátov. Lo que no imaginamos es por qué se te ha escapado.

Allí estaba la razón final. La SCLI los había enviado a dar caza a cuatro compañeros de profesión, aunque el compañerismo no era algo que solieran tener en cuenta; la supervivencia de unos dependía de la muerte de otros. Pero uno se había escapado. A juzgar por el enfado de Nefilim, el único que de verdad les interesaba.

—Sea como fuere, Ajmátov mantendrá ahora un perfil bajo. Es lo que yo haría. Así que no parece probable que vaya a aceptar ningún encargo. Si no me equivoco, esto era lo que pretendíais evitar con esta misión. Quedan algunos cabos sueltos, sí, pero no veo dónde está el gran problema. Las cosas llevan su tiempo.

—El problema —contestó Nefilim con un gran suspiro. Elevó las manos hacia el techo como si implorase a algún dios desconocido—. El señor Cornell no ve dónde está el problema.

—Estoy sentado en mi propio salón como si fuese el invitado en mi casa. Te estoy escuchando con toda la paciencia de la que soy capaz y te estoy explicando cómo están las cosas. En pocas palabras, Nefilim, te estoy tratando con respeto. Agradecería mucho que hicieras lo mismo.

Nefilim bajó los brazos y se estiró las mangas de la camisa de modo que unos lujosos gemelos de oro quedaran al descubierto bajo la chaqueta. A Max siempre le habían llamado la atención. A pesar de ser de oro, no resultaban ostentosos. Además parecían antiguos.

—No vamos a enredarnos en esas discusiones absurdas tú y yo, Max. Este no es un problema de respeto, sino de eficacia. Tu gestión de esta misión ha puesto en entredicho mi posición y la del resto de enlaces.

Aquel era un dato interesante. Max no tenía constancia de que hubiera más enlaces entre la SCLI y el mundo.

—Cumplimos nuestros objetivos porque contamos con un gran depósito de confianza. La gente de tu gremio sabe que no iremos contra vosotros. No podemos permitirnoslo. Os necesitamos. No a todos en todo momento y no a todos de la misma manera. En esto también hay jerarquías. Pero sí necesitamos vuestra confianza para que el sistema funcione. Si no confiáis en nosotros, no podemos confiar en vosotros. Y ese es un lastre que no podemos permitirnos.

—Lo entiendo —dijo Max en tono conciliador.

—Ahora la mitad de los tuyos creen que hemos contratado a la otra mitad para acabar con vosotros. Eso nos supone un pequeño problema. Esto tendría que haber sido mucho más discreto.

Max se echó hacia atrás en el sillón y entrelazó los dedos. Iba a apoyar los codos sobre los muslos, pero decidió no poner a prueba la herida de bala.

—Eso es lo que no entiendo. La desaparición de cuatro soldados de fortuna no es algo que pase desapercibido. El encargo es vuestro. Debisteis prever las consecuencias.

—Y las previmos. Lo que no tuvimos en cuenta fue que Ajmátov sería más eficiente que tú.

Max controló el acceso de ira que le subía por el esófago. ¿Cómo que más eficiente que él? Nefilim pareció notar que se deslizaba por una pendiente resbaladiza y trató de rectificarse.

—Ajmátov ha ido por delante de ti desde que volaste a San Petersburgo. Nosotros conocíamos su red de seguridad y su sistema de vigilancia.

—¿Y por qué diablos no me dijisteis nada?

Había llegado el turno de Nefilim de mantener la calma y no provocar a Max por encima de su nivel de tolerancia.

—Max, he entrado aquí porque tengo una llave de tu ascensor privado. No me ha costado conseguirla. Supongo que no querrías que desvelara los secretos de tu sistema de seguridad a terceros.

El contacto de la SCLI tenía razón. La misión podría haberse encargado a otro grupo, o a una persona sola. De ser así, Max habría sido uno de los objetivos. Pero no solo Max, sino su equipo completo. Juntos resultaban mucho más letales que por separado.

—Lo entiendes, ¿verdad?

—Lo entiendo —concedió Max a regañadientes.

—Bien, supusimos que investigarías sus costumbres más a fondo.

—Eso también lo entiendo.

—Creemos que ha sido él quien ha filtrado los datos de la misión. Por supuesto, la información que tiene es incompleta y capaz por sí misma de crear un caos considerable en nuestra organización. De hecho, el caos ya ha comenzado. Hemos perdido el rastro de dos activos importantes.

—¿Y qué me estás pidiendo que haga exactamente?

Nefilim se echó hacia adelante en su sillón blanco. Max lo imitó. Se colocaron casi cabeza con cabeza. Como si el salón de Max fuese, en realidad, un *pub* del Centro lleno de gente.

—Encuentra a Ajmátov y tráenoslo. Necesitamos zanjar esto y necesitamos hacerlo en persona.

Así que ahora Max ya no tenía que quitar de en medio al ruso. Ahora debía entregarlo a la organización que le había puesto precio a su cabeza. Había tantas cosas mal en aquel planteamiento que Max tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dejar que su ira se desatase. Lo que Nefilim no sabía era que Ajmátov ya estaba en su poder y que, con aquella información recién adquirida, la lista de preguntas que iba a hacerle se había incrementado notablemente.

—¿Vivo?

—Vivo, Max. Necesitamos recuperar la confianza del gremio, no hundirnos en el infierno.

—El infierno, dices...

—¿Max?

—Claro, Nefilim. Los chicos deben de estar ya de vuelta. Nos reuniremos y le daremos caza.

—Y nos lo entregarás. Ileso.

—Y os lo entregaremos.

—Ileso —remarcó Nefilim.

—Si eso es lo que quieres —concedió Max.

Capítulo 23

Tal como aventuró, los dos miembros de su equipo a los que todavía no había visto estaban ya en Londres. Quería verlos cuanto antes y que los cuatro se pusieran al día. Las explicaciones de Nefilim acerca del cambio de planes no le convencían en absoluto. Lamentablemente, la reunión no podría tener lugar hasta el día siguiente. La pastilla proporcionada por Charles dejaría de hacer efecto en unas horas. El médico le dio una descripción tan precisa de lo que podía esperar que sucediera que mucho se temía que su cuerpo haría exactamente lo que había predicho: desplomarse sobre cualquier superficie en cuanto se cumplieran las doce horas.

Eso no impidió que enviase un mensaje a cada uno de ellos con una dirección concreta y una hora de reunión para el día siguiente. Se trataba de un local discreto y poco frecuentado. Contaba con salas privadas y el servicio era excelente, lo mismo que la comida. Si los camareros hablaban inglés, desde luego no lo parecía. Y la dueña, una mujer mexicana tremendamente perspicaz, jamás se entrometía en los asuntos de sus clientes.

Ya recuperado del coctel químico que le había salvado la vida el día anterior, Max fue el primero en llegar. Pidió un martini con mucho hielo, y cuando el camarero se lo acercó a la mesa que había reservado le dio los buenos días y se decidió a comprobar si el chico tampoco hablaba el idioma del país donde vivía.

—Anoche maté a una persona. Y lo disfruté —dijo. No se le ocurrió otra cosa que pudiera alterar al joven.

No sucedió nada. La única respuesta a su provocación fue una leve inclinación de la cabeza.

A Max el sitio le gustaba, además de por la absoluta libertad con la que podía hablar allí, porque la decoración no tenía ningún sentido. Aunque la

dueña, Mercedes, procedía de México, la comida no tenía nada de mexicana, ni los cuadros que atestaban las paredes sin orden ni concierto. Aquí una reproducción de Van Gogh, allá otra de Velázquez. No había calaveras adornadas con vistosas flores, sino figuras de porcelana compradas en tiendas de segunda mano o bazares. Resultaba difícil encontrar un rincón de la pared que no respirara de la necesidad barroca de Mercedes de llenarlo todo de cosas. A Max le parecía fascinante.

Dylan, el primero en llegar, lo hizo con una gran sonrisa. El experto en armamento lucía un bonito bronceado que terminaba donde empezaban el cuello y los puños de su camisa.

—Veo que la vida de conductor profesional ha dado sus frutos —se mofó Max.

—No bromees con estas cosas, jefe. No voy a poder pisar una playa en semanas.

—¿Cómo te ha ido?

Dylan ensanchó todavía más su sonrisa.

—La verdad, Max, ha sido un auténtico placer. Hacía tiempo que no trabajaba solo. No me malinterpretes, pero ha sido como unas vacaciones.

Los dos hombres se dieron un abrazo fraternal.

—Te entiendo, Dylan. Mucho mejor de lo que te imaginas. Pero si los otros dos aparecen con la misma historia, puede que me sienta desplazado. Te lo advierto.

En ese momento Adam cruzó la puerta de entrada. Se le veía animado, aunque tenía motivos para no estarlo tanto como su compañero. Al fin y al cabo, él estaba al corriente de que Ajmátov tenía información sobre Arcángel. Por mucho que se alegrara de ver a sus amigos, esa sombra de preocupación no abandonaría su cabeza con facilidad.

—¿Te ha gustado Madrid, Adam? —preguntó Dylan.

—¿Me tomas el pelo? Es una ciudad pequeña, sucia y sin modales. Los españoles solo saben beber cerveza y gritar.

—Eso dicen de los ingleses —terció Max—. Y conozco a algunos para los que la afirmación es absolutamente cierta. Así que...

—Lo que tú digas, jefe. —Adam levantó las manos en un gesto pacificador—. Pero yo no vuelvo a ir. Nunca me he alegrado tanto de salir de un país...

Los otros dos levantaron una ceja, incrédulos por lo que estaban a punto de oír.

—... europeo. De salir de un país europeo.

—¿Ni de Serbia? —preguntó la voz de Mei desde la puerta—. Porque yo me alegré mucho de salir de allí. Y antes de que preguntéis, os diré que Costa Rica puede ser el paraíso, pero en ese caso, cuando me muera escogeré el infierno. Es el lugar más aburrido de la Tierra.

—Así que —concluyó Max mientras los llevaba a la mesa donde descansaba su copa apenas empezada— todos venís con quejas menos Dylan, que solo lamenta volver a vernos.

Ya sentados y cada uno con su copa correspondiente, brindaron por el reencuentro.

La comida del lugar, afortunadamente, no tenía nada que ver con su decoración. Los nombres de los platos estaban escritos en árabe e inglés. Dónde había aprendido Mercedes a cocinar la mejor cocina del norte de África era un enigma para Max y para el resto, pero cada plato superaba al anterior.

Fue Mei, la más práctica, la que sacó el tema por el que de verdad se habían reunido.

—Adam nos ha contado lo de Peñafiel.

Max habría preferido terminar el hummus, por lo menos, pero si el equipo funcionaba era porque todos tenían plena confianza unos en los otros. También

cuando las cosas no salían bien. O cuando había algo que echar en cara.

—Nos dio un nombre, sí. Supongo que también sabéis que ese nombre corresponde a mi objetivo y que mi objetivo está desaparecido. Lo siento, chicos. No estaba en Seven Sisters. Al menos no donde nosotros lo buscamos.

—No quiero cuestionarte, Max —dijo Mei—, pero los datos que te di... Ya sé que lo de San Petersburgo fue una metedura de pata importante. Debí darme cuenta de que los registros no eran los originales. Pero lo de anoche era cierto. Sabes que no suelo equivocarme. Y menos dos veces seguidas.

La tensión sobre la mesa se hacía cada vez más patente. A nadie le gustaba poner en tela de juicio el trabajo de los demás. Y era cierto que el índice de errores de Mei era menos que el de cualquiera de los tres hombres. Quizá su sistema de rastreo era más vulnerable si se accedía a él en remoto.

—Estoy seguro de que no te equivocaste ni por un milímetro. Tan seguro como de que te tengo aquí delante y de que calzas tus botas militares. El problema no fue tuyo, sino mío. Después de la jugada en Rusia debí darme cuenta de que el sistema de seguimiento e información de Ajmátov era más eficiente y extenso. Tenía tantas ganas de dar con él que descuidé la vigilancia.

—Jefe... —empezó Mei.

—Ya sé lo que vas a decir —la interrumpió Max—. Y es verdad que lo de anoche no habría pasado si hubiésemos permanecido juntos. A estas alturas Ajmátov estaría a buen recaudo y nuestra misión cumplida. Pero esta vez necesitábamos actuar en diferentes partes del mundo y de forma simultánea. No había otra manera de hacer las cosas.

—¿Y qué va a pasar ahora que Ajmátov sabe que le buscas? Ya es difícil encontrarlo cuando está desprevenido —intervino Dylan—. Ahora tomará incluso más precauciones.

—O no —aventuró Adam—. Por lo que me cuentan mis fuentes, es un tipo con un ego descomunal. No soportará que Max se haya escapado. Quizá sea él

quien se presente por voluntad propia. Nos toca estar prevenidos.

En ese momento apareció una chica vestida de negro. Sonreía con elegancia y señalaba los platos antes de recogerlos. Esa era su muda manera de pedir permiso.

—¿De verdad no hablan nada de inglés, jefe? —preguntó Mei—. Espero que no estemos en un restaurante de la mafia. Una cosa es trabajar para ellos por una buena suma de vez en cuando y otra comer en sus restaurantes. La trata de personas es el negocio más bajo al que puede dedicarse un hombre.

—Hasta donde sé, ni una sola palabra.

—Siento devolvernos al tema principal, pero ¿qué vamos a hacer? —dijo Dylan—. Seguro que no soy el único que quiere dar con ese ruso. Y no estoy hablando precisamente de la misión. Ya sé que tu relación con Arcángel era especial, Max, pero todos teníamos un vínculo fuerte con él. Los cuatro. Estoy seguro de que todos en esta mesa queremos averiguar quién lo mató y actuar como corresponda.

—Creo que, una vez más —comenzó Max—, dependeremos de las habilidades de Mei.

De nuevo, los camareros interrumpieron la conversación. Llenaron la mesa de multitud de pequeños platos de diferentes colores, todos ellos desprendían un agradable olor a diferentes especias. Mei fue la primera en probar lo que le habían puesto delante. Para ello tomó un trozo de pan ácimo y lo sumergió en una salsa espesa en la que flotaban pedazos de carne.

—¡Mmmmm! —dijo—. Es cordero. Está buenísimo. Os puedo recomendar que probéis la comida antes de que se enfríe. En cuanto a lo demás, no sé qué otra cosa puedo hacer. No puedo mantener intervenida a la mafia rusa de manera constante si no quiero que me encuentren y me corten en pedazos. La Policía no tiene ni la menor idea y su madre no habla por teléfono, aunque me consta que recibe noticias. La solución más rápida sería escuchar a toda su red

de contactos, o al menos a los más cercanos a él. —Mei no dejaba de comer mientras hablaba—. El problema es que no tenemos recursos para eso. Son demasiados.

—¿Estás diciendo que hay algo imposible para ti? —se burló Adam.

—No. Estoy diciendo que llevaría tiempo hacerme con el equipo adecuado. No serviría de nada que las escuchas fuesen aleatorias o alternas. Tenemos que escucharlos a todos a la vez. Ya sé que para vosotros eso solo supone conectar un par de cables más, pero el hecho es que es algo un poco más complejo.

Los rostros a su alrededor no mostraban precisamente alegría. Al menos la comida, en eso Mei tenía toda la razón, sí estaba muy buena.

Capítulo 24

—Pero no os pongáis tristes todavía. Siento ser yo quien os lo diga, pero han pasado algunas cosas relacionadas con la misión.

Max suspiró mientras Adam cruzaba las manos por detrás de la cabeza y Dylan se limitaba a escuchar, expectante.

—¿Cómo que han pasado cosas?

Mei se limpió las manos con su servilleta y abandonó la comida.

—Cosas. Cosas como que, sin que haya trascendido a la prensa, el concejal de Urbanismo y otros dos cargos del ayuntamiento están más protegidos.

—¿Perdona? ¿Concejales? ¿Qué es esto, una alerta terrorista doméstica?

Mei se encogió de hombros. Tal como Max lo veía, no faltaba mucho para que su equipo comenzara a sospechar de la SCLI, exactamente igual que él. Y sin necesidad de que les contara nada de las nuevas peticiones de Nefilim.

—Lo más raro no es que sean concejales —contestó Mei—. Aunque eso ya llama bastante la atención. Lo que de verdad es sorprendente es que cada uno haya incorporado a dos guardaespaldas y haya cambiado su coche oficial por uno blindado sin que nada de eso haya inundado los periódicos y la televisión. Ni siquiera los blogueros lo comentan.

—Bueno, si es secreto... —dijo Dylan.

—Ya sé que todos hemos estado fuera del país al menos tres semanas. Algunos ni siquiera vivimos aquí. Pero ayer, cuando me bajé del avión, lo primero que vi en todos los puestos del *Evening Standard* fue el escándalo del Barbican Centre y la iglesia que quieren derribar. Me llamó la atención la magnitud de la cobertura, así que me puse a buscar.

—¿A ti no te afecta el *jet lag*? —preguntó Adam con cierto tono irónico.

—A la ida fue peor, pero a la vuelta vine ganándole horas al día. No

estuvo tan mal. Pero vamos a lo que importa —recondujo Mei—. Me puse a buscar y encontré varios nombres extranjeros y solo tres nombres absolutamente británicos. Colin Bale es el concejal de Urbanismo. Ha hecho declaraciones siempre que la prensa se las ha pedido. Se opone al proyecto de derribo. En la última semana, además, ha ganado a dos colegas para su causa. Cultura y Tráfico, o lo que es lo mismo, Silvia Ferguson y Kyla Spencer. Las dos mujeres comprometidas con el buen funcionamiento de sus carteras, o departamentos o distritos. No sé muy bien cómo los llamáis aquí. Esas tres personas salen en prensa más que la reina, y estamos hablando de Inglaterra. Pero ningún medio parece haberse dado cuenta de que las medidas de seguridad a su alrededor se han intensificado.

—Ya veo a qué te refieres. Y tienes razón —dijo Dylan—. No parece lógico.

—No —concordó Mei—. No parece lógico, porque no lo es.

Adam tomó la palabra inmediatamente. Max esperaba que ninguno de los tres reparase en el hecho de que estaba manteniendo un perfil demasiado bajo en la conversación.

—También yo he hecho mis deberes —dijo el americano.

—Empezáis a hacer que me sienta un inútil —terció Dylan—. Yo anoche me metí en un taxi y caí rendido como un bebé.

—Por eso somos cuatro, colega —dijo Mei—. No podemos estar siempre al cien por cien. Pero sigue, Adam, ¿qué has averiguado tú?

—Me centré en los nombres extranjeros. Al fin y al cabo la misión nos llegó desde la SCLI, lo que quiere decir que están implicados varios países, o al menos corporaciones de varios países. Estamos hablando de dos hombres. Uno de ellos, Bastian Schmidt, es alemán. El otro, Bartosz Dzedzic, polaco. La información disponible sobre ellos y de acceso para el público general es correcta, pero incompleta, y desde luego, está adornada hasta rozar el cuento

de hadas. Según la mayor parte de los medios, tanto Schmidt como Dzedzic tuvieron bellísimas infancias. Ambos fueron felices, se alimentaron siempre de perdices y descubrieron su pasión por la arquitectura como quien recibe una inspiración divina. Los mismos medios, y esto no deja de resultar gracioso, cuentan que tras la unión de ambas fortunas, ambos cambiaron sus objetivos y se convirtieron en las manos ejecutoras de toda una serie de desastres urbanísticos. Si hacemos caso de los rumores, el único motivo por el que la sociedad construye rascacielos es para borrar el rastro histórico de determinados acontecimientos.

—¿Disculpa? —interrumpió Mei—. ¿Estamos trabajando para desmontar una conspiración que tiene todo el aspecto de basarse en una sarta de mentiras?

Adam se encogió de hombros.

—Esa es la información que el público general recibe, ingiere y cree o no. Pero no es toda la que existe. He conseguido averiguar que Dzedzic ha estado ingresado al menos en tres centros diferentes por problemas mentales. Es sospechoso de intentar reinstaurar la esclavitud en una isla de su propiedad. El lugar se encuentra en las Maldivas y Dzedzic comenzó a construir un complejo arquitectónico muy moderno, pero semejante a algunas construcciones de la era faraónica.

—Esto cada vez se parece más a... Ni siquiera sé a qué se parece —dijo Dylan.

—Estoy de acuerdo —afirmó Mei—. A estas alturas ya no entiendo nada.

—Pues mejora. Todavía no os he hablado de Schmidt. Apellido alemán, ascendencia alemana y un afán de notoriedad apenas igualado por nadie en el mundo, salvo algunas estrellas caducas de Hollywood. Ha sido él quien ha sacado a Dzedzic de su internamiento. Su expediente es menos siniestro, pero está relacionado con contrabando de animales y otros productos de lujo.

—Max —dijo Mei—, ¿tú entiendes algo de todo esto?

Max bebió un buen trago de agua. Tras el primer martini había renunciado al alcohol. En parte porque necesitaba mantenerse en plenas facultades y en parte porque no estaba seguro de que su organismo hubiera eliminado todas las toxinas derivadas de la droga de diseño de Charles.

—Si lo entendiera, ya habría hablado. La verdad es que no sé para qué nos han contratado. Nunca hago preguntas. Todos sabemos que es mejor no saber más de lo imprescindible.

Los otros tres asintieron. De sobra sabían, por experiencia propia y ajena, que demasiado conocimiento perjudicaba a la esperanza de vida más de lo que ayudaba a la ejecución de las misiones.

—Es cierto, jefe —dijo Adam—. Pero nos han encargado eliminar del tablero a cuatro jugadores de élite. Y parece que los objetivos esperados de esos jugadores eran tres concejales comprometidos con sus responsabilidades. El enemigo no es más que una sociedad mercantil dirigida por un loco y un megalómano. Es como haberse caído de cabeza en una imprenta de prensa amarilla.

—Si nadie lo dice, lo haré yo —intervino Mei—. No hacemos falta para llevar a cabo esta misión. No era necesario ir a Costa Rica, a la India o a España. Hemos empleado tiempo y recursos exagerados para llevar a cabo algo que, con toda probabilidad, uno solo de nosotros podría hacer usando un ordenador. La SCLI nos está utilizando.

—La SCLI siempre nos utiliza. Y nosotros cobramos por ello.

Mei miró a Max como si no le hubiera visto en toda su vida. Los otros dos tampoco daban crédito a lo que acababan de oír.

—¿Los defiendes, jefe? —preguntó Mei.

—No, no los defiendo en absoluto. Esto me gusta tan poco como a vosotros. Pero no veo qué podemos o debemos hacer al respecto. La SCLI nos

paga por sacar de la circulación a cuatro efectivos. Los sacamos. La excusa que nos dé, si decide darnos alguna, no es cosa nuestra.

—Esas palabras no son tuyas.

Dylan tenía razón. Max estaba recitando una de las lecciones más repetidas de Arcángel. Su maestro y el de todos no creía en las buenas intenciones, sino en los buenos resultados. En su caso, los buenos resultados se medían con el ingreso de una buena cantidad de efectivo en sus cuentas bancarias. Las supuestas buenas intenciones, es decir, evitar la muerte de los concejales, no tenían nada que ver con ellos, excepto si de ello dependían los resultados.

—Y no creo que se apliquen en este caso —añadió Adam—. Estoy de acuerdo con Mei. La SCLI se ha tomado la molestia de montar una misión pantalla, lo que quiere decir que la operativa esconde otro objetivo. Tal y como yo lo veo, el motivo para hacer algo así solo puede ser que el objetivo real esté relacionado con nosotros y consideren que es mejor que no lo sepamos.

—Bien visto, Dylan —concedió Max—. Pero sigo sin ver por qué eso invalida las palabras de Arcángel. ¿Por qué crees que necesitamos saber eso que quizá nos están ocultando o quizá no?

—No sé tú, jefe —dijo Mei—, pero cuando alguien intenta ocultarme algo, a mí me gana la curiosidad.

Max no tuvo más remedio que dar su brazo a torcer. No quería hablarles de su conversación con Nefilim, ni quería confesar que tenía a Ajmátov. No importaba que Arcángel fuera el mentor de todos ellos. Aquel asunto era estrictamente personal para él y así debía seguir siéndolo.

—Muy bien —dijo—. ¿Y que debemos hacer?

Mei sonrió de oreja a oreja.

—No te imaginas, Max, las ganas que tenía de que me permitieras entrar

en su sistema.

—¿Puedes hacerlo?

La sonrisa de Mei pareció iluminar la pequeña sala en la que se encontraban.

—Te prometo que no lo he intentado hasta ahora, pero eso no quiere decir que no haya estado... ¿estudiando? Sí, estudiando es una buena manera de explicarlo. He estado estudiando sus sistemas desde el exterior. Es una organización cauta y ha construido un entramado de protección casi impenetrable.

—Casi —subrayó Adam.

—A la hora de medir el grado de compromiso de un sistema, la posibilidad de que el mismo sufra ataques exitosos se mide en un baremo de cero a uno. En la vida real, el riesgo cero no existe. Puede que las posibilidades reales de colarse sean ínfimas, pero existen.

—Y cuando te cueles —inquirió Max—, ¿qué buscarás?

—Podemos empezar con nuestros objetivos. O puedo tratar de entrar en los archivos de Arcángel directamente. Una vez violada la seguridad del sistema no tendré mucho tiempo para moverme por su arquitectura. Tenemos que decidir qué queremos antes de entrar.

La sobremesa se alargó mucho más de lo que a Max le hubiera gustado. Al final, la seguridad de que Nefilim temblaría de miedo si supiera que uno de sus equipos clave pensaba hackear sus sistemas hizo que se sintiera mejor.

Capítulo 25

Max dejó que los muchachos se fueran uno a uno. Mei se despidió al final. Era la que mejor lo conocía. Quizá sospechara algo. Desde luego, no había estado tan divertida como en otras ocasiones. Ninguno de ellos, en realidad, parecía especialmente feliz. No, no después de descubrir que les habían mentido al encargarles la misión. Ahora todos sospechaban que no había sido la primera vez. Cuando vendes tus servicios al mejor postor, te acostumbras a no preguntar por sus motivos, pero necesitas trabajar con datos ciertos. De otra manera tu vida puede estar en peligro.

Y ahora él también los engañaba. A lo largo de su vida, Max había hecho cosas de las que no se sentía especialmente orgulloso. Procuraba no cruzar determinados límites, tanto dentro como fuera del trabajo. De otro modo no podría dormir por las noches. Uno de esos límites consistía en mantener la sinceridad dentro del grupo. Los cuatro dependían unos de otros. En ocasiones funcionaban más como una sola persona que como cuatro miembros de un equipo. La confianza era la pasta que los unía. Por eso, ponerla en peligro era una estupidez. Además, según Max, también suponía una mezquindad.

Sin embargo, no les había hablado de su conversación con Nefilim. Se guardó el pequeño cambio de planes orquestado por la SCLI. Se decía que lo había hecho para no comprometerlos, pero no era cierto. En todo lo que respectaba a Ajmátov y a la muerte de Arcángel, Max necesitaba trabajar solo. Por eso tampoco les informó de que el ruso se encontraba en su poder. Si lo hubiera hecho los chicos le impedirían hacer lo que estaba a punto de hacer.

En todo eso pensaba Max mientras caminaba a casa. Cuando llegó a su edificio, James no estaba en su puesto y él lo agradeció. No tenía tiempo para dedicárselo en ese momento. Tampoco tenía el ánimo para conversaciones de

cortesía. Aunque lo que en realidad le preocupaba era un pensamiento insidioso que se le había colado en la cabeza: ¿Qué pensaría de él James si supiera quién era en realidad? Sus padres lo ignoraban. Su familia no sabía nada de la vida real de Max. Tampoco se reunían más que en algunas fechas señaladas. James, en cambio, estaba allí todos los días. Bromeaba con él, quería buscarle una novia para que sentara cabeza, compartía con él sus pensamientos. Además era militar. Conocía la disciplina y la rectitud.

Claro que James no había cruzado sus pasos con los de Arcángel. Si lo hubiera hecho no se habría convertido en un viejecito afable que cuidaba de un edificio con aire marcial. Habría terminado siendo un tipo mucho más duro, pero también mucho más solo y desencantado. Como él mismo. Y a pesar de saber que el efecto de su mentor sobre su forma de ver la vida había sido devastador, Max sentía la imperiosa necesidad de saber lo que había pasado. Incluso de llevar a cabo una venganza absolutamente personal.

Ya en su vestidor, escogió la ropa deportiva que solía ponerse por las mañanas para entrenar. Nunca salía a correr de noche, pero siempre había una primera vez para todo. Sabía que el trabajo que le esperaba dejaría huella en cualquier cosa que llevara puesta. Una huella de la que no quería que nadie más fuera testigo.

Antes de salir hizo una llamada. Su servicio personal de transporte lo estaría esperando en la entrada del edificio en menos de cinco minutos. Eran tan efectivos como los taxis, y mucho menos propensos a dar conversación. Justo lo que él necesitaba.

Pero cuando llegó de nuevo a la planta baja, James ya estaba en su puesto. Max detectó un gesto de genuina sorpresa en su portero. El hombre podía haber envejecido, pero su perspicacia continuaba intacta.

—¿Ha pasado algo, teniente?

—Una urgencia, James, nada de lo que preocuparse.

—Ya sabe que puede contar conmigo para lo que necesite. Espero que no haga falta que se lo diga.

—Claro que no, mi cabo. Y se lo agradezco. Ya he llamado un taxi, creo que me espera en la entrada.

James echó un vistazo rápido a los monitores que le mantenían alerta de lo que pasaba junto a la fachada del edificio.

—Todavía no. Pero seguro que está por llegar.

—Hoy esperaré afuera, James. No me lo tenga en cuenta por favor.

El hombre negó con la cabeza.

—Espero que no sea nada, señor Cornell.

Ahí estaba la primera grieta en esa relación. Y la había provocado él mismo. Hasta entonces jamás falló a la hora de dirigirse al portero por su graduación militar. Al no hacerlo en esa ocasión la camaradería entre ambos se había resentido.

Max se planteó hacer una nueva llamada y cancelar el servicio. De todos modos, lo que iba a hacer esa noche podía hacerlo a la mañana siguiente. Nadie sabía dónde estaba Ajmátov excepto él. Todavía estaba a tiempo de contárselo al equipo. Todavía estaba a tiempo de no cruzar la línea que lo separaba, o eso se decía a sí mismo, de los locos sedientos de sangre.

Pero la imagen de Arcángel tendido, muerto sobre la arena del desierto, lo disuadió. Había cosas sobre las que Max no tenía control. Muy pocas, pero las había. Y las emociones que se le despertaban con todo lo relativo a su mentor eran una de ellas.

—Buenas noches, mi cabo.

James dudó antes de contestar.

—Buenas noches..., teniente.

Al menos no todo estaba perdido.

El coche, que no tardó más de medio minuto en aparecer, tenía exactamente

el mismo aspecto que los clásicos *black cabs* que tanto gustaban a los turistas. Una parte trasera amplia separada de la delantera por una plancha de metacrilato que, en ese caso, era en realidad doble acristalamiento antibalas. Los conductores de esos vehículos debían protegerse de algo más que de clientes que no deseaban pagar la carrera. La otra diferencia consistía, en efecto, en el absoluto silencio que se respiraba dentro del vehículo. No sonaba la radio, no había conversaciones estúpidas sobre el tiempo ni sobre el último partido de fútbol.

El chófer lo llevó hacia el norte, mucho más al norte que Camden Town, pasada la autovía de circunvalación. Ajmátov lo esperaba en un pequeño *cottage* de estilo tradicional, con su tejado recubierto de cañizo, las paredes encaladas y las vigas oscuras. Un precioso edificio histórico cuyo interior no tenía nada que ver con su aspecto externo. Las coloridas flores que adornaban las ventanas recibían los cuidados de una empresa de jardinería tan especial como el servicio de taxis. Si el *cottage* albergaba a algún inquilino, como en esa ocasión, las tareas de mantenimiento quedaban aplazadas. Max estaba seguro de que algún paseante habría sacado fotografías de la casita con el móvil y las habría subido a sus redes sociales... sin tener la menor idea de lo que sucedía dentro de esas paredes.

Una vez Max hubo traspasado el umbral el vehículo desapareció calle arriba. El recibidor todavía daba la impresión de pertenecer a una casa de campo tradicional inglesa, por si alguien husmeaba con la insistencia suficiente. Pero tras la segunda puerta de seguridad, con aspecto de estar hecha de madera, pero blindada en realidad, las cosas eran completamente distintas.

Luces led iluminaban la habitación con total nitidez. Se trataba de una estancia diáfana, aunque contaba con un par de departamentos separados, también, por cristales antibalas. Ajmátov yacía en una camilla, dentro de una

de las celdas. Los médicos le habían colocado un antifaz para que pudiera conciliar el sueño, pero él resultaba completamente visible. Al otro lado del cristal no había nada excepto una fila de armarios metálicos, un lavabo también de metal y un juego de toallas limpias. Aquello era todo lo que Max necesitaba.

Las zapatillas de Max no rechinaban sobre el suelo de cerámica. No era la primera vez que estaba allí, pero siempre le sorprendía lo mucho que la habitación se parecía a un hospital. Solo que era incluso más limpia, sin goteros, sin cajas de gasas apiladas, sin personal que se afanara por todas partes.

Se acercó a la celda transparente de Ajmátov y comprobó que tenía manos y pies sujetos a la camilla con pulseras de piel y cierre de seguridad. No podía moverse y el interior acolchado de las pulseras impedía que se hiciera daño. El dolor provendría de una única fuente en esa ocasión. En cuanto a su estado de salud, el ruso tenía buen aspecto. Claro que Max no lo había golpeado en el cuerpo. El antifaz ocultaba en buena medida su rostro, así que no había manera de comprobar, de momento, si conservaba ambos ojos.

Max golpeó el cristal con los nudillos. Provocó así un sonido seco y muy débil, pero suficiente para que el paciente girase la cabeza en su dirección. Max no oyó lo que decía. La celda, por supuesto, estaba insonorizada.

Capítulo 26

Max accionó el micrófono, pero mantuvo silenciado el altavoz. Así Ajmátov tendría que escucharlo, pero él se ahorraría los insultos iniciales. No era que el contenido de estos le importaran. El ruso no le llamaría nada que no hubiera oído antes, pero la noche se presentaba larga y prefería conservar la calma tanto tiempo como fuera posible.

—Buenas noches, Ajmátov —comenzó—. Es hora de terminar la conversación que empezamos el otro día. Verás que no mentía cuando te dije que aquel agujero de Manor House no era el escenario que yo habría elegido. Espero que hayas estado razonablemente cómodo. Y sé que te han tratado bien. Como no soy un bárbaro, voy a entrar ahí y voy a quitarte el antifaz.

Max levantó el dedo del pulsador que hacía llegar el sonido de su voz al interior de la celda. No estaba demasiado seguro de que lo que iba a decir a continuación fuese a tener el menor efecto, pero lo intentó de todos modos. Pulsó el botón de nuevo.

—Imagino que en cuanto abra la puerta harás un repaso de mis familiares vivos y muertos. Habrá amenazas, sobre todo contra las mujeres, y finalmente me amenazarás de muerte. He estado antes en situaciones similares a esta.

Ajmátov no dijo nada. Max lo interpretó como una buena señal y continuó hablando.

—Seguro que recuerdas mi comportamiento durante nuestro último encuentro. Excepto por el pequeño giro de los acontecimientos que nos ha traído hasta aquí, me gustaría que las cosas fuesen más o menos del mismo modo. Como dijiste entonces, ambos conocemos las reglas, así que no te las explicaré de nuevo.

Max hizo una pequeña pausa para dar a su prisionero la oportunidad de meditar su decisión. Aunque suponía que, fuera cual fuera, ya la habría

tomado.

—¿Estás de acuerdo?

Ajmátov hizo un extraño gesto con la cabeza. A Max le pareció que intentaba escupir, pero sin demasiado éxito. Supuso que se trataba de un no. Y estuvo seguro de ello cuando vio el gesto, internacional donde los hubiera, que hacía con la mano, incluso atada. Su dedo corazón sobresalía, tieso como un tallo de lirio, mientras los demás se cerraban sobre la palma.

De todos modos iba a entrar, así que introdujo el código de seguridad y esperó a que los cristales desaparecieran. Otras instalaciones contaban con compartimentos estancos fijos, pero las paredes transparentes del *cottage* desaparecían bajo tierra. Un sistema muy ingenioso que facilitaba su labor a los servicios de limpieza. Y también a las personas que tenían que llevar a cabo operaciones como la que esperaba a Max.

En cuanto cesó el sonido del mecanismo, un zumbido razonablemente desagradable, Ajmátov comenzó su perorata.

—¡Hijo de cien mil putas! ¡Cobarde! ¡Traidor! ¡No eres un hombre!

Max lo ignoró tanto como pudo, hasta que no quiso dilatar más el momento de quitarle el antifaz de la cara. Por una parte quería ver qué trabajo habían hecho los médicos. Pero sobre todo deseaba que el ruso le viera la cara. La conversación que deseaba tener con él debía ser absolutamente personal. Nada de escudarse en máscaras.

Cuando retiró el pedazo de tela de los ojos de Ajmátov, el ruso trató de escupirle otra vez. No lo alcanzó. Max se sorprendió de la eficacia de los doctores. Quedaba hinchazón alrededor de los ojos, y heridas abiertas que empezaban a cicatrizar, pero le habían salvado la vista. Así lo demostraban los dos iris de color gris acero que miraban a Max como si pudieran traspasarle el corazón. Y de haber estado libre, lo habría hecho.

Se veía que la luz, demasiado blanca y brillante, hería las retinas del ruso

porque parpadeaba demasiado, y cuando trataba de mantener los ojos abiertos, los guiñaba. Eso jugaría a favor de Max. No porque las pequeñas incomodidades fueran a ablandar al prisionero, sino porque se sumarían a las incomodidades mayores que vendrían a continuación.

—Quieres asustarme —dijo Ajmátov en un tono de voz casi normal, al fin—. Lo sé. También yo me dedico a esto.

Max no contestó. Prefería dejar que Ajmátov soltara toda la bilis que tuviera enquistada. Así todo resultaría más fácil después.

—Pero hay una diferencia entre tú y yo, Cornell. Hay una maldita diferencia. Y es que —Ajmátov jadeaba de rabia— tú no estás hecho para esto. Se lee en tus gestos. Los ingleses sois demasiado amables, demasiado civilizados.

Se veía que el ruso nunca había tratado con las familias de la mafia inglesa o galesa. Si no, no hablaría de esa manera.

—No vas a matarme. Ni siquiera vas a torturarme de verdad. ¿Sabes por qué lo sé? Si quisieras matarme no te habrías gastado tus preciosas libras esterlinas en toda esta parafernalia, los médicos y todo lo demás. No tienes huevos para hacerlo.

—¿Tú sabes por qué estás aquí, Ajmátov?

—Déjame que lo piense... Necesitabas detalles acerca de una misión. Pero ¿sabes otra cosa? Yo no soy un puto chivato. Yo tengo una reputación. Y la tengo por algo. Las reputaciones no se construyen dándole a gente como tú los detalles de ninguna misión.

—O sea que no, no sabes por qué estás aquí.

Ajmátov no dijo nada.

—Te lo voy a explicar, porque creo que es necesario. Es cierto que no me gustan este tipo de prácticas y es cierto que no tengo especial interés en matarte. Pero si llega el momento en que sea necesario, lo haré. Y lo haré por

un motivo muy sencillo: esto es personal.

—Eso es una gilipollez —dijo Ajmátov—, tú y yo no tenemos nada.

—Arcángel.

—¿Quién coño es Arcángel?

Max suspiró.

—Me molesta mucho que me tomen por idiota. Mucho. Yo no te tomé por tonto a ti y te agradeceré que hagas lo mismo. De todos modos te haré un resumen. Tú y yo estuvimos en el desierto en la misma fecha, hace unos años. Yo perseguía a un famoso terrorista. No sé lo que estarías haciendo tú en aquel agujero.

—¿En el desierto? Espera... Creo que me empieza a sonar. Hacía calor, ¿verdad? Y estaba todo lleno de arena, creo.

—Arcángel era un hombre importante para mí. Te lo dejaré muy claro para que entiendas hasta qué punto estoy dispuesto a sacarte los dientes uno a uno y a desollarte la polla después. Arcángel era para mí lo mismo que tu madre es para ti.

—¡Hijo de puta! ¡Nadie menciona a mi madre! ¡Ni pienses en ella siquiera!

—Veo que lo vas pillando —dijo Max.

Y dio la espalda a la camilla para dirigirse a los armarios metálicos que ocupaban la pared de enfrente. Conocía su contenido de otras ocasiones, así que no falló a la hora de abrir la puerta que le dio acceso al instrumental de dentista. Había mencionado que le sacaría los dientes al ruso y estaba dispuesto a hacerlo.

Antes de nada, extendió una plancha, también de metal, que funcionaba como mesa plegable. Detrás de ella se encontraban los compartimentos donde se guardaban guantes de látex, gasas y otros suministros más inofensivos que las tenazas, las pinzas y las fresadoras. Se puso unos guantes. Por muy

personal que fuera aquello, no estaba dispuesto a contraer ninguna enfermedad. Y solo Ajmátov sabía qué compañías frecuentaba.

—No lo harás —porfió el ruso una vez más—. No lo harás. Todo esto es demasiado elaborado.

—Max se colocó una mascarilla y unas gafas de seguridad. La combinación de ropa deportiva y material quirúrgico resultaba, como poco, inquietante.

—Tú mismo lo has dicho antes: los británicos somos demasiado civilizados. Nos gusta hacer bien las cosas.

Parecía mentira, pero el método más eficiente para que un adulto abriera la boca seguía siendo taponarle la nariz. Así que eso hizo Max. El ruso se revolvió, por supuesto, pero un poco de presión en la zona sensible alrededor de los ojos lo persuadió de que cediera. Un retractor bucal se encargó de que no volviera a cerrarla. También de que no pudiera seguir hablando.

Sin mediar palabra, Max tomó unas tenazas y se aplicó sobre un canino recubierto de oro. Ajmátov salivaba de manera refleja y el diente se resistía, pero Max no cedió. El ruso tampoco. No gritó ni una sola vez. Resoplaba, sí, y sudaba. Pero no dio ninguna otra muestra de debilidad.

Cuando Max extrajo por fin el diente la sangre salió a borbotones del agujero que había quedado. Sin formular pregunta alguna, Max buscó un pedazo de gasa y lo colocó en el hueco. La tela blanca no tardó en empaparse de rojo. El ruso no podía controlar los movimientos de la lengua, que se acercaba una y otra vez a la zona herida.

—Voy a suturarte esto. Quitá la lengua de en medio o te la coso también.

Un gruñido indicó a Max que Ajmátov no estaba del todo conforme. En cualquier caso, pegó la lengua al paladar para que Max pudiera hacer su trabajo.

Max, por su parte, usó dos agujas para que al ruso no se le ocurriera

molestarle. Le clavó la lengua al cielo de la boca sin contemplaciones. Entonces, ahora sí, el prisionero gritó. Eso no detuvo a Max, que cumplió con su palabra. Una tercera aguja le sirvió para coser el agujero a medias taponado con la gasa. El trozo de tela se quedó allí. Si la «conversación» iba bien, quizá lo retirase más tarde.

Capítulo 27

Max continuó empleándose a fondo con la boca del ruso. Casi con saña, aunque lo cierto es que no disfrutaba con ello en absoluto. Todavía no había empezado a hacerle las preguntas que tenía preparadas. No le interesaba establecer un diálogo absurdo en el que los dos se lanzasen bravatas sin sentido. Ambos habían dejado patentes sus posiciones. De modo que correspondía a Max dejar muy claro que iba en serio. Mucho más en serio que ninguno de los hombres con los que el ruso se hubiera cruzado antes.

En un momento dado Ajmátov perdió el conocimiento. Cualquier persona sin su preparación física y su fuerza de voluntad se habría desmayado mucho antes, pero él no. Max le había arrancado la mayor parte de las piezas dentales superiores, le había colocado apósitos de gasa y procedido a suturar. La lengua se le convirtió en una masa hinchada que ya no trataba de mover, porque si lo hacía corría el riesgo de que la inflamación taponara las vías respiratorias. No, a Max no le gustaba lo que estaba haciendo, pero no quería decir que no supiera hacerlo bien.

El médico que se ocupaba de Ajmátov en ese momento pertenecía al mismo equipo de profesionales discretos y más que eficaces que ostentaban la propiedad del *cottage* y que habían llevado a Max hasta allí. Su labor consistía en devolver al interrogado a un estado de salud suficiente para, esta vez sí, comenzar con el interrogatorio.

Max se sorprendía genuinamente por muy pocas cosas, pero la capacidad de regeneración del cuerpo humano sometido a los tratamientos adecuados era sin duda una de ellas. El organismo de Ajmátov respondía a la medicación de manera excepcional. La lengua había vuelto casi completamente a su tamaño normal, y las heridas de los dos punzones que usó para sujetarla al paladar desaparecieron. Ya no estaban allí. Las hemorragias de las encías habían

cesado y el trabajo de reconstrucción de tejidos era impecable, aunque los dientes no habían vuelto a su sitio. No sería sencillo comprender lo que Ajmátov tuviera que decir, pero el efecto psicológico era importante.

Además Max contaba con un as en la manga. Si el ruso no le daba la información que le pidiera, si a pesar del dolor y de saber que su cuerpo pasaría una y otra vez por el mismo infierno se negaba, Max sabría cómo obligarlo a hablar.

Tomó la bolsa de los dientes y la otra, y las colocó donde el ruso, todavía inconsciente, no pudiera verlas. Debajo de la camilla.

—En unos cinco minutos estará del todo consciente. Le hemos suministrado una anestesia local que se disipará por completo en unos quince minutos. Podemos repetir esta rutina las veces que usted lo necesite. El hombre es fuerte. Aguantará. Pero me veo en la obligación de avisarle de que el precio se incrementa debido a los riesgos.

—Eso no es un problema.

—Y otra cosa. Según nuestra experiencia, si no le ha dicho lo que desea oír después de este primer despertar, no es razonable esperar que lo haga después.

El médico echó un vistazo a las bolsas.

—Recuerde que para eso —dijo señalando con un gesto de su barbilla puntiaguda la que no contenía los dientes— no tenemos mucho tiempo.

Tal como el doctor anónimo (nadie conocía allí la identidad de los demás) había predicho, Ajmátov tardó cinco minutos exactos en despertar. Lo primero que hizo, según Max observó, fue pasarse la lengua por los labios. Después sonrió.

—Noto la boca muy ligera, Cornell —dijo. Todas las consonantes sonaban extrañas debido a la ausencia de dientes. A Max le daba cierto repelús. Como si un anciano hubiera poseído el cuerpo joven del ruso.

—Me alegra que te parezca gracioso, ¿cómo te sientes?

Ajmátov no tuvo ningún reparo en decir la verdad.

—Como nunca. Me jode no poder hablar como Dios manda, pero por lo demás, estoy como nuevo.

—Bien. Porque eso quiere decir que podemos volver a empezar desde el principio, pero con la fila de debajo de tus dientes. Dentro de nada los efectos del sedante que llevas puesto comenzarán a disiparse.

—Supongo que entonces me desmayaré por el dolor, Cornell.

—Puede ser —contestó Max—. O puede que no. Tengo dos preguntas para ti. Son dos, son sencillas y puedes responderlas ahora o en unas horas.

—Al menos por fin sabré qué es lo que quieres. —Las eses sonaban como haches aspiradas en la boca desdentada del ruso.

—Sí. También yo estaba esperando que llegara este momento.

—Dispara, Cornell.

—¿Quién mató a Arcángel? ¿Por qué lo mataron?

Ajmátov cerró los ojos, como si de verdad estuviera considerando una respuesta seria.

—En serio, Cornell. No sé quién es ese tal Arcángel.

Max había tratado de mantenerse tan profesional como la situación le permitía, pero era la segunda vez que el ruso le tomaba el pelo. Había supuesto, evidentemente de manera errónea, que la mención a su madre le habría hecho entender la seriedad del asunto. Resultaba evidente que no. De todos modos, Max volvió a intentarlo.

—Estoy cansado. Pero mucho menos que tú. A estas alturas ya debes de estar recuperando la sensibilidad. Empezarás a salivar de dolor. Esto solo puede empeorar.

—Aguantaré, Cornell. Aguantaré aquí tumbado mucho más de lo que aguantes tú con tus tenazas y tus agujas de ganchillo. Y lo sé por dos cosas.

A Max empezaba a aburrirle aquel discurso de gallo de corral acostumbrado a ser el que más alto cacareaba.

—Lo sé porque yo ya he pasado por esto. Y no una vez, ni dos. Y me las he visto con tipos mucho más duros que tú. Aguantaré hasta que los míos me encuentren. Sabes que lo harán. Están entrenados para eso.

—Reconozco —dijo Max— que tu red de apoyo me sorprendió una vez. Lo que me extraña es que creas que volverá a hacerlo.

El dolor hizo que Ajmátov dibujara una mueca en su rostro, que se deformó más de lo normal debido a los esfuerzos de Max.

—Sabes, Cornell, eso ni siquiera importa. Todo lo que me has hecho, todo ese esfuerzo. —Cuando pronunció esas dos últimas palabras el aire se le escapó, haciéndolo sonar como un instrumento de viento tocado por un músico inexperto—. Nada de esto es real. Nada de lo que me has hecho es permanente. Por eso sé que no me matarás. Así que todo lo que tengo que hacer es aguantar.

Max vio la mirada de triunfo en los ojos del ruso. De verdad creía que iba a salir de esto a fuerza de coraje. Se trataba de un hombre cuya fuerza de voluntad y la firmeza de sus principios eran dignas de respeto, pero parecía capaz de tener una visión de conjunto. Se había labrado una carrera como mercenario porque sus métodos funcionaban, pero lo hacían porque, por su profesión, no debía enfrentarse dos veces al mismo oponente. Max había sido la excepción. Un enemigo recurrente que aprendía de los movimientos de su adversario y que por tanto no se dejaba sorprender dos veces por la misma trampa. Casi le daba pena.

Max se agachó y recogió una de las bolsas que había dejado bajo la camilla unos minutos antes. Contenía, en su mayor parte, hielo. Pero también un trozo de carne que había sido seccionado con el mayor de los cuidados. La colocó a la vista del ruso antes de contestarle.

—Esto, Oleg, es tuyo.

El hombre abrió los ojos como platos. Un lunar cerca del glande parecía dar la razón a Max. Trató de soltarse las manos, probablemente para tocarse la entrepierna.

—¡Mentira!

Max dejó la bolsa apoyada en la mejilla de Ajmátov y recogió otro objeto del suelo. Lo colocó de tal manera que el ruso pudiera ver la parte central de su anatomía.

—Esto es tu pelvis y esta la sonda que permite que orines. Va conectada a una bolsa.

—¡Hijo de puta! ¡Estás muerto!

—La verdad —dijo Max ignorando los insultos— es que esta operación también es reversible, aunque no durante mucho tiempo. Ahora depende de ti y de nadie más que llame al médico que podrá volver a colocártela en su sitio. Son dos preguntas muy sencillas. Solo dos. No te llevará más de unos minutos responderlas.

Si Ajmátov hubiera conservado los dientes de la mandíbula superior habría podido morderse el labio. Tal y como estaban las cosas, se conformó con acariciarse las encías con la lengua casi recuperada.

—De acuerdo, Cornell. Te diré todo lo que sé. Pero esto no acaba aquí.

Max casi suspiró, aliviado. Habría contestado que el final de la situación no era algo sobre lo que Ajmátov tuviera demasiado control, pero prefirió dejarlo hablar.

Capítulo 28

Ajmátov le había dado información, sí. Pero Max no estaba en absoluto seguro de lo que podía hacer con ella. Había dejado al médico con el ruso, ya completamente sedado, y salido de aquella especie de quirófano que en realidad era el *cottage* por dentro. Necesitaba, una vez más, quitarse de encima su propio sudor, el olor del otro hombre y, por supuesto, la sangre.

Una puerta en la pared opuesta a aquella por la que había entrado llevaba a la zona de vestuarios. Unos pequeños cubículos de madera más parecidos a saunas finas que a vestidores. Cada uno de ellos daba acceso a una ducha individual. Había tres habitaciones semejantes, todas cerradas con llave. Quizá el *cottage* contase con sótanos que en ese momento estaban ocupados por otros inquilinos. O quizá no. En cualquier caso, que los cuartos fueran individuales tenía sentido. No solo porque ese tipo de actividades no solían hacerse en grupo, sino porque un ser humano normal, y Max ni siquiera estaba seguro de serlo, necesitaba intimidad después de una sesión como aquella.

Afuera debía de ser ya noche cerrada, pero dentro la luz continuaba inundándolo todo. En el pequeño armario del cubículo que le habían asignado, Max encontró un traje con la firma de su propio sastre. Estaba claro que aquella gente no dejaba nada al azar. Podría desconfiar de ellos, pero la propia naturaleza de los servicios que prestaban hacía que les conviniera conservar su anonimato tanto como a sus clientes. Aunque Max sospechaba que, en realidad, también habrían previsto la contingencia de que alguien se fuera de lengua. En cualquier caso, a él le habían servido con extraordinaria eficacia. Y no había motivo para pensar que no fuera a seguir siendo así en el futuro.

En cuanto a la información proporcionada por Ajmátov, no estaba ni con mucho tan seguro de que fuera siquiera cierta. Max nunca se encontró con un

alguien como él. No tenía más garantía que la que se desprendía de la cara de horror del hombre cuando vio su pene en una bolsa de hielo. Por lo demás, sabiendo como sabía que el plan de Max era devolver aquel trozo de anatomía a su sitio, ¿por qué no mentir?

Por otra parte, los datos que le había dado ni siquiera acercaban más a Max a la identificación del culpable al que buscaba. Y sin un culpable, ¿dónde quedaba su ansiada venganza?

Según el testimonio de Ajmátov, el Ejército estadounidense, al que Max pertenecía en el momento de la muerte de su mentor, colaboraba entonces, totalmente en secreto, tanto con Gobiernos a los que la comunidad internacional había dado la espalda como con grupos independientes de trasfondo más o menos turbio. Por lo que sabía, la SCLI podía ser una de esas organizaciones.

Nada que Max no hubiese sospechado él mismo. El excedente de armas de fabricación americana era de sobra conocido y las menciones a señores de la guerra salpicaban los noticieros cada pocos meses. Ahora disponía de los nombres concretos y de un par de grupos privados. Eso no quería decir que la información fuera completa, ni mucho menos.

Por otra parte, el carácter y las creencias de Arcángel estaban muy por encima de la lealtad a ningún Estado. Eso también lo sabía Max. De hecho, compartía con él esa postura. Y llegar al convencimiento de que sus ideales de juventud no eran más que las patrañas de los jefes de Estado para evitar el cuestionamiento popular le había costado una buena dosis de su ingenuidad.

Pero esas eran las enseñanzas de Arcángel, y a Max le constaba que su antiguo maestro vivía según esos principios. Recordaba con especial precisión una conversación más que dolorosa en la que Arcángel había expuesto su tesis con claridad meridiana.

—Pero ¿qué es el bien común, Max? —había comenzado—. ¿En qué

consiste el bien de la nación americana? ¿Qué es América? América no existe. Cuando los europeos borraron del mapa a los primeros ocupantes de estas tierras trazaron fronteras. Pero esas fronteras no existen, no son más que líneas en un papel. Una tribu conoce su territorio porque tiene verdadero poder directo sobre este. ¿Qué poder tiene nuestro presidente sobre un pantano de Luisiana?

—Puede mandar al Ejército...

—Puede, pero eso no es poder real. El Ejército representa un poder tan ficticio como los mapas. Camina por el mundo, Max, y verás que las fronteras creadas por los hombres no impiden que las personas que están a uno y otro lado de las mismas las crucen.

—Pero América es una gran nación, Arcángel. Nuestros valores y principios...

—No, Max. América es la suma de muchas personas que se han dejado engañar por la idea de nación. Lo que existen son los Estados. Y los Estados están gobernados por personas que usan ideas como esta para someter a otras personas. Cuando los Gobiernos toman medidas que empeoran la calidad de vida de sus pobladores, apelan a que en realidad mejoran el nivel de vida de la nación.

—Pero es cierto, cuando se suben los impuestos para dotar de mejores infraestructuras...

—No, Max. Si las naciones no son las personas, entonces es que las naciones no existen.

El discurso de Arcángel había sido mucho más largo y dejó a Max con un regusto amargo en la boca. Porque él quería ser soldado para defender a su país, así que ¿en qué lo convertía luchar por algo que, según su superior directo, no existía? Entonces fue cuando empezó a cuestionarse de verdad sus propias motivaciones. No había sido, ni con mucho, la conversación más

traumática que mantuvo con Arcángel, pero sí la que había marcado un antes y un después.

En cualquier caso, lo que sí marcaba esa línea de pensamiento era que la lealtad de Arcángel no estaba con las naciones ni con los Estados. No sorprendía a Max que, en mitad de una misión para el Ejército americano, Arcángel hubiera decidido «colaborar» con una tercera parte. A sus ojos, además, eso no lo convertía en peor persona. Él no creía en el bien común, sino en el bien de cada individuo.

Lo que no cuadraba en absoluto con la personalidad de Arcángel era la falta de prudencia. Acudir a un lugar en donde todas las partes implicadas sabían que iba a producirse un combate, hacerlo solo y sin nadie que le cubriese las espaldas, no era en absoluto su *modus operandi*. Salvo que Arcángel hubiera confiado en la persona equivocada. En cuanto su cabeza esbozó esa idea, recordó la imagen de Nefilim tomando *whisky* en su sillón y pidiéndole la cabeza de Ajmátov en bandeja de plata, aunque viva y respirando. Prefería no pensar siquiera en que la SCLI hubiera sido quien había traicionado a Arcángel. Prefería no pensar en ello, pero de todos modos, no podía permitirse descartarlo. Todo era demasiado sospechoso. O quizá se debía a que estaba demasiado cansado y no procesaba bien las ideas.

Decidió que, pese a todo, no había terminado con Ajmátov. Dejaría que los doctores devolvieran a su cuerpo todo lo que le pertenecía y volvería al ataque una tercera vez. Él no había mencionado a la SCLI. Pero la SCLI estaba demasiado interesada en él como para que aquello fuese casual.

De todas maneras, no sería esa noche. Esa noche volvería a casa, saludaría a James como se merecía, se disculparía por las prisas de la mañana y se tomaría el tiempo suficiente para analizar las cosas. Pisar tierra era lo que Arcángel solía recomendarle y también lo que debía procurar en ese momento.

Dentro del *cottage* los dispositivos móviles no funcionaban. Aquella

casita tan encantadora por fuera era también una jaula de Faraday que no permitía localizar la posición de quienes estuvieran dentro. Los inhibidores de frecuencia funcionaban en un perímetro considerable alrededor del complejo, pero en cuanto cruzó la puerta, Max recibió una llamada. Solo Mei era capaz de esquivar un inhibidor de frecuencia, así que Max contestó sin mirar. Había decidido caminar en dirección sur hasta que pudiera parar un taxi de los de verdad. Necesitaba el aire fresco y recuperar cierta sensación de realidad. Los ambientes cerrados no le gustaban. Ni siquiera cuando estaban esterilizados e iluminados con los mejores sistemas.

—Jefe, tienes que poner las noticias.

—Puede que te sorprenda saberlo, Mei, pero no estoy en casa.

—Pues cuelga el teléfono. Te mando un enlace para que veas lo que ha pasado. No te lo vas a creer. O puede que sí. En realidad se trata de lo que hablábamos esta tarde, o ayer, no sé muy bien qué hora es.

—Vale, cuelgo.

—Espera, espera un momento —añadió Mei—. ¿Cómo es eso de que no estás en casa? ¿Es que tienes una doble vida?

—Sí, Mei. Cuando no trabajo con vosotros leo poemas en un *pub underground*.

—Justo lo que pensaba. Ya puedes colgar. Te he enviado el enlace.

Capítulo 29

El enlace que Mei le envió abría directamente un vídeo de la BBC. Debajo del marco de reproducción se veía el número de personas que lo habían visionado. Rondaba el millón de visitas y seguía subiendo. La lista de comentarios era interminable. Muchos de los usuarios de la página habían marcado la película con un «me gusta». Casi ninguno había marcado el icono del pulgar hacia abajo.

Max pulsó el rectángulo de inicio. No tuvo que esperar demasiado para llegar al núcleo de la noticia. Detrás de una locutora apenas maquillada y con el pelo corto, que mantenía la calma de manera más que notable, se veía la fachada de New Scotland Yard, la comisaría central de la Policía en Londres. A un lado, al parecer muy cerca de la reportera, una horda de ciudadanos increpaba a los agentes. El cámara había configurado el micrófono para que solo captara los sonidos más cercanos y claros, así que la voz de la periodista dominaba la locución. En todo caso, fuera lo que fuera lo que aquellas personas estaban diciendo, no parecía nada bonito.

El discurso de la mujer, escueto y bien estructurado, explicaba que los dos miembros de la sociedad alemana-polaca que pretendían cambiar la fisonomía del centro de la ciudad habían sido puestos a disposición judicial. Al parecer ambos se enfrentaban a cargos de fraude en diferentes países. Pero además habían salido a la luz asuntos relacionados con explotación de menores y escándalos de carácter sexual.

Con muy buen juicio, la periodista explicaba que habían sido los cargos relacionados con actividades sexuales los que salvaron el conjunto del Barbican Centre de una demolición casi segura. Ni el alcalde ni la mayoría del consistorio pensaba pronunciarse en contra del derribo. Sin embargo, los delitos contra la moral sí parecían ser de su incumbencia. También mencionó

las excepciones del concejal de Urbanismo, Colin Bale; y las concejales de Cultura y Tráfico, Silvia Ferguson y Kyla Spencer, respectivamente.

En cuanto terminó de ver el vídeo recibió una nueva llamada de Mei.

—Estás monitorizando mi terminal, Mei.

—Si te refieres a este momento exacto, sí, jefe. Lo estoy haciendo. Si te refieres a si lo hago por costumbre, la respuesta es que no.

—Voy a decidir creerte. ¿La noticia es real? Resulta difícil de creer.

—Tan real como que estás respirando. La detención se produjo mientras hablábamos ayer por la tarde, y no han conseguido mantenerla en secreto ni siquiera hasta mañana. A eso me refería cuando hablaba de sus guardaespaldas y del cambio de coches oficiales. Por cierto, unos y otros han desaparecido milagrosamente. Sigo pensando que nuestros jefes están detrás de todo esto, Max. Tiene que ser un montaje, y nos ha pillado en medio como a una banda de novatos.

—¿Y esos dos están ya en prisión? La BBC no ha dicho nada al respecto.

—Preventiva, de momento, sí. A la espera de juicio. O eso dicen los periódicos *on-line*. Saldrán bajo fianza, claro. Porque se lo pueden permitir, pero no creo que les permitan abandonar el país.

Max tenía demasiadas cosas en la cabeza y aquella llamada no le había dado la oportunidad de descomprimirse. Se sentía bullir como una olla a presión.

—De acuerdo, pues, ya hay una cosa menos de la que debemos preocuparnos. No le demos más vueltas.

—Jefe...

—Dime, Mei.

—¿No vas a preguntar cómo ha sido?

Max solo quería ir a casa y descansar. Nunca antes le había pesado tanto contar con un equipo tan absolutamente eficiente. No, no quería preguntar

cómo había sido, ni quién lo había logrado, ni con qué motivo lo había hecho. Por lo que a él respectaba, podía haber sido cosa de una ONG de salvamento de monumentos o un Gobierno derrocado que buscara apoyo internacional llamando la atención. Desde luego, lo último que Max deseaba era seguir con aquella conversación. No quería, pero debía hacerlo. Por la unidad del equipo. Por el futuro. Porque cuando terminase con Ajmátov, habría un futuro. Por fin. Cuando lograra quitarse la espina de la muerte sin resolver de Arcángel viviría en paz.

—No esperaba tener que preguntar, Mei. Por lo general no pides permiso para hablar hasta que me estalla la cabeza —dijo aparentando un tono distendido. Mei pareció creerle, porque comenzó su discurso con un pequeño chiste que el grupo siempre hacía en casos como ese.

—Ha sido cosa del mejor espía del mundo, Max.

Por supuesto, aquello no sorprendía a Max en absoluto. El título de Adam quizá no se correspondiera literalmente con la realidad, pero sin duda era uno de los mejores en su trabajo. Aquello no hacía más que confirmar un hecho que todos conocían.

—¿Adam ha conseguido la detención? ¿En cuánto tiempo? ¿Una hora?, ¿dos?, ¿tres? Él solo, por supuesto, sin ayuda de tu inestimable sabiduría tecnológica, porque si no me lo habrías dicho en primer lugar, ¿verdad?

—No sé en cuánto tiempo, pero dice que le ha bastado una llamada telefónica.

—Supongo que eso quiere decir que la SCLI sí nos ha estado tomando el pelo. No es por minimizar la labor del mejor espía del mundo, pero si él ha podido hacerlo con una llamada, a ellos les habría costado menos esfuerzo.

—Estoy de acuerdo contigo, jefe —dijo Mei—. Pero no lo digas muy alto. Está aquí conmigo y ya sabes que le duele que no reconozcan sus méritos.

—Pásamelo, por favor.

Mientras Mei pasaba el teléfono a Adam, Max dio una profunda bocanada de aire nocturno. Se encontraba fuera de los límites de la ciudad, rodeado de prados que ahora se veían negros, pero que durante los días soleados relucirían, verdes. Con toda probabilidad los arcenes se cubrirían de lirios amarillos y las vecinas se conocerían unas a otras.

Siempre que hacía algo que no estaba del todo de acuerdo con sus principios, Max se preguntaba por qué había escogido ese modo de vida y no otro. Podría haber seguido ascendiendo en el Ejército. Era lo bastante joven y mucho más inteligente que la mayoría de los soldados de su promoción. O podría haberse casado y montado una empresa familiar. Pero no. Arcángel se cruzó en su camino, lo ayudó a ver las cosas más claras y lo maldijo con la mejor vida posible: una en la que no cabía mentirse a uno mismo.

—¿Jefe?

—Buenas noches, Adam. Oye, ¿en serio lo has conseguido con una llamada?

—Eso es. Una muy concreta, a un número que no muchas personas guardan en su lista de contactos.

—Tranquilo, no voy a preguntarte a quién has llamado. Solo quería darte las gracias. Ahora ya nos encontramos un poco más cerca de saber en qué nos hemos metido.

—Un placer, Max. Y el viaje a España tampoco estuvo tan mal. Las calles son estrechas, pero la comida es estupenda y los museos merecen la pena el viaje.

—Al final va a parecer que os habéis ido todos de vacaciones.

—Jefe, hay que encontrar a Ajmátov.

Max se sobresaltó. Se alegró mucho de estar solo en mitad de la noche, porque la mención del ruso hizo que se le fuera el color de la cara. Afortunadamente no había nadie allí que fuera testigo de que tal cosa pasó.

—Tienes razón.

—Yo tengo razón y Mei tiene un plan. Te la paso de nuevo.

Aquello empezaba a parecerse a la rueda de llamadas navideñas con la que interrumpían la cena sus familiares los 25 de diciembre.

—¿Cuál es el plan, Mei?

Mientras hablaba, Max volvió sobre sus pasos. No iba a darle tiempo de llegar a casa y de interrogar a Ajmátov por segunda vez. Los suyos iban a pedirle una reunión de urgencia y tenían motivos más que de sobra para hacerlo. Si quería obtener más información del ruso debía hablar con él de inmediato. Solo esperaba que los custodios del *cottage* no pusieran ningún impedimento.

—Tenemos que reunirnos, jefe. Cuanto antes.

—Me imaginaba que dirías eso.

—¿Dónde nos vemos? Llegaré cuanto antes.

—No importa, acabo de localizarte. Estás en una zona de cobertura restringida, ¿qué demonios pasa, Max? Estaremos ahí en una media hora. Puede que cuarenta y cinco minutos.

Max colgó de inmediato y echó a correr en dirección a la casita. De noche, ni siquiera el bucólico edificio parecía el refugio de cuento de hadas que simulaba ser. Al contrario, la sombra de los parterres y las vigas de madera oscura daban una sensación ominosa.

Llamó a su contacto en la compañía. Sabía que no era una buena idea, que a esas horas estaría durmiendo, pero era el único modo que había de que volvieran a dejar que entrara. Según sus cálculos, Ajmátov seguiría en quirófano durante un buen rato, lo que quería decir que esa sala permanecía aislada. No habría allí ningún inquilino nuevo.

Su contacto contestó el teléfono con la misma amabilidad que si fueran las once de la mañana. Ni siquiera se refirió al aumento de tarifa directamente. Al

parecer, él estaba por encima de ese tipo de detalles administrativos.

Un hombre de edad indeterminada vestido con un pijama arrugado y una bata de estar en casa le abrió la puerta. Luego lo dejó solo.

La segunda puerta, la que daba al quirófano de Ajmátov, se abrió sin ningún problema. La luz seguía siendo implacable e hizo que Max entrecerrara los ojos para acostumbrarse a ella. La oscuridad del exterior era tan absoluta que las pupilas necesitaban un momento de adaptación. Pero cuando los abrió todo estaba exactamente igual a como lo había dejado. Un médico se ocupaba de la entrepierna del ruso. Al parecer, reconectar los vasos sanguíneos era más difícil que seccionarlos.

Max ni siquiera se preguntó si lo que estaba haciendo podía considerarse correcto. Sabía que no lo era, pero le daba lo mismo. No iba a poder retener a su prisionero durante mucho más tiempo. No iba a poder ocultarle a su equipo que lo tenía allí. Algo que jamás debió haber hecho.

Respiró hondo hasta diez veces y trató de aclarar sus pensamientos: ¿Por qué había negado a sus compañeros, a sus amigos, a gente en cuyas manos ponía su vida siempre que era necesario, la posibilidad de vengar la muerte de Arcángel? Ellos, los tres, tenían el mismo derecho que él. Arcángel y la maldita temporada en el Averno los había convertido en lo que eran. Y Max lo sabía, así que, ¿por qué se había comportado como un completo imbécil?

¿Por orgullo? ¿Por qué el ruso lo había vencido en San Petersburgo y quería limpiar lo que él consideraba una mancha en su expediente, por otra parte, en absoluto impecable? No, el error en Rusia había sido responsabilidad tanto de Mei como suya. Y el ego de Max, aunque existía, no solía empujarle a cometer ese tipo de estupideces.

¿Por venganza? ¿Porque Ajmátov le dio una buena lección en Manor House? No. Aquello tampoco tenía sentido. Había salido victorioso de aquella prueba. Tan victorioso que, de hecho, era Oleg el que estaba siendo sometido

a una operación para volver a pegarle el pene.

¿Por sentimentalismo?, ¿egoísmo? ¿Por qué?

—Pisa tierra.

La voz de Arcángel, tan largo tiempo añorada, se abrió paso entre la maraña de pensamientos que lo asaltaban sin ningún orden.

—Pisa tierra, Max.

Sí, esas eran las palabras favoritas de Arcángel cuando se dirigía a él, y que Max las pronunciara no había distraído al doctor que operaba a su prisionero.

Arcángel le ordenaba que pisara tierra cada vez que sus pensamientos se iban por derroteros que no podía controlar. Cuando se enfadaba y la ira se volvía inmanejable. Pero también cuando sentía una alegría exacerbada. Pisa tierra era un comodín con el que su profesor, el gran maestro, había modelado su carácter. Lo cierto era que, aunque no quisiera confesarlo, en ocasiones se sentía perdido.

Era esa sensación de pérdida la que quería evitar a toda costa. Por eso necesitaba solucionar aquello él solo, sin la ayuda de su equipo. Porque si lograba dar con el culpable de la muerte de Arcángel restauraría el equilibrio en su vida. Y lo habría hecho gracias a su esfuerzo. Lo que quería decir que había recuperado el control.

—Pisa tierra, Max. Nadie tiene el control absoluto sobre su propia vida. Ni tú ni tus compañeros, ni Mei.

Max no estaba seguro de si estaba recordando una conversación con Arcángel o si la estaba inventando. En cualquier caso, lo tranquilizaba. Y necesitaba encontrar algo de calma con tanta desesperación que no le importó que el doctor pensase que estaba loco por hablar consigo mismo, en voz alta, en medio de una sala en la que poco tiempo antes había estado torturando a un ser humano. ¿No se trataba de eso? Max no tenía ningún control sobre lo que

ese médico en concreto fuera a pensar de él, luego, ¿por qué preocuparse por ello?

—Eso es, Max. No hay nada relativo a mi muerte, o a cualquier otra cosa, que deba preocuparte. No podemos cambiar el pasado, solo podemos aceptarlo, comprenderlo y tratar de no repetirlo. El control es una ilusión. Una ilusión peligrosa y traicionera. Hace que te aferres a ideas falsas porque esas ideas te dan seguridad. La seguridad no existe.

—No, no existe. Pero estás tan seguro de eso, Arcángel, ¿no es eso una maldita contradicción?

Capítulo 30

Escuchar las voces que se presentaban por sorpresa en su cabeza no siempre era una solución. Arcángel había sido un buen orador, un buen contrincante en debates de pensamiento. Pero Arcángel no vivía oculto en la materia gris de Max, así que Max podía rebatir sus teorías sin caer en la cuenta de los agujeros que poblaban las suyas.

Por eso sacudió la cabeza y se centró en lo que tenía delante de los ojos. El control podía ser una ilusión, pero a él le parecía muy real. Y sabía lo que necesitaba que esa realidad le diera.

—Doctor, necesito que despierte a su paciente.

Con tanta parsimonia como si Max le hubiese pedido un café después de limpiar la cafetera y pasada la hora de cerrar, el médico contestó que no era posible.

—La operación no ha terminado, señor. Pero si es lo que desea, lo despertaré. No garantizo el éxito de la intervención cuando la retomemos. Por otra parte, este hombre estará sedado durante algunas horas.

—No lo entiende, doctor. Le agradezco sus explicaciones, pero es imprescindible que mi invitado despierte ahora mismo. No me importa lo que le dé. Siempre y cuando esté consciente, usted puede seguir con lo suyo.

Max no podía creerse que acabara de llamar a Ajmátov su «invitado». Aquellas eran las normas del servicio, por supuesto, pero no creía que fuera capaz de recordarlas. No en el estado emocional en el que se encontraba.

El médico no contestó. No volvió a negarse a hacer lo que le pedían ni le explicó que podría usar una droga experimental bajo la responsabilidad del propio Max. No añadió una sola palabra más. Se limitó a inyectar una sustancia translúcida en una de las vías de Ajmátov y siguió trabajando.

Max tampoco preguntó qué había hecho el hombre, porque lo que hizo era

evidente: había cumplido sus órdenes. Sin bromas, sin chistes, sin cuestionarlo, sin ningún tipo de emoción. Al menos ninguna que Max pudiera reconocer. En eso consistía pagar por un servicio. No tenía nada que ver con la amistad, pero desde luego, Max no iba a quejarse de su eficiencia.

Ajmátov abrió los ojos despacio. Al fin y al cabo estaba saliendo de un sueño profundo. No cabía esperar que se despertase con un nivel de alerta normal. Max se dijo que tampoco estaba tan mal si era capaz de reconocer ese hecho sin perder absolutamente la paciencia. Le dio un poco más de tiempo antes de hacerle la primera pregunta. No le gustaba la idea de interrogarlo con el médico presente, pero no disponía de más tiempo. Si Mei había logrado localizarlo, no tardaría en averiguar que se encontraba dentro de la casa.

Precisamente por eso Max fue directo, incluso expeditivo.

—Todavía estás ahí y todavía no han terminado de «repararte», Ajmátov, así que escucha con atención y no juegues conmigo.

—¡Pero qué cojones...!

—Precisamente los tuyos son los que están sobre la mesa. Así que escúchame con atención. Te haré la pregunta las veces que sea necesario.

Max cogió al ruso del pelo y lo obligó a que levantara la cabeza. Cuando se aseguró de que había visto perfectamente al médico lo soltó. El ruido del cráneo contra el metal resonó en toda la sala.

—Este hombre es un profesional. Como tú y como yo. O al menos como yo. Le he pagado para que te cosa, y te coserá. Pero no moverá ni un dedo por ti en ningún otro sentido, así que no creas que obtendrás ayuda por su parte. Tú y yo estamos solos en esta habitación. Así que escucha.

Parecía que por fin el ruso se tomaba en serio las palabras de Max. Al menos así lo mostraban sus pupilas dilatadas por el miedo, aunque la dilatación también podía deberse a la droga que le habían suministrado para que estuviera consciente sin sentir dolor.

—Ya te lo he dicho. Te haré la pregunta todas las veces que sea necesario. Hasta que me des una respuesta que me guste. No te pondré la mano encima más allá de la cintura, porque los profesionales necesitan poder realizar su trabajo. Tú y yo sabemos mucho de eso, así que respetaremos la tarea de este hombre. —Max señaló al médico una vez más.

Ajmátov miraba alternativamente al hombre con el traje verde de hospital y a Max.

—Cornell, joder, Cornell. ¿Me están operando y me has despertado? ¿Te has vuelto loco o qué? ¡Me voy a morir, joder!

—¿Es la SCLI la responsable de la muerte de Arcángel?

—¡Y yo qué sé! ¿Cómo...?

Ajmátov no pudo terminar la frase. Un puñetazo en la barbilla hizo que se le abrieran las encías allí donde la cura no había sellado del todo. El ruso no sintió dolor, pero sabía cuáles serían las consecuencias de dos o tres golpes parecidos. Giró la cabeza hacia un lado y escupió sangre. Mucha más de lo normal tras un puñetazo así. De modo que, o bien Max lo había golpeado con una dosis extra de fuerza, o bien las extracciones y reconstrucciones por las que había pasado le dejaron algún tipo de secuela.

—¿Es la SCLI la responsable de la muerte de Arcángel?

—Que no lo sé, joder. No te estoy mintiendo, Cornell. No lo...

Ajmátov tampoco terminó esa frase. Pero no fue por un segundo golpe de Max, sino por lo que veía detrás de él: dos hombres, a uno de los cuales conocía gracias a su red de contactos, y una mujer china corrían hacia la camilla. La mujer empuñaba un arma con silenciador y la apuntaba en su dirección, pero no hacia Oleg, sino hacia Max. Se detuvo, equilibró el peso del cuerpo entre las dos piernas y disparó. Acertó a Max en el cuello, pero no con una bala, sino con un dardo tranquilizador.

—¡Joder! ¡Habéis disparado a vuestro jefe! Joder, si me hace eso a mí

alguien de mi equipo, lo mato.

Ajmátov estalló en carcajadas. Se movía tanto que el médico tuvo que depositar el instrumental en una bandeja, como no, metálica.

—A no ser que quieran hablar con este caballero, señores, volveré a sedarle.

Mei se tapó la boca con la mano para no contestar una inconveniencia. Fue Dylan el que sacó a relucir su educación británica y dio permiso al hombre para terminar su trabajo de una vez.

—Hay que llevarse a Max de aquí —dijo Adam.

—Efectivamente. Pero ¿a dónde? Cuando despierte puede que no nos mate, como ha dicho este descerebrado, pero no va a estar precisamente feliz por lo que ha pasado —contestó Mei.

—Llevémoslo a su casa —propuso Dylan.

—Puede que no sea buena idea. Ese portero, James. Si lo ve inconsciente es capaz de llamar a la policía. Por lo que he oído, es mejor guardián que un perro.

—Es mejor que un perro —dijo Max entre dientes. La voz le salía pastosa, con dificultad.

—¿Cómo puedes estar consciente con lo que te hemos metido? —preguntó Mei.

—Semiinconsciente. Pero no os metáis con James. Llevadme a casa y os lo cuento. Os lo contaré todo.

El efecto de las drogas de Charles había durado un poco más de lo esperado, después de todo. Max pasó el viaje de regreso envuelto en una bruma a medio camino entre el sueño y la vigilia. Aunque en realidad no sabía si lo agradable de la sensación se debía al efecto de los químicos o a saber que su equipo seguía confiando en él. O al menos, apreciándolo lo suficiente como para salvarle la vida.

Cuando llegaron a Mayfair, James parecía estar esperándolos. Max no estaba en condiciones para apreciarlo en ese momento, pero Mei le confirmó, al día siguiente, que parecía no haber dormido en toda la noche.

—Como un padre que espera a su hijo despierto cuando sale de noche —añadió.

—O como un abuelo de los que crían a los nietos —propuso Max.

En cualquier caso, la preocupación de James era un motivo más para alegrarse. Parecía que, a fin de cuentas, Max también podía permitirse cometer algún error de vez en cuando. Y las personas que lo rodeaban no desaparecerían por ello.

Capítulo 31

Por la mañana James les subió el desayuno de la tienda favorita de Max, donde solía parar cuando volvía de correr. Aquella que tenía la culpa de que la vecina del segundo piso jamás fuese a interesarse por él. Adam hizo café en una cafetera italiana que Max no utilizaba desde hacía años y Mei se acercó a un *off-licence* para comprar la prensa del día. Los acontecimientos de la noche anterior llegarían a los periódicos completamente distorsionados, estaban seguros de ello, pero llegarían. Sobre todo después de la cobertura televisiva de la detención de los dos magnates de la construcción. La prensa no podía dejar pasar la oportunidad de explotar la noticia.

—El *Evening Standard* abre con las detenciones y el escándalo sexual, pero en la página diez menciona una muerte, y leo textualmente —dijo Mei—: «... especialmente cruel y violenta. El cuerpo de un ciudadano proveniente de la Europa del Este, posiblemente relacionado con el tráfico de drogas, ha sido hallado flotando en el Támesis. El cuerpo permanece sin identificar. Fuentes policiales han informado a este diario de que algunas partes del cadáver, como los ojos y algunos dedos de los pies, habían sido seccionados en lo que parece la firma de una banda que opera en el sur de la ciudad. La Policía dedica a la resolución de este caso un gran número de efectivos».

Junto al artículo había una fotografía del río a su paso por London Bridge, donde algunos turistas de gustos peculiares disfrutaban de reproducciones en cera de los asesinos más violentos de la historia británica. La publicidad del *London Dungeon* parecía un buen adorno a una historia tan macabra como absolutamente falsa.

—Pero no os dejéis sorprender por una nota de prensa tan escueta.

—Al menos hay que reconocer que alguien se ha esforzado por darle verosimilitud —dijo Dylan.

—No quiero meterme contigo, Dylan, pero cualquiera que se meta en Internet descubrirá que ninguna banda firma cortando dedos de pies y sacando globos oculares.

—No voy a discutir contigo hoy. Sigue leyendo.

—De acuerdo, pasamos a *The Sun*, claro ejemplo de la prensa seria que caracteriza a este país.

Mei echó un vistazo a Max antes de seguir leyendo. Parecía en buena forma. Seguro que seguía tocado por lo sucedido, pero incluso tenía fuerza para sonreír, así que parecía que las cosas se solucionarían.

—Bien, *The Sun* habla de un «deplorable comportamiento de los aficionados al fútbol en una final entre el Real Madrid y el Barcelona».

—Bueno, al menos en mi caso han acertado con el escenario —dijo Adam.

—No cantes victoria, Adam. Esto sigue: «En un arranque de violencia futbolística como no se ha visto desde los fatídicos años 80, los grupos radicales Ultras Sur, aficionados del Real Madrid, y Boixos Nois, aficionados del Fútbol Club Barcelona, han protagonizado escenas bochornosas que han dado la vuelta al mundo. Tras arrojar botes de humo al terreno de juego y agredir a varios jugadores y al árbitro, estos radicales españoles comenzaron una batalla campal en la grada que terminó con la hospitalización de varios aficionados y el fallecimiento de uno de ellos, Jaime Peñafiel, cuyo cuerpo fue encontrado bajo los escombros del palco de honor del estadio». Y ahí termina este hermoso y ficticio artículo.

—Os juro que no entiendo cómo se permite que estas cosas se publiquen. Se trata de un caso claro de que todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

—Lo sentimos mucho, Adam. El noble arte del secuestro discreto jamás llegará a las páginas de los periódicos —dijo Mei—. Pero vamos a ver qué pasó en la India, porque creo que el caso de Adam también roza la ciencia

ficción.

—No es necesario que lo leas, Mei, de verdad —pidió Dylan.

—Claro que sí. Tenemos que ser muy conscientes del nivel periodístico del país. Así que escuchemos a estos adalides de la verdad y la información. Pero escuchémoslos a ellos, y no a mí. Tengo un video de Channel 4. Os lo pongo.

La pantalla del móvil de Mei era lo bastante grande como para que todos pudieran ver la cara de circunstancias de la presentadora de las noticias, que parecía sufrir ella misma la gravedad de los hechos.

«Hace apenas dos días, en la localidad india de Nueva Delhi, un evento que anunciaba glamour, joyas y un ambiente distendido, se vio truncado por las fuerzas de la naturaleza. Un terremoto sacudió el centro de la ciudad y sepultó, bajo toneladas de cemento, a un centenar de personas. Entre ellas se encontraba el empresario francés André Feraud, conocido por sus numerosas obras benéficas. Las autoridades de la India no han dado todavía por finalizadas las tareas de rescate, pues se espera encontrar supervivientes. Perros policía y efectivos del cuerpo de bomberos recorren la zona incansablemente.

En ese momento Mei pausó la reproducción.

—Bien, ¿qué os parece?

—Falta un terrible suceso, Mei. ¿Nadie informa de lo ocurrido en Costa Rica? —preguntó Max.

—Claro que sí. Y es el mejor relato de misterio y romance que vais a oír hoy. Por eso lo he dejado para el final.

—Adelante, pues.

—Esto —dijo Mei mostrando un recorte de periódico— es una noticia aparecida ni más ni menos que en *The Times*. Verán, caballeros, que mi acción la recoge una publicación sin tacha, de fama mundial y reputación impecable.

—Nos queda claro, Mei. Tú juegas en primera y los demás en categorías inferiores.

Mei rio con ganas. Hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien.

—«Los responsables de comunicación de la cadena hotelera Four Seasons han informado a la Policía costarricense de un crimen cometido en uno de sus hoteles. Al parecer, el ciudadano de origen armenio Naveen Jarrah fue encontrado asesinado en su *suite*. En las horas previas a su muerte se le vio cenando con una mujer de apariencia árabe. Según declaraciones de los camareros del restaurante, la pareja había disfrutado de unas vacaciones tranquilas. Parecían llevarse bien y nunca se les vio discutir. La presunta asesina ha desaparecido y se encuentra en estos momentos en busca y captura».

—La verdad —dijo Max—, es que no sé si todo esto me da pena o me enfada. La gente compra la prensa para informarse, y no sabe que una gran parte de lo que lee son mentiras descaradas.

—O lo saben, Max, pero lo pasan por alto. La verdad es un bien muypreciado, pero también muy pesado —dijo Dylan.

—Creo —cortó Mei— que citar a Arcángel no nos ha traído nada bueno a ninguno de los tres.

—Tienes razón, pero es difícil deshacerse de los hábitos arraigados.

Epílogo

—¿Entregarás a Ajmátov a la SCLI?

Max llevaba un rato dándole vueltas a ese asunto. Por eso, aunque sus niveles de tensión y frustración habían descendido, no participaba en la diversión tanto como el resto de su equipo.

—Sí. De hecho, ya he avisado dónde está y cómo está.

—¿Y crees que es una buena idea? —Adam sonaba verdaderamente preocupado.

—Ya sé lo que estás pensando. Lo último que Ajmátov sabe de mí es que creo que la SCLI mató a Arcángel. Podría utilizar esa información en mi contra, pero no creo que lo haga. Si he llegado a conocerle, aunque solo sea de manera superficial, lo que he aprendido es que es un hombre mezquino de ideas pequeñas. Posiblemente eche la culpa a la propia SCLI de lo que le ha pasado.

—Me parece —dijo Mei— que eso es confiar demasiado en la suerte.

—De todas maneras no sé lo que la SCLI quiere de él. No sé si van a matarlo, si van a sobornarlo... Sea como sea, mientras esté con vida será una amenaza para mí. Eso es un hecho. Tampoco es el primero.

—Los nuestros no nos darán tantas preocupaciones, jefe.

—Esa —dijo Max— es la diferencia entre un trabajo bien hecho y una chapuza.

—Tendrías que haber visto la cara del francés cuando le ofrecí dinero. Creyó que le tomaba el pelo. Es un personaje tan estirado que se sintió ofendido —dijo Dylan.

—Naveen estuvo encantador, la verdad. Cogió el dinero y prometió desaparecer.

—¿Y dejaste que te hablase con esa insolencia? Muy poco propio de ti,

Mei —dijo Adam.

—Ya le había vencido. Me pareció divertido dejarle marchar pensando que me había dejado con la boca abierta.

Max los oía hablar y se daba cuenta de que, por mucho que desdramatizaran, por mucho que bromearan, la conversación escondía un fondo oscuro. Hablaban de personas que mataban por dinero y a las que ellos habían pagado para que dejaran de matar. Arcángel tenía razón en que el control sobre la vida era una ilusión. Sin embargo, había personas que ejercían un poder férreo sobre la muerte de otras. Sin más motivo que asegurarse una vejez cómoda o una vida de lujos. Y esas personas podían tener escrúpulos, como él mismo, o no tenerlos, como Ajmátov. Pero una vez que se entraba en el círculo de la muerte y el dinero, salir era imposible. Salvo si se salía muriendo.

Los hombres a los que habían retirado temporalmente del negocio disfrutarían de unas vacaciones. Pero volverían a hacer su trabajo antes o después. Porque sí, porque para dedicarse a lo que Max, y Adam, y Mei, y Dylan hacían, había que llevarlo en la sangre. Y eso le asustaba y lo desestabilizaba más que cualquier enemigo que pudiera hacer a lo largo de su carrera.

Estar hecho para decidir sobre la vida y la muerte... ¿De verdad estaban hechos para ello o los habían programado en determinado momento para estarlo? Max sabía que el objetivo de Arcángel era modelarlos a su imagen y semejanza, como un pequeño dios del entrenamiento paramilitar, la filosofía oriental y las artes marciales. También sabía que antes que con su grupo, Arcángel había trabajado con otros. La lógica decía que no había muchas posibilidades de que el maestro percibiera el vínculo de la misma forma que los alumnos. Pero dicho vínculo existía para Max. Y también para Mei, Dylan y Adam. Debía procurar no olvidar eso. Que la realidad, al menos esa

realidad, era la misma para los cuatro.

En cuanto a su relación con Nefilim y la SCLI... No había decidido nada. Los mantendría en «cuarentena». Seguía convencido de que ellos tuvieron mucho que ver en la muerte de Arcángel. Solo necesitaba paciencia y calma para demostrarlo. Y volver a ganarse su confianza.

La venganza llegaría después.

Amenaza

Capítulo 1

Todos los lunes eran iguales, o eso pensaba Aurora mientras se lavaba los dientes después de desayunar. Después de un fin de semana discreto, pero fin de semana de todos modos; el suplicio de madrugar para llegar al trabajo una hora antes de tiempo resultaba casi insoportable. Ella trabajaba en una oficina en el norte, en Campo de las Naciones, pero vivía en el sur, en Carabanchel. Lo que significaba que debía recorrer la ciudad de cabo a rabo. Lo hacía con resignación. Empleaba la M-40, una carretera de circunvalación más moderna que la M-30 y que, en teoría, sufría menos embotellamientos. Pero solo en teoría. La realidad era que a las ocho de la mañana el tráfico se detenía en el nudo sur y no había manera de llegar a tiempo a ninguna parte.

Por eso Aurora se levantaba a las seis, en lugar de a las siete. Dormía una hora menos, pero se aseguraba un tráfico limpio hasta el edificio acristalado en el que trabajaba, en la calle Mahonia, frente a una sucursal de El Corte Inglés que se llevaba buena parte de su sueldo. Llegaba hora y media pronto, así que entraba en una cafetería donde todos se conocían. A esas horas solo desayunaban los que preferían madrugar a sufrir los atascos. Incluso habían salido en los periódicos. La noticia dio un par de vueltas por Internet, pero nada había cambiado. El tráfico seguía siendo un espanto y, como cada lunes, Aurora salía de casa con dos horas de antelación para no llegar media hora antes. Era de locos.

Ese día, al menos, tenía algo más que hacer. Antes de desayunar se acercaría al cajero. Había tratado de consultar sus cuentas en Internet, pero la página web de su banco no funcionaba. Quería comprobar que le hubieran devuelto el importe de una compra *online*. Nada demasiado costoso. Pero a Aurora le gustaba tener en orden sus finanzas. Con ello en mente, salió de casa y se metió en el coche.

En otro lugar de Madrid, en el barrio del Pilar, Benito había madrugado más que de costumbre por los mismos motivos. A esas horas solo pisaban las calles los trabajadores con mala suerte y los corredores vestidos de colores chillones con ropas ajustadas. A él le habría encantado quedarse en la cama un par de horas más, pero le esperaba un día duro. Por eso se levantó más temprano que nunca. Así había evitado el mal humor de su mujer y la pereza de los niños. No entendía cómo podía tener unos hijos tan perezosos.

Con el sueño pegado a los párpados y sin tomar siquiera un café, Benito había emprendido el camino hacia el cajero automático más próximo. Debía sacar novecientos euros de su cuenta personal y distribuirlos en tres cuentas diferentes: la de autónomos, la de ahorro y la de pagos. Al principio le pareció buena idea dejar su trabajo de siempre para dedicarse a su pasión, el tatuaje, pero los impuestos se lo estaban comiendo vivo.

El lunes no había hecho más que empezar y Benito ya se encontraba con las primeras dificultades. El maldito cajero le había devuelto la tarjeta tres veces. Además, contra toda probabilidad, se estaba formando cola tras él. Al menos dos personas resoplaban, con impaciencia, a su espalda. Aquello sí que era raro. Allí no solía aparecer nadie hasta las ocho y media por lo menos. Pero ahí estaban, una chica joven y un hombre mayor que él. Los dos tenían prisa, Benito también, así que volvió a meter la tarjeta en la ranura una vez más. El mensaje de la pantalla seguía siendo el mismo: «No podemos atenderle en este momento, diríjase al cajero más próximo».

—Oye —dijo el hombre— ¿Te importa darte un poco de prisa?

Benito no contestó.

Raquel vivía en Argüelles y los domingos siempre dormía mal porque los estudiantes, como era ya de costumbre, acababan sus fiestas demasiado tarde. Así que los lunes, por lo general, estaba de un humor de perros. Y ese lunes en particular la cosa empeoraba. Eran ya las siete y veinte y había probado sacar

dinero en tres cajeros de su entidad. Todos ellos se negaban a darle dinero, y lo necesitaba para comprar el abono transporte. Por algún motivo las máquinas expendedoras del metro no leían la banda magnética de su tarjeta desde hacía semanas. Se recriminó en silencio por no haber solicitado una nueva. De todos modos, era una chica práctica, así que cogió el móvil y buscó el cuarto cajero. La aplicación de Google le devolvió una dirección a un cuarto de hora caminando. Llegaría tarde a la oficina, seguro.

Apretó el paso por la calle de la Princesa, una arteria comercial que siempre se encontraba atascada. Le pareció que era demasiado temprano, de todas formas, para que hubiera tanto tráfico. Incluso había demasiada gente en las aceras. Todos parecían desorientados, como ella, aunque no se diera cuenta de esto último. En su cabeza la escena se parecía a una de esas historias posapocalípticas en las que el mundo ha terminado y los supervivientes se lanzan a las calles. Aunque, claro, no había explosiones ni saqueos. Lo que sí había eran grupos de personas arremolinadas en los cajeros automáticos.

Convencida de que la estrategia que siguió hasta ese momento no daría resultado, se decidió a parar un taxi. Le molestaba lo increíble pagar para ir al trabajo, pero si se lo tomaba como una especie de inicio lujoso de la semana, lo soportaría. Cualquier cosa antes que aguantar las miradas impertinentes de la encargada.

Raquel levantó la mano y la mantuvo en alto un buen rato. Hasta que uno de los pocos taxis libres que quedaban a aquella hora se detuvo junto a ella.

—Si me va a pagar con tarjeta, no la llevo, señora, que ya he tenido bronca hoy con dos porque el datáfono no funciona. ¡Y son las siete y media de la mañana!

Mario llevaba diez minutos discutiendo con el taxista, un muchacho joven, pero que ya se sabía todos los trucos del oficio. Estaba seguro de que no

quería cobrarle con tarjeta porque pretendía evitar las comisiones bancarias. Pero Mario conocía sus derechos y sabía que podía exigir el pago con tarjeta, así que se mantenía en sus trece.

—Mire, caballero, le he dicho que el datáfono está estropeado. No me da señal. Si quiere se lo paso y lo comprueba usted mismo.

—Es que yo no tengo que comprobar nada —dijo Mario—. Yo lo que quiero es que me cobre, porque tengo una reunión a primera hora y necesito prepararla. Me he levantado antes, precisamente, para que no me pasara esto, así que hágame el favor y no me ponga las cosas difíciles, que solo estamos a lunes.

El taxista resopló, entre aburrido y desesperado.

—¿Qué se cree? ¿Que no le quiero cobrar la carrera? ¡Que yo vivo de esto, señor mío! Pero si el chisme no funciona, pues no funciona.

—Pues yo no tengo efectivo, así que usted verá lo que hacemos.

El chaval, joven o no, estaba a punto de perder los nervios.

—A usted lo que le pasa es que no me quiere pagar. Que ya los conozco yo a los de su clase. Mucho traje y mucho iPad, pero son todos unos jetas. Me hace usted el favor y me da su DNI para que le haga una foto, que le pienso denunciar.

—¿Que le dé mi qué? ¡En todo caso, será al revés!

—El número de licencia lo tiene usted ahí, lo apunta y cursa la denuncia que quiera, pero o me da el DNI o...

El chico no acabó la frase, se dio la vuelta y alzó el teléfono móvil. De repente, Mario se vio deslumbrado por un *flash*.

—Pues mire, reconocerle se le reconoce. Ahora se la paso a los compañeros para que no le recojan a usted en la vida. Y se baja del coche, pero ya. O le bajo yo, usted verá.

Cuando se quedó solo, el chico no cambió la luz roja del techo por una

verde ni le dio la vuelta al cartel de ocupado. Todavía faltaban veinticinco minutos para las ocho de la mañana y ya se había encontrado al primer imbécil del día. Necesitaba un descanso, así que pulsó el botón de encendido de la radio del coche. A esas horas solo había programas con bromas que le daban vergüenza ajena, noticias y música. Esperaba que el conductor del turno de noche lo hubiera sintonizado en una emisora de *rock*.

Pero no, el altavoz solo emitía una estática más que desagradable.

—A la mierda —dijo y le dio un golpe al volante.

Ya que no iba a descansar ni a aislarse, se puso en marcha. No había rodado ni quinientos metros cuando se encontró atrapado en un embotellamiento como no recordaba. Lo que tenía su mérito estando en Madrid. Allí metido, sin posibilidad de ir hacia adelante o hacia atrás, se decidió a conectar la radio de nuevo.

La misma estática lo recibió, pero él ya la esperaba, así que no hubo reacción extrema. Pulsó los botones de emisoras preprogramadas. El primero le asaltó con una canción demasiado melosa, en el segundo gastaban una de aquellas bromas telefónicas sin sentido que solo se explicaban porque la gente, al final, tenía buena voluntad. A la tercera pulsación sintonizó una emisora de noticias, aunque en ese momento solo hablaban del tráfico. Como cada día a esa hora, había retenciones en el nudo sur, en los bulevares y en la M-30 y M-40. También en las carreteras que salían de la ciudad hacia los municipios del norte. Nada nuevo bajo el sol.

Hasta que una voz femenina que no solía participar en ese programa se disculpó por la interrupción. El taxista subió el volumen. No se consideraba un tipo morboso, pero si interrumpían el programa por una noticia debía de tratarse de algo importante. Además, el atasco no avanzaba y él empezaba a perder la paciencia. Le vendría bien distraerse.

Rosa salía de su trabajo de limpiadora en la oficina a pie de calle de una

compañía de seguros. Llevaba puestos los cascos y la radio conectada, pero eso no le impedía ir mirando a todas partes como si un gato montés fuese a salir de detrás de cualquier esquina para lanzarse sobre ella. Era una mujer fibrosa y enérgica, con cara de pocos amigos. La mayoría de sus conocidos se burlaban de ella porque decían que su expresión siempre hosca daba miedo. Y aun así la habían atracado tres veces en los últimos dos meses.

Por eso se abrazaba al bolso como si este fuera un hijo enfermo. Mientras tanto, la emisora de música clásica que escuchaba cada mañana la tranquilizaba, al menos parcialmente, con el siempre socorrido *Claro de luna* de Debussy.

Avanzaba por la calle Preciados camino de Sol, donde tomaría la Línea 1 del metro hasta Pacífico. Lo hacía todos los días. Así veía los escaparates cuando la zona peatonal todavía no había sido invadida por los turistas. Pero ese lunes había demasiada gente. Rosa agarró el bolso con más fuerza y se lo pegó más al costado. Se clavaba las hebillas de adorno, pero le daba igual. No es que fuera hora para una manifestación. A los perroflautas esos no les gustaba madrugar. Si acaso trasnochar. Rosa los había visto muchas veces, borrachos perdidos, con sus pantalones bombachos de colores y sus perros famélicos.

Pero se fijó un poco más y se dio cuenta de que la mayoría de la gente se juntaba cerca de los cajeros y vestía de un modo que a ella le parecía normal. Trajes oscuros, faldas y vestidos decentes. Algo pasaba. Con el bolso tan cerca que parecía una segunda piel, Rosa se aproximó a uno de los grupos, para ver qué pasaba.

Para Jorge, lo que fuera que estuviera sucediendo era una bendición del cielo. Su costumbre era empezar a trabajar a eso de las once de la mañana, cuando los turistas salían de los hoteles y los empleados se tomaban sus veinte minutos para el café de la mañana. Los unos se distraían y los otros estaban

más relajados, así que su trabajo de carterista resultaba mucho más sencillo. Pero aquel lunes era especial. Las calles estaban llenas desde bien temprano. Eran las ocho menos cuarto y una turba de personas enfadadas revoloteaba frente a las puertas de los bancos, que todavía tardarían tres cuartos de hora en abrir.

Jorge echó un vistazo a Rosa, que le pareció la víctima perfecta. Según su experiencia, las personas que se ponían la careta de duras eran las más frágiles. Pero se veía, por su gesto, que alguien había tenido la misma idea no hacía demasiado tiempo. No se preocupó. La calle estaba llena de gente cabreada. Muy cabreada. Y las emociones extremas los volvían descuidados. Así que Jorge dejó los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y examinó a los transeúntes. En aquella «manada» de posibles víctimas lo más bonito era escoger a la gacela más lenta. Como hacían los leones en la sabana.

El escogido fue Óscar, un chico de pelo oscuro muy corto y vaqueros caros. No llevaba traje, sino una sudadera que se le arrugaba a la altura de la cintura. Eso evitaba la necesidad de deslizar la mano en su chaqueta o levantarle el faldón para alcanzar el bolsillo de atrás. No, el bulto de su cartera resultaba más que evidente.

Óscar se había acercado a aquella oficina de la antigua Caja Madrid, y no a otra, porque la estación del metro de Sol tenía conexión directa con su trabajo. Estaba enfadado, como todo el mundo a su alrededor. Algunas personas comenzaban a increpar a las puertas cerradas. Él no, todavía no, aunque no le faltaba mucho.

Intentaba respirar hondo para calmarse, pero era imposible. Estaba harto de los problemas con las tarjetas y los cajeros. Y aquella vez parecía todavía más grave. Si no, toda aquella gente no se habría reunido allí de manera espontánea.

Óscar estaba enfrascado en esos pensamientos, y de vez en cuando, echaba

un vistazo al reloj. Las ocho menos cinco. Llegaba tarde, seguro. Se encogió de hombros y entonces lo notó. Un contacto demasiado sutil para ser involuntario. Se dio la vuelta y vio a Jorge. Llevaba su cartera en la mano.

—Hijo de...

El ladrón echó a correr y Óscar fue tras él. Los dos estaban en forma y los dos poseían fuertes motivaciones para ganar esa carrera.

Jorge esquivaba a la gente, que le increpaba a su paso. Óscar lo seguía de cerca, con un poco más de cuidado. Eso le hacía perder metros poco a poco, pero de manera inexorable. En pocos segundos se encontraron ante el gran caparazón de cristal que, tras la peatonalización, ocupaba buena parte de la plaza. Ambos la rodearon. Jorge por delante, Óscar por detrás. Estaba seguro de que el ladrón se metería por la calle Carretas, para tratar de confundirse entre la gente. Por allí bajaban a mares. Pero si corría más que él, lo alcanzaría a la altura de la Real Casa de Correos. El edificio de color rosa que todo el mundo confundía con el ayuntamiento.

Tenía razón. El hombrecillo enjuto que le birló la cartera había cruzado ya al otro lado y llegado a la parada del autobús, pero no siguió por Carretas. Quizá no estaba tan en buena forma, después de todo, y además la calle era cuesta arriba. Se metió por San Ricardo, detrás del kilómetro cero. Óscar corrió más que nunca en su vida y dobló la esquina solo para encontrar al ladrón petrificado al otro lado. Miraba hacia una de las esquinas del edificio. Allí había un cuerpo. Y tenía toda la pinta de estar muerto.

En ese momento sonaron ocho campanadas que a Jorge y a Óscar jamás se les borrarían de la mente.

Capítulo 2

El País, Madrid, 08:30

La capital de España se ha despertado en medio del más absoluto caos. Los habituales atascos de la hora punta se han duplicado. El tráfico en las arterias principales de la ciudad se ha detenido. En Puente de Vallecas algunos conductores han abandonado sus vehículos e improvisado pancartas de protesta. Sin que ninguna autoridad pública ni entidad privada haya ofrecido explicación alguna, los bancos no han abierto sus puertas, los ciudadanos no tienen acceso a sus cuentas bancarias a través de cajeros automáticos o Internet y el ambiente se tensa por momentos.

Los peatones han tomado calles y plazas. A simple vista, el paisaje urbano se asemeja con cruel precisión al ofrecido durante las primeras jornadas del movimiento 15-M. Sin embargo, la actitud de aquellos manifestantes y sus reivindicaciones no se parece en nada al ambiente de furia callejera que se respira en las principales avenidas de la ciudad. El paseo del Prado, a la altura de la plaza de Colón, ha sido tomado por viandantes que se agrupan en torno a entidades bancarias y cajeros automáticos.

Algunos transeúntes, los más violentos, han comenzado a arrojar piedras contra los cristales blindados de las sucursales más representativas. La Gran Vía madrileña recibe una gran afluencia de personas de las calles colindantes. Por el momento la presencia policial es mínima. Los agentes de movilidad tratan en vano de descongestionar Cibeles y la plaza del Emperador Carlos Quinto. El intercambiador de plaza de Castilla anuncia retrasos en todas las líneas de autobús, tanto las urbanas como las interurbanas. Sorprendentemente, es en el barrio de Salamanca donde se han registrado los primeros altercados con fuego. Un grupo de personas no

identificadas ha quemado los contenedores de basura de dos manzanas. También han aparecido pintadas de corte racista y xenófobo. El caos, por tanto, es total.

COPE, Madrid, 11:00

La situación en la capital no ha cambiado en las últimas horas. Los centros de trabajo con los que hemos contactado registran unas altísimas tasas de absentismo. Se calcula que menos de un diez por ciento de los empleados han acudido a sus puestos de trabajo. Mariano Villareal, presidente de Electricidad S. A., ha declarado a esta emisora que no se tomarán represalias contra los trabajadores que no acudan hoy. Según sus propias palabras: «Quizá esa sea la primera vez que la patronal y la clase obrera navegan en el mismo barco y reman en la misma dirección. Y me consta que lo que estoy diciendo podría costarme no solo mi puesto, sino mi carrera empresarial. Pero las cuentas de Electricidad S. A. están congeladas, lo mismo que las de mis empleados. Comprendemos perfectamente el descontento y frustración de los trabajadores, y por eso no los penalizaremos. Mientras ellos luchan por los derechos de todos en las calles, nosotros lo haremos desde los despachos».

Mientras se escuchan las declaraciones del señor Villareal, el caos arrecia a pie de calle. Los antidisturbios se despliegan por las avenidas más importantes y varios helicópteros sobrevuelan la ciudad. Hasta nosotros llegan los sonidos de las aspas y las hélices. Es ensordecedor. Desde la Puerta del Sol, nuestros compañeros nos confirman que el cadáver encontrado a las ocho de esta mañana es el de don Gregorio Sanmartín, CEO del Banco Hispano Crediticio.

Recordamos que Goyo Sanmartín, como él prefería ser llamado, poseía una de las mayores fortunas de la nación. Su cadáver fue encontrado a las

ocho de la mañana, de manera casual, por dos hombres que se dirigían a sus respectivos trabajos. Según fuentes policiales, Sanmartín ha sido asesinado. El cadáver presentaba traumatismos múltiples; a consecuencia, posiblemente, de una gran caída. Se especula con la posibilidad de que sus asesinos lo empujaran desde la torre del famoso reloj que acompaña a los españoles la noche de Nochevieja. En este momento no disponemos de más datos.

El Mundo, Madrid, 15:30

Los madrileños han rodeado el Congreso de los diputados, en este momento, protegido por grandes medidas de seguridad. Nuestros compañeros nos indican que ningún portavoz del Gobierno ha hecho ninguna manifestación. Las únicas personas presentes en el edificio son los antidisturbios y los manifestantes. Aunque dada su actitud, resulta poco apropiado llamarlos así. En este momento se comportan como una turba enfurecida. La plaza de Canalejas, presidida por la estatua de Neptuno, no ha conocido una multitud mayor desde que el Atlético de Madrid, que celebra en ella sus victorias, ganase su última liga. Si esta mañana los coches no podían circular, ahora tampoco pueden hacerlo las personas.

Se han dado ya varios casos de desmayos y lipotimias. Las comisarías de Policía están saturadas, pero la gente sigue abandonando sus domicilios. Desde la propia Puerta del Sol los ciudadanos han taponado también esa parte de la calle. Los accesos traseros al Congreso tampoco son accesibles. Las vallas azules que tratan de contener a la multitud se tambalean ante la vehemencia de la ciudadanía.

Los bancos tampoco han hecho ninguna declaración acerca de la imposibilidad de ciudadanos y empresas de acceder a su dinero. Algunos grupos de opinión recuerdan ya una situación similar sufrida hace algunos

años en Argentina. La palabra «Corralito» ronda las mentes de todos, pero nadie se atreve a pronunciarla. El ambiente de campo de batalla y caos absoluto que se respira en Madrid ha trascendido ya las fronteras españolas. La prensa extranjera se hace eco de la situación y parece que las consecuencias políticas serán insalvables para el partido en el poder.

La Razón, Madrid, 17:45

Un comunicado del Gobierno español inflama aún más la llama entre la ciudadanía. La patronal entra en pie de guerra. Definitivamente, se confirma que el tan temido corralito existe. A diferencia de los conocidos casos de Argentina y Chile, el decreto gubernamental español impide a las empresas retirar efectivo de sus cuentas. Se calcula que las pérdidas asociadas a esta medida serán millonarias. Se prevé, de hecho, que algunas grandes empresas y muchas medianas y pequeñas quiebren por ello.

Lo que llama la atención en la prensa extranjera es que no hay ningún motivo, según la Comisión Europea, para que el Gobierno de España haya tomado esta decisión. Nuestras cuentas, explica Le Monde, están saneadas. Nuestra economía está en franco crecimiento y la medida, apunta The Times, es desorbitada e incluso más perjudicial que beneficiosa.

Periódicos sensacionalistas de otros países apuntan a conspiraciones económicas soterradas y a un efecto cortina de humo. Según estas publicaciones, a las que preferimos no ayudar a dar pábulo y por ello no nombramos, el corralito no es más que una táctica para distraer la atención del público del verdadero problema. En cuanto la naturaleza de ese problema ficticio, no son capaces de determinarlo.

Mientras tanto, las multitudes comienzan a dispersarse debido a las cargas policiales. El mismo comunicado del Gobierno, que anunciaba la existencia del corralito, amenazaba con declarar el estado de sitio si la

ciudadanía no regresaba a sus hogares.

De momento, la situación en los supermercados se sostiene, pero los mismos están siendo protegidos por el temor a asaltos en masa.

Seguiremos informando.

Capítulo 3

La vasta superficie de Hyde Park se despertó en calma, como siempre. El rocío refrescaba la hierba, de un verde sano como solo existe allá donde llueve con frecuencia y abundancia. Max corría, también como siempre. Iba con la cabeza llena de contradicciones y un *smartwatch* que se ocupaba de las cosas de las que él prefería no ocuparse; como su frecuencia cardiaca, el tiempo que había pasado desde la primera zancada o su nivel de deshidratación. Cuando este último subió demasiado, la muñeca de Max vibró. Había llegado la hora de realizar sus estiramientos y acercarse a una fuente a dar un trago.

Le gustaba el parque, le gustaba su barrio, aunque lo disfrutara poco. De hecho, en esa ocasión la SCLI le había dejado descansar durante demasiado tiempo. Ya llevaba casi tres meses en la ciudad y, aunque le costaba reconocerlo, empezaba a picarle el gusanillo de un nuevo encargo. Por mucho que quisiera cultivar la imagen de hombre tranquilo y centrado, había algo en Max que lo empujaba a ir más allá. Incluso cuando no había ningún sitio donde ir.

Prefirió dejar las cosas como estaban y no darle más vueltas a nada. Quedaba un trecho hasta su panadería favorita. Max se mantenía en forma porque su trabajo lo exigía. De no ser así, ya hace tiempo que se habría convertido en un treintañero barrigón. Y las culpables habrían sido aquellas empanadas. Imposible prescindir de ellas después de una buena sesión de entrenamiento.

Dejó atrás el verdor de Hyde Park para adentrarse en las calles de perfecto trazado que lo llevaban hasta su precioso edificio de ladrillo caravista, y apretó el paso. No le gustaba pasear entre edificaciones. No era claustrofóbico, pero sí prudente. Por eso prefería los espacios abiertos. Los

lugares cerrados le provocaban la necesidad de buscar una salida.

Al menos la mayoría. En el extremo opuesto se encontraba la panadería a la que se dirigía. El olor a empanada recién horneada le dio la bienvenida a su nariz desde varios metros de distancia. Y Max estaba seguro de que no se trataba de uno de esos aromas artificiales.

Empujó la puerta de entrada y sonrió de manera automática, pero dentro no lo esperaba la dependienta de costumbre, sino una joven con aspecto de no trabajar en absoluto en una tienda. Max se fijó en sus manos de uñas largas. Imposible que esa manicura soportara las horas de amasado. Ciertamente que existían máquinas que hacían los trabajos más duros, pero Shelley le había contado más de una vez que ella amasaba los productos más exclusivos. La chica nueva no había metido sus manos en harina en toda su vida.

—Buenos días —saludó Max de todos modos—. Está esto muy vacío hoy.

—¿Sí? —contestó la mujer—. No sabría decirle. Es mi primer día.

—Claro, claro. ¿Me pones una empanada de carne, por favor? De las que estén más tostadas.

La nueva dependienta miró a Max a los ojos, sin sonreír.

—Todavía no han salido del horno, pero seguro que puede esperar en la trastienda. No tardarán más que unos minutos, y así no tendrá que esperar de pie.

—No importa —porfió Max, que empezaba a sospechar lo que se avecinaba.

—Insisto, señor Cornell.

Eso no había sido un error, ni siquiera una advertencia. Se trataba más bien de un anuncio. Nefilim lo esperaba en la parte de atrás y no aceptaría un no como respuesta. Tampoco es que Max fuese a negarse a nada. Al fin y al cabo, acababa de confesarse a sí mismo que ya empezaba a ser hora de salir de Londres.

Max nunca había estado en el obrador. Se trataba de un espacio muy limpio, con azulejos blancos hasta el techo e instrumentos de panadería y repostería que, al menos en parte, tenían cierta semejanza con algunos instrumentos de tortura muy sofisticados.

Los hornos funcionaban y todas las superficies estaban relucientes. Como sospechaba, tampoco había rastro de Shelley allí. En cambio, su contacto con la SCLI lo esperaba con una amplia sonrisa.

—Reconoce, Cornell, que no esperabas esto.

Max se encogió de hombros. No le apetecía empezar uno de los juegos dialécticos de Nefilim. Estaba sudado, tenía hambre y le preocupaba el paradero de Shelley.

—No me esperaba esto en absoluto.

—Venga, Max, no seas así.

—¿Qué pasa esta vez? ¿A dónde hay que ir?

—Veo —dijo Nefilim— que sigues empeñado en no leer la prensa. Menos mal que te conozco bien y he traído algunos ejemplares. Evening Standard, The Mirror, The Times, Le Monde, Le Figaro... Echa un vistazo a las portadas.

En todas ellas se veían imágenes de muchedumbres enfervorecidas. Los rostros en primer plano aparecían congestionados por la ira. Los titulares nombraban a Madrid y España de forma indistinta.

—¿Hay que viajar a Madrid?

Nefilim parecía sinceramente decepcionado por la actitud de Max. A decir verdad, también él se sentía un poco extraño. No sabía de dónde venía el enfado repentino. Quizá de la alteración repentina de su rutina. En cualquier caso, sería mejor que lo controlara. Formaba parte de su trabajo.

—¿Hay algo de lo que deba preocuparme, Max? —preguntó Nefilim.

—Por supuesto que no. ¿Hay algo de lo que deba preocuparme yo?

Mantienes la fea costumbre de involucrar en tus juegucitos a la gente que me rodea. Resulta desagradable.

—La dependienta está bien. Iba a tomarse el día libre de todos modos. Linda sustituye a una amiga suya.

Max valoró la posibilidad de que el otro le estuviera mintiendo. Decidió que no era el caso. Después de todo, Nefilim no ganaba nada amenazando a nadie. Él necesitaba a un Max dispuesto a seguir trabajando, no a un mercenario vengativo.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué ha pasado en España, entonces?

—Te he traído la prensa, pero harías bien en no leerla. Nada, o casi nada de lo que dicen los periódicos es cierto.

—Eso dista mucho de ser una novedad, Nefilim.

El contacto de Max en la SCLI rio con ganas.

—Tienes razón. De todas formas, mi deber es decirte que en España están pasando dos cosas a la vez y no sabemos hasta qué punto están relacionadas.

—¿Solo dos?

—Eso creemos y eso esperamos.

Nefilim se había puesto serio de repente.

—Por una parte, alguien ha asesinado a un importante magnate bancario. Creemos que el crimen es solo la punta del iceberg de algo mucho más gordo.

—Hay pocas cosas más gordas que un banquero bien cebado —intervino Max. Nefilim lo ignoró y siguió hablando.

—Además, el Gobierno español ha congelado las cuentas de todos los particulares y empresas que operan en el país.

—Y supongo que ahí es donde el asunto llama el interés de la SCLI.

—Podríamos decir que sí.

—¿Y hay alguna otra cosa que podáis decir?

—Que tienes una reunión en Madrid esta misma tarde. A diferencia de

otras ocasiones, las personas que te esperan han reservado vuelo y alojamiento, nos han enviado los billetes. No tienes mucho tiempo de reacción.

—No lo necesito. Si no tienes nada más que decir, me iré ahora mismo.

Nefilim, efectivamente, no añadió ni una palabra más. Se marchó por la puerta trasera en el momento en que el horno avisaba de que el periodo de cocción de las empanadas de carne había llegado a su fin.

Max cogió una paleta y unos guantes y sacó una empanada dorada. La envolvió en un papel que carecía de distintivos y siguió al otro hombre. No le apetecía ver a la chica del mostrador.

Capítulo 4

El aeropuerto de Barajas no era, ni de lejos, tan grande como el de Heathrow, pero de todas formas parecía un hormiguero. El vuelo desde Londres solo le había tomado a Max tres horas, durante las cuales aprovechó para mentalizarse respecto a lo que se encontraría una vez aterrizase. Tenía presentes las palabras de Dylan, quien visitó Madrid hacía un tiempo y la había detestado. Según él, la ciudad era pequeña, sucia y ruidosa. Un lugar al que no deseaba volver en lo que le quedaba de vida.

El aeropuerto no le produjo a Max esa impresión. El avión aterrizó muy cerca de la terminal de llegadas, y el paseo hasta la zona de recogida de equipajes y control de pasaportes había sido muy corto.

Max no facturó ninguna maleta. Solía viajar ligero de equipaje precisamente para no tener que esperar junto a la cinta transportadora. De todos modos merodeó un rato por entre los demás pasajeros. Sus compañeros de viaje, en primera clase, no le habían dado ningún tipo de información. Se limitaron a sumergirse en las pantallas de sus ordenadores portátiles y dispositivos móviles.

Pero Max necesitaba tomarle el pulso a lo que en realidad pasaba en España. Con Nefilim siempre podía estar seguro de que algo se ocultaba tras la información aparentemente precisa que le daba. Tal y como él lo había entendido, trabajaría para el Gobierno español. Eso quería decir que tendría que vérselas con al menos dos o tres personas mucho más preocupadas por proteger sus propios intereses que los de su nación. Mentirían, le darían datos falsos y pretenderían que con eso alcanzase los resultados que ellos esperaban. Todo un reto. Por eso quería mezclarse con la gente, escucharla, conocer la situación de primera mano.

Le llamó la atención que hubiera tan pocas personas esperando sus

maletas. Desde luego, las medidas económicas del Gobierno habían tenido su efecto sobre el turismo. En la zona de recogida Max solo encontró a una familia china y un grupo de turistas, estos sí, españoles, que esperaban con aire alicaído y rostros cenicientos. Se acercó a ellos. Su español estaba un poco oxidado, pero esperaba entender lo que tuvieran que decir, si es que decían algo.

Uno de ellos observó a Max con recelo. Cuando vio que se acercaba demasiado, tomó a su pareja de la mano y se alejaron en otra dirección. El resto no pareció reparar en él, pero tampoco le fue de ninguna ayuda. Lo poco que se decían tenía que ver con el cansancio y sus deseos de que las maletas salieran cuanto antes.

Al otro lado de la puerta de salida el panorama no mejoraba demasiado. Max imaginaba que, en un día corriente, un aeropuerto como aquel debía de bullir de gente. Tanto pasajeros como empleados. Pero las únicas personas que esperaban eran algunos mozos sin mucho que hacer, puesto que la mayor parte de los carritos de equipaje estaban en su sitio, y algunos hombres vestidos con trajes baratos que portaban carteles con nombres. En uno de ellos Max leyó el suyo.

El hombre que sujetaba lo que no era más que un pedazo de papel que ya empezaba a arrugarse transmitía una gran incomodidad. Cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro, de vez en cuando se rascaba un bigote espeso y muy rubio, y observaba a los pocos transeúntes como si todos le parecieran sospechosos de algo.

Max se le acercó con la mano extendida.

—Buenos días, soy Maximilian Cornell, creo que me está esperando — dijo en español con un acento más que comprensible.

El hombre se sorprendió, cosa que demostró levantando una ceja. Ese fue el único signo de que era un ser humano. Por lo demás, su rostro recuperó su

expresión adusta y las palabras que dirigió a Max fueron pocas y medidas.

—Buenos días. Venga conmigo, por favor.

El hombre no le dio opción de caminar a su lado, así que Max se limitó a seguirlo y observarlo. No parecía un policía. Desde luego, la chaqueta no mostraba ningún bulto que pudiera corresponder a un arma oculta. Tampoco se movía con la autoridad de la que los agentes del orden solían hacer gala. De hecho, se trataba de un tipo más bien corriente, con aire aburrido. Como si nada de lo que pasaba a su alrededor le importase. Tenía todo el aspecto, pensó Max, de haber preferido estar en cualquier otra parte. Por ejemplo, de vacaciones.

—Suba en el vehículo, por favor. Puede ir detrás, pero como no está detenido, quizá prefiera viajar delante.

—Le agradezco el detalle —dijo Max mientras rodeaba el coche oficial por detrás. Se trataba de un coche blanco con las palabras Policía Municipal impresas en enormes letras azul marino. Algunas líneas amarillas decoraban el capó. A Max le extrañó muchísimo que no lo recogieran en un vehículo que llamara menos la atención. El hombre debió de notar algo en su rostro, porque no tardó en darle una explicación.

—Los oficiales son los únicos coches que la ciudadanía no asalta. Vaya usted a saber por qué o cuánto durará. Esto es una locura, aunque supongo que ahora le informarán.

Max admiró la perspicacia de un hombre que le había parecido absolutamente insulso. De hecho, le pareció un gran truco para usar en el futuro.

Salieron del aparcamiento del aeropuerto, pero el funcionario, porque Max dedujo que debía de tratarse de un funcionario, ignoró los carteles que indicaban el camino hacia el centro de la ciudad. Al contrario de lo que él esperaba, se dirigió al extrarradio. Max leyó los nombres de las poblaciones

que dejaban atrás: Valdefuentes, La Moraleja, Alcobendas y San Sebastián de los Reyes quedaron a su espalda. Durante el trayecto, a la derecha, cruzaron una fábrica de cerveza y muchas otras empresas, algunas de automoción, parques empresariales y centros comerciales. Cuando Max ya creía que el viaje no terminaría nunca, el conductor tomó un pequeño camino asfaltado pero sin señalizar y se adentró en él. A los lados se extendían edificios a medio terminar. Max dedujo que se trataba de proyectos de oficinas que la burbuja inmobiliaria había detenido en el tiempo.

El vehículo se detuvo frente a uno de ellos. La fachada estaba recubierta de cristal y, aunque no se veía ninguna luz ni había vehículo alguno aparcado en la puerta, Max supo que allí era adonde se dirigían.

Efectivamente, su guía sacó una llave del bolsillo del pantalón y, una vez cerca de la entrada, abrió una puerta de metal.

—No se preocupe, también se abre desde dentro.

Por toda respuesta, Max asintió con un gesto.

El interior del edificio no resultaba mucho más acogedor que la propia puerta. Un recibidor desangelado de paredes sin revestimiento daba paso a varios corredores oscuros en los que se había filtrado el agua de lluvia. Quizá lo único bueno era que las múltiples corrientes de aire impedían que se formase el clásico olor a humedad de los sitios como aquel.

Los dos hombres se dirigieron hacia la caja de escalera. El funcionario activó entonces la linterna de su teléfono móvil e iluminó el tramo que descendía. Max se aventuró a seguirle, sin muchas esperanzas en lo que se avecinaba. Aquel tipo de secretismo de segunda fila nunca era señal de nada bueno.

Por fin en el piso de abajo, Max descubrió una ranura de luz que se filtraba por debajo de una de las puertas. Supuso que en realidad no se trataba de una imprudencia, puesto que no parecía probable que nadie se aventurase hasta

allí. Aunque sentía cierta curiosidad por ver qué le esperaba al otro lado de la oscuridad, no hizo nada por apresurarse. Dejó que su guía se moviese a su ritmo.

El hombre ni siquiera llamó a la puerta antes de entrar.

Eso hizo que Max recibiera una primera impresión muy poco halagadora de las personas que lo habían invitado a realizar ese viaje. Tres hombres vestidos con trajes caros, que les sentaban tan mal como si hubieran sido baratos, se sobresaltaron al oír el chirrido de las bisagras. Uno de ellos medía como dos palmos más que los otros dos, el cuello de su camisa parecía flotar alrededor de un cuello muy delgado del que solo se veía la nuez de Adán. A Max le recordó a un gallo avejentado. Sus manos eran tan huesudas como las patas de una gallina, sarmentosas, secas como garras. Bien pensado, tenía todo el aspecto de un buitre en sus peores tiempos. El conductor del coche lo señaló y pronunció su nombre: Carlos Aranda.

—¿Es que nadie te ha enseñado a llamar a la puerta? —increpó.

El hombre no hizo el menor caso. Se limitó a señalar a los otros dos presentes. Dos representantes del Ministerio de Defensa. Uno de ellos se ocupaba en ajustar el largo de las mangas de su camisa. Apenas le dedicó una mirada. El tercero era un hombre corriente, incluso afable. Sonrió a Max en cuanto fue capaz de recomponer su primera expresión de sorpresa.

Por el momento, lo único que estaba claro era que ninguno de los tres deseaba ser descubierto por nadie ajeno a la operación. Si es que de verdad estaba en juego una operación de algún tipo.

—Buenas tardes, señores. Mi nombre es Maximilian Cornell.

—Yo soy la persona designada por el Gobierno español para llevar a cabo todas las conversaciones con usted.

Max inclinó la cabeza como gesto de reconocimiento. Habría preferido hablar con el hombre de la sonrisa en lugar de con el buitre, pero aquello no

era algo que pudiese cambiar, así que se dispuso a sacarle el mejor partido.

—Muy bien, señor Aranda. Estoy a su disposición.

—Seguramente está al corriente de lo sucedido.

Max asintió.

—¿Y ha leído usted la prensa española?

Hizo la pregunta señalando la superficie de la mesa que ocupaba el centro de la habitación. Max ya había visto que estaba cubierta de periódicos.

—No he tenido la oportunidad.

Max se acercó a la zona más iluminada de la habitación y notó cómo el hombre que se estiraba la camisa daba un pequeño respingo. Parecía que su presencia lo ponía nervioso.

—Bueno —comenzó el buitre antes de que Max alcanzase el primer ejemplar de un noticiario de tirada nacional—, entonces no tendré que convencerle de que todo lo que dicen es falso. Puede confiar en mi palabra. Hasta la última letra de lo que se ha escrito en esos panfletos es absolutamente falsa.

Max conocía el recelo con el que los dirigentes de cualquier país del mundo se enfrentaban a la prensa. A ninguno de ellos les hacía gracia ni la libertad de expresión ni la imposibilidad de acallar las voces disidentes. Fuera en esa sala o en cualquier otro lugar, Max tendría mucho cuidado de asegurarse de leer las noticias.

—¿Por qué está tan seguro de eso, señor Aranda?

El hombre se llevó las manos a la espalda antes de contestar. Que la pregunta no lo molestara le hizo ganar algunos puntos en el *ranking* personal de Max.

—Porque ha sido nuestro propio Gobierno el que le ha suministrado la información a los medios. La prensa internacional ha caído en nuestra pequeña trampa y le ha dado mayor difusión al asunto, lo cual nos hace inmensamente

felices porque nos beneficia.

Max no dijo nada. No podía, porque aquellos eran los clientes de la SCLI, a quienes él debía prestar un servicio que los dejase contentos. Pero, aunque callado, tenía que reconocer ante sí mismo que la actitud de aquel hombre le provocaba cierta vergüenza ajena. Se jactaba de haber manipulado a la prensa nacional y extranjera. Se jactaba de haber creado una serie de bulos que comprometían la buena reputación del país que sus superiores gobernaban. Una hazaña de Inteligencia, cuanto menos, cuestionable.

—Disculpe si no le estoy entendiendo correctamente, señor, pero hace mucho tiempo que no hablo español, así que quizá no le esté comprendiendo bien. Dice que las noticias sobre el corralito son falsas, ¿verdad? Pero ¿qué objetivo puede tener dinamitar la credibilidad internacional de su país?

—La credibilidad internacional de mi país está perfectamente a salvo, señor Cornell. Contarle esto es una delicadeza que tengo con usted porque prefiero que no pierda el tiempo investigando algo que no le conducirá a nada. Así que no se haga el listo conmigo. Límitese a no meter la nariz en las redacciones de los periódicos, porque esas cucarachas no tienen ni la menor idea de lo que está pasando.

Max comenzaba a arrepentirse de haber aceptado la misión. Le iba a tocar lidiar con un sujeto engreído y maleducado, que creía que le hacía un favor al mundo por el mero hecho de existir.

—¿Y qué es lo que tengo que investigar, según usted?

—No existe un corralito. En España no somos tan estúpidos como usted parece creer. Y permítame decirle, señor Cornell, que se gasta usted unos aires muy altaneros para dedicarse a lo que se dedica. Hasta donde yo sé, lo único que usted hace en la vida es acatar las órdenes de personas a las que no conoce para limpiar su mierda. Así que empiece a mostrarme un poco de respeto.

Max no se tomó siquiera la molestia de tratar de contener su absoluto desprecio.

—Yo ofrezco mi respeto a todas aquellas personas que demuestran merecerlo. Hasta el momento, Aranda, no has demostrado merecer más que una azotaina. Hasta donde tú sabes, tu Gobierno me ha contratado para limpiar su mierda y yo he aceptado. Dado que estás aquí, deduzco que tú eres quien tiene que darme la fregona, así que dime lo que necesito saber para que pueda largarme de aquí cuanto antes.

El hombre que se estiraba las mangas de la camisa levantó la cabeza como si alguien hubiera accionado un resorte. Echó un vistazo rápido a Aranda y luego volvió a clavar la mirada en Max, que no había apartado la suya de los ojos de su interlocutor. El buitre tragaba saliva con tanta ostentación que parecía que lo que bajaba por su garganta era un cadáver de rata. Por su parte, el hombre de la sonrisa afable parecía algo más serio, pero su rostro seguía pareciéndole a Max el más agradable de los tres.

—Señor, por favor, —Max se dirigió al de la sonrisa simpática— parece usted el menos desquiciado de los presentes; ¿podría darme la información que su Gobierno considera que debo recibir?

Este recuperó su sonrisa en un gesto que Max identificó como la clásica defensa de las personas demasiado frías y racionales. El disfraz de afabilidad era tan falso como una moneda de tres libras, pero le ganaba muchos más adeptos que su talante natural.

—Soy Israel Alonso. Lo que mi colega Aranda quiere decir es que el corralito, en realidad, es una tapadera. Una cortina de humo. El Gobierno no ha bloqueado ni una sola cuenta bancaria. Tal como explica la prensa, sería un movimiento absurdo y perjudicial. Sin embargo, señor Cornell, las cuentas sí están bloqueadas. Esa es la parte que todos los periódicos del mundo han recogido con absoluta precisión.

Max veía, por la dilatación de las pupilas de Alonso y su lenguaje corporal, que el hombre no se sentía en absoluto cómodo con la idea de dar aquella información. Así que sospechó que, bien no le contaría toda la verdad, bien lo haría de una manera sesgada. Fuera como fuese, Max debía escuchar con todos los sentidos alerta. Con toda probabilidad, lo que aquel hombre callara sería tan importante o más que lo que dijera.

—Entiendo —dijo Max para darle al otro pie a hablar por fin— que existe un motivo para dar pábulo a un engaño de estas dimensiones.

—Entiende usted bien, Cornell. Esta mañana en el Ministerio de Defensa hemos recibido un comunicado más bien desalentador. Aunque el comunicado ha sido mucho menos traumático que el descubrimiento, por parte de las entidades bancarias del país, de que no podían realizar ningún tipo de operación monetaria.

—¿Disculpe?

—Sí, los presidentes de cuatro de esas entidades se pusieron en contacto con el Ministerio de Economía durante la noche. Solo cuatro de ellos. Suponemos que Gregorio Sanmartín ya estaría muerto en ese momento. O al menos privado de libertad. Los cuatro nos comunicaron que sus empresas, y no estamos hablando de un taller mecánico, ya no estaban bajo el control de sus dueños. Por supuesto, mientras nos informaban pusieron a sus mejores informáticos a trabajar en el asunto. Hasta ahora sin resultados.

Max pensó inmediatamente en Mei. Quizá ella sí pudiera hacer algo al respecto. Pero en ese momento no se encontraba allí.

—Un grupo de trabajo formado por personas de absoluta confianza valoró el modo de minimizar los daños. Hacer público que uno o varios piratas informáticos habían secuestrado los sistemas de estas organizaciones habría sido un suicidio a todos los niveles. Por eso, para ganar tiempo, creamos la historia del corralito. Hasta este momento la tapadera ha funcionado a la

perfección. La prensa internacional cubre el incidente tal y como cabía esperar.

Max interrumpió a Alonso. Había una cosa que no terminaba de captar.

—Pero si ya lo tienen todo cubierto, ¿cuál es mi papel aquí? Ahora es una cuestión de tiempo que sus expertos recuperen el control de los sistemas.

El buitre, el tal Aranda, retomó la palabra, para desesperación de Max. En cuanto al tercer hombre, cada vez se parecía más a la caricatura de un político incompetente.

—¿De verdad es este el tipo que hemos contratado? Porque por el momento no ha dado muestras de ser especialmente inteligente. A ver, Cornell —dijo dirigiéndose a Max—. Es evidente que hay un pequeño problema que hace que las cosas estén un poco más tensas.

Ahora le explicaría, por fin, qué tenía que ver la muerte del banquero en todo aquello.

—Por amor de Dios, Carlos, cállate de una vez. «Enviado Especial del Gobierno» no es un título nobiliario. Significa que alguien te ha nombrado a dedo para hacerle los recados. Así que deja que hablen los mayores, ¿de acuerdo?

Para sorpresa de Max, el hombre que se había expresado con aquella contundencia era, precisamente, el que no había dicho nada hasta ese momento. Por lo que llevaba conociendo de ese país, los españoles ocultaban mucho más de lo que se veía de ellos al primer vistazo. Optó por callarse de momento. Aranda no tomó la misma decisión.

—Mira quién se decide a abrir la boca, por fin —gritó el buitre. En la habitación apenas amueblada, su tono de voz creó una reverberación que se le coló a Max hasta el fondo del cerebro. Por un momento deseó que toda la trama que adivinaba detrás de lo poco que le habían contado fuese obra del buitre. Así podría darle lo que se merecía... de una manera u otra.

—Carlos, Martín. No creo que este sea el momento, el lugar o el público para que resolváis ahora vuestros problemas. Estamos aquí porque hay un asunto de Estado que resolver.

El tono de voz de Alonso, pausado, casi tranquilo, era el de un padre de familia numerosa acostumbrado a tener bajo control a sus hijos. Max se preguntó si el Congreso español funcionaría así también. Un montón de personas gritando y algunas tratando de poner orden. A él siempre le pareció que la política era una especie de plaga que se soportaba por obligación. Desconfiaba de las personas que elegían esa profesión porque consideraba que a ninguna de ellas la animaban los motivos correctos. Ningún político empezaba su carrera con ánimo de servir a su país, sino para enriquecerse de manera personal.

De hecho, él se había alistado en el Ejército británico y más tarde en el americano (podía hacerlo porque tenía ambas nacionalidades gracias a sus padres), precisamente para servir a su patria, para hacer del mundo un lugar mejor. Allí, gracias a las enseñanzas de Arcángel y a su propia experiencia, todo su idealismo respecto a las naciones y los Estados se vino abajo. Como mercenario a sueldo de la SCLI no siempre podía responder de la integridad de sus misiones. Pero, por lo menos, era sincero consigo mismo y con los demás. Todo el mundo sabía lo que podía esperarse de él.

En cuanto a los tres hombres que peleaban como colegiales abusones, Max estaba seguro de que no podía confiar en una sola de las palabras que habían salido o fueran a salir de sus bocas.

—Siempre es buen momento para hacer callar a un bocazas, Alonso. Eso lo aprendí de ti —dijo Martín.

Max simulaba estar concentrado en el estado de sus uñas. Prefería no desvelar lo divertido que le resultaba todo aquello. Divertido pero también frustrante. Si Alonso no lo resolvía enseguida se temía que saldría de allí con

los mismos datos con los que había llegado; es decir, ninguno.

—En ese caso, mantén la tuya cerrada o cuando salgas de aquí no tendrás un despacho al que volver a emborracharte. En cuanto a ti, Carlos, ¿es necesario que te haga una advertencia similar o vas comprendiendo el concepto? Cornell ha venido a ayudarnos. Lo envían personas de la más estricta confianza del presidente. Vuestros egos de gallito y vuestras rencillas absurdas las dejáis para cuando yo no esté delante.

De nuevo, el tono de Alonso era tan sedoso y suave como un tejido lujoso. Y, sin embargo, envolvía un frío helado como el acero, e igualmente cortante. La sonrisa, que nunca había asomado a sus ojos, desapareció también de sus labios.

—Disculpe este espectáculo bochornoso, señor Cornell. Los españoles somos pasionales y en ocasiones eso nos lleva a perder los papeles en el momento más inoportuno. Supongo que la mitad de usted, que posee ascendencia norteamericana, comprenderá lo que quiero decir.

De hecho, Max entendió perfectamente a lo que Alonso se refería. Y poco tenía que ver con el temperamento español. Acababa de decirle a Max, de una manera tan sutil como amenazadora, que lo había investigado y que sabía quién era. Una vez más, y ya iban tres en un solo día, Max se veía sorprendido por una personalidad tan bien oculta bajo un disfraz de aparente simpleza. Se dijo que Alonso sería la primera persona a la que investigaría durante el curso de su misión. Aunque solo fuera por el placer personal de devolverle el golpe cuando tuviera la oportunidad.

—Le entiendo, señor Alonso. Yo podría decir lo mismo de la familia de mi padre. No hay nada por lo que disculparse.

Alonso asintió.

—Sigo con el relato de lo ocurrido, entonces. Los *hacker* de los que le hemos hablado, Cornell, los piratas informáticos que han secuestrado todos

los sistemas de la banca española, también se han hecho responsables de un crimen igualmente odioso. Creo que le han informado de la muerte de Gregorio Sanmartín. Él es... era el quinto CEO y el único que no contactó con nosotros anoche. Eso nos llevó a sospechar, al principio, que estaba involucrado en el ataque informático. Pero su cadáver apareció esta mañana tras el reloj de la Puerta del Sol.

—Sí, lo sabía. Es una auténtica desgracia.

A Max le pareció ver que Alonso había captado el sarcasmo, apenas perceptible, implícito en su comentario.

—El grupo de quien le hablamos se autodenomina Gerión. Amenaza con presentar los cadáveres de los otros cuatro empresarios. Uno al día, cada día, a las veinticuatro horas; si el Gobierno no cumple con sus exigencias.

Por fin Max empezaba a comprender por qué su presencia era necesaria en España en ese momento. Una cosa era un delito informático. Otra el asesinato sistematizado de las personas que, en realidad, dirigían la vida económica. Si un corralito ficticio había sumido al país en el caos, los asesinatos lo conducirían, sin duda, a la declaración del estado de sitio. Una situación que no podría sostenerse. El Gobierno no podría pagar al Ejército, el Ejército terminaría sublevándose, habría intervención internacional... No, lo mirase por donde lo mirase, la mejor manera de terminar con lo que fuera que estaba pasando era en silencio. Siendo tan discretos como permitieran las circunstancias.

—Hablamos por tanto de cuatro secuestros con amenaza de asesinato. Y los secuestradores exigen algo con lo que el Gobierno no puede cumplir.

—Entiéndalo, Cornell —dijo Alonso—. Aunque nos pidieran una nimiedad, no podríamos dársela. Ningún Gobierno puede permitirse negociar con terroristas, pero el español, menos que ninguno. No sé si sabe algo de nuestra historia, pero el terrorismo ha sido una parte importante de ella hasta

hace, literalmente, dos días. La aparición de un nuevo problema de estas características sería llover sobre mojado. Todos los Gobiernos que negociaron con ETA pagaron caro el atrevimiento. Pero es que, en este caso, la amenaza es incluso más grave.

Max no deseaba que Alonso le explicara las conclusiones a las que él mismo había llegado, de modo que lo interrumpió.

—Comprendo las implicaciones de algo así. El caos interno y el internacional. Sin embargo, sería de ayuda saber cuál es el rescate.

—No es demasiado. Solo piden trescientos millones de dólares en bitcoins. Hay fichas de jugadores de fútbol que casi alcanzan esa cifra.

Max asintió.

—Veo que comprende la gravedad del asunto.

—Así es —dijo Max.

—¿Y cree que podrá serenos de ayuda? —preguntó Alonso.

—Haré todo lo posible por encontrar a esas cuatro personas.

—Entonces ya hemos terminado aquí. Felipe le acompañará a recoger su vehículo. No podemos llevarle al centro en un coche patrulla. Espero que nuestra elección sea de su agrado. Por supuesto, no podrá sacar dinero de ningún cajero automático. Estos... —Sacó una tarjeta de visita del bolsillo interior de su carísima americana—... son los datos de una persona que le proporcionará tanto efectivo como necesite. Los precios de todo han subido muy por encima de su valor real. No será fácil saber lo que va a hacerle falta, así que no tema pedir una cantidad alta la primera vez. Unos cien mil euros deberían bastar para empezar. Procure no encontrarse con su contacto demasiado a menudo. Necesitamos que esta operación se mantenga en el más absoluto secreto.

Max solo asintió con un golpe de cabeza. Por primera vez tenía la sensación de haber visto al verdadero Alonso. Un hombre meticoloso, práctico

y sin demasiados escrúpulos, con un pozo sin fondo de dinero, seguramente de oscura procedencia. Y lo estaba poniendo en manos de un mercenario en vez de paliar siquiera de manera parcial las necesidades de los ciudadanos para los que trabajaba.

Cuando salió de la habitación, Felipe lo esperaba con la linterna del móvil encendida. Por supuesto, no iba a llevarlo por el camino que emplearon para llegar allí. Si iba a darle un medio de transporte, tendría que ir a por él a algún otro lado. Fuera no había vehículo alguno.

Tal como Max sospechaba, volvieron tras sus pasos y llegaron hasta la escalera por la que bajaron, pero no subieron por ella. Al contrario, tomaron otro pasillo, perpendicular a aquel en el que estaban. Ninguna rendija de luz que escapara de una puerta dio a Max ninguna pista de cuál era su destino final. Hasta que, un poco más adelante, un poco de aire fresco delató que llegaban a una salida. O, al menos, a una habitación cercana a la salida. No podía haber anochecido tan pronto, pero seguía sin filtrarse ninguna luz.

Felipe, en silencio, se acercó a una puerta que no estaba cerrada con llave y la empujó. Antes de apagar la linterna del teléfono buscó un interruptor y lo pulsó. Una lámpara fluorescente parpadeó en el techo antes de encenderse por fin.

La colección de coches de aquel garaje impresionó a Max más que la extraña escena de la que venía y más que la ligereza de Alonso al disponer de un dinero que, con toda probabilidad, no era suyo. Allí había vehículos clásicos, modernos, de alta gama, utilitarios... Y motocicletas. Felipe se dirigió hacia la línea de aparcamiento donde se alineaban doce modelos diferentes. Señaló una llamativa Triumph Bonneville negra e hizo tintinear unas llaves.

—Me han dicho que le dé esta. Yo creo que llama demasiado la atención, pero qué sabré yo.

—La verdad es que yo también lo creo. ¿No puedo llevarme algo más discreto? Si conduzco eso en medio de una ciudad en el estado de histeria en el que seguramente estará Madrid...

—Ya le he dicho lo que hay.

Max se preguntó si daría a lo largo del día con un español que no se comportara como si su único objetivo en la vida fuera molestarlo.

—Pero si quiere, el armario de las llaves está ahí detrás. Yo me voy y no quiero saber nada.

—Gracias —dijo Max.

—Yo no he hecho nada ni he dicho nada. Se supone que es un superespía o algo así, ¿no? Pues el armario lo ha encontrado sin ayuda, que ya es mayorcito.

—Por supuesto.

Max dejó que Felipe se fuera para que ni siquiera pudiera ver que hacía caso de su consejo. Dejó las llaves de la Triumph en el hueco vacío y tomó un llavero con el símbolo de Honda. No escogería un coche, porque ya le habían advertido. Pero había visto una Honda Hornet perfecta para moverse por cualquier sitio.

La salida del garaje tenía forma de puerta en herradura, una idea árabe perfecta para mantener en secreto lugares como aquel. Todavía no era de noche, así que Max se puso el casco que le dejaron. No tan sorprendentemente, era de la talla perfecta. Alonso había sido muy meticuloso al investigarlo. De todas formas, dejaría eso para otro momento. Ahora lo que correspondía era ver cómo se portaba su nueva compañera de misión. Para empezar, el motor ronroneaba como un gatito.

Capítulo 5

Ya en la carretera, decidió ignorar el dispositivo GPS que le habían entregado junto con la moto y que lo obligaba a acercarse un poco más al centro de la ciudad, aunque sin entrar en ella. El punto que correspondía a la dirección predeterminada parpadeaba con insistencia cerca del hipódromo. Pero Max tenía otros planes. Si iba a moverse encima de aquella preciosidad, más le valía conocerla.

Se encontraba en una zona prácticamente deshabitada y muy cerca de la sierra, así que se dirigió a la dirección diametralmente opuesta a la que marcaba su sistema de navegación. Durante los primeros metros mantuvo una razonable velocidad de crucero, pero en cuanto tomó un poco de confianza, forzó la velocidad tanto como pudo sin parecer un loco suicida. Había oído historias acerca de la famosa Guardia Civil española y no le apetecía que lo detuvieran por exceso de velocidad antes siquiera de comenzar la misión.

Cuando se sintió completamente cómodo en la carretera, decidió probar la Honda a campo través. No pudo evitar una sonrisa de satisfacción cuando sintió la suavidad de la amortiguación. El sonido del motor era el único que interrumpía la quietud de un paisaje, por lo demás, desierto. Desde luego, Dylan debía volver allí y cambiar su opinión sobre España. Él le enseñaría lo que de verdad merecía la pena. Siempre que pudieran alquilar una moto como aquella.

Convencido de que había escogido el vehículo perfecto para la misión, Max volvió a la carretera. Echó un vistazo al GPS que, por supuesto, había recalculado la ruta que lo llevaría a su destino, las oficinas centrales del CNI. El trayecto no duraría más de unos veinte minutos. Y eso incluso si se mantenía dentro de los límites de velocidad, algo que pensaba hacer.

El navegador le indicó que tomase la M-40, una autovía de tres carriles en

cada dirección, y Max obedeció. Miró por el retrovisor en la incorporación, pero ni un solo vehículo rompía la monotonía del asfalto que se deslizaba bajo sus ruedas, ni la de los arbolillos sedientos que crecían a duras penas a los bordes. Había algo de siniestro en aquella soledad. No era tan tarde como para que todos los trabajadores hubieran llegado ya a casa. En absoluto.

El vacío que le rodeaba hizo que Max quisiera terminar aquel viaje cuanto antes, de modo que aceleró. El casco le protegía los ojos del viento, pero no llevaba la ropa adecuada para el frío cortante que producía la velocidad. Tendría que conducir más despacio y lidiar con el hecho de que aquella misión llevaba aparejada una dosis de angustia diferente a la de encargos anteriores. Al fin y al cabo, no solía trabajar rodeado de civiles en sus escenarios habituales... O rodeado de su ausencia en esos mismos escenarios.

Estaba a punto de perderse en una de sus muchas reflexiones cuando el retrovisor de la Honda le mostró que, a fin de cuentas, no era el único conductor esa mañana. Otra moto se acercaba a su espalda. Un ejemplar oscuro y muy rápido que se colocó a su lado en la carretera. La mujer que conducía llevaba un casco tan negro como su mono de piel y como la propia moto. Ni siquiera miró a Max, se limitó a dar un acelerón que le dejó atrás en pocos segundos.

Max sonrió para sí. No solo no estaba solo, sino que además aquella mujer quería jugar. Pues así sería. La Honda respondió a la perfección a sus nuevas exigencias y Max no tardó en alcanzar a la mujer y rebasarla. De hecho, la facilidad con que lo había logrado le decepcionó un tanto. Hasta que ella aceleró de nuevo, más repentinamente que antes. En pocos segundos ganó unas centenas de metros; algo que Max no esperaba, pero que tampoco lo amedrentó.

Volvió a alcanzarla en una curva muy abierta y, de hecho, se colocó por delante de ella. Ignoró de nuevo al GPS, pues no podía conducir a la

desconocida a su destino, y obvió la indicación de que tomara la vía de servicio que llevaba a la salida número 9. Eso podría hacerlo más tarde con calma. Ahora el juego reclamaba toda su atención. Con la carretera vacía, excepto por ellos dos, el riesgo de accidente era mínimo. Además, Max supuso que la autoridad no estaría vigilando el cumplimiento de las normas de tránsito. Había problemas mucho más acuciantes que atender. Por tanto, aumentó la velocidad hasta que fue incapaz de distinguir con nitidez la forma de las cosas, que se convertían en borrones de color a su paso. Cuando volvió a mirar por el espejo, la mujer había desaparecido.

No le quedó más remedio que buscar un cambio de sentido. Allí debía de haberlos por docenas. Trató de calmarse y de seguir las indicaciones del navegador, pero la verdad era que no le apetecía en absoluto empezar a trabajar. Por eso aprovechó una salida rotulada como «Dehesa de la Villa». Todavía no se encontraba tan cerca del Centro como para toparse con tumultos, así que exploraría la zona y se despejaría.

Resultó que la salida lo condujo a una especie de pinar atravesado por carreteras en varios puntos. No había esperado encontrar un bosquecillo semejante en aquel lugar, tan cerca de una autovía. Resultaba que el país estaba lleno de contrastes. Más detalles para Dylan.

Max abandonó el asfalto y se internó por el suelo cubierto de agujas y raíces que sobresalían del suelo. La Honda no era una motocicleta de montaña, pero él tampoco iba a someterla a una prueba de trial. De hecho, ni siquiera entendía por qué se estaba comportando como un crío mimado. Miró el navegador. No estaba lejos de su destino. Suspiró y regresó a la carretera. Ni siquiera necesitaba salir a la arteria principal para llegar. Bastaba con callejear un poco y encontraría así la entrada principal del complejo.

Levantó la vista para comprobar que podía incorporarse a la carretera sin riesgo y volvió a verla. La misma moto, la misma mujer de negro apareció

unos metros más allá. Se había detenido justo en el cruce al que Max se dirigía. Parecía retarlo a acercarse. Pero él ya había tenido suficiente. Confió en la capacidad de recalcular rutas de su GPS y tomó el camino contrario. No estaba para juegos.

Sin embargo, la amazona no se dio por vencida. Condujo hasta él y se puso a su altura, completamente en paralelo. Max aceleró, pero ella no le permitió que se alejara. Fuera quien fuese, no estaba jugando. Quería algo más. Y él no estaba dispuesto a concedérselo.

Dio un nuevo acelerón, en esa ocasión, lo bastante brusco como para que a ella le llevara un par de segundos reaccionar. Aunque no lo suficiente para perderla. La mujer volvió a colocarse en paralelo. No había más vehículos en la carretera, pero podría aparecer uno en cualquier momento. O un obstáculo inesperado. A cada segundo, Max estaba más convencido de que la mujer pretendía quitárselo de en medio. Y la convicción se convirtió en seguridad absoluta cuando vio cómo se acercaba tanto que las rodillas de ambos estuvieron a punto de tocarse.

Max consideró brevemente la idea de empujarla, pero habría sido una estupidez. Si lo hacía, la fuerza que imprimiera al empujón también lo desestabilizaría a él. Aceleró de nuevo. A la velocidad a la que conducía, la más mínima falta de concentración lo convertiría en un cadáver.

De todos modos, no tenía más opción que tratar de despistarla. Le habría resultado mucho más sencillo si no se encontrase en una zona casi del todo desconocida para él, pero no para ella. Claro que, ¿cuándo habían sido las cosas fáciles para Max? Masculló un «nunca» que solo él oyó y se inclinó sobre el manillar. Por el rabillo del ojo vio que la mujer hacía lo mismo. Levantó la muñeca como si fuera a acelerar una vez más, y ella lo imitó.

Entonces frenó en seco. Las ruedas chirriaron y la Honda se desestabilizó, pero Max consiguió ponerla en pie. La amazona no había esperado ese

movimiento y siguió hacia delante a toda velocidad. Él no deseaba hacerlo, pero perdió un par de segundos para comprobar cuál era la reacción de la mujer. En cuanto vio que también frenaba, empleó toda su fuerza en dar la vuelta a la moto y tomar la dirección contraria. Su ropa de viaje no le facilitaba las cosas, precisamente. El sudor le corría por la espalda y el casco se le empañaba por dentro. Si quería conducir sin estrellarse contra nada, tendría que levantar la visera.

Lo hizo, y al hacerlo se dio cuenta de la ira contenida que había impreso al gesto. El plástico chocó contra la microfibra del casco y a punto estuvo de romperse. Ya pensaría en ello más adelante. De momento debía ponerse en marcha y perderse por las calles de las urbanizaciones, todas iguales, que se sucedían en aquella zona. La mujer no tardaría en seguirlo.

Con los ojos medio cerrados por el viento, y uno de ellos pendiente del retrovisor, Max se empeñó a fondo en la labor de perder a la lapa que se había pegado a su cola. La suerte quiso que uno de los jardines estuviera abierto. Si se metía allí se arriesgaba a un enfrentamiento diferente, con el dueño, quizá. No sabía hasta qué punto los españoles guardaban armas en casa, pero tampoco tenía tiempo para averiguarlo. Se aseguró de que la amazona no estuviera a la vista, entró en la parcela, cerró la valla y apagó el motor de la Honda.

A los pocos segundos oyó otro motor en la calle. Se acercaba a una velocidad más que prudente. Cuando la mujer pasó por delante del seto de arizónicas tras el que Max se escondía, él contuvo la respiración. Pero la moto pasó de largo. El ronroneo de su motor se perdió en la distancia. A su espalda, el chalet estaba vacío, o eso parecía al menos. De momento había salido con bien de aquello, fuera lo que fuera. Porque la verdad era que Cornell no tenía la menor idea de qué estaba pasando.

Eso sí, en esa ocasión no dudó. Salió de nuevo a la calle y siguió las

indicaciones del navegador como si se tratase de una cuestión de fe. Tardó apenas diez minutos en llegar a la puerta exterior del recinto del CNI. Una doble verja de hierro de color bronce servía de nexo a unos muros de piedra tan poco hospitalarios como el resto del paisaje.

El oficial de guardia apenas comprobó su documentación o sus credenciales. Por lo visto, llevaban un rato esperándolo.

—No es prudente usar el casco levantado, señor Cornell.

Max no contestó y no pareció que al hombre le importara.

—Diríjase al edificio central. Habrá alguien en la puerta.

—Muchas gracias.

Efectivamente, un hombre con aspecto de funcionario insignificante, vestido con un traje azul marino que había conocido mejores tiempos, le tendió la mano en cuanto Max aparcó la Honda.

—Ha tardado más de lo que nos habían dicho, señor Cornell.

—Sí, me he entretenido por el camino.

Max no deseaba ser desagradable, pero tampoco sabía de quién podía fiarse. Por el momento se guardaría lo ocurrido para sí mismo.

—Así que este es el famoso CNI —dijo.

—No se burle, Cornell. No todo lo que dice la prensa es cierto.

—Sí, eso me han dicho.

El hombre, que no se había presentado y que no parecía tener intención de hacerlo, tuvo la cortesía de abrirle la puerta y dejarlo pasar primero. Un segundo control, tan laxo como el primero, les franqueó la entrada. Si por fuera el edificio le pareció a Max más bien feo, por dentro le produjo una sensación inmediata de claustrofobia. La poca luz que entraba por las ventanas llegaba tamizada por unas cortinas de láminas del siglo anterior, y los techos eran demasiado bajos. Inmediatamente decidió que la mayor parte de su trabajo sería de campo. No iba a pasar allí ni un minuto más de lo

estrictamente necesario.

Capítulo 6

El hombre sin nombre lo condujo por un laberinto de pasillos tan sórdidos como los de un hospital que se hubiera quedado anclado en los años cincuenta. El color gris azulado de las paredes y el gres jaspeado del suelo le daban a todo un aire de tristeza y dejadez. Y ello a pesar de que la limpieza era impecable. La impresión general de un recinto suspendido en un momento temporal en el que las cosas funcionaban más despacio y peor se debía a los muebles viejos, demasiado usados. Algo que cambió por completo cuando su guía abrió la puerta de la sala de trabajo a la que lo llevaba.

Cuando lo hizo, Max estuvo a punto de darse de bruces con otro hombre. Esta vez, un individuo delgado y fibroso, mucho más preparado para el trabajo de campo que cualquiera de las personas con las que Max se había topado hasta el momento. Al menos en apariencia.

—Voy por un café —dijo por toda explicación. Ni siquiera pareció haberse fijado en que era la primera vez que Max pasaba por allí. Una forma curiosa de trabajar.

—Claro. ¿Está Martínez? —preguntó el guía de Max.

El hombre alto encogió los hombros como si no conociera la respuesta, pero sus palabras contradijeron el gesto.

—¿Y cuándo no? Esa mujer no descansa nunca.

—Te veo luego, entonces. Ahora tengo que presentarle a nuestro invitado.

Solo en ese momento el hombre pareció reparar en Max, a quien saludó con un movimiento de cabeza.

—Hemos tenido suerte —dijo el hombre, dirigiéndose al propio Max esta vez. Aunque él pensó que, si de verdad la tal Martínez siempre estaba allí, no se trataba de suerte, sino de una cuestión de probabilidades.

Al otro lado de la puerta el panorama del edificio cambiaba por completo.

Max atisbó algo por encima del hombro de con quien estuvo a punto de chocarse, pero la visión completa de la habitación lo tranquilizó. Sobre todo después de la impresión que se había llevado al recorrer los pasillos. Por lo visto, en aquel país se hacía verdadero el dicho de que absolutamente nada era lo que parecía.

Al menos diez puestos de trabajo equipados con ordenadores de última generación y doble monitor estaban ocupados por funcionarios del Departamento de Inteligencia. El ambiente transmitía eficiencia y rapidez. El orden resultaba sorprendente. Ni siquiera Mei era tan pulcra. La sala no permanecía en silencio. Los teclados sonaban al ritmo de las pulsaciones de quienes escribían en ellos; los clics de ratón imprimían un ritmo desquiciante a la cacofonía de voces quedas, pero audibles, que hablaban por teléfono con frases apenas esbozadas. Si había un equipo en el mundo que trabajase como un mecanismo perfectamente engrasado, era ese.

Su guía se acercó a una mesa más grande que las demás y que las encaraba a todas. La ocupaba una mujer de cabellera castaña, recogida en lo alto de la cabeza gracias a un bolígrafo transparente. No llevaba maquillaje y vestía de negro. Pantalones, camiseta de cuello redondo y una americana que le quedaba un poco grande. A juzgar por su apariencia general, incluidos los zapatos planos que se adivinaban por debajo de la mesa, la prioridad de la mujer era trabajar cómoda. A Max le causó buena impresión de inmediato. Y también lamentó el incidente con la amazona, que lo dejó más desaliñado de lo que le habría gustado.

—Martínez, este es el inglés.

—Sí, un momento —dijo la mujer sin levantar la vista. Max estaba seguro de que, de todos modos, lo había visto a la perfección. Pero esperó a que terminara de redactar lo que fuera que estuviese escribiendo.

—¿No le has dicho que podía dejar el casco afuera? —preguntó la mujer

cuando por fin se dignó a prestarles atención—. Deje eso en cualquier sitio. Hay algunas sillas libres.

Martínez posó por fin la mirada en Max y pareció que eso le ayudaba a recordar las normas básicas de educación. Le tendió la mano mientras hablaba.

—Disculpe que sea tan seca. En este momento hay un grupo terrorista que nos lleva ventaja. Me llamo Ana Martínez y soy la encargada de ponerle al día sobre la misión. También estoy al mando de este grupo. Como verá, nuestra función es recabar información y analizarla. Luego la transmitimos a la autoridad competente. Ellos deciden qué hacer. Aunque de momento no han decidido gran cosa..., excepto llamarle. De verdad que espero que sea de ayuda.

Max asintió mientras estrechaba la mano de Ana. No le sorprendió encontrarse un apretón firme y corto.

—Yo también lo espero.

—Una cosa antes de empezar a trabajar.

—No hace falta que me explique que todo esto es confidencial. Mi trabajo siempre lo es.

Martínez inclinó la cabeza y succionó la cara interior de sus mejillas, un gesto que a Max le pareció que reflejaba impaciencia.

—No esperaba menos. Pero no iba a decir nada de eso. Aquí no nos gusta perder el tiempo, así que no nos interrumpimos cuando hablamos. Nos cuesta pero lo hemos conseguido. Seguro que usted tiene menos problemas que nosotros, dada su ascendencia británica.

—Claro, discúlpeme.

—Quería pedirle que nos tuteásemos. Aquí nos conocemos desde hace años. Nos gusta trabajar en un ambiente eficaz pero distendido.

Max se cuestionó muchísimo la veracidad de esa afirmación. En lo que

llevaban de conversación, Ana Martínez se había mostrado tan distendida como un cable de alta tensión. De todos modos, accedió a su petición. Él tampoco era amigo de formalidades.

—Claro, empecemos cuanto antes. Llámame Max.

—Muy bien. Acércate a mi escritorio, por favor. Te pondré al día.

Ana se movió con agilidad. Antes de sentarse en su sitio movió una de las dos sillas confidente que se enfrentaban a la suya y la colocó a su lado. Evidentemente, aquel sería el puesto de Max, al menos en ese momento.

—Os dejo entonces —se despidió el hombre del traje azul, que se había mantenido en un discreto segundo plano.

Ana no le contestó. En cambio se dirigió a Max, que acababa de sentarse junto a ella. La mujer parecía estar poseída por algún espíritu adicto al trabajo. No dejaba de comprobar diferentes datos en la pantalla de su ordenador. Abría y cerraba ventanas emergentes y borraba notificaciones sin que su discurso se alterase lo más mínimo.

—Se está celebrando un evento de carácter exclusivo al que solamente asisten personalidades del mundo de la economía y de la política. Es en el Hotel Wellington. Los cinco desaparecidos fueron vistos antes de ayer allí por última vez a las ocho y treinta de la tarde. Todos ellos entraron en un salón privado. Al parecer por su propia voluntad. O, al menos, no ha llegado a nosotros noticia alguna de que sufrieran amenazas de ningún tipo. Ahora vamos a ver las grabaciones de la cámara de seguridad del hotel. Las he repasado un millón de veces, pero no hay nada que nos dé ni una sola pista. Los hombres entran en la habitación y no vuelven a salir.

Martínez hizo clic en un par de iconos de la pantalla de su ordenador, al fin limpia de obstáculos, y Max pudo ver la grabación de la que le había estado hablando.

Efectivamente, cinco hombres aparecían ante la cámara. Todos ellos de

perfil, primero, y de espaldas, después. No los conocía, pero la imagen era lo bastante nítida como para que el CNI los hubiera identificado. Durante los pocos segundos que sus rostros quedaban expuestos, ninguno de ellos mostraba signos de preocupación, al contrario. De hecho, el tercero en aparecer llevaba un vaso de bebida en la mano e incluso le daba un sorbo antes de ofrecer a la cámara la espalda de su chaqueta. Nada en ninguno de los cinco hacía presagiar que la reunión no fuese absolutamente voluntaria.

Cuando el quinto cruzó el umbral de la sala privada de reuniones la puerta se cerró a su espalda. El reloj de la grabación marcaba las 20:33. A partir de ese momento la pantalla no mostraba más que la propia puerta, con su manilla de metal, la moqueta y una mesa auxiliar con un jarrón de diseño, sin flores. Un plano fijo que se mantenía inmóvil hasta el momento en que la policía entraba en la sala para encontrarla vacía. Max preguntó por qué los agentes habían irrumpido allí si se suponía que se estaba celebrando alguna especie de cumbre privada.

—El secretario personal de Raúl Fonseca, el bebedor, no lograba localizarlo. Al parecer, Fonseca sufría de cierta paranoia y había establecido un sistema de comunicación periódica. Cada cierto tiempo se ponía en contacto con el secretario. Cuando esa noche no lo hizo, el hombre llamó a la policía.

—Y la policía acudió...

Ana se encogió de hombros.

—Se trata del dueño de una de las mayores fortunas del país. Claro que los agentes acudieron.

Max asintió. Aunque aquello le gustara menos que a nadie, ese tipo de excepciones a los protocolos de búsqueda se daban en todas partes. Estrellas de cine, políticos, banqueros, personas adineradas... Todos ellos recibían un trato de favor en casi todas las circunstancias.

—¿Puedo volver a ver la grabación?

Le pareció que Ana reprimía algún tipo de gesto, pero no podía asegurar a qué emoción correspondía. Por un lado la mujer era transparente como un vaso, y por otro, tan opaca como una cortina de humo. De todos modos volvió a pulsar el icono de reproducción en la pantalla y Max obtuvo lo que quería.

La primera vez le había parecido que algo cambiaba en la imagen después de que se cerraba la puerta. Como en la pantalla todo permanecía constante, excepto los cinco hombres, durante el segundo visionado Max se centró en observar los elementos fijos. Efectivamente, había una variación importante.

—¿Te importa dejarme el ratón? Quiero comprobar una cosa.

Max pasó las imágenes *frame a frame*. Así dio con el momento exacto en que se producía el cambio. Era a las 21:53.

—Aquí —dijo. Y señaló la sombra que el jarrón proyectaba sobre la pared.

—Sí, lo hemos visto —contestó Ana complacida—. Me alegra saber que sí trabajo con un profesional. Disculpa la pequeña prueba.

Max mantuvo un gesto serio, afectando ofensa. Pero por dentro sentía ganas de reír. Aquella mujer era más que digna de formar parte de su equipo. Lástima que los cuatro se apañasen estupendamente solos.

—Supongo que a partir de ahora confiarás en mí.

—No más de lo razonable —contestó Ana.

Max decidió centrarse en el caso. Estaba claro que si quería ganarse a aquella agente, y que la cooperación entre ambos fuese realmente fluida, debía hacerlo a través de sus habilidades laborales.

—Bien, las imágenes de la cámara han sido alteradas. Eso lo sabemos porque durante la primera hora y media de grabación la sombra de las cosas se proyecta hacia abajo, y a partir de las nueve y cincuenta y tres, cambia.

—Correcto. Y supongo que tu siguiente pregunta es si sabemos quién las

ha manipulado o quién ha tenido acceso a ellas.

—Así es.

—El Wellington es un hotel. Tiene un departamento de seguridad competente, pero no son el Ejército ni la Policía. Prácticamente, cualquiera que pasara por allí pudo hacerlo.

—¿Cualquiera?

—En fin, ya me entiendes. —Martínez volvió a encogerse de hombros—. Cualquiera con la autoridad suficiente.

Max asintió. El mismo problema que con la justicia. El dinero y la fama abrían muchas más puertas de las que sería prudente. Así que cualquiera de los asistentes a ese evento podría haberse pasado por el centro de control del hotel. La lista de sospechosos ni siquiera era una lista, sino una multitud.

—¿Y cuál es el plan?

Ana se cruzó de brazos.

—¿Mi plan?

—Mira, vamos a ser sinceros, porque es la única forma en la que podremos resolver esto. Desde que he entrado aquí has hecho que vaya comiendo las migas de pan que me ibas dejando. No hay problema. No conozco el terreno, tienes experiencia, diriges un equipo de veinte profesionales y sabes lo que estás haciendo. Pero deja de probarme. Por lo que sé de ti, no solo tienes un plan, sabes exactamente qué papel juego en él, y me extrañaría que no hubieras sido tú quien ha solicitado refuerzos. Un agente de campo con formación técnica, pero que no huela a policía. De ser posible extranjero, para levantar todavía menos sospechas. ¿Estoy en lo cierto?

Martínez apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos.

—Puede que terminemos entendiéndonos, Cornell.

—Estoy seguro —repuso Max.

—Esta noche vamos al Wellington. Tu papel es el de expolítico inglés.

Sabemos que has trabajado bajo el nombre de Blake Wheeler.

Max alzó una ceja. Eso no se lo esperaba.

—Es nuestro trabajo saberlo.

—Por supuesto —dijo Max. Le gustaba trabajar con alguien que dominara el terreno tanto como él.

—Bien, Blake Wheeler tiene una trayectoria, una familia y un contexto. Las personas a las que vas a ver esta noche cuentan con sus propios departamentos de información. Así que te investigarán. Wheeler sirvió bien como fachada en París, y volverá a hacerlo. Solo hemos tenido que añadir algunos datos de sus actividades, desde entonces, a Internet. No te costará aprenderlos. Están en tu correo electrónico.

—Perfecto.

—Tu hotel es menos lujoso, pero tiene baño privado y encontrarás todo lo necesario para interpretar tu papel.

—¿Baño privado?

—Date una ducha, te hace falta.

Y con aquella frase, Ana Martínez desvió toda su atención, una vez más, hacia la pantalla de su ordenador. Max no tuvo más remedio que admitir que la mujer lo había impresionado. Y no era un hombre fácil de impresionar.

Capítulo 7

Salir del complejo del CNI fue tan sencillo como entrar, y mucho más placentero. Aunque le había más que gustado conocer a Ana Martínez y esperaba volver a verla pronto, el edificio seguía recordándole demasiado vivamente la mala época pasada en el Averno. A Max le sucedía algo curioso con esos recuerdos. Cuanto más se olvidaba de ellos, con más fuerza lo golpeaban en el momento en que su mente le jugaba la mala pasada de volver a ellos.

Así que agradeció el aire fresco en el rostro. De hecho, dedicó unos minutos a respirar en paz. Aunque la explanada de cemento no era el sitio más bucólico del mundo, al menos no había nadie que lo interrumpiera. Cuando encontró la cadencia rítmica de sus propios latidos se puso el casco y se dirigió a la puerta de salida.

—Veo que se ha bajado la visera —comentó el agente.

—Tenía usted razón —dijo Max, deseando salir de allí cuanto antes.

En cuanto atravesó la verja, que esta vez estaba cerrada y se abrió lo suficiente, Max aceleró y se perdió en la vía de servicio que volvería a conducirlo a la M-40. En esa ocasión con dirección al centro de la ciudad.

Sin poder evitarlo, estaba más pendiente del retrovisor que de la carretera. Aunque eso tampoco suponía un problema, puesto que seguía tan vacía como hacía unas horas. El atardecer se cernía sobre las Cuatro Torres de reciente construcción, que semejaban una cicatriz nueva en el cielo madrileño, mientras Max esperaba que la amazona desconocida apareciese desde cualquier parte. Sin embargo, no fue así.

Poco a poco, Max fue acercándose a la ciudad. Cada vez más tranquilo. Si la mujer no había aparecido hasta entonces, ya no lo haría. En las inmediaciones del Hospital de La Paz, una enorme mole de cemento que más

parecía un edificio de la administración rusa, gran cantidad de coches estaban aparcados de cualquier manera. Sin duda, los familiares de personas heridas durante los altercados habían dejado sus vehículos en el *parking* sin preocuparse del orden. A la altura de la plaza de Castilla, que se diferenciaba de todas las demás por los dos edificios que se inclinaban uno sobre otro como las dos mitades de una pezuña, el tráfico se reactivaba, pero no había coches. Los autobuses circulaban con dificultad y los conductores, en su mayoría jóvenes, llevaban motos de mayor o menor cilindrada y ciclomotores.

Max cometió el error de parar en un semáforo en rojo. La costumbre de conducir en grandes ciudades, seguramente. O el hábito de no querer llamar la atención. Fue una estupidez, y enseguida se percató de ello. Dos chicas se lanzaron sobre él y lo derribaron. Max habría podido vencerlas. De hecho, no tardó en ponerse en pie de un salto. Las chicas todavía no se subían sobre la moto. Podría haberlas detenido sin esfuerzo. Pero no lo hizo. Tal y como él lo veía, el esfuerzo no habría merecido la pena.

El golpe económico que Gerión había planeado convirtió los núcleos de las ciudades en un campo de batalla. Sin duda sería por poco tiempo. Los cuerpos de seguridad del Estado e incluso el Ejército, si era necesario, se encargarían de ello. Cuando al Gobierno le viniera bien, claro. Y eso sería en el momento en que se desmantelara la trama terrorista. Así que a Max no le quedaba más remedio que aceptar que Madrid sería un escenario difícil en el que no podría valerse de algunos de sus recursos. De momento, tendría que caminar.

Se quitó el casco y lo dejó junto al semáforo. Las muchachas ya habían desaparecido sobre la Honda, pero alguien lo aprovecharía, seguro. Alguien como el tipo que se le acercaba con aspecto de pocos amigos.

—No lo hagas, tío —dijo Max. No había perdido el acento inglés, pero tampoco le hacía mucha falta. De hecho, su postura de ataque debía de haber

sido suficiente para que el hombre se pensara dos veces lo que estaba a punto de hacer. Sin duda se había dejado engañar por la falsa pasividad de Max ante las chicas que se llevaron la moto.

Una pequeña multitud se arremolinaba en torno a ellos, así que a Max no le quedó más remedio que solucionar aquello de un plumazo. Solo así evitaría que otros machitos se le acercaran con intención de asaltarlo. En cuanto el tipo se le acercó lo suficiente, le encajó un puñetazo en el estómago que hizo que se doblara por la mitad. Cuando trató de levantarse, Max le lanzó un gancho de izquierda y casi oyó el chasquido del cuello. El hombre cayó al suelo. Max no se dignó a mirar siquiera a ninguno de los espectadores, que se dispersaron de inmediato.

Una vez solventado el problema, echó a andar. Si la memoria no lo engañaba, y no solía engañarlo, debía tomar la calle más ancha en dirección sur. El paseo de la Castellana lo llevaría hasta la Cibeles y la Puerta de Alcalá. Su hotel estaba cerca. Solo esperaba no verse inmerso en más altercados como aquel. Eso, y no haber matado al infeliz al que acababa de dejar tendido en el suelo.

Los zapatos que llevaba no estaban hechos para caminar largas distancias, pero al menos no había escogido un par recién estrenado. Se tomó el paseo con cierta calma. Todavía le quedaban varias horas antes de tener que aparecer en la cena de gala del Wellington. Desde que aterrizó en Barajas había permanecido sentado en un coche, una moto y dos salas de trabajo, una más cómoda que la otra. Pasear le vendría bien para pisar tierra.

La misión no se parecía a ninguna otra. Había estado en zonas de guerra, donde toda persona con la que se cruzase era un enemigo potencial. Pero ahora estaba en una capital europea. Las personas enfurecidas con las que se cruzaba eran civiles con pleno derecho a reclamar lo que pedían. La mayoría de ellas había peleado toda la vida para reunir unos ahorros a los que ya no podía

acceder. No era justo.

Aunque el horario de oficina había pasado hacía rato y a pesar de que, de todas maneras, nadie o casi nadie acudió a trabajar, grupos de gente se reunían y se paraban cerca de las puertas de los edificios que correspondían a sucursales bancarias o a sus sedes administrativas. Un poco como zombis que no supieran qué hacer con su vida. Hasta cierto punto parecía lógico. Si sus problemas partían de los bancos, eran los bancos quienes debían dar las respuestas.

Max procuraba no observar a nadie con demasiada insistencia. No quería llamar la atención más de lo que ya lo había hecho. Sin embargo, algo pasó justo ante sus narices y no fue capaz de quitar ojo de encima a los hechos. Un coche subía Castellana arriba. Avanzaba despacio. Mucho más despacio de lo que lo habría hecho un día normal y, desde luego, a una velocidad muy poco prudente tal y como seguían las cosas. Cuando estuvo un poco más cerca de Max, este distinguió el modelo del vehículo: un Peugeot 307 con más de una década de antigüedad.

También oyó el grito de alarma. Una mujer avisó de que se acercaba un coche y todo sucedió tan rápido que a Max le costó creer que fuera cierto. De repente, como si hubieran estado esperando una orden en clave, hombres y mujeres aparecieron de la nada y cortaron la carretera. La conductora no tuvo más remedio que parar. En contra de lo que podría haberse esperado, no la obligaron a bajarse del vehículo. Se limitaron a zarandearla mientras estaba dentro. Fue ella la que forcejeó con la puertezuela hasta que consiguió salir. En cuanto vieron que estaba afuera, los energúmenos, pues en eso se habían convertido, golpearon la carrocería y los cristales hasta hacerlos añicos. Max perdió de vista a la mujer que tuvo la infeliz idea de salir en coche, pero había desaparecido. Cuando del vehículo apenas quedaba nada que golpear, la multitud se deshizo con la misma rapidez con la que se había formado.

Max continuó su camino. Deseaba llegar al hotel por encima de todas las cosas. Se planteó tomar alguna de las calles adyacentes, pero lo descartó. Aquella era una avenida ancha, con múltiples opciones de escape si las necesitaba. Aunque la verdad es que su aspecto desaliñado lo ayudaba a pasar desapercibido. Por lo tanto, escogió la acera de la izquierda y caminó con la cabeza baja, como si nada de todo aquello tuviera que ver con él.

Una hora después había rebasado la concentración silenciosa de la Plaza de Cibeles. Allí había cámaras de televisión, fuerzas de seguridad y todo se veía bajo control. En realidad, más que una protesta parecía una puesta en escena. Max no se atrevería a jurar que lo era, pero el espectáculo mostraba un grado tan «elevado de civilidad», sobre todo después de lo que acababa de ver, que no sabía qué pensar.

En cualquier caso, rodeó la plaza y subió por la calle de Alcalá, cortada por dos grandes furgones azules de la Policía. Los agentes, completamente armados, le echaron un somero vistazo y dejaron que continuase su camino. Max no estaba físicamente cansado, pero tenía la impresión de que, cuando se relajara por fin, sus músculos reclamarían un buen número de horas de sueño. La tensión emocional y la adrenalina tendían a ejercer el mismo efecto que una sesión de ejercicio intenso.

Vio a lo lejos el enorme cartel que señalaba el hotel H10 Puerta de Alcalá y resopló de alivio. Había llegado en menos tiempo del esperado y no tuvo que herir a nadie por el camino. El último tramo resultó sorprendentemente tranquilo.

Por supuesto, el sensor de movimiento de la puerta del hotel no respondió a su presencia. Con lo que había en la calle, ningún establecimiento dejaría la entrada abierta, por supuesto. Así que Max recurrió a sus escasas dosis de paciencia y llamó al timbre. Un recepcionista, que sorprendentemente sí había ido a trabajar, se acercó a la entrada, pero se detuvo a medio camino. Tenía la

mirada fija detrás de Max, que se dio la vuelta para ver qué pasaba ahora.

—Señor Cornell...

Un muchacho joven, despeinado y con aspecto de estar más asustado que el propio recepcionista, le tendía un brazo delgado que sostenía un sobre abultado de esquinas dañadas. Por lo visto, llevaba mucho tiempo esperando. O a lo mejor el sobre había pasado por varias manos antes de llegar allí.

—¿Qué demonios?

—No lo sé —dijo el chico—, pero cójalo. Quiero irme de aquí ya.

Max echó una mirada alrededor, pero no vio nada sospechoso. Algunas personas, más de las que recordaba haber visto en esa calle en concreto, bajaban hacia Cibeles, pero no parecía que nadie lo espicara.

—Dámelo.

El brazo del chico seguía extendido, esperando a que Max cogiera el sobre. Y en cuanto lo agarró, el muchacho se dio la vuelta y echó a correr. Aquel era el estado en que se encontraban muchos de los madrileños ese día. Esperaba que por la mañana todo se hubiese tranquilizado un tanto. Si no la misión se convertiría en una auténtica tortura.

Visto que Max se quedaba solo frente a la puerta de cristal, el recepcionista le abrió. No mostraba la característica sonrisa de bienvenida, sino un rictus más bien preocupado, pero de todos modos le dio las buenas noches.

—Tiene que ser usted el único huésped que esperamos hoy. Disculpe la bienvenida, ¿me permite el pasaporte, por favor?

Max se llevó la mano al bolsillo de la cazadora y rezó para que Ana Martínez, o la persona que hubiera hecho la reserva, haya usado su nombre real y no la identidad de Blake Wheeler, que adoptaría tan solo unas horas más tarde.

Respiró aliviado cuando vio que el empleado procedía a hacer el registro

sin ninguna pregunta adicional. Y respiró todavía más hondo cuando le indicó que su habitación estaba en el sexto piso. Tan alejada como el hotel permitía de las multitudes y los altercados.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron a su espalda, casi se sintió como en casa.

Capítulo 8

Una vez más en lo que llevaba del día, y ya habían sido unas cuantas, Max se sorprendió de que una mera revuelta callejera le afectase tanto. Sin embargo, así era. Recibió el silencio que le esperaba en la habitación como un auténtico regalo del cielo. Después del paseo y de las agresiones de la última hora, aquello parecía un auténtico oasis. Ni siquiera abrió el armario para ver qué tipo de indumentaria tendría que llevar esa noche. De manera instintiva, confiaba en Martínez. Pocas veces le ocurría eso. Su profesión lo había convertido en un hombre más que desconfiado. Pero en ese caso estaba seguro de que, si ella se había hecho cargo, los detalles estarían bajo control.

Aparcó todo pensamiento que lo proyectara hacia el futuro y dedicó un momento a centrarse en el ahora. Uno de sus métodos favoritos de meditación. Era rápido y muy efectivo. En el ahora, tal como Arcángel le enseñó, nadie podía dañarlo porque nadie le estaba haciendo daño. Esa era la realidad presente e inmutable. En ese momento estaba seguro y a salvo. El alivio que sintió al dejar que esa noción penetrase en su cerebro fue instantáneo.

Se dio cuenta de que no había abierto el sobre que le dieron en la puerta, aunque todavía lo sostenía en la mano. Sin pensar demasiado en él lo depositó sobre la mesa de trabajo que completaba el moderno y funcional mobiliario de la habitación. Mientras lo hacía se fijó en el cuadro que adornaba la pared. Una versión oscurecida de *La Libertad guiando al pueblo*, el cuadro que representaba el espíritu de la Revolución francesa. Lo protegía un cristal que proyectaba tantos reflejos que los rostros de las figuras parecían muecas. Incluso la mujer semidesnuda que portaba la bandera tenía un aspecto inquietante. Apartó la mirada y procedió a desnudarse.

Lo hizo como si, en lugar de quitarse la ropa, se arrancara alguna enfermedad. Empleó movimientos tan bruscos que las costuras de la camisa

crujieron e hizo saltar un botón de los pantalones, que no se desabrochó por completo. Había acumulado una ira que la técnica de meditación lo ayudaba a controlar, pero que se resistía a desaparecer. Afortunadamente, a Max siempre le había funcionado muy bien sumergirse en agua muy caliente. Se dirigió a la ducha y dejó que el agua corriera hasta que los espejos se empañaron. Aunque la primera impresión al meterse bajo el chorro fue de ardor, aguantó. La sensación de que el fuego y el agua se llevaban lo peor del día bien valía una pequeña incomodidad inicial.

Cuando salió del cuarto de baño la piel de su espalda estaba completamente roja y los músculos, tal como supuso apenas una hora antes al dejar la moto, se resentían de la tensión acumulada. No llevaba ni un solo día en España y parecía que hubiera abandonado Londres hacía siglos. Quizá la impresión de Dylan no era del todo equivocada.

Con una toalla enrollada en la cintura y el pelo goteando sobre la moqueta, Max se dirigió hacia la ventana. La gente seguía bajando por la calle de Alcalá en dirección a la plaza de Cibeles. Y lo hacía en número mucho mayor que momentos antes, cuando el chico le dio el sobre. Riadas de personas que alzaban los brazos a modo de protesta caminaban cuesta abajo. Desde allí no oía sus gritos, aunque estaba seguro de que debían de estar gritando. Le habría bastado darse la vuelta y cerrar la cortina para olvidar lo que sucedía en la calle.

Pero Max no era de esos, así que permaneció allí, mirando. Lo que ocurrió a continuación explicaba por qué en su camino desde la plaza de Castilla se había cruzado con tanta gente, por qué parecían dispersos, pero no encontraban ninguna dificultad en volver a reunirse en grupos más grandes. Se debía a la actividad policial.

Ahora que la multitud se había vuelto aparentemente más peligrosa, varios furgones de antidisturbios bajaron por la misma calle de Alcalá. Al menos una

veintena de agentes armados con escudos de metacrilato, porras y escopetas de balas de goma. Por lo que Max pudo ver desde su atalaya, no dieron aviso alguno. Levantaron las armas, dispararon, y los ciudadanos comenzaron a caer.

El caos que se produjo a continuación debía de haberse repetido en numerosas ocasiones a lo largo del día. La gente corría en todas direcciones. Los más afortunados escapaban por calles y callejones perpendiculares. Otros eran detenidos. Si las cargas policiales continuaban durante la noche, solo había dos opciones: que Madrid amaneciera bajo el manto de una aparente calma creada de manera artificial por el miedo, o que se desatara una lucha desigual entre civiles y agentes de la ley. Teniendo en cuenta que la mayoría de los ciudadanos huía, Max apostaba por el miedo represor. A fin de cuentas, esa venía siendo el arma empleada por la mayor parte de los Gobiernos, democráticos o no, desde hacía décadas.

Abandonó la ventana y se sentó frente a la mesa de trabajo. Todavía le esperaba un sobre por abrir. Cuanto antes encontrara a los secuestrados y les devolviera el control de la economía, más pronto terminaría la pelea callejera.

Rasgó el papel y se encontró con un montón de páginas en tamaño A4 llenas de algo que le resultaba absolutamente incomprensible. Es decir, sabía que se trataba de algún tipo de código informático, pero no tenía la menor idea ni del mensaje que encerraba ni de cómo descifrarlo. Su primer pensamiento, una vez superada la frustración inicial, fue para Mei. Si le hubiera avisado, como en todas las ocasiones anteriores, ella podría resolver aquello en minutos.

Echó la cabeza hacia atrás y entonces lo vio. Un reflejo diferente. La luz había variado y las figuras del cuadro cambiaron sutilmente de expresión. Cualquiera se habría asustado por esa especie de efecto especial, pero Max no creía en historias de brujas. Aquello solo podía significar que había alguien más en la habitación. No sin cierta expectación, pensó en la amazona.

Se tomó su tiempo antes de actuar. Solo estaba cubierto por una toalla, y quienquiera que se hubiera colado en su cuarto seguramente estaría armado. Simuló que examinaba las incomprensibles hojas durante un momento y luego dejó el sobre encima del escritorio. Todavía sentado, extendió los brazos en forma de cruz, como si estuviera muy cansado y necesitara estirarse. Si tenía suerte, el intruso interpretaría el gesto justo así, de manera que, cuando Max se levantara, no se lanzaría sobre él, sino que esperaría a su próximo movimiento, seguro de que su víctima sería tomada por sorpresa.

—Bonita espalda, jefe.

Max se dio la vuelta, incrédulo.

—¿Mei?

Efectivamente, allí estaba, como si le hubiera leído la mente y se hubiese materializado. Aunque lo hizo sobre el edredón blanco de la cama llevando las botas del Ejército chino. Max se preguntó si también dormiría con ellas.

—¿En serio?

—Ya sé que no te gusta que te sigan. Me lo has dicho como una docena de veces, y te juro que no lo he estado haciendo. Hasta que esta mañana el sistema me notificó un cambio demasiado relevante en tu situación.

—¿Sigues monitorizándome? —Max estaba irritado, sí, pero también sentía cierto alivio. Que sus amigos y compañeros se comportasen como siempre lo habían hecho le proporcionaba una extraña sensación de seguridad.

—No... exactamente.

Mei no había mostrado ni la más mínima intención de incorporarse. Seguía tendida en la cama, con ambas manos en la nuca y sobre la almohada, y la inclinación justa para poder mirar a Max mientras hablaban.

—¿Y qué quiere decir ese «exactamente»?

—Te tengo localizado. Como a Adam y a Dylan, por supuesto. Digas lo que digas, todos sabemos que es parte de mi trabajo. Así que todas las

mañanas me aseguro de saber dónde estáis. Luego me olvido de vosotros. En realidad, sois tan previsibles que he configurado el geolocalizador para que solo me avise de cambios de cierta envergadura. Por ejemplo, un vuelo repentino Londres-Madrid.

—¿Y si estuviera aquí con una mujer? —Sin poder evitarlo, Max pensó por un momento fugaz en la melena castaña de Ana Martínez.

—¿De verdad crees que no lo habría sabido? ¿Desde cuándo trabajamos juntos, Max? He comprobado tus billetes, he seguido tus movimientos, y por fin te he rastreado hasta aquí. El muchacho de recepción está lo bastante nervioso como para dar muchos más datos de los que daría en una situación normal. Así que sabía que estabas solo cuando entré. Por cierto, has gastado mucha agua en esa ducha. Esto no es Londres, aquí hay restricciones casi todos los veranos.

Max ya no podía disimular que la situación lo divertía más de lo que le enfadaba.

—¿Qué has hecho? ¿Meterte debajo de la cama?

Mei resopló.

—En el armario, en realidad. Pensaba que te conocía un poco mejor y que comprobarías tu ropa. Parece ser que todavía escondes alguna sorpresa, hasta para mí.

—Me alegra saber que no soy un libro abierto. Y ahora, ¿me explicas qué haces aquí?

Mei se sentó, aunque no abandonó la cama.

—Bueno, la verdad es que solo tengo suposiciones. Pero diría que estás aquí para cumplir una misión. Tienes pleno derecho a hacer las cosas tú solo, pero mi experiencia me dice que juntos nos va mejor que por separado. De hecho, mientras leías eso que has dejado en la mesa, has soltado una especie de gemido de frustración. Como eres un hombre inteligente, supondré que se

debe a que es... no sé... ¿un código? Lo que quiere decir que tengo razón y que la sangre china que corre por mis venas estaba en lo cierto cuando supuso que me necesitarías.

—Mei...

Max miró a su amiga y compañera de equipo. Y cuanto más la miraba, más seguro estaba de que lo que se le acababa de ocurrir era perfectamente posible.

—Mei, ¿cómo has llegado hasta aquí?

La mujer alzó las cejas, que quedaron del todo ocultas bajo el espeso flequillo negro cortado en línea recta que le tapaba toda la frente.

—En avión, Max, evidentemente, ¿qué tipo de pregunta es esa?

—No —contestó Max—, no me refiero al país, sino al hotel.

—Un taxi me acercó tanto como se atrevió. Ya te lo he dicho: he seguido tu señal.

—¿No habrás usado una moto negra, por casualidad?

Cuantos más rodeos daba Mei, más seguro estaba Max de que ella era la amazona. Cierto que la broma podía parecer un poco cruel, pero tampoco era tan extraño.

—¿En moto?

—He estado en las afueras todo el día. Para rastrearme habrás tenido que...

—Cogí un taxi, que me dejó en algún lugar perdido de la M-30 porque no se atrevió a entrar en el Centro. He caminado, me he sentado en un parque, he seguido tus movimientos en un portátil, que es a lo que me dedico. Y he rastreado tu huella electrónica. Tu nombre aparecía en una reserva en este hotel y he venido hasta aquí. A pie. ¿Qué pasa, Max? ¿A qué viene el interrogatorio?

Max le contó el episodio con la motorista fantasma y, de paso, el plan para

el resto de la noche. Mei escuchó con la paciencia casi estoica que la caracterizaba. Max tendía a dar tantos detalles como recordaba y ella los absorbía como una esponja. En parte, su eficacia en el equipo se derivaba de esa capacidad de recogerlo, analizarlo y comprenderlo todo. Separando la paja del grano sin que pareciera que le costara el menor esfuerzo.

—Así que Ana Martínez —dijo cuando Max terminó su exhaustiva explicación.

—Venga, Mei. No estoy para bromas. Tengo que vestirme, averiguar cómo voy a llegar hasta el Wellington sin que parezca que me ha pisoteado una manada de elefantes y tratar de obtener algo de información que me permita tomarle la delantera a Gerión.

—Tienes un esmoquin en el armario. Espero no haberlo arrugado. Lo que no entiendo es qué pretendes averiguar.

—Blake Wheeler, como alias, es un personaje que cumple con el perfil de la persona que fue capaz de manipular las imágenes de la grabación. Lo que necesito es saber a quién sobornó para conseguirlo. Una vez que identifique al eslabón más débil, solo habrá que seguir el rastro. No debería ser difícil. Date la vuelta, voy a vestirme.

Mei obedeció sin pensarlo. Aunque Max no se había dado cuenta de que su reflejo se veía con sorprendente nitidez en el reflejo de la ventana.

—¿Corro las cortinas? —preguntó ella.

—¿Para qué? No hay nadie en frente.

Mei sonrió.

—Pues tienes razón, ¿sabes lo que es curioso?

—Vas a decirme algo completamente aleatorio, ¿verdad? —Max estaba seguro de ello. Buena profesional o no, Mei cambiaba de conversación en el momento más inesperado.

—Pues que a pesar de todo lo que hemos pasado juntos, nunca nos hemos

visto desnudos. Es como si fuésemos al instituto. Nos hemos visto hechos polvo, nos hemos salvado la vida, nos hemos vendado heridas... Creo que una vez te vi el fémur. Pero nada más.

Max ya se había quitado la toalla, así que las palabras de Mei no eran del todo ciertas. De hecho, lo veía desde la cabeza a los pies en ese preciso momento.

—Oye, estaba pensando...

Ella también estaba pensando, pero seguramente no lo mismo que su compañero.

—Dime.

—¿Has traído tu equipo? —preguntó Max.

—Claro que sí. Ya te dije que te he rastreado.

—¿Y uno de esos estupendos dispositivos de comunicación?

Mei sonrió de oreja a oreja. Max ya se había puesto los pantalones y se estaba abrochando la camisa, así que ella se dio la vuelta.

—Tengo uno. Y mejorado, además. Llevamos tanto tiempo sin trabajar que me aburría. Y ya sabes lo que pasa cuando me aburro.

—¿Por qué te giras? ¿Y si no hubiera terminado?

Mei no contestó, en cambio señaló el cristal de la ventana, donde se los veía a los dos casi tan perfectamente como en un espejo. Max enrojeció hasta el cuello.

—No tienes nada de qué avergonzarte, jefe.

Mei alargó el brazo y tanteó junto a la cama hasta dar con la mochila que había dejado allí al salir del armario. La puso sobre la cama y rebuscó dentro. Cuando encontró el diminuto comunicador se levantó y se lo mostró a su jefe. Encima de la palma de la mano, completamente extendida, no abultaba más que una lenteja.

—¿Lo has reducido hasta este tamaño?

—Eso parece. Póntelo tú. Eres demasiado alto, y además podría caer presa de tus encantos. Recuerda que acabo de verte y...

—¡Por amor de Dios, Mei! No digas más tonterías.

La mujer rio con ganas. Lo que dijo antes era cierto. Max y ella habían pasado por situaciones de todo tipo, pero jamás se estableció entre ellos la menor intimidad. No de carácter sexual, al menos. Ella lo veía más como un hermano.

—Venga, Max, no te enfades. Ya sabes que te estoy tomando el pelo.

—¿De verdad? —porfió él.

Y cogiendo a Mei de las muñecas, la acercó a su pecho. En esa ocasión fue ella quien enrojeció, pero supo guardar la compostura mejor que él y no se apartó. Al contrario, alzó el rostro, como si estuviera dispuesta a besarlo.

—Casi tiras esto al suelo —dijo abriendo el puño en el que encerró el comunicador.

Max la soltó. Por un momento, muy breve pero real, había sopesado seriamente llevar la broma un paso más allá. Se alegró de que Mei hubiera mantenido la cabeza fría. Si el equipo funcionaba a la perfección en todas las ocasiones se debía a que todos sabían quiénes eran, cuál era la relación que los unía y qué podían esperar unos de otros.

—Supongo que no has traído un vestido de gala, ¿verdad?

—Me temo que no. Aunque me encantaría ir contigo a una cena llena de vejstorios que se creen más importantes y mejores que los demás solo porque tienen dinero, me temo que no podrá ser.

En esos momentos alguien llamó a la puerta con insistencia.

—¿Esperas compañía, jefe? —susurró Mei.

—En absoluto — contestó él en el mismo tono—. ¿Quién es? —preguntó en voz alta.

—La agente Martínez.

Mei sonrió con picardía y fue a abrir la puerta. Tanto ella como Max contuvieron la respiración al ver a Ana Martínez ataviada con un vestido rojo que se le ceñía ligeramente a las caderas y al pecho. Sugerente pero en absoluto revelador. Se había recogido la melena castaña dejando algunas guedejas sueltas que enmarcaban un rostro apenas maquillado. No parecía la misma persona.

—¿Buenas noches? —saludó con extrañeza.

—Buenas noches. Pasa, por favor. Esta es Mei. Forma parte de mi equipo. Espero que no te importe, pero la he puesto al día. Será de ayuda.

Ana echó un vistazo a la habitación y entró. Se sentó en la silla frente al escritorio y no se fijó en que Max se colocaba la pequeña lenteja dentro del oído.

—¿Por qué me iba a importar? Solo es una cuestión de seguridad nacional.

—Trabajamos juntos desde hace años —intervino Mei—. Le he seguido hasta aquí por si necesitaba mi ayuda. Y creo que la necesita.

Mei señaló los papeles que seguían encima de la mesa.

—Es un código.

Ana asintió.

—Mi especialidad. Mientras estáis en esa cena trabajaré en ello.

—De acuerdo, bien. Puesto que estás aquí, no hay motivo para no aprovechar tus habilidades.

Capítulo 9

Ana no había ido hasta el hotel caminando. Por el contrario, un coche ostentosamente caro los esperaba en el *parking* subterráneo del hotel.

—Blindado. Y el chófer es uno de mis hombres.

—De todas formas —dijo Max—, no creo que encontremos mucha resistencia.

Ana rodeó el vehículo y se metió en el asiento de atrás. Max se reunió con ella en el interior.

—¿Has visto la carga de esta tarde? —preguntó ella.

Max hizo un gesto de asentimiento.

—No me gusta ese tipo de ejercicio de violencia.

La confesión no dejó a Max indiferente, pero no contestó. No había mucho que pudiera decir, excepto que a él tampoco. Y eso quedó lo bastante claro en el tono de su última frase.

—Se supone que trabajamos para ellos, para protegerlos. Cuando les golpeamos, cuando cargamos contra ellos, faltamos a todo lo que juramos defender.

—Pero tú no eres policía, ¿no?

Ana miraba las luces de Madrid a través de la ventana ahumada del coche.

—¿Y qué diferencia hay? Se supone que uno escoge formar parte de la Policía, del Ejército o de cualquier otro cuerpo de seguridad para servir. Servir y proteger, ¿no se dice así en Estados Unidos? Pero en cuanto sales de la academia y empieza el trabajo, te das cuenta de que eso es puro idealismo. Al final, a lo único que sirves, formando parte del aparato del Estado, es al mismo Estado.

A Max le parecía estar escuchando al propio Arcángel. Aquel era el mismo discurso que le inculcó durante su adiestramiento en el Averno. Algo

que a Max le había costado comprender y que Ana había interiorizado por sí misma.

—Y decir Estado —continuó Ana— es una forma de decir Gobierno. Pero el Gobierno son personas, y las personas tienen intereses propios. En cuanto llegan al poder, hasta los políticos más idealistas se convierten en marionetas. Por eso pedí un agente extranjero... independiente.

—No entiendo...

—Tú tienes una misión y debes cumplir esa misión. Lo harás pase lo que pase porque para eso te han contratado, ¿verdad?

—Así es —concedió Max.

—Eso creía. Estaba bastante segura después de lo de esta mañana. Si no hubieras sido un verdadero profesional, no te habrías ocultado de mí. Habrías arriesgado la misión y me habrías perseguido. O habrías aceptado el desafío.

—¿Tú eras la mujer de la moto?

Ana apartó el rostro de la ventanilla y miró a Max por primera vez. El gesto adusto de su rostro reflejaba la misma amargura que sus palabras.

—La misma. Y te advierto que te habría dado una paliza.

A Max no le cabía ninguna duda.

—Pero ¿sabes una cosa?

A esas alturas Max no estaba seguro de saber absolutamente nada.

—Cuando he visto a Mei mi seguridad ha sido absoluta. Harás lo que sea necesario. Vulnerar la confidencialidad no significa nada si te lleva a solucionar ese asunto. Y eso es algo que yo necesito. Porque desde mi posición no puedo romper las reglas. Puedo estirarlas, rodearlas y hacer que otros las interpreten como mejor me convenga. Pero solo hasta cierto punto.

Max empezaba a sospechar que Ana sabía algo que le estaba ocultando. Y aunque la mujer era casi un espejo de sí mismo y de sus propias emociones, no le gustaba sentir que había algo que no controlaba.

—¿Tienes ya un sospechoso?

—Claro que no —contestó ella.

Pero lo hizo demasiado rápido como para resultar verosímil. De todas maneras, Max no insistió. La pequeña charla, que había corrido a cargo de Ana mucho más que de él mismo, le proporcionó una visión nueva de la situación. Ahora sabía exactamente lo que se esperaba de él. Algo que no siempre sucedía. Además, estaba más que dispuesto a comportarse según el guion. Conocía exactamente el tipo de crisis de principios por el que la agente Martínez estaba pasando, y haría lo que estuviera en sus manos para que no sufriera tanto como había sufrido él años atrás.

De momento, el coche se acercaba a la fachada del Hotel Wellington, donde un mozo con librea les abrió la puerta del vehículo y ayudó a salir a Ana, que se portó como una auténtica dama y no rechazó la ayuda. Él salió por su lado y se apresuró para tomarla del brazo. No habían hablado de qué papel representaba ella, pero Blake Wheeler era todo un caballero... Y Max Cornell también.

Empezaba el juego.

Capítulo 10

El *hall* del Hotel Wellington los recibió con su moqueta roja y su enorme lámpara de araña, que pendía del alto techo. Solo con eso se podía saborear lo espectacular de un tipo de lujo anclado en el pasado. Ana y Max llegaban elegantemente tarde, como correspondía a un adinerado ciudadano inglés con cierta carrera política a su espalda y a la mujer española que lo guiaba en su búsqueda de proyectos que mereciesen la pena financiar. El escenario, grandilocuente como era, estaba vacío. Max echó un vistazo disimulado alrededor. Había esperado prensa o curiosos, al menos. No aquel silencio casi sepulcral.

Una amable azafata les señaló el camino hasta el Salón Cibeles, donde se celebraba el evento. El espectáculo que se desarrollaba allí era de otro tipo completamente distinto y colmó por entero las expectativas de Max. La mayor parte de los asistentes eran hombres entrados en años que llevaban las canas con cierta dignidad. Los acompañaban mujeres solo un poco más jóvenes. La mayoría de ellas sonreían y callaban, como buenos objetos de decoración. Las pocas empresarias que se encontraban en el salón de paredes blancas no tenían canas. Al contrario, parecían mucho más jóvenes que sus colegas varones. Muchas de ellas sujetaban copas de vino blanco con una mano mientras cruzaban el brazo libre debajo del pecho, en un gesto evidente de defensa. A Max no le extrañó. La mayoría de los hombres mostraban un lenguaje corporal más propio de rapaces o animales carroñeros. Nada que no hubiera presenciado en muchas otras ocasiones y en muchos otros contextos. Nada de lo que sorprenderse, por mucha vergüenza ajena que sintiera.

Lo que sí le llamó la atención fue la aparente normalidad de la escena. Corros de personas charlaban más o menos animadamente mientras camareras y camareros vestidos de un discreto color negro se deslizaban entre unos y

otros tratando de pasar desapercibidos al otro lado de sus bandejas repletas de copas y comida.

—¿Nadie echa de menos a los cinco banqueros más importantes del país? —le preguntó a Ana. Al hacerlo señaló uno de los grandes cuadros que decoraban el salón. Una pieza de tonos verdes que combinaba con la tapicería de los sillones y sofás. La idea era que pareciese que preguntaba por el autor o por el estilo.

Ana asintió, hizo un gesto ambiguo con la mano para aparentar que comentaba algún aspecto de la misma pintura.

—Suponía que esto era así en todas partes. En las finanzas y en este país, desde luego, lo es. A mí me recuerda a los bailes de sociedad o a los de debutantes. Algo muy británico, si no me equivoco.

—¿Disculpa?

A pesar de su sorpresa, Max no cambió su gesto de interés ni su objeto de atención: el cuadro.

—Las niñas en edad casadera acudían a bailes con sus mejores galas para encontrar un marido. Si no se mostraban, no obtenían su premio porque había mujeres disponibles de sobra. Esto es similar. Los secuestrados acumulan grandes fortunas, pero existen otras fuentes de financiación e ingresos. Aquí tenemos un refrán muy conocido: «El que se fue a Sevilla, perdió su silla». De todas maneras, me atrevería a decir que nada de lo que ocurra aquí afectará a esas fortunas.

—*Move your feet, lose your seat*. Así lo decimos en inglés. Tiene sentido.

—No dice mucho a favor de la especie humana, pero sí, tiene sentido — contestó Ana—. Y ahora, vamos a mezclarnos un poco con toda esta fauna. Recuerda: necesitamos saber quién alteró las imágenes de la grabación de seguridad. No va a ser fácil sacar el tema. Parece que cuando alguien..., digamos que se va a Sevilla, mencionarlo se convierte en una especie de tabú.

Así que habrá que tener cuidado.

—Ningún problema —contestó Max—. ¿Hay algo que deba saber de alguien en particular?

Ana cogió a Max del brazo y lo guio hasta otra pintura. La verdad es que ambas le parecieron prácticamente indistinguibles.

—Si te fijas en el salón, verás dos tipos de personas. Algunos, los menos, permanecen quietos en un lugar, como si fueran el sol en el sistema solar. Los demás giran a su alrededor tratando de llamar su atención. El resto se comporta como planetas o satélites. Para saber quién tiene el dinero, es decir, el poder y la influencia, basta con que te fijas en quién gira alrededor de quién. Yo diría que los soles quedan fuera de nuestro rango de sospechosos. Igual que no necesitan moverse para que las cosas sucedan a su alrededor, no necesitan orquestar conspiraciones como la que nos ha traído aquí.

—Entiendo —dijo Max—. Buscamos a un planeta. No a un satélite. A alguien a cuyo alrededor giren otras personas, pero que tenga una ambición peligrosa.

—Eso es. Creo que ese es nuestro perfil.

—Perfecto —dijo Max—. ¿Y por dónde empezamos?

—Empezaremos por parecer muy ricos y muy inofensivos —contestó Ana con una sonrisa.

La agente lo llevó junto a un grupo de personas que se encontraban muy cerca del segundo cuadro que estuvieron mirando. No había ningún sol entre ellos. De hecho, la composición del grupo había cambiado de manera muy evidente durante el poco tiempo que llevaban en la habitación. En el momento en que ellos se acercaron estaba formado por dos mujeres de sonrisa helada y tres hombres con cara de querer estar en cualquier otro sitio. No parecía un grupo muy prometedor, pero sí era el lugar perfecto para empezar.

—Buenas noches —dijo Ana como si conociera a todo el mundo. De

inmediato, las cinco personas revelaron cierta suspicacia—. Les presento a Blake Wheeler. Acaba de llegar de Londres. El fondo de inversiones en el que trabaja nos lo ha enviado para que lo entretengamos hasta que encuentre un proyecto interesante, así que lo he traído esta noche.

—Pues no es la mejor opción para divertirse, me temo —respondió una de las mujeres. Llevaba un moño muy tirante en lo alto de la cabeza y un traje azul marino. Adelantó su mano derecha y se la ofreció a Max—. Catalina Barrios —añadió—. Espero que encuentre lo que busca.

—Encantado —dijo Max—. Yo también lo espero. Acompañó sus palabras con una gran y encantadora sonrisa, lo que le granjeó la atención inmediata de las dos mujeres. Al notar lo, los hombres entraron en acción.

—Félix Arteaga —dijo el primero. Los otros se presentaron como Darío Vilas y Javier Rubio. Los tres se dedicaban al capital de riesgo.

—Voy a ver si encuentro un poco de agua con gas —dijo Ana—. Te dejo bien acompañado.

Max no sabía mucho de finanzas, pero era experto en distraer la atención. De modo que la conversación entre los tres versó, sobre todo, en lo interesante que había encontrado España y las múltiples oportunidades que ofrecía para el ocio. Cuando los tres hombres habían expresado ya lo absolutamente de acuerdo que estaban con él, Ana apareció con una mujer, a la que presentó como Teresa Rosales.

—Encantado —dijo Max. Y en realidad era así. Ana lo estaba convirtiendo en uno de esos planetas a los que debían acercarse. Si el número de personas que se unía a su grupo crecía y se establecían los movimientos necesarios, no tendría que buscar a nadie. Los demás acudirían a él. Al parecer, el truco de no hablar de dinero o de operaciones financieras funcionaba. Solo aquellos que no prestaban atención a los negocios obtenían la atención que buscaban. Precisamente porque pretendían no necesitar lo que

habían ido a buscar. Como todos los demás negocios del mundo, el financiero se basaba en engaños y mentiras.

La mascarada se alargó durante media hora. No hizo falta más para que el primer satélite despistado hablase de lo sucedido el día anterior. Al parecer, los tabúes se rompían con cierta facilidad cuando el aburrimiento se abría camino.

—Y dígame, señor Wheeler, ¿cómo es que ha escogido nuestro país precisamente ahora, con el problema del corralito y la muerte de Gregorio Sanmartín? ¿No le parece un riesgo innecesario?

Max se hizo el sorprendido.

—¿Disculpe?

En cuanto vieron que no conocía todos los detalles de lo sucedido, sus recientes «amistades» procedieron a ponerlo al día.

—Vaya —dijo Max como única respuesta—. Son unas noticias terribles.

—¿Sabe que este fue el último sitio donde vieron a Sanmartín antes de que apareciera su cadáver? Desde entonces nadie ha visto a ninguno de los otros grandes banqueros del país. Por eso este evento ha perdido gran parte de su interés.

Ana había regresado al grupo y jugó su papel con absoluta maestría.

—¡Es cierto! —susurró—. Acaban de decirme que se cree que quien lo secuestró, lo hizo aquí mismo. Con la ayuda de la seguridad del hotel. Una verdadera atrocidad.

Como marionetas manejadas con absoluta destreza, todos los miembros del grupo miraron a otra parte a la vez. A los camareros, a los otros asistentes, al suelo. A Max le quedó claro que ninguno sabía nada.

—Perdónenme, por favor. Enseguida vuelvo.

Todos le sonrieron, pero en sus expresiones se notaba cierta decepción. Estaban perdiendo a su planeta. Se les escapaba un posible inversor. Y no

podían hacer nada por evitarlo.

Puesto que los invitados no parecían una fuente de información válida, Max decidió dedicarse a los empleados. Camareros y limpiadores solían ser más sensibles a las buenas ofertas, y si tenía la suerte de dar con alguien lo bastante avisado, obtendría mucho más que de cualquiera de aquellos inversores de tres al cuarto.

Se acercó a los aseos. Con toda probabilidad, los cinco banqueros habrían pasado por allí en algún momento la noche anterior. Si el Wellington era uno de esos hoteles que continuaban la tradición de emplear a una persona que se encargase de mantener los baños impolutos, quizá Max tuviera suerte.

Afortunadamente, la tuvo.

Un hombre mayor, de una edad indeterminada entre los cincuenta y los sesenta años, le ofreció una toalla de mano cuando Max cerró el grifo.

—Muchas gracias —dijo Max forzando su acento inglés. Añadió un billete a la bandeja de propinas casi vacía.

—A usted, caballero —contestó el hombre—. Aquí hay mucho rico, pero pocos se acuerdan de los que tienen menos.

En cuanto terminó de hablar, el hombre miró a su espalda, por si lo hubiera oído alguien.

—Mi madre decía que los millonarios lo son porque no regalan el dinero.

—Y tenía mucha razón, señor. Aquí nadie suelta ni una *perra*. Y no seré yo quien se queje, pero la gente se porta mal con el prójimo y luego pasa lo que pasa.

—¿A qué se refiere? —preguntó Max. No se creía que hubiera tenido tanta suerte a la primera.

—Como es de fuera, igual no lo sabe —dijo el limpiador—. Pero ayer mataron a uno de esos ricachones. A saber por qué. Pero ya le digo yo que por generoso no fue. Lo que no me explico es cómo siguen los demás ahí arriba tan

tranquilos.

—¿Y quién lo mató? —preguntó Max.

—¿Cómo lo voy a saber yo? Yo les doy a ustedes toallas limpias y friego el suelo. Nada más.

Por supuesto, Max no había esperado que el hombre le diera la solución al caso, pero nunca estaba de más preguntar. Se despidió de él con amabilidad y volvió al salón. Ana seguía alternando con los invitados. Max detuvo a un camarero que volvía a la cocina con la bandeja llena de vasos vacíos.

—Perdona.

El chico, muy joven, le sonrió como un autómata.

—¿Te importa que vaya contigo a la cocina?

—Me temo que no está permitido, señor. Pero si quiere que le traiga algo, no tiene más que pedirlo.

—Lo que necesito es salir de aquí un momento. Y que nadie venga detrás.

—Lo siento, señor, pero...

Max sacó un billete de veinte euros y lo puso sobre la bandeja.

—Llévame a la zona donde fumáis. Si salgo por la puerta principal, no me libraré de toda esa gente que pretende que no quiere mi dinero. Serán cinco minutos.

El camarero hizo desaparecer el billete en un bolsillo del pantalón y echó a andar.

—Sígueme, por favor.

Max obedeció. La cocina estaba muy cerca. Apenas un corredor y una puerta batiente más allá. La mala suerte quiso que el encargado de sala se cruzase con ellos cuando ya estaban a punto de llegar.

—¿Señor? —preguntó dirigiéndose a Max—. ¿Se ha perdido? Esta zona está reservada para el personal del hotel.

—Me he despistado, sí.

—Oh, ya veo.

El camarero desapareció pasillo adelante. Los veinte euros que se había embolsado debían de ser los más sencillos de ganar de su vida. En cuanto a Max, examinó a su nuevo interlocutor. Quizá era demasiado corpulento para dedicarse a la hostelería, aunque bien podía tratarse de uno de esos adictos al gimnasio que tanto proliferaban.

—Le acompañaré de vuelta al salón, señor. No tendría ninguna gracia que le sorprendieran aquí los de seguridad después de lo de anoche.

—Sí —asintió Max—. Me lo han mencionado antes. Imagino que la publicidad negativa no le hace ninguna gracia al hotel.

—Imagina usted bien. Si alguien se molestara en hacer las preguntas correctas a las personas correctas... En fin, pero eso a usted no le interesa. Ni siquiera es de aquí, ¿verdad?

Max se detuvo en seco.

—Claro que me interesa —dijo—. Me interesa muchísimo.

Capítulo 11

El encargado alzó una ceja. Max se había dejado llevar y reveló demasiado entusiasmo.

—Solo era un decir, ¿sabe? —aclaró el empleado—. No es que yo sepa gran cosa. Uno recibe instrucciones y va atando cabos.

Max decidió atacar aquella conversación desde un ángulo que siempre funcionaba: la adulación.

—Imagino que piensas que soy como todos los que están en ese salón intentando ponerle la mano encima a un buen montón de billetes. —Max aprovechó su acento inglés para marcar la diferencia que pretendía establecer—. Bueno, mi manera de hablar no es lo único que me diferencia de ellos. Tengo dinero, claro, pero no se me ha olvidado de dónde vengo. A mí la fortuna no me ha caído del cielo.

El encargado seguía reticente, pero no hizo ningún intento de marcharse de allí, así que Max continuó interpretando su papel.

—Mira, he sido instructor de tenis, he repartido propaganda y he sido camarero. Y durante todo el tiempo que pasé sirviendo platos caros a gente como esa de ahí atrás aprendí lo que les importaba... Y cómo conseguirlo. Algo me dice que tú eres como yo. Quizá podamos ayudarnos mutuamente.

—No veo cómo, señor..., francamente.

—No me llames de usted. Mi nombre es Blake.

—Disculpe, pero este es mi trabajo. Aunque fuera usted mi amigo de la infancia, no podría...

—De acuerdo. Mira. Tú tienes información. Y yo la necesito. He venido porque quiero dinamizar mi cartera de valores. Pero la situación actual en este país no es precisamente estable. Necesito saber si hay alguien en este evento de cuya solvencia pueda fiarme.

El encargado se aclaró la garganta.

—No conozco a ninguno de los invitados, pero...

—¿Pero?

—El domingo por la mañana nos encargaron un pequeño proyecto de decoración en uno de los sótanos. Me imaginé que sería para alguna fiesta privada. Y no me equivocaba, aunque la fiesta no fue lo que yo esperaba exactamente.

Max trataba de no perder los nervios, pero tanto circunloquio lo exasperaba.

—¿Qué tipo de fiesta se celebró esa noche?

—Fue en uno de los pisos inferiores. El hotel tiene salas de menos categoría. Suelen alquilarlas personas... ¿cómo decirlo? Como las que ha podido conocer antes. Solo personalidades vip de primer nivel alquilan los salones de la planta principal o los de pisos superiores. Sin embargo, el señor Gregorio Sanmartín y los demás bajaron a los sótanos anteayer.

—Sí, el domingo se les vio aquí por última vez.

El encargado volvió a levantar una ceja. Esta vez acompañó su gesto con una sonrisa.

—No me trate ahora como si fuera tonto, señor. Anteayer se vio aquí por última vez a los cinco banqueros más ricos de España. Ninguno de los otros cuatro ha aparecido después de un evento que ellos mismos habían organizado. Así que sospecho que... bueno, no encontraron lo que buscaban en ese sótano.

—¿Puedes llevarme allí?

—Puedo, claro. Pero todavía no hemos hablado de cómo me ayuda usted a mí.

—Habla de tu compensación en cuanto compruebe cuál es el valor de tu información.

El encargado asintió.

—Sígame, por favor.

Max, por supuesto, lo siguió muy de cerca. Juntos, sin cruzar palabra, bajaron tres pisos por una escalera de servicio. Evitaron cualquier zona de acceso público. Max echó un vistazo hacia arriba. La escalera ascendía hasta la azotea, o eso le pareció. Las luces se activaban con un sensor de movimiento, de manera que no veía más allá de uno o dos pisos. Pero la reverberación de los pasos de ambos le daba una pista bastante clara.

En el tercer sótano, el encargado empujó la puerta de acceso al interior del hotel y Max se encontró en un pasillo de techos bajos; bien iluminado, decorado con papel pintado y una moqueta de tonos neutros que no se parecía en nada a los que había visto en el vídeo que Ana le mostró.

—¿Está seguro de que es aquí?

—Completamente, señor. La sala en la que se reunieron es la de la esquina.

Max comprobó que, efectivamente, una cámara de seguridad apuntaba en la dirección de la puerta señalada. Se acercó a la pared y vio que el papel había sido reemplazado recientemente. El trabajo era concienzudo, pero se notaba una ligera diferencia de tono. No había rastro del mueble y los jarrones que le dieron la pista sobre la alteración de las imágenes, pero la moqueta se veía aplastada en los puntos donde debían de haber descansado las patas.

—¿Tiene la llave o el código de entrada?

—No es necesario. Como le decía, estas salas son de categoría inferior. Siempre están abiertas. Puede pasar si quiere.

Max entró, por supuesto. Y el encargado lo siguió. Encendió la luz y Max vio que, en efecto, aquel pequeño salón de reuniones no contenía más que una mesa y unas sillas. Los muebles eran de calidad y el ambiente resultaba agradable, pero no había ventanas. No parecía el lugar donde cinco hombres de la riqueza de aquellos a los que estaba buscando escogerían para reunirse.

Pero lo que llamó la atención de Max por encima de la austeridad de la habitación fue una irregularidad en la pared del fondo. Se dirigió hacia allí sin dudar. No podía creer que sus ojos estuvieran viendo lo que, sin duda, veían. Una puerta, discreta pero muy visible, habría permitido la salida de los cinco hombres.

¡No solo habían alterado las imágenes de la grabación! ¡Les hicieron creer que la reunión se había llevado a cabo en un lugar sin salida! Así, Gerión aparecía como una organización imposible de batir. Un espectacular juego psicológico para colocar a la Policía española en situación de inferioridad. Estaba deseando contárselo a Ana.

—¿Esta puerta tiene llave?

—No, señor —dijo el encargado.

Max no se dio cuenta de que, mientras prácticamente corría hacia esa salida, el otro hombre se había quitado la chaqueta. Estaba tan cerca de él que Max encajó el puñetazo directo en la mandíbula, sin poder hacer nada por evitarlo. Se tambaleó. Trato de recuperar el equilibrio aferrándose al respaldo de una silla, pero ambos cayeron. La moqueta era mullida.

Max eliminó de su cabeza todo vestigio de racionalidad. Ni siquiera se paró a pensar que el encargado lo había engañado, o que lo necesitaba vivo. Estaba metido en una pelea y se encontraba en inferioridad de condiciones. Eso era lo único en lo que necesitaba concentrarse.

No se levantó. Tenía que convencer a su enemigo de que podía acercarse sin miedo. El otro así lo entendió y dio un par de pasos en dirección a su tronco. Si iba a rematarlo, debía asegurarse. Entonces, cuando Max calculó que podía desestabilizarlo, le lanzó una patada a la rodilla. El golpe fue más débil de lo que le habría gustado, dada su posición, pero sirvió para lo que necesitaba. El encargado se apoyó en la pared intentando no caer, y eso dio tiempo a Max para levantarse con un salto casi acrobático. Apoyó todo su

peso en los hombros y se impulsó con la cintura y la espalda. En un momento había recuperado su superioridad y la aprovechó sin que mediara más de un segundo.

Un golpe con la mano abierta en el plexo solar de su contrincante hizo que este perdiera el aliento. Sin embargo, se trataba de un enemigo difícil de batir. No se desplomó. Al contrario, encontró cierto equilibrio sobre una sola pierna y pateó a Max con toda la fuerza de la que fue capaz. Por muy poco erró en su objetivo, la entrepierna.

Max ni siquiera notó el golpe. La adrenalina se lo impedía. La furia acumulada por todas las injusticias que había presenciado desde su aterrizaje se desató en ese momento. Sin que el otro pudiera predecir su movimiento, Max lo tomó del cuello y del brazo, le retorció este último y se situó a su espalda. Una maniobra nada sencilla en un espacio tan reducido.

Sin pensar en lo que estaba haciendo, Max buscó la nuez de Adán del encargado con su dedo pulgar y la empujó hacia un lado. No dejó de hacer presión hasta que oyó el crujido. El hombre estaba muerto.

Dejó que cayera sobre la moqueta y echó un vistazo a su alrededor. Escogió tenderse sobre la mesa para recuperar la calma. Terminada o no la pelea, Max no se encontraba en una situación en la que fuese capaz de pensar. Practicó unos ejercicios de respiración y vació su mente de emociones negativas. O al menos lo hizo tanto como pudo, dada la situación.

Una vez de pie, se echó un vistazo y se dio cuenta de que la pelea, aunque corta, había dejado su esmoquin en un estado lamentable. Debía contactar con Ana y explicarle lo sucedido. Considerando que se encontraba en el sótano 3, no cabía esperar que nadie encontrara el cadáver demasiado pronto. Se tomó un momento para registrar la chaqueta que con tanta diligencia se había quitado el hombre antes de dar comienzo a la pelea. Hubo suerte. Junto a su identificación del hotel encontró otra tarjeta magnética. Incluso llevaba

impreso el logo de Gerión.

Cruzó la puerta de la pared del fondo, esperando encontrar una salida hacia el exterior. En cambio, entró a un corredor mal iluminado cuyo techo, suficiente para que una persona de estatura media pasara sin problema, estaba recorrido por grandes tubos y cables. Debía de tratarse de una ruta más corta para servir el *catering* o los cafés. Max avanzó por el pasillo, encorvado a medias, y llegó a la cocina. Por un momento temió que el camarero al que había sobornado se encontrara allí, pero tuvo suerte. Los empleados se afanaban en colocar copas y canapés sobre las bandejas que sus compañeros sacarían en breve y Max pudo escabullirse hasta la puerta que, esta vez sí, le proporcionó una salida a la zona de recepción de mercancías. Estaba en la calle.

Se detuvo un momento y se deshizo de la chaqueta, de la pajarita y del fajín, se desabotonó la camisa, se la sacó por fuera y se subió las mangas. También se revolvió el pelo. Su hotel estaba razonablemente cerca, pero no quería arriesgarse a que lo atacaran por ir demasiado bien vestido.

Salía ya a la calle cuando oyó un molesto pitido que parecía venir de su propio oído. Mei, por supuesto.

—Te oigo como si fueras una voz dentro de mi cabeza —dijo Max.

—Es que lo soy, jefe.

—¿Has descubierto algo?

—Ya sabes que sí. Si no, no te llamaría.

—Pues suéltalo cuanto antes. He tenido una noche más bien desagradable. Voy camino del hotel, así que te veré en un rato.

—No suenas bien, Max, ¿qué ha pasado?

—Lo que pasa siempre, me temo —contestó con amargura—. Pero mejor no pensar en ello ahora. Cuéntame qué has descubierto en esas páginas, ¿tenían algún sentido?

—Bueno, me ha llevado un buen rato digitalizarlas para poder trabajar con ellas de manera efectiva, pero sí, tienen sentido.

—Pues tú dirás.

—El sistema informático de los cinco bancos no fue hackeado exactamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Max.

—Quiero decir que las cuentas bancarias de todo el país se han bloqueado de una manera fraudulenta, claro que sí, pero no desde fuera. La operación la llevó a cabo alguien que tenía en su poder autorización para hacerlo. No hay brechas de seguridad, no se han clonado contraseñas... Nada de lo que una esperaría encontrar en un caso así.

—¿Los propios bancos están estafando a sus clientes?

—Eso parece.

—¿Puedes llamar a la agente Martínez?

—Ahora mismo, jefe.

—Nos vemos en veinte minutos.

La comunicación se cortó sin más despedidas. Las cosas comenzaban a tomar forma, aunque lo que Mei acababa de decirle hacía que todo tomase un rumbo mucho más oscuro.

Capítulo 12

Su hotel estaba muy cerca del Wellington, así que Max caminaría. Ya se encontraba en la acera de la calle Villanueva, una vía estrecha de un único sentido en la que se alternaban fachadas de piedra con ladrillos caravista, cuando sintió que alguien le sujetaba el brazo.

Contuvo el instinto de devolver el contacto con un golpe e inmediatamente se alegró de hacerlo. La voz de Ana se abrió paso entre sus pensamientos.

—¿Adónde te crees que vas?

Max se dio la vuelta. No sabía cómo lo hizo, pero la agente se había vuelto a vestir con su traje ancho y cómodo. De la mujer espectacular que fue a recogerlo no quedaba más que el esqueleto. Un bello esqueleto que, por algún motivo, ella se empeñaba en ocultar.

—A mi hotel. Tengo noticias.

Ana inclinó la cabeza y puso los brazos en jarras. A Max no se le escapaba que la mujer trataba de tomar una decisión. Como prefería no revelar lo que acababa de descubrir, la ayudó con una pequeña pregunta.

—¿Pasa algo? Parece que tú también vas a algún sitio.

—Ya lo creo que pasa —contestó ella—. Vamos al coche. Tenemos que acercarnos al Anatómico Forense.

En esa ocasión el vehículo carecía de conductor y fue Ana quien se sentó al volante. Max ocupó el asiento del copiloto. Todavía esperaba que le explicase qué era lo que había sucedido.

Ana se mojó los labios. No apartó la mirada de las calles ni superó el límite de velocidad. Ni siquiera colocó una luz en el techo del coche, ni mucho menos puso la sirena. Tampoco hacía falta. Ningún otro vehículo circulaba. Las oleadas de gente que tomaron el asfalto unas horas antes habían desaparecido por completo. Max comprendió lo que había pasado cuando vio

los controles. Cada pocas calles, dos coches patrulla les franqueaban el paso. En las avenidas más grandes encontraron furgones. Las autoridades no escatimaban en efectivos.

—¿Toda esta presencia policial tiene algo que ver con lo que sea que haya sucedido?

—Así es.

Max no quería forzar las explicaciones, pero necesitaba datos. Afortunadamente, Ana no tardó en dárselas.

—En la fiesta había algunos compañeros más, también infiltrados. Uno de ellos te seguía, así que ya me contarás qué es lo que ha pasado en ese sótano. El otro estaba allí como enlace, y es quien me ha avisado de lo ocurrido.

La agente Martínez hizo una pausa.

—Se ha encontrado un cuerpo al pie del viaducto de Segovia.

—¿Qué es un viaducto? —El español de Max era muy bueno, pero no estaba seguro de lo que significaba esa palabra en particular.

—Es un puente. Muy alto. Tiene unos 23 metros en su parte más alta y, lo mejor, unas planchas de metacrilato de casi 2 metros de altura impiden el acceso a las barandillas. Si alguien quiere suicidarse en el viaducto, tiene que tener una enorme fuerza de voluntad y muchos recursos.

—¿De quién estamos hablando aquí, Ana?

—Uno de los banqueros. No sabemos si lo han tirado o se ha tirado. Por eso vamos al Anatómico Forense. Están practicándole la autopsia.

Max permaneció en silencio. Con los datos que Mei acababa de darle, tampoco él podía aventurar una respuesta. Hasta donde él sabía, el remordimiento tal vez influiría en su decisión de suicidarse. Al fin y al cabo, quizá formara parte de un complot en el que la avaricia de unos pocos significaría el hundimiento de la economía de un país entero. Por otra parte, puede que no formara parte de esa trama. En ese caso, los implicados, el

famoso grupo Gerión o las cabezas pensantes que lo manejaban entre las sombras, habrían decidido quitárselo de en medio.

—¿No tienes nada que decir? —interrogó Ana.

Max se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que diga? No sé quién es el muerto, no conozco los detalles del caso. Estoy como tú.

—No hay controles en el viaducto porque no es una zona conflictiva. Sí los hay en la calle Mayor y un poco más arriba, en la calle de Bailén. Ninguno de los dos puestos tiene un ángulo de visión que cubra el maldito puente. Así que nadie sabe cómo llegó el hombre hasta allí. Lo que sí sabemos es que una de las planchas de metacrilato se desmontó con absoluto cuidado y no volvieron a montarla.

—Eso tampoco aclara mucho las cosas. Si la desmontó él mismo, no pudo volver a montarla después de saltar, claro. Pero si alguien lo tiró, lo más inteligente sería dejar la plancha desmontada para confundirnos.

—Y lo está consiguiendo sin el menor esfuerzo.

Ana frunció los labios. Max no la conocía demasiado, pero el gesto dejaba bien a las claras lo mucho que la enfadaba esa situación.

No había pasado ni un cuarto de hora desde que dejaran el Wellington y la agente ya estaba aparcando el vehículo frente a un edificio de tres plantas rodeado de jardines mal cuidados. La hierba amarilleaba, el polvo cubría las hojas de los arbustos, más grises que verdes, y el acceso consistía en unas escaleras de cemento sin adorno alguno que conducían a un portal bajo y oscuro. Desde luego, los edificios oficiales españoles carecían de cualquier tipo de distinción. Max pensó en la arquitectura del Royal London Hospital o the Parliament. La diferencia entre ambos países era evidente.

—Nos están esperando. Ahora nos ocuparemos de esta muerte, pero no se me olvida que has desaparecido durante un buen rato y que tienes aspecto de

haber recibido una paliza profesional. Como estás vivo y no has dicho una palabra, supongo que el otro ha terminado peor que tú.

—Puedes estar segura —dijo Max sin poder evitarlo.

—Luego me pones al día. Ahora vas a conocer al doctor Rosales. Es un tipo peculiar. El mejor en lo suyo.

La peculiaridad del doctor Rosales, al menos tal y como Max lo veía, residía en que era un tipo absolutamente normal. Los recibió en la sala de autopsias. Es decir, no es que los recibiera, puesto que siguió inclinado sobre el cuerpo, con las manos a la espalda, mientras los saludaba. Parecía que el abdomen vacío del hombre que yacía en la camilla metálica encerrase todos los secretos del universo. Con esa atención lo observaba el forense.

Max había conocido a otros hombres como él, capaces de quedar absortos en su trabajo sin importar lo que pasara alrededor. No había nada extraño en Rosales. Hasta que levantó la cabeza del objeto de su interés y pronunció una frase completa.

—Dejen que les salude de nuevo —dijo—. Observo la mala costumbre de no prestar la atención suficiente a los vivos. No es culpa mía, en realidad. Ustedes hablan y hablan y hablan y mienten y mienten y mienten. A veces ni siquiera lo saben, pero mienten. Sin embargo, mis amiguitos solo dicen la verdad. Claro que tampoco ellos lo saben, ¿verdad?

Mientras hablaba, acariciaba la cabeza del cadáver. Max se habría ofendido, pero el gesto de intimidad entre el médico y el muerto le dejó muy claro que lo que el hombre decía no era, en absoluto, nada personal. Además, si lo pensaba, tenía que admitir que los seres humanos vivos, él incluido, tenían cierta afición a la mentira.

—Buenas noches, Juan. ¿Tienes algo?

El hombre carraspeó y luego dibujó una sonrisa muy tenue. Max se fijó en que se trataba de un hombre mayor, quizá incluso hubiera superado la edad de

jubilación. Canas muy blancas veteaban un pelo castaño bien peinado al que no había aplicado ningún producto fijador. La bata blanca cubría por completo su ropa de paisano, pero un afeitado bien apurado y un rostro sin imperfecciones más allá de las marcas de la edad revelaban una personalidad pulcra y ordenada.

—Tengo un cadáver que alguien tiró desde unos veinte o veinticinco metros de altura.

—¿Suicidio?

Rosales borró la sonrisa de su cara y toda la habitación pareció oscurecer de repente.

—¿Qué te pasa, Martínez? ¿Ya no me escuchas? ¿Ahora te limitas a oír? Te he dicho que tengo un cadáver que alguien tiró desde unos veinte o veinticinco metros de altura. Los cadáveres no pueden suicidarse, me temo.

Ana ni se inmutó por la falta de respeto del médico. A Max le apetecía intervenir, pero estaba claro que entre los dos había algún tipo de relación anterior. De modo que se mantuvo en un discreto segundo plano, como siempre que ella estaba delante.

—¿Causa de la muerte?

—Todavía no la he determinado. Aunque los muertos tienden a no mentir, no siempre saben la verdad. No he encontrado nada en sus vísceras, no hay más traumatismos que los *post mortem*, los que se produjeron por el impacto de la precipitación. Me inclino por una solución de potasio. Pero para confirmarlo debo encontrar el pinchazo.

—¿Hay restos de potasio en sangre? —preguntó Max.

Rosales lo miró por primera vez.

—No. El potasio se reabsorbe en muy poco tiempo. Incluso si encuentro ese pinchazo, la teoría del potasio siempre será una teoría.

—¿Hora de la muerte? —preguntó Ana.

—Hace al menos veinticuatro horas que murió.

Ana y Max cruzaron una mirada muy significativa.

—Dada vuestra reacción —dijo Rosales—, creo que ya os he dado lo que necesitáis para seguir con lo que sea que estéis haciendo. Así que os agradecería que me permitieseis continuar con esta autopsia. Tengo especial predilección por los cadáveres discretos, que no revelan sus secretos con facilidad.

—Gracias, Juan. Has sido de gran ayuda, como siempre.

—Un placer, Martínez. Cuídate. Y no dejes que esa gente con la que trabajas te obligue a desperdiciar tu talento. Eres una muchacha brillante, ya lo sabes.

—Claro, Rosales.

El doctor no dirigió a Max ni una palabra de despedida. A él tampoco le importó. Desde que recibió la noticia de la hora de la muerte no hacía más que darle vueltas a todos los datos que conocía sobre el caso. Se sentía como un malabarista que trabajase con más bolas de colores de las que en realidad podía manejar.

—¿Muchacha? —dijo.

—Te dije que era peculiar. Su hija es mayor que yo y sigue llamándola Susanita.

—¿Tiene una hija?

—Y una esposa entomóloga. Es mi tío. Materno. Por eso no compartimos apellido.

Salieron a la cálida noche madrileña y Ana se sentó en los escalones de cemento de la entrada.

—De todas formas, los dos sabemos lo que importa aquí, ¿verdad? Si ese hombre lleva más de veinticuatro horas muerto, Gerión está incumpliendo sus promesas.

—Efectivamente. No es algo propio de los grupos terroristas.

—No, no lo es. Y nos deja con el culo al aire en más de un sentido. Ahora mismo, Cornell, no sé por dónde tirar.

—Hay dos cosas que no sabes. Quizá este sea un buen momento para contártelas.

Max también se sentó. No le apetecía decir lo que sabía. Se fiaba de Ana, claro que sí, pero no estaba acostumbrado a trabajar con un equipo que no fuera el suyo.

—Primero lo del sótano, si no te importa.

Max le contó lo que había sucedido en el hotel. Cómo el camarero le dio un montón de datos esperando que no pudiera utilizarlos al final y cómo la pelea se había resuelto a su favor. No le dijo nada acerca de la tarjeta magnética con el logo de Gerión.

—¿Y qué es esa otra cosa que debo saber?

—Se trata de Mei. Cuando me encontraste a la salida del hotel, acababa de hablar con ella. Ha descubierto algo... inquietante.

Ana cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y me lo vas a decir o vas a mantener el misterio?

—El bloqueo de las cuentas no fue un ataque externo.

Los dos permanecieron allí, sentados. No había mucho que pudieran decirse. Trabajaban juntos, pero cada uno de ellos empelaba métodos y recursos diferentes, así que no les quedaba más remedio que separarse.

—¿Tú a tu hotel y yo a mi oficina? —dijo Ana rompiendo el silencio.

—Me temo que eso es todo lo que podemos hacer, sí.

—¿Te llevo?

—No. Estamos cerca, ¿verdad? ¿Unos cuarenta minutos andando?

—No es seguro caminar de noche en Madrid tal como están las cosas, Max.

—Sé defenderme. Avisa a tus compañeros de que no me detengan. Caminar me aclara las ideas. Necesito un poco de aire antes de seguir. Este país...

—Este país es agotador, lo sé. Llevo aquí toda la vida.

—Estamos en contacto.

—Claro —contestó Ana—. No sé cómo lo haré, pero solicitaré acceso a los ordenadores de los secuestrados. No va a ser fácil. Si crees que Mei puede ayudarme con eso...

—Cuenta con ello. ¿Qué esperas descubrir?

—No es que crea que son tontos. No lo son. Pero si se creen intocables, y la realidad es que a la gente con tanto dinero no se la suele poder tocar, quizá hayan cometido algún error. Suponiendo, claro, que estén relacionados con esto.

—¿Crees que no lo están?

—Espero que no. Espero que los implicados sean sus manos derechas o sus consejos de administración. No puedo permitirme pensar que la corrupción llega a un nivel tan alto; ¿para qué querrían robar los hombres más ricos del país?

Max no contestó. Se levantó de la escalera y se encogió de hombros. Por lo que él sabía, quienes tenían mucho, querían más. No había una explicación lógica. Simplemente era así.

—Te mantendré informada.

Capítulo 13

En realidad, los cuarenta minutos que calculó se convirtieron en una media hora escasa. Durante el trayecto había tratado de hablar con Mei para contarle lo que descubrieron en el Anatómico Forense, pero no obtuvo respuesta. De modo que Max, confiando en que Ana hubiera advertido a los controles de que quizá vieran a un hombre alto y vestido con un esmoquin maltrecho, corrió desde el horrible edificio de ladrillo hasta el centro su hotel sin prestar atención a nada que no fuese su respiración. Que Mei no contestase solo podía significar que se encontraba en problemas. Y de ser así, Max necesitaba dosificar sus fuerzas para enfrentarse a lo que fuera que le esperaba. Por supuesto, no podía ser nada bueno.

La calle de Alcalá se encontraba especialmente tranquila. Quizá porque dos coches patrulla se apostaban en la bifurcación que la separaba de Goya, muy cerca, de hecho, de su hotel. Los policías no lo pararon. Como había corrido por calles secundarias, no se encontró con otros agentes, pero, de todos modos, estaba bien saber que Martínez cumplía sus promesas.

No quería asustar al recepcionista, así que bajó el ritmo de carrera unos metros antes de llegar a la puerta de cristal corredera. Aprovechó para bajar también el ritmo de su respiración. Pero cuando se acercó a la entrada supo que algo no estaba bien. No solo porque no hubiera nadie tras el mostrador. De hecho, aquello era lo de menos. Lo que de verdad le puso los pelos de punta fue que la puerta reaccionó a su presencia, abriéndose de par en par. Aquello no tenía sentido. Por mucho que hubiera descendido la actividad en la calle, el chico de recepción no habría dejado la puerta abierta.

Max fue hasta el ascensor y pulsó el botón de llamada. Incluso se tomó unos pocos segundos para esperarlo. Pero el aparato no se movía lo bastante rápido. Aquello, por otra parte, tampoco tenía sentido. Por experiencia sabía

que los hoteles siempre tenían un ascensor disponible en el vestíbulo. Máxime a aquellas horas de la noche. Sobre todo en circunstancias excepcionales como las que atravesaba la ciudad.

Corrió a las escaleras. Afortunadamente, la inactividad de los últimos meses no había sido absoluta. Su entrenamiento diario en Hyde Park le sirvió para subir los nueve pisos sin desfallecer. La luz se encendía a su paso gracias a sensores de movimiento, lo que también le indicó que nadie lo esperaba agazapado allí. Aquellos sensores solían ser muy sensibles. Más les valía a los hoteles mantener unas condiciones de luz óptimas. De otro modo, las demandas de huéspedes borrachos que sufrían accidentes se multiplicaban. Así que Max corrió escaleras arriba con la tranquilidad de que estaba a salvo. Lo que no tenía tan claro era si Mei se encontraba bien.

Salió al pasillo de la última planta y lo que vio no le hizo ninguna gracia. Un haz de luz salía de la puerta de su habitación. Por lo demás, el corredor permanecía en silencio. Fuera lo que fuera lo que había pasado, ya había terminado. Aun así se plantó en el cuarto con un par de zancadas. Se detuvo antes de cruzar el umbral. Estaba agitado. Sin embargo, debía observar la escena sin contaminarla.

Lo primero en lo que se fijó fue en que la propia puerta casi no se sostenía sobre sus goznes. No había marcas de bala, no habían disparado a la cerradura. Al contrario, la habían reventado. Probablemente de una patada. Echó un vistazo ansioso alrededor. Buscó sangre, la de Mei o la de sus atacantes, pero no había ni rastro. Eso era buena señal. La violencia de la puerta no admitía réplica en cuanto al tipo de intruso que se coló en la habitación. Alguien así no mataría discretamente. Aunque Max no quiso mostrarse demasiado optimista. Desde donde estaba no podía ver toda la habitación. Respiró hondo y entró.

Mei no estaba detrás de la cama, ni en el baño, ni en el armario. Tras una

inspección más cuidadosa, Max se aseguró de que no había sangre. Decidió creer que habían secuestrado a Mei. Siguió concentrado en la habitación. Él no había llevado mucho equipaje, así que el desorden se limitaba a las sábanas, los cajones fuera de su sitio y los colchones rajados. El cuadro que representaba la Revolución francesa fue descolgado y rajado.

Por supuesto, las páginas de código que aquel chico le dio en la entrada del hotel unas horas antes habían desaparecido junto con el sobre. Contra todo pronóstico, el portátil de Mei estaba debajo del somier. Max no podía creer que lo hubieran dejado, ¿es que no sabían a quién estaban secuestrando? Porque aquello tenía todo el aspecto de ser un secuestro.

Max pensó que los intrusos probablemente lo buscaban a él. En su lugar habían encontrado a una frágil y dedicada mujer china... Volvió a mirar la habitación. Esta vez desde una nueva perspectiva. Que no hubiera sangre, que el espejo estuviera intacto, que los cristales de las ventanas no se hubieran roto significaba que Mei no se defendió. Conocía a su compañera. Eran amigos y trabajaban juntos desde hacía años. Si Mei hubiese presentado batalla, habría restos de sus rivales. Y no solo sangre, probablemente habrían perdido algún diente también.

Así que los intrusos no sabían a quién habían encontrado ni a qué se dedicaba. Por eso no prestaron el menor interés por el portátil. Que no se lo hubieran llevado indicaba que tampoco habían entrado allí para robar. No. Buscaban las páginas de código y, probablemente, al propio Max.

Se agachó a recoger el ordenador y lo abrió. La pantalla aparecía negra, así que pulsó varias veces la tecla *intro* para que el aparato saliera del modo reposo. Lo que vio le sorprendió mucho más que cualquier otra cosa que hubiera podido encontrar. Ocupando toda la pantalla aparecía una escena dominada por un caballero medieval que sostenía la cabeza de un dragón. Sobre la ilustración había un cuadro que solicitaba una contraseña. Ni en toda

su vida se le habría ocurrido a Max que Mei fuese aficionada a los videojuegos.

Volvió a cerrar el portátil y a concentrarse en la habitación. Solo otra cosa parecía fuera de lugar. La silla que había estado frente al escritorio se encontraba ahora junto a la ventana. Además, mientras el resto del mobiliario estaba destrozado por completo, esa silla se mantenía en pie y prácticamente intacta. Max se acercó a inspeccionarla.

Tal como sospechaba, habían atado a Mei a aquella silla. Tenía huellas de las suelas de sus botas en las patas delanteras. Además, su compañera se las había apañado para escribir una palabra en la parte trasera del respaldo. Desde luego, no podía decirse que fuese una mujer que careciera de recursos.

Max se sentó en el suelo, frente a las letras retorcidas y apenas legibles de Mei. La única palabra que le dejó como mensaje no tenía el menor sentido para él: «Malebolge».

Con la esperanza de que los secuestradores hubieran dejado el bolígrafo y el papel de cortesía del hotel, Max levantó las sábanas y devolvió los cajones a su sitio. Se sentía ridículo, pero sabía que aquella palabra debía de significar algo. Cuando por fin encontró lo que buscaba, arrastró la silla hasta el escritorio y comenzó la tarea de descifrar el mensaje. Porque aquello debía de ser un mensaje. Mei no escribiría una palabra al azar.

Fue incapaz de combinar las letras de manera que dijese algo con sentido. Ni en inglés ni en español. Comenzó con verbos como llamar o beber, pero las letras restantes no formaban palabras enteras. Estaba a punto de perder la cabeza cuando, de repente, se le ocurrió que la solución era mucho más evidente de lo que parecía.

Claro que Mei no jugaba a videojuegos. Estaba mucho más interesada en espiar, como juego en sí mismo, y en aprender. Pero si se estaba haciendo pasar por una pobre chica en apuros que se encontraba en el lugar equivocado

en el momento equivocado, entonces su portátil también formaría parte del improvisado disfraz.

Recogió el ordenador del suelo y lo abrió una vez más. Cuando el caballero medieval apareció en pantalla con su cabeza de dragón, escribió aquella extraña palabra en el recuadro reservado a la contraseña: «Malebolge». Pulsó una vez más la tecla *intro* y contuvo el aliento.

La ilustración desapareció. Durante apenas un segundo la pantalla se oscureció por completo y Max temió haberse equivocado. ¿Y si había introducido un código que borrara todo el disco duro? Pero, de repente, un punto luminoso parpadeó en el centro. Solo eso: una lucecita roja que se encendía y se apagaba, sin más contexto. Hasta que, poco a poco, vio cómo se cargaba un mapa de la ciudad y de sus alrededores. El punto se movía por el mapa.

Mei se las arregló para colocarse un localizador, y estaba transmitiendo su posición. El problema, por supuesto, era que él carecía de un medio de transporte. Debía pensar en lo que podía hacer, y rápido.

Lo más importante era mantener el portátil encendido, así que buscó el cargador y lo conectó a la corriente eléctrica. Mientras lo hacía, se lamentó por haberse deshecho de la moto. En aquel momento le habría venido de perlas un vehículo rápido y capaz de esquivar peatones y policías por igual.

Claro que la suya no era la única Honda del país. De hecho, conocía a alguien que poseía una moto tan buena como la que había perdido. Lo que no sabía era si la agente Martínez se la prestaría. Aunque no le quedaba más remedio que comprobarlo. La llamó por teléfono y le contó con lo que se había encontrado en el hotel.

—Mandaré un coche a recogerte.

—No —dijo Max—. Lo último que necesito es alertarlos. Pero sí tienes algo que me servirá.

—Creo que sé a qué te refieres. Estaré ahí en treinta minutos. Espérame en la puerta principal.

Capítulo 14

La impresionante moto con la que Ana Martínez lo había perseguido hasta casi darle alcance, y que ahora le prestaba, no era otra que una Yamaha FRJ 1300A. Un ejemplar sólido y rápido.

Además de una cazadora reforzada que se le ajustaba a la perfección, Ana lo sorprendió con un casco tan negro como la propia motocicleta. Max pensó que a Dylan le habría encantado.

—No es el mío —dijo Ana—, pero tiene las mismas funciones. Póntelo un momento.

Max se colocó el casco y no pudo por menos que sorprenderse. Una cámara en la parte trasera proyectaba una visión de 360 grados sobre el visor. Además, el casco le daba coordenadas GPS.

—La única cuestión es que el ordenador tiene que quedarse aquí. Yo te enviaré los datos.

Max se quitó el casco. Confiaba en Ana, pero jamás se había puesto en las manos de una mujer que no fuera Mei. La agente Martínez era eficiente, seria. Ambos compartían una visión similar del mundo. Pero se trataba de encontrar a su compañera, a una de las pocas personas por las que Max sentía un aprecio real. No estaba en absoluto seguro de lo que le proponía.

—Puedo conectar el portátil al GPS, pero perderás la sincronización cuando te alejes demasiado. Estos cacharros funcionan muy bien, pero no son perfectos. En realidad lo único que hace falta es que alguien, yo, esté cerca de la fuente de datos para asegurarse de volver a sincronizarla si se diluye la señal.

Max seguía dudando. Sabía que no tenía tiempo para ello, pero no era un hombre que confiara con facilidad.

—De todas formas, no puedes conducir mi Yamaha y llevar el portátil

contigo. No tienes un asiento de copiloto para dejarlo ahí y echarle un vistazo.

—¿Sabes que tengo dos buenos amigos que no dudarían en venir a pedirte explicaciones si me pasara algo?

Por primera vez en toda la noche, la agente Martínez rio con ganas.

—Me asusta mucho más lo que podría hacer la organización que nos puso en contacto contigo, Cornell. No hace falta que me amenaces.

—Lo sé —dijo Max. Y era cierto. Por mucho que su costumbre de mantenerse alejado de todo el mundo le obligase a dudar, lo cierto es que la agente se había ganado su respeto y su confianza. Al menos, una gran parte de ella.

—Entonces déjate de tonterías y súbete en esa moto. Más te vale tratarla bien. La quiero mucho más que a la mayor parte de personas que conozco. — Ana lo miró de manera significativa, pero Max prefirió obviar el gesto.

—Hay una cosa más —dijo Max—. ¿Qué pasa con los controles?

—No pasa nada. Yo avisaré de que...

La agente se interrumpió antes de terminar la frase.

—Exacto —continuó Max—. Solo hay dos opciones. Que la policía haya permitido pasar a los secuestradores o que hayan tomado rutas alternativas.

Ana echó un vistazo al mapa. Tenía el ordenador consigo. El punto luminoso que indicaba la posición de Mei había trazado una trayectoria poco halagüeña. De hecho, había pasado sin detenerse por tres controles policiales. Aquello no tenía buena pinta en absoluto.

—Tienes razón, Cornell. Mis compañeros han dejado pasar a los secuestradores. —Ana había empalidecido—. Te enviaré rutas alternativas. Y puede que necesites refuerzos.

En esa ocasión le tocó a Max permanecer en silencio. No quería ofenderla, pero si una parte de la Policía de Madrid estaba implicada, ¿cómo fiarse del resto?

—No podemos permitirnos llamar la atención, Ana. La mujer a la que se han llevado es una de las pocas personas que me importan. No quiero arriesgarme a perderla. Y..., bueno, hay muchas posibilidades de que Mei se salve sola. No estoy tan seguro de lo que haría si se encuentra de buenas a primeras con un montón de desconocidos.

Ana sonrió.

—Pues ve por ella y tráeme la moto intacta. O tendrás que preocuparte de lo que yo pueda hacerte a ti.

Max arrancó y un rugido tan potente como el de un gran felino que reclamase su territorio atronó la calle, iluminada todavía por la luz de las farolas. No tardaría en amanecer.

—Estoy a tu merced, Martínez.

Y sin una palabra más, Max dio la vuelta a la Yamaha y cruzó la calle. El camino más directo hacia la zona en la que se movía Mei era Alcalá arriba, pero las arterias principales de la ciudad eran las más vigiladas, así que tomó la calle Castelló, una vía comercial llena de pequeñas tiendas cuyos escaparates estaban llenos de pintadas reclamando el dinero de los ciudadanos. Los cajeros automáticos que dejaba a la espalda presentaban un aspecto aún peor. Muchos de ellos tenían las pantallas rotas.

El visor del casco le indicó que debía girar a la izquierda e incorporarse a una calle más ancha. No le gustaba la decisión, pero no tenía más remedio que hacer caso a las indicaciones. Procuraba no acelerar demasiado. Lo último que necesitaba era un accidente.

Las tiendas habían sido sustituidas por edificios de oficinas que albergaban restaurantes de comida rápida en los bajos. Un paisaje desolador. Árboles raquíuticos flanqueaban los lados de la carretera. No había muchos vehículos aparcados. Y los que quedaban habían sido víctimas de diversos actos de vandalismo. Por el rabillo del ojo vio un BMW sin ruedas. Madrid

parecía un escenario apocalíptico.

Siguió la siguiente instrucción de la pantalla del GPS integrado y giró a la derecha. Le pareció que algo se movía a su espalda y todas sus alertas se activaron. No había visto ni se había cruzado con ningún otro vehículo. No aceleró. Si lo estaban siguiendo, quería saber quién era y por qué. Tampoco redujo la velocidad. No quería alertarlos. Continuó su camino, aunque se desvió ligeramente de la ruta trazada por Martínez.

Dobló una esquina y volvió a ver la sombra que distinguió en el retrovisor. Se trataba de un camión de cierta envergadura. ¿Quién seguía a una moto con un camión? Max no tenía la respuesta exacta, por supuesto. No sabía quién conducía el vehículo, pero se hacía una idea del objetivo que perseguía. Con toda probabilidad, querían quitárselo de en medio, secuestrarlo igual que a Mei. Valoró la posibilidad de dejarse atrapar para ver adónde lo conducía todo aquello. Enseguida la rechazó. No iba a jugarse el pellejo de Mei en una apuesta sobre la que no tenía el más mínimo control.

Aceleró, la Yamaha rugió. Parecía encantada de que le pidieran más velocidad. Sin duda, Martínez tenía buen gusto a la hora de escoger sus medios de transporte. Aquella era una máquina estupenda. Además, Max sabía lo que era capaz de hacer. Así que no tuvo ningún problema en forzarla. La propia Ana lo había hecho hacía menos de veinticuatro horas.

El camión trató de seguirle el ritmo. La cámara del casco se lo mostraba a Max a la perfección. Ahora que él les mostró que los había descubierto, los pasajeros del camión ya no disimulaban cuál era su objetivo. Max sonrió para sí mismo y aceleró una vez más.

Las calles que se abrían a los lados de la avenida por la que conducía eran más estrechas, pero el camión podría seguirlo por cualquiera de ellas. De todos modos, tomó la primera y se adentró en lo que parecía un vecindario común. Sin comercios, sin oficinas. Solo portales residenciales. El escenario

presentaba el mismo aspecto desolado, pero Max no le prestó atención. A la velocidad a la que conducía, tenía bastante con mantenerse en pie cuando doblaba una esquina.

Detrás, las ruedas del camión chirriaban dolorosamente. El conductor tenía problemas para seguirlo, pero se trataba de una persona hábil. No se había chocado con ninguna pared ni con ninguno de los restos de vehículos aparcados. Al menos todavía no.

En los edificios por los que pasaban se comenzaban a encender algunas luces. Con o sin corralito, una persecución a aquellas horas no era habitual.

Max se dio de bruces con una calle cerrada. La señal de tráfico lo indicaba perfectamente. No dudó en tomar esa dirección. Si tenía suerte, el camión lo seguiría. La cámara posterior del casco le mostró que disponía del espacio y el tiempo justos para realizar una única maniobra. No había probado los frenos de la Yamaha, así que realizaría un acto de fe ciega.

Aceleró. Casi no sentía los nudillos por el frío de la mañana, pero de todos modos lo hizo. Como había previsto, el camión lo siguió. Eso quería decir que no perseguían un secuestro. Si hubieran querido llevárselo se habrían quedado a la entrada de la calle en la que él mismo se encerró. Pero no, lo que buscaban era aplastarlo. Bien, estaban a punto de comprobar si serían capaces o no.

Max frenó en el último momento, cuando el portal que cerraba la calle estaba a punto de engullirlo. Los neumáticos de la moto se quejaron y el chirrido sonó como si alguien estuviera desollando vivo a algún animal. Con un esfuerzo titánico, giró la moto y la hizo pasar por el exiguo hueco que había quedado entre la pared del edificio y uno de los muchos vehículos destrozados que salpicaban la ciudad. Sintió cómo la carrocería levantada rayaba la impecable pintura negra de la moto.

Los frenos del camión no reaccionaron igual que los de la Yamaha. El

estruendo del choque contra la puerta de metal y cristal sonó en toda la calle y varias manzanas más allá. Max no se quedó a averiguar si el conductor estaba vivo. Devolvió la moto al medio de la calle y partió con un rugido. Para entonces había muchas más ventanas iluminadas que a oscuras.

El resto del trayecto no presentó la menor dificultad. Max se limitó a seguir las indicaciones del GPS. Cogió la M-30, la primera carretera de circunvalación de la ciudad, en dirección norte, por una salida en la que no había control. Al parecer la policía no temía lo que sucediese en las afueras. El grueso de sus efectivos estaba disperso por el centro de la ciudad.

Una vez en la autovía, Max se relajó lo suficiente como para disfrutar de la velocidad. Así, con las primeras luces del amanecer iluminando la ciudad, Madrid no parecía un lugar tan inhóspito. Quizá cuando encontrara a Mei y resolviera el asunto del dinero podría disfrutarla. Solo quizá.

Las instrucciones de Ana lo conducían a la misma zona de la periferia que había visitado el día anterior. Dejó el edificio del CNI a la izquierda y continuó varios kilómetros. Le costaba creer que la carretera siguiera vacía. Sin embargo, así era.

El GPS le indicó que tomase la siguiente salida y Max obedeció. Luego tomó una carretera secundaria que parecía perderse camino a la sierra. No era la misma por la que lo había llevado el funcionario que lo recogiera en el aeropuerto. Aunque el entorno parecía intercambiable: despoblado, apartado... Solo unas pocas naves industriales salpicaban la zona de vez en cuando.

Notó que su teléfono móvil vibraba en el bolsillo interior de la cazadora y se detuvo a un lado de la carretera. Abrió y cerró las manos varias veces para recuperar la circulación y el calor. No había sido buena idea moverse sin guantes. La cazadora era perfecta, pero el resto de su atuendo dejaba mucho que desear. Al menos, pensó Max, no le estorbaría si tenía que meterse en

alguna de aquellas naves, que era precisamente lo que parecía que iba a pasar.

—Soy Martínez. Mei está a tu derecha. Imagino que habrá algún edificio.

—Una nave industrial. No tiene buena pinta.

—¿Tú estás bien?

—De momento, sí.

—Puedo mandarte refuerzos.

—Deja que eche un vistazo. No quiero alertar a nadie. La que está ahí dentro es...

Martínez colgó sin decir una palabra más y Max se guardó el teléfono en los pantalones. Camufló la moto tras unos arbustos que en realidad no tapaban gran cosa, y dejó el casco y la cazadora en el asiento. No iba a necesitarlos para lo que estaba a punto de hacer.

Capítulo 15

El terreno que rodeaba la nave no ofrecía demasiados lugares para ocultarse. Aparte de algunos arbustos un poco más tupidos, todo lo que había allí era hierba reseca. De hecho, la nave se encontraba ligeramente elevada, de modo que Max no tuvo más remedio que recurrir a su entrenamiento militar. No tenía tiempo de camuflarse de manera realmente efectiva, así que lo primero que comprobó fue que ni la entrada principal ni los laterales estuvieran equipados con cámaras de seguridad. Por supuesto, tal como sospechó, no lo estaban. Toda la acción transcurría en el centro de la ciudad, donde se concentraba la mayor parte de efectivos policiales. Había altas probabilidades de que estos mismos les hubieran permitido pasar... ¿Para qué molestarse en asegurar un perímetro que nadie estaría vigilando?

Eso jugaba a favor de las necesidades de Max, que no necesitó arrastrarse entre la hierba seca para llevar a cabo una inspección más exhaustiva de la zona. Para empezar, comprobó que el punto más vulnerable era la entrada. Casi toda la fachada estaba ocupada por grandes puertas correderas. Lo más probable es que se hubieran diseñado para dejar entrar y salir camiones pesados. En ese momento se encontraban cerradas a cal y canto. Tampoco se veía vehículo alguno aparcado en el exterior. La nave no presentaba ninguna identificación.

Uno de los laterales carecía por completo de puntos de acceso: ni puertas ni ventanas. Solo una pared de metal corrugado pintado de un color crema impoluto. En el segundo lateral, el más apartado del acceso por carretera, había una puerta de tamaño normal. Posiblemente pensada para el personal que trabajara allí. Si es que la nave se usaba de verdad para algún tipo de negocio, cosa que Max dudaba. En caso de ser así, quizá la puerta condujera a una zona habilitada para oficina. Desde el exterior Max no tenía manera de

saberlo.

Por último, la fachada trasera también presentaba cierta vulnerabilidad. Dos enormes puertas levadizas adornaban los costados, cerca de las esquinas. En ese momento, como el resto, permanecían cerradas. Aunque los secuestradores hubieran querido utilizarlas, ningún vehículo rodado habría podido salir por allí. No había ni siquiera un camino de tierra pisada que conectara la parte de atrás con la carretera de acceso a la nave. Desde luego, un camión lo habría tenido difícil para girar en dirección al asfalto. Claro que no sabía qué tipo de transporte se había utilizado para el secuestro de Mei. Quizá una furgoneta pequeña o un turismo amplio. En cualquier caso, no podrían huir por allí.

En conclusión, si quería atacar la nave, debía hacerlo por delante; el único sitio que ofrecía posibilidad de fuga. El problema era que no sabía cuántas personas se ocultaban en el interior ni cuál era la cantidad de armamento. No todavía.

Se planteó la posibilidad de que la aparente calma que rodeaba el edificio formase parte de una trampa. Al fin y al cabo, acababa de huir de un camión cuyo conductor había tratado de matarlo aplastándolo contra una pared. Se mantuvo alejado de la nave durante cuarenta minutos. Si sus potenciales asesinos se las apañaban para salir de aquella calle, no les costaría más tiempo llegar hasta allí. Además, se trataba de un lapso razonable para que, si se molestaban en vigilar el recinto, alguien se asomara por la puerta a echar un vistazo.

No ocurrió ninguna de las dos cosas. A Max no le quedaba más remedio que deducir que los secuestradores de Mei no estaban relacionados con sus perseguidores. Pero ya se ocuparía de eso más adelante.

Lo que hizo a continuación fue acercarse al lateral ciego de la nave. Se arrastró, en esa ocasión sí, hasta que estuvo a la distancia mínima requerida

para que su móvil, convenientemente modificado por la propia Mei, le diera una lectura del interior del recinto. Todavía no lo había probado, pero estaba seguro de que funcionaría. Nada salido de las manos de su amiga y compañera de equipo había fallado jamás.

Encendió el dispositivo y pulsó el icono de la aplicación capaz de realizar capturas de temperatura. El sensor tardó un rato en adaptarse al entorno. La primera figura que detectó fue al propio Max.

—Seré imbécil —masculló.

Exasperado, reconfiguró los parámetros del sistema para que le devolviera datos que no incluyeran el perímetro inmediato. Después de algunos minutos que le parecieron a Max una eternidad, la pantalla táctil del teléfono le mostró varias figuras de color anaranjado. Contó diez personas. No eran demasiadas, pero no podía enfrentarse a todas él solo.

Siguió allí tumbado, observando el comportamiento de aquellas siluetas diminutas. La mayoría de ellas se movían de manera más o menos aleatoria. Había tres que siempre permanecían juntas. Seis más permanecían apartadas. De vez en cuando una o dos de ellas dejaban el grupo y se acercaban a una de las puertas traseras. Max no oyó en ningún momento que las puertas se abrieran. Quizá hubiera un retrete en aquella zona.

Solo una de las diez siluetas no se movía y siempre estaba sola. Además, se encontraba en el centro de la nave. No había que tener un doctorado en nada para suponer que aquella silueta correspondía a Mei. Los muy imbéciles la colocaron en el lugar más vulnerable del recinto. Si Max comenzaba a disparar y los demás le respondían, ella se encontraría en medio del fuego cruzado. Tampoco era que él pudiera entrar allí solo. No estaba armado y la superioridad numérica del enemigo era demasiada, incluso para él. Su idea era pedir refuerzos, pero antes de hacerlo debía idear un plan razonable.

Las siluetas desaparecieron de la pantalla de buenas a primeras. Las

sustituyó un número de teléfono de sobra conocido: la agente Martínez contactaba con él. Se arrastró hasta una zona lo bastante alejada. Estaba razonablemente seguro de que nadie saldría a mirar, pero no quería arriesgarse a que lo oyeran.

—Malas noticias, Max —dijo Ana al otro lado de la línea.

Max no contestó.

—¿Cornell?

—Estoy aquí —dijo él al fin—. ¿Qué pasa?

—Carlos se ha puesto en contacto conmigo. Carlos Aranda.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que pasa?

Max no quería ponerse desagradable, pero no estaba en la situación ideal para mantener una conversación dominada por las pausas dramáticas.

—Gerión ha contactado con nosotros. Al parecer tienen a Mei. Necesitamos que vuelvas al CNI. Tenemos que hablar.

En esa ocasión fue Max quien colgó el teléfono sin que mediaran más palabras. Así que las nueve personas que mantenían encerrada a Mei eran los integrantes del grupo terrorista que había matado a dos de los banqueros y secuestrado el dinero del país. No pintaba bien, pero al menos eso le aseguraba que el Gobierno español pondría todo de su parte para ayudar a su amiga.

Cubrió el trayecto hasta la doble verja de hierro en menos de la mitad del tiempo que hubiera empleado en una situación normal. Lo último que deseaba era retrasar el rescate de Mei.

Carlos Aranda lo esperaba en una sala aneja al local diáfano en el que había conocido a la agente Martínez. Ella también estaba allí. Quizá porque no había pensado demasiado en el hombre durante las últimas horas, olvidó lo mucho que se parecía a un buitre. El cuello larguirucho, la nuez de Adán protuberante, las manos escuálidas, huesudas como las de un esqueleto y sus

ademanes demasiado pensados. Como si premeditara incluso la respiración.

—Señor Cornell, buenos días.

Max no sentía en absoluto que fuesen buenos, pero los modales eran los modales. Al menos durante el tiempo que fuese capaz de mantenerlos.

—Buenos días, señor Aranda, agente Martínez.

Ana se limitó a asentir con un gesto de cabeza.

—Lleva usted un día aquí y mis superiores ya se están arrepintiendo de haberle hecho venir. Siéntese, por favor.

Ana no dijo nada. Clavó la mirada en la mesa y tomó aire, sin hacer ruido.

—¿Disculpe?

—Gerión fue muy claro en sus demandas. La agente Martínez es una experta en el trato con bandas terroristas, pero esta vez se equivocó. Y nosotros al hacerle caso. Nos enfrentamos a una organización con ojos en todas partes. La muerte del señor Armando Palacios ha sido un golpe que no esperábamos. Y tememos que la tragedia se haya desencadenado debido a su presencia aquí.

Max no podía dejar de mirar los movimientos de la garganta del buitre.

—El hecho —comenzó— es que importa muy poco a qué se deba la reacción de Gerión. Tienen a mi compañera y siguen teniendo a otros tres rehenes. No sé si ha tenido la oportunidad de hablar con la agente Martínez al respecto, pero la muerte de... ¿cómo ha dicho que se llama?

—Palacios —dijo Aranda—. Armando Palacios. Y haría bien en recordar el nombre de una persona que ha muerto por su culpa.

Max apretó los puños debajo de la mesa y se concentró en lo que iba a decir.

—Como estaba a punto de aclarar, el médico forense que le practicó la autopsia al señor Palacios nos informó de que la muerte se había producido hacía al menos veinticuatro horas. Responsabilizarme de ella es absurdo.

El buitre sonrió y una red de arrugas convirtieron su rostro, de por sí apergaminado, en un mapa de rasgos intrazables.

—Está en su derecho de creer lo que desee, señor Cornell. El hecho es que mi Gobierno ha decidido prescindir de sus servicios.

—¡Cómo dice!

Max se levantó de la silla tan de repente que esta cayó a su espalda.

—Una de mis compañeras está a merced de ese grupo terrorista. No crea ni por un momento que voy a dejarla en manos de su cuerpo de Policía.

Ana levantó la cabeza y miró a Max en el preciso momento en el que él la buscaba con los ojos. Ella negó con la cabeza. Max estaba enfadado. Muy enfadado, de hecho, pero se las apañó para no decir lo que deseaba. En cambio, improvisó un discurso más inofensivo aunque igualmente firme.

—Voy a sacar a Mei de ese lugar con o sin su ayuda.

—No sé quién es Mei ni por qué está aquí. Ni quiero saberlo —dijo el buitre—. Su misión era confidencial. Estoy seguro de que comprende las implicaciones de revelar un secreto de Estado.

—Pues yo no estoy en absoluto seguro de que usted comprenda las implicaciones de dejar morir a Mei, señor Aranda.

El buitre se levantó. El traje le colgaba por todas partes. Casi parecía que la tela oscura lo sostuviera en pie en lugar de ser él quien llevara puesto el dos piezas de confección perfecta.

—Espero que eso no sea una amenaza, señor Cornell. Los españoles no llevamos muy bien que se nos subestime.

Desde luego, Max tenía que estar de acuerdo en que los había subestimado desde el principio. Empezando por el funcionario que lo recogió en el aeropuerto y terminando por aquel mensajero con pinta de ave de carroña.

—La agente Martínez le entregará la documentación necesaria para su viaje de vuelta. No vamos a echarle del país, claro. No podemos hacerlo.

Somos conscientes. Pero tampoco permitiremos que ponga en peligro la vida de los tres hombres de los que depende la restauración de nuestra economía. A partir de ahora, Gerión es cosa nuestra.

Max no contestó. Le habría encantado, pero dejó que Carlos Aranda saliera de la sala, y solo cuando la puerta se hubo cerrado a su espalda se dejó caer en la silla.

—Me cuesta mucho creer esto, Ana.

Martínez apoyó los codos en los muslos y escondió la cabeza entre las manos. Por un momento Max pensó que estaba a punto de echarse a llorar. Pero cuando se incorporó lo que había en su cara era furia. Le apuntó con un dedo antes de susurrarle.

—Te ofrecí refuerzos, maldito inglés arrogante.

Susurradas o no, sus palabras cortaban como el acero.

—Ahora no puedo desobedecer órdenes directas. Estás solo.

Max la miraba con los ojos como platos, incrédulo. ¿Y aquella era la mujer con la que tanto creyó tener en común?, ¿la mujer en la que había confiado?

—Ve a tu hotel.

—¿De verdad crees que te queda alguna autoridad para decirme lo que tengo que hacer? —contestó Max.

—Tengo toda la autoridad que necesito para encerrarte, pero no quiero hacerlo. Ve a tu hotel. Tu habitación está reservada para tres días más. No hagas nada que consiga que me arrepienta de esto.

La agente puso un sobre encima de la mesa.

—¿Qué es eso? —dijo Max.

—Son tus billetes de avión. La fecha también corresponde a dentro de tres días.

Max abrió el sobre y comprobó la documentación. Ana no mentía.

Tampoco había perdido la fiereza de su mirada.

—Ve al hotel y espera. Por amor de Dios, límitate a esperar, Cornell.

Capítulo 16

El servicio de habitaciones, o quizá el propio CNI, había devuelto el cuarto de Max a su estado original. Casi parecía mentira que alguien la hubiera puesto patas arriba menos de doce horas antes. El único cambio visible era el cuadro. *La Libertad guiando al pueblo* había dado paso al *Guernica* de Picasso. Un cambio que a Max le pareció muy apropiado. Al fin y al cabo se había metido en medio de una guerra. Lo mirase por donde lo mirase, eso era lo que pasaba.

Banqueros que se situaban a la cabeza de su lista de sospechosos, cuerpos de seguridad del Estado que les daban cobertura, mercenarios internacionales devueltos a sus casas y ciudadanos en la calle dispuestos a lo que hiciera falta. Lo malo era que, como siempre, quienes ya lo habían perdido todo eran los que seguían teniendo más que perder.

Max se tendió en la cama y apoyó la cabeza sobre las manos. La agente Martínez le pidió que esperase, así que esperaría. Al menos hasta que la poca paciencia que tenía se le agotase. Pero esperar ¿el qué? Ella ya le había dejado claro que no podía ayudarlo. No contravendría órdenes directas.

Max no se había dado cuenta de lo cansado que estaba hasta que no notó la cómoda firmeza del colchón bajo sus huesos. Se quedó adormilado sin sentirlo. Así, en un estado de duermevela más parecido a un trance que a un sueño reparador, su mente volvió a los tiempos del Averno. Allí conoció a Adam, a Dylan y a la propia Mei. Allí se habían salvado la vida incontables veces. Siempre bajo la atenta mirada de Arcángel. Atenta pero despiadada. Él los convirtió en lo que eran, pero los habría dejado morir si fracasaban. Fueron ellos, los cuatro, los que habían creado su código de comportamiento.

Por eso Mei no lo había dejado atrás aquella vez. La situación no se diferenciaba demasiado de la que estaban viviendo entonces. El escenario variaba, claro que sí. Max no había caído en las garras de un grupo terrorista,

sino en una maldita trampa excavada en el suelo. Llovía. En el duermevela Max se relamió los labios y sintió las gotas de lluvia fresca y dulce como si se encontrara en aquel agujero. Habría podido trepar. Se encontraban en medio de una batería de ejercicios físicos, así que la trampa no estaba diseñada para impedirle salir, sino para obligarle a aguzar los sentidos. Tendría que haberla visto, y si no lo había hecho fue porque estaba demasiado concentrado en terminar él primero.

No, la trampa no estaba diseñada para impedirle trepar por las paredes blandas en las que habría podido clavar las puntas de las botas, pero el esguince de tobillo que se hizo al caer no le dio la menor oportunidad. No solo no iba a terminar primero. Es que no iba a terminar en absoluto.

Entonces Mei asomó la cabeza por el agujero y lo maldijo. Envuelto en la bruma del sueño, Max oyó su voz tan clara como la había oído entonces.

—¿En serio, Cornell? —dijo. Solamente eso. Luego saltó al interior de la trampa y lo ayudó a subir.

La fuerza física de una mujer tan aparentemente frágil no dejaba de sorprenderlo. Cuando Max se levantó y se hizo evidente que no podría usar su pierna derecha, Mei tomó las riendas de la situación.

—Entierra las manos en el barro. Está duro, pero no lo bastante para que no puedas hacerlo. Haré un estribo con las mías para que lo uses de peldaño. Te impulsaré y harás lo mismo más arriba. Luego apoya el pie sano en mi hombro. Subiremos así.

—Nos castigarán a los dos.

—Y una mierda —dijo Mei—. Si no lo has pillado, ya igual no lo pillas, Cornell. Arcángel nos castigará a los cuatro si no llegamos.

Max sonrió en sueños. Aquello pasó al comienzo de su periodo de entrenamiento. Era cierto que Mei había comprendido el método de Arcángel mucho antes que cualquiera de los tres hombres.

Consiguieron subir.

—¿Y ahora qué? —preguntó Max—. Quedan 15 kilómetros hasta la base. Ni aunque me arrastre voy a llegar a tiempo.

—Sabiduría china, Cornell. ¿Has oído hablar de la imposición de manos? Quítate la bota, o se te hinchará la pierna y ya no podré hacer nada.

—No me tomes el pelo, Mei.

Pero Mei ni siquiera lo oyó. Había cerrado los ojos, inclinado la cabeza y juntado las palmas de las manos como si estuviera rezando. Murmuró unas palabras en cantonés, Max no llegó a distinguirlas. Pero como parecía que aquello iba en serio, se desató la bota y se quitó el calcetín. El tobillo tenía un bonito color encarnado que no tardaría en pasar a morado. Cuando eso sucediera no podría ir ni al baño sin muletas.

Pero, contra todo pronóstico, eso no pasó. Mei separó las manos, levantó la cabeza al cielo y las acercó a su tobillo. No llegó a tocarlo, pero el calor que desprendían le produjo una clarísima sensación de quemazón. Los músculos recibieron la energía casi con alegría y las punzadas de dolor que estuvieron torturando a Max dentro del agujero desaparecieron a los pocos minutos. Mei, por su parte, pareció perder su propia energía.

—¿Puedes moverlo?

Max podía. Parecía que no había pasado nada.

—Pues cálzate y vamos. Ahora te toca a ti devolverme el favor.

—¿Cómo? —Max no entendía nada.

—Esto no es gratis. Funciona de maravilla, pero me deja hecha una mierda, así que vas a tener que llevarme. No vamos a ser los primeros, pero vamos a llegar en tiempo. Suponiendo, claro, que esos brazos que tienes sirvan para algo más que para llenar las mangas de las camisetas.

Max la cogió y se la cargó a los hombros.

—¿Puedes mantenerte rígida?

—Puedo. Tú corre.

Y corrió. Claro que corrió. Gracias a Mei evitaron el castigo. Al menos esa vez. En otras ocasiones no tuvieron tanta suerte. Sin embargo, lo más importante no fue la experiencia en sí. Mei les había enseñado la técnica. A los tres.

Max se despertó sobresaltado. Alguien manipulaba el pomo de su puerta.

Rodó sobre sí mismo y luego bajo la cama. La puerta se abrió, pero el intruso no entró en la habitación. Max estaba listo para atacarlo en cuanto tuviera acceso a uno de sus tobillos.

—¿Jefe? —dijo una voz más que conocida, en inglés, con un acento absolutamente británico.

—¿Dylan? —contestó Max saliendo de su escondrijo—. Casi te rompo una pierna.

Dylan rio con ganas mientras su amigo se incorporaba. Se abrazaron como si hiciera años que no se veían. No solían hacerlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Max.

—Eso me pregunto yo. La verdad es que pensaba que era una trampa. Hasta que he visto al chico de recepción. Está aterrorizado. Nadie es capaz de fingir ese miedo, Max. Así que le he enseñado tu foto y me confirmó que esta es tu habitación.

Max trataba de encajar las piezas, pero sentía que le faltaba la más importante.

—¿Cómo que una trampa?

—Anoche alguien me llamó por teléfono. Una mujer. Hablaba inglés con mucho acento. Me dijo que Mei estaba secuestrada y que tú necesitabas ayuda. La verdad es que no sé cuál de las dos cosas me pareció más increíble.

Max asintió. Empezaba a sospechar quién había realizado esa llamada. Lo que no sabía era qué pudo convencer a Dylan para tomar como ciertas dos

afirmaciones tan peregrinas.

—¿Y cómo te convenció?

—Bueno, me dijo que tú no sabías que me había llamado. Eso me pareció mucho más creíble que la idea de que me pidieras ayuda.

—Más creíble —concedió Max—, pero no suficiente.

—En realidad pensé que, si era una trampa, a lo mejor no necesitabas mi ayuda, pero que no te vendría mal que me vengara...

—¿Has venido porque creías que estaba muerto? ¡Joder, Dylan!

Dylan se encogió de hombros.

—¿No habrías hecho tú lo mismo?

Max no pudo oponer nada a esa pregunta. La verdad era que sí. No habría dejado pasar por alto la muerte de ninguno de sus compañeros.

—¿Y Adam?

—Ilocalizable, como casi siempre. Así que más te vale que me cuentes qué está pasando, quién me ha llamado y... ¿De verdad han secuestrado a Mei? ¿A la Mei que conocemos?

Max le hizo a Dylan un resumen bastante ajustado de lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas.

—Así que crees que la que me ha llamado es esa tal Ana Martínez.

—Tiene sentido. Se está arriesgando. Creo que sospecha quién está detrás de esto, pero que no puede probarlo desde su posición.

Dylan asintió.

—¿Y tienes un plan? —preguntó.

Max sonrió.

—Hasta hace un momento no, pero contigo aquí... ¿Tienes contactos en Madrid?

—¿Tienen pétalos las flores, jefe?

Max no pudo evitar una sonora carcajada.

—Bien, pues vamos a encontrarnos con algunos de ellos. Necesitamos conseguir algunas cosas, y por si no lo sabías, los supermercados ahora mismo están cerrados al público.

Max y Dylan pasaron el resto del día haciendo llamadas telefónicas y organizando puntos de entrega y recogida. Todos alrededor del hotel, puesto que no disponían de un medio de transporte para hacer su trabajo en un lugar más seguro. Fue una tarde dura, pero a Max le ayudaba estar ocupado. Mientras planeaba el asalto a la nave, no le daba vueltas a lo que realmente le preocupaba: hasta qué punto estaría implicada la Policía en todo aquello. Porque no era lo mismo enfrentarse a algunos agentes corruptos que a un mal institucionalizado.

Ana parecía atada de pies y manos, pero se las había arreglado para mandarle a Dylan. Había demasiados cabos sueltos. Y tener a Mei a merced de Gerión no le ponía las cosas fáciles. Sabía que ella había permitido el secuestro para obtener información. Sabía que confiaba en él para sacarla de la nave. Sabía que, incluso si todo fallaba, Mei sería capaz de deshacerse de buena parte de sus captores. Lo mirara por donde lo mirara, se había arriesgado demasiado.

Dylan regresó del último punto de recogida. Ya tenían en su poder todo lo que necesitaban. Ahora solo necesitaban poder trasladarlo hasta la nave para que comenzara la función.

De buenas a primeras, el teléfono de la habitación se puso a sonar.

—¿Sí? —contestó Max.

—Ha llegado su coche, señor.

Max estuvo a punto de decir que no había pedido ningún coche, pero se lo pensó mejor.

—¿Señor? El conductor necesita que le firme la recogida.

—Claro —dijo Max—. Ahora bajo —le confirmó al recepcionista, luego

se dirigió a Dylan—. Voy en ascensor. Sígueme por las escaleras.

Dylan asintió. Tomó un arma de pequeño calibre del alijo que habían reunido y se adelantó a Max, que tomó el ascensor.

Cuando llegó a recepción no podía creer a quién tenía delante. Felipe, el hombre que lo había recibido en el aeropuerto y que le permitió cambiar la Triumph por una Honda. Por supuesto, Max no reveló que lo conocía. Carlos tampoco.

—Solo tiene que firmar aquí, señor Cornell. Esperamos que el vehículo sea de su agrado.

Max echó un vistazo a la acera. Aparcado frente al hotel había un pequeño Mini Cooper de color blanco. Perfecto para una pareja de turistas y con un maletero amplio.

—Es exactamente lo que necesitaba, gracias.

—Un placer —contestó Carlos. Y le entregó una copia del contrato de alquiler.

Capítulo 17

Hacía mucho tiempo que Mei se había acostumbrado a la relativa comodidad de sus guaridas. Por lo general, vivía en almacenes no muy diferentes de aquel en que la retenían. Y tampoco era extraño en ella que pasase más de un día en una silla. Aunque en frente solía tener varias pantallas de ordenador y algún reto que resolver a nivel de código. Solía ser código ajeno, por supuesto. Y el reto consistía, las más de las veces, en comprenderlo y hacerlo saltar por los aires.

Lo único que podía analizar mientras estaba sentada en la silla de plástico a la que la habían sujetado era el comportamiento de sus compañeros de encierro. Por lo que vio desde que la sacaran del hotel, los otros nueve se encontraban tan presos como ella. Con la diferencia de que los hombres no lo sabían y eso hacía que sus niveles de frustración se incrementasen por momentos. Lo notaba en las miradas impacientes que le echaban a la furgoneta que habían aparcado en el interior.

Por una parte, estaban los tres hombres mayores. Formaban un grupo separado y Mei estaba segura de que eran ellos quienes mandaban. Por algún motivo trataban de hacerse pasar por rehenes a ojos de Mei. Los tres tenían las muñecas atadas. Pero, aparte de eso, la pantomima era muy pobre. Estaba claro que los otros seis no eran más que peleles. Cumplían cada petición de los viejos con puntualidad de novios primerizos.

La experiencia de Mei en secuestros le había enseñado que la fuerza física se usaba siempre. De ordinario, al comienzo de la operación. Si los rehenes eran inteligentes, quizá solo una vez más. Pero allí no se había propinado ni una sola bofetada.

Cuando dos de aquellos tipos entraron en el cuarto de Max la amenazaron con matarla si no les decía quién era, qué hacía allí y dónde estaba el

verdadero inquilino de la habitación. En menos de treinta segundos tuvo claro que no eran rivales para ella. Así que fingió pavor, les dio las páginas de código que ya había descifrado y lloró durante todo el camino a la nave. Ellos ni siquiera se molestaron en amordazarla.

Supo que había tomado la decisión correcta cuando vio a los tres viejos que esperaban dentro. Los acompañaban otros cuatro hombres a sueldo. Ninguno de ellos tenía la menor idea de lo que hacían. Así que la pequeña obra de teatro que representaban para ella resultaba tan transparente como el envoltorio de una piruleta.

Lamentó no haber activado el transmisor antes de que le ataran las manos. El receptor seguía en marcha, y por eso conocía todos los movimientos de Max. Pero había apagado el emisor por si acaso se acoplaban. Mala idea. Podría haberle indicado a Max que no necesitaba volver por refuerzos.

En cualquier caso, disfrutó de los preparativos de su amigo. La señal se perdía cuando se alejaba porque había demasiadas frecuencias que interferían con la suya. Tendría que seguir trabajando en la tecnología satelital en cuanto saliera de allí. Sin embargo, apenas Max se acercaba a menos de 20 kilómetros, oía todo lo que hacía y decía. Le gustó saber que Dylan se había unido a la partida. Hacía tiempo que no lo veía.

Cuando supo que ambos se encontraban ya en las inmediaciones, comenzó a trabajar en el pequeño inconveniente de las ataduras. Le habían sujetado las muñecas a los brazos de la silla de plástico, así que su abanico de movimientos se encontraba más bien limitado. Como había hecho el papel de la rehén perfecta, decidió jugárselo todo a la carta del aseo de señoras.

Nadie le prestaba atención, entonces abrió mucho los ojos. Así era más fácil provocar el llanto. Cuando notó que ya los tenía suficientemente irritados, buscó un recuerdo triste que la ayudara a dar fluidez a la escena. No solía permitirse raptos de sentimentalismo, así que le llevó un par de minutos.

Pero en cuanto sintió las lágrimas correr por su rostro, comenzó a sollozar por todo lo alto.

Uno de los seis secuestradores se acercó a ella. En ese momento los otros cinco jugaban a las cartas, tan alejados de los tres viejos y de ella misma como les era posible.

—¿Qué te pasa? —preguntó. Trataba de hacerse el duro, pero no terminaba de conseguirlo. A Mei le sonó más a burócrata que a otra cosa.

—Necesito ir al baño..., ¿por favor? —dijo ella. Afuera, Max le preguntaba a Dylan cuánto tardaría en tenerlo todo listo. Mei no oyó la respuesta, pero dedujo que debía de haber algún problema cuando escuchó que Max urgía a su amigo a recuperarse. La emocionaba darse cuenta de que estaban realmente preocupados por ella. Aunque no le hiciera mucha falta.

—¿Y por eso lloras?

Mei no abandonó su papel. Cuanto más creyeran que se encontraban ante una mosquita muerta, más grande sería la sorpresa.

—Tengo miedo... Lo... lo siento.

—Sí, bueno. —El hombre no sabía qué hacer.

—¿Me desatas, por favor? Puedes venir conmigo si quieres. Pero de verdad que necesito ir al baño. No sé cuánto tiempo llevo aquí...

El hombre miró el reloj. Se trataba de una joya cara. No era de oro, pero no todo el mundo podía permitirse uno. Aquello tenía cierto interés.

—No hagas ninguna tontería.

Mei no pensaba hacerla, claro. Solo quería que lo que estaba a punto de pasar no la pillara a descubierto en medio de la habitación. Por lo demás, se preguntó qué pensaba hacer aquel supuesto secuestrador que ni siquiera parecía ir armado. De hecho, Mei no había visto ningún arma.

Negó con la cabeza, los ojos todavía húmedos. Lo único que aquellos aficionados habían hecho bien era atarla con cinta americana. Cuando aquel

bruto la despegó, Mei tuvo que morderse los labios para no gritar. Tampoco le convenía llamar la atención de todo el grupo. Pese a sus esfuerzos, el raptor se dio cuenta de que le había hecho daño y le pidió disculpas. Mei esbozó una sonrisa.

El hombre la escoltó hasta el aseo. En realidad, no era más que un cubículo separado del resto. Ella cerró la puerta por dentro y se dedicó a hacer ejercicios de estiramiento. En el exterior Max y Dylan ya lo tenían todo listo. Los dos hablaban en voz muy baja y utilizaban poquísimas palabras, apenas las justas para entenderse. El aparato que ella misma había diseñado era potente. Oyó la cuenta atrás sin el menor problema.

Cuando Max pronunció el número tres, una explosión sacudió la puerta delantera. En ese momento Mei dio una patada a la del baño, que se estrelló contra la cara del hombre que la había soltado. Aquel aficionado se llevó las manos a la nariz y se dobló sobre sí mismo. Mei lo agarró del pelo y le golpeó la cabeza contra la pared. Si hubiera sido de azulejo, probablemente el hombre no lo habría contado, pero la nave estaba construida con planchas de metal, así que el sujeto perdió el conocimiento y la pared quedó abollada.

Si había entendido bien todo lo que sus compañeros decían en el exterior, lo siguiente que sucedería sería una explosión que abriría la puerta lateral de par en par. Tal como Max y Dylan previeron, los hombres que la retenían se apartaron de la puerta delantera porque supusieron que un verdadero ejército se acercaba por allí. Habría que felicitar a Dylan, que había colocado armas de fuego que avalaban esa impresión con un ruido atronador. Si alguno de aquellos hombres hubiera sido un auténtico profesional, quizá las cosas habrían salido de otra manera.

La puerta explotó y sus amigos entraron en tromba inmediatamente. Para entonces los viejos habían alcanzado la parte trasera. Uno de los hombres más jóvenes extrajo un arma de la parte de atrás de su pantalón. Mei casi se

alegró. Al menos había entre todos ellos un rival digno de llamarse de aquel modo.

Parecía que todos se hubieran olvidado de ella, así que corrió hacia donde estaba el hombre armado. Dylan y Max habían rodado sobre sí mismos y disparaban amparados por la cobertura de la furgoneta, pero Mei no vio que las balas se estrellasen en las paredes o en el suelo. No podía creerlo, pero sí: habían ido a rescatarla con balas de fogueo.

Llegó a la altura del hombre, que no estaba seguro de a cuál de los dos saltimbanquis debía disparar, y le pateó la zona lumbar. El hombre perdió el equilibrio y cayó al suelo. Soltó el arma, que fue a parar a los pies de Max.

—¿En serio ibais a sacarme de aquí con armas de juguete?

Max se levantó. Las ametralladoras falsas dejaron de disparar. La sincronización fue perfecta.

—Pues claro que no. Pero no podíamos disparar indiscriminadamente sin saber dónde estabas.

—Max...

—Sí, lo sé. El comunicador. Lo he tenido en cuenta, pero no podía estar seguro de que funcionara.

—Bueno, pues ha funcionado.

En la parte de atrás de la nave los cuatro secuestradores restantes se interponían entre ellos y los rehenes.

—Diría que esos son tus tres directores de banco, jefe. Pero hay algo muy raro aquí.

Max levantó al caído a la fuerza y lo obligó a acercarse a donde estaban los demás.

—Si vas a ofrecernos un intercambio, pierdes el tiempo —dijo uno de ellos—. Ese tío no tiene ningún valor para nosotros.

Max echó un vistazo a sus compañeros y disparó su arma, la real. Una bala

más que precisa atravesó el pie del secuestrador. El grito del hombre sonó más alto de lo que lo habían hecho las explosiones.

—¿Seguro? —preguntó Max.

—Sin ellos no tienes acceso al sistema bancario, ¿me equivoco?

De hecho se equivocaba, aunque probablemente no lo sabía.

—Vas a dejar que nos vayamos. Los siete. O los mataremos ahora mismo.

—No tienen armas, Max —intervino Mei.

Uno de los hombres extrajo un cuchillo de una funda oculta en la pernera del pantalón.

—Que no seamos matones no nos convierte en imbéciles —dijo mientras la colocaba en la garganta de uno de los ancianos.

—De acuerdo —concedió Max.

—Sin trucos. Tirad las armas.

Max dejó la suya en el suelo y le dio una patada. Dylan hizo lo propio.

—¿En serio, jefe? —preguntó Mei.

Max no contestó. Indicó a Dylan que siguiera su ejemplo y este obedeció.

—Bien —dijo el del cuchillo—. Tú, mujer, abre la puerta. Me da la impresión de que el numerito de damisela en apuros era justo eso, un numerito.

—No ha sido el único que hemos visto hoy, ¿verdad?

El hombre hundió la punta del cuchillo en la garganta del viejo, que se puso a temblar como una hoja.

—¿Tú crees? —contestó.

—Ya voy, ya voy.

Mei seguía sin creer en la autenticidad del grupo. No. Nada de lo que estaba pasando tenía sentido. De todos modos, con la hoja sobre la carótida del banquero no había mucho que pudieran hacer. Abrió la puerta sin esfuerzo. Era corredera y estaba bien engrasada. Cuando se dio la vuelta, el grupo de siete ya estaba dentro de la furgoneta. Max y Dylan parecían realmente

dispuestos a dejarlos escapar.

—Ahora, Dylan.

El experto en armamento sacó un pequeño detonador del bolsillo y lo pulsó sin dudar. Para entonces, el conductor ya había arrancado la furgoneta, pero el vehículo no llegó a moverse.

—¿Qué demonios...? —preguntó Mei.

—No te acerques a la furgoneta de momento o caerás tan redonda como ellos.

—¿Gas sedante?

—Idea de Dylan.

—¿Estás bien, Mei?

—Sí, claro. Ni siquiera me han tocado. Esa gente... esos no son secuestradores.

Max y Dylan intercambiaron una mirada de entendimiento.

—A nosotros eso nos da igual. Tenemos a Raúl Fonseca, Manuel Barrera y Santiago Suárez. Por lo que a nosotros respecta, hemos cumplido la misión.

Mei iba a protestar, pero se lo pensó dos veces. Conocía a su jefe y algo le decía que las cosas no iban a quedar así.

Capítulo 18

Tras dejar que la furgoneta se aireara, el viaje hasta el recinto del CNI se les hizo corto. Hacía mucho tiempo que no pasaban un buen rato juntos. A decir verdad, les faltaba Adam, pero de todos modos se acercaba el fin de una misión que les reportaría unos buenos beneficios y que tampoco les había dado demasiados quebraderos de cabeza.

Cuando llegaron a la doble verja metálica de color cobre que separaba el Centro Nacional de Inteligencia del resto del mundo, Max notó que algo no iba bien. Para empezar, había dos agentes de uniforme en la garita de control de accesos. Ciertamente no era un visitante asiduo, pero en las dos ocasiones anteriores solo encontró a un hombre. Tampoco esa vez les pidieron identificación. Max asumió que porque lo conocían. No se equivocaba.

Al traspasar la verja encontraron una nueva sorpresa. Dos coches oficiales los esperaban aparcados al otro lado. Cuatro agentes ocupaban cada vehículo, lo que al menos dejaba claro que su intención no era detenerlos.

—¿Es esto normal, Max?

Max negó con la cabeza antes de contestar.

—Para nada. Es la primera vez que pasa. Alguien ha tenido que avisar de que veníamos, pero ¿quién?

—De momento, más nos vale estar callados.

En efecto, Dylan tenía razón. Uno de los agentes abandonó uno de los vehículos para dirigirse a Max. Llevaba cara de pocos amigos y la camisa del uniforme tan almidonada que parecía una escayola terapéutica.

—¿Hay algún problema, agente? —preguntó Max con absoluta amabilidad.

—Creemos que han encontrado a los secuestrados, señor Cornell.

Aquello sí que era una sorpresa. Ni siquiera se molestaban en ocultar que poseían una información que en absoluto debían tener.

—Están bien. No han sufrido daño alguno.

—No lo dudo, señor. Pero ¿me permite echar un vistazo al interior?

Max asintió y otro de los agentes se acercó a abrir la furgoneta. Comprobó de un vistazo que los tres magnates de la banca respiraban y que los cuatro secuestradores se encontraban atados de pies y manos. Mei se había asegurado de ello personalmente.

—Les escoltaremos hasta la entrada del edificio principal. Luego tendrán que contestar a algunas preguntas. Seguro que lo entienden.

De hecho, no lo entendían, pero de todas formas se mostraron de acuerdo. No les iba a servir de gran cosa resistirse dentro de aquel recinto. Max esperó a que uno de los coches se adelantase y lo siguió. Por el retrovisor comprobó que el segundo vehículo se colocaba a su espalda.

Mucho antes de llegar a su destino vieron las luces intermitentes en el techo de las ambulancias. Al menos los responsables habían evitado que se conectaran las sirenas. El copiloto del coche al que seguían le hizo una seña para que se detuviera. Casi en el mismo instante, tres parejas de camilleros echaron a correr en su dirección. Llevaban sus correspondientes camillas y no pidieron permiso a nadie para abrir la furgoneta, sacar a las tres víctimas del secuestro y llevarlas hasta las ambulancias. Por supuesto, había tres de ellas, una para cada hombre.

Los cuatro secuestradores corrieron una suerte muy diferente. Los agentes de uniforme los cambiaron de vehículo sin ningún miramiento. Los colocaron en la parte de atrás de los coches patrulla y se los llevaron. Max y su equipo no habrían sabido decir a dónde. De momento, nadie se ocupaba de ellos.

—Esto no es normal, Max —dijo Dylan.

—No podría estar más de acuerdo. Ambulancias privadas, agentes de calle... sea lo que sea lo que está pasando aquí, no tiene buena pinta en absoluto.

—Señores, señorita. —Al fin alguien parecía reparar en su presencia. Se trataba de Felipe. Aquel hombre tenía la habilidad de aparecer y desaparecer en los lugares más insospechados. La agente Martínez, en cambio, no estaba en ninguna parte.

—Usted dirá, Felipe.

—Vengan conmigo, por favor. Lamentablemente, tenemos que hacerles algunas preguntas.

Carlos Aranda apareció en ese momento y aprovechó para hacer callar a su subordinado. Y de muy malos modos, además.

—Felipe, tienes la nota de prensa en el teléfono. Haz el favor y envíala a todos nuestros contactos en prensa. Ya sabes cuál es el mensaje que necesitamos dar. Esta ha sido una operación abortada antes de empezar.

Max alzó una ceja. Desde su punto de vista, dos muertos en la balanza significaban que la operación en cuestión no solo había comenzado, sino que había recorrido una buena parte del camino. Observó al buitre. Allí, de pie, se le veía triunfal, contento. Incluso se permitía sonreír. Max no podía dejar de preguntarse quién le habría informado de que él y su equipo estaban de camino y de la carga que llevaban con ellos.

—Sí, señor —contestó Felipe. Y se puso manos a la obra de inmediato.

—Ustedes síganme, por favor. Señor Cornell, venga conmigo. Sus amigos se entrevistarán con otros agentes. Necesitamos saber qué es exactamente lo que ha ocurrido.

Por primera vez desde que estaba en España lo condujeron a una sala de interrogatorios. Y no lo hacían en calidad de interrogador, eso estaba claro. Al menos, pensó Max, no tendría que vérselas con un desconocido. El buitre lo quería para sí mismo.

La habitación a la que lo llevó no se parecía en absoluto al área de trabajo de Ana Martínez, pero tampoco a la salita de reuniones donde lo había visto la

última vez. Afortunadamente, en esta ocasión la sala no contaba con uno de esos espejos tras los cuales se ocultaban observadores. Fuera lo que fuera lo que pretendiese Aranda, no le interesaba que nadie más fuese testigo de lo que ocurriese. Max esperaba que esa especie de extraño secretismo jugase a su favor.

—Por favor, señor Cornell, siéntese. Puede que esto nos lleve algún tiempo.

Aranda y su huesudo cuerpo tomaron asiento sin esperar a que Max hiciese lo propio. Se recostó en el respaldo de una silla que parecía francamente incómoda y cruzó una pierna sobre la otra. Los huesos de la rodilla formaron un ángulo puntiagudo. Max se preguntó si debajo del pantalón habría carne o tan solo huesos.

—Esperaba algún tipo de agradecimiento —dijo Max haciéndose el inocente. Estaba claro que no lo llevaron allí para felicitarlo, pero jugar a que el buitre perdiera los nervios quizá le concediera alguna ventaja.

—Estoy seguro —repuso Aranda con una sonrisa aparentemente afable—. Sin embargo, me temo que no será así. Verá —añadió—, lo que pasa es que hace muy pocas horas que le pedí que abandonara la misión, ¿lo recuerda? Y usted ha desoído completamente mis instrucciones.

Max también cruzó las piernas, en un gesto que en él se veía mucho más elegante y casual que en su interlocutor.

—¡Oh! ¿Es eso por lo que nos ha traído hasta aquí? —preguntó—. Me temo que ha habido algún error. En realidad abandoné su misión, ¿sabe?

—Cornell. —La irritación asomaba ya al tono del buitre—. No me sienta bien que me tomen el pelo.

Max le mostró las palmas de las manos en un gesto universal de paz. En realidad, pensó, todo lo que estaba diciendo era rigurosamente cierto.

—Verá, Aranda, mi compañera, la mujer que venía conmigo y con mi

amigo, había sido secuestrada. Puedo asegurarle que sus ricachones me traían sin cuidado. No voy a negar que estaban en la misma nave industrial que ella. ¿Que los hemos traído? ¡Claro que sí! Ya que, casualmente, estaban allí, pensamos que les sería de ayuda. Pero si por un momento había creído que dejaría a mi equipo en manos de unos secuestradores, me temo que no tiene usted la menor idea de con quién está hablando.

—Ha puesto usted en peligro la delicada situación económica de un país entero para salvar a una única persona. Alguien que, por lo que sé, era perfectamente capaz de salvarse sola.

Max no podía creer que Aranda confesase que tenía ese tipo de información. ¿Es que no le importaba en absoluto que se supiera que estaba involucrado en la trama bancaria?

—¿Y qué es exactamente lo que sabe, Aranda?

—Por amor de Dios, Cornell, ¿en serio me lo pregunta? Tenemos informes de los cuatro miembros de su equipo. Incluido el miembro que falta. No íbamos a contar con los servicios de un completo desconocido. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es que mis superiores se están planteando hasta qué punto es seguro que les dejemos abandonar estas instalaciones.

Max no se inmutó por la amenaza.

—En realidad, Aranda, si de verdad tiene esos informes, seguro que ya sabe que es mucho más seguro para ustedes dejarnos salir. Seguro que no desean salir en las noticias... salvo en las que ustedes mismos fabrican. ¿Qué ha sido eso que le ha pedido a Felipe?

El buitre se alisó una arruga inexistente del pantalón y ensanchó su sonrisa. Se veía que aquella parte de su trabajo le resultaba especialmente satisfactoria.

—El cadáver de Gregorio Sanmartín apareció en mitad de Madrid, fue imposible ocultarlo. Lo mismo ocurrió con Armando Palacios. Usted ha visto

cómo esta ciudad se convertía en un auténtico campo de batalla. Gestionar cómo la noticia del rescate de los señores Fonseca, Barrera y Suárez llegaba al público es un modo legítimo de controlar los daños.

—Salvo que los daños los hubieran provocado ellos mismos, ¿verdad?

El rostro de Aranda quedó congelado como una piedra. Parecía más que evidente que no esperaba esa noticia.

—Esa, Cornell, es una acusación ridícula —masculló.

—Hable con Mei. Ella se lo explicará mucho mejor que yo. Y, hablando de mujeres, ¿puedo preguntarle por la agente Martínez?

—Puede, por supuesto. Está suspendida. Sabemos que les ayudó.

—¿Qué nos ayudó? No he sabido nada de ella desde que me fui de aquí ayer, no sea estúpido.

—Hagamos una cosa —dijo Aranda—. Usted no me habla de cosas que no pueda probar, como que las tres víctimas de secuestro son responsables de lo que ha estado pasando, y yo no le hablo de cosas que no pueda probar, como que la presencia aquí de su amigo Dylan se debe a la intervención de una de mis mejores agentes, ¿de acuerdo?

Mientras Max se esforzaba por mantener su ira bajo control, Dylan, a quien Aranda acababa de mencionar, se encontraba en una habitación muy parecida a la que él ocupaba.

—¿Podría explicarnos por qué ha venido a España y de qué manera se ha visto involucrado en un tiroteo en el que ha puesto en peligro la vida de tres de las personas más relevantes del país? —preguntó la mujer que lo interrogaba.

—Claro que sí —contestó Dylan.

Su acento era peor que el de Max, pero hablaba un español muy aceptable. Además, disfrutaba con aquellos interrogatorios. Para él no eran más que juegos en los que contaba la verdad. Sobre todo cuando, como en aquel caso,

la verdad le favorecía.

—He venido a pasar unos días con mi amigo Max. Lo tienen en una sala en alguna parte de este mismo edificio. Me enteré de que una amiga común estaba en problemas por tratar de ayudar a su Gobierno y quise echar una mano. Es lo que hacemos nosotros, ¿sabe? Por eso estoy en esta preciosa ciudad. En cuanto al tiroteo, en realidad no se ha producido. Si se acercan a la escena, verán que no se ha disparado ni una sola bala real. Sus víctimas nunca estuvieron en peligro.

La agente asintió. Dylan había repetido la misma declaración cinco veces. Le hicieron preguntas específicas, le pidieron que relatara los hechos con sus propias palabras, habían tratado de confundirlo..., pero siempre se atenía a su primera declaración.

—Sé que le cuesta creerlo, pero es la verdad. Es más, si ustedes hubieran hecho algo para ayudar a Max, yo ni siquiera estaría aquí, ¿sabe? No es por ofenderla, pero Madrid no es precisamente mi ciudad favorita del mundo.

—Sin embargo —añadió la agente, entre frustrada y aburrida—, nuestros informes indican que su amiga habría sido perfectamente capaz de liberarse ella sola, ¿no es así?

Dylan sonrió.

Mei se había sentado en su silla correspondiente con las piernas cruzadas y ella no sonreía en absoluto.

—¿Saben que yo soy una víctima? —dijo también en español—. He estado secuestrada algo más de veinticuatro horas. Deberían haberme llevado en una de esas camillas. Casi me muero del susto.

—Disculpe que dude de su palabra, señorita, pero no tiene usted aspecto de estar asustada en absoluto.

—¿Y qué aspecto debe tener una mujer asustada? ¿Quiere que lllore? ¿Que

me desmaye? Lo siento, pero no funciona así. El hecho es que he permanecido atada a una silla de plástico durante un día entero. —Mei le mostró las marcas de la cinta americana en sus mulecas—. Y ustedes me tienen aquí como si fuera una criminal. Por cierto, estoy hablando con usted gracias a mis amigos, no a sus esfuerzos. Quizá me pase por el consulado cuando terminemos esta agradable conversación.

El agente trataba de hacer sus preguntas, pero Mei no lo dejaba meter baza.

—O a la embajada. O a la prensa. Puedo ir a la prensa a ver qué pasa.

—Vamos, usted no va a ir a la prensa. Ambos sabemos que eso no va a pasar. Así que deje de hacer amenazas que no puede cumplir y conteste mis preguntas, por favor. Estoy seguro de que quiere marcharse de aquí cuanto antes.

—Qué va. En realidad me encanta España. Creo que los tres nos quedaremos una buena temporada. No nos gustan los cabos sueltos, ¿sabe? Y en esta historia hay unos cuantos.

—No debería amenazarme.

—Ya.

Capítulo 19

Al final los soltaron, a los tres. Con la recomendación de que salieran del país cuanto antes. Max estaba seguro de que si hubiera dependido de ellos, los habrían embarcado en el primer vuelo a Londres. Pero debía de ser cierto que tenían informes sobre sus actividades. Al menos sobre algunas de ellas. Y no consideraban seguro obligarlos a hacer nada que no quisieran. Además, Aranda y sus subordinados tenían que admitir que la intervención de los tres les había devuelto a los tres banqueros. Aunque parecía que aquello les molestaba, no podían revelarlo a las claras.

El encargado de llevarlos a donde quisieran era, una vez más, Felipe. Aquel hombre parecía servir para todo. Max se preguntó qué esconderían en realidad el traje barato y la actitud de desidia que ostentaba en todo momento. Un mensaje de texto interrumpió sus pensamientos. Era de la agente Martínez. No había terminado de leerlo cuando recibió el segundo. Ninguno de los dos tenía mucho sentido. Max no pudo evitar preocuparse.

—Felipe —dijo—, ¿sabe usted dónde vive Martínez?

El hombre enarcó una ceja.

—Por supuesto que no, señor. Les llevaré a su hotel. Vamos, tengo el coche aquí mismo.

«Por supuesto que no», repitió Max para sí mismo. Y si lo supiera, tampoco los iba a llevar allí. Al fin y al cabo, la lealtad del funcionario estaba con Aranda, eso había quedado claro.

Para sorpresa de Max, el hombre no los llevó hasta uno de los vehículos oficiales con los que ya se había familiarizado, sino hasta un coche más bien antiguo que tenía todo el aspecto de ser el suyo personal.

—He terminado por hoy y no voy a volver luego a traer el coche, así que nos vamos en este. No es tan cómodo, y les advierto que fumo. A cambio, este

pedazo de lata tiene otras ventajas.

Salieron del recinto del CNI por la misma doble verja de siempre. Las cosas parecían haber vuelto a la normalidad y un solo agente los dejó salir. No era ninguno de los que Max vio con anterioridad.

Felipe condujo hacia el centro de la ciudad, pero un par de kilómetros más adelante tomó un cambio de sentido y salió de la autopista.

—Vosotros sois muy efectivos y todo eso —dijo el conductor—, pero también sois un poco tontos. Martínez está en un lío de huevos por vuestra culpa y se os ocurre preguntarme por su casa. En serio, yo no sé qué tenéis en la cabeza.

—¿Nos escuchaban?

—No, hombre, no. Los servicios de inteligencia españoles son demasiado corteses para esas cosas. De verdad, Cornell, que no sé con quién creéis que estáis tratando. Joder, que no tenemos a James Bond, pero cerebro sí. Y a mi jefe le parece que sabes o sospechas cosas que no deberías saber ni sospechar. Creía que eso sí lo tenías claro.

—¿Y tenemos que fiarnos de ti?

—Este es mi coche. Huele a cenicero, mi mujer me lo dice cada vez que se sube, pero está limpio.

El hombre echó mano a la guantera y le tendió a Max un detector de frecuencias.

—Lo miro a diario. Compruébalo tú mismo.

—Ni caso, jefe —intervino Mei—. Hazlo con tu móvil.

Max inspeccionó la parte delantera del coche y le pasó su teléfono a Dylan para que hiciera lo propio en la trasera. El vehículo, tal como Felipe había dicho, estaba limpio.

—Vale. ¿Y qué pasa contigo? ¿También estás limpio?

—La única persona limpia aquí es Martínez, y por eso la han suspendido.

Pero Aranda no es culpable de lo que vosotros creéis. Es un cretino, eso os lo concedo, y les da demasiado crédito a los de arriba. Pero no creo que se haya pringado en esto. Habla como un mafioso, pero en realidad le encanta su país. El tío cree de corazón que trabaja para los buenos.

—¿Y tú?

—Yo sé que trabajo para los buenos, que son mis hijos.

Max echó un vistazo a unas fotos que había pegadas en el salpicadero. Dos niños y una niña. La pequeña tenía los mismos ojos demasiado pegados a la nariz que su padre. Los críos heredaron el tono de piel y el pelo.

—Pero nos llevas a casa de Ana, ¿no? Eso podría perjudicar a tu familia. Algo me dice que a Aranda no le hará muy feliz este desvío.

—Lo que os decía, Cornell. Sois muy efectivos, pero poco listos. Esto es España. Aquí las cosas no son como en otros lugares, ¿sabes? Pero las personas... Las personas sí. Yo quiero un país donde los críos puedan tener una cuenta corriente a la que nadie que no sean ellos le metan mano. Y eso no me lo van a dar mis jefes. Así que sí, os llevo a casa de Martínez. Y más os vale que no la metáis en más líos, porque es una tía legal. Nos hacen falta más como ella.

Para cuando Felipe terminó su discurso ya habían llegado a destino. A juzgar por el chalet individual en el que vivía, el sueldo de la agente era algo más que modesto. El jardín no era muy grande y no estaba vallado. Así que los tres salieron del coche, agradecieron el paseo y se acercaron hasta la puerta.

Tuvieron que llamar al timbre tres veces. Max ya estaba dispuesto a entrar por una de las ventanas abiertas del piso superior cuando Martínez abrió la puerta. Con una mano se apoyaba en ella y con la otra sostenía una copa de vino mediada. El pelo que solía sujetar en una cola de caballo baja le cubría la mayor parte del rostro en una maraña, y vestía una especie de chándal descolorido.

Fue a dar un paso adelante, pero tropezó con el felpudo y estuvo a punto de caer al suelo. Dylan lo evitó, pero no pudo impedir que el contenido de la copa regase a Mei de arriba abajo.

—Genial —dijo—. Llévala dentro. Voy a buscar la cocina.

—Lo siento, Mei —se disculpó Max.

—¿Por qué? —preguntó ella—. Tampoco es que sea tu esposa o que la hayas emborrachado tú. No tengo muy claro por qué estamos aquí, pero si queremos sacar algo en claro de todo esto, hay que bajarle la borrachera a esta mujer. Seguro que encuentro café y sal. Vosotros llevadla al salón.

No se paró a comprobar si sus compañeros seguían o no sus instrucciones. Mei fue la primera en entrar en la casa. A juzgar por las cortinas que había visto desde fuera, la cocina se encontraba a la derecha, así que allá se dirigió. Dio en el clavo a la primera. Afortunadamente, la agente Martínez era una mujer pulcra que tomaba café en cápsulas, así que una cafetera de diseño dominaba la encimera. Mei la conectó y abrió todos los armarios, hasta que dio con la sal y con una taza. Debajo del fregadero encontró un cubo lleno de basura. Sacó la bolsa, la cerró y la colocó en una esquina. Con el cubo bastaría.

Cuando llegó al salón se encontró a Dylan y a Max haciendo todo lo posible porque Ana continuase en pie. Cada uno la sujetaba por un brazo y la obligaban a caminar en círculos alrededor de una mesa baja.

—Así que esta es la gran mujer que pidió la presencia de Max, avisó a Dylan y no pudo soportar las consecuencias.

—Eso parece —dijo Max en un tono seco que rara vez empleaba con su equipo.

Mei no presionó más.

—Sentadla para que pueda tomarse el café. Y preparaos, esto se va a poner feo.

Una vez sentada, Ana cabeceó, pero Mei le sujetó la cara e hizo que diera un buen trago al café. La mujer estaba tan borracha que ni siquiera puso mala cara al notar el sabor de la sal. Su estómago, en cambio, no tuvo ningún problema en manifestar lo desagradable del mejunje. La agente vomitó en el cubo que Mei le puso justo delante.

—Ahora sí, levantadla. Y que pasee. Voy a buscar una bañera o una ducha. Y no os alejéis mucho del cubo.

Mientras subía al piso de arriba oyó cómo el estómago de Ana seguía rebelándose contra la mezcla de café y sal. Echó cuentas y calculó que ella misma no se emborrachaba tanto desde la secundaria. Quizá cuando la misión terminara se animaría. Había un cuarto de baño con bañera justo al lado de la escalera, así que gritó a sus compañeros para que se reunieran con ella.

—Quitadle los zapatos y los pantalones y metedla ahí.

—¿Tú crees, Mei? —preguntó Dylan.

—No me mires así. Los tres hemos hecho esto antes. Necesitamos que se despeje, y esta es la manera más rápida.

Los dos hombres sabían que Mei tenía razón, así que hicieron lo que les pedía. Metieron a Ana en la bañera y dejaron que su compañera y amiga abriese el grifo de agua fría. Un potente chorro mojó los pies de la agente, que apenas dio un respingo. Vomitar le había venido bien, pero no la despertó. Mei cambió el distribuidor para que el agua saliese por la ducha y apuntó directamente al rostro de Ana. La mujer boqueó como si temiera ahogarse. Trató de quitarse a Dylan de encima, pero la tenía sujeta por los hombros con firmeza. Pataleó, pero no alcanzó a nadie. Poco a poco, el agua fría hizo el efecto que buscaban.

—¡Dios! ¡Dejadlo ya! Está helada.

Todavía se le trababa la lengua. Distaba mucho de estar serena, pero al menos podía mantener una conversación.

—Venga, chicos. Salid de aquí. Voy a ayudar a la agente a darse una ducha. Si nos dices dónde tienes ropa limpia —añadió dirigiéndose a Ana—, te traeremos algo. Luego hablamos.

—Puedo ducharme sola, gracias. Ya me siento lo bastante humillada.

Max la miró, conmovido. Ellos tres habían pasado por situaciones mucho más embarazosas y eso los unió más de lo que se habrían atrevido a imaginar. Deseó que Ana también formase parte del equipo. Tenía madera, eso estaba claro. Pero no podía ser. Lo máximo que podían hacer por ella era ayudarla a limpiar su nombre. Y para eso necesitaban su ayuda. Le pidió a Felipe que los llevara hasta allí porque los mensajes de móvil lo habían alarmado. Ahora comprendía que no tenían sentido debido a la borrachera. Pero su estado de ebriedad se debía al descalabro de la misión. Y eso sí podían arreglarlo.

Capítulo 20

Ana se reunió con los tres en el salón. La caballerosidad inglesa de Dylan le había llevado a limpiar el cubo de vómito. Max, por su parte, preparó un café muy cargado. Ana caminaba con soltura, pero no dejaba de llevarse la mano a la cabeza. Echó un vistazo a la taza humeante que la esperaba sobre la mesa. La televisión estaba puesta, pero con el volumen muy bajo.

—Espero que este no tenga sal. Me he lavado los dientes, pero la boca me sabe a infierno.

—Es café. Sin azúcar.

—Gracias.

Martínez se sentó. Todavía tenía el pelo húmedo y el rostro más pálido de lo que a Max le parecía saludable, pero ya casi era la misma mujer que había conocido hacía menos de dos días. Cuando se dio cuenta del poco tiempo que llevaba en Madrid y de las muchas cosas que habían sucedido le costó creer que fuera posible.

—Bien —comenzó Mei—. Te han suspendido por ayudarnos después de que te autorizaran a traernos.

Ana dio un sorbo al café y arrugó el entrecejo. Desde luego, estaba muy cargado. Lo dejó en la mesa con delicadeza antes de contestar.

—Me han suspendido porque...

No terminó la frase. Se quedó con la mirada fija en el televisor y se precipitó hacia delante para coger el mando y subir el volumen. Las noticias hablaban del rescate de los tres banqueros. Habían aparecido fotografías de archivo de los tres y ahora se mostraban imágenes en directo. Al parecer, iban a salir del hospital en donde los sometieron a una revisión que descartara cualquier tipo de daño. Un portavoz común daba las gracias a las fuerzas y los cuerpos de seguridad del Estado y garantizaba que todo volvería a la

normalidad en pocos días.

—No tiene sentido —dijo Max—. Si Gerión es un grupo terrorista real, seguirán ahí fuera. Nosotros solo hemos detenido a una parte.

—Ahora hablan de ello, Max —dijo Ana pidiendo silencio.

«Seis terroristas, al parecer los únicos integrantes del grupo armado Gerión, han sido detenidos durante la operación de rescate —dijo la voz de la periodista—. Los seis retenían a sus víctimas en una nave industrial a las afueras de Madrid. En este momento se encuentran detenidos y pronto pasarán a disposición judicial».

Mientras la mujer hablaba, la pantalla mostraba las imágenes en blanco de seis hombres mal encarados. Ninguna de ellas se correspondía con los rostros de los secuestradores que habían sedado y llevado hasta el CNI.

—Apaga eso, Ana. Y dinos qué está pasando.

—¿Cómo que qué está pasando? La Policía limpia su imagen, se pone las medallas de rigor y fin del asunto.

—Ella no los ha visto, Max —intervino Mei.

—¿A quién no he visto? —preguntó Ana.

—Esos no son los hombres a los que nos hemos enfrentado. Ni siquiera se les parecen, si quieres que te diga la verdad.

Ana se llevó las dos manos a la cabeza y se peinó el pelo hacia atrás con los dedos.

—No me lo puedo creer —murmuró—. Entonces todas mis sospechas eran ciertas.

—Más vale que nos las cuentes, Ana.

Ella asintió. Tal y como estaban las cosas, tampoco podían empeorar demasiado.

—Hace semanas que hay movimientos extraños en las oficinas —comenzó—. No sabría decirte qué me llamó la atención para empezar, pero había

demasiadas visitas. Altos cargos que se pasaban por allí de manera demasiado casual. Tendría que haberme mantenido al margen, pero no está en mi naturaleza alejarme de los problemas. Así que le puse vigilancia a Aranda.

—¿Felipe? —preguntó Max.

—No solo él. Coloqué algunas escuchas extraoficiales en su despacho. Las personas que se saben invulnerables no suelen ser muy prudentes, y yo sabía que hacía tiempo que Aranda no hacía un barrido de frecuencias. Así supe que se preparaba un golpe de carácter económico. Cuando los cajeros amanecieron vacíos el lunes... Bueno, es una deducción sencilla. Pero no estaba segura. O más bien, no quería estarlo, así que puse a trabajar a los míos. Lo hicimos todo según el protocolo. Tus nos has visto trabajar, Max. Quizá no nos desenvolvamos con la misma soltura que vosotros en campo abierto, pero somos muy buenos en lo nuestro. Uno de mis chicos encontró algo sospechoso en el código de las cinco entidades bancarias.

—No habían sido hackeadas —intervino Mei.

—Eso es. Fui yo quien os pasó las páginas impresas. En cuanto mi agente me dio la información, supe que no podría descubrir a los implicados desde dentro. Para que una operación de ese calibre funcione, tiene que haber gente implicada en todas partes. No podía fiarme de mis superiores ni de mis compañeros. Así que pedí que trajeran a alguien de fuera.

—Sí —concedió Max—. Eso ya me lo habías contado.

—Cuando apareció el segundo cuerpo, el de Armando Palacios, le pedí al mismo agente que volviese a revisar los sistemas. Tendría que habérselo dicho, pero ya me había arriesgado demasiado al aparecer con Max en el evento del Wellington. La idea inicial era dejarte solo y..., bueno, ya sabes, que hicieras tu trabajo. Pero no soy capaz de apartarme de un buen caso. No lo he sido nunca. Así que fui contigo. Para entonces yo ya sabía que Mei estaba en España, y confiaba en que ella detectase lo que mi agente me había

revelado: que los sistemas de los bancos de Sanmartín y de Palacios, los dos muertos, fueron los últimos en bloquearse.

—No tuve tiempo. Los hombres de Gerión aparecieron de repente y tomé la decisión de dejarme secuestrar. Supuse que averiguaría más si iba con ellos que si me quedaba en el hotel.

Ana asintió con un gesto y continuó hablando.

—Mi sospecha es que los tres banqueros a los que habéis rescatado mandaron asesinar a los otros dos. Quizá porque se negaron a colaborar en el fraude. Cuesta creer que exista un empresario honrado, pero no se me ocurre otra solución.

—Tiene sentido —dijo Dylan—. Y te han suspendido por reventar su operación.

—Los secuestradores debían de ser miembros del equipo de los banqueros. No he visto a nadie tan chapucero en toda mi vida, os lo aseguro.

—¿Y por qué te mantuvieron ahí? —preguntó Dylan. No tiene sentido.

—Ellos no saben quién soy ni a qué me dedico. Supongo que pensaron que era inofensiva. Desde luego, yo me esforcé mucho para que lo creyeran.

—La cuestión —dijo Max— es que no podemos probar nada de esto. Las páginas de código han desaparecido.

—En realidad no —intervino Mei—. Están en mi portátil.

—Tu portátil está en el CNI. Aranda lo confiscó. Imposible recuperarlo —negó Ana.

—¿Felipe?

Ana se rio con amargura.

—Es un buen tío. Me ayuda todo lo que puede, pero tiene una mujer y tres hijos. No va a arriesgarse más de lo que ya lo ha hecho.

—Nos ha traído hasta aquí —apuntó Max.

—Ya os lo he dicho, es buena gente. Pero si os digo la verdad, tampoco sé

hasta qué punto se implicaría. Creo que ya ha llegado a su límite.

—Y nosotros también —dijo Mei—. Personalmente, necesito descansar. Una ducha tampoco me vendría mal. Y voy a abusar de tu hospitalidad y a pedirte otra camiseta. El estampado de vino no es mi favorito. Lo mejor es que nos quedemos aquí. Lo más probable es que nos busquen en el hotel en el que estábamos o en otros. Si no han seguido a Felipe, aquí estamos seguros... O al menos, ilocalizables. Mañana pensaremos en algo.

—Hay habitaciones de sobra, claro que sí. Quedaos. No sé qué podemos hacer, o si podemos hacer algo. La gente a la que habéis detenido se habrá ido de rositas. Y esos tres impresentables no tienen nada que temer. Tienen el dinero, tienen el poder. Lo que me fastidia ni siquiera es que me hayan suspendido, sino que podrán volver a intentarlo. Sus bancos absorberán a los otros dos. No hay nadie capaz de manejar las entidades ahora mismo. España se va a ir a la mierda.

—Seguro que no —dijo Mei mientras desaparecía escaleras arriba—. Seguro que no.

—Yo voy a acostarme también. Ha sido un día duro —dijo Dylan.

—Hay una habitación al otro lado del pasillo —dijo Ana a modo de despedida.

—Jefe —susurró Mei a través del comunicador que ninguno de los dos había desactivado—, quédate con ella y tranquilízala. Nos hace falta con la cabeza despejada.

A Max le habría gustado contestarle, pero prefirió no revelar a Ana la existencia del comunicador. En cuanto tomó esa decisión supo que jamás estaría preparado para mantener una relación personal sana. Su incapacidad para confiar siempre se interponía. Siempre.

Ana se recostó en el sofá. No parecía que tuviera ninguna intención de acostarse.

—Todo me da vueltas.

—Se te pasará. Solo necesitas dormir —dijo él.

—Lo sé. No es mi primera borrachera y te puedo adelantar que no será la última.

Max no contestó. Sabía lo que Mei había querido decir hacía un momento, pero no estaba dispuesto a empezar algo que no pudiera terminar. Ana no se lo merecía, así que se levantó del sofá.

—Estoy casada —dijo ella—. Seguro que no te lo imaginabas.

De repente, el que Ana viviera en un chalet tenía sentido.

—Mi marido se largó con la niña hace un par de meses. Habría tratado de arreglarlo, pero la verdad es que soy una esposa muy mala, y una madre peor todavía. Están mejor sin mí.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Desconecto este chisme, Max —dijo Mei desde la ducha—. Por mí no te preocupes.

—Porque te has levantado del sofá como si se te hubiera activado un resorte. No necesitas escaparte de mí, ¿sabes?

—No escapo —mintió Max—. O no exactamente.

—Da igual. Estoy borracha y vulnerable y tú eres un auténtico caballero inglés. Así que voy a levantarme del sofá, voy a acercarme a ti, te voy a besar y tú vas a declinar mi oferta con absoluta amabilidad. Mañana continuaremos hablando como si no hubiera pasado nada.

Tal como lo dijo, Ana se levantó. El pelo, que había peinado hacia atrás con los dedos, se desplazó hacia delante, enmarcándole la cara. A Max no le pareció atractiva, sino bella. Había algo en la agente Martínez que estaba más allá de su capacidad de resistencia. Ana caminó con pasos lentos pero firmes en dirección a Max. Apenas metro y medio los separaban, aunque a él le pareció que tardaba una eternidad en recorrerlo. Sin embargo, no hizo nada

para acortar esa distancia. Se limitó a esperar. Deseaba que ella cumpliera su palabra con la misma intensidad con la que esperaba que no lo hiciera. Él era mucho más alto, pero ella le tomó el rostro con las dos manos y se puso de puntillas. Max no opuso tanta resistencia como le habría gustado. De hecho, no opuso ninguna resistencia. Todas sus ideas peregrinas acerca de la confianza y las relaciones desaparecieron de un plumazo. Aquello no tenía nada que ver con traumas pasados ni con nada que no fuera una atracción física inapelable. Y ni siquiera se debía a la confesión de Ana. Que estuviera casada, que no buscara un compromiso... Eso le daba igual. Su cerebro había dejado de importar. Se inclinó hacia su boca y, al contrario de lo que Ana predijo, le abrió los labios con la lengua en un beso largo y profundo. Se exploraron con avidez mientras sus latidos se desbocaban y sus respiraciones se alteraban, como si todavía fuesen adolescentes. Sin separar sus labios de los de ella, la levantó del suelo y dejó que rodeara su cintura con las piernas. Hacía años que no sentía esa urgencia. Pensó en llevarla a su cuarto, pero el sofá tendría que servir. Ni siquiera se ocupó de cerrar la puerta.

Capítulo 21

Todos los edificios de oficinas se parecían. Funcionaban como hormigueros en los que las hormigas trabajadoras pululaban por doquier mientras la reina se escondía en el lugar más recóndito. La sede del Banco Español Internacional no se diferenciaba de cualquiera de esas construcciones de acero y cristal pretendidamente inteligentes y, desde luego, pretenciosas. Ocupaba uno de los cuatro rascacielos de reciente construcción, más allá de los límites que una vez marcaran las Torres Kio. El banco había vencido a la popular Caja de Ahorros de Madrid en lo que se refería a los mercados financieros y lo demostraba exhibiendo una sede social decenas de metros más alta y más cara.

Max echó un vistazo hacia arriba, desde la entrada del edificio, y sufrió un ligero mareo. Vértigo inverso, lo llamaba, aunque no sabía si el nombre en sí existía.

—¿Mei? —preguntó llevándose el móvil a la oreja. El teléfono estaba apagado. Lo que en realidad probaba era el funcionamiento del comunicador en el que su experta en comunicaciones había estado trabajando desde la madrugada. En teoría, amplió su alcance sin aumentar su tamaño.

—Todo en orden, jefe. Dame un momento antes de entrar.

Sin que mediara aviso previo, Max oyó su propia voz a través del pequeño dispositivo. Eso quería decir que el sistema de grabación funcionaba tan bien como el de transmisión.

—Recuerda que voy a necesitar unos segundos cuando entres ahí.

A Max le extrañaba que Mei no hubiera aprovechado ninguna de las oportunidades que se le presentaron durante la mañana para tomarle el pelo por lo sucedido con Ana durante la noche anterior. Dylan y ella los sorprendieron en el sofá, donde se habían quedado dormidos sin poder evitarlo. El día había sido duro y el punto final acabó con la fuerza física de

ambos. Max conocía a Mei y sabía de su tendencia a bromear con todo. Pero su experta en comunicaciones no había dicho ni una sola palabra. Tendría que agradecersele de alguna manera. La verdad era que Max no solía cometer ese tipo de deslices. Al menos no mientras estaba de servicio. El respeto de sus compañeros por su vida personal siempre lo conmovía. Lo conocían mejor que su propia familia. Y él tendía a olvidarlo.

—Adelante, jefe.

Max caminó hacia la entrada con paso firme. Se echó un vistazo en el reflejo de la fachada. Tenía el aspecto exacto que quería mostrar: elegante, seguro de sí mismo y rico. Sobre todo, debía parecer muy rico.

El *hall* estaba presidido por un gran mostrador de recepción atendido por cuatro mujeres muy jóvenes, vestidas, peinadas y maquilladas para aparentar al menos cinco años más de los que tenían. Se acercó a la que le parecía más torpe. Una muchacha con gafas y el pelo castaño recogido en un moño bajo. Le bastaron unos pocos segundos para darse cuenta de que ella tardaba una media de quince segundos más que cualquiera de sus compañeras en entregar las tarjetas de visitante.

—Buenos días, señorita —dijo Max en inglés.

—Buenos días —contestó la recepcionista con un acento impecable—. ¿A quién visita?

—Al señor Raúl Fonseca.

La empleada lo miró directamente a los ojos. Por lo visto, el señor Fonseca no recibía muchas visitas que pasaran por la recepción del edificio.

—¿Tiene cita? —preguntó.

La compañera más cercana los miró de reojo. Parecía que aquello podía causar algún que otro problema.

—Sí. Soy Blake Wheeler.

—¿Me permite su identificación, por favor, señor Wheeler?

A Max le sorprendía lo bien que la chica hablaba su idioma. Se dirigió a ella en inglés para causarle dificultades, pero parecía que no había funcionado. Claro que ella se llevó una sorpresa mucho mayor cuando colocó el pasaporte falso de Max cerca de su ordenador. No tenía más remedio que hacerlo para comprobar los datos. Mei se había asegurado de que era así. De hecho, la mayor parte de aquel plan había sido idea suya. No durmió mucho la noche anterior, aunque por razones muy diferentes a las de Max.

Cuando el chip que la misma Mei colocó en el pasaporte interfirió en el funcionamiento del ordenador, la recepcionista se alarmó. Durante un segundo, quizá menos, la pantalla se volvió ilegible, como una televisión que perdiera la señal. Afortunadamente, la agenda del día volvió a mostrarse enseguida. El problema era que no mostraba ninguna entrada.

—Disculpe, señor Wheeler. Tengo que hablar con el despacho del señor Fonseca. Puede esperar en los sofás del fondo. Una compañera le acercará un café.

Max sonrió e inclinó la cabeza con cortesía. No pidió a la chica que le devolviera el pasaporte. Mei ya se había introducido en el sistema, pero de todos modos prefería no jugársela. Desde el lugar que le indicaron observó cómo la chica, aparentemente más torpe que sus compañeras, manejaba la situación con total soltura. Hizo dos llamadas de teléfono y no miró a Max ni una sola vez. Tal como le había dicho, una compañera se acercó y le ofreció una bebida mientras esperaba. Max la rechazó.

—Enseguida le avisan, entonces. Por favor, siéntese.

Max se sentó. No tenía la menor intención de llamar la atención más de la cuenta.

Efectivamente, a los pocos minutos la misma chica que le ofreció el café se acercó a él. Llevaba su pasaporte y una tarjeta de visitante. Le mostró el ascensor que llevaba directamente al despacho de presidencia y se disculpó

por las molestias. Como su compañera, hablaba un inglés perfecto.

El ascensor se abría a una nueva recepción. En esta ocasión solo dos personas le dieron la bienvenida: un hombre moreno tan bien vestido que más parecía un ejecutivo que un secretario y una mujer que, evidentemente, era su superior directa.

—Disculpe por haberle hecho esperar, señor Wheeler. Hemos tenido un pequeño problema técnico. El señor Fonseca lo está esperando. Venga conmigo, por favor.

Sin esperar a que él aceptara sus disculpas, se adentró por un pasillo enmoquetado en cuyas paredes colgaban lo que parecían ser obras originales de Durero. Grabados de el Quijote, la Biblia y el Infierno de Dante. Desde luego, aquel despacho estaba más diseñado para impresionar que para trabajar. La mujer se detuvo ante una gran puerta de roble macizo y llamó con los nudillos. La abrió sin más y le indicó a Max que pasara.

—Buenos días, señor Fonseca— dijo en español mientras la secretaria cerraba la puerta.

El magnate dio un respingo en su silla, pero no perdió la compostura. Sin duda, lo había reconocido. Max, que sonreía afablemente, se adelantó con la mano extendida.

—Siento mucho presentarme así. Mi nombre es Max Cornell. Nos conocimos ayer en circunstancias un poco... violentas.

Cuando llegó a la altura de la mesa, un mueble aparatoso y muy ancho, utilizó la mano izquierda para apoyarse en ella mientras estrechaba la derecha de Fonseca. En ese mismo momento colocó un micrófono prácticamente invisible bajo el tablero. Pasara lo que pasara a partir de aquel momento, su misión ya estaba cumplida.

—No es buena idea colarse en sedes bancarias con un nombre falso, señor Cornell. Podría dar una impresión equivocada. Siéntese, por favor —invitó

Fonseca.

Max tomó asiento. Como no podría ser de otra manera, los sillones eran cómodos. Probablemente más caros que cualquiera de los muebles que había en su piso de Mayfair. Y Max no vivía de forma humilde, precisamente.

—Disculpe mi atrevimiento. Ni por un momento he querido asustarle. Mis compañeros y yo solo queríamos asegurarnos de que se encuentra usted bien.

—Ya ve que sí —dijo Fonseca con una sonrisa tan tensa que se habría podido tender la colada en sus labios.

—Verá. —Max cruzó las piernas y juntó las yemas de los dedos mientras apoyaba los codos en los brazos del sillón. Pretendía adoptar una pose arrogante y segura. Necesitaba irritar al magnate tanto como pudiera—. El problema es que sabemos que las personas que detuvimos ayer solo eran una parte de Gerión. La organización cuenta con miembros en las sombras. De hecho, tenemos la impresión de que aquellos seis hombres no son más que... peleles a las órdenes de alguien.

Fonseca asentía mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Parecía que la estrategia de ponerlo nervioso funcionaba.

—¿Y cuando dice «sabemos», a quién se refiere?

Max se inclinó ligeramente hacia adelante antes de contestar, como si estuviera a punto de revelar un secreto importante.

—Verá, tenemos la sospecha de que el CNI confabula con Gerión, así que no podemos revelar nuestras fuentes. Pero estoy aquí para asegurarle que todo esto acabará bien.

—Creía que «todo esto» ya había terminado. Y puesto que estoy en mi despacho hablando con usted, diría que ha acabado bien.

—Verá —dijo Max—. Ya le he dicho que no quiero asustarle. Pero hay algo que tiene que saber. Han aparecido las líneas de código que se usaron para modificar los parámetros que bloquearon las cuentas bancarias del país.

—¿En serio?

Fonseca no pareció inmutarse.

—El ordenador confiscado por el CNI había desaparecido, pero nuestro tipo nos lo ha devuelto. Es decir, nos ha devuelto una copia de seguridad del contenido.

—No sabía que...

—Oh, no le aburriré con los detalles, señor Fonseca —interrumpió Max—. Pero sí quiero que sepa que estamos haciendo todo lo posible por descifrar esos códigos. Nuestra experta ya nos ha adelantado que podrá recuperar la secuencia de órdenes. Al parecer hay serios indicios de que la operación se realizó desde dentro. Todo apunta a su competencia. Estamos casi seguros de que el Banco Español Internacional está limpio. Por eso queríamos avisarle. Por favor, no se ponga en contacto con Barrera ni con Suárez. Por su propia seguridad.

—No creo ni una palabra de lo que me dice —objetó Fonseca—. Esos hombres y yo hemos pasado por un infierno juntos. Hemos sido privados de nuestra libertad, hemos visto cómo nuestro país quedaba sumido en el caos. Incluso hemos asistido a la muerte de dos queridos compañeros.

Fonseca apretaba los puños sobre la mesa. Desde luego, Max tenía que concederle grandes dones para la interpretación.

—Precisamente, señor Fonseca, a eso me refiero cuando hablo de su seguridad. Creemos que, bien el señor Barrera, bien el señor Suárez, dieron la orden de asesinar a los señores Sanmartín y Palacios. Por eso le ruego que no se ponga en contacto con ellos.

Fonseca se levantó de su silla y le dio la espalda a Max. Perdió la mirada en el paseo de la Castellana, que se perdía en el centro de Madrid. Cuando se dio la vuelta, tenía los ojos empañados y la voz tomada. A Max le habría gustado felicitarle por su actuación.

—Está hablando de hombres a los que conozco desde hace décadas. Por supuesto, sus empresas y las mías son competencia directa, pero lo que me está diciendo, Cornell, me rompe el corazón.

—No quiero robarle más tiempo ni insistir en algo que es tan doloroso. Pero, por favor, recuerde que esos dos hombres son sospechosos de asesinato. Si no tiene más remedio que verlos o hablar con ellos, procure que siempre haya otra persona presente. Sé que no es razonable interrumpir el curso de la vida económica del país ahora que empieza a recuperarse.

—Haré lo que dice, Cornell. Le agradezco que haya venido a avisarme. — Fonseca se tapó los ojos con la mano y luego se atusó el pelo blanco y rizado. Parecía realmente abatido.

Max se despidió con total formalidad, devolvió sus credenciales a la misma recepcionista que lo atendió a la entrada y tomó un taxi que lo dejó en el Centro. Paseó sin rumbo, espiando en los reflejos de los escaparates por si Fonseca hubiera enviado a alguien para que lo siguiera. Solo cuando se sintió absolutamente seguro sacó el móvil del bolsillo y, de nuevo sin encenderlo, se comunicó con Mei.

—¿Todo correcto por ahí?

—¡Oh, jefe! Te va a encantar. Casi no te ha dado tiempo de cerrar la puerta y ha llamado a Suárez y a Barrera. Una llamada a tres.

—¿Lo habéis grabado?

—La duda ofende, jefe.

Capítulo 22

Raúl Fonseca entró en la sala de reuniones solo, sin que nadie le abriera la puerta. Santiago Suárez estaba de pie. Paseaba junto a la pared del fondo. Manuel Barrera se había sentado en el lado opuesto a aquel en que encontraron al sicario que Gerión, es decir, ellos tres, contrataron para liquidar a Max.

—Parece mentira —dijo Fonseca— lo limpio que han dejado esto.

—Lo que parece mentira es que nos hayamos reunido aquí, Raúl —intervino Suárez.

Fonseca rechazó la objeción con un gesto de la mano y dijo:

—¿Por qué? Nadie puede relacionarnos con lo sucedido.

—Estoy de acuerdo, Raúl. Pero desaparecimos aquí. No deberíamos volver como si nada. Al menos podríamos fingir algún tipo de trauma. Estamos siendo muy poco prudentes.

—Los traumas son cosa de mujeres y niños. Nosotros somos hombres de negocios. No podemos permitirnos parar. El país depende de cómo nos recuperemos de este contratiempo, ya lo sabéis. Además, no desaparecimos aquí. Todo el mundo cree que el último lugar donde se nos vio está más arriba.

—¿Para qué nos has traído aquí, Raúl?

—Ese tal Cornell se ha plantado esta mañana en mi despacho para ponerme sobre aviso de que uno de vosotros dos es un posible asesino.

Santiago Suárez detuvo sus paseos y encaró a Fonseca con las manos en la espalda. Su abdomen sobresalía por encima del cinturón.

—¿Nosotros? Tú ordenaste la muerte de Gregorio y Armando. Si nos has traído aquí para que corramos la misma suerte, te advierto de que no te saldrá gratis. Mi secretaria sabe dónde estoy y con quién.

Fonseca dio un golpe sobre la mesa que retumbó en toda la habitación.

—Lo hicimos juntos, maldita sea. Los dos estuvisteis de acuerdo.

Barrera se levantó de la silla, con calma.

—Tranquilizaos los dos, por favor. Los tres estamos metidos en esto hasta el cuello, pero no nos sucederá nada porque a las personas como nosotros nunca les sucede nada. Así que, Fonseca, dinos qué es lo que hemos venido a hacer aquí. Darle vueltas a lo que ha pasado no es necesario. El CNI no moverá un dedo, la Policía carece de los recursos necesarios y la única persona con la inteligencia y la integridad suficientes para hacernos daño ha sido suspendida.

—Cornell y su equipo —dijo Fonseca.

—¿Qué pasa con ellos? —replicó Barrera.

—¿Es que no me has oído? —gritó Fonseca—. Han venido a atosigarme esta mañana. No sé cómo lo han hecho, pero han manipulado mi agenda y me han colocado una cita con un tal Blake Wheeler.

—Querían asustarte y que nos asustaras a nosotros. Parece que la primera parte ha funcionado. Te veo preocupado, Raúl. Y mira a Santiago. Está hecho un manojo de nervios. —Suárez negó con la cabeza afectando decepción.

—Blake Wheeler apareció aquí hace dos días. Y cuando digo aquí, me refiero a este hotel. Lo hizo acompañado de la agente Ana Martínez. Ella también usaba un nombre falso. La cuestión es que siguen en contacto. Tenemos que evitar que sigan indagando.

—¿Y qué propones, Raúl? ¿Otro asesinato? —preguntó Suárez.

—¿Qué propones tú?

Barrera volvió a sentarse y los otros dos lo imitaron.

—Propongo que hagamos lo que mejor se nos da.

—¿Y eso qué es? —preguntó Barrera, visiblemente aliviado ahora que ya no se barajaba la posibilidad de un nuevo cadáver.

—Somos compradores. Compremos lo que necesitamos.

En ese momento la habitación se llenó con la música empalagosa de Richard Clayderman. Unos acordes de piano cursis y repetitivos que no permitieron a los hombres seguir hablando.

Fonseca se movió y alcanzó el teléfono que se encontraba en el centro de la mesa. La línea con recepción era directa. Trató de no ponerse demasiado desagradable al explicar lo que había pasado. Después de colgar, los tres hombres todavía tuvieron que esperar algunos minutos a que la música parase.

—Esto no había pasado nunca —apuntó Barrera.

—No ha pasado nada. Un problema técnico.

La puerta trasera de la sala se abrió y apareció un carrito cargado de café y bollos.

—¿Alguno de vosotros ha pedido esto? —preguntó Fonseca.

—Por supuesto que no —dijo Suárez.

El hombre vestido de camarero que empujaba el carrito se apostó delante de la puerta. Entonces la entrada principal a la sala también se abrió de par en par. Max, Dylan y la agente Martínez entraron y cerraron por dentro.

—Creo que estaban hablando de una importante transacción económica, caballeros —dijo Max.

—Buenas tardes, señores. Me alegra que hayan acudido a esta pequeña reunión. Con un poco de suerte no tardaremos en llegar a un acuerdo y todos podremos regresar a nuestras vidas.

—Eso depende de lo que nos ofrezcan, por supuesto.

Suárez suspiró. Fue un suspiro de aburrimiento absoluto, como si ya hubiera hecho aquello docenas de veces y supiera exactamente cómo iba a acabar. Barrera miraba a todas partes, como si no fuese capaz de procesar lo que estaba pasando. Fonseca parecía a punto de estallar de indignación.

—Verá, señor Cornell. —Santiago Suárez tomó el control de la conversación—. Podemos hacer esto fácil y rápido, o lento y complicado.

Esos caballeros y yo podemos ofrecerles lo que quieran, así que no juguemos a regatear.

—Queremos que la agente Martínez sea restituida a su puesto —indicó Max—. Y no veríamos con malos ojos que se destituyera a Aranda.

—Podemos hacer eso.

—Oh, y queremos que renuncien a sus cargos en las entidades bancarias que presiden —añadió la propia Ana.

Suárez soltó una carcajada grave y larga, cargada de desprecio.

—Eso no va a pasar.

—Yo creo que sí —dijo Dylan—. Verán, en realidad las situaciones traumáticas afectan a hombres y mujeres por igual. Cualquier veterano de guerra podrá confirmárselo. Y ustedes han pasado por una serie de trágicos acontecimientos que les impiden realizar sus funciones con la claridad mental que tenían hace tan solo dos días. Parece mentira lo que dos asesinatos y un secuestro pueden hacer en la torturada mente de tres ancianos.

—No sé quiénes se han creído que son o cómo creen que van a forzar eso, pero no voy a cederle la presidencia de mi banco a nadie —afirmó Fonseca.

—Adelante, Mei —pidió Max.

El hilo musical volvió a sonar. Pero en esa ocasión no transmitía música de piano, sino parte de la conversación de los tres magnates:

—Ese tal Cornell se ha plantado esta mañana en mi despacho para ponerme sobre aviso de que uno de vosotros dos es un posible asesino.

—¿Nosotros? Tú ordenaste la muerte de Gregorio y Armando. Si nos has traído aquí para que corramos la misma suerte, te advierto de que no te saldrá gratis. Mi secretaria sabe dónde estoy y con quién.

—Lo hicimos juntos, maldita sea. Los dos estuvisteis de acuerdo.

—Tranquilizaos los dos, por favor. Los tres estamos metidos en esto hasta el cuello, pero no nos sucederá nada porque a las personas como

nosotros nunca les sucede nada.

Suárez asentía, pero no parecía que la grabación lo pusiera nervioso.

—¿Sabe cuál de todas esas cosas es la más cierta, Cornell? Que a las personas como nosotros nunca nos pasa nada.

Ana resopló, indignada. Max se sentó en la silla contigua a la de Suárez.

—Verá, señor asesino con traje. Yo también soy un asesino con traje. La diferencia entre ustedes y nosotros es que nosotros somos profesionales. De hecho, nosotros somos los profesionales que ustedes contratarían para que a otras personas de su misma clase y condición les «pasase algo».

—¿Me amenaza, Cornell? ¿Es esa la confianza que tiene en la grabación que acaba de realizar?

Max respiró hondo. Había supuesto que la negociación no sería fácil. A los dinosaurios les había hecho falta un meteorito para abandonar la faz de la Tierra, y esos tres reptiles necesitarían algo igualmente explosivo para dejar sus puestos a la cabeza de la economía española.

—Yo nunca amenazo, Suárez. Le expongo unos hechos. Felipe, por favor —dijo dirigiéndose al camarero que obstaculizaba la puerta trasera—, ya sabes lo que tienes que hacer.

Suárez mostró por primera vez un rasgo de debilidad. Sabía por Carlos Aranda que Felipe se encargaba de manejar la prensa.

—Un momento.

Max sonrió.

—Veo que lo entiende —dijo.

—¿Qué es lo que entiende? —preguntó Fonseca.

—Si no renunciamos, este hombre enviará los audios y posiblemente una explicación detallada de lo ocurrido estos días a la prensa. Es él quien envió el falso comunicado ayer, así que tiene los contactos.

—Venderemos que es un bulo. No es la primera vez.

—No —dijo Suárez—. No es la primera vez, pero podría ser la última. Las acciones caerán en picado, la economía sufrirá... No nos recuperaremos, ¿verdad, señor Cornell?

—Es probable que no.

Capítulo 23

El País, Madrid, 09:30

La capital de España se ha despertado en medio de la más absoluta estupefacción. Tras las noticias que informaban del secuestro de los cuatro presidentes de las entidades bancarias más relevantes del país y del rescate de tres de ellos con vida, Madrid se ha despertado hoy con otra bomba mediática. Los tres supervivientes han anunciado, en rueda de prensa, que abandonan sus cargos. Preguntados por los motivos para tomar una decisión tan drástica, los tres confirman no encontrarse capacitados para llevar a cabo sus funciones. El trauma producido por el secuestro y por los dos asesinatos ha calado hondo en estos hombres, de los que, hasta hace apenas unos minutos, dependía la economía del país.

Aunque los tres presentaban un aspecto saludable, tal y como se informó en la prensa de ayer, es cierto que en la rueda de prensa de hoy se han mostrado más apagados. Las ojeras y las bolsas revelan problemas de insomnio. Los expertos con los que hemos consultado indican que este tipo de reacciones no es en absoluto extraña entre las víctimas de secuestro. Como tampoco lo es la toma de decisiones aparentemente impulsivas.

Todo parece indicar que los tres magnates podrían arrepentirse de este movimiento en unas semanas o quizá meses. Queda en el aire lo que podría suceder si alguno de ellos, o los tres, tratase de revertir los efectos de su dimisión.

Las fuerzas y los cuerpos de seguridad del Estado afirman, por otra parte, que siguen investigando las diferentes ramificaciones del grupo terrorista Gerión, al que pertenecían los secuestradores. Por el momento no han dado más datos acerca de las investigaciones.

Diario ABC, Madrid, 11:00

La situación económica de España se tambalea. Tras el golpe sufrido los últimos días y la renuncia a sus cargos de los señores Raúl Fonseca, Manuel Barrera y Santiago Suárez, la economía se desestabiliza por momentos. De hecho, la caída de la bolsa española, que apenas había empezado a recuperarse, ha impactado muy negativamente en el valor de la moneda europea.

Por su parte, los ciudadanos han vuelto a sus casas, pero hay manifestaciones convocadas para los próximos días en las principales ciudades del país. Se reclama una respuesta clara por parte del Gobierno y una explicación exhaustiva sobre lo sucedido. En las calles, la sensación predominante es que la dimisión de los tres hombres de negocios no se debe al trauma sufrido, sino a motivos ocultos. El miedo a un nuevo bloqueo de cuentas tiene al país en vilo. Ninguna fuente oficial ha confirmado nada a este respecto, aunque sí han hablado de lo que ocurrirá durante las próximas semanas.

El Ejecutivo ha anunciado que se mantendrá vigilante durante la transición de las cúpulas directivas de los bancos afectados. El ministro de Economía, D. Emilio Vega Crespo, ha informado de que ya ha concertado reuniones con los tres expresidentes para ofrecer su ayuda en lo que sea necesario. Afortunadamente, las tres entidades bancarias contaban con planes de contingencia para casos similares. Aunque en ningún caso se preveía que hubiera que implementarlos los tres a la vez.

Algunos de los candidatos a asumir la presidencia de las mencionadas entidades han desaparecido de la vida pública. Miembros de este periódico han tratado de contactar con el gabinete de prensa de las tres entidades y se han encontrado con una sólida política de mutismo. Algo que no sucedía desde el periodo inmediatamente posterior a la dictadura. Sin embargo,

somos optimistas.

Expansión, Madrid, 15:30

Ya se conocen los nombres de las personas que ocuparán los cargos abandonados por los señores Fonseca, Barrera y Suárez. En los tres casos, sus sucesores serán miembros de la familia con una larga relación con las entidades que pasan a dirigir. Dos de los herederos son mujeres. Ambas con probada experiencia en el mundo financiero y estudios superiores en economía, cursados en las mejores universidades estadounidenses. Los expertos esperan que la nueva andadura del sistema bancario español suponga una continuidad y no una ruptura. Ninguno de los tres nuevos presidentes ha hecho declaraciones todavía, aunque se espera que comparezcan en los próximos días.

Las manifestaciones convocadas para mañana y días posteriores no reivindican únicamente una estabilización de la situación, sino indemnizaciones para todos los afectados por el corralito. Las víctimas de los saqueos y actos vandálicos cometidos durante las dos jornadas pasadas también reclaman que se atiendan sus peticiones.

Varias asociaciones de víctimas económicas de Gerión cuentan ya con asesoramiento legal y pretenden solicitar esas indemnizaciones por vía judicial. Se prevé un nuevo colapso del sistema. En cualquier caso, el Gobierno ha expresado su voluntad de dar satisfacción a todas aquellas personas que puedan probar los daños sufridos durante la crisis.

También se ha anunciado la aprobación de una medida excepcional mediante la que se bonificará económicamente a los efectivos de la Policía Municipal, Nacional y al Ejército. Se calcula un bonus de 800 € por cada turno extra de servicio. El ministro de Defensa ha hablado de estos agentes como de «verdaderos héroes con los que les gustaría poder contar en un

futuro, si fuera necesario. Hombres y mujeres valerosos que han sacrificado su seguridad para garantizar la de todos».

Las protestas por parte de la clase trabajadora no se han hecho esperar. Representantes de asociaciones de trabajadores y sindicatos han presentado informes de supuestas agresiones policiales a ciudadanos pacíficos.

La Razón, Madrid 17:45

La prensa europea se hace eco de lo sucedido en España. La noticia de la dimisión y sustitución de los líderes bancarios del país no ha sentado bien en países como Alemania o Francia, que temen un nuevo periodo de recesión que desate la necesidad de un segundo rescate financiero. Alemania amenaza con revisar el estatus de España como miembro de la Unión mientras el presidente español vuela a Berlín para mantener una reunión de emergencia con la canciller alemana.

Mientras tanto, la vida en pueblos y ciudades vuelve a la normalidad. A esta hora del día la mayor parte de los comercios han abierto y el absentismo laboral ha bajado prácticamente a cero. El transporte público funciona con puntualidad y los aeropuertos reciben a pasajeros de todos los puntos del planeta.

Seguiremos informando.

El Mundo, Madrid 20:00

Tal como se esperaba, Rosaura Suárez ha dado hoy su primera rueda de prensa tras su nombramiento como presidenta de la Banca Española Nacional Unida. Según sus propias palabras, que reproducimos íntegramente, pretende «contar siempre y en todo momento con el apoyo de mi padre. A pesar del trauma causado por los terribles acontecimientos de los últimos días, sus capacidades intelectuales y su manera brillante de hacer negocios y de entender la economía no se han visto empañadas. En

este momento no puede hacerse cargo de algunas de las funciones que implican el trato con clientes, y en ese sentido, yo haré todo lo posible para conseguir que su ausencia no resulte significativa. Si bien yo estaré al mando del banco, mi padre me guiará con la sabiduría que le han dado todos sus años de experiencia. A todos los efectos, funcionaremos como un equipo. Aunque debo decir que tanto él como la junta de accionistas me han otorgado su absoluta confianza y, en último término, reside en mí la capacidad última de decisión».

El País, Madrid, 22:00

Las reacciones de las potencias económicas europeas no se han hecho esperar. Francia y Alemania han sido las primeras en felicitar a Rosaura Suárez por su nombramiento y su decisión de continuar por la senda iniciada y recorrida con gran éxito por su padre. Asimismo, los demás Gobiernos de la Unión han enviado mensajes cariñosos deseándole mucha suerte en su nuevo puesto.

Capítulo 24

La vasta superficie de Hyde Park se despertó en calma, como siempre. El rocío refrescaba la hierba, de un verde sano como solo existe allá donde llueve con frecuencia y abundancia. Max corría, también como siempre. Con la cabeza llena de contradicciones y un *smartwatch* que se ocupaba de las cosas de las que él prefería no ocuparse; como su frecuencia cardiaca, el tiempo que había pasado desde la primera zancada o su nivel de deshidratación. Cuando este último subió demasiado, la muñeca de Max vibró. Había llegado la hora de realizar sus estiramientos y acercarse a una fuente a dar un trago.

Dejó atrás el verdor de Hyde Park para adentrarse en las calles de perfecto trazado que lo llevaban hasta su precioso edificio de ladrillo caravista y apretó el paso. No le gustaba pasear entre edificaciones. No era claustrofóbico, pero sí prudente. Por eso prefería los espacios abiertos. Los lugares cerrados le provocaban la necesidad de buscar una salida.

Al menos la mayoría. En el extremo opuesto se encontraba la panadería a la que se dirigía. El olor a empanada recién horneada le dio la bienvenida a su nariz desde varios metros de distancia. Y Max estaba seguro de que no se trataba de uno de esos aromas artificiales.

Empujó la puerta de entrada y sonrió de manera automática, pero dentro no lo esperaba la escena de costumbre.

Ana había bajado a comprar el desayuno. Max todavía no podía creerse que la tuviera enfrente, que hubiera accedido a tomarse aquellas vacaciones. Su historia no duraría siempre. De hecho, ya faltaba muy poco para que ella se reincorporase al trabajo, pero allí estaba. Habían sido unas semanas estupendas. Un recuerdo más que añadir a la exigua lista de cosas que merecían la pena en su vida.

—No te hagas ilusiones, Max. He comprado la prensa y no tiene buena pinta.

Subieron juntos en el ascensor. Desde que había conocido a Ana, el cabo James estaba más contento, como si hubiera conseguido un éxito propio. Max suponía que se entristecería cuando la agente Martínez se fuera y que, probablemente, le reprendería por no haberla conservado. Pero ya pensaría en ello cuando sucediera. De momento los dos estaban allí, la empanada olía de maravilla y todavía podían disfrutar de unos días de asueto.

Pero Ana no le dio tregua. En cuanto entraron en el piso, que ahora olía a perfume femenino y estaba adornado con flores frescas, la agente le puso un ejemplar de *The Times* delante de las narices.

—Mi inglés no es perfecto, pero parece más que evidente que nuestra pequeña amenaza no ha servido de mucho. Los hijos de los hombres que secuestraron el país han tomado las riendas de los negocios de sus padres. Todo sigue igual, Max. Me siento estúpida.

Max la miraba y la comprendía. Incluso tenía una solución para esos sentimientos. Si ella quisiera, podrían trabajar juntos, pero no quería. Su cabeza estaba en España. Ese era el ovillo que deseaba desenredar por encima de todas las cosas. Amaba su país y detestaba a los tipos que lo sangraban dentro y fuera de la legalidad.

—Cuando vuelvas, no te sentirás mejor.

—Pero al menos podré hacer algo.

Aquella conversación conducía a un único final posible: una despedida que, por lo visto, iba a adelantarse mucho más de lo esperado.

—¿Has reservado ya el vuelo?

Ana no contestó.

—Me tomaré eso como un sí.

—No me gustan las despedidas, Max. ¿Por qué no te vas a dar una ducha?

—Y cuando salga no estarás.

—Puede.

Max asintió. Estaba seguro de que no volvería a verla.

Encubierto

Capítulo 1

Martina caminaba con energía a pesar de haber permanecido toda la noche de guardia. Había dos cosas que le gustaban especialmente: salir a la calle tras más de diez horas confinada entre los muros del hogar para la tercera edad en el que trabajaba, y sentir las gotas de lluvia resbalar por su rostro.

Miami la había adoptado después de una vida fría y árida en Minnesota, uno de los estados del norte. Allí no se podía pasear más que durante unos pocos meses al año. Florida era otra cosa. Por eso Martina seguía a pies juntillas la regla de caminar a todas partes. Por lo que a ella respectaba, era un crimen no aprovechar el buen tiempo y la salud. Excepto cuando tenía prisa o el terreno no era transitable.

Llevaba una semana lloviendo a diario, así que pronto tendría que coger el coche. A los caminos de tierra batida que la llevaban desde su trabajo hasta el Aeropuerto Ejecutivo de Fort Lauderdale no les daba tiempo a secarse entre tormenta y tormenta. Lo mismo pasaba con la ropa sucia. Si seguía mojando zapatillas de deporte y pantalones de uniforme, pronto no tendría con qué ir a trabajar. Así que aquel sería el último día en que diera su paseo matutino hasta que las lluvias torrenciales cesasen.

Le daba pena pensar que dejaría de ver los aviones durante unos días. Le encantaba contemplar los aterrizajes y despegues de aquellos *jets* privados y de los vuelos oficiales. El Aeropuerto Ejecutivo, más pequeño y tranquilo que el Internacional, varios kilómetros al este, le daba la oportunidad de imaginar truculentas escenas de espías. En todas estas, una detective, negra y con el pelo rizado como ella, resolvía casos que salvaban a la humanidad de caer en las garras de infames grupos terroristas.

La lluvia la privaría de aquel pequeño *hobby* inofensivo por algún tiempo, sí. Pero esa mañana aprovecharía su imaginación para inventarse una historia

de las que luego le gustaba contar. A su amiga Tracy le encantaba oír la mientras comían. Se le dilataban las pupilas como a los niños pequeños cuando oían cuentos de hadas y aparecían las brujas o los gigantes.

A la altura de la Calle 21 con Cypress Creek Road vio algo que le dio alas a su inspiración. Tres figuras, parecían hombres, estaban sentadas en un banco. Los tres permanecían completamente inmóviles. Quizá estaban drogados. Sí, mejor pensar que se habían drogado hasta la inconsciencia a pensar que estaban muertos.

A medida que se acercaba al banco, Martina dejó de buscar una explicación para lo que veía. Los tres hombres no habían movido ni un solo músculo desde que los descubrió. Nada, ni un cruce de piernas. Ni siquiera se habían quitado el agua de lluvia de la cara. Y llovía con ganas esa mañana.

Echó mano al bolso, donde guardaba su teléfono móvil, por si tenía que llamar a la policía. Deseaba no tener que hacerlo, pero aquello no pintaba bien. Recorrió los últimos pasos en tensión. Se le olvidó imaginarse que en sus fantasías ella era una aguerrida detective que se topaba con escenas como aquella a diario. De hecho, sus fantasías se encontraban en un lugar tan retirado de su mente en aquel momento que cuando estuvo lo bastante cerca de los tres cadáveres cayó de rodillas y gritó. Gritó tan fuerte que el sonido reverberó en los edificios circundantes.

Al caer apartó la mirada, por tanto, se libró de quedar marcada para siempre por los detalles. No vio que los tres hombres tenían un aspecto muy parecido. Se trataba de individuos completamente vulgares, de complexión media, pelo oscuro y edades que rondaban la treintena. Todos vestían con trajes baratos. Si hubiera tenido oportunidad de examinar los cuerpos, Martina habría visto que no parecían civiles. Demasiados iguales los peinados, el tipo de zapatos, el color de las americanas.

De todas formas, nada de eso llamaba de verdad la atención. Lo que la

policía forense y los técnicos de urgencias anotaron en sus informes periciales y en sus partes de trabajo fue que los tres cadáveres tenían los ojos abiertos. Como si una horrenda aparición los hubiera congelado así. Los tres cuellos fueron abiertos con objetos afilados. Ahí se encontraba la causa de la muerte: pérdida masiva de sangre a través de la vena yugular. Las camisas ensangrentadas se habían oscurecido, aunque la lluvia impidió que la sangre tomase el color ocre que la caracterizaba una vez seca.

Los torsos, más limpios de lo que hubiera correspondido, también por efecto de la lluvia caliente y constante, daban un mensaje imposible de ignorar. Con trazos precisos que evitaban las líneas curvas, cada uno de los cuerpos mostraba una letra. Cuatro cortes formaban la letra «R» en el vientre del primer occiso. Tres dibujaban una «U» en el segundo, y otros tres cortes cerraban la orden, o la sugerencia, en el tercer cuerpo con una «N». El mensaje era *RUN*: corre.

Pero ninguno de aquellos hombres correría.

No se encontraron pistas determinantes en el escenario, más allá del hecho de que los asesinatos no se cometieron allí. No había salpicaduras de sangre ni charcos que mostrasen que las víctimas se habían desangrado en aquel banco. El único resto rojizo bajaba en hilillos de las heridas abiertas, que parecían más recientes debido al agua que no dejaba de correr.

Los cuerpos desaparecieron en el interior de ambulancias que mantenían encendidas las luces, pero cuyas alarmas permanecían apagadas. No valía la pena dar la voz de alarma. Nadie podía salvar ya a aquellos tres hombres.

Martina dejó que la cubrieran con una manta térmica de textura fría pero tacto cálido. Una de aquellas de tejido metálico que siempre le habían recordado al papel de aluminio con que se tapaban las sobras. Se sentía un poco así, sobrante. No lo pensó de manera consciente, pero supo de inmediato que jamás volvería a idear una historia de detectives. Imaginar el horror tenía

poco que ver con encontrárselo de cara. A partir de entonces debería aprender a dormir sin pesadillas. Si es que aquello se podía aprender.

Capítulo 2

Abney procuraba no sonreír. Sobre todo porque no había ningún motivo para ello. El jefe de Operaciones, Goodward, lo había llamado a su despacho y ni siquiera se tomó la molestia de gritarle. De hecho, en una circunstancia como aquella, lo normal habría sido que la oficina se convirtiera en un caos de actividad. Aquello era lo que pasaba siempre que aparecía un cadáver inesperado cerca de su cuartel general.

El agente especial se peinó el cabello hacia atrás con los dedos. Un gesto que mostraba cierto cansancio entretejido de preocupación. Una cana se le enredó en el anillo de bodas.

Esperaba que el jefe Goodward le dijera algo, pero no quería parecer ansioso, así que echó un vistazo a la oficina. Incluso con las persianas venecianas de un gris metálico a medio cerrar se veía la diferencia entre un cadáver aleatorio y tres agentes muertos con un mensaje grabado a cuchillo.

Los agentes estaban pegados a sus escritorios. Los teléfonos solo sonaban una vez y se contestaban enseguida, con la presteza de quien espera recibir buenas noticias. O, en ese caso, con la desesperación de necesitar oír información relevante. Los rostros de sus compañeros oscilaban entre el gris ceniciento y el amarillo enfermo. Los tres agentes muertos tenían amigos en la agencia. O, al menos, conocidos con quienes salir a tomar una cerveza después del trabajo. Él los conocía a los tres. Aunque Abney procuraba no mostrar demasiado afecto por nadie. Su carácter jovial escondía la experiencia de toda una carrera en la DEA. Allí el trabajo te mataba.

—¿Qué cojones estás mirando, Abney? Te he llamado para que me expliques por qué tengo tres cadáveres en el depósito, no para que te quedes mirando al infinito como un imbécil.

Aquella no era la manera que Abney habría escogido para comenzar la

conversación, pero al menos el jefe había roto el silencio, y eso era mejor que nada.

Lo miró con interés. En primer lugar porque quería darse cuenta de lo inapropiado de sus palabras. Mirar al vacío era precisamente lo que hacían los tres hombres cuando Martina Higgins los encontró.

—¡Mierda! —masculló el jefe. Abney supuso que se había dado cuenta de la metedura de pata.

Goodward era un tipo inmenso. Los muslos se le derramaban a ambos lados de la silla de trabajo y tenía una doble papada que le temblaba cuando se enfadaba. En ese momento le temblaba muchísimo. Su perímetro abdominal hacía que no pudiese escribir con comodidad sobre la mesa. Siempre levantaba un portafolios y firmaba sus órdenes en vertical. De todos modos, su aspecto no minaba en absoluto su autoridad. Era un tipo inteligente, de ingenio rápido y, sobre todo, justo.

—Oro Rojo —dijo Abney—. Los tres agentes formaban parte de la operación. Aunque seguro que eso lo dice el informe.

Goodward tamborileaba los dedos sobre una carpeta apenas cerrada. Los papeles parecían pugnar por salir de allí. Muchos de ellos fueron redactados por el propio Abney. O había encargado su redacción a algún miembro de su equipo.

—Sí, Oro Rojo. Yo diría que la operación es un auténtico fracaso. Tres agentes muertos, ni un solo avance. La droga colombiana de los Cortés se mueve por Miami como por el salón de su casa. Y, lo mejor de todo, esta mierda de aquí. —Dio un golpe sobre la carpeta y el ruido hizo que las cabezas de algunos agentes se levantaran en su dirección desde el otro lado de los vidrios de la oficina. No tardaron en volver al trabajo—. Esto de aquí es todo lo que nos queda de la maldita operación.

Eso era algo que Abney no se esperaba. Llevaban meses, casi un año

poniéndoles cerco a los Cortés. Habían identificado a la mayor parte de los capitanes de primer nivel. También conocían a buena parte de los distribuidores de poca monta. La documentación que generaba un caso así no era algo que uno pudiera sacar por la puerta principal cuando fichaba. Ni mucho menos. Woodward estaba hablando de la desaparición de un gran número de cajas de papel.

—¿Y los archivos digitales?

Goodward resopló. A su espalda, la lluvia golpeaba los cristales con la misma fuerza de los últimos días. Miami era una ciudad que vivía al sol. Aquellas tormentas inacabables la convertían en un lugar deprimente.

—Si no hubieran desaparecido también, ¿no cree que yo parecería menos a punto de sufrir un infarto?

Abney no respondió.

—Necesito saber qué ha pasado aquí. Es evidente que tenemos un topo. No se me ocurre otra forma de que la información sobre nuestros hombres se pueda haber filtrado. No muchos la conocíamos.

—Eso son buenas y malas noticias al mismo tiempo, jefe —aventuró Abney.

Goodward asintió con un gesto de la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Por una parte, el abanico de sospechosos se reduce notablemente. Por otra, esos sospechosos pueden hacer mucho más daño del que ya han hecho hasta ahora. Sea quien sea el traidor, tiene acceso a un nivel de información muy alto.

Abney echó un nuevo vistazo a los hombres y mujeres que trabajaban más allá de los vidrios del despacho. A simple vista todos parecían igualmente comprometidos con la búsqueda de los asesinos de sus compañeros. Sin embargo, cualquiera de ellos podría estar implicado en ellos. La sola idea le revolvió el estómago. Y eso que Abney era un hombre conocido por su actitud

positiva y más bien optimista. Woodward parecía estar leyéndole el pensamiento.

—No son ellos los que deben preocuparnos —dijo—. Ninguno de esos agentes tenía acceso a la documentación física o a la digital. Eso es lo que me saca de mis casillas. Solo ha podido filtrar la información una de las personas de las que depende mi cargo.

Esta vez le tocó a Abney el turno de asentir sin mediar palabra.

—No podemos investigarlo nosotros.

—También estoy de acuerdo con eso. Para llevar a cabo una investigación en toda regla deberíamos alertar al topo. Hay que traer a alguien de fuera.

—¿Tenemos presupuesto para eso?

Abney sabía que la respuesta era no. No es que conociera al dedillo la situación financiera de la agencia, pero sí sabía que la lucha antidroga había pasado a un segundo plano con el auge del terrorismo islámico. Otras agencias gubernamentales disfrutaban del privilegio de poder contratar personal externo.

—Aunque lo tuviéramos, que no es el caso, no podríamos usarlo. El topo se enteraría y estaría sobre aviso.

—Puede que yo tenga un contacto, jefe. Pero...

Goodward arqueó las cejas en un gesto de absoluta sorpresa. Abney comprendía la reacción. Todos lo conocían porque era un buen agente. También sabían del dinero que atesoraba su familia. Les gustaba invitarlo a fiestas familiares porque siempre llevaba la mejor cerveza y un buen regalo para los anfitriones. Abney era, desde cualquier punto de vista, el vecino y compañero de trabajo perfecto.

—Prefiero que no me lo diga.

Abney sonrió.

—No le tenía por un hombre tan... prudente.

—Si lo que está pensando es que temo irme de la lengua, se equivoca Abney. Voy a confiar en usted para que sea la única persona que sepa quién es su contacto externo. Así, si esta pequeña operación de identificación falla, ya sabré de quién ha sido la culpa. No, no quiero saber quién es su contacto. Así no estaré en el punto de mira.

Abney tenía que reconocer que el jefe era un tipo con arrestos. Por una parte, acababa de darle carta blanca para llevar a cabo una operación encubierta que, si saltaba por los aires, solo le incriminaría a él. Por otra parte, si la operación tenía éxito, nadie lo felicitaría.

—De acuerdo, jefe.

—Lárguese de aquí y no vuelva hasta que tenga una respuesta. Y cuando le digo que no vuelva, no me refiero solo a mi despacho. También a la oficina. Usted será, a todos los efectos, la persona encargada de llevar a cabo la investigación de los tres asesinatos.

Eso ya no le pareció tan loable a Abney, que frunció el ceño, preocupado.

—Sí, sé que eso le pone en peligro directo. Procure que sea ese contacto suyo el que se arriesgue. No hay nada más que yo pueda ofrecerle.

—Una cosa más, jefe.

Goodward no dijo nada. Se limitó a esperar que su subordinado hablase.

—Necesito a Eaton.

—Le he dicho que usted debe ser el único implicado.

—Conozco los riesgos, jefe. Y los comprendo. Pero Eaton lleva años tras los Cortés. Mi contacto va a necesitar datos que nosotros hemos perdido. Él es el único que puede proporcionarlos.

Goodward dudó.

—No me gusta, Abney. No me gusta en absoluto. Pero hablaré con él. Entiendo lo que quieres decir.

Capítulo 3

Viajar en primera clase significaba dos cosas. La primera, que el viaje sería cómodo. La segunda, menos atractiva, que el viaje se había organizado de manera apresurada. Esa ocasión no se diferenciaba de las demás. Nefilim lo citó la noche anterior y ya se las había apañado para meterlo en un avión que sobrevolaba el Atlántico.

Una azafata de radiante sonrisa blanca se acercó a él, solícita, y depositó el vaso de cristal y la botella de agua, ridículamente pequeña, sobre su mesa.

—¿Solo va a tomar agua? ¿De verdad?

El pasajero con el que compartía fila ya le había provocado un mal presentimiento. Lo había visto haciendo cola. Llevaba un periódico doblado en cuatro, sin arrugas, perfectamente plegado. Eso solo significaba que no lo había abierto y que, con toda probabilidad, tampoco pensaba abrirlo. Los lectores reales se comportaban de otra manera con sus lecturas. Aquel comentario sobre la bebida de Max confirmaba lo que había pensado de él: si no detenía su cháchara de inmediato, el viaje se le haría dos veces más largo de lo debido.

—Sí. Es lo único que bebo.

Max procuró que su respuesta sonase seca, aunque dentro de los parámetros socialmente aceptados.

—Sabes que es un desperdicio, ¿verdad? O sea, esto es primera clase, colega. Ya has pagado todo lo que puedas beberte con el precio del billete.

Max detestaba ese tipo de actitud. Estaba seguro de que el tipo era de los que trataba mal al personal de hostelería. El típico perfil de persona que se creía mejor que otras porque disponía de una mejor situación económica.

—Vamos, colega, no seas tímido. Pide un *whisky* de los caros. O doce. Tienen la obligación de dártelos, ¿sabes?

Max, que hasta entonces mantuvo la vista fija en el asiento delantero, se giró. La disposición del avión le obligaba a darse la vuelta casi por completo. Su intención era mostrar al hombre su mejor sonrisa de perturbado. Y a juzgar por la expresión del hombrecillo, lo consiguió.

—¿Sabe usted lo que es el trastorno de la personalidad, caballero?

Habló en un tono muy bajo, casi susurrante. El otro asintió. Max creyó ver que un par de gotas de sudor resbalaban por su sien.

—Bien. Las personas con trastornos de la personalidad tienden a medicarse. Para evitar problemas. Algunos son capaces de hacerse daño a sí mismos o de hacérselo a otros. Por eso no es buena idea beber alcohol.

Técnicamente, Max no había mentido. En ningún momento dijo que estuviera enfermo o que se hubiera medicado. El generar miedo era una buena herramienta si se sabía emplear con cierta astucia.

—Lo siento, colega —contestó el hombre—. Bebe lo que quieras.

—¿Sabe qué otra cosa no es muy buena idea cuando se trata con una persona trastornada?

El hombrecillo negó con la cabeza. Se había puesto colorado de preocupación. Parecía que iba a vomitar en cualquier momento.

—Los ruidos estridentes o que se interrumpa su descanso. Ese tipo de cosas puede poner en marcha sus disparadores. Téngalo en cuenta en el futuro.

Cuando se volvió de nuevo, la misma azafata sonriente lo esperaba. Su rostro expresaba una preocupación genuina.

—¿Se encuentra usted bien, señor Cornell?

—Estupendamente, Wendy. —Max leyó el nombre en una placa prendida en la camisa del uniforme—. Y además muy sano. Con un poco de suerte, ese individuo no nos molestará a ninguno de los dos.

La mujer los miró a los dos de forma alternativa. Tardó un par de segundos en deducir lo que había pasado.

—De todos modos —añadió para dar mayor verosimilitud a la farsa—, no dude en llamarme si necesita atención médica o si nota que se pone nervioso.

Max sonrió con naturalidad. Estaba seguro de que aquel detalle había terminado de convencer a su compañero de vuelo de no abrir la boca ni una sola vez más. Era ese tipo de personalidades las que lo mantenían alejado de los bares. No era que Max no fuese un tipo sociable. Al contrario, sabía comportarse, tenía una conversación interesante y disfrutaba de la inteligencia ajena como el que más. Eran las actitudes mezquinas las que lo sacaban de sus casillas. Y por eso procuraba alejarse de lugares de reunión de mequetrefes. Aunque, en realidad, los bares solo eran uno de esos lugares. Casinos de alto *standing* y clubs de caballeros presentaban el mismo porcentaje de tipos impresentables, aunque disfrazados con una pátina de respetabilidad. Si por Max fuera, no frecuentaría más compañía que la de sus íntimos.

Pero no siempre podía permitirse esos lujos. Por ese motivo se encontraba en un vuelo trasatlántico de Norwegian.

La cosa había sucedido de la manera más inesperada, como siempre que Nefilim se cruzaba en su camino. Cada mucho tiempo Max salía de su casa, paseaba hasta Leicester Square y echaba un vistazo a la oferta teatral. Los musicales de mayor renombre no cambiaban a menudo. No en vano se trataba de una atracción para los turistas. Pero las salas más chicas y los locales independientes ofrecían pequeños espectáculos que a Max le gustaba ver. Obras clásicas revitalizadas, monólogos inteligentes y menos obvios que los que se emitían por televisión. Además, pasear por el centro de Londres le recordaba que aquella también era su casa. Quizá una habitación menos refinada que las que solía usar, pero su casa al fin y al cabo.

La noche anterior no había encontrado nada que le interesase lo suficiente, así que recurrió a un as en la manga que nunca le fallaba: la noche de puertas abiertas de The National Gallery. La pinacoteca abría hasta tarde los

miércoles y a Max le relajaba pasear por las salas casi siempre vacías del ala Sainsbury, donde se exponían pinturas religiosas de factura italiana. Uccello, Leonardo, Piero della Francesca, Carlo Crivelli... El colorido de aquellos cuadros pintados con clara de huevo y pigmentos naturales siempre lo relajaban.

Las cosas se torcieron cuando, al salir, creyó ver que alguien lo seguía. Había tomado la puerta trasera, la que daba a Orange Street, una zona de callejas mal iluminadas. La propia Leicester Square se encontraba a pocos metros, pero Max decidió dar un rodeo. Las puertas cerradas de los cafés frecuentados por los trabajadores destacaban en los edificios de ladrillo visto, oscuros y peor cuidados en las zonas con menos afluencia de turistas.

Max oyó con total claridad unos pasos ligeros y apresurados a su espalda. Se dio la vuelta, haciéndose el despistado, y encaró a su perseguidor. Se sorprendió al ver a una persona bajita, no llegaría al metro sesenta. Fuera quien fuera, simuló no haberlo visto y se chocó de frente con él. Una táctica de ratero más que conocida. Max le sujetó de la muñeca con firmeza.

—No sé qué me has robado, pero devuélvemelo ya.

El ladronzuelo levantó la cabeza y clavó en los ojos de Max una mirada tan verde como la suya. Resultaba que el ladrón era una chica.

—Yo no te he robado nada. Y más vale que me sueltes o me pongo a gritar que me estás violando.

—Sácate lo que tengas en los bolsillos.

Mientras daba la orden, Max hacía recuento de sus pertenencias. Sentía la pulsera metálica del reloj en su sitio y el peso de la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta, donde siempre la llevaba, junto al móvil. No había nada más que la chica hubiera podido llevarse, así que la soltó. Por supuesto, la joven echó a correr. Max dejó que se perdiera en la oscuridad y volvió sobre sus propios pasos. Al parecer se había equivocado.

Caminó con cierta prisa hasta la plaza Piccadilly Circus. Grupos de adolescentes sobreexcitados entraban y salían de una tienda de chocolatinas de varios pisos, las tiendas de recuerdos vendían platos de todas las bodas reales, docenas de sudaderas con la Union Flag tapaban las fachadas y los autobuses rojos recogían y dejaban pasajeros como en un juego en el que no hubiera reglas. Las luces tímidas de las farolas empalidecían bajo la iluminación agresiva de los carteles publicitarios que habían hecho famosa esa pequeña plaza. Afortunadamente, por allí pasaba un gran número de taxis. Max no tuvo ningún problema para detener uno.

El conductor le dio las buenas noches con un marcado acento del este.

—¿A dónde le llevo, caballero?

Max no estaba seguro de querer regresar a casa. Hizo como que comprobaba los mensajes del teléfono para ganar tiempo. De todas formas el taxista no le metería prisa. Cuanto más tiempo pasase dentro del coche, mayor sería el precio a pagar.

Al coger el móvil Max se topó con un papel doblado que estaba seguro de no haber puesto ahí. Lo sacó como si no pasase nada y lo abrió. Dentro tenía escrita una dirección de South Hampstead. Por supuesto, la chica no le había robado nada. Se limitó a dejarle un mensaje. Y solo había una persona que le dejaba ese tipo de mensajes.

—Vamos a la esquina de Abbey Road con Belsize Road.

El taxista alzó una ceja. Max comprendía perfectamente que aquel no era lugar para un tipo con su aspecto que cogía un *black cab* oficial.

Capítulo 4

Nefilim había escogido el *pub* con peor aspecto de todo el noroeste de la ciudad. El Lillie Langtry aparentaba ser poca cosa desde el exterior. Apenas una ventana abierta y un cartel de madera que pendía en precario equilibrio de la fachada de un edificio moderno, gris, anguloso. Nada que ver con las bonitas ventanas en forma de arco por las que Londres era mundialmente conocida.

El interior no desmentía la primera impresión. Una moqueta de color anaranjado lucía constelaciones enteras de quemaduras de colillas y manchas de humedad. Todas las mesas parecían cojear y dos grandes máquinas tragaperras llenaban el ambiente de música estridente y luces casi estroboscópicas. Las paredes, pintadas de un color crema sucio, mostraban marcas de vasos, manos y algunos restos oscuros que bien podrían corresponder a sangre de reyerta.

Max se acercó a la barra, dominada por una bandera que proclamaba que allí bebían los fans del Chelsea. Ni por un momento se le ocurrió que hubiera servicio de mesas. Acertó.

El camarero se le acercó con un gesto hosco y no le preguntó lo que quería. Tan solo se plantó frente a él y esperó a que Max anunciase lo que iba a tomar.

—Una pinta de Guinness, por favor —dijo—, y se dirigió a una de las mesas. La Guinness tardaba lo suyo en asentarse y no quería quedarse allí a ver cómo el hombre trabajaba.

Escogió el lugar más alejado de las dos entradas. Por supuesto, la corriente allí le impidió quitarse la chaqueta, así que cruzó las piernas y sacó el teléfono móvil. No era asiduo de Internet y no tenía perfil en ninguna red social, pero mirar la pantalla le daba la opción de controlar el local sin

parecer mucho más sospechoso de lo que ya parecía. Al fin y al cabo, ese tipo de *pubs* estaban pensados para los parroquianos de siempre, no para gente que salía de la nada en mitad de la noche.

Gracias a su estrategia con el teléfono notó que alguien se acercaba a su mesa con absoluta determinación. Levantó la cabeza y la vio: era la misma chica que le había colocado el mensaje de Nefilim en la parte interna de la chaqueta. A plena luz, si es que las bombillas de tungsteno del bar podían considerarse plena luz, parecía todavía más joven. Mostraba una sonrisa a medias triunfal y a medias temerosa.

—Recibí tu mensaje —se adelantó Max.

—Aquel tipo dijo que no sería capaz de entregarlo. Ahora tiene que pagarme.

—¿Estás segura?

—Estás aquí, ¿no? Eso es que he cumplido con mi parte del trato.

—Pero no pasaste desapercibida.

La chica se encogió de hombros.

—Eso da igual. Tú has venido, así que me tiene que pagar. Es lo que hay.

Nefilim pagaría, claro que sí. Aunque solo fuera porque no hacerlo supondría dejar un cabo suelto.

De hecho, no solo pagaría, sino que aparecía ya por la misma puerta que Max había cruzado. Igual que él, se acercó a la barra, pero pidió una pinta de Stella Artois. En cuanto el camarero se la sirvió, cogió también la cerveza negra de Max y se acercó a la mesa.

—Buenas noches, amigo —dijo.

La sonrisa de dientes blanquísimos de Nefilim siempre actuaba como una máscara. Max no sabía lo que iba a oír hasta que su contacto hablaba. Y eso lo ponía nervioso porque no le daba la oportunidad de prepararse.

—Buenas noches —contestó Max.

—Mi pasta, tío —intervino la ladrona. Por lo visto no tenía intención de quedarse allí más tiempo del estrictamente necesario.

Nefilim dejó los vasos sobre la mesa y se llevó la mano al bolsillo. Sacó un pequeño fajo de billetes de diez libras y se los tendió a su interlocutora. Ella los contó y asintió.

—Si necesitas algo más, llámame.

Nefilim no contestó. Max suponía que no entraba en sus planes llamarla. Al fin y al cabo, no era el tipo de perfil con el que solía trabajar.

—La verdad es que me decepciona un poco que no notaras su artimaña, Cornell. Si hubiera sido ántrax, ahora estarías muerto.

Max no tenía ganas de discutir ni de mostrar sus muchas habilidades, así que se limitó a darle la razón.

—Debo de estar perdiendo facultades.

—Espero que no —contestó Nefilim después de dar un largo trago a su cerveza. Max no había tocado la suya—. Te necesito en Miami tan pronto como puedas coger un vuelo.

—Y, como siempre, no se te ha ocurrido que quizá tenga otros planes, ¿verdad?

Nefilim cruzó los brazos sobre el pecho.

—Más bien diría que, como siempre, la compensación económica de interrumpir tus planes será más que satisfactoria.

Lo era, por supuesto. Siempre lo era. Por eso Max estaba recordando las pésimas condiciones de salubridad del *pub* en un asiento de primera clase camino de Miami.

El avión aterrizó sin que el hombre a quien Max había aterrorizado diera más señales de vida. Una verdadera suerte. Lo que no resultó tan afortunado fue el tiempo que los esperaba en el Aeropuerto Internacional de Fort

Lauderdale-Hollywood. La lluvia caía con fuerza. Tanta que el suelo del aparcamiento comenzaba a anegarse allí donde el asfalto mostraba baches.

Miami no era una ciudad bonita. A Max no le gustaban especialmente el calor ni la humedad. La lluvia tan solo añadía un punto extra de incomodidad.

Entraba ya en el coche de alquiler que Nefilim había dispuesto para que estuviera listo a su llegada, cuando su teléfono vibró con un mensaje de texto. Un número desconocido le daba la dirección en donde debía encontrarse con su contacto americano.

Una vez más, comenzaba el juego. Y a nadie le importaba que Max Cornell acabase de dejar atrás diez horas de avión o hubiese cruzado un buen puñado de husos horarios. Ya lidiaría con el *jet lag* más tarde.

Capítulo 5

No era la primera vez que Max visitaba Miami, pero sí la primera que encontraba allí más lluvia de la que acostumbraba a sufrir en Londres. El tráfico miamense, de por sí pesado, se había vuelto insufrible. Solía pasar en ciudades poco acostumbradas al mal tiempo: en cuanto caían un par de gotas, todo el mundo sacaba el coche hasta para pasear al perro.

Así que un trayecto que le habría llevado poco más de cuarenta minutos se convirtió en una agonía de dos horas. La radio transmitía salsa o noticias en español. Por fortuna, contaba con esa distracción. Echó mano de las técnicas de relajación aprendidas con Arcángel. Se dijo que la situación quizá pecaba de frívola, pero no dejaba de ser cierto que pronto se entrevistaría con un contacto clave para el caso y prefería hacerlo en cierta calma.

Contaba las respiraciones hacia atrás, comenzando en trescientos, pero no tuvo oportunidad de avanzar demasiado. Los demás conductores no economizaban a la hora de tocar el claxon, ni a la de gesticular como maníacos. En un momento dado, Max lamentó no haber contratado un coche con chófer. Al menos podría haber cerrado los ojos para abstraerse.

El tráfico mejoró a medida que se acercaba a la zona de Coral Gables. Un área donde el dinero no escaseaba, por cierto. A los dos lados de la carretera se veían, aunque empañadas por la lluvia, bonitas casas con tejados a dos aguas. La mayoría de una sola altura o de dos, a lo sumo, presentaban un marcado estilo colonial. Todas ellas estaban protegidas por jardines delanteros con un césped cuidadosamente cortado. Pero lo mejor del barrio era la vegetación que aislaba las viviendas del ruido del tráfico. Enormes tamarindos y botoncillos alternaban con arbustos florales que se derramaban por encima de los muros particulares.

El GPS del coche avisó a Max cuando le quedaban apenas unos pocos

metros para llegar a su destino. No encontró mucho espacio para aparcar, pero su anfitrión había dejado abierta la cancela, así que Max introdujo su Camaro en el camino de entrada. Cuando bajó del coche lo recibió una ráfaga de lluvia para la que, lamentablemente, no estaba preparado. No había llevado paraguas.

Un Paul Abney de sonrisa amplia y dientes con empastes dorados le abrió la puerta de su casa y lo invitó a pasar con un gesto.

—Creí que en Inglaterra llovía, señor Cornell.

—Llámeme Max, por favor. Y sí, en Inglaterra llueve, pero eso no quiere decir mucho. Esto no es llover. Se parece más a un diluvio.

Cuando los dos estuvieron a cubierto, Abney le tendió la mano a Max.

—Puedes llamarme Paul. Si quieres te saco una toalla. No hace frío, pero la humedad es incómoda.

—Por favor.

El propietario de la casa señaló a Max el camino al salón principal y desapareció por una puerta lateral. Max observó con cuidado la casa. Sin duda era una vivienda que rozaba el calificativo de mansión. De marcado carácter colonial, el porche era su mejor baza. Pero el interior también resultaba muy agradable. Grandes ventanales dejaban pasar la luz grisácea. Sin embargo, había algo extraño en todo aquello. Las habitaciones, perfectas en sí mismas, carecían de vida. En cierto modo parecía que Abney se acabara de mudar. No había fotografías familiares, ni recuerdos de viajes, ni un arañazo en el parque o una marca en las paredes. Incluso los cuadros parecían de diseño.

—Tenga —dijo Abney tendiéndole una toalla de mullido rizo blanco. No olía a suavizante, sino a detergente industrial. Agradable pero poco hogareño. Como el que usaban las empresas de limpieza que trabajaban para los hoteles.

Max se frotó el pelo y los hombros. Pidió permiso para dejar la chaqueta en una silla.

—Claro, no hay problema —concedió Abney.

Max empezaba a sospechar que su contacto lo había citado en un punto seguro y no en su casa. Por supuesto, esa opción tenía mucho más sentido que la de mostrar su dirección a un completo desconocido. Además, si lo pensaba con un poco de calma, lo cierto era que Abney no tenía el aspecto adecuado para la mansión. Se peinaba las canas correctamente, su corte de pelo no era desastroso, el traje tampoco parecía de saldo... Pero había algo demasiado vulgar en él. Algo que lo alejaba de aquel escenario de alta burguesía que escogió para la reunión.

—Supongo —fue Abney quien inició la conversación— que nuestro amigo común te habrá dado los detalles de la operación.

Max se frotó la barbilla con la mano.

—La verdad es que no me ha dicho gran cosa. Suele ser una persona muy extrovertida y le gustan los detalles, pero en esta ocasión se ha mostrado especialmente prudente.

Max no mentía. Nefilim apenas le mencionó la agencia estadounidense para la que trabajaría y que había un cartel de droga involucrado. Poca cosa más.

—Bien. —Abney carraspeó antes de seguir hablando—. No hay mucho que decir en realidad. Estás aquí porque la DEA, la agencia para la que trabajo, necesita un agente externo. Tenemos un topo. Lo sabemos porque tres de nuestros hombres han aparecido muertos en un parque. Hace tres días. Los tres trabajaban en la misma operación y solo un puñado de personas tenían acceso a sus nombres y misiones.

—Ya veo —contestó Max—. ¿Y puedo saber de qué misión se trata?

—Queremos detener el avance de los Cortés, una familia de narcos cuya influencia se extiende por Miami como una plaga. Para conseguirlo debemos estar limpios.

Max asentía.

—Verás, Max. Hay una cosa que necesito que entiendas.

—Tú dirás.

—No queremos que hagas nada heroico. No te hemos llamado para que nos ayudes con el caso. Solo queremos limpiar nuestra casa para seguir trabajando. Tendrás que infiltrarte en el cartel, pero no te arriesgues a darnos información sobre sus operaciones ni nada parecido.

—De acuerdo. No tienes de qué preocuparte. Tiendo a hacer únicamente el trabajo que me encomiendan. Encontraré a tu topo y haré oídos sordos a todo lo demás.

—Perfecto entonces —dijo Abney—. Te invitaría a una copa o te ofrecería una habitación para que descanses, pero la verdad es que esta no es mi casa. Vendrán a visitarla unos compradores dentro de poco y estaría bien que ya no estuviéramos aquí cuando lleguen.

Max sonrió y a punto estuvo de soltar una carcajada.

—Supongo que eso explica la verja abierta y que tu coche no esté en los alrededores, ¿verdad?

—Supones bien, Max. Me gustas. Eres un profesional y no parece que nadie te haya metido un palo por el culo. Perdona mi lenguaje, pero cuando te he visto salir del coche me has parecido mucho más estirado de lo que eres en realidad. Cuando acabes con esto no me importaría que lo celebrásemos con una cerveza, o algo así.

—No hay problema, Paul. Me gustan las personas directas.

—Si tienes el hotel en el Centro, puedo recomendarte un buen restaurante. Este tiempo hace que todo parezca deprimente, pero de todos modos hay algunos sitios bonitos donde tomar langosta y buen vino blanco.

Capítulo 6

Abney le había dado unas indicaciones muy precisas acerca de cómo llegar al Perricone's Marketplace & Cafe, un local decorado en madera con una bonita terraza con vistas a la bahía. La omnipresente lluvia impedía cenar en el exterior, pero el comedor resultaba muy acogedor. Tenía cierto aire europeo y la comida era exquisita.

Lo único que molestaba a Max era la insistente sensación de que alguien lo observaba. Le había dado la impresión de que un coche lo seguía cuando dejó la casa de Coral Gables, pero lo perdió de vista a las dos manzanas. Así que supuso que eran imaginaciones suyas. Luego, al dejar el Camaro en manos del aparcacoches, algo le había llamado la atención, pero no pudo identificar de qué se trataba exactamente. Esa sensación, muy parecida a un escozor en la zona interior del cráneo, le impedía disfrutar al cien por cien de la especialidad de la casa, un estupendo salmón marinado con mantequilla que se deshacía en la boca y que acompañaba con un magnífico Chianti de la casa, reserva de 2007.

Comenzaba a tomar el control de sus emociones cuando un hombre de aspecto absolutamente estrambótico retiró la silla vacía frente a la suya y se sentó en su mesa.

La primera reacción de Max fue buscar al camarero con la mirada, pero no halló a ninguno en la sala en aquel momento. Quizá porque los comensales escaseaban y no había mucho que hacer, excepto esperar a que terminasen los primeros platos.

—Buenass nochess, *herr* Cornell —dijo el desconocido con un fuerte acento alemán.

Al oír su nombre, Max se dispuso a emplear la fuerza si resultaba necesario. Solo Abney sabía dónde estaba. Con la probable excepción de Mei,

su especialista en comunicaciones, que siempre se las apañaba para tenerlo localizado, incluso cuando no había motivo o él se lo impedía taxativamente. Estaba seguro de que Abney no daría su ubicación. De hecho, él solo le había sugerido el sitio. Max no tenía por qué haber aceptado la sugerencia. Eso solo quería decir que su impresión de que lo seguían era cierta. Se maldijo en silencio por no prestar más atención a sus intuiciones.

—¿Le conozco, caballero?

—Me temo que no, herr, Cornell, pero pronto oírás hablar de mí y no tendrás más remedio que reconocer mi genialidad.

Por ahora, más que genialidad, Max veía allí a un payaso arrogante. Desde luego, si en algún momento había soñado con disfrutar de su salmón marinado, ese sueño se esfumó por completo.

—Intento cenar, señor. Le rogaría que me dejase a solas.

—Me temo que eso es imposible, amigo mío. He sido enviado por un amigo común para ayudarte en su misión. No puedo irme así como así.

El extraño esbozó una sonrisa que parecía genuina. Solo se le veían los dientes torcidos y un labio inferior demasiado grueso. El superior lo cubría un pobladísimo bigote castaño en el que destacaban algunas canas. Max habría jurado que se trataba de un postizo.

—Mi única misión aquí era terminarme la cena. Algo que no va a pasar, parece ser. ¿Por qué conoce mi nombre?

—Por amor de Dios, Max. —El hombre había perdido por completo el acento alemán. De hecho, aquella voz era más que familiar—. Parece mentira que de verdad te haya engañado.

—¿Adam? ¿En serio? ¿Se puede saber por qué te presentas así aquí?

—Pues por aburrimiento, la verdad.

Adam era compañero de Max. Lo había sido desde que pasaran juntos por el entrenamiento de élite al que los sometió su mentor, Arcángel. Un lugar al

que todos llamaban Averno, por similitud con el infierno. Aunque el equipo había salido reforzado de la experiencia.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? No te ofendas y no me vengas con el cuento de que eres el mejor espía del mundo. Lo he oído demasiadas veces.

—¿Quién sabe siempre dónde estamos?

—¿Mei?

—Ella me dio tu posición y me pidió que no te quitara ojo. La verdad es que estamos preocupados. Desde lo de Shanghái... No es que no nos fiemos de ti. Es que aquello fue traumático. También vigila a la hija de Arcángel.

—No hay nada de lo que preocuparse.

Max mentía. Los dos sabían, y al parecer Mei también, lo que quería decir que el cuarto miembro del equipo estaba igualmente al tanto, que el rescate de la hija de Arcángel lo había puesto al límite. Todavía recordaba aquel contenedor lleno de mujeres tratadas como mercancía.

—Lo que tú digas, jefe. El caso es que estoy aquí, así que puedes aprovechar mis múltiples habilidades. Cuéntame, ¿qué necesitas?

Max le habló de la necesidad de infiltrarse en un cartel y de las instrucciones sospechosamente específicas de Abney.

—Sea como sea, no puedes ir así.

—Me dedico a esto, Adam. Ya sé que tengo que cambiar de aspecto.

—Y no solo eso, jefe. Tienes que aprender a hablar de forma diferente, entre otras cosas. Esta gente no se anda con tonterías.

—Adam, soy muy consciente, créeme.

Por muy consciente que fuera, había algo en Max que irradiaba elegancia. Quizá se debiese a su casi un metro noventa de estatura, o a los modales recibidos de su madre inglesa. Lo cierto era que ni el Ejército ni el Averno le habían arrancado la prestancia. Algo de lo que debía deshacerse para encajar en el submundo en el que pretendía infiltrarse.

—Lo primero será la ropa, Adam —propuso—. Ambos sabemos que el hábito no hace al monje, pero el vestuario permite a un buen actor ponerse en situación. Imagino que conocerás a alguien que sepa dónde comprar ropa de segunda mano.

Adam sonrió. No se había quitado su propio disfraz, así que la sonrisa seguía mostrando solo un labio y una hilera de dientes falsos completamente torcidos. Por fortuna para Max, él no tenía que pasar por una transformación tan radical.

—Es tarde. Pero en casa tengo una selección de las mejores *boutiques* de ropa usada de la ciudad.

—Veo que has hecho los deberes.

—Termina el salmón, anda.

Max miró el plato. La mantequilla había comenzado a solidificarse alrededor del pescado, lo que quería decir que aquello estaba frío. Pinchó un tomate *cherry* de una orilla del plato y se levantó.

—Me has quitado el hambre con esa pinta, Adam.

Pagaron antes de salir, en efectivo, para no dejar huella de su paso por allí. Aunque el aparcacoches se habría quedado con el rostro de Max, probablemente. Y si no lo había hecho a la entrada, lo haría ahora, cuando saliera acompañado del estrafalario imitador de detective de tres al cuarto con gabardina hasta los pies, gafas de sol y bigote poblado.

—Dime —preguntó una vez que se sentó al volante del Camaro—, ¿dónde está esa casa tuya?

Adam, en el asiento del copiloto, se había despojado ya del sombrero, las gafas y la peluca, y procedía a despegar el bigote de debajo de su nariz.

—El Miami Marriott Biscayne Bay. Está aquí al lado. Pero dame un momento. Tengo que quitarme toda esta mierda de la cara o no me dejarán entrar.

La prótesis de los dientes salió sin problema, pero el maquillaje de la cara, un par de tonos más oscuro que la piel de Adam, se resistió a las toallitas que llevaba en uno de los bolsillos de la gabardina.

—Las mujeres con las que salgo tardan menos en arreglarse que tú en desarreglarte, compañero.

Adam soltó una carcajada.

—Tú no sales con mujeres, jefe. Es un hecho. A todos nos gustaría que lo hicieras, ¿sabes? Pero nos hemos dado por vencidos.

Max arrancó el coche. Como todo buen coche americano, ronroneó al tomar la carretera.

—Vamos a ver qué fondo de armario me has preparado, rey del disfraz. Y vamos a practicar mi manera de andar. Yo creo que podría usar algo a lo Jeff Goldblum: desgarbado pero con clase.

—Lo último que necesitas es clase, jefe. Créeme.

Capítulo 7

Dos hombres elegantes y bien vestidos habían entrado en el Marriott, pero solo uno de ellos salía de allí. Al caballero lo acompañaba un presunto delincuente vestido con una chaqueta de cuero rota en los codos, tan desgastada que parecía a punto de caerse a pedazos. El resto de su atuendo, de un negro riguroso, había conocido mejores tiempos, pero revelaba cierto buen gusto. La gomina que dirigía todo su pelo hacia atrás, y lo hacía parecer una especie de casco con surcos rayados, le daba el toque final a un disfraz de juerguista trasnochado.

Adam tuvo que dar un extra de propina al ascensorista, al conserje y al portero para que nadie llamara a la policía. También tuvo que explicar que aquello no era ningún caso de prostitución masculina ni de compra de drogas.

—No puedes conducir el Camaro de alquiler, Max. Tengo una *pick-up* destartada esperando dos manzanas al este. También hay que buscarte un motel barato. Pero eso será después.

—¿Después de qué?

—Tengo un contacto, Sean Eaton.

—Abney me dejó muy claro que no debía hablar con nadie más en la DEA. Tengo que cazar a un topo. No parece razonable recurrir al Departamento que tengo que investigar.

—Eaton trabaja para el FBI. Es una autoridad en narcotráfico. Ha investigado la Costa Este durante la última década.

—¿Y sigue vivo y en activo?

—No solo eso. Sigue vivo, en activo y limpio. Lo he investigado. Ni un solo ingreso extra, nada de lujos, y mantiene una bonita hipoteca a medio pagar sobre el piso al que vamos a visitarlo.

—Eso no significa nada —dijo Max—. Puede que esté limpio o que sea

muy listo.

—Puede que sí.

La lluvia mojaba la gomina de Max y le daba un aspecto más desastrado, pero también mucho más auténtico. La *pick-up* que Adam le había preparado tenía el mismo aspecto de necesitar, como él, una reparación completa. Cuando la puso en funcionamiento sonó como una cafetera italiana a punto de explotar.

—Has perdido tu coche en una apuesta y esto es todo lo que te has podido permitir. Recuérdalo. Se fiarán poco de ti porque los jugadores no son de fiar. Pero no te metes coca, lo que es un punto a favor. Y además te marchaste de la mesa con el dinero suficiente para comprar este trasto, lo que quiere decir que no eres tan tonto como para perderlo todo. Eso es otro punto a favor.

—Creí que íbamos a ver a Eaton. Si vas a llevarme directamente a la boca del lobo, empezaré a pensar que estoy de más en este grupo.

Adam lo miró serio, como pocas veces Max lo había visto.

—No digas eso ni en broma, jefe. Somos un equipo. Esto se me da mejor que a nadie. Hago contactos, descubro cosas. Tus habilidades son otras.

Sabía que su compañero tenía razón. Ellos dos, y los otros, los que faltaban, Dylan y Mei, habían sobrevivido a cientos de cosas porque trabajaban juntos. Pero Max llevaba un día entero sintiendo que lo traían y lo llevaban, como a una maleta. Sin tomar ninguna decisión real ni aportar gran cosa. Sin duda, eso cambiaría en cuanto empezase el trabajo de campo. Pero de momento dependía de los contactos de Adam. Y más le valía aprovecharlos al máximo.

—¿Tú te fías de Eaton?

—Yo no me fío de nadie, jefe. Pero es lo mejor que tenemos y no parece un mal tipo. Al menos sobre el papel. Le he estado vigilando. Trabaja, no parece que tenga ningún lío de faldas y no frecuenta lugares sospechosos. Le

gusta beber cuando no está de servicio, pero no se emborracha.

Max seguía sin creer que aquella fuera su mejor baza, pero era cierto que no había otra puerta a la que llamar, así que arrancó la camioneta y se dejó guiar.

Sean Eaton resultó vivir en un bloque de apartamentos bastante modesto cerca del Centro. Un edificio alto que parecía tener más ventanas que pared. Con la que estaba cayendo, imaginó que los limpiacristales, si los había, estarían maldiciendo a todos los dioses de la lluvia.

Les abrió la puerta en vaqueros. Llevaba una camiseta de fútbol americano limpia y hasta planchada. O bien era un excelente amo de casa, o bien pagaba para que le plancharan la ropa. El apartamento, tal como Max vio cuando entraron, también estaba limpio y ordenado. Sin embargo, no se trataba de una tapadera como con Abney. Había fotos de Eaton, que ahora rondaba los cuarenta años, con el equipo de fútbol del instituto. También un par con sus padres y otra con una chica tan parecida a él que solo podía ser su hermana. El piso no era grande, pero tenía un pequeño salón con un sofá de dos plazas y en el que también cabía un sillón de masaje con reposapiés. Ese fue el que escogió Eaton.

—La cocina es esa puerta de ahí. Si queréis algo de beber, hay cerveza fría en la nevera. Perdonad que no vaya hasta allí, pero ha sido una semana criminal. Y no, no es un chiste de polis. Hace unos años me dispararon en las piernas. En las dos. Esta lluvia me hace polvo, literalmente. Me vine aquí por el sol, pero ya veis. Podéis sentaros, por cierto.

Adam y Max ocuparon el sofá. El tipo les cayó bien de inmediato. A ambos. Era simpático, directo y no se andaba con tonterías.

—Menos mal que me avisaste de lo que me traías, Mark. —Eaton se dirigía a Adam. Max se cuidó mucho de mostrar que el nombre falso lo había sorprendido.

—Este es Tim, el tipo del que te hablé. Por supuesto, ese no es su nombre, como imaginarás.

—Y también me imagino que el tuyo no es Mark. El mío, en cambio, sí es Sean. ¿En qué puedo ayudaros, en realidad?

—Necesitamos acceder a los Cortés.

Eaton abrió los ojos como platos y empalideció de repente.

—¿Que tenéis que qué? ¿Estáis locos? Llevo diez años, puede que más, investigando a esa familia. Desde una distancia prudencial. El confidente más cercano que tengo es un camello de tercera. Avanzo tan despacio con esto que a veces me da la sensación de que camino hacia atrás. ¿Y vosotros queréis infiltraros en su organización?

Eaton miró a Max con mayor detenimiento, pero se dirigió a Adam.

—Imagino que ese es el motivo de las pintas de tu amigo.

Max mostró las palmas de las manos. No había mucho más que pudiera hacer ante aquel ataque de prudencia excesiva.

—Es importante, Sean. No puedo darte todos los detalles, pero necesitamos acercarnos. No queremos que nos des nombres ni que nos pongas en contacto con nadie.

Había llegado el momento de que Max emplease esas otras habilidades suyas. Así que tomó la palabra.

—Danos un lugar. Una dirección. No necesitamos nada más. Yo entraré y haré lo que tengo que hacer. No voy a tratar de convencerte de que soy bueno, pero te aseguro que lo soy. Me meteré allí solo. Te daré lo que obtenga a la salida.

Aquello suponía desoír las instrucciones de Abney, pero su misión estaba clara: debía descubrir al topo. La competencia entre las agencias gubernamentales de Estados Unidos no le concernía. Aquel era su país tanto como lo era Inglaterra, pero Arcángel se encargó de que su patriotismo se

difuminara hacía ya mucho tiempo. Max se había convertido en un tipo pragmático. Y el cebo que acababa de arrojarle a Eaton parecía funcionar a la perfección. Al hombre le brillaban los ojos. Lo que quería decir que no había mentido al explicarles que su investigación iba mucho más lenta de lo que a él le gustaría. La intervención de Max le daría un empujón. Y seguro que los superiores del agente le darían un respiro. Debía de ser una tortura mantenerse a la altura de los demás con las piernas agujereadas en un clima como aquel.

—¿Solo un lugar? —preguntó. Parecía que dudara, pero en realidad ya había rendido su última resistencia.

—Nada más —confirmó Adam.

Eaton todavía movió la cabeza de arriba abajo, en un gesto de asentimiento, antes de hablar.

—Hay un local de baile latino en la costa. Se llama Miami Sound Machine, ya sabéis, como el grupo de Gloria Estefan. Pero no tiene nada que ver con eso. Allí es donde la familia baila y se divierte. Por lo que sé, no es donde trabajan. Pero podría ser un buen punto de contacto.

—¿Y nunca has estado allí?

Eaton levantó las manos a la altura del pecho, como si alguien lo estuviera apuntando con un arma.

—Ni loco, Mark. Puede que no se lleven allí el trabajo, pero esa gente es de gatillo fácil. Yo me muevo en otros escenarios, ya os lo he dicho. Camellos de tercera fila, gente que no puede darme mucho, pero con la que tampoco me arriesgo demasiado. Tengo un caso sólido. En realidad solo me falta...

—Lo que yo pueda sacar de allí —terminó Max—. No te preocupes. Yo siempre cumplo mis promesas.

Capítulo 8

No parecía que hubieran dejado a Eaton demasiado convencido de sus posibilidades de éxito, pero la confianza de los demás no era algo que preocupase a Max en exceso. Estacionó la camioneta en el aparcamiento de clientes del Miami Sound Machine, apenas un recinto sin asfaltar, con gravilla y más charcos que suelo firme. Colillas flotaban en la superficie de agua estancada junto a paquetes de tabaco arrugados. Imposible llegar al interior sin empaparse los bajos de los vaqueros.

El edificio que albergaba aquella especie de *pub* o discoteca no se diferenciaba de cualquiera de los almacenes que abundaban en la zona. Excepto por el neón tricolor que, al apagarse y encenderse, mostraba la silueta de una pareja de baile. La falda de ella subía y bajaba con cada parpadeo de las luces. No sería un local elegante, pero al menos le habían puesto empeño.

Una vaharada de calor y olor a sudor, mezclado con todo tipo de perfumes, golpeó a Max en el rostro en cuanto abrió la puerta. Por debajo de aquella primera impresión también distinguió el hedor de cerveza vieja derramada en el suelo, típico de los locales con mala ventilación y pobres hábitos de limpieza.

La mayor parte del aforo se concentraba en la pista de baile. Una superficie redonda delimitada por pequeñas luces led de colores incrustadas en el piso. La canción, ensordecedora, correspondía a un éxito de hacía más de diez años. Un hombre proclamaba a los cuatro vientos que algo había valido la pena porque fue necesario para estar con su amor. La salsa no desagradaba a Max, que era un buen bailarín, pero le sorprendió que los Cortés, dada su procedencia, no prefiriesen un bar donde la música fuese más reciente.

Se acercó a la barra, pidió un *whisky* doble que el camarero se aseguró de

costrar en el acto, y se apoyó en ella buscando a alguien que pareciese miembro de la familia. Aquel tipo de ejercicio no solía resultar difícil. Todo ecosistema social establecía jerarquías, y esas jerarquías se respetaban de manera casi solemne. En un lugar donde la voz cantante correspondía a la de un narco, debía de haber al menos un lugar principal que los camareros atendiesen con mayor diligencia que el resto. Con toda probabilidad, mujeres bonitas adornarían ese punto de la sala. Habría una figura preponderante, algunos secundarios y, alrededor, personajillos de poca monta. Estos últimos constituían el objetivo de Max.

Con la luz tenue del local no resultaba fácil distinguir sus rasgos, pero sí se veían las oleadas de movimiento. Había una zona con mesas y sillas ligeramente elevada sobre la pista. Bandejas de bebidas iban en aquella dirección y regresaban llenas de vasos vacíos. Max se dirigió hacia allí, pero no tardó en ser interceptado por un tipo enclenque peinado exactamente como él.

—Ese no es sitio para ti, amigo —le dijo. Y se las apañó para que su voz sonase por encima de la música. También le indicó que volviera a la barra con un gesto de la cabeza. Max obedeció.

—En serio, tío. No sé qué haces aquí, pero este sitio no es para ti. Yo que tú me tomaba eso y me largaba. Por si acaso.. este es un local familiar, ¿sabes? No nos gustan mucho los intrusos.

—Creí que América era un país libre —dijo Max forzando su acento inglés todo lo que pudo.

—¡Eh! ¡Eres de Inglaterra! Tío, me encanta cómo habláis en Europa.

Max sonrió.

—Mira, me caes bien. —Parecía que el hombrecillo, que se veía muy joven, en realidad iba a tener aquella conversación él solo. Max no estaba necesitando hacer nada—. Me caes bien, pero es mejor que te vayas. Has

tenido suerte, has dado conmigo y no con uno de los perros salvajes de mi tío. Esos tipos no te habrían pedido que te fueras, ¿sabes? Te habrían sacado de aquí en pedazos.

—Yo no busco problemas —dijo Max. No quería parecer asustado, pero sí mostrar cierta alarma.

—Y no los encontrarás. Te daré una oportunidad, tío. Por el acento y porque me tratas con respeto.

Parecía evidente que nadie había tratado al chaval con respeto en toda su vida, así que Max jugaría esa baza.

—Me llamo Emilio, ese es mi nombre —dijo tendiéndole la mano a Max—. ¿Quién eres tú y por qué está un inglés en este barrio de Miami?

—Me llamo Tim, Tim Raven. He tenido que dejar aquello. Busco una vida nueva, Emilio. A lo mejor me puedes ayudar en eso. Parece que tienes buena posición aquí.

Emilio se irguió, puso los hombros rectos como si le hubieran dado una orden de firmes. En realidad el chico resultaba bastante patético, pero había algo que a Max le pareció... ¿bueno, quizá? De cualquier manera no hizo caso de ello. No estaba allí para hacer amigos.

—Soy sobrino de Enrique Cortés. Supongo que has venido por él. Mi familia tiene negocios en la zona y algunos de esos negocios los llevo yo. Mi tío confía en mí, ¿sabes?

Por cómo giró la cabeza en dirección al reservado quedaba clarísimo que su tío no confiaba en él en absoluto.

—Entonces he caído de pie, ¿no? ¿Tú puedes darme trabajo?

—Puedo, tío. Claro que puedo. Pero ¿por qué iba a hacer algo así? Además, ¿tú sabes quién es mi tío? Desde aquí no lo ves, pero es un tipo enorme. Lleva un parche en el ojo. Negro. Podría ponerse un ojo de cristal perfecto, pero prefiere recordar a cada momento cómo ha llegado a donde

está.

—¿Es tuerto?

—Desde que era un crío. Era más joven que yo cuando una familia rival lo secuestró. Querían información sobre la localización de los laboratorios del padre de mi tío, pero él no abrió la boca. Ni cuando le sacaron el ojo con una cucharilla. Dicen que ni siquiera gritó. Se mordió los labios con tanta fuerza que también le falta un trozo. Pero ahora todo el mundo lo respeta.

Esa historia no se la había contado nadie a Max. Ni Eaton ni Adam. Y no le alegraba la noche conocerla, precisamente.

Capítulo 9

—Desde luego, tú sí que sabes cómo dejarle mal cuerpo a un tío en cuanto lo conoces, ¿eh, Emilio?

El chico se rio con ganas. Echó la cabeza hacia atrás y se palmeó el muslo. Por lo visto le encantaba haber perturbado así al recién llegado. Max sabía que el muchacho trataba de compensar un complejo de inferioridad. Cada uno de sus gestos lo hacía evidente. Desde el orgullo que mostró cuando Max le dijo que era alguien importante hasta aquella risa extemporánea. Pretendía dar una imagen autosuficiente, pero en realidad parecía un adolescente riéndose en voz demasiado alta de un chiste que no tenía tanta gracia. De todos modos, Max siguió con la pantomima.

—Voy un momento al baño, tío.

Emilio carraspeó. Ya no se reía, pero su cara demasiado juvenil mostraba una sonrisa de oreja a oreja. Cuanto más lo miraba, más tenía Max que recordarse que el muchacho solo era un contacto y que él estaba allí solo para una cosa.

—¿No tenéis tipos duros en Inglaterra? —preguntó.

Max levantó los brazos y se encogió de hombros.

—Allí hay de todo, pero yo he cruzado el charco, ¿recuerdas? Precisamente para no tener que vérmelas con gente que te saca los ojos. No sé si ves por dónde voy.

El muchacho parecía nervioso. Por una parte, le encantaba tener razón. Max, o Tim, como él lo conocía, era un hombre corpulento y con aspecto de haber vivido mucho. Así que a Emilio le hacía sentir bien cómo consiguió asustarlo con la historia de su tío. Por otra parte, no tenía muchas oportunidades de fardar, así que no quería que su nuevo colega desapareciese tan pronto de escena.

—Voy al baño —dijo Max.

—En realidad deberías quedarte aquí, ¿sabes? —improvisó el más joven de los Cortés—. Si te vas ahora pensaré que no tienes lo que hay que tener para entrar en la familia. Y conste que no te estoy prometiendo nada, pero comprenderás que no vamos a fiarnos de alguien que sale corriendo porque le cuentan una historia.

—No he salido corriendo —contestó Max. Trató de imprimirle a su voz un tono vacilante que le quedó muy convincente.

El volumen de la música los obligaba a gritarse, pero no parecía que alguien los estuviera escuchando. Claro que tampoco parecía que pudieran oírles, en realidad. No había nadie allí que bebiese solo. Por eso Max llamó tanto la atención de Emilio desde el principio.

Aprovechó la pausa en el discurso para examinar el local una vez más. El lugar donde se encontraba Enrique Cortés, permanecía en penumbra, pero las camareras iban y venían con la misma celeridad que hacía un rato. La pista de baile continuaba llena, la barra servía sobre todo cervezas.

Sin venir a cuento, Emilio le dio una palmada a Max en la espalda.

—En realidad es normal, ¿sabes? Tener un poco de miedo a mi tío. No vas a encontrar una persona como él en todo Miami. Pero no te preocupes, no creo que lo conozcas. Si te pido que hagas algo para mí, en realidad trabajarías para mí.

Emilio se apuntaba a sí mismo con los pulgares. Max estaba seguro de que había visto ese gesto en alguna película. Nada de lo que hacía el chico parecía natural.

—Claro, tío —dijo Max—. Yo no quiero nada más que un curro. Para pagar las facturas y darme un capricho de vez en cuando.

Emilio asintió y le dio otra palmada a Max. También en la espalda.

—Pues ve a donde tengas que ir. Cuando vuelvas hablamos. Pero no

tardés. Esto está lleno de gente que busca su oportunidad.

—No tardo, Emilio. No tardo nada —respondió Max. Y se alejó.

En realidad no tenía ni la menor idea de dónde estaba el baño. Echó un vistazo y descubrió un pasillo más oscuro que el resto. Para llegar a él tenía que rodear la pista o atravesarla. Los altavoces lo llenaban todo del compás de canciones que hablaban de amor no correspondido y deseos ardientes. Dentro y fuera de la pista, las parejas se movían con mayor o menor destreza al ritmo de la salsa. Las mujeres giraban como bailarinas de cajas de música. Los hombres se movían con agilidad. Se veía que lo que Eaton les había dicho era cierto. Más que un local para hacer negocios, el bar era un lugar de ocio.

El ambiente parecía relajado. Max se fijó en que los bailarines no parecían armados. Ninguno llevaba chaqueta, pero sí camisas vistosas y estrechas. Imposible esconder un arma bajo aquella ropa. Claro que también había hombres y mujeres sentados a las mesas que rodeaban la pista de baile o acodados en la barra. De esos no podía decir nada con seguridad.

Escogió rodear la pista. Eso le daba más tiempo. Sospechaba que si tardaba un poco más en volver, Emilio se pondría nervioso. El muchacho no querría perder a su flamante «empleado». Además, así podía examinar mejor el local y a sus ocupantes. Afortunadamente, nadie parecía estar fijándose en él.

Hasta que una mujer bajita pero muy bien proporcionada se cruzó en su camino.

—¿Bailas conmigo? —le dijo en perfecto español.

Max asintió con la cabeza. Cuando volviera a su lugar junto a la barra, Emilio trataría de abroncarle por haber tardado, pero aquella pequeña falta de disciplina podría volverse un motivo más de complicidad. Ambos bromearían sobre mujeres. Esas cosas siempre unían a los desconocidos. Aunque se tratase de vínculos falsos y frágiles.

La mujer llevaba un vestido fucsia con bisutería brillante en el escote. Cuando Max la tomó por la cintura se dio cuenta de que medía mucho menos de lo que le había parecido en un primer momento. Le sonreía desde abajo, con unos labios pintados de rojo y los ojos enmarcados en negro. Los tenía grandes y bonitos.

—Nadie baila conmigo. Me dicen «tapón». Pero bailo mejor que cualquiera de esas.

Max sonrió. No podía evitar que la cortesía británica aflorase en cualquier momento.

—Pues vamos a bailar —contestó.

La mujer se sorprendió del acento de Max, pero él no le dio tiempo de decirle nada. Llegaba el estribillo de la canción. En esta ocasión, hablaba de la receta para quien se sintiera triste. Una receta que consistía en bailar, y que Max aprovechó para hacer girar a su compañera. Ella reaccionó como una profesional. No sabía qué tal se defenderían las demás en la pista, pero su pareja bailaba muy bien. Puesto que a él tampoco se le daba mal, Max se olvidó por un momento de los Cortés, de Emilio y de la DEA. Una canción de tres minutos era una distracción que podía permitirse.

—No estuvo mal —dijo la mujer cuando la canción comenzó a mezclarse con la siguiente.

—Tenías razón —respondió Max—. Bailas muy bien.

Ella sonrió y se dirigió al lugar desde donde lo había arrastrado, así que Max se quedó solo en medio de la pista. Las parejas seguían bailando a su alrededor. Trató de salir de allí sin molestar a nadie. Ya había hecho esperar a Emilio lo suficiente, así que se dio la vuelta para atravesar la pista.

Entonces la vio. Una mujer esbelta y morena que lo miraba con una media sonrisa mitad diabólica y mitad angelical. Hacía tiempo que Max no se encontraba con una mujer que, literalmente, le cortara la respiración. No se

trataba de su belleza, Max conocía muchas mujeres guapas. Era otra cosa. Algo que le daba a aquella desconocida un aura diferente. Quizá el hecho de que lo mirase como si lo invitara mientras bailaba con otro tuviera algo que ver.

Max decidió ignorarla. Tenía que volver al caso. Aunque le costaría seguir manteniendo el ego de Emilio alto ahora que no podía quitarse de la cabeza a esa desconocida de melena infinita y mirada enigmática.

—¿Dónde estabas, tío? Estaba a punto de largarme.

Tal como Max previó, Emilio se había puesto nervioso. Y no, no estaba a punto de irse. De hecho, había pedido otra copa.

—Lo siento, de verdad. Una mujer me arrastró a bailar. Y yo soy un caballero, ¿sabes? Un caballero no le dice que no a una dama.

El gesto de Emilio revelaba que no sabía muy bien cómo reaccionar. Por una parte, deseaba mostrarse como un jefe duro, y por otra, quería ganarse el favor del desconocido. Optó por esto último.

—Así que eres un conquistador, ¿eh? En ese caso te perdono. Para eso venimos aquí los Cortés. A divertirnos. Yo tampoco le habría dicho que no a una mujer. Las mujeres están para que cumplamos todos sus deseos, ¿eh?

Max echó un nuevo vistazo a la sala. Se dijo que para valorar la situación una vez más, pero en realidad buscaba a la mujer cuyos deseos sí le gustaría complacer. Emilio se dio cuenta.

—Pero ahora estás conmigo, ¿de acuerdo? Deja que te invite a una copa. No podemos hablar de negocios sin una copa. La primera es mía, luego las pagas tú.

—Claro, tío. Gracias. No me sobra la pasta ahora mismo.

Mientras Emilio llamaba la atención del camarero, Max volvió a perder la vista entre la gente. La desconocida seguía bailando con un tipo al que no prestaba ni la menor atención. Miraba a Max con la insistencia de una pantera.

Él sabía que debía ignorarla, pero Emilio ya no suponía ningún reto. Ya lo había convencido de que le diera trabajo. O, más bien, se había convencido solo. En contra de su costumbre y del sentido común, Max se dirigió una vez más a la pista de baile.

Capítulo 10

Los pocos metros entre la barra y el círculo rodeado de luces led se le hizo eterno. Procuraba no mirar a los lados, pero enseguida se dio cuenta de que algo no iba del todo bien. Eso no había pasado un momento antes, cuando bailó con la mujer bajita del vestido fucsia. Pero no quería pensar en ello. No quería pensar que se estaba metiendo en la boca del lobo. No sabía quién era aquella mujer de ojos negríssimos y pestañas inmensas. Solo sabía que su sonrisa malévola lo llamaba. Y que quería acudir a esa llamada.

Mientras caminaba hacia la pista como si el hilo invisible de un hechizo tirase de su voluntad, Max tuvo que admitir que el deseo no era común en él. Llevaba años demasiado centrado en el trabajo. Años en los que su único contacto con la realidad se producía a través de sus compañeros: Adam, Dylan y Mei. Con la excepción de su encuentro con Ana Martínez. Aunque ni siquiera por ella había sentido ese magnetismo impregnado de inevitabilidad. No. Ambas mujeres y las reacciones que habían despertado en él eran completamente distintas.

Y ahora se acercaba a una mujer del todo desconocida que destilaba peligro. Y lo hacía con la misma inevitabilidad que las polillas que se acercan a morir chamuscadas por la luz de las bombillas desnudas.

Se dijo que no, que él no era una polilla. Por mucho que la melena casi negra de la mujer se extendiese sobre sus hombros como una tela de araña perfecta y brillante, él no era una mosca. Bailaría con ella. Y luego se iría.

La música retumbaba en las paredes y algunas personas se apartaron al paso de Max. Un hombre vestido con una camisa blanca desabrochada casi hasta la cintura y pantalones negros muy estrechos dio un paso atrás cuando vio adonde se dirigía Max. No fue el único que actuó de modo parecido. La mujer de fucsia giró la cabeza en su dirección cuando uno de sus amigos, uno

de aquellos hombres que no querían bailar con ella, le señaló la escena. Inmediatamente negó con la cabeza y volvió a su conversación.

Con el rabillo del ojo Max captaba los movimientos de la sala, pero no era capaz de relacionarlos consigo mismo.

Entonces alcanzó a la mujer y se dio cuenta de que ella no estuvo sola en ningún momento. Él se había obsesionado hasta tal punto con sus ojos y con el magnetismo de su sonrisa que, simplemente, dejó de ver al hombre con el que bailaba. No le atraía en absoluto la idea de protagonizar una escena, pero ya había dado el primer paso. Si ahora se retiraba, parecería un imbécil. Y no podía permitir que Emilio lo viera flaquear. Gran parte del éxito de su entrada en la familia de los Cortés dependía de que Emilio lo admirase.

Afortunadamente no tuvo que pedirle al hombre que le cediera a su pareja. La mujer se encargó de quitárselo de encima en el siguiente giro. Solo se soltó de sus manos y tomó el hombro de Max.

A partir de ese momento Max se encomendó a los dictados de la música. Se movió hacia adelante y hacia atrás, en una sincronización perfecta y tan poco natural que consiguió que el resto de bailarines les hicieran un pequeño corro. Si la mujer del vestido fucsia se había movido con destreza, esta otra lo hacía a la perfección. Cada vez que se acercaban el uno al otro, Max olía el perfume de su cabello. En aquella marabunta de sudores ajenos que se mezclaban, de bebidas alcohólicas derramadas, Max era capaz de percibir un ligero aroma a hierbas combinado con algo más dulzón que identificó como leche de coco.

No la tocaba más que lo imprescindible para no perder los pasos, pero quería más. Y sin embargo, la salsa no lo permitía. No era aquel un ritmo para bailar pegados. Con cada vuelta la expresión de ella cambiaba. La malicia que le había llamado la atención se tornó sorpresa primero, y agrado después. De seguro porque Max era un hombre alto, evidentemente caucásico, que se movía

con una soltura reservada a aquellos que habían crecido rodeados de ritmos latinos. Max se alegró de que su madre lo hubiera obligado a asistir a clases de baile.

Había sucedido como castigo. De pequeño, aunque casi siempre se portaba como un niño obediente y respetuoso, pasó por una etapa conflictiva. Empezó a meterse en peleas. La cosa terminó de mala manera cuando lo expulsaron del colegio por meterse con un chico de su edad que, precisamente, se preparaba para ser bailarín profesional. Su madre lo castigó haciendo aquello de lo que se había reído. Fueron unos meses espantosos. Max los recordaba como una sucesión de humillaciones. Por fortuna, el trabajo de su padre obligaba a la familia a cambiar de residencia con cierta frecuencia. Pero ese curso se convirtió en blanco de las mismas bromas pesadas que él había gastado. Y aprendió a no cometer el mismo error dos veces. También aprendió a bailar. Y allí, en aquella discoteca, rodeado de narcos colombianos, agradeció el castigo materno.

La canción terminó mucho antes de lo que Max había querido y, en cuanto lo hizo, la mujer se separó de él y abandonó la pista. Las demás parejas de bailarines, las que se apartaron para dejarles espacio, recuperaron poco a poco el lugar que les pertenecía.

Max la siguió con la mirada y comprobó que las señales de peligro que había percibido e ignorado sistemáticamente estaban allí por algo. La chica, su pelo negro y su vestido plateado como de sirena desaparecieron en la semioscuridad que ocultaba al patriarca de los Cortés. De todas las mujeres del mundo, se había cruzado con una de las más peligrosas. Esperó que, al menos, no fuera la hija del narco. O la esposa. O la amante. Aquella gente era tan celosa de sus familias como de sus negocios. Quizá más.

En cualquier caso, aquel no era momento de quedarse parado como un pasmarote en mitad de la pista. Echó andar hacia adelante, en la dirección en

la que creía que se encontraba el baño. Ahora que la chica había desaparecido, Max se convirtió de nuevo en un hombre anónimo. O, al menos, tan anónimo como podía ser un gringo en medio de un montón de ciudadanos del sur del continente. Confió en su aspecto desastrado y abrió la puerta del lavabo de hombres. Necesitaba hacer una pequeña estimación de daños antes de volver a reunirse con Emilio.

Se encerró en uno de los cubículos, sorprendentemente limpio, y bajó la tapa del retrete. Se sentó y apoyó la espalda en la pared. Una tubería se le clavó a mitad de la espalda, pero no le hizo caso.

Tal y como él lo veía, solo podía hacer una cosa: regresar adonde estaba Emilio, sonsacarle tanta información como pudiera sobre la chica y ofrecerse a llevarlo a casa. El de chófer no era el mejor trabajo del mundo para acceder a lo que debía averiguar, pero era un comienzo. Eso, suponiendo que Emilio no hubiera desaparecido escalera arriba al ver su metedura de pata. El muchacho no era mala gente ni tampoco parecía un tipo duro. Si aquella mujer era la hija o la mujer de su tío, Max se había metido en un lío. Se pasó los dedos por el pelo, pero el tacto de la gomina lo puso más nervioso.

Estaba a punto de abandonar el baño cuando la puerta de fuera se estrelló contra la pared.

Max se llevó la mano al costado, pero recordó que no estaba armado. Tras el golpe se oyeron unos tacones que trastabillaban y dos respiraciones agitadas. Aquello lo retrasaría, pero al menos no se trataba de un par de matones que fueran a por él.

La pareja se apoyó en la puerta del cubículo de Max. Alguien trató de abrirla, pero no lo consiguió.

—Aquí hay alguien—dijo una voz femenina.

—Pues vamos a ese—contestó un hombre.

No hubo respuesta, solo algunos jadeos más y una puerta que se cerraba.

Max sabía lo que llegaría a continuación y no tenía ningún interés de escuchar esa banda sonora, así que salió de su cubículo y volvió al ruidoso lugar.

Las cosas habían vuelto a la calma. Bailarines en la pista, grupos en las mesas, hombres junto a la barra. Desde donde estaba no podía ver a Emilio, pero prefirió no sacar ninguna conclusión apresurada. Caminó con calma y ensayó una pose de arrepentimiento.

Capítulo 11

Emilio, efectivamente, no se había ido. Pero que lo estuviera esperando no quería decir que lo hiciera de buen humor.

—Tío, Tim, ¿estás loco?

Max miró a su alrededor, como si estuviera asustado.

—No sé qué ha pasado, Emilio.

—¿Que no sabes qué ha pasado? Pues ha pasado que te has metido en un lío de tres pares de cojones. Nadie baila con mi hermana sin permiso de mi tío.

Max no podía creerlo. Lo mirase por donde lo mirase, era imposible que dos personas tan diferentes compartiesen genética.

—No quiero parecer un capullo, pero ella me llamó, ¿sabes?

—¿Me tomas el pelo? —casi gritó el joven Cortés—. ¿Cómo te llamó? ¿Por teléfono? Estaba con otro tío y te metiste en medio. Joder, ¿es que en tu país no os enseñan modales?

Explicarle a Emilio la conexión que había sentido con los ojos de su hermana no tenía sentido, así que Max ni siquiera lo intentó. Optó por una vía más peligrosa, pero que quizá le permitiera convertir en una ventaja algo que, evidentemente, no había sido más que un error.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó.

Emilio se pasó los dedos por el pelo para peinarlo hacia atrás. No parecía que tuviera ningún problema con su propia gomina.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Depende del humor de mi tío. Hoy estaba bien, así que a lo mejor no pasa nada. Pero no le gusta que toquen lo que es suyo, ¿sabes? De momento, tío, me temo que no vamos a poder hacer negocios juntos.

Max dio un respingo. Temía estar sobreactuando, pero necesitaba que

Emilio lo creyera. Y para eso tenía que hacer que se considerase mucho más importante de lo que era en realidad. Incluso imprescindible.

—No, no, no. Emilio, tío. Sé que nos acabamos de conocer. No me conoces de nada, en realidad, pero necesito trabajar. Si he venido aquí es porque os respeto. A los Cortés. A tu tío y a ti. Necesito algo, lo que sea. Tengo que arreglar esto.

Emilio le dio un trago a un vaso en el que no quedaban más que los hielos. Se le veía inquieto.

—No puedes hacer nada, Tim.

Aunque la verdad era que no tenía que hacer nada. Algo pasaba a su espalda. Emilio miraba a un lado y asentía. Si no hubiera sido por las luces cambiantes del bar, Max habría jurado que empalidecía.

—¿Qué pasa?

—Mi tío quiere verte —dijo el muchacho en un tono de voz que apenas permitió a Max oírle. De hecho, más que distinguir las palabras, las intuyó. Luego no tuvo más que seguir al chico, que se dirigió al reservado como si lo llevaran a la horca. Nada quedaba de la risa floja ni del presuntuoso Emilio Cortés que quiso impresionar al desconocido. El chico que lo precedía parecía derrotado. Cuanto más lo conocía, más simpatía sentía Max por él.

Se había encontrado con algunas personas de un perfil similar. Recordaba con especial detalle a un chico en Yemen. Un soldado muy joven a las órdenes de un comandante al que admiraba. Quería ganarse su favor. Deseaba por encima de todas las cosas ser como él. No era de extrañar. Los militares de alta graduación son los héroes en las zonas de combate. Pero el muchacho carecía del valor necesario... O de la falta de humanidad, más bien. Lo que Max había visto en aquella misión no podía describirse con palabras. Las masacres de una guerra de guerrillas no podían compararse a la situación de Emilio Cortés, que llevaba el apellido de un narco despiadado y, por lo tanto,

estaba bajo su protección, por precaria que esta fuese. No, la situación no podía compararse, pero la actitud de los dos chicos era tan parecida que Max temía que su final también lo fuera.

Hubo una orden que aquel soldado yemení no pudo cumplir. Como militar de profesión, aunque ya no perteneciera a más ejército que al suyo propio, Max comprendía los sentimientos encontrados al recibir órdenes que atentaban contra sus principios. Pero las fuerzas armadas de Estados Unidos e Inglaterra no te condenaban a lo que sufrió aquel chico por culpa de su debilidad... O de su calidad humana. Por no torturar, fue torturado. Y Max lo presencié, infiltrado. Solo esperaba que en esa ocasión no sucediese nada parecido. Porque él no era el mismo hombre. Y quizá en esa ocasión no dudaría en poner en peligro su misión.

Agitó la cabeza para volver al presente. No podía permitirse ese tipo de distracciones. Ya se había equivocado más que suficiente al acudir a la velada invitación de la sobrina de Cortés. Ahora no podía fantasear con la posibilidad de enfrentarse a él para salvar a un sobrino que, por lo que sabía, ni siquiera estaba bajo amenaza. Aunque su manera de acudir a la llamada del tío indicaba otra cosa.

Una camarera se guardaba una generosa propina en el bolsillo trasero de su falda vaquera, demasiado corta para llevarla en un lugar que no fuera aquel. Max se apartó para darle el paso, pero la chica era una auténtica profesional. Con una sonrisa de plástico levantó la bandeja por encima de su cabeza y siguió su camino. Max no quiso imaginar lo que habría presenciado, pero la cara de la chica, a pesar de sonreír, parecía una máscara.

Aunque la iluminación hacía que el reservado pareciera situado a una altura muy superior a la del resto del local, la verdad era que solo cuatro peldaños lo separaban del nivel donde bailaban las personas que no pertenecían a la familia. O eso había creído él al verlo desde lejos. Lo cierto

era que aquellas cuatro escaleras no conducían al reservado en sí, sino a una especie de antesala. Una cortina oscura separaba el reino del Tuerto del mundo poblado por el común de los mortales. Tras la misma, todavía existía una escalera de caracol por la que se accedía a un piso superior. Allí, por fin, encontró al hombre al que buscaba.

Max inspeccionó el espacio con cuidado. El reservado se abría como una especie de balcón desde el que se controlaba todo lo que sucedía debajo. Las luces que iluminaban la pista quedaban por debajo de la barandilla, así que nadie podía ver a Cortés o a sus secuaces.

Max había creído que aquello estaría lleno de mujeres ligeras de ropa y de hombres pertenecientes a las diferentes jerarquías del cartel, pero la única mujer allí era la sobrina del Tuerto. En cuanto a los hombres, solo dos protegían la vida de su jefe. Por su lenguaje corporal parecía evidente que se trataba bien de lugartenientes, bien de guardaespaldas, o bien, lo que parecía más probable, ambas cosas.

Don Enrique Cortés, alias el Tuerto, se sentaba en un sofá de polipiel granate que apenas soportaba su peso. Max había visto algunas fotografías, muy pocas, todas ellas malas, tomadas de manera apresurada por periodistas que no volvieron a publicar su trabajo en prensa. Sabía que el hombre era corpulento, pero no había imaginado que alcanzase aquel tamaño. Ocupaba el espacio de dos personas, pero, incluso sentado con las piernas abiertas como un antiguo monarca, no daba la impresión de estar gordo. Había algo regio en él. Vestía una camisa de color gris, o quizá azul claro. Resultaba imposible afirmarlo con esa luz.

Parecía imposible que aquel cuerpo hubiera subido por la escalera de caracol, así que Max echó otro vistazo al sitio donde se encontraba. Una de las paredes estaba cubierta por una cortina tan espesa como la de la planta inferior. Con toda probabilidad, allí debía de haber una segunda puerta. Tenía

sentido. De ese modo, nadie sabría cuándo Cortés estaba en el lugar y cuándo no. Excepto, claro, por el continuo goteo de camareras que subían y bajaban como si nada con sus zapatos de tacón y sus bandejas repletas.

Max esperó a que fuese él el primero en hablar. Si había un error que no estaba dispuesto a cometer, ese era el de pasarse de listo. Los reyes no permitían a sus súbditos hablar sin ser preguntados. Mucho menos a los prisioneros de guerra. Y Max se temía que era precisamente en ese segundo grupo en el que se encontraba.

—Emilio —dijo el Tuerto. La música sonaba más baja allí—, preséntame a tu amigo, por favor.

—Es Tim Raven, tío. Viene de Inglaterra. Busca trabajo.

Cortés no dijo nada. No había alcanzado su posición haciendo juicios apresurados ni dando ventaja a sus enemigos. Así que dejó que un silencio denso creciera entre él y Max.

Pero Max tampoco había conservado la vida siendo imprudente, así que siguió callado. Y así permanecería hasta que alguien le pidiera que abriera la boca.

—Buenas noches, Tim Raven —dijo Cortés al fin.

—Buenas noches, señor Cortés —contestó Max.

El hombre se pasó una mano enorme por la calva reluciente y luego se atusó una perilla teñida de rubio que le daba aspecto de pirata.

—¿Ese acento es de Inglaterra?

—Lo es.

El Tuerto amagó una sonrisa helada. Que no la terminara le dio un par de datos a Max. El primero, que el narco apreciaba la prudencia. El segundo, que no iba a confiar en él por las buenas.

—No eres un tipo muy hablador, ¿verdad?

—La discreción me ha llevado más lejos que la verborrea.

—La discreción, ¿eh? —Cortés echó una mirada rápida y un tanto despectiva a su sobrina. Max, por su parte, se cuidó muy mucho de mirarla. En primer lugar porque no quería volver a caer en el maldito hechizo que lo había puesto en el compromiso en el que se encontraba. En segundo lugar porque aquello daría una excusa a Cortés para saltar—. No me has parecido muy discreto hace un momento ahí abajo.

—Lo siento mucho si le he ofendido en algo, señor Cortés.

—Has bailado con mi sobrina favorita. Sin mi consentimiento.

—De nuevo le pido disculpas.

—Es fácil pedir disculpas, Tim Raven —dijo Cortés—. Pero ¿qué pasaría si yo aceptara las disculpas de cualquiera? Yo te diré lo que pasaría. La gente que está ahí afuera y que, al contrario que tú, no se atreve a entrar aquí porque este sitio es como mi segunda casa, esa gente, me perdería el respeto.

Max contuvo el aliento. Bajó los ojos para no resultar desafiante y continuó en silencio.

—¿Por qué has venido a Miami, Tim Raven? Convénceme de que puedo aceptar tus disculpas sin poner en peligro mi reputación.

Max conocía su coartada de memoria. Ahora lo único que tenía que hacer era soltarlo todo con una combinación adecuada de nerviosismo y seguridad.

—Perdí dinero. Mucho. No dejé deudas, pero tampoco un buen nombre que defender. Un jugador lo pierde todo cuando pierde su nombre. Necesito empezar de nuevo. Y necesito alejarme del juego. No quiero responsabilidades ni mucho dinero. Solo busco un trabajo que me permita sobrevivir.

Cortés le indicó que se detuviera.

—Espera, espera, espera —dijo—. Te he pedido que me convenzas de que no te mate, ¿y te pones a pedirme trabajo? ¿Dónde está esa prudencia de la que me hablabas hace un momento? ¿Te la has dejado en la madre patria?

Max no contestó, pero en esa ocasión su silencio no le sirvió de mucho. Emilio lo rompió por él.

—Hablaba conmigo de trabajo, tío Enrique. Dice la verdad.

El Tuerto estalló. Toda la capa de majestuosidad que había envuelto la mole de su cuerpo hasta ese momento se quebró como la cobertura de chocolate de una tarta barata.

—¿Y quién eres tú para hablar de trabajo con nadie, Emilito? ¿Y cómo que dice la verdad? ¡Acabas de conocer a este cabrón, joder! Podría ser del FBI o de la DEA. ¿Qué ha hecho? ¿Convencerte con su bonito acento?

Emilio se acobardó. Max tenía que reconocer que Cortés no era tonto. De hecho, había dado completamente en el blanco.

—Vosotros —dijo el Tuerto dirigiéndose a sus dos guardaespaldas— llevad a este atrás. Y que no vuelva.

«Que no vuelva». Las palabras resonaron en los oídos de Max como si Cortés las hubiera pronunciado con eco. Eso solo podía querer decir una cosa. Iban a matarlo.

Tensó los músculos y se dispuso a pelear. Pero entonces algo pasó fuera del reservado. Unos gritos confusos llegaron hasta allí y los dos hombres encargados de conducirlo hasta la parte trasera del bar sacaron sus armas.

—¡Los Mejicanos! ¡Los Mejicanos! —gritó alguien.

Capítulo 12

Para Max, los gritos, que no auguraban nada bueno, sonaron como un himno de salvación. No sabía quiénes eran esos Mejicanos, pero su aparición había hecho que la atención del Tuerto y sus secuaces se desviase de él. De hecho, sin esperar a ver qué hacían los demás, se dirigió hacia la parte baja del bar, donde se había desatado el caos. Los bailarines se habían separado de sus parejas en una desbandada que solo podía acabar con más muertos que los que provocaran las balas.

Cinco hombres armados con subfusiles de asalto disparaban al aire. La multitud buscaba una salida que no fuera la principal y corría hacia la puerta del baño. El pasillo que conducía a ella, estrecho tal y como Max había comprobado antes, funcionaba como una boca de embudo. Si aquello no terminaba pronto, la gente moriría aplastada.

Si quería hacer algo, debía bajar por la escalera de caracol y enfrentarse con ellos en la planta inferior. Así conseguiría dos objetivos: daría tiempo a Cortés para que saliese por su puerta secreta y demostraría que el Tuerto podía considerarlo un recurso válido.

Se mantuvo oculto entre las sombras, que se multiplicaron por efecto de los disparos. Queriendo o no, los Mejicanos habían destrozado varios focos, así que la visibilidad, ya de por sí pobre, se redujo lo bastante como para dar a Max cierta ventaja, aunque se asomase por completo para ver lo que sucedía debajo.

Cerca de la pista, la gente seguía agolpándose en el pasillo que desembocaba en los aseos. Solo unos pocos de los presentes se habían pegado a la pared con la vana esperanza de que no los vieran. Max asistía a los avances de los asaltantes. No les interesaban los de abajo. Los disparos les servían para abrirse camino hacia las escaleras que servían de antesala al

verdadero acceso del reservado. El miedo de la multitud les franqueaba el paso, así que se acercaban al reservado con rapidez.

En cuanto se dieron cuenta de lo que sucedía, los bailarines y los bebedores corrieron a la puerta principal. Nadie les impidió tomar ese camino.

Max echó un vistazo a su espalda. Los dos guardaespaldas o lugartenientes del Tuerto protegían su retaguardia. El hombre, voluminoso como era, no se movía con la agilidad de cualquiera de ellos, pero sí lo bastante rápido como para estar desapareciendo ya en las sombras, detrás de la cortina que Max identificó como su entrada particular al local.

Debajo, dos hombres armados con sendas semiautomáticas de pequeño calibre, posiblemente Beretta 92 o algo similar, miraban las escaleras con una presencia de ánimo y una frialdad dignas de admiración. Ambos eran hombres altos y musculados, vestían de claro y no dejaban que sus emociones se translucieran en sus rostros. Desde la posición de Max parecían esculturas. Excepto por la tensión provocada por su estado de alerta.

Cerca de él, Emilio y su hermana discutían. No los oía. Había demasiado ruido alrededor para comprender sus palabras, pero el hecho era que no corrían tras su tío. Se quedaron allí, en el reservado. Por lo que parecía, Emilio urgía a su hermana para que siguiera al tío. Ella, en cambio, se negaba. No parecía presa de la histeria. Simplemente no quería irse.

De seguro había un motivo para ello, pero Max no iba a pararse a analizarlo en ese momento. Al contrario, se aprovecharía de aquello. Necesitaba un servicio que prestar al Tuerto, y allí estaba: salvaría a su sobrina... Quisiera ella o no. Eso lo reconciliaría con Cortés y lo acercaría un poco más al cumplimiento de su misión.

Los Mejicanos casi habían llegado. Aunque no todos. Solo tres subieron el tramo de cuatro peldaños. Gracias al diseño de caracol de la escalera interior,

la subirían en línea. Los secuaces de Cortés ya habían salido tras su jefe, de manera que Max estaba solo con los sobrinos.

Cogió una botella de cerveza y le rompió la parte más ancha, sujetándola por el cuello. No se trataba de un arma muy sofisticada, pero tendría que servir. Con ella en la mano, se tendió junto al final de la escalera. El primero de los tres mejicanos llegó hasta el reservado y se paró justo en la entrada, desconcertado por no encontrar allí a su víctima. Max aprovechó el instante para cortarle una de las corvas. Lo hizo con tanta fuerza que la botella se le quedó clavada en la carne. Inmediatamente, desestabilizó la otra pierna y el asaltante cayó. A Max le bastó un segundo para sentarse a horcajadas sobre el caído y retorcerle el cuello. No oyó el sonido de las vértebras al partirse, pero sí sintió el crujido en los dedos.

Empleó el siguiente instante en agarrar el arma del muerto y dar un paso atrás sobre su espalda.

Emilio comprendió lo que estaba a punto de suceder y se tiró encima de su hermana. La cubrió con su cuerpo y la empujó hasta una pared. Fue lo bastante hábil como para derribar una mesa que les sirviera de parapeto. Aunque si alguna bala se perdía en aquella dirección, el aglomerado de las mesas no la detendría.

Desde la perspectiva de Max, todo sucedía sin sonido. Cuando necesitaba concentrarse de verdad le sucedía precisamente eso: borraba de su cabeza todo aquello que no fuera imprescindible. Así que no percibía los gritos que Emilio le daba a su hermana. Tampoco oía los disparos que seguían salpicando la escena. Ni los cristales que se rompían tras la barra. Solo esperaba a su siguiente víctima con el arma preparada.

El segundo mejicano no tardó en asomar la cabeza al alcanzar los últimos peldaños de la escalera. Max respiró hondo, apuntó y se la voló. El movimiento brusco de las cervicales hacia atrás fue más que elocuente.

Según sus cálculos, quedaban tres hombres. Esperó unos pocos segundos más, pero ninguno de ellos apareció. Se forzó a retomar contacto completo con la realidad y se dio cuenta de que ya no se oían más disparos. Los supervivientes debían de haber huido. Se acercó de nuevo al balconcillo, con cuidado, y contempló el desastre.

Parecía que el lugar había sido víctima de un huracán. Los espejos tras la barra, las botellas, los vasos... todo estaba hecho añicos. La pista de baile, vacía, presentaba restos de sangre. Quizá pertenecieran a alguna de las personas que había huido hacia el baño o hacia la puerta delantera. Cerca de la entrada del corredor yacían varios cuerpos.

Pero Max no tenía tiempo de ocuparse de nada de eso. Debía encontrar a Cortés y devolverle a su sobrina. Y para ello, lo primero que debía hacer era llevar a Emilio y a su hermana con él. Arrastrarlos si hacía falta.

—¡Emilio! —gritó—. Sal de ahí. Vamos, tenemos que largarnos.

Las mesas tras las que se ocultaban cayeron con estrépito hacia delante. En el silencio relativo en el que se encontraba el local, aquel pequeño desmoronamiento sonó atronador.

—Vamos, tenemos que ir con tu tío.

Emilio lo miraba con las pupilas dilatadas, como los cachorros o los niños muy pequeños que acababan de despertar de una pesadilla.

—Malena...

—¿Te refieres a tu hermana? —preguntó Max—. ¿Está bien? ¿La han herido?

Por un momento temió que su tique de entrada a la familia Cortés ya no existiera.

—No, no —contestó Emilio—. Está perfecta. Pero no quiere volver con el tío.

Max se acercó al escondrijo donde la chica todavía se encorvaba y la

agarró de la muñeca. El contacto de su piel todavía lo electrizaba, pero aquel no era el momento de dejarse llevar. Tiró de ella y la arrastró hasta el exterior del parapeto. Emilio la ayudó a incorporarse.

—Esto se va a llenar de policías en un momento.

—Pues me quedaré con ellos —porfió Malena.

—No —dijo Max. Y volvió a cogerla por la muñeca.

No estaba dispuesto a discutir. Tampoco tenía tiempo para hacerlo. Malena no parecía entender cómo funcionaban las cosas. Si se quedaba con la policía, no solo desbarataba el plan de Max, sino que se convertía en objetivo de su tío. Cortés no iba a dejar que simplemente lo abandonara. Era más que probable que ella tuviera información que él no podía permitir que se supiera. Pero, sobre todo, lo que ponía a Malena y a Emilio en peligro era el ego. Un narco que manejaba un cartel completo no dejaría que nadie se le escapara. Su reputación se resentiría, y con la reputación, los negocios.

Malena se resistió a Max. Trató de desasirse. Emilio, por su parte, solo miraba. Se le veía ansioso. El muchacho, débil o no, cobarde o no, sí sabía lo que estaba en juego.

—¡Nos matará, Malena! Si no vamos con el tío, nos matará —gritó el crío.

—Es mejor que vivir como vivimos —contestó la hermana.

Max no estaba dispuesto a esperar más. La levantó del suelo y se la cargó al hombro. Por supuesto, ella pateó y le golpeó la espalda con los puños. Si hubiera dispuesto de una cuerda, Max la hubiera atado, pero no era el caso. Así que soportó los golpes y los gritos. Había estado en circunstancias peores.

Apartó la cortina tras la que desaparecieron los secuaces de Cortés. Tras ellas los esperaba una puerta. Nadie se había molestado en cerrarla, así que Max corrió a través de ella. Daba a una rampa exterior estrecha.

—Si no dejas de sacudirte como un pez, te golpearás en la cabeza. Y no será culpa mía, sino tuya.

Malena se mantuvo quieta mientras las pisadas de Max sonaban a metálico. El propio Cortés debía de haber tenido cierta dificultad para pasar por allí. Si había sido así, era posible que no se hubiera alejado demasiado.

—Callaos ahora los dos —ordenó Max. Y tanto Emilio como Malena obedecieron.

Eso le dio la oportunidad de prestar atención a los sonidos de la noche. Por una parte, la gente que había escapado del Miami Sound Machine huía en un caos de pisadas y lamentos, pero sus voces se perdían en la lejanía al otro lado del edificio. Por otra parte, ante él tenía la bahía y algunos embarcaderos sin lujo. El puerto deportivo no estaba allí, pero se veían, recortadas contra la débil luz de la luna que se filtraba a través de las nubes, algunos perfiles de embarcaciones.

Max oyó un motor que se ponía en marcha y la voz de Cortés que ordenaba a sus secuaces que se dieran prisa.

Corrió hacia el sonido. Una lancha se alejaba ya de la orilla. Había varias cerca, así que abordó una de ellas y peleó con el bloqueo de seguridad para ponerla en marcha. Si se daban prisa, podrían seguir al Tuerto. Todavía estaba a tiempo de llevar a cabo su plan.

Capítulo 13

El sonido del motor fueraborda de la lancha de Cortés era fácil de seguir. Sobre todo en la quietud de la noche. Lo que no resultaba tan fácil era comprender la conversación que Emilio y Malena mantenían en español. Él hablaba el idioma, pero no conocía los modismos colombianos. Lo único que estaba claro era que Malena lloraba y que Emilio trataba de consolarla, pero ella no parecía muy dispuesta a dejarse convencer.

Max prefería no mirar atrás. Si los sollozos de la chica ya lo conmovían, verla lo haría todavía más frágil. Algo que no podía permitirse. Por lo que había oído en el reservado, el tío no era precisamente amable con los sobrinos. Pero, aparte del empeño con que humillaba a Emilio, no parecía que los maltratara. Era posesivo con Malena, sí. Como tantos jefes de grupos fuera de la ley que creían que las personas les pertenecían en la misma medida que las cosas.

—No quiero volver allí —dijo Malena con la claridad suficiente para que Max la entendiera.

—Es lo más seguro, hermana. Lo sabes. No podemos escapar. Nos perseguiría.

—Tu hermano tiene razón —dijo Max, también en español, con un espantoso acento inglés.

Los hermanos callaron.

—Explícaselo tú, Tim. A mí no me hace caso. El tío Enrique no nos dejará marchar sin más.

—Para él no somos familia —dijo Malena—. Solo somos como jarrones caros o coches.

—Eso cambiará —contestó Emilio—. Ya te lo he dicho. Necesito un poco de tiempo, nada más.

—¡No tengo tiempo, hermanito! ¿Has visto cómo me mira?

Ahí estaba el problema, pues. A Max no se le había ocurrido, pero ahora que la chica lo decía, estaba clarísimo que el Tuerto mantenía a los dos hermanos a su lado debido a la exuberancia de su sobrina. Al menos todavía no la había tocado. O eso deducía Max de la urgencia de la joven.

—¡Y este muerto de hambre nos lleva de vuelta con él! —gritó la chica—. ¡No lo permitiré! ¡No puedo permitirlo!

Max no previó lo que estaba a punto de pasar. De repente sintió un golpe en la espalda. Malena se había pegado a él y le tapaba los ojos con las manos en una macabra imitación de un juego infantil. Pero ella no pretendía que él adivinara su identidad. Buscaba arrancarle los ojos. Max notaba cómo los dedos de la chica corrían por sus sienes buscando los párpados.

Soltó el timón de la lancha y forcejeó con Malena. No deseaba hacerle daño.

—Emilio, mantén el rumbo —ordenó.

El muchacho corrió hacia la parte delantera de la lancha, que se tambaleó. Mientras tanto, Max no tuvo demasiados problemas para reducir a Malena. Ella no tenía ninguna experiencia en lucha cuerpo a cuerpo. Solo miedo y una ira irrefrenable.

La oscuridad no se la puso fácil a la hora de encontrar un cabo con que mantenerla atada. Y ella tampoco se rindió con facilidad.

—Si no dejas de patalear, te juro que te tiro al agua.

Emilio miró hacia atrás. Mantenía su expresión de perrito asustado. Max lo compadecía. No había manera de que aquel chico escalase en la jerarquía del cartel. La amenaza surtió efecto en la chica, que dejó de agitarse.

—¿Tengo que atarte o vas a dejar que lleguemos a la orilla? —dijo Max.

—Haz lo que quieras, Tim Raven.

Ella tenía todo el coraje que le faltaba al hermano, eso había que

concedérselo.

Max decidió no jugársela. Estaban a mitad del océano y no le haría ninguna gracia que alguno de los dos chicos muriese ahogado por no tomar la simple precaución de atarla. Como todas las embarcaciones de recreo, la lancha disponía de una buena cantidad de sogas. Max la empleó para inmovilizar a la chica y tomó de nuevo su lugar en el timón. Comprobó que Emilio no había perdido el rumbo. Aguzó el oído. El motor de don Enrique se oía a lo lejos.

—Ahora —comenzó— necesito que me expliquéis cuál es el problema con vuestro tío. No es que pueda hacer mucho por ayudaros. Yo lo que necesito es un trabajo. Pero me gustaría saber a qué me voy a enfrentar cuando llegemos a la costa.

Emilio tragó saliva. Miró a su hermana buscando aprobación, pero ella había girado la cabeza. No pensaba colaborar con quien ella creía que era el nuevo esbirro de su tío.

—Somos hijos de su hermana. Nos acogió hace unos años, cuando éramos pequeños. Para eso está la familia. Pero Malena tiene miedo.

—¿Miedo de qué?

—¿Eres tonto, Tim Raven? —intervino la chica—. Miedo de que quiera que sea su amante. ¿Por qué te crees que te invité a bailar?

Max no terminaba de comprenderlo.

—¿Me estás diciendo que... me sedujiste para que te salvara de tu tío? ¿En medio de un bar? ¿Con sus guardaespaldas delante? ¿Y qué esperabas que hiciera? ¿Sacarte de allí con un caballo blanco? ¿Pero tú me has visto? ¡No tengo dónde caerme muerto, joder!

—Yo no te seduje, solo te miré.

Max resopló. Sí, lo había mirado, pero no hubo nada inocente en aquella mirada. Ni en la forma de moverse mientras bailaban.

—Lo que tú digas —masculló Max.

—Fue una idea estúpida, Malena —dijo Emilio—. Ya había salido mal antes, así que, ¿por qué no dejas de hacer que el tío mate a todos los hombres con los que te cruzas?

—¡Cállate, Emilio! —espetó ella—. No sabes de lo que estás hablando.

—Claro que sí. Claro que lo sé. Tengo catorce años, pero no soy idiota. Has tenido suerte, porque Tim no te delatará, pero no sabes lo que hará el siguiente. O si el tío se cansará y te matará a ti.

—No me matará —contestó ella.

—¿Por qué? ¿Por qué estás muy buena? Pues que se te quite de la cabeza. Se cansará de tus tonterías y te quitará de en medio.

—¿Y qué te hace pensar que no lo hará hoy mismo, hermanito? Te fías de este tipo, pero no te fías de mí.

—Tim no dirá nada. Necesita el dinero —dijo Emilio.

—Así es —intervino Max, cansado de aquella cháchara infantil—. Necesito el trabajo y vuestros líos de familia no me importan en absoluto. Así que vamos a dejar esta conversación aquí. Cuando estemos cerca de la orilla te desataré, os llevaré a los dos con don Enrique...

—¿Has visto, Emilio? —interrumpió Malena—. Todavía no está a sueldo del tío y ya lo llama «don». No tardará en entregarnos. Haría cualquier cosa por dinero. ¿No lo ves?

—Os llevaré con él y vosotros le diréis que si no hubiera sido por mí, estaríais muertos, ¿de acuerdo?

—No —dijo Malena—. No estoy de acuerdo.

—No me cuesta nada tirarte por la borda y decir que te mataron los Mejicanos.

La chica no contestó. Max quería decirle que haría todo lo posible por sacarlos de allí a los dos tan pronto encontrara al topo de la DEA que había

ido a buscar, pero ese era un riesgo que no podía correr.

—Me tomaré eso como un sí. ¿Emilio?

—Yo confío en ti, Tim. Eres un buen tío. Nos has salvado de verdad. Y si mi hermana no lo ve, es porque es idiota.

Max suspiró.

—Mira, chaval. Acabas de decir que tienes catorce años. Es hora de que sepas que no puedes fiarte de nadie. Ni de mí, ni de nadie.

El chico bajó la cabeza y fue a sentarse al lado de su hermana. Ella apoyó la cabeza en su hombro. Atada de pies y manos como estaba, no podía ofrecerle otro consuelo. Por lo visto, aquellos dos se portaban como los típicos hermanos: discutían, se insultaban, pero se querían. Max se alegró de que fuera así. Al menos se tenían el uno al otro.

—Tú tampoco crees que pueda conseguirlo, ¿no, Tim? —dijo el chico—. Pues os vais a llevar todos una buena sorpresa. Tío Enrique cree que soy un crío, pero observo, ¿sabéis? Yo sé quién mató a papá.

—¡Emilio! —exclamó Malena. Sonaba más asustada incluso que antes.

—Y ahora no puedo hacer nada, pero podré. Llegará el momento en que pueda enfrentarme a él, y entonces pagará.

—¿Tu tío mató a tu padre? —preguntó Max.

—Mi padre decidió que quería dejarlo. Cometió el error de robarle. Yo no lo haré.

La voz del chico sonaba acerada, fría. Como si de repente hubiera cumplido quince años más. Max no creía que tuviera muchas posibilidades, pero le concedió algo más de respeto. Al menos tenía las ideas claras.

—Robar a tío Enrique es una estupidez. La única manera de librarse de él es matarlo.

—Emilio —interrumpió Max—, ¿te das cuenta de que estás diciendo todo esto delante de mí? No me conoces de nada y voy a pedirle trabajo al hombre

al que quieres matar.

—Tú no nos delatarás, Tim. Lo sé.

Max suspiró y clavó la vista en el horizonte. Estaba en medio de la nada con dos muchachos asustados, enfadados y vengativos que no sabían qué hacer con su miedo, con su ira ni con su sed de venganza. Se encontraba en una barca acompañado por dos bombas de relojería. Y una de ellas seguía siendo la mujer más atractiva y perturbadora con la que se había cruzado en años.

No sabía cómo lo haría, pero no podía dejar a aquellos dos solos ante su propio destino. Se las apañaría para terminar con la organización a la vez que destapaba al topo. Sí, eso suponía desoír instrucciones expresas, pero ¿desde cuándo se le daba a él bien seguir órdenes?

Capítulo 14

La lancha en la que había viajado el Tuerto con sus dos secuaces destacaba en perfecto blanco contra el fondo negro de la costa. Dado el rumbo que siguieron, Max sospechaba que se encontraban en alguna isla. Que él supiera, Estados Unidos no permitía la compraventa de islotes, pero había muchas cosas no permitidas que el dinero conseguía igualmente.

Antes de desembarcar soltó a Malena, que ni siquiera tuvo que frotarse las muñecas o los tobillos. En realidad, las cuerdas siempre estuvieron lo bastante sueltas para no dejar marcas. Si Max se las había colocado fue, sobre todo, para impresionarla. Y aunque no quería admitirlo, también para tocarla. Le gustaba haber redescubierto esa sensación al tocar a una mujer.

Caminaron hacia al interior, pero no dieron más de una docena de pasos antes de que el chasquido de un arma los detuviera. Un foco de gran potencia los cegó. Los chicos alzaron los brazos de manera instintiva. Max sujetaba su subfusil por el cañón, para que no hubiera la menor duda de que no deseaba dispararlo.

—¡Suelta el arma! —le ordenaron. Y obedeció. El metal cayó sobre la arena sin hacer ningún ruido.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Aquel era un buen momento para que alguno de los dos muchachos dijese algo, pero decidieron permanecer en silencio. A Max no le quedaba más remedio que confiar en que ninguno de los dos hiciera alguna tontería.

—Me llamo Tim, Tim Raven. Estaba con don Enrique en el bar cuando entraron los Mejjicanos. He matado a tres y le traigo a sus sobrinos.

Uno de los hombres que permanecía oculto tras la luz del foco, probablemente el que había ordenado a Max que tirase el arma, se acercó.

—¿Y quién te ha pedido que lo hicieras?

—Pues no sé qué decirte. Pero don Enrique iba a matarme por bailar con su sobrina, así que imagino que le parecerá bien que le haya salvado la vida. Puedes llevarnos ante él o no hacerlo. Tú mismo. Pero si yo fuera tú, me lo pensaría mucho antes de hacer alguna estupidez.

—Mario —dijo otra voz—, esa es la sobrina del jefe. Que decida él lo que quiere hacer.

El tal Mario decidió hacer caso a su compañero. Recogió el arma del suelo y pidió a Max y a los muchachos que se adelantaran.

Había un pequeño bosque de palmeras un poco más adelante y un camino de tierra pisada. No estaba exactamente asfaltado, así que las lluvias incesantes lo mantenían embarrado. Junto al camino descansaban dos cuatro por cuatro. Los empleados del Tuerto alumbraban el camino con linternas. Descubrieron así las huellas recientes de un tercer vehículo.

—Subid ahí detrás.

El haz de una de las linternas señaló el remolque de uno de los vehículos, sin cubrir. Max no protestó. Tampoco lo hicieron Emilio o Malena. Los hombres que los escoltaban tampoco los empujaron ni maltrataron. Por lo visto, la presencia de la sobrina era suficiente para garantizarles cierta seguridad, aunque frágil y temporal. Todo dependía de cómo se tomase don Enrique su presencia allí.

El camino, con menos baches de lo que cabría esperar, fue corto. Terminaba junto a una gran escalinata de color blanco que daba acceso a una mansión en toda regla. Grandes columnas blancas se levantaban frente a una pared pintada de un color amarillo claro en la que destacaba un enorme balcón. Cortinas translúcidas dejaban que se filtrase la luz a lo que parecía el dormitorio principal. Por lo visto, hacía un rato que el dueño de todo aquello había llegado y se había puesto cómodo.

—Esperad aquí un momento.

—Necesito cambiarme de ropa —dijo Malena—. Y mi hermano también. Podéis dejar a Raven aquí, pero yo voy a entrar en casa.

Malena había recuperado su magnetismo de un plumazo. Quizá estaba asustada de su tío, pero conocía cuál era su lugar en aquella casa. Y sabía cómo emplear sus ventajas a su favor.

Se quitó los zapatos de tacón y le pidió a su hermano que también se descalzara.

—Venga, Emilio, no queremos que Clara tenga que trabajar más mañana.

Los guardias no se opusieron a que entraran. Max, por supuesto, no hizo ni el menor intento de seguirlos. Ya le iba a resultar bastante difícil explicar cómo un jugador de poca monta se las había apañado para liquidar a tres oponentes armados y para robar una embarcación.

—¿No tendréis un cigarrillo, verdad?

—Dale uno, Mario —respondió uno de los hombres.

—¿Yo?

—Si don Enrique se deshace de él, será tu buena obra del día. Si lo perdona, te deberá una.

El hombre que habló le cayó bien a Max. Era ingenioso. Y probablemente un rácano. Por eso no le ofrecía su propio tabaco.

Mario consintió. Parecía un tipo más bien simple que no se fiaba de su propio criterio. Por eso tendía a hacer caso de lo que su compañero le decía. O quizá el otro llevase más tiempo trabajando para el Tuerto.

—Gracias —dijo Max cuando por fin le dieron el cigarrillo. Aunque no fumaba, sabía que ese tipo de gestos ayudaban a crear cierta complicidad. Prefería establecer relaciones que no fueran de absoluta hostilidad. De todos modos, no hubo tiempo para desarrollar una gran camaradería. Un criado, tan armado como los hombres del exterior, pero vestido como si fuera un mayordomo, salió y les dio un mensaje del gran jefe. Quería ver a Max en el

salón.

Max se sacudió los zapatos en la entrada. Mejor si empezaba a mostrar su supuesto respeto desde el mismo umbral de la puerta.

El mayordomo los condujo a través de una serie de *halls* y pasillos hasta una estancia muy amplia que daba a lo que probablemente sería un jardín trasero. Con la habitación iluminada y el exterior a oscuras era imposible saberlo.

Ocho grandes ventanales en forma de arco ocupaban toda la pared del fondo. Espesas alfombras con dibujos recargados cubrían todo el suelo. Max se lo pensó antes de pisarlas, pero Cortés le urgió a que se acercara. Lo esperaba sentado en un gran sillón, sin duda, hecho a medida.

—Olvídese del suelo, Raven. Alguien lo limpiará cuando nos vayamos. Gasto mucho dinero en eso para no tener que preocuparme por ello. Mi madre se pasaba la vida entera limpiando una chabola miserable que, de todas formas, siempre estaba sucia. Yo vivo como quiero y dejo que los demás hagan el trabajo.

Max caminó hasta donde Cortés lo esperaba. El hombre señaló un sofá de aspecto cómodo.

—He visto que ha traído a mis sobrinos sanos y salvos.

Max asintió. La actitud del Tuerto había cambiado de manera radical, pero no le convenía relajarse.

—Deje esa actitud, Raven. Me han confirmado que solo dos de los cinco mejicanos que atacaron el bar han salido de allí con vida. En concreto, me han dado esa información los hombres a los que he encargado dejar ese total a cero, no sé si me explico.

Cortés se explicaba a la perfección.

—Hice lo que pude —afirmó Max.

—La pregunta —dijo Cortés— es por qué. Seguro que no se te escapa que

estabas a punto de morir en el muelle cuando nos atacaron.

—Ya se lo dije: necesito el trabajo. No creo que haya llegado usted a donde está por casualidad. No fiarse de lo primero que le dicen es lo normal. Así que, bueno, esos mejicanos me dieron la oportunidad de ofrecerle algunas pruebas de lo que puedo hacer por usted.

Cortés asintió. Su triple papada se estiraba y se encogía como un acordeón. Allí, bajo una luz completa, su tamaño y su expresión inteligente y calculadora resultaban mucho más amenazantes que en el bar. La historia sobre cómo y por qué llevaba aquel enorme parche negro también hacía su efecto. A Max no le extrañaba que Malena estuviese asustada.

—Eso hace que se me ocurra otra pregunta, Raven. Seguro que se la imagina.

—No, señor.

Cortés levantó una ceja y Max temió haberse excedido en su papel. Solo pretendía mostrar cierta ingenuidad para que la respuesta que ya había preparado tuviese mayor credibilidad.

—¿Cómo es posible, Raven, que un jugador de tres al cuarto que tiene que dejar su país haya hecho lo que has hecho tú esta noche?

Max abrió los ojos y sonrió. Procuró que su sonrisa fuera ancha y libre de dobles sentidos.

—Me temo que es culpa de Tony Blair, señor Cortés. Aquellas armas de destrucción masiva que luego resultaron no existir... Me alisté y recibí un buen entrenamiento. En cuanto a la lancha... —Max vaciló.

—No me hagas perder el tiempo, Raven. No sé si alguien te ha hablado de mis cambios de humor, pero los tengo.

—Bueno. No siempre apuesto cosas de mi propiedad...

Cortés se echó a reír y su risa rebotó en el techo y las paredes de la habitación. Los cristales de las ventanas vibraron, incluso.

—¿Así que voy a contratar a un militar ladrón?

Max respiró tranquilo. Ya había conseguido lo más difícil.

Capítulo 15

A su alrededor, sin embargo, los hombres de Cortés no habían perdido el gesto adusto, sombrío incluso. Ahora que podía observarlos sin disimulo, veía que los dos que se llevaron al Tuerto del Miami Sound Machine también lo acompañaban en el salón de su casa. Ambos eran altos, más que la media. La mayor diferencia entre los dos era que uno se adornaba con un poblado bigote negro, bien recortado, mientras que el otro mostraba un rostro lampiño. Ambos se peinaban el pelo oscuro hacia atrás con grandes dosis de gomina y vestían trajes caros. Sin embargo, a pesar de su aspecto elegante y cuidado, ambos se habían movido con la presteza suficiente. No debía subestimarlos.

—Veo que sopesas tus opciones de supervivencia, Raven. No esperaba menos de ti —dijo Cortés—. Deja que te presente a mis dos hombres de confianza. El del bigote se llama Julen Rodríguez. El otro es el Callo. Ambos han crecido conmigo. Son de mi entera confianza. Algo que no puedo decir de nadie más.

Max asintió. No solía entrar en sus planes sobornar al enemigo, pero estaba bien conocer de antemano las opciones que tendría de conseguirlo si lo intentaba.

—Es temprano —continuó el Tuerto—. Esos mejicanos han hecho todo lo posible por amargarnos la noche, pero no dejaremos que lo consigan. Ya nos ocuparemos de ellos mañana. De momento, nos divertiremos como hombres. ¿Qué te parece, Raven? ¿Estás listo para un poco de competencia?

—Usted dirá, señor Cortés.

—Puedes llamarme patrón, Raven.

—Usted dirá, patrón —dijo Max.

En el rostro del Callo había aparecido una pequeñísima sonrisa. Parecía que lo que iba a pasar no era nuevo para él.

—Deja que empiece Julen, Callo.

El hombre del bigote se desabrochó la chaqueta y se la quitó. La dejó en uno de los brazos del sofá en donde Max se había sentado. Sin pausa, procedió a subirse las mangas de la camisa. Los músculos del antebrazo, morenos, se marcaban con la misma perfección que los de un modelo de anatomía.

Al mismo tiempo, unos sirvientes retiraron la mesa de centro que ocupaba la mayor parte de la alfombra y la sustituyeron por una más alta. Un hilo musical inundó la estancia con notas de lo que Max identificaba como bachata. Una melodía quizá demasiado dulce para amenizar aquella exhibición de fuerza. Porque estaba claro que el Tuerto los invitaba, si es que alguna de sus palabras podía entenderse como algo diferente a una orden, a medir su fuerza con un pulso.

Max se levantó y se quitó la cazadora. Se colocó frente a la mesa y miró a su oponente, a Julen, directo a los ojos. El otro no apartó los suyos. Por el contrario, le sostuvo la mirada y le dedicó una sonrisa socarrona y francamente inquietante.

—Vamos, vamos, vamos —urgió Cortés—. Que no van a pedirse en matrimonio.

Los dos contrincantes hincaron los codos en la mesa y se tomaron las manos. Ambos contaban con la fuerza necesaria. Max sospechaba que, además, Julen tendría la experiencia que a él le faltaba. Ni su entrenamiento ni el tiempo que pasó en el Ejército lo prepararon para ganar un campeonato de vencidas. Tampoco necesitaba hacerlo. Le bastaba con presentar batalla. Si ganaba, los hombres de Cortés lo mirarían más como a una amenaza que como a un colaborador. Si perdía demasiado pronto, el propio patrón lo desestimaría.

Julen fue el primero en tentar la fuerza de Max. Empujó hacia adentro, pero no consiguió desestabilizar a Cornell, que había copiado exactamente

todos sus gestos. Así, los dos apoyaban un pie y la cadera correspondiente en la mesa. Julen no se inmutó. Dejó que Max tratase de atraerle hacia sí. Max supuso que buscaba que se confiara, así que eso hizo. Siguió empujando hacia su propio cuerpo y hacia abajo. La fuerza que oponía el otro le sabía a poco. Sin duda, estaba reservándose para darle una sorpresa final. La misma no tardó en llegar. En cuanto Max aflojó ligeramente a su presa, el otro implicó toda la fuerza de sus bíceps y cambió el curso de la competición. Max podría haberse resistido, pero prefirió no hacerlo. No eran pocas las personas que se habían roto algún hueso jugando a esa tontería.

La mesa casi rebotó con el golpe. Un ruido que no se oyó debido a la carcajada del Tuerto que aplaudió a su guardaespaldas y lo felicitó con entusiasmo.

—Por un momento creí que tenías alguna posibilidad, Raven. Ha sido muy interesante.

Max iba a contestar cuando Emilio apareció en escena. Casi se había olvidado de él.

—Buenas noches, tío —saludó el muchacho.

Se había cambiado de ropa. Ya no llevaba un traje, sino un pantalón y una camisa de manga corta. Parecía todavía más joven. Se veía que trataba de modelar su cuerpo acudiendo a un gimnasio, pero sus brazos todavía no se habían acabado de desarrollar.

—¡Emilio! Qué bien que hayas bajado a reunirte con los hombres. Estamos a mitad de una competición de vencidas. Aquí, Julen, acaba de darle una paliza a Raven. Seguro que quieres vengar su honor de gringo herido, ¿verdad, sobrino?

Max sintió cómo la indignación le subía desde el estómago, pero no podía decir nada. Que Cortés quisiera humillar a su sobrino no podía obedecer nada más que a su carácter mezquino. El chico no tenía manera de ganar. Y a juzgar

por la expresión de su rostro, hasta él mismo lo sabía.

De todos modos, ni siquiera contestó. Se acercó a la mesa y se frotó las manos. El gesto hizo reír aún más a Cortés.

—Vamos, señorita. Quiero ver cuánto te has fortalecido en ese gimnasio al que vas. Espero que todo lo que estoy pagando sirva para algo.

Emilio también miró a Julen a los ojos. Y Julen, igual como hizo con Max, le devolvió la mirada. Esta vez, en cambio, no sonreía. Obedecería a su patrón, claro que sí, pero a Max le pareció que no disfrutaba con aquella humillación. De hecho, ni siquiera dejó que el chico se pusiera cómodo en la mesa. En cuanto se agarraron las manos, Julen lo tumbó.

Cortés reía. No había motivo, pero reía.

—Julen es un hombre fuerte, hecho a sí mismo. Me debe lealtad y jamás me desobedece, pero no le gustó.

—Eso no es cierto, patrón —opuso Julen. A Max le pareció arriesgado que le llevara así la contraria al Tuerto.

—No te gusta que humille a mi sobrino. Pero ¿sabes una cosa? No puedo dejar que crea que ya lo tiene todo ganado en la vida. Los Cortés luchamos por lo que es nuestro. Trabajamos. El que quiera heredar mi fortuna tendrá que ganársela.

Julen no contestó. Nadie lo hizo. Una persona normal se habría sentido frustrada. Allí no había camaradería ni diversión. Solo un dictador que manejaba a su antojo a todos los presentes. Pero a Cortés no parecía importarle. Al contrario, parecía sentirse bien siendo la única voz cantante. Max no pudo evitar despreciarlo un poco por ello.

—Emilio, trae unos tragos para los hombres. Tenemos mucho que hablar todavía.

El chico obedeció. Max tenía la impresión de que también lo haría si su tío le pedía que se tirase por la ventana. Así de acusada era su necesidad de

agradarle.

Sin que nadie se lo pidiera, preparó las bebidas del Tuerto, el Callo y Julen. Max negó con la cabeza. Prefería mantenerse despejado.

—Ah, eso sí que no —se opuso Cortés—. Estás en mi casa y beberás con nosotros. Hoy pasarás aquí la noche, así que no te preocupes por cómo llegarás a tu casa. Si es que tienes una casa, ¿o vives en un motel?

—Un motel, patrón. Al menos de momento.

—Esta noche te quedas. Mañana temprano vamos a darles una sorpresita a esos mejicanos, y necesito que salgáis todos a la vez.

—¿Qué clase de sorpresa?

Cortés se encogió de hombros.

—La misma que nos han dado ellos a nosotros esta noche. Nadie viene a mi casa y la destroza sin que yo haga algo al respecto. No es así como se mantiene el respeto de la comunidad.

—Entiendo.

—Pues si lo entiendes, bebe, Raven. Así es como sellamos aquí los pactos.

—Ponme un ron, Emilio. Extraviejo.

Cortés volvió a reír.

El resto de la noche pasó entre copas y anécdotas de tiempos pasados. Cortés hablaba de los viejos tiempos, antes de vivir en una enorme casa con columnas en el exterior. Max habló de su etapa como apostador. Cuando Cortés decidió que era hora de acostarse a Max le pesaban los párpados. No tenía ninguna duda de que lo habían drogado. Se dejó acompañar por Emilio hasta una habitación del primer piso. Notó, entre brumas, que el chico lo desnudaba. Tumbado sobre la cama, completamente inerte, sintió que le quitaban desde los zapatos hasta la camiseta. Sabía que no encontrarían nada en su ropa. Los localizadores que pensaba colocar a Julen y al Callo al día

siguiente eran minúsculos y estaban escondidos tras sus propias orejas. Dejó, pues, que el sueño lo embargara.

No fue un sueño agradable. Casi nunca lo eran. Cuando se encontraba bajo algún tipo de presión, Max siempre regresaba, en sueños, a la época de su entrenamiento. Si había suerte, sus compañeros estaban allí, con él. Los de siempre: Mei, Dylan, Adam. Si no la había, debía enfrentarse a las horribles pruebas ideadas por Arcángel en completa soledad. Aquella noche no hubo suerte.

Había una cueva oscura, donde la única luz provenía de una neblina fluorescente que parecía emerger del suelo. No sabía, de hecho, en la confusión del sueño, si había un suelo. Con cada paso que daba se arriesgaba a caer en el vacío. Al contrario que con la luz, la cueva sí le devolvía sonidos. Voces rotas, desgarradas. Max las identificó como las voces de sus víctimas. Durante su época en los dos ejércitos a los que perteneció, había matado. También lo hizo después. Y jamás se había sentido bien al hacerlo.

Las voces y la neblina lo guiaban en una dirección clara a través de la cueva de su pesadilla. Cuanto más se internaba en esa cueva, más claras oía las voces. Le pedían ayuda. Al doblar un recodo, un crío lo enfrentó con un arma cargada. Le pareció que era Emilio, pero el muchacho también tenía algo de sí mismo.

—Saca a mi hermana de aquí —dijo el niño con una voz cavernosa. Y Max sintió la urgencia de las pesadillas. De repente supo que no tenía tiempo. Si no encontraba a Malena, los dueños de las voces le harían daño y sería por su culpa.

Así que Max corrió, pero los pies se le pegaban al suelo. No podía avanzar. Una mano lo cogió del hombro. Una mano caliente.

—Despierte, señor Raven.

La mano era real. Pertenecía a una criada de Cortés. Al parecer ya había

dormido lo suficiente. Se incorporó en la cama. La misma mujer había dejado su ropa, limpia y doblada a los pies de la cama. Y una bandeja con el desayuno en una cómoda.

—Muchas gracias —dijo Max en español.

—Lo esperan abajo en media hora —contestó la sirvienta.

De alguna manera, Cortés se las había apañado para que todos en aquella mansión se comportasen como autómatas. Por otra parte, a Max le estallaba la cabeza. Fuera lo que fuera lo que le dieron, los efectos todavía no se habían disipado del todo. Decidió hacer caso al quejido de su estómago y probar el desayuno. Le habían dejado huevos revueltos y café con tostadas. Algo sencillo a la vez que suficiente. Justo lo que necesitaba para encarar el día. A fin de cuentas, esa misma mañana tendrían que devolverles el golpe a los Mejicanos. Y algo le decía que no sería una tarea sencilla.

Capítulo 16

Si la noche anterior la planta baja había parecido ordenada y limpia, por la mañana estaba tan impoluta como el *hall* de una galería de arte antes de que las puertas se abrieran al público. Lo que más llamaba la atención, por tratarse de una casa tan grande con habitaciones tan amplias, era la ausencia de personas. En segundo lugar, Max apreció que sobre las alfombras no quedaba resto alguno del barro que él mismo introdujo, pegado a la suela de los zapatos. La mesa sobre la que habían competido no se veía por ninguna parte. En su lugar se encontraba la más baja, con aspecto de antigüedad precolombina. Cortés no se había marcado ningún farol respecto a su modo de organizar la hacienda. Si es que podía llamarse hacienda: él pagaba para que siempre se encontrase impoluta, y sus empleados así la mantenían.

Trató de recordar el camino de entrada. El efecto de las drogas que le suministraron la noche anterior, con el fin de poder registrarlo sin que pudiera oponer resistencia, todavía no se había disipado por completo. Sentía la cabeza pesada y la boca pastosa. Y eso que había tomado todo el café que le sirvieron y un buen trago de agua de ducha. Los localizadores, por cierto, seguían ocultos tras su oreja.

Puesto que nadie le indicó que debía utilizar una entrada de servicio, anduvo sobre sus pasos hacia la principal. Allí, como manchas oscuras sobre el fondo amarillo claro de la pared, lo esperaban el Callo y Julen Rodríguez, junto con un buen puñado de hombres. Todos ellos de piel morena, cabello oscuro y gesto ensombrecido. Quizá por lo que se les venía encima o quizá por la omnipresencia del patrón, a quien de seguro temían. Y no era para menos.

En cuanto lo vieron aparecer, los secuaces del Tuerto desaparecieron en los todoterrenos que los llevarían hasta la playa en la que desembarcaron la noche anterior. Max se fijó en que los dos hombres de confianza de su nuevo

jefe ya no llevaban trajes de chaqueta. Los habían cambiado por ropa oscura y de apariencia más cómoda. Lo que le indicó que la operación en la que lo habían alistado sería de campo y, probablemente, exigiría cierta implicación física. Por primera vez desde que se disfrazó de ladronzuelo de tres al cuarto, Max no lamentó sus vaqueros un poco anchos ni la cazadora de piel.

A la luz del día, la playa, tal vez propiedad del Tuerto, resultaba francamente impresionante. No solo contaba con una considerable extensión de arena en la cual tomar el sol. Al menos una vez que terminase aquel diluvio que no parecía dispuesto a darles tregua. También disponía de su propio embarcadero. Además, unos metros dentro de la bahía, fondeaba un yate de lujo. La orilla, por su parte, exhibía una pequeña flota de lanchas rápidas muy parecidas a las planeadoras que los importadores de cocaína habían hecho desgraciadamente populares en los años ochenta en Europa. Aquellos eran modelos modernos, por supuesto, pero parecía evidente que el clan de los Cortés las empleaba con objetivos similares.

Los hombres bajaron de los vehículos de manera ordenada, casi marcial. Su comportamiento los diferenciaba de otras familias de corte famoso con las que Max se las vio en misiones anteriores. Según su experiencia, el miedo al dictador, al jefe del clan, dirigía los movimientos de sus subalternos. Algo de eso había sin duda en el caso de los Cortés. Pero también algo más. Una organización y una disciplina que los hacía más temibles.

Los mejicanos que los habían atacado la noche anterior tenían más que ver con los narcos brutales que Max conocía de primera mano: habían entrado a lo loco, sembrado el terror, y se fueron con el rabo entre las piernas al encontrar resistencia. Los hombres con los que Max iba a devolver el golpe respondían a algún tipo de entrenamiento. Quizá parecieran menos brutales a simple vista, pero Max estaba seguro de que resultarían mucho más eficaces a la hora de llevar a cabo su misión.

El Callo le indicó con un gesto del mentón que abordara la misma lancha en la que él navegaría junto con Julen. Un movimiento extraño a ojos de Max, que habría separado a sus dos mejores hombres. Así, si los Mejicanos se les oponían, el riesgo de que ambos resultasen heridos o muertos se reducía. No dijo nada. La noche anterior ya había llamado demasiado la atención. Se limitó a subir en la planeadora y esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Julen gobernaba el timón y las demás embarcaciones lo seguían. No parecía que tuvieran el menor temor a que apareciera la patrulla costera. De hecho, todavía se veía la playa cuando el Callo le tendió a Max un arma. Una pequeña Beretta que de poco le serviría, salvo que acertara mucho las distancias con su objetivo.

—Vamos a desembarcar —dijo. Y no era una pregunta, sino una afirmación.

—Vamos a hacer lo que tenemos que hacer —dijo el Callo.

Max se arrebujó en su chaqueta de cuero y echó de menos unas gafas de sol. No porque las nubes se hubieran dispersado, sino porque el viento le hacía lagrimear los ojos. Las lanchas avanzaban a toda velocidad bahía adelante, en formación triangular, con ellos tres a la cabeza.

Navegaron a gran velocidad un buen par de horas. Durante todo ese tiempo, los únicos compañeros de Max fueron sus pensamientos. Ni en sueños se le habría ocurrido que echaría de menos a alguien que hablara. Él era hombre de pocas palabras, pero el silencio que reinaba en la lancha rozaba lo absurdo. Hasta que por fin avistaron la costa. Julen detuvo los motores y las lanchas que los seguían los adelantaron. Bajaron la velocidad, pero no variaron el rumbo. Por lo visto, la intención de aquel grupo de ataque era desembarcar en una playa similar a la que dejaron atrás.

—Paradlos, Cayo, Julen. Si podéis comunicaros con ellos, paradlos. Va a

haber una carnicería.

—Son órdenes.

—¿Seguro que el patrón os ha ordenado mandar a sus hombres a una muerte segura? Porque eso es lo que va a pasar.

Max no podía evitar hablar cada vez más rápido. Tenía que evitar que las barcas se pusieran a tiro de los vigilantes que, con toda probabilidad, los Mejicanos habrían apostado en su terreno.

—¿Cuestionas las órdenes?

—Yo no cuestiono nada. Pero si no les decís a esos hombres que vuelvan, esto se va a poner muy feo. Después de lo de anoche, lo lógico es que en esa isla haya vigilancia. En serio, parad a vuestros hombres o lo que va a pasar aquí va a dejar pequeño el desembarco de Normandía. Incluso si no nos están esperando, lo lógico es esperar que haya tiradores defendiendo la playa.

Julen y el Callo se miraron. Sus caras eran tan hieráticas que Max no supo si se habían hecho un gesto o si, directamente, se comunicaban mediante telepatía. Fuera como fuese, Julen tomó un transmisor de un compartimento cercano al timón y ordenó a los demás que regresasen. Con un poco de suerte, los hombres no los habrían visto.

—¿Ahora qué hacemos, Raven?

Max no apartó la mirada de los oscuros ojos del Callo. Sabía que no debía trazar el plan perfecto, pero también sabía que debía hacer lo posible para que todo saliese tal y como Cortés deseaba.

—Pues no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —Julen se mostró, por fin, ligeramente humano. Al menos, eso revelaba la frustración con la que hizo la pregunta.

—No sé qué vamos a hacer ahí dentro. No sé si vamos a robarles, a matar a cuantos podamos... Dependiendo de cuáles sean esas famosas órdenes, tendremos que usar una táctica u otra.

—Haces muchas preguntas —dijo el Callo.

—Las que necesito para hacer mi trabajo —contestó Max. Si bien debía mostrarse prudente con su nuevo patrón, la relación con sus secuaces no tenía por qué ser la misma. No exactamente. Además, necesitaba ganarse su respeto.

—Pues yo que tú no haría tantas —añadió Julen—. ¿No te dedicas a jugar? Pues apuesta.

Max tenía una idea bastante clara de lo que Cortés pretendía en realidad. La noche anterior habían ido a por él, así que buscaba devolver el golpe. Y para ello necesitaba atacar a la cabeza de su enemigo. No quería robar, no quería una masacre. Quería al líder de los Mejicanos, fuera quien fuese.

—Bien, sospecho que don Enrique desea que le sirvamos en bandeja la cabeza del líder de los Mejicanos. Eso es lo que suelen querer los reyes.

El Callo y Julen no asintieron ni negaron. Mientras tanto, las demás embarcaciones iban llegando a su altura. No se oyeron disparos, así que no había motivo para pensar que los habían descubierto.

—Hay que infiltrarse en la isla. A ser posible desde un lugar sin vigilancia. Un risco, o algo similar. Una zona arbolada de difícil acceso por donde el enemigo haya previsto que nadie querrá acercarse. Dos personas, como máximo tres. Lo mejor sería que participase alguien que tenga alguna idea de lo que nos espera dentro.

—No jugamos a las damas con los Mejicanos, Raven. Nadie ha estado ahí.

—En ese caso, necesitamos a tres personas ágiles, rápidas, con reflejos.

—Iremos nosotros —dijo Julen.

—¿Nosotros tres? —quiso asegurarse Max.

—Los tres. Diles a esos que vuelvan a lo suyo, Julen.

Cuando las lanchas se hubieron marchado, Julen retomó su puesto al timón y los guio hasta la parte trasera de la isla. Tal como Max supuso, una serie de árboles frondosos y rocas la hacía parecer prácticamente inexpugnable.

—Imagino que no hay equipo de escalada, ¿verdad?

—Tenemos unas cuerdas. Siempre hay cuerdas en las lanchas.

—Bien, pues las usaremos.

Los tres remaron hasta acercarse a la orilla tanto como les fue posible. Max fabricó unos arneses rudimentarios con las maromas y ayudó a los dos hombretones a ponérselos. Aprovechó el momento de ajustárselos para colocarles los localizadores. Esperaba que no los descubrieran o estaría muerto. También esperó que Adam estuviera cerca de su ordenador. Así, si pasaba algo, al menos lo tendría localizado.

Vestidos de negro y con las cuerdas sujetándolos por las ingles y las cinturas, aquellos dos gigantes musculados ofrecían un aspecto más bien ridículo. Max se cuidó bastante de no manifestar la mucha gracia que le hacían.

—Subiré yo primero —dijo—. Tengo algo de experiencia.

—¿Y cómo no? Parece que sabes de todo, ¿no, Raven?

Max decidió hacer caso omiso a la amenaza velada que escondían sus palabras. Si desconfiaban de él, todo lo que podía hacer era ganarse la confianza que les faltaba. Así que saltó desde la proa hasta la roca más cercana y comenzó a estudiar cuál sería el modo más fácil de subir.

En realidad, las raíces de los árboles lo hacían bastante fácil. Había docenas de asideros para manos y pies. Así que comenzó el ascenso, no sin antes indicar a sus compañeros que lo siguieran con cuidado. Pronto comenzó a notar tirones de la cuerda. Lo que a él le parecía sencillo, quizá no lo fuera tanto.

La subida les llevó un cuarto de hora y una multitud de juramentos, sobre todo por parte del Callo y Julen, menos acostumbrados a ese tipo de ejercicio físico. Cuando llegaron arriba, descubrieron que se encontraban en uno de los puntos más altos de la isla, lo que les daba una posición muy ventajosa

respecto a todos los demás. Desde allí podían suponer con alguna probabilidad de acierto dónde estarían los puestos de vigilancia.

—No hay mucho movimiento. De seguro han puesto a la mayor parte de sus hombres en la zona de la playa. Eso quiere decir que la casa estará desprotegida —indicó Max.

—Tiene sentido —dijo Julen.

—Trataremos de entrar por diferentes puntos. Así, si descubren a uno de nosotros, los demás tendrán más posibilidades.

—Iremos por la arbolada —sugirió el Callo—. Y buscaremos la manera de entrar. Cada uno por su lado.

Max estuvo de acuerdo.

Capítulo 17

La ropa oscura y el hecho de que los Mejicanos hubiesen centrado toda su atención en la única zona de la isla que consideraban débil, es decir, la playa, jugó en gran medida a favor de los tres intrusos. Los árboles que crecían en todo el perímetro de la isla los protegieron hasta que llegaron al jardín de la gran casa. Su exterior no era muy diferente de la hacienda del Tuerto. Si bien la fachada no estaba pintada de amarillo, sino de un tono ocre muy claro. Colores para el verano, sin duda, y no para aquel tiempo lluvioso que lo teñía todo de una tristeza que se pegaba al cuerpo.

El jardín contaba con innumerables arbustos y parterres que contribuyeron a que los tres hombres llegasen a su destino con relativa facilidad. Los Mejicanos ni siquiera habían dejado a los perros por allí. Algo que resultaba desde todo punto coherente con su actuación de la noche pasada. Confiaban en el factor sorpresa y en la fuerza bruta, pero no eran especialmente buenos planeando.

—Yo me quedo en esta zona. Trataré de colarme por la puerta de servicio —dijo Julen apenas en un susurro.

Aquellos dos no sabían mucho de tácticas de asalto, pero aprendían rápido. Max sospechaba, además, que fracasar en un encargo de Cortés no debía de significar nada bueno.

Él y el Callo rodearon la casa por la parte trasera. Los Mejicanos la construyeron cerca de la costa, pero habían diseñado un amplio jardín trasero. Los pétalos de las flores manchaban el césped. Las pobres plantas no estaban acostumbradas a tanta lluvia.

—Yo iré al otro lado. Quédate tú por aquí. La fachada tiene tantos ornamentos que si no encuentras una ventana abierta en la planta baja, lo harás en el segundo piso. No tendrás problema para subir.

El Callo asintió y Max siguió adelante, solo. Había escogido el lado más peligroso del edificio, el que se veía desde la zona de la playa. O eso creía. A pesar del peligro, sabía que, de los tres, él era quien más posibilidades tenía de entrar en el edificio. No deseaba destacar más de lo debido, pero tampoco podía permitirse perder a los hombres de confianza de Cortés a la primera de cambio.

Le habría gustado disponer de unos guantes o de un poco de arena para secarse las palmas de las manos, pero con aquella lluvia tendría que encomendarse a su habilidad y a las técnicas aprendidas. Si aquella vez, durante su entrenamiento en el Averno, había conseguido salir de un pozo excavado en tierra arcillosa sin más ayuda que sus manos, esto tendría que ser pan comido.

Como suponía, las ventanas de la planta baja permanecían cerradas. Quizá si luciese el sol y los Mejicanos no estuvieran esperando un ataque de sus enemigos, las cosas habrían sido distintas, pero no lo eran. Localizó una tubería bajante, se aseguró de que estuviera bien sujeta y comenzó la segunda escalada del día.

Ya se había colgado del alféizar de una ventana de la tercera y última planta cuando lo sobresaltó un disparo. No se paró a comprobar dónde se había hecho o si el objetivo era él. Utilizó toda la fuerza de sus brazos y sus músculos abdominales para izarse y mirar por la ventana. Deseó con todas sus fuerzas que la habitación a la que daba estuviera vacía. Desde su posición no podía asegurar que así fuera. Lo único que sabía era que estaba abierta porque había visto revolotear una cortina.

Se arriesgó, se impulsó con los brazos y entró en la casa. En ese momento, un segundo disparo sonó en el exterior.

Max se agachó para ocultarse y rodó sobre sí mismo hacia un lado. Luego se levantó, apartó la cortina, que se movía de manera más que irritante, y

observó lo que pasaba fuera. No vio a nadie. Al menos no en un primer momento. Los disparos, pues, no iban dirigidos hacia él. Alguien debía de haber descubierto a Julen o al Callo. Fuera como fuese, las detonaciones alertarían a quien quedase en la casa, que a su vez llamaría a las fuerzas apostadas en la playa. El factor sorpresa acababa de desaparecer.

Como si de pronto recordara que estaba en terreno enemigo, Max examinó el interior de la habitación en la que se encontraba. Parecía un cuarto de invitados. Una gran cama ocupaba la mayor parte. Tenía dosel y dos mesillas barrocas la flanqueaban. También había una cómoda con al menos una docena de cajones y un armario pintado con escenas de caza. Se alegró de que el mobiliario de Cortés, aunque recargado, fuese mucho más discreto.

Pero no estaba allí para juzgar la decoración, sino para matar al jefe del clan enemigo. Algo que, por supuesto, no pensaba hacer. Ahora que el Callo o Julen habían sido descubiertos, Max pensaba escapar. Ellos tendrían que hacer lo mismo. Lo que no sabía era cómo conseguirlo. Desde luego, no podía contar con que los otros dos lo esperaran. Si lograban llegar hasta la lancha, se marcharían. Como tantas otras veces, Max tendría que apañárselas él solo. Y lo primero era salir de la habitación.

Antes de hacerlo echó un último vistazo por la ventana. Tal como había supuesto, una pequeña multitud de hombres armados corría hacia la casa desde la zona donde se encontraba la playa. Desde el lateral no tenía una visión perfecta del camino de entrada, pero resultaba evidente que no podría desaparecer pared abajo. Alguien podría verlo sin gran dificultad. Se dirigió, pues, a la puerta de la habitación y la entornó.

Fuera, lo único que lo esperaba era un pasillo oscuro sin ningún lugar para esconderse. El suelo era de madera, así que al menos oiría pasos si alguien se acercaba a su posición. Una ventaja que debía asegurarse de aprovechar.

Max salió del cuarto de invitados. A juzgar por la cantidad de puertas de

aquel pasillo, los Mejicanos tenían muchos amigos a los que alojar. Afortunadamente, los pasos de ninguno de ellos se oían en la madera pulida del suelo. Max caminó en dirección a la fachada trasera. La escalera principal sería la entrada por la que accederían todos aquellos hombres que subían desde la playa. Si había una escalera de servicio, estaría en la parte trasera, o con suerte, en aquel mismo lateral.

No había llegado todavía a la esquina cuando la casa se llenó de gritos. Los Mejicanos habían entrado por fin y no tenían el menor reparo en tomar el edificio. De seguro el patriarca de aquel clan también pagaba para que sus empleados domésticos arreglaran ese tipo de desastres luego.

Max encontró una puerta diferente a las demás. Debía de pertenecer a la escalera que buscaba. La abrió justo en el mismo momento en que una sirvienta hacía lo mismo. Ambos chocaron. La mujer llevaba una pila de sábanas recién planchada. Olían a suavizante calentado por la plancha. Max trató de evitar que cayesen al suelo, por puro reflejo. Estaba en su naturaleza ser amable. Pero la criada gritó y las sábanas, que nunca habían tenido ninguna importancia en realidad, se convirtieron en un detalle menos que insignificante. La mujer se llevó una mano a la boca. Como si se arrepintiera de gritar. Miró a la puerta, después las sábanas y por último a Max. Algo le dijo que no iba a delatarlo. Cuando ella extendió los brazos en busca de la colada esparcida por el suelo, supo por qué: los narcos no trataban bien al servicio. Aquella mujer tenía marcas de cigarrillos en los antebrazos. Seguramente pensaba que él estaba allí para matar a su patrón. Max lamentó no cumplir ese deseo.

Los Mejicanos subían a toda prisa por la escalera y él no tenía tiempo que perder. Cerró la puerta y volvió por donde había venido. Si no podía bajar, subiría. Aquellas casas antiguas tenían ático. Todas ellas. De que lo encontrara dependía su vida.

Corrió pasillo adelante, confiando en que los hombres que lo matarían si lo encontraban no habrían llegado todavía al tercer piso. No se molestó en asomar la cabeza por la escalera para comprobarlo. La puerta que subiese hasta la buhardilla tenía que ser estrecha también. Y esperaba con toda su alma que no fuera la misma que daba a la puerta de servicio.

Dobló una segunda esquina. Aquel pasillo también estaba vacío. Igual que el paralelo, solo se veían en las paredes puertas de habitaciones. Del mismo modo, una de ellas, en el centro, era más estrecha que las otras.

—Por amor de Dios, que dé al ático —dijo para sí mismo.

Abrió la puerta con la misma precipitación con la que había abierto la anterior, pero ninguna doncella lo esperaba al otro lado. Solo unas escaleras estrechas, limpias pero mal iluminadas, que ascendían. Por fortuna para él, los arquitectos del pasado no siempre eran lógicos. Subió tan rápido como pudo. Ahora que había ganado un poco de tiempo, debía valorar la situación en la que se encontraba.

Por una parte, podía confiar en que el deseo de venganza de la criada fuera más fuerte que el miedo a su patrón. Por otra parte, el tejado de la casa contaba con ventanas abuhardilladas. Podía alcanzar el exterior a través de una de ellas y tratar de bajar. O podía esconderse y esperar a la noche.

En el piso de abajo se oían carreras, pero no puertas que se abrieran o se cerraran. Amortiguada por el espesor de las paredes le llegó una conversación.

—Se me cayó la ropa y me asusté, nada más —decía una voz femenina. Debía de ser la criada. Tal y como Max sospechó, no lo delataría.

—¡Eres estúpida! —gritó un hombre. Sonaba más asustado que enfadado, en realidad, pero eso no evitó que al insulto le siguiera una bofetada sorda.

—¡Suéltame el pelo! —suplicó ella—, ¡me haces daño!

—Y más que te haré si me estás mintiendo. Dime, ¿has visto a alguien?

¿Por qué te has asustado, inútil?

—Ya te dije que no vi a nadie. Me asusté por los ruidos que hacíais al subir. Nunca pasa nada bueno cuando venís. Nunca.

Al parecer el hombre se conformó con esa explicación, porque Max oyó un ruido, como de un cuerpo que cayera en el suelo, pero no más insultos ni preguntas. Ahora que sabía que podía confiar en la pobre mujer, se decidió a esperar la noche allí. Todavía podían coger a uno de sus compañeros. Suciedera algo así o no, las cosas se calmarían con el paso del tiempo.

O eso pensó hasta que oyó el ruido de una llave que giraba en la cerradura de la puerta de acceso. Lo estaban encerrando.

Capítulo 18

Un día completo escondido en un desván era mucho tiempo. A mediodía el estómago empezó a molestarle. Había desayunado bien, pero el aburrimiento y el hambre eran malas compañeras. Por eso, Max decidió dedicar el resto de la tarde a meditar. Era algo que había empleado en numerosas ocasiones para hacer más cortos los trayectos intercontinentales de avión. Y siempre le funcionó. Excepto aquella vez camino de Shanghái. Pero esa había sido una excepción. Demasiadas cosas en la cabeza, demasiado ruido emocional. Las cosas nunca funcionaban como era debido si las emociones salían a relucir.

Se sentó en el suelo, sobre una alfombra vieja y polvorienta, y cruzó las piernas. A su alrededor solo había muebles cubiertos con grandes sábanas blancas, como fantasmas de una vida anterior. Por un momento, Max se preguntó por qué alguien tan rico como un narcotraficante guardaría ese tipo de cosas. Sobre todo cuando no hacían lo mismo con las personas. El patriarca de los Mejicanos de seguro no dudaría en eliminar de un plumazo a cualquier esbirro que le fallara. Sin embargo, conservaba sillones anticuados, armarios cojos o cómodas que nadie usaba ya.

Instintos atávicos, supuso. Incluso las peores personas necesitaban comportarse con normalidad en la intimidad de sus hogares. De todas formas, aquello no le concernía en absoluto. De lo que se trataba en ese momento no era de dejar que su mente vagara sin control, sino de atarla en corto, de centrarse. Retrajo el mentón y entornó los ojos. De inmediato, el cerebro reconoció la postura que había adoptado, y los pensamientos que cruzaban por su mente se hicieron más lentos. Se centró en su propia respiración. En el aire que entraba por su nariz y salía por la boca. Con cada inhalación llamaba a la calma. Con cada expiración eliminaba un motivo de estrés, una preocupación. Se concentró tanto que no oyó cómo la puerta del piso de abajo se abría y unos

pasos sigilosos subían por la escalera.

Tampoco oyó la puerta del desván al abrirse, ni la respiración entrecortada de la doncella con la que se encontró unas horas antes. No reaccionó a ningún estímulo externo hasta que escuchó su voz.

—¿Señor?

Max se sobresaltó. De hecho, la voz de la criada lo sorprendió tanto que se puso en pie de un salto. Una cosa era que no lo hubiera delatado y otra que hubiera subido allí.

La chica dio un paso atrás. Max solía adoptar posturas ofensivas cuando lo sorprendían, y aquella no había sido una excepción. Se levantó con la agilidad que solo da un entrenamiento exhaustivo en artes marciales, y se encontraba dispuesto a atacar. Afortunadamente, controló sus reflejos a tiempo.

La mujer se llevó una mano al pecho. Con la otra sujetaba una cesta de mimbre. Miraba a Max con los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas por el miedo.

—Le traje comida, señor.

Max no terminaba de comprender. Lo agradecía, por supuesto, pero ¿y si la habían seguido? ¿Y si la comida estaba envenenada?

—Gracias —contestó en su español con acento inglés—. ¿Por qué te molestas?

La doncella, con un uniforme que recordaba a décadas pasadas por su vestido oscuro y su delantal blanco, echó un vistazo por encima del hombro. Tenía miedo, era evidente, de que alguien pudiera oírla.

—¿Le importa si cierro la puerta? A estas horas nunca hay nadie en los pisos superiores, pero una nunca sabe. Y menos hoy, con toda la escandalera que se ha montado.

—Claro que no, cierra con cuidado.

—Lo han estado buscando todo el día, pero parece que ya se va calmando

la cosa.

A Max le pareció que la mujer se calmaba muy rápidamente, y eso lo llevó a desconfiar de ella.

—Pero no han subido aquí.

—Me imaginé que usted habría encontrado esta puerta y la cerré con llave sin que me vieran.

Max se fijó en la cara de la criada. Tenía la marca de un fuerte golpe en un pómulo. Ella se la tapó con la mano cuando se dio cuenta de que él la observaba.

—Le he traído comida —repitió.

—Sí, ya me lo has dicho. Pero no has contestado a mi pregunta: ¿por qué?

Ella se encogió de hombros y dejó la cesta en el suelo. Se arrodilló y sacó un paquete envuelto en papel encerado. A Max le llegó un delicioso olor a atún con mahonesa. No se trataba de una delicia, precisamente, pero su estómago, vacío desde la hora del desayuno, rugió de anticipación.

—Porque me imaginé que tendría hambre. Y que necesitará reponer fuerzas si va a marcharse esta noche.

—Me refiero a por qué me ayudas. Tú trabajas aquí.

—Más que trabajar, me tienen presa. Estoy pagando una deuda... Ya sabe cómo son estas cosas. Ellos nos traen desde el otro lado y luego hay que pagarles. A mí no me importa trabajar. Ya nací trabajando, como quien dice. Pero ya ha visto las marcas.

Max asintió. Todo eso se lo había imaginado, pero su pregunta seguía sin respuesta.

—¿No ha venido a matar al patrón?

Max asintió. No era del todo cierto, claro. Cortés creía que sí, el Callo y Julen Rodríguez también; pero él esperaba no hacerlo. De todos modos, que aquella mujer pensase lo mismo le convenía.

—Entonces lo ayudaré. Si el patrón muere, ya no habrá nadie para cobrarse mi deuda. O al menos, las cosas estarán revueltas y podré escapar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Max. Le gustaban las personas valientes. Aunque su valor radicase únicamente en el coraje necesario para saber aprovechar las oportunidades que se les presentaban.

—Adela —contestó ella—. Pero eso da igual. Lo que importa es que puedo ayudarlo a llegar hasta el patrón. Y luego puedo ayudarlo a escapar también.

—Adela —dijo Max—, sabes que todo esto es muy sospechoso, ¿verdad? No sé quién eres, me traes comida...

—No está envenenada —dijo. Y mientras hablaba desenvolvió el sándwich de atún y le dio un mordisco. Lo masticó con rapidez y se tragó el bocado. Abrió una lata de refresco y dio un trago largo.

Max tuvo que admitir que aquella sí era prueba suficiente de que se podía fiar de ella. Al menos en lo que respectaba a la comida. Cogió el resto del sándwich y procedió a tranquilizar a su sistema digestivo.

Adela no era tonta y, por lo que parecía, no estaba dispuesta a perder el tiempo. La cesta contenía otros dos bocadillos que también probó. Max la miraba con una mezcla de incredulidad y admiración. Suponía que debía de estar realmente desesperada para actuar de ese modo. La verdad era que no tenía ninguna garantía de que él fuera a hacer lo que decía. Además, se ponía en peligro. Si sorprendían a Max, lo más probable era que llegasen hasta ella también. Sin embargo, allí estaba.

—¿Y si no he venido a matar a tu patrón? —preguntó Max.

La chica respiró hondo. El miedo había desaparecido por completo de sus ojos.

—Entonces te ayudaré a escapar igual, pero me iré contigo.

A Max le quedaba una única sombra de duda.

—Eres valiente, conoces el terreno. ¿Por qué no has escapado tú sola?

Adela bajó la cabeza y se tomó su tiempo antes de contestar. Max creyó notar que estaba tratando de contener el llanto.

—En primer lugar, no sé manejar las lanchas. Podría haber sobornado a alguno de los empleados del patrón, pero estaba mi hermano. Si yo me iba, lo mataban.

—¿Y qué ha pasado con él?

En ese momento Adela ya no pudo evitar que las lágrimas rodasen por sus mejillas. De todas formas, se mantuvo firme.

—Anoche lo enviaron con otros cuatro a la guarida de los Cortés. A un bar de mala muerte cerca del puerto. Allí lo mataron. Así que ya no tengo nada que perder.

La noticia golpeó a Max como un ariete en la boca del estómago. Aquella chica había encontrado el valor para huir porque él había matado a su hermano. Si hasta hacía un momento dudó entre llevársela o amordazarla y dejarla en algún lugar de la isla, ahora lo tenía todo mucho más claro. Se la llevaría con él, por supuesto que sí. Se lo debía. Además, cuando estuvieran libres hablaría con Mei para que le consiguiera documentación falsa. Una persona que había pasado por tanto a pesar de su juventud merecía un futuro digno.

—Nos iremos esta noche —anunció Max—. En cuanto oscurezca. No puedo arriesgarme a ir por tu patrón yo solo. Sería un suicidio. Pero puedo sacarte de aquí.

Adela asintió. Seria, solemne. No expresó alivio. Seguramente porque ya le habían hecho promesas parecidas con anterioridad. Alguien que las había incumplido.

—Tengo que volver al trabajo —dijo ella—. Regresaré ni bien se hayan levantado todos de la mesa. Después de cenar el patrón recibe los informes

del día y yo quedo libre. Subiré a por ti. Pero tengo que cerrar abajo, por si acaso.

Max no sabía a qué se refería con ese «por si acaso». Podía ser a la posibilidad de que alguien tratase de subir al desván si encontraba la puerta abierta. En cuyo caso lo descubrirían. O podía ser que no se fiase de él. Fuera como fuese, no se opuso.

La chica desapareció en silencio, llevándose tanto la cesta como los envoltorios de los sándwiches y las latas de refresco.

Max, por su parte, se quedó solo sobre la alfombra, oyendo el repiquetear de la lluvia por encima de su cabeza y sintiendo cómo la culpa se le instalaba en el pecho una vez más. Parecía imposible que pudiera hacer su trabajo sin interferir en la vida de algún inocente. Esperaba, por lo menos, poder ayudar a Adela.

Ella volvió cuando el exterior estaba iluminado tan solo por una media luna que reflejaba una luz mortecina y engañosa. Se había quitado el uniforme y llevaba unos vaqueros muy gastados, una camisa parda que le iba grande y una cazadora oscura. A la espalda cargaba una mochila que no parecía pesar mucho. Max no había pensado en ello, pero resultaba evidente que Adela no atesoraba demasiadas posesiones.

—Bajaremos por las escaleras de servicio —dijo sin siquiera saludar.

—¿Y qué pasa con el tramo de pasillo?

—Todo el mundo está abajo. Acabo de hacer el camino inverso y no me he cruzado con nadie. Mis compañeras tienen demasiado miedo y los hombres están todos abajo.

Max no tenía un plan mejor. Si se tratase solo de él, habría bajado escalando, del mismo modo que subió. Pero Adela, por mucho coraje que tuviera, no parecía preparada para el descenso. De modo que la siguió escaleras abajo.

El pasillo estaba a oscuras. Por algún motivo Max había esperado encontrarlo iluminado. Por supuesto, aquello los favorecía. Adela se movía en silencio y con rapidez. Lo único que sonaba en la negrura era una de las hebillas de la mochila. Un sonido tintineante, muy quedo. Nada de lo que preocuparse.

Llegaron sin problemas a la puerta que daba acceso a la escalera por la que bajarían.

—En la planta baja hay dos salidas. Una da al vestíbulo principal y la otra a las cocinas —dijo Adela.

—Usaremos la de las cocinas —dijo Max.

—Allí sí habrá alguien. No estoy segura de cuánta gente, pero al menos una cocinera y una doncella. Los hombres se pasan la noche bebiendo y a veces ordenan algo para comer. No les hagas daño. No es culpa suya.

Max echó mano de la Beretta que había permanecido todo ese tiempo en el bolsillo de su cazadora.

—Les apuntaré y tú me ayudarás a amordazarlas. Nadie más puede salir con nosotros. Ya es bastante peligroso que vayamos los dos.

—No te preocupes, ellas también tienen hermanos, primos, padres o tíos. No querrán irse.

Bajaron los dos pisos en el mismo silencio casi sepulcral con que habían recorrido el pasillo, apenas interrumpido por el tintineo de la hebilla de Adela. Ya en la planta baja, fue ella quien abrió la puerta de la cocina. Tal como le indicó, dos mujeres de largo pelo moreno se encontraban al otro lado. Charlaban animadamente junto a un aparato de radio. Les daban la espalda, así que no se dieron cuenta de que habían entrado hasta que fue demasiado tarde. Max y Adela llegaron hasta ellas y Max sacó el arma.

—No gritéis —dijo— y no os pasará nada.

—¿Adela? —preguntó la criada—. ¿Estás loca? ¡Te van a matar!

—Si no decís nada, no sabrán que me he ido hasta la mañana. Por favor. Yo haría lo mismo por vosotras.

—No hace falta que nos apuntes, gringo —dijo la cocinera—. Si Adela puede irse, pues está bien. Que se vaya. Nosotras también lo haríamos si pudiéramos. Pero salid de aquí de prisa. Todavía no han empezado a pedir sus bebidas, así que pueden aparecer en cualquier momento.

Adela asintió y Max bajó el arma. No hubo más despedidas. La mujer abrió la puerta de la cocina que daba al exterior y se perdió en la oscuridad del jardín. Max salió tras ella. El tintineo de la hebilla marcaba el camino, por lo demás, en absoluta penumbra. La casa no estaba rodeada por grandes focos ni por un sistema de seguridad. Al menos no por uno fácilmente identificable.

A Max le satisfizo comprobar que Adela era una mujer prudente. En lugar de dirigirse al camino de la playa escogió pasar a través del bosquecillo que rodeaba toda la isla. Justo la estrategia que él mismo había sugerido a sus compañeros esa mañana.

Una vez a cubierto, le volvió a advertir.

—Habrán hombres guardando las lanchas. Son una panda de flojos porque nunca se atreve nadie a venir. Pero alguien habrá.

—Entonces camina detrás de mí.

Max sabía lo que tenía que hacer. Aunque aquellos tipos fueran los padres, hermanos, primos o tíos de alguna otra doncella, debía reducirlos si quería salir de allí con vida.

Llegaron a la playa en pocos minutos. La isla era mucho más pequeña que aquella en la que Cortés había levantado su residencia. De nuevo se cumplieron las predicciones de Adela. Bajo un techado de hojas de palmera, un grupo de tres hombres fumaban y reían. Estaban sentados alrededor de una mesa sobre la que había una baraja de cartas a las que nadie hacía caso. Para ser un día en el que la isla fue atacada por intrusos, la actitud de aquellos

vigilantes resultaba sospechosamente laxa.

Adela pareció leerle el pensamiento.

—Por eso Cortés siempre les lleva la delantera a estos mejicanos.

—Sígueme y no hagas ruido.

Las condiciones no eran las mejores. La media luna apenas iluminaba la superficie de la playa, así que lo que planteaba hacer resultaba muy arriesgado. Se movió, encorvado, hacia la orilla. Su plan consistía en empujar la lancha más alejada del refugio de los guardias dentro del agua y saltar dentro. Luego la pondría en marcha y dispararía al casco de las otras. Se delataría, pero evitaría que pudieran perseguir.

Contó cuatro planeadoras mal varadas en la arena. La que más lejos estaba de los hombres a los que pretendía sorprender también se encontraba más hundida en la arena. Afortunadamente, Adela no mintió cuando le dijo que estaba acostumbrada a trabajar duro. En cuanto lo vio empujar, unió sus fuerzas a las de él. Ambos miraban por encima del hombro cada pocos segundos, pero los vigilantes seguían enfrascados en su conversación.

Poco a poco, la embarcación comenzó a flotar. Max y Adela ganaron cada centímetro con sudor. Max sentía los músculos de los brazos, las piernas y la espalda tan tensos como alambres. Calculó que la mujer debía de estar exhausta, pero ella no se quejó. Al contrario, cuando la lancha ya estuvo en el agua, trepó por la borda y se dejó caer en el interior. Max habría saltado, pero no quería arriesgarse a hacer ningún ruido que alertase a los hombres de guardia antes de tiempo.

Una vez a bordo, se aseguró de que las llaves estuvieran puestas. Él no las habría dejado, pero aquella isla era el colmo de la desorganización. En efecto, las llaves colgaban del contacto.

—No sabrás pilotar esto, ¿verdad?

Adela negó.

Lo ideal habría sido que ella condujese mientras él disparaba. Así Max podría haber dedicado toda su atención a agujerear los cascos del resto de embarcaciones. Siendo las cosas como eran, disparó primero.

Las detonaciones sobresaltaron a los vigilantes, que brincaron de sus sillas, con los semblantes demudados por la sorpresa y algo que podía leerse como miedo. No sabían lo que estaba pasando y eso le dio tiempo a Max para efectuar seis disparos: dos a la lancha más lejana, otros dos a la de en medio y dos más a la más cercana. No sabía cuánto daño había provocado, pero tendría que bastar.

Se metió el arma en el bolsillo de la cazadora y se dirigió al timón, pero Adela lo detuvo.

—¡Dame la pistola! —gritó.

Max no estaba dispuesto a cometer esa locura.

—Dispararé mientras huimos.

La chica temblaba y los ojos se le habían vuelto a agrandar, pero su determinación no la abandonaba. Además, Max no se engañaba. Toda la ayuda que ella pudiera prestarle les haría más fácil la huida. Así que le entregó la Beretta y puso en marcha la barca.

El motor rugió como un gran felino mientras Adela descargaba el arma con más voluntad que acierto. Pero, con puntería o sin ella, su intervención hizo que ganaran unos segundos cruciales. La oscuridad de la bahía los escondió hasta que llegaron a tierra firme.

—Yo me despido aquí —dijo Adela cuando desembarcaron—. No quiero comprometerte más.

Max se dijo que no era ella quien lo había comprometido, sino él mismo al asesinar a su hermano.

—Puedo ayudarte con los papeles. Y conseguirte un trabajo. Tengo contactos.

—¿Eres policía? —preguntó ella.

—No.

Adela lo miró de arriba abajo como si no lo hubiera visto hasta entonces.

—No sé quién eres, ni quiero saberlo. Pero me las apañaré.

Max quiso insistir. Si la chica se marchaba, lo dejaría allí, con la culpa consumiéndolo por dentro. Pero sabía que no debía. Si ella llegaba a adivinar qué motivos lo impulsaban a ayudarla se sentiría traicionada una vez más. Y no lo merecía, ya había sufrido demasiado.

—Cuídate, Adela —dijo en cambio. Y nunca volvió a saber de ella.

Capítulo 19

En Londres, la residencia de Max se encontraba en uno de los barrios más ricos de la ciudad. Mayfair era una zona residencial limpia, tranquila, cercana al parque más grande de la capital inglesa, Hyde Park. Por el contrario, el motel que Adam le había escogido como parte de su tapadera albergaba todo tipo de inquilinos. Ninguno de ellos distinguido.

A pesar de la pelea conyugal de la habitación de la izquierda, que se había prolongado hasta altas horas de la madrugada, Max durmió como un tronco. Tampoco le molestaron los intercambios sexuales onerosos de la derecha, aderezados con golpes del cabecero de la cama que hicieron temblar los cuadros anticuados que adornaban las paredes. Ni los altercados ocurridos en la zona del aparcamiento y protagonizados por yonquis y camellos de la más baja estofa.

Max había pasado noches en lugares peores, selvas, desiertos, campos de prisioneros, cárceles... Un poco de ruido no impidió que le diera a su cuerpo y a su mente el descanso que ambos necesitaban.

Despedirse de Adela no había sido fácil. La mujer mostró un coraje sorprendente. Aunque quizá no lo fuera tanto. Emigrar siempre suponía un acto de valentía, dejar atrás lo conocido, aunque malo, esperando encontrar algo mejor, que no siempre resultaba ser cierto. En el caso de Adela, se había encontrado con el clan de los Mejicanos, y los Mejicanos se habían topado con Max. Cornell no creía que fuera a librarse nunca del sentimiento de culpa por esa muerte.

En la mayoría de las misiones que aceptaba los muertos permanecían en un cómodo anonimato. Ponerles rostro los convertía en personas de carne y hueso. Personas con familias, con vidas. Por eso despedirse de Adela le había resultado duro. No podía decirle el motivo por el cual quería ayudarla. No

podía intentar siquiera que su conciencia quedase limpia.

Cuando despertó, arropado por la colcha descolorida y salpicada de quemaduras de cigarrillo, su cuerpo se encontraba mejor y notó la cabeza despejada, pero cierto peso en el pecho. Los problemas de conciencia no se solucionaban tras un sueño profundo.

Hizo una pequeña lista mental de lo que debía hacer aquel día: sin prisa, para no dar la impresión de estar desesperado o de buscar otra cosa, tenía que acercarse hasta Cortés. El problema era que no sabía dónde encontrarlo. Desde luego, no estaría en el Miami Sound Machine, Max no conocía la ubicación de la isla donde tenía su casa ni tampoco ningún otro centro de operaciones en tierra firme.

Por supuesto, podía comprobar si sus localizadores le devolvían una ubicación accesible. Pero lo haría después del desayuno. Los ladrones de poca monta como Tim Raven no madrugaban. Y mucho menos tras haber estado al borde de la muerte. Esa era la historia que le contaría al Tuerto. No sin antes preguntar por los otros dos. Aunque estaba bastante seguro de que tanto Julen como el Callo pudieron escapar. De no haber sido así, Adela le habría dicho algo.

Max se duchó y se vistió con prisa. Aunque el desayuno bufé del motel no sería ninguna maravilla, necesitaba darle a su cuerpo algo de combustible para seguir con el día. Salió al pasillo exterior y contempló en todo su esplendor el lugar en el que se hospedaba. Parecía que Adam hubiera buscado a propósito el último agujero inmundo sobre la faz de la Tierra. Por supuesto, el suelo seguía mojado. Aunque en ese momento el cielo les ofrecía una tregua, durante la noche llovió a intervalos regulares.

Para llegar al comedor había que pasar por la zona de recepción. Desde el mostrador principal una mujer con el pelo teñido de naranja, que dejaba ver unas raíces negras extrañamente estéticas, le indicó el camino.

—Marina le ayudará. El desayuno no está incluido en el precio de la habitación. ¿Seguro que puede pagarlo?

Max ni siquiera se ofendió por la pregunta. Era muy consciente del lugar en que se encontraba y del aspecto que él mismo ofrecía. Sacó unos billetes del bolsillo de aquella chaqueta de cuero que se había convertido en una especie de segunda piel.

—Se lo dejo pagado, no se preocupe.

Un hombre vestido con harapos que los miraba tras la puerta automática de la entrada se animó a traspasarla cuando vio cómo el dinero cambiaba de manos.

—Si sobra algo, dámelo, Janis —dijo. Janis era el nombre que relucía en la chapa identificativa que la recepcionista llevaba en el pecho.

—No sobra nada, Lucio —contestó ella. Para sorpresa de Max, no empleó un tono severo. Por lo visto aquella escena era bastante habitual.

—¿Quieres comer algo, amigo? —le preguntó al desconocido.

—Prefiero beber algo, ¿sabes? Para mantener la línea.

Mientras lo decía, Lucio se pasó las manos por los costados. La gabardina que ocultaba su cuerpo no dejaba ver si era gordo o delgado, pero, desde luego, no estaba en forma. Max le dio un billete de diez dólares. Él había matado a tres hombres dos noches antes, no era quien para juzgar a un borracho que solo se hacía daño a sí mismo.

Janis, la recepcionista, negó con la cabeza.

—Va a terminar matándose, ¿sabe? —le dijo a Max—. No le ha hecho ningún bien.

—Vamos a morir de todos modos, ¿no? —contestó él encogiéndose de hombros. Y se dirigió al comedor.

Allí, efectivamente, lo esperaba un desayuno abundante en azúcares. Dos cajas de cereales, algunos yogures baratos, termos de leche y café y una gran

bandeja etiquetada con un cartelito plastificado que anunciaba que contenía huevos le dieron la bienvenida. También vio una tostadora relativamente limpia, pan de molde y algunas piezas de bollería que el día anterior tampoco habían sido recientes.

Las cuatro mesas preparadas para los huéspedes estaban vacías. Tres de ellas todavía presentaban restos de migas, tazas medio vacías y boles sucios. Max escogió una de las mesas despejadas y se dirigió a una chica vestida con el uniforme azul que la identificaba como trabajadora del motel.

—Buenos días —saludó—. ¿Hay platos y tazas limpios?

Ella no se dio la vuelta para contestar. Se limitó a indicar con el dedo el lugar en el que alguien había apilado la vajilla y la cubertería.

—Gracias —dijo Max de todos modos.

Lo primero que hizo fue servirse un café solo y dejarlo sobre su mesa. Luego cogió dos rebanadas de pan y probó suerte en la bandeja cubierta de los huevos. Cuando la abrió, un olor muy agradable acompañó a la nube de vapor que salió de su interior. Aquello mejoraba sensiblemente la mañana.

Una vez en su mesa, se centró en lo que estaba haciendo. En la textura del pan, en el sabor del café. Así consiguió que el ruido desapareciese de su cerebro. Distráido como estaba, no se dio cuenta de que Marina —la chica del uniforme azul— había reparado en su presencia. Como solía pasarle, cuando la mujer se fijó en su constitución, en sus ojos verdes y en su buena planta, que ni siquiera la horrible ropa que llevaba lograba ocultar, su actitud hacia él cambió de forma radical.

—Buenos días, caballero. Me llamo Marina —dijo señalando la chapita dorada correspondiente—. Si desea algo, no tiene más que pedírmelo.

Acompañó el ofrecimiento con un guiño en absoluto ambiguo. Max se limitó a asentir.

—No me importaría tomar otro café. Los huevos están muy ricos, por

cierto.

—Usted también está muy rico —contestó ella con total desvergüenza.

El uniforme le sentaba bien. Hacía resaltar una cintura muy estrecha y le marcaba las pronunciadas caderas. Aunque lo mejor de la chica eran unos ojos del color de las almendras, traviosos, y una bonita sonrisa. Si había algo que la afeara eran las orejas, que sobresalían bajo el pelo tirante, que mantenía sujeto en una cola de caballo.

No esperó a que Max reaccionara a su cumplido, se dio la vuelta en dirección a los termos de café. Caminaba haciendo oscilar las caderas con una cadencia sinuosa llena de promesas. Cuando llegó hasta el mostrador se inclinó y la tela de la falda se estiró todavía más sobre unos glúteos redondos y tersos, como una manzana recién recogida del árbol.

Sin que pudiera evitarlo, Max se acordó de Malena. Cualquier comparación entre ambas mujeres era absolutamente injusta, por supuesto. Mientras que Marina resultaba graciosa, pizpireta; Malena era toda provocación, clase, misterio.

—Gracias por el café —dijo cuando la empleada regresó a su mesa. Ella debió de ver que no tenía ninguna oportunidad de triunfar en aquella plaza y se limitó a despedirse de una manera mucho más profesional.

—De nada —contestó—. Espero que disfrute de su estancia.

Por algún motivo, aquel final para una historia que no había comenzado siquiera entristeció a Max, que no tardó en terminar su desayuno y regresar a su habitación.

Capítulo 20

Adam le había explicado que el equipo informático estaba escondido en un doble fondo debajo de la cama. Una precaución más que comprensible teniendo en cuenta el vecindario. Aunque la verdad era que a Max no le apetecía en absoluto arrastrarse por un suelo que seguramente estaba plagado de restos de fluidos de huéspedes anteriores. En cualquier caso, el trabajo era el trabajo y Cornell jamás había sido un tipo escrupuloso. Así que se quitó la chaqueta y se tumbó sobre el estómago.

Por fortuna, el servicio de habitaciones había hecho su trabajo y no encontró bajo la cama más que algunas pelusas, así que golpeó las tablas, menos desgastadas allí debajo donde nadie las pisaba, hasta que encontró el lugar en el que sonaban a hueco. Hallar el resorte que le dio acceso al doble fondo fue sencillo.

El equipo se reducía a un ordenador portátil más que potente al que se accedía sin contraseña. No hacía falta. El disco duro estaba vacío, excepto por el *software* de seguimiento, que solo daría datos útiles a quien supiera lo que estaba buscando. Una vez más, como siempre que tenía que realizar alguna tarea relacionada con las comunicaciones o la tecnología, echó de menos a Mei. De hecho, las cosas habrían sido mucho más fáciles de haber contado con la presencia de su experta desde el principio.

Activó el programa que necesitaba y no tardó en encontrar uno de los localizadores que había colocado a Julen y al Callo. Uno de los dos se encontraba en el Centro. Algo que le venía muy bien para hacerse el encontradizo. No resultaría extraño que el inglés Tim Raven quisiera familiarizarse con esa parte de Miami y se topara por casualidad con una de las personas que podían llevarlo hasta Cortés. Además, podría contarle cómo habían salido de la isla de los Mejicanos.

Sin embargo, el buen ánimo de Max se desvaneció casi por completo cuando se dio cuenta de que su objetivo no se encontraba en un lugar cualquiera del Centro. Aquel lugar era el barrio donde él y Adam habían visitado a Sean Eaton. Sin que pudiera hacer nada por evitarlo, la conversación que tuvieron con el hombre se reprodujo a cámara lenta en su cabeza. El nerviosismo del agente, su reticencia, el modo en que había perdido el color cuando Adam y él mencionaron cuál era su objetivo.

Tal y como estaban las cosas, Max no podía permitirse cargar con otra muerte a sus espaldas. Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, se levantó de la silla desde donde miraba la pantalla del portátil y se puso la chaqueta. La Beretta seguía en su bolsillo. Tendría que comprar balas de camino al Centro... Si es que lograba llegar.

Fuera, la lluvia había vuelto a hacer acto de presencia. Eso hacía que el *parking* se encontrase casi desierto, lo que le ponía las cosas más fáciles a la hora de robar un coche. Porque su destantalada *pick-up* estaba en el puerto, por supuesto. Allí la dejó dos noches antes, cuando fue al bar del clan Cortés. Y allí se habría quedado.

Se asomó por el murete de piedra. Cabía la posibilidad de que Adam se la hubiera llevado hasta allí. Aunque no parecía probable.

Bajó por las escaleras de cemento, tan desgastadas que se habían formado charcos en algunas de ellas, y recorrió el estacionamiento completo con la vista. Ni rastro del vehículo. Antes de forzar la portezuela de alguno de los que estaban aparcados comprobó el *parking* trasero. Las posibilidades eran mínimas, pero debía agotarlas.

Cruzó por el hueco que separaba las dos alas del motel. Encontró modelos antiguos de coches americanos descomunales. Muchos modelos Ford que habían conocido tiempos mejores, una camioneta Chevrolet con más óxido que pintura en la carrocería, pero ni rastro de su *pick-up*. Ni en sueños había

pensado que echaría tanto de menos un vehículo tan deficiente.

Lo único que le quedaba por hacer era acercarse al coche más vulnerable y llevárselo. Si había por allí un modelo superviviente de los años ochenta que le permitiera hacer un puente, tanto mejor. Se cubrió de la lluvia, que ya arreciaba, y caminó hacia el extremo del motel. Era el sitio más alejado de la recepción y donde menos posibilidades había de que lo descubrieran.

Ya se estaba preguntando cómo forzaría la puerta cuando la vio. Aparcada en una esquina apenas visible, junto a la salida de emergencia. Allí estaba su vehículo, destacando por encima de los demás coches por su aspecto aún más desastroso.

—Te quiero, Adam—murmuró.

Y se acercó a la puerta del conductor. Por supuesto, estaba abierta. Adam guardó las llaves en el parasol, como un buen americano imprudente. Aunque la verdad era que no había nada que temer; ¿quién robaría una furgoneta así? Tenía que acordarse de darle las gracias a su amigo y compañero cuando se encontraran.

Salir del *parking* del motel fue sencillo. La lluvia mantenía a todo el mundo en el interior. Hasta las prostitutas y los camellos habían desaparecido. Pero el tráfico no había mejorado desde la llegada de Max a Miami. Las carreteras estaban completamente colapsadas. Recorrer unos metros le llevaba largos minutos. Y Max se desesperaba porque cada vez que el segundero daba la vuelta a la esfera del reloj estaba más lejos de salvar la vida de Eaton, si es que eso todavía era posible.

De todas maneras, acudió a sus ejercicios de relajación. No podía hacer nada más que permanecer en el coche y esperar con paciencia a que el embotellamiento se aligerara lo suficiente. Cuando supo que ya podía controlar los nervios, Max encendió la radio.

En perfecto español, una locutora resumía el caos en que se había

convertido la ciudad. Al parecer, la gente llegaba tarde a sus puestos de trabajo, el sistema de alcantarillado no se daba abasto con el agua de lluvia y algunas de las leyendas urbanas que corrían sobre la ciudad resultaban ser ciertas.

Un cocodrilo había salido de una cloaca y el Centro de Control de Plagas tuvo que capturarlo. El pánico había cundido en la zona y hasta se cerró un colegio cercano. El alcalde recomendaba calma y paciencia, pero a Max no le sobraba ninguna de las dos.

Valoró la posibilidad de abandonar la furgoneta y llegar caminando. Podía hacerlo en un tiempo razonable y sin desperdiciar demasiadas energías. Estaba entrenado para ello. Pero no tenía una excusa que lo justificara. ¿Y si se encontraba con Julen Rodríguez o el Callo? ¿Qué diría si le preguntaban por su coche? En Estados Unidos nadie caminaba. Así que Max estaba atrapado en un vehículo diseñado para ayudarlo y que en realidad le ponía las cosas mucho más difíciles.

Cansado de las recomendaciones radiofónicas, cambió de emisora. Las ondas le devolvieron la misma canción que lo había recibido en el Miami Sound Machine la noche que conoció a Cortés: un hombre, cuyo nombre no conseguía recordar, explicaba que todo había valido la pena porque fue necesario para estar con su amor. Max, por su parte, se preguntaba si de verdad algo de lo sucedido en ese par de días había merecido la pena. Quizá, como mucho, haber conocido a Malena. Con quien ni siquiera tuvo el placer de hablar... ni de ninguna otra cosa.

Cuando ya creía que nunca saldría de allí, el semáforo se puso en verde y Max pudo acelerar. Por lo que no podía ser más que un milagro, la calle por la que necesitaba circular se encontraba razonablemente vacía. Le dio las gracias a los estúpidos que se deshacían de los cocodrilos tirándolos por el retrete. Seguro que ese miedo hizo que algunos conductores se lo pensarán dos veces

antes de salir a la calle.

Los limpiaparabrisas trabajaban a toda velocidad, y aun así la visibilidad de Max no era ni mucho menos óptima. De hecho, estuvo a punto de pasar de largo ante el edificio donde habían visitado a Eaton. Por fortuna lo distinguió a tiempo. Aunque aparcar aquella furgoneta de tamaño descomunal tampoco resultó fácil. Lo que los cocodrilos le dieron por un lado, se lo quitaron por otro. Dio un par de vueltas a la manzana y, perdida ya la paciencia, terminó por dejar la *pick-up* en la acera. No estaban las cosas para preocuparse por una multa.

Salió del vehículo, se subió el cuello de la chaqueta sin que eso evitase que la lluvia lo calase hasta los huesos y se dirigió a la entrada del edificio de Eaton. Por supuesto, no se cruzó con nadie por el camino.

Cuando llegó, descubrió que entrar no iba a resultar tan sencillo como le habría gustado. ¿Por qué tenía que torcerse todo esa maldita mañana?

Una multitud de paraguas multicolores que contrastaban con el tiempo plomizo se agitaban frente a las escaleras principales. A Max le pareció que todas aquellas personas no podían vivir allí. Seguro que la mayoría eran curiosos. Siempre sobraban cotillas cuando pasaba algo. Aunque no se imaginaba siquiera qué era lo que pudo pasar. Así que se acercó a ver si se enteraba de algo.

Un hombre que se cubría con un paraguas amarillo chillón le advirtió de que no podría pasar por mucho que lo intentara.

—Yo vivo en el sexto piso y no me dejan subir a casa —dijo con un marcado acento cubano—. Y a usted no lo he visto nunca por aquí, así que olvídense.

—¿Pero qué ha pasado? —le preguntó.

Una mujer muy bajita, arrugada como una pasa, que se aprovechaba de su corta estatura para cobijarse bajo los paraguas de los demás porque ella no

tenía uno, se dio la vuelta.

—Control de Plagas, mijo —dijo en español—. Algo pasó ahí y dicen que puede ser un cocodrilo.

—Parece como si fuera una anaconda —dijo el hombre del paraguas amarillo—. Llevamos aquí más de media hora. Como me resfrío y tenga que ir al hospital, los gastos se los pienso pasar al ayuntamiento. Estoy harto de que me suban el precio de las pólizas.

—No entiendo —dijo Max—. ¿Nos tienen aquí parados por una tubería rota?

—¡Como si no se rompieran nunca! —exclamó una tercera persona—. Yo estoy harta de decirle al encargado que la fontanería del edificio es un asco. Pero tampoco es culpa suya. Cuando hay una avería, él viene y la arregla. Esto es culpa de los propietarios.

—Y de quien tira cocodrilos por el baño —dijo otra persona.

—Eso son tonterías —contestó la mujer de la cara arrugada—. Excusas que ponen para no responsabilizarse. Pero esto no puede quedar así. Nos tienen que dejar subir a las casas. Yo tengo a mi nieta sola en el piso. La dejé dormida, pero ¿qué pasa si se despierta y ve que está sola? Se asustará y podría pasar cualquier desgracia.

Max pensó que en ningún caso era buena idea dejar a niños pequeños solos, pero se guardó mucho de decirlo en voz alta. Sin embargo, otro de los presentes, a cubierto bajo los paraguas, no tuvo la misma prudencia.

—Pues no haberla dejado sola.

La señora arrugada no se calló.

—¿Ahora va a ser todo culpa mía? No sabes tú a quién le estás hablando.

A partir de ese momento los ánimos se caldearon entre la gente que deseaba subir a sus casas. Al parecer, por mucho que a Max le hubiese parecido lo contrario, todos ellos eran vecinos del edificio. En cualquier caso,

la discusión le dio la oportunidad de avanzar hasta donde estaba un hombre con un impermeable amarillo y una placa colgada del cuello que lo identificaba como empleado del Departamento de Control de Plagas. Al menos, algunos de los rumores que oyó entre la multitud parecían ciertos.

—Disculpe, agente.

El sonido de esa palabra hizo que el hombre del impermeable se girase hacia Max con presteza. Una reacción que él había calculado previamente. Los empleados de Control de Plagas rara vez eran tratados con el respeto que creían que merecían, así que dirigirse a él como agente garantizaba cierta predisposición positiva.

—¿En qué puedo ayudarle? —contestó.

—¿Tiene idea de cuánto tiempo tendremos que esperar? Sé que nos mantienen aquí abajo por nuestra seguridad y que necesitan tiempo para hacer su trabajo correctamente, pero tengo un amigo enfermo ahí. Y hay una anciana detrás que ha dejado sola a su nieta en casa.

—No parece algo muy responsable, ¿verdad? —dijo el hombre.

Max se encogió de hombros.

—Ya, le entiendo. Está de acuerdo conmigo, pero no quiere meterse en líos con los vecinos, le entiendo. Llevo aquí media mañana y ya he oído de todo —dijo el exterminador—. Si quiere que le diga la verdad, no tengo ni idea de cuándo nos iremos. Y puede creerme, caballero, no hay nadie que tenga más ganas de cerrar esto que yo. Tengo la impresión de que me están creciendo hongos en los dedos de los pies, con tanta humedad.

—¿Y qué es lo que pasa?

A Max le encantó descubrir que el hombre tuviese tantas ganas de hablar. Quizá no le permitiera subir, pero procuraría obtener toda la información que pudiera.

—Tampoco estamos seguros de eso. Esta zona es problemática. De hecho,

toda la ciudad lo es. La radio y la televisión hablan de cocodrilos, pero eso es anecdótico. Lo verdaderamente peligroso es que esta lluvia hace que todas las ratas salgan de las alcantarillas. Así que estamos en peligro de que surja algún tipo de infección epidémica. El alcalde se niega a cerrar escuelas y organismos públicos. ¿Y quién paga el pato? Yo se lo diré, señor mío: Control de Plagas. Tenemos que acudir a cada aviso y comprobar que no haya ratas u otros animales. El problema es que las hay. Así que tenemos que valorar si son un peligro mayor real o podemos dejar la zona abierta al público. Llevamos días así. Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que dormí ocho horas seguidas.

Max asentía con educación al discurso imparable de aquel hombre, pero la verdad era que se había desconectado en cuanto dijo que no sabía lo que pasaba en realidad. A su espalda, por el contrario, la trifulca originada por el hecho de que la abuela dejara sola a su nieta se había calmado. Los vecinos escuchaban con atención.

—¿Entonces están aquí por un aviso? —preguntó Max sin mucha esperanza de obtener información realmente valiosa.

—Sí, una vecina del tercer piso ha llamado asustada. Al parecer las paredes de su salón se están tiñendo de rojo. Yo creo que no será nada. Nunca es nada, pero el protocolo es el que es. Además, las mujeres mayores, ya se sabe, viven solas, no tienen con quién hablar y en cuanto enganchan a alguien ya no lo dejan ir. Seguro que mi compañero está atrapado en ese piso, con una taza de café negro y unas galletas. Le cambiaría el sitio encantado, si quiere que le diga la verdad.

Max distinguió la voz de la mujer arrugada a su espalda.

—¡Como si tú no hablaras como una cotorra! —gritó.

El hombre iba a contestar, pero Max se lo impidió. Si dejaba que se enzarzara en una pelea absurda, perdería todas las posibilidades de colarse. Y

aquel detalle de las paredes rojas no le daba en absoluto buena espina. La vecina que había avisado a Control de Plagas vivía en el tercer piso. Eaton los había recibido en el cuarto. Aquello tenía muy mala pinta. Max necesitaba subir sin mayor pérdida de tiempo.

—Esa mujer no lo va a dejar en paz —susurró—. Déjeme pasar con ella. Me aseguraré de que se meta en su casa y de que todo está bien. Si quiere, puedo darle un mensaje a su compañero. Para liberarlo de la otra mujer y que puedan irse, ya sabe.

Algo en el discurso de Max no le hizo gracia al hombre, que se irguió, muy tenso, y se negó en redondo.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero mi trabajo es el que es. También yo quiero irme, ya se lo he dicho. Pero existe un protocolo. Creo que también le he dicho eso. Así que le recomiendo que encuentre un lugar cómodo para tomar un café y regrese más tarde. De momento nadie va a pasar por aquí.

Capítulo 21

Max se retiró. La mala suerte, una vez más esa mañana, se había puesto en su contra y lo juntó con uno de esos funcionarios que trabajaban con tesón, convencidos de que su deber era prestar el mejor servicio a la comunidad.

Se abrió paso a través del bosque de paraguas, ignoró una pulla de la señora arrugada y las palabras de aliento del hombre del paraguas amarillo y salió a la acera. La lluvia había parado de repente, así que por lo menos no tenía que preocuparse de las gotas furtivas que se le colaban por el cuello. Esa pequeña tregua climatológica, Max estaba convencido de que no duraría, le daba la oportunidad de rodear el edificio con calma para encontrar el mejor lugar por donde abordarlo. Se sentía como si hubiera ido a Miami con el único objetivo de escalar fachadas.

Afortunadamente, la mole de cemento a la que se enfrentaba no era ni mucho menos inexpugnable. Como muchos otros edificios levantados en zonas poco prósperas de grandes ciudades, aquel se dividía en varias plantas cuyo elemento principal eran pasillos exteriores muy parecidos a los de los moteles. Si hubiera estado en Nueva York, habría buscado una escalera trasera de incendios, pero Miami ponía a su disposición terrazas perfectamente accesibles para alguien con su entrenamiento y experiencia.

Como había hecho hacía unas horas, buscó el punto más alejado de la pequeña multitud que se agolpaba en la entrada, echó un vistazo rápido a los lados y se encaramó a la primera terraza. No esperaba llamar la atención de nadie una vez hubiera alcanzado ese primer balcón. La mayor parte de los habitantes de las grandes ciudades no se conocía, así que podían confundirlo con un nuevo inquilino o con un visitante. Siempre que no hiciera nada sospechoso, no tenía nada que temer.

Sin embargo, detrás de las cortinas de algunos apartamentos aparecían

rostros que lo miraban con ojos agrandados por el miedo. Eso no le gustó. Si alguno de los vecinos se asustaba lo suficiente, podría salir y complicarle las cosas. Trató de tranquilizarse a sí mismo. Por lo que sabía, en aquel edificio no había nadie que pudiese resultar potencialmente peligroso. Lo único que tenía que hacer era caminar hacia las escaleras. No se fiaba del buen funcionamiento de los ascensores, y menos después de lo que le contó el empleado de Control de Plagas. Una vez allí, subiría dos plantas más y comprobaría lo que sucedía.

Lamentó muchísimo, por segunda vez esa mañana, no contar con la ayuda de Mei. Ella podría informarle de si el localizador que había detectado seguía en aquella zona. De todas formas, tendría que seguir adelante sin esa información.

Por un momento pensó que lo mejor sería acudir al apartamento de Eaton en primer lugar, pero prefirió no hacerlo. Si no estaba en casa y forzaba la entrada, habría cometido allanamiento en el domicilio de un agente federal. Aunque la prudencia no siempre era la mejor consejera, optó por dirigirse al tercer piso, su primera opción. Comprobaría si esa lluvia rojiza merecía una investigación más profunda o no.

Nada hacía prever que en las escaleras lo esperaba una sorpresa no del todo agradable. En el primer descansillo, de hecho Max se encontró con quien sin duda era el compañero del hombre que retenía a los demás vecinos en la entrada. Llevaba cara de pocos amigos. Con toda probabilidad, tenía las mismas ganas de estar allí que su compañero.

—Buenos días, agente —saludó Max. Pero la fórmula no obtuvo el mismo resultado en esa ocasión.

—No puede estar aquí, caballero —contestó el segundo empleado de Control de Plagas.

Max no tenía ninguna intención de hacer lo que hizo, pero se dio cuenta de

que el uniforme le vendría bien para entrar en casa de la vecina que había dado la alarma. De modo que apenas dejó que el funcionario terminase su frase. Se abalanzó sobre él, le retorció un brazo y se lo colocó a la espalda. En pocos segundos lo inmovilizó. Lo que necesitaba ahora era que esa inmovilización fuese algo más permanente.

—No quiero hacerle daño —dijo Max.

—Pues lo disimula usted muy bien —contestó el hombre entre jadeos.

Por lo que parecía, Max tendría que ser rápido. Había dado con dos funcionarios honestos, y el segundo, además, era del equipo de los valientes.

Sin que el otro lo esperara, Max le soltó el brazo y le aprisionó el cuello con un brazo. Con el otro cerró la llave. Solo tenía que mantenerlo así cinco o seis segundos, los suficientes para que perdiera el conocimiento. Pero, como él mismo previó, su oponente no estaba dispuesto a rendirse, sino a plantar cara. Arriesgándose a partirse el cuello, el funcionario utilizó toda su fuerza para dejarse caer hacia abajo y desestabilizar a Max. Este no cayó, pero tuvo que soltarlo. Su primer plan había fallado.

Si el empleado de Control de Plagas decidía correr, Max se encontraría en apuros. Afortunadamente para él, prefirió pelear. El hombre estaba en forma, así que aprovechó el elemento sorpresa y recuperó el par de escalones que había perdido. Ahora los dos estaban en el descansillo. Max vio cómo adoptaba una postura propia del taekwondo. Por su parte, tomó una actitud defensiva y esperó a que el otro atacara.

El hombre era ágil y no subestimó a Max, pero Max tenía mejor entrenamiento y mucha más experiencia. Esquivó la primera patada y se acercó lo suficiente para poder golpearlo en el mentón. Lo que no había conseguido con la llave de estrangulación lo consiguió con un golpe seco. La cabeza del hombre cayó hacia atrás con fuerza y los huesos del cráneo y las vértebras pinzaron los nervios adecuados. Sin saber cómo fue que sucedió,

cayó inconsciente.

Max evitó que diera contra el suelo. Bastante daño había causado ya. Le quitó el impermeable y la placa y buscó en sus bolsillos algo con qué inmovilizarlo. Encontró cinta métrica. No era lo mejor, pero tampoco tenía otra cosa. Dejar al hombre expuesto a mitad de la escalera no podría considerarse una idea brillante, pero tendría que bastar.

Vestido con el impermeable amarillo, y con la placa robada colgada al cuello, subió por fin los dos pisos que lo separaban de las paredes sobre las cuales había llovido agua roja. Respiró hondo. No sabía a qué puerta dirigirse, así que recorrió la terraza buscando un indicio. No le costó demasiado ver unas huellas húmedas que parecían recientes y que, efectivamente, presentaban cierto color rojizo.

Se colocó ante la puerta y se peinó el pelo con los dedos. Por fortuna no se había puesto gomina para continuar con su disfraz de ladrón de poca monta, así que su aspecto podía pasar por adecuado. Habría que ver si la mujer creía que un ciudadano inglés podía trabajar para el Departamento de Control de Plagas.

Capítulo 22

La mujer que abrió la puerta podría haber sido prima, o incluso hermana, de la señora arrugada y bajita que había dejado a su nieta sola en casa. Desde su metro y medio de altura miró a Max de arriba abajo, como si en lugar de una vecina del *downtown* fuese algún tipo de monarca. Max casi se sintió intimidado,

—Buenos días, señora.

Los ojos de la mujer, diminutos tras los gruesos cristales de unas gafas de concha, lo miraban con inteligencia.

—Veo que al final he convencido a su compañero de que esto no se puede quedar así —dijo ella sin contestar al saludo de Max.

—Es usted muy persuasiva.

La mujer soltó un pequeño gruñido y le franqueó la entrada. Max no sabía cómo entretuvo al funcionario durante tanto tiempo, pero desde luego no había sido con una taza de café y unas pastas.

La entrada del piso estaba impoluta y olía a limpio. También a ambientador con aroma de limón. Excepto por un tufillo ciertamente desagradable que llegaba desde la izquierda. Max se dirigió hacia allí sin que nadie le dijera que era el camino adecuado.

—Al menos no tendré que repetir toda la historia desde el principio —dijo la mujer.

—Me temo, señora, que necesito que lo haga. Al menos los detalles más importantes.

La mujer se cruzó de brazos antes de contestar.

—Mire, joven, tiene usted una placa dorada muy brillante y muy bonita. Pero yo tengo un salón lleno de pintura roja, aunque creo que es sangre. No sé por qué les han enviado a ustedes en lugar de a la policía. Pero ya que están

aquí, necesito que hagan su trabajo. No hay detalles importantes ni pequeños.

La mujer se expresaba con una claridad y una vehemencia que hicieron pensar a Max que debía de tratarse de una profesora.

—Entre en el salón. Es esa puerta de ahí. Y dígame qué necesita que le cuente yo que usted no vea por sí mismo.

Max abrió la puerta. Efectivamente, no había mucho más que añadir al espectáculo que presentaba la pared principal del salón. Una cortina de un ocre rojizo cubría buena parte de ella. El estropicio también afectaba a un trozo del techo, por lo demás blanco. Max echó un vistazo más amplio al resto de la habitación. Estaba en perfecto orden. Sobre uno de los estantes del mueble de la televisión había una fotografía de un colegio. La señora, en efecto, era profesora.

—Ya le he dicho a tu compañero que el problema viene de ahí —dijo señalando el conducto de ventilación—. Pero me ha dicho que no podía abrirlo porque eso me pondría en riesgo. Porque podría haber ratas. ¡Tonterías! Lo que os pasa es que no os gusta trabajar. A mí me da igual. Ya le he dicho que os voy a poner una queja y que pediré que los arreglos de esto los pague el ayuntamiento. Estoy muy cansada de que a los ciudadanos decentes se nos tome el pelo.

—Si me trae un destornillador, echaré un vistazo.

La mujer pareció sorprendida.

—Vaya, pues es usted mucho más dispuesto que su compañero. Y eso que es extranjero. Por cierto, no sabía que los extranjeros podían entrar en el Departamento de Control de Plagas.

Max no contestó. No tenía ninguna intención de entrar en una discusión sobre los derechos y deberes de los inmigrantes.

—Si me trae el destornillador, por favor —insistió—. Y una escalera para poder subirme.

La mujer, que ya había echado a andar en busca de la herramienta, se dio la vuelta.

—¿No ha traído escalera? Su compañero me dijo que bajaba a por una. Veo que son todos igual de incompetentes.

—Si lo prefiere, puedo subirme en una silla.

—Le traeré una banqueta, descuide.

Max esperó con toda la calma de la que fue capaz hasta que la mujer estuvo de vuelta. Con o sin razón, la profesora irradiaba una hostilidad que casi podía cortarse con un cuchillo.

Cuando se hubo subido a la banqueta y estaba ya a punto de quitar la rejilla que daba acceso al conducto de ventilación, Max creyó que sería buena idea que la mujer no viese lo que podía caer de ahí arriba.

—No quiero abusar de su hospitalidad, pero ¿podría traerme un vaso de agua?

—No, señor mío. No podría traerle un vaso de agua. Abra esa cosa y saque de ahí lo que sea que está destrozando mis paredes. O llamaré a la policía yo misma, no tenga ninguna duda.

Max tampoco podía permitirse perder más tiempo, así que comenzó a desatornillar la rejilla.

En el momento en el que extrajo el segundo tornillo, algo se movió fuera del alcance de su vista. Algo que liberó espacio suficiente para que un chorro de agua mezclada con algo rojo oscuro cayera a modo de cascada.

—¡Por amor de Dios! —exclamó la señora.

Y aquello no había hecho más que empezar.

—¿Está seguro de que no quiere ir a la cocina? —preguntó Max. No hizo ningún esfuerzo para engañar a la mujer y ella tampoco se molestó en ocultar que sabía que algo marchaba muy mal.

—Nadie va a decirme en qué parte de mi propia casa debo quedarme. No,

no prefiero irme a la cocina. Prefiero saber qué ha pasado en el piso de arriba. La policía va a necesitar testigos.

Max ahogó un suspiro. Por lo general se quejaba de que la mayor parte de las personas pecaban de pusilánimes. En ese momento habría dado casi cualquier cosa para encontrar a uno de esos ciudadanos pasivos que preferían alejarse del peligro. Pero no podía elegir, así que extrajo los dos tornillos que le quedaban.

Tuvo la precaución de sujetar la rejilla con la mano libre para que lo que fuera que esperaba dentro no cayera como un peso muerto en mitad del salón.

—Apártese, por lo menos, para que esto no salpique. Le advierto que no tiene buena pinta.

—No me diga —replicó la dueña del piso. Yo pensaba que sería alguna reliquia sagrada.

A pesar de su sarcasmo, la mujer retrocedió unos pasos. Cuando Max consideró que ya se había alejado lo suficiente, se preparó él mismo para soltar la rejilla y saltar.

Incluso mientras saltaba, pudo ver en la expresión de su anfitriona obligada que lo que caía del conducto de ventilación era peor de lo que supuso. El chasquido húmedo que había acompañado a la caída ya era pista suficiente. La mujer se dio la vuelta con disgusto. Al parecer, su estómago no pudo soportarlo.

Max se dio la vuelta y contempló el motivo que había causado ese cambio en la actitud de la mujer. El tronco inferior de un ser humano colgaba del techo como una marioneta desmadejada. Algunos de los músculos que rodeaban la cintura se habían enganchado en el interior del conducto, y las piernas colgaban, una más alta que la otra. Si no hubiera sido por la sangre que lo bañaba todo y por el olor que se apoderó de la habitación, podría haberse tratado de una de esas obras de arte posmodernas. Una performance, una

exhibición de feísmo elevada a la enésima potencia.

Max habría preferido no tener que pensar en ello, pero la verdad era que sus sospechas se confirmaban. Con toda probabilidad, aquellas piernas pertenecían a Eaton. Pudo haberlo verificado con más seguridad si el tiempo que el cuerpo pasó en el agua no hubiera deformado los gemelos, las rodillas y los muslos. En el estado en que se encontraba, resultaba imposible decir si el cadáver tenía o no los pies hinchados.

—Tú no trabajas para Control de Plagas, ¿verdad? —preguntó la mujer. Para sorpresa de Max, no lo hizo con un hilo de voz, sino con un tono firme, aunque quizá un poco más bajo del que había empleado hasta ese momento.

—No, señora. El empleado de Control de Plagas está en el descansillo de la primera planta. Pero no le he hecho un daño permanente y tampoco soy un asesino.

En realidad, esa última parte no era del todo cierta. De hecho, no hacía mucho que había matado a tres hombres. De todos modos, continuó hablando:

—Sé que tiene que llamar a la policía. Hágalo, pero deme tiempo. Creo que sé quién es el fallecido. Debo comprobarlo. Es importante.

—¿Trabaja para el Gobierno?

Max se planteó la posibilidad de mentirle, pero al final no lo hizo.

—No exactamente.

—Dese prisa. Haga lo que tenga que hacer. Le daré unos minutos. Porque no me ha mentido. Al menos no cuando le he preguntado directamente. Detesto a los mentirosos.

Max podía reconocer en ella las características de algunas de sus mejores profesoras. Las que de verdad se preocupaban de sus alumnos. Aquellas cuyos nombres se recordaban años después. Le dio las gracias apresuradamente y salió corriendo al pasillo.

Al llegar a las escaleras lamentó por un momento no haber aplicado un

poco más de fuerza al golpe que propinó al exterminador en el mentón. El hombre había recobrado el conocimiento y subía en su dirección. ¿Por qué demonios no salió en busca de su compañero? ¿Por qué no optó por la opción segura?

—No quiero volver a hacerle daño —advirtió Max.

—No se preocupe, no volverá a pasar.

El hombre ya se abalanzaba hacia él cuando una orden lo detuvo. Se trataba de la profesora. Había recuperado por completo la presencia de ánimo y exigía al atacante que se detuviera. Estupefactos, los dos hombres pararon la pelea.

—Déjelo ir. Ha venido a ayudarme. Mucho más de lo que ha hecho usted, si debo ser sincera.

Max y el otro hombre se mantenían bajo vigilancia, pero a distancia.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó el funcionario.

—Haga caso a la profesora, por favor. No puedo perder más tiempo.

—¿Quién es usted? Se comporta como un maldito superhéroe, pero no lleva máscara.

—No soy ningún héroe —repuso Max—. Pero me gusta cumplir con mi obligación, como a usted. Por favor, vaya con la profesora, ella se lo explicará. Tengo que comprobar... una cosa.

La intervención de la mujer había calmado los ánimos lo suficiente como para que el funcionario diese su brazo a torcer. Al menos de momento. Con toda probabilidad, cuando llegase al salón y viera lo que lo esperaba allí, cambiarían las tornas. Pero mientras eso sucedía, Max tenía el campo libre para correr al piso de arriba.

Max identificó de inmediato la puerta de Eaton y no perdió el tiempo intentando forzarla. La derribó con el hombro sin mayor dificultad. Los cerrojos de seguridad no estaban echados ni la madera era demasiado

resistente.

Lo recibió la misma entrada pulcra que había conocido la primera vez. El salón, que se correspondía exactamente con el del piso inferior, ya era otra cosa.

Los muebles permanecían en el mismo sitio, tanto el televisor como el sofá y el sillón relax del que Eaton casi no había podido levantarse. Pero todo parecido con un hogar terminaba ahí. El suelo, las paredes y los muebles estaban embadurnados de sangre. El olor dulzón de la muerte lo invadía todo, mezclado con el aroma a óxido que desprendía la sangre seca. A Max no le hizo falta un equipo forense que le confirmase que las pinturas macabras que cubrían casi cada centímetro del apartamento se habían hecho con sangre. Posiblemente con la de Eaton.

El suelo estaba cubierto de trazos gruesos, grotescos, a modo de pasos de cebra que marcaban por dónde se podía caminar y por dónde no. Mezclados con ellos había huellas. Parecían pertenecer a una sola persona, un hombre, dado el tamaño de los pies.

En las paredes también había dibujos. Gotas de lluvia, un arcoíris retorcido; y encima de todo ello, una palabra de tres letras que dominaba la pared principal: RUN. La misma que se encontró en el pecho de los tres cadáveres por cuya causa Max estaba en Estados Unidos. Corre, huye, abandona. Una advertencia que había pasado de amenaza a confirmación.

—Maldita sea —le dijo Max a la habitación vacía.

—¡Maldita sea! —gritó.

Capítulo 23

Desde luego, las letras escritas con sangre apuntaban a que aquello era una venganza contra Eaton por colaborar con la DEA, lo que quería decir que el topo al que Max buscaba sabía que Eaton había hablado con él y Adam. Eso dejaba un único sospechoso. El propio Abney, la persona que les dio las primeras indicaciones, debía de ser el infiltrado. Pero Max no podría demostrarlo si no encontraba imágenes.

El edificio poseía algunas cámaras de seguridad, no demasiadas. Desde luego, ninguna en las terrazas ni en los accesos a cada apartamento, pero sí había una en la entrada. Max se fijó en ella mientras hablaba con el empleado de Control de Plagas más parlanchín.

En lo que no había caído, hasta ese momento, era en que el encargado no se encontraba allí. No había nadie tratando de calmar a los vecinos que querían acceder a sus casas, solo el hombre del impermeable amarillo capeando el temporal como buenamente podía.

Max pensó que la manera más rápida de encontrar el domicilio del encargado, o la garita desde donde desempeñara su trabajo, era preguntar a la profesora. Además, era posible que así ganara algunos minutos más.

—Bajaré con usted, señor...

—Raven. Me llamo Tim Raven. Y no creo que sea necesario.

—Bueno, pues yo creo que sí —insistió la mujer—. Por cierto, me llamo Theresa. La hache la añadí cuando vine a Estados Unidos. Soy de Cuba y allí me llamaba Teresa. Teresa Armenteros.

—Yo soy John Hardy —añadió el funcionario de Control de Plagas al que Max había noqueado.

—¿Y también quieres bajar? No puedo permitirlo. Es peligroso.

—Mira, Raven, para empezar, me juego mi cuello moreno a que no te

llamas así. Ni John ni yo somos tontos, pero nos estás pidiendo que te encubramos. Hay un cadáver colgando del techo de mi salón y eso me va a crear más de un problema en el futuro. Voy a bajar contigo, aunque solo sea para no meter la pata cuando venga la policía. John y yo podremos decir que un hombre nos obligó a ayudarlo.

La verdad era que la opción de Theresa no sonaba mal. Y el tal John parecía de acuerdo. Por lo visto, la mujer lo persuadió de que aquello era lo mejor.

—Yo ya tengo la barbilla morada por tu culpa —dijo como si le estuviera leyendo la mente.

—Además —añadió Theresa sin que Max pudiese meter baza—, Céspedes es un hombre peculiar. Es mejor que vayas con alguien que lo conozca o tratará de tomarte el pelo. O, al menos, de escurrir el bulto.

A Max no le quedaba mucho más remedio que aceptar las condiciones de aquellos dos. Por una parte, se alegraba de que lo ayudaran sin comprometerse a sí mismos. Por la otra, le preocupaba que pudiesen ponerse en peligro. Aunque lo más probable era que el asesino de Eaton ya no se encontrase en las inmediaciones. De hecho, la visita al encargado la hacía más bien a la desesperada.

Theresa los guio de vuelta a la planta baja. Para que la multitud que seguía presionando en la entrada no los descubriera, rodearon el edificio por la parte de atrás. En algún momento aquello habría sido un pequeño jardín. En la actualidad no era más que un patio asfaltado a medias. Donde no había placas de cemento, había lodo fresco por culpa de la lluvia. Afortunadamente, las nubes se mantenían en calma desde que Max accedió al edificio.

—Es más corto por el frente. Ahora tenemos que girar y volver al balcón delantero, pero así el riesgo es menor.

Theresa debía de tener un pasado interesante. No se portaba como una

maestra corriente, desde luego.

—Cuando lleguemos, ocúltense a los lados de la puerta. Céspedes me abrirá si me ve sola. Si no, nos llevará más tiempo convencerlo. Y usted no tiene tiempo que perder, ¿no, Raven?

Max asintió.

John y él siguieron las instrucciones de la mujer y dejaron que tocara a la puerta. Lo hizo con los nudillos, en una cadencia especial. Max se fijó en que tenía las manos huesudas, muy finas, casi como las patas de un pajarillo. Dentro no pareció que nada se moviera hasta que, cuando Theresa estaba a punto de llamar por segunda vez, oyeron que se arrastraban unas zapatillas.

Una voz trémula que parecía la de un anciano preguntó quién era.

—Céspedes, por amor de Dios, deja de fingir, que soy Theresa — pronunció el nombre sin la hache y la voz pareció veinte años más joven al contestar.

—Déjame en paz, mujer. Estoy cansado de arreglarte las tuberías. Cualquiera diría que me buscas por otras cosas.

El hombre terminó la frase al mismo tiempo que abría la puerta. Sonreía a Theresa, pero el gesto se le torció cuando vio a Max y a John, uno a cada lado de su puerta.

—Perra —masculló—. Ya no se puede uno fiar ni de las viejas camaradas.

—Anda y déjanos entrar en esa cueva tuya, tenemos que hablar. Además, tú y yo nunca hemos sido camaradas.

—El encargado los dejó pasar a regañadientes.

En el interior de su piso, que hacía también las veces de portería y de cuarto de la limpieza, olía a cerrado. A una mezcla de jabón industrial, restos de comida rápida y cerveza derramada. Un cóctel solo algo menos desagradable que el espectáculo que Max había presenciado en el salón de Eaton.

—¿Y se puede saber qué quieren estos amigos tuyos? —preguntó Céspedes. Había vuelto a adoptar una voz de viejo.

—Pues que no les tomes el pelo. Ya saben que no estás a punto de morir, así que deja el teatro. Ponte derecho y contesta un par de preguntas, que no te va a matar.

Max no se había fijado en que el encargado caminaba medio encorvado, pero así era. Sin embargo, ante la orden de Theresa, se irguió. También recuperó su voz natural.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Solo necesito saber si tiene un registro de entradas y salidas del edificio —dijo Max.

—¿Y este de dónde es? ¿Inglés? ¿Ahora hay ingleses trabajando de matarratas en Miami? —preguntó Céspedes dirigiéndose a Theresa.

—No seas desagradable y contesta. Por cierto, voy a abrir las persianas. Esto está oscuro y huele a zorrera.

—Claro, claro. Estás en tu casa, maestra. Haz lo que quieras, que es lo que haces siempre.

—¡Y contesta!

Max no tenía la menor idea de la relación que unía a aquellos dos. Y la situación le habría resultado de lo más divertida de haberla presenciado en otras circunstancias.

—No sé si se habrá dado cuenta tu amigo de que esto no es precisamente el Ritz. Aquí entra y sale el que quiere. Menos hoy, que me tienen revueltos a los inquilinos por la mierda esa de la lluvia. Cuando se vayan los matarratas estos voy a tener que dar más explicaciones que cuando vivía en casa de mi madre.

Theresa miró a Max, como confirmando que el encargado decía la verdad.

—¿Funcionan las cámaras de seguridad de la entrada?

Un brillo sibilino animó la mirada de Céspedes.

—Puede —dijo.

—¿Cómo que puede? —lo increpó Theresa.

Pero en esa ocasión el hombre no se dejó amedrentar.

—Has venido a mi casa y me la has llenado de extraños. No vas a decirme si puedo o no puedo sacar tajada de lo que sea que quieren. Las cámaras funcionan, pero no voy a dejarles ver las grabaciones sin más. No es que mi sueldo sea para tirar cohetes, precisamente.

—Eres un miserable —dijo la mujer.

—Puede que lo sea —concedió él—. Pero aquí estás, ventilándome la cueva y trayéndome arroz todas las semanas. Algo bueno tendré.

Theresa enrojeció. Por primera vez desde que la había conocido, Max percibió una nota de fragilidad en ella. Lo que no consiguió una lluvia de sangre ni medio cadáver colgando del techo de su salón lo había logrado la insinuación de ese sujeto. La naturaleza humana no dejaba de sorprenderlo. En cualquier caso, Max no tenía tiempo para aquel tira y afloja.

Afortunadamente, en el doble fondo donde Adam ocultó el ordenador portátil también había un buen fajo de billetes, y Max tuvo la prudencia de cogerlos antes de salir.

—Cien dólares —dijo.

—Quinientos —regateó Céspedes.

Max no estaba allí para medir su capacidad negociadora, y su ego no estaba comprometido en la operación. No pensaba tardar más de lo debido en llegar a un acuerdo.

—Bien, quinientos. Muéstreme esas cintas.

Céspedes se relamió. No esperaba que el extranjero cediese con tanta facilidad.

—Muéstreme el dinero —dijo con voz pastosa, como si la sola idea de

ponerle las manos encima a esa cantidad lo hubiese emborrachado.

Max se echó la mano al bolsillo y sacó un fajo. Allí habría, como poco, dos mil dólares. Céspedes extendió la mano, pero Max volvió a guardar los billetes.

—Las grabaciones.

—Podría negarme —dijo el encargado.

—Y yo podría partirle el cuello y verlas de todas formas. Pero tengo un trato con Theresa.

John se acarició la barbilla con un gesto de dolor. Céspedes captó el significado del mismo. Si Max había golpeado tan duro a aquel tipo, a él podía hacerlo trizas sin el menor esfuerzo.

Se dirigió a otra habitación. Los otros tres se quedaron esperando. Hasta que les llegó la voz de su anfitrión, desagradable y ligeramente más chillona que antes, posiblemente por la excitación.

—¿A qué esperáis? No voy a llevar el monitor hasta ahí. Moved el culo, que no tengo todo el día.

—Hijo de... —susurró Theresa. Se la veía notablemente alterada. Max creyó distinguir un atisbo de vergüenza en ella.

—Voy yo solo —dijo. Y en esa ocasión ninguno de los dos se quejó.

La habitación en la que Céspedes guardaba los monitores estaba tan oscura como lo estuvo la anterior hasta que Theresa levantó las persianas, pero disfrutaba de un grado de limpieza superior. Quizá porque allí había un equipo de cuyo buen estado dependía su puesto de trabajo.

—¿Qué cinta quiere ver? —preguntó el hombrecillo. Iluminado por la luz mortecina del monitor, parecía una especie de muerto viviente. El pelo cano le rozaba los hombros y las ojeras se le marcaban de manera enfermiza.

—Desde ayer por la mañana. A cámara rápida, si puede ser —dijo Max—. Tampoco yo tengo todo el día.

El hombre colocó la cinta correcta en el reproductor y las imágenes llegaron al monitor enseguida. La mayor parte de la grabación contenía transeúntes que pasaban de largo ante la propiedad. En un momento dado, Max vio a la mujer arrugada. Vista a través de la pantalla, no se parecía en nada a Theresa, en realidad.

Otro puñado de vecinos entraban y salían de la finca.

—Esto se acaba, jefe, ¿pongo la siguiente? De noche también graban. Aunque la calidad es peor, claro. El equipo tiene muchos años.

—Póngala, por favor.

El encargado no se resistió. Cambió la cinta y esperó pacientemente a que la visionara. Por supuesto, Max permaneció de pie durante todo el proceso, mientras que él se quedó sentado.

Durante la noche tampoco parecía que hubiera pasado nada extraño. Ninguno de los vecinos trasnochaba demasiado. Aquel bloque lo ocupaban personas trabajadoras que madrugaban mucho y se acostaban temprano.

—Ya solo queda la de esta mañana —anunció Céspedes.

—Pues vamos allá.

—¿Y si no encuentra nada, qué pasa con los quinientos pavos?

—Se los daré igual. El trato era que me mostraría las cintas, nada más.

El encargado se frotó las manos antes de colocar la tercera cinta. Max, por su parte, se frotó los ojos. La luz de la pantalla era demasiado brillante.

No tuvo que esperar mucho para encontrar lo que estaba buscando. El reloj de la grabación mostraba las diez de la mañana, más o menos la hora en la que él había comprobado la posición de los localizadores. A esa hora apreció el rostro que confirmó las sospechas de Max. Julen Rodríguez estuvo allí pocas horas antes de que él llegara. No había lugar a demasiadas dudas: él asesinó a Eaton por orden de Cortés.

Tratando de ocultar la magnitud del descubrimiento, sacó los quinientos

dólares del bolsillo y los dejó sobre la mesa en la que se acodaba Céspedes. No se despidió de él. Pero sí de John y Theresa.

—Me voy. Contad hasta ciento ochenta, despacio, y avisad fuera. No llaméis a la policía. Fingid un ataque de pánico y...

—No te preocupes, Raven. No es la primera vez que hago esto.

John se sorprendió de lo que dijo la mujer. Max en cambio, a esas alturas, había perdido la capacidad de sorprenderse.

Capítulo 24

La *pick-up* seguía donde la había dejado. Max sabía que se enfrentaba a horas de tráfico, pero su misión dejó de ser algo urgente para convertirse en algo importante. Eaton ya estaba muerto. Abney lo había delatado a Cortés, y Cortés envió a Julen Rodríguez a ejecutar el castigo correspondiente. Eso estaba claro.

Ya no podía evitar que pasase lo que temió esa mañana, y había resuelto aquello para lo que lo contrató la DEA. De modo que podía tomarse su tiempo para decidir de qué manera obtendría las pruebas que lo ayudaran a probarlo todo.

Por una parte, tenía las grabaciones de la cámara de seguridad del edificio de Eaton. Pero no serían suficientes sin algo que relacionara a Abney y a Cortés. O al menos a Julen. Lo que debían hacer era encontrar a alguno de los dos. Si Abney había delatado a Eaton, también lo habría delatado a él mismo. Así que quedaba descartado encontrar la isla o acercarse a Cortés a pecho descubierto.

Sin estar preparado para ello, Max estaba inmerso en una situación muy similar a una guerra de guerrillas. Y no podía enfrentarse solo a ese tipo de situaciones. Por eso se armó de paciencia y condujo, con toda la lentitud que le imponía el tráfico, hasta las afueras de la ciudad. Ya no tenía sentido mantener su tapadera, así que compraría ropa decente, tomaría un café y llamaría a Adam desde una localización nueva. Juntos idearían el modo de atrapar a los narcos y al agente infiltrado.

De camino al centro comercial, a Max se le ocurrió que el incidente en la isla de los Mejicanos también podía haber sido una trampa. Julen y el Callo podrían haber disparado a propósito para atraer la atención de los vigilantes. Luego podían haber huido en su lancha, dejándolo completamente vendido.

Por mucho que le sacase de quicio haber caído en una trampa tan burda, la verdad era que, en ese momento, si las cosas habían sucedido así, jugaban a su favor. Quizá Cortés y sus secuaces pensarán que estaba muerto.

Si algo sobraba en Miami eran centros comerciales. Max paró en uno cuyo aparcamiento se mostraba poco concurrido. El sol parecía dispuesto a asomar entre las nubes, como una señal que anunciara que Max iba por el buen camino. Se quitó esa idea de la cabeza. Él era un profesional, no un muchachito supersticioso.

Comprobó que llevaba dinero de sobra y escogió una tienda que le pareció elegante. No iba a renovar su vestuario, solo quería ropa cómoda que le hiciera sentirse como Max Cornell. Ya estaba harto de Tim Raven.

El dependiente no pareció muy contento de verlo entrar en su establecimiento, pero se guardó de expresarlo. Fue mucho más sutil: se dedicó a enseñar a Max las prendas más caras, con el claro propósito de desanimarlo y que probara suerte en un comercio más barato. Pero a Max le gustaba cuidar su aspecto desde siempre. No tuvo el menor problema en pedir la talla exacta de la firma adecuada para cada prenda. Las pagó todas antes de probárselas y encargó al vendedor que le trajera unos zapatos elegantes pero flexibles de la zapatería más próxima.

Cuando llegó a la terraza de la cafetería desde la que planeaba llamar a su compañero y amigo, ya había vuelto a ser él mismo.

Adam cogió el teléfono al primer tono.

—¿Todo bien, Max? —preguntó—. ¿Desde dónde me llamas?

—Sigo en Miami, estoy solo, en un precioso café en un centro comercial de las afueras. Y no, no estoy bien. Es una larga historia y te pondré al día enseguida, pero necesito que cuanto antes localices a Mei.

Al otro lado del teléfono se hizo el silencio.

—¿Qué pasa?

—Mei está conmigo, jefe.

Max decidió no enfadarse. Al fin y al cabo, lo extraño era que su compañera no hubiera aparecido antes. Lo hizo en Madrid no mucho tiempo atrás y en multitud de ocasiones previas.

—No te tengo localizado, jefe. No sé dónde estás. Esta vez me he mantenido al margen. Adam me ha llamado esta mañana. Parece ser que hubo algunos movimientos extraños y no quería que las cosas se complicasen demasiado.

—Bien hecho, Adam —contestó Max—. Mei, no sabes lo muchísimo que me alegro de oír tu voz. Hoy te he echado de menos como nunca.

—No sé si me alegra saberlo, jefe. Suena a que algo va muy mal.

Max le dio un sorbo a su café antes de seguir hablando.

—Y así es. Coloqué dos localizadores a dos secuaces de Cortés. ¿Sabes quién es el Tuerto, Mei?

—Sí —contestó ella—. Adam me ha puesto al día.

—Bien, pues coloqué dos localizadores en dos esbirros suyos. He sido capaz de seguir a uno hasta el Centro esta mañana. Pero lo he perdido y necesito dar con él o con el otro. Adam, Cortés ha asesinado a Sean Eaton.

—Entiendo —dijo Adam como toda respuesta.

—¿Podrás localizarlos, Mei?

—La verdad —dijo ella, y a Max no le gustó el tono que empleó para hacerlo— es que va a ser difícil. Adam ha contactado conmigo esta mañana y sabía, o se imaginaba, que habrías hecho algo así, de modo que hice un rastreo preventivo. He encontrado la señal de uno de los localizadores esta mañana, pero lo he perdido a eso de las once. Su última posición era *downtown*.

—No me lo digas —interrumpió Max—. ¿En casa de Eaton?

—Así es, jefe —confirmó Adam.

—Tengo la impresión de que querían llevarte hasta allí y que descubrieras

el cadáver. También creo que saben que los estabas siguiendo. Parece que se han deshecho de los localizadores.

—Tiene sentido —convino Max—. En el salón de Eaton había un mensaje en letras de sangre.

—Muy poco creativo —dijo Mei—. Eso está muy visto.

—El mensaje tampoco era muy original, la verdad. Habían escrito RUN, corre, en letras mayúsculas. Me invitan a dejar la ciudad, me temo.

—Pero no lo vas a hacer, ¿verdad? —preguntó Mei, segura de cuál sería la respuesta.

—Me conoces muy bien.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Adam.

—Para empezar, necesito que investiguéis a Paul Abney.

—Está limpio, jefe —dijo Adam.

—Eso creemos, sí. Pero era la única persona de la DEA que sabía no solo que existimos, sino quiénes somos. Voy a tratar de hablar con él en cuanto colguemos, pero sospecho que no voy a encontrarlo. El topo es él.

—Hay algo que no cuadra, Max —dijo Adam.

—Sea lo que sea —interrumpió Mei—, que no lo vas a encontrar es seguro. Ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir?

—Acabo de ver la noticia en un periódico *on-line*. Nadie sabe dónde está. Esto puede querer decir que es el topo o que el topo lo conocía y lo ha delatado. Puedes ver la noticia en el Miami Herald.

—La buscaré. Pero vosotros investigadle. No quiero sorpresas. Mei, encárgate tú. Adam, en el edificio de Eaton trabaja un encargado de origen cubano. Es un tipo del que no te puedes fiar. Acércate y compra la cinta de vigilancia de esta mañana. En ella aparece Julen Rodríguez. La necesitaremos como prueba.

—¿Pero qué vamos a hacer, Max?

—Todavía no lo sé. De momento, regresaré al hotel. Quiero recuperar el equipo.

—Buena idea, jefe. Si solo usaste dos localizadores, quedarán al menos otros dos. Si te lo colocas y pasa algo, te tendremos bajo nuestro radar —dijo Mei.

—En eso pensaba. Cortés se ha desecho de Eaton. Si cree que estoy vivo, vendrá también por mí.

Max tomó un taxi. Cuando le dio al conductor la dirección a la que se dirigía, tuvo que prometerle que lo recompensaría con una buena propina. El hombre no estaba muy dispuesto a arriesgar su propia seguridad ni la de su coche.

—Será mejor que me pague por adelantado, señor —pidió—. No quiero ser desagradable con usted. Tiene aspecto de caballero, pero no me pararé allí ni un minuto. Usted sabrá lo que se la ha perdido en ese agujero.

Max consintió en efectuar el pago. De hecho, comprendía al taxista. Si de él dependiera, tampoco se acercaría allí. Pero necesitaba el equipo. Recogerlo era mucho más rápido y más seguro que exponer a sus compañeros, especialmente a Mei, a que Cortés conociese su existencia. El narco de seguro sabía de Adam y lo estaba buscando. No hacía falta añadir un nombre más a la lista de personas que buscaba.

Tal y como prometió, el conductor apenas esperó a que Max cerrase la portezuela del coche para salir del aparcamiento del motel como alma que lleva el diablo. Max sonrió. Aquel era el primer ciudadano medio que conocía en Miami. Uno de esos que huía del peligro. Una verdadera lástima, porque le habría venido bien que el conductor tuviese un poco más de valor... O necesitase un poco más el dinero.

Conservaba las llaves de su habitación, así que se dirigió allí sin prestar

atención a las prostitutas que pululaban por el aparcamiento. La salida del sol había propiciado que la fauna que poblaba aquel paraje saliera de sus madrigueras. A Max no le preocupaban, pero prefería no perder el tiempo con peleas callejeras, así que se dio prisa.

Cuando abrió la puerta de su cuarto, lo encontró perfectamente limpio. Incluso un poco más de lo estrictamente necesario. La cama estaba hecha, la papelera vacía, el suelo tan reluciente como era posible... Y no había ni rastro del ordenador ni de su bolsa.

A esas alturas, Max no iba a perder los nervios. Tendría que hablar con la recepcionista del pelo naranja, o con quien fuera que la hubiera sustituido. A esas horas seguro que ya habían cambiado de turno.

La casualidad quiso que Marina, la chica de las caderas redondas y las orejas salientes, todavía estuviese por allí. Se cruzó con ella camino de la recepción.

—Sabía que volverías —dijo la chica. No empleó el primer tono coqueto que Max le conoció, pero tampoco el completamente aséptico con el que se despidió de él. Quizá supiera algo de lo que había pasado con sus cosas.

—¿Lo sabías? —contestó él.

—Perderé el trabajo si lo cuentas, pero me colé en tu cuarto cuando te fuiste esta mañana. No tenemos muchos huéspedes del otro lado del charco, ¿sabes? Y tu ropa... Yo estaba segura de que no eras un macarra. Sé mucho de gentuza. Trabajo entre ella.

—¿Te colaste en mi cuarto?

—Soy una mujer curiosa. Y no me gusta que me rechacen. Tampoco estoy acostumbrada. A los hombres les gusta. A ti te gusta. Pero hay alguien que te gusta más. No pasa nada. Eso lo respeto.

—Muy loable por tu parte —dijo Max. Empezaba a impacientarse.

—Pero la curiosidad puede más que el respeto. La verdad es que eso ya

me ha metido en más de un lío.

—Y estás a punto de meterte en otro.

—Creo que no. Ven conmigo.

Max supuso que no tenía nada que perder, así que la siguió. Marina le caía bien. Además, era cierto que le gustaba.

La chica lo condujo hasta su coche, pero no le pidió que entrara. Por el contrario, abrió el maletero y Max vio la bolsa de su ordenador. Por el aspecto que tenía, parecía que el equipo completo estaba dentro.

—No me fío de nuestros huéspedes. Así que, bueno, cuando entré solo quería saber quién eras. Esto no me ha dado muchos datos, pero no quise dejarlo ahí.

—Eres una mujer muy extraña, Marina. Muchas gracias por guardar mis cosas.

—Ten más cuidado la próxima vez. No invites a beber a los vagabundos. Se van de la lengua.

—¿Cómo dices? —Max casi había olvidado el episodio de esa mañana en la recepción.

—Lucio —aclaró ella—. Le diste dinero para que se emborrachara, y se emborrachó. Los borrachos no dicen la verdad, dicen lo que se les ocurre. A saber lo que dijo este, pero Arturo, el empleado de la limpieza, se encontró tu cuarto patas arriba. Menos mal que yo había entrado antes, si no, no tendrías esto aquí.

Max sonrió.

—Me caes muy bien. Y te agradezco mucho lo que has hecho.

Marina se rio. Los ojos de almendra le brillaron con una chispa difícil de encontrar. La muchacha era una perla extraña en aquel mar de desechos humanos.

—¿En serio me vas a pedir un favor?

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó Max.

Ella se encogió de hombros.

—Necesito tu coche. Pero te pagaré. Te mereces una recompensa de todas formas. Solo quiero salir de aquí. Si me das tu número, te llamaré para decirte dónde lo aparco.

—Sé que puedes pagarme muy bien, Tim Raven.

—¿También sabes cómo me llamo?

—Estás en el registro de entrada del motel —dijo ella—. No hay que ser adivina... Ni espía. El dinero está en la bolsa, con el ordenador.

—¿Todo?

—No lo he tocado. La gente que maneja esas cantidades de efectivo suele ser peligrosa.

—Dejaré un buen pellizco en el maletero, si es que me puedo llevar el coche.

—No hay problema, Tim. Me ha gustado mucho conocerte.

—Y a mí.

Esa fue la última vez que hablaron, y ambos lo hicieron con la verdad en los labios.

Capítulo 25

Lo último que esperaba, a esas alturas del día, era terminar en un hotel de lujo, pero allí estaba, a la puerta del Four Seasons, uno de esos lugares diseñados especialmente para hombres de negocios y turistas adinerados. Si le hubieran dicho, además, que la persona que lo citó allí era la propia Malena, probablemente se hubiera echado a reír. Sin embargo, eso fue lo que pasó.

Preguntó en la recepción por la localización de la piscina y un hombre con traje y unos modales exquisitos le indicó a dónde debía dirigirse. Desde luego, aquel empleado no tenía el pelo teñido de naranja. Tampoco daba la sensación de calidez que ofrecía Janis en el motel de mala muerte del que venía.

Max cruzó el vestíbulo y admiró el suelo pulido, los espejos, las lámparas modernas y las docenas de rincones aparentemente íntimos, pero en realidad expuestos, en que se dividía la entrada al hotel. Nada en él era lo que parecía. Aquella era la diferencia principal entre el lujo evidente y la pobreza evidente.

El recinto de la piscina parecía salido de algún tipo de paraíso imaginario. Altísimas palmeras daban una sombra perfectamente calculada a la zona donde se encontraban las tumbonas, mientras que la piscina en sí estaba al sol. Casi nadie nadaba. Solo unos pocos huéspedes se asoleaban, acompañados de cócteles sobrios y seguramente cargadísimos de alcohol. Allí fuera también había un bar.

Buscó a Malena con la vista y la encontró saliendo del agua por unas escaleras redondeadas que dejaban a la vista unos pocos centímetros de piel a medida que ascendía peldaño a peldaño. Las gotas de agua quedaban adheridas a su cuerpo, como si se resistieran a abandonarla. Como si resbalar hasta el suelo fuera un sacrificio para ellas. A la vista de la perfección tostada de esa piel tersa y cálida, Max comprendía a esas gotas rebeldes. Igual que la

primera vez que la vio en la pista de baile, sintió una atracción irresistible hacia ella.

Observó cómo la chica se retorció la melena rizada con un gesto mil veces realizado. Luego se la ahuecó con los dedos y el pelo recuperó su volumen, como si estuviera seco. Incluso sin ningún maquillaje, Malena destilaba belleza. Una belleza joven a medio hacer, que con los años, Max estaba seguro, se convertiría en una hermosura serena e incomparable.

Ella también lo vio a él. Por su gesto, Max se dio cuenta de que su nuevo aspecto no la había sorprendido para bien. Le pareció que dudaba, que no quería verlo en realidad. Pero no estaba dispuesto a que ella desapareciera, así que tomó la iniciativa y la alcanzó cuando ella ya había llegado a una tumbona cercana y se cubría con una toalla blanca.

Así, con la piel del rostro todavía húmeda y las gotas de agua adornando su pelo como rocío brillante, tan cerca, a Max le pareció todavía más guapa. Todavía más irresistible.

—Gracias por venir, señor Raven —dijo ella sin tocarlo siquiera.

—Es un auténtico placer —contestó él. Y se sintió estúpido.

—Tengo que cambiarme de ropa. Pero he reservado una mesa en el restaurante. Espéreme allí, por favor. No tardaré.

Max asintió. Se alegró muchísimo de que el localizador que llevaba oculto en el cuero cabelludo no dispusiera de transmisor ni de cámara. No podía imaginar los comentarios de Mei. Aunque, en realidad, sí podía. Por eso precisamente se alegraba de que su compañera no pudiera verlo. Odiaba comportarse como un adolescente. Sobre todo con una mujer que apenas había alcanzado la mayoría de edad; ¿cuántos años podía tener?, ¿dieciocho?, ¿diecinueve?

Fuera como fuese, se acercó al restaurante y dio el nombre de Malena. El metre lo condujo a una mesa preparada para dos comensales y le dejó una

carta de vinos. Max escogió sentarse de cara a la puerta. Una costumbre más que sana. Controlando los accesos del local, siempre sabía quién entraba y salía del mismo. Y podía prepararse si veía algo extraño. Una de las precauciones más básicas en su profesión.

Malena no tardó en aparecer. Si el escuetísimo bikini con que había salido de la piscina turbó los sentidos de Max, el vestido por el que lo cambió no ejercía en él un efecto muy diferente. Se trataba de una prenda blanca, ajustada, que se sostenía sobre el cuerpo escultural de la muchacha por pura voluntad. No tenía tirantes, y esa especie de riesgo implícito de que pudiera deslizarse hacia abajo en cualquier momento lo hacía tremendamente excitante. Malena lo combinaba con zapatos de tacón alto, negros, y un pequeñísimo bolso rojo.

Se sentó a la mesa sin más saludo que una anchísima sonrisa. No se había maquillado. Y tampoco le hacía ninguna falta.

—Gracias por venir, Tim. Ya sé que te las acabo de dar. Pero de verdad que estoy agradecida. Me salvaste la vida. A mí y a Emilio. No quería que pensaras que no tengo modales.

—Hice lo que tenía que hacer. No hay nada que agradecer.

Un camarero se acercó con dos cartas. Hizo algunas sugerencias, pero ni Max ni Malena le prestaban atención. Ella jugueteaba con los cubiertos y él fruncía el ceño como si estuviera muy concentrado en algo.

—Gracias —dijo al fin—. Deje que miremos la carta un momento, por favor.

—Puedo recomendarles un aperitivo ligero mientras deciden —sugirió el camarero.

—Tráigalo —convino Max.

—Pero no les he dicho de qué se trata, ¿están seguros, los señores?

—Sí, por supuesto. No se preocupe.

El camarero dejó la mesa con cierto apuro. Malena, por su parte, rio. Discreta pero con picardía.

—Parecemos niños, Tim. Y no deberíamos. Además, yo tengo mucha hambre.

—Elige por los dos, por favor —contestó Max, levantándose—. Enseguida vuelvo.

No tenía más remedio que admitir que ella tenía razón. Y no podía permitirse actuar como un imberbe.

—No desaparezcas, por favor —pidió ella. De verdad parecía que temiera que él no regresara.

—Claro que no.

Max no tenía ningún interés en desaparecer. Solo necesitaba tranquilizarse. No era tonto, y sabía que Malena estaba allí enviada por su tío. Ella sola no podía haber descubierto su número de teléfono.

Ya en el baño de caballeros, Max abrió un grifo y se refrescó el rostro. Cabía la posibilidad de que la chica hubiera contado con la ayuda de su hermano. Max se miró a los ojos en el espejo y negó con la cabeza. Tenía que recuperar el control sobre sí mismo. Emilio era un buen chico y tenía la cabeza llena de ideas, pero carecía de los medios para conseguir el número. La única posibilidad real, y a eso era a lo que Max debía aferrarse, era que Malena estuviera allí por orden del Tuerto. Así que se acabaron los coqueteos.

Cuando volvió a la mesa encontró sobre ella dos copas de vino blanco y una fuente de mariscos frescos en el centro. En cuanto se sentó, ella cogió la suya y bebió. En su plato yacían las conchas de dos otras ya vacías. Max la imitó. El vino era bueno y el marisco tenía un aspecto estupendo.

—No quiero que me tomes por algo que no soy, Tim. Por eso te he llamado. No nos conocimos en las mejores circunstancias y me temo que me equivoqué al juzgarte. Primero pensé que podría utilizarte, y luego pensé que

eras un vendido. Como todos los hombres que se acercan a mi tío.

—Habría preferido que fueras sincera desde el principio, Malena. No soy una mala persona.

—Lo sé. Por eso quiero contarte el motivo de mi comportamiento. Emilio dijo algo en el bar... Algo que no es del todo cierto. Yo no llevo a los hombres a la muerte.

—No entiendo...

—Me acusó de engatusarte. A ti y a otros. Y de que por mi culpa los hombres mueren. Eso no es verdad.

—Sospecho que a Cortés no le hace mucha gracia que intentes convencer a hombres más o menos peligrosos para que los mate.

—Esa es la cuestión. Mi tío se deshace de cualquiera que se me acerca. Tú no lo conoces. No has visto cómo me mira. Hace ya unos años. Cuando era más pequeña no, pero ahora me da miedo. A veces lo sorprendo relamiéndose como si fuera una bestia. No lo soporto. Me da asco.

—Él ha intentado... —Max sentía cómo la sangre le hervía. No soportaba a los hombres que abusaban de las mujeres. En ningún caso. Pero dentro de la familia, todavía menos.

—No. Pero sé que no tardará. Últimamente se empeña en entrar en mi habitación a darme las buenas noches. Yo procuro que Emilio siempre esté presente, o alguna de las sirvientas. No quiero pensar en lo que pasaría si me encontrase a solas con él. A veces...

Malena se interrumpió. La voz se le quebró, pero la chica no se permitió llorar y Max la admiró por eso. Lo que estaba contándole era grave. Sabía que la mayoría de las mujeres acosadas no eran capaces de verbalizar lo que les sucedía. Solo por eso, al atractivo físico de la chica se le sumó un sentimiento más profundo.

—A veces pienso en cortarme la cara o el cuerpo. A veces lo único que

quiero es volverme fea para que no me mire más.

—¡Malena! —exclamó Max.

—No, no te preocupes —repuso ella con una sonrisa triste—. No lo haré. No me merezco eso. No quiero convertirme en algo que no soy. Lo que quiero es dejar de tener miedo. Además... Además quiero vengarme.

—¿Vengarte?

Malena le dio un nuevo trago a su copa y Max hizo lo propio con la suya. Las langostas y los centollos seguían en el centro de la mesa. Uno de los camareros se dirigía ya hacia la mesa, probablemente para preguntar si había algún problema con la comida, pero Max le indicó con un gesto que no era necesario.

Malena se tomó su tiempo antes de contestar. Aunque no había llorado, sí tenía los ojos húmedos, brillantes por las lágrimas no derramadas. Utilizó una esquina de la servilleta.

—Mató a mis padres. En Colombia. No tengo pruebas, pero estoy segura de que los mató.

Max no dijo nada. La verdad era que lo sospechaba. El odio que la chica había mostrado durante el viaje en barca solo podía deberse a algo verdaderamente grave, y aquello lo era. Aunque también podía deberse a la imaginación de una Malena más niña, asustada, que no comprendía lo que estaba pasando en realidad.

Algo de lo que Max estaba pensando debía de haberse translucido en su expresión, porque Malena cambió el gesto. De repente parecía enfadada. O, más bien, ofendida.

—Sé de lo que estoy hablando. Y no seré yo quien te diga que mis padres eran unos santos, porque no lo eran. Mi tío no podría haber montado solo su negocio, ¿crees que no sé eso? Claro que lo sé. Pero te diré más. La organizadora de todo fue mi madre. Dicen que me parezco a ella, pero no es

verdad. Ella era más lista y más fuerte que yo. Sabía lo que quería. Fue ella la que le habló a mi padre de las posibilidades de las drogas. El fantasma de Pablo Escobar nunca se ha ido del todo de Colombia. Su muerte cambió mucho el panorama del narcotráfico en mi país. El golpe fue grande, pero no terminó con el negocio. Al contrario, surgieron oportunidades para aquellos que supieron verlas. Y mi madre fue una de esas personas.

Max empezaba a tener sus sospechas sobre lo que estaba a punto de oír.

—Mi madre —continuó Malena— se había criado en uno de esos pueblos pequeños controlados por narcos. Mis abuelos se habían ganado la vida a duras penas trabajando para ellos. Quienes no lo hacían tenían que mirar para otro lado si pretendían seguir vivos. La mayoría solo se plegaba a los deseos del pez más grande. O huía. Es lo que hacen los peces más chicos. Pero mi madre abrió bien los ojos y aprendió. Se fijó. No llamó la atención y en unos años fue capaz de replicar el negocio de Escobar. Pero no hizo nada hasta que no conoció a mi padre.

—Una mujer prudente —apuntó Max.

—Tenía muchas virtudes.

—¿Y cómo conoció a tu padre?

—En Colombia celebramos muchas fiestas populares. Hay baile, se cuelgan luces, se cocinan dulces típicos. Como en todas partes. En una de esas conoció a mi padre y a mi tío. A los dos. Mi padre era el más alto y el más guapo. También dicen que me parezco a él. Sobre todo en el pelo. Se enamoraron. Tenían mucho en común, ¿sabes? Ninguno de los dos quería vivir siempre en un pueblecito. Ninguno quería morir pobre. Así que, bueno, la idea de mi madre caló en mi padre sin mucho problema.

—Y en tu tío.

—Sí, en mi tío también. Mi padre tenía mano con la gente. Él se encargó de contratar mano de obra en mi país. Las plantaciones no dan fruto solas. Mi

tío era menos simpático, pero mucho más eficaz en lo comercial. Mi madre se encargaba de la parte administrativa. Ni los empleados colombianos ni los socios exteriores la habrían respetado. Este sigue siendo un mundo muy machista. Como si las mujeres no pudieran ser tan buenas criminales como los hombres. O mejores.

Max pensó en Mei. Desde luego, ella era tan buena en su trabajo como cualquiera de los tres miembros masculinos del equipo. Cornell asintió para que Malena siguiera hablando. Se veía que necesitaba desahogarse. Aunque él estaba convencido de que su presencia allí obedecía a algo más que a la necesidad de efectuar aquella confesión, no había nada de malo en permitirle que sacara de dentro todo aquello que tanto daño le hacía.

—Las cosas funcionaron bien. A todos los niveles. Encargarse de la administración permitió a mi madre tener dos hijos. Primero nací yo y cuatro años después lo hizo Emilio. Para entonces la relación entre mi padre y mi tío ya se había enrarecido. Mi tío lo acusaba de ser demasiado blando con los empleados. Según él, les pagábamos demasiado y perdíamos dinero. Pero no era cierto. Nuestros recolectores, nuestros transportistas, los vigilantes... Todos estaban contentos con el trato recibido y eso nos permitía ahorrar mucho dinero en seguridad. Ninguno de ellos delataría a mi familia. Pero mi tío siempre ha sido ambicioso. En más de un sentido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Max dándole un trago más a su copa de vino.

—No solo quería más dinero, también quería más poder. Empezó a hablar mal de mi madre. Le decía a mi padre que lo tenía dominado, que se había convertido en un calzonazos al servicio de una mujer. Al principio mi padre no hacía caso. Pero, aunque yo era muy pequeña, recuerdo que una noche las cosas llegaron a las manos. Me desperté de madrugada, todavía no había amanecido, pero en la cocina había mucho ruido. Golpes, gritos, cosas que se

caían... En casa nunca había pasado nada así. Me levanté, asustada. Y vi que mi tío y mi padre se estaban pegando a puñetazo limpio. Mi tío había perdido el parche y en su cara se abría un agujero de carne informe. Nunca antes había visto algo que me produjera tanta repulsión.

—Tuvo que ser muy impresionante para una niña tan pequeña.

—Lo fue —concedió Malena—. Mi madre apareció justo después. Mi padre había vencido. Estaba sentado sobre el pecho de mi tío y le golpeaba como si siguiera un ritmo que le impusiera alguien, una música que solo él pudiera oír. Eso todavía me dio más miedo.

Max sabía a lo que Malena se refería. En toda pelea había un punto en que uno de los contendientes perdía el contacto con la realidad. A él mismo le sucedió en más de una ocasión. Cuando eso pasaba, el oponente perdía su condición humana. Se convertía en un saco de entrenamiento, una masa de músculo y hueso sobre la que golpear hasta que se desmoronase. Que una niña viese a su padre comportarse como una bestia... No debía de haber sido fácil de superar.

—Mi madre los separó. Por la mañana anunció que mi familia se iría, dejaría el negocio. La verdad era que habíamos ahorrado lo suficiente como para abandonar el país y que mis padres pudieran dedicarse a un negocio más legal y menos dañino. Ellos no querían convertirse en narcos poderosos. Solo querían salir de Colombia. Mi tío pareció estar de acuerdo. Pero el hecho es que un grupo armado nos interceptó camino del aeropuerto. Mis padres murieron, pero a mi hermano y a mí nos perdonaron la vida. Mi tío nos ha mantenido bajo su tutela todos estos años. Supongo que en parte por lealtad y en parte porque nos necesita para acceder a los fondos que mi madre blanqueó y depositó en varias cuentas de bancos diferentes.

—Tu madre era una mujer muy previsora.

Capítulo 26

—¿Tu hermano sabe algo de todo esto?

—Claro que lo sabe. Pero no conoce a mi tío de verdad. Además, él no es una mujer. No soporta lo que yo tengo que soportar. Cree que podrá subir puestos en el imperio de mi tío. Aguanta las humillaciones, pero no se da cuenta de que mi tío lo odia porque le recuerda a mi padre. Jamás le cederá nada. Con un poco de suerte, lo matará sin dolor cuando sea mayor de edad y se haga con su dinero.

La historia que Malena le contó no se diferenciaba de otras historias que Max había oído en otros contextos. Las organizaciones criminales no se libraban de los defectos que aquejaban a la naturaleza humana. Los mismos que hacían quebrar a negocios legítimos. Aunque cuando había armas ilegales y droga de por medio, las consecuencias solían ser más sangrientas.

De todas maneras, había huecos en esa historia familiar. Y Max estaba seguro de que Malena no había omitido la información que faltaba. Al menos no de manera consciente. Lo que pasaba era que la chiquilla que vivió todo aquello no supo interpretar las señales. A Max no se le escapaba que si era cierto que Malena se parecía a su madre, aquella debía de haber sido una mujer muy bella. Con toda probabilidad, el Tuerto también habría caído presa de su hechizo. Y no parecía un hombre muy dispuesto a aceptar ningún tipo de derrota.

Así que lo que Malena interpretaba como una lucha de poder, seguramente había estado teñido por una lucha mucho más encarnizada en la que el objetivo era conseguir a una mujer que, para desgracia de toda la familia, se topó con un hombre que no la perdonaba por tomar sus propias decisiones.

De todas formas, revelar esa parte de la historia no correspondía a Max. Si Malena no la conocía, tampoco le haría ningún bien ser consciente de ella

ahora.

—Gracias por contármelo. Entiendo que no habrá sido fácil. Y no tenías ningún motivo para hacerlo —dijo Max.

—En realidad sí lo tenía. No quiero que pienses que soy una niña caprichosa. No lo soy. Hay una razón para todo lo que hago.

—No creo que seas una niña caprichosa.

Malena suspiró aliviada. También cogió otra ostra y se la comió con avidez. Era cierto que estaba hambrienta, y dedicar tanto tiempo a su historia no le había permitido comer. Max la imitó. Cogió una langosta y las herramientas necesarias para enfrentarse a ella con éxito.

—Pero no es eso lo único que quería contarte. Ni lo más importante.

Max dejó los cubiertos sobre la mesa de nuevo y se sirvió otra copa de vino. Malena llenó su copa de agua y se refrescó la boca antes de seguir hablando.

—Mi tío sabe que no te llamas Tim Raven, y que no eres un ladrón de poca monta.

Max alzó una ceja, pero no dijo nada que pudiera delatarlo.

—También yo me di cuenta de que había algo más debajo de aquella chaqueta de cuero mugrienta. Ya te lo he dicho antes.

Y no era la primera mujer que le confesaba algo parecido ese día. Max recordó a la simpática Marina. Menos atractiva y también mucho menos peligrosa.

—Yo no sabía quién eras, pero me he enterado de que mi tío te envió a la guarida de los Mejicanos para que te mataran. Creía que lo había conseguido. El Callo y Julen le dijeron que te habían dejado allí y, bueno, no parecía posible que salieras con vida. Pero esta mañana supo que no había tenido éxito.

Eso sí que le sorprendió. Y, puesto que todas las cartas estaban ya sobre la

mesa, no trató de disimularlo.

—¿Cómo es posible que lo supiera?

Ella se encogió de hombros.

—Mi tío tiene ojos en todas partes. En todas. A veces sabe lo que he hecho antes de que haya pensado en hacerlo. Cuando te he dicho que él era la cara menos amable del... negocio familiar... eso no quiere decir que no sea también inteligente. Ha sabido rodearse de una red de espías y no tolera a quien le dice solo lo que quiere oír. Harías bien en abandonar el país. Aunque te agradecería mucho que antes me dijeras quién eres y por qué lo buscabas. No pareces policía. Los conozco y ninguno se parece a ti. De hecho, jamás me había cruzado con alguien como tú.

Detenidos en ese punto, Max tenía dos opciones y ninguna de ellas era buena. Podía contarle la verdad: que la DEA lo había contratado para desenmascarar a un topo. O podía decirle otra verdad. Una que le quemaba por dentro y que tampoco auguraba nada bueno. Optó por esta segunda posibilidad y se levantó de la silla.

Malena también se levantó. Ambos rodearon la mesa y se tomaron de las manos. Él la sujetó por la cintura y la trajo hacia sí. El tejido de su vestido blanco era tan fino que podía sentir el calor de su piel. La miró a los ojos, pero ella los había cerrado y ya le ofrecía los labios. Max no se resistió más al deseo y la besó larga y apasionadamente.

Hasta que no pasó unos pocos segundos de pie no se dio cuenta de que sentía las piernas pesadas, y los párpados. Abrió los ojos, extrañado, y notó que el local daba vueltas a su alrededor. La vista se le desenfocaba y las mesas del restaurante se convertían en un caleidoscopio de colores y formas que se mezclaban unas con otras. Solo Malena parecía real, su aroma, su calor. Pero sospechaba que también eso se desvanecería en breve. Lo último que vio antes de perder el conocimiento fue el rostro bellísimo de la chica. Le pareció

que lloraba. También creyó oír una disculpa.

Sabía que Cortés intentaría dar con él y sabía que Malena había tenido algo que ver con ello. Habría preferido que las cosas sucedieran de otra manera.

Capítulo 27

Max llevaba un rato despierto, pero se había cuidado muy mucho de cambiar de postura o de hacer ningún otro movimiento que revelara que se encontraba consciente. De su capacidad para hacerles creer que no tenían nada que temer de él dependía su supervivencia y, quizá, la resolución final del caso.

El sedante que Malena había puesto en el vino debía de ser fuerte, pero tardó en hacer efecto, así que sospechaba que la mujer tuvo cierto reparo. O, más que sospecharlo, deseaba que hubiera sido así. Del mismo modo que deseaba que las lágrimas y las palabras de disculpa que le pareció ver y oír en el momento en que perdía la conciencia fueran reales.

A pesar de todo, le dolía la cabeza. Sentía una punzada en la frente, similar a las migrañas que había sufrido en algunos periodos de su vida, cuando fue víctima de un estrés demasiado agudo. Las últimas etapas del Averno habían sido así. Solo que en esta ocasión la culpa del dolor era de los químicos y de la deshidratación. No sabía cuánto tiempo llevaba inconsciente, pero sospechaba que habían pasado ya varias horas. En primer lugar porque no sentía dolor en las muñecas, sino entumecimiento. Eso tan solo era un claro indicio de que podría haber pasado incluso la noche atado en aquella silla. Pero es que además tenía hambre. Y sed. Sentía la boca pastosa como si hubiera estado bebiendo toda la noche.

Hizo una pequeña comprobación de sus músculos. Contrajo los cuádriceps para ver cómo reaccionaban. Los tenía fríos, pero en forma. No podía decir lo mismo de los tobillos. Se los habían atado a las patas de la silla con algo fino que se le clavaba en la carne. Si no salía pronto de aquella lamentable situación podía encontrarse con una lesión que tardaría en curar. Le preocupaba no sentir las puntas de los pies.

Como se había dormido con el cuerpo inclinado hacia adelante y la cabeza

sobre el pecho se arriesgó a abrir ligeramente los ojos, para hacerse una idea de dónde se encontraba. Su campo de visión era muy limitado, pero podía afirmar que el suelo era de baldosas de color ocre y que a un lado había una especie de mostrador. Parecía que lo mantuvieran en una cocina de estilo rural. Desde su posición no veía a ninguna persona.

Aguzó el oído. Desde fuera llegaba sonido de risas y juegos. Había adultos, varios, pero también niños. De hecho, se oía más a los propios niños que a los mayores. Cortés era listo. Suponía, con razón, que la policía o el Ejército no se arriesgarían a lastimar a civiles inocentes, y menos a críos, en una operación de rescate. No parecía, por otra parte, que dentro hubiese nadie. No se oían respiraciones, ni los típicos ruidos involuntarios que se hacen con la boca, o al cambiar de posición. Max estaba bastante seguro de que se encontraba solo, así que se irguió en la silla.

Todas las vértebras de su columna se quejaron. El cuello le crujió como el de una gallina escogida para hacer sopa. Con cuidado hizo unos ejercicios de torsión. Necesitaba encontrarse en la mejor forma posible cuando los hombres del Tuerto regresaran. Y estaba seguro de que no tardarían en hacerlo.

Como si pensar en ellos los hubiera atraído, la puerta de la cocina se abrió. El Callo apareció junto con un hombre al que Max no creía haber visto antes.

—¡Vaya! —exclamó—. La bella durmiente ha despertado. ¿Sabes una cosa, Raven, o como te llames? Creíamos que era mentira. Que no podías haber escapado de los Mejicanos. Parece que escondías más recursos de los que parecía a simple vista, ¿verdad?

—Eso parece —contestó Max—. Su voz sonó cascada, pero lo bastante firme como para enfadar al otro. No sabía si le convenía o no. Quizá el Callo fuese un sicópata dispuesto a hacerle pagar el atrevimiento. Fuera como fuese, Max necesitaba ganar algo de tiempo. Y estaba seguro de que el secuaz de

Cortés no lo mataría hasta que su patrón hablase con él. Si se había tomado tantas molestias para llevarlo hasta allí era porque se tomó el asunto de Max como algo personal.

—¿Y crees que vas a salir de esta? —preguntó el Callo.

Por lo que se veía, cuando su jefe no estaba delante, el hombre se volvía mucho más hablador. Había dicho mucho más en el último minuto que durante todo el asalto a la guarida de los Mejicanos.

—Todo puede ser, Callo. He estado en situaciones peores.

El Callo sonrió y mostró una hilera de dientes irregulares y ennegrecidos. Quizá ese fuera el motivo de que jamás sonriese en público.

—Eso crees, Raven. Pero no conoces al Tuerto. El señor Cortés no se parece a ningún hombre con quien te las hayas visto hasta ahora.

El Callo se acercó a Max. El otro hombre, el que entró con él, se mantenía en un discreto segundo plano. Pero Max no se dejaba engañar. Estaba seguro de que también se trataba de un tipo sin escrúpulos y sediento de sangre.

Cuando Max ya era capaz hasta de oler el perfume que el Callo se había puesto esa mañana, el hombre sacó una navaja automática del bolsillo del pantalón. Max no lo vio venir. La deshidratación empezaba a jugarle malas pasadas. Habría dado cualquier cosa por saber cuánto tiempo llevaba allí. Así podría calcular en qué estado se encontraba su cuerpo y hasta qué punto podía fiarse de él. Pero no era hombre de lamentar lo que no tenía, sino de apañarse con aquello de lo que sí disponía. En ese caso, no era mucho. Apenas inteligencia y paciencia.

El Callo acercó el filo de la navaja al rostro de Max.

—El patrón no quiere que te hagamos daños mientras no esté él delante. Pero que no se te olvide que luego serás nuestro. Y voy a hacer pedazos esta carita de muñeco que tienes.

Max no contestó y el Callo se lo tomó como un primer signo de debilidad.

No podía estar más equivocado.

—Pascual, ve a buscar al patrón y al gringo. Diles que este ya está despierto.

El otro no contestó. Salió de la habitación sin decir palabra.

A los pocos minutos, la enorme figura de Cortés se deslizó a través de la puerta de la cocina. Max había olvidado hasta qué punto el hombre era realmente obeso. También olvidó que esa obesidad no lo convertía en una persona de apariencia blanda o débil. Al contrario, destilaba brutalidad. Y aquello era algo que iba mucho más allá de la presencia del parche. Quizá esa nueva percepción se debía a la historia que oyó de labios de Malena. Ahora que sabía lo que les hizo a sus padres, cómo había empezado a tratarla a ella, ya no podía verlo de la misma manera.

Se recordó que lo único con lo que contaba era su calma y su paciencia. Debía mantener a raya otras emociones, como la ira. Si quería tener alguna oportunidad de salir de allí con vida, debía mantener la cabeza fría. Pisar tierra. Algo que no había hecho desde que aterrizara en aquella maldita ciudad enlodada.

Tras Cortés apareció un segundo hombre, y su presencia hizo que Max se atragantara a pesar de que en la boca no tenía ni siquiera saliva. El recién llegado saludó la estupefacción de su prisionero con una risa mucho más sonora y mordaz que todas las que llegaban desde el exterior.

—Veo, señor Raven, que se sorprende usted de verme.

No cabía duda. Aquel semblante simpático, aquel don de gentes... Y una ligera cojera que sin duda empeoraría hacia el final del día no dejaban lugar a especulaciones. Aquel hombre delgado, moreno, que rondaba los cuarenta y sonreía como un mariscal de campo era Sean Eaton. Al que él había dado por muerto.

—¿Supongo que esperaba a otra persona?

Max hizo acopio de toda su presencia de ánimo. Si Eaton era tan amigo del Tuerto como parecía, entonces Abney no los había traicionado, fue él mismo. Hizo lo posible por mostrar una sonrisa cínica.

—Así es. Aunque me temo que la persona a la que esperaba ver no aparecerá ni aquí ni en ningún otro lugar, ¿me equivoco?

—Eso depende —dijo Eaton— de a quién esperase usted.

Mientras la conversación tenía lugar, Cortés disfrutaba con el espectáculo. Max se dio cuenta de que nunca lo había visto esgrimir una actitud amenazante. Un narco tan peligroso como él se comportaba siempre como si la vida le diera exactamente lo que quería. Si el hombre no le diera tanto asco, incluso sentiría admiración por él.

—La verdad es que esperaba a Paul Abney. Su desaparición ha aparecido en prensa y reconozco que creí a pies juntillas que el cadáver que apareció en el salón de su vecina era el tuyo, Eaton.

—¿En el salón de mi vecina? Se llevaría un susto de muerte. Esperaba que llegara... Bueno, eso ahora da igual, las tuberías de ese agujero del *downtown* siempre han sido un chiste. Lo que importa es que sí, ese cuerpo era de Abney. Me alegra que no lo sepa usted, Raven. Porque eso quiere decir que no se lo ha comunicado a la policía y que por tanto está usted completamente solo a nuestra merced. Y aquí es donde entra en escena nuestro amigo común. Señor Cortés, me complace informarle de que es usted libre de hacer lo que se le antoje con esta rata mentirosa. Yo voy fuera a informar a los niños de que trasladamos la fiesta a la playa.

Pascual, que no había vuelto hasta ese momento, lo hizo acompañado de otro esbirro de Cortés. Entre los dos cargaban una gran butaca. Por lo visto, el Tuerto no era capaz de permanecer en pie mucho más tiempo.

Capítulo 28

—Parece que las cosas no han salido como ninguno de nosotros esperábamos, ¿verdad? —comenzó Cortés.

—Me temo que tengo que darle la razón.

—Lo que va a pasar ahora no va a ser especialmente agradable. Sobre todo para usted. Yo me limitaré a observar cómo todas sus fachadas se derrumban.

Max no contestó. Por algún motivo, las personas como Cortés, borrachas de su propio poder, perdían un tiempo precioso entregando a sus enemigos una información valiosísima. Por ejemplo, Cortés acababa de declarar ante Max que no lo soltaría. No lo dejaría ir. No había, al menos desde el punto de vista del propio Cortés, posibilidad de redención. Así que ¿por qué iba Max a hablar?

—Si se porta usted como un hombre, es posible que al final lo deje marchar.

Cortés acompañó esa flagrante mentira de una sonrisa tan falsa como el apellido que Max había empleado para presentarse ante él.

—¿Y cree que podría darme un poco de agua antes de empezar con este juego?

Cortés rio a carcajadas. La papada le temblaba al mismo ritmo que el abdomen gigante. Todo él parecía un flan a punto de verterse por los bordes de un gran cuenco redondo. Y aun así no parecía ridículo.

—Malena, querida, dale un vaso de agua a tu invitado.

Max se sobresaltó. No la había visto entrar, ni era consciente de que lo hubiera hecho por otra puerta. Pero el hecho fue que el grifo se abrió y que unos tacones resonaron a la espalda de Max.

—Pero no te escondas. Que no te dé vergüenza —la urgió su tío—. Emilio,

acércate tú también. Creo que este hombre ha llegado hasta aquí gracias a tu inestimable intervención. No podemos cederle todo el mérito a tu hermana.

Malena apareció por fin en el campo de visión de Max. Él pudo oler el aroma dulce de su piel y recordó el beso en el hotel. Se preguntó si Cortés había estado presente cuando ocurrió.

Temblorosa, la chica le acercó el vaso a los labios. Max bebió despacio. Se concentró en no atragantarse. Mantuvo el último trago en la boca y se enjuagó. Necesitaba mucha más agua, pero aquella bastaría para aumentar su resistencia al menos durante un buen rato.

—Gracias.

Malena se retiró sin contestar, pero su tío no dejó pasar la oportunidad de humillarla un poco más. A Max le quedaba el consuelo de saber que ella no lo había traicionado voluntariamente. Estaba claro que aquello no la satisfacía en absoluto.

—Chiquilla, contesta. El señor Raven, cuyo nombre real conoceremos dentro de muy poco, te ha dado las gracias.

—De nada —dijo Malena—. Y su voz sonó casi como una oración.

Max decidió concentrar toda su atención en Cortés. Si pensaba demasiado en cualquiera de los muchachos, no sería capaz de mantener la cabeza fría.

—Y, ya que se encuentra tan generoso, ¿cree que sería posible que me aflojaran las correas de los tobillos?

El Tuerto se palmeó los muslos y volvió a reírse como si aquello fuera de verdad el espectáculo más divertido al que había asistido en toda su vida.

—Pero por supuesto que sí. Malena, coge unas tijeras y corta las correas. Pero no te agaches para hacerlo, inclínate.

Max apretó los dientes. A su espalda alguien abrió un cajón y sonó un tintineo de cubiertos. El Callo le tendió a Malena las tijeras mencionadas. La chica se había cambiado de ropa. Llevaba unos pantalones ajustados,

elásticos, y un top. Tal como había ordenado su tío, se inclinó para cortar las finísimas correas de plástico que mantenían los pies de Max sujetos a la silla.

Mientras lo hacía, el propio Max no quitaba ojo al Tuerto. Malena tenía razón. Cuando la miraba lo hacía con una lascivia repugnante. Se relamía como un animal. Emilio también se había dado cuenta. Max vio que el chaval se llevaba una mano a la espalda. Estaba pensando en asesinar a su tío.

—Joder, Emilio —dijo Max—. Si lo llego a saber paso de ti la otra noche. Mira en el lío en que estoy metido por tu culpa.

El chico empalideció. Ahora todos los ojos estaban puestos en él. Así no se atrevería a usar su arma. Justo lo que Max pretendía. No podía permitir que un chico sin experiencia y en aquel estado de nervios se pusiera a disparar a lo loco. A saber quién saldría vivo de allí si eso sucedía.

—La verdad es que tiene usted un sentido del humor envidiable, Raven. Es una pena que esté a punto de perderlo.

—No crea, Cortés, no crea. Ya le he dicho antes a su esbirro que me las he visto con tipos peores y más duros que usted.

—Malena, remanga los pantalones de Raven y quítale los calcetines. Que se vaya enterando de con quién está hablando.

Malena sorbió la nariz. Era evidente que se pondría a llorar en cualquier momento.

—Y cuando termines vienes y te sientas en las rodillas de papi. Hoy nos vamos a divertir todos.

A Malena le temblaban las manos. A Max también, aunque por razones distintas.

—Callo, trae las trampas.

Max estaba esperando algún tipo de tortura china. Que le colocasen astillas bajo las uñas de los pies. O que le rompiesen los dedos. No tenía la menor idea de lo que podían ser esas trampas.

Pronto lo descubrió. En cuanto Malena terminó de remangarle los pantalones, el Callo apareció con una especie de enorme recipiente de plástico donde lo obligó a meter los pies. Se trataba de un cubo amplio. Por detrás le tocaba los gemelos, pero por delante quedaba mucho espacio.

—Es una actualización de un invento medieval que quizá conozca.

El Callo desapareció de nuevo a su espalda para aparecer con Pascual. Entre los dos llevaban una especie de campana invertida de metacrilato que abrieron a la mitad. Max vio que por la parte delantera sus dos mitades se mantenían sujetas mediante unas bisagras. Acercaron el artefacto a la silla y lo cerraron alrededor de Max. La parte superior tenía un agujero estrecho, pero suficiente para que su cuello cupiese con holgura. Cuando lo hubieron ajustado, cerraron la campana de alguna manera. La sonrisa de Cortés se había intensificado. El gesto de Malena y de Emilio era de absoluto horror.

Max suponía por qué. Al principio toda la parafernalia le había extrañado, pero un pequeño chillido y un roce en el pie derecho le dieron toda la información que necesitaba. No podía bajar la cabeza, pero estaba seguro de que allí había una rata. Y de que no tardaría en morderlo.

—Supongo que a nuestra amiguita no le habrá dado agua ni comida, ¿verdad? —preguntó Max.

—Agua no —contestó Cortés—. La comida acabo de servírsela.

Fue la primera vez que Max lo veía como realmente era: un sicópata sediento de sangre. El negocio de la cocaína bien podía ser una tapadera, lo que le permitía asistir a ejecuciones sumarias como aquella. A sesiones de tortura completamente demenciales.

—Ahora dime, Raven, ¿cuál es tu nombre?

La rata estaba olisqueando las heridas de los tobillos. No tardaría en morder. Y Max podría aguantar cierto tiempo, pero no demasiado. Estaba estudiado. Hasta las personas mejor entrenadas cedían cuando el dolor era

extremo o se prolongaba durante el tiempo necesario. Aunque supieran que hablar no les garantizaría la supervivencia. El cerebro se convencía a sí mismo y hablaba. Sin que la persona pudiera hacer nada por evitarlo. Lo había sufrido en sus carnes a manos de Arcángel.

De todos modos, Max no contestó. Solo había una cosa que pudiera hacer. Disociar su mente de su cuerpo. No era algo sencillo ni siquiera en la mejor de las circunstancias, pero tenía que intentarlo. La rata mordería, los músculos se le desgarrarían. Con un poco de mala suerte el animal sería portador de centenares de virus y tres o cuatro parásitos. No podía evitar nada de eso, pero sí podía evitar sentir el dolor de manera inmediata.

Hizo un ejercicio supremo de concentración. Entornó los ojos y clavó la mirada en el pelo de Malena. Una melena negra y rizada que brillaba cuando le daba la luz que se colaba por las persianas a medio bajar. Era lo más parecido a un espacio neutro que Max tenía al alcance de la vista. Redujo sus inspiraciones y exhalaciones, y por tanto su ritmo cardíaco, y entró en un estado de trance que permitió que no sintiera cómo los incisivos marfileños y afilados de la rata se clavaban en su carne macilenta.

Cortés, en cambio, sí gritó. De pura exasperación.

Capítulo 29

—Despertad a ese hijo de puta ya mismo. Y tú, zorra —añadió dirigiéndose a Malena—, te he dicho que te sientes en mis rodillas.

Malena, que hasta ese momento había estado asustada como una colegiala, se dirigió a su tío con una dignidad desconocida.

—No te rías de mí, desgraciada. Si a ese malnacido no le importa que se lo coman las ratas, seguro que no piensa lo mismo cuando te metamos a ti en la campana. ¿Qué te parece eso?

La seguridad recién adquirida de Malena desapareció como por ensalmo. Obediente, se sentó en el regazo de su tío. Tratando de contener el asco que sentía.

El Callo abrió los cierres de la campana y apuntó la pistola, pero la rata no trató de escapar. Estaba muy ocupada royendo la carne de Max. No vio venir la bala que reventó su cuerpo y salpicó al propio Max hasta la cabeza. El estruendo lo sacó de su estado de trance y un escalofrío de dolor lo recibió como un mazazo en la cabeza. Se le nubló la vista y tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad titánico para no mirar hacia abajo. Si quería conservar alguna posibilidad de no perder la cordura, de seguir pisando tierra, más le valía ignorar la quemazón de la pierna y centrarse en lo que estaba pasando ante sus ojos.

Para empezar, vio que Malena estaba con su tío. Más concretamente, sentada sobre él. El gordísimo Tuerto le había pasado un brazo por los hombros. La expresión de miedo y repugnancia de la chica no tenía parangón. Emilio, por su parte, no sabía qué hacer. Y ese seguía siendo uno de los mayores problemas de Max. Si no lo mantenía bajo control, el chaval podría cometer una locura y ponerlos a todos en un peligro todavía mayor... Si es que eso era posible.

—Callo, ve fuera —ordenó Cortés—. Esto va a quedar en familia.

Callo, tan hablador cuando Max había despertado, se fue sin que mediara palabra. Pascual lo siguió. En la habitación solo quedaban el Tuerto, Malena, Emilio y Max, que se sentía como si alguien lo estuviera obligando a jugar a la ruleta rusa.

—Emilio, saca esa arma que tienes escondida —dijo Cortés.

Emilio obedeció y el rostro del Tuerto recuperó algo de su falsa afabilidad. Max entendía por qué.

—Te voy a contar una cosa, Raven. Porque seguro que alguien te ha dicho al menos un par de mentiras sobre mí.

—Pues yo creo que todo lo que he oído es cierto —contestó Max.

—¡Oh! Si te refieres a la muerte de mi hermano y mi cuñada, eso es verdad. Pero yo quiero hablarte de mi ojo. Malena, querida, desátame el parche.

Para hacerlo sin levantarse la chica tuvo que inclinarse tanto que la enorme y redonda cara de su tío quedó sepultada entre sus pechos. Cuando recuperó su postura inicial lloraba sin disimulo. La cara de Cortés empeoraba notablemente con el hueco de carne al descubierto. Colgajos de músculo y piel le prestaban un aspecto parecido a un calamar deforme.

—Lo perdí por accidente, en realidad. De niño. Al bajar de un árbol, perdí apoyo y me clavé una rama. La sanidad en aquella época y en aquella parte de Colombia no era muy buena, así que este fue el resultado. No me lo arrancaron en un interrogatorio, Raven. Si tuviera que delatar a cualquiera, lo delataría.

—¿Y por qué me cuenta esto?

—Porque quiero que sepas que soy absolutamente despreciable. No un poco malvado ni un sicópata típico. Soy una mala persona y disfruto viendo a otros sufrir. Habría preferido desvirgar a mi sobrina, pero ahora haré que su hermano la mate para mí. Porque el pequeño Emilio está deseando

demostrarme lo hombre que es. Y yo, sabes Raven, quiero que me lo demuestre.

Emilio miraba a uno y otro lado. Max no recordaba haber visto a nadie tan absolutamente perdido en toda su vida.

—No disparará —dijo Max.

—Dime tu nombre verdadero, Raven.

Emilio subió su pistola y se colocó en la posición de disparo. Temblaba, pero parecía dispuesto a hacerlo.

—Emilio —dijo Max—, lo acabas de oír. Te obligaré a matarla aunque no le diga nada. Disfruta con estas cosas.

El dolor por la mordedura de rata casi no dejaba a Max pensar. Pero eso a Emilio le daba lo mismo. Le quitó el seguro al arma.

—Emilio, no lo hagas.

Malena se había quedado hierática, como una estatua perfecta. Ya ni siquiera lloraba.

—Haz lo que tienes que hacer, hermano —susurró.

Todo pasó en unos pocos segundos. Emilio disparó, Malena lanzó todo el peso de su cuerpo hacia la izquierda, lejos del cuerpo de su tío. La bala, que el chico había apuntado a la redonda cabeza de Cortés, perforó el centro mismo de su frente gracias al movimiento brusco de su hermana.

En ese mismo momento la puerta de la cocina se abrió. No se trataba de la policía, del FBI ni del Ejército, sino de Mei y Adam. Justo cuando Max ya pensaba que no llegarían a tiempo.

Al verlos, Emilio dejó caer el arma, Malena también cayó al suelo. Max se permitió perder el conocimiento por segunda vez en las últimas veinticuatro horas. Estaba seguro de que su equipo explicaría a los chicos todo lo que necesitaban hacer.

Capítulo 30

Cuando despertó la cabeza no le dolía, pero tampoco pensaba con claridad. No estaba sentado, sino tumbado y tapado por una sábana de color blanco, muy fina. A pesar de eso tenía calor. El color de las paredes, también blanco, y los pitidos regulares que oía a su derecha le dieron las pocas pistas que le faltaban: se encontraba en un hospital.

En la habitación había cuatro personas y solo dos de ellas formaban parte de su equipo. Emilio y Malena acompañaban a Adam y a Mei. Por algún motivo, la chica ya no le parecía tan atractiva. Suponía que haber estado tan cerca de la muerte matizaba mucho los sentimientos hacia los demás.

—Bienvenido al mundo, jefe —dijo Mei.

—Hola —añadió Max.

Los chicos lo miraban expectantes pero tímidos. Algo que ninguno de los dos había sido hasta ese momento. Torpes sí, apresurados, pero ¿tímidos?

—Hola a todos.

El silencio en la habitación se hizo muy incómodo.

—¿Podéis dejarme solo con los Cortés?

Los chicos se miraron, preocupados, mientras Mei y Adam abandonaban la habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó Max sin mucho tacto.

—Estás registrado como Timothy Raven —dijo Malena.

—Es mi nombre —mintió Max una vez más.

—Queríamos disculparnos —dijo Emilio—. No sabemos quién eres ni qué hacías, pero nos has salvado la vida. Tus amigos nos dieron pruebas, grabaciones con lo que había dicho nuestro tío. Las llevamos al FBI. Nos van a colocar en un programa de protección de testigos. Yo creo que no hace falta. Muerto el perro se acabó la rabia, pero Malena dice que es mejor ser

precavidos.

A Max le sorprendió que el muchacho hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo. No es que se hubiera convertido en un dechado de seguridad en sí mismo, pero todo en él era diferente. Su aspecto era lo primero que llamaba la atención. Ya no vestía ni se peinaba como un mafioso de medio pelo. Y Malena tampoco llevaba ropa de alto voltaje sexual. Parecía que el horror del día anterior los devolvió a su edad. Aunque el chico había matado a un hombre. Y de eso no se salía impune.

—No tenéis que disculparos. No habéis hecho nada mal. Yo sabía dónde me metía cuando entré en el Miami Sound Machine.

—Eso lo sabemos —intervino Malena.

—Pues entonces no hay nada más que hablar.

—No volveremos a vernos —añadió la chica.

—No habríamos vuelto a vernos de ningún modo —contestó Max—. Pero por lo menos estamos vivos. Decirlo no le hizo bien. Aunque Malena ya no era la misma mujer rodeada de un aura de peligro, seguía teniendo algo especial, algo que pocas mujeres compartían. Sintió un pequeño vacío en el estómago.

—Hay un agente esperándonos. Tenemos que irnos.

—Adiós.

Malena fue la primera en salir. A Emilio le costó un poco más. Max sabía lo que le rondaba en la cabeza. También él se había encontrado en aquella situación, aunque no era tan joven cuando mató a su primera víctima.

—No desaparece —le dijo—, pero aprendes a vivir con ello.

—Lo merecía, ¿verdad? —preguntó el chaval—. Mi tío se merecía ese disparo. Me ordenó que matase a mi hermana. Hizo que una rata te comiese los pies.

Max asintió. El recuerdo hizo que los pitidos de la máquina que monitorizaba su frecuencia cardíaca sonasen más a menudo y más alto.

—El mundo es un lugar mejor sin él.
Solo entonces Emilio abandonó la habitación.

Capítulo 31

Mei y Adam regresaron y de lejos se veía las muchas ganas que tenían de tomarle el pelo. Podría haberse enfadado con ellos, pero la verdad es que se alegró de su buen humor. Eso solo quería decir que, a pesar de las máquinas, los vendajes y la sensación de que nunca volvería a ser dueño de su propio cerebro, las cosas no eran tan graves como cabría esperar.

—Lo primero —dijo Max con aire serio—. ¿El maldito de Sean Eaton está preso?

Los dos asintieron al unísono. Después solo el silencio y un intercambio de miradas entre ellos.

—¿Te ha besado esa chica, jefe? —preguntó Mei completamente a bocajarro—. No me refiero al otro día, sino a ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que sabemos que te besó en el hotel. El localizador no tenía receptor, pero sí transmisor. Sabemos todo lo que pasó desde que dejaste el motel. Por cierto, la propina que le diste a esa tal Marina... Últimamente se te va la mano con las mujeres.

—Si no acabarais de salvarme la vida, os odiaría a los dos —dijo Max menos sorprendido de lo que cabría esperar.

—Claro, claro, jefe. Lo entendemos —dijo Adam—. Pero no has contestado a la pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Te ha besado la chica? ¿Te ha abrazado el chico?

Esa segunda pregunta que Mei había añadido hacía que todo tomase un cariz un poco más preocupante.

—No. Ni una cosa ni la otra, ¿por qué?

Mei carraspeó.

—Verás, hemos mandado a analizar los restos del cadáver de la rata que te quería merendar. Como seguramente sabes, esos bichos son los mayores portadores de enfermedades y parásitos de las ciudades hoy en día.

—Déjate de rodeos, Mei. ¿Qué pasa con la rata?

—Han encontrado tres parásitos diferentes. Unos gusanos que viven en los pulmones, unas larvas bajo el pellejo, aunque creo que de estas no tienes que preocuparte. Y la tenia.

—¿Y estoy infectado? ¿Tengo gusanos en los pulmones?

—A los chicos les hemos dicho que sí. Para que no intenten localizarte.

—Pero lo estoy o no lo estoy —urgió Max.

—Si lo estabas, el cóctel de la felicidad que te han inyectado aquí lo habrá matado todo, así que no te preocupes. Es más grave lo de los tobillos. Vas a pasar una temporada inmovilizado, hasta que se regenere el músculo.

—Tampoco me importa mucho la verdad. Estos días no me han dejado ganas para ir a ningún sitio. Todo lo que quiero es volver a Londres.

Por si a Max le quedase alguna duda acerca de su salud, Adam lo abrazó con la fuerza de un hermano mayor y Mei le cogió de la mano. Eso lo tranquilizó. Aunque, en realidad, ninguno de los dos lo había besado.

Hacker

Capítulo 1

Desde su puesto de trabajo en la cámara acorazada de la sucursal del Lloyds Bank de Paternoster Square, a pocos metros de la catedral de Saint Paul y del Temple Bar Memorial, Arthur Fitz no veía la lluvia incesante que cubría la ciudad.

Eso estaba bien. Mejor que permanecer en la puerta durante horas, a merced de las ráfagas de viento que le congelaban hasta los huesos cada vez que entraba un cliente. Sustituía a Charles. Un compañero ausente debido a una enfermedad incomprensible para él, que jamás había cogido una baja a pesar de estar expuesto constantemente a las inclemencias del tiempo, del aire acondicionado en verano y de la calefacción en invierno. Charles solía quejarse de que nunca veía la luz del sol, pero a Arthur eso le daba lo mismo. En aquel endiablado país el sol no salía nunca.

Se levantó de la silla de madera en la que ya llevaba veinte minutos sentado. Había programado un temporizador. Así sabía cuándo debía estirar las piernas. Además, ayudaba a ahuyentar el sueño. Lo cierto era que allí abajo no tenía muchas distracciones. En eso la posición junto a la puerta salía ganando. Algunas personas incluso lo saludaban de vez en cuando, quizá sintiéndose culpables por no cerrar la puerta y permitir así que el frío se cebase en él. En el sótano, en cambio, solo podía dedicarse a contar las baldosas. Ya lo había hecho. Eran cincuenta y dos filas de tres enormes losas en el pasillo.

Fuera como fuera, no le apetecía que nadie lo sorprendiera echándose una cabezada. Echó un vistazo al fondo del pasillo, como si cupiera alguna posibilidad de que alguien apareciera por allí. Luego miró hacia arriba, a la cámara de seguridad cuyo piloto rojo, encendido tal y como correspondía, indicaba que sus compañeros de la sala de seguridad eran los únicos que

podían ver a qué se dedicaba mientras las horas pasaban allí abajo.

El problema, que Arthur no conocía precisamente por encontrarse varios pisos por debajo de la acera donde la vida londinense transcurría con la mayor normalidad, era que sus compañeros, en realidad, llevaban un rato sin poder verlo.

El caos en la sala de control amenazaba con alcanzar proporciones épicas. Nunca, desde que el encargado empezó a trabajar allí, había pasado nada parecido. Las cámaras, el circuito completo, se revisaban una vez a la semana. La última, si el parte no mentía, había sido dos días antes. Y, a decir verdad, a Robert, el supervisor, no le cabía ninguna duda de que el informe no mentía porque él había llevado a cabo todas las comprobaciones personalmente. Lo realizaba con escrupulosa puntualidad por varias razones. La primera, que le encantaba su trabajo y quería conservarlo. La segunda, que su sucursal estaba a la cabeza de la competición ese año. Hasta hacía un momento estaba seguro de ganar el viaje a Cancún que la empresa ofrecía a los miembros del equipo que presentaban menos incidencias. Pero esa certeza se esfumó cuando la cámara de la bóveda dejó de emitir las idas y venidas de Arthur para mostrarles un paisaje de estática que no había desaparecido por mucho que los operarios hubieran reiniciado los monitores.

—Hay que hacer algo. Ahí abajo hay más dinero de lo que valen todas nuestras vidas juntas. Smith, llama a Fitz y que te confirme que todo va bien.

En realidad se trataba de una comprobación absurda. Para llegar hasta la cámara acorazada había que pasar por al menos tres puntos de control. Nadie poseía las tarjetas de apertura de los tres excepto el director, de modo que era necesario contar con al menos un cómplice para realizar el trayecto completo. Pero la seguridad no terminaba ahí. Un vigilante cualificado se encargaba de custodiar la puerta. Aunque, bien mirado, Fitz era experto en control de

accesos, no en situaciones de emergencia.

—No puedo hablar con él, jefe.

—¿Ese patán se ha dormido? No me lo puedo creer. —El supervisor se peinó el pelo hacia atrás con los dedos, lo que reveló unas entradas más que pronunciadas—. Si se ha dormido, te aseguro que ya puede ir buscándose un trabajo en un McDonald's. No va a haber empresa de seguridad que lo contrate.

—No, jefe... Es decir, no lo sé.

—Hable claro, Smith, haga el favor. No estamos para perder el tiempo.

—No he podido establecer contacto. Solo oigo estática, como en el monitor.

—Déjeme eso.

Robert Whalley era un hombre enérgico, sobre todo en situaciones de estrés. Así que prácticamente empujó a su subordinado y casi lo hizo caer de su asiento. Una vez frente a los controles, activó el altavoz y pulsó el interruptor que debía devolverles ruido. Eso fue precisamente lo que oyó.

—Fitz, soy Robert Whalley, conteste, cambio.

Al otro lado el sonido del transmisor no varió. Smith lo había descrito como estática. Pero a él no le parecía más que el sonido normal de cuando los aparatos permanecían inactivos.

—Se ha dormido.

—Señor, ese no es el sonido habitual —se atrevió a contestar Smith.

—Me da igual. Hay que bajar y ver qué ha pasado. Porque si no tendremos que llamar a la central, y estoy seguro de que ninguno de nosotros quiere que eso suceda.

Smith y su compañera, que hasta el momento había permanecido en silencio y prácticamente inmóvil, negaron a la vez con la cabeza. Parecían una pareja de perritos de los que los horteras usaban para decorar las lunas

traseras de los coches.

El supervisor los entendía. Tampoco él quería informar de la incidencia. Para empezar porque lo primero que se pondría en tela de juicio sería su profesionalidad. En segundo lugar porque sabía que allí nadie había metido la pata en absoluto. Conocía a su equipo y confiaba en él. Incluso en el pesado de Fitz, que no hacía más que quejarse del mal tiempo y que ahora le estaba amargando la mañana porque se había quedado dormido justo en el momento en que una cámara decidía estropearse. Pero el motivo real de que no quisiera dar parte era que sabía cómo actuaba la empresa. Él quizá salvase el puesto de trabajo, pero a sus subordinados los despedirían. Sobraban los perfiles poco cualificados de gente joven dispuesta a hacer dobles turnos por el salario mínimo. Él no podía luchar contra el sistema, pero al menos podía evitar que la gran rueda se pusiera en marcha.

—Voy a bajar yo mismo a hablar con Fitz. Vosotros reiniciad el monitor en cuanto esa puerta se cierre a mi espalda. Seguro que la imagen ha vuelto antes de que yo llegue ahí abajo. Smith, voy a necesitar tu tarjeta.

—Señor, eso va contra...

—Sí, Smith. Va contra el protocolo de seguridad. Pero es una orden directa de tu superior, así que no te preocupes, es responsabilidad mía.

Whalley se dijo a sí mismo que no pasaba nada, que nadie sabría nunca que había bajado porque no iban a tener que informar de nada. Fitz estaba dormido, lo despertaría de una patada en el culo y listo.

—¿Cooper?

—Sí, señor —contestó la mujer—. Estás al mando. No va a pasar nada, pero si crees que hay que llamar a la central, llama. En cinco minutos estaré de vuelta.

—O puedo llamarle al móvil, jefe.

—En realidad no, porque los móviles están prohibidos en el trabajo y el

tuyo está en la taquilla, ¿verdad?

La chica enrojeció de vergüenza antes de contestar en apenas un murmullo.

—Claro, jefe, perdone. No sé en qué estaba pensando.

Whalley sí lo sabía. Pensaba en lo mismo que todo el mundo. Porque todos se pasaban las reglas por el forro. Solo esperaba que de verdad no ocurriese nada, pues la lista de irregularidades que descubrirían sus superiores, si allí había una inspección, iba a ser larga.

Smith sacó su tarjeta de acceso del protector de plástico en que la llevaba colgada.

—Gracias, Smith.

No la usó para salir de la sala de control. No quería que el movimiento constara en su hoja de registro. Pasó la suya propia por el lector. La luz roja parpadeó, pero la verde no se encendió.

—¡No me jodas! —dijo entre dientes.

Volvió a intentarlo, pero obtuvo el mismo resultado.

—No puede ser, ¡joder!

—¿Algún problema, jefe?

Cooper dio una patada a su compañero, pero el supervisor no vio el gesto. Volvió a peinarse el pelo con los dedos y volvió a dejar al descubierto las entradas.

—No podemos salir. Vamos a tener que llamar, después de todo.

Sin embargo no lo hizo inmediatamente. Necesitaba calmarse. Si le cogían el teléfono y descubrían que había perdido el control, todo lo que podía ir mal iría mal. Además, lo primero que le preguntarían era qué había pasado. Y no tenía ni la menor idea.

Capítulo 2

Lo que había pasado hacía unos pocos minutos, justo en el momento en el que Arthur Fitz se levantó a estirar las piernas, era que otro empleado anodino, en otro lugar de la sucursal, se había levantado de su silla con respaldo ergonómico. También él, como Amanda Cooper y el propio supervisor Whalley, llevaba el móvil encima y encendido. Como ellos, contravenía las directrices de seguridad del banco, pero nadie le reconvino por ello. Porque nadie tenía la menor idea de lo que estaba a punto de pasar. Al fin y al cabo, este empleado, cuyo nombre solo conocía el sistema informático del control de accesos, pasaba completamente desapercibido. No llegaba tarde, pero tampoco demasiado pronto. Tomaba un sándwich de huevo en su descanso y lo acompañaba de un té negro muy fuerte. Siempre enjuagaba su taza, blanca, sin distintivos. Iba al baño siempre a la misma hora, tardaba unos pocos minutos y regresaba a su puesto sin haberse comunicado con nadie. Vestía camisa blanca de manga larga tanto en verano como en invierno, así que ninguna persona conocía la mancha de nacimiento que habría podido ayudar a identificarle en caso de necesitar una identificación.

El día de los hechos se levantó de su asiento casi a la misma hora de todos los días. Quizá un minuto antes o un minuto después. Lo hizo como respuesta a la vibración del móvil en el bolsillo. Una vibración que se correspondía con la recepción de un mensaje muy concreto. Le sudaban las manos al abandonar el escritorio, pero no olvidó la taza del té. Siempre la llevaba consigo para enjuagarla, y no podía permitirse que alguien sospechara que ese día era diferente del resto. Tampoco era que ninguno de los otros empleados le prestase la menor atención. Unos pocos trabajaban en sus tablas de Excel llenas de cifras. Otros pocos se habían conectado a Internet y revisaban sus correos electrónicos personales. Como en cualquier empresa.

Así que se dirigió al baño como cada día. Como cada día lavó la taza de té y la dejó junto a uno de los lavabos. Sacó el móvil del bolsillo y leyó el mensaje. Efectivamente, era el que esperaba. Se había preparado a conciencia para lo que sucedería a continuación. Solo tenía que entrar en el cubículo adecuado.

Lo hizo. Alguien había dejado allí un paquete. Parecía demasiado pequeño para contener lo que él necesitaba, pero lo abrió de todos modos. Pensó que, desde los atentados del 11S y el ataque al metro de Londres en 2005, nadie se arriesgaba ya a abrir paquetes ajenos. Pero aquel no era un paquete ajeno en realidad, sino una herramienta para que él pudiera cumplir su misión. Dejaría un legado. Pocos lo comprenderían, sabía eso. Pero no le importaba.

Doblado por manos expertas, de la caja de cartón sin distintivos salió un mono de trabajo azul. Lo acompañaban un chaleco y una gorra con un logotipo bordado. A sus ojos parecían auténticos. Se vistió, tal como le habían indicado en su entrenamiento, y salió del baño. En el bolsillo del mono había dos tarjetas magnéticas. Debían servirle para pasar los tres controles de acceso dobles hasta llegar a la cámara acorazada.

Si los empleados de la compañía de seguridad no hubieran estado tan ocupados en decidir si llamarían a la central, por quién preguntarían y qué dirían exactamente, se habrían dado cuenta de que la cámara de la bóveda no era la única que devolvía imágenes de estática. Pero tenían muchas preocupaciones para fijarse en eso, así que el empleado desconocido llegó hasta el pasillo perpendicular a aquel en el que se encontraba Arthur Fitz. Se detuvo a una distancia prudencial de la esquina y esperó.

Arthur había hecho todo lo posible para evitarlo, pero los párpados le pesaban tanto que se le cerraban. Era por la falta de estímulos, estaba seguro. Quería conservar aquel puesto. Allí hacía calor y nadie lo molestaba. Pero para

lograrlo debía ser capaz de mantenerse despierto.

Había pensado en echar una cabezadita aprovechando el único ángulo ciego de la cámara. Charles le había dicho, más o menos, dónde estaba. Él lo usaba para leer una página o dos en su lector digital. Se trataba de un dispositivo muy fino que cabía en el bolsillo interior de la chaqueta. Así las mañanas se le hacían más amenas.

A Arthur no le gustaba especialmente leer, pero algo tendría que hacer. Allí había menos movimiento que en una funeraria tras la hora del cierre. Pensaba precisamente en que los suelos de las funerarias solían estar tan bien pulidos como aquel cuando le pareció oír algo. Habría jurado que alguien caminaba con pasos quedos más allá de la esquina, al fondo del corredor.

Se alegró de la novedad. Bien podía ser que estuviera perdiendo la cabeza. O que Whalley, el supervisor, lo estuviera probando. Arthur sabía que no confiaba en él. Si lo mandó a la cámara acorazada era porque no había nadie más disponible. Era el de mayor antigüedad, así que no le había quedado más remedio. Pero si hubiera sido por el encargado, Fitz seguiría chupando corrientes de aire en la puerta. Así que se puso muy derecho dentro de su uniforme barato de vigilante. Casi pareció que se cuadrara. Echó a andar y, por una vez, no contó las cincuenta y dos baldosas que lo separaban de la pared del fondo.

Entonces se fue la luz.

—¡Mierda! —dijo en voz alta. Y las paredes le devolvieron la reverberación de su propia voz repetida un millón de veces.

Si había alguien escondido tras la esquina, este sería el momento perfecto para atacarlo. Estuvo a punto de llamarse imbécil en voz alta por pensar esas cosas, pero no lo hizo. Necesitaba que el lugar permaneciese en silencio. Si alguien se movía en aquella oscuridad y en silencio, él lo sabría. Por fin podría demostrar que sí tenía los sentidos agudizados gracias a su trabajo de

vigilante.

Contuvo la respiración y le pareció que su corazón latía demasiado fuerte, pero de todos modos lo oyó. Un sonido de pisadas. Se pasó la lengua, seca de repente, por los labios y sintió como si se los acariciase con una lija gruesa. Casi de inmediato vio la luz. Un haz de luz blanca e intensa. Se parecía sospechosamente a la de su propio móvil.

—¡Alto! —dijo—. Está prohibido usar teléfonos móviles en todo el recinto del banco.

Si hace un momento se había sentido estúpido, en ese instante le pareció que no podía haber nadie más ridículo sobre la faz de la Tierra. ¿De verdad acababa de darle el alto a alguien por llevar encendida la linterna del móvil? ¡Lo grave era que alguien hubiera llegado hasta ahí él solo!

Contra todo pronóstico, la luz que se había dirigido hacia él se detuvo.

—Mi nombre es Martin Stewart, de mantenimiento. Por lo visto la cámara de aquí abajo no funciona. Debe de ser un fallo masivo, porque acaba de irse la luz.

Arthur se dio cuenta de que podía haber dormido un buen rato sin que nadie se percatase, y se lamentó por no haber aprovechado la oportunidad.

—No me han avisado —contestó Arthur. Y sacó su propio teléfono móvil del bolsillo interior de la chaqueta. Suponía que le caería una bronca por haberlo llevado cuando se redactara el informe, pero si el de mantenimiento podía llevarlo, ¿por qué él no? Se apresuró a activar la aplicación de la linterna.

—Me lo imagino. Por lo visto se han cortado todas las comunicaciones internas. Ahí arriba están como locos. No tienen ni idea de qué ha podido pasar.

—Ajá —dijo Arthur como toda respuesta. No se le ocurrió comprobar si su *walkie* funcionaba.

—Hablando de pasar... ¿Crees que puedo acercarme y hacer mi trabajo? La cámara está al fondo, ¿no? Junto al cofre del tesoro.

Arthur no quería sonreír, pero la verdad era que la ocurrencia tenía gracia. Se mirase por donde se mirase, aquello era un cofre del tesoro en toda regla. Él ni siquiera sabía cuánto dinero había dentro.

—Voy a necesitar tu identificación. Ya me acerco yo a donde tú estás. Se supone que es una zona restringida. Y, por cierto, también se supone que no puedes bajar solo. ¿No tienes un compañero? Los accesos funcionan con dos tarjetas.

—Se ha puesto enfermo, pero me ha dejado su pase. Si tú no lo cuentas, yo me callaré lo de tu móvil.

El tío era gracioso, sí, pero aquel último comentario no le gustó especialmente a Arthur.

—Pero identificación sí tienes, ¿no?

Capítulo 3

Estaba ya lo bastante cerca de él para poder enzarzarse en una pelea física si hacía falta. Sospechaba que no saldría muy bien parado si se daba el caso. A aquella distancia vio que el rostro del tal Martin Stewart se iluminaba por un momento. Casi inmediatamente él apagó la linterna y la luz regresó. Arthur tuvo que entrecerrar los ojos para que se le acostumbrasen las pupilas.

—No tengo mucho tiempo —insistió Martin—. Me obligan a confirmar que aquí no ha pasado nada y luego me esperan en otra sucursal. Lo siento.

Mientras hablaba, se llevó la mano al pecho. De allí colgaba una tarjeta magnética con una fotografía que mostraba la cara de Stewart, aunque muy poco favorecida.

—Pasa.

Arthur se hizo a un lado y el tipo pasó con una determinación que su voz no había dejado adivinar. No llevaba caja de herramientas ni escalera. Arthur supuso que, para arreglar lo que fuera allí abajo, bastaría con algunas órdenes a través del teléfono.

Stewart no prestó la menor atención a la cámara de seguridad estropeada y eso fue lo primero que puso a Arthur sobre aviso. Algo no iba del todo bien, aunque no supo identificar con exactitud de qué se trataba. El supuesto empleado de mantenimiento se dirigió directamente al sistema de control de la cámara acorazada. Extrajo una consola que Arthur no tenía la menor idea de que existía y tecleó varias secuencias de código. La puerta, muy pesada, se abrió con un clic casi ridículo.

Más tarde, Fitz se lamentaría por no haber reaccionado de inmediato, pero la verdad es que le pudo la curiosidad. Charles, el compañero al que sustituía, nunca había visto el interior de la cámara. Y eso que llevaba años trabajando allí. Pero él iba a tener esa suerte en su primer día. La imaginaba llena de

pilas de billetes de cincuenta libras.

El contenido de la cámara lo decepcionó, pues aquello no era más que una habitación cuadrada, bien iluminada pero un poco sórdida. Dos de las paredes estaban cubiertas de puertecillas que probablemente daban acceso a cajas de seguridad privadas de clientes. En el centro había una mesa vacía. Nada de fajos de billetes que se pudieran llevar de allí en bolsas de deporte.

Pensar en un hipotético robo le recordó que con él estaba un tipo altamente sospechoso que no se comportaba en absoluto como un encargado de mantenimiento. De hecho, seguía sin hacer ni caso al circuito cerrado de televisión. Había extraído otra consola de una de aquellas cajas de seguridad y tecleaba con rapidez. Como si le faltase el tiempo.

Arthur maldijo a Charles por haberse enfermado precisamente ese día. Ahora él tenía que detener al tipo o dar aviso. Optó por la segunda opción y descolgó el transmisor de su cinturón. Giró el botón superior hasta la posición de encendido y se dirigió a sus compañeros.

—Aquí hay un empleado de mantenimiento, chicos, ¿lo habéis enviado vosotros? Cambio.

Tal como el propio Stewart había dicho unos minutos antes, no le fue posible establecer comunicación. Que el empleado lo supiera, por algún motivo, le pareció más raro de lo debido. Si las comunicaciones fallaban, ¿por qué ninguno de los demás vigilantes había acompañado al desconocido? No tenía sentido. Nada de lo que pasó desde que se fue la luz respondía a ninguna lógica. Ni a ninguno de los protocolos y las directrices que le habían obligado a leer antes de dejarlo bajar.

Mientras Arthur dudaba sin llegar a tomar ninguna decisión, Martin envió un mensaje. Le vio pulsar las letras de su pantalla táctil y dar a la flecha correspondiente. Aquello sí que no tenía nada que ver con solucionar un problema del banco. Ya no le cabía ninguna duda.

—Acabo de avisar a mi central de que esto no pinta bien. Los sistemas de la caja funcionan. He comprobado los circuitos exteriores e interiores y esto va bien. Así que la incidencia va a ser culpa vuestra.

—¿Disculpa?

—No tuya, claro. No creo que tú hayas hecho nada personalmente para cargarte el circuito, pero alguien tiene que responder y el problema es externo.

La pantalla del móvil se iluminó. El tipo acababa de recibir otro mensaje.

—Perdona, tengo que contestar.

—No creo que...

—Es mi jefe, de verdad que tengo que contestar.

Ante la mirada atónita de Arthur, Martin leyó el mensaje que le había enviado su jefe y le contestó. De repente le parecía que la calefacción del sótano era excesiva.

Volvió a probar el transmisor, pero del aparato solo salía ruido de estática. Estaba solo. Llevaba meses deseando que lo cambiaran de puesto. Meses buscando la soledad. Y en ese momento la cambiaría por otros cinco años de viento helado junto a la puerta de la sucursal.

El tal Stewart seguía enviando mensajes como loco. Arthur solo podía hacer una cosa. Entró en la cámara acorazada en la que todavía no había puesto un pie y amonestó al intruso.

—Mira, no sé si eres de mantenimiento o no, pero todo esto es muy raro. Aquí no se puede usar el móvil, así que entrégamelo, por favor. Y ahora me acompaña y salimos los dos de aquí, que esto está por encima de mi competencia, joder.

Muy lejos de entregar su móvil, Martin se lo metió en el bolsillo trasero del mono de trabajo y lanzó un gancho de izquierda que fue a alojarse en la mandíbula inferior de Arthur. Para cuando llegó al suelo ya había perdido el conocimiento. De hecho, el golpe fue tan fuerte que le partió la propia

mandíbula. Cuando despertara iba a necesitar morfina durante una buena temporada.

Martin no le prestó demasiada atención. No quiso pegarle tan fuerte. En realidad, no quiso pegarle en absoluto. Pero el hombre se había puesto muy pesado hasta el punto de hacerle perder los nervios. Y lo peor no era que hubiese perdido el control, sino que el tiempo se le echaba encima.

Miró el reloj del móvil. Los números de la pantalla no le ayudaron a tranquilizarse. Continuó tecleando en la consola y enviando mensajes. El sudor perlaba su frente y apenas controlaba el temblor de las manos. Tuvo que corregir el texto del último mensaje al menos dos veces.

Eso no era algo que pudiese permitirse. Fuera necesitaban aquella información, pero no serviría de nada si no enviaba los datos correctos. Un error podía ser fatal. Respiró hondo, se pasó la manga áspera del mono azul por la frente y siguió con su empeño. De vez en cuando echaba un vistazo por encima del hombro en dirección al exterior. Aparecerían de inmediato, así que más le valía darse prisa.

En realidad, si hubiera estado un poco más calmado, habría notado que el silencio absoluto del pasillo ya no era tan absoluto. Pero le preocupaba más enviar la información que le habían pedido que su propia seguridad. Por eso no se dio cuenta de que un grupo de hombres de uniforme, equipados con armas y munición real, se habían acercado lo suficiente para no solo abortar su misión, sino también su vida.

Vio a uno de ellos por el rabillo del ojo y eso hizo que algo encajase como la última pieza de un puzle en su cerebro. No podía parar. Quizá aquello lo matase, pero no podía parar. Por fin se habían dado las circunstancias necesarias para que llegara así de lejos. No se repetirían al día siguiente, ni a la semana siguiente.

Dejó de teclear y ocupó sus últimos minutos de vida sacando y enviando

fotos. Fuera tendrían que procesar los datos, pero al menos los tendrían.

En segundo plano, muy lejos, oyó una voz acostumbrada a que sus resoluciones se acatasen sin dilación. Le ordenaba que se detuviese. Pero no había nadie allí abajo capaz de hacerle desistir. ¿A quién pertenecía esa voz? ¿Existía realmente o eran sus dudas, sabotando una vez más algo por lo que todos habían luchado tanto? La ignoró.

El siguiente mandato no se dirigía a él. La oficial al mando ordenó a sus hombres que abrieran fuego. El primer impacto, a aquella distancia y en un lugar cerrado, hizo que se diera la vuelta involuntariamente. También lo dejó sordo. Lo último que vio antes de morir acribillado fue un montón de estallidos y las cabezas de un grupo de DJs. En la confusión tomó los protectores auriculares de los soldados por la herramienta de trabajo de los disyocueis.

Poco quedaba del cuerpo de Martin Stewart cuando la teniente O'Brian entró en la cámara acorazada. Vio el cuerpo aparentemente inerte de Arthur en el suelo, pero no le prestó atención. En cambio recogió el teléfono del empleado anodino que llevaba tres años tomándoles el pelo.

—Hemos llegado tarde —dijo en voz alta—. Llamad a alguien para que recoja los despojos. Y una ambulancia. Aquí hay un vigilante herido. A lo mejor lo hemos dejado sordo.

Uno de sus hombres desapareció pasillo adelante para cumplir sus órdenes. Los demás se quedaron allí, esperando que les dijeran lo que debían hacer. A O'Brian le habría gustado saber qué decirles. Le habría encantado, pero el hecho era ese: llegaron tarde.

—Salid de aquí. Todos. Volved a vuestros puestos.

El grupo no vaciló ni le hizo más preguntas. Eso la tranquilizó un tanto. Aunque nada conseguiría devolverle la serenidad de verdad hasta que aquello terminara. Porque aquel no era el primer intento fallido de detener a un

hacker. Y algo le decía que no sería el último. Aquellos insidiosos entrometidos parecían saberlo todo. Por eso habían escogido ese objetivo y no otro. La sucursal de Paternoster Square solo empleaba a dos cajeros y un director. Eso era todo lo que se veía desde fuera. El acceso a las oficinas reales y a la información que habían robado se llevaba a cabo desde otra calle. Tenían gente dentro. Mucha gente dentro.

El MI5 necesitaba ayuda. Y maldita la gracia que le hacía a la teniente O'Brian reconocerlo.

Capítulo 4

Le gustaba pasear por la ciudad. Esa mañana, además, la lluvia les había dado tregua y fue remplazada por un sol quizá un tanto enfermizo pero suficiente. La mayor parte de los charcos se habían secado en las aceras de Kennington y los ciclistas volvían a tomar las calles con destino a sus empleos.

A aquellas horas había más coches que peatones y por eso Max las disfrutaba especialmente. Pocas eran las veces en que tenía Londres para sí mismo. Por lo general, una miríada de transeúntes locales y turistas ocupaba la mayor parte del espacio disponible. Pero no tan temprano.

A diferencia de otros barrios, aquel no había despertado la curiosidad del resto de ciudadanos del mundo, así que las grandes franquicias todavía no habían arrasado con los pequeños comercios. Los escaparates de aspecto tradicional, con sus puertas de colores y sus rótulos escritos a mano, eran verdaderos. Sus dueños los dirigían con la dedicación que solo se emplea en lo que a uno le pertenece. *Boutiques* diminutas, *pubs* antiguos y oscuros y pizzerías artesanas salpicaban las aceras.

Max caminaba hacia el parque. Esa mañana no había salido a correr, así que pensaba hacer un buen puñado de kilómetros antes de volver a casa. De vez en cuando echaba una mirada al cielo. También perdía la vista en el reflejo que le devolvían los escaparates. Le gustaba observar cómo cambiaba el mundo a su alrededor a través de la imagen distorsionada de los cristales. Así, la cabeza lampiña de un maniquí aparecía adornada con la fachada del edificio de enfrente, como si se lo hubieran impreso encima. Pero si se miraba desde otra perspectiva, parecía que alguien le hubiera colocado una maceta de alegrías a modo de sombrero.

En una de esas paradas le pareció ver a un tipo de aspecto sospechoso. No habría sabido decir por qué le hacía sospechar. Quizá fueran las gafas de sol,

el maletín de detective trasnochado o el traje oscuro, demasiado anodino. Ciertamente era que a aquella distancia, y a través del reflejo engañoso de un escaparate, quizá el traje en cuestión no fuera en absoluto anodino. Pero el hombre miraba en dirección a Max. Y cometió la torpeza de mirar el reloj cuando este reparó en su presencia.

Max continuó caminando. Solo había una manera de comprobar si lo estaban siguiendo o no, y era actuar como si no pasara nada. Lo más probable era que se tratase de una jugarreta de su cerebro, demasiado acostumbrado a las persecuciones y el espionaje. Fuera como fuera, la mañana ya se le había estropeado.

Giró en la siguiente esquina y dejó atrás la calle comercial para adentrarse en una dominada por edificios residenciales de ladrillo visto y grandes ventanales. Una calle muy parecida a la suya, pero en cuyo cuidado el ayuntamiento había invertido menos recursos. Si quien fuera tomaba también aquel camino, no cabrían muchas dudas respecto a sus intenciones.

La mayor parte de las ventanas se abrían un metro o metro y medio por encima de la acera, así que espiar a través de los reflejos no resultaba sencillo. Sin embargo, Max era un hombre de reflejos. Se metió las manos en los bolsillos de la gabardina y tanteó en busca de las llaves de casa. Caminó unos metros más, los suficientes para encontrar un punto en el que el otro hombre no pudiera esconderse. Dejó atrás un jardín adornado con cipreses y un edificio pretencioso con grandes columnas a la entrada. Un poco más adelante halló exactamente lo que buscaba: una fachada sin huecos en donde ocultarse. El arquitecto había aprovechado al máximo el terreno y ni siquiera había apartamentos en el entresuelo.

Sacó las manos de los bolsillos y dejó caer las llaves. Cuando el manojito se estrelló contra el suelo, se dio la vuelta y se agachó para recogerlas. Tal como supuso, el desconocido estaba allí, en su misma acera, lo que

demostraba una verdadera torpeza. Si hubiera sido un auténtico profesional se habría movido por la de enfrente, donde hubiese levantado menos sospechas.

De un vistazo, Max supo que el traje costaba más que el alquiler de alguno de los pisos de la zona. El hombre, al menos su figura parecía la de un hombre, se cubría la cara con una bufanda además de con unas gafas de sol. No pareció inmutarse por haber sido sorprendido. Continuó andando en dirección a Max. Incluso le dio los buenos días al llegar a su altura.

Entonces supo de quién se trataba.

—Buenos días a ti también, Nefilim. Me sigues con tanto sigilo como un rinoceronte en un invernadero.

—¿Y para qué iba a esforzarme? Me habrías descubierto igualmente. Por eso te busco. Además de que la idea es encontrarte, no sorprenderte. Y a ese respecto he obtenido, hasta el momento, un cien por cien de efectividad.

—Por supuesto. Me había olvidado de que siempre obtienes lo que deseas, ¿verdad?

Nefilim no contestó, lo que ya suponía una novedad. En sus intercambios solía haber un tira y afloja de frases ingeniosas. No se apreciaban y, aunque tampoco se detestaban, dejaban clara la naturaleza de su relación cada vez que se encontraban. Quizá para que la tensión entre ambos, inofensiva por otra parte, les recordara que no se veían por amistad, sino por trabajo. Un trabajo que solía ser peligroso. Sobre todo para Max.

—¿Y de qué se trata esta vez? Te noto intranquilo. A ti, que eres el rey de la calma y la flema británica.

—Lleguemos hasta Kennington Park, Max. Te lo contaré todo a la sombra de los plátanos.

—No me digas que no te sientes seguro aquí.

Nefilim miró alrededor. Max no supo muy bien lo que buscaba. No había comercios, solo edificios un poco más caros que los que dejaron atrás, eso era

notorio por los circuitos cerrados de televisión que protegían las fincas y por las zonas ajardinadas que los rodeaban; farolas, semáforos... Una calle completamente común.

—Si no quieres que te lo diga, no te lo diré.

Caminaron en silencio hasta la entrada del parque. Una gran explanada de hierba les dio la bienvenida. Durante la primavera y ya bien entrado el verano la zona servía como campo de juegos para familias, que llevaban allí a los más pequeños a que se desfoguen correteando, lejos del tráfico. Los días como aquel solo algún aficionado al *running* interrumpía el verde monótono de la pradera.

Tuvieron que adentrarse varios cientos de metros en el parque para que Nefilim se sintiera libre de hablar. Y ni siquiera entonces comenzó por el principio.

—¿Has traído tu móvil, Max?

—Claro. Y un reloj inteligente. Ya sabes que sí. De hecho, lo más probable es que me hayas localizado así. Mei lo hace constantemente.

—Sí, ella nos ha ayudado en esto.

—¿Has hablado con Mei?

—Yo no, claro. Ya sabes que tu equipo solo se relaciona con nosotros a través de ti... O de otros líderes de grupo.

Max parpadeó, incrédulo. ¿Mei trabajaba para otros grupos? Eso sí que era una novedad. Tampoco era que lo tuvieran prohibido, pero, sinceramente, no lo esperaba. Claro que la especialidad a la que se dedicaba le permitía estar en contacto con mucha gente sin necesidad de abandonar la seguridad de su guarida... estuviese donde estuviese.

—De acuerdo, supongo que lo que quieres es que te entregue mi teléfono y mi reloj —dijo Max.

—Cualquier dispositivo electrónico que hayas traído contigo, en realidad.

Sé que sueles llevar un localizador oculto. Probablemente sea excederme, pero toda prudencia es poca.

Max se encogió de hombros y procedió a entregar sus dispositivos. No tenía mucho sentido negarse de todas formas.

—Esto —dijo Nefilim sacando una caja de aspecto pesado de su maletín— es un recipiente forrado de plomo. No dañará nada de lo que me has dado. Mis cosas también están dentro. Es hermético, como una caja de Faraday.

—Diría que temes que te estén espiando.

—Y acertarías, Max. Esta vez no vamos a perder el tiempo. No voy a darte información incompleta ni sesgada. Lo que está pasando es demasiado importante como para que tú y yo nos entretengamos con un estúpido jueguito de sarcasmo.

Max cruzó los brazos mientras observaba cómo Nefilim guardaba los teléfonos y todo lo demás en la caja y luego la devolvía al maletín. La experta en tecnología y comunicaciones era Mei, no él, pero de todos modos se sintió un poco desnudo sin nada de todo aquello.

—Soy todo oídos —dijo.

Nefilim le refirió lo que había sucedido el día anterior. Cómo la sucursal del Lloyds Bank de Paternoster Square había sido objeto de un atentado ciberterrorista.

—El hombre que lo hizo no salió con vida, lo que es más un inconveniente que otra cosa, si quieres que te diga la verdad. Pero los efectivos que el MI5 pone en funcionamiento no deciden, ejecutan. Así que nos encontramos en el mismo punto que cuando todo esto empezó, pero mucho más vulnerables.

—No es la primera vez que se atenta contra nuestro sistema bancario, si no recuerdo mal.

Nefilim, que caminaba cabizbajo excepto cuando espiaba a derecha e izquierda para comprobar que nadie los seguía, negó con la cabeza.

—Es que esto no atenta contra el banco. Al menos, no únicamente contra él. Es algo global y a gran escala.

—Creí que esta vez me lo ibas a decir todo, pero empiezas a hablar en acertijos.

—No es fácil asumir este tipo de fracaso, Max.

—No entiendo. El MI5 no depende de la SCLI. No veo dónde está vuestro fracaso. La Inteligencia británica es independiente.

—Los servicios de inteligencia de los diferentes países forman parte de nuestras fuentes de información. Y ahora mismo nada de lo que nos llega de ninguno de ellos es fiable.

—¿Y cómo sabes que estamos ante un ataque ciberterrorista a gran escala?

Nefilim se detuvo, se levantó las gafas de sol y miró a Max directamente a los ojos. Desde luego, no estaba fingiendo. Allí se leía preocupación. Un estrés agudo que le había adornado el rostro con unas ojeras profundas y arrugas alrededor. Su contacto con la SCLI parecía diez años más viejo que la última vez que lo había visto. Y no hacía demasiado tiempo de eso.

—Porque nos han hecho llegar un mensaje muy claro con sus reivindicaciones.

Capítulo 5

Nefilim suspiró antes de seguir hablando.

—Y cuando digo que nos han hecho llegar, no me refiero a mí ni a mis superiores, ni al propio MI5 ni a algún ministro. Ni siquiera al maldito primer ministro. Eso habría estado dentro de lo usual. Cualquier grupo de *hackers* podría haber accedido a ese tipo de contactos. Pero no, las reivindicaciones de la gente que nos ha puesto en jaque las han recibido, directamente, Su Majestad y el presidente de Estados Unidos. Ambos en sus residencias particulares, en un momento en que estaban en casa. Ambos en sus valijas, en sobres sin identificación ni rastro de ADN, por supuesto. Sus secretarios personales aseguran que ellos no habían colocado los sobres en las valijas.

Max arqueó una ceja. Desde luego, aquello debía de haber provocado una situación de crisis en los dos gabinetes de Gobierno.

—No te imaginas el caos. Todo el mundo ha entrado en pánico. La familia real ha abandonado Windsor y, como imaginarás, tampoco se han refugiado en Balmoral. El Air Force One despegó treinta minutos después de que el presidente leyera el contenido del mensaje.

Max no dijo nada. Comprendía la importancia de lo que Nefilim le estaba contando. Pero, en su fuero interno, le divertía todo aquel trajín. Aquellas personas pocas veces se sentían de verdad amenazadas, así que una cura de humildad, desde su perspectiva, no les venía del todo mal. Aunque se cuidó mucho de decir lo que pensaba.

—¿Y qué es lo que exigen? Porque imagino que, si es un grupo terrorista, tendrán exigencias. Todos se creen que el mundo existe para satisfacer sus pretensiones.

—Pues exigen dos tipos de rescate, por llamarlo así. Por una parte, nos piden viviendas.

—¿Viviendas?

—Al parecer, el grupo está formado por víctimas de la crisis de 2008.

—Querrás decir de 2006.

—Tú y yo sabemos que la burbuja inmobiliaria se gestó en 2006, y estalló con las hipotecas *subprime* en 2007. Pero las personas a las que nos enfrentamos forman parte de la población mayoritariamente europea que sufrió las consecuencias en 2008 y 2009.

—Pero si son europeos, ¿por qué contactar con el presidente de Estados Unidos?

—No lo sé, Max. Si tuviera todas las respuestas, no estaría hablando contigo. Ha habido películas de ficción, documentales, todo tipo de publicaciones que hicieron eco del asunto. Imagino que sabrán que el origen de todo esto estuvo en el gran fraude de Lehman Brothers. Ya sabes, ahora todos esos nombres son del dominio público. Bank of America, Merrill Lynch, Bear Stearns... Y si no conocen los nombres y apellidos, sabrán que América era el lugar donde se fraguó. Tampoco es que sea un dato difícil de conseguir. Y menos si eres una víctima directa del problema.

—De acuerdo.

Max estaba realmente sorprendido. Jamás había visto que Nefilim perdiera los papeles. Hasta el momento, fuera cual fuera el asunto que lo llevaba hasta él, siempre había mantenido una actitud cuanto menos displicente. La urgencia con la que le hablaba en esa ocasión era algo completamente nuevo. Y no auguraba nada bueno.

—¿De acuerdo, Max? —dijo. La tensión hacía que se le dilataran los orificios de la nariz—. ¿De acuerdo? Piden una casa para cada una de las víctimas de la crisis. Personas que perdieron sus casas, víctimas de desahucio, hijos de gente que decidió suicidarse... Pero no es solo eso.

—Nunca es «solo» una cosa, ¿no?

—Quieren diez millones para cada uno de ellos. Ni más ni menos. Una casa libre de cargas y diez millones de dólares en concepto de daños y perjuicios. Por supuesto, nos hacen saber que ni siquiera así los Gobiernos estarán en paz con sus ciudadanos, pero no piden más.

Max intuyó, por el gesto de consternación de Nefilim, que en realidad sí pedían más.

—¿Seguro?

Nefilim se llevó las manos al rostro. Aquello sí que contradecía todas y cada una de las costumbres de su contacto. El hombre de hielo se revelaba humano por una vez. Y esta vez la conmoción parecía real, no como cuando trató de apelar a sus sentimientos; ¿hacía cuánto?, ¿un año?, ¿dos? En aquel momento necesitaba que rescatase a la hija de Arcángel, su mentor, de una red de trata de mujeres. Max enseguida supo que la pátina de humanidad que mostraba no era más que un truco de sentimentalismo barato. Algo que no percibía en ese momento.

Max lo observaba mientras Nefilim se recomponía.

—¿Conoces esa serie de la BBC que plantea historias de ciencia ficción en un futuro relativamente cercano?

—No veo la televisión, deberías saberlo —contestó Max.

—Todo el mundo la conoce. Todo el mundo habla de ella en cuanto se emite un capítulo nuevo.

—Lo siento, no...

—Da igual, se llama *Black Mirror*, o algo así, el título hace alusión a las pantallas de los móviles apagados. La crítica alaba la creatividad y visión de los guionistas y... ya sabes cómo es eso.

Max no solo no lo sabía, sino que tampoco entendía a dónde quería llegar Nefilim con ello. En un momento habían pasado de un rescate millonario, inasumible para la economía nacional de cualquier país, y ahora le hablaban

de una serie de televisión. Solo calcular cuántas y quiénes eran las víctimas de Lehman Brothers era una tarea imposible. Definitivamente, Max no entendía nada.

—Da lo mismo, la cuestión es que sus previsiones se han quedado cortas. En el primer capítulo de la serie un terrorista secuestra a la hija del primer ministro y pide como rescate que el hombre practique un acto de zoofilia y se emita por televisión.

Max no pudo evitar una carcajada. No era el momento. Lo sabía. Y por un instante temió que Nefilim terminase de caer en el ataque de ansiedad que se venía fraguando desde hacía rato. Sin embargo, quizá porque lo que en realidad necesitaba era liberar tensión, lo que hizo fue reír con él. Tuvo un acceso de risa histérica que hizo que se doblara sobre su estómago. Incluso se le saltaron las lágrimas. Todavía entre risas, le reveló cuál era la última exigencia de los ciberterroristas.

—Suicidios. Quieren que los directores de los principales bancos de todo el mundo se suiciden en riguroso directo. Sin trucos.

Se enjugó una lágrima mientras pronunciaba la última palabra. La crisis había pasado, pero Nefilim no parecía él mismo. Con el gesto descompuesto, aferraba el maletín con tanta fuerza que tenía blancos los nudillos. Por fortuna, el parque seguía desierto.

—Bien, tanto tú como yo sabemos que eso no va a pasar, así que no entiendo por qué te comportas como si hubieran exigido que cortaras tu propia cabeza.

—No ves la tele, Max, pero ¿lees la prensa?

Nefilim abrió de nuevo el maletín, pero no hizo caso alguno a la caja de plomo. En cambio, extrajo un periódico de ese mismo día y se lo tendió a Max.

—Página trece —dijo. Y se limitó a esperar que el otro encontrase la

noticia.

Max pasó por la sección de actualidad política, los últimos escándalos financieros y llegó a la parte donde se recogían las noticias internacionales.

Como correspondía a uno de los muchos periódicos que buscaban aumentar sus tiradas en lugar de informar con rigor y veracidad, la página trece estaba cubierta casi por completo por la fotografía en color de un edificio en ruinas. En primer plano, abajo a la derecha, unos camilleros transportaban un cuerpo. El edificio derruido todavía humeaba. Varios transeúntes vagaban de un lado a otro. Algunos con el rostro o las extremidades ensangrentadas. Pero lo que de verdad resultaba perturbador era el brazo que ocupaba el centro de la imagen. Un brazo solo, como si se le hubiera olvidado a alguien. No había ningún cuerpo cerca. A Max le costó apartar de él la vista y leer el titular: «Doce muertos por estallido de artefacto explosivo en el centro de Estocolmo».

—¿Es cosa de los terroristas de los que me hablas?

Nefilim asintió y Max comenzó a comprender su nerviosismo. Aquello no eran simples amenazas lanzadas mediante el correo electrónico. Tampoco se trataba de una carta misteriosa que llegaba al lugar más seguro de la Tierra. Estaban hablando de doce muertos en una ciudad a miles de kilómetros del lugar donde habían atentado el día anterior.

—Al parecer han colocado artefactos semejantes en todas las grandes ciudades del mundo. O al menos del mundo occidental. No han sido más específicos.

—¿Y tienes a Mei buscándolas? ¿Por eso habéis contactado con ella?

Nefilim negó.

—No vamos a buscarlas. Esta la accionaron en remoto y ya nos han advertido de que se trata de una menudencia. Una prueba de lo que son capaces de hacer si, según ellos mismos dicen, los decepcionamos.

—¿Y por qué demonios no vais a desactivar esas bombas?

—Porque las tienen vigiladas. Si tratamos de inutilizarlas, las harán estallar. Una a una. Por lo general no damos crédito a este tipo de amenazas, pero ya hay doce muertos confirmados en Estocolmo.

Max suspiró. Las cosas parecían realmente complicadas.

—Así que no me quieres para buscar las bombas a mí tampoco. Bien, ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Desmantelar la organización.

Max puso los brazos en jarras. Desmantelar una organización terrorista con la infraestructura y el poder suficientes para inhabilitar la cámara acorazada secreta de uno de los bancos más importantes de Gran Bretaña al mismo tiempo que hacía explotar una bomba en Suecia.

—Claro que sí. Y sin Mei. Es literalmente imposible que pueda hacer esta misión sin ella. Y lo sabes.

—Al contrario. Mei es experta en comunicaciones y en esta ocasión vas a tener que actuar sin apoyo tecnológico. No podemos fiarnos de nuestros teléfonos móviles, de nuestros ordenadores ni de nada que esté conectado a ningún tipo de red.

—Pero ella está con la SCLI ahora.

—Hubiera preferido no decirte esto, pero también hay un motivo de envergadura para eso.

—Pues estoy deseando oírlo.

La frase había sonado más arrogante de lo que Max quería, y estaba seguro de que Nefilim respondería en concordancia. En cambio, solo le dijo lo que parecía, una vez más, la verdad.

—A nosotros también nos han hackeado. Está inspeccionando nuestros equipos y nuestra red. Evalúa los daños y se asegura de que recuperemos la privacidad cuanto antes.

Parecía mentira, pero Nefilim continuaba sorprendiéndolo.

—De acuerdo. Nada de sistemas informáticos. Pero me darás algún hilo de donde tirar. Alguna pista que pueda seguir.

Capítulo 6

—Randall Grove.

Esa fue la respuesta de Nefilim. Solo dos palabras. Un nombre y un apellido que a Max no le decían nada.

—Tendrás que ser un poco más concreto, me temo.

—A nosotros también nos extrañó. Lo conocíamos, claro. Detectamos a las personas con su inteligencia y capacidades, pero dejamos de hacerle el seguimiento rutinario en 2008.

Max se imaginaba lo que estaba a punto de oír y no le hacía ninguna gracia.

—De muy pequeño dio muestras de una gran capacidad de aprendizaje. Las primeras pruebas de inteligencia determinaron que se trataba de un crío superdotado. De hecho, su cociente intelectual era mayor que el de Einstein. Era un crío creativo, aplicado, feliz.

—Imagino cómo os frotaríais las manos cuando lo descubristeis.

—Nos gusta encontrar personas capaces de trabajar con nosotros y cumplir con nuestros estándares de exigencia.

—Os gusta transformar personas normales en... otra cosa. —Max no tenía una palabra adecuada que definiera lo que opinaba de los métodos de reclutamiento y adiestramiento de la SCLI.

—Estaremos de acuerdo en que ninguno de nuestros empleados es normal. De todas formas, tampoco es que importe mucho. No llegamos a acercarnos a él. En 2008 su padre se suicidó. Él era apenas un adolescente. De repente se convirtió en un crío completamente anodino. De vez en cuando comprobábamos su evolución. Muchos de nosotros confiaban en que su dejadez repentina se debiera a un trauma por la muerte de su padre. Pero no. Jamás volvió a destacar en nada.

—Y sin embargo me dices —interrumpió Max— que él es el cerebro pensante de toda esta operación. ¿No es una teoría un poco arriesgada?

—Lo sería. De hecho, al primer agente que lo investigó hace unos meses, cuando nos llegaron los primeros indicios de lo que estaba a punto de pasar, ni siquiera se le ocurrió que pudiese estar involucrado. Definió su carrera laboral como errática, sin un objetivo preciso. Al parecer dimitió de todos y cada uno de sus puestos poco antes o poco después de que lo ascendieran a cargos intermedios.

—¿Entonces...?

—La cuestión no es cuántos trabajos tuvo, sino dónde lo contrataron.

—¿Bancos?

—Así es. Bancos, entidades financieras, aseguradoras, fondos de inversiones e incluso dos partidos políticos. Los dos más importantes de este país, para ser exactos.

Sin duda, el tipo era un genio. Había pasado años infiltrado en todos los puntos estratégicos del sistema que pretendía dinamitar.

—De acuerdo, ya veo por dónde vas —aseguró Max—. Pero no puede ser que trabaje solo. La operación que me has descrito necesita de un entramado de colaboradores considerable.

Nefilim asintió.

—Movámonos —dijo—. Llevamos mucho tiempo aquí.

Max estuvo de acuerdo.

—Randall Grove empezó a trabajar en su venganza el mismo día que su padre murió. El hombre no había hecho nada de manera diferente al resto de padres de familia de clase obrera de Inglaterra.

—O sea que trabajaba hasta deslomarse y no se las había apañado para poder ahorrar, ¿no?

—Es una manera de decirlo. Otra es que no fue un hombre previsor. Se

quedó sin empleo, como muchos otros, agotó las ayudas procedentes del Gobierno y terminó colgándose de la viga de un establo.

—¿Un establo?

—Al parecer unos amigos los habían invitado a pasar un fin de semana en el campo. Quizá para convencer al señor Grove de que cambiase de vida. El viernes todo fue bien. Cena animada, unas copas de vino de más, los críos se acostaron temprano porque no aguantaban a sus mayores...

A Max le extrañó ese nuevo giro en el modo de hablar de Nefilim. Hasta hacía un momento parecía estar a punto de caer en un colapso nervioso. Ahora se refería a la familia Grove como a unos parias. Como si la culpa de su desastre financiero no recayera en un sistema económico corrupto desde la base. Max decidió que aquella nueva manera de expresarse se debía más a la necesidad de Nefilim de recuperar su equilibrio personal, afectado por el problema a gran escala en el que la SCLI estaba envuelta, que a una postura ideológica firme.

—Y entonces, ¿qué fue mal?

—Nuestras fuentes no están seguras. Es decir, existen todo tipo de rumores, desde luego. Pero lo que dice el informe policial es claro: Randall Grove, el hombre al que tendrás que dar caza, tendría por aquel entonces unos diecisiete años. Se levantó temprano, no desayunó, salió directamente de la casa y se metió en el establo. Vio a su padre, ya con el rigor mortis, balancearse en el extremo de una cuerda. Por lo visto una de las vacas le golpeaba con la testuz. El chico dijo que parecía que quisiera despertarle.

—Por amor de Dios, Nefilim. Podrías haberme ahorrado los detalles escabrosos.

—Te he dicho que te lo contaría todo, y es lo que estoy haciendo. Necesitas saber a quién te enfrentas. Este crío ya no es un crío, sino un hombre de veintiocho años que ha empleado los últimos diez en elaborar un plan para

hundir la economía mundial por venganza. Su grupo se llama La Furia. El tipo es más inteligente que tú y que yo juntos. O eso dicen los datos que la SCLI recopiló durante su infancia y primera adolescencia. De hecho, es tan listo y tan paciente que nos ha engañado como a principiantes.

—Y lo peor no es eso, ¿verdad? Lo peor es que este tipo de personas creen de verdad que la causa por la que luchan es justa. Y no paran hasta conseguir lo que desean...

—O morir en el intento —terminó Nefilim—. Así es. Además, como has dicho antes, no está solo.

—Por supuesto. Necesitará la ayuda de otros expertos informáticos, como poco.

—Ese es casi el menor de nuestros problemas. Lo verdaderamente preocupante es que ha sabido localizar a personas como él. A víctimas, sí, pero también a simpatizantes de esas víctimas, a sujetos antisistema a los que ha encandilado con sus postulados. Y la mayor parte de ellos son como él.

—¿Ha reclutado un ejército de superdotados?

—Un ejército, sí, pero no de superdotados, sino de hombres y mujeres que, simplemente, pasan desapercibidos. Gente completamente normal, con trabajos normales, comportamiento normal.

—Invisibles —casi susurró Max.

—El empleado del banco que se dejó matar ayer cumplía a la perfección con el perfil. Sus compañeros no fueron capaces de decirnos de qué equipo de fútbol era aficionado o si prefería el *rugby*. Solo sabían que tomaba té y que nunca había tenido un problema con nadie. Tampoco destacaba por ser especialmente colaborador. Durante los interrogatorios una de las empleadas se echó a llorar. Dijo que no podía recordar cómo era su cara.

—Así que tengo que encontrar un grano amarillo en un campo de maíz. Y además, este grano en concreto está protegido por la lealtad de una legión de

personas invisibles, algunas de las cuales pueden sembrar el caos con solo teclear un par de líneas de código informático.

—Hay algunos detalles que juegan a nuestro favor en realidad.

Max sonrió con amargura. Algunos detalles. ¿Cómo qué? ¿El equivalente de la kriptonita?

—Hay algunos espacios a los que no se puede acceder desde conexiones remotas. Lugares completamente analógicos. Además, para controlar el sistema que han montado, necesitarán al menos un centro de control. Allí almacenarán servidores e instalaciones. Ya estamos trabajando en la localización de lugares donde el gasto de energía llama la atención por lo desmesurado. Por supuesto, no hay ninguna seguridad de que los datos que hallemos sean correctos o, directamente, encerronas. No sabemos dónde se han infiltrado ni dónde no.

—No me das mucho con lo que trabajar.

Nefilim no contestó de inmediato, lo que indicó a Max que lo que iba a decir a continuación no le gustaría demasiado.

—No te doy muchas herramientas, pero tendrás un compañero.

Max se detuvo bajo uno de los enormes plátanos que poblaban el parque.

—Eso no va a pasar. Lo sabes. Tengo un equipo. Trabajo con ellos o solo.

—Esta vez no —contestó Nefilim—. No es negociable. Semus Riordan es un *hacker*. Ha estado infiltrado en grupos de todo tipo y condición.

—¡Claro que sí! ¡Tiene sentido! Como habéis sufrido una brecha en vuestra seguridad, os aseguráis de no sufrir la segunda incluyendo a un pirata informático en el caso.

—Habla con él, Max. Te necesito en esto. Y tú necesitarás a Semus. Créeme.

Max no dijo nada. Ahora comprendía a qué venía la propensión de Nefilim a las confesiones. Claro que se lo había contado todo, tragedia personal de

Randall Grove incluida. Y el detalle de los doce muertos en Suecia, la vergüenza aparente de decir que se habían infiltrado en sus propios sistemas. Había jugado con él desde el principio. Lo había ablandado para darle aquel mazazo final. Trabajar con un extraño.

No había rechazado un caso de la SCLI jamás. Quizá aquel fuera el primero.

Capítulo 7

No lo rechazó. Y no fue por falta de razones. Hasta ese momento la SCLI, representada por Nefilim, y él se habían entendido gracias a un acuerdo expreso de no injerencia. Max no se metía en los motivos que se hallaban tras sus misiones y la SCLI no le decía cómo debía llevarlas a cabo.

Eso se había terminado en el momento en que le obligaban a trabajar con un compañero y lo alejaban de su equipo. Recordó por un momento a la agente Martínez. Pero aquel había sido un caso diferente. La Inteligencia española la puso a cargo de la misión. No se la habían endosado como agente de campo.

Sin mencionar que Semus no se parecía en nada a Ana, con la que Max mantuvo una relación corta pero intensa cuando terminó la misión. No. Semus Riordan era un hombrecillo de estatura media, aunque al lado de Max parecía bajo. Claro que Max medía más de un metro ochenta. No eran muchos los hombres que lo superaban en altura. Ni en muchas otras cosas.

Sin embargo, no era el aspecto físico de Semus lo que le fastidiaba. Mei, su experta en telecomunicaciones, tenía la apariencia de una frágil dama oriental. Pero Max sabía que tras la ropa holgada había una musculatura de acero y un cerebro privilegiado que, sencillamente, sabía cómo funcionaban las cosas. Como si sus sinapsis neuronales se establecieran de manera automática. En cambio, de su nuevo compañero no sabía nada más allá del hecho de que había comprobado tres veces si llevaba bien abrochado el cinturón de seguridad cuando se sentó en el asiento del copiloto.

Max conducía con prudencia. Jamás se le habría ocurrido dejar en manos de aquel hombrecillo su vida. Ni siquiera a bordo de un coche tan repleto de *gadgets* que el salpicadero parecía una bola de discoteca. Y si no podía permitirle conducir, ¿cómo iba a fiarse de él cuando su vida dependiera de ello?

Volvió a concentrarse en la carretera. En un par de ocasiones había mirado al *hacker* y este había enrojecido hasta la raíz del cabello, como una colegiala enamorada o un alumno sorprendido en falta. Pero mirar la calle no era una tarea tan sencilla como pudiera parecer.

Además del indicador de combustible, del velocímetro, del reloj y el resto de los instrumentos típicos de un automóvil, aquel mostraba toda una serie de indicadores que Max no tenía la menor idea de para qué servían. Por añadidura, la pantalla del GPS no dejaba de parpadear con información que aparecía y desaparecía. Al principio había pensado que se trataba de avisos de radares y controles de velocidad, aplicaciones de reconocimiento de señales y ese tipo de cosas, pero pronto se dio cuenta de que no.

A medida que los edificios de cuatro o cinco plantas y bajos alquilados por franquicias daban paso a residenciales de tres pisos y fachadas de ladrillo visto ajadas por el tiempo cuyo único adorno eran los grandes cubos negros de la basura, Max se dio cuenta de que el estado del tráfico nada tenía que ver con los puntos intermitentes de la pantalla.

Trató de no prestarles atención, pero le mataba la curiosidad. Si en vez de Semus hubiera sido Mei quien se sentaba a su lado, ya conocería la utilidad de absolutamente todo el equipamiento extra. Quizá la desconfianza no se encontraba solo en el lado de Max.

—Perdona, Semus, ¿me explicas qué son todos esos puntos de colores? Me están volviendo loco.

Semus abrió la boca, pero de sus labios no salió ninguna palabra. Se quedó allí, boqueando como un pez fuera del agua, cada vez más colorado. Max lo miraba por el rabillo del ojo, azorado por un acceso de vergüenza ajena. No podía creer que de verdad le hubiera tocado en suerte alguien tan asustadizo que no fuese capaz de contestar una simple pregunta. No insistió. No quería que la situación empeorase.

—Es un localizador de ordenadores conectados a Internet. Los amarillos son conexiones normales. De ADSL o fibra. Los rojos son conexiones especiales. Si hay alguna que no estuviera en nuestra base de datos, la registramos. Siento mucho si el sistema te distrae, pero es necesario.

—¿Conocéis todas las conexiones de Internet de Londres?

Semus negó con la cabeza. Escondió las manos entre los muslos y se puso todavía más colorado.

—Todas las de Gran Bretaña, de momento.

Lo dijo con cierto orgullo que a Max no le pasó desapercibido. Tampoco se le escapó que no había dicho Inglaterra, sino Gran Bretaña. No tenía los datos ni la posibilidad de que Mei se los confirmara, pero eso eran muchas conexiones. Y una violación de la intimidad de un montón de ciudadanos que no habían autorizado formar parte de ninguna base de datos.

—¿Y eso es legal?

—El registro de usuarios de Internet es público. Podríamos obtenerlo de las compañías telefónicas, pero eso alertaría al enemigo.

Max no podía creer que de verdad hubiera oído esa frase. ¿El enemigo? ¿Quién hablaba así? De todos modos, dejó que Semus continuase.

—En realidad las conexiones comunes no nos interesan. Rastreamos conexiones a la *Deep Web* y a redes no comerciales. Ahí quizá encontremos algo de lo que el Gobierno está buscando.

—Ya veo —dijo Max como toda respuesta. Y siguió conduciendo.

La conversación murió ahí. Max no quiso preguntar nada acerca del resto de *gadgets*, todos ellos electrónicos, que veía en el coche.

Además, el tráfico se estaba poniendo insoportable. Lógico, puesto que Semus había decidido que se encontraran en el Centro a hora punta. Iba a ser imposible que salieran de la ciudad antes de las cuatro.

—Siento los inconvenientes. Sé que la mejor hora para conducir en

Londres son las once y cuarto de la mañana o las siete de la tarde, pero no he podido salir antes. La verdad es que no salgo mucho.

Max estaba seguro de eso. Su tono de piel macilenta así lo demostraba. De lo que no estaba tan seguro era de cómo se las apañaba para saber lo que estaba pensando. Max conocía los trucos de los mentalistas; esos adivinos que parecían saber lo que su público tenía en la cabeza en cada ocasión. Pero llevarlos a cabo requería de una gran capacidad de observación y de la posibilidad de ejercitarla. Desde el asiento del copiloto, a su izquierda, Semus no podía ver más que el perfil de Max.

—¿Hay algún espejo oculto?

Semus enrojeció de nuevo, pero sonrió.

—Claro. Varios. Y cámaras ocultas. Te veo a través de las gafas. Es donde están los receptores.

—Conozco a alguien a quien le encantarían. Por mi parte, reconozco que me has impresionado.

En ese momento un coche blanco, híbrido, se cruzó delante de Max. Se trataba de un movimiento absurdo, como la mayoría de los que provocaban accidentes de tráfico en las grandes ciudades. La impaciencia y el mal humor tenían la culpa.

Max no tocó el claxon. Que el resto de conductores no tuviera el menor autocontrol no era motivo para presionarlos más.

Semus, en cambio, tenía otros planes. Sacó las manos de entre los muslos y pareció que consultaba la hora. Para entonces Max sospechaba que ninguno de sus gestos era casual. No le gustaban especialmente las personas que se escudaban tras dispositivos electrónicos y pantallas, pero debía reconocer que aquello le provocaba cierta curiosidad.

No tuvo que esperar mucho.

—Reduce la velocidad.

Max miró por el retrovisor, accionó las luces de aviso y frenó hasta casi detenerse. El tráfico ya era lento de por sí.

Entonces sucedió. El coche blanco que acababa de adelantarlos deceleró. Lo hizo de manera gradual.

—¿Y bien? —preguntó Max.

—Tenía mucha prisa. He bloqueado sus sistemas eléctricos. En ciudad el motor eléctrico manda sobre el de gasolina, así que los híbridos están vendidos. Enseguida le devuelvo su autonomía.

—¿Sabes que en realidad lo que has hecho ha sido poner en peligro a personas que no tenían nada que ver con esto?

—No.

—¿Cómo que no? —dijo Max.

—Vamos tan despacio que, incluso de producirse un accidente, nadie habría resultado herido. Pero las estadísticas dicen que un gran número de conductores creen en el karma.

—¿Disculpa?

—No es una creencia seria, claro. —Semus no podía ruborizarse más. En ese momento ya parecía casi iridiscente—. Mencionan el karma una o dos veces al día. En ocasiones echan la culpa de su mala suerte a pequeñas infracciones cometidas. Este tipo de comportamiento se llama pensamiento mágico. Es el mismo tipo de mapa mental que hace que la mayoría de seres humanos echen la culpa de sus errores a la mala suerte. La cuestión es que el karma, por muy inexistente que sea, hará que ese conductor no cometa ninguna infracción evitable en las próximas dos horas. Está estudiado.

Max no contestó. Estuviera estudiado o no, aquella pequeña *vendetta* de Semus no decía nada bueno de él. Era un tipo nervioso que pasaba demasiado tiempo encerrado y que leía estudios marginales sobre comportamiento humano para usarlos en embotellamientos. De todos los compañeros posibles,

Nefilim había escogido al menos compatible.

Capítulo 8

Al menos la conversación entre ambos era fluida. Incluso se acercaba a la cordialidad.

—¿A dónde vamos exactamente? No es que me importe seguir tus indicaciones, pero no acostumbro a dejarme conducir ciegamente por desconocidos.

—Vamos a casa de un colega de profesión. Toei.

Max asintió. Ya no miraba de reojo. Semus había dejado de sonrojarse y la calle se llenó de repente de peatones, ciclistas y mensajeros que pretendían colarse por los escasos y estrechos intersticios que los coches dejaban en la calzada.

—Trabajamos juntos... antes.

—¿Antes de qué?

Semus se aclaró la garganta, como si le incomodase hablar de aquello. Max conocía una parte de la historia porque Nefilim no había tenido más remedio que contársela. De otro modo no habría aceptado trabajar con una persona ajena a su equipo. De todas formas, prefería tener la información de primera mano.

—Antes de que todo se viniera abajo. Estoy seguro de que sabes una buena parte de todo esto. De todas formas, supongo que necesitas oírlo de la fuente.

A Max empezaba a fastidiarle aquella especie de clarividencia.

—Todos tenemos un pasado. El mío se puede interpretar de dos maneras. Si eres un muerto de hambre, como la mayor parte de la población europea y mundial, lo que hice se puede considerar venido del cielo. Si formas parte del pequeño reducto de privilegiados que maneja la economía a nivel local, nacional o global, entonces eres un terrorista.

—No creo que hayas puesto una bomba en toda tu vida.

Aquello no era exactamente un cumplido, pero sí respondía a la verdad. Por una parte, Max no creía que Semus tuviera la menor oportunidad en una pelea cuerpo a cuerpo. Por otra, tampoco le parecía el tipo de fundamentalista que arriesgaba la vida de inocentes. A pesar del episodio con la electricidad del otro coche.

—Los atentados informáticos son capaces de sembrar una forma de terror más sutil. Hay quien diría que más insidiosa. Estamos en la era de la comunicación —dijo Semus encogiendo los hombros—. Revelar lo que se desea que esté oculto o cifrar el acceso a los datos que determinadas personas necesitan puede causar verdaderos problemas. Piensa en Anonymous, o en la filtración de papeles de determinadas instituciones.

Max conocía aquellos casos porque habían aparecido hasta en el último periódico del último rincón del planeta. Internet, televisión, radio... Todo el mundo se había hecho eco de lo sucedido con la información clasificada. Pero lo cierto era que el ciudadano de a pie no había notado ningún cambio sustancial en su vida diaria.

—Imagino que tu objetivo era desestabilizar los Gobiernos.

—El poder financiero, en realidad. Desde el punto de vista de un agente de tus características, nuestro trabajo debe de parecer una estupidez. Pero a las personas y entidades afectadas les provocó algunos trastornos importantes. Durante meses los mantuvimos en jaque. Saber que en cualquier momento sus transacciones y movimientos fraudulentos podían salir a la luz hizo que operasen dentro de la legalidad. Algo que no había sucedido, según nuestros cálculos, desde poco después de que se estableciera el patrón oro.

—Estás hablando del comienzo del sistema bancario.

—Sí. El modo en que las sociedades ordenan la economía y la política es corrupto desde la base. Como no hay un órgano de control que impida a quienes ostentan el dinero y el poder desviar dinero y poder...

Semus hizo un gesto muy revelador con las manos. Por lo visto creía ciegamente en la causa.

—Pero nos pillaron —reconoció con pesar—. Y nos ofrecieron un trato.

Max dio un pequeño frenazo. Unos críos vestidos con uniforme escolar cruzaron la carretera sin mirar. Una mujer airada sacó el brazo por la ventanilla de su vehículo y los amenazó. Los niños se rieron de ella.

—El Gobierno solicitó vuestra colaboración a pesar de que podríais engañarlos —dijo Max. Prefería prestar atención a la conversación con Semus que a los peatones imprudentes que seguían colándose entre los coches en lugar de esperar a que los semáforos cambiaran de color.

—No son idiotas —dijo Semus—. Ya deberías saberlo. Poco claros, sí. ¿Corruptos? Por supuesto. Todos los Gobiernos lo son. Pero nos atraparon, así que tenemos que respetarlos por eso. También nos ofrecieron no ir a la cárcel. No sé cómo lo ves desde tu metro ochenta y tu musculatura, pero alguien como yo no aguantaría mucho en prisión.

Max tuvo que darle la razón. Entre rejas no había demasiadas oportunidades para desarrollar complejos artefactos electrónicos ni para controlar los movimientos de los demás mediante redes informáticas.

—Además —continuó Semus— la mayor parte de las veces la intención de los Gobiernos no es mala. En ocasiones tienen las manos atadas, simplemente. Las leyes son bonitas. Y útiles. Pero el orden efectivo requiere que alguien se las salte de vez en cuando. Para eso estamos nosotros.

Max asintió con un gesto de la cabeza.

—Supongo que eso confirma tu postura inicial de que no son de fiar y justifica el terrorismo informático al que te dedicabas. Y sin embargo, aquí estás: justificando a aquellas instituciones contra las que luchabas.

—La vida cambia. Las personas no demasiado. En la siguiente gira a la derecha.

—Si es que puedo —contestó Max—. Parece que todos los coches de Londres han escogido esta hora para venir precisamente aquí.

—Podrás. Puedo echarte una mano si quieres.

—Supongo que eso quiere decir que intervendrás en los sistemas eléctricos de toda esta gente, lo que provocará un caos y multiplicará las posibilidades de que alguien atropelle a un chaval. Entiéndeme, Semus, no me son especialmente simpáticos. Pero no estoy aquí para eso.

—En realidad me refería a llamar a Toei. Puede manipular la duración de los semáforos sin poner en peligro la vida de nadie.

—¡Venga ya!

No era que Max ignorase que aquello era posible. Estaba seguro de que Scotland Yard lo hacía a petición del cuerpo de seguridad de Su Majestad, por ejemplo. O cuando algún representante extranjero realizaba una visita al país. Pero le extrañaba que un par de personas ajenas al tinglado gubernamental tuvieran esa posibilidad. Claro que en realidad no eran tan ajenas.

—No será necesario. ¿Cuánta gente hay en tu grupo, Semus? ¿Cuántos sois?

—Muchos menos de los que empezamos. La vida de *hacker* no es exactamente un lecho de rosas, por decirlo de alguna manera. Muchos se retiraron después de cumplir con el periodo de redención y colaboración establecido por el Gobierno. Es difícil tener una vida normal cuando apenas sales de casa. Y la gente quiere casarse, tener familia y esas cosas.

—Así que... —le animó Max.

—Toei y yo somos los dos activos principales. Hay agentes que colaboran con nosotros. El grupo es amplio, pero nadie sabe exactamente cuántos somos ni qué hacen los demás. Así, si detienen a alguno, no puede delatar al resto.

Semus miró a Max directamente por primera vez en el viaje.

—Sé que suena a mafia organizada callejera —dijo—. Pero somos los

buenos.

—De acuerdo —dijo Max—. Lo que no entiendo es por qué os necesitamos para esto. Mi equipo y yo nos hemos enfrentado a todo tipo de organizaciones. —Max pensó en el loco transhumanista con el que se habían enfrentado no hacía demasiado tiempo—. Podríamos...

—En realidad no está en vuestra mano dismantelar La Furia. Nosotros sabemos cómo funcionan. Conocemos su manera de pensar. Y además tenemos experiencia en infraestructura. Ellos quieren crear un caos absoluto. Para conseguirlo hay mucho que se puede hacer en remoto, pero hay otras cosas completamente analógicas. Como lo del Lloyds Bank.

—Pero todo eso dejará una huella —intervino Max.

—Las huellas informáticas pueden borrarse sin demasiado trabajo. Donde tenemos que adelantarnos a ellos es en las acciones que deben llevar a cabo en el mundo real. Las compañías eléctricas y de suministro de agua serían mis siguientes objetivos. El mundo funciona con electricidad y agua. Pero para hacer un daño real al sistema no basta con cortar el suministro en la red. Hay que acercarse a las estaciones.

Max asintió para animar a su compañero a que siguiera hablando. Ahora que se refería a la realidad, el asunto se le hacía mucho más interesante.

—¿Has estado alguna vez cerca de un puesto eléctrico? No hablo de una central, sino de esas cabañas que hay en medio de cualquier parte, cerca de las torres de alta tensión.

Max negó con la cabeza al tiempo que volvía a frenar de repente. La inercia los empujó en dirección al parabrisas. Semus se frotó la zona del pecho donde el cinturón de seguridad le había hecho daño, pero no se quejó.

—Para entrar en una de ellas los operarios deben protegerse casi tanto como para entrar en un reactor nuclear. La electricidad se siente en varios metros a la redonda. Algunos técnicos han muerto con solo abrir las puertas.

De los accidentes en lo alto de las torres de alta tensión no habla la prensa. Y es que el poder de la industria eléctrica es prácticamente ilimitado. El plan de La Furia tiene que contemplar una fase en la que se corte el suministro eléctrico de una zona. Me refiero a informáticamente. En ese momento, un grupo entrenado cortará los cables físicamente. Si escogen bien sus objetivos, y me consta que no tendrán mayor problema para identificarlos, podrán aislar bancos, hospitales o el Parlamento. Por supuesto, la población civil también sufrirá. Pero no creo que les importe demasiado, la verdad.

—Entiendo —dijo Max—. Nefilim me habló de la necesidad de localizar grandes consumos eléctricos. Los servidores. Lo que no me queda tan claro es por qué van a cortar los suministros si ellos también necesitan la electricidad para llevar a cabo la mayor parte de su actividad.

—Acabo de decírtelo.

Max sabía que en cualquier otro caso se habría enfadado con su interlocutor. No tenía mayor inconveniente en reconocer que había algo que no entendía, pero detestaba que lo tomaran por tonto. En cambio, Semus no le hablaba con superioridad. Al contrario. Parecía acostumbrado a que, simplemente, la gente normal no le entendiera. Se preguntó cómo sería una conversación entre Mei y él. Sin duda, algo digno de verse.

—Si hacen bien las cosas —explicó Semus—, no necesitarán cortar la luz en todo el país. Ni siquiera en una zona demasiado grande. Tienen planos de instalaciones, eso es algo que debemos dar por hecho. Y seguro que cuentan con gente especializada. Los habrán introducido en las eléctricas o reclutado directamente desde dentro. Así que podrán aislar perímetros que les dejen fuera de la zona de apagón.

—¿Y tu gente tiene efectivos suficientes como para interceptarlos o localizarlos?

—Eso espero. Somos buenos. Pero ellos son más. Y tienen una causa.

Semus dijo esto último en un tono soñador que no hizo mucha gracia a Max. Parecía que echase de menos su época de activista. Algo que él no podía permitirse en realidad. Sin embargo, tenía que admitirlo, le gustaba que aquel hombre tuviera un pasado, unas raíces, aunque fueran ideológicas. Según su experiencia, las personas más peligrosas eran aquellas que iban por la vida sin asidero. Resultaban impredecibles.

Capítulo 9

—No te fíes de mí —dijo Semus sin que aquello pareciera venir a cuento. Pero era cierto, y Max no veía motivo alguno para no darle la razón cuando evidentemente la tenía, así que asintió.

—No te conozco, te dedicas a una disciplina que no controlo y me obligan a trabajar contigo. No es nada personal.

—¿Te obligan?

Semus alzó una ceja con cierta ironía. A Max le intrigó saber qué derroteros tomaría la conversación a partir de ese momento. En el exterior, el tráfico seguía imposible. Los discos de los semáforos cambiaban con su cadencia habitual, pero había tantos coches y tantas personas que solo un par de vehículos se las apañaban para avanzar cada vez que el verde hacía su aparición. Llevaban allí al menos veinte minutos y no habían avanzado más que unos pocos metros. A ese paso, todavía tardarían otro cuarto de hora en cruzar el semáforo. Tres vehículos los separaban del paso de cebra. Un hombre que debía de haber salido a correr trotaba estático en su lado de la acera, a la izquierda de Max. Era el único peatón que no se arriesgaba a cruzar en rojo. Desde luego, no llegaría muy lejos. Una pareja de ancianos que se apoyaban en sí mismos y en sendos bastones se acercaban también al cruce. Una mujer demasiado abrigada empujaba un carrito de bebé, Max le prestó demasiada atención. La temperatura no justificaba un abrigo largo y un sombrero. Aunque las mujeres que acababan de ser madres solían padecer trastornos térmicos. De todos modos, no le quitó ojo de encima. Deformación profesional.

—Yo no creo que nadie te haya obligado a nada desde la muerte de Arcángel.

Que Semus conociera el nombre de su mentor, y lo pronunciase, resultaba

mucho más perturbador que cualquier mujer empujando un carrito.

—Has buscado a los culpables desde entonces y eso es lo que te lleva a aceptar las misiones de la SCLI.

Segunda mención de algo que aquel hombrecillo pálido y delgado no debía saber.

—No te obligan a trabajar conmigo. Lo haces porque sabes que necesitas ganarte la confianza de Nefilim.

Ahí estaba el tercer dato absolutamente secreto. Ni siquiera Dylan y Adam conocían el nombre de su contacto. Hasta que el mismo Nefilim contactó con Mei, tampoco ella lo conocía. Y Mei era una de las mayores expertas en tecnología de la información. Aquello no tenía buena pinta.

—Te digo todo esto para que sepas hasta dónde somos capaces de llegar. Nadie más en mi grupo tiene esta información. Ni siquiera Toei. Las bases de datos inexistentes —Semus hizo el gesto universal de dibujar unas comillas en el aire para subrayar que lo de inexistentes no era más que una forma de hablar— son mi especialidad. Sé quién eres. Conozco tus motivaciones. Y te lo estoy diciendo aquí sentado, en el asiento del copiloto del coche que conduces. Podrías matarme sin parpadear. Aunque luego te remordería la conciencia. Confieso que prefiero que la tengas. Los mercenarios despiadados no son de fiar. El caso es que podrías matarme y yo no sería capaz de defenderme. Pero te estoy diciendo todo esto. Y veo perfectamente que los nudillos se te han puesto blancos, lo que quiere decir que estás apretando el volante con fuerza. Probablemente para no pegarme. Pero estamos del mismo lado y confío en que no lo harás.

—No lo haré —dijo Max entre dientes. Al fin y al cabo, entendía que esos pocos datos, dichos así, sin venir a cuento, eran la prueba de que Semus y el tal Toei sabían lo que hacían. Y sus habilidades les vendrían bien. Si podían rastrear el pasado y el presente de Max sin problemas aparentes, podrían

rastrear cualquier cosa o a cualquier persona de la que existiera un registro.

—¿Sabe Nefilim...?

—Supongo que después del ataque de La Furia a los servidores de la SCLI le parecerá que todo es posible, pero no. No sabe que también nosotros los hemos espiado. Además, La Furia ha abierto una brecha en la seguridad, pero no tan grave como lo que parece que te han hecho creer.

Max asintió. Nefilim debía de haber exagerado las cosas para que la imposición de un compañero pareciese más razonable de lo que en realidad era. En eso Semus se equivocaba hasta cierto punto. Su presencia allí sí era obligada.

—En el semáforo gira a la izquierda. Ya no falta mucho para que salgamos de este infierno.

—Si es que llegamos hasta él. Esto es una tortura —contestó Max.

—Bueno, esto es Londres. Pero, mira, ya solo hay un coche delante. En el próximo cambio de luz pasamos.

Max echó una última mirada a su compañero. Por mucho que lo intentaba, no conseguía que le gustase. Era inteligente y su aparente timidez había revelado a un hombre con el coraje suficiente para hablarle de cosas que otro no se habría atrevido a mencionar. Pero no podía dejar de desconfiar de aquellos que se escondían tras la tecnología para lograr sus fines. Max era un hombre de acción, y la acción era lo que comprendía.

Incluso si salían de aquel atasco enseguida, la misión no sería agradable. Esperó que al menos no se prolongase demasiado y dio gracias cuando vio que el semáforo comenzaba a parpadear, lo que significaba que pronto cambiaría de color y les permitiría salir de allí. Faltaban apenas unos segundos para que la luz se pusiera verde.

Iba a acelerar y meter primera, pero le dio la sensación de que algo no terminaba de estar bien. No sabía identificar qué con exactitud. La mujer que

esperaba, como él, el cambio de rojo a verde en el carril de la derecha se retocaba el maquillaje con prisa. Le sonrió de soslayo cuando notó que la observaba. En dirección contraria a la suya, al otro lado del paso de cebra, otra mujer parecía reñir a alguien a quien Max no podía ver porque se encontraba en el asiento de atrás. Quizá a sus hijos. Miraba por el retrovisor y tenía todo el aspecto de estar gritando. Lo mismo podía estar teniendo una pelea por teléfono y solo miraba el tráfico que se agolpaba tras ella.

La mujer del abrigo y el carrito de bebé parecía dispuesta a lanzarse a la calzada en cualquier momento. La mente de Max, entrenada para detectar todo tipo de comportamientos extraños, imaginó que en el cochecito no viajaba un bebé, sino algún tipo de artefacto explosivo. Sacudió la cabeza para descartar la idea. No tenía ningún sentido. Frente a ella, en la otra acera, dos ancianos también se disponían a cruzar. Uno de ellos se apoyaba en un andador. Parecía frágil y demasiado lento para alcanzar su destino antes de que el semáforo pasase de nuevo de verde a rojo. Sin duda, los conductores más impacientes lo saludarían con una andanada de cláxones airados y gestos irrespetuosos.

En cuanto formuló esa idea, Max supo qué era eso que no encajaba. Todos los semáforos iban a ponerse en verde al mismo tiempo. Estaba clarísimo. Todos los peatones y todos los conductores se lanzarían a la vez sobre el paso de cebra. Se recriminó no haberse dado cuenta. Ante sí se desarrollaba una escena que había visto miles de veces. La impaciencia acuciante que cambiaba el gesto de los conductores pocos segundos antes de que retomaran la marcha. Como si las luces rojas de los semáforos los hubieran retenido durante siglos y no durante un par de minutos a lo sumo.

—¡Mierda! —gritó.

Echó el freno de mano justo en el momento en que el vehículo que le seguía, una furgoneta blanca que anunciaba las bondades de la fruta fresca que su dueño vendía en Islington, se empotraba en la parte trasera del coche.

Afortunadamente, las horas de entrenamiento le dotaron de una musculatura que protegía sus cervicales. No estaba seguro de que Semus pudiera decir lo mismo. En cualquier caso, eso era lo de menos. Había logrado detener el paso de vehículos por aquel carril.

De repente, todo fueron cláxones y sonidos de frenadas. Quienes habían arrancado se vieron obligados a detenerse de golpe para no atropellar a los peatones. El frutero de Islington palideció primero y se puso a tocar la bocina después. La colisión en cadena no se hizo esperar.

Por su parte, Max iba a preguntar a su compañero cómo se encontraba, pero el *hacker* ya había salido. Muy propio de gente como él; personas que pasaban media vida entre pantallas, cables y teclados y que luego no sabían cómo enfrentarse al mundo real. Por supuesto, lo que hacían a la primera oportunidad era huir. Algo comprensible pero tremendamente estúpido. Al fin y al cabo, lo peor ya había pasado. Max tenía la sensación de que lo veía todo a cámara lenta. La mujer del maquillaje, a su derecha, aferraba el volante como si le fuera la vida en ello. Los *airbags* de la madre que gritaba a sus hijos habían saltado. Con un poco de mala suerte le habrían roto la nariz, o un par de costillas.

Max buscó a la mujer del abrigo pesado. No hubo ninguna explosión, así que el carrito debía de estar ocupado por un bebé después de todo. Ella se cubría los ojos con las manos. Del cochecito no había ni rastro. Cornell abrió la portezuela del coche. Por fortuna, el golpe que le propinó la furgoneta no había sido tan fuerte como para dañarla. Salió casi de un salto. La mayor parte de los conductores se dividían en tres grupos: los atrapados por los *airbags*, los paralizados por su propio miedo y los que daban vueltas alrededor de sus vehículos, gesticulando como locos y calculando el coste de las reparaciones.

En todo aquel barullo solo había dos personas que se ocupaban de los peatones. Uno era él, que no tenía el menor reparo en saltar sobre los capós y

añadía así nuevas abolladuras que incluir en los partes del seguro. El otro era Semus, más prudente, pero que, para sorpresa de Max, se dirigía al mismo sitio que él. Ambos habían localizado por fin el carrito, atascado entre uno de los vehículos y la barandilla negra que separaba la acera de la calzada. El auto, verde y oxidado, era tan viejo que no parecía posible que todavía fuese capaz de moverse. El cochecito no parecía haber sufrido daño.

Semus llegó antes que Max. Se las arregló para rodear el pedazo de chatarra verde, cuyo conductor apretaba tanto los ojos que debían de dolerle. Como si cerrarlos fuese a eliminar la realidad de lo que acababa de suceder.

Max no se detuvo, pero cuando vio que el bebé lloraba con ganas en brazos de su nuevo compañero, cambió de dirección. La pareja de ancianos le debía la vida a los achaques de la edad, por muy irónico que sonase. Como no se movían con la rapidez suficiente, no habían llegado a poner un solo pie en el paso de cebra, así que ningún coche los alcanzó. De todos modos, quizá por el susto, el hombre se había caído. El andador yacía abandonado a escasos centímetros de su mano, pero no parecía que pudiera alcanzarlo.

En otras circunstancias cualquiera de los presentes habría llamado a una ambulancia, pero en medio del caos generalizado en que se convirtió la calle, cada uno se ocupaba exclusivamente de sus cosas.

Llegó a la altura de la pareja. La mujer se inclinaba sobre el cuerpo del hombre un poco como una ciudadana japonesa que hiciera una reverencia. En cuanto vio a Max, le agarró del antebrazo.

—Ayúdenos, por favor. Compruebe que mi George no se ha roto nada. Se lo tengo dicho, que tenga cuidado. Menos mal, madre mía. Menos mal que no hemos cruzado. Mírelo, por favor. Yo no puedo agacharme. No puedo, de verdad, por favor.

Max asintió.

—¿Está usted bien? —preguntó para asegurarse. Aunque, a juzgar por su

vitalidad, la anciana se encontraba estupendamente.

—Yo sí. No me pasa nada. Es la artrosis. No puedo ni atarme los zapatos por la mañana. Por eso llevo estas cosas horribles en los pies. —Max no pudo evitar un vistazo fugaz. El calzado de la anciana era francamente horroroso. Al menos tenía pinta de ser cómodo—. Pero George se ha caído y no puede levantarse.

Efectivamente, inmóvil y con los ojos como platos, el hombre los miraba desde el suelo. Uno de sus iris estaba cubierto por completo por una catarata blanca, lo que le daba un aspecto ligeramente inquietante. Max se agachó junto a él. A simple vista no parecía que se hubiese lesionado, pero prefirió preguntar.

—¿Le duele algo? ¿Está bien?

—No va a contestarle —dijo la mujer—. Es sordo.

Aquello empezaba a parecerse demasiado a una comedia. Max no lo pensó mucho e hizo lo único que podía hacer. Primero palpó las extremidades del anciano. Cuando le tocó los brazos y las piernas no hubo espasmos ni contracciones involuntarias, lo que quería decir que no había dolor y, por tanto, que no se había roto nada. Lo que Max no terminaba de entender era por qué no hablaba. Lo achacó al *shock*.

Semus llegó cuando Max se aseguraba de que el cuello de George tampoco presentaba lesiones. Fue una suerte contar con su ayuda para levantarlo. Habría podido hacerlo solo, pero no sin dificultades. Y no por el peso del hombre, que era más bien ligero, sino porque levantar a una persona mayor requería cierta técnica en la que no era experto.

La mujer, cuyo nombre nunca supieron, les agradeció su ayuda varias veces con gran efusividad. Luego se dedicó a abroncar a su marido. Max pensó dos cosas. En primer lugar, que era una suerte que el hombre estuviese sordo. En segundo lugar, que no importaba el nivel de desorden y confusión al

que se expusiera al ser humano. Como especie, siempre estaban dispuestos a volver a la normalidad cuanto antes. Al menos la mayoría.

—Esto no ha sido casual —dijo Semus.

Max estaba de acuerdo.

Capítulo 10

—Desde luego que no.

—No sé si estamos hablando de lo mismo —insistió Semus—. Yo me refiero a que esto es cosa de La Furia.

Lo dijo como si en realidad no tuviese importancia. Como si no fuese consciente de las implicaciones que tenían sus palabras. Max acababa de cambiar el concepto que tenía de Semus. Lo tomó por un alfeñique incapaz de enfrentarse a la vida, pero luego se había portado como cabía esperar de un hombre de acción. Y ahora volvía a ser el informático incomprensible.

—No estoy seguro de que sepas lo que estás diciendo.

Semus se volvió hacia él. De nuevo se había puesto colorado. Definitivamente, parecía que en aquel cuerpo menudo y pálido habitaran dos personas diferentes.

—Claro que sé lo que estoy diciendo. No te ofendas, pero creo que si alguien ha subestimado esta situación, eres tú. Hemos estado hablando del poder de La Furia, pero parece creer que ese poder no es real. No quiero decir algo que puedas interpretar de manera incorrecta, pero creo que te estás dejando engañar por tus prejuicios. Que prefiramos vivir sin demasiado contacto con el mundo no nos convierte en cobardes ni en bichos raros. Somos muy conscientes, me refiero a mi grupo, de lo que pasa. Tú acabas de llegar a este caso, o misión o como lo llames. Nosotros llevamos mucho tiempo detrás de ellos. Así que quizá sea buena idea que confíes en mí y en mi experiencia. Aunque no se parezca en nada a la tuya.

Semus jadeaba cuando terminó de hablar. Max no supo interpretar si porque estaba cansado o por la excitación. No había gritado ni hecho aspaviento alguno, pero en su discurso hubo energía y, para desgracia de Max, cierta dosis de verdad. Era cierto que tenía una imagen de Semus que no se

correspondía del todo con la realidad. Y también era cierto que no jugaban exactamente en su terreno.

—Siento haberte ofendido.

Semus alzó las cejas, las dos a la vez.

—Supongo que no soy el único que prejuzga —dijo Max. Y añadió una sonrisa un poco forzada antes de seguir hablando—. Es verdad que pensaba que eras... diferente. Pero tú me has estado hablando todo el tiempo como si fuese a matarte con una llave de judo o algo así.

Semus iba a protestar, pero Max lo cortó.

—Siento comunicarte que ese tipo de poder solo lo tienen los protagonistas de algunas películas. Yo soy un profesional, no un superhéroe. Y, por cierto, estamos en mitad de la calle. Deberíamos pensar en cómo vamos a llegar a casa de tu colega. Creo que el coche no es una opción.

Semus asentía con la cabeza y al mismo tiempo examinaba su reloj y sus gafas. A esas alturas, Max ya sabía que no se trataba de que quisiera saber qué hora era ni de que necesitara limpiar los cristales. Debía de estar haciendo algún tipo de comprobación.

—El ataque ha afectado a este barrio y se ha extendido en dirección sur, al centro. El norte, a donde nos dirigimos, está limpio. Vamos a tener que caminar un rato para alejarnos de todo esto. Pero las líneas de autobús urbano funcionan en la periferia. No habrá problema.

Ese tipo de comentarios le recordaban mucho a Mei. Max se preguntó cómo la estaría pasando en su nuevo trabajo al amparo de la SCLI. Cuando volvieran a verse tendrían mucho de que hablar.

—Mi compañía de seguros está de camino. Esperaremos unos minutos y lo dejaré todo en sus manos. No les he necesitado en los últimos diez años, así que no creo que me pongan problemas.

El frutero de Islington sí que parecía dispuesto a darlos. Al menos hasta

que cruzó su mirada con la de Max. Al hacerlo, decidió que sería buena idea llamar a su propia aseguradora.

Cuando los profesionales del papeleo llegaron, Semus tuvo una corta conversación con el suyo, que se limitaba a tomar notas y asentir. Ellos se encargarían de retirar el vehículo. Buena cosa. Así, Max aprovecharía el paseo hasta el autobús para plantearle a Semus un ligero cambio de planes.

—También yo tengo un equipo con el que puedo contar, ¿sabes? Son hombres de mi entera confianza.

—Conozco sus perfiles. Dylan y Adam. Experto en armamento y espía internacional, respectivamente. Adam no está disponible en este momento.

Eso era cierto. De hecho, Max pensaba en lo útil que sería la experiencia de Dylan en el caso de que tuvieran que realizar algún tipo de ataque cuerpo a cuerpo. Por supuesto, que Semus supiera esa información ya no le sorprendió en absoluto.

—En efecto.

—De nuevo, no te ofendas, por favor. Pero no creo que Dylan sea la persona que necesitamos.

—No me ofendo, pero creo que en este caso te equivocas. Incluso aunque no sepa nada de vuestro modo de trabajo, mi equipo y yo funcionamos como una sola persona. Nos irá mejor si trabajamos juntos. Te lo garantizo.

Semus negó con la cabeza y se subió las gafas, aunque no lo necesitaba, por lo que Max supo que estaba haciendo tiempo para decirle algo que no iba a gustarle oír. Para ser un informático civil, aquel hombrecillo empezaba a resultar demasiado molesto.

—Dylan sería perfecto si fuésemos a llevar este trabajo al terreno de lo físico. Pero no es eso lo que va a suceder. Tú eres la única persona que necesitamos en ese sentido. La Furia no la compone un ejército... al uso.

Max tuvo la sensación de que Semus iba a decir algo así como «un ejército

como a los que estás acostumbrado», pero había cambiado de idea. Lo dejó continuar.

—Son un ejército, sí, pero de otro tipo. Si pueden evitar los enfrentamientos directos, los evitarán. Y, créeme, pueden. Tendrán que salir de sus escondrijos para llevar a cabo tareas como las que te decía antes, las casetas de la electricidad y cosas así. Nuestra labor es adelantarnos a ellos y enviarte a ti. Solo a ti. Pase lo que pase, deben seguir creyendo que somos pocos y que estamos mal organizados.

—Pensaba que sí éramos pocos.

—Bueno —dijo Semus—. No somos muchos, pero te puedo asegurar que estamos bien organizados.

Max no discutió. No porque le hubieran convencido, sino porque no tenía sentido gastar más energía en aquello. Su compañero lo tenía todo bien organizado. Le seguiría la corriente mientras su manera de hacer las cosas funcionase. Si sus planes fallaban, Max tomaría el relevo. Y si no tenía que hacerlo, tanto mejor.

En silencio, se dedicó a observar a las personas con las que se cruzaban. La mayor parte de ellas iba con la cabeza hundida entre los hombros y la vista fija en las pantallas de sus móviles. Quienes miraban al frente escondían las manos en los bolsillos. De alguna manera, parecía que todos estuviesen enfadados.

—La parada está ahí mismo. Es esa.

Unas pocas personas esperaban, no llegaban a diez. Max observó en ellas los mismos signos de impaciencia que en los conductores de los coches que habían sufrido el ataque de La Furia sin saber que fueron víctimas de un acto terrorista. Impaciencia, prisa, irritación. Aquel no era un barrio pobre, pero tampoco sobraba el dinero. Max era consciente de que su atuendo llamaría la atención. Vestía un traje oscuro de buena calidad. No era lo mejor para saltar

por encima del capó de los coches, como había hecho hacía un rato, pero aquello tampoco estaba en sus planes.

Cuando se acercaron a la marquesina una pareja de adolescentes echó una mirada a Max. Uno de los chicos le dijo a otro algo al oído y ambos se rieron. Max no prestó atención. La burla era un recurso muy utilizado por aquellos que se sentían inferiores. En realidad, si hubo algún insulto, no podía considerar que se lo hubieran dedicado a él. No lo conocían. Para los chavales era solo alguien diferente, con un poder adquisitivo del que ellos carecían. Una amenaza, por tanto.

El autobús llegó puntual. La mole roja de dos pisos se acomodó junto a la acera y expulsó a una buena cantidad de pasajeros. Los que hacían cola antes que Semus y Max lo abordaron en orden. Todas aquellas personas usaban el transporte público con asiduidad y por tanto disponían de una tarjeta magnética. Ni Semus ni él tenían una. Max, de hecho, no tenía ningún billete de valor inferior a veinte libras. No se le ocurrió, ni por asomo, que iba a necesitar pagar un viaje de autobús.

—Yo tengo suelto, no te preocupes —dijo Semus. Había vuelto a sus trucos de mentalista. Pero, lejos de enfadarse, Max agradeció su intervención.

El piso de abajo estaba atestado. La conductora, una enorme mujer negra que sonreía como si de verdad fuese feliz, hizo una señal muy significativa. Al parecer, en el piso de arriba quedaban asientos libres.

Mientras se dirigían a la estrecha escalera, Max echó un nuevo vistazo a la multitud. Había estudiantes de secundaria, trabajadores de grandes franquicias que se dejaban la piel en horarios nefastos a cambio de salarios apenas suficientes, jubilados, amas de casa, parados que regresaban de entrevistas de trabajo. Ninguna de aquellas personas merecía verse atrapadas en un accidente de tráfico provocado por un grupo terrorista. Pero lo que de verdad fascinaba a Max era la despreocupación de todas ellas. ¿Cuánto habían

caminado Semus y él desde el lugar del atentado hasta la parada? ¿Quinientos metros? Apenas un par de calles separaban a esas personas de la madre que casi pierde a su bebé, de George y su andador, de la mujer con la nariz posiblemente rota por culpa del *airbag*.

Ellos eran por quienes Max se arriesgaba. Tenía que admitirlo. Arcángel le había hecho olvidarse de las tonterías relativas a la patria y al honor que lo llevaron a alistarse en dos Ejércitos diferentes. Pero la gente era otra cosa. Ninguna de aquellas personas sabía que, además del paro, de la inseguridad ciudadana y de la corrupción de las instituciones, les acechaban peligros concretos.

Tal como había indicado la conductora, el piso de arriba tenía sitio más que suficiente. Los dos asientos delanteros, junto al parabrisas frontal, estaban ocupados. Ni Semus ni él estaban interesados en el paisaje, así que no les importó. Los ocupaban los dos adolescentes que se habían reído de Max antes de subir.

Una mujer mayor trataba de levantarse. Max temió que se cayera si el autobús frenaba con brusquedad, así que se ofreció a ayudarla.

—¡No hace falta, gracias! —dijo ella—. He subido aquí yo sola y sola bajaré. No sabía que estábamos en campaña, pero no me hace falta que ningún político venga a sacarse una foto conmigo para usarla de reclamo.

Los adolescentes se giraron. Por el gesto de sus caras era evidente que la hipótesis de la mujer los había convencido. De repente, el atuendo de Max tenía un sentido. Alguien de un mundo completamente ajeno a aquel venía a utilizarlos de alguna manera. Uno de ellos se envalentonó.

—Te ha dicho que la dejes, tío.

Max no contestó. Tampoco insistió en ayudar a la anciana. Pasó hasta el último asiento y se colocó junto a Semus, que no había tenido ningún problema.

—Es una pena, ¿no? Que sospechemos unos de otros casi por inercia.

Max estaba completamente de acuerdo.

—Lo es. A veces me dan ganas de retirarme, te lo aseguro.

—Lo mejor de todo —susurró Semus mientras volvía a examinar su reloj— es que cualquiera de estos podría formar parte de... Bueno, ya sabes, de los malos.

Aquel no era lugar para tener una conversación de trabajo, desde luego. Tendrían que ser cuidadosos.

—Y aunque no lo fueran. Algunas actitudes parece que justifican los desastres.

—Son críos —dijo Semus sin levantar la cabeza—. Yo de joven era como ellos.

Max estuvo a punto de reír.

—Tú a su edad eras un terrorista.

—No exactamente. Yo estaba muy comprometido con mi causa y habría hecho lo que hubiera sido necesario por ella.

Hablaban tan bajo que casi no se oían el uno al otro.

—Hablas de esa causa tuya como si fuera una mujer.

Semus frunció el ceño y apartó la atención de sus *gadgets* por una vez. Perdió la mirada en la ventana. Max se fijó en que desde aquella altura se veía el interior de algunos pisos. Al final no importaba dónde se resguardaran. Su ático en Mayfair era más grande, más luminoso y más caro. Pero no dejaba de ser una caja donde se recluía cada noche. Un modo más de no relacionarse. Quizá su vida no se diferenciaba tanto de la de Semus.

—Es que llega un momento en que las causas se convierten en eso.

Por un instante, Max no supo de qué hablaba su compañero.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—No sé si le pasará a todo el mundo. Pero piensa, qué se yo, en los

ecologistas. En esa gente que aborda barcos o que se encadena a plataformas petrolíferas.

A Max le gustó la analogía. Si iban a hablar en voz alta de un tema tan delicado, mejor hacerlo en clave. Además, él también creía que todos los fanáticos, al final del día, eran básicamente iguales.

—Los salvadores de ballenas, ¿no?

—Sí, esos. El año pasado leí en Internet que se habían vuelto completamente locos. Querían obligar a una tribu africana a abandonar el lugar en el que había vivido desde siempre. Por lo visto, su presencia en el lugar ponía en peligro la supervivencia de no sé qué primate.

Max no tenía la menor idea de a dónde iba a parar aquello, pero siguió escuchando. Fuera, la vida normal de un montón de gente que vivía sin cortinas, seguía como si nada. Lo que sucedía a diario.

—Si lo piensas, no tiene sentido. Los culpables de la desaparición del mono fueron los colonos y los industriales madereros, por supuesto. Y contra ellos también arremetió esta ONG. Que pretendieran quitarse del medio a los nativos es un síntoma de que algo no funciona bien en el planteamiento de sus objetivos. Es decir, ellos buscan proteger el medioambiente, conservar la riqueza natural que nos queda. Pero han llegado a un punto de obsesión enfermizo. Tanto, que no se dan cuenta de que sus acciones son contraproducentes.

—Ya veo. Supongo que a donde quieres llegar es a que si existiera, por ejemplo, una organización cuya misión fuera la de desenmascarar a los responsables de la crisis económica, eso en principio estaría bien. Pero que si perdieran la perspectiva y comenzasen a atentar indiscriminadamente en lugares públicos...

—Eso es —interrumpió Semus—. En el momento en que tu causa se vuelve tan importante para ti que no eres capaz de ver que estás haciendo más

daño que bien a aquellos que pretendes ayudar, es que algo se ha desviado mucho del camino correcto.

—Das por hecho —dijo Max— que el camino fue correcto alguna vez.

Semus se había quitado las gafas y miraba a Max directo a los ojos. Allí, en el piso de arriba de un autobús que los sacaba de Londres a través de un barrio obrero, las viejas convicciones de Semus cobraban vida de nuevo. A Max se le ocurrió que durante sus tiempos de activista debía de haber sido un hombre ciertamente peligroso.

—¡Por supuesto! —contestó—. Existen las causas justas. La conservación del medioambiente, por ejemplo. Desenmascarar los chanchullos de los Gobiernos, luchar por los derechos de los refugiados. Hay centenares de causas justas. El problema no son las causas. El problema es que nos volvemos sus esclavos, perdemos la perspectiva y entonces...

Semus hizo un gesto más que significativo con las manos. Un gesto que significaba fin, muerte y también desesperación. Max no le contestó. Optó por dejar que se repusiera de un discurso que parecía que lo había dejado tocado. Por su parte, estaba básicamente de acuerdo con él. La desesperación guiaba a los adeptos a una causa, pero también los desviaba de ella. Y si las amenazas de La Furia se hacían realidad, mucho se temía que eso era lo que le había pasado a su líder.

Capítulo 11

Bajaron del autobús en silencio. Semus había vuelto a ponerse las gafas y también recuperó su talante taciturno. Max tampoco estaba de especial buen humor. Ahora que empezaba a comprender cómo funcionaba la mente de su compañero, debía conocer al siguiente miembro de un equipo que, de estar en su mano, él no habría construido.

La casa en la que vivía Toei no se diferenciaba de las del resto de la acera. Allí, lejos del Centro, los alquileres eran más baratos y los inquilinos podían permitirse invertir algo de tiempo en hacer que sus viviendas tuviesen un aspecto mejor. Por eso los jardines delanteros presentaban céspedes bien cuidados, los cubos de basura quedaban ocultos por arbustos bien podados y las fachadas destacaban por su uniformidad. Todas las ventanas ocultaban las vidas de los vecinos tras cortinas de impecable color blanco y en la calle no se oía ni un alma. En las afueras, sí, pero aquel era un buen barrio.

Semus manipuló algo en su reloj de pulsera y la puerta frente a la que se detuvieron se abrió ante ellos sin necesidad de que tocaran el timbre. Algo muy útil para quienes no quisieran alertar a sus vecinos de que tenían visitas. A pesar de la automatización, Toei no tardó en aparecer en el pasillo de entrada.

Por su nombre, de marcado carácter oriental, Max había esperado a un hombre de ojos rasgados y tez amarilla. Pero Toei no poseía ninguno de los rasgos físicos que le había supuesto. Tampoco era un hombre, en realidad. En algún momento de los siguientes cinco o siete años se transformaría en uno, pero de momento estaba asentado en la adolescencia. Aparentaba como mucho diecisiete años. El acné que cubría sus mejillas y su frente tampoco ayudaba a hacerlo parecer más maduro. Ni el abrazo apasionado que le dio a Semus, que casi estuvo a punto de caer al suelo.

—¡Tío, cuánto tiempo! No me puedo creer que por fin hayas salido de tu madriguera.

Semus carraspeó y el chico pareció azorado.

—No, no. Si no tengo nada en contra de tu casa. Ya me gustaría a mí tener una así. Y de tu equipo ni hablamos. Pero me alegro de que hayas salido. No te veía desde...

Una sombra oscureció la mirada de Toei, que pareció darse cuenta de repente de lo inapropiado de su comentario.

—Bueno, desde aquello. Ya sabes.

—No te preocupes, Toei. Estoy aquí precisamente por aquello. No pasa nada. Y yo también me alegro de haber salido. Se te ve bien. Este —dijo señalando a Max— es el agente de campo que nos han asignado.

Toei lo miró de arriba abajo, pero no lo saludó. Por un momento, Max se preguntó si todos los adolescentes del país sufrían de alguna plaga de mala educación. Primero los chicos del autobús y ahora ese mocoso. Respiró hondo y dejó que los dos viejos amigos se contaran sus cosas. Aunque viejo no era precisamente la palabra que más convenía para describir a Toei.

Se dio cuenta de que la casa estaba absolutamente impoluta, lo que tal vez quería decir que alguien más vivía con el chico. A juzgar por las fotografías de las paredes, ese alguien debía de ser su madre. Una mujer de aspecto totalmente británico de la que había heredado el tono de piel, muy blanco, y el tono claro de los ojos. Del padre no había ni rastro.

Toei y Semus se dirigieron al salón y Max los siguió. No se sentía incómodo. Al contrario. Que el chico lo ignorase así quería decir dos cosas: que era inteligente y no se fiaba de los desconocidos aunque vinieran recomendados. Y que tendría tiempo de observarlos a ambos. Iba a trabajar con ellos. En algún momento su vida dependería de aquellas dos personas. Más le valía encontrar motivos para arriesgarse así.

—Mi madre ha salido un momento —dijo Toei—. A la compra, creo. O a trabajar, no lo sé.

—Veo que os lleváis tan bien como siempre.

El chico se encogió de hombros.

—No nos molestamos. A ella le parece fenomenal que traiga dinero a casa. Aunque no le gusta tanto que pase tanto tiempo dentro de ella. Pero nos entendemos. Uno de los dos está madurando. Yo diría que es ella.

Semus se rio con ganas. Tenía una risa franca y sonora que también contrastaba con la imagen que Max se había hecho de él. Aquellos dos tenían una historia en común que quizá no difiriera demasiado de la que tenía con Dylan, Adam y Mei. Tendría que asumirlo.

—¿Y de lo nuestro sabemos algo?

—Algo.

Se hizo un silencio incómodo, así que Max salió de la habitación. Antes o después el chico tendría que fiarse, pero no tenía por qué ser en ese momento. No era él quien necesitaba al chaval, sino Semus. Así que dejó que los dos se entendieran y se dedicó a inspeccionar el resto de la casa.

No le sorprendió que le permitieran hacerlo. Por lo que llevaba visto hasta el momento, era probable que Toei hubiera instalado cámaras hasta en el último rincón. Así que seguramente lo tendría vigilado. Además, dado que el muchacho no era tonto, había pocas probabilidades de que nadie encontrase algo que quisiese ocultar. Habría un sótano, una habitación oculta o cualquier otra cosa.

Subió al piso de arriba para ver cómo era la habitación de Toei. Suponía que, por mucho que ocultase la información relevante en algún otro lugar, sus cosas le darían una idea de quién era y de cómo tratarlo. Lo que halló detrás de la puerta lo dejó literalmente sin palabras.

Ni un solo centímetro de pared estaba libre. Enmarcados y sin enmarcar,

había pósteres, dibujos e ilustraciones que parecían originales. Max no tenía ni la más remota idea de qué era todo aquello. Hombres de músculos completamente desproporcionados, algunos de ellos de colores. Figuras de acción que representaban a los mismos personajes. Tenía la vaga impresión de haber visto al menos a uno de ellos por televisión. Una especie de conejo amarillo con la lengua roja y la cola en forma de relámpago. También había robots. Algunos de ellos de buen tamaño y con una apabullante cantidad de detalles.

Una de las paredes estaba cubierta por pequeños tomos de cómics con coloridas portadas, pero dibujados en blanco y negro. El texto estaba escrito en perfecto japonés, así que Toei no tenía dificultades con los idiomas. Si leía manga en versión original, de seguro hablaría más lenguas. Un punto a su favor.

Había algo más que también llamó la atención de Max: la habitación estaba impoluta. Así que, o bien la madre la limpiaba, en cuyo caso allí no había nada en lo que el chico tuviera interés real, o no dejaría que ella entrase. O bien limpiaba él, lo que no parecía un hábito propio de un *hacker* de diecisiete años. O bien todo aquello era un decorado.

Max se acercó a la ventana. En la calle nada había cambiado. Excepto por un par de coches que se habían ido, dejando libres dos huecos en la acera de enfrente. Justo en aquel momento una furgoneta negra aparcó allí.

—Su día de suerte —dijo Max para sí mismo.

Iba a volver al piso de abajo, pero Toei y Semus aparecieron en la puerta del dormitorio.

—Semus dice que eres de fiar.

—¿Eso dice? —contestó Max.

—Ya sé que crees que soy un crío y todo lo demás. Solo hay que verte la cara. Pero también soy el mejor en lo que hago. Ahora mismo tenemos el

mismo jefe, así que será mejor que nos llevemos bien.

Max casi se echó a reír. Aquella frase se parecía más a cómo se hablaba en el cine que a la vida real. A pesar de su pose de tipo duro, el chaval no era más que eso: un chaval.

—Estoy de acuerdo.

Semus asintió. Los miraba desde la puerta, como un profesor o un abuelo preocupado por lo que hicieran los pequeños a su cargo.

—Este no es mi verdadero cuarto, ¿sabes? Todo esto es de cuando yo tenía diez o doce años. Mi madre lo conserva así, no sé por qué. Aprendí *japo* leyendo esos tebeos. La verdad es que me gustan. Si algún día me hace falta la pasta, lo mismo los vendo en Internet. Algunas de estas cosas son imposibles de encontrar. Pero esa es mi especialidad. Encontrar cosas imposibles.

—Por eso hemos venido, supongo, ¿has encontrado algo?

Toei se apoyó en la ventana y creó así una sombra artificial en la habitación. El instinto puso a Max sobre aviso. Iba a decirle que se apartara de allí, que ofrecía un blanco perfecto, pero no hizo falta. Cuando el chico abrió la boca, probablemente para presumir de lo que había encontrado, recibió un impacto de bala. El gesto de sorpresa en su rostro, el espasmo en el torso... No podía ser otra cosa. Le habían disparado.

Cayó sobre la moqueta como un peso muerto. Max no miró si había muerto o solo le habían herido. Bajó corriendo por las escaleras. Mientras tanto, a su espalda, Semus se arrodillaba junto al chico.

Fuera, en la calle, se oyó el chirrido de un vehículo que aceleraba demasiado rápido. Max estaba seguro de que se trataba de la furgoneta. Abrió la puerta principal y sacó el arma que ocultaba en una sobaquera. Por eso no se había quitado la chaqueta en ningún momento, ni siquiera cuando saltó de capó en capó. Abrió las piernas y disparó. Le acertó al francotirador, que trataba de entrar en la furgoneta. Por lo visto, no había querido arriesgarse a

disparar desde el interior del vehículo. Bien, ya no dispararía desde ningún otro lugar.

Max corrió con toda su alma. Necesitaba detener al conductor.

Al parecer, toda aquella charlatanería acerca de un grupo de piratas informáticos que no se arriesgarían a salir a campo abierto no era más que una falacia. Allí había dos de ellos. Poco profesionales, cierto, pero con el valor suficiente como para disparar a uno de sus mejores activos.

La furgoneta se alejaba. Max sabía que no podría darle alcance, así que se paró en medio de la calle y apuntó a las ruedas. Lo detendría costase lo que costase. Respiró una única vez y amartilló el arma.

Luego la bajó. Un grupo de niñas vestidas con el uniforme de la escuela se puso a cruzar la carretera en aquel preciso instante. Por ellas trabajaba con la SCLI. Y su causa todavía no lo había devorado hasta el punto de ponerlas en peligro.

Guardó el arma y echó un vistazo a las ventanas de alrededor. Alguien le habría visto, seguro. Las sirenas de la policía pronto inundarían el ambiente con su ruido infernal y sus luces estridentes. Ya solo quedaba regresar a casa de Toei y comprobar si seguía con vida. A partir de aquel momento, la discreción quedaba fuera de la ecuación.

Capítulo 12

Las crías parecían cortadas por el mismo patrón. Delgadas, a medio crecer, no controlaban del todo los movimientos de sus cuerpos y cruzaban como potros recién nacidos. Todavía no les había dado por maquillarse, o por ponerse tacones. O quizá era que el colegio no lo permitía. A una de ellas, incluso, fue a recogerla su padre a la escuela. Se la notaba incómoda.

El cuerpo del francotirador había caído lejos del grupo de escolares. Max no podía acercarse y ocultarlo sin llamar todavía más la atención, así que lo dejó donde estaba y confió en que no se encontrase en el camino de ninguna de las muchachas de uniforme.

Con el arma oculta, se dispuso a regresar a casa de Toei. No sabía si el chico estaba muerto. Deseaba que no. Lo último que necesitaba era que Semus perdiese los nervios justo en ese momento.

Cuando iba a cruzar la calle, sus ojos se cruzaron con los de la niña acompañada por su padre. Había algo en ellos que le llamó la atención. También en el rictus tenso de la boca. No parecía molesta o indignada con un adulto controlador, sino asustada.

Max clavó la vista en el hombre y creyó identificarlo. Su intuición no le había fallado.

El tipo, afortunadamente un aficionado, empujó a la chica en dirección a Max. Con toda probabilidad buscaba hacerlo tropezar, pero él era un profesional. Detuvo la caída de la estudiante, la levantó en volandas para ponerla detrás de él y corrió tras su objetivo. Si conseguía alcanzarlo antes de que llegara la policía, tendría la oportunidad de obtener la información que necesitaba acerca de aquella escurridiza organización.

El tipo resultó no ser un atleta. La Furia los superaba en número y en voluntad; quizá también en inteligencia, pero, desde luego, no en preparación.

A los pocos metros, el hombre se sujetaba el costado con una mano y resoplaba como si fuera a echar el hígado por la boca.

Max lo atrapó sin despeinarse. No se tomó la molestia de amenazarlo. Se limitó a retorcerle el brazo en la espalda y conducirlo hasta el piso donde lo esperaban sus compañeros. El hombre no se resistió. Bajó la cabeza y caminó con pesar por el camino indicado.

La puerta de la calle se había quedado abierta, lo que no tenía por qué significar nada concreto en cuanto al estado de Toei. Seguramente, Semus había estado demasiado ocupado atendiendo a su colega como para fijarse en esas nimiedades. Por su parte, Max no tenía intención de molestarlo hasta que hubiera asegurado al prisionero. Lo empujó de malos modos hasta la cocina. En la calle lo había tratado bien porque no quería llamar la atención, pero, una vez en casa, ya iba siendo hora de que supiera lo que se le venía encima.

Sin soltarlo del brazo, le golpeó en un hombro. El tipo gimió. Max sabía que el daño que le hizo era absolutamente tolerable para una persona entrenada, así que aquel hombre no podía ser más que un simple peón.

Colocó una silla en medio de la cocina.

—Siéntate ahí y no se te ocurra moverte.

Max sacó el arma de la sobaquera y le apuntó con ella. A simple vista no localizó más que los paños del té, demasiado cortos y gruesos para atarlo con alguna seguridad.

Abrió uno de los cajones y encontró una barra de afilar. Eso tendría que servir.

—¿Te han hecho un torniquete alguna vez?

El hombre no contestó.

Max volvió a guardar la pistola en su sitio y agarró uno de los paños de cocina.

—Es muy útil cuando te estás desangrando porque detiene la hemorragia.

Pero hay que tener cuidado con él, porque si se deja puesto demasiado tiempo, el miembro puede gangrenarse.

El tipo tosió. No miraba a Max. Buscaba fuerza de voluntad más allá de la ventana. Antes de empezar con su maniobra de inmovilización, Max corrió las cortinas y encendió la luz.

—Ahora voy a atarte las manos con este trapo. Al principio no te va a doler, porque es muy corto y no puedo apretar el nudo como es debido. Pero luego voy a usar esto. —Mostró la barra de afilar al prisionero—. Y entonces puede que te duela un poco.

A medida que explicaba sus intenciones, Max las llevaba a cabo. No habían pasado dos minutos cuando los dedos del hombre se pusieron blancos. Este resoplaba y de vez en cuando soltaba un quejido. Por lo visto tenía ganas de hacerse el duro.

Semus entró por la puerta y dio un pequeño gemido, mitad de sorpresa y mitad de espanto.

—Le vas a destrozar las manos —dijo con voz temblorosa.

—Eso dependerá de si colabora con nosotros o no —contestó Max—. ¿Y tu amigo? ¿Está bien, o tenemos que vengarnos además de obtener información?

Max hizo un gesto a Semus mientras hablaba. Con la barbilla, le indicó que se colocara delante del hombre. Así podría ver su gesto de horror. Eso ayudaría a ablandarlo.

—Está bien. Solo le han alcanzado en el hombro.

—Parece que has tenido suerte —dijo Max dirigiéndose al prisionero—. Ahora veremos si quieres conservarla o no. ¿Cómo te llamas?

—No es asunto tuyo —contestó él. Pero lo hizo demasiado rápido. Como si lo hubiese estado ensayando. Además, era una frase demasiado manida. Nadie hablaba así excepto en las malas películas. Un profesional habría dado

un nombre falso o no habría dicho nada. Lo sabía por experiencia. Max dedujo que solo aparentaba y que destrozaría su voluntad a poco que se lo propusiera.

—Verás, tío duro. Puedes decirme tu nombre voluntariamente o puedo sacártelo por las malas. En el último año he obligado a un grupo de cirujanos a extirparle la polla a alguien que no quería hablar conmigo, he golpeado, roto mandíbulas, clavículas, tobillos... Pero hoy no tengo ganas de hacer nada de eso.

Hizo una pausa, pero el otro no se decidía a soltar prenda.

—No —continuó—. Hoy tengo la paciencia bajo mínimos porque has puesto en peligro a una cría inocente después de intentar matar a un colega. Así que, si no me contestas, asumiré que no tienes nada que decir. Entonces colocaré mi pulgar en tu nuez de Adán y presionaré a la derecha. Eso te matará. Morirás asfixiado y sin poder gritar.

Con los ojos desencajados, tal como Max esperó que hiciera, Semus se llevó las manos a la garganta y buscó el punto débil que se había mencionado. El prisionero alzó la cabeza. Miraba a Semus a los ojos. Tragó saliva. Estaba claro que ambos pertenecían al mismo mundo.

—Efectivamente —añadió—. No es un farol. Se puede matar así y no sería la primera vez que lo hago.

—Me llamo Robert Silver.

—Encantado, Robert Silver. Mi nombre, si no te importa, vamos a dejarlo para otro momento. Ahora hablaremos de lo que de verdad importa.

Max detestaba ponerse en plan barriobajero, pero el tal Robert parecía reaccionar mejor a ese tipo de registro. Así que no tenía muchas más opciones. Al menos no si quería terminar rápido con todo aquello. Seguía esperando que la policía llegase en cualquier momento.

Capítulo 13

—Sí, pertenezco a La Furia. No tienes ni idea de lo que hemos pasado. Mi padre fue víctima de la estafa de 2008, ¿lo sabías? Lo perdió todo. Todo. Jamás hizo nada ilegal, jamás estafó a nadie... Se suponía que de esa manera uno prosperaba, pero a él lo hundieron porque quiso cumplir con las leyes. Con todas.

Max se colocó al lado de Robert. Hacer el papel de matón de barrio era una cosa, pero aquel hombre estaba hablando de su familia. Le debía al menos la dignidad de mirarlo a la cara mientras lo hacía.

—No se suicidó —continuó Robert—. Ni mi madre tampoco, pero más les valdría haberlo hecho.

Max se fijó en el aspecto del hombre. Le había parecido más mayor. Posiblemente debido al tono amarillento de la piel. Además, estaba perdiendo pelo y tenía la frente surcada de arrugas. Pero en realidad era mucho más joven de lo que aparentaba.

Max sacudió la cabeza a modo de negación. Su obligación era extraer información útil del hombre, no compadecerse de lo mal que lo había tratado el tiempo. Decidió emplear una técnica ligeramente rastrera pero efectiva. Lo humillaría.

—¿En serio? ¿Cuál es vuestro problema? Tengo la impresión de que llamaros La Furia os queda un poco grande. Seguíis a un tipo llorica que lamenta la muerte de su padre. Y todos vosotros sois el mismo tipo de llorones que no saben enfrentarse a la vida. Despierta, Robert. Las cosas son así. Y poner en peligro vidas inocentes no va a hacer que tu padre se comporte como un hombre de verdad. Esto es absurdo.

—Se ve que nunca te ha pasado nada grave. Se ve que no tienes la menor idea de lo que significa para un hombre con valores que la sociedad lo

defraude, que el Gobierno lo defraude, que el mundo se le venga abajo a pesar de cumplir con todas las normas. Pero no hace falta que me creas a mí, ¿sabes? Ya hay estudios que muestran lo que esa estafa ha causado a nivel global. ¿Quieres leerlos?

El tipo se había venido arriba, no cabía duda. Max lo dejó continuar.

—Cuando quieras te pasó un par de cientos de enlaces que demuestran las consecuencias psicológicas de eso que tú llamas crisis y los míos llamamos estafa. Y sí, claro que nos llamamos La Furia. Porque no nos conformamos con conocer esas consecuencias, y vivirlas, cosa que tú no has hecho. Vamos a hacer que sean los poderosos como tú los que las sufran. Vamos a despojaros de todos vuestros privilegios.

Max siguió en silencio. De todo el discurso de Robert solo una frase había hecho mella en él. Reconocía todo lo demás como lo que era: una mezcla inextricable de medias verdades e ideología sin deglutir. Pero lo que le corroía las entrañas era precisamente aquello que más falso resultaba de todo el discurso y que el interrogado tenía por cierto: que a él no le había pasado nada grave, que él no sabía lo que significaba perderlo todo.

Detestaba que los recuerdos de Arcángel lo golpearan de aquella manera sin avisar. Lo único que podía hacer era lidiar con ellos sin dejar que se translucieran. Y eso hizo. Alzó una ceja para imprimir a su gesto un aire irónico y dejó que la tristeza de la pérdida y la frustración por no haber hallado todavía al culpable de la muerte de su mentor se disolvieran por sí mismos.

—¿Es eso lo que te da miedo? ¿Perder tus privilegios? —aventuró Robert.

—Hace mucho tiempo que dejé atrás mis ideales patrióticos, Robert Silver. Fue en el momento en el que me di cuenta de que la patria, la sociedad y el Gobierno no me darían nada que no se hubiesen cobrado previamente y por duplicado. Siento mucho que tu padre no se diera cuenta a tiempo de cómo

funcionan las cosas. Quizá te guste saber que mi único privilegio sea trabajar para quien yo elijo. Haga tu pequeña panda de hombres furiosos lo que haga, a mí no me afectará. Yo no funciono mediante la venganza, ni por avaricia... A mí me mueve la ética. Aunque puede que esa palabra no exista para ti y los tuyos.

Semus dio un paso adelante. Eso le acercaba demasiado a Robert. No parecía que fuese a intentar nada, pero Max no quería correr riesgos, así que extendió un brazo y le impidió avanzar. Le venía bien que alguien quisiera realizar el papel de poli bueno, así que le dejó hablar.

—Hola, Robert. Soy... —Semus echó un vistazo rápido a Max y se interrumpió. Lo que dio pie a que el otro le lanzara una pulla.

—Eres el esbirro de ese.

—Mira, me da igual lo que pienses de mí. Si eso es lo que crees, estás en tu derecho.

Max se sorprendió del tono de voz que su compañero había adoptado. Sonaba a maestro de escuela o a catequista. Un modo de hablar tan paternalista que Robert se sentiría incluso más humillado que con sus bravuconadas. Había que concederle a Semus que aquello empezaba a dársele bien. Además, su aspecto nervioso, inocente, era capaz de sacar de quicio a cualquiera.

—De verdad, tío, me das asco —dijo Robert. Semus se encogió de hombros.

—A mí no me da asco casi nadie, pero si tuviera que elegir a quién despreciar, empezaría por aquellos que, en el nombre de una causa supuestamente noble, están dispuestos a asesinar a gente de su propia clase. Eso sí, a distancia, para que la sangre no los salpique. Eso es cobarde, rastrero e inútil. Cualquier revolución que se base en el asesinato de civiles perjudica a la clase obrera. Así que, ya me contarás qué tipo de revolución es

esa que pretende dejar intacto el sistema y que además atenta contra la integridad, la seguridad y la libertad de aquellos a quienes dice defender. No sé muy bien cómo manejas todo eso dentro de tu cabeza, pero en la mía suena a que os están tomando el pelo. O a que nos lo queréis tomar a nosotros.

Max observó cómo Robert se debatía en silencio. Había apartado la mirada de Semus. Debió de encontrar algo del aplomo ficticio que había mostrado hasta hacía un momento y retomó el contacto visual con Semus.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres que te diga? Porque he oído muchas amenazas, pero ninguna pregunta concreta.

—No sé —dijo Max, retomando la voz cantante—. Échale imaginación. ¿Qué crees que podemos querer de ti?

Mientras hacía la pregunta, Max se pasó el dedo pulgar por la nuez de Adán de manera casual, como si el gesto no significase nada. Pero Robert entendió a la perfección lo que quería decir.

—¿No vas a soltarme las manos? Antes no las sentía, pero ahora me duelen.

—Creí que ya habíamos hablado de eso. Tú dame algo que merezca la pena y yo veré si permito que conserves esas manos que tanto te preocupan. Imagino que las necesitas para seguir prestando servicios a tus colegas de revolución. Me pregunto qué pasaría si volvieras sin dedos con los que apretar teclas.

Robert tragó saliva y se pasó la lengua, blanquecina, por los labios resecaos. Se estaba poniendo realmente nervioso.

—Ya sabes cómo funciona esto —dijo con un quejido lastimero. Se dirigía a Semus, que negó con la cabeza.

—En realidad no. Por eso te lo estamos preguntando.

—Recibimos órdenes mediante redes cerradas de comunicación. La ruta cambia, el intervalo de recepción de comunicados varía. Todo es tan aleatorio

que ni siquiera nosotros mismos podríamos rastrearnos.

—Vamos a afinar un poco la pregunta —interrumpió Max— porque veo que no vas a llevarnos a donde queremos ir. Y tenemos un poco de prisa. Recuerda que tus amigos nos han dado un plazo muy ajustado o, si no, se pondrán a volar centros de ciudades.

—Yo no...

—No, claro que tú no. Tú, que me acusas de haberme vendido a los poderosos o no sé qué idioteces, te limitas a seguir órdenes aleatorias, ¿verdad?

Max había acercado su rostro al de Robert tanto que podía olerle el aliento. Para evitar cualquier tipo de ataque se había puesto sobre sus pies. Los talones de Max sobre las punteras de los zapatos baratos de Robert. Así no intentaría nada.

—Las envía Randall Grove. Es lo único que sabemos.

—Eso también lo sabemos nosotros —gruñó Max—. Danos algo nuevo o dile adiós a tus manos. Ahora.

—Nadie sabe dónde está. Nadie lo ha visto en meses. Él mismo borró sus datos de Internet. Ha desaparecido. ¿Le buscáis a él? Pues podéis llamar a una médium, porque es un fantasma.

—No me toques los huevos, Robert. No estoy para bromas.

—No lo encontraréis. A todos los efectos, es como si no existiera.

Capítulo 14

—No sabe nada —susurró Max.

Habían dejado a Robert solo, con las manos todavía atadas a la espalda, y se dirigieron a la habitación de Toei, que les indicó dónde guardaba su madre la cinta adhesiva. Así pudieron taponarle la boca para evitar que gritara. Aunque si la policía no había llegado ya, no parecía probable que ningún vecino fuera a llamarla.

—¿Estás seguro? —preguntó Semus.

—Completamente. Este tipo no es un profesional. Después de tu discurso acerca de las revoluciones, ni siquiera creo que siga creyendo en su causa. Nos lo habría dicho todo, pero no tiene nada que decir. Y tú, ¿cómo estás? —le preguntó a Toei.

—Me duele el hombro, pero ni siquiera ha sido un impacto real. Solo un roce. A ver, estoy en *shock*. Eso por supuesto, pero saldré de esta. Me habría gustado estar ahí con vosotros. Ese imbécil... ¡Casi me matan!

Max sonrió por dentro. El chaval lo llevaba mejor de lo que él había esperado, pero se movía entre la verborrea y el miedo a la muerte como un péndulo descontrolado. La verdad era que había tenido buena suerte. Si los miembros de La Furia que los atacaron hubiesen sido profesionales, no estaría allí para contarlo.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Semus.

—En realidad estamos igual que antes. Ya sabíamos que Grove era ilocalizable. Si el resto de La Furia tampoco tiene esa información, habrá que idear algún plan de contingencia. Ahora mismo, no tengo ni idea de qué hacer, lo confieso.

—Nos lleva mucha delantera, es verdad —dijo Toei.

—Lo que no entiendo —intervino Max— es por qué se ha tomado tantas

molestias en borrar esos datos. Todo el mundo conoce su cara. Hay archivos de sus lugares de trabajo, certificados de nacimiento... La dificultad de encontrarlo no estriba en saber quién es, sino en localizarlo.

Toei, desde su parapeto de almohadones, en la cama, negó con la cabeza. Había cierta petulancia en su gesto, pero Max no le dio importancia. Hacía rato que había decidido no dársela a nada que pudiera distraerlo de la misión.

—El problema —comenzó el más joven de los dos *hackers*— es que todos esos archivos, toda esa información, está o estaba digitalizada. Es posible que ahora mismo alguien conserve alguna fotografía impresa de Grove, pero, al borrar los archivos originales, la verdad es que podría convertirse en cualquier persona.

Semus tomó la palabra antes de que Max pudiese oponer un argumento obvio.

—Toei no quiere decir que pueda cambiar de rostro. Eso ya lo podía hacer antes y no habría tenido que borrar nada. Lo que puede hacer es que cualquiera se haga pasar por él.

—Pero existen expedientes físicos.

—La gente cambia mucho en unos pocos meses, Max.

Max asintió. Se había sentado en una especie de puf flexible que se adaptaba a su cuerpo cada vez que se movía. Cruzó los brazos sobre el pecho y se permitió un pequeño recuerdo. ¿Cómo era él antes de comenzar su entrenamiento en el Averno? Sin duda, ya poseía un cuerpo atlético; su altura tampoco había cambiado. Pero su rostro nunca volvió a ser el mismo después de pasar por aquella experiencia. Recordó el sentimiento de pérdida y vértigo que lo embargó al salir de la ducha y mirarse en el espejo el día que por fin pudo abandonar las instalaciones. Se sentía diez años mayor, y eso se notaba en un gesto más maduro y, por qué no decirlo, también más amargado. Randall Grove no había pasado por una experiencia parecida, ni mucho menos, pero su

experiencia vital también lo habría cambiado. Eliminar todos sus registros supondría, por tanto, lo mismo que haber eliminado a su yo del pasado. Una buena jugada, estaba claro.

—Sea como sea, no podemos hacer nada contra ello. Y el tipo de la cocina no miente.

—He oído lo que ha pasado —dijo Toei—. Estas paredes no son precisamente las de una fortaleza y la puerta estaba abierta, así que, bueno, no sé. ¿Qué vas a hacer con él? ¿Vas a matarlo con un pulgar?

Max se revolvió en su puf y, cansado de no encontrar una postura cómoda, se levantó. Eso asustó a Toei, que se apretó contra los almohadones de su espalda. Hasta entonces había parecido relajado, pero en ese momento su piel adquirió el tono de la cera.

—¿Por qué creéis que voy a solucionarlo todo sembrando el mundo de cadáveres?

Max susurraba con exasperación. No iba a matar a nadie, pero no le convenía que el prisionero se sintiese demasiado a salvo.

—No sé si tenéis una idea clara de lo que ha pasado aquí —continuó—, pero ese tipo nos ha disparado, ha aterrorizado a una chiquilla y ha confesado formar parte de una organización terrorista; ¿se os ha ocurrido que podríamos llamar a la policía y que se lo llevarían sin el menor problema?

—Por cierto, fuera hubo disparos. Además del que ha alcanzado a Toei.

Max no lo había dicho y no le apetecía hacerlo precisamente en ese momento, pero lo cierto era que en la calle había un cadáver, y aquello era culpa suya.

—Sí. También hay un cuerpo fuera. Parece que nadie lo ha descubierto.

Toei hizo un gesto que bien podía interpretarse como alguna versión discreta de «te lo dije» y se apretó todavía más contra las almohadas, en un intento de alejarse de Max tanto como le fuera posible.

—Te estaba defendiendo, chaval. Y, por cierto, ¿a nadie le parece extraño que no haya venido la policía?

Semus negó con un gesto apesadumbrado e hincó la barbilla en el pecho. Era la viva estampa de la desolación. Max le dio un momento antes de pedirle que se explicara.

—En fin —comenzó Semus—. No hace tanto que hemos tenido ese pequeño percance con los semáforos. Tal y como están las cosas, no me extrañaría que hubieran controlado los teléfonos.

Max no daba crédito a lo que estaba oyendo. El mundo entero llevaba años elucubrando acerca del poder ilimitado de la CIA y del coladero de información en que se habían convertido las redes sociales. Pero resultaba que era un grupo terrorista compuesto en su mayor parte por aficionados los que se habían hecho con el control de las comunicaciones.

—¿Estamos hablando de teléfonos fijos y móviles? —preguntó para asegurarse.

—Manipular las líneas fijas no es difícil. Al fin y al cabo es una cuestión de cables. Manipular un satélite tiene algo más de dificultad, así que supongo que habrán interceptado los repetidores. Es complejo, requiere muchos recursos, pero...

—No es imposible. —Toei terminó la frase de su colega. Había cierto deje de admiración en su tono. Como si le hubiera gustado participar en algo así.

Max sacó su teléfono del bolsillo interior de la chaqueta. Tenía cobertura y tenía batería. Llamó a su portero, pero colgó en cuanto oyó la señal.

—Mi teléfono funciona.

—¿De verdad has llamado?

Toei parecía sinceramente horrorizado, como si una simple llamada fuese más espantosa que la posibilidad de que Max matase al prisionero de la

cocina.

—He llamado, he escuchado el tono y he colgado. No sé qué es más ofensivo, si que creas que soy un asesino a sangre fría o que pienses que soy tan estúpido como para dejar que me localicen.

—No pueden localizarte si no te han pinchado —comenzó a decir Toei. Pero dejó de hablar cuando Max le lanzó una mirada helada.

—Lo peor de todo el asunto es que el hombre me da pena. No hace falta darle muchas vueltas para entender que, en el fondo, no les falta cierta parte de razón.

Semus y Toei se miraron de reojo. Fue un gesto rápido, pero a Max no le pasó desapercibido. ¿Qué se pensaban, que de pronto había cambiado de bando? De todos modos continuó hablando.

—Lo que es verdaderamente raro, dado el estado actual del mundo en general, es que las calles no estén llenas de gente reclamando lo que les pertenece.

En cuanto terminó la frase, el resto de lo que estaba a punto de decir se le murió en los labios. No hacía tanto que había pasado unos días no especialmente idílicos en una capital europea. Madrid se había convertido en un polvorín, las calles se llenaron de manifestantes y de vándalos; y qué había hecho el Gobierno español, pues sacar al Ejército a pasear. Las cargas policiales resultaron más perjudiciales que la propia crisis económica y el corralito. Por no hablar de quién había sido el verdadero culpable de todo el asunto.

—Mirad, da igual —continuó al fin—. En el momento en el que estoy dispuesto a ponerme de su parte, me demuestran que no merece la pena. No importa la justicia de la causa cuando los medios que emplean para defenderla son los mismos que los de cualquier grupo terrorista. ¡Por amor de Dios! Han controlado las comunicaciones de, ¿qué?, ¿todo un barrio de Londres? ¿Un

distrito entero?

—¿Pero qué vas a hacer con él? —insistió Toei. Si no se relajaba pronto, el rasguño que le hizo la bala de La Furia iba a convertirse en el menor de sus problemas. Estaba tan tenso que sus huesos parecían a punto de crujir.

—Ahora mismo hay cosas más importantes en las que pensar. —Max subió la voz, intencionalmente, para asustar al prisionero—. Ya me ocuparé de ese tipo dentro de un rato. Cuando oscurezca, quizá.

Por supuesto, la pantomima también asustó a Toei. Semus, por su parte, estaba serio, pero mucho más calmado. Al menos con él sí se podía contar.

Capítulo 15

—A lo mejor no es el momento, pero...

En contra de todo pronóstico, no fue Semus quien comenzó a hablar, sino el propio Toei.

—Adelante.

Max volvió a susurrar. No quería cerrar la puerta de la habitación y aislar al prisionero. No parecía capaz de soltarse, pero no estaba dispuesto a dejar nada al azar.

—Espera un momento —interrumpió Semus—. ¿Tu madre no tiene una especie de taller de manualidades?

—No entiendo a qué vine eso ahora, la verdad —protestó el muchacho.

—Era una habitación pequeña, ¿verdad? ¿No había remodelado la despensa?

—Sí. Primero puso una máquina de coser y no sé qué más, y luego lo quitó todo y puso una colchoneta de yoga. Pero ahora lo hace fuera de casa porque dice que no puede concentrarse con el olor a cocina. Así que está vacía.

Max ya entendía por dónde iba Semus, que de nuevo parecía leerle la mente. Ahora, sin embargo, estaba seguro de que no se trataba de ningún truco de mentalismo, sino de una muestra de sentido común.

—¿Y dices que está junto a la cocina? —preguntó el propio Max.

—No lo he dicho, pero se deduce, sí. Es donde están las despensas: al lado de la cocina, ¿no?

El gesto y tono de fastidio del chico hacían evidente que ya había empezado a relajarse.

—Vuelvo en un momento.

Max se quitó la chaqueta, dejando ver el arma que portaba en la sobaquera. Como ya se había dado la vuelta para salir, no vio que la aparente

tranquilidad de Toei desapareció en un instante.

No tardó más de dos minutos en apartar la mesa del centro, abrir la puerta de la despensa reconvertida en sala de yoga y arrastrar hasta el interior la silla a la que había atado al prisionero.

—Vas a quedarte aquí quieto y calladito un momento —dijo—. Ya veremos luego lo que hacemos contigo. Si te portas bien, igual tienes suerte.

Pronunciar ese tipo de frases le parecía de matón barato, pero no estaba allí por el glamur, sino para llevar a cabo una misión con la mayor efectividad. Y, de momento, no tenía ni la menor idea de cómo conseguirlo.

Cuando volvió a la habitación del convaleciente, algo había cambiado. Los dos informáticos no habían dispuesto de mucho tiempo para hablar, pero, desde luego, lo hicieron. Toei hacía una especie de ejercicio de respiración. Semus esperaba sentado en una orilla de la cama; los dos mostraban las manos, como si quisieran que Max supiera que no ocultaban nada. Entonces se dio cuenta.

—Siento que hayáis visto la pistola —dijo—. No la usaré contra vosotros. De hecho, nunca la uso a no ser que sea estrictamente necesario.

Se puso la chaqueta de nuevo, para ocultar aquello que los ponía tan nerviosos.

—Toei, estabas a punto de decir algo. Dilo, cuéntanos lo que sea, lo vamos a necesitar. No tenemos nada, no sabemos por dónde empezar. Y os aseguro que esto no es algo a lo que esté acostumbrado. Somos un equipo, así que será mejor que empecemos a portarnos como tal.

—Fue hace un par de años —empezó Toei—. Yo era joven y un poco estúpido.

Max hizo un esfuerzo para que su rostro no transluciera lo que estaba

pensando.

—Ya sé que sigo siendo joven y que seguramente piensas que soy idiota —añadió Toei—, pero por aquel entonces lo era más. Y además, estaba radicalizado. No entraremos en qué sentido, porque no tiene relevancia. La cuestión es que necesitaba hacer la revolución. Quería que cambiasen las cosas. Mi madre trabaja como una burra. Y sus amigas también. En este barrio la gente se cree que tiene vida, pero no. Trabajan para pagar unos pisos que se creen que son suyos, pero son del banco. Llegan a casa agotados, todos ellos, y no pueden disfrutar del tiempo libre que les queda. No sé, yo a mi madre la respeto mucho y la quiero.

Max asentía, pero aquel discurso empezaba a hacérsele un poco pesado; ¿a dónde quería llegar el crío?

—Lo que quiero decir es que necesitaba formar parte de algo, hacer que todo estallase por los aires para que los de abajo tuviésemos acceso a nuestra parte del pastel.

—Todos hemos querido eso alguna vez. Algunos todavía lo queremos —dijo Semus.

—Bueno, en aquel entonces una organización contactó conmigo a través de la *Deep Web*. Me sentí halagado. Eso quería decir que había llamado la atención de gente peligrosa e importante.

—¿Trataron de reclutarte unos informáticos radicales y te sentiste orgulloso?

—Lo dices como si no tuviera sentido, pero lo tenía. Tú te alistaste en dos Ejércitos. No sé quién es más imbécil de los dos.

Max se sorprendió sonriendo ante el atrevimiento del muchacho. Por lo visto, le había herido en el amor propio y, en lugar de arriesgarse y tratar de desaparecer debajo del edredón como llevaba haciendo todo el tiempo, saltó. Y no solo se defendió, sino que había atacado.

—En eso tengo que darte la razón.

Toei se relajó de inmediato.

—Te cuento esto porque, bueno, creo que tienes razón, que La Furia no quiere cambiar el sistema, quiere hacerse con él. Esta gente a la que estuve a punto de unirme, eran iguales. Para empezar, allí todos nos identificábamos con alias y nombres en clave. La mayoría de los suyos eran neutros, pero algunos no lo eran tanto. Que si Ario, que si Doktor, que si Propagandhi. Y no había mujeres, ninguna.

—¿Cómo sabes eso si solo usabais alias?

—Ninguno de los alias era femenino, todos hablábamos en género masculino para referirnos a nosotros mismos. Y lo que pensé fue que aquel no era lugar para mí. No tengo aspecto oriental, pero mi padre era de Corea. Aunque me preocupaba más lo de las mujeres, la verdad.

Max alzó una ceja.

—Yo no soy feminista ni nada, no creas. Pero no me cabía en la cabeza que un grupo revolucionario fuera excluyente. O sea, ¿qué mierda de revolución vas a hacer si te dejas a la mitad de la población mundial fuera? Estos querían un cambio de poder, no un cambio de sistema. Y algo me dice que La Furia también.

—Perdona que te sea tan sincero, Toei, pero no sé en qué puede ayudarnos esa experiencia tuya.

En realidad Max estaba impresionado. Había tomado al chaval por un postadolescente egoísta, pero el chico no solo tenía conciencia, sino que también poseía una notable capacidad de análisis y autocrítica.

—En realidad —intervino Semus— Toei y yo nos conocimos en ese entorno. Había algunas mujeres, pocas, ocultas tras seudónimos masculinos.

—La mejor experta en ordenadores y comunicaciones, y lo que se os ocurra, que conozco es una mujer —dijo Max pensando en Mei.

—La cuestión es que Toei, yo y un pequeño grupo de personas salimos muy decepcionados de aquella experiencia. Cada uno por su cuenta, investigamos a los supuestos grupos anarquistas que se esconden en las redes.

—¿Existen grupos anarquistas en el siglo XXI?

—Supongo que para la mayor parte de la gente el anarquismo murió en el siglo XX, con el fracaso del comunismo y del resto de movimientos de izquierda, pero los grupos siguen existiendo —contestó Semus. Toei se limitaba a asentir—. Ahora, en una cosa tengo que darte la razón: no son anarquistas. Los anarquistas verdaderos desean acabar con el sistema opresor que impide el desarrollo individual real. Como dice Toei, no buscan un cambio real de paradigma, sino quieren controlar los medios de producción, los de información y los Ejércitos.

Los dos *hackers* callaron y esperaron. Con las manos aún visibles, uno sobre las rodillas y el otro sobre el edredón, miraban a Max. Estaba claro que deseaban que se posicionase. Como no sabía qué otra cosa hacer y, de todos modos, ambos conocían a la perfección hasta el último detalle registrado de su vida, Max les dio lo que, sin palabras, le pedían.

—Yo también he sido joven y muy estúpido. Mucho más de lo que podría parecer. De hecho, hubo un tiempo en el que no se me había ocurrido siquiera que las naciones, los mercados, los Estados, y todo en general, forma parte de un sistema que está diseñado para funcionar de manera indefinida. Incluso los seres humanos, desde nuestra infancia y hasta la muerte, somos programados para formar parte de una rueda gigante que nos engulle para que hagamos que gire redondo. Por mi parte, estaba encantado con la rueda.

A medida que hablaba, Max se daba cuenta de que ni siquiera necesitaba mentir. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que verbalizara todo aquello, pero, en lo más íntimo de sí, seguía sintiéndolo como cierto. Programación y desprogramación: el cerebro humano no era más que una

máquina con la que cualquiera, bien entrenado, podía jugar. Siguió hablando.

—Ya sabéis que me alisté en dos Ejércitos. Y lo hice convencido, no os voy a engañar. Yo quería salvar el mundo, quería poner orden, quería hacer grande mi país. Ya sabéis todo lo que he hecho. Tenéis los datos. Sabéis que adquiriré el grado de teniente, sabéis que fui reclutado por —Max tragó saliva. Le costaba pronunciar el nombre de su mentor— Arcángel, y que a partir de ahí mi actividad cambió. No tengo, pues, motivo para ocultaros eso.

Semus y Toei asentían. Los dos hombres y el muchacho pertenecían a mundos diferentes, provenían de hogares muy distintos e ideologías casi completamente antagónicas, pero en aquella habitación se estaba creando un vínculo real. Tal vez no fuese a durar más de lo que lo hiciese la misión. Pero en ese tiempo sería sólido como el acero.

—Lo que no sabéis —continuó— es lo que pasó dentro de mi cabeza. Pero, bueno, os lo acabo de decir: al principio quería salvar el mundo. Arcángel me mostró que el mundo, tal y como lo conocemos, no merece ser salvado. Habría que cambiarlo de arriba abajo.

»He decidido que no es asunto mío salvar el mundo. La mayor parte de las personas no merecen que realice el esfuerzo. Pero tampoco merecen que las engañen. Así que, sí, hasta cierto punto me parezco a vosotros y hasta cierto punto también hay un poco de Randall Grove en mí. O lo hubo. No porque él quiera hacer grande a su país. Sino en el sentido de que pretende darle orden al mundo. El orden que le parece correcto a él, por supuesto, pero orden, al fin y al cabo.

No tenía ni idea de si su discurso iba a funcionar o no. Ni de qué pasaría si funcionaba. Pero había dicho la verdad y, para ser honesto consigo mismo, tenía que admitir que le sentó bien hacerlo.

—Nosotros hemos estado siempre en retaguardia, es verdad —dijo Semus.

—La retaguardia es importante. Sin una buena infraestructura de soporte,

los soldados no tendrían cómo regresar. Ni, probablemente, a dónde regresar.

—Lo que hemos estado haciendo —intervino Toei— es una labor de vigilancia global. Creo que se puede llamar así.

El chico se incorporó un poco en la cama. Usó ambos brazos sin querer y debió de sentir algo en el hombro en el que le habían alcanzado, porque hizo un pequeño gesto de dolor, pero eso no le impidió seguir hablando.

—Formamos una red de comunicaciones, ya sabes: Internet, sobre todo. Solo que no es Internet. Explicarlo es complejo, pero el hecho es que nadie puede detectarnos. Trabajamos más allá de la Internet pública y un poco más allá que la *Deep Web*.

—Lo hemos estado pensando —dijo Semus—, y es probable que nuestro sistema se parezca mucho al de La Furia. Ellos son muchos más, seguramente cuentan con equipos más potentes y todo eso, pero a nivel técnico usamos algo muy parecido.

Max paseaba por la habitación. Si es que a los dos pasos que alcanzaba a dar en cada sentido se le podía llamar pasear. En realidad, tras la confesión y el momento de intensidad se sentía un poco incómodo, necesitaba hacer algo.

—¿Y en qué va a ayudarnos eso? ¿No se supone que La Furia controla las comunicaciones?

—Podemos contraatacar, en realidad. Podemos examinar los servidores por los que han pasado y ver lo que han hecho exactamente.

—No puedes organizar un contraataque si no sabes quién es tu enemigo o dónde está, me temo —contestó Max, frustrado.

Toei suspiró con impaciencia.

—A ver, Semus te lo acaba de decir. Nuestra red no es detectable. Podemos hackear exactamente los mismos sistemas atacados por La Furia. Así, desde dentro, sabremos qué han hecho y desde dónde han llegado. De una forma totalmente segura. Luego solo tendremos que rastrearlos. Y ahí es donde

entras tú.

—No quiero ser un aguafiestas —insistió Max—, pero me extraña que la SCLI no haya intentado hacer eso que proponéis.

Toei hizo un nuevo gesto de prepotencia, pero Semus se le adelantó.

—Lo pensarían, claro que sí. Y luego decidirían no hacerlo. Si han sido víctimas de un ataque informático es porque están bajo la vigilancia de La Furia. Lo que les conviene no es abrir sus sistemas, sino cerrarse en banda, como si dijéramos. Protegerse, blindarse. Para espiar a los demás hay que abrir al menos una pequeña puerta, hay que exponerse hasta cierto punto.

Eso sí tenía sentido para Max. Cuando querías salir con vida de un tiroteo, solo cabían dos posibilidades: ponerte a cubierto y dejar que pasara, o exponerte a un balazo y disparar a matar. La SCLI había optado por ponerse a cubierto.

—No sé qué hay que hacer. A estas alturas no tiene sentido que pretenda que soy el experto. Mis enemigos son tangibles. Si decís que vuestro sistema funcionará, al menos habrá que probarlo.

Capítulo 16

En ese momento se abrió la puerta de la calle. No hubo golpes ni estruendo. Nadie la había forzado.

Max se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio. Se agachó y abrió la puerta de la habitación con sigilo. El pequeño corredor que conducía a la cocina no le dejaba ver nada, así que se puso en pie, se pegó a la pared y avanzó. Fuera quien fuera el intruso, no se molestaba en disimular su presencia.

—¡Qué diablos!

La voz que lanzó esa exclamación pertenecía a una mujer. A juzgar por el sonido, ya había dejado atrás la juventud, aunque no sonaba a anciana.

—¡Toei!, ¡Toei! ¿Dónde estás? ¡Ven aquí ahora mismo! ¿Se puede saber qué le ha pasado a mi cocina? Si yo no toco tus cosas, tú no puedes tocar las mías.

Max abortó el gesto de sacar la pistola de la funda. Tenía que hacer notar su presencia, pero no quería asustar a la madre del chico. Afortunadamente, Semus se le adelantó.

—¿Señora Blackwell? No le riña, esta vez no ha sido culpa suya. Estamos aquí, con un amigo.

Max volvió sobre sus pasos y se sentó en el maldito puf. Eso le daría la oportunidad de saludar a la señora cuando entrase.

—¡Me da igual de quién sea la culpa, Riordan! Esa cocina está hecha un desastre. Y tenéis que explicarme por qué diablos hay un hombre maniatado en mi salón de yoga.

Max abrió los ojos como platos y preguntó a sus compañeros con la mirada. Toei había cerrado los ojos en señal de resignación. Semus se encogió de hombros y le mostró las palmas de las manos. Así que la señora Blackwell

tenía los nervios de acero y un carácter peculiar. Justo lo que necesitaba una misión que se había vuelto caótica en apenas unas horas.

Cuando llegó a la habitación, mucho después de lo que correspondía a los pocos metros que debía recorrer, Max comprobó que el carácter de la madre de Toei no se hacía evidente únicamente en su voz y en el modo en el que se tomaba que su casa albergase un cuarto de interrogatorios improvisado. Se trataba de una mujer fibrosa y muy alta. A simple vista no se parecía en nada a su hijo. Vestía por completo de negro, con un jersey de cuello vuelto poco apropiado para la temperatura exterior, tejanos y botas de amazona. Llevaba unas gafas de pasta de montura, también negra, que hacían que sus ojos pareciesen mucho más grandes de lo que eran en realidad.

—¿Se puede saber qué haces en la cama con dos hombres que podrían ser tus padres?

Max no estaba en la cama, pero se levantó de todos modos. Semus ni se inmutó. Por el contrario, sonrió levemente y sacudió la pierna de Toei, que terminó por abrir los ojos y saludar.

—No hagas eso, mamá. Semus te conoce, pero Max se va a llevar una impresión equivocada.

—Semus me conoce y yo lo conozco a él, así que ese tal Max —lo dijo sin mirarle— es el que ha atado a ese hombre y el que me ha desordenado la cocina.

—Mis disculpas, señora Blackwell. Hemos tenido un pequeño problema.

La madre de Toei se volvió al fin. Max la había visto un momento, cuando cruzó la puerta de la habitación, pero entonces pudo contemplarla en todo su esplendor. Tenía todo el aspecto de una profesora estricta y hasta un poco cruel. Las gafas ocultaban las arrugas de sus ojos, pero no las que se le formaban alrededor de la boca ni las que se proyectaban entre la nariz y los labios. No podía tener menos de sesenta y cinco años.

—No sé en qué momento le he dado la impresión de que puede tomarme el pelo, pero no puede. Conozco a este y conozco a mi hijo. No se ha metido en un problema pequeño en toda su vida. Eso sí, ninguno de sus asuntos ha terminado con un hombre atado y amordazado en ninguna de mis habitaciones.

—Mamá...

—Tiene usted toda la razón. Alguien que acompañaba a ese hombre ha disparado y herido a su hijo.

La madre de Toei perdió el porte de institutriz tan pronto como oyó lo sucedido. Descruzó los brazos, que había acomodado bajo el pecho, y quitó a Semus del lugar que ocupaba sobre la cama.

—¿Estás bien? ¿Dónde te han herido? ¿Por qué no estás en el hospital?

Lanzó la andanada de preguntas sin dar tiempo para contestar a su hijo, que parecía mucho más afligido que dolorido, en realidad.

—Está bien, no ha sido más que un rasguño —contestó Semus—. Y no podemos ir al hospital, porque, en realidad, no hace falta.

—¿Seguro que está bien, Riordan? Dime que está bien y que quien sea que haya hecho esto no va a repetirlo.

—Siento inmiscuirme, señora Blackwell, pero me temo que no podemos garantizar que no vuelvan. Antes de que llegara usted estaba a punto de sugerir que nos fuéramos. Para evitar un segundo «accidente».

—No podemos irnos —dijo Toei.

—Irse, ¿a dónde? —preguntó la madre.

—Tenemos que irnos —insistió Max—. Si todo lo que hemos estado hablando es cierto, volverán. Y lo más sensato es, por supuesto, que no nos encuentren aquí. Antes han fallado, pero lo mismo encuentran a alguien con mejor puntería.

Max no pretendía asustarlos. De hecho, no le convenía en absoluto que se asustaran, pero lo que decía era cierto. Tenían que andarse con ojo.

—Iremos a donde estén vuestros servidores.

La madre de Toei se levantó de la cama. Por lo visto, no había tardado en convencerse de que su hijo se encontraba bien.

—¿Trabaja usted para el Gobierno o en su contra? Porque le advierto que mi hijo ya ha pagado su deuda.

—Trabajo con su hijo.

—¿Toei? —El tono de la señora Blackwell no admitía réplica.

—Trabajamos juntos, mamá. Para una organización supranacional.

Max no podía creer que el muchacho estuviera diciendo aquello; ¿qué pasaba con la seguridad, la prudencia o la confidencialidad?

—¿Supranacional?

—En realidad es paranacional.

—De acuerdo —afirmó la madre de Toei—. Así que has vuelto a meterte en un lío del que no puedes salir solo. Pensaba que ya habíamos hablado de esto.

—Mamá, no ha sido culpa mía.

Si hasta ese momento Toei había alternado entre una actitud de adolescente impertinente y crío asustadizo, ahora parecía un niño pequeño al que pillan en falta. Aquella escena superaba a Max por completo. Afortunadamente, Semus estaba ahí para poner orden.

—En realidad el chico tiene razón. No ha hecho nada. Hemos venido a buscarlo porque lo necesitamos. Se trata de un asunto que afecta a la seguridad internacional.

—Y él tiene veinte años.

—Con veinte ya puede tomar sus propias decisiones —dijo Semus.

—¿Y a ti te parece que está en condiciones de decidir nada?

Semus no se rindió.

—Lo está cuando no se presenta gritando y atemorizándolo. Su hijo es

inteligente y sabe perfectamente lo que hace.

La señora Blackwell enrojeció de ira hasta la raíz del pelo.

—¡No vas a venir a mi casa, Semus Riordan, a decirme que no sé educar a mi hijo! Soy una buena madre.

—Nadie dice lo contrario, pero ahora mismo no esta siendo razonable.

—¡Es que no podemos irnos! —dijo Toei.

—Mi hijo dice que no puede irse, Semus. Así que ya lo habéis oído. Tú y el hombre atractivo del traje, que no sé para quién trabaja, pero no me gusta un pelo.

Semus ignoró a la madre de su amigo. Max estaba abrumado por aquel drama familiar. Posiblemente, la última cosa que había esperado presenciar ese día.

—¿Por qué no podemos irnos, Toei?

—Ya lo sabes —dijo el chico—. Todo el equipo está abajo, en el sótano.

—¿Toda vuestra red supersecreta está en el sótano? —preguntó Max, incrédulo.

Semus no le contestó. Seguía centrado en Toei.

—Acordamos que lo sacarías de aquí. Te has estado exponiendo sin necesidad, Toei.

—En realidad no, no han podido detectarla porque robo electricidad a todos los vecinos. El consumo se reparte en el barrio y es imposible que nadie se dé cuenta.

—Esa no es la cuestión, chaval. Todos creen que los servidores están en lugar seguro.

—Y lo están.

En ese momento Max sí se sentía capacitado para intervenir.

—Tu sótano no es un lugar seguro. Para empezar, tienes una casa de dos plantas en un edificio de seis, lo que quiere decir que al sótano tienen acceso

tus vecinos.

—Hace siglos que creen que la puerta no funciona y que hay ratas. Nadie baja.

Max no podía creerlo. El chico de verdad pensaba que lo tenía todo bajo control.

Iba a ser muy claro con él cuando su madre volvió a tomar la palabra.

—¿Has estado robando a nuestros vecinos?

Aquello, desde la perspectiva de Max, y desde la de cualquier ser humano normal, empezaba a ser demasiado absurdo.

—Mamá, no ha sido casi nada.

—Me mato a trabajar por ti, Toei Park, ¿y me lo pagas avergonzándome así? No sé qué son exactamente esos servidores, pero los vas a sacar de mi sótano y los vas a llevar lejos de aquí. Tan lejos como puedas. Estoy segura de que tus amigos te ayudarán.

—Mamá, eso no se puede desmontar así como así, yo...

—Tú eres un crío maleducado, desagradecido y muy inteligente. Encontrarás la manera.

Max se fijó en que Semus estaba manipulando su reloj de pulsera.

—No te preocupes por la red —dijo—. Eso está solucionado. Ahora levántate de ahí y haz caso a tu madre. Hay que desmontar todo eso y trasladarlo.

—Me han disparado en el hombro —rezongó el chico—. No puedo hacer esfuerzos.

—¡Eso sí que no te lo consiento! —dijo la madre—. Yo no te he criado para que fueras un ladrón ni un mentiroso. Y mucho menos un vago. Levántate de la cama, coge la llave del sótano y haz lo que tengas que hacer.

Capítulo 17

Los tres bajaron las escaleras que conducían al sótano. Felizmente eran anchas y estaban limpias. Por su parte, la señora Blackwell dijo que cerraría la puerta de la despensa, que se pondría ropa de estar en casa y actuaría como si no estuvieran allí. Tuvo la delicadeza de prestarles la furgoneta que usaba para moverse de la ciudad, pero dejó en sus manos la tarea de vaciarla de sus herramientas.

En la parte de atrás del vehículo había todo tipo de objetos estrafalarios. Desde utensilios de jardinería hasta tazas de té y libros de segunda mano.

—Mi madre colabora con varias asociaciones de vecinos, organizaciones de caridad como la Red Nose, y cosas así.

—Mientras tú te dedicas a robarles electricidad a tus vecinos. No me extraña que la hayas cabreado. —Max, ahora que las cosas se habían normalizado y ya tenían un plan de acción, sentía la necesidad de meterse con el chico.

Toei no respondió. Sacó un llavero del bolsillo y las llaves tintinearón mientras buscaba la adecuada para abrir la puerta del sótano.

Cuando por fin la encontró, una bofetada de aire frío les golpeó en el rostro. Aquello era un infierno helado y oscuro en el que parpadeaban docenas de lucecitas amarillas y rojas.

—¿Cuántos aparatos hay aquí? —preguntó Max.

—Muchos —contestó Semus—. Más de los que vi la última vez. Lo que quiere decir que has estado trabajando y ampliando la red.

—Sí.

El chico parecía orgulloso. Semus parecía incluso más preocupado que al enterarse de que el chico no había trasladado los servidores.

—No pasa nada, Semus, de verdad. No hay ni una sola brecha de

seguridad. Me he asegurado. Todas las ampliaciones son internas, sin contacto con el exterior. Solo he conseguido que la velocidad de respuesta de nuestras unidades aumente. Ahora funcionamos mejor, somos más eficientes, eso es todo.

Después de unos pocos segundos, además del frío y de la oscuridad, se percibía también un zumbido.

—No es la seguridad lo que me preocupa. Es el orden. ¿Has etiquetado los cables? ¿Has documentado la estructura?

Toeí calló.

—No lo has hecho, ¿verdad?

—Lo siento, yo...

El chico parecía verdaderamente contrito, y a Max le pareció que Semus debía de ser un ogro cuando se enfadaba. Le admiró por su capacidad de controlar sus emociones. Se notaba que quería gritar, pero su sentido práctico le decía que lo mejor era empezar con el trabajo.

—Ahora no puedes ayudarnos, Max. Tenemos que organizar esto antes de moverlo o no seremos capaces de volver a montarlo en la nueva ubicación.

Max no replicó. Sabía que allí abajo no sería más que un estorbo. Además, había concebido un plan que involucraba al rehén y a la señora Blackwell.

Cuando se lo contó, a ella no le pareció mal.

—Describame a la niña otra vez, por favor.

—Siento no ser más específico, pero la verdad es que, con el uniforme de la escuela, todas me parecían iguales. Creo que no debe de tener muchas amigas, porque nuestro querido amigo Robert la sorprendió sola. También creo que es inteligente, porque supo comunicarme lo que pasaba con una mirada. Tenía los ojos oscuros, el pelo corto y ondulado.

—Podría ser Trisha. Es tímida, es lista y nunca se alisa el pelo porque su

madre no se lo permite. Vive aquí al lado y de vez en cuando me trae cosas para las tiendas de segunda mano. La llamaré. Le dije que le guardaría un disco que lleva un tiempo buscando.

—No creo que sea buena idea llamar por teléfono.

La señora Blackwell, vestida ahora como una jubilada común y corriente, había recuperado el porte rígido y la expresión adusta.

—Pues iré a su casa y la traeré aquí.

—Antes necesito su ayuda para otra cosa.

—Usted dirá.

—Cuando he salido corriendo, después de que disparasen a su hijo, he herido a alguien. Creí que estaba muerto, pero quizá no. No lo comprobé porque la calle se llenó de niñas. Esperaba que la policía llegase en cualquier momento, pero no lo han hecho.

Max no necesitaba que la mirada de la señora Blackwell se llenase de sarcasmo para darse cuenta de que se había comportado como un maldito aficionado. Pero allí estaba: las cejas enarcadas y una sonrisa de suficiencia.

—No había ningún cadáver en la calle cuando he llegado.

—De todas formas, me gustaría que lo comprobase. Yo no saldré de aquí hasta que nos vayamos. Si nos están vigilando, cuantos menos datos de nuestros movimientos tengan, mejor.

—Se lo he dicho, jovencito. Puede que Semus y Toei se asusten de su pistola y de sus modales de matón. Hasta ese pobre hombre amordazado parece aterrorizado. Pero yo no me asusto con facilidad. He aparcado encima de una mancha oscura. He pensado que a alguien se le habría abierto la bolsa de la carnicería. A veces pasa. Richard, mi vecino, es muy descuidado cuando duerme mal, y anoche pusieron *You Got Talent* en la tele. Pero, por lo que me contó, la mancha no era de sangre de cerdo. Al menos, no de cerdo de cuatro patas.

Max suspiró. Se acercó a la ventana de la cocina. Allí era donde hablaba con la madre de Toei, con un vaso de té negro entre las manos. Corrió la cortina unos centímetros, lo necesario para echar un vistazo.

—Es de color verde, Volkswagen. Si hubiera salido a echar una mano a los chicos, lo sabría.

—No he salido a echar una mano a los chicos porque quiero que los malos piensen que no estoy aquí.

—Eso no tiene sentido. Lo verán cuando se lleven los trastos de mi hijo. Además, ellos han estado fuera. Podría haberles preguntado. No han visto la mancha, pero sí han visto que no hay un cadáver.

Max pensó en los motivos que le habían llevado a no poner a los dos *hackers* en la tesitura de buscar un cuerpo muerto allí fuera.

—Creo que los dos sabemos que Semus y su hijo no son esa clase de persona.

—¿Qué clase de persona? ¿Y yo sí lo soy?

La señora Blackwell había tratado la presencia de un hombre amordazado en su despensa como si se tratase de un periódico arrugado o una taza fuera de sitio. Sí, ella sí podía buscar un cadáver en la calle.

—No parece, y usted misma lo ha dicho, que se asuste con facilidad.

—Los muertos no pueden hacerme daño. Ni a usted. Los heridos de bala que desaparecen en el callejón de enfrente, ya son otra cosa.

—¿Sabe dónde se esconde el hombre al que disparé?

La madre de Toei se colocó las gafas de pasta sobre la nariz.

—Hay un restregón en la mancha que indica que lo que se hubiera caído tomó esa dirección. Y algunas gotas de sangre que manchan la acera. Yo diría que, si no está en el callejón, su cadáver no era un cadáver y ha huido por ahí. Ahora estará lejos.

Aquella situación, a medias dramática y a medias comedia televisiva,

estaba mermando sus facultades. No solo estaba dejando que una anciana lo humillara, sino que se le había escapado un hombre potencialmente peligroso.

—Tengo que salir —dijo Max.

—Espere, voy con usted.

—Ni hablar.

—No se preocupe, no tengo intención de seguirle. El experto en ponerse en peligro es mi hijo. Yo voy a casa de Trisha. Usted haga sus cosas en el callejón. Lo verán, por cierto. Esos a los que decía hace un momento que quería ocultar su presencia.

—Hay prioridades —dijo Max.

La madre de Toei no se lo discutió. Tampoco hacía falta. Estaba más que claro que no lo entendía y que Max le parecía el tipo de hombre imprudente del que su hijo haría bien en mantenerse alejado.

Ambos salieron juntos de la casa. La señora Blackwell giró la esquina del edificio y se perdió en lo que *a priori* era una zona segura. Max se dirigió hacia el escenario del tiroteo.

Capítulo 18

La pequeña pero coqueta Volkswagen verde de la señora Blackwell estaba aparcada justo en el lugar en el que Max había visto caer el cuerpo. Toei y Semus debían de haber visto la mancha que oscurecía el asfalto, pero no le dijeron nada. Tampoco le contradijeron cuando dijo que se quedaría en casa, que no podía ayudarles a trasladar las pertenencias de la señora Blackwell del vehículo. Se fiaba de ellos, pero necesitaba ponerse en contacto con Dylan para encontrar un piso franco.

Los *hackers* debían de creer que eran los únicos con una red de comunicaciones oculta, pero Mei era una de esas mujeres para las que la informática carecía de secretos. Su equipo, el real, aquel con quien Max no podía contar en esa misión, también podía comunicarse. De una forma un tanto rudimentaria y, desde luego, muy limitada, pero podía. Así que eso fue lo que hizo cuando se quedó a solas en la casa.

Tal como la señora Blackwell había descrito, la mancha se extendía hacia la izquierda, como si algo se hubiera arrastrado sobre ella. El herido no había podido ocultar la dirección de su huida, lo que quería decir, o bien que se encontraba grave, o bien que no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. Dados los acontecimientos, Max creía que se trataba de lo segundo. Aunque nunca estaba de más actuar con cierta prudencia.

La boca del callejón no quedaba lejos y el único rastro que llevaba hasta allí eran unas pocas gotas tan oscuras como la gran mancha bajo la furgoneta. Una cada pocos pasos. Si sangraba tan poco, no debía de encontrarse tan mal.

La calle en la que se encontraba, Max tomó nota ahora que disponía de tiempo para hacerlo, era relativamente ancha y estaba limpia. Había vehículos aparcados frente a ambas aceras y bicicletas encadenadas en las verjas que protegían las viviendas de los semisótanos. Los números de los portales se

veían a la perfección, en negro sobre blanco, y ningún grafiti ensuciaba las paredes de ladrillo visto, ennegrecidas por el tiempo. Lo que no había eran comercios y, por tanto, tampoco montones de cajas apiladas que sirvieran de escondrijo, o contenedores de basura de tamaño industrial en los que nadie pudiera meterse.

Si el herido no se había marchado, lo que habría resultado lo más inteligente, tenía que estar en el callejón. Pero ¿por qué no se habría ido? ¿Por qué quedarse en el lugar de los hechos y no pedir ayuda?

Max se preparó para una emboscada, aunque la sola idea le pareciera absurda. Se pegó a la pared y, cuando estuvo cerca de la esquina, se tendió sobre su estómago. Asomó la cabeza lo justo para poder ver en el interior. El callejón parecía vacío.

Volvió sobre sus pasos y ensayó un truco tonto y viejo. Se estiró la chaqueta y pasó por delante de la calleja, como un transeúnte cualquiera.

Tampoco vio nada extraño.

Allí había menos luz y las ventanas de los edificios comenzaban un par de metros sobre su cabeza. Posiblemente correspondieran a los cuartos de baño, porque eran más pequeñas. En el fondo se distinguía la puerta de un garaje y una salida de emergencia. Si se acercaba, corría el riesgo de encontrarse en una situación desagradable, pero ya había llegado hasta allí, así que, qué más daba.

El calor de los últimos días había secado los charcos que, de otro modo, habrían salpicado el suelo irregular, y Max no encontró ningún obstáculo para llegar a la puerta del garaje. Todo parecía desierto. El silencio resultaba casi tan abrumador como los olores. Junto a las ventanas de los aseos se encontraban las rejillas extractoras, lo que resultaba en una mezcla de olor a verduras hervidas, pollo asado y residuos humanos en absoluto agradable.

Max arrugó la nariz. Ya estaba a punto de darse la vuelta cuando lo vio. Un bulto encogido sobre sí mismo en la esquina más oscura de una salida de emergencia. Su atuendo era de un color tan parecido al de la pared del edificio que habría pasado completamente desapercibido si no hubiera lanzado un gemido ahogado.

Max se acercó, despacio. No parecía que el hombre fuese capaz de defenderse. Un segundo gemido le convenció de que su estado no le permitiría atacar, así que Max se apresuró. Le sorprendió una vez más no encontrar sangre en el suelo.

—¡Eh! —dijo. No bajó la voz, pero tampoco gritó. No quería asustarlo y provocarle algún tipo de ataque. Aquel hombre pertenecía a La Furia, pero ya lo había herido. A la señora Blackwell no le importaría incluirlo en su plan. Solo tendría que llevarlo a su casa, vendarlo y atarlo en la cama. Aunque puede que esto último no fuera necesario. Al acercarse a él, Max notó que no dejaba de temblar. Debía de encontrarse en *shock* térmico.

—¡Eh! ¿Estás bien?

El tipo seguía gimiendo y temblando, pero no contestaba, así que Max se quitó la chaqueta y se la echó por encima. Eso no le hacía la menor gracia porque dejaba su arma al descubierto, así que se tomó unos segundos para sacarse la camisa por fuera, meter la pistola en la parte de atrás del pantalón y tirar la sobaquera. Lo último que necesitaba era que alguien lo identificara como un asesino.

Se acercó al cuerpo tembloroso y se agachó para levantarlo. La idea era llevarlo en brazos.

En cuanto le puso la mano encima, el otro se giró y le lanzó un directo a la mandíbula. O no tan directo, puesto que Max lo esquivó y se echó hacia atrás con un salto ágil, aunque mal equilibrado. Faltó poco para que aterrizara sobre su propio trasero.

—¿Quién mierda eres? ¿Qué quieres de Eddie?

En la penumbra del callejón, Max miró a su oponente con mayor detenimiento. Aquel no era el tipo al que había disparado. El otro vestía completamente de negro, con un jersey de cuello vuelto y pantalones ceñidos, como uno de esos francotiradores de cine. Este hombre, en cambio, llevaba pantalones dos o tres tallas más grandes de lo necesario y una especie de chambergo sin forma. Tampoco olía demasiado bien. Claro que eso había sido difícil de percibir en aquel hervidero de aromas nauseabundos.

—No quiero nada, Eddie. Estaba buscando a un amigo.

El hombre se levantó de su esquina. Aferraba una botella de vino en una mano. Estaba vacía. Max comprendió de inmediato de dónde procedía el tembleque. Le miró a los pies. Llevaba una bota de cada color, ambas igualmente sucias, así que era imposible saber si había sido él quien había pisado la mancha de sangre que asomaba bajo la camioneta.

—Aquí solo vive Eddie. Lárgate si no quieres vértelas con Eddie.

Desde luego, Max no tenía ningún interés en vérselas con Eddie ni con su botella de vino.

—A lo mejor quieres devolverme la chaqueta que se me ha caído, Eddie.

—¿Dónde está Eddie? ¿Por qué hablas con Eddie? Solo yo hablo con Eddie.

Así que el tal Eddie era un amigo imaginario, quizá incluso algún familiar muerto. Aquel pobre hombre podía quedarse con la chaqueta de Max si quería. Él solo deseaba largarse de allí sin más complicaciones y preguntar a la señora Blackwell si aquello había sido una broma de mal gusto intencionada o una mera casualidad. Aunque estaba bastante seguro de que no había nada casual en ello.

Dio un par de pasos hacia atrás, sin perder de vista al sintecho, cuyo nombre podía o no ser Edward, y luego se dio la vuelta. Trató de no parecer

preocupado, así que metió las manos en los bolsillos y caminó a buen paso, pero sin correr. Tampoco era cuestión de montar una escena en medio de la calle.

No lo vio venir. Oyó los pasos, pero no los relacionó con lo que estaba a punto de pasar, así que su hombro derecho recibió un botellazo. Max gritó, más por la sorpresa que por el dolor, y se dio la vuelta. Allí estaba el vagabundo, con su chaqueta en una mano y la botella en la otra. Se reía a carcajadas, mostrando una dentadura podrida más que a medias.

—Te dejas la chaqueta, gilipollas. Eddie no quiere tu chaqueta.

Max resopló. Apretó las manos en dos puños y contó hasta diez antes de dar un paso en la dirección de aquel hombre apestoso.

—Dile a Eddie que si me vuelves a tocar, te mato.

El hombrecillo debió de ver algo de verdad en las palabras de Max, porque dejó caer la chaqueta en el suelo y corrió a duras penas hasta su refugio en la salida de emergencia. Volvió a hacerse un ovillo y a temblar de cara a la pared.

Max recogió la chaqueta. Estaba llena de mugre allí donde el vagabundo la había tocado, así que no se la puso. La llevó consigo como y volvió a la cocina de la señora Blackwell.

Semus y Toei ya estaban subiendo los aparatos a la furgoneta.

—Ahora mismo vengo —les dijo, sin darles tiempo a preguntar qué diablos hacía fuera cuando les había explicado que era más seguro no salir.

Capítulo 19

—He tenido un encuentro muy curioso con Eddie —dijo Max. La señora Blackwell estaba preparando algo en la cocina. La chica a la que Robert usó como escudo, aunque de manera torpe, esperaba sentada en una de las sillas. Max se preguntó si habría notado que ya no había cuatro, sino tres. Y si se lo hizo notar a su anfitriona. Luego recordó que se trataba de una muchacha discreta e inteligente. También observó que, cada pocos segundos, echaba un vistazo a la puerta de la despensa reconvertida en sala de yoga.

—Nadie ha hablado nunca con Eddie, excepto Richard. Así que supongo que te has encontrado con Richard. No es peligroso, pero puede resultar un tanto desagradable. Un poco como llegar a casa y encontrarla invadida por desconocidos, con tu hijo en cama con una herida de bala en el hombro.

Max no iba a discutir. La señora Blackwell no tenía la menor idea de lo que estaba pasando, no sabía quién era él y, además, una cría de secundaria los miraba con aspecto de entender más de lo que debería. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

—Voy a ayudar a su hijo a cargar la furgoneta.

—No se preocupe, ya casi está. Puede dejar aquí la chaqueta. No creo que nadie en el mundo sea capaz de quitar esa mugre ni ese olor. La tiraré. O a lo mejor la limpio con sal y limón. Puedo llevarla a alguna de las tiendas.

—Yo diría, señora Blackwell —contestó Max—, que ya se ha cobrado su deuda. Voy a tener el hombro amoratado unos días, ¿sabe?

—Venga aquí, déjeme verlo. Siéntese junto a Trisha. Trisha, por cierto, creo que querías decirle algo a nuestro invitado.

La chica lo miró y esbozó una sonrisa torpe. Se veía que no estaba acostumbrada a sonreír. Max sintió lástima por ella.

—Gracias por lo de esta mañana. Ahora, dentro de un rato, voy a ir con

ella —hizo un gesto con la barbilla, señalando a la madre de Toei— a denunciarlo. Diremos que Richard nos ayudó. A veces ayuda. La mayoría no, pero...

—¿Señora Blackwell?

La madre de Toei dejó un vaso de cacao frente a la niña y obligó a Max a sentarse muy recto en su silla.

—Quítese la camisa —dijo—. Cuando vayamos a comisaría diremos que Richard nos ayudó a reducir al tipo. Richard tiene problemas para saber en qué momento del día se encuentra, pero recordará que se ha peleado con alguien, así que tendremos su testimonio. No serviría de mucho sin el nuestro, pero yo soy una miembro muy respetada de esta comunidad y Trisha una buena estudiante.

—¿Y su coartada? Me refiero a la de usted.

Max se había desnudado de cintura para arriba y la señora Blackwell examinaba el golpe de su hombro. La niña se había ruborizado.

—No se preocupe por mí. Si yo digo que he estado aquí a la salida del colegio, nadie dirá que me ha visto en otro sitio. Y quédese quieto. Tengo algo que evitará que se le inflame el hombro. Es casero, natural y ni siquiera huele demasiado mal.

—No tenemos mucho tiempo, me temo —dijo Max. Pero sabía que era una excusa muy débil.

—No, no lo tenemos. Pero lo aprovecharemos mejor si todos nos encontramos en plena forma.

Aquello, al contrario de todo lo que había sucedido desde que la mujer apareció hacía poco más de dos horas, sí tenía sentido. Así que Max se dejó aplicar una especie de emplasto que la madre de Toei extrajo de un recipiente de cerámica. El vendaje que le colocó encima de la mezcla hacía que la camisa le apretase, pero supuso que la presión también era buena para evitar

que la zona se hinchase.

—Conservo ropa de mi marido, si quiere una chaqueta. Ahora hace buen tiempo, pero por la noche refresca.

Max sonrió. La señora Blackwell era una mujer dura, inteligente y práctica, pero había algo profundamente maternal en ella que salía a la superficie a la menor oportunidad.

—No es necesario.

—Cuide del chico. Es menos tonto de lo que parece y menos listo de lo que se cree. —La madre de Toei hizo una pausa—. También es la única familia que tengo, ¿sabe? Podría haberse dedicado a construir un imperio para alguien que lo pagara bien, pero prefiere salvar el mundo. Lleva con esas tonterías desde que tiene uso de razón. La injusticia, el dinero, la desigualdad. Yo sé que no va a conseguir nada, pero él es demasiado joven.

Cuanto más hablaba con la señora Blackwell, más la respetaba. En cierto modo, era como oírse a sí mismo.

—No le pasará nada. La misión de Toei es quedarse en retaguardia.

—Pero el que tiene una herida de bala es él.

Max no podía oponer nada a esa realidad, así que se limitó a despedirse.

—Gracias, señora Blackwell. Gracias, Trisha, has sido muy valiente esta mañana.

—De nada —dijo la niña.

La furgoneta lo esperaba, llena hasta los topes. Semus conducía y Toei se había acomodado en el asiento del copiloto. Detrás dejaron un hueco para Max.

—Me temo que no puede ser —dijo antes de subir—. Semus conduce, eso está bien. Pero yo necesito poder subir y bajar con rapidez. No va a ser un viaje común.

—Creía que tenías uno de esos pisos francos.

Max sonrió. A aquellos dos les encantaban las historias de espías, pero no tenían la menor idea de lo que significaba encontrarse dentro de una.

—Tengo varios y he hablado, por decirlo de alguna manera, con la persona que va a elegir el mejor para nuestros propósitos. Pero no me ha dado la dirección. No queremos que nos sigan, ¿verdad?

—Vamos Toei, siéntate detrás. Hemos hecho sitio para Max, que mide el doble que tú, así que irás cómodo —dijo Semus. Y el chico obedeció.

—En realidad será más rápido y más sencillo si conduzco yo —dijo Max.

—Por mí no hay problema.

Max se puso al volante y realizó el mismo trayecto que había hecho el autobús en el que llegaron. Necesitaban ir al Centro, dejarse ver en todos aquellos lugares que el Departamento de Tráfico tenía cubiertos con sus cámaras de videovigilancia. Una furgoneta de coleccionista no sería fácil de ocultar, así que tenían que convertirla en la auténtica protagonista.

Max condujo hasta Trafalgar Square, con lo que se aseguró una buena multa y una conversación con un agente que los echó de allí. Hacía años que la circulación por el centro de Londres estaba restringida. Si La Furia los monitorizaba, creerían que no sabían lo que estaban haciendo.

Una vez hecho el ridículo más espantoso, Max se dirigió al este. En concreto, a la zona de los Docklands. Cerca del Canary Wharf se desvió al *parking* cubierto de West India Quay, uno de esos negocios que tenían lugar mitad al aire libre y mitad bajo los cimientos de las vías del tren. A los turistas les encantaban, así que siempre había gente alrededor. Los trabajadores del enorme edificio de oficinas también lo usaban. El tráfico de vehículos y personas nunca era moderado y, por tanto, el lugar elegido por Dylan para dar el cambiazo no podría ser mejor.

Max cogió un *ticket* a la entrada y se dispuso a meter la furgoneta cuando

un vigilante de seguridad, vestido con un mono azul marino y un chaleco amarillo reflectante le detuvo antes de que cruzase la barrera.

—Hoy no es seguro aparcar aquí, señor. El circuito cerrado de televisión se ha caído. No podemos hacernos responsables de su vehículo ni del contenido.

Max le sonrió. Afortunadamente, el encuentro con Richard el vagabundo y su amigo imaginario le había dejado un aspecto bastante desaliñado, así que no parecía el típico hombre de negocios de clase alta que solía parecer.

—No llevamos nada detrás, así que por eso no te preocupes.

El vigilante asintió, pero no se lo veía del todo convencido. Pulsó un botón para que la barrera no bajase y golpease el techo Westfalia de la furgoneta.

—Pero la *furgo*... Estos clásicos están muy codiciados, ¿sabe?

Max asintió. La sonrisa seguía cosida a sus labios.

—Está hecha polvo, no te preocupes, de verdad.

—No puedo responsabilizarme, señor, mi consejo es que se la lleve,

—Hagamos una cosa —dijo Max—. La dejaré en la plaza menos accesible y tú te asegurarás de que alguien aparque justo detrás. Así nadie podrá llevársela, ¿qué te parece?

El hombre dudó. Era un tipo con algo de sobrepeso y Max sabía que los mechones pelirrojos que asomaban bajo su gorra no eran más que el vestigio de una antigua cabellera. Por cómo estaban colocados, era evidente que el tipo estaba calvo.

—Puedo poner mi propio coche detrás. Es ese de ahí.

El pelirrojo, la identificación que llevaba prendida en el chaleco decía que se llamaba Charlie, señaló un Opel Corsa de tres puertas sembrado de arañazos y picaduras. Semus empezaba a ponerse nervioso, y desde la parte de atrás, separada de la cabina tan solo por una cortinilla, le llegaba la respiración agitada de Toei.

—Perfecto, Charlie. ¿Nos sigues entonces?

El empleado estuvo de acuerdo. Fue un momento a por sus llaves, mientras, Max entraba en el recinto del aparcamiento.

—Tranquilizaos, por favor —pidió a sus compañeros.

—No iremos a trabajar aquí abajo, ¿verdad?

—No, Toei. No vamos a quedarnos aquí.

En cuanto vio al Corsa por el retrovisor, Max pisó el acelerador. Para sorpresa de sus compañeros, parecía conocer el interior del aparcamiento al dedillo. Se detuvo junto a lo que parecía ser un muro sólido justo en el momento en que el sonido de un tren atronaba por encima de ellos. Se trataba de uno de mercancías, así que tardaría un buen rato en pasar. Cada vez los hacían más largos.

Semus se había llevado las manos a los oídos para evitar las reverberaciones en la medida de lo posible, pero el ruido dejó de importarle cuando vio que el muro se deslizaba hacia la izquierda. El estruendo del ferrocarril tapaba el que debía de estar produciendo la pared deslizante. Del otro lado no llegaba luz, sino una oscuridad total, pero Max no dudó. Cuando entendió que había espacio suficiente para que la furgoneta pasase sin problema, volvió a pisar el acelerador y se perdió en la negrura. Una vez al otro lado, la pared comenzó el movimiento contrario, hasta que encajó en el lugar que le correspondía.

—¿Dónde nos has traído? —chilló Toei, asustado, desde la parte de atrás.

—Tranquilo, estamos a salvo.

Las luces se encendieron justo en ese momento, dejando al descubierto un espacio que nada tenía que ver con el que acababan de dejar atrás. Delante de ellos se extendía una estancia de paredes de cemento liso, sin enlucir, iluminada por multitud de tubos fluorescentes que arrancaban un brillo cegador a cuatro vehículos de carga, tan limpios y nuevos que parecía que

jamás hubiesen salido de un concesionario. Max tuvo que admitir para sí mismo que ese espectáculo sí se parecía a algunas escenas de películas de espías. Eso les encantaría a sus compañeros.

—Vamos, chicos. Hay trabajo que hacer.

Semus bajó de inmediato y abrió la parte trasera de la furgoneta para dejar salir a Toei, que lanzó un grito de sorpresa más propio de un crío en un parque de atracciones. Su madre tenía razón: era listo, pero no tanto en asuntos que iban más allá de lo intelectual, y sobre todo era muy joven. Le vendría bien aprender a controlar sus emociones.

—Probablemente estamos tomando más precauciones de las debidas, pero lo que llevamos ahí dentro las merece. No me apetece volver a encontrarme en un caos de tráfico y no quiero que nos sigan hasta el lugar al que vamos.

Semus asentía. Toei había cerrado al fin la boca y prestaba atención.

—Vamos a cargar esta furgoneta de aquí. —Señaló un modelo Renault común y corriente pero tan limpio como los demás—. Tenemos cuatro horas. Dentro de media vendrá alguien a llevarse el primero de los señuelos y a traernos comida.

Capítulo 20

Las cuatro horas se les hicieron eternas. Cada cierto tiempo, siempre en intervalos irregulares, aparecía un desconocido con el que Max intercambiaba algunas frases y se llevaba una de las furgonetas.

A las dos horas de estar allí se oyó el sonido de otro tren, se apagaron las luces y la Volkswagen de la señora Blackwell desapareció en la oscuridad.

El grupo abandonó el *parking* subterráneo a través de la zona de carga y descarga del hotel Marriott Canary Wharf, un área en la que las furgonetas y los camiones de reparto entraban y salían sin descanso. En ese mismo momento, la Volkswagen verde salía del aparcamiento en el que había entrado, conducida por un hombre que llevaba una cazadora vaquera sin identificar. Mostraba un lustroso pelo negro peinado hacia adelante y una barba postiza absolutamente realista que no llamó la atención de nadie. El hombre se dirigió al norte.

Semus conducía la furgoneta negra reluciente con Toei al lado. Max se había ocultado detrás y viajaba con los servidores. Para él todas aquellas cajas de plástico y metal parecían iguales. Se fijó en que llevaban multitud de etiquetas con códigos alfanuméricos. Seguramente fue eso lo que les llevó tanto tiempo en el sótano de Toei.

La voz metálica del GPS lo tranquilizaba. Dentro de poco llegarían a Hackney y podría descansar. Se daría una ducha, se cambiaría de ropa y dejaría que los expertos se dedicasen a hacer lo que mejor se les daba. Luego llegaría su turno. Necesitaba que todo aquello saliera bien. Necesitaba recuperar el control.

Semus conducía con prudencia. No deseaba llamar la atención de la policía, de otros conductores ni, por supuesto, de algún vigilante del tráfico que

controlase el sistema hackeado. Por lo que sabía, La Furia no habría dejado la monitorización. Seguía las instrucciones de la máquina con precisión casi robótica. Reconocía la zona: los comercios de alimentación *halal*, el Museo de la Infancia, el canal, mucho menos transitado que la zona de Little Venice pero igualmente encantador... Se sorprendió de que la siguiente instrucción le indicara que se dirigiese al parque. Victoria Park era una enorme extensión de hierba verde rodeada de árboles y con un inmenso lago en el centro. Carecía de atractivos más allá de los caminos asfaltados donde las madres recientes paseaban a sus bebés en carritos cubiertos. Los dueños de perros los sacaban a jugar y pasear por allí, y algunos corredores habituales salían al atardecer a ejercitar los músculos atrofiados por demasiadas horas de oficina.

No parecía un lugar donde esconderse, pero Semus obedeció a la máquina.

«Su destino está a la derecha», dijo la voz femenina que los había guiado hasta allí evitando los atascos de tráfico. Pero a la derecha solo había una pequeña verja, la única apertura en un muro de ladrillo recubierto de zarzas en el que destacaba un cartel de prohibido el paso.

—Diez, Gore Road, Max. Hemos llegado.

Semus no añadió que no tenía la menor idea de dónde estaban. Suponía que no tardaría en enterarse, y no le faltaba razón.

La puerta del parque, una verja de doble hoja pintada de negro rematada con puntas doradas, se abrió.

—Vamos, Semus —dijo Max—, esa es toda la invitación que necesitas.

Semus cruzó el umbral. En lo más profundo de sí esperaba que lo detuvieran. De hecho, el corazón amenazaba con salirse de la boca cuando vio a dos personas ataviadas con el uniforme de mantenimiento del parque que se dirigieron hacia el vehículo.

—Sígueme, por favor —indicó uno de ellos—. La caseta de las herramientas está ahí, a su derecha. Solo hay que girar. Son unos metros.

Semus hizo lo que le pedían y la encontró. Una cabaña de ladrillo con las puertas de madera abiertas de par en par.

El hombre que le dio las instrucciones le pidió que diera la vuelta y pegase las puertas traseras de la furgoneta a la cabaña.

—Descargamos nosotros, no se preocupe. Los esperan en la casa.

El número 10 de Gore Road no era en realidad el parque, sino un edificio moderno de ladrillos amarillentos justo al lado. No era allí donde los esperaban, sino en una vivienda de piedra de dos plantas. Perteneecía a la junta de distrito y allí se alojaba, en principio, el director de Parques y Zonas Verdes de la Ciudad. En esos momentos no se encontraba allí y le había pedido a un amigo que fuese de vez en cuando a dar de comer al gato.

—Dylan —le dijo Max a su amigo y compañero—, esa es la explicación más peregrina que me han dado nunca.

—También es la verdad. Necesitabas un lugar seguro, que no perteneciera a la red de la SCLI, completamente limpio y con espacio para montar no sé qué cosa que Mei entendería mucho mejor que yo. Este sitio es perfecto y mi colega está fuera de la ciudad. En un congreso.

Los dos amigos se abrazaron mientras Semus y Toei los miraban, a medias curiosos y a medias azorados.

—Estos —dijo Max señalándolos— son los dos miembros de mi equipo para esta misión. O puede que yo sea miembro de su equipo. No sabría decirte cómo va esto, la verdad. Semus y Toei.

Los tres se saludaron.

—Esta no es mi casa, pero como si lo fuera. Si necesitáis algo, cualquier cosa, no tenéis más que pedirla. Hay un *off-licence* ahí abajo, podemos pedir *pizza*, y tenemos dos cuartos de baño.

A Toei le brillaron los ojos con la mención de la comida, Semus tenía todo el aspecto de necesitar, al menos, un té bien cargado y Max necesitaba

ducharse.

—Los hombres que están descargando vuestras cosas las dejarán en la cabaña. Hay mucha humedad ahí y el suministro eléctrico no será suficiente.

Max echó un vistazo a la instalación de la casa. Se trataba de un *cottage* típico, con cubierta interior de madera y paja tratada en el exterior. Un edificio encantador, pero lo cierto era que los cables de la luz subían por fuera de las paredes y la iluminación que ofrecían las escasas lámparas no destacaba, precisamente.

—Tranquilo, chaval —dijo Dylan con su habitual buen humor—. Tenemos un pequeño búnker oculto. El inquilino de la casa no lo sabe, la junta de distrito no lo sabe, y Max, aquí presente, tampoco lo sabía.

—De hecho —intervino Max—, empieza a preocuparme que haya tantas cosas acerca de mis compañeros que no sepa. ¿Cuándo se te ocurrió que necesitarías un lugar así?

—En realidad, jefe, no es el único que hemos construido. No siempre puedo depender de mis proveedores de armamento, y esconder un arsenal no es tarea fácil. Mei me ayudó con las instalaciones, así que ahí bajo encontraréis todo lo que necesitáis. O eso espero.

—De momento —dijo Semus, al que se veía abrumado por las circunstancias— me conformo con un té. Si hay pan, me haré una tostada con mantequilla.

—Yo agradecería esa *pizza*, la verdad —dijo Toei.

—Pues no hay más que hablar. Yo me encargo —afirmó Dylan—. Max, tienes ropa limpia arriba. El mejor baño está en la habitación principal.

Max no le dejó terminar. Necesitaba quitarse el embotamiento de la furgoneta, el emplasto del hombro y el olor a Richard el vagabundo, que se resistía a desaparecer. Después cenarían y se pondrían al día. El trabajo más pesado tendrían que hacerlo los dos informáticos. Su turno llegaría más tarde.

Capítulo 21

Max bajó de la ducha, dispuesto a echar una mano si hacía falta. Encontró a Dylan a solas en el salón con una caja de *pizza* grande. Los otros dos se habían llevado otra al búnker de la cabaña del jardín.

—Han dicho que no había tiempo que perder —explicó Dylan—. Si quieres mi opinión, te diré que el chaval parecía preocupado. Como si mis chicos hubiesen podido dañar sus equipos.

—Como si un extraño hubiese invitado a salir a su novia, ¿no? Entiendo lo que quieres decir. Parecen... bueno, parecen lo que son. Pero también hay más debajo de esa imagen. Al menos el mayor, Semus, me ha demostrado que tiene coraje.

Max resumió a su amigo el incidente con los semáforos que habían cambiado todos a la vez y cómo Semus corrió a salvar al bebé.

—En cuanto al chaval —continuó—, es un bocazas y siempre sabes lo que está pensando. Es incapaz de guardarse una emoción para sí mismo y no le confiaría un secreto, pero tiene la cabeza bien amueblada. Algunas de sus ideas son elaboradas, más propias de alguien mayor.

Dylan le sonreía desde uno de los sillones. Max había ocupado la parte central del sofá y cortaba con los dedos una porción de *pizza* de carne recubierta de un buen montón de queso y salsa barbacoa. No era su manera favorita de comer, pero tenía tanta hambre que no le habría hecho ascos ni a un aperitivo de saltamontes a la plancha de los que se servían en los mercados callejeros de Tailandia.

—Ahora el que parece un muchacho enamorado eres tú, jefe. Si Mei estuviese aquí, estaría tomándote el pelo a base de bien.

—La gente todavía es capaz de sorprenderme, supongo. Pero, créeme, cuando esto termine voy a ser el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra.

Toda la misión es un despropósito. Perseguimos a una especie de fantasma, una hidra de mil cabezas pero sin un cuerpo al que apuntar y detener. Si esos dos no consiguen algo ahí abajo, no sé por dónde tirar.

—¿Y qué hay de Adam? Este tipo de cosas son su especialidad. Por no hablar de Mei.

Max sabía que su amigo tenía razón y que merecía una explicación. Pero no podía hablarle de Mei y no tenía la menor idea de dónde se encontraba Adam.

—Se supone que no debía contactar contigo tampoco.

—Eres el mejor cumpliendo normas, ¿eh, Max?

Max se encogió de hombros.

—Al final todos quieren lo mismo: que cumpla el encargo, que las aguas vuelvan a su cauce. Eso es lo que hago siempre, y esta vez no va a ser diferente.

Los dos amigos siguieron comiendo y charlando. El tiempo pasaba en la casa del jardín de Victoria Park. Ambos deseaban con todas sus fuerzas dar un paso más en su investigación, pero la imposibilidad de emplear sus teléfonos móviles y el hecho de que, en realidad, no tenían la menor idea de por dónde empezar, los mantenía no solo encerrados, sino también fuera de sí.

Ninguno de ellos estaba acostumbrado a depender de desconocidos.

—¿Vamos a hacerles una visita? —propuso Dylan.

—No va a ser necesario.

Semus entraba en ese momento por la puerta del salón. Llevaba una taza vacía en la mano y se entretuvo en llevarla hasta la cocina. Ansiosos, Max y Dylan se incorporaron en sus respectivos asientos. Cuando Semus volvió, parecían colegiales esperando a que les dieran las notas de un examen.

—Hemos hecho todo lo posible —comenzó a decir—. Hemos llegado tan lejos como hemos podido. Nuestro primer objetivo fue la SCLI, buscábamos

la huella de Grove. Pero su compañera, esa Mei de la que tanto hablan, ha hecho un trabajo excelente. No ha sido posible replicar el ataque de La Furia.

Max sintió una punzada de orgullo y vio que Dylan sonreía. Aunque eso no tenía nada que ver con esos dos, sino que el buen trabajo de Mei obstaculizaba el suyo.

—Luego hemos apuntado a las mayores compañías telefónicas y a Tráfico. Hemos visto la huella. De hecho, habría sido imposible no verla. Parecía como si Grove quisiera que lo encontrásemos.

—¿Una trampa? —preguntó Max. Sonaba a eso, aunque para él el entorno informático no pasaba de ser algo abstracto e incorpóreo.

—Podría serlo. Pero para descubrirlo tendríamos que exponernos. Algo que debemos evitar. Si ellos nos encuentran antes que nosotros a ellos, nuestra ventaja desaparecerá.

—¿Pero es que tenemos alguna ventaja? —preguntó Max—. Porque mi sensación es que llevamos todo el día dando palos de ciego. Y muy pocos palos en mi opinión. Estamos como al principio, pero el tiempo corre en nuestra contra. Si no averiguamos algo pronto, empezarán a morir inocentes.

—Toei y yo somos conscientes. Pero no sabemos qué más hacer.

—Has dicho que la única manera de saber si nos tendían una trampa era exponernos, ¿verdad?

—Sí, pero eso significa darles acceso a una red que nos ha costado mucho construir. No es buena idea... O sea... Si en el futuro necesitásemos escondernos... Mostrarnos sería como quemar todos los puentes, Max.

Max miraba a Semus. Veía sus dudas, su azoramiento. Comprendía que le estaba pidiendo mucho. Posiblemente, lo que había montado en aquel búnker fuese el resultado del trabajo de toda una vida. Pero si no lo usaban, si usaban una táctica conservadora, lo perderían igualmente. Junto con un montón de vidas.

—Si no somos capaces de encontrarlos, tendrán que encontrarnos ellos a nosotros.

Semus se vino abajo. No sabía lo que Max quería decir, pero sí que sería peligroso. Y no solo para la red, sino para todos ellos.

Capítulo 22

El conductor, cuyo rostro quedaba oculto por unas gafas de sol y un sombrero de ala ancha, vio el coche que los seguía. Hasta el momento lo había descubierto en un semáforo, siguiéndolos con discreción en Pall Mall y, por fin, reflejado en el escaparate de un comercio. No formaba parte del plan conducir fuera de la ciudad, pero debía deshacerse de quien fuera que llevaba pegado a los zapatos, y eso no podía hacerse en el centro de Londres, así que tomó la carretera hasta el aeropuerto de Stansted. A esa hora no había demasiado tráfico y el riesgo, por tanto, era mínimo.

Al contrario que en días anteriores, esa noche había llovido. El asfalto estaba mojado. Por suerte, la furgoneta que conducían era prácticamente nueva y el dibujo de la rueda ofrecía una adherencia casi completa. Esperaba que sus perseguidores condujeran un vehículo peor.

El copiloto procuraba no mirar atrás para no delatarse. Sus facciones también estaban ocultas. Su poblada barba rubia y unas enormes gafas de sol le convertían en un personaje completamente anónimo. Igual que su compañero, deseaba llegar cuanto antes a algún lugar donde poder deshacerse del coche que los seguía.

Por fin pudieron hacerlo en una rotonda. El conductor se aseguró de que no hubiera más riesgo del que se derivase de su impericia; es decir, ningún riesgo. Él era un conductor excelente. Aceleró al máximo antes de meterse en la rotonda y comprobó, por el retrovisor, que el otro coche hacía lo mismo. En plena curva, pisó a fondo. Aquello parecía un hipódromo. Los dos vehículos daban vueltas por el carril interno. Si aparecía un tercer vehículo, más le valía emplear el exterior o se vería inmerso en un asunto nada recomendable.

Los neumáticos chirriaban, la fricción con el asfalto estaba destrozando la goma, que desprendía un olor amargo y penetrante al quemarse. El conductor

aguantaría al menos tres vueltas más. Solo faltaba saber si el otro también lo haría.

Pero no. El otro coche, en cuanto se dio cuenta de que se había metido en una trampa, tomó la primera salida. El conductor lo siguió. Ahora, el cazador se convirtió en la presa y, con la prisa, tomó la salida a una carretera secundaria. Ya era suyo.

Aceleró y la furgoneta sobrepasó con creces el límite de velocidad. Los árboles volaban a los lados. El césped parecía una superficie de verde sólido. El copiloto no era capaz de leer las señales.

No tardaron en dar alcance al otro coche.

—Sujétate, compañero. Allá vamos —dijo el conductor.

Y embistió al vehículo que los había perseguido y que ahora huía de ellos.

El otro coche aceleró, pero, efectivamente, era más antiguo y menos potente que la furgoneta. El conductor de las gafas de sol y el sombrero se puso en paralelo y trató de echarlo de la carretera.

El otro coche aguantó la embestida, pero sus ocupantes decidieron bajar la velocidad. Ahora solo quedaba saber quién sería más rápido cuerpo a cuerpo.

Piloto y copiloto frenaron y bajaron de la furgoneta. Las dos personas que viajaban en el otro vehículo los imitaron. Por lo demás, la carretera permanecía desierta.

Sin previo aviso, los cazadores convertidos en presas echaron a correr campo a través.

—¡Joder! —exclamó el copiloto—. ¿Están de broma?

El conductor no contestó. Corrió tan rápido como le permitieron las piernas hasta dar alcance al que más se había alejado de ellos. No le costó demasiado. El hombre no estaba en forma y corría espoleado por el miedo, sin disciplina, sin cuidar la respiración, sin dosificar las fuerzas. Lo empujó por la espalda y cayó al suelo. Una vez allí, no tuvo ningún problema en

inmovilizarlo con unas cuerdas.

El copiloto había hecho lo mismo con el que le correspondía y, ambos, encerraron a los prisioneros en la parte de atrás de la furgoneta negra. Luego la aparcaron en lugar apartado y regresaron al vehículo de cuyos ocupantes se habían desecho.

—¿Y qué es lo que nos preocupa tanto si esta gente es incapaz de dar un puñetazo? —preguntó el copiloto, que no era otro que Dylan.

—Su fuerza es otra —contestó Max, el conductor—. Han conseguido sacarnos de la ciudad. No son luchadores, pero son listos, tienen una causa y un plan.

—¿Crees que nos han descubierto?

—No lo sé. Diría que no.

—¿Dirías que no? —Dylan no daba crédito—. ¿Podemos fiarnos de Semus o no?

—Podemos fiarnos de él. Es un hombre competente. Anoche le obligamos a ponerse al descubierto y lo descubrieron. Posiblemente nos vigilen desde anoche. Solo podemos confiar en que no nos hayan reconocido. No lo sé. Hay que volver al punto de encuentro.

Dylan echó un vistazo a la pantalla de un dispositivo electrónico de los que no se encuentran en los grandes almacenes ni en las tiendas especializadas.

—Su señal no se dirige al punto de encuentro, Max. No tengo ni idea de a dónde va, pero esta no es la dirección que nos dieron anoche.

—Pues habrá que seguir al localizador, entonces.

Dylan no se sentía cómodo. Max no acostumbraba a fiarse de nadie que no formase parte de su equipo habitual. Ellos cuatro eran como una familia. Y, sin embargo, allí estaba. Dejándose llevar por un completo desconocido.

—Lo que tú digas, jefe. Pero no me gusta un pelo.

—Lo entiendo, Dylan. Pero tú mismo acabas de decirlo: no hay de qué preocuparse. No saben pelear.

—Ya, Max. Pero tú me has contestado que su fuerza es otra. No me gustaría verme rodeado por diez de estos tipos. Los números también ganan batallas.

—No esta vez. Hay que seguir a Semus. Es mejor que estemos cerca de él si pasa algo. No estaba tranquilo. Y necesitamos que lo esté.

Capítulo 23

Semus no estaba tranquilo en absoluto. Cuando Max había dicho la noche anterior que tenían que dejarse encontrar, todo su mundo se volvió del revés. Su estrategia y su método de supervivencia se basaban en pasar desapercibido, en actuar desde las sombras. Y allí estaba, en el asiento de atrás de un coche que olía a chicles de fresa, gominolas y refresco de cola.

Max le caía bien. Al menos empezó a caerle bien en casa de Toei, cuando por fin dejó caer la máscara de tipo infalible. A Semus le gustaban las personas que dejaban ver sus puntos débiles. No porque así pudiera atacarlos, sino porque eso los convertía en seres humanos reales.

Pero, por muy bien que le cayera, empezaba a pensar que fiarse del instinto de alguien que no conocía ese mundo ni parecía respetarlo, había sido un error.

Para empezar, el coche no le recogió en el punto de encuentro. De hecho, dos tipos lo habían arrastrado hasta el interior mientras esperaba a cruzar en un semáforo. No le permitieron llegar al puente de Hammersmith y ahora no iban en esa dirección. Lo que quería decir que Max y Dylan lo esperarían en vano. Tragó saliva. Tenía que tranquilizarse.

—¿Todo bien ahí atrás? —preguntó uno de los secuestradores.

Semus no contestó. Sentía la boca como un estropajo y no quería parecer nervioso. No quería que pensaran que era alguien diferente a lo que debían creer.

—Perdona por las formas, tío. No podemos fiarnos de nadie. Pero Randall está impresionado contigo, de verdad. No te preocupes. Te compensará por el paseo accidentado.

Semus volvió a tragar saliva. Por lo visto, su ausencia de respuesta fue interpretada como enfado. Buena cosa. Si aquellos dos descubrían lo

aterrorizado que estaba, la misión terminaría allí mismo y en ese momento. La noche anterior todo había parecido mucho más fácil.

—Te caracterizaremos. No te reconocerán.

—Tendrán escáner de retinas al otro lado, y un sistema de reconocimiento de voz. No sé cuántas veces tengo que repetir que Grove no es un aficionado —se quejó Semus. Pasaban las dos de la mañana y Dylan y Max estaban eufóricos, pero él seguía sin verlo claro. De todos modos, ellos siguieron adelante.

Dylan salió y regresó una hora más tarde con una prótesis facial de última generación. No tardaron ni un cuarto de hora en colocársela a Semus junto con las lentillas y el distorsionador de voz.

Se habría vuelto a quejar, pero aquellos no eran disfraces baratos, sino nanotecnología. Una auténtica delicia para alguien como él.

Se llevó la mano al cuello de la camisa. La noche anterior no se le hubiera ocurrido que le iba a costar tanto respirar. Pero en el asiento de atrás de aquel coche no le llegaba el aire al cuello. Lo estiró para mirarse en el retrovisor y apenas alcanzó a ver un mechón de peluca rizada. Así, de refilón, parecía auténtica. Pero no podía estar seguro de haber engañado a aquellos dos.

—No hagas eso, tío, por favor. Nada de movimientos raros. No queremos llamar la atención. Ya sabes cómo es esto.

Sí, Semus lo sabía, y no le gustaba en absoluto. En su cabeza, repasó la conversación que había tenido con el mismísimo Randall Grove la noche anterior. La recordaba palabra por palabra. Posiblemente porque jamás habría esperado dar con alguien como él. Lo perseguía, sí, pero ¿cómo no admirarle? Equivocado o no, había reunido a su alrededor una fuerza de miles de hombres anónimos y desmantelado, o casi, los sistemas de seguridad más potentes del

mundo. Era una lástima que su causa se hubiera visto contaminada por unos métodos tan equivocados.

A través de la videoconferencia encriptada de la noche anterior, Grove le pareció un buen tipo. La clase de persona con la que habría querido trabajar en otras circunstancias.

—Nos has impresionado, Rashid —había dicho Randall.

Rashid era el alias escogido por Semus.

—Nadie hasta ahora se había colado en nuestra red.

Semus/Rashid no se dejó engañar y no cedió a los halagos. Le dijo lo mismo que le explicó a Max, pero en un tono ligeramente distinto.

—No me trates como si fuera tonto, Grove. Yo te respeto, así que espero lo mismo de ti. Dejaste una autopista de datos. Querías que te encontrarán.

Al otro lado de la pantalla, una voz metálica emitió un sonido parecido a una risa.

—La verdad es que sí. Esperaba que cualquier persona capaz de hackear los mismos sistemas que nosotros quisiera unirse a nuestra causa.

—Por eso me muestro ante ti. A nadie con dos dedos de frente se le ocurriría enfrentarse a un ejército completo de piratas anónimos.

En ese momento la voz de Randall había hecho una pausa. Y esa pausa era lo que volvía loco a Semus; ¿se había equivocado al decir «piratas»? ¿Habían descubierto el doble cortafuegos y, por tanto, su ubicación real? La conversación siguió como si tal cosa, pero la pausa estaba allí. Y ahora Semus, disfrazado de Rashid, estaba en el asiento trasero de un vendedor de golosinas. Y si aquel coche no se detenía pronto, él se tiraría de este en plena marcha.

De pronto, Semus, que llevaba un rato obsesionado con sus propios pensamientos, se dio cuenta de que el coche se había detenido y los dos

hombres que lo obligaron a subir hablaban en voz lo bastante alta como para que les oyera.

—Son ellos —dijo el conductor.

—No puede ser. Tendrían que estar a kilómetros de aquí. Nos lo aseguraron desde la central.

—Tampoco es la primera vez que meten la pata. Y esta gente es profesional. Ya viste lo que pasó ayer.

El más nervioso era el conductor. Semus miró por la ventanilla para ver a qué se referían. Estaban parados en un semáforo, junto a la acera. Y al otro lado había parado otro coche. Semus vio que tenía un golpe en el costado, pero no pudo distinguir quién conducía. Empezó a sudar todavía más.

—Es su coche —insistió el conductor—. Y está hecho polvo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Salir corriendo? No podemos arriesgarnos. Tenemos que llevar a este a la central. Y no podemos llamar la atención.

En ese momento, algo golpeó la ventanilla del copiloto. Unos nudillos blancos. Eran del conductor del otro coche, quería preguntarles algo.

El copiloto echó un vistazo a Semus en el asiento de atrás y bajó su ventanilla para contestar.

—¿Te puedo ayudar en algo?

El otro hombre soltó una carcajada.

—¿Desde cuándo os meten palos de escoba por el culo a los de Londres? Venimos a escoltaros. Lo nuestro ya está finiquitado y vosotros lleváis un paquete que no se puede perder. Solo os avisamos. Para que no os pongáis nerviosos cuando veáis que os sigue un coche.

—Y vosotros qué, ¿os ponéis nerviosos?

El copiloto echó una mirada muy significativa a la enorme abolladura en el lateral del coche.

—Nosotros no, pero hemos tenido que ponernos serios con esos dos.

Aunque ya no hay nada de qué preocuparse.

Semus se agarró a la tapicería como si temiese que pudiera salir volando. El tipo que hablaba desde el otro coche era Max. No podía verlo, pero estaba seguro. Y eso solo podía querer decir que alguien los había perseguido e interceptado. No pudieron con ellos, claro. Pero sabían que Semus no estaba solo.

—¿Y vosotros cómo sabéis quiénes somos y a dónde vamos? La base de Londres es secreta.

—Si de verdad lo fuera, tú acabarías de decirme que existe. Pero no es secreta, o al menos tú no eres el único que la conoce. Siento decepcionarte, pero ese tipo de errores son los que nos hacen necesarios.

El copiloto resopló. A Semus, incluso al borde de un ataque de nervios, le pareció que el conductor se reía de él. Aquello no podía acabar bien.

—Bueno, seguidnos. Pero no llaméis la atención. Necesitamos mantener un perfil bajo.

En ese momento el semáforo cambió a verde y, al contrario que la mañana anterior, ningún caos provocó que todos los coches se pusieran en marcha a la vez. El vehículo en el que Semus viajaba siguió recto y el que conducía Max se colocó justo detrás.

—Mira, Jim..

—Tío, que no digas mi nombre —contestó el conductor—. ¿Te gustaría que yo te llamase Dick delante de este?

El tal Jim se dio cuenta de que había metido la pata incluso antes de terminar de hablar.

—Mira, da igual. Llama a la central y pregunta por esos dos, ¿los has visto?

—Los he visto —dijo Dick—. Bueno, todo lo que me permitían las gafas, el sombrero y todo lo demás. La verdad es que son algo más que sospechosos.

Semus entró en pánico. Si los descubrían, se quedaría solo. Y si el coche ya le parecía un lugar claustrofóbico, no quería ni imaginarse qué pasaría en el cuartel general de La Furia.

Se obligó a respirar con calma y a recordar las instrucciones de Dylan. Había sido él quien le había ayudado a colocarse la peluca, la prótesis y a activar el modulador de la voz. También le habló de un inhibidor de frecuencia. La idea era usarlo dentro de la base, para impedirles funcionar. Así, Max y el propio Dylan podrían colarse mientras él estuviera dentro.

Para activarlo solo tenía que extraerlo del envoltorio de goma que llevaba pegado en el paladar. Era sencillo. O lo habría sido si no tuviera la lengua tan condenadamente seca.

Dick estaba llamando por teléfono. Un *smartphone* evidentemente manipulado. Tenía que darse prisa.

Hurgó con la lengua en la parte superior de su boca, pero aquello estaba bien pegado. Necesitaba segregarse algo de saliva.

—¿Tenéis un poco de agua? —pidió en un susurro.

—Un segundo, por favor. Estoy hablando —contestó Dick.

—No seas borde —intervino Jim—. Dale un botellín de la guantera. Todavía queda un rato hasta que lleguemos.

Semus no terminaba de comprender la relación de esos dos, pero el conductor parecía tener cierta ascendencia sobre el otro, quien, a regañadientes, rebuscó en la guantera y le tendió a Semus un botellín de agua.

Estaba caliente y parecía que llevara allí meses, pero no le importó. Lo único que necesitaba era humedecerse la boca para desprender el inhibidor. Así que dio un trago, que le ayudó a suavizar la garganta, y con el segundo se enjuagó la boca. Ni siquiera se dio cuenta de que el dispositivo se había desprendido. No hasta que estuvo a punto de tragárselo y se puso a toser escandalosamente.

—Joder, ¿pero qué te pasa? ¿Es que no sabes beber? —preguntó Dick.

En el último momento, Semus se tapó la boca con las manos y escupió el envoltorio, parecido a un chicle, en la palma. De inmediato se lo metió en la boca de nuevo.

—Perdón —contestó—. Se me ha ido por otro lado.

En cuanto Dick devolvió su atención al *smartphone*, Semus mordió el inhibidor y esperó a ver qué sucedía. Las consecuencias no se hicieron esperar.

—Esto no va, Jim —dijo Dick. A Semus le pareció que estaba nervioso.

—¿Cómo que no va? Lo he preparado yo mismo. Claro que va. Tiene que ir.

—Te digo que no. Se enciende, pero no hay señal.

—¿Cómo que no hay señal? Es un móvil, no un teléfono de rueda antiguo.

—Me refiero a cuando llamo. No da señal, tío. Nada. Ha tenido que pasar algo.

—No ha pasado nada. Nadie sabe dónde está la central.

Dick echó un vistazo por el retrovisor, pero no reparó en Semus ni en su evidente tensión. Miraba más allá, al coche que los seguía.

—Eso dices tú, tío. Pero esos dos saben dónde está. Sabían que íbamos.

—Calla, anda —contestó Jim. Mantenía la vista fija en la carretera y quería aparentar serenidad, pero el tono de su voz lo delataba.

—No me mandes callar, tío, ahora no. Esto no nos había pasado antes. Se supone que somos los putos amos de esto, se supone que nosotros sembramos el caos, no que somos sus víctimas.

Como si se tratase de magia, el nerviosismo de sus secuestradores le devolvió a Semus parte de la calma perdida. Al fin y al cabo, incluso acosado por su propio miedo, había sido capaz de reaccionar y ahora aquellos dos no sabían qué hacer. Solo esperaba que llegasen pronto a destino. Si Dick no

dejaba en paz a Jim, había algunas posibilidades de que este estrellase el coche en cualquier curva.

Capítulo 24

Salieron de la ciudad. Max conducía con calma. Los tipos que llevaban a Semus no parecían muy peligrosos. Sin embargo, no sabía lo que se encontraría en el lugar al que se dirigían.

—Me pica toda la cara —dijo Dylan.

—A mí no me mires. Ya te dije que era demasiado. Tú ni siquiera estás en su punto de mira. No te conocen, no saben quién eres ni que tienes ningún tipo de conexión conmigo.

—Ya, pero me parecía divertido.

—A veces...

Max no terminó la frase. Por una parte, era cierto que en ocasiones algunos miembros de su equipo se portaban como si su trabajo fuese algún tipo de espectáculo. Mei era la peor, con sus bromas dialécticas, que obligaban a Max a aguantar a través de los dispositivos de escucha. Pero Dylan no se quedaba atrás. Tenía predilección por las armas grandes y extravagantes. Y cuando no conseguía convencerlo de que trabajara con una de ellas, procuraba hacer alguna otra extravagancia. Por ejemplo, disfrazarse con una enorme barba postiza que, por lo visto, le estaba provocando algún tipo de reacción alérgica.

—Venga, dilo. Soy como un crío —le retó Dylan.

—Yo no he dicho nada.

Max levantó ocho dedos del volante, con lo que se quedó sujetándolo solo con los pulgares.

—En serio, Max. No podemos tomarnos esto en serio.

—No creo que las familias de los doce muertos de Estocolmo estén de acuerdo con esto.

El rostro de Dylan se ensombreció. Max sabía que había sido un golpe

bajo. Dylan no se refería a la misión, sino a la falta de profesionalidad de sus enemigos. Aquella salida solo significaba que Max estaba tenso. Y nada funcionaba como era debido si Max trabajaba bajo tensión.

—Perdona, Dylan.

—No hay problema —contestó su amigo. Se rascaba las mejillas mientras miraba por la ventana.

—¿Tienes alguna idea de dónde estamos?

—Vamos al sur, eso seguro. Acabamos de pasar Edenbridge. Estamos en lo más profundo de la campiña, así que lo más probable es que nos metamos por alguna carretera secundaria y nos paremos en la entrada de alguna finca privada.

—¿Conoces la zona? —preguntó Max. ¿Has visto el *pub* que acabamos de pasar? ¿En el cruce?

Max se refería a una casona de ladrillo anaranjado con flores en las ventanas blancas y aspecto de haber visto mejores tiempos.

—¿Ponía Queens Arms? —preguntó Dylan.

—Hace unos años venía a menudo. Un poco más adelante hay una residencia de ancianos. Una de mis abuelas murió allí. Mis padres la visitaban casi cada fin de semana. Yo me escapaba y me venía aquí. La dueña era tan vieja como los ancianos de la residencia, pero me trataba bien y no me daba miedo. Había una monja, la hermana Teresa. Una mujer muy vivaz que me llevaba de excursión.

—Eres una caja de sorpresas.

Max se encogió de hombros. Todos aquellos recuerdos parecían pertenecer a alguien muy lejano en vez de a él mismo.

—Mira, jefe. Acaban de girar.

Max no se había confundido en sus predicciones. El coche que llevaba a Semus tomó un camino de tierra y se detuvo al final, junto a una verja tras la

que esperaban dos hombres con aspecto de guardaespaldas profesionales.

Cada uno bajó de sus respectivos vehículos. Primero Jim y Dick y después Semus, que no lo hizo hasta que oyó el crujido de las piedrecillas bajo los zapatos de Dylan y Max.

Desde el primer momento resultó evidente que algo no iba bien. En cuanto los vieron, los gorilas tensaron los músculos. No debían de llevar armas, o las habrían mostrado de inmediato.

—Parece que estos sí saben lo que se hace, jefe —susurró Dylan.

—Eso parece, sí. Prepara tu pistola por si se tuercen las cosas—contestó Max también en voz muy baja.

—Vosotros dos no deberíais estar aquí —anunció uno de los vigilantes. Ambos vestían como granjeros, pero saltaba a la vista que los bíceps ocultos bajo las camisas de franela no habían surgido de llevar un tractor, sino de trabajarlos a conciencia en el gimnasio. Lo mismo que sus cuellos de toro. Las gafas de sol de ambos, además, eran demasiado caras. Ningún agricultor llevaría algo así para trabajar el campo.

—¿Quién lo dice? —contestó Dylan.

—Lo decimos nosotros.

Max hizo una valoración rápida de la situación. Los secuestradores de Semus se habían adelantado, así que el hombre estaría a salvo si empezaba una pelea, y todo apuntaba a que la habría. Dylan y él se los quitarían de encima en un momento. La clave estaba en no permitir que a los dos profesionales les diera tiempo de abrir la verja. Si conseguían eso, las cosas estarían igualadas, lamentablemente, Semus tenía su propia idea acerca de cómo debían suceder las cosas y, para sorpresa de todos, se lanzó a hablar.

—¿Qué demonios pasa aquí! Se supone que soy un invitado de honor, ¿sabéis?

Mientras hablaba se dirigía hacia Dick, que sujetaba un teléfono móvil

como quien se agarra a una escalera de mano en un incendio.

—¡Eh, Dick! —El otro, que hasta entonces había permanecido de frente a los dos gorilas y, por tanto, de espaldas a Semus, se dio la vuelta. Parecía enfadado, los ojos inyectados en sangre y un rictus desagradable en la boca. La expresión le cambió de repente. Se dobló sobre sí mismo y exhaló de golpe todo el aire que tenía en los pulmones. Con un movimiento un tanto ridículo, Semus aprovechó su ventaja y le agarró del cuello.

—¿Le ha dado una patada en los huevos? —preguntó Dylan, incrédulo.

—Pues eso parece —contestó Max.

—Ahora, Dick, suéltate, yérquete.

Semus seguía sujetándole del cuello y tenía uno de los pulgares apoyado en la nuez de Adán.

—Jim, ve metiéndote en el maletero del coche —dijo Semus—. Max, sería de gran ayuda que me sustituyeras.

Max no se hizo esperar. Desde luego, aquel alfeñique de oficina era un hombre de recursos y, sobre todo, aprendía rápido. Aquella había sido la amenaza que el propio Max le había hecho a Robert en la cocina de la señora Blackwell.

Jim abrió el maletero y Dylan le ayudó a cerrarlo. Por su parte, los dos gorilas se quedaron en su lado de la verja. Si se movían, perderían a uno de los hombres a los que debían proteger.

—Tenemos otro maletero, Dylan. Creo que Dick estará muy cómodo dentro.

Dylan hizo los honores mientras Semus se sentaba en el suelo. Temblaba de nervios y las piernas no le sostenían.

Cuando el segundo hombre estuvo de nuevo a buen recaudo, Max y Dylan se enfrentaron a los gorilas.

—No tenéis armas —dijo Max.

Los hombres se miraron. Uno de ellos se llevó la mano a la espalda.

—Despacito, campeón —ordenó Dylan, apuntándolo con su pistola—. Que yo te vea.

—No nos pagan lo bastante para usarlas —dijo el otro—. Se suponía que el trabajo era custodiar la verja y pedir una contraseña. No íbamos a tener problemas.

Los gorilas arrojaron sendas pistolas por encima de la verja y Max y Dylan las recogieron.

—Pues parece que sí los habéis tenido. La cuestión ahora es si van a aumentar o se quedarán como están.

—Os abrimos la puerta y nos largamos —dijo el más hablador—. El campo no es lo mío.

Las cosas no se complicaron más. Tal y como habían dicho, los dos vigilantes se marcharon después de abrir la puerta.

—Esa gente me da asco —dijo Max.

—Te entiendo, jefe —contestó Dylan.

—Pues a mí me alegra infinito que no tengan ética del trabajo ni lealtad, si es a eso a lo que os referís. No creo que mi estómago hubiera soportado mucho más —intervino Semus.

—No quiero ser un aguafiestas, Semus, pero te recuerdo que él único que ha golpeado ahí atrás has sido tú. Ni Dylan ni yo hemos movido un músculo.

—Créeme, no se repetirá.

El camino de tierra, que recorrieron a pie ocultos entre los árboles que lo flanqueaban, iba a parar a lo que parecía una fábrica abandonada. Las paredes del edificio principal estaban recubiertas de hiedra y por las ventanas, cubiertas con cortinas, se filtraba algo de luz. Fuera lo que fuese lo que estaba pasando, sucedía allí dentro.

—¿Tú crees que Grove está ahí?

Solo hay una manera de averiguarlo.

Capítulo 25

No encontraron más vigilancia. La Furia confiaba en su sistema de comunicaciones, probablemente infalible hasta aquel momento, y en dos gorilas que, visto lo visto, no tenían más conexión con la causa que la meramente económica. Aquel era el primer error que el grupo cometía, y Max no estaba seguro de que no se tratase de algún tipo de trampa.

La puerta principal, la que conducía al almacén donde estuvieron las máquinas, estaba clausurada. Para entrar en el edificio había que subir por una escalera de metal, muy empinada, que llegaba hasta una puerta pequeña, también metálica.

Nadie les detuvo durante su ascenso y nadie les esperaba arriba. Una vez allí, Dylan se deshizo de su barba postiza y sus gafas de sol. Semus se quitó la prótesis.

—Puede pasar cualquier cosa ahí dentro —dijo Max.

Dylan le enseñó el arma, convenientemente amartillada. Pasase lo que pasase, contarían con algo más que sus manos desnudas para defenderse.

Abrieron la puerta y el olor del interior los abofeteó. Una mezcla de sudor, café y comida rápida a medio consumir flotaba en el ambiente.

—Es peor que una Comic-Con —dijo Semus.

Los otros dos lo miraron. No estaban seguros de entender lo que quería decir.

—Solo he estado en una, con Toei. Su madre le obligó a asistir acompañado de un adulto y me tocó a mí. Os juro que en la zona de juegos *online* olía exactamente así.

—¿Y eso qué significa?

Semus suspiró.

—Que ahí dentro vamos a encontrar un montón de puestos informáticos y a

un montón de personas tecleando sin parar.

—Mejor —dijo Dylan—. Menos trabajo.

Y entró sin esperar a más. Max y Semus lo siguieron, con la nariz arrugada. Desde la plataforma de metal que los recibió al otro lado de la puerta se veían tres pisos. La reforma de la nave principal era completa. Y no había nada superfluo en ella.

Tres plantas de hormigón se comunicaban por escaleras metálicas como las que les había servido para llegar allí. Las escaleras se encontraban junto a las paredes de la nave y en el centro. Barandillas de seguridad separaban el último puesto de cada fila del espacio abierto que daba a la escalera correspondiente.

Max contó diez filas de al menos veinte personas en cada sector. Eso suponía cuatrocientas personas en cada planta. Mil doscientos puestos en total.

—¿Recuerdas cuando te dije que la fuerza de La Furia era otra?

Dylan asintió.

—Me refería a esto. Están tan concentrados en su trabajo que ni siquiera nos han oído.

Max tenía razón. Ninguno de aquellos analistas y programadores desvió la vista de su pantalla. A su alrededor se amontonaban envoltorios de chocolatinas, *snacks* salados y botellas de refrescos. Sorprendentemente, los desperdicios no lo invadían todo, lo que quería decir que habría un servicio de limpieza.

—Y esto es solo uno de los muchos centros. Deben de tenerlos en todo el mundo.

Semus asintió con la cabeza. Se le notaba impresionado.

—Esto es algo que nosotros jamás conseguiremos —dijo con pesar—. Por eso siempre van un paso por delante. No es lo mismo pensar en ello, darle vueltas, que tenerlo delante.

—No es el momento para obsesionarse, Semus. Tenemos que encontrar a Randall.

—Dejadme a mí. Me reconocerán como uno de los suyos —propuso Semus—. Al fin y al cabo, lo soy.

—No creo que...

—Déjalo, Dylan. Tiene razón.

Max y su compañero observaron los movimientos de Semus. Escogía una mesa, aparentemente al azar, y se acercaba al trabajador o trabajadora. Se inclinaba sobre su hombro, señalaba la pantalla, decía algo, obtenía una respuesta. Y pasaba al siguiente puesto.

—¿Estas personas son normales?

—No lo sé, Dylan. Desde esta distancia no puedo asegurarlo, pero diría que han tomado algún tipo de droga. Nadie puede alcanzar ese nivel de concentración de manera espontánea.

Semus no tardó en regresar.

—No está aquí. Todos a los que he preguntado me han contado la misma historia: padres víctimas de la crisis, los reclutaron en remoto y lo han dejado todo por la causa. Ninguno conoce a Grove en persona. Nadie lo ha visto.

—¡Maldita sea! —exclamó Max—. Cuanto más creemos acercarnos, más volátil se vuelve. Voy a terminar creyendo que de verdad es un espíritu.

—Hay que bajar al cuarto de servidores. Desde allí puedo intentar encontrar la central. Seguramente, las máquinas mimetizan la estructura del grupo. Es una manera sencilla de recordar quién es quién y dónde está. A veces el cerebro lo hace sin querer. Es un truco subconsciente de la memoria.

—¿Y por qué dices bajar? Creí que nunca habías estado aquí.

Semus abrió los ojos, incrédulo.

—Tranquilo, Max. Mira hacia arriba. Este es el último piso y aquí no están, así que solo queda bajar.

—Tiene razón, jefe —intervino Dylan.

Max miró hacia arriba. Seguía tenso. Mucho más tenso de lo que requería la situación. En realidad, se las había visto en circunstancias mucho peores, pero aquello le atacaba los nervios.

—Bajemos, pues. Toda esta gente me saca de quicio.

—Yo me quedo, Max —dijo Dylan—. Creo que seré de más ayuda aquí arriba.

Capítulo 26

El cuarto de servidores se encontraba, cómo no, en el sótano. Y, de nuevo, el frío era la constante allí abajo. Aunque, en esa ocasión, los aparatos estuvieran tan bien iluminados que la estancia parecía más una clínica que una cueva lóbrega. La Furia no había reparado en gastos.

Semus no dudó. Como si conociera el lugar, como si él mismo hubiera decidido qué cable realizaba qué conexión, se dirigió hacia uno de los pasillos laterales. Allí encontró un ordenador portátil. Encendido, por supuesto.

En el mismo momento en el que pulsó la primera tecla, el monitor se inundó con una imagen compuesta de ceros y unos que se agrupaban cambiando de densidad hasta que formaron una cara. O, más bien, una capucha con un espacio negro donde debería haber estado la cara.

Semus no se impresionó. Tampoco hizo el menor caso al audio. Minimizó el reproductor de imagen y accedió a una nueva pantalla, en la que podía escribir sin interrupciones.

Como Max no sabía qué era lo que el otro estaba escribiendo, sí prestó atención al audio.

—Querido Rashid —decía una voz artificial. Imposible saber si de hombre o de mujer. Quizá se tratase de un programa, como los que usaban algunas voces en *off* o los propios sistemas de GPS—, has sido un chico muy malo y tendrás el castigo que te mereces.

Max empuñaba una de las armas que les habían rendido los guardias. La otra estaba en poder de Dylan. En ese momento deseó que hubiera decidido bajar con ellos. Aquel cuarto era una ratonera.

Pero a Semus no parecía importarle. Tecleaba con la misma concentración que las personas de las plantas superiores. Max se preguntó si no sería uno de

ellos. No tenía sentido, pero allí estaba. Todo le resultaba extrañamente familiar y ahora, al mirarlo, veía lo mismo que en la nave: solo una cabeza inclinada sobre la pantalla y unas manos que se movían a la velocidad del rayo.

Pero tuvo que desviar su atención. Alguien bajaba por la escalera. Afortunadamente, la reforma del edificio no había tenido en cuenta aspectos como la insonorización, y los peldaños hacían un ruido de mil demonios... que quienquiera que fuese trataba de ocultar. Lo que quería decir que no se trataba de Dylan.

Max le susurró a Semus que se ocultara.

—Ahora no puedo. Tengo que enviar esto a Toei. Solo él puede descriptarlo.

Una vez más, Max echó de menos a Mei. Ella no habría necesitado a una tercera persona. En cualquier caso, no podía hacer nada allí, así que se descalzó y se dirigió a un lugar en el que pudiera ver cómo el intruso descendía. La escalera era larga y él rápido, así que le daría tiempo.

Pero, quien fuera, no era el mismo tipo de guardia sin lealtad ni valor. Debió de ver la sombra de Max en su camino a la única entrada y saltó. Ahora los dos contendientes estaban en igualdad de condiciones.

Una detonación ensordecedora arrancó múltiples reverberaciones a la habitación. Por lo visto, ambos estaban armados también. Max esperaba que Semus no perdiera la concentración debido a los disparos.

Por su parte, se pegó al mueble metálico más cercano y contuvo el aliento. Necesitaba silencio para oír los movimientos del otro y para ser consciente de los propios.

Tuvo que cambiar de estrategia inmediatamente. El mueble tembló. El intruso se estaba encaramando a las estanterías. Desde arriba podría localizarle mucho más rápido, así que Max lo imitó. Descalzo, las aristas de

las barras metálicas se le clavaban en las plantas de los pies. Se maldijo por no haber cuidado ese detalle durante sus últimos entrenamientos. Se estaba acomodando.

De todos modos subió, y una bala le rozó la oreja cuando asomó la cabeza. Su enemigo ya se había acomodado. Por fortuna, al disparar también reveló su posición.

—¿Te falta mucho, Semus?

Max contuvo el aliento. No podía saber si su compañero entendía lo que pretendía, pero al menos tenía que intentarlo.

—Diez segundos. El archivo se está enviando.

El sonido de las botas militares contra el metal informó a Max de que su maniobra había dado resultado. Se deslizó hasta el suelo por el lateral de la estantería y, en absoluto silencio, regresó a la posición de Semus. El hombre no solo comprendió sus intenciones, sino que se había puesto a salvo.

Enseguida, el arma del intruso hizo acto de presencia, recortada en negro contra los fluorescentes del techo. Max apuntó, con calma, y disparó.

Acertó de pleno en el cañón de la pistola. Su portador la soltó. Entonces sí, Max volvió a escalar. El otro, tomado por sorpresa, no reaccionó. Max lo miró antes de descargar sobre sus mejillas la ira que llevaba todo el día acumulando en sus puños. No lo había visto antes. Probablemente tampoco lo viera después.

Cuando salieron del sótano, en los tres pisos superiores los esperaba una sorpresa. Dylan se las había apañado para maniatar a un buen número de *hackers*. Las drogas con las que mantenían la atención en la pantalla les impedían reaccionar a estímulos externos.

—¿Pero con qué los has atado?

—Esto está lleno de cables, jefe.

Max sonrió.

—Puede que no sirva para nada, pero quizá si un puñado de ellos no está trabajando, ralenticen el trabajo de los demás.

—Confiemos en eso y corramos. Hay que volver a Londres. Toei tiene que darnos la ubicación exacta de la verdadera central. Esto no era más que una sede periférica.

—No tardará, Max —aseguró Semus—. Toda la información está en los archivos que le he enviado. Es el mejor.

—Tú sí que eres el mejor. Si no hubiera sido por tu sangre fría ahí dentro, no habríamos conseguido salir.

Semus negó, con humildad.

—No es la primera vez que me utilizan como cebo. En la escuela, y después, durante mis estudios superiores, lo hicieron muchas más veces de las que me gustaría recordar. Y con objetivos menos... yo que sé, peores.

Max se dio cuenta de que en realidad no sabía nada de Semus, ni de Toei. Los había tratado en función de sus prejuicios, sin pararse a pensar cuánto había de verdad en ellos. En ocasiones, las vidas en apariencia tranquilas también escondían su ración de sorpresas.

—Volvamos al coche.

Los tres caminaban a la luz del reloj de pulsera de Semus y también gracias a la aplicación de la linterna en el móvil de Max. Los vehículos estaban donde los dejaron, así que Max tomó el mismo que había usado esa mañana y salió del camino de grava marcha atrás.

Las carreteras secundarias de aquella zona estaban poco transitadas y mal iluminadas, así que todos dieron gracias mentalmente cuando llegaron a la autopista. Ahora ya podían pisar el acelerador a fondo. Cuanto antes llegasen a Gore Road, antes sabrían cuál debía ser su siguiente paso.

Los problemas llegaron cuando dejaron la vía principal y entraron en la

ciudad. Y se parecían enormemente a los que tuvieron esa misma mañana: los semáforos se habían vuelto locos. Max decidió jugársela. Ya no era hora punta, apenas había peatones y los pocos vehículos que circulaban lo hacían en la dirección contraria a la suya. Se dio cuenta de la locura que había cometido cuando un camión de reparto apareció por su derecha, de la nada. Tuvo que forzar el motor al máximo para esquivarlo y estuvo a punto de atropellar a una mujer que había salido tarde del trabajo.

Aprovechó una avenida larga y se desvió a un callejón sin semáforos, señales ni el más mínimo atisbo de vida. Allí se detuvo y dio tiempo a sus compañeros de que recobrasen el aliento.

—¿Sabemos algo de Toei?

Semus miró su reloj. En la esfera brillaba una única palabra: Seattle.

Capítulo 27

Cuando por fin pudo contactar con él, Nefilim no puso ningún problema a la hora de conseguirle el *jet* que necesitaba para su viaje transoceánico, que fue largo y cansado. Max no solía tener grandes problemas para relajarse. Una parte de su entrenamiento en el Averno, tantos años atrás, consistió precisamente en eso: educar a su cuerpo para que ofreciera lo mejor de sí. Y eso incluía adiestrarlo para descansar siempre que tuviera oportunidad. Dylan no parecía haber tenido problemas para conseguirlo, pero el propio Max no logró descargar su mente del peso de la responsabilidad. No les quedaba mucho tiempo para solucionar aquel embrollo, y permanecer diez horas encerrados en un avión no les ayudaba en absoluto.

Pero al fin habían aterrizado y, en el aeropuerto, una cara amiga los esperaba con un coche amplio y un plan a medio trazar. Se trataba de Adam. Según decía él mismo, el mejor espía del mundo. Max esperaba, en esta ocasión más que nunca, que de verdad lo fuera.

No cruzaron palabra hasta que estuvieron dentro del vehículo. Un enorme Cadillac clásico. Para nada el tipo de coche que Adam solía conducir. Max supuso que se trataba de parte de la misión, probablemente, una exigencia del papel que estaba interpretando para La Furia.

—Aquí estamos a salvo. Yo mismo compruebo la seguridad del vehículo antes de cada uso. Estos trastos están hechos de verdadero metal y pesan una tonelada. Ya no los construyen así. Consumen tanta gasolina que no son en absoluto rentables. La única ventaja, además de haberse convertido en objetos de coleccionista, es que es muy sencillo detectar una pieza intrusa. Así que poner escuchas o dispositivos de seguimiento en estos trastos es la mejor manera de descubrirse. Estamos limpios —dijo el propio Adam.

—La verdad es que estaba pensando en lo poco que te pega este coche,

Adam. La explicación, en cambio, tiene mucho sentido —dijo Dylan.

Max sonrió para sí mismo. Le gustaba comprobar hasta qué punto poseían una mente colmena y una experiencia común que los mantenía conectados.

—Digo lo mismo de vuestro equipo, Dylan.

Adam miraba a Semus por el retrovisor. Sonreía con afabilidad. Podía ser simpatía real o parte de una actuación. Con él nunca se sabía. Aunque Max creía que sí, que Semus parecía caerle bien.

—Te presento a Semus —dijo—. Es nuestro experto informático. Hay otro más, pero se ha quedado en Londres. No me habría perdonado ponerlo en peligro.

—Toei es demasiado joven, sí, pero nos habría venido bien. Y estaba dispuesto a venir. —Semus sonaba irritado. Él mismo había tenido que insistir mucho para que le permitiesen formar parte del pasaje.

—Toei es un crío —dijo Max como toda respuesta.

—Ya estamos cerca de la casa que he alquilado para esto. Se supone que vivo al otro lado de la ciudad. La Furia me conoce como Randy Meecks.

—¡Tienes valor! —exclamó Dylan—. ¿Has escogido el mismo nombre que su líder?

—Esas cosas tienen su efecto. Así nadie se olvida de mi nombre y siempre estoy en la cabeza de todos ellos. Aunque, la verdad, esperaba haber logrado algo más de lo que tengo. He conseguido infiltrarme en sus bases. No como *hacker*, por supuesto. Me habrían descubierto a los dos minutos de entrar. Pero hago recados, llevo mensajes y me he hecho una idea bastante clara de cómo está estructurada la organización.

—No está mal, para haber tenido un solo día —lo felicitó Max.

—Unas pocas horas, en realidad. Pero no voy a presumir —dijo Adam.

—¿Cuándo habéis estado en contacto? —preguntó Semus desde el asiento de atrás. Se sentía como si llevara semanas viajando en asientos traseros de

vehículos que lo llevaban a lugares desconocidos.

—Lo llamé después de hablar con Dylan. Nuestro sistema de comunicaciones no nos permite establecer un contacto prolongado, pero también funcionamos con claves cortas. Así que no necesité exponerme mucho tiempo.

Adam detuvo el coche frente a un jardín delimitado por un pequeño seto que cualquiera podría saltar. El césped estaba bien cuidado, aunque presentaba algunas calvas aquí y allá. Seguro porque los niños del barrio se colaban allí de vez en cuando. Aquel era el tipo de vecindario, cada vez más escaso, en el que los chavales todavía podían permitirse jugar en la calle. Max esperaba que su presencia allí no alterase esa costumbre. Empezaba a estar harto de cambiar la fisonomía de los lugares por los que pasaba, y siempre a peor.

—Entrad. La casa también está limpia —dijo Adam—. Semus, yo desconectaría el reloj. He colocado un inhibidor potente y, si no lo apagas, es posible que quede inutilizado.

Semus se apresuró a seguir esa indicación. Estaba seguro de que necesitarían esa tecnología en breve.

El interior de la casa era un poco desabrido. No podían pedirle más a una casa de alquiler. Disponía de los muebles justos, pero de ningún adorno. Nada que lo convirtiera en un hogar. Tampoco hacía falta más. Su misión debía terminar antes del amanecer o sus esfuerzos no habrían servido de nada.

—Un entorno de lo más agradable, Adam —se burló Dylan—. ¿No había un tono verde que recordase más a un cadáver?

Adam no contestó. Los guio a través de un largo pasillo hasta una habitación sin ventanas.

—Esto es una caja de Faraday. O lo será en cuanto cerremos las puertas. Ningún dispositivo electrónico funciona aquí dentro. No pueden localizarnos y

tampoco podemos recibir ninguna señal procedente del exterior. La verdad — dijo Adam—, es una medida un tanto extrema, pero creo que las precauciones no sobran con esta gente, ¿no?

Los otros tres asintieron.

—Pues dejad que cierre la puerta.

Los cuatro se quedaron un momento allí de pie, iluminados por unas luces led más potentes de lo que parecían a simple vista. Luego, Adam abrió un armario y les mostró sus disfraces.

—Nada de prótesis de látex esta vez —protestó Semus.

—Nada de eso —aseguró Adam—. No queremos llamar la atención y tampoco queremos que nos reconozcan. Por lo que he oído, el tráfico de Londres sufrió un par de percances durante el día de ayer. Queremos evitar que eso mismo suceda aquí. Conocen vuestras caras y, desde luego, saben quién soy yo. Necesitáis un buen maquillaje, pelucas y lentes de contacto. Eso debería bastar para que llegéis hasta las coordenadas que os daré.

—¿Tienes una ubicación?

Max sonaba genuinamente sorprendido.

—Las tengo. Y diría que pertenecen a la sede central. He repartido correo y comida por toda la ciudad. También me han llegado rumores sobre otros centros. Pero el único lugar donde los movimientos entrantes y salientes se registran con verdadera precisión es el que os revelaré en un momento. Tiene que ser por algo.

—Eso parece.

—Jefe —dijo, y sonrió, Adam—, voy a terminar ofendiéndome si te sorprendes tanto cada vez que hago bien mi trabajo.

Max no contestó. Sacó del armario la ropa que estaba etiquetada con su nombre y comenzó a vestirse, como los demás. Cuando terminaron, parecían un grupo de trabajadores cualquiera. A Max le habían correspondido unos

pantalones vaqueros y un jersey de cuello vuelto de color granate. Calzaba unos botines baratos pero muy cómodos. Un atuendo que él jamás habría elegido, por tanto, absolutamente adecuado. Semus vestía un chándal con rayas blancas a los lados de brazos y piernas. Parecía un hombre recién retirado que saliera a pasear para no perder la forma. Dylan tenía todo el aspecto de un vendedor de coches usados.

—Dejad que os caracterice. Solo necesito cambiar vuestro tono de piel. Luego poneos las lentillas y las pelucas vosotros mismos. Es un cambio sutil pero suficiente. Recordad que la misión de esta pantomima es que no os reconozcan las cámaras de seguridad públicas. Si atendemos a lo sucedido en Ámsterdam y Londres, estarán hackeadas. Que hayáis venido tres y no cuatro también ayuda. Posiblemente os busquen a todos. O, como mucho, parejas. Eso sería lo más lógico.

Capítulo 28

La idea era caminar hasta el punto concreto que Adam les había proporcionado. Por supuesto, no estaba cerca, así que perderían una porción vital de su valioso tiempo en llegar hasta allí. El propio Adam les informó de que se trataba de una zona residencial. Lo habrían buscado en Google Maps, lo que les hubiera ahorrado una inspección de la zona a su llegada, pero la prudencia les aconsejó no hacerlo. Si aquella era la sede central de La Furia, lo más probable era que tuvieran configurado algún modo de saber si alguien husmeaba virtualmente por allí.

Así que, con información de oídas, cansados por el viaje y sin demasiadas esperanzas de conseguir su objetivo, los tres se lanzaron a las calles de Seattle. La ciudad estaba tranquila a esa hora. Algunas parejas regresaban a casa después de una cena tardía, pero, por lo demás, el tráfico era tranquilo y las aceras estaban desiertas.

—Tomaremos el autobús —anunció Max.

—Es un riesgo —contestó Semus—. Están equipados con cámaras.

Max frunció el ceño antes de responder.

—Lo sé. Pero es más arriesgado perder el tiempo. No me quito el atentado de Estocolmo de la cabeza. Esta gente no conoce el alcance de lo que está a punto de provocar; ¿recordáis a las mil personas de Edenbridge?, ¿los de la fábrica? No razonaban. Parecían autómatas. Han perdido la perspectiva y cumplirán su amenaza. De hecho, creo que no saben lo que Randall tiene preparado en realidad.

—Tiene sentido, claro. Cuanto antes lleguemos, mejor.

—Hay una parada aquí cerca.

Tuvieron suerte. Una de las líneas que se dirigía a la misma zona residencial a la que ellos iban paraba justo allí. Max apartó de su cabeza la

idea de que la suerte en los pequeños detalles se convertía en mala suerte para los grandes acontecimientos.

Pagaron los billetes con dólares que Adam les había proporcionado y se sentaron juntos.

Tres paradas más tarde subió una mujer cargada con bolsas llenas de comida preparada. Max dedujo que trabajaría en un restaurante de comida rápida y llevaba la cena a casa. Una vida dura pero honesta. Personas como ella se convertirían en víctimas si ellos no lo evitaban. Semus debió de tener la misma idea, y cometió la estupidez de decirlo en voz alta.

—La pobre —comentó— no tiene ni idea de que hay bombas por todas partes. Incluso podríamos estar sentados sobre una.

Max lo fulminó con los ojos y trató de lanzar una mirada tranquilizadora a la nueva pasajera. Pero las lentillas oscuras que camuflaban sus ojos verdes le habían provocado una irritación y tenía los globos oculares enrojecidos. El maquillaje oscuro tampoco ayudaba. La mujer se cambió de asiento y sacó su teléfono móvil.

—Ahora mismo esa mujer está informando a su grupo de WhatsApp de que hay tres tipos raros hablando de bombas en el autobús. Y esperemos que solo sea eso.

Max no quería asustar más a la mujer, pero no podía dejar de mirarla cada pocos segundos. Hasta que ella se levantó de su asiento y los apuntó con el teléfono.

—¡Terroristas! —gritó. Y, de inmediato, el autobús frenó en seco. Los pocos pasajeros con quienes lo compartían los miraron como si fuesen armados con ametralladoras. Max se levantó también, para poner orden, pero ya era tarde. Aquello se había convertido en un caos. Así de simple resultaba sembrar el terror.

—¡No se me acerque! —gritó la mujer. Tenía un tono de voz agudo y

desagradable, pero al menos no se guardaba la información—. ¡He llamado a la policía y los están esperando en la próxima parada! ¡Terroristas!

—Hay que bajar de aquí —dijo Max—. Y rápido.

Mientras hablaba sacó el arma. Una Glock 19 de fácil ocultación. No era la mejor manera de convencer a nadie de que no eran terroristas, pero sí la más rápida de salir de allí. Y aquel se había convertido en su objetivo principal.

—Por favor —se dirigió al conductor—. Abra la puerta y nadie saldrá herido.

Max casi rezó para que el hombre no fuera uno de aquellos hombres que, de vez en cuando, encabezaban los titulares de los periódicos. Los típicos héroes que tomaban decisiones incorrectas en medio de un atraco, cuando lo más sensato siempre era hacer caso a los que llevaban las armas y mantener un perfil bajo.

Hubo un momento de tensión.

La mujer del teléfono no dejaba de insultarles.

Un hombre, sentado en los asientos posteriores, animaba al conductor para que no abriera y siguiera hacia delante, donde los esperaba la policía.

Dylan tomó la iniciativa. Se acercó al caballero que pedía a gritos un poco de acción y le agarró de las barbas. Inmediatamente, el autobús se sumió en el más absoluto silencio.

—Creo que sería buena idea que nos dejara ir —pidió Max otra vez—. No queremos hacer daño a nadie.

En su fuero interno le habría encantado poder decirles que, en realidad, estaba allí para salvarlos.

Al hombre de la barba larga se le saltaban las lágrimas de dolor y suplicaba para que lo soltaran. Parecía mentira lo mucho que podía cambiar el discurso de una persona con un pequeño detalle.

Hacía un momento, aquel señor agitaba un periódico sensacionalista y gritaba consignas de buen ciudadano. Ahora lloraba y balbuceaba como un niño bajo la luz mortecina del autobús. En momentos como aquel, Max recordaba que sus creencias más arraigadas tenían un sentido: la mayoría de los seres humanos no merecían ser salvados. Y ese hombre era un claro ejemplo de ello.

Pero lo que importaba era que el conductor abriese la puerta, y la abrió. La mujer que había dado la voz de alarma los vio marchar con los ojos abiertos como platos y una mueca de horror y disgusto en la boca. El mecanismo hidráulico que los dejó salir aisló al resto de los pasajeros en el interior. Los tres corrieron a ocultarse entre las sombras, pero Max tuvo tiempo de ver que, dentro del vehículo, los pasajeros increpaban al conductor. Todos menos el hombre de la barba, que se había pegado a la ventanilla y escrutaba el exterior. Sin duda, temía que aquellos vándalos volvieran a por ellos.

—A partir de ahora, Semus —dijo Max—, nada de bombas, nada de peligro, nada de nada.

Semus no contestó. La regañina era innecesaria, puesto que el hombre ya sentía la vergüenza suficiente.

—Tenemos un largo camino por delante, jefe. Creo que ahorrar fuerzas no estaría de más —dijo Dylan. Solo pretendía recuperar la normalidad para el grupo.

Capítulo 29

Max inspeccionó los alrededores de la casa en cuanto llegaron. Solo, para no llamar la atención. Por las explicaciones de Adam, no le sorprendió hallar que la única vigilancia presente correspondía al habitual circuito cerrado de televisión. Podría estar hackeado, pero lo más probable era que no. A los ocupantes de esa vivienda en particular les interesaba que los vecinos y la empresa de seguridad privada que hubieran contratado no sospechasen nada acerca de la actividad que se desarrollaba en su interior.

Regresó al punto de encuentro y contó lo que había visto; es decir, nada.

—Así que nos acercamos y llamamos a la puerta, ¿y ya está? —preguntó Dylan, echando otro vistazo al chalet.

Se trataba de un edificio amplio, de dos plantas, con garaje cubierto, piscina en el jardín y hasta un invernadero. No se filtraba luz por ninguna ventana. En otras palabras, no había ningún indicio de que allí dentro se estuviera gestando el fin del mundo.

—Si Adam dice que es aquí, es aquí, Dylan. No será la primera vez que acierta contra todo pronóstico.

—Ya sé que mi última intervención no ha sido muy acertada, pero detecto un gran consumo eléctrico. Mayor que el de las viviendas circundantes. Eso sí, ahí dentro no vamos a encontrar nada parecido a lo que vimos en Edenbridge. Con estos datos, yo calculo unas veinte personas conectadas, como mucho.

—En realidad da igual —dijo Max—. Lo que diga tu reloj importa más bien poco a estas alturas. Tenemos un par de horas para hacer esto. Si Grove no está aquí, habremos perdido.

Con el peso de esas palabras sobre los hombros, se dirigieron a la entrada y llamaron al timbre de la puerta exterior, la del jardín, repitiendo una secuencia concreta que Adam les hizo memorizar. Esperaban que alguien

comprobase su identidad mediante una cámara, pero no fue así. La Furia consideraba que una contraseña de patio de colegio sería suficiente para proteger su sede central. Aquello no tenía buena pinta.

Subieron las escaleras que daban al porche, apenas cuatro peldaños limpios como para una visita del presidente. La secuencia de golpes con los nudillos sobre la madera era diferente y también la conocían.

Max abría la comitiva. Dylan iba detrás de él y Semus al final de la fila, por si había algún percance.

—Venimos a buscar a Randall —dijo Max sin más preámbulos.

—¿Es que no sabes cómo va esto? ¿Quién te ha dado las contraseñas?

Un tipo con aspecto de profesional había abierto la puerta y otro lo seguía de cerca. Max no les dio tiempo de reaccionar. Empujó al primero con la fuerza suficiente como para derribar al segundo empleando la inercia de la caída. Dio una voltereta para evitar que lo retuvieran en el suelo y los encaró de nuevo. La sorpresa no pilló a Dylan fuera de juego. Al contrario, extrajo su arma y apuntó al más cercano, que trataba de alcanzar la suya.

—Saca eso que llevas en el bolsillo de la chaqueta, amigo. Muy despacio. Y date la vuelta. Os quiero a los dos boca abajo y con las manos sobre la nuca. Que no me parezca que vais a hacer nada raro.

Los matones obedecieron. Max tenía la sensación de estar reviviendo el mismo momento una y otra vez. Localizaban un lugar, entraban sin encontrar apenas resistencia y Grove se les escapaba entre los dedos. Aquello no podía pasar otra vez. No ahora que todo dependía de lo que pasara en dos horas. Solo dos horas.

Aunque la luz del interior no se filtraba a través de las ventanas, lo cierto era que la iluminación no carecía de potencia. Lo que ocurría era que unas gruesas contraventanas herméticas mantenían la casa sellada. Nadie sabía lo que pasaba dentro y los pobres diablos que trabajaban en el salón no tenían la

menor idea de lo que sucedía en el exterior.

Pero existía una diferencia entre aquellos y los drogados de Inglaterra. Aquellas dieciocho o veinte personas eran dueños de sus conciencias y dejaron de teclear cuando vieron que Max entraba en la habitación empuñando un arma. Por otra parte, allí tampoco había bolsas de patatas fritas ni envoltorios de chocolatinas cubriendo el suelo. La ventilación también era mucho mejor que la de la fábrica al sur de Londres.

La mayor parte de los informáticos se limitó a levantar las manos del teclado y colocarlas a la altura de la cabeza, pero uno de ellos, de más edad, el pelo cano y expresión inteligente se levantó y les habló como si fueran invitados en lugar de haber irrumpido a mano armada.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Buscamos a Randall Grove —dijo Max.

Mientras los dos hablaban, Dylan se dedicó a arrancar los cables que conectaban pantallas con teclados y ratones. Semus le indicó que no tocara nada más. Max solo tenía ojos para el anciano.

—Yo soy Randall Grove —contestó.

—No tengo tiempo para pamplinas y no me queda paciencia.

—Lo entiendo —dijo el hombre con total tranquilidad—. Sabíamos que llegarían. Confiábamos en que tardasen un poco más, pero ya es demasiado tarde, de todos modos.

—¿Dónde está Grove? —repitió Max.

—Cualquiera de nosotros responde a ese nombre ahora.

—Ya le he dicho...

—Por favor, no se altere. Va a morir mucha gente esta noche, y mañana serán más porque sus Gobiernos no se han adherido a nuestras peticiones. Pedíamos las vidas de los culpables y ustedes sacrifican las de centenares de inocentes, quizá miles.

Max conocía ese tipo de discurso. Todos los tiranos lo empleaban para culpabilizar a las víctimas. Pero él no era una víctima cualquiera. De hecho, no era una víctima en absoluto.

—Semus —llamó en un tono seco, cortante. Y el informático acudió como si hubiese estado esperando la llamada—. Siéntate en ese ordenador y dime qué está pasando.

—Que se siente si quiere. —Mientras el hombre hablaba, Semus ya había ocupado su asiento—. Pero yo puedo contárselo todo. Les hemos entretenido el tiempo suficiente para dar a sus Gobiernos la oportunidad de tomar la decisión correcta, pero no lo han hecho. Han estado buscando a Randall Grove, pero Randall murió hace meses.

—Mientes —casi gritó Max.

—No, no miento, señor Cornell. Usted sabe cuándo las personas son sinceras y cuándo no. Le adiestraron para percibir ese tipo de cosas.

Max examinó los microgestos de sus labios y de sus ojos. Algo completamente imposible de controlar excepto para agentes muy especializados, como Adam o él mismo. Ni siquiera Dylan, que seguía con su labor de maniatar a los piratas informáticos, podía hacerlo.

—Veo que me cree. Quizá ahora quiera bajar el arma.

—Y también puede que no quiera. Diga lo que tenga que decir.

—Randall Grove estaba muy enfermo, mucho. Era un genio, pero la enfermedad de Huntington lo sorprendió en lo mejor de la vida. Esperábamos que pudiera contemplar el culmen de su obra, pero no pudo ser. Nosotros solo estamos aquí para asegurarnos de que se cumple su voluntad. Somos, por así decirlo, los garantes de su legado.

—Estáis aquí para asesinar inocentes. Pero a distancia, para que no os salpique la sangre. Sois un hatajo de cobardes y merecéis que os ejecute a todos.

—Sin embargo, no lo hará, señor Cornell.

Semus levantó la vista del teclado.

—Max, es un virus. Solo es un virus.

—¿Solo un virus?

El anciano se volvió, más ofendido que si lo hubieran acusado de cometer algún crimen abyecto.

—No es «solo un virus». Randall llevó a cabo una operación compleja a gran escala en un entorno real y también en un entorno virtual. Fuera de esas puertas, en el mundo que conocen, nos captó uno a uno. Nos hablaba como si nos conociera de toda la vida. Y nos conocía, porque sentía nuestro mismo dolor. Quienes no se aliaron con Randall se posicionaron en su contra y ahora pagarán las consecuencias. Él mismo era un virus. O, mejor dicho, una vacuna.

—¿Se da cuenta de cómo suena lo que está diciendo? ¿Se da cuenta de que sus palabras no son más que los delirios de un loco? —replicó Max—. ¿Qué pasa con todas las personas con las que jamás contactó? Hay un montón de gente ahí fuera que ni siquiera conoce su existencia. ¿Ellos también son el enemigo?

—No es culpa mía que funcione así, pero así es. No todos podemos salvarnos. Igual que ocurrirá cuando la réplica informática de Randall se extienda por Internet dentro de un rato. Ya no falta mucho.

—¿La qué?

—Ya le he dicho que no es solo un virus, señor Cornell. Es el virus que destruirá mercados, bancos y Gobiernos. Es el virus que nos dará vía libre para reestructurar el mundo. Randall Grove ha muerto y el mismo Randall Grove resucitará esta noche.

—Dylan, amordaza a este hombre y sácalo de mi vista o no respondo de mí.

Dylan hizo lo que Max le pedía.

—¿Semus? Tienes una hora como máximo.

—No puedo detener esto en una hora. Lleva semanas gestándose. No es una contraseña, ni una secuencia...

La tensión podía cortarse con un cuchillo cuando sonó el teléfono de Max.

—¿Jefe? ¿Habéis sido vosotros? Te localizo en Seattle. ¿Está Grove ahí?

—No, Mei. Grove está muerto.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—Vale. —La voz de Mei tranquilizó a Max, aunque en realidad la situación seguía siendo igualmente desesperada—. Vale, escucha, no sé qué habéis hecho, pero el proceso se ha detenido. En fin, no del todo, pero ahora va más despacio. Imagino que tienes ahí a alguien que sabe lo que hace. Pásamelo. Pon el manos libres si quieres. Necesito hablar con ella.

—Con él, Mei. Se llama Semus.

—¡Vaya, jefe! ¿Me has cambiado por un hombre? No hace falta que contestes, ya sé que no tenemos tiempo para esto. Tú ponme con él. Si es lo bastante bueno para ti, será lo bastante bueno para mí.

Capítulo 30

Semus veía el código en la pantalla y, en alguna parte de su cerebro, sabía lo que debía hacer para detener el desastre, pero no podía mover los dedos. Había contemplado, con los ojos cerrados, lo que pasaría si fallaba. Si las consecuencias para la libertad individual habían sido desastrosas después del 11S, la destrucción total de Internet y los atentados en racimo que La Furia planeaba empeorarían las cosas todavía más.

No tenía ni la menor idea de cómo aquella gente había llegado a pensar que sus acciones resultarían positivas en algún aspecto. Lo que estaba a punto de suceder era una auténtica pesadilla.

Semus no había viajado mucho. No había salido de casa más que lo justo para que no lo considerasen un bicho demasiado raro. Pero eso no quería decir que no soñase con París, con Roma, con Laos o Moscú. El mundo estaba lleno de cosas que ver, de sabores que disfrutar. Y la posibilidad de que no desaparecieran estaba en aquellas manos que se negaban a moverse.

—¡Semus, joder! ¿Qué te pasa?

Notó que alguien le sacudía por los hombros. Se hizo daño en el cuello, pero no se quejó. Necesitaba la sacudida. Necesitaba, a decir verdad, un bofetón que lo sacara de aquella anestesia.

—No puedo...

—Pues vas a tener que poder. Te dejo aquí el teléfono. Mei, saluda a Semus. Parece que tiene un ataque de pánico.

—¿Semus?

La voz de Mei le llegó desde muy lejos, desde un sueño o una película que se reprodujera con el volumen muy bajo.

—Mira, Semus, no sé qué te pasa, pero necesitamos que deje de pasarte.

—No puedo...

—¡Y una mierda que no puedes! Mira la pantalla.

Semus miró. La misma secuencia interminable de código que significaba que el mundo tal y como lo conocía estaba a punto de cambiar se escribía sola ante sus ojos.

—¿Ves eso?

—Claro que lo veo, pero...

Entonces la imagen cambió. Los caracteres alfanuméricos dieron paso a una imagen clara. Era la fachada de su antiguo colegio. Se trataba de una fotografía vieja, una digitalización torpe que mostraba los defectos del original.

—¿Qué...?

Le siguió otra fotografía, del parque al que solía sacar a pasear a su gato. La gente se reía de él porque los gatos no se paseaban como los perros, pero a Semus siempre le había dado igual lo que pasara.

—¿Vas a volver a matarlo?

—Yo no...

—Tú no lo defendiste. Dejaste que lo apedrearan y corriste a casa —dijo la voz de Mei—. Si no me equivoco, no has salido mucho desde entonces. No eres el único capaz de rebuscar basura en la web, Semus, pero sí eres el único que está en el lugar desde el que se puede detener lo que está a punto de pasar, así que despierta o vas a soñar con un gato destripado por toda la eternidad.

—Sería una eternidad muy corta —dijo Semus.

—Vale, veo que has vuelto con nosotros. Apúntame esta, jefe.

Max, que conocía la mayor parte de las habilidades de su especialista en telecomunicaciones, tenía que hacer un esfuerzo por mantener la boca cerrada. Aquello había sido una muestra expés de crueldad efectiva con el sello de calidad del Averno. En aquello los habían convertido.

Por una parte, compadecía a Semus, por la otra, agradecía a su amiga y

compañera que hubiese sido tan rápida. Ahora los dos trabajaban mano a mano. La conversación se convirtió en una sucesión de palabras que Max no terminaba de comprender, intercaladas con tacos que sí entendía.

En la habitación no había un reloj que hiciera tictac, ni una luz roja que parpadeara, ni una alarma de desagradable pitido. Pero la tensión podía cortarse con un pitido.

Semus sudaba a mares y el hombre mayor que les había hablado de Grove como quien narraba la vida de un mártir moderno parecía horrorizado, lo que quería decir que las cosas marchaban bien.

Max echó un vistazo en busca de Dylan, y lo encontró a su espalda, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, como si fuese él quien estuviera realizando el esfuerzo.

—¡Joder!

El grito de Mei al otro lado del teléfono sonó a fracaso. Pero no pudo decir nada más. Todas las luces se apagaron y se cortaron las comunicaciones.

—¿Semus?! —gritó—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, casi lo teníamos. Casi...

Max abandonó la casa, corrió por el pasillo y casi se cae cuando llegó al porche exterior. Toda la ciudad de Seattle se había convertido en un gigantesco agujero negro. No se veían las luces de los chalets colindantes, ni las de las farolas, ni los semáforos. Nada.

Habían perdido. Ya solo quedaba esperar las detonaciones de las bombas.

Perdió la razón. Hacía mucho que no le sucedía, que había aprendido a controlarse, pero en esa ocasión decidió no hacerlo. Tuvo la oportunidad de fracasar en docenas de misiones, pero las había superado con éxito. Y tenía que llegar tarde precisamente en la que involucraba a la totalidad del planeta.

Aquello no estaba bien, pero, aunque no sirviera de nada, castigaría a los culpables. Al menos a los que estaban en aquella casa. Asesinaría con sus

propias manos a los sicópatas que decidieron creer en los delirios de un loco.

Con la misma ira irrefrenable con la que salió, volvió a entrar. Se tropezó con los muebles, pero no hizo caso del dolor. Buscaba carne, un cuello que retorcer. Dio con uno y lo agarró con ambas manos. Apretó tan fuerte que resoplaba. La persona a la que estaba a punto de asesinar manoteaba, le golpeaba débilmente en los brazos.

¿Un momento? ¿Le golpeaba? Los informáticos estaban maniatados, Dylan se había encargado de eso.

Soltó a quien fuera, horrorizado.

Entonces regresó la luz. Semus yacía casi inconsciente a sus pies. Había dejado caer el teléfono, del que salía la voz de Mei, alegre como en una celebración del Año Nuevo.

—¡Lo hemos hecho, jefe! ¡Lo hemos detenido!

En dondequiera que estuvieran, a Nefilim y a Mei les faltaba poco para ponerse a bailar de la alegría. En Seattle, en cambio, el ambiente era muy distinto.

Dylan se encargó de levantar a Semus del suelo mientras Max se miraba las manos sucias del maquillaje de la caracterización de su compañero.

—No te preocupes, Max, respira.

—¿Quién respira? —preguntó Mei a kilómetros de distancia.

—Tenemos que colgar —fue Dylan quien contestó. Luego dejó a Semus en una hamaca del jardín e hizo una llamada telefónica.

—Vámonos, Max. Lo encontrarán, contará lo que ha pasado y no habrá consecuencias. Podría haberle pasado a cualquiera.

—Pero me ha pasado a mí. Otra vez. Estaba seguro de que habíamos perdido y... quería matar al responsable.

—También yo.

Max miró a su amigo. Si había una cualidad que admirase en Dylan, era la

sinceridad.

Salieron de allí antes de que llegara el equipo de limpieza. Por supuesto, Dylan no había llamado a un hospital.

Capítulo 31

Por la mañana, Semus estaba recuperado, pero nadie sabía si se podía decir lo mismo de Max.

Se encontraron en el aeropuerto. Ambos volverían a Inglaterra en vuelos regulares, aunque Max todavía tardaría algunos días en tomar el suyo.

—Yo habría hecho lo mismo, Max.

—No quiero ofenderte, pero lo dudo.

—Te empeñas en seguir creyendo que no, pero la verdad es que tú y yo somos mucho más parecidos de lo que piensas.

—Estuve a punto de estrangularte.

Semus tragó saliva.

—¿Ves? Te estremeces al recordarlo. Y no es para menos. Podría haber acabado contigo en un instante. Si no lo hice fue por pura suerte. Por casualidad.

—Mira, Max. —El Aeropuerto de Seattle estaba lleno de gente y Semus no quería pifiarla de nuevo, como había sucedido en el autobús, así que bajó la voz—. Piensa un momento: ¿Dónde me encontraste? Tendría que haber estado sentado en mi puesto, ¿no? Allí me dejaste. Pero estaba de pie, junto a las otras mesas.

Max hizo memoria. Semus tenía razón. No había tardado tanto en salir a comprobar que la ciudad entera estaba a oscuras y en volver a entrar. Apenas unos segundos. Pero Semus no estaba en su sitio.

—Me levanté a buscarle. Al viejo. Al loco que dijo aquellas estupideces sobre el legado de Grove.

—¿Te levantaste a buscarle? —preguntó Max como si no lo hubiera oído a la perfección.

—¡Oh, sí! Y lo encontré. O al menos encontré a alguien. Si no le rompí la

tráquea fue porque Dylan me lo impidió. Y luego entraste tú y... bueno, pasó lo que pasó.

—Me tomas el pelo —dijo Max. Pero sabía que Semus no mentía. Estaba adiestrado para distinguir los engaños y no había traza de mentira en el lenguaje corporal de su compañero.

—Pues sí que nos parecemos más de lo que creía.

—Los dos trabajamos en la oscuridad y nuestros mejores resultados significan que todo el mundo puede seguir con su vida, como siempre. No hay tanta diferencia.

Max asintió. Hacía tiempo que no recibía una de esas lecciones de vida, y siempre las agradecía.

—¿Vuelves a casa? —preguntó—. Tu avión ya está embarcando.

—Solo para hacer el equipaje. Ya he pasado mucho tiempo encerrado.

—¿Vacaciones?

—Digamos que sí.

Max rio, pero no preguntó nada más. Semus era un hombre leal y de palabra. Si había algo sobre lo que no podía hablar, no sería él quien lo presionara.

Se despidieron con un apretón de manos. Una de ellas grande y morena. La otra pálida, de dedos largos y flexibles.

Tan diferentes y tan semejantes al mismo tiempo.

Nota de los autores

Esperamos que hayas disfrutado leyendo esta colección tanto como nosotros disfrutamos escribiéndola. Estaríamos muy agradecidos si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia.

Conéctate con Adrián y Miguel Aragón

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto con nosotros por favor escríbenos directamente a adrian@autoresaragon.com. También nos puedes encontrar en:

[Amazon](#)

[Facebook](#)

[Instagram](#)

Saludos,

Adrián y Miguel Aragón

Otras obras de Adrián y Miguel Aragón

[Infiltrado](#)

[Crímenes Cantados](#)

[Decisión Peligrosa](#)

[Persecución Mortal](#)

[Venganza de Sangre](#)

[El Asesino de las Cruces](#)

Infiltrado



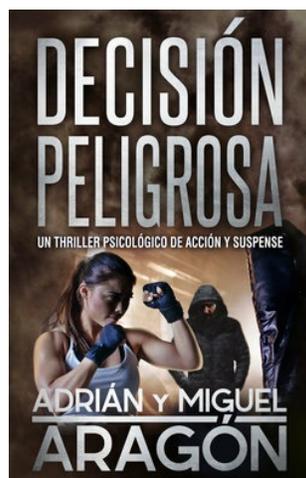
Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Crímenes Cantados



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

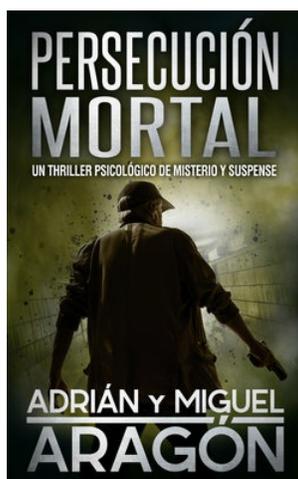
Decisión Peligrosa



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)

Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Persecución Mortal



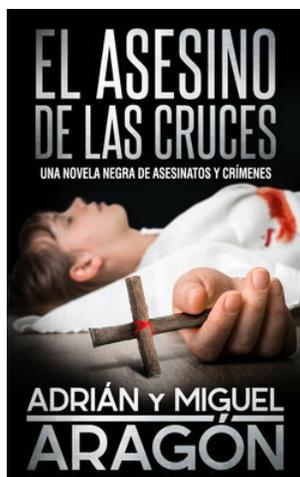
Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Venganza de Sangre



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Asesino de las Cruces



Versión Kindle – Adquiere-la [AQUÍ](#)
Versión Tapa Blanda – Adquiere-la [AQUÍ](#)